

JULIA NAVARRO

TÚ NO MATARÁS



JULIA NAVARRO

TÚ NO MATARÁS

PLAZA  JANÉS

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

*A mi familia, especialmente a mis abuelos Jerónimo y Teresa
y a mi madre. In memoriam.
Y a todos mis amigos.*

Agradecimientos

Mi gratitud a todos los que hacen posible que las historias se conviertan en libros.

A mis editores y, en especial, a Virginia Fernández.

También a los librereros y a los lectores que me han acompañado hasta hoy.

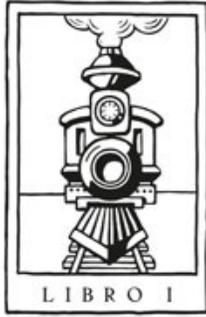
A Lola Travesedo, una vez más, por ayudarme a comprender el laberinto de la mente.

Y a Fermín y Álex, por estar siempre cerca.

Durante la escritura de este libro he tenido dos compañeros inseparables: la guía de Alejandría de E. M. Forster y mi querido Argos.

*Si vas a emprender el viaje hacia Ítaca,
pide que tu camino sea largo,
rico en experiencias, en conocimiento.
A Lestrigones y a Cíclopes
o al airado Poseidón nunca temas,
no hallarás tales seres en tu ruta
si alto es tu pensamiento y limpia
la emoción de tu espíritu y tu cuerpo.
A Lestrigones ni a Cíclopes,
ni al fiero Poseidón hallarás nunca,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no es tu alma quien ante ti los pone.*

CONSTANTINO CAVAFIS, «ÍTACA»



Madrid, mayo de 1941

El sonido de las campanas sofocaba las voces que llegaban desde la arboleda. Reconoció su voz. Sí, estaba seguro. Era la del americano. ¿Con quién estaba? Sin duda con alguna mujer: a aquella hora y en aquel lugar y después de un buen rato de fiesta..., como en otras ocasiones él mismo se había refugiado bajo los árboles buscando intimidad para poder deslizar la mano sobre el cuerpo de alguna muchacha. Esta vez no. Ahora buscaba la soledad para vomitar. Había bebido demasiado. Le costaba caminar y el vino le subía desde el estómago hasta la boca presionando para ser expulsado.

Se recostó en un árbol. Estaba demasiado mareado para seguir caminando y se dejó caer. Escuchó al americano hablar más alto de lo normal y le pareció ver a alguien ocultándose entre los árboles cercanos.

La cabeza le daba vueltas. Vació el estómago y creyó sentirse mejor así, de manera que se puso de nuevo en pie y se aproximó cauteloso. No quería resultar indiscreto.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—¿Fernando? —respondió una voz.

El tono apremiante le alarmó. Se acercó tambaleándose y encendió una cerilla que rasgó las sombras de aquel rincón sombrío.

El americano sujetaba entre sus brazos el cuerpo de Catalina. Con una mano le sostenía la cabeza y con la otra le estiraba de la falda intentando tapar sus

piernas desnudas.

Ella estaba diciendo algo, pero no alcanzaba a entender sus palabras. Se sujetó al tronco de un árbol observando con atención la escena. Sí, el americano tenía entre sus brazos a Catalina; junto a ellos, en el suelo, las medias...

—¿Qué le has hecho? —preguntó Fernando alarmado.

—Nada...

Se agachó y encendió otra cerilla que iluminó el rostro de la joven. Un moratón le desfiguraba el pómulos izquierdo, tenía la blusa desgarrada y la falda estaba sucia de barro.

—¡Dios Santo! Pero ¿qué le has hecho?

—Nada, no te preocupes, creo que está bien... —contestó mientras le acariciaba el rostro.

Ella abrió los ojos y los volvió a cerrar. Alcanzó a ver una sonrisa en sus labios mezclada con una mueca de dolor. No entendía nada o... sí; empezó a despejarse recordando que había bebido tanto precisamente por culpa de ella.

Habían ido juntos hasta la Pradera de San Isidro, allí se encontraron con los amigos del barrio. Antoñito cumplía años y los había invitado a celebrarlo aprovechando que en aquellos días de mayo se había instalado un soplo de primavera. El padre de Antoñito, don Antonio, era estraperlista. Tenía una tienda de ultramarinos en la que durante la guerra se había podido encontrar algo de comer. Ahora presumía de sus buenas relaciones con los vencedores y por eso Antoñito les había prometido llevar unas cuantas botellas de vino para celebrar sus veinticuatro años. ¿De dónde habría sacado aquellas ristras de chorizo? ¿Y el vino? No es que fuera muy bueno, pero servía para divertirse y olvidarse de la guerra. Ningún joven del barrio se había atrevido a rechazar la invitación. No había familia que no tuviera deudas con la tienda de don Antonio salvo la de Pablo Gómez. Su padre, Pedro Gómez, era funcionario del Ministerio de Hacienda. Antoñito y Pablo decían ser amigos, aunque en realidad no dejaban de rivalizar por cualquier cosa, pero sobre todo por Catalina.

Pensó que no tenía que haber ido; no tenía derecho a divertirse mientras su

padre estaba en la cárcel, pero no había tenido valor para decirle a Catalina que no la acompañaría. Quería estar con ella y, además, temía que algún otro se la quitara. Sabía que Pablo y Antoñito estaban al acecho.

Alguien le había dado un vaso de vino; ella al principio se había resistido a beber, pero el atardecer era cálido e invitaba a dejarse llevar. La vio beber dos o tres vasos de vino que la transformaron en otra mujer. Bailó con él y sintió su cuerpo pegarse al suyo, pero después bailó con otros con la misma intimidad.

Sobre todo con el americano. Sí. En realidad, Catalina le había suplicado que la acompañara a la Pradera porque le gustaba el americano. Se lo había dicho tiempo atrás. Y ahora estaba allí, tendida sobre la hierba, borracha, sin medias, con la falda subida dejando sus muslos al descubierto mientras el americano intentaba incorporarla.

—Ayúdame —le pidió el americano.

—¿A qué? Dejarme en paz...

Escuchó la voz de Catalina. Hablaba con dificultad, o eso le pareció.

—Marvin..., no me dejes... me duele mucho... —susurró.

—No te preocupes, no te voy a dejar... pero tienes que hacer un esfuerzo y levantarte... Te llevaré a casa... Fernando, ¿por qué no quieres ayudarme?

No, no quería ayudarlo. En realidad, a él también le costaba moverse. Sintió una oleada de rabia. ¿Cómo habían podido hacer lo que habían hecho? Siempre había tenido a Catalina por una chica formal, hasta esa noche no había permitido que nadie se sobrepasara con ella; sabía poner a los chicos en su sitio, incluso a él, pese a que se conocían desde que eran unos críos.

Pero allí estaba medio desnuda en brazos del americano. Era evidente lo que había pasado entre los dos. Notó una punzada en el pecho y tuvo ganas de llorar.

Marvin logró ponerla en pie. La sujetaba por debajo del pecho y tiraba de ella obligándola a andar.

Los miró sin moverse. Las náuseas volvían a invadir su estómago. Que se fueran. Ya nada podía hacer.

—¡Fernando! ¡Fernando! Pero ¿es que no me oyes? Párate...

Habían pasado unos cuantos días desde que fueron a la Pradera. No la había visto desde entonces, en realidad la había evitado. Tampoco había visto a Marvin, pero eso era más fácil. El americano vivía en casa de Eulogio, pero apenas se dejaba ver. Hacía unos meses que había reaparecido y Eulogio le había abierto la puerta de su casa. Su amigo le había explicado que había conocido al americano en el Frente, donde los hirieron a los dos. Eulogio había vuelto antes del final de la guerra porque le habían herido de gravedad precisamente cuando ayudaba al americano. En la batalla del Jarama a punto estuvo de perder una pierna y eso le había convertido en un inválido para siempre. Cuando regresó a su casa, supo por su madre que su padre había muerto en el Frente de Aragón.

Cuando el americano se presentó, no hizo falta que le recordara que se habían conocido en aquel frío mes de febrero de 1937, en aquella batalla desesperada que fue la del Jarama; simplemente, Eulogio le acogió negándose a cobrarle siquiera unos céntimos. Marvin decía ser poeta. Había llegado a Madrid en la primavera del 36 para seguir las huellas de Cervantes, pero estalló la guerra y decidió quedarse en la creencia de que el dolor sería una fuente de inspiración; aun así, terminó haciendo de traductor de algunos periodistas norteamericanos que cubrían la contienda. Aquellos días en el Frente ayudaron a que congeniaran. Luego sucedió lo que sucedió y Eulogio nunca pensó que Marvin fuera a regresar, pero ahí estaba, dispuesto a retomar su *Cuaderno de la Guerra Civil Española*.

«Es un escritor, un poeta», explicaba Eulogio a los amigos del barrio. «Estuvo en el Frente al principio de la guerra, hacía de traductor, no combatió, pero en el Jarama también le hirieron y se marchó», afirmaba dándose importancia, aunque no tanta como para contar que había sido precisamente él quien había salvado la vida del americano.

Lo que ninguno entendía era por qué había vuelto y, sobre todo, cómo las autoridades franquistas habían pasado por alto que Marvin hubiera simpatizado

con la causa de la República. Claro que a Franco poco debía de importarle tener a un americano pululando por las calles de Madrid que ahora eran suyas y en las que nada pasaba sin que llegase a sus oídos.

Fernando pensaba en todo esto mientras Catalina le observaba. Ella no solía interrumpir sus pensamientos. Desde que eran niños respetaba sus silencios y aguardaba hasta que veía algo en su rostro que era la señal de que estaba regresando a la realidad. Sí, se había ensimismado pensando en Eulogio y en el americano, olvidándose de la presencia de ella.

—Me han dicho que has vuelto a pedir el indulto para tu padre. ¿Crees que esta vez se lo darán? —preguntó con interés.

Fernando se encogió de hombros. Esa misma mañana había vuelto a dar dinero a don Alberto García, un abogado del que se decía que tenía mano con el Gobierno para conseguir indultos. Hasta ahora sólo les había sacado lo poco que poseían. Su madre había vendido todo lo que podía ser de algún valor, salvo los libros. No habría podido hacerlo. Aquellos libros que trepaban por las paredes de la casa eran lo que su esposo más quería en el mundo después de a su hijo y a ella. Su marido, Lorenzo Garzo, era filólogo, además de un reconocido editor y traductor que trabajaba dirigiendo la Editorial Clásica.

Fernando soñaba en ser como su padre y trabajar en la misma editorial. Desde niño había puesto atención en todo aquello que le veía hacer y cuando regresaba de la escuela, después de hacer los deberes que le ponía el maestro, aceptaba de buen grado dedicar dos horas más a estudiar inglés con su padre. «Si quieres ser traductor, tienes que dominar el idioma, y como mejor se aprenden los idiomas es cuando uno es aún un niño», le decía su padre. Y él se aplicaba pensando que algún día entraría por la puerta de Editorial Clásica y le tratarían con el mismo respeto y consideración con que trataban a su padre. No concebía oficio más hermoso que el de sumergirse en los mares que forman las palabras.

Fernando había vuelto a ensimismarse. Catalina aguardaba paciente, acostumbrada como estaba a esas «huidas» de su amigo.

—Mi madre me ha dicho que acaba de terminar una labor de ganchillo que a

lo mejor podéis vender. Díselo a tu madre, pero sobre todo que no se entere mi padre, ya sabes cómo es.

Sí, lo sabía. La familia de don Ernesto, el padre de Catalina, tenía tierras en Huesca, y, según decían, hasta que estalló la guerra proporcionaban a la familia una buena renta. No es que los Vilamar fueran extraordinariamente ricos o, al menos, no tan ricos como otros, pero hasta el 36 habían vivido desahogadamente. Don Ernesto era un hombre retraído, católico y monárquico que desde el principio de la guerra había simpatizado con los nacionales.

Don Ernesto no había combatido en ningún Frente porque era corto de vista, además había enfermado del hígado al poco de comenzar la guerra y tuvo que guardar cama. Así que había permanecido en Madrid en espera de que el destino se decidiera por la República o por Franco, rezando para que ganara este último, como así sucedió; de manera que en el barrio a nadie le extrañó que acudiera a vitorear a las tropas de Franco cuando entraron en la capital.

—Se lo diré a mi madre —respondió Fernando, volviendo a la realidad.

—Fernando..., lo de la otra noche...

—No me digas nada.

—Estoy enamorada de Marvin. Me casaré con él.

—¿Te lo ha pedido?

—No, aún no... pero se casará conmigo, ¿no crees?

—No creo que ningún chico quiera casarse con una chica fácil.

Catalina le dio un bofetón, le miró con rabia y se le saltaron las lágrimas.

—¿Cómo puedes decirme eso? Yo no soy fácil, lo sabes bien.

—¿Ah, no? Pues yo creo que sólo las chicas fáciles se dejan hacer cualquier cosa por el primero que pasa. Te vi, Catalina, estabas con las medias quitadas, la blusa hecha un guiñapo, la falda... Se te veían los muslos y Marvin tenía sus manos en tus piernas...

—Yo... bueno, aunque no te lo creas, no me acuerdo muy bien...

—¡No me digas! Pues, si quieres, te recuerdo que bailaste con todos, sobre todo con Pablo y Antoñito. Precisamente cuando Pablo se puso pesado contigo

me pediste que te lo quitara de encima, y en cuanto me fui a por un vaso de vino, decidiste desaparecer con Marvin, al que habías estado persiguiendo toda la noche.

Se quedó callada intentando buscar una respuesta más para sí misma que para Fernando.

—Ya te he dicho que no recuerdo muy bien lo que pasó... aunque tanto Antoñito como Pablo insistían en bailar conmigo y en que fuéramos a lo oscuro. Yo les dije que no... pero ellos se pusieron tan pesados... Menos mal que pasara lo que pasase, pasó con Marvin.

—¡Así que no te importa lo que has hecho! ¡Debería darte vergüenza!

—¡No me hables así, no te lo consiento!

—¿Y qué harás? ¿Se lo dirás a tu padre? Si se entera, te dará una buena paliza.

—Quiere que me haga novia de Antoñito, dice que es el único del barrio que tiene porvenir —respondió ella apesadumbrada.

—Pues no creo que Antoñito quiera saber de ti si te ha visto revolcarte con Marvin.

—Me da lo mismo si me ha visto o no: Antoñito me da asco, es un baboso. Además, ya te he dicho que pienso casarme con Marvin. Espero que me lleve lejos de aquí. Me gustaría vivir en América. ¿Tú has leído algún poema de Marvin?

—No, no me interesan.

La respuesta la desconcertó. Sabía que a Fernando le gustaba leer y que en su casa había más libros que en cualquier otra. Al fin y al cabo, don Lorenzo era editor y Catalina recordaba lo que solía repetirles a los niños del barrio: «Si no leéis, no entenderéis la vida ni sabréis quiénes sois». Ella nunca había entendido lo que quería decir, pero tanto le daba. La guerra había interrumpido su educación al igual que la de tantos otros niños y jóvenes, aunque su madre se había empeñado en que continuara recibiendo «clases de señorita», y así fue como había aprendido a familiarizarse con las teclas del piano durante unas interminables sesiones en casa de su tía Petra.

«Puede que algún día te sea útil lo que te enseñe», le decía su tía, sabiendo que su sobrina no tenía especial talento para la música. Pero aquellas clases las entretenían a las dos. A Catalina le permitía salir de su casa sin que su padre se preocupara y a su tía, parlotear sobre la familia. Se había quedado viuda nada más comenzar la guerra y aunque su marido, que era funcionario, tenía algún dinero ahorrado, la contienda había menguado su patrimonio. Doña Petra no dejaba de lamentarse porque su esposo, sin ninguna necesidad, se hubiera unido a las tropas nacionales y perdiera la vida en el Frente de Aragón. Pero era una mujer resuelta y ahora que había acabado la guerra, intentaba ganarse la vida en aquel Madrid hambriento dando clases de piano y de francés en las Teresianas, un colegio de monjas, donde acudían las hijas atolondradas de estraperlistas y otros sinvergüenzas que buscaban una pátina de respetabilidad presumiendo de la educación que estaban procurando a sus criaturas, mientras el resto de sus conciudadanos apenas podían subsistir.

Catalina sonrió para sus adentros. También ella se estaba perdiendo en sus propios pensamientos. Era lo bueno de estar con Fernando, porque si no querían, no tenían por qué hablar. Podían estar el uno junto al otro en silencio sin necesidad de malgastar palabras. Fernando era muy dado a ensimismarse e incluso a olvidarse de que su amiga estaba a su lado, pero no le importaba, no lo tomaba como una ofensa. No había nadie más leal a ella que aquel chico desgarrado.

Guardaron silencio un buen rato hasta que Catalina se cansó y carraspeó para devolverle a la realidad.

—¿Cuándo sabrás algo del indulto? —insistió.

Fernando se encogió de hombros. No tenía respuesta. El abogado le había pedido paciencia.

—Cuando vayas a la cárcel a ver a tu padre, si quieres te acompaño. Y recuerda que tienes que pasar por casa a buscar los paños de ganchillo de mi madre.

—No creo que tu padre te permita que me acompañes a la cárcel, ya que

protesta porque tu madre y tú aún os tratéis con nosotros.

—Ya sabes cómo es... pero no os quiere mal, sólo que cree que tu padre os ha colocado en el bando equivocado.

—¿Y tú piensas como él? —preguntó Fernando con la voz cargada de tensión.

—Yo no sé lo que pienso, Fernando. He pasado mucho miedo durante la guerra, en el barrio casi todos temían que llegaran los nacionales, menos nosotros y pocos más... Y aunque no soy roja como vosotros, tampoco me gustan los franquistas como don Antonio Sánchez y don Pedro Gómez, y mucho menos sus hijos. Claro que Marvin estaba con la República y él tiene más discernimiento que yo, de manera que...

—¡Creía que pensabas por ti misma! ¿Qué te importa a ti lo que piense Marvin? —respondió iracundo.

—Pues claro que me importa, él tiene más elementos de juicio, ve las cosas con más claridad que nosotros. Deberías alegrarte porque Marvin simpatizara con la República. La otra noche me dijo que para España era una catástrofe que la guerra la hubiera ganado Franco.

—Déjame en paz, Catalina, no tengo ganas de aguantarte.

Fernando le dio la espalda y comenzó a caminar hacia la plaza de España, en dirección a la imprenta. En aquel trabajo apenas ganaba unas pesetas; desde luego, insuficientes para mantenerse él y su madre. Había perdido todo. Los ahorros de su padre se habían esfumado en papel de la República, pero aún conservaban la casa. Don Antonio, el tendero estraperlista, le había dicho a su madre que tenía un amigo dispuesto a comprársela. Pero por lo que les ofrecía más les valía regalarla.

Además, ¿adónde podían ir? Pensó que su madre se moriría de pena si tuviera que dejar su casa. Era la que había heredado de sus padres y en la que llevaba viviendo toda su vida. Fernando prefería robar antes que tener que sacar a su madre de entre aquellas paredes que eran su única certeza.

Él trabajaba cuanto podía. Por la mañana, en cualquier obra en la que necesitaran a alguien dispuesto a cargar sacos y hacer los trabajos más duros; por

la tarde, en la imprenta, y por la noche todavía encontraba unas horas para estudiar. Quería ser como su padre, pero no estaba seguro de poder conseguirlo. Sabía que los hijos de los rojos no tenían las mismas oportunidades.

Se encontró con Eulogio, quien arrastraba su pierna herida.

—¿Dónde vas tan aprisa? —le preguntó su amigo.

—Hay mucho trabajo en la imprenta —respondió Fernando sin muchas ganas de hablar.

—Pues parece que huyes de alguien. Llevas una cara... —añadió Eulogio, escrutando su rostro.

—¡Que tontería! ¿De quién iba a huir? No se puede huir de los franquistas, están por todas partes —replicó malhumorado.

—¿Y me lo vas a decir a mí?

Fernando no contestó. Eulogio tenía razón. Cuando su amigo regresó de la guerra tuvo que aparcar su sueño de convertirse en un gran pintor y consentir en buscarse una ocupación que le diera de comer. Así que por el día pintaba y durante la noche trabajaba guardando el almacén de don Antonio, el estraperlista. El tipo le dijo que le contrataba por pena, porque le conocía de toda la vida en el barrio, aun sabiendo que había luchado con los republicanos, y de eso se aprovechaba porque apenas le daba unos céntimos con los que subsistir. Eulogio apretaba los dientes para contener la ira y se decía a sí mismo que cualquier día se iría al monte a unirse a los últimos resistentes, por más que su madre le había pedido que aceptara la derrota: «Hemos perdido la guerra, pero como no hemos muerto y seguimos vivos, tendremos que aguantarnos. Y podemos darnos por satisfechos con que don Antonio no te denuncie por rojo». Aceptó. Lo hizo porque no quería añadir más dolor al dolor de su madre. Así que accedió a vender a don Antonio el piso en que habían vivido hasta entonces y se trasladaron a una buhardilla. Eulogio se consolaba pensando que la buhardilla no estaba mal del todo; había otras peores. Los techos no eran demasiado bajos y al menos tenía tres habitaciones, además de la cocina, y desde las ventanas podían ver los muros del Convento de la Encarnación. Suficiente para su madre y para

él.

—Hay mucho sinvergüenza suelto... Don Antonio se está haciendo con el barrio: compra por cuatro perras las casas y las revende por una buena cantidad. Ten cuidado, que tiene echado el ojo a tu casa. Ya ves lo que me pasó a mí — continuó diciendo Eulogio.

—Te dije que aguantaras —le recordó Fernando.

—¿Y dejar que mi madre se muera de hambre? Aún tengo que estar agradecido porque me dé trabajo en el almacén como guarda nocturno. Si vieras todo lo que tiene... No sé de dónde lo saca, pero cada día llega alguna camioneta con chatarra. Se está haciendo de oro.

—Su mujer nos engañó a todos. Decía que no sabía dónde estaba su marido y claro que lo sabía: siendo falangista, solo podía estar en el Frente pegando tiros. Se rumorea que, cuando llegaba a los pueblos, le gustaba participar en los fusilamientos de los antifascistas.

—Sí, sí que ha sido lista. Logró mantener la tienda de ultramarinos y se dedicó a prestarnos a todos haciendo firmar pagarés. Además, juraba que no sabía nada del marido cuando venían los de los comités obreros. Engañó a todos fingiendo ser la mujer abandonada y renegando del marido. Pero ya viste que cuando él regresó, le recibió con los brazos abiertos.

—Estaban de acuerdo. Él la aleccionó bien, debió de decirle que la única manera de que no perdieran la tienda era que jurara que la había abandonado. Y la gente del barrio se portó de maravilla, porque podían haber dicho a los de los comités que la tienda era de un falangista.

—Pero nadie lo hizo, Fernando; supongo que porque, a pesar de todo, los conocemos de toda la vida. Aunque he de decirte que a mi pobre padre nunca le cayeron bien.

—Es que se los veía venir... menuda gentuza.

—Bueno, pero ahora don Antonio es mi jefe, ya me ves haciendo de guarda de almacén.

—¡Menudo guarda estás hecho!

—¿Y cómo quieres que me gane la vida? —respondió, dolido por el comentario de Fernando.

Eulogio tenía veintiocho años, le sacaba tres a Fernando, pero siempre se habían llevado bien. Incluso se habían ido juntos al Frente en los primeros días de la guerra, cuando las tropas de los nacionales pugnaban por hacerse con la capital. Aquélla fue la única ocasión en la que Fernando había discutido con su padre por marcharse al Frente sin decírselo.

Lorenzo Garzo creía que era su deber como republicano luchar para defender los valores de la República. Fernando quiso imitarle, de ahí que sin consultárselo se hubiera unido a Eulogio y a otros amigos que espontáneamente habían decidido echar una mano a los milicianos que luchaban para parar el avance hacia Madrid de las tropas nacionales. Sólo recordaba el caos y la confusión. Aquélla fue la primera vez que tuvo un arma en la mano. Pero el enemigo no estaba cerca, de manera que no sabía si los disparos se perdían o hacían blanco.

Cuando su padre se enteró, le reconvino y le negó el permiso para volver al Frente diciéndole: «Fernando, tú no matarás», y como él insistió, entonces su padre, muy serio y señalándole con el dedo, le volvió a repetir: «No matarás, hijo, tú no matarás. Porque ningún hombre vuelve a ser el mismo después de haber quitado la vida a otro hombre». Se plegó a las palabras de su padre aceptando participar en la guerra formando parte de la organización «Cultura Popular». Se jugaba la vida llevando hasta las trincheras periódicos y libros, además de ayudar a surtir a las bibliotecas y hospitales y alimentar la propaganda del Frente Popular.

A don Lorenzo, el padre de Fernando, le gustaban los cuadros de Eulogio y solía alabar su talento artístico. Fernando había hecho suyas las opiniones de su padre; además, había encontrado en el pintor a alguien con quien poder hablar y, sobre todo, lamentarse sin temor a ser denunciado. ¿De dónde habían salido tantos franquistas? Él siempre había pensado que en Madrid casi todos eran republicanos y por eso la ciudad había resistido hasta el final. Pero ahora había franquistas por todas partes y cualquier palabra que pudieran interpretar como de

reproche al Régimen tenía consecuencias inmediatas. Lo que más se temía en aquellos días era que alguien te denunciara a las autoridades por haber estado del lado de la República. El general Mola había dicho la verdad cuando amenazó con «la quinta columna».

—¿Por qué no intentas vender alguno de tus cuadros? —preguntó Fernando.

—Esta gente no entiende de arte —respondió su amigo.

—¿Qué gente?

—Pues los que han ganado, los que ahora mandan. Marvin me ha prometido llevarse algún cuadro a París cuando se vaya. Si no fuera por mi madre, yo también me iría... Allí comprenden a Picasso, a Braque, a Miró... Los reverencian y compran sus pinturas.

—¿Marvin se va?

—Bueno, no inmediatamente, puede que dentro de un mes. Dice que desde que está aquí apenas puede concentrarse. Mi madre me ha explicado que se pasa la noche escribiendo y le oye maldecir y romper lo que escribe. La situación no le inspira.

—Pero ¿qué clase de poeta es?

—No sé... pero en París han publicado algunos de sus poemas en dos antologías de poetas jóvenes y ahora está escribiendo un *Cuaderno de la Guerra Civil Española*.

—No me gusta tu amigo —confesó Fernando.

—Lo que no te gusta es que Catalina se haya *colado* por él. Estás celoso, Fernando, se te ve a la legua. Pero Marvin no tiene la culpa de que las chicas se lo rifen, y mucho menos Catalina. Pero no te preocupes, en cuanto él se vaya, ella volverá a ti, no tiene otro más cerca que merezca la pena. Pablo Gómez también bebe los vientos por ella. Menudos aires se da Pablito porque su padre trabaja en un ministerio. Pero Catalina no le hace ni caso. Yo que tú no me preocuparía porque... —De repente Eulogio guardó silencio.

—¿Qué?

—Nada, nada. En cualquier caso, Marvin es un tío guapo que aunque no

presume de tener nada, se le nota que viene de buena familia. Mira la ropa que lleva...

La sinceridad bruta de Eulogio le dolió, aunque sabía que no hablaba así para ofenderle. Simplemente era incapaz de ninguna doblez y eso le impedía medir lo que decía.

—¿Crees que el americano gusta a todas las chicas? —preguntó expectante.

—¿Es que no te has dado cuenta? Le encuentran... No sé... diferente. Él les habla de cosas abstractas: la belleza, el sufrimiento, la amistad, el compromiso... ¡Qué sé yo! Y no es para engatusarlas. Además, tiene ese aire de hombre atormentado que a las mujeres les despierta un deseo irrefrenable para sacarle de su infierno interior. Reconoce que el tío es guapo. ¿Cuántos españoles conoces que sean rubios y tengan los ojos azules? Y alto, también es alto. Las chicas de aquí nos tienen muy vistos, Fernando. Tu Catalina se ha prendado de él como todas las demás.

—No es «mi» Catalina. Somos amigos desde niños, ya lo sabes.

—Sí, pero tú no la ves como una hermana. Has estado enamorado de ella desde que erais pequeños. Te recuerdo cuando eras un crío, siempre pendiente de ella. Si se caía, ibas a ayudarla y cargabas con sus libros camino de la escuela. Chico, si es que no lo puedes disimular, estás *colado hasta las cachas*. En el barrio siempre hemos dado por supuesto que Catalina y tú os terminaréis casando. Además, aquí no hay otro mejor que tú por más que su padre quiera casarla con Antoñito. Creo que ella preferiría meterse a monja antes que casarse con el hijo del estraperlista. Menudo sinvergüenza, de tal palo tal astilla; ahora anda ayudando a su padre con el negocio. No los soporto... con ese bigote ridículo que llevan. Pero ya ves, les tengo que estar agradecido por darme trabajo en vez de denunciarme a los falangistas.

—Se aprovechan de ti —replicó Fernando.

—Claro, pero yo también procuro aprovecharme de ellos. Cuando puedo, les birlo algo. Hoy he cogido un poco de harina y unas lentejas, además de unos cuantos cigarrillos —respondió Eulogio muy ufano mientras le ofrecía un

cigarrillo que Fernando rechazó.

Se había entretenido demasiado y llegaba tarde a la imprenta. Al despedirse, acordaron que por la noche Fernando subiría a la buhardilla de Eulogio a fumarse el cigarro prometido.

Llegó apenas con un minuto de retraso. Disfrutaba de su trabajo en la imprenta. Era lo más parecido a la labor de edición y mucho mejor que acarrear ladrillos o manejar las poleas como hacía por las mañanas. Tenía las manos agrietadas, y le dolía mucho la espalda. Pero no se quejaba. No quería que su madre sufriera, bastante padecía ya por la suerte que pudiera correr su padre.

Cuando regresó a casa por la noche se encontró en el portal con Marvin. El americano le tendió la mano y no supo negársela.

—La otra noche te fuiste y me habría venido bien que me echaras una mano con Catalina.

—Oye, déjame en paz, allá vosotros con vuestros asuntos —espetó enfadado.

Marvin le miró sin dar importancia a su malhumor y le ofreció un cigarrillo. Fernando dudó si rechazarlo, pero era un pitillo americano. Lo aceptó.

—¿Cómo va lo de tu padre? —se interesó Marvin.

—Igual.

—Están fusilando a mucha gente, ojalá tu padre se salve.

Fernando tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el zapato. No podía soportar que nadie pusiera en entredicho la suerte que podía correr su padre.

—No le fusilarán —exclamó airado.

—Es difícil vivir aquí... Este país no es lo que era. Recuerdo los primeros meses de la guerra... Todo era distinto.

—¿A qué viniste a España? —preguntó Fernando con curiosidad; era la primera vez que estaban a solas.

—España es la tierra de Don Quijote y de Lope de Vega, de Santa Teresa, Góngora, Jorge Manrique... Además, no quería perderme lo que estaba pasando aquí. Creo que mis mejores poemas son de aquellos días...

—¿Mandabas poemas a algún periódico?

—No, hice de traductor aunque también envié algún artículo, pero en cuanto tenía un momento escribía para mí. Luego...

—¿Luego qué?

—Fui al Frente en unas cuantas ocasiones..., era algo que no tenía previsto. Pero un amigo me pidió que hiciera de traductor de unos periodistas norteamericanos. No imaginas lo que pasó en el Jarama... Los nacionales atacaban por todos los flancos, un tipo me puso en las manos un fusil diciéndome: «Dispara, aquí no necesitamos espectadores». Pero no pude disparar. Habría sido una contradicción, un poeta no dispara. Eulogio me ha dicho que tú también estuviste en el Frente, que llevabas periódicos y libros a los combatientes... que formabas parte de la organización «Cultura Popular». Conocí a otros milicianos que durante la guerra también luchaban en el «frente cultural»...

—Pero tú no te quedaste toda la guerra —dijo Fernando con tono de reproche desviando la conversación porque no quería hablar de sí mismo.

—No, no lo hice. Me hirieron aquel mismo día... Eulogio me salvó y... además tuve que tomar una decisión: si continuaba aquí, era para matar y olvidarme de la poesía. Eso me convertiría en otro hombre; de hecho, ya me había convertido en alguien que no quería ser. Tuve esa excusa, Fernando, me habían herido, así que me marché.

—¿Y para qué has vuelto?

—Porque tengo que terminar mi *Cuaderno de la Guerra Civil Española*. No he dejado de pensar en que si regresaba, volvería a encontrar la inspiración y me perdonaría a mí mismo haberme ido.

—¿Lo has conseguido?

—No del todo. Por eso he decidido marcharme otra vez.

—¿Para siempre?

—Quién sabe... no lo sé. Pero siento que debo volver a Francia. Eso es lo único que sé.

—¿Adónde? Los nazis la han ocupado. ¿Por qué no vuelves a tu casa?

—¿A Nueva York? No, no tengo nada que hacer allí. Todo lo importante que pasa en el mundo transcurre en Europa, al menos ahora, y no quiero perdérmelo. París es la capital del mundo, Fernando. Deberías ir.

Fernando se rio con amargura. ¡Ir a París! Tuvo ganas de decirle a Marvin que era un estúpido. ¿Cómo podía ocurrírsele que él pudiera ir a París? Nunca podría siquiera permitirse soñar con aquel viaje. Su único anhelo era conseguir la libertad de su padre y ganar lo suficiente para mantener a su madre. Además, cuando su padre saliera de la cárcel no podría volver a trabajar como editor. Los nacionales no iban a confiar la edición de los libros a los republicanos.

—Sí, puede que algún día vaya a París —respondió por decir algo.

—A pesar de los nazis, creo que intentaré ir a París —dijo Marvin más para sí mismo que por responder a Fernando.

—Bueno, los norteamericanos no estáis en guerra con ellos.

—Pero lo estaremos, estoy seguro —replicó Marvin.

Se despidieron. Fernando no tenía ganas de seguir hablando con el americano y además Isabel, su madre, le esperaba para cenar. Un caldo hecho con un hueso que apenas daba sabor y un puñado de arroz.

—He pensado en ponerme a trabajar —le dijo su madre.

—¿Trabajar? ¿Tú? No, no es necesario. Saldremos adelante.

—Me han hablado de la familia de un farmacéutico que necesita a alguien que eche una mano en casa —continuó diciendo su madre como si no le hubiese escuchado.

—¡No! Quítate esa idea de la cabeza, no irás a fregar a casa de nadie. Además, ¿quién es ese farmacéutico que puede pagar a alguien para que limpie su casa?

—Pues al parecer está muy bien relacionado. Tiene cinco hijos y su esposa no da abasto. Necesita a alguien que le ayude. Puedo hacerlo, Fernando. Iré unas horas, nos vendrá bien el dinero.

—No, madre, no. De ninguna manera, no consentiré que te humilles así.

—¿Humillarme? ¿Crees que trabajar es humillarse? No tiene nada de

humillante fregar, planchar o cocinar. Es lo que sé hacer —respondió su madre con una mueca que quería ser una sonrisa.

—No tiene nada de malo, claro que no, pero ya lo haces en casa, y cuando padre regrese, te necesitará aquí. ¿Crees que soportaría saber que trabajas para un franquista? Ya está sufriendo bastante y eso le dolería. Además, ¿quién te ha hablado de ese trabajo?

—Don Bernardo.

—¡Vaya con el cura! Que se meta en sus asuntos y nos deje en paz.

—Es un buen hombre, se preocupa por todos los feligreses y... bueno, lleva tiempo preguntándome por qué ya no vas a la iglesia.

—Dile la verdad: no soporto la bandera nacional colocada en el altar, ni tampoco a esa gente que le hace tantas reverencias, y mucho menos que en la misa haya que rezar por Franco. Además, los curas son todos fascistas.

—Pero ¡qué dices! Eso no es verdad, hay de todo, como en todas partes.

—¿Conoces muchos curas que hayan apoyado a la República?

—¡Sé prudente, Fernando! No te comportes como un chiquillo, los nacionales nos han ganado, aceptémoslo.

—No pienso aceptarlo. Me callaré hasta que regrese padre.

—Y luego ¿qué crees que podrás hacer? ¿Te jugarás la vida por criticar a Franco? ¿Eso es lo que pretendes? ¿Piensas que merece la pena? Tu padre no te lo permitirá.

—Mi padre se ha jugado la vida por la República y no se arrodillará ante los fascistas.

—Tu padre siempre mantendrá la dignidad, pero no podrá hacer nada, nada, aunque quiera.

Se quedaron en silencio. Fernando no deseaba discutir con su madre, pero sabía lo tozuda que era y sería difícil convencerla para que no aceptara aquel trabajo recomendado en casa del farmacéutico.

—Buscaré otro trabajo —le propuso a su madre.

—¡Ni hablar! Tienes que ser editor y traductor, lo mismo que tu padre y tu

abuelo. ¿Es que pretendes añadir más amargura a tu padre? Por nada del mundo querría que dejaras de intentarlo.

—Pero ¿es que no te das cuenta? Abre los ojos, madre; durante la guerra formé parte de «Cultura Popular», fui un miliciano de la cultura en el Frente y no me permitirán editar libros, no me permitirán ser nada más que lo que soy, un obrero por las mañanas y un linotipista por las tardes. Y no seré más que eso.

—Cuando vuelva tu padre se arreglará todo y ya verás como encontraremos el medio para que te hagas editor. Quizá don Bernardo nos ayude. Él puede avalarnos, decir a las autoridades que somos personas decentes. Ya ves que nos está ayudando.

—¿A qué? ¿A recomendarte como fregona?

—Mira, Fernando, todos los trabajos son dignos y no tengo que estar en esa casa todo el día, tan sólo hasta la hora de comer. Iré a las siete y a las tres estaré de vuelta. Ni te enterarás. Pero no me pidas que me quede cruzada de brazos mientras te veo reventarte a trabajar... Cada día estás más delgado... No puedo verte así, hijo mío... Además, no nos queda nada por vender. Lo que gane servirá también para pagar al abogado... Anda, no discutamos.

Tuvo que rendirse. Sabía que su madre le seguía viendo como a un chiquillo al que proteger. Sintió rabia y pena. Rabia por no ser capaz de mantener su casa. También odio, un odio profundo por los franquistas que tenían encarcelado a su padre y habían arruinado sus vidas. Su madre no se quejaba, pero él no podía dejar de lamentarse por el futuro que les habían arrebatado.

—¿Cuándo tienes que ir? —le preguntó rendido.

—Mañana. Comienzo a trabajar mañana. Todo irá bien.

—Son nacionales —respondió Fernando con repugnancia.

—¿Y ahora quién no lo es? ¿Crees que alguien se atrevería a decir lo que piensa? Eso se ha acabado, Fernando, hazte a la idea. Las cosas que te enseñaba tu padre... bueno, no es que las tengas que olvidar, pero tendrás que guardarlas para ti.

—Te acompañaré. Así sabrán que no estás sola.

Su madre sonrió conmovida mientras le cogía una mano apretándosela levemente.

—Anda, vete a fumar un cigarrillo con Eulogio antes de que se vaya a trabajar.

—No, hoy no subiré. Ah, Catalina me ha dicho que su madre ha hecho unos paños de ganchillo que nos podría dar para vender. A lo mejor don Antonio los quiere comprar.

—Nos vendrá bien, pero... no le llames «don Antonio», al menos cuando estemos solos. Ese hombre no merece el «don», y no porque antes sólo fuera un simple tendero...

—Entonces ¿por qué? ¿Porque no tiene estudios?

—Además de por eso, porque es un sinvergüenza como todos los estraperlistas. Se ha hecho rico arruinándonos a los demás. A poco que pueda nos echará de esta casa.

—No le dejaré, madre, te juro que no le dejaré.

Se dieron una tregua a través de la lectura: Fernando enfrascado en el *Viaje del Parnaso* de Miguel de Cervantes e Isabel en la poesía.

—¿Qué lees, madre?

—«Es hielo abrasador, es fuego helado, / es herida que duele y no se siente, / es un soñado bien, un mal presente, / es un breve descanso muy cansado...» ¿Sabes de quién es? —preguntó ella sonriendo.

—No...

—Francisco de Quevedo. Es un poema que me gusta especialmente; se titula «Definiendo el amor».

—Eres una romántica, madre.

En Madrid refrescaba por la noche. La tos persistente de su madre no le permitía conciliar el sueño y había estado pensando que debía hacerse con una manta para el invierno al menos para ella. Era un sueño vano. No tenían dinero. Tampoco les quedaba mucho por vender, salvo los somieres de las camas, un par

de sillones de orejas, las sillas y la mesa del comedor. Su madre había dicho que podían dormir en el suelo, pero que comer debían hacerlo como las personas. Además, cuando su padre volviera, necesitaría una mesa donde sentarse a escribir. Y si no conseguía trabajar en alguna editorial, acaso podría ganarse la vida dando clases particulares. Sí, eso se lo tendrían que permitir, no podían condenarlos a morir de hambre, aunque en realidad hambre no habían dejado de pasar desde que comenzó la guerra.

Fernando no podía olvidarse de su padre.

—¿Qué se siente al matar? —le había preguntado en el transcurso de una de sus cortas visitas desde el Frente.

Notó que se le crispaba el gesto y apretaba los puños después de cerrar los ojos y respirar hondo, como si necesitara llenar de aire los pulmones para responder.

—Nada. Eso es lo peor, que no se siente nada. Pero tú no matarás, Fernando, no lo harás. Cuando matas no sientes nada, el infierno viene después.

—¡Dios mío, Lorenzo, qué cosas dices! —exclamó su madre mientras le miraba enfadada.

Después su padre había vuelto al Frente para regresar derrotado.

Cuando en noviembre de 1936 el Gobierno de la República se trasladó a Valencia, su padre le convenció para que desde allí continuara en el «frente cultural». Al cabo de un año, Fernando regresó a Madrid porque la tuberculosis, y no una bala, casi acaba con su vida. Fue un milagro que se salvara. En realidad el milagro lo hizo posible su madre cuidando de él sin importarle el peligro de contagio.

En la capital los días transcurrieron pendiente del ruido de las bombas y los partes militares informando que el Ejército franquista acechaba Madrid, pero que la República resistiría. Él siguió las noticias en la cama, sin poder salir de casa. Luego se extendió el rumor de que el coronel Casado estaba negociando la

rendición, y un día se encontraron con que las tropas de Franco entraban en Madrid.

Desde que terminó la guerra, Lorenzo Garzo estaba en la cárcel y pesaba sobre él una condena a muerte. Fernando y su madre confiaban en conseguir un indulto que lo devolviera a casa.

Apenas logró conciliar el sueño. Sabía que su madre tampoco dormía, pero los dos guardaban silencio. Sin esperar las primeras luces del día se levantó. No había mejor reloj que las campanas del Convento de la Encarnación. Su madre solía oír misa allí además de en la de Santiago o en otra iglesia cercana, la de San Ginés, donde Quevedo recibió las aguas bautismales y Lope de Vega se había casado. Además, contaba con cuadros excepcionales, uno de El Greco, y otros de Luca Giordano, Francisco Ricci y Alonso Cano.

Con cuidado de no hacer ruido, entró en el cuarto de baño. El agua fría de la ducha le despejó. Pensó que casi era un lujo vivir en aquella casa con un aseo que no tenían que compartir con nadie. Desde que Eulogio se había trasladado a una de las buhardillas se lavaba en una palangana o en el exiguo lavabo junto al excusado. Sí, se sintió afortunado por disponer de aquel pequeño cuarto de baño que su padre se había empeñado en instalar cuando la guerra aún no se había asomado a sus vidas. De repente tuvo una idea y se echó a reír. Quizá podían alquilar el baño por unos céntimos. Eulogio le había contado que el americano era muy sufrido y se había adaptado a las incomodidades de la buhardilla, pero que de vez en cuando se quejaba de no poder darse una ducha como Dios manda.

Cuando Eulogio regresara de vigilar el almacén de don Antonio, subiría a decirle que estaba dispuesto a alquilarle la ducha al americano. Si él quería ducharse, no le cobraría, eran amigos, pero el estadounidense bien podía pagar, los americanos tenían dinero, aunque en realidad no entendía por qué Marvin había optado por vivir en la buhardilla de Eulogio cuando bien podía haberse instalado en una buena pensión.

No desayunó porque no había nada que desayunar, salvo restos de un poco de malta que prefería dejar para su madre.

—Fernando, no te vayas sin desayunar —le pidió Isabel.

—Es muy pronto, madre, aún puedes descansar un rato más.

—Son las cinco y media y me tengo que preparar. No estaría bien que llegara tarde el primer día de trabajo.

Fernando se vistió y aguardó a que su madre estuviera lista para poder acompañarla. Cuando salieron a la calle, ella le agarró del brazo. Caminaron deprisa. Llegaron a la casa del farmacéutico antes de las siete.

Les abrió la puerta una mujer vestida con un traje negro y un delantal blanco con ínfulas de criada de casa bien.

—Doña Hortensia la está esperando, hay mucho por hacer. ¿Y éste quién es? —preguntó la criada.

—Mi hijo Fernando.

—Pues que se vaya.

—Sí... Bueno, hijo, vete, ya nos veremos luego en casa.

—Quiero saludar a doña Hortensia —respondió Fernando, empecinado en no marcharse sin antes dar el visto bueno a los dueños de la casa.

—¡Mira el chico!, ¿con exigencias? ¿Crees que doña Hortensia va a perder el tiempo en saludarte? Anda, vete antes de que salga y os despida a ti y a tu madre.

Un hombre en la edad madura se plantó en medio del recibidor. La criada carraspeó incómoda, pero Fernando le sostuvo la mirada.

—¿Y ustedes son...? —preguntó el hombre.

—Fernando Garzo y ésta es mi madre...

—Ya, ¿y qué quieren?

—Es la planchadora, don Luis —intervino la criada.

—¡Ah!, ya... sí, mi mujer me había dicho que iba a venir alguien para planchar y echar una mano en la cocina... ¿Cómo se llama usted?

—Isabel —respondió azorada la madre de Fernando.

—Bueno, pues pase, mi mujer lleva ya un rato atareada con la casa. Y usted, joven, supongo que se marcha...

—Sólo he venido a acompañar a mi madre y a saber dónde va a trabajar.

El hombre llamado don Luis le miró de arriba abajo. Por un momento Fernando pensó que le iba a echar de malas maneras, pero don Luis le dio una palmada en la espalda mientras le indicaba la puerta.

—Con mi familia queda en buenas manos. Muy considerado de su parte cuidar de su madre. Ande, vaya a hacer lo que sea que haga.

Fernando se marchó diciéndose que quizá aquella no fuera una mala casa, pero no había llegado a la calle cuando ya maldecía su mala suerte. Aquel hombre había ganado la guerra y debía de ser un gerifalte del Régimen para permitirse tener una criada en casa y además contratar a otra mujer, a su madre, para cocinar y planchar. Sintió una oleada de odio. Su padre estaba en la cárcel sólo por ser republicano, y su madre, su querida madre, se veía abocada a tener que servir en aquella casa. Escupió en el suelo. Era su manera de dejar escapar su amargura.

Cuando llegó a la obra, su jefe le recibió con un empujón.

—Llegas tarde —le reprochó.

—De eso nada, Pascual, aún no son las ocho.

—¿Y cómo vamos a levantar España si no trabajamos? No seas gandul y ponte a llevar esos sacos de cemento allí donde está Pepe... Seguro que has estado toda la noche con los libros. ¡Mira tú el señorito que quiere ser editor! Sólo sirves para cargar, chaval. Deberías estar agradecido porque no te encierren como a tu padre.

Fernando optó por no responder. ¿Para qué iba a hacerlo? Pascual era un bruto, apenas sabía leer y creía que a un hombre le bastaba con la fuerza. Había combatido con los nacionales y le gustaba pavonearse del número de rojos que había matado en el Frente, además de a los que había *dado el paseo*. Al escucharle, algunos de los hombres que trabajaban en la obra apretaban los dientes. No se podían dar el lujo de replicarle. Bastante habían conseguido con encontrar trabajo en aquella obra que les permitía subsistir. Era mejor guardar silencio. El silencio formaba parte del castigo de los perdedores.

—No te hagas mala sangre, chico —murmuró uno de aquellos hombres cuando Fernando le entregó un saco de cemento.

A las dos y media se fue a casa. Ansiaba encontrarse con su madre y que le explicara cómo había transcurrido su primer día de trabajo. Apretó el paso. Además, también iba pensando en proponerle a Eulogio el negocio de la ducha.

Se encontró con su madre en el portal. La vio contenta, por más que su rostro denotara cansancio.

—Parece buena gente. Doña Hortensia es muy amable, exigente, eso sí, pero no tienes que preocuparte.

—¿Y el marido?

—Ya le viste, don Luis es farmacéutico. Me he enterado de que conoce a gente importante que le tiene mucho aprecio.

—Es un abuelo.

—Bueno, es mayor que su mujer, le lleva unos cuantos años. Ella tiene poco más de treinta y él... me parece que debe de rondar los cuarenta.

—¿Y sus hijos?

—Cinco, de todas las edades, pero doña Hortensia lleva la casa como si fuera un cuartel.

—¿Te han dado de comer?

—No... Les he hecho la comida, unas lentejas y una tortilla de patata.

—Pues te podrían haber dado un huevo.

—No tienen por qué.

—Menuda gentuza —concluyó Fernando.

—Por favor, hijo, no quiero que hables con tanta amargura —le pidió su madre.

Fernando encontró a Eulogio recién levantado. Su amigo había echado una cabezada, pero ya se disponía a ponerse delante del cuadro que estaba pintando. Le escuchó con interés cuando Fernando le propuso cobrar al americano por

ducharse en su casa.

—Ha salido, pero en cuanto venga se lo diré. Seguro que acepta. ¿Tu madre está de acuerdo?

—Cómo no va a estarlo. Eso sí, le diremos que no malgaste el agua.

—Claro, claro... Oye, yo te acepto el ofrecimiento de bajar a tu casa a ducharme gratis. Me vendrá bien hacerlo aunque sea una vez a la semana. ¿Qué tal con Pascual?

—Me tiene frito, le caigo mal.

—Pues te tienes que aguantar. Es el jefe de obras y se aprovecha de los que trabajáis allí porque sabe que muchos habéis sido republicanos. Y suerte con que os dé trabajo en vez de denunciaros.

—Estoy harto de él. Siempre con la camisa azul para que no haya dudas de lo que piensa. Además, se aprovecha de que mi padre sea republicano y esté encarcelado, y me paga menos que a otro joven que hace lo mismo que yo, pero que su padre es falangista de primera hora.

—Ya te he dicho que te tienes que aguantar. No me dejes mal. Me costó mucho convencer a don Antonio para que hablara con él y te dieran un trabajo. Tú no le gustas a don Antonio, pero yo tampoco. Si me soporta es porque sabe que yo sé que es un sinvergüenza, lo mismo que su amigo el capataz que se dedica a robar material de la obra que luego le vende a él a bajo precio. Pero ahora mismo hay tantos desgraciados como nosotros buscando trabajo por unos céntimos... Mira a tu alrededor, Fernando, hasta los nacionales pasan hambre.

—Algunos más que otros.

—¡Pues claro! Pero no te engañes, son más los que lo pasan mal. Siempre hay listos como don Antonio. Pero qué le vamos a hacer. Él ha ganado la guerra.

—Somos unos tontos por llamarle «don Antonio». Antes era «Antonio el de la tienda», ahora le hemos puesto el «don».

—Se lo ha puesto él y hay que seguirle la corriente. Es él quien nos fía para echar algo al puchero. Y aunque es un malnacido, a mí me ha dado trabajo y tú lo has encontrado por mí, pero indirectamente por él.

—¡Pero si te ha echado de tu casa! ¡Mira cómo vives!

—Hemos perdido, Fernando, acéptalo. Ya te lo explicará tu padre cuando salga de la cárcel. Don Antonio ha pasado de tener una tienda de ultramarinos a comprar y vender de todo. Listo que es, qué le vamos a hacer...

—Bueno, me marchó a la imprenta. Ya me dirás si el americano acepta pagar por ducharse.

Aunque maldecía su suerte, Fernando disfrutaba como linotipista. Llevaba más de un año trabajando, pero había puesto tanto empeño en aprender que don Vicente, el jefe de la linotipia, a pesar de que se mostraba severo, de cuando en cuando le daba una palmada en la espalda. En cuanto a don Víctor, el dueño de la imprenta, aunque no podía negar que con él se había portado bien, no por eso dejaba de irritarle saber que era un hombre de derechas.

—Tienes mano para este oficio —le dijo aquella tarde su jefe.

Sí, tenía buena mano para la composición, incluso se había atrevido en un par de ocasiones a hacer alguna sugerencia para ahorrar papel.

En aquella imprenta se hacía de todo, desde libros hasta material de propaganda del Régimen. En ocasiones se preguntaba si no estaría traicionando a su padre cuando ayudaba a imprimir aquellos panfletos que cantaban las excelencias de Franco.

Marvin aceptó pagar por la ducha. Isabel cedió resignada. Unos céntimos diarios les serían de gran ayuda, y el americano parecía un buen chico. Le darían una llave para que entrara en la casa no sólo porque no desconfiaran de Marvin, sino porque aunque hubiese querido, no habría podido robar nada.

La vivienda era amplia, con tres balcones a la calle: el vestíbulo, el comedor y la sala de estar, que antaño era confortable, pero ahora estaba casi vacía. Dos puertas correderas permanentemente abiertas daban a un pequeño cuarto, al que llamaban «despacho», cubierto por estanterías del suelo al techo con los preciados libros del cabeza de familia. Un par de habitaciones, además de la cocina y el baño, completaban las estancias del piso.

Algunas veces Isabel imaginaba el momento en que Lorenzo, su marido,

regresaría a casa. Llegaría exhausto después de tanto tiempo encerrado en la cárcel careciendo de todo. Ella le explicaría que había tenido que vender los muebles, pero que al menos habían conservado la mesa y el sillón del despacho. Lo demás, el perchero y el velador de la entrada, el aparador del comedor, los cabeceros de las camas... habían dejado de pertenecerles. Sabía que Lorenzo la abrazaría y le diría que no tenía que preocuparse, que aquellos muebles eran sólo objetos, por muy queridos que fueran para ellos. Dejaría vagar la mirada por las estanterías y suspiraría en silencio al comprobar que habían conservado sus libros. Para un hombre como Lorenzo, amante de la literatura, los libros eran parte de su alma, no se podía entender a sí mismo sin ellos. Sí, acariciaría los lomos de las novelas de Cervantes, se recrearía en los poemas de Góngora, sonreiría al ver los viejos tomos de Calderón y suspiraría aliviado al comprobar que allí seguía el *Romancero gitano* de Federico García Lorca y tantos y tantos otros libros que habían ido conformando su vida y su manera de ser. Y seguramente, contendría una lágrima cuando viera que encima de la mesa de su despacho seguía abierto aquel libro de poemas tal y como lo dejó, en la misma página en la que se podían leer unos versos de Gómez Manrique:

*Yo parto de vos, doncella,
fuera de mi libertad;
yo parto con gran querella
de vuestra pura bondad.*

*Yo parto con gran tormento
por esta triste partida,
e llevo tal pensamiento
que hará corta mi vida.*

Isabel anhelaba que el momento del regreso se hiciera realidad. Tenía que serlo. Luchaba para ahuyentar la pesadilla que la visitaba durante las brumas de

la noche. Siempre la misma. Veía a su marido despedirse de ella, pero no alcanzaba a escuchar sus palabras. Luego un ruido ensordecedor y el cuerpo inerte de Lorenzo caído en el suelo. Muerto. Cuando llegaba a ese punto del sueño se despertaba gritando.

Fernando se acercaba a ella y la abrazaba sin decirle nada. No hacía falta. A él también le visitaban los fantasmas.

Isabel terminó de peinarse. Se miró en el espejo y sonrió con tristeza. Su cabello castaño empezaba a salpicarse con alguna cana. No se engañaba. Su juventud se había evaporado durante la guerra. Las arrugas cruzaban el rostro endureciéndole el gesto. La piel de sus manos se había vuelto áspera y la extrema delgadez, fruto del hambre, le restaba cualquier atractivo. Pero estaba segura de que Lorenzo seguía queriéndola de la misma manera que ella amaba con desesperación el cuerpo escuálido y torturado de su marido, y no prestaba atención a su calvicie prematura, ni a los ojos hundidos, ni a los dedos retorcidos a causa de la artritis y del frío que había pasado durante los años de la guerra.

Ella seguía viendo en su marido al muchacho serio y aplicado que perdía la noción del tiempo traduciendo a Shakespeare, a Oscar Wilde, Daniel Defoe o Walter Scott y que la miraba asombrado de que se hubiera fijado en él, una chica que concitaba las miradas de los jóvenes del barrio. Isabel vivía con sus padres en un pueblo de la sierra donde su padre ejercía como veterinario y donde Lorenzo pasaba con los suyos todos los veranos.

Apenas Isabel cumplió dieciocho años, se casaron. Aquel día estaba radiante y así la vería siempre Lorenzo.

—¿Ya te has arreglado? —le preguntó Fernando, devolviéndola a la realidad.

—Sí, hijo, ya estoy lista. Anda, vamos.

Salieron de casa con paso ligero. No es que la cárcel estuviera lejos, pero era día de visita y siempre llegaban antes. A los guardias les gustaba poner dificultades a los familiares de los perdedores.

Fernando también se había repeinado. Sabía que a su padre le molestaba la falta de pulcritud y que bastante sufría él con tener que vivir acompañado de las

chinchas y los piojos que colonizaban la prisión.

Cuando llegaron, tuvieron que esperar un buen rato cuchicheando junto a los familiares de otros presos. Se conocían después de tantos y tantos meses de encontrarse ante las puertas de aquel edificio que había sido un convento y que ahora hacía la función de prisión para los presos republicanos.

Madre e hijo buscaban rostros conocidos y cuando no los encontraban, sabían que si no estaban allí era porque el padre, el hermano, el tío o el amigo encarcelado había sido fusilado.

Fernando sintió un retortijón en el estómago al ver a su padre tan demacrado y con aire ausente. ¿Por qué no llevaba las gafas? Sin ellas no veía bien.

—Padre, ¿dónde tienes las gafas? —le preguntó apenas sin saludarle.

—No te preocupes, hijo —respondió su padre.

—Lorenzo, ¿te las han quitado? —acertó a preguntar Isabel.

—Bueno, es que... en realidad me las han roto. El guardia que está siempre en la entrada me dio un empujón porque decía que me estaba retrasando en ponerme en la fila. Las gafas se me cayeron y... las pisó, aplastándolas. Lo siento.

Isabel apretó la mano de su marido conteniendo las lágrimas mientras que Fernando, el hijo, cerró los puños con fuerza intentando controlar la ira.

—Padre, te refieres a ese guardia que se llama Roque, ¿verdad? Roque... Hemos oído que es un bruto y que le gusta maltratar a los que estáis aquí —afirmó Fernando con rabia.

—Bueno, hablemos de otras cosas. ¿Al menos te dan mejor de comer? —preguntó Isabel por decir algo.

—Lo de siempre. Lo que llaman «caldo» viene acompañado de insectos... Pasamos tanta hambre que los hombres se los comen sin mirarlos... Pero contadme de vosotros...

—Padre, el abogado ha prometido que en los próximos días me dirá algo. Dice que está casi seguro de que conseguirá el indulto. Ya verás, antes de Navidad estarás en casa.

—Y yo... Verás, Lorenzo, me he puesto a trabajar. Don Bernardo, el cura de la parroquia, me ha recomendado en casa de una familia; don Luis es farmacéutico y doña Hortensia, su esposa, es una buena mujer. Tienen cinco hijos y le faltan manos para atenderlos...

—Son de derechas, padre... —añadió Fernando.

Lorenzo bajó la mirada avergonzado. Sintió un profundo pesar al imaginar a Isabel empujada por la necesidad de fregar en casa de otros. No es que considerara que fregar no fuera un trabajo digno, pero que su esposa lo tuviera que hacer era una evidencia más de la vida que habían perdido quizá para siempre.

—¿Te tratan bien? —preguntó a Isabel, acariciándole la mejilla.

—Sí, claro que sí. No son malas personas.

—¡Claro que lo son! —exclamó Fernando.

—Vamos, hijo, no añadas más pesar a tu madre. Además, Fernando, no todos los que no piensan como nosotros tienen que ser malos. Hay gente buena y gente mala en todas partes.

—Pues cuando salgas, verás cómo se comportan los que han ganado y entonces ya me dirás qué opinas —replicó Fernando con amargura y con la voz más alta de lo que debía.

—También hemos alquilado la ducha a un americano. Ya te hemos hablado de él, es poeta y vive en la buhardilla de Eulogio. El pobre estaba desesperado por poder darse una ducha en condiciones y Fernando ha tenido la idea de permitirselo a cambio de unos céntimos que nos vienen muy bien —dijo Isabel para desviar la conversación.

—Ya veo que os las estáis arreglando. Bien hecho. Lo de alquilar la ducha me parece una buena idea —comentó Lorenzo, sonriendo.

—A Eulogio le dejamos ducharse gratis —dijo Fernando.

Le pusieron al tanto de las novedades de la gente del barrio y Lorenzo los escuchó con atención, como si realmente le pudiera interesar las andanzas de don Antonio el estraperlista o las de la familia Vilamar.

—¿Y qué hay de tu noviazgo con Catalina? —quiso saber Lorenzo mirando a su hijo.

—Que no es mi novia —protestó Fernando.

—Ya sabes cómo son los Vilamar, Lorenzo, pican alto y quieren asegurar el futuro de su hija. Parece que Ernesto Vilamar quiere emparentar con Antonio el estraperlista. Su hijo Antoñito bebe los vientos por Catalina —explicó Isabel a su marido.

—Pues si eso es picar alto... —observó Lorenzo con ironía.

—Ahora Antonio maneja mucho dinero. Conserva la tienda de ultramarinos, pero si vieras qué almacén ha comprado para guardar las mercancías del estraperlo... Cuando le veas no le vas a reconocer por cómo viste y los aires que se da.

—Bueno, pero Catalina siempre ha tenido personalidad, no creo que le guste Antoñito —afirmó Lorenzo.

—Antoñito no le gusta, pero... —Fernando se calló.

—Sigue, ¿qué ibas a decir? —preguntó su padre.

—Le gusta el americano. Marvin es poeta, estuvo al principio de la guerra haciendo de traductor de unos periodistas norteamericanos, luego se fue. No sé qué tiene, pero les gusta a todas las chicas.

El padre sonrió y miró con ternura a su hijo. Veía reflejarse en la mirada de Fernando el dolor y el estupor del primer fracaso. Sabía que su hijo estaba enamorado de Catalina desde que era un niño.

—No te preocupes, se le pasará. Estoy seguro de que para Catalina eres muy importante.

—Sí, como amigo —se lamentó Fernando.

—Ya verás que no... Anda, no te desanimes... —le consoló su padre.

Los guardias anunciaron que era hora de marcharse. Isabel le dio a su marido una barra de pan y un par de huevos cocidos. Los huevos se los había comprado a don Antonio el día anterior. El pan lo habían conseguido gracias a las duchas de Marvin.

—Los huevos te vendrán bien, te darán energía —afirmó Isabel.

—Claro, claro, mujer. Cuidaos mucho. Os quiero.

—Padre, pronto estarás en casa.

Hasta que no salieron de la prisión Isabel no se permitió llorar. Fernando le echó el brazo por los hombros intentando consolarla.

—Madre, conseguiremos el indulto, ya lo verás.

—Es que el pobrecillo está cada día más delgado, apenas tiene piel sobre los huesos y lo de sus gafas... Tu padre no puede dar un paso sin ellas. Dios mío, Fernando, tenemos que sacarle de aquí.

—Y lo haremos, madre, ya verás. Padre no ha hecho nada malo.

Isabel no respondió. Los vencedores actuaban con saña contra los vencidos. No respetaban a nadie, y mucho menos a los soldados del bando republicano. Todos los días había fusilamientos y ella temblaba al pensar que alguien llamara a su puerta para anunciarle que habían fusilado a su Lorenzo.

—¿Le has dicho a Fernandito lo de los paños de ganchillo? —le preguntó doña Asunción a su hija.

—Sí, mamá —respondió Catalina.

—Pues ha pasado más de un mes desde que te lo dije...

—Ya vendrá.

—Que no se entere tu padre... ya sabes que no le gusta que tengamos mucho trato con los Garzo. Isabel me da mucha pena. Debe de ser muy duro para ella ponerse a servir en casa de ese farmacéutico. No sé qué haría yo si estuviera en su lugar. ¡Pobre mujer!

—Tenemos que ayudarles, mamá —le pidió Catalina.

—Pues claro, hija, pero sin que se entere tu padre, ya sabes cómo es.

Catalina abrazó a su madre. Se sentía muy unida a ella. Sabía que siempre la protegería. Su madre vivía volcada en ella, al fin y al cabo Catalina era su única hija, un milagro del cielo habida cuenta de que había tenido varios embarazos fallidos.

Ambas se parecían no sólo físicamente, también en el carácter. De mediana estatura, cabello castaño claro, ojos castaños con destellos verdosos, buena figura. Doña Asunción padecía con el sufrimiento ajeno y, si de ella dependía, procuraba aliviarlo, lo que le provocaba algunas discusiones con su marido. En don Ernesto era inútil buscar un ápice de piedad o de empatía hacia los demás. Era el menor de una familia de seis hermanos, y había sido educado con severidad. Había sufrido en silencio durante la guerra, no tanto por su afección

en el hígado sino porque a causa de su enfermedad no habían podido huir a la zona nacional. Le carcomía la rabia pensando que buena parte de sus vecinos eran republicanos o, lo que era peor, algunos tenían tendencias socialistas. Si lo sabría él... Por ejemplo, Lorenzo Garzo, el editor. Nunca había simpatizado con él. Antes de la guerra ya le costaba saludarle cuando se encontraban en la calle y le fastidiaba que Asunción hubiera hecho tan buenas migas con Isabel. En su opinión, ahora Lorenzo Garzo estaba donde debía estar, en la cárcel. Esperaba que le fusilaran. Franco no debía mostrarse magnánimo con los enemigos, era mejor eliminarlos porque, si los dejaba vivir, podían convertirse en un peligro.

Doña Asunción decía que ya que habían ganado lo mejor era olvidarse de lo sucedido y volver a la vida normal. Era una ingenua, en realidad era sólo una mujer y ya se sabía que las mujeres no saben pensar. Además, ella poco tenía que olvidar ya que Petra, su única hermana, estaba viva aunque hubiera perdido a su esposo en el Frente de Aragón. Su cuñado había muerto por España como un patriota. Incluso le habían condecorado a título póstumo.

Él sólo tenía a Catalina y a veces pensaba que había sido una bendición no tener hijos varones, y que los hubieran matado los rojos. Claro que echaba de menos tener en casa a otro hombre, alguien con quien conversar, que entendiera las cosas de la política, porque tanto su mujer como su hija eran dos almas benditas y, por tanto, ignorantes.

Don Ernesto se sentía satisfecho de que Andrés, su hermano mayor, hubiera recuperado la finca familiar. Los milicianos les habían destrozado la casa, confiscado los cerdos y las ovejas, pero la tierra seguía allí y volvía a ser de la familia. Lo malo era que el hombre que hasta que comenzó la guerra se había encargado de administrar la finca había resultado ser anarquista y había sido uno de los responsables de que los rojos la saquearan. Daba gracias a Dios y a Franco por haber hecho justicia. Le habían fusilado. Pero eso no bastaba para que pudieran borrar el sufrimiento que les habían infligido. Habían matado a su padre, a pesar de ser casi un anciano, y a su sobrino Andresito, que sólo era un niño. Amparo, su cuñada, había enloquecido. Ahora Andrés llevaba la finca

ayudado por un hombre cabal, un falangista de un pueblo cercano. No es que a don Ernesto le gustaran mucho los falangistas, los encontraba demasiado bruscos y le molestaba su parafernalia, pero mejor un patriota que un rojo.

Además, había perdido a otros dos hermanos en el Frente y otro no había salido vivo de la checa de la calle Fomento, y tampoco quería pararse a pensar en lo que le había sucedido a su hermana monja, cuando otro grupo de milicianos entró en el convento donde guardaba clausura junto a otras religiosas.

Pero en aquel momento su mayor preocupación era Catalina. Su esposa la mimaba en exceso. Asunción era demasiado tolerante con la hija, lo mismo que su cuñada Petra. Ambas hermanas eran hijas de una buena familia, su padre era un comerciante dedicado a la venta al por mayor de tabaco canario. Habían estudiado en un colegio de monjas y aprendido todo lo que unas señoritas deben saber. Su suegro le había incorporado al negocio familiar haciéndole administrador de la empresa, pero se había arruinado durante la contienda y el pobre hombre había muerto sin la dicha de ver cómo los suyos ganaban la guerra.

Ahora don Ernesto estaba intentando volver a hacer de la empresa de su suegro una fuente de prosperidad. Al fin y al cabo, ¿quién no fumaba? Claro que aunque tenía esperanza en el futuro, la realidad era que se había arruinado durante la guerra dejando un reguero de deudas.

Tenía que casar bien a Catalina. Su hija ya no era una niña y no le gustaba verla desocupada. En cuanto acabara el verano tendría que buscarle algo que hacer porque las clases de piano con su tía Petra no eran suficientes para entretenerla. Su esposa le insistía en que había que convertir a Catalina en una mujer instruida, pero a él le parecía una excentricidad. ¿Para qué quería un hombre una sabionda? Que las mujeres fueran instruidas era una idea de los republicanos. Gracias a Dios las cosas habían vuelto a su orden natural. Lo importante era que Catalina se casara con alguien con dinero que la pudiera mantener con desahogo.

Antoñito era una buena opción. El hijo del tendero era un buen partido. Don

Antonio rezumaba prosperidad. Se había dedicado después de la guerra al estraperlo y había ganado dinero y ahora ganaba aún más. Aquel hombre comerciaba con todo, pero lo más importante era que estaba bien relacionado con algunos ministerios gracias a su hermano, Prudencio, que había sido asistente de un coronel. Antonio, el tendero, el falangista que combatió a los rojos y regresó a Madrid con las tropas nacionales, se había convertido en don Antonio, y su hijo mayor, Antoñito, en un buen partido. No es que fuera muy agraciado, pero tampoco era feo, en realidad feas eran sus dos hermanas, Paquita y Mariví, unas niñas sin ninguna gracia. También podría casarla con Pablo Gómez, el hijo de don Pedro, el funcionario de Hacienda que vivía en el quinto.

Don Ernesto levantó la mirada de los papeles que tenía delante. El banco acababa de denegarle un préstamo.

Oyó la risa de su hija y la imaginó parloteando con su esposa. Benditas ellas que de nada tenían que preocuparse.

Tocó la campanilla y acudió la criada.

—Dícales a mi esposa y a mi hija que vengan al despacho —ordenó sin mirarla.

Dos minutos más tarde, doña Asunción y Catalina asomaban la cabeza por la puerta que daba al despacho.

—¿Qué quieres, Ernesto? —preguntó su mujer.

—Deciros que don Antonio quiere organizar un almuerzo campestre dentro de unos días. Te lo aviso con tiempo, Asunción.

—Por mí no hay inconveniente, aunque te aseguro que me cuesta relacionarme con esa gente, son tan... En fin, no está bien decirlo, pero se les nota de dónde vienen.

—¿No eres tú la que dice que lo importante es que las personas sean buenas? Pues ya está. Don Antonio no viene de buena familia, pero el hombre está demostrando tener un gran talento para los negocios. Ya ves, se ha hecho rico durante la guerra y cada día que pasa lo es más.

»Se codea con gente principal, de manera que no sé por qué no vamos a

tratarle nosotros.

—Pero, Ernesto, si tú antes ni siquiera le habrías saludado. Creo que antes de la guerra no habías entrado en su tienda de ultramarinos.

—¿Y a qué debía yo entrar? ¿La casa no es cosa tuya? Mira, Asunción, no le busques tres pies al gato; las cosas han cambiado, hay una nueva clase social, la de hombres con talento capaces de salir adelante.

—Don Antonio es un ordinario —insistió la mujer.

—Bueno, es lógico, él no ha recibido mucha educación, pero es un hombre cabal y ha estado con quien hay que estar, no como esos desgraciados de los republicanos, por no hablar de toda esa chusma de comunistas y anarquistas. Siempre le tendremos que agradecer a Franco que nos haya librado de ellos.

—Querido, si tú eras monárquico —le recordó doña Asunción.

—Por eso estoy con Franco, porque nos ha devuelto el orden y ya verás que con el tiempo reinstaurará la monarquía.

—¡Uy!, no sé yo, a los hombres no os gusta ceder el mando y no me imagino a Franco, después de haber ganado la guerra, entregándole el país a un rey —dijo Asunción.

—¡Qué sabrás tú! Bueno, sólo quería deciros que cuando nos convoque iremos a esa comida campestre. Será una buena ocasión para que Antoñito y Catalina hablen.

—¿Y de qué tenemos que hablar, padre? —preguntó Catalina contrariada.

—Los dos sois jóvenes y tenéis un gran porvenir por delante, es bueno que os vayáis conociendo —respondió don Ernesto.

—Pero si ya nos conocemos y te recuerdo, padre, que cuando era niña no me dejabas jugar con Antoñito ni con sus hermanas. Decías que no podía tener como amigas a las hijas del tendero porque no estaban a nuestra altura. —Catalina sabía cómo irritar a su padre.

—¡Qué tonterías dices, niña! Además, las circunstancias han cambiado. Don Antonio es un hombre de negocios y su hermano mayor, Prudencio, es un valiente soldado que se codea con los generales. Catalina, deberías saber que la

nobleza se adquiere a través de actos nobles de servicio al rey y a la patria.

—Papá, si todo el mundo sabe que el hermano de don Antonio estaba en Intendencia y que se ha dedicado a robar cuanto ha podido.

—¡Catalina! —Don Ernesto miró furioso a su hija.

—¿Y don Antonio ha prestado algún servicio al rey y a la patria? No lo sabía, padre; creía que era sólo un estraperlista que lo único que le importa es enriquecerse. En cuanto a Antoñito, sé que te gustaría que él y yo... pero no va a ser así, me da asco. Antes que ser su novia me meto a monja... —continuó Catalina, haciendo caso omiso al enfado de su padre.

—¿Así es como educas a esta niña? ¡Jamás me habría atrevido yo a hablar así a mi padre! Los hijos no tienen opinión, sólo deben obedecer a sus mayores, que son quienes saben lo que les conviene. No me vuelvas a decir que prefieres ser monja porque seré yo quien te lleve personalmente al convento de mi hermana en Aragón. Ya verás como la tía Adoración te mete en vereda.

—Pero ¡a qué discutir! Claro que iremos a ese almuerzo campestre, Ernesto, y la niña hablará con Antoñito y... bueno, Dios dirá si tiene planes para ellos —los interrumpió doña Asunción, temiendo la deriva de la conversación.

—¡Ah, y no te quiero volver a ver con Fernando! Ese chico lo único que nos puede traer son problemas. Su padre está en la cárcel por rojo. No quiero tener nada que ver con esa gente —afirmó don Ernesto enfadado.

—Pero, Ernesto, los Garzo son buenas personas, el padre de Isabel era veterinario en la sierra de Madrid. En cuanto a don Lorenzo, pobrecillo, era el director de Editorial Clásica, un buen editor que estoy segura de que no ha hecho nada. Tú mismo tienes muchos de los libros editados por él. Seguro que saldrá de la cárcel —dijo doña Asunción, temiendo que sus palabras contribuyeran a enfadar aún más a su esposo.

—¡Que no ha hecho nada! ¡Esto sí que es bueno! Resulta que combatir con las tropas rojas es no haber hecho nada.

—Bueno, es que es republicano o era republicano, como tanta gente, y no creo que haya que matar a todos los republicanos porque eso supondría matar a medio

país. Además, hasta que la guerra no empezó, ser republicano no era nada malo —insistió su esposa.

—¡Habrás visto! ¡Que tenga que escuchar esto en mi propia casa! Pero ¡qué educación estás dando a nuestra hija! Si hablas así, creerá que ser republicano es algo sin importancia. ¡A punto han estado de destruir España entregándosela a los bolcheviques!

—Ernesto, cálmate; anda, te mandaré una taza de café con unos picatostes. El médico dijo que tienes que comer bien. Catalina, ve a preparar la bandeja y tráele una taza de café a tu padre.

Catalina salió del despacho de su padre murmurando. Siempre había sido una hija obediente, pero no pensaba tontear con Antoñito. Sentía repugnancia sólo de pensar en él. Aún recordaba el día del cumpleaños de Antoñito en la Pradera de San Isidro. Bueno, en realidad no lo recordaba bien, sólo que Antoñito se apretaba a ella durante el baile, lo mismo que Pablo Gómez. Esos dos le daban asco. No se acordaba de más, pero sólo de pensar en esto se le revolvía el estómago. Menos mal que Marvin estaba allí. Cada vez que pensaba en el americano sentía una sacudida en todo el cuerpo. Estaba enamorada de él y su padre tendría que aceptarle. Marvin era educado, seguro que su familia estaba a la altura de los Vilamar, aunque si no fuera así tanto le daba. Era su novio o eso creía ella. En cuanto a Fernando, tampoco estaba dispuesta a renunciar a su amistad, dijera lo que dijera su padre. Catalina se paró en seco en la puerta de la cocina. Se daba cuenta de que por primera vez en su vida estaba más que dispuesta a desobedecer a su padre sin que le importaran las consecuencias.

Mientras tanto, doña Asunción intentaba calmar los ánimos de su marido. Don Ernesto no gozaba de buena salud y los médicos insistían en que no debía llevarse disgustos.

Para doña Asunción su matrimonio no había sido satisfactorio, pero eso no se lo decía ni a ella misma y se santiguaba sólo de pensarlo. Lo cierto es que no había sido fácil vivir con un hombre de salud delicada, muy dado a la melancolía, de carácter huraño. Ella había tenido que atemperar su alegría y sus

ganas de vivir para no despertar suspicacias en su marido, al que le irritaba sobremanera verla reír. Aun así, había sido un buen esposo, nunca le había faltado de nada; tampoco se había quejado ni mostrado disgusto por no haber tenido más hijos. Se había conformado con Catalina, a la que indudablemente quería.

Don Ernesto carraspeó para llamar la atención de su esposa.

—Verás, Asunción, el noviazgo de la niña con Antoñito nos es muy conveniente.

Ella le miró expectante sin atreverse a preguntar. Sabía que a su marido le irritaban las preguntas.

—Hay que ser realistas y no darle vueltas a la conveniencia del nuevo Régimen. ¿O acaso preferirías que continuáramos gobernados por las izquierdas? Franco es un hombre cabal y sabe que los españoles necesitan que les aprieten las clavijas. Ya verás como España va a prosperar.

—Pero no entiendo por qué crees que es importante que Catalina y Antoñito...

—Pues porque don Antonio pertenece a la nueva clase social que va a gobernarnos. Podemos casar a la niña con alguien de nuestro estatus, pero ya sabes que muchos de nuestros amigos se han quedado sin nada y ya sólo conservan las apariencias. Con Antoñito no le faltará de nada. Ella sabrá mejorarle.

—Si tú lo dices, Ernesto...

—Pues sí, lo digo, Asunción, de manera que nada de permitir que nuestra Catalina tenga pájaros en la cabeza. La niña ya es toda una mujer y su obligación es aceptar lo que nosotros decidamos. ¡Faltaría más!

—Claro, claro, Ernesto —asintió doña Asunción sin convencimiento.

—¡Ah! Y aunque haya terminado la guerra, debemos seguir siendo prudentes a la hora de gastar. La semana próxima iré a ver a mi hermano a Huesca. He de pedirle un préstamo.

—¿Un préstamo? Pero ¿por qué...?

—¡Por Dios, Asunción, no seas tan simple! Tenemos gastos y obligaciones.

—Sí, Ernesto, tienes razón.

Catalina empujó la puerta del despacho con el pie y entró llevando una bandeja con una taza de café y unos cuantos picatostes. A su padre se le iluminó la mirada e hizo un gesto a madre e hija para que le dejaran. Prefería degustar los picatostes sin que nadie le mirara.

Lo que don Ernesto no le contaba a su esposa era que andaban escasos de liquidez, en realidad tan escasos que no tenían un duro, y que don Antonio, amén de dedicarse al estraperlo, era prestamista, y como el banco le denegaba el crédito, había tenido que acudir al tendero y ya llevaba una buena suma de dinero prestado. Si su hermano mayor no le dejaba una cantidad elevada, se vería en una situación muy comprometida.

A la misma hora, Marvin se hallaba ensimismado mirando la pared del exiguo cuarto que ocupaba en la buhardilla de Eulogio.

En realidad no debía haberse quedado a vivir allí. No tenía necesidad de sufrir las penurias de Eulogio y su madre. Él disponía de suficiente dinero para haber alquilado un cuarto en algún otro lugar, incluso podía haberse instalado en algún hotel o en una pensión. Pero había tenido miedo de regresar. No había combatido con la Brigada Lincoln, pero había estado en España viendo cómo luchaban sus compatriotas y su manera de contribuir a la causa de la República fue actuar como traductor. Quizá Franco y los sublevados tuvieran constancia de qué extranjeros habían estado de su lado y quiénes no. ¿Y si le detenían? No se engañaba respecto a su valentía, en realidad sabía que era un cobarde.

Claro que sus padres eran demasiado importantes como para que los españoles se atrevieran a detenerle. Tenía varias cartas de recomendación, además de contar con la protección de su embajada. Franco no iba a enfrentarse a los norteamericanos.

Aun así, había sido una estupidez buscar acomodo en casa de Eulogio. Pero quería volver a estar cerca de su amigo, a quien había admirado durante la guerra

y además le había salvado la vida. Congeniaron cuando se conocieron en el Frente; a él le había sorprendido no sólo la bonhomía sino también la alegría que siempre mostraba aquel aspirante a pintor. A Marvin le parecía un artista mediocre, pero nunca se lo dijo.

¿Por qué había vuelto? ¿Acaso porque no se perdonaba el no haber combatido? Durante la guerra, pero sobre todo cuando dejó España, no paraba de decirse que no sólo se combate con las armas, que un poema puede hacer tanto por una buena causa como el tirar una granada, disparar un fusil o atacar las líneas enemigas. Pero no lograba convencerse a sí mismo y eso le había provocado una crisis de ansiedad. Desde que se marchó de España no había vuelto a escribir nada que mereciera la pena.

Su familia, en Nueva York, le insistía para que regresara a casa. Su padre andaba metido en el negocio del acero y para él había sido una decepción que su hijo mayor hubiera salido poeta. Menos mal que Tommy, su hermano menor, estaba allí para cumplir con el sueño de su padre de que los negocios de la familia se quedaran en la familia. A él le enviaban todos los meses una asignación que le permitía vivir con desahogo. Su madre, que tenía alma de artista, no habría permitido lo contrario y, al fin y al cabo, era ella quien había heredado la acería que ahora dirigía su marido.

—¿Quieres un poco de café? —le ofreció Piedad, la madre de Eulogio, asomando la cabeza en el cuarto de Marvin, que parecía ensimismado en la lectura.

—¿Café de verdad? —preguntó con asombro.

—Sí, Eulogio le ha quitado un puñado a don Antonio. Al parecer, ayer llegaron al almacén unos cuantos kilos y ya sabes cómo es mi hijo... Bueno, además don Antonio apenas le paga... —La mujer intentaba justificar los pequeños hurtos de Eulogio.

—Me vendría muy bien una taza de café —respondió Marvin sonriendo.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó ella.

—Un libro que me ha prestado Eulogio que creo que editó el padre de

Fernando. Las *Rimas sacras* de Lope de Vega... «Si de la muerte rigurosa y fiera, / principios son la sequedad y el frío, / mi duro corazón, el hielo mío / indicios eran que temer pudiera...» —leyó Marvin en voz alta.

Piedad sonrió. Y él pensó que le caía bien aquella mujer. Era muy guapa, pero ella parecía no darse cuenta. Había perdido al marido en el Frente y casi pierde a su hijo, al que un día vio regresar sin apenas poder caminar. Él le debía la vida a Eulogio, porque fue quien se lo cargó al hombro cuando le hirieron, quien corrió con él mientras disparaban a su alrededor, quien conminó a un médico para que dejara de atender a los otros heridos y le operara a él allí mismo. Pero salvarle a Eulogio le costó quedarse cojo, y esas graves heridas le mantuvieron lejos del Frente los dos últimos años de la guerra.

Piedad nunca se quejaba. Aceptaba su destino sin echar la culpa a nadie. Las cosas eran como eran, solía repetir cuando Marvin y Eulogio se lamentaban del triunfo de los franquistas.

Jesús Jiménez, el padre de Eulogio, había sido corrector en un periódico de Madrid, además de traductor de francés. Precisamente, hacía horas extras como traductor en la misma editorial que dirigía Lorenzo Garzo, el padre de Fernando.

Era un buen hombre, tímido y apocado, así le describía Piedad, quien añadía que aunque su marido tenía un carácter apacible, no había eludido su compromiso con la República y había ido a defenderla en el Frente de batalla, donde perdió la vida.

Antes de la guerra, la familia vivía con ciertas comodidades. En cuanto a la vocación de Eulogio, la tenía desde niño. Pasaba horas sentado ante un papel dibujando. Su sueño era convertirse en un gran pintor, y su padre y su madre habían avivado ese sueño procurándole los medios para hacerlo en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Marvin observaba con curiosidad las diferentes familias que habían confluído en aquel edificio de la calle de la Encarnación. Eran todas familias pequeñoburguesas. Bueno, habían sido pequeñoburguesas porque ahora la mayoría luchaba por su supervivencia.

Repasó la lista de los vecinos: los Garzo, que vivían en el primero; los Jiménez, en el segundo izquierda hasta que se mudaron a una de las buhardillas; los García, del quinto, cuyo cabeza de familia era abogado... También estaban los Gómez, cuyo único hijo, Pablo, competía en todo con Antoñito. En el edificio contiguo, una casa más señorial, vivían los Vilamar. Para disgusto de don Ernesto, su hija Catalina se trataba con los jóvenes de su edad que vivían en la misma calle. Doña Asunción, su madre, era una buena mujer siempre dispuesta a echar una mano a quien lo necesitara.

Piedad entró con una taza de café y la colocó sobre la mesita en la que resaltaban unas cuantas hojas en blanco.

—¿No te inspiras? —le preguntó a Marvin.

A él le incomodó una pregunta tan directa y frunció el ceño, aunque sabía que no había mala intención en las palabras de la mujer.

—A lo mejor el café me ayuda —respondió.

—Este país está muerto, Marvin, ¿es que no lo ves? Uno no se puede inspirar en los muertos. Aquí no vas a encontrar la inspiración. Necesitas distanciarte y... bueno, no quiero meterme en donde no debo, pero creo que debes perdonarte. No tienes nada que reprocharte. Te he oído hablar con Eulogio y sé que no te deja dormir el no haberte quedado toda la guerra. ¿Por qué deberías haberlo hecho? Te hirieron y además no era tu lucha, Marvin, ni siquiera era la de la mayoría de nosotros.

Le sorprendió la profundidad del comentario de la mujer. La tenía por una simple ama de casa más preocupada por la subsistencia que por los males del alma.

—Tengo muchas ideas, pero cuando intento escribirlas no puedo hacerlo; en ocasiones, simplemente se desvanecen.

—¿Y qué ideas son esas que quieres convertir en poemas?

—La lucha por la libertad, porque es el mayor bien que puede tener un ser humano, la derrota, el miedo, la desesperación...

La madre de Eulogio escuchaba con interés. La mujer se había sentado frente

a él y le miraba de tal manera que Marvin creyó que podía leer dentro de su cabeza.

—Buenas y preciosas ideas, Marvin, ya te saldrá algo. Pero tú no has vuelto a España a encontrar inspiración sino a resolver un problema contigo mismo. Buscas la respuesta de por qué te fuiste y, si me apuras, en realidad buscas el perdón.

—No exactamente —replicó Marvin, asombrado por la perspicacia de la mujer.

—Yo diría que sí. Por lo que sé, estuviste unos cuantos meses, hiciste de traductor para un par de periodistas norteamericanos, te hirieron y te marchaste. Nada diferente de lo que hicieron otros.

—Me conformé con hacer de traductor. No quise luchar —confesó él, bajando la mirada.

—¿Y qué motivos tenías para lo contrario? No viniste a matar a nadie. Y aun así estuviste en el Frente, donde conociste a Eulogio...

—Él era amigo de Pepe, un anarquista que también solía hacer de traductor para algunos periodistas. Eulogio y yo coincidimos en primera línea y allí fue donde me hirieron... Pero peor fue lo de él, porque por salvarme a mí...

—Sí, está cojo, pero vivo, lo mismo que tú. La herida de la pierna le impidió volver a combatir. No diré que no lamento que mi hijo se haya quedado cojo, pero le prefiero así a tener que estar llorando a un muerto.

—Lo entiendo —alcanzó a decir Marvin, que en realidad no comprendía a la mujer.

—No sé si me entiendes, pero da lo mismo; yo sí que te entiendo a ti. Vete, Marvin, aquí no encontrarás la respuesta para ahuyentar a los fantasmas que te acechan por la noche cuando gritas ante su presencia.

—¿Grito? Lo siento, no quiero molestar... —respondió incómodo.

—No molestas, en realidad me das pena —afirmó la mujer sin pensar si eso podía humillarle.

—Me iré pronto —aseguró él.

—Por mí puedes quedarte el tiempo que quieras; pero no creo que aquí vayas a solucionar tus problemas. Ya te lo he dicho.

—Yo les agradezco que me hayan aceptado... Quería estar con gente de confianza.

—¿Confianza? Sí, has tenido suerte. Mi hijo es un pedazo de pan. Pero en estos tiempos hay que tener cuidado, hay denuncias todos los días, gente a la que se llevan porque alguien la acusa de ser rojos.

—Pero ustedes...

—Sí, mi marido lo era y mi hijo lo es, por eso he tenido que hacer lo que... Bueno, todos tenemos nuestros secretos.

Marvin bajó la cabeza. No es que lo supiera a ciencia cierta, pero había oído algunos comentarios de algunos maledicentes que aseguraban que la mujer se acostaba con don Antonio, y que gracias a eso el estraperlista había dado trabajo a Eulogio y mantenía a los falangistas a raya para que no le molestaran ni a él ni a su madre.

Alzó la cabeza y la examinó. Ella parecía estar perdida en sus pensamientos. En realidad comprendía que don Antonio se hubiera encaprichado de ella. De estatura mediana, delgada, cabello castaño oscuro rizado y un cutis transparente como si fuera de porcelana. Los ojos claros reflejaban tozudez, pero sobre todo cansancio. Las manos quizá en el pasado fueran suaves, aunque ahora estaban cuarteadas, y las uñas estropeadas. Aun así, desprendía una sensualidad de la que no era consciente. En cuanto a don Antonio, pensó que simplemente disfrutaba metiendo en su cama a una mujer que no era la suya más para poder presumir que por otra cosa.

No la juzgaba. Era una superviviente que se agarraba a la vida no por ella, sino para salvar a su hijo. No es que la hubieran vencido, es que se daba cuenta de que ya no quedaba ninguna batalla que dar, al menos ella.

La mujer le miró y le sonrió, lo que le desconcertó aún más.

—Mi esposo era corrector... trabajaba en un periódico y traducía los clásicos franceses para Editorial Clásica. Pero no creas que era un corrector cualquiera.

Vivíamos bien, sin grandes lujos, pero bien. Le quería, sí. Le quería. Sólo tenía ojos para mí, no era de esos hombres que buscaban a otras. —Dijo esto con asco, seguramente pensando en don Antonio, que la había buscado a ella.

—¿Por qué fue a la guerra? —preguntó Marvin incómodo por el cariz tan personal de la conversación.

—Me dijo que no podría mirarse al espejo si no hacía algo. Tenía ideas socialistas y aborrecía a los fascistas. Por eso se fue al Frente y, a pesar de mis protestas, no movió un dedo para impedir que Eulogio también fuera.

—¿Podía haberlo impedido?

—No lo sé, pero ni siquiera lo intentó. Y ya ves, él perdió la vida y mi hijo casi una pierna. Ahora lo único que quiero es que trabaje y salga adelante. No sé si tiene talento como pintor, pero eso ya no importa; aquí nadie necesita artistas, de manera que tendrá que ingeniárselas para buscarse la vida. No me importa que pinte en sus ratos libres, pero sólo cuando no tenga que trabajar.

—Es un buen pintor —afirmó Marvin sin mucha convicción.

—A mí no me gustan mucho sus cuadros, pero yo no entiendo. Lo único que quiero es que haga bien su trabajo y se gane la confianza de don Antonio; si lo hace, no le faltará para comer.

—Pero don Antonio es...

—Un sinvergüenza, una persona que no es de fiar. ¿Crees que no lo sé? Pero necesita gente que sepa callar. De Eulogio no saldrá ni una palabra de más sobre los chanchullos de don Antonio, y su silencio lo pagará bien. Sé que no es decente lo que digo, pero ¿qué podemos hacer? Ahora mismo lo único que nos queda es sobrevivir.

—También se puede sobrevivir sin... bueno, hay muchas maneras de hacerlo...

—¿Ah, sí? Dime una. Dímela. —La mujer le hablaba con dureza.

Marvin guardó silencio. ¿Quién era él para decirle que la dignidad debía estar por encima del hambre? Sabía de gente que apenas podía comer, pero que no por eso vendía su alma o su cuerpo a los vencedores.

—No me juzgues, ¿qué sabes tú?

La mujer parecía haber leído su pensamiento. Sintió una oleada de calor en el rostro. No quería ofenderla. No sólo porque era la madre de su amigo, sino porque, si él mismo se despreciaba, no tenía derecho a despreciar a los demás.

—Yo no juzgo a nadie. Les estoy muy agradecido por dejarme vivir aquí.

—Mi hijo te considera su amigo —afirmó ella, encogiéndose de hombros—. Espero que no le juzgues también a él por trabajar para don Antonio.

—No, no lo hago —acertó a responder.

—No le cuentes a Eulogio nada de lo que hemos hablado. Bien, te dejo trabajar. ¡Ah! Se me olvidaba decirte que esta mañana, cuando estabas abajo en casa de Fernando, vino Catalina. Me dijo que quería hablar contigo.

—¿Catalina?

—Sí, Catalina Vilamar. La chica más guapa del barrio. Estáis todos que bebéis los vientos por ella, pero al parecer le debes de gustar tú porque de lo contrario no se habría atrevido a presentarse aquí.

—No... no, yo no tengo nada que ver con ella. La he visto en unas cuantas ocasiones por el barrio, pero nada más.

—¿Nada más? Bueno, pues yo creo que a ella le interesas, será porque eres un guapo americano. Fernando Garzo está enamorado de esa chiquilla desde que eran niños; Antoñito, el hijo de don Antonio, quiere ennoviarse con ella; Pablo también, y el resto de los chicos del barrio no le quitan los ojos de encima, así que no me creo que tú seas el único al que no le gusta la chica. Reconocerás conmigo que es guapa, un poco delgada quizá, pero ¿quién no está flaco después de la guerra? Hasta los Vilamar, que tenían una buena posición, han tenido problemas.

—Catalina es muy guapa, sí, pero le aseguro que yo... En fin, que no tengo interés en ella. No sé a qué ha venido ni qué puede querer de mí.

—Pues si no lo sabes es que no eres tan listo como pareces. La chica está por ti; el que me da pena es Fernando, el pobre está tan enamorado... Pero bueno, éstas son cosas de jóvenes. Allá vosotros. Eso sí, ten cuidado. Don Ernesto, el

padre de Catalina, se pondrá como una fiera si se entera de que su hija y tú...

Marvin respiró con alivio cuando Piedad por fin le dejó solo. La conversación le había inquietado. La mujer le había removido por dentro hasta hacerle aflorar la angustia que intentaba domeñar.

Ella tenía razón, ya no hacía nada allí, y sobre todo no quería involucrarse en las pequeñas historias de la gente. No le importaban nada. Su interés estaba en el drama general que había supuesto la guerra, el triunfo de Franco y las consecuencias que eso tendría en el futuro del país. ¿Qué más le daba que Fernando estuviera enamorado de Catalina?, ¿o que la madre de Eulogio se metiera en la cama de don Antonio, e incluso que su amigo no se diera por enterado? Todo eso era calderilla frente a lo verdaderamente importante. En cuanto a él... no, allí no encontraba la paz, todo lo contrario. La desolación de los perdedores, la arrogancia de los vencedores, la miseria, el hambre, el odio, la resignación... Todo aquello le inspiraba líneas amargas. Los poemas que escribía eran fruto de su propio dolor porque tampoco se había reconciliado consigo mismo por haberse marchado cuando le hirieron pocos meses después de comenzada la guerra.

Sólo él sabía que era un cobarde que se reprochaba que su fuente de inspiración fuera el dolor, el estar rodeado de muertos vivientes que no esperaban nada porque se sabían perdedores. Claro que los ganadores le resultaban ajenos, como si no fueran de este mundo.

Don Antonio Sánchez se estaba fumando un puro. Le sabía a gloria. Claro que su dinero le había costado conseguir unos cuantos puros de verdad.

Acababa de cerrar un negocio con un tipo que tenía una fábrica textil en Cataluña. Iban a vender camisetas al Ejército.

Prudencio, el hermano de don Antonio, que estaba en Intendencia, le había dado el aviso: los soldados necesitaban camisetas para el invierno. Se lo había escuchado decir a su coronel. De manera que era de esperar que el Ejército comprara en breve camisetas a quien las tuviera o las pudiera fabricar al por mayor.

El señor Soler, el dueño de la fábrica textil, le había asegurado que en pocas semanas podía tener listos unos cuantos de miles de aquellas prendas. En cuanto las tuviera las enviaría a Madrid, al almacén de don Antonio, que previamente las habría ofrecido al Ejército a través de su hermano Prudencio.

Soler era de fiar. Quizá era un poco exagerado al presumir de tener una fábrica textil. Don Antonio la había visitado y eran unas cuantas máquinas instaladas en el bajo de la casa donde vivía aquel hombre. Allí trabajaban varias mujeres a las que pagaba un salario de miseria. Pero tener ocupación, por poco que se pagara, en sí ya era un alivio para quienes no poseían nada.

—Y ahora que hemos firmado el contrato deberíamos ir a comer, ¿no le parece, señor Soler? Invito yo —propuso don Antonio.

Salieron del almacén y fueron caminando a una taberna cerca de la plaza de la Ópera. El tabernero conocía a don Antonio porque era quien le vendía el vino y

cuanto servía en la taberna.

—¿Qué hay hoy de comer, Perico? —preguntó don Antonio al tabernero.

—Unas lentejas a lo pobre. Y para ustedes, además, un par de huevos fritos.

¿Le hace, don Antonio?

—Pero que las lentejas no sean tan pobres que sólo haya agua.

—Las de ustedes tendrán lentejas. Fíese de mí.

Comieron las lentejas con un par de vasos de vino peleón, del que don Antonio le surtía, y que Perico rebajaba con agua.

Prudencio se unió al almuerzo.

—He ido a tu casa y tu mujer me ha dicho que estabas en el almacén, y allí me han dicho que estabas aquí —dijo su hermano para explicar su presencia.

—Pues «la Mari» se habrá mosqueado al verte aparecer por mi casa a estas horas —le reprochó don Antonio.

—Pero si tu mujer es una santa, qué va, me ha dicho que no ibas a comer porque estaba aquí Soler.

—Bueno, y qué te ha dicho tu coronel sobre las camisetas —quiso saber don Antonio.

—Está hecho. Te las encargarán si pones un buen precio. Le he asegurado que nadie las venderá mejores ni más baratas porque tú eres un patriota y para ti todo es poco si es para el glorioso Ejército. En cuanto digan que hay que comprarlas, presentas la oferta y ya está. Te traigo aquí una copia del papel donde pone cuántas camisetas se necesitan y el precio a pagar.

Don Antonio arrancó la hoja de manos de Prudencio y leyó atentamente.

—¡Pero éstos quieren que les regalemos las camisetas! Ni hablar, por ese precio no hay oferta.

—A ver, déjeme leer ese papel —pidió Soler alarmado.

—Mira que eres avaricioso, Antonio, ¿es que crees que al Ejército le sobran los duros? —le reprochó Prudencio, mirando de reojo a Soler.

—¿Avaricioso? Si quieren camisetas para los soldados, ¡que las paguen! —Don Antonio estaba enfadado.

—Vamos, vamos, amigo mío, no se ponga así... La cantidad a ganar es menor a la que habíamos previsto, no nos haremos millonarios, pero aun así nos llevaremos un pellizco, son muchas camisetas —afirmó Soler, devolviéndole la hoja.

—Si quieren nuestras camisetas, que las paguen —insistió don Antonio.

—¡Qué cosas dices! ¿Crees que no hay más gente que ahora mismo se está moviendo para ser ellos quienes vendan las camisetas al Ejército? Sé que al Cuartel General están llegando otras ofertas, así que tendrán donde elegir: si no somos nosotros, serán otros... Tú verás, Antonio, pero no me vuelvas a pedir que hable con el coronel para que te compre nada. Ya sabes que a él no le gustan los chanchullos, pero se fía de mí y cree que yo no lo voy a engañar y que sólo se trata de hacerme un favor porque eres mi hermano.

—Prudencio tiene razón. Ganaremos menos, pero ganaremos, y lo importante es que después de las camisetas vendrán otros encargos —insistió Soler.

—O sea que usted cree que con esa miseria que nos quieren pagar aún vamos a ganar dinero —planteó don Antonio a su socio catalán.

—Sabe que sí, yo desde luego estoy dispuesto a vender las camisetas a este precio. Es más, en cuanto llegue a Tarrasa voy a enviar un paquete con unas cuantas de distintas tallas para que Prudencio se las enseñe al coronel. Las haré de la mejor calidad para que el coronel no tenga dudas. Luego las otras que hagamos, bueno, no serán lo mismo, pero tampoco estarán mal.

—No sé, Soler... Si se acostumbran a que les vendamos barato luego será difícil subir los precios —se quejó don Antonio.

—Hemos de comprender que la guerra acaba de terminar y no hay dinero y en lo que menos se van a gastar es en camisetas —afirmó Soler, intentando convencer a su socio—. Por cierto, Prudencio, ¿cuánto se quiere llevar el coronel?

—Nada, Soler, nada. No es de los trincones. Si me avisa de que el Ejército va a comprar tal o cual cosa es porque me sabe leal y confía en mí. Como él dice, mejor que los negocios los hagan los patriotas, y como Antonio es mi

hermano...

—¿Y usted cuánto se quiere llevar?

—Lo normal. Antonio ya sabe...

—Bueno, bueno, si cerramos el negocio habrá para todos —concluyó Soler.

Al terminar el almuerzo, Antonio y Prudencio se despidieron del catalán y caminaron hacia el almacén situado cerca de la Puerta de Toledo. Los dos hermanos al principio iban en silencio, pero fue Prudencio el que sacó a Antonio de sus pensamientos.

—Oye, no creo que haya nada que hacer con lo de don Lorenzo Garzo. He estado preguntando y el tío lo tiene mal. Es que es más rojo que las granadas y, además, haber ido voluntario al Frente...

—¿Le van a fusilar?

—No me lo han dicho, pero para mí que sí. Los que están en la cárcel de Porlier lo tienen crudo, aunque los de Comendadoras no lo tienen mejor. Pero a ti ¿qué más te da? Don Lorenzo nunca ha sido amigo nuestro, es que ni nos veía al pasar por la tienda ni cuando nos cruzábamos por la calle con él.

—Porque es un intelectual y los intelectuales siempre van pensando, no se fijan en nada —replicó Antonio a su hermano.

—Bueno, pues por eso, que le fusilen. ¿Quién necesita intelectuales? Bastante daño han hecho a España aliándose con los comunistas y, además, casi todos los intelectuales son masones —insistió Prudencio.

—Me lo ha pedido Piedad, la madre de Eulogio —dijo en voz baja Antonio.

—Esa mujer no te conviene, hermano, te va a perder. No sólo te ha colocado al hijo sino que además quiere que salves a Garzo. Pues no va a poder ser.

—Eulogio hace bien su trabajo y sobre todo es discreto.

—Pero luchó en el bando republicano. Si no fuera por nosotros... vamos, que le tendrían que haber fusilado ya.

—Pero si sólo estuvo unos meses porque pronto le dejaron tullido —le defendió Antonio.

—Ya, pero ¿a cuántos de los nuestros se llevó por delante? No te me hagas el

blando, Antonio. Sé que te *beneficias* a la madre del Eulogio, pero que esa mujer no te sorba el seso. Además, no sé por qué te gusta, está más *buena* «la Mari».

—Oye, de mi mujer no hables así, ni a ti te permito que digas que mi mujer está *buena*. «La Mari» es la madre de mis hijos y ya está, la respeto y la tengo en un altar.

—Pero la otra te tiene dominado.

—Calla, desgraciado, qué sabrás tú de mujeres.

—De ésta lo que sé es que su marido y su hijo eran republicanos y que tú te la estás jugando teniendo tratos con ellos. Si no estuvieras tan metido en la Falange... Menos mal que a los camaradas les hace gracia que te la estés *tirando*, que si no... —insistió Prudencio.

—Tienes razón, hermano, esa mujer me tiene *agarrao*. Empecé aprovechándome de ella en cuanto regresé del Frente. Temía que se llevaran a su hijo como a tantos otros por haber combatido con los rojos. Me está muy agradecida por haberlo evitado.

—Y bien que te has cobrado su agradecimiento. Bueno, también te has quedado con su casa. Se la has comprado por nada y la has mandado a la buhardilla, así que no estás perdido del todo. —Prudencio rio de su ocurrencia.

—Los negocios son los negocios. ¿Para qué quiere ella un piso tan grande como el que tenía? En la buhardilla está bien. Ella y Eulogio no necesitan más. Sabe que gracias a mí conserva a su hijo. ¿Qué más puede querer una buena madre? Me debe agradecimiento.

—Pues si quieres seguir acostándote con ella, oblígala a ir a misa, que me han dicho que don Bernardo está más que mosqueado porque no va siempre y, cuando va, ni comulga ni nada, es que ni se confiesa.

—¿No querrás que le confiese al párroco que se acuesta conmigo? Es una mujer prudente —la defendió de nuevo don Antonio.

—Pero llama la atención. Don Bernardo está con la mosca detrás de la oreja.

—¿Y tú cómo te enteras de todo, Prudencio? —preguntó su hermano escamado.

—Porque tengo buen oído, hermano —respondió Prudencio con una carcajada.

—¡Menudo pájaro estás hecho!

—Bueno, y qué hay de lo de Antoñito y Catalina. ¿Se han hecho novios?

—Mi hijo le tira los tejos, pero la chica se resiste. Ya sabes que en el barrio los Vilamar siempre se las han dado de ser gente superior. Pero don Ernesto no tiene un duro, está arruinado y yo les estoy prestando dinero, de manera que la chica terminará *tragando*.

—¿Cuánto le has prestado a don Ernesto? —preguntó Prudencio curioso.

—Unos cuantos miles de pesetas, y me sigue pidiendo.

—Y tú dándole, ¡vaya tonto!

—Vamos a ser consuegros.

—Ya veremos, Antonio; esa niña está malcriada y lo mismo no obedece a su padre.

—¡Qué no le va a obedecer! Lo hará, Prudencio, o don Ernesto la molerá a palos. Además, ¿desde cuándo las hijas desobedecen a los padres? Catalina es muy joven y tiene muchos pájaros en la cabeza, pero hará lo que le mande su padre y se casará con mi Antoñito. Ya verás, Prudencio, ya verás.

—Si tú lo dices, hermano —respondió Prudencio sin demasiado convencimiento.

—¡Ea!, hablemos de otras cosas. Esta noche he quedado con algunos camaradas para tomar unas botellas de vino e ir a una casa de putas en la Corredera. ¿Te hace?

—No puedo, Antonio, tengo que volver al cuartel; el chófer del coronel está enfermo y necesita a alguien de confianza que le lleve a una reunión importante. Me lo ha pedido a mí, Antonio, y yo no puedo decirle a mi coronel que no.

—Claro, ¿cómo ibas a hacerlo? Con lo bien que nos viene que confíe tanto en ti. Nada, nada, otro día te vienes con nosotros.

—Hay que ver qué de putas hay en Madrid —murmuró Prudencio.

—Es que la necesidad aprieta, hermano, así que hay más oferta que demanda.

Muchas de las que hacen la calle hasta hace poco eran mujeres decentes. Pero a nosotros eso no nos importa, bien nos viene distraernos un poco.

—¿Y «la Mari» no se mosquea?

—¿Mi mujer? Pero bueno, ¿cómo va a saber ella que voy de putas? ¡Qué cosas dices, Prudencio!

—¿Y Piedad?

—No tengo que darle explicaciones. Cuando quiero algo de ella, la llamo a la tienda y nos vamos a la trastienda y ya está. ¿Qué te has creído?

Prudencio no creía nada. Admiraba a su hermano Antonio, siempre le había admirado. Mientras que él era enclenque, Antonio era un hombre de pelo en pecho, sanote y vividor. No era extraño que «la Mari» no le rechistara y estaba seguro de que Piedad tampoco lo pasaba mal en sus visitas a la trastienda.

Había pasado un mes largo desde que Antoñito viera por última vez a Catalina. Fue la noche de su cumpleaños en la Pradera de San Isidro. Desde entonces se habían cruzado por el barrio, pero apenas habían intercambiado un saludo. Él recordaba muy bien aquella noche y sonreía para sus adentros, aunque en aquel momento le fastidiaba estar allí ante la puerta de los Vilamar.

Se estiró la chaqueta y se atusó el bigote. Apretó el timbre y aguardó impaciente a que abrieran la puerta. No, él no estaría allí si no se lo hubiera ordenado su padre. Por la mañana le había dicho que llevara una docena de huevos y un pollo a casa de los Vilamar.

Doña Asunción le abrió la puerta y le miró sorprendida. No esperaba visitas, y menos la de Antoñito.

—Buenas tardes, doña Asunción, traigo esto de parte de mi padre —dijo entregándole una cesta tapada con papel de estraza.

—¡Ah! Pues... bueno, no hemos encargado nada, debe de ser un error...

—No, no, señora. No es un error, es una docena de huevos y un pollo con los que mi padre quiere obsequiarlos. Han llegado frescos hoy y como don Ernesto

está delicado de salud, mi padre ha pensado que le vendrá bien tomar pollo y huevos.

Doña Asunción no se decidía a coger la cesta que Antoñito quería entregarle.

—Muy amable por parte de tu padre, pero no sé... es un regalo inesperado y..., la verdad, no sé si debemos aceptarlo... —replicó azorada.

—Pues yo no le puedo decir a mi padre que no ha querido coger la cesta, se enfadará. —Antoñito no estaba dispuesto a que su padre le abroncara tildándole de inútil.

Catalina asomó la cabeza por la puerta del pasillo que daba al recibidor.

—¿Quién es, mamá? —preguntó curiosa.

—Antoñito, hija, nos trae... nos trae un regalo de parte de su padre.

La puerta se abrió del todo y Catalina se plantó en el recibidor delante de Antoñito, mirándole con asco.

—Vaya sorpresa. ¿No sabes que no está bien presentarse en casa de nadie sin avisar previamente? —le recriminó.

—No ha sido cosa mía, mi padre me ha enviado. Si despreciáis su regalo, se lo diré y asunto concluido —espetó desafiante.

—No, no, no se trata de despreciar lo que nos envía tu padre, le agradecemos su generosidad, sólo que... en fin, no estamos acostumbrados a estas cosas —acertó a decir doña Asunción, mirando a su hija con severidad.

—Es que no tenemos una amistad para aceptar regalos. —Catalina se dirigió a Antoñito sin ocultar su fastidio.

—Pues, que yo sepa, en esta casa vivís gracias a los préstamos de mi padre, así que no entiendo tantos remilgos —replicó él malencarado.

—Pero ¡qué dices! Mira, no vamos a tolerar una impertinencia así. Llévate esa cesta y no vuelvas sin avisar. —Catalina abrió la puerta indicando con un gesto a Antoñito que se fuera.

Él dudó. Por un momento pensó en marcharse con la cesta y explicarle a su padre que las Vilamar, una vez más, le habían vuelto a tratar como si fuera un inferior. Pero sabía que, además de enfadarse con ellas, lo haría también con él y

seguro que le echaría la culpa del incidente acusándole de no haber hecho las cosas bien.

Dejó la cesta en el suelo, se dio media vuelta y salió de la casa sin mirar ni a la madre ni a la hija. «Allá ellas», pensó. Si se atrevían, que fueran a la tienda a devolver la cesta a su padre, que fuera él quien se las viera con esas dos arpías que se creían alguien y no eran más que dos muertas de hambre. Ya tenía ganas de que su padre concertara su boda con Catalina, le iba a bajar los humos, no tendría más remedio que agachar la cabeza y aceptar que en su familia eran unos muertos de hambre y que si no fuera por ellos los Vilamar estarían mendigando.

—No le soporto —afirmó Catalina a su madre apenas cerró la puerta.

—No es mal chico, acaso un poco torpe. Preguntaremos a tu padre qué hacemos con la cesta; si él dice que nos la tenemos que quedar, pues eso haremos.

—Pero, mamá, ¡no podemos hacer eso! Es una humillación. Prefiero morirme de hambre a que esos paletos nos den limosna.

—Tu padre..., bueno, creo que tiene negocios con don Antonio, de manera que no podemos desairarle así como así.

Don Ernesto contrajo la mandíbula y frunció el ceño mientras su esposa y su hija le relataban la escena que acababan de vivir. ¡Cómo se atrevía el tendero a mandarle una cesta con huevos y un pollo! ¡Por quién le tomaba! A punto estuvo de enviar a Catalina a la tienda de don Antonio a devolver la cesta, pero se contuvo. Le debía mucho dinero y lo último que podía permitirse era enfadarle. De manera que don Ernesto aspiró profundamente y ordenó sus pensamientos. El tendero estraperlista era un bruto, un falangista descamisado que iba enseñando los pelos del pecho, pero también se dijo que era un patriota y gracias a hombres como él la patria no se había perdido en manos de los rojos. Don Antonio carecía de educación y, por tanto, no sabía nada de urbanidad. Había que disculpar su falta de tacto enviándoles una cesta con comida, en realidad era un gesto amistoso y una manera de que Antoñito se acercara a Catalina. No era la mejor forma, pero no habían tenido intención de ofenderlos, todo lo contrario. Además,

aunque Asunción lo desconocía, desde que había acabado la guerra y don Antonio había entrado en Madrid con las tropas de Franco, volviendo a hacerse cargo de la tienda de ultramarinos, ellos, los Vilamar, comían gracias al crédito que les daban en la tienda. No sólo eso; además, don Ernesto estaba intentando salir adelante gracias a un préstamo que le había hecho don Antonio en espera de que pudiera reflotar el negocio de venta de tabaco de su suegro.

Asunción creía que su esposo pagaba mensualmente las facturas de cuanto compraban en la tienda de ultramarinos, pero la realidad era que la deuda aumentaba y tenía visos de seguir aumentando. Sólo se saldaría el día en que Catalina saliera de la iglesia del brazo de Antoñito convertida ya en su esposa.

—Naturalmente que hemos de aceptar el regalo. Al fin y al cabo, somos buenos clientes y es lógico que don Antonio quiera tener un detalle con nosotros —sentenció don Ernesto.

—Pero, ¡papá...! —protestó Catalina.

—Si tú lo dices, Ernesto... Mira, prepararé una tortilla para esta noche y mañana asaremos el pollo —aceptó doña Asunción, que nunca se le habría ocurrido contrariar a su marido.

Al día siguiente por la tarde Catalina envolvió los dos paños de ganchillo que su madre había hecho y decidió llevarlos a casa de los Garzo. Habían pasado casi dos meses y Fernando no había ido a recogerlos. Seguía enfadado con ella. No tenía por qué, se dijo Catalina. No eran novios ni nunca lo habían sido, tampoco ella había sugerido nunca que pudieran serlo. Le apreciaba sinceramente porque se conocían desde niños y Fernando era muy inteligente y la solía ayudar con las tareas de la escuela. También la defendía cuando algún niño la molestaba. Todos los chicos del barrio sabían que tirar de las coletas a Catalina suponía llevarse un puñetazo de su amigo.

Entró en el portal de la casa de Fernando y sonrió a la portera que estaba barriendo.

—Voy a casa de los Garzo —le dijo.

—No sé si estará Fernando, pero sí está su madre.

Subió las escaleras corriendo hasta el primer piso y apretó con fuerza el timbre. Isabel abrió la puerta y la invitó a pasar.

—Vaya, Catalina, hacía días que no te veía. Fernando está a punto de llegar. Pasa, siéntate. ¿Quieres un vaso de agua?

—Muchas gracias, doña Isabel, sólo he venido a traerles estos paños que ha hecho mi madre y también un par de huevos.

—¡Ah, sí! Fernando me dijo algo... Muchas gracias, tu madre es muy buena con las labores de ganchillo. Se lo agradezco y también los huevos.

—¿Cómo está don Lorenzo? —preguntó con afecto.

—Te puedes imaginar... Los presos están hacinados en las Comendadoras y apenas les dan de comer. Está tan delgado... Ojalá consigamos el indulto porque no sé si va a aguantar mucho tiempo —se lamentó Isabel.

—¡Claro que se lo darán! Don Lorenzo es muy bueno, todos lo sabemos. No se desanime, ya verá como pronto está en casa. Yo rezo todos los días y le pido a la Virgen por él.

—Pues esperemos que la Virgen te haga caso, porque hace tiempo que a mí nadie me escucha allá arriba...

Fernando entró en la cocina y encontró a su madre y a Catalina hablando. Le gustaba verlas juntas, eran las mujeres a las que más quería en el mundo, en realidad eran las dos únicas a las que quería. ¿A qué otras podría querer?

—No sabía que ibas a venir —le dijo a Catalina mientras se acercaba a dar un beso a su madre.

—He traído los paños de ganchillo, como no has venido a por ellos...

—Es que yo trabajo, Catalina, no tengo tiempo libre como tú.

Isabel miró a su hijo extrañada por la severidad con que le hablaba. Pensó que quizá se habían enfadado y eso la inquietó porque ni siquiera de niños se habían peleado.

—Ya sé que trabajas, Fernando, y... bueno, no quiero molestar, me voy ya.

Subiré a casa de Eulogio, también tengo un par de huevos para él y para su madre, y además quiero hablar con Marvin.

La sinceridad de Catalina le provocó un dolor agudo en el estómago a Fernando. ¿Es que no se daba cuenta de que le ofendía? Isabel comprendió de pronto lo que le pasaba a su hijo.

—Marvin es muy agradable, ha encajado bien aquí. Y va a dejar buenos amigos —comentó Isabel para restar importancia a las palabras de la joven.

—Yo creo que no se va a ir, le gusta mucho España —aseguró Catalina.

—Pues te equivocas. Marvin piensa marcharse muy pronto, quizá en unos días, aquí no le queda nada por hacer —intervino Fernando sin disimular su contrariedad.

Catalina le miró desconcertada. ¿Por qué le hablaba Fernando con tanta acritud?

—A los buenos poetas les suele costar inspirarse, pero Marvin no creo que tenga ese problema. Y yo sé que le gusta España y no tiene intención de irse, puede que antes sí, pero ahora... no, ahora no se va a ir —afirmó segura.

—Eso es lo que a ti te gustaría, pero el americano se larga, Catalina, ya verás.

—Lo que tenga que hacer lo hará, ¿no os parece? Catalina, dale las gracias a tu madre, siempre tan generosa y atenta —medió Isabel para que no se pelearan.

—Mi madre me ha dicho que cuando usted pueda, le gustaría invitarla a tomar una taza de café. Quizá pueda visitarnos una de estas tardes.

—Claro que sí. Dile a tu madre que, si le viene bien, el jueves me pasaré un rato.

—Seguro que le viene bien, además el jueves no tendrá que estar tan pendiente de papá porque se va a Huesca a ver a su hermano mayor y se quedará un par de días. El jueves es perfecto. Tú también puedes venir, Fernando, prepararé un bizcocho, ¿qué te parece?

—Yo trabajo, Catalina, no tengo tiempo de ir a comer bizcochos —respondió malhumorado.

—Bueno, pero de todas maneras haré el bizcocho y le daré un buen trozo a tu

madre para que te lo traiga —insistió Catalina, decidida a no tener en cuenta el malhumor de Fernando.

Cuando Catalina se fue, su madre le reprendió. Comprendía la frustración de su hijo ante la indiferencia de Catalina, pero no quería permitirle que se instalara en la amargura.

—No has sido muy amable con ella. Mira, Fernando, así no vas a conseguir nada. Yo sé que estás enamorado de ella, pero es lógico que le guste el americano, ya se le pasará, y si no se le pasa, qué le vamos a hacer. Nadie puede mandar en los sentimientos de los otros. Qué más me gustaría a mí que Catalina fuera tu novia, pero si no te quiere para eso entonces no te empeñes, encontrarás una mujer que sepa apreciarte en todo lo que vales. Algún día hasta te reirás recordando este amor de niño.

—Déjalo, madre, déjalo. Catalina me da lo mismo, sólo que me fastidia que siga al americano y no se dé cuenta de que a él nada le importa ella. Se está poniendo en ridículo.

—A mí no me puedes engañar, Fernando. Estás enamorado de ella desde que eras un niño. Y eres tú el que te estás poniendo en evidencia tratándola así. Si quieres que te haga caso, muéstrate indiferente.

—Yo no estoy para trucos, madre; si no me quiere, no me quiere. Además, no me importa.

Pero le importaba, tanto que le dolía el pecho de la angustia que sentía en ese momento al pensar que Catalina hubiera llamado a la puerta de Eulogio para ver a Marvin. «Es una insensata, no tiene medida», pensaba Fernando, luchando por no presentarse él también en casa de su amigo e interrumpir la charla en caso de que el americano estuviera allí.

Fue Piedad, la madre de Eulogio, quien abrió la puerta a Catalina. Miró a la joven desconcertada antes de invitarla a pasar.

—Pasa..., pasa... ¿Qué se te ofrece? Mi hijo se acaba de ir al almacén, ya sabes que ahora entra a trabajar a las siete...

—Perdone que la moleste, doña Piedad, pero quería ver a Marvin —dijo muy

resuelta.

—¿A Marvin? Claro, claro, le avisaré para que salga. Pasa a la salita, es pequeña pero al menos hay sillas para sentarse.

Catalina no se sentó. Se quedó de pie intentando dominar la agitación que sentía.

Marvin entró en la salita seguido por Piedad. Estaba desconcertado por la visita de Catalina.

—Pero ¿qué haces aquí? —le preguntó sin saludarla.

—He venido a verte, no nos vemos desde el día que fuimos a la Pradera a celebrar el cumpleaños de Antoñito. No quiero distraerte, sé que estás trabajando mucho. —Y le miró sonriendo.

La mirada de Catalina a Marvin fue suficiente para que Piedad se diera cuenta de que la chiquilla estaba enamorada del americano, aunque éste pareciera no darse cuenta o acaso no quisiera manifestarlo delante de ella.

—Yo tengo que hacer algunas cosas, si queréis algo... Catalina, ¿te apetece un vaso de agua?

—No, señora, no quiero nada. Muchas gracias.

—Bueno, pues os dejo hablar... —Y Piedad salió de la minúscula sala y se fue a su aún más minúsculo cuarto, sentándose en la cama a esperar que Catalina se marchara.

—¿Sabes, Marvin?, van diciendo que piensas irte. Yo sé que no es verdad, pero me molesta mucho que lo digan.

—Bueno, no es que me vaya a ir mañana, pero sí estoy pensando en regresar a Francia, todavía no sé cuándo, ya sabes que los alemanes están allí. Europa está en guerra. En cualquier caso, no puedo quedarme para siempre aquí, en Madrid, algún día tendré que irme —respondió él sin comprender a qué se debía la presencia de Catalina ni por qué le importaba lo que pudiera llegar a hacer él.

—Yo quiero ir a París, allí la vida tiene que ser muy diferente de aquí...

—Pues, si quieres ir a París, yo te serviré de guía, aunque ahora no es el mejor momento para ir —dijo él por decir algo.

—¿De verdad me enseñarás París?

—Claro..., será un placer tenerte allí. ¿Te gusta el teatro? Podemos ir al teatro, y te llevaré a los cafés... No hay cafés más hermosos que los de París.

—¿Y a la Torre Eiffel? Me gustaría tanto subir a lo alto de la torre —exclamó entusiasmada Catalina.

—No sé si es posible subir a lo más alto, pero te llevaré a verla.

—¿Tienes casa en París? —preguntó ella.

—Tengo un apartamento no muy lejos de Notre-Dame.

—¿Y es bonito?

—A mí me lo parece. Te gustará, es muy cómodo —afirmó Marvin sin darse cuenta del efecto de sus palabras en Catalina.

—¡Será estupendo! ¡Qué ganas tengo de ir! Mis padres no querrán que me vaya, pero tendrán que hacerse a la idea. ¿Seguro que no te importa que vaya contigo a París? ¿Lo has pensado bien? —preguntó mirándole muy seria.

Marvin no terminaba de comprender el significado último de la conversación. Para él Catalina sólo era una chica del barrio, atolondrada, pero buena persona aunque en exceso coqueta, y eso a él tanto le daba. No es que tuviera algún interés en que Catalina fuera de visita a París, pero era demasiado educado para negarse a recibirla.

—¿Qué he de pensar? Si algún día vienes, serás bien recibida. Te gustará París, ya lo verás.

Catalina se levantó de la silla de un brinco y echó los brazos alrededor del cuello de Marvin, dándole un sonoro beso en la mejilla. Él no supo reaccionar y se quedó quieto unos segundos. Le salvó Piedad. La mujer no había podido dejar de escuchar la conversación porque las paredes de la buhardilla eran tan delgadas que resultaba imposible ignorar lo que sucedía en la salita.

—¿De verdad no quieres agua? —preguntó Piedad irrumpiendo en la estancia.

Catalina bajó los brazos y se separó unos centímetros de Marvin antes de contestar.

—Que no, doña Piedad, muchas gracias... Ya ve que estamos hablando,

aunque quizá sería mejor que nos fuéramos a dar un paseo para terminar de hablar, ¿no te parece, Marvin?

—Es muy tarde... y estaba escribiendo... pero... bueno, te acompañaré al portal —aceptó él sin ningún entusiasmo.

Catalina no dejó de preguntarle sobre París, los lugares a los que la llevaría, el nombre de sus cafés favoritos, cuántos amigos tenía... Marvin respondía de mala gana, pero ella no lo advertía. Era feliz. De las palabras del americano había deducido que él no sólo estaba enamorado de ella sino que ansiaba llevarla consigo.

Más tarde, ya en la soledad de su habitación, Catalina cayó en la cuenta de que no habían hablado de la boda, pero desechó esa preocupación. Se casarían, claro que se casarían. ¿De qué otra manera podía ir ella a París si no era casada con él? Su padre se opondría, estaba segura, pero con la ayuda de su madre terminarían convenciéndole. Desde luego ella no iba a ceder, se casaría con Marvin y se irían a vivir a Francia. Sintió un deje anticipado de nostalgia pensando en su madre, pero inmediatamente lo dejó a un lado. Su madre la iría a ver con frecuencia y ella también volvería a Madrid. Incluso sería divertido ese ir y venir. Además, Marvin era rico, lo sabía, sus padres tenían una acería en Estados Unidos, de manera que, en cuanto se casaran, ella dispondría de dinero para poder gastar en las tiendas de moda parisinas cuando su madre la visitara. Lo pasarían tan bien juntas que ya disfrutaba con antelación de la vida que la aguardaba en la capital gala.

No pudo evitar sentir una sensación agrídulce al evocar la noche de la Pradera. El recuerdo era doloroso y confuso, aunque había escuchado cuchichear a las mujeres de cierta edad que el contacto carnal, sobre todo la primera vez, no resultaba ni mucho menos satisfactorio.

Ella había estado dolorida durante unos cuantos días, pero le aliviaba saber que había estado en brazos de Marvin y que eran sus manos las que le acariciaban el rostro y tiraban de su falda para cubrirle las piernas. Había sido tan atento y delicado con ella...

Esa tarde ninguno de los dos se había referido a lo sucedido. Él era demasiado caballero para hablar de ello y ella se lo agradecía. No había estado bien por su parte permitir que las cosas llegaran tan lejos. Le aliviaba comprobar que Marvin no sólo no tenía una mala opinión de ella, sino que estaba enamorado y por tanto, decidido a emprender una vida en común.

Le hubiera gustado decirle a su madre que iba a casarse, pero esa noche durante la cena su padre parecía preocupado y su madre inquieta, y Catalina había aprendido que cuando se tiene que anunciar algo importante era mejor esperar el momento oportuno.

Piedad estaba preparando una tortilla de patata cuando Marvin regresó y entró en la cocina.

El americano se sentó a la mesa dispuesto a dar buena cuenta de la cena. En aquella casa había escasez, como en todo Madrid y en toda España, pero Eulogio solía arreglárselas para coger algo del almacén y a Piedad parecían fiarle en la tienda de don Antonio, de manera que siempre había algo que llevarse a la boca.

Todo el barrio murmuraba sobre la relación entre don Antonio y Piedad, pero Eulogio parecía ignorar aquellos comentarios.

Algunas mañanas, cuando Eulogio regresaba del almacén y se echaba un rato a dormir, Piedad se arreglaba y salía sin hacer ruido. Cuando regresaba, siempre le faltaba alguna de las horquillas con las que se recogía el cabello y la ropa parecía manoseada; además, en su rostro podía verse un ligero rubor mezclado con hastío.

Solían cenar solos, ya que Eulogio pasaba buena parte de la tarde y de la noche cuidando del almacén de don Antonio. Después de la cena, Marvin acostumbraba a encerrarse en su cuarto para intentar escribir, o bien salía a reunirse con algunos de los amigos que había hecho en Madrid. Pero esa noche se sentía turbado a cuenta de Catalina. La joven le desconcertaba, en realidad le abrumaba con su personalidad; sabía ver en ella una determinación y una fuerza que la hacían imparable.

Eulogio solía burlarse de él diciéndole que había enamorado a la chica más guapa del barrio, pero Marvin pensaba que Catalina no estaba enamorada más que de la vida y que aquella España era demasiado pacata y estrecha para alguien como ella. En cuanto a él, sentía una sincera admiración por ella, precisamente porque Catalina tenía de lo que él carecía, que eran unas ganas irrefrenables de disfrutar de la vida.

Piedad y Marvin cenaron en silencio, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos. Al acabar, Marvin se ofreció, como siempre hacía, a fregar los platos, pero Piedad no concebía estar sin hacer nada, de manera que él se fue a su cuarto para enfrentarse al abismo del folio en blanco que aguardaba a que supiera llenarlo de palabras.

Lo intentó durante un buen rato, pero, una noche más, tuvo que aceptar que la inspiración le esquivaba y, desazonado, decidió salir a la calle.

Se encontró en el portal con Fernando.

—¿Adónde vas? —le preguntó por decir algo.

—A tirar la basura al cubo de la esquina, ¿y tú?

—Necesito tomar el aire, hace mucho calor.

—Si quieres te acompaño —se ofreció Fernando—, aunque —añadió— no mucho rato porque mañana madrugo.

«Qué vieja estoy», pensaba Piedad. Observaba su rostro en el espejo y sólo encontraba arrugas y un rictus alrededor de los labios. Algunas canas pugnaban por dejarse ver en su cabello oscuro. «Mi marido me encontraba guapa, y sí, hace años lo fui, para qué negarlo, pero ahora...», y se preguntaba por qué Antonio el estraperlista le tenía tanta afición. Ella aún no comprendía por qué aquel hombre se había empeñado en convertirla en su amante.

Aún recordaba el día en que las tropas de Franco se hicieron con Madrid y cómo al poco regresaron al barrio aquellos que se habían unido al bando nacional. Antonio volvió con su uniforme de falangista pavoneándose de sus

hazañas bélicas.

Durante su ausencia, Mari, su esposa, se había hecho cargo de la tienda y aunque había simulado que su marido la había abandonado y que ella nada tenía que ver con las cosas de la política, lo cierto es que le recibió con los brazos abiertos, satisfecha de volver a cederle el cetro del establecimiento.

No es que los vecinos se hubieran terminado de creer que ella era ajena a los nacionales, incluso alguien la había denunciado, pero no se pudo probar que fuera más que una mujer sola que intentaba sacar adelante a sus hijas, ya que el mayor, Antoñito, también se había ido con su padre a combatir con las tropas franquistas.

Piedad recordaba la tarde en que ella se acercó a la tienda para pedirle a Antonio que una vez más le fiara unas patatas y acaso un par de huevos, y él la miró de arriba abajo haciéndole una seña para que le siguiera a la trastienda. Ella le siguió intrigada, pensando que acaso no quería fiarle delante de otras clientas.

El mozo que ayudaba en el negocio se quedó atendiendo a otras dos mujeres que estaban comprando.

—A tu marido le mataron en el Frente, ¿no es así? —le preguntó Antonio.

—Sí —respondió Piedad con voz firme.

—Era un rojo que pretendía la perdición de España.

—Mi marido era un hombre honrado, un hombre cabal, que hizo lo que tenía que hacer —se atrevió a decirle.

—Y tu hijo también ha luchado contra nosotros, bien merecido le está haber quedado tullido de una pierna.

Ella se acercó y le dio una bofetada con la palma de la mano abierta. Antonio encajó el golpe con una risotada grotesca.

—Vaya, aún te crees alguien... Pues te voy a decir lo que vamos a hacer. Ya te puedes ir quitando la ropa, ya sabes para qué. Si a partir de ahora no haces lo que yo quiera, te denunciaré. Sí, iré a decirles a mis camaradas que detengan a tu hijo por comunista. Además, es un parásito, un lisiado sin oficio. Un imitador de ese pintor rojo del *Guernica*, Picasso se llama, ¿no? Los rojos como vosotros no

tenéis lugar en nuestra España. Tu Eulogio irá a la cárcel. Primero unos cuantos meses y después el garrote o un tiro en la madrugada. Eso es lo que le espera. Si quieres que no le denuncie, ya sabes, quítate la ropa...

Piedad le miró con todo el odio que supo encontrar dentro de ella. Luego volvió a acercarse a él; apenas los separaba un centímetro, podía oler su sudor acre y su aliento gelatinoso.

—Sí, me quitaré la ropa. Pero no sólo no denunciarás a mi hijo, sino que le darás trabajo hoy mismo. Eulogio sirve para cualquier cosa.

Antonio no se esperaba su reacción. La miró de arriba abajo dudando qué hacer.

—Tú no puedes ponerme condiciones. No tienes más remedio que pasar por el aro si quieres tener a tu hijo en casa, a mí me da lo mismo.

—Le pagarás un sueldo decente que nos permita vivir —insistió ella como si no hubiera escuchado las palabras que él acababa de decir.

—¡Estás loca! Pero ¿qué te has creído? —contestó levantando la voz.

—Llevas años deseando verme sin ropa. ¿Crees que no veía tu mirada asquerosa cada vez que venía a comprar a tu tienda? Si tengo que ser puta, será cobrando y no por miedo. Los franquistas como tú nos habéis quitado todo; si quieres algo más, págalo, Antonio. Ahora.

—Quítate la ropa —le repitió, y se acercó a ella dispuesto a arrancarle la blusa a la fuerza.

Pero Piedad se apartó y, dirigiéndose a la puerta, le sonrió.

—¿Sabes?, se me ocurre que mi Eulogio puede llevarte las cuentas y encargarse de ese almacén que has comprado.

—¡Es un lisiado! —gritó Antonio con desprecio.

—Es un hombre valiente, mucho más que otros que conservan las dos piernas útiles. Te servirá de ayuda.

—No necesito que nadie meta las narices en mis negocios.

—Tú verás, Antonio...

—Mándamelo y ya veré qué le doy, y ahora vete quitando la ropa.

—Hoy no, Antonio; cuando le firmes un papel en que quede claro que le contratas y también cuánto le vas a pagar. Cuanto antes lo hagas, antes me quitaré la ropa. ¿Quieres que le diga a mi hijo que venga ahora?

—¡Maldita mujer!

—Le diré que venga a verte, ¡ah!, y otra cosa: si le dices a mi hijo o a alguien que hemos cerrado este trato, te mato, te juro que lo haré. Y no pierdas el tiempo amenazándome. ¿Vas a mandarme a la cárcel? ¡Y qué! Este país ya es una inmensa cárcel, sólo estaré un poco más estrecha. Y si me fusilan, que lo hagan, ¿crees que tengo ilusión por vivir? Asco me da de tener que hacerlo sabiendo quiénes sois los que mandáis. No tengo nada que perder, Antonio.

Piedad volvió a la tienda y, ante la mirada atónita del mozo, metió la mano en el saco donde estaban las patatas y cogió unas cuantas que guardó en la bolsa que llevaba colgada en el brazo. Luego se acercó a una caja y se hizo con un par de pimientos y varios tomates. Salió sin mirar a nadie.

La segunda batalla la libró con su hijo, Eulogio, que se negaba a ir a la tienda del estraperlista a que le diera trabajo.

—Pero ¡cómo voy a trabajar para un falangista! ¡Parece mentira, madre!

—Mira a tu alrededor y acepta la realidad. Han ganado la guerra y los que pueden dar trabajo son ellos, de manera que no podemos más que aceptarlo. No quiero que vayas por la calle pidiendo dinero como tantos otros mutilados de guerra. No tenemos nada más que vender, Eulogio, así que necesitamos un trabajo. Antonio está dispuesto a dártelo y él no es peor que otros.

—Nos podemos ir a Francia. Allí encontraré algo, no me importa trabajar de lo que sea. Empezaremos de nuevo —le propuso Eulogio a su madre.

—¿Cómo vas a ir a Francia? Están los alemanes. Pero si es lo que quieres, vete, yo me quedo. Comprendo que quieras intentarlo. Yo me conformo con saberte vivo; no quiero nada más y no tengo fuerzas para irme al exilio. Lo siento, hijo.

Le mantuvo la mirada, esforzándose por no llorar. Podía leer en los ojos del hijo incomprensión e incluso vergüenza. Eulogio no podía comprender que su

madre se rindiera con tanta facilidad a los vencedores; él pensaba que mejor era huir al exilio o incluso morir de hambre, cualquier cosa menos trabajar para los fascistas.

Estuvieron unos cuantos días sin apenas hablarse. Se evitaban el uno al otro ensimismados en su propio dolor.

Piedad no volvió a la tienda de Antonio y eludía pasar cerca, no fuera que la viera. Hasta que un día la policía se presentó en su casa reclamando a Eulogio. Se lo llevaron. Alguien le había denunciado. Ella no se lo pensó dos veces y se presentó en la tienda. Le dijeron que Antonio estaba en el almacén. Corrió hasta llegar allí. No se arredró y pidió a un chico que cargaba unos sacos que buscara al estraperlista. Cuando Antonio se presentó ante ella lo hizo sin disimular que no le sorprendía verla. En realidad, la estaba esperando.

—Se han llevado a Eulogio a la comisaría. Algún malnacido le ha acusado de ser comunista.

Antonio se encogió de hombros con indiferencia y la miró de arriba abajo. La lujuria le afloraba por los poros sudorosos de la piel.

—Vas a sacarle de allí —afirmó ella con una convicción que no sentía.

—¿Yo? ¿Y a mí qué me importáis tú y tu hijo? Que se pudra por traidor.

Piedad se acercó a la puerta y la cerró. Después se desabrochó la blusa y a continuación se quitó la falda. Antonio la miró satisfecho. Era lo que esperaba.

Cuando terminó de abusar de ella, rompió a reír. Ella, Piedad, aguantó su risa mientras intentaba contener el vómito que pugnaba por escaparse de su garganta.

—Iremos a la comisaría —dijo ella sin mirarle.

—No hace falta. Sólo tengo que llamar por teléfono y le soltarán.

Lo hizo. Piedad le escuchó hablar con alguien y la conversación le abrió los ojos. Antonio le había pedido a un amigo, que a su vez tenía un amigo en la policía, que detuvieran a Eulogio, pero sin que le abrieran ningún expediente hasta que él no llamara. Pidió que le soltaran, que el chico y la familia ya se

habían llevado suficiente susto y que así aprenderían quién mandaba.

—No, no te preocupes, te aseguro que es inofensivo. Hijo de rojo, sí, y también combatió en el lado equivocado, pero es un lisiado sin importancia, le tengo controlado, sólo quería darle un buen susto por si se le ocurre pensar en lo que no debe. Tú suéltale, que ya me encargo yo de él.

Piedad pensaba que si hubiera tenido un cuchillo a mano, se lo habría hundido en la tripa. La detención de su hijo había sido una mala jugada, la manera vil del estraperlista de poseerla y convertirla en su esclava. Había aprendido la lección, ya sabía cómo se las gastaba Antonio y sólo tenía dos opciones: o huir con su hijo a Francia, o aguantar el peso del cuerpo de Antonio.

—Pásate por la tienda el viernes por la mañana. «La Mari» no estará. Y ya sabes lo que puede pasar si no vienes, la próxima vez no haré nada por salvar a tu hijo. Ah, y tengo un amigo que tiene interés en comprar un piso a buen precio en el barrio. Le he hablado del tuyo.

—El mío no está en venta —respondió ella alarmada.

—Sí que lo está. Te daré algo de dinero y tu hijo y tú podéis vivir en una de las buhardillas, creo que hay un par de ellas vacías.

—No quiero irme de mi casa —insistió Piedad.

—No tienes derecho a tener casa. ¿Por qué hemos de ser generosos con los rojos? Si yo fuera Franco, estaríais todos fusilados. Pero ya ves, el Caudillo tiene buen corazón.

—Un corazón tan negro como el tuyo —respondió ella con rabia.

—No te hagas mala sangre, Piedad; mira, hasta que me canse de ti, disfruta de lo que puedas. Esta tarde pásate con tu hijo con la escritura de la casa. Cerraremos la venta. Mi amigo os dará unos cuantos días para que os trasladéis. Y ahora vete, que tengo trabajo.

Podía recordar cada detalle de la primera vez en la que había permitido que Antonio se hiciera con su cuerpo. Aún se reprochaba haberlo hecho, pero por su

hijo estaba dispuesta a eso y a más. Se avergonzaba cuando pensaba en su esposo muerto. ¿La perdonaría? Pero ¿acaso un hombre perdona que su mujer se entregue a otro?

Seguramente su marido le hubiera dicho que era mejor el exilio como proponía Eulogio. Pero ella no se sentía con fuerzas para marcharse e ir a un país en que sabía que no serían bien recibidos. Muchos de los españoles que habían huido estaban confinados en campos en el sur de Francia y eso no lo quería para su hijo.

Irse de España, pensaba, podía ser aún peor que quedarse por más que cada día que pasaba le costara más adaptarse a la arrogancia de los vencedores.

Lo peor había sido decirle a su hijo que tenían que vender la casa. A Eulogio le habían dejado salir a primera hora de la tarde y cuando llegó a casa se abrazaron, y así estuvieron durante un buen rato.

Ella no le dijo que Antonio le exigía que vendieran el piso, sino que lo había decidido para obtener algo de dinero.

—Madre, ¡no podemos hacer eso! No quiero ni pensar en tener que verte en una buhardilla. Trabajaré para el estraperlista, pero no nos iremos de casa.

—No, hijo, no es suficiente. Debemos ser realistas, ¿para qué queremos una casa tan grande? No podemos mantenerla, Eulogio, y tú lo sabes. Son muchos gastos. Además, seguiremos viviendo aquí, sólo que en la buhardilla. La portera me ha enseñado la misma donde antes vivía Fidel, el músico, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Pobrecillo, qué mala suerte que murieran su mujer y sus dos hijas por esa bomba que cayó cerca de la Gran Vía. Y luego él se puso tan enfermo...

—Es la buhardilla más grande, tiene tres habitaciones, muy pequeñas, eso sí, pero también tiene cocina y una salita aneja, y el retrete dentro. Nos arreglaremos.

—¿Y los libros de papá? ¿No te das cuenta de que no caben en la buhardilla?

—¡Por favor, Eulogio! Mira, meteremos los que podamos y el resto los guardaremos en cajas, ya está.

—Pero, madre...

—¡Ah!, y trabajarás para el estraperlista. Al menos te dará un sueldo. Tienes que dejar de soñar, hijo. No te permitirán seguir con tus estudios... lo de dedicarte a pintar... sé que tienes mucho talento, pero tus cuadros no encajan en este país. No los entienden, Eulogio, qué le vamos a hacer. Anda, hijo, aceptemos las cosas como son, tenemos que sobrevivir, al menos eso.

Su hijo terminó aceptando. Se había llevado un buen susto cuando le llevaron a la comisaría. Durante las horas que estuvo allí nadie le dijo nada, salvo que sabían que era un rojo y que se iba a enterar. Cuando le soltaron, lo hicieron sin ninguna explicación, tampoco él la pidió, sólo ansiaba regresar a su casa. Pero el susto había sido suficiente para darse cuenta de que sólo tenía dos opciones: o intentaba pasar a Francia, o si se quedaba, tendría que adaptarse como le pedía su madre. Eulogio se prometió a sí mismo que convencería a su madre, pero mientras tanto haría como los juncos, se plegaría por más que desde el silencio maldijera todos los días mil veces a los fascistas que le habían arrebatado el futuro.

No se lo dijeron el uno al otro, pero a Piedad, lo mismo que a Eulogio, se le encogió el corazón el día en que cerraron por última vez la puerta del que había sido su hogar para subir las escaleras tres pisos más arriba e instalarse en la buhardilla.

El dinero que les dio el estraperlista apenas les llegó para hacerse con la buhardilla. Allí no cabía el escritorio de su marido, ni los muebles donde guardaban los libros. Ni siquiera había sitio para el sofá. Piedad vendió cuanto pudo a pesar de los reproches de Eulogio. El día en que se llevaron el escritorio de su marido, su hijo lloró.

Piedad se decía que no tenía otra opción que aceptar la situación. Antonio había ganado la guerra y ella la había perdido. Era parte del botín de los vencedores, de manera que tenía que reprimir las náuseas y acostumbrarse al

aliento con sabor a ajo del estraperlista, al sudor amargo que le impregnaba el cuerpo, a su brusquedad y sobre todo a ser tratada por él como alguien que no tiene derecho a nada salvo a proporcionar placer.

Había aprendido a utilizar su cuerpo mientras su mente se escapaba a otros lugares. Pensaba en cosas absurdas, como el pantalón de Eulogio que tenía que zurcir, o si tenía suficientes patatas para hacer un puré; incluso cuando Antonio jadeaba como un cerdo, ella lograba abstraerse y dejaba que su imaginación se instalara en los lugares que le gustaban: el parque del Retiro, los almendros en flor del valle del Tiétar... Lugares todos donde había acudido con su marido y su hijo y en los que había sido feliz.

Cuando el estraperlista terminaba de abusar de ella, se levantaba y se limpiaba con lo que podía antes de regresar a la buhardilla. Los encuentros se sucedían donde a él le venía en gana. En ocasiones en la trastienda, otras en el almacén, incluso en el coche que Antonio se acababa de comprar y que exhibía ufano por el barrio.

A ella tanto le daba. Lo único que deseaba cuando le tenía encima era que acabara pronto.

Piedad sabía que en el barrio murmuraban y rezaba para que los cotilleos no llegaran a oídos de Eulogio. De saberlo su hijo, nunca le perdonaría que hubiera sucumbido a esa humillación ni siquiera para salvarle a él. Pero ¿qué sabía él de lo que es capaz una madre por sus hijos! Mientras Antonio disfrutara de ella podían estar tranquilos, nadie los molestaría.

A veces sentía una comezón cuando subía las escaleras y pasaba delante de la puerta de la que había sido su casa y en la que ahora vivía un amigo de Antonio afecto al Régimen.

Era una familia que llamaba la atención en el barrio porque parecía que no pasaban necesidades cuando los demás carecían de todo. Claro que a los nuevos amos les gustaba darse *pisto* y aparentar lo que no tenían; aun así, Piedad no podía dejar de odiarlos profundamente por haberse convertido en dueños de su casa, donde había sido feliz con su marido y había traído a Eulogio a este

mundo.

Aquella noche tardó un buen rato en quedarse dormida. No podía dejar de pensar en que había caído a un agujero del que ya nunca saldría.

Catalina se negaba a ir a la fiesta campestre organizada por don Antonio. Se había levantado con el estómago revuelto y desde primera hora no paraba de tener arcadas. Tampoco quería volver a la Pradera de San Isidro.

—Pues enferma o no, tendrás que venir —le advirtió su padre.

—Pero, Ernesto, si la niña no se encuentra bien... Don Antonio lo entenderá, ya verás que no se enfada.

—¡Qué sabrás tú, Asunción! De ninguna manera podemos desairarle. Sabes que hoy es un día importante, don Antonio quiere anunciar a los amigos que Antoñito y Catalina son novios.

—¡Qué van a ser novios! ¡Por Dios, Ernesto, te estás precipitando! Los chicos primero tienen que conocerse y luego decidir. Me parece bien que las dos familias nos tratemos para ver si Antoñito y Catalina se gustan el uno al otro, pero hay que darles tiempo. Parece que no conoces a tu hija: por las buenas lo que quieras, pero no se dejará imponer un novio.

—Por culpa tuya, Asunción, que la has malcriado. Mi madre tuvo seis hijos y a ninguno de nosotros se nos hubiera ocurrido opinar sobre las decisiones de mi padre. Yo me casé contigo por indicación de mi padre, ¿o acaso no lo recuerdas?

Asunción asintió con la cabeza. ¿Cómo no iba a recordarlo? Ella misma había aceptado aquel matrimonio acordado por sus padres, pero aunque no se atrevía a decírselo a su marido, deseaba que Catalina se casara con quien quisiera; naturalmente su hija tendría el buen juicio de elegir a un hombre de bien, de eso no tenía duda.

—Déjala que descanse un rato y luego vemos cómo se encuentra... —se atrevió a sugerir.

—¡De eso nada! La niña que se levante ahora y se prepare para ir al campo, y

si tiene ganas de vomitar, que vomite bajo un árbol.

No hubo manera de torcer la voluntad de don Ernesto por más que su esposa le pidió y le rogó; Catalina tuvo que levantarse y vestirse para acompañar a sus padres.

A don Ernesto no le gustaba conducir, de hecho casi nunca lo hacía, pero para llegar a la Pradera de San Isidro no había otra manera que ir en coche o ir andando, y él estaba demasiado delicado de salud como para darse esa caminata.

Asunción había conseguido comprar una caja de bombones para llevar a sus anfitriones.

—Haremos el ridículo, mamá —dijo Catalina.

—¿El ridículo? ¿Y por qué? —preguntó su madre sorprendida.

—Llevar bombones a una comida en la Pradera es ridículo. Ni que fuéramos a tomar el té a una casa bien... Y yo no pienso ir, diga lo que diga papá. Sólo tengo ganas de vomitar.

—Anoche cenaste demasiado —le reprochó su madre.

—¿Te parece demasiado una sopa de fideos y un trozo de pollo que no sabía a pollo?

Asunción no respondió. Catalina tenía razón: el pollo no sabía a pollo. Lo había comprado en la calle a una mujer. En realidad, aquellos trozos minúsculos no parecían de pollo, pero la mujer le había explicado que ella troceaba las aves para que le cundieran más a la hora de venderlas y le aseguró que los pollos que vendía eran de su pueblo. Ya era extraño que los vendiera en trozos en vez de enteros. Ella apenas había cenado, pero también había pasado mala noche, incluso había vomitado, aunque ya se sentía mejor. En cuanto a su marido, no había querido cenar más que la sopa, de manera que se había librado de sufrir los efectos del pollo.

—Catalina, no puedes contrariar a tu padre. Mira, yo no sé qué negocios se trae con don Antonio, pero deben de ser importantes.

—¿Papá tiene negocios con el estraperlista? ¡Esto sí que es bueno! ¡Qué bajo estamos cayendo!

—¡Niña, cómo se te ocurre hablar así! Si tu padre tiene negocios con don Antonio será porque tiene que ser así y nosotras no somos nadie para cuestionar sus decisiones. ¡Ay, Catalina, qué mal te he educado! Los hijos no tienen derecho a reprochar nada a sus padres.

—¡No voy a ir a la Pradera! ¡Que lo sepas! —insistió con rabia Catalina.

Pero fue. Su padre entró en la habitación y le ordenó que se levantara mostrándose indiferente a sus lágrimas.

Cuando llegaron a la Pradera, ni don Ernesto pudo disimular el gesto de contrariedad de verse mezclado con don Antonio y su familia. Allí estaba «la Mari» con sus dos hijas, Paquita y Mariví, y el hermano de don Antonio, Prudencio, con su mujer y sus hijos, y unos cuantos amigos falangistas y militares con sus familias.

Don Antonio recibió a los Vilamar dando una palmada en la espalda de don Ernesto que casi le corta la respiración y poniéndole en la mano una bota con vino.

—Eche un buen trago para entonarse, y las mujeres que se unan a las otras. «La Mari» ha traído comida de sobra, aprovechen la ocasión. ¡Ah!, y tú, Catalina, allí tienes a Antoñito jugando al balón con Pablo, a ver si dejáis de perder el tiempo, que se os va a pasar el arroz —dijo soltando una carcajada tan estridente que llamó la atención de todos.

Asunción se acercó con paso tímido a donde estaba «la Mari» y le dio la caja de bombones. La mujer del estraperlista ni se molestó en abrir la caja y mucho menos en dar las gracias. Mariví y Paquita miraron con envidia a Catalina, que a pesar de su malestar, seguía estando guapa simplemente porque lo era.

—¡Antoñito, aquí está Catalina! —gritó «la Mari» reclamando la presencia de su hijo—. Anda, ven, que la chica está esperando que le hagas caso.

Catalina estuvo a punto de decir que, por ella, Antoñito podía seguir haciendo lo que le diera la gana, pero su madre le pellizcó en el brazo.

Don Ernesto, don Antonio y Prudencio se habían alejado unos cuantos pasos del resto del grupo y hablaban con rostros serios.

El semblante amable de doña Asunción reflejaba la desolación que sentía en ese momento. «La Mari» y las otras mujeres hablaban a gritos, su ordinariez era patente. Le costó un buen rato poder participar en la conversación de aquellas mujeres que la miraban con desprecio, incómodas también por saberse ante una mujer tan diferente a como eran ellas.

Mariví, la pequeña de los hijos de don Antonio y «la Mari», se acercó a Catalina.

—La otra noche mi hermano te *metió mano* —le dijo de sopetón, logrando que Catalina se pusiera como un tomate.

—¡Qué tontería dices! A mí no me mete mano nadie —protestó.

—Pero si os vi yo cómo bailabais, bien que le dejaste acercarse, si no cabía ni el aire entre Antoñito y tú... Pero no creas que le gustas a mi hermano. A él no le gustan las chicas fáciles.

Catalina levantó la mano dispuesta a dar una bofetada a Mariví, pero en ese momento vio a Antoñito acercarse a ellas.

—Vaya, habéis venido, se nota que hay hambre —dijo él, mirándola con desprecio.

—¿Hambre? ¿Crees que hemos venido porque tenemos hambre? ¡Es lo que me faltaba por oír! —exclamó con enfado Catalina.

—Pues mira toda la comida que ha traído mi madre, lo que hay aquí no lo hay en tu casa ni en un año —intervino Mariví, con voz repelente.

—Me parece que... bueno, no sé qué es lo que pensáis, pero estáis muy equivocados si creéis que hemos venido a comer. Afortunadamente, en mi casa podemos comer todos los días.

—Claro, como mi padre os fía —afirmó Mariví.

—¿Nos fía?, pero ¡qué dices! Oye, ya sé que no os caigo bien y si por mí fuera no estaría aquí, así que dejadme en paz y vosotros a lo vuestro —respondió Catalina, que a duras penas podía contener su enfado.

—Vamos a dar una vuelta porque si no mi padre se va a cabrear —dijo Antoñito, cogiendo por el codo a Catalina.

Ella dio un respingo e hizo que le soltara el brazo. El contacto de Antoñito le provocó un ataque de náuseas. Se alejó unos pasos y comenzó a vomitar.

—¡Qué asco! ¡Está vomitando! —gritó Mariví, logrando que todas las miradas se dirigieran hacia Catalina.

Asunción corrió hacia su hija y le puso una mano en la espalda y otra en la frente. Cuando Catalina terminó de expulsar la bilis que brotaba del estómago, su madre sacó del bolso un pañuelo y se lo pasó por la cara.

Las mujeres se acercaron curiosas y Asunción explicó que la noche anterior habían cenado pollo y les había sentado mal a las dos. «¿Pollo? Pues sí que son pudientes los de esta familia si tienen para pollo. Nosotros no comemos pollo desde antes de la guerra, y entonces sólo lo comíamos en Navidad», dijo una de las mujeres. Todas comenzaron a hablar al mismo tiempo y Asunción aprovechó para apartarse unos metros junto a Catalina.

—¿Te sientes muy mal? —preguntó preocupada.

—Ya te lo dije antes de salir de casa, pero papá se empeñó en que viniera y mira la vergüenza que estoy pasando —se quejó.

—Haz un esfuerzo, hija, hazlo por tu padre... Procura reponerte un poco, habla un rato con Antoñito y luego le diremos a papá que debemos irnos porque no te encuentras bien, pero por lo menos que él vea que le obedeces.

—¿Es que tengo que demostrar que soy una hija obediente? ¿Cuándo he hecho otra cosa distinta a las que me mandáis? Quiero irme, mamá, no puedo soportar a esta gente, son todos tan...

—Sí, lo sé, pero tenemos que hacer lo que diga tu padre. Por favor, hija, habla con Antoñito —suplicó la madre.

A cierta distancia, Antoñito las miraba con cara de asco mientras que Pablo Gómez se reía. Las mujeres habían vuelto alrededor de los manteles que habían extendido sobre la hierba en los que estaba dispuesta la comida. Los hombres, después de haber estado jugando a la pelota, empezaban a acercarse, hambrientos. Don Antonio y Prudencio, flanqueando a don Ernesto, también se acercaron. Sólo «la Mari» permanecía expectante, contrariada porque aquella

señoritinga hubiera vomitado.

—Bueno, si está mala, mejor que no coma —dijo «la Mari».

—Sí, mejor que no tome nada. Creo que le vendrá bien dar un paseo y respirar este aire tan puro... Así el estómago se le irá asentando —dijo Asunción por decir algo.

—Pues que Antoñito la acompañe. Hijo, ven aquí y ve con ésta a dar una vuelta, así a ella le da el aire y tu padre estará contento de veros juntos —le pidió «la Mari».

Su hijo volvió a colocarse junto a la joven y de nuevo la agarró del codo tirando de ella para que caminara.

Catalina se irguió cuanto pudo a pesar del esfuerzo que tenía que hacer para contener las náuseas. Antoñito andaba con paso ligero como si quisiera apurar el tiempo y devolver a Catalina junto a los demás. Fue él quien rompió el silencio.

—Nos vas a *jorobar* el día —dijo con desprecio.

—¿Yo? ¿Es que nunca te has puesto malo del estómago? Lo que tendría es que haberme quedado en casa, pero mi padre ha insistido, no quería desairar al tuyo.

—Le debe mucho como para atreverse a hacerlo —respondió Antoñito con una nota de arrogancia en la voz.

—Pero ¿qué dices? Mi padre deber algo al tuyo... ¡por favor, no digas tonterías! —Ahora era Catalina la que desplegaba toda la arrogancia de señorita de casa bien.

—Si no fuera por mi padre no podríais ni comer, eso y los préstamos de dinero, así que déjate de dártelas como si fueras alguien. Sois unos muertos de hambre. Y que sepas que cuando nos casemos te vas a enterar de lo que es bueno. Tú no has cogido una escoba en tu vida y yo quiero una mujer que sea de su casa, no una señorita que sólo se mira en el espejo. Mira a mi madre, nosotros tenemos medios, pero es ella la que limpia la casa, hace la comida y se ocupa de mis hermanas, de mí y de mi padre. Es una mujer como debe ser.

—¿Casarme contigo? No voy a casarme con ningún patán, antes me meto a

monja —respondió Catalina con todo el desprecio del que fue capaz.

—Harás lo que te manden y si mi padre se ha empeñado en que nos casemos, te aguantas.

—Pero ¡quién se ha creído tu padre!

—Eres tú la que tiene que dejar de creer que eres superior al resto. No tenéis ni un real, le debéis a mi padre mucho dinero y tú eres parte del pago.

Se quedaron en silencio. Catalina sintió un dolor de cabeza intenso mientras intentaba que las palabras de Antoñito se abrieran paso en su cerebro para comprender lo que le había dicho. No podía ser verdad lo que estaba oyendo.

Dio media vuelta dispuesta a pedirle explicaciones a su padre, pero Antoñito la volvió a sujetar del brazo obligándola a permanecer quieta.

—Nos casaremos, está hecho, y ya te puedes ir preparando para comportarte como una mujer decente y de tu casa o de lo contrario te molere a palos.

Catalina dio un tirón deshaciéndose del brazo de Antoñito y echó a correr. Su madre, que no había dejado de mirarlos, fue hacia ella. A Catalina no le dio tiempo a decir nada porque de nuevo tuvo un ataque de arcadas.

Don Ernesto las miró fastidiado y se levantó para acudir a donde estaban.

—¿Se puede saber qué pasa?!

—La niña está mala, Ernesto, y nos vamos a casa —respondió Asunción con firmeza.

—¡No podemos marcharnos!

—Sí que podemos. Hemos hecho acto de presencia y ahora nos vamos, no tienen por qué sentirse ofendidos, bastante es que hayamos venido... Yo... yo también me quiero ir —murmuró Asunción, y en su mirada había una súplica.

Don Antonio se acercó malhumorado. Catalina, pensaba, le estaba fastidiando el día.

—¿Sigues vomitando? —preguntó malencarado.

—Lo siento, don Antonio, pero tenemos que irnos, mi hija no se encuentra bien... Yo creo que tiene una intoxicación... Puede que ese trozo de pollo que compré en realidad no fuera pollo —explicó doña Asunción.

—¡Pues claro que no era pollo! Sería lagarto o algo así. Hay mucha gente que caza lagartijas y luego las vende como pollo, ¿no me dirá que no lo sabe? ¡Pero en qué mundo vive usted! —Y alzó tanto la voz que el resto de sus invitados levantaron la mirada.

—¡Lagartija! No... no puede ser... La mujer me dijo que era pollo... — balbuceó Asunción.

—Ya... ¡pollo!... ¿Y usted se cree que el pollo se vende en trocitos pequeños e irreconocibles? Pero ¡mujer!

—Me dijo que lo partía mucho para sacarle más partido... Yo compré unos trozos pequeñitos... —Asunción se sentía abochornada dando explicaciones al estraperlista.

—¿Y ahora qué hacemos? Porque yo pensaba anunciar que Antoñito y Catalina son novios —se quejó don Antonio.

Don Ernesto se hizo cargo de la situación y, muy a su pesar, secundó a su mujer.

—Lo siento, don Antonio, pero ya ve que mi hija no se encuentra bien. Habrá otra ocasión. Catalina ha hecho un esfuerzo viniendo por respeto y consideración a usted y a su familia, pero ahora nos vamos a casa. Seguiremos hablando mañana o cuando le venga bien.

El estraperlista los miró de arriba abajo y se dio la vuelta murmurando un «ya veremos», lo que dejó a don Ernesto sumido en una honda preocupación. Aun así, cogió a su mujer de un brazo y a Catalina del otro y se dirigió al coche que tenía aparcado a pocos metros de distancia. Ninguno de los tres dijo nada hasta llegar a su casa. Asunción acompañó a su hija a la cama y cuando regresó junto a su marido le encontró enfadado.

—¡Esta niña va a ser nuestra ruina! —exclamó al ver a su mujer.

—¡Por Dios, Ernesto, no puedes reprocharle que haya enfermado! Pobrecita, ya has visto cómo está, deberíamos llamar al médico.

—¿Y qué le vas a decir, qué te has pasado de lista comprando lagartija en vez de pollo? Hasta que no vomite toda esa porquería no se sentirá mejor. Dale agua

de Carabaña, eso la ayudará a vaciar el estómago.

—Sí..., tienes razón... Pero si no mejora llamaré al médico, no la vamos a dejar así... Y... bueno, yo quería decirte algo... —Asunción se retorció las manos nerviosa.

—¿Qué me quieres decir? —preguntó su marido sin ganas de escucharla.

—No me gusta esa gente, son tan... tan zafios... y esas mujeres... no dejaban de lanzarme *pullas*... no se sentían a gusto conmigo ni yo con ellas. Y Mari, la esposa de don Antonio, es... bueno, me niego a que se convierta en la suegra de Catalina. Odia a nuestra hija, si supieras cómo hablaba de ella calificándola de señoritinga... He tenido que hacer un esfuerzo para no responderle porque sé que te habrías enfadado, pero me niego a volver a tratar con ella.

—¡Pues será tu consuegra te guste o no! —respondió don Ernesto, cada vez más encolerizado.

—No voy a consentir que cases a nuestra única hija con ese patán. Antoñito es... es... es un patán.

—Patán o no, don Antonio quiere a Catalina para su hijo y yo se la daré. Está hecho, Asunción, no insistas.

Doña Asunción no se atrevió a insistir. No estaba preparada para contrariar a su marido, pero aun así pensó que en otro momento volvería a defender a su hija para evitar que se casara con el hijo del estraperlista. Pensaba que, por muy necesitados que estuvieran, no podían caer tan bajo.

Al día siguiente iría a visitar a su hermana. Petra siempre parecía tener soluciones para todo y quería mucho a Catalina.

Piedad le entregó a Marvin una carta que había llegado aquella misma mañana. Era de su padre avisándole de que en septiembre viajaría a Europa.

Hace mucho que no te vemos, hijo. Tu madre no me perdonaría que yendo a Europa no pasáramos unos días juntos. Te aviso con antelación, de manera que cuando recibas esta carta tendrás tiempo para

organizar, aunque sólo sea por unos días, el traslado a Londres. Creo que tu estancia en Madrid no tiene mucho sentido; lo pasado, pasado está. Tienes que mirar al futuro y de eso me gustaría que habláramos. Aunque nunca he comprendido tu afición por la poesía, tu madre y tu hermano me han convencido de que no debemos frustrar tu vocación, pero convendrás conmigo que lo mismo se puede ser poeta en Europa que en Nueva York, y aquí estamos nosotros, tu familia. Tu madre te echa mucho de menos y tu hermano Tommy también te añora.

He enviado una carta a nuestro embajador en Madrid para que te facilite los papeles necesarios para que puedas reunirte con nosotros en Londres sin ningún contratiempo. Ya he reservado habitaciones en el hotel Mayfair. Allí nos encontrarás a partir del 20 de septiembre.

Tu padre,

PAUL J. BRIAN

Marvin pensó que por fin había encontrado ante sí mismo la excusa para marcharse. No se engañaba. Llevaba semanas buscando un pretexto. Lo necesitaba para dejar Madrid.

Había regresado a España para intentar terminar su *Cuaderno de la Guerra Civil Española*, pero sobre todo para perdonarse y también comprobar que aquellos con los que había estado en el Frente le seguían considerando un igual y no le reprochaban que se hubiera marchado. Por eso, apenas acabada la Guerra Civil en España, había pedido a su padre que hiciera uso de su influencia para poder regresar al amparo de la embajada en Madrid. Su padre no había estado de acuerdo, pero una vez más su madre se había puesto de su lado. Si Marvin decía que quería volver, sus razones tendría, sólo había que asegurarse de que no le pasara nada y para eso movió todos los hilos hasta llegar a la Casa Blanca. En Estados Unidos no se era en balde propietario de una de las grandes fábricas de acero.

Tumbado sobre la cama, Marvin tuvo una punzada de nostalgia. No es que fuera a echar de menos aquella buhardilla donde apenas había espacio, pero sí que le costaría separarse de Eulogio. Era el mejor amigo que había tenido, el mejor y el más inesperado.

Eulogio le había visto llorar en el Frente temblando de miedo, y le había salvado la vida corriendo bajo las balas llevándole en brazos y nunca se lo había

recordado. Se había mostrado generoso compartiendo con él cuanto tenía, pero sobre todo regalándole su afecto y comprensión. Cuántas noches habían consumido hablando de todo lo sucedido, cuántas le había ayudado a intentar exorcizar los fantasmas que se empeñaban en habitar sus horas de sueño y sus días.

Lo que más había ayudado a cimentar su amistad era que ninguno de los dos era el mismo después de haber pasado por aquella guerra. Parte de sus cuerpos y de sus almas se habían quedado en el Frente de batalla.

Lamentó haber pasado el día vagando de un lado a otro observando asombrado cómo el nuevo Régimen estaba transformando la ciudad. No es que el paisaje urbano estuviera cambiando, era la gente la que no parecía la misma de cuando llegó a Madrid la primera vez poco antes de la guerra. ¿Dónde estaba aquella gente? ¿Dónde los republicanos, los comunistas, los socialistas, los anarquistas? También se preguntaba qué había sido de los azañistas, aquellos burgueses bien intencionados.

Madrid tenía miedo, o eso pensaba él. La gente huía cuando hacía la más mínima alusión a la política. Veía cómo el terror se reflejaba en los ojos de unos, la derrota en los ojos de otros, pero en lo que todos coincidían era en que era mejor no dar ninguna opinión, no decir una palabra que pudiera comprometerlos a oídos de los vencedores.

No había día sin detenciones, sin que alguien denunciara a un vecino por rojo; algunas denuncias eran sólo venganzas personales.

De manera que Marvin sólo podía hablar con Eulogio y con algunos amigos de su amigo. Pero aun así, ellos mismos bajaban la voz y miraban inquietos a su alrededor aunque la conversación transcurriera dentro de las paredes de los pisos.

En las calles había dos tipos de personas: los vencedores y los supervivientes.

Los que habían ganado la guerra llevaban la victoria reflejada en el rostro. Los hombres iban más erguidos, a Marvin le parecía que incluso desafiantes.

En cuanto a los perdedores como Eulogio, preferían fundirse con la multitud,

no llamar la atención de nadie. El nuevo Régimen buscaba a quienes hubieran participado en la guerra en el bando perdedor. No había compasión para ellos.

Le había oído decir a Piedad que Eulogio, apenas comenzó la guerra, se unió a los milicianos, pero como regresó pronto y tullido, los vecinos habían terminado por no hacerle caso. O eso creía ella.

Encendió un cigarrillo y aspiró el humo con fuerza. No le gustaba aquel tabaco áspero que en realidad ni siquiera era tabaco, pero se conformaba, aunque pensaba que debería hacerse con tabaco americano del que llegaba de contrabando. Creyó que cuando se marchase, a pesar de todo, echaría de menos Madrid. No sabía por qué, quizá porque era capaz de sentir esa corriente de resistencia agazapada, y eso tenía un efecto benéfico en su ánimo deprimido.

Unos golpes suaves en la puerta precedieron a Piedad.

—Se me había olvidado darte esta otra carta. La ha traído esta tarde Catalina Vilamar.

Piedad le miró con curiosidad e intentó leer en su rostro el efecto que pudiera causarle una carta de Catalina. Pero Marvin no hizo ningún gesto y tendió la mano con indiferencia, que no otra cosa sentía por lo que tuviera que ver con la joven. En realidad, solía sentirse abrumado por ella. Parecía inmune a lo que sucedía a su alrededor, como si se negara a participar de la desolación general. No es que la chica fuera insensible, pensaba Marvin, sólo que primaba en ella un instinto de supervivencia más fuerte que en otros. Catalina no estaba dispuesta a rendirse ante las circunstancias de aquella España derrotada y, a pesar de todo, había decidido apostar por la vida. Con ella no se podía contar para lamentos.

Abrió el sobre y leyó la carta que era la de una joven ingenua.

Mi querido Marvin:

Llevo más de una semana sin saber nada de ti y el tiempo se me hace eterno. Tenemos que vernos para hablar del viaje a París. Aún no le he contado a mis padres nuestros proyectos. Sé que mi madre nos comprenderá y nos dará su bendición, pero mi padre... pobrecillo, se llevará un gran disgusto. Él continúa insistiendo en que me haga novia de Antoñito. Pero ya le he dicho que prefiero meterme a

monja.

Sé que estás muy ocupado, pero intenta buscar un momento para que hablemos. Si te parece, podríamos encontrarnos como por casualidad, yo voy todas las mañanas a San Ginés a misa de nueve. ¡Por favor, no me hagas esperar más!

Tuya,

CATALINA VILAMAR

Tendría que verla. Tendría que decirle que él se iba a Londres y que no era el momento para ir a París y mucho menos que una chica emprendiera un viaje a Francia. Parecía ignorar que Europa estaba en guerra. Quizá algún día él pudiera enseñarle la ciudad, pero poco más, en ningún caso hacerse cargo de ella, algo que naturalmente los padres de Catalina no consentirían. Aunque ella le diera tantas muestras de aprecio, no dejaban de ser dos desconocidos. Unos meses atrás no sabían el uno de la existencia del otro; además, tampoco habían tenido tanto trato como para emprender un viaje juntos por más que ella soñara con conocer París. No, en ningún caso podía asumir esa responsabilidad. Hablaría con ella para que no se hiciera ilusiones. Si algún día Europa se calmaba y Catalina viajaba con sus padres a París, no tendría inconveniente en ser su guía, pero eso era difícil que sucediera, de manera que había que dejarlo pasar.

Cuando Eulogio llegó, Marvin aún dormía. El turno de su amigo terminaba a las ocho de la mañana y a esa hora regresaba caminando a su casa a pesar de que hacía calor.

Eulogio le solía despertar y compartían un cigarrillo y una taza de malta que Piedad les preparaba. A veces incluso tomaban café, cuando su hijo había conseguido algunos granos en el almacén.

Después del desayuno Marvin bajaba a casa de Fernando para disfrutar de una ducha helada. Pero aquella mañana, a pesar de que su amigo parecía un poco más cansado de lo habitual, tenía mucho que hablar con él.

—Mi padre estará en Londres en septiembre, de manera que me marcho, quiere que nos veamos y ya sabes lo mal que va la guerra, los alemanes están ganando... No sé, creo que cuanto antes me vaya, mejor —le explicó.

—Haces bien, ¿quién pudiera irse!

—Me gustaría poder invitarte a París, pero están los alemanes... En mi apartamento habría sitio de sobra para los dos... aunque quizá después de ver a mis padres vuelva a Francia...

—Sabes que no puedo irme, Marvin, por nada del mundo dejaría a mi madre. ¿Qué haría ella sin mí? Bastante ha sufrido perdiendo a mi padre.

A Marvin le sorprendía el sentimiento familiar tan arraigado en los españoles. Él se había marchado de su casa con diecisiete años sin pensar en el efecto que eso podía tener en sus padres, y si es que lo tuvo, nunca le dijeron nada. Era parte del modo de vida norteamericano: que los hijos buscaran su propio camino sin interferencias. En su caso, él podía haber optado por quedarse y algún día dirigir la acería de sus padres, sin duda a ellos les habría gustado, sobre todo a su madre, pero precisamente ella era quien más le había animado a que se convirtiera en poeta. Desde pequeño le estimulaba a escribir diciéndole que aquellos poemas infantiles eran realmente buenos.

Ahora la preocupación de su madre no era no verle, sino la guerra que asolaba en Europa desde que Hitler se había hecho con el poder. «Ese hombre ha provocado un desastre», solía escribir su madre en las cartas que le enviaba.

Alejó a su madre de sus pensamientos y volvió a la conversación con Eulogio.

—Bueno, pero si te decidieras, ya sabes que mi casa es tu casa.

—Lo sé, amigo, lo sé. ¿Sabes?, me alegro de que te vayas. No me mires con esa cara, no es que quiera que te marches, es que creo que es lo mejor para ti. Tienes que hacer como yo por más que te duela, aceptar que lo pasado no tiene remedio y que no tenemos otra opción que seguir adelante. ¿Piensas que me gusta tener que trabajar para el estraperlista? Si supieras cómo le odio... Pero ¿qué puedo hacer? Fui a la guerra, me destrozaron la pierna, mataron a mi padre... Sólo me queda mi madre y es por ella por lo que no me lío la manta a la cabeza y me voy a la sierra en busca de los valientes que aún creen que merece la pena luchar.

»Hemos perdido, Marvin, pero al menos que no nos arrebaten lo que nos

queda de vida. Por más que nos cueste, no podemos seguir preguntándonos qué hicimos mal y por qué nos pasó lo que nos pasó.

—No es tan fácil, Eulogio, al menos en mi caso.

—¡Me lo vas a decir a mí! Mira, si no fuera por mi madre... Dime, ¿has encontrado alguna respuesta en estos meses? ¿Acaso no ves en la gente la desesperación de los perdedores y el esfuerzo que tenemos que hacer para seguir viviendo? Y no me refiero al hambre, eso no es lo más importante, lo peor es saber que España está en manos de los fascistas y que ya no podemos hacer nada por impedirlo aunque decidiéramos seguir jugándonos la vida.

—Me estás diciendo que lo único que podemos hacer es dejarnos llevar por la corriente de la vida... —dijo Marvin con desolación.

—Sí, poeta, sí, por ahora no nos queda otra. Por eso tienes que irte, esto es un cementerio. Tú que puedes, vete. Aquí no están las respuestas a lo que te atormenta.

—¿Y dónde están?

—En tu cabeza, pero puede que no haya respuestas.

Piedad les preparó un poco más de malta y les llevó las tazas sin que ellos siquiera le prestaran atención, embebidos como estaban en la conversación; ambos sabían que se estaban despidiendo quizá para siempre.

A mediodía salieron a dar un paseo. De tanto hablar, a Eulogio se le había pasado el sueño. Caminaron hacia la Gran Vía, que ahora se llamaba Gran Vía del Generalísimo, y desde allí hacia la Puerta de Alcalá; después, ya de vuelta, se encontraron con Fernando.

Eulogio le anunció que Marvin se iba.

—¿Cuándo? —preguntó Fernando, ansioso de que fuera cuanto antes.

—Esta tarde me acercaré a la embajada y si no tengo que hacer mucho papeleo, en tres o cuatro días —respondió Marvin sin darse cuenta de la ansiedad de Fernando.

—Si te dejaron entrar, no veo por qué no te van a dejar salir —razonó

Eulogio.

—Además, tú llegaste a España antes de que comenzara la guerra, no tienen por qué saber que estabas con la República —añadió Fernando con ingenuidad.

—¡Quia, éstos lo saben todo! Pero no les interesa estar a mal con los norteamericanos. Sobre todo con un protegido del embajador. Ya sabes que la familia de Marvin es muy importante —intervino Eulogio.

—Sí, tengo que admitir que he contado con la protección de la embajada, si no... —Marvin se quedó en silencio.

—Si no, seguramente no te habrías atrevido a regresar —concluyó Fernando sin darse cuenta de que sus palabras herían profundamente a Marvin.

—Habría vuelto en cualquier caso —se defendió el americano.

—Más tonto habrías sido, ya sabes cómo se las gastan los franquistas con quienes no comulgan con ellos —insistió Fernando.

—¿Te despedirás de los amigos? —quiso saber Eulogio.

—Sí, de algunos al menos. Me pasaré por la casa de Juan y también iré a ver a Pedro y a su mujer, Chelo siempre ha sido muy amable conmigo.

—Podríamos reunirnos todos y tomar un vino —sugirió Eulogio.

—Si se quiere ir en tres días, no dará tiempo —afirmó Fernando, que no veía el momento de que Marvin dejara Madrid y se alejara de Catalina.

—También quiero despedirme de Catalina. Se disgustaría si me voy sin decirle nada.

—Pues la vas a hacer polvo. —Y Eulogio se arrepintió de lo que había dicho al ver la mueca de dolor en el rostro de Fernando.

—No... no lo creo... Sé que a ella le gustaría conocer París, pero es sólo el sueño de una chiquilla. Tiene tantas ganas de vivir...

—Ya... Bueno, pues ya veremos si te da tiempo de despedirte de todos —dijo Eulogio, intentando desviar la conversación.

Fernando se había quedado en silencio. No sabía que Catalina quisiera conocer París. Nunca se lo había dicho, pero si Marvin lo sabía era porque lo habían hablado. No podía engañarse. Catalina estaba enamorada de Marvin, ella

misma se lo había dicho. Además, él sabía lo que había pasado entre ellos aquella noche en la Pradera de San Isidro. Marvin se había propasado y Catalina se lo había consentido. No sabía hasta dónde habían llegado y en realidad no quería saberlo. Sintió un dolor agudo en la boca del estómago. Le sucedía siempre que pensaba que ella no le quería.

—Bueno, yo me voy a casa, hace mucho calor para estar en la calle —les dijo Fernando con brusquedad y, apretando el paso, alcanzó el portal con tanta rapidez que no les dio tiempo de seguirle.

—¿Qué le pasa? —preguntó Marvin extrañado.

Eulogio dudó si decirle la verdad. Sabía que lo que le pasaba a Fernando no era otra cosa que la desesperanza de ver que Catalina estaba colada por el americano. Al final optó por ser sincero.

—Verás, tú no tienes la culpa, pero hasta que Catalina no te conoció parecía que ella y Fernando terminarían casándose. Desde niños eran inseparables y en el barrio todos bromeaban con eso.

—Pero ¿yo qué tengo que ver? —preguntó el americano sin comprender lo que le quería decir Eulogio.

—No es que tú hayas hecho nada, al contrario, yo creo que ni te has fijado en ella, pero ella sí que se ha fijado en ti... Es evidente que se ha enamorado de ti, o al menos así lo cree ella, y eso a Fernando le está haciendo sufrir. En realidad, no sé cómo ha aceptado dejarte que te asees en su casa. Si no fuera por lo mucho que su madre y él necesitan el dinero...

Marvin miraba atónito a Eulogio como si no acabara de comprender lo que le estaba diciendo. Para él Catalina sólo era una persona más de las que había conocido en Madrid, ni se sentía atraído por ella ni se había dado cuenta de que ella pudiera sentirse atraída por él. Al decírselo Eulogio se sintió profundamente incómodo. Lo último que quería era que ninguna mujer se fijara en él. Bastante tenía con pelearse con sus fantasmas como para tener que esquivar a una chiquilla, que es lo que era Catalina.

—Lo siento —acertó a decir.

—¿Qué es lo que sientes? Estas cosas pasan. No creas que Fernando tiene nada contra ti, él sabe que no has sido tú quien ha dado el paso, que ha sido Catalina.

—¿El paso?, ¿qué paso? No..., no..., estáis equivocados... Entre Catalina y yo no hay nada, te lo aseguro.

—Yo te creo, amigo, pero todos nos hemos dado cuenta de cómo te mira y cómo te busca. La noche de la Pradera sólo hacía que merodear a tu alrededor y todos piensan que hubo algo más que palabras entre vosotros. Mira, no te preocupes, a Fernando ya se le pasará... Además, si te marchas, puede que ella se olvide de ti y vuelva a fijarse en él, aunque conociéndola... es muy cabezota y además le consienten mucho en su casa... como es hija única... Eso de que quiera ir a París...

—Me dijo que le gustaría conocer la ciudad, que siempre ha soñado con viajar, aunque parece ignorar que Francia ha sido ocupada por los alemanes. — Marvin hablaba más para sí que con Eulogio.

—Sí, claro que le gustaría conocer París, ¿y a quién no? Pero a ella especialmente, porque tú tienes casa allí; si le dijeras que te vas a Sebastopol, ya verías cómo se le pasaba la afición por París.

—Hablaré con Fernando... quiero que sepa que Catalina no me importa... Él me parece una gran persona, lo mismo que su madre... y con lo que está sufriendo al tener a su padre en la cárcel...

—Déjalo estar, Marvin. Dentro de unos días te irás y puede que entre ellos las cosas vuelvan a su cauce.

Isabel, la madre de Fernando, llegó unos minutos después de que lo hubiera hecho su hijo. Se acercó a él y le dio un beso que recibió con indiferencia. No estaba para arrullos maternos. La conversación con Marvin y Eulogio, además de inquietud, le había provocado malhumor.

—¿Te ha ido mal en el trabajo? —le preguntó su madre al darse cuenta de que no le correspondía con otro beso o un abrazo, como solía hacer.

—¿Es que alguna vez me va bien? Aquí nada va bien, madre, ¿o es que no lo sabes?

—A mí no me engañes, estás enfadado, tú sabrás por qué...

Fernando no respondió y se fue al cuarto de baño a refrescarse. El calor también contribuía a aumentar su irritación.

Al poco su madre le llamó para comer. Patatas con pimentón. Ése era el menú que más repetían y suerte que al menos tenían algo que les consolara el estómago. Si su padre no estuviera en la cárcel, aún podrían sentirse afortunados por el solo hecho de haber sobrevivido a la guerra y tener algo que llevar al plato.

Casi no hablaron. Su madre callaba cuando le veía de malhumor. Cuando terminaron, ella se puso a fregar los platos y él se dispuso a marcharse a la imprenta donde don Vicente le seguía enseñando el oficio.

En ocasiones Fernando pensaba que se llevaría un gran disgusto si llegado septiembre los nuevos amos de España no le permitían acceder a los estudios siendo su padre como era un represaliado por republicano y, además, estar encarcelado. Pero había aprendido a disfrutar del trabajo de impresor y de vez en cuando se permitía soñar que quizá algún día pudiera tener su propia imprenta.

—No vengas tarde —le dijo su madre a modo de despedida.

—Ya sabes que no —respondió él.

Se encontró con Marvin en la escalera. El americano le dijo que iba camino de la embajada y le propuso ir un trecho juntos, pero Fernando le dijo que no.

—Tengo prisa, Marvin, llego tarde.

—Ya... bueno... verás, yo... en fin, quiero decirte algo.

Marvin le sujetó del brazo obligándole a pararse.

—Quiero decirte algo y espero que me creas. Sé que Catalina y tú... en fin, que siempre habéis tenido una relación especial y que para ti ella es importante.

—¿Y a ti qué te importa lo que haya habido entre Catalina y yo? Métete en tus asuntos —espetó airado.

Pero Marvin no se amedrentó y le sujetó con más fuerza para obligarle a que

escuchara.

—Yo nunca me meto en los asuntos de los demás, Fernando, nunca, pero al parecer Catalina me ha metido en los vuestros. Sólo quiero que sepas que ella no me interesa y que aunque me hubiera interesado, jamás la habría mirado sabiendo que otro andaba con ella.

—¡Déjame en paz, Marvin! No quiero hablar de Catalina ni contigo ni con nadie. Además, eres tú el que tienes algo con ella, no yo.

—Pues me tendrás que escuchar porque no quiero tener cuentas pendientes con nadie. No me interesa Catalina y en realidad yo tampoco le intereso a ella. Creo que es una chiquilla soñadora y con la cabeza llena de pájaros, como decís aquí. Si es que se ha fijado en mí es porque yo he sido la novedad, pero estoy seguro de que en cuanto yo desaparezca las cosas volverán a su sitio. En cualquier caso, te doy mi palabra de que jamás, escúchalo bien, jamás me interpondría entre vosotros. Tenlo siempre presente, Fernando.

Marvin aflojó la presión sobre el brazo de Fernando, éste se soltó y, sin decirle nada, bajó las escaleras de tres en tres dejando al americano sin ninguna respuesta.

—¿Cómo que se ha ido? ¡Es imposible! No, no puede haberse ido... no puede hacerme esto —se lamentó Catalina, a punto de llorar.

—Anda, pasa y cálmate —le pidió Eulogio.

Eulogio había regresado a las nueve de la mañana a su casa después de trabajar toda la noche en el almacén. Estaba cansado y se acostó nada más llegar, pero no le dio tiempo a dormirse porque al poco escuchó el timbre y a su madre hablar con alguien que resultó ser Catalina. Se levantó y poniéndose sólo los pantalones salió a ver qué pasaba.

Piedad acababa de decirle que Marvin se había marchado hacía cuatro días y ella, incrédula, alzaba la voz negándose a aceptar lo que le decían.

Catalina no se movía del umbral de la puerta y Piedad le tendió la mano invitándola a entrar. Si seguía allí, se iba a enterar toda la vecindad.

—Siéntate, te daré un vaso de agua. Y tú, hijo, ponte una camisa —les ordenó Piedad.

—Tiene que haber un error —insistió Catalina mientras se sentaba.

—Ha tenido que irse antes de lo que quería. Al parecer, un miembro de la embajada de Estados Unidos tenía que viajar a Inglaterra y le invitó a hacer el viaje juntos. Marvin aceptó, para él era más seguro. Le hubiera gustado despedirse de toda la gente que conoce, pero no ha podido —le explicó Piedad.

—Pero tendría que habérmelo dicho. ¡No podía irse sin llevarme! —respondió Catalina sin poder contener las lágrimas.

—Ya te escribiré, no te preocupes —le dijo Eulogio, que ya había vuelto

vestido.

—Tengo que ir a París... tienes que darme su dirección... tengo que ir. —
Catalina no atendía a razones.

—París está tomado por el Ejército alemán. No es fácil viajar ahora tal y como están las cosas, y además, ¿quién te iba a poder acompañar en un viaje así? Tu padre no tiene buena salud, y tu madre... bueno, yo no creo que vaya a dejar a tu padre desasistido para irse contigo. Y otra cosa: Marvin no se ha ido a París sino a Londres, donde le están esperando sus padres —añadió Eulogio.

—¿No ha dejado una carta para mí? —preguntó Catalina esperanzada.

—No... no ha dejado nada. Se ha tenido que ir tan aprisa... —intervino Piedad, conmovida por las lágrimas de Catalina.

—Y ahora qué voy a hacer... —dijo ella.

—Pues esperar y dejar de comportarte como una niña —respondió Eulogio con severidad.

—Es que... Bueno, tú no lo sabes, pero Marvin y yo... me prometió que me llevaría a París, que cuidaría de mí, que él y yo...

—¿Sabes?, no creo que Marvin te prometiera nada excepto comportarse como un buen anfitrión si un día vas a París. Y para eso hace falta que termine la guerra. Los alemanes dominan media Francia, están en París. Pero eso ya lo sabes. Creo que te has hecho ilusiones falsas y no porque Marvin te haya dado pie. —Eulogio le hablaba sin miramientos.

—Pero, hijo, no digas las cosas así... —le interrumpió Piedad.

—Madre, sabes lo unidos que estamos Marvin y yo, de manera que sé que lo único que siente por Catalina es amistad, y no caben engaños —respondió Eulogio de malhumor.

—¡Tú no sabes nada! ¡Nada! Marvin y yo nos vamos a casar, ¡entérate! Y si se ha ido es porque ha sucedido algo que le ha obligado a hacerlo. Puede que su padre le haya apremiado para que viajara a Londres porque tenga algo importante que decirle. Sí, eso es, ha sucedido así —replicó Catalina, convencida de sus palabras.

—Piensa lo que quieras, allá tú —contestó Eulogio, encogiéndose de hombros.

Catalina se puso en pie y se dirigió a la puerta seguida por Piedad.

—Muchas gracias por su amabilidad...

—De nada, hija, y serénate, ya verás como todo se arregla —la consoló Piedad.

Cuando madre e hijo se quedaron a solas, Piedad le reprochó a Eulogio su brusquedad.

—No hacía falta que fueras tan duro con ella. Es una buena chica.

—Con la cabeza llena de pájaros. Oyéndola hablar parece que Marvin se hubiera comprometido con ella, y yo sé mejor que nadie que él no lo ha hecho.

—Puede que ella haya confundido la amabilidad de Marvin... —admitió Piedad.

—Sé que he sido desagradable, pero prefiero sacarla de su error.

—Pobre Fernando —se lamentó Piedad.

—Sí, él sigue enamorado de Catalina. Ojalá se le pase, se merece a alguien que le quiera —asintió Eulogio con cierto sentimiento de rabia.

Catalina caminaba deprisa sin hacer nada por domeñar las lágrimas. Se resistía a aceptar que Marvin se hubiera marchado sin decirle nada. Él no sólo la quería, sino que era un caballero, y después de lo que había pasado entre los dos en la Pradera de San Isidro no podía dejarla. Otro quizá sí, pero él no.

Se echó la culpa por no haber impedido su marcha. Ahora se daba cuenta de que tenía que haber pensado que el silencio de Marvin debía de tener una razón. Pero se habían encontrado un par de veces en la calle, e incluso un día pasearon un buen rato sin que él le advirtiera de que se iba a marchar tan pronto. Recordaba que unos días antes Marvin le había hablado de la carta de su padre, pero ni por un momento le dijo que se iría solo, sin llevarla.

Se paró en seco para dominar una arcada. Llevaba dos semanas con aquellos vómitos y esa sensación de malestar que la retenía por las mañanas más tiempo

del habitual en la cama.

Precisamente esa misma tarde tenía que ir al médico con su madre. Pero poco le importaba que le pudiera anunciar que padecía una enfermedad, incluso fantaseó con la idea, pensando que de esa manera Marvin no tendría otra opción que regresar. Desechó aquel pensamiento. No. Eso no estaría bien. No sería digno de ella, aunque, se dijo, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de hacerle volver.

Se cruzó por la calle con la mujer del estraperlista, pero no la saludó. Aquella mujer la irritaba tanto como su hijo. Antoñito se presentaba en su casa todas las tardes y allí se quedaba una hora. Su madre los vigilaba entrando y saliendo de la salita.

Antoñito y ella apenas hablaban. Él se tomaba una taza de café, del café con que los obsequiaba todas las semanas, e intercambiaban algunos comentarios intrascendentes. Ninguno de los dos se sentía a gusto en compañía del otro, aunque ella podía leer en los ojos de Antoñito el deseo de que pasara a ser de su propiedad. Se estremecía pensando en lo que él podía ser capaz de hacer. Le hablaba con tanto resentimiento, como si ella tuviera la culpa de haber nacido en una casa con posibles mientras que él no dejaba de ser el hijo de un tendero.

«Deberías ir preparándote para cuando estemos casados, en mi casa fregarás y cocinarás como lo hace mi madre», le advertía constantemente. «A mí no me gustan las zánganas; si crees que te vas a levantar de la cama después de las ocho, estás muy equivocada.» «No me mires con tanto descaro, las mujeres honradas no miran a los hombres, permanecen con la mirada baja.» «Tú no tienes opiniones, tú opinarás lo que yo te diga de cada cosa. Sólo faltaba.» Y así le iba dibujando cómo sería su vida el día en que se casaran.

En realidad a Catalina le daba lo mismo lo que dijera porque no pensaba casarse con él por más que su padre se hubiera empeñado en convertirla en esposa de Antoñito. Había consentido en admitir sus visitas para no contrariar a su padre, pero ya estaba harta y cualquier día le sacaría de su error, no pensaba casarse con el hijo del estraperlista.

Cuando llegó a su casa se fue a su habitación y se tumbó sobre la cama. Estaba mareada y las náuseas la agotaban.

Su madre y su padre entraron en el cuarto extrañados de que no hubiera ido a saludarlos.

—Pero, hija, ¿qué tienes? —preguntó su madre, poniéndole la mano sobre la frente.

—Esta niña tiene el estómago mal, a ver si esta tarde el doctor nos dice qué le sucede y le da algún remedio. Don Antonio quiere que la boda se celebre a finales de año, ya le he dicho que es un poco precipitado, pero, si ha de ser, será —dijo don Ernesto.

—Eso ahora no es importante, lo que tenemos que saber es qué le pasa a la niña, lleva un par de meses que no levanta cabeza. Mira qué mala cara tiene —añadió doña Asunción.

Catalina no se molestó en responder a ninguno de los dos. En realidad repetían siempre lo mismo.

—Mujer, mal aspecto no tiene, incluso está más gordita —indicó don Ernesto.

—Tú vete a lo tuyo, Ernesto, que yo me quedo con ella. Herviré unas hierbas de esas que me da mi hermana Petra.

Cuando se quedaron a solas, doña Asunción miró a su hija con más preocupación de la que quería admitir.

Por la tarde acudieron a la consulta de don Juan Segovia. Asunción y él se conocían casi desde niños puesto que sus padres habían sido amigos. Si hubiese sido por su marido habrían cambiado de médico, porque don Juan siempre había simpatizado con los azañistas y aunque no había participado en política tampoco se había librado de la guerra.

El médico examinó a Catalina, hizo unas cuantas preguntas y cuando terminó la exploración le ordenó sentarse.

—Bien, si no me equivoco, y creo que no me equivoco, lo que te pasa es que estás embarazada. ¿Tengo razón?

Doña Asunción dio un grito al tiempo que protestaba mirando al médico con aprensión.

—Pero ¡qué dices! Por Dios, Juan, cómo se te ocurre pensar que la niña está embarazada. Lo que le pasa es que todo lo que come le cae mal... Además, Catalina se casará a fin de año, no sé si lo sabes, pero se casa con Antoñito Sánchez.

—Ya, el hijo del estraperlista... Algo he oído, aunque me resistía a creerlo. Catalina con ese chico... no sé yo... Bueno, pero parece que ellos han adelantado algunas cosas que debían de haber dejado para después de la boda y esto ha tenido consecuencias.

—¡No, no, no! ¡Qué disparate! ¿Cómo se te ocurre insinuar que mi hija...?

—A ver, niña, ¿tengo o no tengo razón? —preguntó don Juan a Catalina.

Estaba noqueada. Cuanto decían don Juan y su madre eran palabras que le sonaban lejanas, como si no estuvieran allí, tan cerca, mirándola.

—¡Catalina, por Dios, habla! —la conminó su madre.

—Dale un respiro: le traeré un vaso de agua, es normal que esté asustada.

Don Juan salió del despacho y doña Asunción se puso en pie delante de su hija.

—No puede ser... dime que no... tú...

Catalina seguía sin responder y su madre le sacudió los hombros con fuerza intentando sacarla de su ensimismamiento.

Don Juan regresó con un vaso de agua que hizo beber a Catalina.

—Bien, lo mejor es que les cuentes a tus padres lo que ha pasado. Debes de estar embarazada de un par de meses como mucho. ¿Desde cuándo te falta el período?

Ambas mujeres se sonrojaron por la pregunta directa, pero él era médico y habiendo pasado una guerra no le impresionaba el embarazo de una jovencita que se había comportado de manera inadecuada.

Catalina tragó saliva mientras pensaba. Rechazaba la posibilidad que había sugerido don Juan, pero en algo tenía razón el médico: hacía un par de meses

que no sangraba.

—Mira, Catalina, si quieres que te ayude deberías decirme la verdad. Comprendo que no te lo esperabas, pero cuando uno hace ciertas cosas... en fin... esto suele pasar. Tú y Antoñito deberíais haber esperado a la boda, total sólo os quedan pocos meses, pero lo hecho, hecho está. Si no te quieres casar con mucha tripa, tendréis que adelantar el enlace como mucho a septiembre u octubre. Por fortuna, tú eres delgada y si no te da por comer mucho, cosa fácil hoy en día, lo mismo no se te notará el día de la boda.

—Pero, Juan, ¡no digas estas cosas! Catalina no... Catalina no... no está... no está...

—¡Está embarazada, Asunción! Sé que es un disgusto muy grande para ti y no quiero pensar en qué dirá tu marido, pero estas cosas pasan, han pasado antes, pasan ahora y pasarán en el futuro. Lo que hay que hacer es casarlos cuanto antes y asunto resuelto. De la salud de Catalina ya me encargaré yo.

—Hija, te lo ruego, ¡dile que se equivoca! —suplicó doña Asunción a Catalina.

El médico la miró con compasión y la joven comenzó a llorar con desesperación, así que él le hizo un gesto a doña Asunción para que no dijera nada y permitiera desahogarse a su hija. Al cabo de un rato, cuando parecía que a Catalina ya no le quedaban más lágrimas, el médico volvió a hablar:

—Lo mejor es que les cuentes todo a tus padres. Es normal que se disgusten, pero eres la niña de sus ojos y resolverán lo mejor para ti. En cuanto a Antoñito... tendrá que responder como un hombre haciéndose cargo de la situación.

—No ha sido él —murmuró Catalina.

—¿Cómo has dicho? —preguntó don Juan, creyendo que no la había entendido.

—No ha sido con Antoñito. —Y Catalina volvió a llorar.

Doña Asunción sufrió un vahído y el médico y Catalina tuvieron que prestarle atención. Mientras su hija la sostenía y abanicaba, don Juan fue a buscar otro

vaso de agua.

En un momento se cambiaron las tornas y era doña Asunción la que lloraba con desconsuelo, abrumada por lo que estaba viviendo.

Don Juan tardó un buen rato en lograr que madre e hija se serenaran lo suficiente para retomar la conversación.

—No es asunto mío preguntarte con quién has hecho lo que no debías hacer, pero cuanto antes se lo digas a tus padres, mejor. Supongo que será algún joven conocido y que se hará cargo de la situación, ¿o no? —quiso saber el médico.

—¡Fernando! ¡Ha sido Fernando! —gritó doña Asunción, que parecía haber tenido una revelación.

—¿Fernando Garzo? ¿El hijo del editor? —preguntó don Juan.

—No, no ha sido él... Ha sido... Marvin, sí, ha sido con Marvin.

Con voz entrecortada, Catalina le explicó a don Juan quién era Marvin, que se habían hecho novios sin decírselo a nadie y que una noche en la Pradera de San Isidro sucedió lo que sucedió, pero que él se había marchado a Londres sin despedirse de ella, aunque estaba segura de que en cuanto supiera lo sucedido regresaría para casarse.

—Pero tú tienes que casarte con Antoñito, ¡qué dirá tu padre! —gimió doña Asunción.

—Lo importante es que se case con el padre de su hijo, ¿no te parece, Asunción? Además, no creo que en estas circunstancias Antoñito vaya a hacerse cargo de lo que viene no siendo suyo...

Salieron de la consulta de don Juan apoyándose la una en la otra, porque a las dos les faltaban las fuerzas para caminar. Madre e hija estaban en estado de shock, incrédulas por lo que el médico les había desvelado sobre el estado de Catalina.

—Pero, hija, ¿cómo has podido...? —le preguntó doña Asunción llorando.

—Mamá, no lo sé... Fue la noche del cumpleaños de Antoñito, cuando nos invitó a la Pradera... Bebí vino y se me subió a la cabeza... No me di cuenta de lo que hacía, ni siquiera me acuerdo bien... Pero sí te digo que prefiero que haya

sido con Marvin. Le quiero a él. Antoñito me da asco. No pienso casarme con él diga lo que diga mi padre.

Doña Asunción apretó el brazo de su hija sin atreverse a decirle que era Antoñito el que ya no querría casarse con ella.

Sintió un escalofrío al pensar lo que sucedería si el americano no volvía, si se negaba a hacerse cargo de Catalina y el hijo que iban a tener. Era un extranjero y no tenían manera de presionarle para que cumpliera con su obligación. Temblaba al pensar en la reacción de su marido, al que sabía un hombre bueno pero apurado por las deudas. La boda se había convertido en una solución para resolver la difícil situación en la que estaban.

—No sé cómo se lo vamos a decir a tu padre. Le puede pasar algo del disgusto —se lamentó doña Asunción.

—Lo siento, mamá, no me perdonaré que a papá le pueda suceder algo por mi culpa, ¿qué puedo hacer? —preguntó Catalina con angustia.

—No lo sé, hija, no lo sé.

Madre e hija caminaron con paso lento, sabían que a partir de aquel momento sus vidas no volverían a ser las mismas.

A Catalina le costaba hacerse a la idea de que iba a ser madre. Se decía que quizá don Juan se había equivocado y se atrevió a preguntar a su madre si una mujer podía quedarse encinta por haber hecho «eso» sólo una vez.

—Sí, hija, sí, esa desgracia tenemos —respondió doña Asunción, atenazada por la preocupación.

Don Ernesto estaba en su despacho hablando con don Antonio. Catalina y su madre entraron a saludar y los dos hombres las miraron extrañados ante la evidencia de que habían llorado. Tenían los ojos enrojecidos y el rostro demacrado y no podían ocultar que algo les sucedía.

—Os veo cansadas. Anda, descansad un rato mientras yo termino de hablar con don Antonio —dijo don Ernesto.

—Sí... es que hace calor... ya se sabe que en Madrid el calor es insoportable

—respondió doña Asunción.

—Pues sí que les afecta el calor —murmuró don Antonio, sorprendido por el mal aspecto de las dos mujeres.

Una vez que el estraperlista se hubo marchado, don Ernesto llamó a su mujer para que le comentara cómo había ido la visita al médico. Doña Asunción se echó a llorar, incapaz de decirle la verdad.

—Pero bueno, ¿qué es lo que pasa? Asunción, si la niña tiene algo malo, dímelo... —dijo don Ernesto angustiado.

Pero su esposa no era capaz de responderle y se refugiaba en las lágrimas para no hacerlo, de manera que don Ernesto llamó a su hija. Habida cuenta de la reacción de su esposa, empezaba a pensar que Catalina tenía una enfermedad mortal.

Cuando lograron calmar a doña Asunción, don Ernesto, en un gesto poco común en él, se sentó junto a su hija y cogiendo su mano, como si intentara darle ánimo, insistió a su esposa para que se explicara.

Doña Asunción miró a su hija dudando qué hacer y Catalina, abrumada por el estado de su madre, decidió ser ella quien hablara. No supo de dónde sacó las fuerzas, pero sin miramientos le anunció a su padre la verdad.

—Estoy embarazada, don Juan dice que de dos meses. El niño no es de Antoñito, es de Marvin, el americano. —Lo dijo todo seguido mirando a su padre a los ojos y viendo cómo cambiaba su expresión. Primero de incredulidad y después de dolor hasta concluir en ira.

Don Ernesto se plantó delante de su hija dándole una bofetada que la hizo tambalearse. Catalina dio un paso atrás buscando mantener el equilibrio, pegándose a la pared mientras se llevaba los brazos a la cara al ver que su padre volvía a levantar la mano.

—¡Ernesto, por Dios Santo! ¡Déjala! ¡Te lo ruego, Ernesto! —gritó doña Asunción, intentando colocarse entre el marido y la hija.

Pero la rabia de don Ernesto era tal que empujó a su mujer y volvió a descargar la mano sobre el rostro de Catalina.

—¡Desgraciada! ¡Eres una cualquiera! ¡Cómo has podido hacernos esto!
¡Perdida! ¡Mujerzuela!

Catalina le escuchaba aterrada. Nunca había visto a su padre así. Él, siempre tan comedido, tan caballero, incapaz de decir una palabra más alta que otra, se había transformado en un ser irreconocible con el rostro enrojecido, los ojos saltones y la saliva escapándose por la comisura de los labios con cada insulto.

Aguantó como pudo los golpes de su padre hasta doblarse en dos y caer al suelo mientras su madre suplicaba que no le pegara más.

Doña Asunción se agachó intentando protegerla con su propio cuerpo porque el padre estaba dando patadas a Catalina.

—¡Te arrancaré a ese bastardo con mis propias manos! ¡No lo tendrás, por mis muertos que no lo tendrás! —continuó gritando don Ernesto.

Madre e hija recibieron algún golpe más hasta que el padre sintió un vahído y tuvo que agarrarse al respaldo de una silla.

Llorando, doña Asunción intentó levantar a Catalina del suelo.

—Hija, por favor, levántate... Por favor..., hija mía...

Catalina tenía un ojo hinchado y apenas veía por él, pero sintió que su padre se estaba recuperando del vahído y, haciendo un esfuerzo, se incorporó. Después, protegida por los brazos de su madre, se dejó llevar a su habitación. Una vez dentro, doña Asunción cerró la puerta con el pestillo y la ayudó a tumbarse sobre la cama.

—No te preocupes, mamá —murmuró Catalina, más preocupada por la desolación de su madre que por el dolor de los golpes recibidos.

—Iremos al médico para que te vea, no vaya a ser que... ¡Pobre hija mía! Perdona a tu padre... perdónale...

—¿Perdonarle? ¡Nunca, me oyes, nunca! —se atrevió a decir sin ocultar su rabia.

—Tienes que hacerlo, hija... Perdónale... Los hombres son así, para ellos la honra es lo más importante —le suplicó la mujer al tiempo que le pasaba por la frente un pañuelo empapado en colonia.

A Catalina le sangraba la nariz y, además del ojo inflamado, tenía otras rojeces por el cuerpo. Doña Asunción no había salido mejor librada, pero no se quejaba, su única preocupación era su hija.

—Quédate aquí tranquila. Iré a por agua y te traeré algo de comer. Cuando salga, echa el pestillo y no abras hasta que no vuelva.

—Madre, quédate conmigo... Padre es capaz de hacerte cualquier cosa... —respondió Catalina llena de temor.

—No me hará nada... es un buen hombre... Perdónale, hija, ha sido la impresión. Hay que dejar que se le pase... Ya verás como todo se arregla, tu padre te quiere, eres la niña de sus ojos...

Catalina no respondió. No reconocía en aquel ser furioso a su padre. Esperaba una reprimenda y un castigo, pero no aquella violencia que había empleado con las dos.

Cuando su madre salió de la habitación echó el pestillo. De repente sentía un temor profundo de su padre y pegó el oído a la puerta dispuesta a socorrer a su madre si la escuchaba gritar.

Pero no oyó nada y, rendida, se volvió a echar sobre la cama. Cerró los ojos e intentó no pensar, pero no lo lograba. Se decía que quizá había sido demasiado brusca al anunciarle a su padre que estaba embarazada, tendría que habérselo dicho de otra manera o haber dejado que fuera su madre quien se lo explicara esa noche cuando se retiraran a su habitación. Pero ya no había vuelta atrás. Lo peor es que tendría que volver a enfrentarse a su padre.

De repente se sobresaltó. ¿Y si no lograba ponerse en contacto con Marvin? No sabía dónde escribirle. Sólo Eulogio sabía su dirección y no se la daría a no ser que le dijera por qué era tan urgente comunicarse con él. Pero si le decía a Eulogio que esperaba un hijo de Marvin, no guardaría el secreto y tarde o temprano se enteraría todo el barrio y a ella le daría mucha vergüenza. La criticarían a sus espaldas, podía imaginar las cosas que dirían. No fue hasta ese momento cuando se dio cuenta de la gravedad del problema.

Se recostó de nuevo a esperar que regresara su madre y se pasó la mano por el

vientre. No sentía nada. ¿Era posible que dentro de ella estuviera el hijo de Marvin? «Un hijo», pensó por primera vez. Iba a tener un hijo que no deseaba tener. Inmediatamente se arrepintió de su propio pensamiento. Claro que quería tener hijos con Marvin, pero una vez casados y no de aquella manera. Pero ¿y él?, ¿se enfadaría al saber que iba a tener un hijo?, ¿pensaría que había sido una trampa de ella? No, no podía pensarlo, lo que pasó en la Pradera fue algo fortuito, y él lo sabía. Además, había sido Marvin quien no había sido capaz de contenerse, porque ella realmente no sabía lo que hacía a causa del efecto del vino que se le había subido a la cabeza anulando su voluntad.

Le dolía la espalda, allí donde su padre le había dado una patada, y tenía la visión nublada a causa del golpe en el ojo; también sentía que se le estaba moviendo un diente. No quería mirarse en el espejo, temía lo que pudiera ver.

Se quedó adormilada hasta que unos golpes suaves en la puerta la devolvieron a la realidad. Escuchó a su madre susurrar su nombre.

Abrió la puerta y doña Asunción entró con paso rápido. Llevaba una bandeja en la mano con un vaso de leche y un trozo de pan.

—No tengo hambre —advirtió Catalina.

—Tienes que comer, no tienes más remedio aunque sólo sea por él. —Y dirigió la mirada al vientre de su hija.

—Papá... ¿te ha dicho algo? —preguntó temerosa.

—Le he tenido que preparar una tila. Está muy nervioso, para él ha sido un golpe muy duro.

—No tengo la culpa de lo que ha pasado —se defendió Catalina.

—Bueno... ya da lo mismo, lo hecho, hecho está. Ahora tenemos todos que afrontarlo.

—Pero tú no estás tan enfadada conmigo. —Y en la mirada de Catalina había una súplica a su madre.

—¿Enfadada? No sé cómo estoy, hija... Aún no me he hecho a la idea de que estés... bueno, de que estés embarazada. No me ha dado tiempo a pensar, estoy... estoy sorprendida, nunca habría pensado que tú... Te he enseñado a ser

prudente con los chicos y sin embargo llega ese extranjero y te dejas seducir...

—¡Mamá, por favor, ayúdame!

—Claro, claro que lo haré, lo que no sé es cómo ni qué debemos hacer. En cuanto tu padre se tranquilice, hablaremos y tendremos que tomar decisiones. Pero de lo que no tengo dudas es de que el americano tiene que hacerse cargo de la situación. Si es necesario, iré yo misma a decírselo. Cuanto antes os caséis, mejor. Es una pena que no podamos organizar una boda decente.

—Mamá..., Marvin se ha ido. Eulogio me ha dicho que se ha ido a Londres y yo no tengo su dirección. Si Eulogio no me la da, no sabré dónde encontrarle...

—¿Cómo le has dejado marchar sin que te haya dicho adónde se iba?

—Se ha ido sin despedirse de mí. —Y Catalina se puso a llorar.

—¡Dios mío, qué catástrofe!

Doña Asunción se sentó en el borde de la cama retorciéndose las manos. El labio inferior le temblaba. Catalina buscó refugio en sus brazos y así estuvieron un buen rato.

—Esté donde esté, tenemos que encontrarle y que vuelva cuanto antes —sentenció doña Asunción.

—Eulogio sabe su dirección, pero no nos dará las señas de Marvin en Londres sin antes decirle por qué queremos encontrarle —insistió Catalina.

—¡Y a él qué le importa! Estaría bueno que tuviésemos que darle explicaciones. Mira, quizá te pueda echar una mano Fernando, ¿no es tan amigo de Eulogio?

—¿Y decir a Fernando que estoy... que estoy esperando un hijo de Marvin? No puedo, madre, no puedo hacerlo.

—No tienes por qué darle tanta explicación —respondió doña Asunción sin demasiada convicción.

Catalina volvió a llorar con desconsuelo. Empezaba a darse cuenta de que su vida había dejado de pertenecerle.

Su madre la obligó a tomar la leche con el pan y después la dejó sola. Ella también necesitaba recomponer sus pensamientos e hizo un esfuerzo por

contener las lágrimas mientras se dirigía a su habitación.

Su marido estaba sentado en una butaca junto al balcón, que permanecía abierto. Hacía mucho calor. La taza con la tila reposaba en una mesita cercana, doña Asunción suspiró con alivio al verla vacía. Se sentó en una silla.

—Tiene que abortar —susurró don Ernesto.

Doña Asunción dio un respingo asustada por lo que acababa de escuchar. No se atrevió a decir nada salvo mirar a su marido con aprensión.

—No voy a consentir que se case con ese americano. La he comprometido con Antoñito y con él se casará, pero antes tiene que desprenderse de lo que sea que lleve en el vientre. Buscaremos a alguien que resuelva el problema. En Madrid tiene que haber quien haga esas cosas. Naturalmente, nadie debe enterarse ni de que está preñada ni de lo otro. —Y pronunció estas últimas palabras como una advertencia a su mujer.

—No puede ser... no podemos... somos católicos... Además, Catalina no lo consentirá: está enamorada del americano, ella quiere casarse con él... ¡Por Dios, Ernesto, cómo se te puede ocurrir esa monstruosidad!

Don Ernesto dio un puñetazo sobre la mesita y la taza cayó haciéndose añicos.

—¿Es que tú también te has vuelto loca como tu hija? Estamos arruinados, ¿es que no te has dado cuenta? Le debo mucho dinero a don Antonio, sin ese dinero no podríamos ni comer. Don Antonio tiene el capricho de que su hijo se case con una señorita y la que más a mano tiene es Catalina.

—¡¿Y no te importa darle tu hija a ese patán?! —le reprochó su esposa.

—¡Pero en qué mundo vives, Asunción! La guerra arruinó el negocio de tu padre y ahora sólo tenemos deudas. Mi hermano no anda mucho mejor, intenta que las tierras vuelvan a dar algo, pero por ahora lo poco que saca es para vivir. Mira, no tenemos otra solución, Catalina está acostumbrada a que no le falte de nada y con Antoñito tendrá cuanto necesite.

—Pero ella no le quiere, le aborrece...

—¿Acaso nos queríamos nosotros cuando nos casamos? Nuestros padres acordaron nuestra boda porque era lo mejor para los dos, y aquí estamos, ¿nos ha

pasado algo? Tú has sido una esposa ejemplar y yo un marido fiel, ¿qué más se puede pedir?

—Pero no podemos obligarla... Además, el americano podría reclamar a su hijo...

—¿Qué hijo? No habrá ningún hijo, de eso me encargo yo. La niña abortará.

—¿De ninguna manera permitiré que mi hija cometa un pecado mortal! — Doña Asunción se puso en pie y miró a su marido con algo parecido a un desafío.

—¿Y no es pecado mortal cometer actos impuros? Irá al Infierno igualmente.

—¡Dios Santo, qué cosas dices! Mira, Ernesto, ahora debes descansar, mañana hablaremos de todo esto... Estamos nerviosos y no sabemos lo que decimos... ¡Que Dios nos perdone!

—Sí, que nos perdone, pero la niña abortará.

Catalina se había levantado al poco de amanecer. Se aseó rápidamente y salió de su casa sin hacer ruido decidida a ver a Eulogio en cuanto éste regresara del almacén. En la calle se encontró con Fernando, que se iba a trabajar.

—¿Qué haces en la calle a esta hora? —preguntó extrañado.

—Tengo que ver a Eulogio —respondió Catalina sin pensar.

—¿Tan temprano? Estará a punto de llegar, pero ¿por qué tienes que verle con tanta urgencia? ¡Qué te ha pasado! Tienes un ojo morado y también el brazo... ¿Te has caído?

Catalina guardó silencio mientras se mordía el labio inferior hasta sangrar.

—Oye, si no me lo quieres decir no me lo digas, a mí no me importan tus asuntos. Bueno, adiós. —Y Fernando le dio la espalda malhumorado.

—No te vayas... No es que no te lo quiera decir... es que... —Y rompió a llorar.

Fernando se quedó inmóvil, sorprendido. Nunca la había visto llorar, ni siquiera cuando era niña y se caía desollándose las rodillas.

—Pero ¿qué te pasa? —dijo echándole un brazo por los hombros.

Aquello aumentó el llanto de Catalina y Fernando se asustó.

—Mira, te acompaño a casa, no creo que en este estado debas andar por la calle. Y explícame lo que te pasa, que ya sabes que conmigo puedes contar para lo que sea.

—¿Lo que sea? —gimió ella.

—Sí, ya lo sabes —admitió él.

Ella aún dudaba. Necesitaba desahogarse con alguien y nadie mejor que su amigo de la infancia que sabía que le tenía devoción, pero sentía demasiada vergüenza para decirle que estaba embarazada.

Fernando se impacientaba, pero no quería dejarla sola y en aquel estado en la calle. Llegaría tarde a la obra y el capataz bien podía despedirle. Aun así, decidió que ella le importaba más que nadie en el mundo y que si perdía el trabajo por ayudarla no lo lamentaría. La quería de tal manera que estaba dispuesto a dar su vida por ella.

Catalina se arrebujó en sus brazos buscando consuelo y él no pudo evitar un desasosiego en todo el cuerpo.

—Anda, ven, nos sentaremos en un banco y me lo cuentas todo.

Caminaron los pocos metros que los separaban de la plaza de la Encarnación y se sentaron muy juntos en un banco. Él le cogió las manos y le sonrió.

—Te pase lo que te pase, yo te ayudaré a resolverlo.

—¿Me lo prometes? —preguntó ella con una súplica.

—Te lo juro.

—¡Eres tan bueno conmigo!

—Bueno, cuéntame qué te pasa.

—Pues que...

—Vamos, Catalina, si en alguien puedes confiar es en mí —le insistió él.

—Estoy embarazada. —Lo dijo en un susurro al tiempo que sorbía las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Fernando le soltó las manos y su mirada debió de reflejar mucho dolor y

desesperanza, además de indignación, porque Catalina en aquel mismo instante se arrepintió de haberse confiado a él. Durante unos segundos permanecieron quietos, mirándose sin verse, desesperados, incapaces de darse consuelo.

Por fin Fernando recuperó el dominio de sí mismo y, luchando contra la ira que sentía, le preguntó:

—¿Quién ha sido?

—Tú sabes quién ha sido... ¿Te acuerdas del día de la Pradera?

—Marvin.

—Sí.

Fernando cerró el puño y lo estrelló en el banco. Ni siquiera sintió dolor a pesar de que se le despellejaron los nudillos. Era tal la rabia que sentía que de haber tenido enfrente a Marvin, le habría molido a golpes.

—Cómo pudiste hacerlo... —se lamentó.

—Yo... no sé lo que pasó... ni siquiera lo recuerdo... Lo siento, Fernando, lo siento...

Y era sincera en el lamento. Miró con aprensión a Fernando, no podría soportar que él la juzgara mal y mucho menos que no quisiera saber de ella nunca más. En ese instante se dio cuenta de lo unidos que siempre habían estado. Ella sabía que él estaba enamorado y había dado por descontado que, hiciera lo que hiciese, contaría con ese amor total y generoso que en todo momento le había mostrado.

Se quedó muy quieta a su lado mientras Fernando, con la mirada perdida, intentaba controlar sus emociones.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él con la voz cansada, como si fuera la de un viejo.

—Pedir a Eulogio que me dé la dirección de Marvin. Le escribiré a Londres y a París, le diré lo que me ha pasado y... bueno, espero que él se haga cargo de la situación, que vuelva para casarnos.

Las palabras de Catalina le dolieron tanto como si se hubiera echado sal en un herida abierta.

—¿Estás segura de que volverá?

—Sí, no puede dejarme así...

—Ya... De manera que le contarás a Eulogio que estás embarazada...

—No tengo más remedio, él es el único que sabe dónde está Marvin. Me da vergüenza contarle cómo estoy y que se entere todo el mundo, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Podría pedírsela yo.

—¿Tú? ¿Y crees que te la daría?

—Eulogio es mi amigo, el mejor que tengo, y estoy seguro de que puede guardar un secreto, pero por si acaso será mejor que hasta que Marvin no vuelva no le digas a nadie que estás... que estás así...

Catalina bajó la cabeza avergonzada. Sabía que Fernando intentaba protegerla y eso aún la hizo sentirse más culpable.

Él le pasó la mano por la cara mirándola con tal intensidad que ella bajó los ojos al suelo.

—Mi padre me ha pegado —confesó en un hilo de voz.

—Estos morados, ¿te los ha hecho tu padre?

—Sí, se puso furioso, creí que iba a darle una apoplejía, nunca le había visto así, gritando... Ahora le tengo un poco de miedo.

—No dejaré que te pegue. Hablaré con él —le dijo Fernando, decidido a hacerlo.

—No, no... mejor que no aparezcas por casa, no sé de lo que sería capaz.

—Ni él tampoco sabe de lo que yo soy capaz si alguien te hace daño —respondió Fernando muy serio.

—¿Me ayudarás?

—Qué remedio. Ahora vete a casa, ya hablaré yo con Eulogio a mediodía.

Fernando pasó el resto de la mañana pensando en Catalina, apenas podía concentrarse en lo que estaba haciendo. Pascual, el capataz, le gritó un par de veces al verle distraído; su error fue darle un empujón al que Fernando

respondió con un puñetazo que dejó al hombre tirado en el suelo.

El resto de los obreros miraron a Fernando espantados. ¿Cómo se había atrevido el joven a golpear a un hombre mayor que además era el capataz de la obra? Le despedirían seguro; además, el empujón no había sido tan fuerte como para merecer un puñetazo.

El capataz se levantó, se limpió la sangre del labio y se encaró con Fernando.

—Estás despedido y te voy a denunciar. Los hijos de los rojos no merecéis compasión. Terminarás en la cárcel como tu padre, así os fusilarán a los dos.

Uno de los trabajadores sujetó a Fernando, que iba a responder con otro puñetazo.

—Vamos, chaval, no hagas más tonterías, coge tus cosas y márchate, no te compliques más la vida.

Fue lo que hizo. Se marchó sin una pizca de arrepentimiento. El capataz era una mala persona y tarde o temprano sabía que habría terminado propinándole un puñetazo.

Estuvo vagabundeando por la ciudad sin saber muy bien adónde ir. El jornal de la imprenta no les daba para vivir. Por primera vez no lamentó que su madre se hubiera puesto a trabajar en casa de don Luis. A mediodía, antes de pasar por su casa, subió por fin a la buhardilla de Eulogio. Le abrió la puerta Piedad.

—Mi hijo está todavía durmiendo, hoy ha llegado muy cansado. Le diré que has venido.

Cuando entró en su casa, su madre se dio cuenta de que algo le pasaba, pero no le preguntó.

Comieron patatas con un poco de pimentón y se repartieron una manzana que le había regalado doña Hortensia, la esposa del farmacéutico.

Su madre esperó a terminar el frugal almuerzo para preguntar qué le pasaba.

—Le he dado un puñetazo a Pascual y me ha despedido.

—Pero, hijo, ¡cómo se te ocurre pegar al capataz! Eso puede tener consecuencias para nosotros... Pero ¿qué te ha hecho?

—Me dio un empujón.

—Ya, ¿y ése es motivo suficiente para pegarle?

—Cada uno mide como quiere su dignidad y yo no voy a consentir que nadie me levante la mano por muy capataz que sea.

Isabel miró a su hijo y supo que la pelea con el capataz había sido consecuencia de algo más. Fernando no era violento, al contrario, de manera que algo más que un empujón es lo que había provocado esa reacción tan desmedida de su hijo.

—¿Y qué más? —le preguntó su madre.

—¿Qué más? No sé a qué te refieres.

—Qué más te ha pasado —insistió la madre con gesto serio.

—Nada.

—A mí no me engañas, Fernando. Me duele que no confíes en mí, pero no me mientas.

El gesto apesadumbrado de su madre le conmovió. No tenía derecho a echarle más pena sobre los hombros.

—No quiero engañarte, madre, tienes razón, hoy no he tenido un buen día.

Isabel se quedó en silencio esperando a que él continuara hablando.

—Madre, lo que voy a decirte tiene que quedar entre tú y yo.

—¿Acaso soy una chismosa?

—No, claro que no, pero es que no se trata de mí, sino de otra persona.

Fernando tragó saliva. Confiaba en su madre, pero aun así le costaba desvelarle la situación de Catalina. Isabel siempre se había mostrado amable con ella, pero él tenía la impresión de que no terminaban de simpatizar. Seguramente porque para ella no era un secreto que Catalina no estaba enamorada de él.

—Catalina está embarazada —dijo de pronto y miró de frente a su madre, expectante por su reacción.

—¿Quién es el padre? —preguntó Isabel a su hijo sin ninguna emoción en la voz.

—¿Crees que he sido yo?

—No, sé que no has sido tú.

La respuesta de su madre le molestó. En realidad le dolía que fuera tan evidente que para Catalina él no dejaba de ser su compañero de juegos de la infancia.

—Marvin —respondió—. Ha sido el americano.

—El americano... Sí, tenía que ser él —dijo sin un deje de asombro.

—Lo dices muy segura, ¿por qué tenía que ser él? Podría haber sido yo.

—¿Tú? Desde luego que no. Ella no te quiere como a ti te gustaría. Catalina es buena chica, pero ya sabes que es muy fantasiosa; es lógico que el americano la haya deslumbrado. Ahora bien, debería haber sido más lista y no hacer lo que no debía.

—Su padre le ha dado una paliza.

—Líbrenos Dios de la furia de los mansos. ¿Y su madre?

—Su madre intenta protegerla, pero quiere que escriba a Marvin contándole lo que sucede para que regrese de inmediato de Londres.

—No volverá —afirmó Isabel.

—¡Y tú qué sabes! Estoy seguro de que se ha ido sin conocer que Catalina estaba embarazada; no es mi amigo, pero le tengo por un hombre de bien y sé que se hará cargo de la situación.

—Hijo, no digo que el americano sea mala persona, pero está en su propio laberinto. Por lo que me has contado y lo poco que he hablado con él, regresó a España a perdonarse a sí mismo y me parece a mí que se ha ido como vino. No le veo capaz de preocuparse por nada que no sea su propia angustia. Puede que me equivoque, ojalá, por el bien de Catalina.

—No soporto verla tan desamparada.

—Algún día tendrás que aceptar que Catalina no es para ti. Nunca te querrá como mereces, como necesitas. Te aprecia, de eso estoy segura, pero no te ve como el hombre que eres. ¿Te ha pedido ayuda?

—Me he ofrecido yo a pedirle a Eulogio la dirección de Marvin. Si ella se la pidiese, tendría que decirle por qué.

—¿Y cuál será la excusa que le vas a dar a Eulogio?

—No sé, quizá que se ha dejado unos libros y unos papeles y que a lo mejor quiere que se los envíe... ¡Qué sé yo!

—Sí, esa excusa puede estar bien, es creíble.

—Madre, ¿por qué eres tan dura?

—¿Dura? No, no lo soy, sólo que el problema de Catalina es fruto de su estupidez y atolondramiento. Yo no dejo de llorar, hijo, lo hago por lo que tu padre sufre en la cárcel, por la incertidumbre de no saber si nos lo devolverán... Lloro por todas esas mujeres y esos hijos y esos hermanos que como nosotros aguardan a que se abra la puerta de la cárcel para dejarnos ver brevemente a los nuestros. Lloro también por lo que Franco y los suyos están haciendo con nuestro país. Pero no me pidas que llore porque una chica tonta se ha dejado seducir.

—¿Qué tienes contra ella?

—Es buena chica, pero egoísta y coqueta. Sabe que la quieres y cómo la quieres y te da carrete sólo para tenerte atado a ella; le resulta muy cómodo saber que eres incondicional, sin importarles lo que tú puedas sufrir precisamente porque la quieres —sentenció Isabel.

Fernando no respondió. Sabía que su madre tenía razón, pero aun así estaba dispuesto a seguir haciendo, a cambio de nada, de caballero andante de Catalina.

Eulogio le garabateó en un papel la dirección de Marvin en París.

—Pero no está allí, ya te he dicho que se ha ido a Londres para reunirse con sus padres que viajan a Europa con la intención de convencerle para que vuelva a Nueva York. Desconozco dónde se aloja en Londres. Pero si quieres enviarle esos libros a París... Claro que lo más seguro es que no le lleguen nunca. Además, si te dejó unos libros y se ha marchado sin reclamártelos a lo mejor es que no eran importantes para él. Aunque con Marvin nunca se sabe... No está bien; como buen poeta, es inestable.

Con la dirección en el bolsillo, Fernando respiró aliviado por haber cumplido

la misión a la que él mismo se había comprometido con Catalina. Tenía que ayudarla, se dijo, aunque eso significaba perderla para siempre. Pero ni él mismo soportaría verla sufrir por estar embarazada y el estigma que eso le supondría.

Por la tarde, ya en la imprenta, don Vicente le preguntó qué le preocupaba.

—Te veo ausente, ¿hay noticias de tu padre?

—Mañana tenemos cita con el abogado. Ojalá nos dé buenas noticias.

Y a continuación le contó al bueno de don Vicente que le habían despedido de la obra y el porqué.

—Pues sí que tienes malas pulgas... darle un puñetazo al jefe... En fin, tendré cuidado, no vaya a llevarme yo también alguna *galleta* si te contrarío —le respondió con una sonrisa.

—Usted no es como Pascual, que además de fascista es mala persona. No pienso consentir a nadie que insulte a mi padre —replicó Fernando.

—Pero tienes que contenerte. La manera de resolver los problemas no es a puñetazos. Tu padre te habría dicho lo mismo que te estoy diciendo yo. Y ten cuidado con lo que dices, que hay *oídos* por todas partes, pero don Víctor es buena persona y aunque es de los que han ganado la guerra, ya sabes lo mucho que aprecia a tu padre. Aquí editábamos y seguimos editando algunos de los libros de Editorial Clásica donde trabajaba don Lorenzo antes de la guerra.

—Lo sé, don Vicente. Mi padre también le aprecia mucho a usted y está muy agradecido a don Víctor por haberme dado trabajo.

—Ya te he dicho que don Víctor es un buen hombre, de los que ayudan a todo el mundo sin mirar si son *azules* o *rojos*. Y deja de llamarme «don Vicente», que aunque sea el encargado de la imprenta sólo soy un tipógrafo y a mucha honra.

—Es por respeto...

—Sé que me respetas, yo no te consentiría lo contrario. Pero llámame por mi nombre.

—De acuerdo, don Vicente.

—Pero ¡qué te acabo de decir! —El tipógrafo reía por la cara de estupor de Fernando.

—Sí... sí...

—Mira, haremos una cosa, vendrás a hacer alguna hora por la mañana, y le pediré a don Víctor que te pague algo más...

—¿Cree usted que querrá?

—Por pedírselo no perdemos nada. ¿Sabes?, quizá no te venga mal haber dejado la obra. Eso no era para ti, aunque hoy en día hay que trabajar en lo que se puede, no en lo que se quiere, y además contentos porque no están las cosas para elegir.

—Gracias, don Vicente.

—¡Pero será posible! Vicente, llámame Vicente, que no es tan difícil mi nombre.

Al día siguiente cuando Fernando llegó a la imprenta el bueno de Vicente le hizo un gesto para que pasara al despacho de don Víctor.

Fernando se puso nervioso. Don Víctor siempre había sido amable con él, pero le imponía respeto. Llamó a la puerta y aguardó a que le mandara pasar.

—Adelante, chaval... Siéntate.

—Gracias, don Víctor.

—Me ha dicho Vicente que te vendría bien trabajar aquí unas cuantas horas más.

—Sí... sí que me vendría bien.

—¿Qué te ha pasado en la obra?

—Bueno... he tenido un problema con el capataz.

—¿Qué clase de problema? —Don Víctor le observaba con atención y parecía poder leer sus pensamientos.

—No le voy a engañar, tuvimos una discusión y yo... bueno, le di un puñetazo... Sé que no está bien, pero ese hombre faltó a mi padre.

—Ya..., te comprendo. Yo tampoco hubiera consentido que nadie faltara al mío. Pero no tomes por costumbre ir dando puñetazos por ahí. Tu padre,

Fernando, es todo un caballero, un hombre culto y cabal. Siempre le he tenido aprecio a pesar de nuestras diferencias políticas. Un buen editor tu padre, de los mejores. Todavía recuerdo nuestras conversaciones. Le gustaba traer personalmente algunos de los textos de los libros. Me solía decir: «Víctor, a éste trátamelo bien, que es muy especial». Sus preferidos solían ser libros de poesía y de historia.

—Gracias, don Víctor. —Fernando se sentía tan aliviado como sorprendido por la reacción de aquel hombre.

—No me des las gracias. Esta guerra... En fin, deberíamos haberla evitado.

—Usted la ha ganado —se atrevió a responder Fernando.

—¿Ganado? Sí, un bando ha vencido a otro, pero ¿ahora qué? ¿Sabremos volver a mirarnos los unos a los otros sin odio ni rencor? ¿Seremos capaces de superar lo que hemos hecho? Yo... bueno, a mí no me gustaban las izquierdas revolucionarias, no creo que tuvieran la solución para los problemas de España; es más, creo que los estaban agravando. De eso discutía con tu padre. Yo soy católico y una persona de orden, nada más. Pero bueno, no tengo por qué darte explicaciones. Cuéntame cómo sigue tu padre...

—Sufriendo, don Víctor. No se queja, pero cada día está más delgado. Ocupa una celda de pocos metros con otros treinta hombres. Están apretados como en una lata de sardinas. La comida es bazofia. Pero él no desespera.

—Iré a verle esta misma semana. ¿Sigue en las Comendadoras?

—Sí, allí le tienen.

—Pues me acercaré a llevarle algún libro, espero que le permitan leer. Y... bueno, no te prometo nada, pero hablaré con algunos conocidos para ver si se puede hacer algo.

—Si usted pudiera... ¡se lo agradecería eternamente! Aún no comprendemos por qué le han condenado a muerte. Nuestra única esperanza es que le conmuten la sentencia.

—Veré qué puedo hacer. Y ahora habla con Vicente, él te dirá el nuevo horario y lo que tienes que hacer.

—Gracias, don Víctor.

—De nada, hombre.

Cuando salió de la imprenta pasaban de las nueve, pero la luz aún bañaba la tarde. Se dirigió hacia su casa con la esperanza de encontrarse a Catalina, al fin y al cabo vivía dos portales más allá del suyo por lo que no era difícil que pudieran coincidir. Pero a quien vio fue a Antoñito acompañando a «la Mari», que acababan de echar el cierre a la tienda de ultramarinos. Se saludaron sin siquiera pararse. También se cruzó con Piedad y con dos chicos del barrio con los que había compartido aula en el instituto.

El ir y venir calle arriba calle abajo terminaría llamando la atención porque los porteros de las casas le conocían e intentaban darle charla.

—¿Qué?, ¿no te animas a subir a tu casa y prefieres tomar la fresca? —le dijo Pepita, la portera, una mujer entrada en carnes pese al hambre que ella, como tantos otros españoles, pasaba.

—Es que hace mucho calor y, además, tengo ganas de estirar las piernas... —se disculpó él.

—Tu madre ha llegado hace un rato.

—Sí... claro... Bueno, ahora subiré...

Le fastidiaba tener que explicarse con la portera. No es que fuera una mala mujer, a Pepita la conocía desde niño, pero siempre estaba ojo avizor sobre las idas y venidas de los vecinos. Mientras Madrid fue republicano ella parecía afín a la República, pero en cuanto entró Franco se avino sin problemas a la nueva situación, incluso parecía más conforme que antes.

Decidió subir a su casa. Isabel estaba zurciendo su mejor camisa, una de color blanco, que era la que se ponía para ir a ver al abogado, como debía hacer al día siguiente.

—¡Hola, madre!

—¿Estás mejor? —preguntó preocupada.

—Sí... Además, he hablado con don Víctor. Don Vicente me ha recomendado para que me den trabajo por la mañana, el salario no será mucho, pero algo es

algo hasta que encuentre otra cosa.

También comentó que don Víctor se había ofrecido para interesarse por su padre. Isabel se mostró esperanzada.

—Ojalá pueda hacerlo. Sé que tiene un cuñado militar. Tu padre y él siempre se llevaron bien a pesar de sus diferencias.

—No parece mala persona. Al fin y al cabo me dio trabajo porque don Vicente le explicó nuestra situación.

—Sí, te dio trabajo por ser hijo de tu padre. Mañana por la tarde tenemos que ir al abogado —le recordó.

—Lo sé, madre, y espero que nos dé una buena noticia y tengamos pronto a padre en casa.

El timbre sonó y Fernando fue a abrir la puerta. Era Eulogio, que quería fumarse un cigarro con él antes de irse al almacén.

Eulogio sabía que Fernando no podía gastar ni un céntimo comprando tabaco, él tampoco, pero en ocasiones don Antonio le daba unos cuantos cigarrillos, y cuando no era así, ya se encargaba él de quitarle alguno.

—¿Hace un pitillo?

—Claro que sí, pasa.

Charlaron un rato de todo y de nada. Luego Eulogio se despidió para ir a trabajar.

A esa hora, poco antes de la cena, en casa de los Vilamar no reinaba la misma armonía.

Don Ernesto acababa de llegar a su casa después de haber pasado buena parte del día fuera sin que doña Asunción ni su hija supieran dónde había estado. Cuando le oyeron girar la llave de la puerta, Catalina corrió a encerrarse en su habitación y su madre se preparó para afrontar la ira de su marido.

—Dile a la niña que venga al despacho —le dijo sin siquiera saludarla.

Doña Asunción no se atrevió a preguntarle nada y fue en busca de Catalina.

—Pero yo no quiero verle, ¿y si me vuelve a pegar? —preguntó temerosa.

—Hija, tienes que venir, si no puede ser peor —le pidió su madre.

Ambas mujeres entraron muy juntas en el despacho de don Ernesto. Él se había sentado tras la mesa de roble macizo que había heredado de su padre, y éste del suyo, y así unas cuantas generaciones atrás.

Don Ernesto les hizo una seña indicándoles que se sentaran en los sillones fraileros colocados delante de la mesa. Lo hicieron sin rechistar.

—Un amigo me ha hablado de una mujer que ayuda a deshacerse de hijos bastardos. Vive en la Corredera. Iréis a verla mañana mismo. Cobra cien pesetas. Aquí las tengo.

—Pero, Ernesto, eso es un pecado mortal, condenarás a nuestra hija —gimió doña Asunción.

—No me importa su alma. Es ella quien la ha puesto en peligro, no yo. El problema lo tenemos ahora, lo que tenga que pasar en el Más Allá, será.

»No podemos afrontar la vergüenza ni las consecuencias del embarazo. Antoñito no se querría casar con ella, y en cuanto a don Antonio... No, no nos lo podemos permitir.

—No lo comprendo, tú eres católico, ¿te atreverás a confesarte con don Bernardo y decirle que has obligado a abortar a tu hija? Yo me moriría de la vergüenza y también tendría que hacerlo. En cuanto a Catalina, cuando muera irá derecha al Infierno.

—¡Pues que vaya! —gritó don Ernesto, dando un puñetazo sobre la mesa. Su rostro se enrojeció y le empezó a latir una vena en la sien con tanta intensidad que se llevó las manos a la cabeza.

Doña Asunción se calló asustada y Catalina, lívida, apenas se atrevió a respirar. Cuando don Ernesto se recuperó del dolor intenso que había sentido en la frente, las miró con tanta ira que se asustaron aún más.

—Si te da vergüenza confesarte con don Bernardo, busca a otro cura para hacerlo, y si Catalina va al Infierno, como irá, poco me importa, allí es donde debe estar para purgar lo que ha hecho. No consentiré que acabe con nosotros. Hemos sobrevivido a la guerra en esta ciudad rodeados de rojos, temiendo cada

día que nos vinieran a buscar para fusilarnos esos desgraciados del Frente Popular, y ahora no será esta perdida la que nos lleve definitivamente a la ruina.

—Pero, Ernesto...

—¡Cállate! Tu deber es obedecer. Irás con ella mañana a casa de esa mujer y cuando regreséis, asunto terminado.

—¿Es que no te das cuenta del peligro? Muchas chicas mueren cuando les hacen eso...

—La prefiero muerta que deshonrada —afirmó con rabia don Ernesto.

—¡Dios Santo, qué cosas dices!

—No me discutas más, Asunción, o terminaremos mal.

Su esposa bajó la cabeza mientras dejaba escapar las lágrimas que había contenido hasta ese momento. Catalina apretó la mano de su madre agradeciéndole sin palabras que la hubiera defendido enfrentándose a su padre. Tragó saliva y cerrando los ojos comenzó a hablar:

—No voy a ir al Infierno ni por ti ni por nadie. He cometido un pecado mortal, es verdad, pero Dios me lo puede perdonar, lo que no me perdonará es que mate. Puedes pegarme cuanto quieras, padre, pero no iré a casa de esa mujer; tendré mi hijo y, si Dios quiere, me casaré con Marvin. Mañana a más tardar tendré su dirección y le escribiré. Estoy segura de que responderá porque sé que me quiere tanto como yo a él. Eso es lo que haré y si mientras tanto prefieres que no esté aquí para que no me vea nadie, pues me iré. —Lo dijo todo seguido, controlando el miedo que atenazaba su estómago.

Su padre se puso en pie y antes de que se diera cuenta le dio una bofetada que la hizo caer al suelo. Doña Asunción se agachó para proteger a su hija con su propio cuerpo, de manera que recibió en el costado otro golpe que iba dirigido a Catalina.

—¡Zorra! ¡Eres una zorra! ¡Y aún te atreves a decir que me vas a desobedecer! ¡Si es necesario, te mataré a palos, pero ese bastardo no nacerá! ¡Te lo juro por mis muertos!

Esta vez Catalina no lloró. Se tragó las lágrimas y con ayuda de su madre se

incorporó. Una vez en pie, se acercó a su padre y le miró con tanto odio como él la miraba a ella. Contuvo sus propios deseos de abofetearle, de darle una patada, incluso de escupirle. Sin embargo, se conformó con quedarse muy quieta dispuesta a encajar cuantos golpes quisiera darle.

Pero su madre se interpuso entre los dos y tiró de su brazo llevándola a la puerta antes de que don Ernesto volviera a pegarle.

—Vete a tu cuarto, hija, ahora iré yo. Tengo que hablar con tu padre.

Cuando se quedaron a solas, don Ernesto volvió a sentarse detrás de la mesa y ella lo hizo en el sillón frailer.

—Ernesto, no consentiré que continúes pegándole. Es nuestra hija, nuestra única hija, la sangre de nuestra sangre por más que haya cometido un error. No es la primera mujer que tiene un contratiempo, ni será la última —le dijo mientras sentía el escozor del golpe que su marido le había propinado cuando protegía con su cuerpo a Catalina.

—¿Contratiempo? —gritó su marido—. ¿Le llamas contratiempo a dejarse preñar?

—Sé que Catalina ha hecho mal, pero a su pecado no debemos añadir un pecado mayor. No permitiré que la condenes al Infierno.

—¿Que no lo permitirás? ¿Tú no lo permitirás? Pero ¡cómo te atreves! —Y don Ernesto se levantó de su asiento gritando con los ojos inyectados en sangre.

Doña Asunción miró a su marido temiendo que le fuera a pegar. Aquel hombre taciturno y enfermizo, un pazguato, se había transformado en alguien distinto al que le costaba reconocer.

—Esta tarde hemos ido a ver a mi hermana Petra. Le hemos contado lo que nos pasa y nos ha dado una solución —respondió a su marido con voz temblona.

—¡Cómo te atreves a contárselo a tu hermana! Ahora lo sabrá todo el mundo —volvió a gritar él.

—Sabes que Petra es discreta, pero además es mi hermana y quiere a Catalina como a una hija porque es su única sobrina. A veces desde fuera se ven las cosas con más claridad —se disculpó.

—¿Y qué es eso que te ha aconsejado la lista de tu hermana? —preguntó don Ernesto con desprecio.

—Que en cuanto Catalina engorde un poco, se vaya a su casa si es que para ese entonces no ha venido el americano. Si ese Marvin llega a tiempo, se casan en una ceremonia discreta y ya está, no será la primera ni la última mujer que se case embarazada. Pero si no viniera... bueno, Catalina pasará el embarazo en su casa y allí tendrá a la criatura y luego... será doloroso, pero Petra la llevará al hospicio. De esta manera Catalina podrá retornar a su vida como si nada. Sólo tendrás que aplazar la boda con Antoñito. Decirle a don Antonio que la enviemos fuera porque no está bien de salud o porque es mi hermana la que tiene algún padecimiento y la tiene que cuidar. Lo que mejor te parezca. Si Marvin viene, se rompe el compromiso y si no viene, es cuestión de esperar.

—Y... bueno, ¿quién la asistirá en el parto? No creo que ni Petra ni tú estéis capacitadas para hacer de comadronas.

—Iré a ver a Juan Segovia, puede que él conozca a alguna mujer que pueda ayudar cuando llegue el momento; al fin y al cabo, es nuestro médico y conoce a Catalina desde pequeña y ha sido él quien se ha dado cuenta de que está embarazada.

Don Ernesto se quedó pensativo. Nunca había considerado demasiado a su mujer, a la que no creía con muchas luces, pero en esa ocasión tanto ella como su hermana Petra podían haber dado con la solución. A él tampoco le satisfacía ayudar a cometer un crimen con esa criatura que estaba por nacer. Era un buen católico y sabía que algún día Dios le pediría cuentas. Claro que para eso faltaba tiempo. El problema en aquel momento no era otro que convencer a don Antonio. Era un bruto acostumbrado a que todos hicieran su voluntad, y más cuando se le debía dinero, y él le debía más del que nunca podría devolver.

Su mujer aguardaba expectante, rezando mentalmente para que consintiera.

—¿De cuántos meses está? —preguntó esta vez sin gritar.

—Casi de tres...

—O sea que en nada se le empezará a notar.

—Sí, en un mes más.

—Estamos en agosto, de manera que el bastardo vendrá al mundo allá por febrero.

—Así es.

—Don Antonio no querrá esperar tanto...

—Le daremos largas. Catalina puede escribir a Antoñito mientras tanto, así le tendrá entretenido.

—Sea. Pero hasta que se vaya no quiero que salga de casa salvo para ir a misa. Y cuando esté con tu hermana Petra hará lo mismo.

—No te preocupes; además, dejaremos en el hospicio un ajuar para el bebé, de manera que tenemos mucho que coser.

—¿Catalina ha consentido?

—Al principio no, ha llorado y se ha resistido, pero mi hermana la ha convencido de que es lo mejor. Además, es una solución en caso de que el americano no venga, aunque yo espero que lo haga.

Su marido permaneció en silencio mientras golpeaba con los dedos suavemente la superficie de la mesa. Doña Asunción volvió a encomendarse a Dios, no fuera que su esposo cambiara de opinión.

Pero don Ernesto, aunque obcecado, era un buen católico y la solución de su cuñada Petra le empezaba a parecer más acertada que la suya.

—¿Cómo ha podido hacernos esto? —preguntó a su mujer ahora ya con voz calmada.

—Es sólo una niña atolondrada. En realidad no recuerda muy bien lo que pasó. Fue el día del cumpleaños de Antoñito. Y fuiste tú quien consintió que fuera con él y con los jóvenes del barrio a la Pradera. Acuérdate que a mí no me parecía bien. —Con estas palabras doña Asunción se reivindicaba a sí misma.

—¿Y cómo iba a negarme? Don Antonio insistió en que Catalina asistiera al cumpleaños de su hijo.

—¡Menudo cumpleaños! Uno celebra el cumpleaños en casa y no en una pradera con unas cuantas botellas de vino. Pero claro, no se puede esperar nada

de esa gente —afirmó con desprecio doña Asunción.

—A la Pradera de San Isidro suele ir la gente a pasar la tarde del domingo. No veo qué había de malo en que fuera la niña.

—Mira, Ernesto, tú sabes que nuestra Catalina es muy inocente y ella no está acostumbrada a beber, y al parecer Antoñito le insistió para que bebiera de la bota. ¡Imagínate! Eso lo hacen las chicas de otros barrios, pero ella...

—Don Antonio me dio su palabra de que su hijo cuidaría de ella —se defendió don Ernesto.

—Pues no lo hizo.

—Al menos, puesta a pecar, la descarada podría haberlo hecho con Antoñito —masculló don Ernesto.

—¡Que Dios te perdone! ¿Cómo puedes decir semejante barbaridad?

—No sé si Dios me perdonará, pero lo que sí sé es que don Antonio no me perdonará ni una sola peseta de las muchas que le debo.

—¡Qué bajo hemos caído! —exclamó doña Asunción, y no pudo evitar una mirada de decepción.

Al día siguiente, Fernando y su madre llegaron al despacho de Alberto García media hora antes de la cita prevista. No era un mal hombre, aunque sospechaban que se aprovechaba de la desesperación de quienes como ellos intentaban sacar a sus familiares de las cárceles. Y había tantos presos que el negocio era redondo. Las más de las veces no se conseguía nada, pero las familias pagaban, empeñando y vendiendo cuanto tenían.

De nuevo, el abogado les dio largas. El caso de Lorenzo Garzo estaba siendo estudiado, debían tener paciencia y esperanza. Eso sí, volvió a insistirles en que era más que necesaria una carta del cura de la parroquia garantizando que don Lorenzo siempre había sido un buen católico.

Fernando bajó la cabeza y fue su madre la que encaró la situación.

—Mi esposo siempre ha sido un hombre de bien, querido y respetado por

cuantos le conocen. Un hombre intachable. Sólo era editor de libros. ¿Acaso es un delito? —alegó Isabel.

—Yo no lo dudo, señora, pero no es a mí a quien hay que convencer. En el expediente de su marido sigue faltando la carta del párroco.

Isabel sabía que esa batalla la tenía perdida. Don Bernardo se venía negando a darle la carta garantizando que Lorenzo era un buen católico. En realidad, tan sólo le conocía de haberse cruzado con él por el barrio, ya que su marido nunca había pisado la iglesia. El cura sospechaba que Garzo era masón y se lo había dicho en más de una ocasión a Isabel, a quien sin embargo tenía por una buena católica.

—Si don Bernardo no nos da la carta, ¿qué pasará? —preguntó Fernando.

—Que las cosas se pondrán difíciles. Necesitamos que alguien de la Falange, además de un cura, avale que tu padre es un hombre de bien.

—¡Y qué saben la Falange y la Iglesia cómo es mi padre! ¡Quiénes son ellos para certificar sobre la bondad de nadie!

—Por Dios, hijo, no te enfades, don Alberto sólo quiere ayudarnos. —Isabel cogió la mano de su hijo con aprensión, temiendo las consecuencias de su estallido de rabia.

—Mira, chaval, en España hay muchos traidores y es lógico que Franco no se fíe, de manera que hay que demostrar que tu padre no estuvo entre quienes pudrieron este país. Se trata de separar el trigo de la cizaña.

—¿Quiere decir que si uno no es falangista o no va a misa, entonces es cizaña? —preguntó Fernando desafiante.

El abogado le miró de arriba abajo con pereza antes de responderle:

—Ya que lo preguntas, hoy en día la respuesta es que sí.

—Pues está equivocado —afirmó Fernando, mirándole a los ojos.

—¡Vaya con el chaval! Yo que tú tendría cuidado con lo que dices, no vaya a ser que alguien te interprete mal. Mira, yo soy honrado y estoy diciendo lo que hay; con esas dos cartas a lo mejor salvo a tu padre, sin ellas... Dios dirá.

Le pagaron las cien pesetas que les cobraba por visita. Un abuso que les

obligaba a ahorrar hasta el último céntimo y a pasar más hambre de la que debieran.

Se marcharon desolados. Isabel con lágrimas en los ojos, Fernando con el gesto crispado por la rabia.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Isabel a su hijo.

—Iré a hablar yo con don Bernardo en vista de que a ti no te hace ni caso. Menudo cura malvado, qué pena que alguien no se le llevara por delante.

—Pero ¡qué dices! Don Bernardo nos ha ayudado, gracias a él tengo el trabajo en casa de don Luis y doña Hortensia, él me recomendó y bien que nos vienen las pesetas que me dan.

—Sí, a ti, que eres medio beata, te ha recomendado, pero a padre le quiere ver fusilado porque nunca entró en la iglesia y sabe que era republicano. Dirás lo que quieras, pero es un miserable.

—Mira, Fernando, te prohíbo que vayas a ver a don Bernardo. Iré yo, me pondré de rodillas, le suplicaré. Esta vez me hará caso. Estoy dispuesta a hacer toda la penitencia que me imponga.

—Como siempre haces y yo no sé por qué. Te pasas el día rezando rosarios, imagino que son parte de las penitencias que te pone el cura por estar casada con un republicano.

—Déjalo ya, hijo, dices unas cosas... Y vamos a darnos prisa para llegar a tiempo de ver a tu padre. ¿Dónde tienes el paquete?

Isabel había envuelto en una servilleta un par de manzanas, unas cuantas galletas y un trozo de tortilla de patata. Esperaba que no se lo confiscaran en la puerta de la prisión. Sobre todo temía por la tortilla de patata. Se había esmerado en hacerla al gusto de su marido.

Lorenzo Garzo caminaba con pasos cortos, como si a pesar de su extrema delgadez le pesaran las piernas. Fernando se dio cuenta de que sin las gafas su padre tenía un aire ausente.

Empezaron a hablar los tres a la vez, queriendo saber cómo les iba a los unos y al otro.

—Bueno, por orden, que de lo contrario no nos entenderemos —dijo don Lorenzo, levantando la mano para hacerlos callar.

—Padre, venimos de ver al abogado; no nos promete nada, pero tampoco nos quita la esperanza.

—Eso es buena señal, hijo —respondió don Lorenzo para animar a Fernando.

—Ya verás como te dejarán ir... Tú no has hecho nada —afirmó Isabel con más convicción de la que sentía.

—Claro, claro... No os preocupéis, todo saldrá bien. Y ahora contadme qué hacéis y cómo van las cosas ahí fuera.

No le hablaron del hambre que pasaban, habría sido un sarcasmo estando como estaba él en los huesos. Fernando le contó a su padre que le habían despedido de la obra y que por mediación de Vicente, don Víctor había aceptado que fuera a trabajar también por las mañanas.

—Don Víctor es un hombre cabal, bueno donde los haya, en cuanto a Vicente... Aprende de él, Fernando, que puede enseñarte mucho. El oficio de tipógrafo es tan bueno como cualquier otro, incluso mejor, porque me temo que nuestros sueños de que te conviertas en editor como yo...

—¡No digas eso, Lorenzo! Fernando será editor, ¿por qué no van a permitirle terminar sus estudios? —protestó Isabel aun sabiendo que ni siquiera tenían dinero para intentarlo.

—Bueno, ya se verá, lo importante es que Fernando sea un hombre de bien. Las cosas deberían haber sido diferentes, pero ya veis, poco podemos hacer, de manera que es mejor ser realistas aunque no hay que rendirse, hijo.

—Yo no me rindo, padre, y como conservo tus libros, voy preparándome por si acaso.

—Cuida bien de mis libros, Fernando, son mi mayor tesoro, además de vosotros.

—Confía en mí, padre.

—Pues claro que confío. Cómo no habría de hacerlo.

Isabel insistió en que comiera el trozo de tortilla de patata, quería estar segura

de que su marido al menos disfrutara él solo de su comida favorita. Lorenzo obedeció a su mujer y aunque estaba hambriento, su estómago se resistía ante la tortilla de patata.

—¿Es que no te gusta? —preguntó Isabel decepcionada.

—¡Cómo no va a gustarme! Es que tengo el estómago cerrado... Me duele últimamente.

—Tiene que verte un médico —dijo su mujer, como si eso fuera posible.

—Cuando salga de aquí, no te preocupes.

Pero se fueron preocupados. Don Lorenzo parecía deteriorarse por días.

—Tengo que hacer algo —murmuró Fernando.

—¿Y qué vas a hacer? Mira, lo único que nos queda es pedirle a don Bernardo que nos dé esa carta que requiere el abogado. Ahora mismo iré a la parroquia. En cuanto a un certificado de buena conducta de la Falange... no sé, quizá don Antonio...

—¿El estraperlista? Pero, madre, si nunca nos hemos tratado con él. No nos lo dará.

—Bueno, tú conoces a Antoñito, fuisteis juntos al instituto, quizá podrías hablar con él. Además, parece buen chico, ¿no te invitó a que fueras a la Pradera de San Isidro junto a los otros chicos del barrio a celebrar su cumpleaños?

—Y fui porque me obligaste.

—No se les puede hacer ningún feo, Fernando, les hemos dejado mucho a deber...

—Y bien que se lo han cobrado.

—Mira, hijo, no es momento de ser orgullosos, haré lo que sea por sacar a tu padre de la cárcel. Si no quieres hablar con Antoñito, lo haré yo con don Antonio.

—¡Ni se te ocurra! No quiero que le supliques a ese fascista.

—Fascista o no, puede darnos esa carta que nos reclama el abogado. Y si tengo que suplicarle, lo haré. ¿No crees que la vida de tu padre vale más?

—Es su dignidad lo que vale más —replicó Fernando.

—No voy a abandonar a tu padre. Quizá podrías hablar con Eulogio, él puede ayudarnos.

—¿En qué?

—¿No trabaja para don Antonio? Puede hacer de intermediario... No seas tan orgulloso, hijo, no nos lo podemos permitir.

Su madre tenía razón, hablaría con Eulogio, su amigo siempre le daba buenos consejos y conocía bien de qué percal era don Antonio. A él le llamaba la atención el desprecio que Eulogio sentía por su jefe, lo que le llevaba a robarle con descaro, sin remordimientos de conciencia.

Subió a la buhardilla de su amigo, pero ya se había marchado al almacén, así que decidió ir a verle allí después de cenar.

Cuando llegó, tuvo que esperar a que Eulogio terminara de colocar unos sacos de patatas que habían llegado aquella misma tarde junto con unas cuantas cajas de vino peleón y más sacos con lentejas y arroz.

Hasta que no terminó de colocar la mercancía Eulogio no prestó atención a Fernando. Cuando hubo acabado con la última caja, le invitó a sentarse sobre un saco lleno de lentejas.

—¿Quieres echar un cigarro? No he parado desde que he llegado. ¿Ves esas cajas? Don Antonio me ha mandado ordenarlas porque mañana las van a llenar con no sé qué cosas que tiene que llevar al cuartel donde está destinado su hermano Prudencio. Seguro que es para sobornar a alguien. Hace unos días también mandamos una caja con unas cuantas botellas de vino.

—Pues sí que es generoso tu jefe —respondió Fernando.

—¿Generoso? ¡De eso nada! Cuando da algo es porque espera recibir mucho más.

—Necesito que me hagas un favor —dijo Fernando impaciente.

—Pues claro, ¿qué necesitas?

—Que tu jefe firme una carta diciendo que mi padre es un hombre de bien. El abogado nos ha vuelto a decir que sin una carta de la Falange y otra del cura no hay nada que hacer.

Eulogio se quedó en silencio. Lo que le estaba pidiendo Fernando no era un favor sino un imposible. Don Antonio odiaba a los rojos, y al padre de Fernando le tenía por tal. Además, don Lorenzo nunca tomó en cuenta al estraperlista, era una de las pocas personas del barrio a las que se le notaba que le costaba saludar.

—No me estás pidiendo un favor sino un milagro —le dijo a su amigo.

—¿Se lo pedirás? —A Fernando le temblaba la voz.

—Sí, se lo pediré, pero no creo que quiera escribir la carta. Tú sabes que a don Antonio nunca le cayó bien tu padre. En más de una ocasión le he oído despotricar contra él. Dice que en la cárcel a tu padre «le bajarán los humos de intelectual». Es un bruto, Fernando, ya lo sabes.

—Sí, lo sé —asintió con pesar.

—¿Y don Bernardo escribirá la carta?

—No lo sé, mi madre iba a hablar con él. Como hemos llegado tarde a casa no ha podido ir a la parroquia, irá mañana. Espero que siendo cura al menos sienta compasión.

—¿Don Bernardo? No es por desanimarte, pero yo no estaría tan seguro. Ya sabes que perdió a dos hermanos en la guerra, que llegaron unos milicianos a su pueblo y fusilaron a todos los fascistas... Claro, eso es difícil de perdonar —afirmó Eulogio.

—Pero es un cura —insistió Fernando.

—Yo no perdonaré nunca a los que mataron a mi padre aunque fuera en la guerra. Para mí todos los fascistas son iguales, así que puedo entender que para los fascistas todos los rojos seamos iguales. Nadie perdona las deudas de sangre, aunque uno sea cura. —Eulogio sabía que sus palabras herían a Fernando, pero no quería darle falsas esperanzas.

—Tengo que intentarlo —respondió desesperado éste.

—Y yo te ayudaré en lo que pueda. Mañana se lo pediré. Y ahora coge un saco y mete unas cuantas patatas, también hay tomates y alguna cebolla y un puñado de lentejas y otro de garbanzos.

—Pero don Antonio se lo olerá.

Eulogio se encogió de hombros. Estaba dispuesto a recibir un pescozón del estraperlista con tal de ayudar a su amigo. Él mismo añadió un trozo de tocino en el saco.

—¡Pero si me das todo esto se dará cuenta! —protestó Fernando.

—¡Qué va! Esto es poca cosa, yo todos los días le *birlo* algo.

—¿Y a tu madre no le importa? —preguntó Fernando, intrigado por la reacción que pudiera tener Piedad.

—Creo que no. Ella sería incapaz de robar, pero no me dice nada y yo no creo que debamos tener mala conciencia por robar a los que nos han jodido la vida. Yo he perdido a mi padre y al tuyo le tienen en la cárcel. No les debemos nada, Fernando.

—Sí, claro que les debemos, les debemos nuestra desgracia.

De regreso a su casa, Fernando iba pensando en cómo darle a Catalina la dirección de Marvin. No había logrado verla ni aquel día ni el anterior y, dada la premura de la situación, no podía retrasarse más. No tenía otra opción que pedir ayuda a su madre. Él no podía presentarse en casa de los Vilamar porque don Ernesto le echaría de malas maneras, pero su madre sí podía presentarse con alguna excusa.

Cuando se lo pidió, Isabel miró preocupada a su hijo.

—Así que quieres que me presente en casa de los Vilamar y que con disimulo le entregue este papel a Catalina, y si ella no estuviera, que se lo dé a su madre.

—Sí, es lo que te estoy pidiendo.

—¿Y qué hay escrito en este papel? —preguntó Isabel con severidad.

—Una dirección, la del americano.

—¡Vaya! ¿Y con qué excusa me presento en esa casa?

—Di que vas a visitar a doña Asunción... qué sé yo...

—Iré mañana en cuanto salga de trabajar; podría hacerlo a primera hora, pero a don Ernesto le extrañaría que me presentara en su casa a las ocho de la mañana para preguntar por su mujer.

—Gracias, madre.

—Eres muy bueno, hijo.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó sin comprender el significado último de la afirmación de su madre.

—Por ayudar a la chica de la que estás enamorado a que se case con otro.

—¡Madre!

—Fernando, a mí nunca me has engañado. Bebes los vientos por Catalina desde que eras niño. Sé que para ti habrá sido una decepción, un gran dolor saberla con otro.

Fernando bajó la cabeza avergonzado. Su madre tenía razón. Le dolía el alma, si es que el alma está situada cerca del corazón, oprimiéndolo de tal manera que el dolor se hace insoportable. El alma que por la noche ronda los sueños impidiendo el descanso.

—Cada uno se enamora de quien quiere, y entre Catalina y yo nunca hubo nada ni ella me ha dado pie a pensar que podía haberlo —respondió haciendo de tripas corazón.

—Ya te dije que es una coqueta y aunque tú seas tan tonto para no haberte dado cuenta, ella siempre te ha dado *carrete*. No digo que con mala intención, pero como todas las coquetas gusta de tener una corte de admiradores.

—No hables así de ella —le pidió, dolido por el juicio de su madre.

—Haré lo que me pides, Fernando, pero no por ella. Lo haré por ti.

—¿Es que no te conmueve su situación? —le preguntó, sorprendido por la dureza de sus palabras.

—No le deseo ningún mal —respondió ella.

—Catalina es buena y se merece lo mejor —afirmó él.

Isabel se encogió de hombros y dudó unos segundos antes de responder a su hijo. No quería entristecerle más de lo que ya estaba.

—La conozco desde niña y no tengo nada en su contra. Sólo que no me gusta que sufras por ella. Tú crees que vale más de lo que vale, eso es todo.

Fernando prefirió no replicar. Le bastaba con que al día siguiente fuera a casa

de los Vilamar y entregara a Catalina o a su madre la nota con la dirección de Marvin.

—¿Y esto de dónde lo has sacado? —preguntó Isabel nerviosa, señalando el saco de donde sobresalían unos tomates.

—Me lo ha dado Eulogio. Seis patatas, tres tomates, dos cebollas y una cabeza de ajos, un puñado de lentejas, otro de garbanzos y, lo mejor de todo, un trozo de tocino. —En los labios de Fernando se había dibujado una sonrisa.

—¡Madre mía! Como le pille don Antonio... No sé si debemos aceptarlo... —dudó Isabel.

—Pues claro que sí. Eulogio dice que los fascistas nos han jodido la vida y tiene razón. Don Antonio es un fascista y además de los peores, se dedica al estraperlo.

—Ya, pero nosotros nos somos como él, y no me parece bien que Eulogio coja cosas que no le pertenecen, aunque sea comida...

—Madre, don Antonio no se va a dar cuenta de que le faltan unas cuantas patatas, y nosotros pasamos mucha hambre.

—Pero esto no es nuestro —insistió Isabel.

—Pues ahora lo es. Don Antonio se aprovecha de todo el mundo y vende sus productos a precios que no podemos pagar aun sabiendo que en este barrio, como en el resto de Madrid, hay mucha hambre. Mira, piensa que es un regalo de Eulogio y ya está. A ti te salen muy bien las patatas con tocino. Anda, madre...

Fernando colocó el saco en la pequeña cocina y vació su contenido. Isabel parecía indecisa, pero terminó aceptando.

—Te ha dado un buen trozo de tocino, por lo menos tenemos para dos o tres días. Pero ahora lo mejor es que haga una ensalada, los tomates están muy maduros y no aguantarán un día más.

A Isabel le hubiera gustado mantenerse firme rechazando el regalo de Eulogio, pero el hambre los acechaba de la noche a la mañana sin darles tregua, mientras que el fascista de don Antonio se enriquecía a cuenta de las necesidades de la

gente. Aun así, le preocupaba que el hambre y la miseria pudieran restarle un ápice de dignidad. Sabía que su marido no habría aceptado aquellas patatas, ni los tomates, ni siquiera la cabeza de ajos. Volvió a dudar, pero Fernando la devolvió a la realidad:

—Anda, madre, deja de pensar, los dos tenemos hambre.

Isabel se puso a lavar con cuidado los tomates. Al menos aquella noche no se irían a la cama con el estómago vacío.

Al día siguiente, en cuanto salió de trabajar, Isabel se presentó en casa de los Vilamar dispuesta a cumplir con el encargo de su hijo. Se sentía incómoda por la hora, el filo de las dos de la tarde, cuando bien mirado podría encontrar a la familia almorzando.

Le abrió la puerta la propia Catalina, que la invitó a pasar.

—No... no puedo entretenerme, sólo quería saber qué tal está tu madre... Hace días que no la veo en la iglesia... aunque será porque vamos a horas diferentes —musitó como excusa para justificar su presencia mientras con disimulo colocaba en la mano de Catalina el papel que Fernando le había dado.

Catalina lo apretó con fuerza mientras esbozaba una sonrisa, segura de que aquel papel contenía la ansiada dirección de Marvin que tanto le había rogado a Fernando.

—Pero, doña Isabel, pase... Avisaré a mi madre...

—No, hija, no tengo tiempo... Dile tú a lo que he venido...

—Mi padre no está en casa, aunque le estamos esperando para el almuerzo —dijo Catalina, animando a Isabel a entrar.

Doña Asunción salió al recibidor para ver con quién hablaba su hija y, al igual que ella, insistió a Isabel para que entrara.

—Aunque sea un momento... ¿Cómo va lo del indulto de tu marido?

—El abogado se muestra cauto, dice que necesitamos recomendaciones. Pero la verdad, no es fácil conseguirlas, aunque puede que don Bernardo nos eche una

mano.

—¿Y nosotros podríamos hacer algo? —preguntó Catalina, deseosa de ayudar.

—Bueno... no lo sé... —respondió Isabel incómoda.

Doña Asunción miró preocupada a su hija. No creía que su marido estuviera en la mejor disposición para que le pidieran que intercediera por Lorenzo Garzo. Aun así, como era una mujer bondadosa, se ofreció a intentarlo.

—Mira, Isabel, Ernesto está a punto de llegar; si quieres, quédate y le explicas la situación por si él puede hacer algo.

Pero Isabel decidió que no quería tentar la suerte y encontrarse de frente con Ernesto Vilamar. No es que le temiera, pero nunca se había sentido cómoda con él y seguramente se extrañaría de su presencia, sobre todo a aquella hora.

En cuanto Isabel se fue, Catalina corrió a su habitación y desplegó el trozo de papel. Con letra cuidada Fernando había escrito la dirección que ella tanto ansiaba: Marvin Brian, rue de la Boucherie, 25. Tercer piso. París (V).

Y una anotación: «Pero Marvin está en Londres y dudo que vaya a ir a París».

Catalina fue en busca de su madre, que se afanaba haciendo un puré de patata.

—¡Lo tengo! ¡Fernando lo ha conseguido! —exclamó entusiasmada.

—¿Qué dices, niña? —preguntó su madre distraída.

—La dirección de Marvin. Le escribiré de inmediato para decirle que... bueno, supongo que le sorprenderá la noticia, pero es un caballero y no me dejará en la estacada. Además, está enamorado de mí.

Doña Asunción miró a su hija con desconsuelo. No eran pocos los supuestos caballeros que habían abandonado a chicas que les habían resultado fáciles de conseguir. Ella no conocía al tal Marvin y no sabía si estaba o no enamorado de su hija, como ella insistía.

—Sí, escríbele, pero no te hagas muchas ilusiones... Puede que no quiera saber nada del asunto o puede que ni le llegue la carta. Los alemanes están en París y lo mismo él prefiere evitar Francia, puesto que, según me has dicho, tiene ideas liberales...

Catalina no quería pensar que eso pudiera suceder. Se había convencido de

que después de que Marvin se reuniera con sus padres en Londres regresaría a París. Era la ciudad que él amaba y le había prometido que se la enseñaría, que la llevaría a todas partes.

Cuando don Ernesto llegó a su casa, encontró a su hija de buen humor, menos apocada que los días anteriores, aunque seguía evitando todo contacto con él. Le saludaba inclinando la cabeza, pero no le daba un beso, como era costumbre. No le perdonaba que le hubiese pegado, pero él estaba seguro de que se le pasaría el enfado. ¿Qué padre no habría hecho lo mismo si su hija le hubiera dicho que estaba deshonrada?

Durante el almuerzo comentó que aquella misma tarde cogería el tren. Tenía que hablar con su hermano.

Cuando dos días más tarde regresó, doña Asunción notó a su marido apesadumbrado. En los últimos meses cada vez que iba a Huesca regresaba deprimido. Ella intentaba consolarle.

—¿Cómo has encontrado a Andrés? —preguntó preocupada.

—Ya sabes cómo está... A mi hermano le han destrozado la vida.

—¿Y Amparito? —inquirió temerosa porque sabía la respuesta.

—Sigue sin recobrar el juicio.

—Quizá con el tiempo... —dijo ella sin excesiva convicción.

—Sabes que eso no va a suceder. Está completamente loca y no es para menos. Imagínate que nos hubiera pasado a nosotros... Aquellos malnacidos se presentaron en la finca y no se conformaron con quemar cuanto encontraron, ordenando a todos que salieran al patio. Mi hermano les pidió que al menos respetaran a los tres peones que ayudaban en las tareas del campo, pero ellos, ¡maldita sea!, se burlaron de todos reprochándoles que siguieran trabajando para unos terratenientes, y además de abroncarles y maltratar a mi hermano... tuvieron...

—¡Calla! Ya sé lo que pasó. ¡No me lo vuelvas a contar! ¡No sigas

recordando! Lo pasado, pasado está, no podemos cambiarlo.

—¡Cómo puedes decir eso! —le reprochó su marido.

—La guerra saca lo peor de los hombres y se han cometido tantas tropelías...
—quiso justificarse ella.

—¡Asesinaron a mi padre y a Andresito! Era el único hijo de mi hermano; cuando un miliciano empujó a su madre y él se encaró con el hombre, éste le dio un tiro en la frente, al chiquillo ni siquiera le dio tiempo a intentar defenderse — continuó diciendo don Ernesto, rememorando unos recuerdos que le partían el corazón.

—¡Por Dios, Ernesto, déjalo ya! —Doña Asunción cogió las manos de su marido y las apretó entre las suyas.

—Se rieron... Luego simularon que los iban a fusilar a todos... y ahí Amparito perdió el juicio. ¿Y tú quieres que no olvide? ¡Nunca! Jamás los perdonaré. Espero que alguno de los nuestros los haya mandado al mismísimo Infierno.

No era la primera vez que don Ernesto rememoraba lo sucedido en la finca familiar. En aquella ocasión parecía más afectado y lo relataba como si Asunción nunca lo hubiera escuchado.

—Pero debemos perdonar, Ernesto... Sentir odio no es cristiano.

—¡Que digan lo que quieran los curas! ¡Yo no voy a perdonar a los que han matado a mi padre y a mi único sobrino y destrozado a mi hermano!

—Pero, Ernesto, en una guerra... sabes que ha pasado de todo en los dos bandos... También los nuestros llegaban a los pueblos y *daban el paseo* a los rojos. Debemos olvidar.

—Pues olvida tú si quieres. Yo sólo espero que fusilen a todos esos rojos que llenan las cárceles.

—Pero no todos son asesinos... Hay gente que estaba en el otro bando, pero que no hicieron daño a nadie. Mira el caso de Lorenzo Garzo. Era un buen hombre —se atrevió a decir su mujer.

—¡Un masón! Es lo que era. Tú eres tonta, Asunción, y crees que todo se

arregla rezando. ¿No te importa que mataran a mi padre y a mi sobrino, ni tampoco te importa que mataran al marido de tu hermana? No creo que a Petra le haga ninguna gracia escucharte hablar así.

—Al marido de Petra lo mataron en el Frente y... bueno, seguramente él también mató a otros. Que Dios los perdone a todos.

—Pues que Dios los perdone porque lo que soy yo no voy a perdonar a nadie. ¿Es que se te ha olvidado el miedo que hemos pasado todos estos años de guerra? Cada día me preguntaba cuándo nos llevarían a una de esas checas. ¿Es que no quieres acordarte de que uno de mis hermanos no salió vivo de la checa de Fomento?

—Pero Dios nos protegió —respondió doña Asunción con terquedad.

—¿Y por qué no los protegió a ellos? Mira, no sigamos hablando porque va a ser peor.

—Pero debemos perdonarnos los unos a los otros porque de lo contrario el rencor nos envenenará la sangre.

—Asunción, no sé si eres tonta o qué, pero no te consiento que sigas diciendo que debemos perdonarnos los unos a los otros. Yo no voy a perdonar a los asesinos de mi padre y de Andresito ni a los que han desgraciado la vida de mi hermano y su mujer.

—Sabes que tengo un gran afecto por Andrés y por Amparo y que no dejo de rezar por el alma de tu padre y de Andresito... y de tus otros hermanos.

—Pues sigue rezando —respondió malhumorado.

—Precisamente hace un rato ha venido Isabel. Está tan preocupada por su marido... Tú sabes que Lorenzo Garzo es un hombre de bien y como editor de libros... bueno, tú mismo alababas que editara a los clásicos.

—La gente parece una cosa y luego es otra. Lorenzo Garzo es republicano, socialista y masón.

—Bueno, lo de republicano y socialista sí, pero masón... eso no lo sabemos... No nos dejemos influir por las habladurías de la gente. Isabel nos ha contado que está tramitando el indulto de su marido y que el abogado dice que le ayudaría

contar con unas cuantas cartas de recomendación diciendo que es un hombre de bien. Creo que tú podrías escribir una de esas cartas...

—¡Ni hablar! Pero ¡qué cosas dices! De ninguna de las maneras voy a pedir clemencia para un rojo. ¿Cómo puedes pedirme eso sabiendo lo que le han hecho a mi familia?

Doña Asunción se asustó al ver tan agitado a su marido. Temió que le pudiera dar una apoplejía y se reprochó haber sido tan inoportuna al plantearle que intercediera por el marido de Isabel precisamente cuando llegaba de ver a su hermano Andrés. Intentó apaciguarle cambiando de conversación:

—He estado hablando con Catalina...

—No me hables ahora de esa desvergonzada, que lo que tiene que hacer es parir cuanto antes y casarse con Antoñito. Don Antonio me ha mandado recado diciendo que quiere hacer la pedida estas Navidades. Su mujer se ha empeñado en que se casen en primavera.

—Pero estas Navidades no pueden venir a pedirnos la mano de Catalina. Estará de siete meses.

—Pues que dé a luz antes. Ya te lo he dicho: la pedida será en Navidad.

Aquella tarde, mientras don Ernesto se encerraba en su despacho repasando los libros de cuentas y Catalina se sentaba junto al balcón para sacar las costuras de uno de sus vestidos antes de que siguiera aumentando de peso, doña Asunción fue a visitar a don Juan.

No sólo porque era el médico de la familia, sino porque confiaba en su buen juicio.

Don Juan había pasado la mañana en el hospital atendiendo a pacientes de todo tipo y condición y por la tarde se dedicaba a recibir en su casa a amigos y conocidos que buscaban su consejo clínico.

No esperaba a doña Asunción y se sorprendió cuando su vieja criada anunció su presencia.

—Vaya, vaya, Asunción... ¡Qué sorpresa! No esperaba verte tan pronto. ¿Catalina está bien? ¿Y Ernesto? No será que eres tú quien no se encuentra

bien...

—Me encuentro bien dentro de las circunstancias que ya conoces.

»He venido a pedirte ayuda y consejo.

—Pues siéntate mientras le pido a la criada que nos traiga un poco de café.

Ella le miró agradecida y no pudo evitar emitir un ligero suspiro. Dado que se conocían desde niños, no era raro que las dos familias se vieran de cuando en cuando. Ella incluso estuvo enamorada de él, pero nunca se atrevió a confesárselo, ni siquiera a su madre. Así que cuando sus padres le anunciaron que la familia Vilamar había sugerido un posible noviazgo entre su hijo Ernesto y ella, no tuvo el valor de negarse.

Ernesto empezó a visitarla casi a diario mientras las dos familias iban tejiendo el noviazgo que daría lugar a la boda.

Aún recordaba el día en que sus padres y los Vilamar organizaron una merienda para comunicar a sus amigos más cercanos que sus hijos se iban a casar. Allí estaba Juan felicitándola sin intuir siquiera que ella estaba enamorada secretamente de él.

Juan Segovia se había casado con una mujer muy guapa, Pilar, que siempre se había mostrado cariñosa con ella.

—Pareces muy pensativa —le dijo el médico cuando regresó al saloncito que le servía de consulta—. Y ahora que te veo bien, ¿qué es ese moratón que tienes en el pómulo izquierdo? Deja que lo examine...

—No es nada, Juan... me he dado un golpe... Han sido unos días difíciles... Ernesto... bueno, puedes imaginar que para él ha sido muy duro saber que Catalina está embarazada.

—Y te ha... ¡Dios mío! ¡Te ha pegado!

—No, no, claro que no... pero intentó dar una bofetada a Catalina y yo me puse en medio...

—Ernesto es mi paciente y además es tu marido, pero... En fin, no diré una palabra de más de la que seguro me arrepentiría.

—Mi hermana Petra ha tenido una idea para ayudar a Catalina.

—¿Y qué idea es ésa?

—Pues que tenga a su hijo y luego lo dé a la inclusa. Es lo mejor. Ernesto quería... bueno, quería que abortara.

—¡Pero ese hombre está loco! ¿Cómo puede pensar en algo así? Catalina no ha actuado bien, pero mandarla abortar... No es sólo porque viola las leyes de Dios, es que ¿quién le iba a hacer el aborto? ¿Una mujer en un cuchitril? ¿Sabes cuántas mujeres mueren cuando intentan abortar?

—Por eso Petra cree que la mejor solución es la de llevar al niño a la inclusa.

—Pero vamos a ver, ¿y qué pasa con el chico que ha dejado embarazada a Catalina?

—Pues ya te dijimos que es norteamericano y que se ha ido de España. Antes vivía en París y ahora... En realidad no sabemos dónde está, parece que se iba a reunir con sus padres en Londres y luego... No sé, Juan, no sé si regresará a Estados Unidos con sus padres, si volverá a París o qué es lo que puede hacer ese chico. Pero Catalina le ha escrito una carta que cuando salga de aquí echaré en el correo. Se la manda a la dirección de París, pero vete a saber si la carta llegará a sus manos.

—¿Y qué quieres que haga yo?

En aquel momento la criada entró con una bandeja y dos tazas de café y ambos guardaron silencio hasta que la mujer hubo salido.

—Volviendo a la conversación, lo que te pido es que cuides de Catalina hasta el día del parto, que vayas a verla a casa de mi hermana, que sea tu paciente como lo ha sido hasta ahora y que nos recomiendes una matrona o alguna mujer que sepa cómo se trae un hijo al mundo. Y... bueno, tú conoces a mucha gente, quizá algún matrimonio que no pueda tener hijos quiera quedarse con el niño... Eso sería lo mejor. Creo que para Catalina sería menos duro saber que su hijo está en buenas manos.

Durante unos segundos el médico reflexionó. No podía decir que no a Asunción. La ayudaría, claro que lo haría.

—Soy el médico de tu familia y por tanto Catalina seguirá siendo mi paciente.

Iré a visitarla a casa de tu hermana Petra. Me haré cargo de su embarazo y llevaré a una buena partera para ayudarla cuando llegue el momento. Pero dime, ¿Catalina quiere entregar a su hijo en un hospicio?

—Catalina no, pero Ernesto se muestra inflexible. La guerra... Hemos perdido mucho, Juan, las cosas no son como antes. Sé que Ernesto se enfadaría si supiera que te lo he dicho, pero... tenemos problemas...

—¿Y quién no tiene problemas después de haber sobrevivido a una guerra? Todos los tenemos, Asunción.

—A Ernesto no le van bien las cosas... cosas de dinero... Tiene compromisos que cumplir. El tendero, don Antonio Sánchez, se está haciendo de oro con el estraperlo... presta dinero...

—¿Desde cuándo a los tenderos se les da ese tratamiento?

—Bueno, don Antonio ahora es un hombre importante. Combatió en la guerra y tiene amigos bien situados, y Ernesto ha recurrido a él para resolver algunos problemas y al final ha sido peor el remedio que la enfermedad. Pero tiene un hijo, Antoñito, y Ernesto y don Antonio tienen ilusión que se case con Catalina, pero claro, no se casará con ella si sabe que está embarazada y que va a tener un hijo de otro.

—¿Y ella quiere casarse?

—No, pero tendrá que hacerlo. Es ley de vida obedecer a los padres. Ya lo sabes.

—¿Tú obedeciste a los tuyos o te casaste con Ernesto porque estabas enamorada?

Asunción se ruborizó. La pregunta la pilló desprevenida, sin ninguna defensa para responder como debía.

—Te has puesto colorada. —Y en los ojos de don Juan brillaba una sonrisa.

—Es que... bueno, yo hice lo que mis padres creyeron más conveniente para mí.

—Y tú, ¿qué hubieses querido?

—¡Por favor, Juan, no me preguntes! Hace mucho tiempo que me casé. Yo

tenía diecisiete años cuando pidieron mi mano y dieciocho cuando me casaron...

El médico se acercó a ella y le cogió la mano, provocando que el rubor volviera a colorear el rostro de Asunción.

—Me acuerdo, me acuerdo... Fui a tu boda con mis padres. Y estabas guapísima. Pero quizá podrías haber esperado —insistió él.

—¿Por qué dices eso? Yo... yo no decidí nada... Esperar... ¿Qué debía esperar?

—A encontrar un hombre del que estuvieras enamorada. Yo me casé con Pilar porque estaba enamorado de ella y ella de mí, aunque he de confesarte que mis padres no estaban muy de acuerdo con la boda, habían pensado en otra chica para mí. Pero yo no habría podido ser feliz con ninguna otra que no fuera Pilar.

—Pero tú pudiste imponerte a tus padres, yo no habría sido capaz de hacerlo. Así que en eso me llevas ventaja —se atrevió a confesar Asunción.

—¿Tú no has sido feliz?

—Seguramente soy demasiado romántica, eso es lo que dice Ernesto. He sido y soy una buena esposa y he conseguido acomodarme al matrimonio, a no desear nada fuera de lo que tengo.

—Eso no tiene nada que ver con la felicidad —protestó él.

—Para mí ha sido suficiente y lo seguiré siendo. Mi padre estaba enfermo y le preocupaba lo que pudiera ser de mí cuando él no estuviera. Quería verme casada y protegida.

—Al menos tienes suerte de tener a Ernesto. Yo llevo dos años interminables en los que no he dejado de llorar la pérdida de Pilar y de mi hija. Las perdí a las dos. Lo más doloroso fue no poder hacer nada por evitarlo. No imaginas la frustración de un médico cuando no puede hacer nada por conservar la vida de quienes quiere. ¡La maldita guerra!

—La maldita tuberculosis.

—La guerra, Asunción, la guerra: yo en el Frente y ellas aquí sufriendo todo tipo de privaciones como el resto de la gente. Enfermaron, y cuando yo regresé durante un permiso la enfermedad ya había avanzado y era imposible hacer

nada. Primero murió mi Pilarín, no sabes lo que para Pilar y para mí fue enterrar a nuestra hija. Pilar no lo resistió y se fue tras ella.

—Demos gracias a Dios de que todo ha terminado. Las cosas no son fáciles, pero Ernesto dice que Franco sabe lo que hace.

—Pero ¡qué va a saber ese zoquete!

—¡Juan! ¡Cómo te atreves! ¡Tú has luchado con los nacionales! —le recriminó Asunción.

—¡Calla, Isabel! Tu marido es como es... En fin, que no me extraña que se haya convertido en un devoto franquista aunque siempre fue monárquico, pero tú...

—Yo estoy contenta con que Franco haya ganado la guerra. ¿Qué querías, la revolución? Yo no, Juan, a mí me daban miedo esa gente violenta en las calles... los comunistas, los anarquistas, los de Largo Caballero... llenos de odio y dispuestos a vengarse de todo aquel que no pensara como ellos.

—Las cosas no son tan simples, Asunción. La gente estaba harta, harta de corrupción, harta de políticos incapaces de arreglar los problemas del país, harta de que unos pocos tuvieran todos los privilegios mientras otros apenas tenían para comer.

—Pero tú no eres un revolucionario... Tú has luchado contra ellos...

—No, Asunción, yo no soy un revolucionario, y los revolucionarios tampoco me gustaban y mucho menos el caos que sembraron por el país. Yo hablo del pueblo, de la buena gente que día a día malvivía como sigue malviviendo ahora.

—¡Estás justificando a los rojos! —le reprochó Asunción escandalizada.

—Lo que digo es que las cosas no pasan porque sí. Si España hubiera sido un país próspero con políticos capaces de dar de comer a la gente, nadie habría querido hacer ninguna revolución.

—Si no estabas de acuerdo con los nacionales, entonces ¿por qué luchaste con ellos?

—Ya te he dicho que no me gustaba el Frente Popular, pero además la guerra me cogió en zona nacional. Yo estaba como médico militar cuando empezó todo,

¿no te acuerdas? Y mi regimiento era de los que se sublevaron. Y a mí, lo mismo que a ti, los revolucionarios no me parecía que tuvieran la solución para España. Pero yo habría querido ser fiel a la República. Ya sabes de mi admiración por Azaña.

—Ernesto dice que Azaña tiene buena culpa de lo que ha pasado.

—¡Tu marido es...! Bueno, es su opinión. No voy a discutir con Ernesto a través de ti, que bastante suelo discutir con él cuando viene a la consulta.

—Entonces ¿no te gusta Franco?

—No me gusta nadie, Asunción, no me gusta nadie, y el que menos, Franco. Pero también sé que la solución de España no era una revolución ni convertirnos en Rusia. Si a Azaña le hubieran dejado... Así que ahora sólo queda esperar a ver qué pasa, pero no me gusta que haya tanta gente en la cárcel, los fusilamientos, el miedo a que si dices algo contra Franco alguien te denuncie. Yo soy un hombre de orden, un burgués, y si los revolucionarios hubieran ganado puede que me hubieran matado, por eso, por señorito burgués, como decían antes de la guerra. ¿Sabes lo que más temía durante los años que estuve en el Frente?

—No.

—La posibilidad de enfrentarme a mi hermano. Él combatía a favor de la República, yo con los nacionales, y no sabía dónde estaba. Me preguntaba qué sucedería si un día nos encontrábamos frente a frente en el campo de batalla. ¿Nos habríamos matado? ¿Habría disparado yo primero o lo habría hecho él? Ésa es la pesadilla que tuve durante toda la guerra.

—Siento que mataran a José Mari.

—Sí, le mataron en la batalla del Ebro luchando y yo le he llorado como le lloraron mis padres y como otros hermanos y otros padres habrán llorado a los hombres que mató mi hermano. En la guerra no hay nada de lo que sentirnos orgullosos. Nada, Asunción, nada.

—Salvo al mayor, los rojos mataron a los hermanos de Ernesto y asaltaron el convento de su hermana monja... —insistió Asunción.

—Sí, ¿y qué crees que hacían los nacionales cuando llegaban a un pueblo? Se

llevaban a los rojos y los mataban y después los dejaban tirados en una cuneta. La guerra es una atrocidad en la que aflora lo peor de cada hombre, por más que se esconda detrás de una idea que proclama que es justo matar y así no desesperarse por verse las manos chorreando de sangre, de sangre de otros hombres.

—Pero ahora todo ha pasado, nosotros hemos ganado la guerra, Juan; tú también.

—¿Yo? No, yo no he ganado ninguna guerra, nadie ha ganado la guerra, la hemos perdido todos. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que nos perdonemos los unos a los otros? No será fácil, Asunción, no será fácil. Nos seas ingenua y creas que ahora vivimos en paz. De una guerra civil no se sale impunemente. Todos nos miramos con desconfianza, con aprensión; puede que el hombre que te cruzas por la calle, ya sea rojo o nacional, fuera quien disparó contra tu hijo, tu hermano o tu padre. Yo soy médico, pero también he disparado. He matado. Puede que haya matado a alguno de los maridos de esas mujeres que acuden al hospital para que yo las atienda. Sólo los malvados pueden sentirse satisfechos después de la guerra. No hay nada de lo que vanagloriarse, nada.

—¿Hubieras preferido que ganaran ellos? —Asunción hizo la pregunta temiendo la respuesta.

—Hubiera preferido que nadie encendiera la mecha que nos llevó a matarnos. Eso es lo que hubiera preferido. Pero soy contradictorio y egoísta y, por tanto, prefiero saber que España no será la nueva Rusia. No creo en la revolución, si es lo que te preocupa. Pero dejemos esta conversación. Bastantes problemas tienes tú para que encima yo te abrume con la política.

—Sabes que conmigo puedes hablar.

—Llevo dos años viudo, me siento solo, no tengo a nadie. Mis padres están muertos, mi hermano está muerto, mi esposa está muerta y mi hija también. En fin, no tengo motivos para alegrarme de nada. Pero volviendo al problema de Catalina, no te preocupes; aunque lo que sobran son huérfanos, preguntaré si hay alguna buena familia que pueda hacerse cargo de su hijo.

—Gracias, Juan.

Asunción salió conmocionada de la consulta de Juan Segovia. La conversación la había trastornado.

Caminó un buen rato sin rumbo, no tenía ganas de volver a su casa por más que sabía que Ernesto se pondría de malhumor por su tardanza. Pero en aquel momento necesitaba estar sola hasta recomponerse por dentro para volver a ser la esposa dócil cuando atravesara el umbral de la puerta de su hogar.

Cuando por fin volvió, su marido, seguía en el despacho echando cuentas y Catalina en su cuarto intentando arreglar otro vestido para cuando avanzara el embarazo.

—¿Me pondré muy gorda? Es que no tengo ningún vestido que tenga suficiente costura de donde sacar.

—Hija, ése ahora no es el problema; además, cuando te vayas a casa de tu tía Petra no deberás salir a la calle para evitar que alguien te pueda ver, así que tanto da cómo te quede la ropa.

»He estado con don Juan y me ha prometido que intentará buscar una familia para que se haga cargo de la criatura que vas a traer al mundo.

—¡Pero yo no quiero dar a mi hijo!

—Lo sé y te costará, pero no tenemos otra solución. No puedes tener un hijo soltera. Quedarías señalada para siempre y nadie querría casarse contigo.

—Pero, mamá, Marvin vendrá, ¿has echado la carta al correo?

—Claro que lo he hecho, pero tenemos que pensar en qué pasará si no la recibe o simplemente no quiere volver a saber nada de ti.

—¡No digas eso! Te lo he dicho, Marvin me quiere.

—Niña, los hombres son como son y suelen huir de las mujeres que les crean problemas. Son muchos los que después de seducir a una mujer la dejan abandonada y no quieren saber nada de las consecuencias.

—¡Mamá!

—Hija, rezo para que Marvin regrese, pero si no es así, tendrás que dar el niño

y casarte con Antoñito.

—¡No pienso casarme con él! Me da asco, siempre huele a sudor y su aliento... Que no, que no voy a casarme con él.

—Tendrás que hacerlo, Catalina. Mira, ya no eres una niña y... bueno, hay cosas que debes saber aunque tu padre no quiera preocuparte con nuestros problemas.

—¿Qué problemas, mamá? —preguntó Catalina desconcertada.

—La guerra nos ha dejado casi sin nada, estamos arruinados, y gracias a don Antonio estamos saliendo adelante... Le ha hecho algunos préstamos a tu padre, pero las cosas no van bien y no hay manera de devolverle el dinero.

—¿Y eso supone que yo me tengo que casar con su hijo? ¿Es que mi padre me ha puesto en venta?

—¡Por Dios, qué cosas dices! Tu padre cree que Antoñito te conviene, tiene medios para darte una vida decente y que no te falte de nada.

—Pues yo prefiero pasar hambre antes que casarme con él.

—Mira, Catalina, los hijos deben obedecer a los padres, que son quienes saben lo que mejor les conviene.

—¿Y no será que a mi padre lo que le conviene es que don Antonio le perdone las deudas que tiene con él?

—Pero ¡cómo te atreves a decir semejante impertinencia! Le debemos mucho a don Antonio, si no fuera por él no podríamos ni comer, y es de bien nacidos ser agradecidos. Vamos a dejar esta conversación. Voy a hacer la cena, así que ven conmigo a la cocina y ayúdame. Ya ves lo que supone estar arruinados, que hemos tenido que despedir a la criada.

Isabel llamó a la puerta de la sacristía. Acababa de terminar la misa de la tarde, de manera que era seguro que encontraría a don Bernardo.

No había visto demasiada gente en la iglesia, pero el cura se empeñaba en mantener la misa diaria a las siete. Su voz la invitó a pasar.

—¡Adelante!

—Buenas tardes, don Bernardo...

—Pasa, Isabel, ¿qué haces por aquí a estas horas?

—Quería hablar con usted.

—Bien podrías haber venido a las cinco a rezar el rosario.

—A esa hora no podría aunque quisiera, padre. Algunos sábados doña Hortensia y don Luis suelen tener invitados a cenar y la señora me pide que me quede para echar una mano.

—Los Ramírez son buena gente, de lo mejor —afirmó don Bernardo.

—Sí, claro que lo son. Les estoy muy agradecida.

—Sé que no debe de ser fácil para ti... No hace tanto eras tú quien disponía de servicio y ahora...

—No me importa trabajar, se lo aseguro.

—Bueno, tú dirás, hija —la alentó con afecto.

—Verá, el abogado que lleva el caso de mi marido insiste en que necesitamos todas las recomendaciones posibles para que la petición de indulto llegue a buen fin. Y... si usted pudiera darme una carta diciendo que mi Lorenzo siempre ha sido una buena persona, digna de toda confianza...

—Ya... aunque poco le conozco porque nunca venía por aquí... —se lamentó el cura.

—Bueno, él tenía sus ideas, no era muy religioso... —le excusó Isabel.

—No, cómo va a serlo si se dice que es masón —afirmó don Bernardo, mirándola fijamente a los ojos.

—¡Por Dios, don Bernardo, no haga caso de las habladurías!

—No hago caso, hija, no hago caso, pero a veces cuando el río suena...

—Yo... en fin, le rogaría que me diera una carta de recomendación y si pudiera pedirle a otras personas que hicieran lo mismo...

—¿Qué personas, Isabel? Porque ya debes de tener pensado a quién quieres que le pida el favor.

—Pues si no fuera mucha molestia, ¿podría pedirle una carta a don Antonio? Él y su hermano se han convertido en hombres influyentes de tan afectos que son al nuevo Régimen... Y también a los Gómez, don Pedro es funcionario en Hacienda y presume de tener buenas relaciones.

—¿Y por qué no se lo pides tú? —quiso saber don Bernardo.

—Pues... la verdad es que nunca simpatizamos ni con los Gómez ni con don Antonio. No sé si accederían a darme esa carta si se la pidiese yo... Pero usted... a usted no le dirán que no.

—No es fácil lo que me pides —aseveró el cura.

—Lo sé, don Bernardo, pero si usted pudiera...

—No te prometo nada, veré qué puedo hacer.

Isabel abandonó la sacristía con un sabor agridulce. Esperaba que don Bernardo pidiera la carta de recomendación a don Antonio, pero de lo que no estaba segura es de que el estraperlista aceptara la petición. Tampoco tenía demasiada esperanza de que don Pedro Gómez quisiera ayudarla. Cuando se encontraban en el portal, él bajaba la cabeza para ni siquiera mirarla.

Cuando Isabel se fue, don Bernardo dejó la sacristía y salió a dar un paseo mientras fumaba un cigarro. No podía dejar de asistir a Isabel, que era una buena mujer que nunca había faltado a sus obligaciones para con la Iglesia a pesar de

estar casada con un masón. Porque de lo que no tenía duda es de que Lorenzo Garzo, además de socialista, era masón. Y ayudar a un masón le revolvía el estómago, pero no hacer algo por Isabel sería tanto como traicionar su conciencia.

No se lo pensó dos veces y se dirigió al almacén con la esperanza de que Antonio Sánchez aún no se hubiera marchado a casa.

Tuvo suerte. Le encontró en el minúsculo despacho repasando unas cuentas.

—¡Vaya, don Bernardo! Usted por aquí. ¿Qué me va a pedir? —preguntó el tendero, torciendo la boca en una sonrisa y mirando al cura con suspicacia.

—¿Y por qué he de pedirte algo? —respondió molesto el cura.

—Porque de otro modo no estaría usted aquí a estas horas, que van a ser las nueve y no es momento de que un cura ande por la calle. —Al tendero le divertía poner al sacerdote en aprietos.

—¡Ea!, ya que eres tan listo no perderé el tiempo. He venido a que escribas una carta a favor de Lorenzo Garzo. Una carta que ayude a la concesión del indulto.

—¡Ésta sí que es buena! ¿Y por qué he de firmar una carta a favor de Garzo? Ese hombre no ha sido nunca mi amigo. Y a lo que sé, es un masón empedernido. No voy a comprometerme dando la cara por un masón, y usted tampoco debería hacerlo —dijo mirando expectante a don Bernardo.

—Antonio, antes de juzgar a nadie mírate por dentro porque no eres precisamente un ejemplo de buen cristiano. ¿Cuándo fue la última vez que te confesaste? ¿Y que fuiste a misa? Hace meses que no te veo el pelo. Así que no juzgues a los demás porque, como dice el Evangelio, el que esté libre de culpa que tire la primera piedra —le recriminó el cura, molesto por la actitud del tendero.

—Pues yo la tiro, claro que sí. ¿Que no voy a misa? Bueno, pero soy un hombre de bien, un hombre que ha peleado en el bando bendecido por Dios, por eso hemos ganado.

—No metas a Dios en esto —respondió incómodo don Bernardo.

—¡Ahora me dirá que Dios no estaba en el bando de Franco! Pero ¿qué clase de cura es usted?

—Pues la clase de cura que se preocupa de sus feligreses. Dejemos a Dios en paz porque éste es un asunto que nada tiene que ver con Él. Se trata de echar una mano a un vecino, de escribir una carta diciendo tan sólo que Lorenzo Garzo es un hombre de bien.

—¿Y usted me pide que mienta? Yo no puedo decir lo que no sé. Garzo nunca hizo más que saludarme. No somos ni hemos sido amigos.

Para desesperación de don Bernardo, el tendero se estaba poniendo terco.

—Yo sólo te pido una carta que no te compromete a nada. Antonio, deja esa actitud que no me gusta nada. La guerra ya ha terminado y bastante tiene esa pobre gente que la ha perdido.

—¿Pobre gente? Se nota que usted no estuvo en el Frente. ¡Hijos de puta!

—¡Antonio, no te consiento ese lenguaje!

—Perdone, don Bernardo, pero es que me enciendo cuando pienso en el daño que toda esa gentuza ha hecho a España. ¿Es que se olvida usted de todos los curas a los que *dieron el paseo*? ¿Y de los conventos que quemaron?

—No digo que olvidar sea fácil —admitió don Bernardo—, pero Isabel es una buena mujer y teme perder a su esposo. Mi obligación es dar consuelo a los que sufren —explicó cada vez menos seguro de su misión ante el tendero.

—Bueno, padre, a usted no le puedo decir que no a nada de lo que me pida. Hablaré con mi hermano y a ver qué se puede hacer —dijo mientras pensaba que no movería un dedo.

Pero a don Bernardo le bastó para irse tranquilo. No estaba convencido de que Antonio fuera a hacer nada por Lorenzo Garzo, pero él ya había hecho todo lo que estaba en su mano.

En cuanto a don Pedro Gómez, ya hablaría con él cuando fuera a confesarse.

Londres

En aquellos días los hoteles de Londres estaban atestados. En el restaurante del hotel no había ninguna mesa libre, pero, aunque el aforo del local se hallaba completo, apenas se oía una voz más alta que otra. Las conversaciones transcurrían poco más que en un susurro. Aun así, le habían pedido al *mâitre* que los sentara a una mesa situada en un rincón para poder hablar con cierta intimidad. Marvin miró a su alrededor distraído. Su madre no dejaba de hablar, tanto que hacía un buen rato que ni siquiera la escuchaba. No le interesaba lo que estaba contando. Noticias de sus amigos de Nueva York, de los días pasados en una playa cercana a Boston, de las invitaciones pendientes para cuando regresaran, de las inversiones en marcha realizadas en la acería.

Su padre guardaba silencio aburrido por el parloteo de su mujer. Marvin esperaba que fuera él quien cortara el monólogo.

—Bien, querida, ¿no crees que es Marvin quien nos debe contar lo que ha hecho en este tiempo? Hace mucho que no le vemos.

—Tienes razón... después de que le hirieran en España. ¡Qué horror! Aún recuerdo el disgusto que tuvimos... Menos mal que pudimos llevarte a Nueva York... Pero luego, en cuanto te recuperaste, te volviste a París. Hijo... yo... no quiero pensar en lo que te sucedió en España. Pudiste perder la vida y, al fin y al cabo, ¿a ti qué te importaba esa guerra? Aunque debo reconocer que tus mejores poemas son los que has escrito sobre esa guerra.

—Sí, monsieur Rosent dice que mis mejores poemas son de aquellos días.

—Sí, sí... tu editor... Fue una suerte que ese editor francés te incluyera en esas dos antologías de jóvenes poetas que, como sabes, he regalado a todas nuestras amistades. Nos sentimos muy orgullosos de ti, Marvin, ya lo sabes. Pero dime, ¿por qué no has vuelto a publicar otros poemas?

—He perdido la inspiración, madre. Por eso regresé a España.

—¿Por eso, hijo?

Rose Brian miró a su hijo y él no aguantó la mirada. Le conocía demasiado para poder engañarla. Su madre era inteligente, mucho, y aunque procuraba no hablar de lo que le sucedió en la guerra española, ella sabía que las heridas del cuerpo habían podido cicatrizar pero no las del alma.

—Entonces ¿no has vuelto a escribir poesía? —preguntó su padre, más por cariño que por interés.

—Apenas unas líneas que merezcan la pena, padre.

—Suele suceder cuando alguien ha sufrido un trauma. No debes preocuparte. Un día verás que la poesía vuelve a fluir dentro de ti. Pero no la busques, déjala que sea ella quien salga a tu encuentro —dijo su madre con rotundidad.

—Nos gustaría que volvieras a Nueva York. Te necesito, hijo. Tengo nuevos proyectos —intervino su padre, deseando llevar la conversación a cuestiones más prácticas.

—Ya sabes que no me interesan los negocios, para eso tienes a Tommy.

—Tu hermano es muy joven, aún no ha terminado los estudios.

—Pero ya trabaja contigo.

—Bueno, yo no diría tanto, sólo que quiero que vaya conociendo la empresa.

—Papá, no tengo pensado volver a Nueva York, al menos por ahora.

—Pero, hijo...

—Déjale, Paul, Marvin tiene derecho a elegir su propio camino. Él no es como tú ni como Tommy.

—¿Y cómo somos nosotros? —preguntó Paul J. Brian enfadado mirando a su mujer.

—Pues... ¡magníficos!, pero estáis hechos de un *acero* diferente al de Marvin. Tienes que asumir que a nuestro hijo no le interesan ni la acería ni los negocios.

—¿Y de qué va a vivir? —respondió Paul airado.

—Mientras yo tenga lo que tengo, es decir, un buen puñado de acciones en la acería y una cartera de inversiones satisfactoria, no tendrá que ocuparse de nada que no sea escribir. Tenemos mucha suerte de tener un hijo poeta —respondió Rose.

—¿No crees que debería ganarse la vida él solo?

—Tú no comprendes nada, Paul, porque no te gusta leer, y menos poesía. Cada persona nacemos con un talento distinto, da gracias a Dios de que tengamos dos hijos con virtudes diferentes. Tommy será un buen hombre de negocios y Marvin, un gran poeta. Aceptémoslos como son.

—No soporto estas discusiones —terció Marvin—. Si vamos a seguir así me marchó.

—¡Vaya!, en cuanto se habla de algo que no te gusta o no te conviene das la espantada —le recriminó su padre.

—No quiero que mamá y tú os peleéis por mi culpa. Pero seguramente tienes razón y debo ganarme la vida sin que tengáis que mantenerme. No es justo que Tommy estudie y trabaje y yo...

—Y tú seas un poeta extraordinario —afirmó Rose.

—Sólo he publicado un par de poemas...

—Que han sido elogiados por la crítica tanto en Francia como en Estados Unidos. Mira, hijo, Dios te ha dado un don, el don de hacer con las palabras poesía y tocar el alma de las personas. No desperdicies ese don. Sería un pecado.

Marvin cogió la mano de su madre y la apretó entre las suyas. La sabía incondicional, la roca sólida e inamovible sobre la que siempre podía descansar.

—Gracias, mamá.

—No me des las gracias, hijo, pero sí me gustaría que vinieras un tiempo a Nueva York o al menos que no alargases tanto tus visitas. Te echo de menos y ahora no es fácil venir a Europa con lo que está pasando.

—Sí, nadie sabe lo que va a pasar con esta guerra en Europa —intervino Paul J. Brian intentando rebajar la tensión con su hijo y uniéndose a la nueva deriva de la conversación.

—Es la única opción decente. Luchar contra Hitler. Sólo espero que nuestro país también intervenga —le interrumpió Marvin.

—¿No serás comunista? —preguntó su padre alarmado.

Marvin se encogió de hombros. En realidad sabía lo que no era, pero no lo que era.

—¡Qué tonterías dices, Paul! Claro que Marvin no es comunista, pero nadie en su sano juicio apoyaría a ese ser ridículo que es Adolf Hitler. Churchill ha hecho lo que hay que hacer. Lo primero es derrotar a Alemania y para ello son necesarios los soviéticos. Luego, cuando Alemania haya dejado de ser un peligro, Churchill y Stalin volverán a ser enemigos.

—Vaya lección de estrategia política que nos acabas de dar —respondió Paul admirado por la perspicacia de su esposa.

—No digo más que cosas obvias, querido.

—Pero Marvin no ha respondido a mi pregunta —insistió Paul J. Brian.

—No sé qué decirte... Si me preguntas qué pienso de las condiciones de los trabajadores aquí en Europa y también en Estados Unidos, te diré algo que ya sabes, que las cosas no son fáciles para ellos, que a la mayoría los explotan, que cada centavo que ganan lo pagan con creces con su trabajo, que unos pocos son ricos gracias al trabajo mal remunerado de sus obreros, y no me parece justo que carezcan de derechos, ni que malvivan en barrios dejados de la mano de Dios. Los comunistas reivindican la dignidad de los trabajadores, y si me preguntas si estoy de acuerdo con eso, te diré que sí. Pero también sé cómo son, los he conocido en España y ese «hombre nuevo» del que hablan no lo he visto por ninguna parte. Pero quizá es que la naturaleza del ser humano es la que es y por tanto he visto a algunos de esos «hombres nuevos» haciendo cosas tan horribles como las de los hombres a los que combaten. ¿Sabes, padre?, creo que lo que de verdad cuenta no es lo que uno diga que es sino cómo se comporta. Así que no

importa qué etiqueta quieras ponerme, sino cómo soy con mis semejantes.

Guardaron silencio durante unos segundos y fue Rose la que cogió la mano de su hijo y la apretó mientras le miraba orgullosa.

—Ten la seguridad de que nosotros procuramos lo mejor para nuestros obreros —le respondió su padre.

—No se trata de que tú seas un buen patrón, se trata de que ellos tengan unos derechos que estén por encima de la clase de patrón que tengan. Ésa es la cuestión —sentenció Marvin.

—No creas que nuestros sindicatos no se ocupan de lo que sucede en las fábricas.

—Lo sé, papá, lo sé, pero pienso que a veces no es suficiente.

—Nuestro hijo no es comunista, Paul, simplemente no soporta la injusticia.

Aquella noche Marvin pensaba sobre todo en sí mismo. Se sabía un privilegiado. Alguien que podía fantasear sin preocuparse de cuánto dinero llevaba en el bolsillo porque siempre estaría lleno. Su madre se ocupaba de ello. Pero ¿cómo sería realmente si tuviera que trabajar en una fábrica de la mañana a la noche? ¿Se apiadaría de sus compañeros o competiría con ellos por lograr un centavo más? ¿Se enfrentaría a sus superiores o bajaría la cabeza para ganarse su confianza? ¿Maldeciría su situación o se conformaría con ella? ¿Qué sería capaz de hacer para subsistir? No, en realidad no sabía qué clase de hombre era, lo único que sabía de sí mismo era que le resultaba insoportable la angustia por la herida que le había marcado el cuerpo y el alma en la guerra de España.

Había decidido no regresar a Nueva York con sus padres. Sabía que eso provocaría dolor a su madre, que ansiaba tenerle cerca una temporada, pero no se sentía capaz de sumergirse en la nada de la vida que en Nueva York le esperaba. No sabía qué clase de hombre era, pero si alguna posibilidad tenía de saberlo era continuando allí, en aquella Europa que se estaba desangrando en una guerra que, en caso de que la ganara Alemania, cambiaría la faz de la Tierra.

Cuando les dijo que pensaba volver a Francia, a su padre se le torció el gesto y

a su madre se le emborronó la mirada, pero ninguno de los dos le contrarió. Habría sido inútil.

—Pero los alemanes están en París —le recordó su madre.

—Soy norteamericano, los alemanes no tienen nada contra nosotros —respondió con firmeza para disipar las brumas de angustia de su madre.

—Roosevelt no podrá seguir mirando hacia otro lado, ésta no es sólo una guerra entre europeos, hay en juego valores. Tú mismo has dicho antes que ojalá Estados Unidos entre en guerra contra Alemania —afirmó su padre.

—En la guerra de España también estaba en juego algo más que los problemas de los españoles —replicó Marvin.

—Hijo, tienes que olvidarte de España, de todo lo que te sucedió allí —le pidió su madre.

—Sabes que es imposible. No puedo, madre, tú sabes que no puedo.

—Entonces ¿cuándo piensas marcharte? —quiso saber su padre.

—Me quedaré un par de días con vosotros aquí en Londres, luego iré a Suiza y desde allí a París.

—Podríamos ir contigo —sugirió Rose.

—Por mí no hay inconveniente. Podéis quedaros en mi casa, tengo una habitación de invitados. No es muy grande pero creo que os sentiréis cómodos.

—Buena idea —aceptó Paul.

París parecía ignorar a los alemanes que ejercían como sus dueños. La ciudad estaba decidida a seguir viviendo.

Paul y Rose Brian se instalaron en el piso de Marvin en la rue de la Boucherie. No era muy grande, tres habitaciones, una cocina, un salón y un baño, pero era luminoso y tenía un aire bohemio que encontraron muy parisino, tal y como esperaba Rose.

El portero había guardado la correspondencia de Marvin y, cuando se la entregó, le sobresaltó ver una carta con matasellos de España.

Hacía más de un mes que se había marchado de Madrid y en ese tiempo no había dejado de pensar en lo absurdo de su última estancia. Eulogio había sido muy generoso abriéndole su casa y su madre, Piedad, había hecho lo imposible por que se sintiera cómodo en aquella buhardilla llena de humedad sin apenas espacio para disfrutar de la más mínima intimidad.

En cuanto ayudó a sus padres a instalarse en la habitación de invitados, se encerró en uno de los cuartos que hacía de despacho para leer la carta. No se había fijado en el remitente y le sorprendió ver escrito el nombre de Catalina Vilamar.

Mi querido Marvin:

Sé que es un atrevimiento llamarte así, pero dadas las circunstancias creo que puedo hacerlo.

Espero que la noticia que tengo que darte, más allá de la sorpresa inicial, te produzca alegría.

Estoy embarazada. Voy por la tercera falta. Me quedé embarazada en mayo, el día del cumpleaños de Antoñito, allí en la Pradera de San Isidro. ¿Te acuerdas de lo que pasó? Estoy segura de que fue ese día porque yo no he tenido ninguna relación con nadie en ninguna otra ocasión, así que sólo pudo ser entonces. Sé que te acuerdas y por eso te escribo, porque creo que debes saberlo. ¡Fuiste tan bueno conmigo aquella noche! Perdí la cabeza porque no estoy acostumbrada a beber, pero creo que sabes que no soy una chica fácil.

Puedes imaginar el disgusto de mis padres. No se lo puedo reprochar.

Me dijiste que estarías encantado de que fuera a París, pues bien, no quiero forzarte a nada ni comprometerte, pero ¿podría ir? Quizá puedas mandar una carta a mis padres diciéndoles que me esperas en París o venir a buscarme, lo que te sea menos gravoso. Es que mi situación aquí es muy difícil, no puedo tener un hijo siendo soltera. Mis padres han decidido que cuando nazca el niño lo entregaremos a alguna familia o a la inclusa. Si tengo que hacerlo se me partirá el corazón. Pero confío en ti, sé que puedo contar contigo, que no me dejarás abandonada a mi suerte porque eres bueno y honrado.

Siento convertirme en un problema, pero si no acudo a ti, ¿a quién puedo hacerlo?

Quedo a la espera de tus noticias, pero, por favor, ¡no tardes!

Tuya afectísima,

CATALINA VILAMAR

Leyó la carta dos veces. Sentía simpatía por Catalina Vilamar, pero no hasta el punto de hacerse responsable de ella. Lo que menos necesitaba él era asumir

problemas de otros, bastante tenía con los suyos. Sabía que su actitud podía ser tachada de egoísta, pero no estaba en disposición de hacer frente al problema de Catalina, que se había comportado de manera atolondrada aquella noche en la Pradera de San Isidro. Que asumiera ella las consecuencias.

Eulogio le había advertido que Catalina se había enamorado de él, lo que había provocado que Fernando dejara de frecuentarle. Según Eulogio, Fernando estaba enamorado de Catalina.

Pensó que todo aquello era una nimiedad que en nada le concernía. Le escribiría para decirle que de momento no podía invitarla a visitar París, que quizá más adelante. O mejor aún, no respondería a la carta, como si no la hubiera recibido nunca. Al fin y al cabo, no tenía ningún vínculo especial con Catalina, no se sentía obligado con ella.

Rompió la carta. Asunto terminado.

A quien sí pensaba escribir era a Eulogio. Le sentía como el más leal de los amigos. Lo había sido en el Frente aquel día fatídico en que los nacionales los rodearon. Quizá no regresara nunca a España, pero aunque no lo hiciera, estaba dispuesto a mantener viva la amistad con Eulogio. Pensó en comprar algo para enviarle, quizá habanos de verdad. También compraría algo para Piedad. La madre de Eulogio le había cuidado como si fuera su propia madre. Medias, sí, compraría un par de medias y también un pañuelo o una blusa. Seguro que le gustarían.

Un par de días después, mientras sus padres visitaban a unos amigos, fue a ver a su editor a la rue des Rosiers, situada en el distrito IV, en Le Marais.

Monsieur Rosent tenía bajadas las persianas de la pequeña librería que regentaba, donde, en la parte de atrás, tenía su despacho. Editaba aquellos libros de poesía que le conmovían el corazón y sus jóvenes autores recurrían a él porque no habían encontrado ningún editor que quisiera correr con el gasto de la edición. Su actitud altruista le había llevado a editar algunos poemarios que

habían tenido éxito y aquellos poetas se mantuvieron leales a él rechazando la invitación de editoriales prestigiosas. Esa fidelidad había hecho posible que la colección Rosent contara con algunos de los mejores poetas de la época.

Marvin llamó a la puerta y esperó impaciente hasta escuchar los pasos temblorosos de monsieur Rosent.

—Pasa, hijo, pasa, me alegro de volver a verte.

—¿Se encuentra bien, monsieur Rosent? Me ha extrañado que a esta hora tuviera las persianas bajadas...

—Procuro no llamar la atención, en realidad es un intento inútil ya que los alemanes tienen especialmente vigilada esta parte de la ciudad donde vivimos tantos judíos. Ese capitán Dannecker se ha convertido en nuestro peor enemigo.

—¿Dannecker? ¿Quién es?

—Un oficial de las SS, encargado del «problema judío» del que hablan algunos periódicos. Has llegado en mal momento, Marvin, a los judíos nos están deportando. Quién sabe cuándo me tocará a mí.

—¡Pero es absurdo, usted es francés!

—Sí, soy francés, un judío francés, y eso es lo que cuenta para ellos. Algunos judíos se marcharon de París cuando nos invadieron los alemanes, pero después del armisticio muchos se confiaron y regresaron a sus hogares. Una decisión equivocada en vista de lo que está sucediendo. Se han llevado a muchos judíos a los campos de Pithiviers y a Beaune-la-Rolande.

—¿Y usted? ¿Por qué no se ha marchado? Debe irse cuanto antes; si necesita ayuda, sabe que puede contar conmigo.

—Gracias, hijo. Hasta ahora me resistía diciéndome que soy demasiado viejo para huir, pero ahora sé que cualquier día llegarán los hombres del capitán Theodor Dannecker y entonces...

—¡Le llevarán Dios sabe dónde!

—Sí, así será. Pero siéntate, tengo un poco del té que te gusta. Calentaré agua para prepararlo.

Hablaron durante toda la tarde. Primero de lo que estaba pasando en París y

después de poesía. Marvin le entregó un sobre con unos cuantos poemas que monsieur Rosent leyó atentamente.

—¿Es todo lo que has escrito desde que te fuiste a España? —le dijo mirándole fijamente cuando terminó de leerlos.

—No puedo escribir, no sé escribir, las palabras han dejado de fluir, no soy capaz de encontrarlas.

—Estos poemas... no están a la altura de los que has escrito anteriormente y tú lo sabes, ¿verdad?

—Sí... lo sé... Ya se lo he dicho, no puedo escribir.

—Tienes que acompañar tu dolor, tus sentimientos, tus ideas a las palabras sin permitir que sea el dolor el que anule la capacidad de expresarte.

—Puede que nunca vuelva a ser capaz de escribir poemas como los que usted incluyó en esas dos antologías de poetas jóvenes.

—¡Ah, también es eso! Suele pasar. Muchos autores temen no ser capaces de estar a la altura de aquello que escribieron anteriormente y fue alabado por la crítica y los lectores. Creía que a ti no te pasaría. Si empiezas a preocuparte por gustar a los demás entonces fracasarás. Tienes que ser fiel a ti mismo, a lo que sientes, a lo que quieres decir. Si a los demás les gusta, mejor; pero si no es así, a ti no debe inquietarte. No dejes que te devore la vanidad del éxito porque entonces fracasarás en lo más importante, que es dejar que las palabras fluyan buscando su propio significado unas junto a otras.

—Usted sabe lo que me sucedió en España...

—Sí, y no creas que no comprendo tu sufrimiento, pero ese dolor te debería hacer mejor poeta y no paralizarte por miedo al fracaso.

—No he vuelto a ser el mismo.

—No puedes serlo, pero tendrás que vivir con las heridas del cuerpo y del alma que trajiste de la guerra. No tenemos poder sobre el pasado, Marvin, y lo sucedido no tiene vuelta atrás.

—¿Sabe cuántos sueños se han truncado? Nunca podré tener una vida como los demás.

—¿Y por qué tu vida ha de ser como la de los otros? Deja de compadecerte, de lamentarte por lo que no está en tu mano poder cambiar. Amas la poesía y ella puede ser la mejor compañera de tu vida y regalarnos a los demás las palabras que vuelan sobre el alma dejando una huella tibia.

—Entonces...

—Vuelve a escribir y guarda estos poemas.

—Lo haré.

—Sólo espero que vuelvas con tus poemas antes de que vengan a por mí. Me haría muy feliz editar un poemario sólo con tus poesías, aunque no sé si me dará tiempo, al menos aquí en París. Tengo una hija, Sara, ya la conoces. Se casó poco antes de que comenzara la guerra y se marchó con su marido a Egipto, a Alejandría. También él es editor. En realidad tiene una librería y una editorial en el corazón de Londres, y una sucursal en Alejandría. Es medio judío, de padre británico y madre judía nacida en Alejandría, pero de ascendencia griega. Sara quiere que vaya a vivir con ellos y que siga editando libros.

—¿Lo hará? —preguntó Marvin, preocupado por la suerte que pudiera correr su viejo editor.

—No lo sé. Tengo amigos que me insisten en que debo irme ya. Incluso han preparado el viaje, pero aún me resisto. ¿Qué puedo hacer yo en Alejandría?

—Dicen que es una ciudad muy hermosa —afirmó Marvin.

—Sí, mi pequeña Sara asegura que allí la luz es única.

—Si se va... bueno, quizá podría acompañarle.

—¿Por qué? —preguntó Rosent, intrigado por la propuesta.

—Quizá necesito salir de Europa, alejarme de lo que está pasando aquí. La guerra se extiende como una mancha de aceite.

—Egipto está bajo el control británico, pero dicen que el rey Faruk es simpatizante de Hitler —susurró Rosent.

—Aun así, creo que iré. Nunca he viajado por Oriente.

—Marvin, el mundo está en guerra, y la guerra también se libra en Egipto.

—Puedo acompañarle. Si decide ir, lo haré.

Cuando terminó la visita a su editor, Marvin salió a cenar con sus padres; no podía negarse, y tampoco quería desairarles, sobre todo para no añadir más preocupación a su madre. Así que disfrutó de la cena en Maxim's, a pesar de la repugnancia que sentía al ver desfilar a aquellos oficiales alemanes con algunas mujeres a las que exhibían como si fueran trofeos.

—Míralos... cuánta arrogancia —susurró su padre.

—Son los amos de París y su comportamiento no deja lugar a ninguna duda —respondió su madre.

—Pero esas chicas... —Su padre parecía molesto.

—Vamos, Paul, no seas puritano, hace falta mucho valor para enfrentarse al Ejército vencedor —contestó su mujer.

En cuanto llegaron al apartamento, Marvin se fue a su habitación ansioso por escribir. La conversación con monsieur Rosent le había devuelto el deseo de perderse en la magia de las palabras que se convertían en poesía.

Escribió durante toda la noche. Rompió muchas cuartillas, otras las guardó con cuidado en una carpeta, ansioso por regresar a la librería Rosent para recibir el visto bueno del viejo editor.

A pesar de los alemanes, París seguía siendo la ciudad más hermosa del mundo en aquel final del verano de 1941.

La presencia de sus padres no le incomodaba, pero sintió cierto alivio cuando se marcharon. Su madre se quejaba de la presencia ominosa de los nazis. En cuanto a su padre, cada día que pasaba estaba más seguro de que a Estados Unidos le resultaría imposible mantenerse neutral, sobre todo después de que el 22 de junio Alemania hubiera invadido la Unión Soviética.

Marvin se enfrascó en sus nuevos poemas. Escribía, rompía lo escrito, volvía a empezar y de cuando en cuando se sentía satisfecho de un verso que repetía en voz alta para convencerse del poder de su sonoridad.

Se llegó a olvidar de monsieur Rosent e incluso de que París era una ciudad ocupada. Pero la realidad se impuso la noche en que el editor se presentó sin avisar en su apartamento.

—Siento presentarme sin anunciarme, pero no podía esperar.

Marvin le invitó a pasar preocupado por la palidez y el nerviosismo del anciano.

—Siéntese, le traeré algo de beber...

—No tenemos mucho tiempo. Necesito que me hagas un gran favor. Quiero que me compres la librería, que te quedes con mi negocio de edición. No, no te lo pido porque necesite dinero, sino para salvar esas cuatro paredes que han estado al servicio de la poesía.

—Yo... bueno, no sé... no comprendo.

—Sabes que a los judíos nos están confiscando nuestros bienes. Yo ya he recibido una notificación. No soportaría que mis libros terminaran en manos de los nazis. Mi abogado, monsieur Dufort, ha preparado este documento que si lo firmas, lo registrará ante el notario; por él la tienda pasa a ser de tu propiedad, así como todos los libros y originales que se encuentran en ella. Tú eres norteamericano, a ti no te lo podrán quitar. La cantidad es simbólica, ni siquiera tienes que pagarme. Sólo te pido que conserves mi pequeño mundo por si algún día... Puede que algún día esta guerra termine y Sara y su marido regresen. Es mi única hija y ama la poesía tanto como yo... Tú eres un hombre honrado y sé que puedo depositar en tus manos todo lo que tengo. Sálvalo, Marvin, te lo ruego.

Ni siquiera leyó el documento. Lo firmó. Monsieur Rosent suspiró aliviado.

—Ahora sólo tienes que hacer valer que eres el propietario —le dijo mientras le tendía la mano.

—Pero ¿y usted?

—Unos amigos me van a esconder. Van a llevarme a Vichy y de allí a Niza, si es que aún es posible. Pero tú tienes que ir a la tienda y coger todos los manuscritos que están preparados para editar. Edítalos, y si no pudieras hacerlo, entonces llévaselos a Sara; ella y su marido lo harán. Son poemas que merecen ver la luz.

—Iré con usted a Niza... Allí podrá seguir editando —respondió Marvin

abrumado por la situación.

—No soy la mejor compañía... un judío... No, salva los poemas, salva los libros, salva la tienda... Es todo lo que te pido. En este papel te he anotado la dirección de Sara. Yo ya no volveré a editar ningún libro. ¿Cuánto tiempo crees que los nazis tardarán en terminar de hacerse con el resto de Francia? La Zona Libre no es tal. Pétain es un títere en manos de Hitler por mucho que tantos franceses prefieran ignorarlo. En cuanto a esta ciudad, mi querida ciudad... ya ves, muchos parisinos parecen querer ignorar que han dejado de ser libres y ríen y beben como si los nazis sólo fueran parte del paisaje. ¡Qué decepción!

—Permítame ayudarle...

—Ya lo estás haciendo.

—Tengo que pagarle por la librería. Mañana iré al banco.

—He puesto una cantidad en el documento, pero no quiero que me des ni un solo franco. En realidad no te la vendo sino que te hago depositario de ella hasta que Sara pueda regresar.

—Pero...

—Sé que me estás haciendo un gran favor y que no tengo derecho a pedírtelo, pero confío en ti, eres mi última esperanza.

Monsieur Rosent le abrazó y después se marchó. Marvin tardó un buen rato en reaccionar. No sabía qué sentir, ni qué pensar ni qué hacer, sólo le quedó llorar.

Cuando dominó el llanto se puso a escribir una carta. Necesitaba compartir con alguien su angustia y lo que pudiera ser de su destino, así que escribió a Eulogio. El destino le había unido para siempre a su amigo español. Habían estado en el mismo Frente y ambos sabían de las cicatrices que cruzaban el alma del otro.

Madrid

Fernando esperaba impaciente a que terminara la misa de ocho. Era domingo y Catalina había salido a primera hora para acercarse a la iglesia de la Encarnación a escuchar misa. A esa hora no había tantos feligreses. No es que el embarazo se le notara, seguía estando delgada, pero sus padres querían evitar que alguna mirada atenta descubriera los primeros signos.

Hacía días que no la veía. No le permitían salir de su casa y aunque esperarla a la puerta de la iglesia suponía el riesgo de que también estuviera don Ernesto, puesto que era domingo, sabía que no dispondría de muchas otras oportunidades.

Ella confiaba en él y a pesar de lo mucho que le dolía saberla embarazada de otro hombre, la quería demasiado para dejarla a su suerte.

Cuando vio salir a la madre y a la hija se acercó con paso decidido.

—¿Cómo estás? ¿Has tenido noticias de Marvin? —preguntó sin dar tiempo a doña Asunción a emitir una queja por su inesperada presencia.

—Sólo ha pasado una semana desde que le escribí. Pero sé que en cuanto lea la carta vendrá a por mí —respondió Catalina con una sonrisa sin percatarse de que sus palabras herían a Fernando.

—¿Cuándo te vas a casa de tu tía?

—Aún puedo quedarme en mi casa unos días más, pero cuando me vaya recuerda que has prometido ir a verme...

—Lo haré.

—¡Pero de qué estáis hablando! —protestó su madre.

—Fernando es como un hermano para mí, y si no fuera por él no habría podido hacerme con la dirección de Marvin. Ya te he dicho que a Fernando se lo cuento todo y él sabe cómo estoy.

—¡Dios mío, como se entere tu padre! —exclamó doña Asunción asustada.

—Mamá, Fernando sabe que espero un hijo de Marvin, ¿cómo se lo podía ocultar? Confío en él, sé que jamás me haría ningún mal.

—Esté usted tranquila, doña Asunción, sabe cuánto aprecio a Catalina y por nada del mundo la perjudicaría. Si he venido aquí es porque hace varios días que no la veía y estaba preocupado.

—Es que no me dejan salir de casa. Mi padre tiene miedo a que alguien se dé cuenta de que estoy... bueno, de que estoy embarazada.

—¿Podría hablar un momento a solas con Catalina? —preguntó Fernando a doña Asunción.

—No... claro que no... Debe regresar a casa conmigo, si no lo hace, su padre se enfadaría con las dos porque no podría justificar dónde estábamos.

—De acuerdo, entonces hagamos una cosa, vuelvan a entrar en la iglesia y yo iré detrás; me sentaré junto a Catalina y, bajito, podremos hablar.

—No sé... en la iglesia hay gente que os puede ver...

—¿Y qué van a ver?

—Sí, es lo mejor, hablaremos en la iglesia —aceptó Catalina, y sin esperar a su madre se dirigió hacia el templo.

Doña Asunción la siguió protestando y Fernando apresuró el paso.

Sentados en un banco de las últimas filas, lejos del altar, y mientras doña Asunción comenzaba a rezar el rosario, Catalina y Fernando se miraron y contuvieron la risa.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber él.

—Fatal, me paso el día vomitando y ya ves, la cara *se me ha puesto verde*.

—Estás tan guapa como siempre —la piropeó él.

—¡Qué va! Pero qué le voy a hacer. Ya te he dicho que aún estaré en casa

durante unos días más salvo que mi padre decida enviarme antes. Pero ya sabes la dirección; en cuanto puedas, ven a verme.

—¿Crees que tu tía Petra lo consentirá?

—¿Y qué va a hacer? Mira, Fernando, yo no quiero que nadie se entere de cómo estoy y por eso he aceptado ir a casa de mi tía, pero no tengo secretos para ti y ya se lo dije a mi tía cuando fui a verla hace unos días.

—¿Y qué te dijo?

—Que no debería habértelo contado, que cuanto menos gente lo sepa, mejor, que no puedes ir a verme a su casa porque si mi padre se entera se enfadará y eso sería peor para mí, puesto que podría enviarme a un convento... En fin, nada que no esperara que dijera.

—Entonces ¿cómo voy a ir a verte? No me dejará entrar.

—Tú vienes y ya está.

—No seas niña, Catalina, las cosas no se hacen así.

—¿Me vas a dejar sola? No lo soportaré. Creo que al final terminaré escapándome.

—¡No digas eso!

—Entonces prométeme que irás a verme.

—Te lo prometo.

—Muchas gracias, Fernando, y ahora cuéntame cómo va lo de tu padre.

—Tenemos otra cita con el abogado. Ya no sé qué pensar, no quiero desesperarme, sobre todo por mi madre. No sabes lo que está sufriendo. Están fusilando a tanta gente...

—¡Pero a tu padre no le van a fusilar! ¡No ha hecho nada!

—¿Y crees que a los que fusilan es porque han hecho algo? No, Catalina, Franco y los suyos fusilan por venganza. No les basta haber ganado la guerra, quieren que todos sepamos que son implacables, que no habrá piedad para quienes se les han enfrentado. Es la manera de que la gente se resigne, de que no haga nada.

—Tienes que esperar el indulto, seguro que se lo darán.

—No sé... ya no estoy seguro.

—Ven a verme, Fernando, no podré soportar estar sola.

—Te lo he prometido y lo haré.

Catalina le cogió la mano y se la apretó, y él tembló.

Después de hablar con Fernando, Catalina se había quedado preocupada. Le dolía ver a su amigo sufrir por su padre. Si ella pudiera hacer algo...

Fernando salió de la iglesia antes que ellas. Catalina y su madre se quedaron un rato más.

Doña Asunción se preocupó por el silencio en que se había sumido su hija y le preguntó qué le había contado Fernando para dejarla tan perturbada.

—Teme por su padre, lleva mucho tiempo esperando el indulto... Si no se lo dan, no sé qué será de Fernando —se lamentó Catalina.

—Rezaremos por ellos —dijo doña Asunción, convencida en su bonhomía de que las oraciones podían obrar milagros.

—Madre, ¿no podríamos hacer algo? ¿Crees que padre...? Bueno, él conoce mucha gente... Quizá si se interesara por el padre de Fernando...

—No quiero ni pensar cómo puede reaccionar tu padre si te atreves a pedírselo... Está tan enfadado contigo... —se lamentó su madre.

—Pero ¿y si se lo pides tú? Tú no has hecho nada que pueda disgustarle.

—Yo ya se lo pedí y no quiso ni escucharme. No sé, hija, últimamente está irritado por todo y no es fácil hablar con él...

—Quizá papá se lo podría pedir a don Antonio. Es tan de Franco que seguro que tiene mano y puede conseguir que le den el indulto al padre de Fernando —dijo Catalina, convencida de que el tendero bien podría hacer algo por los Garzo.

—No sé...

—¡Por favor! Vuelve a pedírselo a padre —le suplicó Catalina.

—¡Qué cosas me pides! —dijo doña Asunción, temerosa ante la idea de tener que insistir a su marido una recomendación para Lorenzo Garzo.

—¡Prométemelo! —insistió Catalina.

—Bueno... veré si encuentro un momento adecuado.

Cuando Fernando regresó a su casa, a su madre no se le escapó su estado de turbación. Isabel estaba limpiando el polvo a los libros.

—Pues para ser domingo sí que has madrugado —dijo Isabel.

—Me he acercado a la Encarnación para ver a Catalina, su padre no la deja salir de casa.

—No me extraña.

—¡Madre! ¿Es que no puedes apiadarte de su situación?

—No quiero discutir, Fernando, bastantes problemas tenemos nosotros para añadir los de Catalina. Mañana debemos ir al abogado, ¿crees que nos dará buenas noticias? Tengo tanto miedo...

Fernando abrazó a su madre y así estuvieron un buen rato.

Más tarde subió a casa de Eulogio con la esperanza de charlar un poco con su amigo. Le ayudaba a calmar los nervios y siempre se mostraba optimista ante lo que pudiera pasar.

Piedad le abrió la puerta y Fernando se dio cuenta de que tenía los ojos enrojecidos como si acabara de secarse las lágrimas.

—¿Está Eulogio? Bueno, puedo volver luego...

Ella no respondió, pero dejó la puerta abierta para que entrara, al tiempo que se refugiaba en la cocina.

Fernando se quedó unos segundos inmóvil, desconcertado, sin saber si entrar o marcharse; entonces Eulogio se plantó delante de él. Su amigo parecía haber envejecido de repente, como si en un segundo sus veintitantos años se hubieran convertido en cincuenta. Tenía el gesto crispado y la mirada perdida, olía a sudor y se le notaba el cansancio de haber pasado la noche en vela, como tantas otras, guardando el almacén de don Antonio.

—No quiero molestar, venía a ver si echábamos un cigarro, pero...

—Espera, que me pongo una camisa y te acompaño.

—No... no es necesario... luego quizá...

Eulogio le había dejado con la palabra en la boca y se metió en su cuarto; al

pronto apareció abrochándose la camisa. Salieron de la buhardilla sin despedirse de Piedad.

—Vamos.

Al llegar al portal Eulogio sacó tabaco. Caminaron en silencio un buen rato el uno al lado del otro aspirando el humo de los cigarrillos. Eulogio parecía perdido en sí mismo y Fernando no se atrevía a romper el silencio de su amigo.

Cuando llegaron a la plaza de Santo Domingo, Eulogio, antes de empezar a hablar, carraspeó.

—Estoy jodido. Le he dado un puñetazo a Prudencio, el hermano de don Antonio.

—¿A Prudencio? Pero ¿por qué? —preguntó Fernando extrañado.

—Es un hijo de puta.

—Ya sabemos que don Antonio y su hermano son como son.

—Dos miserables.

—Sí —admitió Fernando, intuyendo la respuesta y sin atreverse a insistir por el motivo del puñetazo.

—¿A ti te han dicho que mi madre... que mi madre se entiende con don Antonio?

Fernando se quedó callado por la impresión que le producía la pregunta.

—Así que te lo han contado —concluyó Eulogio.

—No... no... pero ¡qué cosas dices! Es que me has dejado de una pieza. ¿Cómo se te puede ocurrir decir algo así?

—Dime la verdad, Fernando... No puedo soportar haber estado haciendo el ridículo trabajando para ese fascista, que además de dejarnos sin casa... ¿Cómo ha podido mi madre liarse con ese desgraciado?

—¿Es que vas a hacer caso a una habladuría? Mira, yo no sé qué es lo que te ha dicho Prudencio, pero un tipo así no merece ningún crédito.

—Anoche se presentó en el almacén con una mujer, te puedes imaginar qué clase de mujer. Estaba bebido, pero no hasta el punto de estar borracho. Me dijo que había quedado con unos amigos y que quería llevar unas cuantas botellas,

pero como no tenía en casa se las iba a llevar del almacén. Le dije que no se podía llevar nada sin el permiso de don Antonio. Me replicó que todo lo que había en el almacén le pertenecía, que sin él su hermano no sería nada ni tendría nada. En eso tiene razón, pero aun así le respondí que yo era responsable del almacén y que de allí no podía salir una caja de vino y otra de licor sin el consentimiento de don Antonio. Se puso chulo, supongo que quería impresionar a la puta que le acompañaba, y dijo que se iba a llevar lo que le viniera en gana puesto que todo lo que había en el almacén era suyo. La puta le empezó a jalearse diciéndole que no se dejara avasallar por un tullido como yo. Entonces me revolví y le dije que cerrara el pico. Eso la encendió y reclamó a Prudencio que me pusiera en mi sitio o ella se marchaba. Prudencio me ordenó que me disculpara y yo me reí. «¿Disculparme con ésta? ¡Quia!» Ella se puso a gimotear diciendo que no la estaba tratando como a una señora y que si Prudencio lo consentía, ella no tenía nada que hacer allí. Yo ya me cabreé y le dije que allí no había ninguna señora. De repente Prudencio se plantó ante mí y me dijo: «Oye, chico, tú de putas debes de saber mucho porque más puta que tu madre no hay nadie en el barrio, así que no te pases faltando a esta señora, y arreando, llévame al coche las cajas que te he pedido». Le di un puñetazo y cayó encima de un saco de patatas. Se levantó furioso dispuesto a devolverme el golpe. La puta se puso entre los dos llorando. Prudencio estaba rojo de rabia y me dijo... me dijo que yo era un mierda, un tullido que no servía para nada y que si su hermano Antonio no se estuviera «trajinando» a mi madre estaríamos muertos de hambre. Me tachó de inútil desagradecido y juró que puesto que mi padre había combatido por la República y yo era otro rojo de mierda, me iba a mandar a la cárcel, que es donde los rojos tienen que estar antes de ir al paredón. Así que aparté a la puta, le aticé otro puñetazo y me marché. He estado toda la noche por ahí, en la calle, sin saber qué hacer. Tenía miedo de preguntar a mi madre, de que me dijera... de que me dijera la verdad.

Eulogio sacó otro cigarrillo y lo encendió mientras Fernando intentaba buscar palabras que tuvieran algún sentido en aquella circunstancia. Claro que había

oído murmurar sobre Piedad y don Antonio. Siempre había gente maledicente dispuesta a sembrar cizaña juzgando comportamientos ajenos.

—¿Lo sabías, Fernando? Dime la verdad... No soporto pensar que todos sabíais lo de mi madre y don Antonio... todos menos yo... ¡Cuánto os habéis debido de reír de mí!

—¡Cómo se te ocurre decir eso! ¿Reírse? ¿Quién y por qué va alguien a reírse de ti? Yo no sabía nada, Eulogio, porque no escucho a los miserables, sólo sé que tu madre es una buena mujer que ha sufrido lo suyo al perder a su marido, a tu padre, en esta guerra maldita y que se ha sacrificado para salir adelante. Tu padre era un hombre de letras, lo mismo que el mío, y en tu casa nunca faltó de nada, como tampoco faltó en la mía. Y ahora tu madre y la mía aceptan cualquier trabajo para subsistir, y ya las ves, la mía quitando la mierda en casa de unos franquistas y la tuya cosiendo y limpiando en un taller. ¿Y don Antonio? Ese miserable os obligó a vender vuestro piso, y lo mismo nos acecha ahora a nosotros para que vendamos el nuestro por cuatro pesetas y luego revenderlo a sus amigos.

—Pero ¿tú lo sabías, Fernando?

—¡Saber el qué! Te digo que a mí no me importa ni escucho lo que dicen de los demás, y mucho menos de lo que puedan decir de la gente a la que quiero y respeto.

—Fernando, tú estabas al tanto ¡y no me has dicho nada! Has permitido que hiciera el ridículo.

—¡Por favor, Eulogio, deja de pensar en qué dicen o dejan de decir los demás!

—Se lo he preguntado a mi madre y no ha tenido el valor de mentirme, pero no ha querido darme más explicaciones. ¿Cómo ha podido hacer algo así? ¿Tan poco vale su dignidad?

—¡No juzgues a tu madre! No tienes ningún derecho. Anda, vamos a casa, tienes un aspecto lamentable. Asíate un poco, descansa y no des disgustos a tu madre.

—No volveré al almacén.

—Tú sabrás lo que debes hacer... Pero pegar a Prudencio no sé si ha sido una buena idea.

—¿Tú no lo habrías hecho?

—Sí, si alguien faltara a mi madre yo habría hecho lo que tú —admitió Fernando.

Dieron marcha atrás en silencio. Fernando preguntándose cómo podía aliviar el dolor y la rabia de su amigo, y Eulogio perdido en el desasosiego que provoca la incertidumbre.

Subieron la escalera y al llegar al piso de Fernando, antes de que les diera tiempo a despedirse, Isabel abrió la puerta.

—Os he visto llegar por el balcón. Entrad los dos —les conminó con el gesto serio.

Eulogio quiso disculparse, no tenía ganas de hablar con nadie y menos con Isabel. Pero la madre de Fernando no le dio oportunidad de protestar.

—Eulogio, he visto a tu madre y hemos estado un buen rato hablando.

Confuso, él no respondió.

—Subí a la buhardilla a pedirle una pizca de sal y la encontré llorando. Me ha contado lo sucedido y tengo que decirte que has hecho bien dando un puñetazo a Prudencio. Se lo merecía.

Fernando se sorprendió ante la afirmación de su madre, ya que la sabía comedida y pacífica.

—Pero lo que no has hecho bien es en juzgar a tu madre. No tienes derecho a hacerlo. Todo lo que ella ha hecho, todo, lo bueno y lo malo, ha tenido siempre un único objetivo: protegerte.

—Perdone, doña Isabel, pero preferiría no hablar sobre mi madre... Nuestras cosas nuestras son y a nadie le competen.

—Tienes razón, me estoy metiendo en vuestras cosas, pero mira, si lo hago, es por el afecto que os tengo. Aún eres joven, Eulogio, por más que hayas combatido en la guerra. Tu madre ha sufrido por haber perdido a tu padre en el Frente. Se ha quedado sola, viuda y con un hijo señalado por rojo. Un hijo al que

le devolvieron malherido. Esta maldita guerra nos ha quitado nuestras vidas, las que teníamos. Tú querías ser pintor, ¿recuerdas? Tu padre se sentía muy orgulloso de ti, convencido de que lo conseguirías. Ese sueño te lo han robado. Pero lo que tu madre no quiere que te roben es la vida. Sabes que mucha gente del barrio era republicana como nosotros y que, como nosotros, ahora guarda silencio por temor a perder no ya lo poco que nos queda, sino la vida. Es lo único que nos queda por perder.

—Madre, creo que Eulogio tiene razón y no deberías meterte en sus cosas — la interrumpió Fernando.

—Es que no soporto las injusticias —se defendió enfadada Isabel.

—Ya... pero si a usted no le importa, subiré ahora a mi casa —alcanzó a decir Eulogio.

—Pues sí, sí que me importa. Vas a escuchar lo que te voy a decir. Muchos de los que han ganado la guerra no dejan de acusar de rojos a sus vecinos. Tu madre se vio obligada a vender vuestra casa y a aceptar la buhardilla donde ahora vivís. Pero eso no ha sido lo peor para ella, sino haber tenido que aceptar el chantaje del miserable de Antonio Sánchez que no ha dejado de amenazarla con que te iban a llevar a la cárcel si no se avenía a sus deseos, y ella se resistió con todas sus fuerzas. Pero para lo que no ha tenido fuerza es para permitir que el tendero, por su afán de venganza, moviera los hilos de sus amistades y un día te vinieran a detener. ¿O no lo recuerdas? No hay madre que no haga lo que sea por salvar a un hijo. Es más, escucha bien lo que te voy a decir, Eulogio: si para sacar a mi marido de la cárcel tuviera que acostarme con el mismísimo Franco, lo haría.

—¡Madre! —gritó Fernando, escandalizado por la afirmación de Isabel.

—Señora..., ¡qué cosas dice! —exclamó Eulogio incómodo.

—Pues así es —respondió Isabel sin vacilar.

—La dignidad vale más que la vida y no vale la pena vivir una vida sin dignidad —afirmó Eulogio alterado.

—¿Sabes, Eulogio?, tu madre, lo mismo que yo, lo mismo que tantas otras mujeres, somos eso, sólo mujeres, seres humanos comunes, aunque quizá nuestra

heroicidad en estos tiempos consista en manteneros vivos aunque para eso tengamos que pagar un precio muy alto, incluido el que tú denominas «nuestra dignidad». Sí, es más heroico como hizo Guzmán el Bueno, tirar el propio cuchillo para que degüellen a tu hijo delante de tus ojos, pero ninguna madre entregará su cuchillo para que le arrebaten la vida de su hijo. Yo no lo haría, Eulogio. Prefiero arder en el Infierno antes de que a Fernando le pueda pasar algo. No me he visto en ese trance, pero tu madre sí y ha hecho lo que tenía que hacer. Los hombres les dais demasiada importancia a algunas cosas porque os creéis que los cuerpos de las mujeres son de vuestra propiedad.

—¡Por Dios, madre, déjalo ya! —le pidió Fernando, espantado ante las cosas que estaba oyendo.

Pero Isabel no le escuchaba. Miraba a Eulogio fijamente, impidiéndole que bajara los ojos.

—La dignidad de tu madre no está entre sus piernas, sino en el comportamiento honrado de toda su vida; está en el amor que ha profesado y profesa a tu padre, está en su sacrificio para salvarte. Ahí está su dignidad. Un hombre como Antonio Sánchez no puede quitar ni una brizna de dignidad a tu madre. Es él quien se muestra indigno aprovechándose del amor de una madre. Es lo que quería decirte, Eulogio. Y ahora, si es que lo que te he dicho te hace pensar, sube a abrazar a tu madre.

Eulogio hizo un gesto con la cabeza y salió sin apenas despedirse.

Fernando estaba enfadado con su madre y se lo dijo nada más que se hubo marchado Eulogio.

—Pero, madre, ¡cómo te has atrevido! No tienes ningún derecho a decir lo que le has dicho a Eulogio. Le has hecho pasar un mal rato. Bastante afectado está para que tú encima pretendas que se sienta culpable. Dirás lo que quieras, pero tienes que comprender que a cualquier hijo le dolería saber que su madre... en fin... que su madre se entiende con un tipo que no es su padre.

—El padre de Eulogio está muerto, así que incluso aunque no fuera fruto del chantaje, Piedad no le debe fidelidad a nadie y puede hacer con su vida lo que le

venga en gana, incluyendo tener una relación con el indeseable de Antonio Sánchez.

—Hay otras maneras de salir adelante —protestó Fernando.

—Sí, y ella trabaja dejándose los ojos cosiendo en un taller. Si sólo fuera cuestión de qué llevar al puchero, Piedad nunca habría aceptado tener nada con Antonio, pero la ha amenazado con que volvieran a detener a Eulogio.

—¡Es un fascista miserable!

—Sí, Fernando, eso ya lo sabemos, y precisamente por eso es muy capaz de cumplir su amenaza. A Piedad la guerra le ha quitado a su marido y le ha dejado a su único hijo lisiado, así que no le pidas que además permanezca con los brazos cruzados mientras se lo llevan preso. Tu padre está en la cárcel, Fernando, y ojalá pueda salir de allí... Nos hemos quedado sin nada, hemos tenido que vender hasta los cabeceros de las camas para pagar al abogado, pero te aseguro, hijo, que si alguien me garantizara que me devuelve a mi marido a cambio de mi carne, pagaría el precio sin rechistar.

—Madre, no te reconozco... Dices unas cosas...

—Qué sabrás tú, Fernando...

Cuando Eulogio entró en la buhardilla, encontró a su madre sentada con la mirada perdida. Se quedó plantado ante ella, luchando consigo mismo. La quería, pero al mismo tiempo la odiaba. Le conmovía su dolor, pero despreciaba su comportamiento. Habría preferido que su madre no hubiera cedido ante don Antonio aunque eso hubiera supuesto para él ir a la cárcel. Sintió que su madre había adquirido otra dimensión, ya no era la mujer perfecta a la que tanto quería y admiraba. Lo que veía ante él era una mujer rendida.

—Mañana me pondré a buscar trabajo —le dijo con la voz endurecida por el rencor—, de manera que no se te ocurra ir a suplicar al miserable de don Antonio. Si quiere mandarme a la cárcel, que lo haga. Tiene razón para hacerlo, soy un rojo y odio a los fascistas tanto como ellos nos odian a nosotros.

—Haré lo que digas, Eulogio, yo... lo siento... te pido perdón... Creí que era

lo único que podía hacer para que no te hicieran nada... Te juro que resistí todo lo que pude, pero él... ya sabes cómo es...

—Sí, sé cómo es. Supongo que además de intentar mandarme a la cárcel hará lo imposible por echarnos de este cuchitril.

—No... eso no puede... la buhardilla es nuestra...

—Ya. También el piso era nuestro y se lo quedó a cambio de la deuda que teníamos con su tienda. Nos lo hizo vender para saldar la deuda y lo poco que nos dio fue para comprar esta buhardilla.

—Es un sinvergüenza.

—Júrame que pase lo que pase no te volverás a rebajar ni ante él ni ante nadie. Júramelo o de lo contrario me iré y no me volverás a ver nunca más.

—¡Hijo, no digas eso! Eres toda mi vida... Yo... yo no podría vivir sin saber de ti...

—Júramelo, madre.

—Te lo juro, te lo juro... Lo que tú quieras, Eulogio.

—Has actuado como si yo fuera un niño... me has protegido sin decirme de qué necesitabas protegerme... no me has permitido decidir sobre algo que no te concernía sólo a ti.

—Lo siento, hijo, lo siento tanto... ¡Por favor, perdóname!

Piedad se levantó de la silla y se acercó a su hijo cogiéndole una mano. Eulogio no la apartó pero tampoco la abrazó como ella esperaba para recibir su perdón. Su madre contuvo un sollozo. Permanecieron unos segundos muy quietos.

—Voy a pintar un rato —le dijo, apartándose con suavidad.

Ella asintió.

Catalina terminó de cerrar la maleta. Ya era mediodía y su padre había dispuesto llevarla a esa hora a casa de su tía. Ya estaba de cuatro meses y se sentía aliviada por irse de su casa. No podía soportar la mirada recriminatoria de su padre.

Desde el día en que le había pegado apenas intercambiaban palabra.

Sabía que su madre sufría por aquella situación y le pedía que fuera comprensiva con su padre, pero Catalina se negaba. Bastante tenía con intentar poner coto al odio que en ocasiones sentía hacia él. Pensó que echaría de menos su casa, sobre todo estar con su madre, ¡la necesitaba tanto!

Su tía Petra le había preparado una habitación y estaba contenta de tener a su sobrina aunque fuera en aquellas circunstancias. Se quedaría con ella hasta después del parto, una vez que entregaran a la criatura. No sería fácil para Catalina, pero era la mejor solución. Su sobrina no era la primera ni sería la última chica atolondrada que había tenido un desliz; lo importante era evitar las consecuencias que traía consigo. Para eso estaban las inclusas; pero mejor aún, su hermana Asunción le había explicado que Juan Segovia, el médico de la familia, intentaría buscar una familia de bien que se hiciera cargo del niño, así no tendrían que pasar por el oprobio de colocar a la criatura en el torno de la inclusa. Estaba dispuesta a hacerlo ella misma por el inmenso cariño que tenía por su sobrina.

—¿Has metido todo lo que necesitas? —preguntó doña Asunción a su hija.

—Sí, mamá, lo llevo todo.

—Piénsalo bien, cuando uno viaja siempre se le olvida algo —insistió su madre.

—Pero yo no me voy de viaje, y si se me olvida algo ya te lo pediría puesto que has prometido ir a verme todos los días a casa de la tía Petra.

—Sí, hija, sí, así lo haré. Siento tanto que te tengas que ir...

—No te preocupes —respondió Catalina, abrazando con fuerza a su madre.

—Bueno, voy a avisar a tu padre, aunque creo que ya nos estará esperando en la calle con el coche...

—Mamá...

—¿Sí, hija?

—Prométeme que si Marvin me escribe me llevarás la carta de inmediato.

—¡Claro que lo haré! Nada me gustaría más que ese chico viniera y se casara

contigo. Sería lo mejor para todos.

—Menos para papá —afirmó con rencor.

—Tu padre te quiere, hija, debes comprenderle, para él ha sido muy duro tener que afrontar esta situación... Eres nuestra única hija y quiere lo mejor para ti.

—¡Ya! Vamos, mamá, lo que quiere es que me case con Antoñito para saldar nuestras deudas con su padre.

—¡No digas eso! Tu padre lo único que pretende es tu bienestar.

—Sabes que tengo razón.

—Hija mía, no juzgues a tu padre, a los padres no se les debe juzgar.

—No voy a entregar a mi hijo, mamá.

—¡Catalina, por Dios, no empecemos! Es la única solución.

—No voy a hacerlo, mamá, ¿tú me habrías abandonado a mí?

—¡Pero es distinto! Tú eres nuestra hija legítima.

—¿Y mi pobre niño, que no ha hecho ningún mal, debe sufrir por lo que he hecho yo? No es justo, mamá. Soy yo quien debe ser castigada y sufrir las consecuencias de mis actos, y si eso supone que todos me señalen y que me quede para vestir santos, pues sea.

Doña Asunción abrazó a su hija. No quería discutir con ella. Sabía que Catalina se opondría con todas sus fuerzas, pero en cuanto terminara de dar a luz se llevarían al niño sin permitirle siquiera que lo tuviera en sus brazos. Era lo que había aconsejado Juan Segovia y él sabía de lo que hablaba puesto que era médico.

Fernando caminaba deprisa. Estaba preocupado por su amigo. No podía dejar de preguntarse qué habría sentido si hubiera estado él en la piel de Eulogio de ser cierto lo que había dicho su madre, que estaba dispuesta a cualquier cosa si con eso sacaba a su marido de la cárcel. ¿Y él? ¿A qué estaba dispuesto él por salvar a su padre de la cárcel? «Mataría por la vida de mi padre», se respondió sin dudar, y sin embargo le sonrojaba pensar que una mujer pudiera dar su cuerpo

por lo mismo, por salvar a alguien a quien se ama.

Estaba decidido a hablar con don Víctor y pedirle que le diera trabajo a Eulogio en la imprenta. Su jefe era un buen hombre, claro que después de la guerra el negocio de la imprenta no daba para tanto como antes y lo mismo no podía pagar el salario de otro aprendiz.

Mientras caminaba por la Gran Vía pensaba en los estragos de la guerra, en que seguían patentes en el rostro de las personas. Se notaba quién la había ganado y quién la había perdido. No es que los ganadores nadaran en la abundancia, pasaban tanta hambre como el resto, pero en su mirada había un reflejo de esperanza de la que carecían los ojos de los derrotados. Él estaba entre estos últimos. No podía dejar de recordar el momento en que su padre le había pedido que mientras él estuviera en el Frente cuidara de su madre, pero sobre todo le retumbaban sus palabras: «No matarás, Fernando, tú no matarás».

Tampoco podía dejar de pensar en lo que les diría el abogado cuando fueran a verle. Habían hecho todo lo que les había pedido don Alberto, su madre había conseguido que don Bernardo les diera una carta interesándose por la suerte de su padre. El cura, como en otras ocasiones, le había reprochado: «Lástima, Isabel, que te casaras con un republicano», a lo que su madre había contestado, como siempre: «Mi Lorenzo es un buen hombre, un marido y un padre ejemplar que nunca ha hecho mal a nadie».

Fernando había prometido que si la carta del cura servía como esperaban para que a su padre le dieran el indulto, él lo agradecería yendo a misa todos los domingos y fiestas de guardar.

Andar sin rumbo fijo terminó relajándole. Podría haber ido en busca de alguno de sus amigos, pero no tenía ganas de hablar con nadie; además, le gustaba estar solo. Su madre había ido a la iglesia a rezar el rosario. Había muchas viudas en la parroquia, e ir a rezar era una manera de buscar consuelo o acaso simplemente permitir que se deslizaran más deprisa las horas interminables de quien sabe que no tiene nada que esperar. Ir a la iglesia era una manera de que las mujeres tuvieran un rato para ellas solas, aunque fuera repitiendo mecánicamente el

«Kyrie Eleison» mientras pensaban en sus cosas.

Él, por su parte, necesitaba que las horas transcurrieran más deprisa.

Piedad salió pronto de casa. Andaba a buen paso porque le gustaba ser puntual. La dueña del taller era una buena mujer, un tanto simple, que todos los días a las doce hacía rezar el ángelus a todas las empleadas.

Piedad había sido religiosa antes de la guerra. No beata, pero sí creyente, aunque la guerra la había ido apartando de la iglesia. No es que ya no creyera en Dios, es que le sentía indiferente a sus problemas y ella le respondía con la misma indiferencia.

De repente sintió una mano que le sujetaba el hombro.

—¡Para, desgraciada!

La voz de don Antonio la sobrecogió, pero se volvió dispuesta al enfrentamiento.

—Llego tarde, así que suéltame —le dijo mientras intentaba zafarse de la mano que le apretaba el hombro.

—El cerdo de tu hijo le ha dado un puñetazo a mi hermano Prudencio y le ha roto la nariz. Voy a acabar con él, es un malnacido, un hijo de puta, un rojo de mierda. ¡Cómo se atreve a faltar a mi familia! ¡Sois unos muertos de hambre que me lo debéis todo a mí! ¡Os vais a enterar de quién es Antonio Sánchez!

—¡Suéltame! ¡Y déjame en paz, que tengo que ir a trabajar! Haz lo que quieras; el hijo de puta lo serás tú, así que cualquier cosa podemos esperar de ti.

—¡Sinvergüenza! ¿Cómo te atreves a faltarme? ¡Eres una zorra! ¡Una zorra de mierda que no sirve para nada!

—Haz lo que quieras, Antonio. Se acabó. De mí ya no vas a obtener más nada. Me he rebajado aceptando que... pero ya no. No quiero volver a verte.

—¡Me pagarás todo lo que me debes!

—¿Deberte? ¡Yo no te debo nada!

—Claro que sí. ¿Crees que con la mierda de tu piso saldaste la deuda? De eso

nada. Te dimos de comer durante toda la guerra. ¡Me lo debes todo!

Piedad le empujó y echó a correr. La gente los miraba sin atreverse a intervenir. Él la siguió unos pasos insultándola: «¡Zorra! ¡Perdida! ¡Sinvergüenza!».

Don Antonio estaba dispuesto a vengarse de ella y de Eulogio. Iba a denunciarle, movería cuantos hilos fueran necesarios para que se lo llevaran. Le acusaría de lo que fuera. ¿No había combatido con los rojos? No hacía falta mucho más, un rojo siempre sería un rojo, esa gentuza no se arrepentía jamás. Esta vez haría que se lo llevaran, pero no para darle un susto sino para que aprendiera que a Antonio Sánchez y a su familia había que tenerles respeto por las buenas o por las malas.

No le gustaba tener que prescindir de la muy zorra de Piedad, pero no tenía otro remedio. Prudencio le había exigido que hiciera algo contra Eulogio y era lo que pensaba hacer.

Cuando Piedad llegó al taller bebió un vaso de agua. Se había quedado sin aliento y el corazón le latía a tanta velocidad que podía contar cada uno de los latidos.

Cosió con más ahínco que otras veces. Necesitaba descargar la tensión acumulada. ¿Cuánto tardarían en llevarse a Eulogio? Estaba segura de que eso era lo que les esperaba. Don Antonio volvería a hacer que detuvieran a su hijo y esta vez ella no podría salvarle.

Cuando por la tarde regresó a su casa, pasó antes por la de Isabel. Necesitaba desahogarse con su amiga.

Isabel la escuchó paciente, conmovida por lo que le estaba sucediendo.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Piedad cuando terminó de contarle su encuentro con Antonio Sánchez.

—Es un malvado, sólo se puede esperar de él lo peor. ¡Cuánto lo siento, Piedad! No sé qué decirte... ¿Quieres que hable con él? A lo mejor a mí me escucha...

—¡Ni se te ocurra! Tu marido está en la cárcel y lo mismo decide hacerte daño

también a ti. No, no, no debes hablar con él. No serviría de nada.

—Pero alguien tiene que pararle los pies a ese hombre. Tenemos que pensar en algo... ¿Y si se lo contamos a don Bernardo?

—Todavía peor, don Bernardo dirá que soy una pecadora.

—Don Bernardo es una buena persona, Piedad. Es un cura un poco intransigente, pero no creo que sea capaz de hacerle mal a nadie.

—No digo que sea mala persona, pero no creo que fuera a ayudarme. Antonio es muy poderoso en el barrio, todos le deben algo, y él bien que se encarga en intentar lavar su ausencia de la misa del domingo ablandando con pequeños regalos a don Bernardo: que si unos huevos, que si un poco de harina, o unos tomates... Además, «la Mari» suele echar ostentosamente dos duros en el cepillo cuando va a misa... ya sabes.

—Pero eso a don Antonio no le libra de las broncas de don Bernardo.

—Eso también es verdad. Pero no quiero que el cura intervenga... no serviría de nada.

—A nosotros nos ha ayudado escribiendo una carta a favor de Lorenzo —respondió Isabel.

—Pero es distinto... Tú eres católica, no has dejado de ir a misa ni durante la guerra, y es lo menos que don Bernardo puede hacer por vosotros.

—Ya, pero Lorenzo... bueno, tú sabes que Lorenzo no pisaba la iglesia.

—Y yo tampoco, Isabel. Y don Bernardo no me tiene ley. Ni mi marido, que en gloria esté, ni mi hijo han pisado nunca la iglesia. Tú sabes que Jesús, mi marido, era ateo, nunca lo ocultó, y yo he dejado de ir a misa. Así que el cura no tendría por qué ayudarnos y lo comprendo.

—Déjame intentarlo —insistió Isabel.

—Que no, te digo que no porque no vas a conseguir nada y lo mismo tienes que pedirle algún otro favor para tu Lorenzo. ¡Ay! Estoy tan metida en mi problema que no te he preguntado cómo está.

—Mañana iremos al abogado para ver qué pasa con el indulto. En cuanto a Lorenzo, ya sabes cómo es; no se queja por nada, pero cada día está más delgado

y le han roto las gafas. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no ponerme a llorar cuando le veo.

—Cuánto lo siento —alcanzó a decir Piedad.

—Bueno, pero volvamos a tu problema, que algo hay que hacer. Fernando me dijo que iba a hablar con don Víctor, el dueño de la imprenta. Es un buen hombre y a poco que pueda seguro que coloca a Eulogio.

—No he dormido en toda la noche pensando que quizá deberíamos marcharnos —continuó hablando Piedad sin hacer caso a los aspavientos de Isabel.

—¿Marcharos? Pero ¿adónde? Media Francia está en manos de los alemanes y en la otra media, el Gobierno de Pétain no trata bien a los españoles que huyen de aquí. No querrás terminar en un campo de trabajo.

—Mi hijo corre peligro, Isabel. Temo que Antonio le mande detener.

—¡Dios no lo quiera! Tenemos que hacer algo...

Esa misma tarde Fernando hablaba con don Vicente en la imprenta.

—Eulogio es de toda confianza, ¿cree que don Víctor le aceptará? Le aseguro que si le da trabajo no le defraudará.

—No sé qué decirte, puede que aunque don Víctor quiera, no pueda. Ya sabes que la imprenta no funciona como antes. La guerra ha terminado pero el país está destrozado, nadie tiene dinero; más que vivir lo que hacemos es sobrevivir. No le puedo pedir a don Víctor que contrate a nadie más. Tú sabes que no hay trabajo para más personas. No puedo, Fernando, siento no poder ayudar a tu amigo, debes comprenderlo.

Fernando agachó la cabeza para que don Vicente no viera su rabia y frustración. Sabía que la imprenta no daba para mucho, pero había confiado en que don Vicente se compadecería de Eulogio.

—Con su permiso, me voy a la máquina, que aún hay trabajo —dijo Fernando.

El impresor asintió sin decir palabra, consciente de que había defraudado a su

aprendiz.

Cuando terminó la jornada, Fernando caminó con paso decidido hacia su casa. Quería ver a Eulogio para decirle que había fracasado en su empeño por encontrarle trabajo, pero antes pasó por el piso para que su madre no se preocupara. Encontró a Isabel cosiendo una de sus camisas aprovechando los últimos rayos de luz de la tarde.

—Hola, madre, voy a subir a la buhardilla para hablar con Eulogio y enseguida vengo.

—Espera, hijo... Esta tarde he estado hablando con Piedad. Don Antonio le salió al paso esta mañana cuando iba al taller a limpiar. Le organizó un buen escándalo en la calle y la ha amenazado. Piedad cree que don Antonio hará que detengan a Eulogio. No sé qué podemos hacer para ayudarles. Le he dicho que quizá don Bernardo podría echar una mano, pero se ha negado, cree que el cura no la ayudará porque Eulogio es ateo.

—¡Yo también soy ateo! —respondió Fernando con el rostro crispado.

—¡Dios Santísimo, qué cosas dices! Tú no eres ateo, tú estás bautizado, hiciste la primera comunión y recibiste la confirmación. Así que no digas cosas que no son.

—Madre, que tú creas no significa que yo crea. Lo siento, pero no me he encontrado con Dios en ninguna parte. ¿Qué hace Dios por mi padre? Si es Todopoderoso y la Bondad Suprema, ¿por qué permite que un hombre bueno como mi padre esté en la cárcel?

—Hijo, no se puede pedir explicaciones a Dios. Y no es Dios quien ha metido a tu padre en prisión.

—Pero Él lo ha permitido. Dejemos a Dios en paz, madre.

Isabel asintió resignada. Ella era una católica ferviente y ninguna circunstancia podía alterar su fe por más que también ella reclamara a Dios que los ayudara y hasta entonces la respuesta hubiese sido el silencio.

—Alguien tiene que parar los pies a don Antonio —masculló Fernando.

—Pero nosotros no tenemos ningún poder sobre él. Debería ser alguien a

quien él tenga respeto... Pero ese hombre no respeta a nadie —afirmó Isabel.

Finalmente, Fernando decidió no subir a casa de Eulogio para añadir una mala noticia a la amenaza de don Antonio.

—No tengo ganas de cenar, me iré a dar una vuelta por ahí.

—¿Dónde vas a ir a estas horas? Anda, hijo, quédate aquí conmigo...

—No tardaré mucho, pero necesito estar un rato a solas pensando.

Sin saber por qué, comenzó a caminar hacia la casa de doña Petra, que vivía enfrente del Retiro. Sólo hacía unos días que Catalina se había ido a casa de su tía y ya la echaba de menos. Sabía que no podía presentarse allí y menos a esa hora, pero al menos se sentiría cerca de Catalina.

Lo que no esperaba fue darse de bruces con las tres.

—¡Fernando! ¡Fernando, qué alegría! Pero ¿qué haces por aquí?

La joven se había soltado del brazo de su madre y fue corriendo hacia él ante la mirada asombrada de su tía.

—Vaya... no esperaba verte —dijo Fernando con sinceridad.

—Pues si vienes por aquí tampoco es extraño que nos encontremos. He tenido que insistir mucho para que saliéramos a la calle, pero como es de noche difícilmente nos íbamos a encontrar a nadie conocido, aunque mira por dónde has aparecido tú. Te di la dirección de mi tía. ¿Ves, títa, como Fernando ha venido a verme?

—No... en realidad... Bueno, no es que no quiera verte... pero te juro que no esperaba verte hoy.

—Buenas tardes, joven —dijo Petra, mirándole de arriba abajo.

—Doña Petra, doña Asunción... Espero no importunarlas, desde luego no es ésa mi intención... Les aseguro que no esperaba encontrarlas.

—Hemos salido a tomar un poco el fresco... —respondió la tía de Catalina—, y está claro que no debemos volver a hacerlo. ¿Ves, Catalina, como siempre se puede uno encontrar a alguien? Y menos mal que ha sido Fernando.

—Lo comprendo... Hoy ha hecho bochorno, ya se sabe que en Madrid en estas fechas siempre hace calor —comentó Fernando azorado.

—¿Por qué no subes un rato con nosotras? ¿Verdad que no te importa, tía? Luego puedes acompañar a mi madre a casa para que no vaya sola, ¿qué te parece? —propuso Catalina.

—No... no es necesario... Yo me voy ya... Tu padre me estará esperando, quizá se haya hecho un poco tarde... —se excusó con incomodidad doña Asunción.

—Pero, mamá, ¡si aún es de día! Nos has dicho que padre tenía una reunión importante y que te ha dicho que llegaría tarde. Anda, quédate conmigo un poquito más. —Catalina se abrazó a su madre, besándola para convencerla.

—Bueno... —Doña Asunción no sabía qué hacer.

—Lo mejor es que subamos ya a casa porque tú, niña, tienes que descansar. Y ya son casi las nueve, no son horas para que tu madre ande por la calle —arguyó doña Petra.

—Pero ahora la acompañaré Fernando. Por lo menos que suba a beber un vaso de agua —le invitó Catalina.

Las hermanas se rindieron ante la insistencia de la muchacha. Más valía darle al joven un vaso de agua y que se fuera que seguir en la calle a la vista de todo el mundo y que pudiera pasar algún conocido.

Catalina hizo pasar a Fernando al salón y se apresuró a llevar una bandeja con una botella con agua y cuatro vasos.

—Te veo mala cara, ¿es que te ha pasado algo? —le preguntó preocupada.

—No... no...

—¿Tenéis noticias del abogado?

—No te preocupes...

—¡Pues claro que me preocupo! Dime qué pasa, ¡por Dios, Fernando, se te ha puesto cara de Semana Santa!

—Niña, no seas irreverente —la regañó su tía Petra.

—¿Y por qué no nos dejáis solos un rato para que hablemos? —inquirió Catalina, obviando el gesto de reproche de su madre y de su tía.

—¡Compórtate, Catalina! —la recriminó su madre.

—¿Y qué hay de malo en que hable un rato con Fernando? —insistió ella.

—No me parece lo más adecuado, dadas las circunstancias —la interrumpió su tía.

—¿Las circunstancias? Fernando es mi mejor amigo y sabe que estoy embarazada y me está ayudando a localizar a Marvin. No tengo secretos para él.

Asunción y Petra se miraron sin saber ni qué decir ni qué hacer, sabiendo que Catalina se saldría con la suya.

—Bueno, pero cinco minutos. Dentro de cinco minutos me voy. Fernando me acompañará —aceptó doña Asunción, mirando con severidad a su hija.

Cuando se quedaron solos, Catalina cogió la mano de Fernando y se la apretó en un gesto lleno de complicidad y afecto.

—¿Qué te pasa? Y no me digas que nada, que yo te conozco y sé que algo te duele aquí en el corazón —dijo mientras ponía su mano en el pecho de Fernando provocándole un estremecimiento.

Él no se resistió y le contó lo que había sucedido con Eulogio, el puñetazo a Prudencio, las amenazas de don Antonio a Piedad, el miedo a que en cualquier momento se lo llevaran.

—Mi madre dice que alguien debería hablar con don Antonio, alguien a quien él respete y que tenga autoridad. Pero ¿quién? —se lamentó Fernando.

Catalina se quedó en silencio con la mirada perdida. Fernando la observó sintiendo que cada día la quería más.

—Se lo voy a pedir a mi madre —dijo de pronto Catalina.

—¿Qué? ¿El qué? No te entiendo —respondió Fernando, saliendo de su ensimismamiento.

—A mi madre le tiene respeto. Mi madre es una señora como Dios manda. Si mi madre le dice a don Antonio que se ha enterado de lo suyo con Piedad y que si hace algo contra ella o contra Eulogio eso tendrá consecuencias...

—Estás loca; además, ¿qué consecuencias puede tener para él que la gente se entere? Le gusta presumir de macho.

—Pero no creo que a su mujer le haga ninguna gracia, ni a sus hijos tampoco.

Antoñito por la única persona que siente devoción es por su madre. Jamás le perdonaría a su padre que faltara al respeto a su madre poniéndola en evidencia ante todo el barrio; una cosa es que la gente murmure y otra que haya alguien que descubra el *pastel*.

—Eres una chiquilla con cabeza de chorlito. Tu madre no puede plantarse delante de don Antonio y recriminarle nada sobre lo suyo con Piedad. Sinceramente, no creo que sirviera, pero tampoco creo que tu madre aceptara hacer algo así. Ella no conoce a Piedad más que de vista.

—Yo la convenceré —afirmó muy segura.

—¡Vamos, Catalina, no digas disparates!

—Ya verás. ¡Mamá! ¡Mamá!

Asunción y Petra corrieron a la llamada de Catalina. En el rostro de las dos mujeres se había dibujado la preocupación.

—Mamá, ¿verdad que tú opinas lo mismo que yo de don Antonio? —le espetó Catalina.

—Pero, hija, ¿a qué viene esto?

—No pienso considerar el casarme con Antoñito si no me haces un favor.

—¡Catalina, por Dios! —exclamó con desesperación su madre.

—¡Esta niña...! —protestó su tía.

—Don Antonio es un cerdo y las dos lo sabéis. Está chantajeando a una mujer. Lleva mucho tiempo haciéndolo. Abusa de ella. Ya sabéis a quién me refiero.

—Pero ¡qué estás diciendo! —protestó doña Petra.

—Pues que don Antonio lleva tiempo abusando de Piedad. Hizo que a Eulogio le detuvieran y la chantajeó. O hacía lo que él quería o su hijo iría derecho a la cárcel. Piedad tuvo que ceder para salvar a su hijo y don Antonio viene aprovechándose de ella siempre que quiere. Ahora Eulogio ha tenido unas palabras con Prudencio, el hermano de don Antonio, el que es asistente de un coronel, y el tendero ha amenazado a Piedad.

—¡Basta, Catalina! No quiero oírte decir estas cosas, nada de esto nos concierne a nosotros —afirmó tajante doña Asunción, mirando escandalizada a

su hija.

—A mí sí que me concierne, mamá. Yo no puedo soportar las injusticias y no podría sentirme en paz si sé que detienen a Eulogio. Todos sabemos cómo son los que han ganado.

—¡Catalina! —chilló su tía—. ¡Cómo te atreves a criticar a Franco! Tu tío murió defendiendo la paz y el orden. Nosotros somos una familia de bien.

—¿Sólo nosotros somos personas de bien? ¿Por qué? ¿Porque hemos ganado la guerra? ¿Es que todos los que la han perdido son unos malvados? ¡Marvin está en contra de Franco!

Asunción y Petra miraron asustadas a Catalina. Pero sobre todo no la comprendían. La sabían rebelde, siempre lo había sido, pero para Petra, que se pusiera en duda que lo mejor para España había sido que Franco ganara la guerra era ir demasiado lejos.

—Fernando, ¿qué ideas le estás metiendo a la niña? Eso de venir a contarle una historia de... en fin... una historia que no nos concierne y a la que no debemos prestar oídos —le recriminó doña Petra.

—Lo siento, doña Petra, no era mi intención disgustarlas... Siento haberme explayado con Catalina sobre un asunto que me preocupa puesto que Eulogio es mi amigo; como bien sabe, vivimos en el mismo edificio y le conozco desde niño —se excusó Fernando.

—Pero eso no justifica que vengas aquí a hablar de asuntos particulares de tus vecinos, y menos a Catalina estando... estando como está —insistió Petra.

—Estoy embarazada, pero eso no supone que deje de preocuparme por las personas a las que tengo afecto. Y lo que le pase a Eulogio me concierne, tía, te recuerdo que él y Marvin son buenos amigos. En realidad, Eulogio es el mejor amigo que Marvin tiene en España. Se conocieron en el Frente, allí les hirieron a los dos y cuando Marvin regresó a Madrid después de la guerra vivió con Eulogio y su madre.

—Mira, Catalina, te estás poniendo muy difícil —la interrumpió doña Asunción, cada vez más molesta con su hija.

—Madre, quiero que hagas algo. Tú que tanto pides a Dios que nos bendiga a todos con su bondad, puedes echarle una mano haciendo algo por Eulogio.

—Pero ¡cómo te atreves a blasfemar! —le recriminó doña Petra, asustada por el descaro de su sobrina.

—¿Blasfemar? Dios me libre de hacerlo, que soy una buena cristiana y por nada ni por nadie blasfemaría yo. Pero convendrás conmigo, tía, que no basta que carguemos al Señor con todos nuestros problemas cuando nosotros podemos solucionarlos o ayudar a que se solucionen los problemas de otros.

Catalina había dejado sin respuesta a su madre y a su tía, que la miraban escandalizadas. Fernando, por su parte, sintió que aún la quería más por su valentía.

—Siento ser el causante de esta discusión. Lo mejor es que me marche. Vendré en otra ocasión.

Petra a punto estuvo de decirle que no sería bien recibido, pero su sobrina se lo impidió.

—No te vayas, Fernando, porque si mi madre se niega a hablar con don Antonio lo haré yo.

—¡Tú no vas a salir de esta casa! —gritó su tía.

—¿Es que me vas a atar? Tía, no pretendo crearte problemas, pero te aseguro que tampoco voy a permitir que me encierres —respondió tajante.

—¡Qué disgusto, Dios mío! —se lamentó doña Asunción—. Y todo por esa mujer, que más le valía haberse resistido a don Antonio en vez de perder la dignidad.

—¿Tienes mala opinión de Piedad porque para salvar a su hijo ha sido capaz de... bueno, de eso? Entonces, madre, supongo que también tienes la peor opinión de mí por haber permitido que Marvin... bueno, por haberme quedado embarazada.

—¡Santo Dios, esta niña es imposible! Yo no sé si voy a ser capaz de hacerme responsable de ella —protestó su tía.

Asunción miró aterrada a su hermana. Si Petra no daba cobijo a Catalina, bien

podía ser que su marido volviera a insistir en que alguna mujer la librara del niño.

—¿Qué es lo que quieres, Catalina? —preguntó a su hija con un temblor en el labio inferior.

—Pues que vayas a ver a don Antonio y le digas que sabes que quiere hacer daño a Piedad y a Eulogio, y que si se atreve a hacer esa canallada te encargarás de que su esposa se entere de todo y no sólo eso, dile que también se lo contarás a don Bernardo, y no bajo secreto de confesión.

—¿Cómo voy a hacer eso! ¡De ninguna de las maneras!

—Bueno, pues lo haré yo. A mí no me importa enfrentarme al tendero. No le tengo ningún respeto. Me da tanto asco como su hijo.

—¿Te das cuenta del problema que nos has creado, Fernando? —le reprochó doña Asunción.

—No sabe cuánto lo siento, le juro que no era mi intención...

—No lo sería, pero bien gorda la has armado —apostilló doña Petra.

—Madre, dime que lo harás. Yo estoy dispuesta a hacerlo, y te diré más: aunque padre me pegue otra paliza le diré a Antoñito que no voy a casarme con él porque espero un hijo de Marvin.

Doña Asunción se puso pálida, después roja y más tarde estuvo a punto de echarse a llorar. Desde que Catalina estaba embarazada se había vuelto intratable. Ya no era la niña un poco respondona pero siempre dúctil, sino que el hecho de ser madre parecía darle una seguridad nueva.

Doña Petra, por su parte, estaba confundida, sin saber qué más podía decir y mucho menos hacer.

—Catalina, no puedes pedir a tu madre que hable con don Antonio. No serviría de nada y pondrías a tu familia en una situación delicada. Te he contado lo de Eulogio porque necesitaba desahogarme con alguien, pero tu madre y tu tía tienen razón, no es asunto vuestro. Ya se nos ocurrirá algo a nosotros —dijo Fernando con toda la convicción de la que fue capaz.

—Don Antonio es una mala persona, y no hay otra manera de tratar con él que

haciendo lo que él hace con los demás. O se le amenaza o es muy capaz de cualquier cosa —afirmó Catalina, que no estaba dispuesta a dar un paso atrás.

Doña Asunción bebió un sorbo de agua y se estiró la falda como si quisiera protegerse aún más las rodillas, que ya estaban bastante ocultas.

—Hablaré con don Antonio. Lo haré. ¿Y sabes por qué? Porque nunca pensé que mi propia hija me fuera a chantajear. Bien sabes cómo reaccionaría tu padre si te atrevieses a enfrentarte a don Antonio y más si le dijeras a Antoñito que... que estás embarazada. Nos buscaría la ruina, hija, pero además tú te quedarías sin ningún porvenir.

—Yo no te estoy chantajeando, madre —respondió Catalina, ahora asustada.

—Sí, sí lo has hecho. Me obligas a que me meta en un asunto que en nada nos concierne, que intervenga a favor de Piedad y su hijo, a los que conocemos del barrio pero con los que tampoco tenemos demasiada relación. Pretendes que me enfrente a un hombre como Antonio Sánchez, que no es un caballero y carece de educación, y quién sabe cómo puede reaccionar. Si va a quejarse a tu padre, no quiero ni pensar en lo que pasará. Pero prefiero cargar con la responsabilidad antes de que tú hagas alguna tontería de las tuyas, porque entonces... no sé de lo que tu padre sería capaz.

Catalina abrazó a su madre, pero doña Asunción no respondió al abrazo. Se sentía agotada y decepcionada con ella. Bastante tenía con evitar que nadie se enterara del estado de su hija, además de procurar que el embarazo llegara a buen término y luego encontrar una familia que se hiciera cargo del niño.

—Asunción, no deberías hacerlo —se atrevió a decir doña Petra desconcertada.

—Conozco a mi hija y sé que es capaz de plantarse ante don Antonio. Y ahora me voy, Ernesto ya estará en casa y se empezará a inquietar por la tardanza. Y tú, Fernando, acompáñame.

Fernando caminó junto a Asunción en silencio. Ella no le hizo más reproches y él no se atrevió a disculparse una vez más. Cuando llegaron al portal donde vivían los Vilamar se despidió con una inclinación de cabeza y corrió hacia su

casa.

Isabel estaba enfadada. Llevaba horas esperándole. No entendía por qué su hijo no compartía con ella todas sus angustias y prefería irse a hablar con los amigos o simplemente a caminar solo, encerrado en sí mismo.

Asunción sabía por su marido que don Antonio iba muy pronto al almacén. De manera que calculó que podría tropezarse con él cuando saliera de su casa a eso de las siete. Le dolía el estómago y la cabeza a consecuencia del miedo que sentía de tener que enfrentarse al tendero. Era un grosero y, por tanto, capaz de gritarle o de decirle cualquier inconveniencia. Pero lo peor sería que fuera a quejarse a su marido. Ernesto no se lo perdonaría. Y es que lo que iba a hacer era impropio de ella. Pero por su hija estaba dispuesta a todo. Catalina era cuanto tenía de valioso en la vida.

—¿Adónde vas tan pronto? —le preguntó Ernesto cuando la vio arreglada para salir.

—A misa de siete. Hoy tengo muchas cosas que hacer y he decidido ir antes a la iglesia.

—¿Y qué son esas cosas que tienes que hacer que te obligan a ir a misa a estas horas?

—Además de encargarme de la casa y del almuerzo, tengo que ayudar en el ropero de la parroquia. Hay mucha necesidad en el barrio y don Bernardo ha pedido que todo el que tenga algo que no vaya a usar lo dé a la iglesia. Tengo que ver con qué podemos contribuir nosotros. Esta tarde quiero volver a casa de Petra para ayudar a Catalina a arreglar los vestidos que se ha llevado y que ya se le han quedado estrechos.

—Bueno, bueno, haz lo que tengas que hacer. Yo me quedo en casa.

—No te preocupes, que en cuanto salga de misa vengo directa aquí.

—Procura no tardar.

Salió del portal con paso indeciso, temiendo que alguien la viera merodear

ante la casa de don Antonio, pero la suerte o Dios estaban de su parte y apenas llegó a la esquina se lo encontró.

—Buenos días, doña Asunción, qué temprano sale usted.

—Voy a misa de siete —respondió ella, buscando fuerzas para decirle lo que mentalmente había ensayado durante toda la noche.

—Pues vaya usted con Dios.

—Don Antonio, ya que nos hemos encontrado le diré algo...

—¿Sí? Pues dígame usted.

—Para los cristianos, la fidelidad, los votos que hacemos en el matrimonio son sagrados. Quienes incumplen esos votos dan mal ejemplo a los hijos.

Don Antonio la miró mosqueado, ¿qué era lo que quería decirle aquella beata? La tenía por una mojigata, pero a santo de qué le estaba sermoneando.

—No la comprendo, señora...

—Es muy sencillo. Para gran disgusto mío, me he enterado de esos rumores que circulan por el barrio sobre doña Piedad y usted... En fin... ya sabe a qué me refiero... Yo no quiero hacerme eco de esos rumores, pero comprenda que me preocupan... Al fin y al cabo, mi hija y el hijo de usted... Aún no se lo he comentado a mi esposo, antes quiero pedir consejo a don Bernardo.

—No debería usted prestar oídos a la gente del barrio. Hay mucho envidioso suelto —respondió el tendero con tono agrio.

—Incluso se dice que usted chantajea a doña Piedad amenazándola con denunciar a Eulogio y que un día de éstos se lo van a llevar para encarcelarle. ¡No lo quiera Dios! Bastante hemos sufrido todos con la guerra. Dígame que todo esto no es verdad... No duermo desde que me lo dijeron.

—¡Señora! Métase en sus asuntos y no se dedique a cotillear sobre lo que no le importa ni a usted ni a nadie. ¡Faltaría más! —respondió el tendero, alzando la voz.

—A mí me concierne en qué familia va a entrar mi hija, si es una familia cristiana y de bien donde todos cumplen con las leyes del Señor. Por eso le voy a contar a don Bernardo todo esto que le estoy diciendo, para que él me aconseje

qué hacer, porque cuando uno calla ante los pecados de otros de alguna manera está siendo su cómplice, ¿no cree? Y yo no quiero ser cómplice de su pecado, don Antonio. Usted le debe respeto a su señora esposa y a sus hijos. Imagínese el disgusto si se enteraran de que usted no honra como debe a su madre. ¿Debo desvelarle a su esposa, la señora María, lo que es un rumor a gritos? ¿Debo callar por piedad? No sé qué hacer... En cuanto a ese chico, Eulogio, ¿es cristiano hacer el mal a un pobre lisiado que no es un peligro para nadie? Don Antonio, comprenda mi confusión...

—Pero ¡qué está diciendo! ¿Me está amenazando? —gritó el tendero.

—¡¿Yo?! Por Dios bendito, ¡nada más lejos de mi intención! Me he atrevido a sincerarme con usted antes de hablar con don Bernardo. Es que como me han dicho que va a denunciar al pobre de Eulogio y que ha amenazado a doña Piedad... Comprenda que debo buscar el consejo de un sacerdote y que éste a su vez le aconseje bien a usted antes de que haga nada que sea irremediable.

—¡Esto sí que es bueno! ¡Que yo tenga que aguantar que usted, señora, me chantajee! ¡Son ustedes unos muertos de hambre que me deben todo lo que se llevan a la boca!

—Y agradecidos que estamos, don Antonio, por su generosidad. En fin, me alegro de haberle visto, porque si estoy confundida le pediré perdón. Nada me gustaría más que saber que ni Eulogio ni Piedad van a sufrir ningún mal.

—Desde luego que no, ¿por quién me ha tomado? Sepa, señora, que soy un buen cristiano y que lo único que he hecho es ayudar a esa pobre familia, que no olvide usted que no son precisamente un ejemplo para nadie puesto que el marido de Piedad murió en la batalla del Ebro luchando contra Franco. Y al hijo apenas le dio tiempo a combatir porque le hirieron en los primeros meses de la guerra. Yo les he ayudado a sobrevivir, les ayudé a vender su piso y a poder refugiarse en la buhardilla y di trabajo a Eulogio, que debe usted saber que es un desagradecido.

—¡Qué peso me quita de encima, don Antonio! Entonces ¿Eulogio y doña Piedad no tienen nada que temer de usted?

El tendero carraspeó incómodo. Precisamente iba a ver a unos amigos para que detuvieran a Eulogio esa misma mañana. «¡Maldita mujer!», se dijo para sí mismo.

—Yo no me dedico ni a perseguir mujeres ni a perseguir lisiados. Con mi Mari me sobro y me basto. Vaya usted con Dios, doña Asunción, y procure no meterse en lo que no le importa. Espero que no se vaya de la lengua yendo con cotilleos a don Bernardo.

—Sabiendo que ni doña Piedad ni Eulogio tienen nada que temer de usted y que es usted un esposo y padre amantísimo, ¿qué tendría yo que decir al respecto? Y ahora discúlpeme, que llego tarde a misa.

Don Antonio se quedó quieto viéndola ir. «Es una arpía», pensó, temiendo además que Catalina hubiera salido a su madre y le hiciera la vida imposible a su Antoñito.

Por un momento pensó en hacer lo que tenía previsto, vengarse de Eulogio y de Piedad, de lo contrario su hermano Prudencio se enfadaría. Pero si lo hacía estaba seguro de que doña Asunción hablaría con don Bernardo y éste montaría un escándalo del que se enteraría todo el barrio. Ese sacerdote era muy suyo; no parecía importarle que se dedicara al estraperlo, pero con la moral era muy estricto. Era un cura, no un hombre, y no sabía nada de las necesidades de los hombres, de manera que le condenaría por haberse beneficiado a Piedad. A ella también le caería una buena. Pero le daría lo mismo, sabía que a Piedad las cosas de Dios le eran indiferentes.

En cuanto a su Mari, no se lo perdonaría, capaz era de dejarle marchándose a casa de su madre. Su hijo Antoñito le quería, pero estaba enmadrado y se pondría de parte de ella.

Maldijo varias veces a doña Asunción mientras se encaminaba al Cuartel General del Ejército, que era donde estaba Prudencio.

A su hermano le extrañó verle. No le gustaba que se presentara allí. Su coronel era muy quisquilloso.

—Pero ¿qué haces aquí? Sabes que no debes venir —le reprochó Prudencio.

—No puedo denunciar a Eulogio.

—¿Cómo que no? Pues claro que puedes. Oye, no te habrás dado un revolcón con Piedad y te ha hecho cambiar de opinión. Esa tía es una zorra que te tiene bien cogido por las pelotas, pero esta vez te aguantas las ganas y acabas con ellos.

—Que no puedo, ¡joder! Doña Asunción me ha amenazado con contárselo todo a don Bernardo y a «la Mari».

—¿Doña Asunción? ¡Pero ésa qué sabe!

—Pues me la he encontrado cuando iba a misa y me ha dicho que había oído rumores por el barrio de que yo iba a denunciar a Eulogio, que además me *ventilo* a «la Piedad» y que se veía en la obligación cristiana de decírselo a don Bernardo porque le preocupa que su Catalina entre en una familia donde no se siguen a rajatabla las leyes de la Iglesia y de Dios. La beata es una arpía.

—Pues habla con el lechuguino de su marido y que la llame al orden y no se meta en cosas que son de hombres.

—¡Quia! Él es otro beato y además no conseguiría impedir que su mujer se lo contase todo a don Bernardo. Ya sabes que para las beatas su primer deber es con los curas, a quienes les *largan* todo. Que no, Prudencio, que ni tú ni yo podemos ahora hacer que detengan a Eulogio porque doña Asunción me busca la ruina con «la Mari» y con mis hijos. Ya sabes cómo es mi mujer, y si se entera de lo de Piedad me saca los ojos.

—Pues ya es raro que si lo sabe todo el barrio no haya oído nada. «La Mari» se hace la tonta, como todas las mujeres, porque le conviene.

—Mira, yo no sé si se hace la tonta o es que no sabe nada, pero si se tiene que dar por enterada entonces la que se me viene encima es peor que la guerra. Y si doña Asunción decide que su niña no puede emparentar con una familia en que no seamos todos unos *meapilas*, entonces «la Mari» no me lo va a perdonar. Ella es la que quiere que Antoñito se case con la remilgada de Catalina.

—¡Joder! Vaya putada... Pues algo hay que hacer con ese Eulogio, porque no me voy a conformar con que me haya puesto un ojo morado.

—No vamos a hacer nada, al menos hasta que Antoñito se case con Catalina. La única satisfacción que te puedo dar es que Eulogio no vuelva al almacén y se mueran de hambre... a no ser que Piedad se ponga a hacer la calle.

—El día que tu Antoñito se case con Catalina denuncias a Eulogio y que se lo lleven, ya me encargaré yo de que le fusilen.

—Pero hasta entonces, chitón.

—¿Y para cuándo será la boda?

—Pues no hemos fijado fecha; al parecer, doña Petra, la hermana de doña Asunción, no está bien de salud y como es viuda y sin hijos, Catalina se ha ido a cuidar de ella, creo que se van una temporada al campo. Además, hay que dar tiempo al noviazgo, doña Asunción es muy *tiquismiquis* y le dijo a «la Mari» que por lo menos tienen que tener dos años de noviazgo. Su marido parece que consiente en que el noviazgo no pase de uno, pero ya sabes cómo son los Vilamar, todo apariencia.

—Hombre, Antonio, dos años es mucho tiempo y uno también. A Eulogio hay que hacerle algo antes —protestó Prudencio.

—Mira, no nos vas a joder la boda, de manera que a esperar. El día que se casen ya nos encargaremos de Eulogio; hasta entonces, ajo y agua.

El tendero se marchó dejando a su hermano enfadado. Pero por más que Prudencio protestara no iba a buscarse la ruina en su propia casa. «La Mari» estaba empeñada en que Antoñito hiciera una boda de tronío y la madre de don Ernesto Vilamar era hija de un marqués, de manera que Catalina también era aristócrata. «La Mari» ya se veía con mantilla acompañando a su hijo al altar. ¡Malditas mujeres! Estaba harto de fiar a los Vilamar. Además, Catalina le parecía una chica muy sosa, demasiado delgada, se daba unos aires... y eso que era una muerta de hambre, por más aristócrata que fuese su padre.

Isabel había vuelto a zurcir la única camisa de Fernando. En cuanto su hijo volviera del trabajo irían al despacho del abogado. Había metido en un sobre el

dinero que había ido ahorrando de lo que le pagaban en casa de doña Hortensia.

A su pesar, tenía que reconocer que eran buenas personas. De derechas, sí, pero la trataban bien y doña Hortensia se dirigía a ella con respeto, siempre pidiéndole por favor lo que le mandaba hacer.

Sabían por don Bernardo que su marido estaba en la cárcel, pero nunca hacían alusión a su situación. Isabel se dijo que no habría podido soportarlo. No quería hablar de Lorenzo con nadie que no pudiera sentir lo que ella sentía, y eso significaba que sólo podía confiarse a otros perdedores como ella.

Se arregló lo mejor que pudo recolocando su cabello en un moño que sujetó con horquillas. Sacó las únicas medias que le quedaban y se las puso con cuidado, temerosa de que se le fuera algún punto. Después se puso la falda negra y la blusa blanca y se echó por encima un suéter ligero. No podía dejar de estar preocupada por Piedad. Temía que en cualquier momento don Antonio hiciera efectivas sus amenazas contra Eulogio y sabía que la pobre mujer no lo resistiría. «Si se llevan a mi hijo, mato a Antonio, juro que lo haré», le había dicho. Isabel tembló porque sabía que Piedad estaba tan desesperada que lo mismo era capaz de cumplir el juramento.

Empezó a sentir un dolor agudo en el estómago. El mismo dolor que la visitaba las tardes que iban a ver al abogado.

Por fin Fernando llegó y se aseó de prisa. También él estaba preocupado.

—Sobre todo sé paciente, no te enfades con don Alberto, contén el genio, el hombre hace lo que puede —aconsejó Isabel a su hijo mientras caminaban a buen paso.

—Lo que mejor hace es sacarnos el dinero que no tenemos —protestó Fernando.

—El dinero no importa, hijo, lo importante es que nos devuelvan a tu padre.

—Eso es de lo que me quejo, que ya hace dos años que está en la cárcel y el abogado nos da largas pero no consigue el indulto. No me quejo del dinero, madre, pagaría con mi propia vida si eso sirviera para que padre salga de prisión, pero me parece que nos toman el pelo y se aprovechan de la gente como

nosotros.

—¡No digas eso! Don Bernardo dice que este abogado es un buen hombre y que podemos confiar en él.

—¡Y tú crees todo lo que el cura te dice! —exclamó Fernando enfadado.

—¿Y por qué no he de creerle? ¿Es que don Bernardo nos ha hecho algún mal? Nos está ayudando todo lo que puede.

—Padre nunca iba a misa.

—Pero yo siempre he ido a misa. Tu padre nunca me impidió que fuera a la iglesia. Siempre ha respetado que yo crea en Dios. La fe es algo que ni siquiera la guerra me ha quitado y si no creyera en Dios no sé cómo podría haber soportado todo lo que hemos pasado —respondió Isabel con dulzura, evitando el enfrentamiento con su hijo.

Don Alberto los hizo esperar un buen rato. Cuando se abrió la puerta del despacho vieron salir a una pareja demudada. La mujer apenas contenía el llanto. Isabel cogió la mano de su hijo sin poder evitar un temblor.

—Pase, pase, señora Garzo —los invitó a entrar el abogado.

El hombre parecía incómodo. Fernando no supo si era por lo que había pasado con la visita anterior, pero le pareció un mal preludeo.

—Hoy no es un buen día... En fin, cuanto antes se lo diga...

—¿Qué sucede? —preguntó Isabel, temerosa de la respuesta.

—Han empezado a denegar indultos... No me pregunte por qué, pero están endureciendo la política de indultos... Eso no supone nada... sólo que habrá que esperar un poco más... Las cosas son así... ¡Qué más quisiera yo que darles buenas noticias! —se lamentó.

—¿Nos está diciendo que mi padre tiene que seguir en la cárcel? —preguntó Fernando con un timbre de voz helado.

—Sí..., por ahora sí... Es cuestión de esperar... Yo lo seguiré intentando.

—¡Dios mío! —exclamó Isabel sin poder evitar las lágrimas que empezaban a deslizarse por su rostro.

—Dígame exactamente cuál es la situación, qué podemos esperar, si es que

debemos esperar algo. Pero queremos la verdad, no nos maree más. —Fernando había subido la voz.

—Comprendo cómo te sientes, hijo, pero...

—No soy su hijo. Soy hijo de un hombre bueno que está en la cárcel.

—Mira, Fernando, créeme si te digo que estoy haciendo todo lo que puedo. Si por mí fuera, tu padre ya habría salido de la cárcel. Sé que es un buen hombre y que no sería un peligro para nadie, pero no depende de mí. Si tu madre y tú no estáis conformes con mi trabajo... en fin, hay otros abogados.

Isabel se sobresaltó. El tono de voz de don Alberto evidenciaba su disgusto por la actitud de Fernando. No podían permitirse buscar otro abogado que quizá les cobrara más. Miró a su hijo y supo que estaba pensando lo mismo que ella, pero su orgullo le impedía dar marcha atrás.

—Don Alberto, le estamos muy agradecidos por cuanto hace y sabemos que el caso de mi marido está en buenas manos, pero comprenda nuestra impaciencia... Han pasado dos años desde que terminó la guerra... Mi hijo echa de menos a su padre, y yo... ya puede usted suponerlo... Vivimos pensando en que algo pueda torcerse... Todos los días fusilan a presos, comprenda nuestra congoja —dijo Isabel en tono de súplica.

El abogado se estiró las mangas de la camisa que le sobresalían por la chaqueta y se ajustó el nudo de la corbata. Lo hizo de manera mecánica mientras pensaba en la respuesta que dar a Isabel.

—Bien... entonces seguiré haciendo lo imposible, que, créame, es lo que hago para conseguir el indulto de su marido.

—No sabe cuánto se lo agradecemos, usted es nuestra única esperanza —afirmó Isabel, esquivando la mirada de su hijo.

—¿Cuándo tendrá alguna noticia? —preguntó Fernando, intentando contener la ira que sentía.

—No sé... un par de semanas... quizá más... Por ahora han parado la concesión de indultos, lo que no significa que no se vayan a dar más. Puede que con tanta petición los funcionarios estén saturados de trabajo —arguyó don

Alberto.

—Ojalá sea eso —masculló Fernando.

—Tengan fe —les recomendó el abogado.

—La fe es lo que nos mantiene, don Alberto —respondió Isabel, esbozando una mueca que quería parecerse a una sonrisa.

—Pidan hora a mi secretaria, pongamos para dentro de un mes, a ver si para entonces puedo decirles algo. Naturalmente, si antes hubiese alguna novedad se la comunicaría de inmediato.

Salieron del despacho y allí, en la antesala, estaba aguardando la secretaria de don Alberto con un recibo preparado.

—Es lo de siempre —les dijo la mujer.

Fernando sacó el dinero y se lo entregó sin decir palabra. No hablaron hasta llegar a la calle en que Isabel empezó a sollozar. Le temblaban las piernas y se agarró del brazo de él.

—Hijo, has estado a punto de enfadar a don Alberto —le recriminó.

—Lo siento, madre, pero me parece un hipócrita de tomo y lomo. Nos está sacando el dinero y ya ves que sólo nos da buenas palabras. Él está bien relacionado, de manera que algo más podría hacer por padre —replicó Fernando.

—Don Bernardo nos lo recomendó y siempre me dice que estamos en buenas manos.

—No lo sé, madre, tengo dudas de que sea así y me desespero pensando en el sufrimiento de padre. Se le ve tan perdido desde que le rompieron las gafas. El domingo iremos a verle.

Isabel asintió sin dejar de llorar. Cada uno se perdió en su propia pena y no volvieron a hablar hasta llegar a su casa.

Pepita le dijo a Fernando que Eulogio había preguntado por él un par de veces.

—Ya le he dicho que salieron ustedes muy arreglados —les informó la portera, deseosa de saber adónde habían ido.

No fue hasta después de cenar que Fernando se animó a subir a la buhardilla

de Eulogio. No tenía ganas de hablar, pero tampoco quería despreocuparse de la angustia de su amigo.

—Pasa, pasa —le invitó Piedad mientras abría la puerta—. Está en su cuarto.

Eulogio estaba tendido sobre la cama fumando y mirando al techo. De los labios le colgaba una colilla.

—¿Habéis ido al abogado? —preguntó a Fernando.

—Sí, y nos ha dicho que están parando los indultos, así que mi padre seguirá en la cárcel quién sabe cuánto tiempo más. Puedes imaginar cómo estamos.

—Bien jodidos, como lo estamos todos. ¡Hijos de puta! —gritó Eulogio.

—Oye, no digas tacos que tú nunca has sido mal hablado —le pidió Fernando.

—Tienes razón... Mira, he recibido carta de Marvin.

—Ya... ¿Está bien? —preguntó Fernando con desgana.

—Sí, aunque me cuenta que la situación en París se está haciendo irrespirable con los alemanes por todas partes, y aun así ha comprado una librería, aunque dice que está pensando en irse a Alejandría.

—¿A Egipto? ¿Y qué va a hacer allí?

—Cree que le vendrá bien para inspirarse y escribir. Me da la dirección en Alejandría.

—Ya... bueno... —Fernando no sabía qué decir respecto a Marvin, del que tanto le daba lo que pudiera hacer.

—He pensado en marcharme —dijo de pronto Eulogio.

—¿Marcharte? ¿Y adónde vas a ir? No querrás irte a Alejandría.

—No lo sé, a América quizá. En Francia no están bien las cosas para los españoles. En la Zona Libre nos detienen y nos mandan a campos de trabajo.

—Pero si vas a Francia, Marvin te echará una mano. Es lo menos que puede hacer por ti, le has tenido en tu casa unos cuantos meses.

—Ya, pero los nazis están en París, de manera que no es el mejor sitio, por eso Marvin se va a marchar de allí. En cuanto a la Zona Libre... ni es libre ni es nada. Pétain es un lacayo de los nazis. Creo que lo mejor es ir a América, no sé, quizá a Argentina. Allí hablan español y no me costaría encontrar un trabajo.

—Pero América está muy lejos... Es más fácil llegar a Francia.

—Lo que sé es que debo irme. Don Antonio no se va a conformar con despedirme. Es un cabrón y seguro que intentará hacernos algo.

—¿Y tu madre? ¿Vas a dejarla aquí? —La pregunta de Fernando era un reproche.

—Te soy sincero: prefiero irme solo. Además, ella suele decir que ya no tiene edad para empezar de nuevo; que se quede aquí y que sea lo que Dios quiera.

—Dios no parece estar de nuestra parte últimamente, si es que alguna vez lo ha estado, así que yo que tú la convencería, porque don Antonio es capaz de todo.

—Mi madre no quiere irse, Fernando.

—¿Y qué? No es ninguna vieja. ¿Has pensado en lo que le puede pasar si se queda aquí? Si don Antonio no se puede vengar de ti, lo mismo la toma con tu madre. Es un sinvergüenza.

—No sé cómo mi madre pudo... Creo que nunca se lo perdonaré... —afirmó Eulogio, cerrando los ojos para alejar la vergüenza que sentía al recordar la relación de su madre con el tendero.

—Mira, no pensaba decírtelo, pero a lo mejor todavía hay solución... Catalina le ha pedido a su madre que hable con don Antonio, en realidad le ha pedido que le amenace con que le dirá a don Bernardo lo suyo con tu madre... —Fernando se sonrojó.

—Pero ¡cómo! De ninguna manera... ¡Quién es Catalina para meterse en nuestras vidas! Oye, si ha sido cosa tuya no te lo perdono. ¿Cómo se te ocurre decirle lo que ha pasado?

—Catalina sólo quiere ayudarte. Si doña Asunción habla con don Antonio, lo mismo le para los pies.

—¡Que no! ¡Que no quiero que se meta nadie en nuestras vidas! Tú le tienes mucho aprecio a Catalina y no es mala chica, pero es una cabeza de chorlito, y una caprichosa, una malcriada, una niña bien que no sabe nada de la vida. Y su madre es una beata estirada. Los Vilamar siempre nos han mirado a todos por

encima del hombro. ¡Quién es ella para decir nada a don Antonio! Pero ¡cómo te has atrevido, Fernando! —Eulogio volvió a alzar la voz enfadado.

—Siento haberte molestado... Yo estoy preocupado por ti y se lo conté a Catalina. Pensaba que tenías mejor opinión de ella, Eulogio.

—¡Es una señoritinga, eso es lo que es! A ti te tiene sorbido el seso y así te va.

—No estás siendo justo ni con ella ni conmigo. Es verdad que Catalina significa mucho para mí, y aunque tú no lo reconozcas es bondadosa, generosa, siempre dispuesta a ayudar a los demás. Y por ti siente un afecto sincero. Tienes razón en que yo no debería haberle dicho nada, aunque se habría enterado de todas maneras. En el barrio no se habla de otra cosa. Todos saben que don Antonio te ha despedido... Bueno, me marchó. —Fernando estaba dolido por la reacción de su amigo.

Eulogio le dejó marchar sin decir una palabra. Estaba desesperado, sentía que su vida se había vuelto a torcer. Había perdido a su padre en la guerra, luego él se empeñó en ir a luchar y regresó tullido. Ahora, con veintiocho años, se sentía un viejo, como si ya hubiese vivido varias vidas. ¿Había sido injusto con Fernando? No, pensó que no. Sabía que Fernando tenía buenas intenciones, pero le humillaba saber que había hablado con Catalina sobre él y su madre. Todo el barrio murmuraba sobre ellos. Lo sabía. Pero no por saberlo dejaba de dolerle que se lo recordaran.

Su madre apenas pisaba la calle. Procuraba salir de casa tan pronto como amanecía para no encontrarse con ningún vecino. Era una mujer orgullosa, pero se sentía avergonzada. Menos mal que en el taller donde iba a coser durante la semana y a limpiar los domingos no sabían nada de lo sucedido.

Volvió a sentir ira al recordar cómo eran sus vidas antes de la guerra. Su padre, corrector en el periódico, además traducía libros del francés para la Editorial Clásica que dirigía el padre de Fernando. Y aún encontraba tiempo para dar clases de escritura y lectura en una casa del pueblo. En cuanto a su madre, era azañista y profesaba sincera admiración por el que había sido presidente de la República. Él admiraba a su padre. Le parecía que lo que hacía era importante.

Vivían sin lujos pero sin que les faltara de nada, y el sueño de su padre era verle convertido en un gran pintor. Pero la maldita guerra les robó sus vidas.

Pensó en lo estúpido que había sido creyendo que era más listo que don Antonio por sisarle unas cuantas cosas del almacén. Pero don Antonio no regalaba nada y se había cobrado en el cuerpo de su madre hasta el último céntimo con que le pagaba.

Piedad le había contado por qué cedió ante el tendero. Para sacarle de la comisaría y que no se le llevaran para juzgarle por quién sabe qué cargos. Don Antonio la había chantajeado con lo único que podía: él.

Salió del cuarto y encontró a su madre poniendo coderas a un jersey. Parecía haber envejecido. Era la primera vez que la sentía derrotada. Le hubiera gustado ser capaz de abrazarla, pero no pudo hacerlo. Le podía el rencor. Quizá hubiera sido mejor que le llevaran a la cárcel, así al menos no habrían tenido nada de qué avergonzarse.

—Está decidido. Voy a marcharme —le anunció.

—¿Vas a salir ahora? —preguntó ella.

—No, voy a marcharme de España. Ya te lo dije. Aquí no tengo nada que hacer excepto ver cómo se ríen de mí. Además, don Antonio no es de los que olvidan. Tarde o temprano me acusará de algo y me detendrán.

—¿Adónde piensas ir?

—Puede que a América.

—Pero... América está muy lejos...

—Mejor así. No pienso volver. Aquí no hay vida para mí.

—Eulogio..., yo... creía que te irías más cerca...

—No. Si me marcho es para siempre, para olvidarme de todo esto.

—¿También de mí? —preguntó Piedad, intentando que su hijo no notara su pena.

Eulogio se quedó en silencio, sin atreverse a contestar. Le hubiera gustado decir que a quien primero quería olvidar era a ella, pero sabía que le causaría un gran dolor y que luego él se sentiría un miserable. No podía perdonarla, pero

tampoco quería hacerle ningún mal.

—Hace días que te dije que pensaba marcharme y tú dijiste que no contara con que me ibas a acompañar —le recordó.

—Porque no te serviría de nada. Por eso me quedaré aquí. Eso sí, con la esperanza de que Franco no dure mucho tiempo y puedas volver, tú y todos los que ya se han ido.

—Don Antonio no tiene nada contra ti, así que supongo que no te hará nada —respondió él, sabiendo que sus palabras sonarían a oídos de su madre como un reproche.

—Si ya he perdido a tu padre y ahora te pierdo a ti, nada más me puede pasar, por tanto, nada me puede hacer. Pero... ¿sabes, hijo?, no te pido que me comprendas pero sí que no me guardes rencor. Hice lo que creía que tenía que hacer y volvería a hacerlo mil veces antes de verte encarcelado y que te arrebataran los mejores años de tu vida. Una madre paga cualquier precio por salvar a su hijo.

—Hubiera preferido ir a la cárcel antes que sentir esta vergüenza, pero lo hecho, hecho está. Ya no hay vuelta atrás. En cuanto pueda me iré.

Piedad bajó la cabeza fijando su atención en la aguja. Tenía un nudo en la garganta. Su hijo la había juzgado y condenado, y el veredicto era inapelable. Se habían perdido el uno para el otro para siempre. Y sintió que odiaba aún más profundamente a todos aquellos que les habían arrebatado sus vidas.

De nuevo en su habitación, Eulogio releyó la carta de Marvin. Echaba de menos a su amigo. Las conversaciones interminables seguidas por largos silencios. Podían estar juntos sin necesidad de decirse nada. Lo que habían vivido en el Frente les había unido para siempre.

Querido amigo:

Disculpa que no te haya escrito antes, pero hasta hace unos días estuvieron aquí mis padres, aunque no es excusa para no hacerte llegar noticias mías. También he dedicado buena parte del tiempo a escribir. No es que esté satisfecho de lo que vengo escribiendo, pero al menos creo que alguna estrofa

merece la pena conservarla.

He comprado una librería. Por motivos que ya te contaré, monsieur Rosent, mi editor, me ha vendido su negocio. Los judíos están sufriendo una persecución implacable por parte de las autoridades y monsieur Rosent lo es. No estaba en mis planes algo así, pero las circunstancias mandan y la guerra nos obliga a tomar decisiones inopinadas.

Cada vez soy más pesimista sobre el resultado de la guerra. Que Alemania se haya atrevido a invadir la Unión Soviética es señal o de su locura o de su fortaleza. Puede que de ambas. No quiero imaginar un mundo con Hitler al frente, de manera que me pregunto si no debería hacer algo, pero sólo de pensar en luchar... No, tú sabes que no soy capaz. ¿Porque soy un poeta? No, porque soy un cobarde. Ésa es la única verdad.

Pero no quiero seguir cargando sobre tus hombros la angustia que me acompaña.

Amigo mío, puede que me vaya una temporada a Alejandría. El viaje tiene que ver con la compra de la editorial. Desde que se casó, allí vive Sara Rosent, la hija de mi editor, y a ella volverá algún día la propiedad de su padre; yo soy sólo un guardián de su herencia. También me seduce vivir una temporada en un lugar tan diferente como es Egipto, donde los ecos de la guerra creo que no son tan contundentes como aquí.

Te mando la dirección de Sara Rosent por si necesitaras algo de mí.

Mientras tanto, recibe un abrazo fraternal,

MARVIN BRIAN

Dos días más tarde, doña Asunción se hizo la encontradiza con Fernando. Cada día le costaba más escaparse del control de su marido, que no dejaba de preguntarle por sus idas y venidas. Pero Catalina había insistido en que buscara a Fernando para contarle su conversación con don Antonio, además de pedirle que fuera a verla. Se aburría en casa de su tía.

Fernando regresaba de la imprenta cuando se encontró con ella.

—Buenas tardes, doña Asunción. ¿Cómo está Catalina? —le preguntó, inclinándose levemente.

—Bien... ella está bien. Quiere que vayas a verla, aunque a mi hermana Petra no le hace mucha gracia verte por su casa... Es que estamos tan preocupadas... Si mi marido se enterase de que ves a Catalina no sé qué podría pasar...

—Por mí nadie se va a enterar y menos don Ernesto.

—Mi hija te tiene mucho afecto, Fernando, y dice que confía en ti más que en

ninguna otra persona en el mundo... —le confesó.

—Y yo siento el mismo aprecio por ella, nos conocemos desde niños.

—Sí... bueno, también quiero que sepas que he hablado con don Antonio. Creo que no molestará a Eulogio.

—¡Vaya! Esto sí que es una buena noticia. Pero ¿está segura? Ese hombre no es de fiar...

—Lo sé... bueno, no es que lo sepa... ¡Todo es tan difícil! Se ha comprometido a no hacer nada contra Piedad ni contra Eulogio y espero que cumpla su palabra... Yo... en fin, le dije que estaba pensando en hablar con don Bernardo porque me preocupaban los rumores sobre lo suyo con Piedad. Creo que se asustó. Sabe que don Bernardo se enfadaría muchísimo.

—Ha sido usted muy valiente —aventuró a decir.

—No fue fácil y si mi marido se entera... ¡no quiero ni imaginar lo que sucedería! En fin, no debemos seguir hablando, que luego la gente hace comentarios sobre cualquier cosa.

—Iré a ver a Catalina en cuanto pueda. Dígaselo.

—¿Hay noticias de tu padre?

—Parece que han parado de dar indultos... Estamos desesperados.

—¡Cuánto lo siento! Si crees que podemos hacer algo...

—No, no pueden. Gracias de todos modos.

—Saluda a tu madre de mi parte.

—Lo haré, doña Asunción.

Le hubiera gustado ir a contarle a Eulogio lo que le acababa de decir la madre de Catalina, pero llevaban dos días evitándose. Ambos estaban dolidos por la actitud del otro.

Cuando llegó a su casa le explicó a su madre la conversación con doña Asunción.

—Es una buena mujer, imagino que no le habrá resultado fácil enfrentarse a ese bruto del tendero, que sólo tiene miedo a su mujer y a don Bernardo. Son los

únicos que le pueden parar los pies. Así que Asunción ha hecho bien en decirle que iba a hablar con don Bernardo.

—La pobre mujer tiene miedo de que su marido se entere de tanto tejemaneje —dijo Fernando.

—¡Uf! No quiero pensar en cómo se pondría Ernesto. Es un hombre difícil. Además, la situación de los Vilamar no es tan boyante como antes y parece que don Antonio les está echando una mano —le explicó Isabel a su hijo.

—Vaya, madre, ¿no te sabía tan enterada de lo que pasa en el barrio!

—Es que la gente habla mucho, Fernando, y a veces te enteras hasta de lo que no quieres.

—¿Sabes?, estoy preocupado por Eulogio. No me gustaría que se marchara sin que nos despidiéramos.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Sube a hablar con él.

—Pero es que está enfadado conmigo, ya te lo he contado.

—¿Y qué? Sois amigos. Siempre lo habéis sido aunque sea un poco mayor que tú. Recuerdo que cuando decidió irse a la guerra llorabas porque querías ir con él. Mira, Fernando, entre los amigos no hay orgullo que valga. Seguro que él está igual de fastidiado que tú por haber dejado de hablaros.

—Lo mismo subo y me echa.

—No creo, pero si lo hace, mala suerte. Ya se le pasará el enfado.

—Madre...

—¡No seas orgulloso! Anda, sube a hablar con él. Te necesita. Un domingo de éstos quedaré con Piedad para dar un paseo, la pobre mujer evita salir a la calle. No lo dice, pero siente vergüenza. Una cosa es que la gente murmure y otra que ya den por hecho lo que había entre ella y el tendero.

—Lo extraño es que la mujer de don Antonio no sepa nada —comentó Fernando.

—Nadie se atrevería a irle con el cuento. Ya sabes que en estas cosas el último en enterarse es el interesado. Eulogio nunca sospechó nada de lo de su madre con don Antonio y eso que medio barrio chismorreaba.

—Tienes razón... Bueno, subiré a la buhardilla, a ver qué pasa.

—Sois buenos amigos, Fernando, ya verás como lo arregláis.

Encontró a Eulogio pintando sobre un trozo de cartón. Apenas le prestó atención ensimismado como estaba mientras dibujaba lo que parecían siluetas.

Permanecieron unos minutos sin decir palabra hasta que la incomodidad que Fernando sentía le obligó a hablar:

—Me he encontrado con doña Asunción y me ha asegurado que don Antonio nos os molestará. Le ha amenazado con hablar con don Bernardo.

—¿Y qué iba a decirle a don Bernardo, que mi madre se entendía con don Antonio? —replicó Eulogio con amargura.

—Oye, creo que estás exagerando la situación. ¿No eras tú el que hablaba de una sociedad libre donde los hombres y las mujeres valían lo mismo y, por tanto, que nadie podía juzgar a ninguna mujer por hacer de su capa un sayo?

—¡No me fastidies, Fernando! ¡Déjame en paz!

—De acuerdo, te dejo en paz. Te has vuelto un amargado. Lo que no te hizo la guerra te lo has dejado hacer por don Antonio, que no vale ni la cuarta parte que tú y mucho menos que tu madre. Haz lo que quieras, Eulogio, pero que sepas que ese miserable de don Antonio no va a mover un dedo contra vosotros. No es que yo me fíe de él, pero creo que no es tan tonto como para que don Bernardo intervenga y se entere su mujer.

Fernando le dio la espalda y se dispuso a marcharse cuando sintió la mano de Eulogio en el hombro.

—Tienes razón, ese hombre me ha amargado la vida y lo peor es que no puedo perdonar a mi madre.

—Pues no se lo merece. Yo estoy seguro de que la mía habría hecho lo mismo por mí, y lo último que se me ocurriría sería reprochárselo. La tuya ha demostrado que te quiere tanto que no hay precio que no esté dispuesta a pagar por ti.

—Hubiera preferido que me llevaran a la cárcel.

—¿Y de qué habría servido? Bastante ha sufrido ya tu madre perdiendo a tu

padre para también perderte a ti.

—No me sermonees.

—No, si yo no he venido a sermonearte, sólo a decirte que puedes estar tranquilo. Pero allá tú.

—Me marchó a América, aquí ya no hay nada para mí. Franco no va a soltar el poder por más que mi madre diga que no durará mucho.

—Yo no sé lo que puede pasar... ¡Ojalá tu madre tenga razón! Pero tal y como van las cosas... Siguen metiendo gente en la cárcel, y siguen fusilando, nos meten miedo para que no nos movamos —reflexionó Fernando.

—Ya ves, han ganado la guerra pero no tienen suficiente con eso —masculló con rabia Eulogio.

—Bueno, me voy, que mañana madrugo. Cuéntale a tu madre lo que me ha dicho doña Asunción, eso la tranquilizará.

Cuando Fernando se fue Eulogio entró en la cocina, donde Piedad se afanaba machacando una patata cocida a la que había puesto un poco de perejil para darle sabor. Era la cena de esa noche.

Piedad escuchó a su hijo con el semblante serio, aunque sintió alivio al saber que don Antonio no podría perjudicarles.

—Doña Asunción es una buena mujer —comentó.

—Pues sí que eres benevolente. Los Vilamar son de derechas y siempre lo han sido. Y ahora son más franquistas que el propio Franco. A mí me dan asco —respondió Eulogio.

—Los Vilamar eran monárquicos y nunca hemos sabido que hayan hecho daño a nadie. Y antes de la guerra, cuando disponían de capital, doña Asunción ayudaba a cuantos podía, y, que se sepa, don Ernesto siempre ha tratado con corrección a todo el mundo —argumentó Piedad.

—Pero ¡qué dices! ¡Es lo que me faltaba por oír! Nunca pensé que pudieras defender a una gente como ésa. ¿No eras de Azaña?

—No estoy defendiendo a nadie, sólo digo que no son mala gente.

—Don Ernesto un monárquico y doña Asunción una beata... ¡Qué te parece!

—¿Y eso les convierte en malas personas? Mira, yo creo que a la gente hay que juzgarla por sus actos.

—Pues si es por sus actos, entonces deberías condenarlos: ¡son franquistas!, ¡franquistas! ¿Es que ahora defiendes a los franquistas?

—No estoy defendiendo a los franquistas, estoy diciendo que los Vilamar son buenas personas.

—¡No te entiendo! Cada día descubro algo sobre ti que me asquea —soltó Eulogio, y salió de la cocina dando un portazo.

Piedad se puso a llorar. Se reprochó haber discutido con su hijo a causa de los Vilamar. Eulogio tenía razón, ¿qué le podían importar a ella? Tendría que haberse mordido la lengua y no haber dado lugar a la discusión, habida cuenta de que su hijo tenía los nervios a flor de piel y todo por culpa de ella.

Eulogio siempre había sido optimista, incluso demostró gran entereza cuando le hirieron en el Frente, y sin embargo había cambiado desde que se había enterado de lo suyo con el tendero. Transpiraba mucha amargura, y lo peor era que no había nada que ella pudiera hacer para que la perdonara.

Se quedó quieta llorando en la cocina. No tenía valor para entrar en el cuarto de su hijo y abrazarle. Sabía que la rechazaría como venía haciéndolo en los últimos días. Cada vez que él le negaba un beso, ella sentía un dolor intenso en el pecho. Aunque los médicos dijeran que el corazón no duele, a ella le iba a estallar de dolor.

Piedad no durmió aquella noche. Eulogio tampoco. Tres pisos más abajo, Isabel también estaba en vela. No podía dejar de pensar en la suerte de su marido. Intentaba mostrarse confiada ante Fernando, no quería aumentar la angustia de su hijo, pero tenía un mal presentimiento. Fernando, tumbado en su cama, permanecía con los ojos cerrados aunque tampoco dormía.

El domingo, Isabel y Fernando se levantaron apenas había amanecido. Querían

llegar pronto a la cárcel para estar entre los primeros en la cola que formaban los familiares de los presos.

Los guardias registraban con minuciosidad a todos los que tenían un familiar o un amigo encerrado. A Fernando le costaba no decir nada ante las humillaciones que sufrían. Pero su madre le repetía que cualquier palabra de más podía significar que no les dejaran ver a su padre e incluso que tomaran represalias contra él.

Aunque la ropa que tenían denotaba el paso del tiempo, procuraban ir bien arreglados porque su padre siempre había sido un hombre pulcro. «Es por respeto a los demás por lo que debemos vestir adecuadamente», solía decirle a Fernando cuando era niño.

Isabel se había lavado el pelo y se lo había colocado en un moño sujeto con unas cuantas horquillas. Llevaba una blusa blanca gastada y un traje de chaqueta azul marino. Los zapatos bien limpios a pesar de que estaban viejos. Fernando se había puesto una chaqueta que era de su padre.

Las familias de los presos aguardaban impacientes. Como Fernando y su madre llegaban temprano coincidían con los más madrugadores. Solían hablar con un anciano que siempre les daba ánimos. Don Arturo, que así se llamaba, tenía su hijo mayor también preso en las Comendadoras y había perdido a otros dos durante la contienda. «La tragedia de esta guerra es que el mediano luchaba con las tropas de Franco y el pequeño, mi ojito derecho, me salió anarquista. Ahora les he perdido a los dos», se lamentaba don Arturo mientras reprimía las lágrimas. «Sólo espero que se salve el mayor, era azañista además de maestro... Pero Franco parece odiar a los maestros y temo por él.»

Aquel día los guardias de la puerta parecían estar de peor humor que de costumbre y despachaban de malos modos a algunas de las familias que esperaban en la entrada. Cuando eso sucedía es que o bien habían trasladado al preso a otra cárcel o, lo que era peor, que lo habían fusilado después de denegarle el indulto.

Cuando Isabel le mostró sus documentos al guardia de la prisión, éste buscó

en una lista que llevaba en la mano.

—Lorenzo Garzo... aquí no está. Que pase el siguiente.

—¡Cómo que no está! Se equivoca, mi marido está aquí. Usted lo sabe, venimos todas las semanas a verle. Debe de haberse equivocado —dijo Isabel nerviosa.

—¡Le he dicho que no está en la lista! ¡Quítese de en medio! ¡No moleste! —gritó el guardia.

—Oiga, mi padre está aquí. Lorenzo Garzo, busque bien —replicó Fernando al tiempo que sentía que una oleada de sudor le empezaba a empapar el cuerpo.

—¡Que se vayan, coño! Aquí no está. —El guardia empujó a Fernando.

Isabel, asustada, agarró a su hijo por el brazo temiendo que no se controlara.

—Dígame a quién podemos preguntar —insistió ella, intentando mantenerse serena.

—¡Y yo qué sé! No está y punto. No es mi obligación saber qué pasa con los delincuentes que tenemos aquí. ¡Váyanse!

Durante unos segundos Isabel y Fernando se creyeron dentro de una pesadilla. No podía ser, se decían el uno al otro, debía de ser un error, pero el bruto del guardia no quería molestarse en comprobarlo. Una mujer joven que estaba en la cola se les acercó y en voz muy baja les dijo:

—Seguramente a su familiar le han fusilado. Hace un mes a mí me dijeron lo mismo cuando vine a ver a mi hermano. Ahora espero que no me pase lo que a ustedes con mi otro hermano al que vengo a ver.

—Pero ¡qué dice! —respondió Isabel con espanto.

—Comprendo que le cueste creérselo... A mí me sucedió lo mismo. Pero ya le digo que cuando no aparecen en la lista es que les han fusilado —insistió la mujer.

—A mi padre no... a mi padre no... —balbuceó Fernando.

—Ya les escribirán y les dirán algo... —dijo la mujer, que para ese momento le tocaba su turno para entrar en la cárcel.

Fernando se abrazó a su madre. Ambos estaban temblando. No sabían qué

hacer ni qué pensar, adónde ir, a quién preguntar.

—No te preocupes, madre, volveremos a hacer la cola. Mira, nos ponemos en la otra fila y a lo mejor padre aparece en la lista del otro guardia.

—Sí... sí, eso es lo que tenemos que hacer. Tiene que haber un error. Si hubiera pasado algo... bueno, el abogado nos lo habría dicho, él lo sabría...

—Claro, madre, ya verás como ahora se aclara todo.

Volvieron a ponerse en la cola. Durante una hora aguardaron impacientes, pero volvieron a vivir la misma pesadilla.

—Lorenzo Garzo no está aquí —les dijo el guardia sin siquiera mirarlos.

—Tiene que estar. Verá, estamos tramitando el indulto, precisamente esta semana hemos estado con el abogado —contestó Isabel con un deje histérico en la voz.

—Oiga, si le digo que no está es que no está. Váyanse.

—¡Pero tiene que estar! —objetó Isabel, a punto de quebrarse.

—Si insisten les tendré que detener. Están obstruyendo la cola. —El guardia no tenía mejores modales que su compañero.

—No puede ser. —Isabel había comenzado a llorar.

—¿Qué es lo que no puede ser? Los que están aquí es que han hecho algo, así que... ¡hale, váyanse!

Isabel se derrumbó sin que a Fernando casi le diera tiempo a sujetarla. La llevó hasta la esquina y la obligó a apoyarse contra la pared.

—Madre..., ¡por Dios, tranquilízate! A padre no le ha pasado nada. Mañana iremos al abogado, nos dirá qué ha ocurrido y arreglará esta confusión, ya verás...

—¿No te das cuenta, hijo? ¿Es que no has oído lo que nos ha dicho esa mujer? A tu padre le han... le han... —Isabel no pudo seguir hablando porque el llanto le impedía que las palabras escaparan de su garganta.

—¡No digas eso! ¡Padre está vivo! ¡Lo sé, sé que no le ha pasado nada! —gritó Fernando.

Caminaron abrazados sujetándose el uno al otro. Las lágrimas recorrían el

rostro de Isabel y la amargura había anidado en los rasgos de Fernando.

Cuando llegaron a su casa fueron incapaces de comer nada. Ni aunque los hubieran invitado a un banquete habrían podido tragar bocado. Pasaron el resto del día hablando sobre lo que podía haber sucedido. Fernando insistía en que todo era un error e Isabel quería creerle, pero en el fondo de su alma sabía que a su marido le habían matado.

El lunes por la mañana Isabel se levantó sin fuerzas. Estaba agotada. No había dormido en toda la noche y tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar. Pero debía ir a casa de los Ramírez. Don Luis y doña Hortensia se levantaban temprano y les disgustaba la impuntualidad.

Cuando llegó, doña Hortensia estaba desayunando una taza de malta.

—Vaya cara que trae, Isabel, ¿está usted enferma? —preguntó doña Hortensia preocupada.

Isabel no pudo contenerse y comenzó a llorar mientras le contaba lo sucedido.

Doña Hortensia se quedó callada mirándola fijamente. Por una parte sentía que al marido de Isabel hubieran podido fusilarle, pero por otro comprendía que eso hubiera ocurrido habida cuenta de que Lorenzo Garzo era un rojo. La mujer se dijo a sí misma que cómo era posible que personas de bien como eran los Garzo hubieran estado en el lado equivocado.

—Vamos, vamos, no llore, se lo diré a mi marido, a lo mejor él puede enterarse de algo. Ya sabe que tiene buenos amigos. Algo podrá averiguar. Mientras hablo con él póngase a planchar...

Isabel se limpió las lágrimas con el dorso de la mano mientras se dirigía a la cocina. Doña Hortensia, por su parte, entró en su cuarto, donde su marido se terminaba de vestir.

—Luis, sé que tienes prisa, pero es que Isabel ha venido hecha un mar de lágrimas. Parece que ayer, cuando fue a la cárcel para ver a su marido, le dijeron que ya no estaba... La pobre se ha puesto en lo peor... ¿Podrías averiguar algo?

—Eso de que tengamos a la mujer de un rojo en casa... —protestó él.

—Es una buena mujer, me la recomendó don Bernardo y no tengo queja de ella. Es trabajadora, cumplidora, limpia y discreta. Ella no tiene la culpa de lo que hiciera su marido. Así que mira qué puedes hacer —respondió la mujer, conminando a su esposo.

—Preguntaré, pero no te prometo nada. No me gusta que nos metamos en líos por nadie.

—¿Es que preguntar es pecado? ¡Por Dios, Luis! No creo que nos pueda perjudicar que intentemos ayudar a una pobre mujer. Además, nos guste o no, en Madrid hay muchas familias de rojos, ¿y qué quieres hacer con ellas? Tenemos que vivir todos. Lo importante es que nosotros hemos ganado la guerra. Hay que ser misericordiosos.

—Dices unas cosas... Bueno, preguntaré, pero sólo eso.

—Hombre, si podemos hacer algo más...

—Hortensia, no me líes, una cosa es preguntar y otra implicarnos en los asuntos de esa familia.

—Luis, tenemos obligaciones para con nuestros semejantes. Además, no vamos a pasarnos la vida mirando si uno es rojo o de otro color. A mí me da lo mismo, lo fundamental es que sean buenas personas.

—¡Cómo que te da lo mismo! ¡Es lo que me faltaba por oír! Mira, Hortensia, no digas esas cosas que aún nos terminas metiendo en un lío. Los enemigos de la patria...

—¡Anda, calla! A mí no me sueltes discursos. Mira, yo no veo a Isabel como enemiga de nadie y, por lo que sé, a su marido le aprecia todo el mundo. Incluso don Bernardo ha escrito una carta a su favor pidiendo el indulto. Lorenzo Garzo era el director de Editorial Clásica, y nosotros tenemos unos cuantos libros suyos, no creo que un editor sea peligroso para nadie.

—Un editor que en la guerra luchó con los rojos —respondió don Luis malhumorado.

—Pero qué pesado te pones con los colores. Ellos estaban equivocados y por

eso perdieron, ¿qué más quieres?

—Me voy, que llego tarde. Ya te diré algo sobre ese tal Lorenzo Garzo.

—Si además de preguntar le pudieras sacar de la cárcel...

Pero don Luis ya había salido de casa y no la oyó. Su mujer le había provocado un fuerte dolor de cabeza. Aun así, sabía que no tendría más remedio que interesarse por el tal Garzo. Hortensia no le dejaría en paz hasta que no le diera una respuesta concreta.

Aquel lunes Fernando sentía que las horas pasaban con una insoportable lentitud. Ansiaba que llegara la tarde para presentarse en el despacho de don Alberto García y pedirle explicaciones. No podía creerse que el abogado no estuviera informado de la suerte que su padre hubiera podido correr. Tampoco quería pensar en otra explicación que no fuera que le habían trasladado a alguna otra prisión.

Don Vicente le llamó la atención un par de veces al verle distraído ante la máquina de la imprenta.

—Pero ¿qué te pasa hoy? Estás atontado... Anda, presta atención.

—Ya... ya... disculpe, es que estaba distraído.

—No hace falta que lo digas. ¿Has dormido mal?

—No es eso... bueno, eso también; en realidad no he pegado ojo en toda la noche. Es que... verá, ayer fui con mi madre a ver a mi padre y nos dijeron que no estaba. El guardia no nos quiso dar más explicaciones.

—Ya... bueno, puede ser un error. Anda, deja lo que estás haciendo y acércate a preguntar. Como hoy no es día de visita te será más fácil enterarte de lo que ha pasado.

—Pensaba ir en cuanto saliera de aquí a ver a don Alberto, el abogado que nos está tramitando el indulto...

—Pues haz las dos cosas, ve a la cárcel y a ver a ese don Alberto. Son días difíciles, Fernando. Esta gente quiere eliminar a todos los que no son de su cuerda. En fin, sea lo que sea que haya pasado ya eres un hombre y tienes que

pensar en tu madre. Sólo te tiene a ti. Ya sabes lo mucho que aprecio a tu padre, un hombre cabal donde los haya, y sobre todo una buena persona. Cuántas tardes no habremos compartido en el Ateneo... —recordó el jefe de la linotipia.

Fernando asintió agradecido. Don Vicente siempre se había portado como un buen amigo de la familia.

En cuanto salió de la imprenta se encaminó hacia el antiguo Convento de las Comendadoras reconvertido en cárcel.

No era el único edificio religioso que los vencedores utilizaban para encarcelar a sus enemigos. El teniente coronel de caballería Francisco Tonel era el encargado del orden público en Madrid y disponía de veintiuna cárceles repartidas por toda la ciudad. Dieciséis para hombres, cinco para mujeres. Pero a lo que a los perdedores les hacía temblar no era tanto el saber que en esos veintiún edificios se hacinaban sus familiares, sino que todos los días muchos de los presos terminaban ante cualquiera de los cinco consejos de guerra que decidían sobre la vida o la muerte de quienes permanecieron fieles a la República.

Isabel solía consolar a Fernando diciéndole que ellos habían tenido suerte al tener a su padre en el Convento de las Comendadoras, que estaba a unas cuantas manzanas de su casa. Así al menos le sentían cerca de ellos.

Fernando se plantó ante los guardias de la puerta preguntando por la suerte que había corrido su padre.

—Ayer nos dijeron que no aparecía en la lista, ¿acaso le han trasladado?

El hombre le miró de arriba abajo con una mezcla de conmiseración y altanería.

—Pues si no estaba en la lista, le habrán sentenciado. La semana pasada llevamos a muchos presos ante los consejos de guerra.

—¿Llevaron a mi padre? —preguntó Fernando, temeroso de la respuesta.

—Anda, pasa y pregunta, que yo no soy quién para darte información; además, no sé quién es tu padre, aquí hay tres mil hombres y como comprenderás no les conozco ni falta que me hace.

Un funcionario de la prisión le atendió de mala gana.

—No tengo por qué darle explicaciones. Ya recibirá una carta informándole de dónde está su padre.

—Comprenda que estemos preocupados. Mi madre está desesperada... Si fuera tan amable de decirme tan sólo dónde se lo han llevado...

Fernando salió de las Comendadoras con un sabor amargo en la boca. No había conseguido saber nada más, sólo que su padre ya no estaba allí. Se dirigió con paso rápido hasta el despacho de don Alberto García.

Al abogado le molestó que Fernando se hubiera presentado sin previo aviso. Tenía un cliente y otro aguardaba en la sala de visitas, así que le indicó que debía esperar. Eso fue lo que hizo durante dos largas horas. Cuando por fin le abrió la puerta del despacho le miró con pesadumbre.

—Pensaba avisaros... pero es que he tenido mucho trabajo...

—¿Avisarnos? —dijo Fernando, sintiendo que el miedo se le agazapaba en la boca del estómago.

—Sí... bueno... ha sido una desgracia... todo lo que he venido haciendo no ha servido de nada. Lo siento.

—No le entiendo... —susurró Fernando.

—El Consejo de Guerra rechazó la conmutación de la pena y a tu padre... en fin, le han fusilado —sentenció don Alberto con voz meliflua, sabiendo que tendría que capear la explosión de Fernando.

—¡Hijos de puta! ¡Cabrones! —acertó a decir Fernando, mascullando las palabras que escapaban de sus labios.

—¡Calma! ¡Calma, chico! No digas barbaridades que no sólo no van a devolver la vida a tu padre sino que además se te pueden volver en contra.

—¡Le han matado! —Y las lágrimas empezaron a fluir hasta convertirse en un sollozo incontrolable.

A don Alberto García le molestaban esas escenas de dolor a las que tan habitualmente asistía. No le gustaba hacerse cargo de tramitar indultos, pero no se negaba porque le suponían unos buenos beneficios. Él no daba lugar a

engaños. Les decía la verdad a las familias de los presos: que haría cuanto estuviera en su mano, que no era mucho, y, por tanto, que no podía garantizar el buen fin de sus gestiones.

—Mira, Fernando, tú sabías que eso podía pasar. Sé cómo te sientes... no es fácil perder a un padre, yo aún recuerdo cuando murió el mío.

—El suyo murió en la cama por enfermedad, al mío le han fusilado —respondió Fernando, mirándole con odio.

—Pero el resultado es el mismo, que uno se queda sin su padre. A tu edad se necesita mucho a un padre... lo sé...

—¡Qué va a saber! —gritó Fernando.

—Te aseguro que he hecho cuanto estaba en mi mano.

—¿Por qué no nos avisó?

—Pensaba hacerlo hoy mismo... No me enteré hasta el sábado por la tarde de la decisión del Consejo de Guerra... y no era cosa de presentarme en tu casa y darle ese disgusto a tu madre...

El abogado miraba con aprensión a Fernando, que no dejaba de llorar y un rictus de odio le cruzaba el rostro. Sabía que no era mal chico, pero se sintió incómodo temiendo que pudiera ponerse violento. En una ocasión una mujer le dio una bofetada cuando le comunicó que habían fusilado a su novio. Se quedó en silencio aguardando a que Fernando ganara la batalla contra las lágrimas. Era mejor así, añadir palabras podría enfurecerlo aún más.

—¿Cómo se lo voy a decir a mi madre? —preguntaba Fernando a nadie más que a sí mismo—. No lo soportará. ¡Dios mío, qué te hemos hecho!

Don Alberto le sirvió un vaso de agua de una jarra que tenía tapada con un paño blanco sobre la mesa del despacho. Fernando lo aceptó.

—Mira, teníais pendiente de pagarme unas pesetas, pero, dadas las circunstancias, las doy por perdidas... ¿Te parece bien?

—No, no, señor. Se las pagaré. Los Garzo no aceptamos limosnas de nadie. — Y Fernando sacó del bolsillo del pantalón el dinero que ya tenía preparado de antemano.

—No seas orgulloso... lo hago de corazón... —afirmó don Alberto, sintiéndose satisfecho de su generosidad.

—Nosotros no tenemos deudas con nadie ni aceptamos caridad —respondió con rabia Fernando.

—Bueno... no te insistiré... —El abogado guardó el dinero en el primer cajón de la mesa del despacho—. Ya que estás aquí te daré los papeles... es la resolución del Consejo de Guerra en contra del indulto y de la conmutación de la pena... Tienes que ir a esta dirección que te he apuntado a por el certificado de defunción de tu padre.

—Dirá usted el certificado de asesinato de mi padre.

—¡Vamos, Fernando, cuida lo que dices! Sé que eres un buen chico y comprendo tu pena, pero no quiero escuchar ciertas cosas. No se puede faltar el respeto a un tribunal. Hay que respetar la ley.

—¿Qué ley, don Alberto? Además de haber ganado la guerra, ¿van a fusilar a todos los que la hemos perdido?

—A ti no te va a fusilar nadie, así que deja de decir tonterías. Oye, bebe agua y cálmate. Dile a tu madre que estoy a su disposición si necesitáis algo...

—A mi padre —respondió Fernando con rabia.

—Lo siento, chico, sabes que lo siento, para mí todo esto no es plato de buen gusto. Confiaba en que le conmutaran la pena... pero no ha podido ser.

El abogado se puso en pie indicando que la visita había terminado. No tenían nada más que decirse. Alargar la conversación no les llevaría a ninguna parte. Le tendió la mano a Fernando, que pareció dudar antes de darle la suya.

Ya en la calle, Fernando terminó de secarse las lágrimas con el pañuelo de un blanco impoluto que su madre le colocaba junto a la ropa cada mañana. Era de su padre. Aún guardaban seis pañuelos que ahora los utilizaba él.

No podía hacerse a la idea de que su padre ya no existiera, que hubiera dejado de ser. Sólo de pensarlo sentía un dolor tan agudo en el pecho que pensaba que su corazón iba a dejar de latir. El odio que sentía era tan devastador que él mismo se asustó. Le atormentaba tener que decírselo a su madre. ¿Podría

soportarlo? Sus padres habían estado muy unidos. Jamás les había escuchado discutir. Había tenido la suerte de crecer en una familia donde imperaba la armonía precisamente por ese amor profundo que trascendía la relación de sus padres.

Caminó durante un buen rato. Necesitaba encontrar sosiego antes de darle la noticia a su madre. No quería derrumbarse delante de ella.

Y de repente se fue abriendo camino en su cabeza una idea terrible: mataría a los verdugos de su padre. Sabía que no podría acabar con todos, pero sí con alguno. Tendría que elegir a quién. Quizá a alguno de los miembros del Tribunal del Consejo de Guerra. Sí, ésa sería una buena venganza para que esos miserables supieran que sus crímenes no siempre iban a quedar impunes.

También podría elegir a alguno de los funcionarios de la prisión, alguno de esos hombres que habían maltratado a su padre negándole todo. O quizá... sí, quizá fuera más acertado matar a alguno de los soldados que habían disparado a su padre. Tenía que pensar, buscar el medio de hacer realidad la venganza. Pero se vengaría aunque le costara la vida, por más que sabía que si eso sucedía su madre se quedaría desamparada para siempre.

Cuando llegó a su casa ya estaba anocheciendo. Le sorprendió que no hubiera ninguna luz encendida, acaso su madre había salido, a veces iba al rosario de las siete y solía entretenerse unos minutos hablando con don Bernardo y otras mujeres que como ella buscaban consuelo rezando.

Al encender la luz se sobresaltó. Su madre estaba sentada en una silla junto a la pared. Pálida e inerte como si hubiera muerto.

—¡Por Dios, madre! No me asustes, ¿qué sucede?

Ella apenas movió el rostro mirándole sin verle y él se sobresaltó aún más.

—Pero ¡qué tienes!

De repente lo comprendió. No tenía que darle la noticia del fusilamiento de su padre. Ella ya lo sabía. Era eso.

—Madre..., ya lo sabes... ¿Quién te lo ha dicho? —preguntó temeroso.

Isabel tardó un buen rato en poder enviar las palabras a su voz, en articularlas,

en dejarlas fluir por los labios.

—Doña Hortensia —acertó a murmurar.

—¿Doña Hortensia?

—Le pedí que don Luis se interesara por tu padre. Hoy le han dado respuesta.

Fernando se acercó a su madre y se puso de rodillas apoyando la cabeza en su falda. Ella comenzó a acariciarle el cabello con suavidad. Luego se abrazaron y se dejaron llevar por el llanto. Lloraron sin gemidos y sin palabras, en silencio, mezclando lágrimas, tan cerca estaban el uno del otro.

La realidad se impuso e Isabel y Fernando regresaron a la rutina de sus trabajos. Madre e hijo no ocultaban su desesperación.

Isabel había envejecido de golpe. Unas arrugas le habían salido alrededor de la comisura de los labios convirtiéndose en un rictus de amargura. Los ojos parecían que se le habían empequeñecido y su piel, antes muy blanca, tenía ahora un color enfermizo.

Lloraba en silencio. Lloraba de camino al trabajo, lloraba por las noches cuando se metía en la cama, lloraba mientras faenaba en casa. Su llanto se había convertido en algo tan cotidiano como respirar.

Fernando también lloraba, pero procuraba que su madre no le viera. No quería añadir más sufrimiento al suyo.

—Si sigo viviendo es por ti —le confesó una noche su madre.

—No digas eso... Tenemos que vivir, madre, tenemos que hacerlo por padre. A él no le hubiera gustado que nos rindiéramos. Sólo manteniéndonos en pie defenderemos su memoria. Tenemos que vivir, madre, tenemos que vivir y... vengarle.

—No, hijo, la venganza envilece al que la lleva a cabo y además, aunque quisiéramos, no podríamos vengarnos.

Isabel comenzó por dejar de ir a la iglesia. Había perdido la fe.

Don Bernardo no tardó en presentarse en su casa un domingo después de la

misa de doce.

Fernando le abrió la puerta y se quedó plantado ante el cura sin invitarle a pasar.

—Bueno, qué, ¿no me vas a dejar entrar...? Vengo a ver a tu madre, que ya sé que tú eres un caso perdido... —dijo el cura, intentando contener su enfado ante la mirada de desafío de Fernando.

Isabel escuchó las voces y acudió de inmediato. Miró al cura sin ninguna emoción, ni siquiera curiosidad.

—¿Qué quiere? —le preguntó sin hacer ademán de dejarle pasar.

—Pues hablar contigo, hija. Hace dos semanas que no te dejas ver. Ya sé lo de tu marido y bien sabes cuánto lo siento. Rezo por él para que Dios le tenga en su seno.

—No se moleste en rezar. Mi esposo no necesita rezos —respondió Isabel desafiante.

—Pero ¡qué dices! Vamos, hija, comprendo cómo estás... pero no le des la espalda a Dios —protestó don Bernardo, incómodo porque Fernando continuaba impidiéndole el paso.

—Dios nos ha dado la espalda a nosotros, así que hemos terminado. —El timbre de voz de Isabel denotaba crispación.

—¿Es que no me vas a dejar entrar? He venido a traerte consuelo —insistió el cura.

—¿Consuelo? Nadie nos puede consolar. Nadie. ¿Cree que hay palabras que puedan aliviar el sufrimiento por haber perdido a mi marido? ¿Cree que a mi hijo alguien le puede aliviar de la pérdida de su padre? Las palabras están de más. Déjenos con nuestro duelo —concluyó Isabel.

—Mi obligación es impedir que eches tu alma a perder.

—Debería preocuparse por las almas de los asesinos de mi padre —intervino Fernando—, éstos sí que necesitan sus rezos. Aunque si Dios existe, no creo que haya rezos que les pueda salvar del Infierno.

—¡Santo Dios! Pero ¡cómo te atreves a decir tamaña barbaridad! Cuida lo que

dices, Fernando, no tienes a Dios. —Don Bernardo estaba perdiendo la paciencia.

—¿Por qué no nos deja en paz? —La respuesta de Fernando sonó como un desafío.

—Isabel... —insistió el cura.

—Ya ha oído a mi hijo. No necesitamos su consuelo. —Y se dio media vuelta, dejando a Fernando frente a don Bernardo.

—Si así lo queréis... Espero que tu madre recobre la cordura —murmuró el cura.

Don Bernardo dio la espalda al joven al tiempo que éste cerraba la puerta con brusquedad.

Luego se dirigió a la cocina, donde su madre estaba pelando una patata. Isabel miraba ensimismada la patata como si requiriera toda su atención.

—No sabía que habías dejado de ir a la iglesia —dijo Fernando.

—¿A qué voy a ir? ¿Sabes cuánto he llegado a rezar rogando a Dios que salvara la vida de tu padre? ¡Qué ingenua! Si Dios no evitaba el fusilamiento de otros, ¿por qué me iba a complacer a mí? Él y yo hemos terminado. Cada uno a lo suyo.

—Así que has terminado con Dios...

—No creas que es fácil, Fernando. —Isabel hablaba sin mirar a su hijo.

—No, supongo que no debe de serlo para ti. Desde que soy niño no te he visto faltar ni un solo día a la iglesia y eso que padre no iba nunca.

—Tu padre tenía sus razones, que yo siempre respeté como él respetaba mis creencias.

—Así era padre, siempre respetuoso con todos. Pero ¿estás segura de que no quieres ir a la iglesia? —preguntó Fernando, sabiendo que rezar para su madre siempre había supuesto un consuelo.

—Estoy segura. Y ahora déjame terminar de pelar las patatas. Doña Hortensia me dio un par de huevos y voy a hacer una tortilla. Por cierto, ¿has visto a Eulogio?

—Sí, le conté lo de padre...

—Lo sé, Piedad me dio el pésame. Son muy buena gente, hijo. Precisamente esta tarde voy a salir a dar un paseo con Piedad. La pobrecilla está sufriendo mucho. Eulogio no se da cuenta de lo mucho que hiere a su madre. Puede que ella no haya hecho las cosas bien, pero él no debería olvidar que cuanto ha hecho ha sido por salvarle.

—Pero madre, ¿tú habrías... bueno, habrías permitido que don Antonio se sobrepasara contigo por salvarme?

Isabel guardó silencio unos segundos mientras reflexionaba la respuesta. Se lo había preguntado a sí misma en más de una ocasión y no había llegado a ninguna conclusión. En ocasiones pensaba que por su hijo bien valía perder la dignidad; en otras se decía que siempre hay otras salidas. Pero sí tenía claro que no sería ella quien juzgara a Piedad. Siempre había sentido simpatía por los Jiménez. Eulogio era el puro retrato de su padre, Jesús. Y no habían sido pocas las ocasiones en que Lorenzo y Jesús habían iniciado una conversación en las escaleras y luego la habían terminado en la casa de uno u otro ante una taza de café. A ambos les apasionaba la política y Jesús Jiménez gustaba de compartir con Lorenzo las noticias del periódico.

Piedad y ella solían hablar cuando se encontraban en el portal o por el barrio, pero ese domingo iba a ser la primera ocasión en que saldrían juntas. Piedad le había sugerido la posibilidad de dar un paseo y Fernando había insistido a su madre para que aceptara.

«No puedes renunciar a salir a la calle. Te vendrá bien que te dé el aire», le había dicho, pero Isabel, tozuda, rechazaba salir de casa salvo para ir a trabajar. «Padre no quiere que te encierres», había insistido Fernando. «No está bien salir de casa cuando uno está de luto», argumentaba Isabel. Pero su hijo la había convencido de que el dolor no era incompatible con el paseo. Y que si no salía a la calle terminaría volviéndose loca. «No veo cuál es la falta por salir a que te dé el aire. Y si te critican las beatas, que te critiquen. Nadie nos va a devolver a mi padre.»

Para Piedad era un alivio que una mujer que despertaba tanto respeto como Isabel saliera con ella a pasear. Para Isabel suponía un desafío a todos los hipócritas del barrio salir a pasear con una mujer de la que se murmuraba sobre sus relaciones con el tendero.

—Madre, no me has contestado —insistió Fernando, sacándola de su ensimismamiento.

—Ya... Quién sabe... Uno se tiene que ver en las mismas circunstancias...

—Pues yo no te creo capaz —afirmó Fernando.

—Quién sabe, hijo, quién sabe... Bueno, ¿y tú qué vas a hacer hoy?

—Iré a ver a Catalina.

—Vaya... ¿cómo va su embarazo?

—Hace más de veinte días que no la veo... desde lo de padre... Supongo que estará bien. A doña Petra no le gusta que vaya, pero Catalina insiste en que no haga caso a su tía.

—Qué chica más atolondrada. Uno no puede presentarse en una casa donde no es bien recibido —le respondió Isabel con severidad.

—Es que doña Petra tiene miedo de que se entere don Ernesto. Ya sabes lo severo que es.

—Sea por Ernesto o sea porque a Petra no le gusta que visites a su sobrina, debes respetar su voluntad —afirmó Isabel.

—Pues no lo voy a hacer, madre.

—Pero, Fernando, ¿cuándo vas a aceptar que Catalina no es para ti?

—Nunca.

—Pero, ¡hijo!

—Nunca, madre, nunca. La quiero y la querré siempre, pase lo que pase, haga lo que haga.

—Esa obsesión te va a impedir ser feliz.

—Puede que tengas razón, pero las cosas son como son. Para mí una vida sin Catalina sería como no vivir.

—Eres muy joven, Fernando, y si aún pudiera creer en Dios le pediría que

pusiera en tu camino a una mujer que te merezca. Pero no se lo pediré porque sé que no sirve de nada.

El otoño se había instalado en Madrid y el día estaba frío, pero a las cuatro en punto Piedad tocó el timbre de la casa de los Garzo. Ansiaba salir a pasear y no concebía mejor compañía que la de Isabel. Ambas acumulaban suficiente sufrimiento como para poder guardar silencio y no tener que enzarzarse en conversaciones banales.

Fernando abrió la puerta a Piedad y la invitó a pasar.

—¿Qué te parece si nos damos un paseo por la Gran Vía? Podríamos llegar hasta el Retiro... —propuso Isabel.

—Por mí estupendo. Necesito despejarme —aceptó Piedad con una sonrisa.

—Madre..., tenía ahorradas estas dos pesetas... A lo mejor podéis tomar un café —dijo Fernando mientras le daba las dos monedas.

—No sé... nosotras dos solas... —dudó Isabel.

—¿Y qué hay de malo? No creo que sea pecado tomar café —insistió Fernando.

—Mejor que guardes las dos pesetas, hijo, con las necesidades que tenemos...

—Madre, las he ahorrado para ti. Hazlo por mí. Para una vez que sales...

—Y no sé si debería hacerlo estando de luto, ni siquiera sé si está bien que salga a la calle.

—El luto lo llevamos dentro. Vestirse de negro no sirve de nada —dijo Fernando.

—Claro que sirve, sirve para expresar el dolor que se siente. No sería capaz de llevar otro —afirmó Isabel.

Piedad los escuchaba sin intervenir. Envidiaba el cariño que se profesaban Isabel y Fernando. Le hubiera gustado que su hijo Eulogio le mostrara la misma atención. Al instante se reprochó el pensamiento. Eulogio había sido un hijo dedicado y complaciente hasta que se enteró de lo de don Antonio. No, no podía reprocharle nada. Pensó que era un desprecio bien merecido.

Fernando salió al tiempo que Piedad y su madre. Pensaba ir caminando hasta casa de doña Petra con la esperanza de que Catalina no hubiera salido a pasear.

Su ánimo no se acompañaba con aquellos rayos de sol tibios que iluminaban la tarde de domingo. Recordó que su padre solía decir que Madrid tenía la luz más hermosa del mundo, y así era.

Aquella tarde no sólo quería ver a Catalina. También quería pedirle algo. No le iba a resultar fácil hacerlo y posiblemente ella le diría que no, pero tenía que intentarlo.

No había dejado de pensar en la manera de vengarse. Llevaba las dos últimas semanas acercándose a la cárcel de las Comendadoras para ver a qué hora sacaban a los presos que se llevaban para ejecutar las sentencias de muerte. Solían llevárselos a primera hora, antes de que la madrugada despertara a la ciudad. Los conducían hasta la tapia del Cementerio del Este y allí formaba el pelotón de fusilamiento. Se había fijado en que después los soldados se retiraban del lugar y algunos se entretenían fumando un cigarrillo. Pensó que podía acercarse y disparar a bocajarro al que tuviera más próximo y luego echar a correr. Sabía que no tendría ninguna posibilidad de sobrevivir, pero no le importaba. Después la casualidad vino en su ayuda. Uno de los días en que merodeaba cerca de la cárcel tropezó con don Arturo, el anciano con el que solían coincidir los domingos cuando les permitían visitar a los familiares presos.

Le sorprendió ver a Fernando.

—Vaya, no te hacía por aquí... He sabido lo de tu padre. Lo siento —le dijo el hombre con sinceridad.

Fernando se preocupó por la suerte del hijo y el anciano apenas logró contener las lágrimas.

—A mi hijo le han fusilado esta mañana —le contó don Arturo con apenas un suspiro de voz.

—Lo siento... le acompaño a usted en el sentimiento. —Fernando se sintió inundado por una ira que a él mismo le asustó.

En ese momento dos hombres se cruzaron con ellos mirándolos de arriba abajo con desprecio. Fernando a punto estuvo de encararse, pero el anciano le sujetó el brazo instándole a permanecer quieto y callado. Cuando los hombres pasaron y estuvieron a cierta distancia don Arturo le explicó quiénes eran.

—¿No les has reconocido? El mayor es uno de los guardias de la cárcel, se llama Roque, un hijo de puta donde los haya, y el otro es su hijo, un soldado de los que fusilan a los presos. Creo que se llama Saturnino. Suele venir con su pelotón a las Comendadoras a llevarse a los condenados. Ya ves, el padre carcelero, el hijo soldado. No es la primera vez que me cruzo con ellos. El hijo suele venir a buscar al padre para ir juntos a casa.

—Sí... el mayor es un malnacido. A mi padre le tiró las gafas al suelo y se las aplastó —respondió Fernando.

—No hay preso que hable bien de él. Le gusta humillar, se merecería que le dieran un tiro —masculló don Arturo.

Fernando se estremeció y supo en ese momento que había encontrado con quién y cómo perpetrar su venganza. Sintió una oleada de satisfacción al imaginar el momento en que dispararía a aquellos dos. Al padre carcelero, al hijo asesino. Sólo era cuestión de esperar a que volviera a darse una situación como la de aquella tarde. Los seguiría y en cuanto los viera distraídos les dispararía. Sí, eso es lo que haría. Eso sería más fácil. Ojo por ojo. Sólo tenía un problema: necesitaba un arma. No conocía a nadie a quien pedírsela, pero sí sabía que en casa de doña Petra había una pistola. Se lo había dicho Catalina; un día en el que ayudaba a su tía a limpiar los cajones de una cómoda le llamó la atención un bulto envuelto en varias capas de tela. Empezó a desenvolver y su tía le gritó que no siguiera. «Era la pistola de tu tío. La guardo aquí. No me gustan las armas, pero no quiero deshacerme de ninguna pertenencia de mi marido», le explicó. A Catalina el descubrimiento le pareció una novedad lo suficientemente sustanciosa como para compartirla con Fernando. Se lo había contado como un gran secreto y él lo había olvidado hasta que comenzó a pergeñar la venganza por el fusilamiento de su padre.

Se preguntaba cómo reaccionaría Catalina cuando le pidiera que le diera la pistola que tan celosamente guardaba su tía.

Cuando llegó al portal de la casa donde vivía doña Petra le tranquilizó que no estuviera la portera. No le gustaba aquella mujer fisgona que siempre le preguntaba adónde iba aun sabiéndolo.

Subió las escaleras de dos en dos. Ansiaba ver a Catalina, compartir con ella el dolor que le atenazaba el alma desde la muerte de su padre. Tocó el timbre un par de veces y la puerta se abrió dibujándose en el umbral la silueta de Catalina.

—¡Ya era hora! Pensaba que no ibas a volver —le recriminó ella a modo de saludo mientras se hacía a un lado para dejarle pasar.

Doña Petra se plantó en el vestíbulo y le miró con conmiseración antes de abrazarle.

—Fernando, te acompaño en el sentimiento. Mi hermana Asunción me ha contado lo que ha pasado.

—Gracias, doña Petra —acertó a decir, impresionado por el abrazo de la mujer.

—No es fácil aceptar la muerte de un ser querido. Lo sé bien porque yo aún lloro a mi pobre marido que, como sabes, me lo mataron en la batalla del Ebro.

—¡Tía! Eso no viene a cuento —le recriminó Catalina, viendo que a Fernando se le había contraído el gesto—. Una cosa es morir en una batalla y otra que te fusilen.

Fernando no sabía qué decir y por un momento pensó en marcharse. El marido de doña Petra había muerto en la guerra, donde combatía con los nacionales. A su padre le habían fusilado en nombre de Franco. Para Fernando la diferencia era tan grande que le costó un esfuerzo no responder a la buena mujer.

—Bueno, pasa, haré un poco de chocolate. Lo trajo ayer Asunción. Al parecer es un regalo de don Antonio —dijo doña Petra mientras los acompañaba al salón.

—Por eso no lo quiero —afirmó Catalina.

—¿Y a ti qué te importa de dónde venga? Tienes que comer, al niño le vendrá

bien —protestó doña Petra.

Cuando se quedaron solos en el salón, Catalina abrazó a Fernando. Le echó las manos al cuello y pegó su cuerpo al de él en un intento de expresarle todo su afecto. Fernando tembló al sentir tan cerca el cuerpo de Catalina. Podía sentir su calor y también su vientre hinchado por el hijo que llevaba dentro.

—¡Tenías que haber venido antes! Pobrecito, lo que estarás sufriendo. ¿Y tu madre? No he dejado de pensar en vosotros desde que mamá nos lo dijo. Lo siento tanto... tu padre era un hombre tan bueno... Supongo que habrás escrito a Marvin para decírselo. Yo lo he hecho. Él odia tanto a los fascistas... Le afectará saberlo.

La sola mención de Marvin le revolvió el alma a Fernando. Le dolía comprobar que para Catalina, Marvin seguía estando presente.

—No tengo nada que contarle a Marvin —respondió enfadado.

Catalina guardó silencio ante el malestar de Fernando. Se negaba a aceptar que su amigo estuviera enamorado de ella como no dejaban de repetirle su tía y su madre. Le quería mucho, pero nunca había dejado de verle como al hermano que no había tenido. Le cogió de la mano invitándole a sentarse.

—Lo siento mucho, créeme que lo siento. Me gustaría hacer algo para ayudarte. Cualquier cosa.

Si no fuera porque necesitaba la pistola, se habría ido. Pero era su única posibilidad para llevar a cabo la venganza.

Aunque doña Petra trajinaba en la cocina preparando el chocolate, Fernando bajó la voz:

—A eso he venido, a pedirte algo que necesito.

—Lo que quieras... lo que esté en mi mano... —respondió Catalina expectante.

—Necesito que me des la pistola de tu tío —dijo Fernando, bajando aún más la voz.

Catalina le miró sorprendida, le parecía que no le había entendido.

—Ya sé que lo que te estoy pidiendo puede traerte problemas, pero si no me ayudas tú... —susurró él.

—Pero ¿para qué quieres una pistola? —le preguntó ella con la voz alterada.

—Calla, calla, que no te oiga tu tía.

—Fernando, es que me asustas... No entiendo qué pretendes...

—Voy a matar a los asesinos de mi padre. Para eso necesito una pistola. Necesito que me des la de tu tío. Si no me ayudas... no sé qué haré, pero te juro que no pararé hasta conseguir vengarme.

Catalina se quedó callada mirándole fijamente. No sabía qué pensar, qué decir, ni siquiera qué sentir. En ese momento entró su tía en el salón y depositó una bandeja en una mesita baja. Tres tazas para el chocolate y unas galletas.

—Todavía falta un poco para que el chocolate esté bien hecho —les dijo mientras volvía a salir.

—Si te doy la pistola, mi tía se dará cuenta —dijo Catalina en un leve susurro.

—No tiene por qué... Yo procuraré devolvértela, aunque no te lo aseguro... Voy a marcharme al exilio. En este país no hay lugar para mí.

—¡No puedes marcharte! ¿Vas a dejar a tu madre? Creo que te estás volviendo loco por esas ganas de vengarte. Tienes que serenarte, Fernando, vas a cometer un error.

—¿Me darás la pistola?

—No... no puedo... no me pidas esto... Te buscarán, sabrán de quién es la pistola y vendrán a por mi tía... Quién sabe lo que podrían hacernos... ¡Por Dios, Fernando, recobra la razón!

—Si no me ayudas, los mataré con mis propias manos —respondió tranquilo.

—Pero ¿a quién vas a matar? No sabes quién fusiló a tu padre... Nadie sabe los nombres de los soldados que disparan —argumentó Catalina, cada vez más alterada.

—Conozco a uno... Su padre es uno de los guardias de las Comendadoras. Y él es uno de los soldados del pelotón de fusilamiento. Por las tardes suele ir a buscar a su padre para volver juntos a su casa. Les mataré a los dos. —Y a continuación le detalló cuándo y cómo pensaba hacerlo. Sería el siguiente sábado. Ése era el día en que nunca fallaba el hijo del carcelero en ir a buscar a su padre.

—Aquí está... os vais a chupar los dedos, chocolate con leche auténtica... Luego te daré un poco para que se lo lleves a tu madre. Le sentará bien una buena taza de chocolate caliente. Está tan delgada la pobre... —se lamentó doña Petra.

Fernando saboreó el chocolate. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que había podido disfrutar de una taza de chocolate. Sin duda, antes de la guerra. Tampoco despreció una de las galletas que según doña Petra mejoraban el chocolate. Catalina al final cedió y tomó dos tazas y unas cuantas galletas. No podía resistirse al chocolate.

—No lo tomes con tanta ansia porque hoy apenas has comido... —protestó su tía—. ¿Sabes, Fernando?, Catalina está imposible y bastante tenemos con lo que tenemos...

Cuando terminaron de degustar el chocolate, doña Petra colocó las tazas en la bandeja y se fue a llevarlas a la cocina. Habían hablado de temas intrascendentes, sobre todo de la gente del barrio. Cuando se quedaron a solas, se sintieron incómodos el uno con el otro. Y les sorprendió esa incomodidad porque era la primera vez que la sentían.

—Me marchó. Espero que todo te vaya bien. Te deseo suerte de corazón —le dijo Fernando, poniéndose en pie.

—¿No piensas volver?

—No. Ya te he dicho lo que voy a hacer. Me buscarán para fusilarme, al

menos intentaré evitarlo, sobre todo por mi madre.

—¡Menudo disgusto le vas a dar si haces lo que dices! —le reprochó Catalina.

—Espero que me guardes el secreto —le pidió Fernando.

—Eso sí... ya sabes que no soy de las que se van de la lengua, y jamás le diría a nadie nada que pudiera perjudicarte. Si... bueno, si lo consigues, ¿adónde irás?

—Me gustaría ir a Francia... Allí hay muchos españoles, aunque parece que los franceses nos tratan mal. Pero cuando empezó la guerra un amigo de mi padre se fue a París. Dijo que se iba porque se negaba a participar en una guerra fratricida.

—¿Y a qué se dedica ese amigo de tu padre? —dijo ella.

—Era contable... pero ignoro cómo se gana ahora la vida.

—Entonces irás a París...

—Puede ser. Ya veremos.

Se despidieron con aprensión. Fernando tuvo que retener las lágrimas pensando que ésa sería la última vez que se verían. Se preguntaba si podría resistir la ausencia de Catalina. No podía imaginar estar sin ella, le dolía tanto como tener que separarse de su madre.

Caminó despacio de vuelta a su casa. Sabía que su madre sufriría lo indecible cuando él desapareciera, pero mucho más si llegaba a saber que había matado a dos hombres. Porque Fernando no dudaba de que los mataría aunque le costara la vida en ese empeño.

Cuando llegó, su madre estaba en casa, sentada junto al balcón con la mirada perdida.

—¿Qué haces, madre? —le preguntó mientras le daba un beso.

—Pensar... no puedo dejar de pensar en tu padre. No hay un solo minuto en que no piense en él. Nunca podré perdonar a sus asesinos, nunca. —Isabel cogió la mano de su hijo y la apretó con fuerza.

—Yo tampoco —afirmó Fernando.

—Les odio, les odio con tanta intensidad que querría matarles a todos. Y eso es lo que más me asusta, saber que, si pudiera, no dudaría en devolverles todo el

mal que nos han hecho. Nunca, Fernando, nunca les perdonaré. Lo peor, hijo, es que se van a quedar... Piedad cree que cuando termine la guerra en Europa las potencias extranjeras nos ayudarán a librarnos de Franco, pero yo no doy por hecho que si Inglaterra gana la guerra venga luego a liberarnos. ¿Cuándo han hecho algo los ingleses por nosotros? ¿Y Francia? ¡Qué vergüenza! Fue el Gobierno de izquierdas de Léon Blum quien nos dio la espalda... Estamos solos... nadie vendrá a rescatarnos y esta gentuza hará del país lo que se les antoje. Somos los perdedores. Si me hubieran devuelto a tu padre habría estado dispuesta a bajar la cabeza, pero sin él... ¿qué más pueden hacernos?

Permanecieron abrazados un buen rato. A Fernando le sorprendía la intensidad del odio de su madre. Siempre la había tenido por una mujer serena y ponderada y de repente descubría que era tan vehemente como él. Recordaba que su padre se impacientaba con él y le decía que antes de hablar y de hacer cualquier cosa debía reflexionar y no dejarse llevar por sus emociones.

Nunca había visto a su padre perder la compostura, ni decir una palabra más alta que otra, ni siquiera cuando algo le contrariaba.

Se preguntó si la guerra era lo que había cambiado a su madre. Pensó que le daba lo mismo la respuesta. En realidad le aliviaba saber que su madre sentía el mismo odio intenso que él, y eso quizá haría que le fuera más fácil perdonarle cuando supiera que había matado a dos hombres.

El lunes por la mañana, cuando estaba a punto de salir del portal, se encontró a Eulogio.

—Hace días que no te veo —le dijo Fernando.

—Será porque no quieres. Ya sabes dónde estoy —respondió su amigo con desgana.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó aun sabiendo que eso aumentaría el malhumor de Eulogio.

—Nadie da trabajo a un tullido como yo. No tengo carrera ni oficio y tengo

antecedentes por rojo. —Su respuesta estaba llena de amargura.

—Entonces ¿qué vas a hacer?

—Te lo dije, marcharme. Lo que más me fastidia es que tendré que pedirle a mi madre dinero para el tren.

—¿Ya has decidido adónde ir...?

—A América. Pretendo llegar a Lisboa y enrolarme en algún barco que vaya a América, me da lo mismo el Norte que el Sur. Me pagaré el pasaje trabajando. En un barco siempre necesitan brazos, y yo estoy cojo pero no soy un inválido.

—Puede que te acompañe —dijo Fernando, e inmediatamente se arrepintió de haberlo dicho.

—¿Qué dices? ¿Irte? ¿Y por qué vas a irte? Si te vas no sé qué hará tu madre...

—Pues lo mismo que la tuya, lamentarse y llorar. Pero yo tengo una razón para irme.

—¿Ah, sí? Pues ya me dirás qué razón es ésa porque, al fin y al cabo, tienes trabajo y habéis sido más listos que nosotros y conserváis la casa.

—Esta noche subiré a verte y si tienes tiempo salimos a dar una vuelta y te cuento. Oye, y ni una palabra, mi madre no sabe nada.

—No te preocupes. No diré nada.

De camino a la imprenta no pudo dejar de reprocharse haberse sincerado con Eulogio. Para que su plan saliera bien era imprescindible que nadie supiera ni una palabra. Aunque ya se lo había contado a Catalina, estaba seguro de que ella le guardaría el secreto.

Dos días después, Catalina se despertó envuelta en sudor y con vómitos. Había tenido una pesadilla en la que Fernando perdía la vida. Además, cada día que pasaba aumentaba la pesadez del embarazo. La visita de Fernando la había alterado. En realidad estaba asustada. Le creía muy capaz de matar al carcelero y a su hijo sobre todo si, como le había dicho, este último participaba en el

fusilamiento de los presos.

Su tía se había preocupado al verla con tan mala cara y, aunque había intentado bromear diciendo a su sobrina que *tenía color de acelga*, lo cierto es que se había asustado y había llamado a su hermana Asunción, que ya estaría a punto de llegar.

Catalina había discutido con su tía porque no quería preocupar a su madre, pero no lo había conseguido. Doña Petra solía decir que para ella era mucha responsabilidad tenerla allí en su estado y que su obligación era procurar que no le pasara nada. Le inquietaba ver a su sobrina con unas ojeras profundas que no presagiaban nada bueno. Ella era su tía pero no su madre y, por tanto, lo mejor era que su hermana se hiciera cargo de la situación.

Doña Asunción se había quedado intranquila por la llamada de su hermana. Petra no solía exagerar y si decía que Catalina no tenía buen aspecto es que a su niña le pasaba algo.

Terminó de disponer sobre la mesa los cubiertos y el café. Su marido estaba acabando de ponerse la corbata.

Cuando Ernesto Vilamar entró en el comedor no se percató del nerviosismo de su mujer, que tropezó mientras le servía una taza de café.

—Ten cuidado, Asunción...

—Sí... Ernesto, perdona, no sé dónde tengo la cabeza... es por la niña... Petra ha llamado diciendo que Catalina tiene muy mala cara y que se siente mal. En cuanto desayunemos me voy a verlas. Bueno, también voy a llamar a Juan Segovia, creo que no está de más que el médico la vea.

—Lo que tiene que hacer es parir ya. Don Antonio me ha vuelto a preguntar por ella. Me parece que no se cree del todo que Catalina esté cuidando de Petra. Me dijo que su esposa le insiste en que tienen que conocerse mejor antes de casarse y que, aunque oficialmente ya son novios, nunca se ha visto unos novios que ni siquiera se escriben. Esto tiene que terminar, Asunción. Habría sido mejor que se hubiera deshecho de ese niño o lo que sea.

—¡Que Dios te perdone, Ernesto! Cómo puedes decir que preferirías que

nuestra Catalina hubiese... Mira, bastante cargo de conciencia tengo ya pensando en que vamos a obligarla a dar a su hijo como para que encima te atrevas a decir lo que has dicho.

—Eres demasiado mojigata. Don Bernardo os tiene dominadas a todas las feligresas. Pero ¡qué sabrá el cura de la vida! Que la niña dé a luz ya y se deje de tonterías.

—Pues don Antonio y su hijo tendrán que esperar.

—Asunción, habrá que hacer algo porque don Antonio no va a aguardar tanto. La bruja de su mujer no deja de pincharle...

—Diles la verdad, que Catalina tuvo un tropiezo y que está esperando un hijo. Si Antoñito la quiere, la perdonará.

—¡Tú estás loca! ¿Qué hombre se casaría con una mujer que se ha quedado embarazada estando soltera? No sabes lo que dices. Tendrías que haber educado mejor a tu hija. Tú mucho ir a la iglesia, pero lo que es ella...

—No tienes corazón, Ernesto —se atrevió a decir doña Asunción.

—Lo que tenemos son deudas, Asunción. Y o Catalina se casa con Antoñito o tendremos que vivir debajo de un puente. ¿Es eso lo que quieres? Estamos arruinados. La maldita guerra nos ha arruinado. Me he cansado de repetirte que el negocio de tu padre se fue al traste durante la guerra. Y las fincas de Huesca... Por más que mi hermano Andrés trabaja no saca más que para vivir.

—¿Y no hay otra manera de salir adelante? —preguntó temerosa ante la respuesta que pudiera darle su marido.

—No.

—¿Y mi herencia?

—¿Tu herencia? ¿Cómo crees que hemos sobrevivido? No queda nada de tu herencia.

—Pero entregar a nuestra hija...

—¿Y para qué están los hijos si no para obedecer a los padres? Esa niña se ha creído que es poco menos que una princesa. Ya es hora de que asuma la realidad.

—Podríamos buscarle un marido que no le desagrade tanto como Antoñito.

—¿Y de dónde sacamos a esa joya? Antoñito es lo que tenemos a mano y con Antoñito se casará.

—Pero...

—No hay peros que valgan, Asunción. Tenemos que afrontar la situación.

Cuando doña Asunción llegó a casa de su hermana, se asustó al ver el estado de Catalina. Le puso la mano en la frente y supo que tenía fiebre. Menos mal, pensó, que Juan Segovia se había comprometido a pasar a ver a la niña antes de ir a comer.

Pasaron el resto de la mañana nerviosas. Catalina, mareada y sin poder contener las arcadas y su madre y su tía, asustadas. Doña Asunción no recordaba haberlo pasado tan mal cuando estaba embarazada de Catalina. En cuanto a doña Petra, no había tenido hijos y nada sabía de embarazos, pero aun así intuía que su sobrina tenía algún mal.

A las dos en punto el médico se presentó en casa y doña Petra a punto estuvo de abrazarle agradecida por su presencia.

—Pasa, pasa, Juan... Catalina está muy mal... La hemos obligado a echarse, pero la pobre no deja de vomitar y dice que le duele el vientre...

—Vamos, vamos, tranquilidad, que no será para tanto...

Una vez que la hubo examinado, el médico convino que el chocolate le había sentado mal y que sufría de empacho, aunque también advirtió que el niño parecía haberse desplazado.

—No sé... lo mismo se adelanta el parto. Dios no lo quiera, porque a los seis meses...

—Casi siete —acertó a decir Catalina.

—Seis y medio —afirmó doña Asunción.

—Peligroso, muy peligroso... Voy a pedirle a la matrona del hospital que pase a verte esta misma tarde. Y nada de moverte. Ni se te ocurra poner un pie fuera de la cama. Podrías perder la criatura.

—¡Santo cielo! Para Marvin sería una decepción —afirmó Catalina.

—¡Deja ya de hablar de ese Marvin! —le pidió su tía con un punto de histeria en la voz.

—¡Es el padre de mi hijo! Os guste o no, este niño tiene padre y es Marvin.

—Hija..., no lo hagas más difícil. —Doña Asunción estaba a punto de llorar.

—Catalina, tienes que aceptar que no te puedes quedar con el niño. ¿Acaso pretendes poner en evidencia a tus padres y a tu familia? Y en cuanto a ti, ¿crees que algún hombre se querría casar contigo? —la regañó el médico.

—Marvin sí, sé que se sentirá orgulloso en cuanto sepa que hemos tenido un hijo.

—No seas niña... Bastante disgusto has dado a tus padres. En cuanto nazca la criatura se la entregaremos a una buena familia. Le están esperando. Le cuidarán como si fuera de su propia sangre. No le faltará de nada. Y tú podrás casarte con Antoñito, tendréis hijos... ya verás.

—¡Que no! No voy a casarme con Antoñito, antes prefiero morirme. Me da asco. Y no pienso dar a mi hijo. Busque otro niño para esa familia. El mío no lo tendrá.

Don Juan hizo un gesto a las dos mujeres para que no se enzarzaran en una discusión con Catalina. Era una cría que no tenía ningún juicio y a la que no le quedaba más que obedecer. Que jugara a ser rebelde cuanto quisiera. El día del parto él mismo se llevaría al niño. Pero ¿a qué discutir con una chiquilla? Claro que le preocupaba verle la tripa tan baja... Casi temía que pudiera perder la criatura.

La dejaron sola en la habitación en penumbra por más que ella reclamaba que abrieran las ventanas y le permitieran ver la luz que se filtraba entre los árboles. Pero su tía Petra no accedió. No estaba dispuesta a consentir a su sobrina que desobedeciera ninguna de las recomendaciones del médico.

—Volveré esta tarde con la matrona. Mientras tanto, que esté tranquila y que sólo tome infusión de manzanilla para que se le asiente el estómago. Y nada de dejar que se levante, no vayamos a tener un disgusto.

Para ese momento Catalina había tomado una decisión. Se daba cuenta de que

ni siquiera su madre la apoyaría para que se quedara con su hijo. Pero ella no estaba dispuesta a entregárselo a nadie. Era suyo y de Marvin y estaba segura de que él no la perdonaría si llegara a saber que había entregado al hijo de ambos. Si lo hacía, le perdería para siempre. Sólo tenía una opción y era marcharse. Ni siquiera podía esperar a que naciera el niño. Tenía que irse cuanto antes. Se escaparía, iría a Francia, buscaría refugio en Marvin. Él se haría cargo de todo. Y sólo de pensarlo sintió alivio.

Ya había caído la tarde cuando el médico regresó con la matrona. La mujer la examinó sin demasiados miramientos.

—Como no guarde reposo absoluto no sé qué va a pasar con el niño... —sentenció la mujer, abundando en la opinión de don Juan. Incluso se atrevió a pronosticar un parto prematuro.

—Quizá deberíamos llevarla al hospital —sugirió doña Asunción, preocupada por la suerte de su hija.

—Esperaremos unos días; si guarda reposo y no se mueve para nada de la cama... No te angusties, Asunción, Catalina es fuerte y todo saldrá bien —la intentó confortar el médico.

—Lo peor no es que pierda al niño, lo peor es que le pase algo a ella. Y que Dios me perdone por decir lo que acabo de decir —insistió doña Asunción santiguándose.

—Hay muchas posibilidades de que el parto se adelante —aseguró la matrona.

—No perdamos la calma. Lo que tiene que hacer esta niña es descansar, yo me pasaré mañana y ya veremos si me la llevo al hospital —concluyó el médico.

Dejaron a Catalina sola en la habitación mientras se acomodaban en el salón ante la insistencia de Petra para que tomaran una taza de café.

Lloviznaba y don Juan no puso muchos reparos en aceptar la invitación, no así la matrona, que se disculpó diciendo que aquella noche por lo menos tendría que atender un par de partos y que debía regresar cuanto antes al hospital.

Tan pronto se marchó la matrona doña Asunción volvió a expresar su preocupación por su hija:

—No quiero pensar que pudiera sucederle algo... ¡Por Dios, tienes que prometerme que no le pasará nada!

—Vamos, vamos, Asunción... Estás demasiado preocupada. No te engañaré diciendo que no hay riesgo, pero es que ahora mismo no podemos hacer nada. Esperemos al menos un día. Confía en mí.

—Es mi hija querida, mi única hija... No podría vivir sin ella. —Y mientras lo decía se echó a llorar.

—Mira que eres exagerada, Asunción —intentó consolarla su hermana Petra —. Si Juan dice que Catalina saldrá adelante, debes confiar en él.

—Tiene la cara desencajada, ¿es que no os dais cuenta? —se lamentó doña Asunción.

—Bueno, es que ha vomitado mucho... A quién se le ocurre tomar chocolate caliente con lo pesado que es y más estando embarazada —insistió el médico.

—La culpa fue mía... pero es que le cuesta mucho comer y pensé que al menos no se resistiría a beber una taza de chocolate —se disculpó doña Petra.

—Ya, mujer, pero en su estado... —protestó el médico.

—Pero no puede ser que a Catalina se le adelante el parto por una taza de chocolate... —Ahora era doña Petra la que parecía estar a punto de llorar.

—Dejemos esta conversación que no lleva a ninguna parte. Que se quede en la cama y descanse, es todo lo que podemos hacer por ahora. Sobre todo, señoras, no se pongan nerviosas porque si le contagian sus nervios será peor. Catalina tiene que estar tranquila, sin ninguna preocupación. Por cierto, antes me has dicho que su padre no ha venido a verla... ¿es eso cierto, Asunción?

—Sí, así es... Ernesto está tan enfadado... Se ha llevado un disgusto tan grande... Quién iba a imaginar que nuestra hija iba... iba a hacer algo como lo que ha hecho...

—¿Y qué pasa con el noviazgo con Antoñito Sánchez? —quiso saber don Juan.

—Pues que continúa, aunque no sé qué va a pasar... Ernesto dice que don Antonio se está impacientando, que su esposa no deja de preguntar por Catalina

y que le parece muy sospechoso que lleve tantos meses fuera de casa... — explicó doña Asunción.

—Sí que es un problema... Bueno, esperemos que todo vaya bien y que en cuanto Catalina tenga al niño se pueda casar con Antoñito. Tu hija necesita un marido —sentenció el médico.

—Es hija única... —terció doña Petra.

—Ya, pero está demasiado consentida y por eso es tan rebelde —afirmó Juan Segovia sin dejarse convencer por la tía.

A esa misma hora Fernando regresaba de trabajar, y después de dar un beso a su madre subió a la buhardilla donde vivía Eulogio.

Apenas había llamado a la puerta cuando escuchó la voz alterada de su amigo. Se dio media vuelta al imaginar que Eulogio estaba discutiendo con su madre, pero no le había dado tiempo a poner el pie en la escalera cuando se abrió la puerta. En el umbral apareció Piedad secándose el rostro con la punta del delantal. Tenía restos de lágrimas recientes.

Fernando se sintió incómodo y la misma incomodidad se reflejó en el rostro de Piedad.

—Yo... Bueno... había quedado con Eulogio... pero ya nos veremos en otro momento...

La voz de Eulogio se escuchó en la escalera y poco después apareció renqueando.

—Vamos a fumar un cigarrillo a algún sitio donde no sienta asco —dijo dando un portazo.

—Podemos hablar mañana... —dijo Fernando en un intento por librarse de aquel momento embarazoso.

—Me vendrá bien que me dé el aire. No puedo soportarla más. Creo que me voy a ir esta misma noche.

—Tu madre... en fin... no creo que merezca que la hagas sufrir —se atrevió a decir Fernando mientras alcanzaban el portal.

—Es una zorra. Así que se merece la suerte de las zorras.

—Oye, pero ¿qué dices? Yo no quiero oírte decir eso de tu madre. Eres injusto y no tienes derecho a insultarla así. Tu madre es una buena mujer.

—¿Una buena mujer es la que se mete en la cama del primero que se encuentra?

—Sabes que no ha sido así... todo lo ha hecho por ti... Parece que no te has enterado de que hemos perdido la guerra. Tu madre perdió a su marido, a tu padre, y no te ha querido perder a ti. Pero ¡cuántas veces tenemos que tener esta conversación!

—Tú lo has dicho, esta conversación ya la hemos tenido, así que no me vengas con discursitos de niño bueno.

—No quiero echarte ningún discurso, sólo que no soporto ver cómo la maltratas. Es indigno de ti.

—Ya... ahora resulta que lo digno es acostarse con el tendero. ¡Déjalo ya, Fernando!

Caminaron un buen rato sin dirigirse la palabra. Fernando se sentía muy lejos de su amigo. En realidad no le gustaba lo que veía en él. Le apreciaba, se conocían desde siempre, pero aquella amargura que destilaba Eulogio le resultaba agobiante.

—Me dijiste que ibas a contarme algo —dijo Eulogio, interrumpiendo los pensamientos de Fernando.

—No tiene importancia.

—¿No confías en mí? —le retó Eulogio.

—Mira, no me siento cómodo... Aprecio a tu madre, la respeto, y creo que ha sido muy valiente haciendo lo que ha hecho. No es fácil hacer determinadas cosas... sobre todo porque al hacerlas uno se convierte en lo que nunca quiso ser. Tu madre ha hecho lo que ha hecho y por eso ha quedado señalada, pero son las consecuencias de la maldita guerra y de la arrogancia de los vencedores.

—Se te dan bien los discursos. Qué pena que ahora ya no haya partidos porque podrías haberte dedicado a la política —respondió Eulogio con sorna.

—Oye, no estoy para tonterías. Todos tenemos problemas, así que lo mejor es que me vuelva a casa. Mi madre me espera para cenar y estoy reventado.

—Vamos, Fernando, no me fastidies y dime qué es eso que guardas tan en secreto.

—No creo que pueda confiar en ti, habida cuenta de tu estricta moralidad; si a tu madre la tratas así, qué no dirás de mí...

—¡Ahora sí que me has fastidiado! ¿Así que no confías en mí? Vaya con el mocoso...

—Me voy a casa, Eulogio.

Fernando apretó el paso alejándose de su amigo, pero éste le alcanzó a pesar de la cojera.

—Sí, estoy amargado... Me avergüenzo de cómo trato a mi madre... Me duele hacerlo, pero no puedo evitarlo... Por eso voy a marcharme. No puedo continuar así... No puedo seguir martirizándola a ella ni odiarme más de lo que me odio. —Y mientras lo decía rompió a llorar.

Las lágrimas de Eulogio desconcertaron a Fernando. No sabía qué hacer hasta que por fin abrazó a su amigo intentando calmarle. Cuando al poco Eulogio dejó de llorar volvieron a caminar en silencio.

—Voy a matar a dos de los hombres culpables del asesinato de mi padre — dijo de pronto Fernando, arrepintiéndose al momento de sus palabras.

Eulogio se paró en seco, conmocionado por el anuncio de su amigo.

—¿Qué has dicho? —acertó a preguntar en voz baja.

—Que voy a matar a uno de los carceleros de mi padre y a su hijo, que estuvo en el pelotón de fusilamiento. Lo haré dentro de unos días si logro hacerme con una pistola, pero si no la consigo, les mataré con un cuchillo o con mis propias manos —respondió Fernando con un tono de voz monocorde.

—¡Estás loco! —exclamó Eulogio sin salir de su asombro.

—Sí, estoy loco. Loco de dolor por el asesinato de mi padre. El tuyo murió en el Frente luchando, al mío lo han asesinado de un tiro. No descansaré hasta vengarme.

—Pero lo que quieres hacer es imposible... Te cogerán... y te fusilarán a ti también...

—Lo sé. Es lo que seguramente sucederá —repuso Fernando con naturalidad, asumiendo su suerte.

—Pero mira, no digas tonterías... Comprendo que quieras hacer algo así, pero eso no te llevaría a ninguna parte excepto ante el pelotón de fusilamiento. Tú me recriminas cómo me comporto con mi madre, pero ¿te das cuenta de lo que supondría para la tuya que te fusilaran? Tu madre se volvería loca. Además, ella es muy católica...

—Sé que mi madre sufriría muchísimo. Cuando nos enteramos de que habían fusilado a mi padre dejó de ir a misa, pero ahora ha comenzado a ir otra vez —admitió Fernando.

—No puedes hacerlo... Además, ¿de dónde vas a sacar una pistola?

—Con pistola o sin ella les mataré —afirmó Fernando.

—Pero ¿quiénes son esos hombres? ¿Por qué ellos? —Eulogio estaba asustado.

—Ya te lo he dicho. El mayor es uno de los carceleros de las Comendadoras y su hijo es soldado y está en uno de los pelotones de fusilamiento de presos. Si pudiera matar a todo el pelotón lo haría, pero me conformaré con uno.

Eulogio estaba tan impresionado por la actitud y la firmeza de las palabras de Fernando que apenas sabía qué más decir.

—No puedes hacerlo —murmuró.

—Voy a hacerlo —aseguró Fernando sin inmutarse.

—¡Que no puedes! ¡No seas estúpido! Esos tíos irán armados, ¿crees que se van a dejar matar como conejos?

—Llevo semanas observándoles. Sé cómo y dónde hacerlo. Quiero pedirte una cosa: olvídate de lo que te he dicho.

—Claro... ahora voy y me olvido... Pero ¿a ti qué te ha dado en la cabeza? Oye, comprendo que te quieras vengar, que odies a esos hijos de puta, pero el que se tiene que olvidar de esa locura eres tú.

—Hablemos de otra cosa o, mejor, volvamos a casa. Estoy cansado. Ya te dicho que hoy hemos tenido mucho trabajo en la imprenta.

—Soy tu amigo, Fernando; aunque tengamos nuestras diferencias, sabes que puedes contar conmigo —dijo Eulogio, rindiéndose ante la evidencia de que no podría convencer a su amigo.

—Con tu silencio me basta —afirmó Fernando.

—No conozco a nadie que tenga pistola... Bueno, don Antonio tenía una. La guardaba en la mesa de despacho del almacén...

—¿Crees que podría robarla?

—¿Robarla tú? No... Ni tú ni yo. La tenía en un cajón con llave. Habría que forzar el cajón... Además, ahora tienen un tío *cachas* vigilando el almacén. No es muy listo pero tiene unos puños que como le pegue a alguien le abre la cabeza.

—Si me explicas en qué lugar del almacén está el despacho de don Antonio y en qué cajón está la pistola...

—Oye, no... no es una buena idea... No sé por qué te lo he dicho...

—Te has ofrecido a ayudarme —le recordó Fernando.

—Bueno, pero no a asesinar a nadie.

—Tú no vas a asesinar a nadie. Soy yo quien se va a cargar a esos dos tíos.

—Ya, pero si te ayudo con la pistola... No te lo tenía que haber dicho...

—Pero me lo has dicho. Sólo hay dos personas que saben dónde hay una pistola. Catalina y tú.

—¿Catalina? Esa chica no deja de dar sorpresas. ¿Sigue en casa de esos familiares en no sé qué pueblo? Hay rumores por el barrio... Parece que «la Mari» está *mosca*.

—A mí no me importa lo que pueda pensar la mujer del tendero.

—Ya... Bueno, ¿y por qué sabe ella dónde hay una pistola? —insistió Eulogio.

—Porque sabe de un familiar que tiene una. Por eso. Le he pedido que se la quite pero no quiere hacerlo.

—Natural. Yo tampoco quiero ayudarte en eso. Mira, por una vez vamos a estar de acuerdo Catalina y yo.

—Sí, sois amigos de boquilla. —Fernando sabía que al decir esto Eulogio se revolvería.

—Oye, que yo soy tu amigo para lo que haga falta, pero no voy a consentir que te juegues la vida. Porque eso es lo que harás si te empeñas en esa locura. Y no servirá de nada. No les podrás matar y sólo conseguirás que te fusilen.

—Ése es mi problema, no el tuyo ni el de Catalina.

—Por lo menos yo te tengo afecto, nos conocemos desde niños... No voy a dejar que te maten así como así.

—No debería habértelo dicho; tampoco se lo tenía que haber contado a Catalina.

—¿Ella también sabe que quieres matar a esos dos tíos?

—Sí, claro, se lo expliqué lo mismo que a ti.

—¡Lo que faltaba! Esa chica no te guardará el secreto —sentenció Eulogio.

Fernando se plantó enfadado delante de él, tanto que Eulogio dio un paso atrás.

—¡Deja de meterte con ella! ¡No te lo consiento! Catalina me aprecia sinceramente y confío en ella como en mí mismo. Nunca he dudado de que puedo poner mi vida en sus manos. Jamás me traicionaría. ¿Lo has entendido?

A Eulogio le impresionó la reacción de Fernando. Le sabía enamorado de Catalina, pero no hasta el punto de haber perdido la cabeza. Aun así, no le llevó la contraria. Intuyó que si lo hacía su amistad se rompería para siempre.

—Vale, vale... no te pongas así... Ya sé que no es mala chica... Bueno, si tú confías en ella yo no tengo nada que decir.

—Eso es, tú no tienes nada que decir. Ahora olvídate de lo que te he dicho, ya me las arreglaré yo solo.

—No, solo no te voy a dejar. Te acompañaré. Si logras hacerte con una pistola... bueno, yo estaré cerca de ti y luego nos iremos. Tendrás que escapar. Ven conmigo a Lisboa, buscaremos un barco que nos lleve a América. Allí nadie

nos va a encontrar.

—Ya veremos, Eulogio, ya veremos.

Fernando no había vuelto a ver a Catalina y ella insistía a su madre y a su tía para que le avisaran porque quería hablar con él. Pero ni doña Asunción ni doña Petra se habían dejado convencer. El médico las había advertido de que Catalina podía perder su hijo. Debían estar preparadas. Lo que más temía doña Petra era que pudiera pasar estando sola con su sobrina, a pesar de que Juan Segovia le había asegurado que se presentaría de inmediato para trasladarla al hospital.

Por más que el médico, su madre y su tía murmuraban a sus espaldas, Catalina se había enterado de lo que le podía suceder y, muy a su pesar, guardaba cama procurando no contradecir ninguna de las indicaciones de don Juan. Pero también había tomado una decisión: no iba a permitir que le quitaran a su hijo y por tanto no le quedaba otra salida que huir. Si Fernando no tuviera esa loca idea de matar a esos dos hombres de los que le había hablado, le habría pedido que la ayudara a escapar nada más dar a luz, pero como estaba segura de que su amigo llevaría adelante su plan no tenía otra opción que rogarle que la dejara ir con él en su huida, aunque eso supusiera poner en peligro su vida y la de su hijo.

Por primera vez se enfrentaba a un dilema en que todas las salidas eran malas. Si tenía a su hijo, se lo quitarían de inmediato, no le permitirían ni abrazarlo. Y si huía, pondría la vida de su hijo en peligro puesto que había muchas posibilidades de perderlo.

Lloraba desconsolada intentando buscar una solución, pero las lágrimas no la ayudaban a ver más claro y sólo aumentaban su desesperación.

Hasta que una mañana se despertó con la decisión tomada. Huiría con Fernando aun poniendo en riesgo su vida y la de su hijo. Marvin nunca le perdonaría que permitiera que se lo arrancaran para dárselo a unos extraños.

Fernando no aceptaría llevarla consigo. Sólo tenía una manera de convencerle: entregándole la pistola que tan celosamente guardaba su tía. Era el precio que

tendría que pagar. Y así se lo diría. Él podría llevar a cabo su venganza y ella impedir que le quitaran a su hijo. Ése sería el trato. Tenía que decírselo, pero no sabía cómo hacerlo. Fernando se había despedido de ella para siempre puesto que si llevaba a cabo su venganza tendría que huir. Nerviosa porque sabía que disponía de poco tiempo, Catalina tomó la decisión de esperar a que su tía saliera a dar sus clases de música en el colegio para escaparse y llegar hasta la imprenta donde trabajaba Fernando.

Aquella mañana doña Petra entró en su habitación para llevarle el desayuno.

—Despierta, Catalina, que tengo que irme. Te he preparado un poco del café que trajo tu madre y un buen trozo de pan. Te sentará bien.

—Sí, tía... aunque no tengo mucha hambre.

—Pero tienes que comer por ti y por el niño. Ya sabes lo que te puede pasar si no te cuidas, así que come. Hoy llegaré un poco más tarde porque cuando salga del colegio a las doce tengo que ir a comprar alguna cosa que nos hace falta. Pero no tardaré demasiado.

—No te preocupes, tía, que no me moveré de la cama.

—Eso, no te muevas, que cuando venga ya te ayudaré a asearte.

Doña Petra dio un beso en la frente a su sobrina y se fue con la preocupación de que durante las horas que iba a estar fuera a Catalina no le sucediera nada.

Apenas escuchó cerrarse la puerta, Catalina saltó de la cama. Se dirigió despacio al cuarto de baño temiendo dar un paso en falso. El espejo le ofreció la visión de su rostro demacrado y la piel excesivamente pálida. No tardó mucho en arreglarse. Tenía frío y se puso dos jerséis y unas medias gruesas. La falda apenas podía abrochársela aunque no había engordado en exceso.

Luego, sin dudarle, fue a la habitación de su tía y buscó en el cajón de la cómoda aquel bulto donde sabía envuelta la pistola. No se olvidó de abrir la pequeña caja en la que guardaba unas cuantas balas. Las sacó con aprensión y las envolvió en un pañuelo que colocó en su bolso. Dejó la caja tal como estaba. Luego desenvolvió la pistola y la envolvió a su vez con una de sus enaguas. Cogió varios trozos de papel e hizo una especie de pelota que cubrió con la tela

en que había estado protegida la pistola. La deslizó al fondo del cajón rezando para que su tía no se diera cuenta. Luego regresó a su cuarto y sacó un monedero donde guardaba unas cuantas pesetas que su madre le había dado.

Buscó un viejo sombrero de su tía y se lo encasquetó en la cabeza no sólo para resguardarse del frío, sino para intentar pasar inadvertida si acaso se tropezaba con algún conocido.

Salió de la casa con paso tambaleante. Estaba un poco mareada, pero sabía que no tendría demasiadas oportunidades para volver a escaparse.

El aire fresco la despejó, pero aun así caminó pegada a la pared por miedo a perder el equilibrio.

Tardó un buen rato en llegar hasta la plaza de España y, desde allí, quince o veinte minutos más en acercarse hasta donde se encontraba la imprenta de don Víctor. Eran poco más de las diez y media, así que Fernando estaría trabajando.

El portón de hierro y madera estaba cerrado pero se podía escuchar el traqueteo de la linotipia. Intentó empujarla pero carecía de fuerza, así que buscó un timbre. Esperó impaciente sintiendo que las piernas le temblaban.

Un crío de no más de doce años entreabrió el portón. Vestía un mono azul y tenía las manos manchadas de tinta.

—¿Qué quiere? —le preguntó extrañado.

—Pregunto por Fernando Garzo.

—¿Fernando? Está dentro trabajando, no creo que pueda salir. —Ahora la mirada de extrañeza se convirtió en curiosidad.

—Dile que le espera Catalina Vilamar, que es urgente.

—¿Es su novia? —El crío la miraba divertido.

—No... no... Por favor, dile que salga...

El chico cerró la puerta y Catalina se quedó esperando temiendo que no avisara a Fernando. No habían pasado ni dos minutos cuando se abrió de nuevo el portón y tuvo a Fernando ante ella.

—Pero ¡qué haces aquí! ¡Estás loca! ¿Es que quieres que te pase algo?

—Tenía que hablar contigo y como ya no veías a verme...

—Estoy trabajando y sabes bien que... bueno, tengo otras cosas en la cabeza.

—Sí, por eso quería hablar contigo.

—Pues ahora no es el momento.

La voz de don Vicente los interrumpió.

—¿Con quién hablas, Fernando? —preguntó el hombre, mosqueado.

—Perdone, don Vicente, es que ha venido a verme una vecina...

—Pues en el trabajo no se reciben visitas. —Y miró a ambos con enfado.

—Disculpe usted... Si no fuera una emergencia no habría venido... Es por un problema familiar... —se disculpó ella.

Don Vicente la miró con detenimiento y no tardó en reconocerla.

—Usted es... creo haberla visto en alguna ocasión...

—Soy Catalina Vilamar, y vivo al lado de Fernando... —Catalina recordaba haber visto a aquel hombre junto a don Lorenzo Garzo.

—Ya... ya sé... Bueno, comprenderás que no puedes presentarte aquí porque sí. —Don Vicente se dio cuenta de que la joven no parecía encontrarse bien.

—Sólo quiero hablar un minuto con Fernando, no tardaré. Le aseguro que si no fuera importante no me habría atrevido a presentarme aquí.

—Dos minutos. Ni uno más. Si se entera don Víctor se enfadará. Al trabajo no se traen los problemas de fuera —afirmó con severidad.

—Dos minutos, se lo prometo —respondió Catalina.

En cuanto don Vicente se alejó, ella le entregó un bulto a Fernando.

—¿Qué es esto?

—La pistola —respondió en voz baja—; te la doy a cambio de que me lleses contigo.

—Pero ¡qué dices!

—No quiero que me quiten al niño y eso es lo que harán en cuanto nazca. Creía que, si insistía, al final me permitirían quedármelo. Pero mamá dice que mi padre no va a transigir. En cuanto tenga el niño me hará volver a casa para casarme con Antoñito. Ayúdame, por favor, Fernando. Tienes que ayudarme a conservar a mi niño y a escapar de Antoñito. —Catalina hablaba entre lágrimas.

—Catalina..., lo que yo voy a hacer... No... no puedes venir conmigo... ni siquiera sé dónde voy a ir. Sería muy peligroso para ti... Si me pillan te considerarán mi cómplice, y ya sabes lo que sucedería... No podría perdonarme que por mi culpa te pudiera pasar algo... Anda, vete a casa, luego me acercaré a verte.

—No, Fernando, no me iré hasta que me prometas que me llevarás contigo. Si te he traído la pistola es como parte del trato. Tú necesitas una pistola y yo escaparme. Lo uno por lo otro. Tengo confianza en ti y sé que si hacemos un trato lo cumplirás y lograremos escaparnos —afirmó con más seguridad de la que sentía.

—¡Pero no puede ser! Por Dios, Catalina, ¡vete a casa!

—Si no me ayudas, entonces... bueno, ya me las arreglaré. Pero no me quedaré a esperar a tener a mi hijo y que me lo quiten. Me marcharé hoy mismo. Espero que si te preguntan no les digas nada.

Catalina se dio media vuelta intentando reprimir el llanto. No estaba enfadada con Fernando. Le comprendía. Si la llevaba con él correría más riesgos, de manera que no le quedaba otra opción que escaparse. Quizá lo mejor era no regresar a casa de su tía. La voz de Fernando la devolvió a la realidad. Sintió su mano sobre el hombro deteniendo su paso.

—No voy a dejarte, no quiero que te suceda nada... Ojalá todo salga bien...
—Y la abrazó con fuerza.

—Gracias... gracias... gracias por no abandonarme. Sólo te tengo a ti.

—Ahora vete a casa y... llévate lo que has traído. Iré a verte esta tarde cuando salga del trabajo.

—Sí... sí... por favor, ven...

Don Vicente los miraba desde una ventana y no se le había escapado detalle de la escena. Le pareció que Catalina había engordado y de pronto le asaltó un pensamiento que quiso desechar de inmediato y era el que la joven estaba embarazada. ¿Sería posible que Fernando y ella...? Le tenía por un joven cabal.

Acudió a su encuentro y le hizo una seña para que le siguiera a su despacho,

un cubículo desde donde veía todo el taller.

—Fernando, no sé qué problema tienes con esa chica pero comprenderás que lo de hoy no puede repetirse. —Y aguardó a que Fernando le diera alguna explicación.

—Disculpe, don Vicente, no volverá a suceder. Catalina es una buena amiga y está en un apuro, de no ser así no se habría atrevido a venir aquí.

—Ya, ¿y se puede saber qué le sucede?

—Lo siento, pero no soy quién para airear los problemas ajenos.

—Lo cual te honra —respondió el hombre con cierto fastidio por quedarse sin saber qué sucedía—. Bueno, ahora a trabajar y que lo de hoy no se repita.

—Le aseguro que no se repetirá.

A Fernando le pareció que aquel día las horas transcurrían con más lentitud que otras jornadas y se atrevió a pedir a don Vicente que le permitiera salir a las siete en vez de a las ocho.

—¿Se puede saber dónde tienes que ir? —le preguntó suspicaz.

Fernando apretó los dientes. No quería mentir a aquel hombre que siempre se había portado bien con él.

—Don Vicente..., yo... bueno... tengo que hacer algo por Catalina... —balbuceó.

—Así que es por esa chica... Oye, espero que no empieces a hacer tonterías porque cuando hay faldas de por medio algunos hombres pierden el norte. Tienes suerte, porque don Víctor se acaba de ir. Está con gripe y se ha marchado antes.

—Gracias, don Vicente, siempre estaré en deuda con usted.

—Tu padre era un buen amigo, Fernando, y mi deber es ayudarte, pero ayúdate tú también.

Catalina había tenido que apretar el paso para llegar a casa de su tía antes de que ella regresara. El esfuerzo no sólo la fatigó sino que le provocó un dolor intenso en el vientre. Apenas le había dado tiempo de ponerse el camisón cuando oyó que se abría la puerta de la calle. Guardó la pistola debajo del colchón

porque ya no disponía de tiempo para volver a dejarla en su sitio.

A doña Petra le pareció que Catalina estaba aún más pálida y por más que su sobrina intentó contener los gestos de dolor se dio cuenta de que algo le pasaba. Asustada, llamó a don Juan y a continuación a su hermana Asunción. Una hora más tarde, la matrona estaba examinando a la muchacha. Don Juan lo había considerado necesario. A su entender, dijo, tenía la tripa demasiado baja.

Doña Asunción y doña Petra aguardaban nerviosas sentadas en el salón. Cuando vieron aparecer al médico y a la matrona se levantaron atropellándose la una a la otra.

—¡Calma, señoras! No las quiero ver así de nerviosas. Catalina está bien — afirmó el médico sin demasiada convicción.

—Yo creo que en cualquier momento se va a poner de parto —le corrigió la matrona.

—Entonces hay que llevarla al hospital —exclamó preocupada doña Asunción.

—Todo a su tiempo... —Y en la mirada del médico había un reproche a la matrona por asustar a las dos mujeres.

—Juan, creo que no debemos correr riesgos, mira que si la niña se nos pone de parto... —Doña Petra no podía ocultar el miedo que sentía ante tal posibilidad.

—¿Crees que si pensara que se va a poner de parto me quedaría de brazos cruzados? Puede que se le adelante, pero no creo que sea inminente, y está mejor aquí en casa que en el hospital. Petra, tenéis que confiar en mí —dijo el médico.

—Y confiamos, claro que confiamos, se hará lo que tú digas —concluyó doña Asunción, que no quería contrariar al médico.

Doña Petra apretó los labios. Quería a su hermana y a su sobrina, pero se decía que quizá había asumido una responsabilidad que no le correspondía. Sin embargo, no dijo nada.

—Que Catalina descanse. Yo volveré a última hora de la tarde en cuanto salga del hospital y dependiendo de cómo la vea, tomaré una decisión.

Por más que su tía y su madre insistieron, Catalina se negó a comer. Se sentía tan cansada y dolorida que lo único que deseaba era cerrar los ojos y dormir.

—Asunción, estoy tan preocupada... —le confesó doña Petra a su hermana una vez que dejaron a Catalina descansando.

—Yo también, Petra... Pero debemos confiar en Juan, él sabe más que nosotras.

—Ya, ya... Pero temo que le pase algo y encontrarme sola.

—¡Ay, hermana! Cuánto te agradezco lo que haces por nosotros. Sé que es una gran carga, pero si tú no nos ayudas no sé qué podríamos hacer. Ernesto está tan preocupado por la situación tan mala que tenemos... La única esperanza de salir del agujero es que Catalina se case con Antoñito.

—Pero ella no le quiere —terció doña Petra a favor de su sobrina.

—¿Crees que no se me parte el alma al pensar que voy a entregar a mi niña a ese... a ese patán?

—¿No tiene Ernesto una parte de las tierras de Huesca?

—Ya te conté que ahora no valen nada. Estamos arruinados, Petra, la guerra nos ha dejado sin nada.

—Pero papá le colocó en la empresa y tu marido tenía una buena posición — insistió doña Petra.

—Eso creía yo, pero como Ernesto no me explica nada no puedo decirte dónde está el dinero, si es que alguna vez lo tuvimos.

—¿Y tu dote? Papá fue muy generoso con nuestra dote.

—No lo sé, hermana, pero por lo que me ha dicho ya no queda nada — admitió doña Asunción, bajando los ojos avergonzada.

—¿Qué haremos si Catalina se niega a entregar a su hijo? —quiso saber doña Petra, que estaba preocupada porque conocía la tozudez de su sobrina.

—No quiero ni pensarlo... Pobrecita mía, tener que obligarla a algo así... El único consuelo es que Juan me ha asegurado que la familia que se hará cargo del pequeño está muy bien situada y son buenos cristianos. Menos mal que casi tenemos terminado todo el ajuar de la criatura. No soportaría entregarle sin nada.

—Sí, ya tiene media docena de jerséis. Y mira, te voy a enseñar la toquilla que estoy tejiendo.

—Precisamente he traído los pañales. Me dirás que soy una exagerada, pero he cosido una veintena. Y ahora estoy terminando las camisitas a punto de cruz. Estará más guapo que un sol.

—¿Sabes, Asunción...?, hoy preferiría que te quedaras, porque estando Catalina así...

—Le he dicho a Ernesto que no volveré hasta la hora de la cena y me he traído un par de camisitas para acabarlas aquí.

Las dos mujeres pasaron el resto de la tarde entretenidas con la costura. De cuando en cuando entraban en la habitación de Catalina y les tranquilizaba verla dormida.

A las ocho en punto de la tarde el timbre de la puerta las sobresaltó.

—Será Juan —dijo doña Asunción.

Pero se equivocaba. Doña Petra se quedó desconcertada al abrir la puerta y encontrarse a Fernando.

—Tú por aquí... Catalina no se encuentra muy bien, no está para recibir visitas. —No le invitó a entrar esperando que Fernando diera media vuelta.

—Sólo quiero verla un momento —dijo él con firmeza.

—Ya, pero es que hoy no puede ser. No está muy bien, creíamos que era el médico.

Las voces de Fernando y Petra se colaron en el cuarto de Catalina, quien un minuto después apareció en el vestíbulo descalza y en camisón mientras su madre intentaba detenerla.

—¡Fernando! Pasa, pasa. Tía, por favor, deja que pase.

—Pero no puede ser... no te encuentras bien —se quejó doña Petra.

—Ahora que he dormido me encuentro mucho mejor. No discutamos y dejadme hablar con Fernando. Ven. —Y le cogió de la mano llevándole hasta su habitación.

Doña Asunción y doña Petra los siguieron, abrumadas por el comportamiento

de Catalina.

—Tengo que hablar con Fernando a solas —afirmó mirándolas retadora.

—¡No puedes quedarte a solas con un hombre en la habitación! —exclamó su tía escandalizada.

—¿Y qué crees que me va a pasar? Fernando es como un hermano y además ya estoy embarazada, así que...

—¡Dios Santo, qué cosas dice esta niña! —Doña Petra se santiguó espantada por las palabras de su sobrina.

—Hija, bastantes quebraderos de cabeza tenemos por tu estado para que hagas las cosas todavía más difíciles. No es correcto que estés con un hombre en una habitación y por mucho que aprecies a Fernando y le consideres como un hermano lo cierto es que no lo es.

—De acuerdo, nos iremos a hablar a la cocina. —Y Catalina, sin soltar la mano de Fernando, tiró de él para que la siguiera.

—¡Te vas a enfermar aún más! Acuéstate inmediatamente —le suplicó su tía, viendo que su sobrina empezaba a temblar de frío.

—Sólo si me dejáis hablar con Fernando.

—No puede ser, hija, tienes que comprenderlo. —Pero doña Asunción sabía que tenía la batalla perdida.

—Pues entonces iremos a la cocina —insistió Catalina.

Al final las dos mujeres cedieron. Lo más que Catalina consintió fue que colocaran una silla a los pies de la cama para que Fernando estuviera a cierta distancia. Pero en lo que se mostró inflexible fue en su empeño de hablar con él a solas.

Fernando se sentó en el borde de la silla sin dejar de mirar a Catalina. Admiraba su determinación. La conocía bien y sabía que cuando plantaba cara era para ganar la batalla.

—No me encuentro muy bien... en realidad no debería levantarme de la cama. Don Juan dice que puedo perder al niño.

—Entonces no vuelvas a levantarte —respondió Fernando con cierta

severidad.

—Te lo he dicho esta mañana, no pienso renunciar a mi hijo. ¿Qué pensaría de mí Marvin si supiera que he entregado a nuestro hijo? Estoy segura de que me odiaría. Sacaré fuerzas, Fernando... Dios me ayudará. Y tú. También te necesito a ti. Sé que correremos peligro, que a lo mejor no lo logramos, pero al menos tenemos que intentarlo. He pensado mucho en lo que quieres hacer... No es que esté de acuerdo, pero no te juzgaré.

—Entonces estás decidida...

—Sí. No tengo otra salida. O me escapo o me quitarán a mi hijo y me obligarán a casarme con Antoñito. Ven, acércate.

Catalina bajó de la cama con cuidado y empezó a levantar el colchón.

—Pero ¡qué haces!

—Calla, no hables tan alto o mi madre y mi tía vendrán a ver. He escondido la pistola debajo del colchón. Lo mejor es que la guardes tú.

Catalina le entregó el bulto y se volvió a meter en la cama mientras Fernando decidía dónde guardar el arma. Terminó ocultándola en el bolsillo de la gabardina.

—Les mataré el sábado a las ocho en punto de la tarde. Luego me reuniré contigo y con Eulogio en la estación. Intentaremos colarnos en algún tren.

—¿Eulogio? ¿Pero es que también se lo has contado a él? Fernando, hay cosas que cuanta menos gente las sepa...

—Eulogio es mi amigo. No me traicionará. Quiere marcharse a América e intenta convencerme para que le acompañe.

—América... Pero Marvin está en París... Tengo que ir a París... —Catalina parecía a punto de llorar.

—Mira, lo primero es escapar. A mí me perseguirán por matar a esos hombres y a ti por fugarte de la casa de tu tía. Ya veremos dónde podemos ir, ni siquiera es seguro que lo logremos.

—Podemos subirnos a un tren que vaya a Francia —casi suplicó.

—No quiero prometerte nada que no pueda cumplir —respondió con

sinceridad.

—Pero entonces...

—Si quieres te devuelvo la pistola.

—No... no es eso... es que yo no quiero ir a América. Quiero encontrarme con Marvin.

—Por lo que Eulogio me ha dicho, Marvin pensaba dejar Francia.

—¡No es posible! A él le gusta vivir en París.

—Vamos, no seas niña, ¿es que no te das cuenta de que Europa está sumida en una guerra casi peor que la nuestra?

—Pero los norteamericanos no tienen nada que ver con esta guerra.

Fernando se encogió de hombros. Se sentía cansado. Quería a Catalina, pero su decisión de matar a dos de los hombres que consideraba asesinos de su padre era más fuerte que cualquier sentimiento.

—No puedo decirte adónde debes ir. Sólo puedo comprometerme a llevarte a donde vaya. A intentar sacarte de España. Después... bueno, tú decidirás si quieres ir a donde yo vaya o intentar buscarle.

Permanecieron en silencio durante unos minutos sin siquiera mirarse. Fernando esperaba que Catalina tomara una decisión, aunque no dudaba cuál sería.

—Sí, lo primero es marcharme de aquí, luego buscaré a Marvin. Eulogio puede ayudarme. Son amigos y él sabrá dónde está.

—Tú lo has dicho, son amigos y quizá por eso no quiera decirte nada sobre Marvin.

—Le contaré que espero un hijo y entonces me ayudará. Comprenderá que Marvin tiene derecho a saber que va a ser padre y acudir cuanto antes junto a nosotros. Sí, Eulogio no podrá negarse a ayudarme.

—Su primera lealtad es para con Marvin —dijo Fernando, intentando que Catalina no se diera a sí misma vanas esperanzas.

—Si es leal a Marvin, entonces no tiene otro remedio que ayudarme puesto que espero un hijo suyo.

—Hablaré con Eulogio y volveré el miércoles o el jueves para darte más detalles.

—Creo que debemos acompañarte a las Comendadoras —sugirió Catalina.

—Eso sí que no. No quiero que Eulogio y tú os involucrés en lo que yo voy a hacer. Tenéis que manteneros al margen al menos hasta que escapemos. Si me pillan, no tenéis por qué correr mi misma suerte. Me fusilarán.

—Pero debemos estar contigo y ayudarte —insistió ella.

—Si quieres venir conmigo, tendrás que hacer lo que te diga. Ahora me voy, y descansa, porque no será fácil lo que nos espera.

Don Juan llegó en el mismo momento en que Fernando se despedía de doña Asunción y doña Petra. Las dos mujeres se sintieron un tanto azoradas por tener que justificar la presencia de Fernando. Pero el médico no pareció darle demasiada importancia.

«Parece un buen chico este Fernando Garzo. Lástima que no sea el padre de la criatura que espera Catalina», les dijo el médico, provocando el sonrojo de la madre y la tía.

Una vez que hubo examinado a Catalina dijo encontrarla mucho mejor, aunque insistió en su recomendación de que no debía moverse. Catalina le prometió que guardaría cama hasta el día del parto y doña Petra suspiró desconfiada. Sabía que su sobrina no cumpliría su promesa.

Fernando estaba distraído mientras cenaba con su madre. Isabel se sentía cansada, aunque intentaba disimular ante su hijo.

—Madre, no te empeñes en hablar, sé que no tienes ganas.

—Pues claro que tengo ganas de hablar contigo, sobre todo de escucharte, saber cómo te ha ido el día. No sé, te noto raro, preocupado.

—No, madre, no me pasa nada —respondió intentando imprimir convicción a sus palabras.

—Hijo, a mí no me puedes engañar. Algo te pasa, algo te ronda por la cabeza. Sea lo que sea, sabes que me tienes siempre a tu lado.

—Lo sé, madre, y... ¡si supieras cuánto te quiero!

—Y yo a ti, Fernando; ahora sólo nos tenemos el uno al otro. Pero dime qué te preocupa.

—Nada, madre... sólo que... me hubiera gustado haber ido a la guerra y luchar junto a mi padre, matar a unos cuantos fascistas.

—¡No digas eso! Mira, Fernando, yo no les perdono que hayan fusilado a tu padre, pero debes recordar lo que te dije, nunca, nunca lo debes olvidar. ¿Lo recuerdas o no? «No matarás, tú no matarás.» No olvides nunca por qué te lo dije, hijo.

Se abrazaron y Fernando notó la extrema delgadez de su madre. Y maldijo aún más a quienes los habían condenado a aquella situación.

Eulogio se presentó al cabo de un rato. Isabel leía en voz alta. Fernando la escuchaba ensimismado mientras quitaba el polvo a los libros de su padre.

—«El ojo que ves no es / ojo porque tú lo veas; / es ojo porque te ve. / Para dialogar, / preguntad, primero; / después... escuchad. (...) Nunca traces tu frontera; / ni cuides de tu perfil; / todo eso es cosa de fuera...»

—Si molesto... —dijo Eulogio cuando Fernando le abrió la puerta.

—Qué vas a molestar... Anda, pasa.

Isabel levantó la mirada del libro y le sonrió.

—A mi marido le gustaba leer poesía en voz alta. Después de cenar solíamos sentarnos aquí los tres y cada uno elegíamos lo que íbamos a leer. Yo esta noche he elegido a Machado, sus «Proverbios y Cantares». ¿Y a ti qué te gustaría leer? —preguntó a Eulogio.

—No sé... en realidad siempre he preferido la prosa, pero a mi padre le gustaba leer a sor Juana Inés de la Cruz... Se sabía de memoria algunos poemas, creo que uno de los que más le gustaban era «Liras que expresan sentimientos de ausente» —respondió Eulogio.

—Sí, sé cuál es... Espera... —Isabel se levantó y buscó en los estantes donde encontró un poemario de sor Juana Inés de la Cruz. Luego pasó con rapidez sus páginas y sonrió satisfecha—. Aquí está, lee.

Fernando obedeció a su madre y comenzó a leer:

—«Amado dueño mío, / escucha mis cansadas quejas, / pues del viento las fío,
/ que breve las conduzca a tus orejas, / si no se desvanece el triste acento, / como
mis esperanzas, en el viento. / Óyeme con los ojos, / ya que están tan distantes
los oídos, / y de ausentes enojos / en ecos de mi pluma mis gemidos; / y ya que a
ti no llega mi voz ruda, / óyeme sordo, pues me quejo muda.»

A Eulogio se le nubló la mirada y miró a Fernando, que comprendió que su amigo quería hablar con él a solas.

—Me vendría bien dar un paseo y fumar un cigarrillo —propuso Fernando.

—Pero es muy tarde —le interrumpió Isabel.

—Madre, es que después de estar todo el día trabajando me despejaría que me diera un poco el aire.

—Por aire no será. La noche está fría y a punto de llover —dijo Isabel, intentando convencer a su hijo para que se quedara.

Pero Eulogio parecía impaciente por hablar con él y no podían hacerlo delante de su madre. No quería que ella supiera de sus planes. Se asustaría y le rogaría que no lo hiciera, y él no sabría negarse porque la quería más que a su propia vida.

—Perdona que me haya presentado sin avisar —dijo Eulogio cuando estuvieron en la calle.

—Dime qué quieres, porque hace frío —se quejó Fernando.

—He estado en la estación viendo qué trenes salen el sábado por la noche. No tenemos muchas opciones, el que va más lejos es a Lisboa, así que será el que cogeremos. Claro que tendremos que comprar los billetes y yo no sé tú, pero estoy sin blanca.

—Yo tampoco tengo ni un céntimo, lo que gano se lo entrego a mi madre y a ella no le voy a pedir. Bastante tendrá con el disgusto que se va a llevar.

—Pues estamos jodidos. Tendremos que subirnos al tren cuando esté en marcha y procurar que no nos pille el revisor.

—Nosotros podemos, pero Catalina no. Imposible que se suba en marcha.

Sería demasiado para ella.

—¿Catalina? No querrás que venga con nosotros... Eso sí que no... Conmigo no cuentas si piensas llevarla.

—Pues es lo que hay. Ella viene conmigo. —Y Fernando miró fijamente a Eulogio con tanta intensidad que éste no pudo sostenerle la mirada.

—Esa chica será tu ruina —respondió Eulogio enfadado.

—Me ha dado la pistola de su tío con una condición: que la lleve conmigo. Y puedes estar seguro de que lo haré.

—Pero ¿por qué quiere irse contigo? No está acostumbrada a pasar calamidades. Primero iremos a Lisboa y desde allí tendremos que buscar un barco en el que enrolarnos que vaya a América. A nosotros nos pueden aceptar como marineros, pero a ella...

—Eulogio, me tienes que jurar por la memoria de tu padre que no le contarás a nadie lo que voy a decirte. Si lo haces...

—Oye, a mí no me ameneses...

—No te estoy amenazando. Te estoy pidiendo que jures por tu padre.

—¿Qué es eso tan grave como para tener que jurar por la memoria de mi padre? —preguntó intrigado.

—Jura, Eulogio, jura.

—¿Cómo voy a jurar por mi padre algo que no sé si vale la pena?

—Pues entonces hasta aquí hemos llegado. Cada uno coge su camino y ya está —concluyó Fernando.

—¡Lo que faltaba! Oye, cada vez pones las cosas más difíciles. Jurar por mi padre... Para mí no hay nada sagrado excepto su memoria. Es lo único que me queda.

—Pues por eso te pido que jures por él. Si no fuera importante no te lo pediría.

—No es fácil tenerte como amigo —protestó Eulogio.

Fernando no respondió. Comprendía las reticencias de Eulogio. Él tampoco consentiría jurar en vano por su padre. Pero no podía confiarle el estado de Catalina sin un juramento previo. Sabía que Eulogio no simpatizaba con ella y

que si se iba de la lengua y llegaba a oídos de la gente que Catalina esperaba un hijo de Marvin... No quería ni pensar lo que dirían de ella. Tenía que protegerla.

El juramento de Eulogio le sacó de su ensimismamiento.

—Juro por la memoria de mi padre que nada de lo que me digas lo repetiré. Que guardaré el secreto que me pides hasta el fin de mis días. Lo juro. — Eulogio juró con toda la solemnidad de la que fue capaz mientras empezaba a sentir las primeras gotas de lluvia sobre su cabeza.

Los dos amigos se miraron con seriedad y Fernando, bajando la voz temeroso de que alguna de sus palabras pudieran ser escuchadas, le contó que Catalina estaba embarazada de casi siete meses y que el responsable había sido Marvin. Le explicó detalladamente que su familia quería casarla con Antoñito Sánchez, que ya la habían comprometido y que en cuanto naciera el niño lo entregarían a una familia sin hijos. Le describió la angustia de Catalina, su negativa a dejarse arrebatar su hijo, el pundonor y compromiso para con Marvin y su firme resolución a buscarle donde quiera que estuviera. Habló de ella con dolor y admiración, sin ocultarle que estaba enamorado y que le partía el alma saber que esperaba un hijo de otro. Catalina había jugado fuerte sus cartas, la pistola a cambio de que la ayudara a escaparse. Y cumpliría su parte del trato.

Eulogio le escuchó sin interrumpirle y su rostro iba cambiando de expresión según hablaba su amigo. Cuando Fernando terminó, tardó unos segundos en responder.

—No puede ser...

—Yo les vi, Eulogio, les vi... Estaban en el suelo y él... bueno, la había medio desnudado.

Eulogio parecía confundido. Pero aun así dio un abrazo a su amigo.

—Puedes confiar en mí. —Fue todo lo que se sintió capaz de decir.

La lluvia fina se había convertido en chaparrón y estaban empapados.

Acordaron que Eulogio iría a buscar a Catalina y la llevaría hasta la estación. Allí le esperarían. Si no aparecía, sería que le habían descubierto o incluso detenido y quién sabe si abatido. En cualquier caso, no debían esperarle.

Tomarían el tren a Lisboa. Allí Catalina decidiría qué hacer, porque Eulogio no iba a cambiar sus planes y estaba decidido a embarcarse en el primer barco donde pudiera enrolarse.

Puesto que disponía de tiempo libre, Eulogio se comprometió con Fernando a vigilar los siguientes días los movimientos del carcelero y su hijo soldado. Fernando ya había comprobado reiteradamente que todos los días a las ocho en punto el hijo iba a buscar al padre y luego caminaban juntos hasta su casa en la Corredera Baja. Solían ir charlando despreocupados, tanto que no se habían percatado de que de cuando en cuando un joven se cruzaba con ellos.

Era miércoles y faltaban sólo tres días para la fuga. Fernando estaba nervioso y a duras penas podía contener su angustia ante su madre. Sobre todo le atormentaba saber que posiblemente nunca más volvería a verla. Las cosas tendrían que irle muy bien para, algún día, poder reclamarla a su lado. Por otra parte, le preocupaba que cuando descubrieran quién era el asesino de los dos hombres y al no encontrarle se tomaran represalias contra su madre. Cuando le asaltaba aquel pensamiento se decía que era una locura la que iba a cometer y que mejor sería dejar las cosas como estaban, ya que nada podría devolver la vida a su padre. Pero el deseo de venganza era más fuerte y se imponía a la cordura.

Eulogio también le ponía nervioso. Su amigo aparecía en su casa a la hora de cenar. Isabel no decía nada, pero Fernando sabía que a su madre le sorprendía la presencia constante de Eulogio. Éste le insistía en que tenían que ajustar todos los detalles. Pero estaba todo dicho y sólo quedaba actuar.

Una tarde le encontró en la puerta de la imprenta.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó malhumorado.

—Pues a buscarte para que volvamos a repasar lo del sábado.

—Pero si está todo acordado. Oye, creo que estás nervioso y eso me preocupa. Yo ahora tengo que acercarme a ver a Catalina. Tiene que saber todo lo que hemos acordado y, sobre todo, confiar en ti puesto que serás quien vaya a buscarla.

—Voy contigo —se ofreció Eulogio.

—No, imposible. A su tía le cuesta dejarme pasar como para que me presente contigo. Sería la excusa perfecta para no permitirme ver a Catalina. Vete a casa.

—Te puedo esperar en el portal —insistió Eulogio.

—Que te he dicho que no. Además, lo mismo tardo.

—No tengo nada que hacer...

—Pues descansa o vete a la estación a ver cómo nos vamos a subir al tren sin rompernos la cabeza.

Doña Petra abrió la puerta y al verle no pudo ocultar el disgusto que le provocaba su presencia.

—Pero, Fernando, que éstas no son horas... Sabes que Catalina tiene que descansar.

—Lo sé, doña Petra, pero no dispongo de otro momento para venir a verla. Comprenda mi preocupación...

—Hijo, sé que sois amigos de la infancia, pero dadas las circunstancias, te soy clara, no me parecen oportunas tus visitas.

—No sabe cuánto le agradezco que a pesar de sus reservas me permita ver a Catalina.

—Anda, pasa, pero sólo un minuto. Ya es tarde y tenemos que cenar y luego rezar el rosario.

Encontró a Catalina en la cama con los ojos cerrados y tan pálida que se asustó.

—Pasa, Fernando, pasa —le pidió con un hilo de voz, haciendo un gran esfuerzo.

—Niña, le he dicho a Fernando que sólo se puede quedar un par de minutos. Así que nada de liaros a hablar —le advirtió su tía.

—No hablaremos mucho, tía, pero ahora déjanos solos —le pidió Catalina.

Doña Petra apretó la mandíbula y, muy a su pesar, salió de la habitación. Sabía que de lo contrario su sobrina se levantaría de la cama y ella temía que si se

movía pudiera acontecer una desgracia.

—Cuéntame, Fernando —le pidió Catalina, dándole la mano.

—Te veo mal... Yo... mira... creo que debes reconsiderar venir con nosotros. Te puede pasar cualquier cosa... Piensa en tu hijo...

—Por él lo hago. Así que no digas nada, sacaré fuerzas, no os molestaré.

—¡Por Dios, Catalina! No se trata de que puedas molestar sino de tu salud y la de tu hijo. En cualquier momento te puedes poner de parto, ¿qué haremos? No tenemos dinero y no sabríamos cómo ayudarte. Además, ¿cómo te subirás al tren? Tendremos que hacerlo en marcha y escondernos. ¿No te das cuenta de los riesgos?

—¡Ya está bien! Hicimos un trato, ¡cúmplelo! —respondió alterada.

—No quiero que te pase nada —le confesó él.

—Eso dependerá de la voluntad de Dios —dijo ella resignada.

—Catalina...

—No me crees más angustia, te lo pido por favor —le suplicó cerrando de nuevo los ojos.

—De acuerdo, entonces... Eulogio estará cerca del portal desde las seis. Te irás con él a la estación. Yo me reuniré con vosotros en cuanto haga lo que tengo previsto. ¿Podrás escaparte?

—Lo haré.

—Ya, pero por las tardes tu madre viene siempre a verte y tu tía no suele ir a ninguna parte —le recordó Fernando.

—Se me ocurrirá algo. A las seis estaré en el portal. Y ahora abre el primer cajón de la cómoda.

—¿Para qué?

—Coge mi joyero y vacíalo. No es que tenga muchas cosas, pero si las vendes servirán para comprar tres billetes de tren y puede que aún sobre algo para comer.

—Eso sí que no —protestó Fernando.

—Tú lo has dicho, no me puedo subir a un tren en marcha. Las joyas que he

traído son las que más aprecio. Mi medalla de la comunión, la sortija de mi abuela, los pendientes de perlas que me regaló mi madre cuando cumplí dieciséis años y que a ella se los había regalado su madre... Hay tres o cuatro anillos de oro, y mi pulsera con colgantes de monedas pequeñas también de oro; además, hay varias pulseras de plata... ¡Ah!, y una cruz.

Fernando la miró apesadumbrado. Sabía que para Catalina aquellas joyas tenían un valor sentimental y que le dolería el corazón por desprenderse de ellas. Pero la obedeció consciente de que no tenían otra opción.

—Debajo de mis pañuelos encontrarás una carterita. Tengo un poco de dinero; no es mucho, pero de algo nos servirá. Y ahora márchate antes de que mi tía se ponga nerviosa. Dile a Eulogio que el sábado a las seis estaré en el portal.

De regreso a su casa Fernando se juró que, pasara lo que pasara, la protegería hasta el final. No, no iba a abandonarla.

Cuando llegó al piso, su madre le aguardaba impaciente.

—Has tardado mucho —dijo preocupada.

—He ido a ver a Catalina. No la veo nada bien.

—Pobre chica...

—Ya te conté que el médico no la deja levantarse de la cama porque piensa que se le va a adelantar el parto y aún no ha entrado en el séptimo mes de embarazo. Dime, madre, ¿qué crees que le puede pasar?

Isabel se conmovió ante la preocupación de su hijo. Era tanta la lealtad y el amor que sentía por aquella chica... No, Catalina no se merecía el amor de Fernando.

Procuró buscar palabras que no añadieran más angustia a la que su hijo ya experimentaba.

—Hay muchas mujeres que dan a luz al séptimo mes y no les pasa nada. Además, Catalina estará en las mejores manos. No debes preocuparte.

—Ya... pero ¿y si se pusiera de parto de repente? ¿Podría morir? ¿Y el niño, qué le pasaría al niño?

—Vamos, Fernando, no pienses en esas cosas... No te diré que si se le

adelanta ahora mismo el parto vaya a ser fácil, pero el médico sabrá qué hacer. En cuanto al niño, ¡pobrecito! Será lo que Dios quiera.

Eulogio estaba sentado en la cama leyendo una carta de Marvin. Se la había encontrado encima de la mesa al llegar. Su madre estaba lavando la ropa y apenas se saludaron. El silencio que se había instalado entre ellos a Piedad le causaba dolor y a él incomodidad. De manera que cerró la puerta de su cuarto, ávido por saber de su amigo americano.

Mi querido Eulogio:

Parto mañana para Alejandría y no quería dejar de decírtelo. Ya te informé de que planeaba ir a Egipto, pero no con tanta inmediatez, de manera que te preguntarás por qué un viaje tan precipitado y lo comprenderás si te digo que desde hace unos días mi anciano editor monsieur Rosent está desaparecido como tantos otros judíos. No sé si se ha ocultado o ha sido detenido. Puedes imaginar mi angustia y preocupación. Sólo me consuela saber que al menos monsieur Rosent ha podido salvar su negocio al vendérmelo a mí.

Me siento abrumado por la responsabilidad asumida. Le he pedido a mi profesor de Literatura en la Sorbona que se haga cargo de la librería hasta que yo regrese. Creo que en alguna ocasión te he hablado de él; se llama Alain Fortier, fue él quien me animó a llevar mis poemas a monsieur Rosent.

Fortier no puede dedicarse plenamente a la librería, pero aceptará los encargos que pueda asumir; es decir, irá editando lo que crea conveniente, aunque no demasiado. En la tienda he encontrado un montón de carpetas con manuscritos preparados ya para su edición, de manera que se pondrá en contacto con los autores para explicarles que monsieur Rosent no está y que por tanto deben decidir qué quieren hacer con sus textos.

Alain Fortier siente un gran aprecio por monsieur Rosent. Le echará una mano uno de sus alumnos, Jean. Creo que podrá apañarse bien.

Pero como me siento abrumado ante tanta responsabilidad, he tomado la decisión de ir a Alejandría para informar a Sara Rosent de la situación.

Nadie sabe cuánto durará esta guerra ni tampoco el resultado final. Puede que Francia pase a ser definitivamente un apéndice de Alemania. Inglaterra aguanta sola, aunque con la entrada de Rusia en la guerra quizá las cosas puedan cambiar. Ni siquiera Napoleón pudo doblegar a los rusos.

Como te conté en mi anterior carta, Sara Rosent vive con su marido en Alejandría, de donde él es originario y donde su familia tiene un próspero negocio editorial. No te oculto que a pesar de la guerra me tienta la posibilidad de pasar una temporada en Alejandría, pero sobre todo explorar la posibilidad de ir a El Cairo y poder contemplar una de las grandes maravillas del mundo como son las pirámides.

¡Imagínate el espectáculo! No sé si podré, pero lo intentaré. Siento que Alejandría me servirá de bálsamo ante esta desazón que me devora y que se ha convertido en crónica.

Y ahora, querido amigo, quiero hacerte una propuesta que sin duda calificarás de disparatada pero, aun así, quiero hacértela. No es otra que la de invitarte a unirme a mí en mi aventura egipcia y que me acompañes, si es que fuera posible, a visitar las pirámides. Sé que son muchas las dificultades; los alemanes y los ingleses también libran la guerra en la frontera con Egipto y llegar hasta Alejandría no será fácil, ni yo mismo sé aún cómo lo lograré. En cuanto a los gastos del viaje no te preocupes, yo correré con ellos; es lo menos que puedo hacer después de haberme acogido en tu casa tan generosamente. Permíteme esta invitación. Ojalá sea posible llevar adelante esta pequeña locura.

Al final de la carta te recuerdo la dirección de Sara Rosent. Escríbeme allí, o mejor, espero que nos encontremos.

Tu amigo siempre,

MARVIN BRIAN

A Eulogio le sorprendió tanto como le halagó la propuesta de Marvin. De repente Alejandría se le aparecía como un regalo inesperado que no iba a rechazar, aunque su objetivo final seguía siendo América. Marvin podría ayudarle. Una vez que se encontraran en Alejandría le pediría que le ayudara a llegar al soñado Nuevo Mundo. Sí, es lo que haría. En cuanto a Fernando y Catalina, tendrían que decidir adónde irían una vez que llegaran a Lisboa.

El gris se había instalado en el cielo impidiendo que se filtrara siquiera un solo rayo de luz.

A Isabel le preocupaba la desazón que evidenciaba su hijo. Sabía que algo le pasaba, pero por más que le preguntaba él se lo negaba. Le dolía lo que creía era desconfianza. Desde niño Fernando siempre la había hecho depositaria de sus preocupaciones y anhelos.

Apoyado junto al balcón, Fernando miraba distraído. Sentía la preocupación de su madre. Había estado tentado de decirle lo que pensaba hacer, pero sabía que entonces ella se lo impediría. Lo que más le dolía era tener que marcharse sin despedirse. Durante la noche le había escrito una carta que dejaría sobre la almohada para que ella la encontrara al día siguiente. La imaginaba leyendo sin

contener las lágrimas. Se preguntó si acaso iba a cometer un error, si realmente merecía la pena infligir a su madre semejante sufrimiento. La iba a dejar casi con certeza para siempre porque difícilmente podría regresar a España o ella reunirse con él, aunque esto último no lo descartaba.

De lo que estaba seguro de que no se arrepentiría era de matar a aquellos dos hombres que encarnaban a los asesinos de su padre. Su familia sufriría, lo mismo que su madre y él habían sufrido. ¿No decía la Biblia que ojo por ojo? Pues eso es lo que se disponía a hacer. Aun así, no podía dejar de pensar en aquellas palabras de su padre: «No matarás, tú no matarás». Sí, podía escuchar la voz grave de su padre. Pero no iba a obedecerle, esta vez no.

Se preguntó qué haría Catalina para poder despistar a su tía. Doña Petra apenas la dejaba sola un minuto y, siendo sábado, aún sería más difícil que lo hiciera ya que la buena señora estaba muy preocupada por el estado de su sobrina, cada día más débil. Sin duda añadiría dificultades a la fuga. Pero ya no había vuelta atrás.

—Yo ya estoy lista... —dijo Isabel, sacándole de su ensimismamiento.

—Pues vamos, porque a mí se me está haciendo tarde —respondió él.

—Doña Hortensia me ha dicho que no me necesitará esta tarde, así que no llegaré muy tarde a casa.

—Pues yo cuando salga de la imprenta iré a dar una vuelta con Eulogio.

—¿Con este tiempo? Pero, hijo, si dicen que va a llover todo el día... —respondió preocupada.

—Madre, comprende que después de toda la semana trabajando me viene bien distraerme un rato. Sólo daremos un paseo y quizá nos reunamos con algunos amigos. No sé si llegaré un poco tarde; por si acaso, no me esperes para cenar.

A Isabel le sorprendió el anuncio de su hijo. No era propio de Fernando salir y mucho menos llegar tarde. Solía dar un paseo con Eulogio mientras fumaban un cigarrillo, pero poco más. Apretó los labios para no decir nada. No podía reprocharle que quisiera salir con sus amigos, al fin y al cabo era joven y tenía derecho a distraerse de vez en cuando.

Caminaron un rato juntos como hacían todas las mañanas. A Fernando le gustaba acompañarla un trecho antes de ir a la imprenta.

Isabel no sabía por qué sintió una enorme desazón, como si una mano le estuviera retorciendo las entrañas. Notaba a su hijo inquieto, perdido en sus pensamientos, con un rictus de crispación y la mirada extraviada.

Cuando llegaron a la esquina donde se separaban, Fernando abrazó a su madre con tanta fuerza que ella se asustó.

—Te quiero tanto, madre, ¿verdad que lo sabes?

—Pues claro, hijo..., ¿cómo no voy a saberlo? Pero... no sé, Fernando..., siento que algo te preocupa. Llevas unos días muy callado, pero hoy además noto... noto tu angustia.

—¡Qué cosas dices, madre! No me pasa nada, un poco cansado sí que estoy, pero es que en la imprenta no doy abasto, aunque agradezco que me den tanto trabajo. Te quiero, madre. Te quiero.

—Pero, Fernando...

—Anda, vete, que si no los dos llegaremos tarde.

Volvió a abrazarla y luego cada uno siguió su camino, ambos igual de angustiados. Isabel sintiendo una profunda desazón. Fernando despidiéndose en silencio de ella.

Las horas pasaron más lentas que nunca. Esperaba que con el dinero de Catalina, Eulogio hubiera comprado un billete de tren en tercera; además, él se había encargado de vender la medalla de la comunión, un par de anillos y la pulsera de oro con colgantes. Conocía a mucha gente y no le costó encontrar un comprador que no le estafara demasiado.

Fernando había guardado el resto de las joyas en la confianza de que no tuvieran que venderlas, aunque se preguntaba con qué iban a comer y qué harían al llegar a Lisboa. Al menos le consolaba el que Catalina pudiera viajar sentada. Ellos intentarían colarse en uno de los vagones que transportaban mercancías. No podían gastar ni un céntimo extra. Además, no le parecía justo gastar el dinero de ella.

Don Vicente le llamó la atención un par de veces. «Estás muy distraído, Fernando, tienes la cabeza en otra parte y aquí se viene a trabajar. Y deja de mirar el reloj, llevas mirándolo desde que llegaste esta mañana.»

Tragó saliva preocupado porque fuera tan evidente su desasosiego. A don Vicente no se le escapaba nada y cuando empezaran a buscarle, seguro que diría que aquel sábado le había notado raro en el trabajo.

Catalina estaba de mal humor. No había dormido bien por culpa de los nervios. Además, su tía Petra estaba especialmente pesada aquella mañana, empeñada en que desayunara cuando a ella no le cabía en el estómago ni un sorbo de agua.

Por si fuera poco, le había anunciado que don Juan pasaría a verla y estaba segura de que su madre también se dejaría caer como todas las tardes. A pesar de que le había dicho a Fernando que no se preocupara, en realidad no sabía cómo iba a poder escaparse. Llevaba varias horas rezando pidiéndole a Dios y a la Virgen que la ayudaran.

A las nueve en punto llegó don Juan. Parecía contento esa mañana, a pesar de que la lluvia había teñido el día de color gris.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Igual —respondió ella.

—Esperemos que el niño aguante ahí dentro por lo menos hasta que estés de siete meses... —dijo el médico mientras la examinaba.

—Pues ya falta menos. El día 15 de diciembre entraré en el séptimo mes —afirmó Catalina.

—Yo nunca me fío de las cuentas que echáis las embarazadas. Tú tienes que continuar sin moverte y ya veremos qué pasa.

Aceptó sin rechistar todas las recomendaciones del médico. En otras ocasiones se rebelaba ante la insistencia de que no se moviera de la cama, pero ese día tanto le daba lo que don Juan pudiera decir.

—Tu tía dice que estás inapetente y eso no puede ser. ¿No sabes que eso

perjudica al niño?

—Es que ni se nota que está embarazada, en vez de engordar creo que está adelgazando —se quejó doña Petra.

—Bueno, bueno, pues eso hay que remediarlo. Son tiempos de escasez, pero una embarazada tiene que comer.

Catalina escuchaba al médico y a su tía sin prestarles atención. Lo único que quería era que la dejaran sola. Tenía que guardar en una bolsa algo de ropa para ella y su hijo. No podía llevarse demasiado, tan sólo lo que cupiera en la bolsa.

Al poco de irse don Juan llegó su madre. La sorprendió porque no la esperaba hasta por la tarde.

—¡Ay, Petra!, me tienes que echar una mano —dijo doña Asunción antes de entrar en la habitación de su hija—. Pues no se le ha ocurrido a don Bernardo otra cosa que esta tarde, después del rosario de las seis, hacer una rifa. Cada uno tenemos que llevar algo para sortear; pero no sólo eso, con el dinero de las papeletas pretende ayudar a los más desfavorecidos de la parroquia. Dice que hay mucha necesidad. ¡Como si no lo supiéramos! Y que todos tenemos que aportar algo.

—¿Y qué quieres que haga yo? —preguntó Petra alarmada.

—Mira, he pensado que quizá podríamos dar para la rifa alguno de los trajes de tu marido que tienes guardados.

—Pero, Asunción..., no sé... Cómo voy a dar un traje de mi marido... En su día ya di a la parroquia toda su ropa y sólo me queda el traje con el que nos casamos.

—Pues ése... ¿Para qué lo quieres?

—Bueno, es que... no sé...

—Yo voy a llevar una chaqueta de Ernesto que está todavía de buen ver y un par de corbatas.

—Ya... pero tu marido está vivo y no es lo mismo —protestó doña Petra.

—Por Dios, hermana, con la necesidad que hay y tú remisa a entregar un traje que ya no te sirve para nada...

—Déjame pensarlo.

—Es que me he comprometido con don Bernardo.

—Vaya, ¡y cómo has hecho eso! —Doña Petra se estaba enfadando.

—Pues porque ha pedido un traje para la rifa, dado que hay muchos hombres que necesitan ir a trabajar vestidos decentemente.

—Dale uno de Ernesto —respondió Petra enfadada.

—Menudo es Ernesto, ya sabes lo que le cuesta hacer caridad, sobre todo con sus cosas. Y tampoco es que esté tan sobrado de ropa. Nosotros aportamos la chaqueta y las dos corbatas.

—¡Mamá! —gritó Catalina, impaciente porque su madre no entraba en la habitación.

El resto de la mañana asistió nerviosa a una discusión interminable entre su madre y su tía a causa del traje.

Doña Asunción se disculpó con su hija diciéndole que por lo de la rifa no iría a verla por la tarde, prometiéndole que el domingo no se despegaría de su lado. Y doña Petra murmuró entre dientes lo mal que le parecía que la dejaran sola a cargo de la enferma porque aquella tarde, como otras tardes de sábado, la había invitado a merendar doña Josefa, la viuda que vivía en el primero con la que siempre había mantenido amistad. Doña Josefa solía organizar inocentes partidas de tute con dos o tres viudas como ella, y doña Petra era una de las fijas. Desde que Catalina estaba en su casa no había podido asistir a esas meriendas con la frecuencia de antes. Al principio ella misma organizaba alguna merienda, pero según se le fue notando a su sobrina el embarazo prefirió no exponerla a los ojos de la vecindad.

Catalina comenzó a rezar en silencio para dar gracias a la Virgen y a Dios. Habían escuchado sus oraciones. Aquella tarde su madre no iría a verla y con un poco de suerte lograría convencer a su tía para que bajara a merendar con la viuda del primero y a jugar al tute.

Así desterró el malhumor e incluso accedió a tomarse una taza del caldo que su madre le había llevado y una tortilla a la francesa que le preparó su tía. No

dejaba de mirar el reloj deseando que pasaran las horas. Su madre se fue al filo de las dos y su tía se sentó a su lado a leer esperando que se durmiera un rato. Catalina estaba cansada pero demasiado nerviosa para dormir, aunque cerró los ojos para que su tía la dejara sola.

En cuanto doña Petra se convenció de que su sobrina dormía, salió de la habitación de puntillas.

A eso de las cinco, el timbre las sobresaltó. Doña Josefa, la viuda del primero, reclamaba a doña Petra para que bajara a la partida de tute. La buena señora preguntó por Catalina, a la que ya no veía salir de casa.

—La niña está en cama con gripe —la excusó doña Petra.

—Pues sí que lleva tiempo con gripe —dijo la vecina.

—Es que se le va una y le viene otra... Es por debilidad... Catalina no come nada y así se cogen todos los microbios —justificó su tía.

—Últimamente parecía un poco más gordita... —apuntó doña Josefa con cierta malicia.

—¡Ojalá! Pero está como un fideo.

—Bueno, pero no le pasará nada por quedarse sola un rato, al fin y al cabo sólo tiene gripe, ¿no? —insistió la viuda.

—Es que me da no sé qué... lo mismo necesita algo —argumentó doña Petra.

—Cuando se tiene gripe lo que uno quiere es que le dejen en paz.

Y ni corta ni perezosa la viuda se dirigió a la habitación de Catalina y después de dar unos ligeros golpes en la puerta, entró seguida por doña Petra, temerosa de que pudiera darse cuenta del verdadero estado de su sobrina.

—Querida niña, ¡cuánto tiempo sin verte! Vaya, pues sí que tienes mala cara, ¿seguro que sólo es gripe?

—Sí, sí... claro, doña Josefa... Procure no acercarse demasiado que esta gripe es muy contagiosa —dijo Catalina.

—Pues no me acerco... Pero no sé, a pesar de la mala cara, no te veo tan mal como para que tu tía no pueda bajar a la partida de tute.

—¡Claro que puede! Pero, tiíta, no me pasa nada por quedarme un ratito sola.

Lo único que me apetece es estar en la cama calentita y tranquila —afirmó Catalina con la voz más dulce de la que fue capaz.

—No, no me parece bien, puedes necesitar cualquier cosa —replicó doña Petra, esperando encontrar el asentimiento de su sobrina.

—Me sentiré peor si no bajas a la partida, ya llevas tres semanas sin ir por mi culpa.

—Es que no sé lo que le pasa a tu tía que apenas sale de casa... Todo el día aquí las dos, no sé cómo no os aburrís... —Doña Josefa intuía que había algo que se le escapaba.

—Bueno, yo he venido a hacer compañía a mi tía, está tan sola... Pero eso no quita para que no siga con sus costumbres, así que, tía, que no sea por mí que no bajas a casa de doña Josefa. Si no lo haces me harás sentir mal.

—Pero, Catalina... —se quejó doña Petra.

—Ya has oído a tu sobrina, así que te bajas conmigo y me ayudas a terminar de preparar la merienda. Son ya las cinco y media y las otras señoras están a punto de llegar.

Doña Petra no pudo negarse más y le suplicó a Catalina que no se moviera de la cama.

—No tardaré mucho —le aseguró.

—Por favor, tía, disfruta de un rato con tus amigas y espero que ganes al tute, siempre me dices que se te da muy bien —añadió Catalina, deseando que las dos mujeres se marcharan.

Cuando escuchó cerrarse la puerta, se levantó con cuidado y se puso de rodillas delante de la mesilla donde tenía un pequeño cuadro de la Virgen y le rezó rogándole que le diera fuerzas para poder escaparse sin más sobresaltos.

A las seis en punto salía de la casa de su tía llevando en la mano una bolsa pequeña. Se había envuelto en el abrigo y cubierto la cabeza con una bufanda para protegerse de la lluvia y el frío. Se sentía débil, titubeaba al caminar, pero estaba convencida de que Dios y la Virgen estaban de su parte y, por tanto, nada le podía pasar. La prueba era que aquella misma mañana no sabía cómo iba a

poder escaparse porque tenía que sortear a su madre y a su tía.

Eulogio la esperaba en la esquina. Estaba empapado por la lluvia. Se acercó solícito para ayudarla cogiendo la bolsa que llevaba.

—¿Podrás andar? —le preguntó.

—Sí, sí, vamos despacio...

—Fernando me ha dicho que cojamos el tranvía, no cuesta mucho.

—Será mejor —consintió ella.

No había mucha gente en el tranvía. Eran pocos los que se aventuraban a salir aquella tarde de frío y lluvia. Aun así, permanecieron en silencio temerosos de decir alguna palabra que pudiera sonar extraña a oídos ajenos.

El tranvía los dejó cerca de la estación y luego caminaron un trecho.

—El tren no sale hasta las nueve —informó Eulogio—. Nos sentaremos en un banco hasta que llegue Fernando. Aquí tengo tu billete.

—¿Y los vuestros?

—Nosotros nos colaremos. Fernando no ha querido gastar ni un céntimo tuyo. Y a mí me parece bien.

—Pero el dinero es para los tres, de alguna manera hemos unido nuestra suerte. Por favor, no me hagáis ir sola —casi suplicó.

—Catalina, no sabemos qué va a ser de nosotros cuando llegemos a Lisboa. Tú y Fernando tendréis que decidir adónde ir... Necesitaréis todo el dinero del que podáis disponer. No hace falta gastar en dos billetes más.

—No quiero ir sola —protestó ella con un punto de angustia.

—Procuraremos ir a verte al vagón. Además, será más seguro para ti... ya sabes lo que va a hacer Fernando. Si nos detienen, al menos que tú salgas bien librada. Imagínate lo que te sucedería y lo que sería de tu hijo.

—¿Y tú qué vas a hacer cuando llegemos a Lisboa? —quiso saber ella, como si la pregunta la pudiera ayudar a despejar la aprensión que sentía.

—Buscar un barco que me lleve a Alejandría.

—¿A Alejandría? Pero ¿no querías ir a América? ¿Qué vas a hacer en Egipto?

Eulogio se arrepintió de su indiscreción. Ni siquiera había tenido tiempo de

comentarle nada a Fernando sobre la última carta de Marvin.

—Marvin está en Alejandría. Me reuniré con él y luego creo que me iré a América.

—¡Marvin está en Alejandría! ¿Cómo que está en Alejandría?

—Bueno, es una historia un poco complicada...

Catalina le escuchó con atención bebiendo cada una de sus palabras e intentando controlar los latidos de su corazón alterado por la certidumbre de saber dónde estaba Marvin y lo que tenía que hacer.

—Yo también iré a Alejandría. Tengo que verle, tiene que saber que vamos a tener un hijo. ¡No sabes la alegría que me has dado! —Y le cogió la mano, apretándosela con afecto.

No le sorprendió el silencio de Eulogio, que ya se estaba maldiciendo por haber hablado de más. Ni Fernando ni Marvin se lo perdonarían. No, no podía permitir que ella fuera a Alejandría. Él le reprocharía que le colocara en una posición tan delicada. En cuanto a Fernando... a su amigo tampoco le gustaría que Catalina corriera a los brazos de otro aunque ese otro la rechazara. Pero ya no había vuelta atrás. Tendría que afrontar las consecuencias de su indiscreción. La suerte, o la mala suerte, ya estaba echada.

Aún no eran las ocho. Fernando observaba la fachada del convento convertido en cárcel sin que se advirtiera ningún movimiento. Las puertas permanecían férreamente cerradas.

Apretó la culata de la pistola que llevaba en el bolsillo de la gabardina. El frío del acero le traspasó la palma de la mano.

Volvió a mirar el reloj, pero el tiempo se empeñaba en pasar con excesiva parsimonia, como si se estuviera burlando de su inquietud. El ruido de la lluvia le impidió escuchar unos pasos que se acercaban por detrás de él. No fue hasta que un joven pasó por su lado cuando se dio cuenta de que era el soldado, el hijo del carcelero, uno de los hombres que había disparado contra su padre arrebatándole la vida. Sintió que el odio le revolvía las tripas, pero no tuvo

tiempo de sentir nada más porque en ese momento se empezó a abrir el portón de la cárcel dando paso a un grupo de hombres que se despidieron de prisa huyendo de la lluvia. El soldado se acercó hasta donde estaba su padre y, después de saludarse, comenzaron a andar con paso rápido para escapar del agua que les empapaba.

Fernando montó el arma y los siguió unos cuantos pasos y cuando arreció la lluvia, sacó la pistola del bolsillo y silbó. Los dos hombres se volvieron pero la lluvia les impidió ver el rostro del desconocido que había silbado y darse cuenta de lo que pasaba. Fernando disparó primero sobre el padre y, cuando el hijo quiso reaccionar, descargó el cargador sobre él.

Los había matado de frente, jamás lo hubiera hecho por la espalda, por eso había silbado, para llamar su atención. Se acercó y observó los ojos abiertos pero inertes de los dos hombres; estaban perdidos, mirando a la oscuridad de la noche.

Oyó voces y pasos apresurados y echó a correr para alejarse cuanto antes de aquel lugar. Creyó que le seguían, pero no miró hacia atrás. Las sombras de la noche y la lluvia eran sus aliadas. Tenía que llegar a la estación. No podía abandonar a Catalina. Pensó en lo que había hecho, pero no sentía nada. Quizá estaba demasiado asustado, o simplemente su conciencia se había cerrado. Lo único que le preocupaba era escapar, escapar, escapar...

Catalina y Eulogio aguardaban impacientes. Faltaban siete minutos para las nueve. Eulogio se había empeñado en esperar a Fernando delante del vagón en el que viajaría Catalina.

Intuyó que era él al ver la figura de alguien empapado que corría hacia ellos. Catalina le abrazó cuando llegó y Fernando le pidió que subiera enseguida al vagón, prometiéndole que en cuanto pudiera iría a verla.

—Tenía tanto miedo de que algo saliera mal... —le confesó ella sin soltarse de su cuello.

—Aquí estoy, de manera que no te preocupes más. Ahora, sube al vagón porque estás empapada.

La ayudó a subir y a buscar su asiento. En el compartimento viajaba un matrimonio de cierta edad, y una mujer más joven que llevaba un crío de pocos meses en brazos envuelto en una toquilla. Los miraron con curiosidad aunque se limitaron a saludar con una inclinación de cabeza.

—Aquí irás bien, dentro de un rato vendré a verte.

El asiento no era otra cosa que un incómodo banco de madera. Catalina se sentó junto a la mujer y el niño. Luego él y Eulogio corrieron hacia los vagones de carga a la espera de poder montar en uno de ellos en cuanto el tren arrancara. Así lo hicieron. Tumbados el uno junto al otro cerca de unos bultos enormes, recobraron el ritmo de la respiración. En voz baja Eulogio le preguntó:

—¿Lo has hecho?

—Sí... —Fue la única respuesta de Fernando, que desvió la mirada dejándola perderse sobre el techo del vagón.

Después volvieron a caer cada uno en su propio silencio mientras ordenaban emociones y sentimientos. Tardarían un buen rato en volver a hablar, momento en el que Eulogio puso al tanto a su amigo sobre su indiscreción con Catalina al contarle que Marvin estaba en Alejandría, lo que había provocado que se empeñara en viajar allí fuera como fuera.

—Pero ¡cómo se te ha ocurrido! ¡Te has vuelto loco! —le reprochó Fernando.

—Marvin se enfadará, lo sé. Y no la querrá ver, de eso estoy seguro —admitió Eulogio—, de manera que tienes que convencerla para ir a cualquier otra parte. No será difícil. Está embarazada y el mar es muy peligroso. Hay barcos alemanes por todas partes a los que no les importa hundir ni a los cargueros ni a los barcos de pasajeros.

—No la conoces —afirmó Fernando enfadado.

—Sé que he metido la pata, lo siento. Ni sé por qué se lo he dicho.

Eulogio le explicó los pormenores de la estancia de Marvin en Alejandría y su decisión de encontrarse allí con él para después buscar otro barco que le llevara a América. Creía que Marvin podría ayudarle a llegar y, sobre todo, darle alguna carta de recomendación.

—No tenemos bastantes problemas como para que ahora Catalina se empeñe en ir a Alejandría. ¿Qué haríamos allí? Pensaba convencerla para que fuéramos contigo a América y ahora me sales con que te vas a quedar un tiempo en Alejandría —se quejó Fernando con amargura.

—Ya te he pedido perdón. Oye, yo estoy nervioso. He pasado un día de perros pensando en lo que ibas a hacer y en que algo podía salir mal. Ni siquiera me he despedido de mi madre.

—¿Y te importa? —preguntó Fernando sin mostrarse afligido por las palabras de su amigo.

—Es mi madre —respondió muy serio Eulogio.

—La has estado martirizando sin que te importara, y ahora tu excusa para meter la pata es que no te has despedido de tu madre... A otro con ese cuento, lo que pasa es que eres un bocazas.

Eulogio se puso de pie con rapidez a pesar de su cojera. Fernando hizo lo mismo. Se plantaron el uno frente al otro midiéndose con las miradas, los puños apretados, tensando cada músculo de sus cuerpos.

—Lo mejor es que en cuanto llegemos a Lisboa cada uno tome su camino. No ha sido una buena idea escaparnos juntos —afirmó Eulogio con rabia.

—Estoy de acuerdo. Es lo que haremos.

—¿Y Catalina?

—No es asunto tuyo —contestó Fernando, dándole la espalda y buscando un rincón donde sentarse alejado de su amigo.

Eulogio se tumbó y cerró los ojos. Le dolía la discusión con Fernando, pero no iba a dar marcha atrás. En realidad, tenían intereses distintos. Bastante había hecho con esperarle en la estación sabiendo de dónde venía. ¿Sería posible que hubiera matado a aquellos dos hombres? Le resultaba difícil imaginarle matando a sangre fría. Pero nunca se termina de conocer a la gente. Su propia madre le había sorprendido liándose con el tendero, aunque su excusa fuera que era para salvarle a él. Su madre siempre le había parecido una mujer digna, con principios sólidos, incapaz de dar un paso que pudiera avergonzarla y, sin

embargo, se había entregado a don Antonio. Sólo de pensarlo le daban náuseas.

El traqueteo del tren le sumió en el sueño. Llevaba días sin dormir bien a causa de los nervios por la preparación de la fuga.

Fernando permanecía con los ojos abiertos. Cada vez que los cerraba veía el rostro de los dos hombres a los que había arrebatado la vida. Sus miradas de asombro primero y de miedo después cuando cayeron al suelo sin vida. Revivió el momento en que el joven quiso dar un paso al frente y tendió la mano hacia ninguna parte, quizá para detenerle. También escuchó de nuevo las palabras que alcanzó a murmurar el hombre mayor, «hijo puta», mientras se desvanecía para encontrarse con la muerte.

No, no podía cerrar los ojos porque ellos se hacían presentes y entonces sentía un desgarró en las entrañas.

Había matado. Lo había hecho premeditadamente. Cuando apretó el gatillo no sintió ni miedo ni piedad; luego, cuando corría en dirección a la estación, tampoco sintió remordimiento. Pero ahora la culpa le abrasaba de tal manera que dudaba si bajarse del tren e ir a entregarse. ¿Debía hacerlo? Sí, se decía. Pero si lo hacía, condenaría para siempre a su madre al dolor más absoluto. Sabía que le juzgarían y le fusilarían y ella tendría que afrontar, además de la muerte del marido, la del hijo, lo que supondría su propia condena a muerte, porque sin una causa por la que vivir se dejaría morir.

También examinó lo más recóndito de su alma buscando un atisbo de miedo. Y sí, tenía miedo, miedo a que le detuvieran, miedo a que le torturaran, miedo a que le quitaran la vida. Pero aun así, y a pesar de que el sentimiento de culpa le empezaba a quitar el aliento, aun así, se dijo que volvería a hacerlo.

Bastaba con pensar en su padre, en los días de la cárcel, delgado, caminando torpemente sin sus lentes, rascándose con disimulo por las picaduras de chinches y piojos, tosiendo sangre, pero manteniendo la dignidad y siempre triste pidiéndoles a su madre y a él que no la perdieran en ningún momento.

Sabía que su padre no habría estado de acuerdo con la venganza, pero aun sabiéndolo había sido más fuerte su deseo de devolver dolor por dolor, rabia por

rabia, vida por vida.

No, no cerraría los ojos; acaso no pudiera volver a dormir el resto de su vida, si es que los dos hombres a los que había matado se empeñaban en instalarse para siempre en su mente reclamándole sus vidas.

En cuanto a Eulogio, sabía que no le había contado a Catalina lo de Marvin por ninguna razón que no fuera su espontaneidad y su escasa capacidad para callarse cuanto le sucedía. Pero su desparpajo les había creado un problema a los tres. No habría manera de convencer a Catalina que se subiera a ningún barco para llegar a América. La conocía bien y sabía que ella insistiría en ir a Egipto, y es lo que haría aunque tuviera que ir a nado.

Le abrumaba la idea de tener que intentar llegar a Alejandría. Por un momento envidió a Eulogio por su despreocupación. Era parte de su carácter.

Al cabo de un rato se puso en pie preguntándose de qué manera podía llegar al vagón donde estaba Catalina. Le había prometido ir a verla y era lo que haría aunque tuviera que jugarse la vida saltando de un vagón a otro.

Mientras tanto, Catalina se sentía incómoda ante el interrogatorio de sus compañeros de viaje. El matrimonio mayor envolvía sus preguntas en una falsa preocupación por ver a una joven viajar sola. En cuanto a la mujer con el niño, repartía su atención entre el pequeño y Catalina, a la que inquirió sin ningún recato por qué viajaba sola estando embarazada y si su marido era alguno de los dos jóvenes que la habían acompañado hasta el asiento.

Violenta, esquivaba las preguntas como podía, pero sus interlocutores no se rendían y, curiosos, abundaban en lo mismo una y otra vez.

—No es prudente viajar sola —insistió la mujer mayor.

—Su marido supongo que será ese chico tan bien parecido, no debería dejarla aquí a merced de cualquiera, sobre todo en su estado —añadió el hombre.

Y así una y otra vez hasta que Catalina sintió ganas de gritar, pero optó por decir que estaba muy cansada y que iba a dormir un rato. Pero no lo logró, así que abrió los ojos de inmediato cuando sintió que se abría la puerta del vagón.

—¡Fernando! Qué bien que has venido. Mira, me vendría estupendo andar un

poco, se me están entumeciendo las piernas, es tan incómodo el banco...

Salieron del compartimento y caminaron hasta el fondo del vagón. Fernando temía que apareciera el revisor, al que ya había esquivado en dos ocasiones camino del vagón de Catalina.

—No puedo quedarme mucho, el revisor está en todas partes y sólo faltaría que me pillara sin billete.

—Tendríais que haber comprado billetes para los tres. Ha sido una tontería no hacerlo —le regañó ella.

—Vas a necesitar todo el dinero posible, ¿no te das cuenta de que en cualquier momento te puedes poner de parto? —le reprochó él.

—Tienes razón... pero los billetes en tercera no son tan caros.

—No te preocupes por nosotros, vamos bien.

—Esa gente es insoportable, no dejan de preguntarme, quieren saber si eres mi marido.

—¿Y qué les has dicho?

—Nada... bueno, casi nada.

—Pero ¿qué les has dicho?

—Que eres un familiar que me acompaña a reunirme con mi marido.

—Vaya...

—No he mentado tanto, tú eres como mi hermano.

A Fernando la saliva le supo amarga de repente. Se le rompía el alma cada vez que ella insistía en que le quería y le sentía como un hermano. Pero no se lo podía reprochar. Ningún ser humano tiene poder sobre los sentimientos y las emociones de los demás. Lo único que podía hacer era esperar, estar siempre cerca hasta que un día ella le mirara con otros ojos y le llegara a amar tanto como él la amaba a ella.

—Cuanto menos digas, mejor.

—También me han preguntado por Eulogio. De él he dicho lo mismo, que es otro familiar. Pero les extraña que no viajemos en el mismo vagón. Espero que no digan nada inconveniente delante del revisor.

—Procura dormirte y así no tendrás que hablar con ellos. Es lo mejor. ¿Tienes hambre?

—No mucha... Oye, Fernando, ¿has... has podido hacer lo que querías hacer...?

—Sí.

—¿Y estás bien?

—Sí.

—Ya... Quiero que sepas que he rezado para que todo saliera bien. Y he de decirte que hoy en todo lo que les he pedido a la Virgen y a Jesús me han hecho caso. Y... bueno, ¿qué has hecho con la pistola?

Fernando se sobresaltó. La había guardado en el bolsillo de la gabardina, olvidándose de ella. Metió la mano y sintió la culata que le helaba los dedos.

—No te preocupes. La tengo aquí.

—¿Y no sería mejor que la tiraras? Si nos detienen y no encuentran la pistola, nadie podrá acusarte de... de lo de esos dos hombres.

—Tienes razón. Voy a intentar limpiar las huellas y luego la tiraré a la vía. No te preocupes. Y ahora vete al vagón y duerme.

—¿Y si me preguntan que dónde estás?

—Diles que en otro vagón.

Regresó con Eulogio. No se oía ni su respiración, por lo que dedujo que estaba despierto. Quizá deberían hablar. Si habían discutido era a causa de los nervios, de la ansiedad que los atenazaba. Pero ¿quién debía dar el primer paso? Eulogio le había fallado al contarle a Catalina dónde se encontraba Marvin. Aunque pudieran llegar a Alejandría, el americano podía negarse a aceptar la responsabilidad del hijo que iba a tener Catalina y entonces ella se sumiría en la desesperación. Pero lo peor sería que en aquella ciudad egipcia lo desconocían todo.

—¿Estaba bien? —preguntó Eulogio con voz ronca.

—Sí, vengo de verla, está bien. La gente del compartimento son unos cotillas que no dejan de preguntarle, pero supongo que será capaz de salir bien de ésta.

—Siento que nos hayamos peleado. Tienes razón, soy un bocazas. Yo menos que nadie tenía que haberle dicho dónde está Marvin. Te he fallado a ti y le he fallado a él.

—Qué le vamos a hacer...

—Marvin nunca me perdonará que Catalina se presente ante él diciéndole que está embarazada.

—Calla, no digas nada más. Él tiene sus problemas y nosotros los nuestros. Ya saldremos de ésta. Voy a tirar la pistola.

—No lo hagas... Si dan con ella, nos encontrarán.

—Y si nos la encuentran encima, ¿qué diremos? La limpiaré para borrar las huellas y la arrojaré a las vías del tren.

—¿Y si alguien te ve?

—Es noche cerrada, está lloviendo mucho, no creo que nadie esté mirando por ninguna ventanilla, y aunque lo hubiera no se ve nada.

—Tu madre estará preocupada. —Y nada más decirlo se arrepintió.

Fernando sintió que una mano le retorció la garganta al oír a Eulogio mencionar a su madre. A esa hora seguramente habría encontrado la carta que le dejó sobre la almohada. Sabía que estaría llorando desesperada y se sintió un miserable.

Mi querida madre:

Cuando leas esta carta yo estaré lejos, pero siempre, siempre, te llevaré en mi corazón.

No puedo decirte por qué me he ido ni adónde, sólo prometerte que haré lo imposible por que algún día volvamos a estar juntos. La vida lejos de ti se me antoja insoportable, pero créeme que no me queda otra opción. Trabajaré duro y conseguiré abrirme camino, y no olvidaré las enseñanzas tuyas ni de padre. Procuraré ser el hombre que quisisteis que fuera para que el día en que volvamos a encontrarnos puedas sentirte orgullosa de mí y perdonarme el dolor que te estoy causando.

Sólo tú, madre, puedes comprenderme y perdonarme, y eso te pido, que nunca me olvides, que no dejes de quererme pase lo que pase, y que me perdones.

Tu hijo que te adora,

FERNANDO

Isabel no podía dejar de sollozar. Había leído varias veces la carta intentando comprender el porqué de la despedida. Fernando se había ido y no le decía el motivo, pero le imploraba su perdón. ¿Qué había hecho o qué era lo que pensaba hacer? Se estremeció al imaginar las razones de la huida. No, no quería pensar en nada que no fuera el ansia de su hijo de encontrar una vida mejor fuera de España, en algún lugar donde pudiera respirar libertad, y no tener miedo de hablar en voz alta o de ser señalado como el hijo de un republicano, rojo y masón.

Sí, Fernando había huido a otro país en busca de trabajo; podía comprenderlo, pero intuía hasta sentir la certeza de que había algo más. Se preguntó si se había ido solo, si había confiado a alguien su huida, se preguntó por su destino; se hizo tantas preguntas que temió que le estallaran las venas que cruzaban su frente y que con cada lágrima sentía que se hinchaban más.

¿Cómo podría seguir viviendo sin la presencia de su hijo? ¿De dónde sacaría valor para hacerlo?

Aquella noche no durmió; se tumbó en la cama apretándose sobre el pecho la carta de Fernando y repasó los últimos días, las últimas conversaciones, la despedida de por la mañana. Intentó desbrozar cada gesto, cada palabra, cada mirada.

No sabía qué hora era, sólo que la mañana se estaba convirtiendo en tarde cuando de repente el timbre sonó con insistencia.

Piedad se disculpó con Isabel cuando ésta le abrió la puerta. Se la veía demacrada y con la mirada cargada de preocupación.

—Perdona que te moleste, sólo quería que preguntaras a Fernando si sabe dónde puede estar Eulogio. No ha venido a dormir... No tiene por qué haberle pasado nada, pero... en fin, se ha llevado algo de ropa y... Pero ¿qué te pasa?

Piedad se sobresaltó al ver el rostro de Isabel arrasado por las lágrimas.

Isabel le hizo un gesto y la invitó a pasar, y cuando cerró la puerta se abrazó a ella.

—¡Por Dios, Isabel, qué sucede! Me estás asustando... Si le ha pasado algo a Eulogio, dímelo...

Pero Isabel no podía contener el llanto y mucho menos hablar, así que siguió abrazada a Piedad hasta que ésta, impaciente, le volvió a suplicar que respondiera a sus preguntas.

—Fernando se ha ido... no sé dónde... —acertó a decir entre lágrimas.

—¿Se ha ido? ¿Y Eulogio? —Piedad sintió una opresión repentina en el pecho.

—No lo sé...

Tardaron un buen rato en encontrar la suficiente serenidad como para sentarse e intentar pensar qué podía haber pasado. Intuyeron que Fernando y Eulogio habían huido juntos, y esto las asustaba y las reconfortaba por igual al saber que así sus hijos no estaban solos.

—¿Te ha dejado alguna carta? —preguntó Isabel sin desvelar la de Fernando.

—No. Ya sabes que Eulogio estaba enfurecido conmigo... no me perdona lo de Antonio... Si se ha ido será por eso, porque no me perdona. Llevaba tiempo diciéndome que se iba a ir, pero no imaginé que lo haría sin despedirse. Lo raro es lo de tu hijo, ¿cómo es posible que Fernando no te haya dicho nada?

—Ayer, cuando salimos camino del trabajo, me abrazó muy fuerte y me dijo que me quería más que a nadie en el mundo... Debí darme cuenta de que se estaba despidiendo de mí —dijo Isabel, intentando explicarse a sí misma el comportamiento de Fernando.

—Ya, pero vosotros estáis muy unidos. Irse sin decirte nada... Fernando no tiene ninguna razón para hacer algo así —insistió Piedad.

—¡No me atormentes! No puedo dejar de preguntarme por qué... —Y volvió a llorar con tanta intensidad que Piedad tuvo miedo de que se desmayara.

A la misma hora, Ernesto Vilamar maldecía en silencio a Catalina mientras su mujer lloraba. Petra los había llamado para anunciarles que Catalina había desaparecido. Tal era el susto y el desconcierto que también había llamado a

Juan Segovia confiando en que él sabría qué hacer. El médico había acudido preocupado por el requerimiento urgente de doña Petra y escuchó sorprendido las explicaciones de ésta:

—Catalina me convenció para que bajara a jugar la partida de tute de los sábados asegurándome que se encontraba bien. Yo no quería, pero ella insistió tanto... Me dijo que le apetecía estar en la cama y que no había nada de malo en que me distrajera un par de horas. Me retrasé un poco, regresé a eso de las nueve. La casa estaba en silencio y pensé que se había quedado dormida. Entonces entré en su cuarto. Había hecho un bulto con una almohada tapándolo para que creyera que era ella. Como el cuarto estaba a oscuras no me fijé, y salí despacio. Volví un poco más tarde por si se había despertado y quería algo, pero todo seguía en silencio, así que pensé que estaba sumida en un profundo sueño y que era mejor dejarla descansar. No os imagináis el susto cuando hace un rato he entrado en la habitación con el desayuno y al acercarme a la cama me he dado cuenta de que lo que yo creía que era Catalina en realidad era una almohada. ¡Dios mío, dónde estará! —Y doña Petra se unió al llanto de su hermana.

—Así que Catalina debió de marcharse ayer por la tarde antes de que regresaras... La cuestión es ¿adónde ha podido ir y quién la ha ayudado a escaparse? Está muy delicada de salud... el embarazo está siendo complicado... puede perder el niño en cualquier momento. Y esto no sería lo peor, sino lo que a ella le podría ocurrir —dijo don Juan sin ocultar la preocupación que sentía.

—¡Qué vamos a hacer! —casi gritó doña Asunción, mirando a su marido.

—Darle una buena paliza en cuanto la encontremos. Es una sinvergüenza... una perdida —afirmó don Ernesto.

—Vamos... vamos... no digas esas cosas, Ernesto. Comprendo tu desesperación, pero es tu hija y siempre ha sido una buena niña. Un poco atolondrada, sí, pero buena —afirmó el médico intentando poner un poco de serenidad en el desconcierto que los embargaba a todos.

—Ella quería tener a ese niño... No dejaba de decir que no pensaba darlo... que se reuniría con el padre —explicó entre lágrimas doña Petra.

—Ésa es la cuestión, que Catalina no se resignaba a entregar a su hijo y por eso se ha ido —sentenció don Juan.

—Nosotros lo único que queremos es su bien —dijo doña Asunción sin dejar de llorar.

—Es comprensible que una mujer no quiera dar a su hijo, hay muchas madres que en el último momento se arrepienten —respondió el médico—, pero pensemos... Alguien ha tenido que ayudarla... ella apenas podía dar un paso...

—Sí, sola no se ha podido ir —admitió doña Petra.

—Pero ¿quién? Nadie sabe en qué estado se encuentra —dijo don Ernesto. Pero las miradas asustadas de su mujer y su cuñada le alertaron.

—Bueno, estas cosas nunca se pueden ocultar del todo. —Juan Segovia intentaba ayudarlas.

—Me temo que me estáis ocultando algo. A ver, Asunción, ¿quién más lo sabía? Y no me vengas con cuentos. Dime la verdad. —Don Ernesto se había puesto en tensión.

Doña Petra comenzó a llorar con desconsuelo, lo que alertó aún más a su cuñado.

—Señoras, exijo una explicación —insistió don Ernesto.

—¡Ay...! Ernesto, yo no te lo quise decir para no disgustarte, pero Catalina se lo contó a Fernando Garzo porque quería que él la ayudara a ponerse en contacto con ese americano. Y... bueno, Fernando la ha estado viniendo a visitar... —Doña Asunción cerró los ojos asustada por la expresión de su marido.

—¡Será posible! ¡Me has engañado! ¡Claro! ¡De tal palo tal astilla! ¡Tu hija ha salido a ti... la misma falta de vergüenza que tú...! ¡Has permitido que ese Fernando Garzo, el hijo de un masón, viniera a visitarla! ¡¿Cómo te has atrevido a actuar a mis espaldas de esa manera indigna?! —gritó don Ernesto.

—¡Basta, Ernesto! No digas más barbaridades, compórtate como lo que eres, un caballero. No te dirijas de ese modo a Asunción, al menos no en mi presencia, porque no te lo voy a permitir.

Don Ernesto miró atónito al médico, que se había puesto en pie colocándose

ante él.

—¿Qué es lo que no me vas a permitir? Asunción es mi mujer y Catalina es mi hija, de manera que diré y haré lo que crea conveniente, ¿te enteras? —gritó fuera de sí.

—No me extraña que Catalina haya decidido huir, ¡menudo energúmeno estás hecho! —respondió Juan Segovia.

—¡Esto es el colmo! ¡Cómo te atreves!

—¡Pues claro que me atrevo! Tú no estás en tus cabales y lo que estás diciendo es indigno de un padre y un esposo —respondió el médico.

—¡Por favor! ¡Por favor! —suplicó doña Petra, aterrada por el cariz de la situación.

—Sí, vamos a calmarnos. Está claro que Catalina se ha escapado y que seguramente lo ha hecho con la colaboración de Fernando Garzo, lo que es un alivio porque es un buen muchacho, serio, responsable y enamorado de ella, así que no puede estar en mejores manos —afirmó el médico.

—¡Lo que me faltaba por oír! —Don Ernesto a duras penas lograba contener su enfado.

—Fernando cuidará de ella y es de suponer que mandará recado para avisarnos que se encuentra bien —siguió diciendo don Juan.

—Pero no sabemos si está con él... —se atrevió a murmurar doña Asunción.

—Pues eso es lo que hay que averiguar. Creo, Asunción, que debes ir a casa de los Garzo, la madre de Fernando te dará noticias sobre su hijo —aconsejó don Juan.

—¿Y si no se ha ido con él? —planteó doña Petra.

—Claro que está con él. Para Catalina, Fernando Garzo es como un hermano, me lo dijo ella misma —insistió el médico—, y el chico bebe los vientos por ella, haría cualquier cosa por ayudarla. Si Catalina quisiera, incluso se casaría con ella —añadió.

Don Ernesto, algo más calmado, asintió con la cabeza. Así que permitió que su mujer fuera a casa de los Garzo mientras él aguardaba en la suya junto a Juan

Segovia y su cuñada. Doña Petra hubiera preferido quedarse en su propia casa o incluso acompañar a su hermana, pero no osó contrariar a don Ernesto, que la hacía responsable de la fuga de Catalina.

Isabel y Piedad se sobresaltaron al escuchar el zumbido del timbre. Por un momento pensaron que podían ser sus hijos, pero el sueño les duró lo que Isabel tardó en abrir la puerta y encontrarse a doña Asunción hecha un mar de lágrimas.

—Siento molestarte, pero tengo que hacerte una pregunta —dijo doña Asunción, entrando atropelladamente en casa de Isabel.

—¿Qué sucede? —Isabel intentaba controlar sus propias lágrimas, desconcertada por la irrupción de Asunción.

Piedad apareció en la puerta, también sorprendida por la llegada de esa visita. Las tres mujeres se miraron durante unos segundos sin saber qué decir. Doña Asunción tragó saliva dudando si debía hablar habida cuenta de la presencia inesperada de Piedad.

—Mi hija ha desaparecido. Se marchó ayer por la tarde y creemos que Fernando la ayudó a escapar —dijo de corrido sin dirigirse a nadie.

—¿Catalina se ha ido? —preguntó Isabel alterada.

—Sí... ella... —Doña Asunción no se atrevió a decir más.

—Nuestros hijos también se han ido —dijo Piedad, asombrada por el desarrollo de la situación.

—¿Se han ido? Pero ¿adónde? —quiso saber doña Asunción.

Isabel la invitó a que se sentara. Las tres mujeres volvieron a guardar silencio meditando sobre cuánto debían decir y cuánto no. Fue Asunción quien decidió que no valía la pena seguir ocultando la verdad.

—Catalina está embarazada. No sé si Fernando te lo ha dicho.

Isabel guardó silencio y fue Piedad quien habló:

—¿Embarazada? ¿de quién? ¿Es por eso por lo que se ha ido? Eulogio me dijo que tenía que cuidar a su tía que no se encontraba bien...

—Bueno, ésa es la excusa que hemos dado. No queríamos que la gente la

viera engordar. La llevamos con mi hermana Petra. Queríamos que tuviera el niño y luego darlo en adopción.

—¡Pobrecita! —exclamó Piedad.

—¿Pobrecita? Peor sería ser madre soltera y no poder casarse. Decidimos lo mejor para ella —se defendió doña Asunción.

—Pero ¿y el padre de la criatura? ¿Es que no quiere hacerse cargo de lo que ha hecho? —insistió Piedad.

—El padre es ese americano amigo de tu Eulogio, que como bien sabes se ha ido, y aunque Catalina le ha escrito, no ha tenido respuesta —respondió doña Asunción.

—¡Marvin! ¡Dios mío! —exclamó Piedad sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Sí, ese tal Marvin... —asintió doña Asunción.

—Pero Marvin es un buen chico, estoy segura de que si el niño es suyo se hará cargo —afirmó Piedad.

—Por ahora no sabemos nada de él. Catalina está casi en el séptimo mes y amenazaba con negarse a entregar al niño. Fernando es el único que sabía su situación; de hecho, la ha estado visitando durante este tiempo. Pero eso tienes que saberlo, Isabel, sé lo unida que estás con tu hijo. —Doña Asunción la miró esperanzada.

—Ahora lo entiendo —murmuró Isabel, y pareció que su rostro se relajaba.

—¿Qué es lo que entiendes? —preguntaron las otras dos mujeres al unísono.

—Fernando ha ayudado a escapar a Catalina y Eulogio ha ayudado a Fernando. Mi hijo está enamorado de tu hija desde que eran niños, haría cualquier cosa por ella, incluso ayudarla a encontrar a Marvin.

—¿Por qué tendría que ayudarles Eulogio? —preguntó doña Asunción.

—Porque él quería marcharse... aquí no tiene futuro. La fuga de Catalina y Fernando le ha servido para dar el paso —afirmó Piedad, para quien las piezas también empezaban a encajar.

De repente Isabel rompió a reír al tiempo que lloraba. Sentía alivio al

comprender el porqué de la marcha de su hijo. Fernando era un romántico y actuaba de caballero andante de Catalina. Quizá se había ido con ella con la esperanza de que la joven apreciara el gesto e incluso terminara aceptándole como marido, si es que Marvin no quería hacerse cargo de la situación. Sí, era muy propio de su hijo.

Saber que se había ido con Catalina y Eulogio le quitaba un gran peso del alma. Ahora sabía que no le había perdido.

Piedad comprendió de inmediato el porqué de la sonrisa de Isabel y ella misma se tranquilizó. Era doña Asunción la que no entendía por qué las dos mujeres habían cambiado la desesperación por la esperanza en sus rostros.

—Mira, Asunción, tu hija está en buenas manos. Fernando y Eulogio cuidarán de ella. Cuando Catalina tenga su hijo deberán tomar una decisión. Lo importante es que ninguno de los tres está perdido, sino que están juntos y se podrán ayudar entre sí —afirmó Isabel, que parecía haber vencido la pena.

—Otra cosa es cómo resolverán el momento en que ella se ponga de parto. Pero son chicos listos, seguro que sabrán hacer frente a la situación —añadió Piedad.

—Pero ¡dónde están! —gritó doña Asunción desesperada.

—Eso no lo sabemos... Supongo que se habrán ido todo lo lejos posible para que no podamos encontrarlos —admitió Isabel, volviendo a sentir un escalofrío de dolor.

—No les pasará nada —afirmó Piedad.

—Pero mi niña... no está bien... El médico le ordenó meterse en la cama porque corre el riesgo de perder la criatura... Puede pasarle cualquier desgracia. —Su tono era de súplica ante aquellas dos mujeres que de repente habían recuperado el ánimo.

—No le pasará nada. Ya verás. Tranquilízate —le aconsejó Piedad.

—Catalina se iba a casar... —siguió doña Asunción, y se dejó llevar por el llanto.

—¿Con quién? Has dicho que Marvin no había respondido a su requerimiento

—la interrumpió Piedad.

—Con Antoñito. Mi marido había concertado la boda. Antoñito, claro, no sabía nada sobre el estado de Catalina, de lo contrario habría roto el compromiso... Y ahora... ¡no sé qué vamos a decirle!

—Pues que Catalina ha roto el compromiso... que quiere quedarse con su tía... Cualquiera cosa —le aconsejó Isabel.

—¡No se conformará! El tendero es... es un hombre horrible, y nosotros...

—Tenéis deudas con él, como todo el mundo —dijo Piedad.

—¿Cómo lo sabes? —Doña Asunción estaba asustada.

—Porque Antonio y «la Mari» se encargan de que todo el barrio sepa quiénes son sus deudores, y en vuestro caso disfrutan más aireándolo porque nunca habían soñado que ellos pudieran estar en una situación de predominio sobre la familia Vilamar —explicó Piedad.

—Así que todo el mundo sabe...

—Que tenéis dificultades económicas, ¿quién no las tiene? Eso no es ninguna deshonra —la interrumpió Isabel.

—No me extraña que Catalina se haya escapado... casarse con Antoñito es una condena —lamentó Piedad.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? ¡Por Dios, espero que no digáis a nadie ni una palabra sobre Catalina!

—¡Claro que no! —respondió Isabel ofendida—. ¿Crees que somos unas cotillas? Nosotras no diremos nada, sois vosotros los que tenéis que encontrar una explicación para dar a la desaparición de Catalina.

—¿Y qué diréis sobre la de vuestros hijos? —quiso saber doña Asunción.

—Que han decidido emigrar en busca de un futuro mejor —respondió Piedad.

—Sí, eso diremos —convino Isabel.

—¿Y yo? ¿Qué le digo a Ernesto? —La mujer hizo la pregunta temiendo la reacción de su marido.

—La verdad. Que Catalina está bien, que no le pasará nada porque Fernando y Eulogio la cuidarán, son dos amigos de la infancia y la quieren bien —le

recomendó Isabel.

Doña Asunción se marchó del piso desolada, acaso un poco más tranquila por las últimas palabras de Isabel, quien tenía razón al decir que Eulogio y Fernando cuidarían de su niña. Pero ¿cómo se lo tomaría Ernesto? Temía su reacción. La principal preocupación de su marido no era sólo el bienestar de Catalina, sino también la boda con Antoñito, que era lo único que les podría sacar de los apuros económicos. Y ahora sin Catalina, ¿qué harían? Y, sobre todo, ¿cómo podrían justificar su ausencia? Además, no podían saber si su hija regresaría. Volvió a llorar desbordada por los problemas que debían afrontar.

Don Ernesto no había parado de quejarse mientras su esposa estaba en casa de los Garzo. Juan Segovia a duras penas contenía su indignación ante las palabras cargadas de resentimiento de Ernesto. En cuanto a Petra, lloraba y se sonaba la nariz de cuando en cuando con el pañuelo. Estaba demasiado asustada y, cada vez que su cuñado la miraba y le decía que por su desidia se encontraban en aquella situación, rompía a llorar con más intensidad.

Cuando Asunción llegó a su casa, los tres la rodearon de inmediato ansiosos por saber las nuevas. Les contó que Catalina se había fugado con Fernando y Eulogio y que ni Isabel ni Piedad sabían dónde podían haberse marchado, pero que las dos mujeres encontraban consuelo en saberles a los tres juntos y que también a ellos les debía tranquilizar porque Catalina estaba en buenas manos.

—¡Pero tú eres rematadamente tonta! —gritó don Ernesto.

—¡Te ruego que moderes tu lenguaje, por lo menos en mi presencia! —le requirió enfadado don Juan.

—¿No te das cuenta del desastre? ¿Qué le diremos a don Antonio? ¡Dios Todopoderoso, por qué nos haces esto! —volvió a gritar don Ernesto sin hacer caso al médico.

—Tranquilízate, Ernesto, que te va a dar algo —suplicó su mujer.

—¡Claro que me va a dar algo! Y todo por tu culpa y la de la inútil de tu hermana. Le habíamos confiado a Catalina y se va a jugar al tute... Pero ¡a quién se le ocurre!

—Catalina se habría escapado de una manera u otra —le interrumpió Juan Segovia—, de manera que no culpes a nadie de lo sucedido. Acaso el culpable seas tú por querer forzarla a un matrimonio que ella no deseaba —replicó enfadado, saliendo en defensa de doña Petra.

—¡Vaya, ahora resulta que soy el culpable! Lo único que he pretendido es el bienestar de mi hija, que no fuera tratada como una cualquiera siendo madre soltera. En cuanto a Antoñito, no puede haber mejor partido. Con él no le faltaría de nada.

—Por la amistad que nos une no diré ni una palabra que no deba decir, pero ¿a quién beneficiaba sobre todo esa boda? Vamos, Ernesto, que además del bienestar de Catalina, la boda con el hijo del tendero a ti te sacaba de más de un apuro —dijo el médico, mirándole con cierto desafío.

—¡Cómo te atreves! ¡Me insultas en mi propia casa!

—No, no te estoy insultando, líbreme Dios de hacerlo, pero no soporto la injusticia de que hagas recaer sobre los hombros de los demás tus responsabilidades y problemas. Tendrás que buscar una excusa y suspender la boda porque dudo que seamos capaces de dar con Catalina.

—¡Pondré una denuncia! La harán regresar por las buenas o por las malas —exclamó desafiante don Ernesto.

—Y entonces todo el mundo se enterará de que está embarazada y que se ha escapado porque no quiere dar su hijo en adopción para casarse con Antoñito. ¿Es eso lo que quieres? Porque a eso te expones si denuncias.

—¿Pretendes que me cruce de brazos sin buscar a mi hija? ¿Qué clase de padre crees que soy? —volvió a gritar don Ernesto.

—Haz lo que creas conveniente, pero actúa con cabeza, que lo mismo es peor el remedio que la enfermedad —recomendó el médico.

—Juan tiene razón... Si ponemos la denuncia tendremos que decir que se ha escapado porque está embarazada y don Antonio se terminará enterando. Antoñito no sólo no querrá casarse con nuestra hija, sino que ella quedará señalada —argumentó doña Asunción, atreviéndose a contrariar a su marido.

Ernesto Vilamar escondió el rostro entre las manos y sólo alcanzó a responder:
—¡Dios mío, qué desgracia! ¡Dios mío, qué desgracia!



Aleandría, diciembre de 1941

Marvin abrió el balcón dejando que la luz inundara la habitación. A esas horas de la mañana hacía fresco y el sol no calentaba, pero para estar en los primeros días de diciembre aquella temperatura era una bendición.

Cerró los ojos respirando el aire puro de la mañana y no los abrió hasta que una mano se posó en su hombro con una ligera caricia.

Se volvió y sonrió. Había creído que ya nunca podría sentir nada parecido a la felicidad.

Sintió el cuerpo de Farida junto al suyo y, lejos de molestarle, le produjo una sensación de calma. Así había sido desde el momento en que se conocieron.

¡Le debía tanto a monsieur Rosent! No sólo que hubiera creído en él como poeta, sino también porque gracias a Sara, su hija, había conocido a Farida. Si monsieur Rosent no le hubiera hecho depositario de su negocio para que se lo entregara a Sara, él nunca habría ido a Alejandría y no se habrían encontrado.

Wilson&Wilson estaba situada en el centro de la ciudad. Era una librería de dimensiones pequeñas. Sus paredes ocupadas por estantes de abajo arriba guardaban auténticos tesoros.

El dueño, Benjamin Wilson, era el marido de Sara.

Wilson viajaba por todo el mundo en busca de libros raros, sobre todo de poesía. Ediciones únicas. Compraba y vendía y, además, editaba.

Cuando se desplazaba a París siempre iba a ver a monsieur Rosent, que solía

sorprenderle con algún ejemplar único. Ni el señor Wilson ni Sara demostraban sentir interés el uno por el otro, pero en el último viaje él le pidió matrimonio y ella aceptó. Fue antes de que los alemanes ocuparan París.

Sara ya no era una niña, estaba cerca de los cuarenta y nunca había manifestado ningún deseo de casarse. Le bastaba con leer poesía y ayudar a su padre a dirigir aquella editorial artesanal adonde acudían poetas en ciernes en busca de su consejo y para que les editara sus primeras obras. Además, los Rosent vendían libros de los grandes poetas que en el mundo han sido.

Benjamin Wilson era de origen inglés pero había nacido en Alejandría. Su abuelo había heredado un negocio de compra-venta de libros antiguos en Londres, pero antes de hacerse cargo del negocio había viajado por África y Oriente escribiendo largos artículos costumbristas para los periódicos londinenses y colaborando esporádicamente para el Foreign Office. Se casó con una dama de la nobleza rural y tuvo un único hijo, Robert, que no siguió los pasos de su padre sino que prefirió probar suerte en el Ejército. Llegó a Alejandría en 1895 como oficial de la guarnición permanente que Gran Bretaña conservaba en aquella plaza además de en otras ciudades de Egipto como parte del tratado entre los dos países. Allí Robert se había casado con una egipcia hija de una familia de origen griego que procedían de Tesalónica. Con ella tuvo un hijo, Benjamin. Marvin había oído decir que la madre de Benjamin Wilson era judía, pero quizá eran habladurías y no se había atrevido a preguntárselo a Sara.

A Benjamin todos le llamaban «señor Wilson». Su padre, Robert Wilson, consideró que debía estudiar en una escuela inglesa, de manera que a pesar de las protestas de su esposa le mandó a estudiar a Londres bajo la tutela de su abuelo, que aprovechó para inculcarle el amor a los libros en general y la poesía en particular. El joven Wilson aprendió cuanto su abuelo le pudo enseñar y nunca pensó en dedicarse a nada que no fuera editar, comprar y vender libros. El abuelo Wilson era un hombre peculiar al que le gustaba viajar para encontrar él mismo aquellos ejemplares únicos que tanta satisfacción y beneficios le daban. Abuelo y nieto eran inseparables. Aconsejado por aquél, Benjamin había

decidido servir a su país en el servicio exterior, pero el anciano enfermó y se trastocaron todos sus planes. Cuando su abuelo murió, Benjamin Wilson decidió regresar a Alejandría reclamado por su padre, que en ese tiempo también temía por la salud delicada de su esposa.

Cuando regresó, Benjamin tomó dos decisiones: mantener la librería londinense y abrir una sucursal en Egipto.

Al reencontrarse con Alejandría se dio cuenta de lo mucho que había añorado la luz de la ciudad y, sobre todo, la amalgama de gentes de tantos lugares distintos que le conferían una personalidad única.

Todo esto le había contado Sara Rosent a Marvin y era cuanto él necesitaba saber. Simpatizó de inmediato con su esposo y desde que llegó a Alejandría en busca de Sara no había pasado ni un solo día en que no fuera a la librería, que además era lugar de encuentro de escritores y donde había conocido a Farida.

—¿En qué piensas?

La voz cristalina de Farida le devolvió a la realidad. Se giró hacia ella y sonrió.

—En el día en que nos presentó Sara, y en la pareja tan peculiar que forma con el señor Wilson.

—¿Peculiar? Yo creo que se complementan muy bien y, sobre todo, son felices. Hace muchos años que conozco a Benjamin Wilson y te aseguro que nunca le había visto sonreír.

—Tengo una deuda con ellos que jamás podré pagarles.

Farida le miró expectante mientras le cogía de la mano.

—¿Y qué deuda es ésa? —quiso saber.

—Haberte conocido.

—Ha sido una suerte para los dos. Pero ya te he dicho que tarde o temprano teníamos que encontrarnos. Estaba escrito.

A Marvin solían sorprenderle algunas de las cosas que decía Farida. No respondió, se limitó a abrazarla y ella le devolvió el abrazo. Marvin pensó que si la felicidad existía se podía resumir en aquel instante.

Conocer a Farida le había salvado de sí mismo. Era mayor que él, tendría unos cuarenta años. Alta, morena, con la piel aceitunada, delgada, emanaba tal seguridad que impresionaba.

Al poco de llegar a Alejandría, Sara le había invitado a un recital de poesía. En realidad el recital no era otra cosa que una reunión de unos cuantos poetas que intentaban deslumbrarse los unos a los otros. También asistían escritores de otros géneros y por eso allí estaba Farida.

Una vez que los poetas terminaron de desgranar sus últimos escritos, Sara llevó la conversación hacia otros asuntos un tanto espinosos como el Bien y el Mal, la conciencia, el deber...

Todos intervinieron, pero cuando habló Farida se hizo el silencio y la escucharon con respeto y fascinación.

Sara le susurró al oído: «Farida es filósofa». Más tarde supo que había escrito cinco libros sobre su especialidad, uno de ellos una auténtica enciclopedia sobre cuantos filósofos habían vivido en Alejandría y sus doctrinas.

«En esta ciudad hay una larga tradición de discutir sobre todo y hacerse preguntas sin respuestas. Después de Grecia yo diría que Alejandría es el segundo lugar en el mundo donde la filosofía ocupa un lugar especial», explicó Sara.

Marvin le pidió que le presentara a Farida y se desconcertó cuando ella le propuso dar un paseo.

Salieron de la librería Wilson&Wilson sin rumbo fijo por las calles de la ciudad. Marvin desconocía todo de Alejandría, pero ella le guiaba: allí la rue Rosette, la iglesia de San Atanasio, más allá el Convento de Santa Catalina, la Puerta de la Luna...

Farida le preguntó dónde se alojaba. Marvin le respondió que había tenido la suerte de ser invitado por Sara a su propia casa. Los Wilson vivían en Bulkeley, un barrio residencial donde la mayoría de quienes allí vivían eran, sobre todo, extranjeros, mayoritariamente británicos.

La casa de Sara y Benjamin Wilson era tan amplia como hermosa y desde la

terraza se contemplaba el mar.

Ella escuchaba, él hablaba, hasta que se dio cuenta de que estaba compartiendo con aquella desconocida los fantasmas que habitaban en su interior desde la guerra de España. Le contó todo: su miedo en la batalla, la herida del cuerpo y del alma, cómo los versos se habían helado en su interior, su convencimiento de que el futuro nada le podía deparar.

«Ven conmigo», le dijo. Y él se dejó llevar hasta su casa en un viejo edificio de la Corniche cuyos balcones se asomaban sobre el mar. Les sorprendió la madrugada entre palabras y no supo en qué momento se quedó dormido, sólo que cuando despertó Farida le acariciaba la frente y su sonrisa le devolvió la vida. Desde ese día no se habían separado.

Sara no le había hecho preguntas cuando se presentó en su casa a por su equipaje, como si fuera lo más natural que se fuera a vivir con una mujer que había conocido la tarde anterior. Tan sólo le contó algo sobre Farida: era una mujer rica. Había estado casada con un hombre que al morir, cinco años atrás, le había dejado una fortuna. Ella escribía, pensaba y acudía a cualquier lugar donde pudiera participar en una buena discusión sobre los secretos de la naturaleza del ser humano.

Marvin se sorprendió al darse cuenta de que en realidad no sabía nada sobre Farida. Él había vaciado su alma ante ella, pero ella no le había mostrado la suya.

En cuanto regresó a casa de Farida le pidió que le contara quién era, qué quería, qué sentía y así la noche los sorprendió de nuevo y luego la madrugada, y volvieron a amanecer envueltos el uno en los brazos del otro.

Y aquella mañana era tan feliz como lo era todas las mañanas desde que amanecía junto a ella.

Marvin suspiró mientras clavaba sus ojos en los de Farida.

—¿Qué haremos hoy? —le preguntó expectante.

—Escribir. Benjamin Wilson insiste en publicarme un libro. Y tú harás lo mismo. Observa el reflejo del sol sobre las olas, deja que el aire entre en tus

pulmones y acaricie tu corazón. Sonríe o llora, pero escribe.

Lo hizo. La obedecía como si fuera un niño. Farida había despejado las sombras de su alma y le había devuelto el placer de sentirse vivo.

Lisboa – Atlántico

Se habían disipado las brumas del amanecer cuando el tren paró en la estación de Lisboa. Fernando y Eulogio habían saltado unos cuantos kilómetros antes y así se lo habían avisado a Catalina, encomendándola que los esperara sin moverse.

Eulogio se había dado un golpe en el brazo que se le hinchaba por momentos; también se había hecho daño en un tobillo y apenas podía andar. En cuanto a Fernando, estaba magullado de la cabeza a los pies. Tardaron más de lo previsto en llegar a la estación. Catalina estaba tan asustada como preocupada y sobre todo le inquietaba concitar tantas miradas curiosas. Un revisor se le acercó preguntándole si estaba perdida, a lo que ella respondió nerviosa que aguardaba que la fueran a buscar.

Y esperó hasta que vio aparecer a sus dos amigos renqueando.

—Pero ¡qué os ha pasado! ¡Os habéis hecho daño! Tenemos que ir a un médico.

—Ya, ¿y con qué le pagamos? —respondió Eulogio malhumorado.

—Aún tenemos algo de dinero y las joyas... Podemos venderlas.

—No es nada... no te preocupes —dijo Fernando mientras el rostro se le contraía por el dolor.

—¡No me tratéis como a una estúpida! Iremos a un médico ahora mismo. —Y sin darles tiempo a replicar se acercó a la taquilla componiendo su mejor sonrisa

para preguntar dónde podían encontrar un médico. La similitud entre el español y el portugués la ayudó a hacerse entender. Una vez que se hizo con una dirección, los obligó a seguirla sin casi dirigirles la palabra.

El médico era un hombre entrado en años que estaba sordo y en la consulta no tenía a nadie esperando, así que los atendió enseguida. A Eulogio le diagnosticó un esguince en el tobillo y también una fuerte contusión en la muñeca; en cuanto a Fernando, parecía estar entero aunque dolorido por el golpe de la caída.

Catalina pagó al médico sin discutir los honorarios y le preguntó por una casa de empeños. El hombre le indicó una dirección no lejos de donde estaban, aunque antes le advirtió que no se dejara engañar.

—Usted, jovencita, es la que de verdad me preocupa... Su tripa... yo diría que está a punto de dar a luz. Está muy pálida, ¿no se encuentra bien? No hace falta que responda, sé que no se encuentra bien.

Pero ella no aceptó que la examinara, y apoyándose en el brazo de Fernando, los tres dejaron la consulta para dirigirse a la casa de empeños. Allí entregó todas sus joyas. El dinero que les dieron apenas les serviría para sobrevivir.

Se sentaron en un banco en una avenida que desembocaba en el mar. Discutieron sobre qué hacer. Catalina impuso su criterio:

—Hay que buscar un barco que nos lleve a Alejandría. Con lo que nos han dado en la casa de empeños pagaremos los pasajes. En Alejandría Marvin nos ayudará, estoy segura.

—¿Y de dónde sacamos un barco que vaya a Alejandría? ¿Es que no te has enterado de que hay una guerra y que los alemanes se dedican a hundir todos los barcos con los que se topan? —respondió Fernando en un tono un tanto desabrido.

—Mirad el puerto, a lo lejos... está lleno de barcos. Vayamos y preguntemos —insistió Catalina con terquedad.

—¿Y si ninguno va a Alejandría? —objetó Fernando.

—Tiene que haber alguno que haga esa ruta o que nos deje cerca —afirmó ella con más seguridad de la real, haciendo un esfuerzo para que no notaran no sólo

lo cansada que estaba, sino también lo débil que se sentía.

Caminaron despacio. Ni Eulogio ni Catalina hubieran podido apretar el paso. En el puerto concitaron la curiosidad de algunas miradas. Fernando se preguntaba si para entonces ya los estarían buscando y si alguien le hacía responsable de la muerte de aquellos dos hombres. No estarían a salvo hasta que no pusieran un mar de por medio.

No querían dejar a Catalina sola y expuesta a las miradas de los marineros, así que ella los acompañó mientras preguntaban a unos y a otros por algún barco que viajara a Alejandría. Pero no les sabían dar razón. Estaban a punto de rendirse admitiendo que difícilmente podrían viajar allí cuando vieron a un marinero con paso firme que se dirigía hacia un carguero de mediano tamaño que parecía a punto de partir. Le preguntaron.

—Ese barco es el *Esperanza del Mar*, realiza la ruta de Egipto y de América. Hace un par de meses los alemanes casi lo hundieron, pero el capitán es un tipo con suerte.

—¿Y admite pasajeros? —preguntó Catalina impaciente.

—No le gusta llevar a extraños y menos a mujeres, pero en alguna ocasión sí ha llevado a algún pasajero —admitió el marinero.

—¿Cómo se llama el capitán y dónde podemos encontrarlo? —inquirió Fernando.

—Al capitán Pereira le llaman «el Portugués». Siempre está de malhumor, pero es un gran marino, sus hombres le seguirían aunque fuera al Infierno. Se fían de él. Dicen que tiene suerte y que el mar no guarda secretos para él.

—Ya... ¿Y dónde podemos encontrar al Portugués? —insistió Fernando.

—Si no está en su barco prueben en aquel café... aunque la señorita no debería entrar allí, y menos en su estado —les aconsejó el marinero.

Entraron en el café y las miradas rudas de los hombres se clavaron en la figura de Catalina. Ella no bajó la mirada ni permitió que pensarán que estaba intimidada. Fernando la cogió de la mano y se la apretó con fuerza para infundirle ánimo.

Eulogio preguntó por el Portugués y el tipo que estaba detrás de la barra quiso saber para qué.

—Eso se lo diremos a él —respondió Eulogio.

—Bien... pues búsqúenle... —respondió malhumorado el hombre.

Catalina se apoyó en la barra intentando sacar fuerzas para no caerse. Se sentía cansada y mareada y desde hacía un buen rato le dolía el vientre.

—Es muy importante que hablemos con el capitán del *Esperanza del Mar*, si fuera tan amable de indicarnos dónde le podemos encontrar... —insistió ella.

El hombre la miró de arriba abajo y se lo pensó un rato antes de responder.

—Al Portugués no le gustan los extraños.

—Lo comprendo, a mí tampoco —dijo ella.

Fernando se dio cuenta de que a Catalina le temblaban las piernas y le echó un brazo por los hombros para sujetarla.

Los marineros comenzaron a murmurar fastidiados por la presencia de los tres forasteros. Uno de ellos se dirigió a donde estaban.

—Marchaos de aquí, muchachos. ¡Fuera!

—¿Podría no gritar? Es innecesario. Usted quiere que nos vayamos y nos iremos en cuanto sepamos dónde encontrar al Portugués. —Catalina sostenía la mirada a aquel marinero curtido por toda una vida luchando contra el mar.

—¡Menuda mocosa! —El hombre la miró con desprecio.

—Haga el favor de respetar a la señorita —le retó Fernando.

—¿O de lo contrario...? —El marinero disfrutaba por adelantado la pelea con aquel joven temerario.

—O de lo contrario le daré un puñetazo —afirmó Fernando sin parpadear.

El marinero soltó una carcajada mientras se lanzaba hacia Fernando, pero éste fue más rápido y le puso la zancadilla haciéndole caer, lo que provocó una risotada entre el resto de los hombres. Aun así, Fernando tenía claro que aquel marinero sabía pelear mejor que él, que no había pasado de alguna trifulca cuando era niño con los otros chicos del barrio. No temía por él sino por Catalina.

—¡Qué clase de hombres son que no respetan a una mujer embarazada! ¡Menuda panda de cobardes! —gritó la joven.

Varios marineros se levantaron dirigiéndose a donde estaba dispuestos a darle una buena tunda. Catalina se colocó delante de Fernando, pero éste la apartó dispuesto a no esquivar la pelea. Eulogio se puso a su lado sabiendo que estaban perdidos de antemano.

—¡Ya está bien! —se oyó decir desde el fondo del café—. ¡Sentaos todos! ¿O es que os vais a pelear con una mujer?

Los marineros regresaron a sus asientos y aguardaron expectantes.

—Yo soy el Portugués. ¿Quién diablos sois vosotros?

Catalina a punto estuvo de abrazar a aquel tipo con varias cicatrices en el rostro y con edad para ser su abuelo a pesar de que andaba estirado. Pero el cabello gris, casi blanco, y las arrugas no mentían respecto a su edad.

—Gracias, señor, me alegro de conocerle. —Y le tendió la mano acompañándola de una sonrisa.

—Capitán, le estábamos buscando porque queremos ir a Alejandría —explicó Fernando.

El Portugués soltó una carcajada que fue coreada por el resto de los marineros.

—¿Le extraña? Para nosotros es muy importante, así que no se ría —le reprochó Catalina.

El viejo capitán la miró sorprendido. Aquella muchacha no debía de ser mayor que sus nietas y sin embargo mostraba un gran aplomo, no parecía que fuera fácil asustarla.

—Así que es importante que vayáis a Alejandría... Pues muy bien, id.

—Queremos ir en el *Esperanza del Mar* —respondió ella, de nuevo mirándole a los ojos y sin inmutarse.

—Vaya... además, habéis decidido en qué barco queréis ir.

—Señor, ¿podría hablar con usted a solas? —pidió Catalina, sorprendiendo no sólo al capitán sino también a Fernando.

—De ninguna manera —se negó éste.

—No te vamos a dejar sola —intervino Eulogio.

—Quiero hablar a solas con el capitán. Estoy segura de que no corro ningún peligro —insistió ella.

El Portugués estaba desconcertado y al mismo tiempo no podía dejar de sentir curiosidad por lo que le pudiera decir aquella chiquilla de aspecto frágil pero tan segura de sí misma como había visto a pocas personas.

—Por mí no hay inconveniente —afirmó mirando a Fernando y esperando su aprobación.

—Entonces salgamos fuera —propuso Catalina.

—¡Pero si llueve a cántaros! —protestó Eulogio.

—No saldrás fuera; si quieres hablar con el capitán, hazlo donde te veamos —dijo Fernando con la voz crispada.

—Apartémonos a aquel rincón —propuso el capitán, señalando una mesa desocupada.

Catalina le siguió con paso firme, consciente de que todos aquellos marineros la estaban mirando y hacían bromas sobre ella que prefería no oír.

El capitán le indicó que se sentara, lo que hizo aliviada. Cada minuto que pasaba le dolía más el vientre y se preguntaba cuánto más podría resistir.

—¿Qué quiere decirme? —le preguntó con rudeza.

—Como ve, estoy embarazada. El padre de mi hijo se encuentra en Alejandría y debo reunirme con él.

—Vaya... pensaba que ese joven tan protector con usted era su marido.

—¿Fernando? Es como un hermano para mí.

—Así que su marido está en Alejandría... —El capitán intuyó que aquella jovencita estaba metida en algún lío.

—No estoy casada. Todavía no. Pero me casaré en cuanto ponga un pie en Alejandría. Por eso tengo que llegar cuanto antes. Mi situación es muy comprometida —confesó bajando la voz.

El Portugués se quedó en silencio desconcertado por la confesión. Catalina no se amilanó y siguió hablando:

—Fernando y Eulogio son amigos desde la infancia. Ellos quieren ir a América porque ya sabe usted cómo está España después de la guerra. Pero son muy generosos y me van a ayudar a que me reúna con el padre de mi hijo. Yo... bueno, mi familia quería obligarme a que, una vez que dé a luz, entregue al niño en adopción, pero yo no podría hacer eso, antes prefiero morirme.

Mientras, Fernando y Eulogio observaban nerviosos a Catalina preguntándose qué le estaría diciendo al capitán del *Esperanza del Mar*. Fuera lo que fuera, vieron que el hombre carraspeaba incómodo por lo que le estaba contando Catalina.

—¿Me ayudará? —preguntó ésta al capitán, mirándole fijamente a los ojos.

El Portugués parecía dudar. A su pesar, la confesión de la joven le había conmovido. Llevaba décadas surcando los mares desde que de niño se enroló como grumete para llevar algo de dinero a su madre. No había conocido a su padre y sufrió esa ausencia sin quejarse. El mar, el viento, los países que había visitado, pero sobre todo los hombres con los que se había medido, marineros como él, no daban lugar a mostrar debilidad. Pero aquella chiquilla no sólo le había devuelto a los días de su infancia con la ausencia del padre desconocido, sino que le recordaba a sus dos nietas, que tendrían más o menos su edad. Eran lo que más quería en la vida, incluso más de lo que había querido a su vieja esposa ya fallecida y a su única hija, que le había dado el regalo de esas dos niñas.

Catalina no le interrumpió sus pensamientos. Sabía que no podía presionar a aquel hombre porque en aquel momento estaba decidiendo su suerte. Por fin vio que movía la cabeza mirándola con gravedad.

—Estamos en guerra, ¿lo sabe? El mar está lleno de submarinos alemanes que no respetan a los cargueros. Yo he tenido algún encontronazo y en uno de ellos casi pierdo el barco. Viajar por mar no es seguro y menos con tantas millas por delante como las que nos separan de Alejandría.

—Lo sé, pero ¿cree que me importa el riesgo? No tengo otra opción que encontrar al padre de mi hijo. Además, al irme de casa sabía que lo que me

esperaba no sería fácil.

—¿Se ha escapado? —preguntó alarmado.

—Sí —respondió ella con sinceridad—, ya le he dicho que querían obligarme a que entregara a mi hijo en adopción.

Él volvió a dudar, pero no pudo dejar de admirar la determinación de aquella joven.

—Mi barco partirá a las siete. A las cuatro todo el mundo tiene que estar a bordo.

—¿Cuánto nos costará? —preguntó ella, temerosa de no tener suficiente para los pasajes.

Le dijo una cifra que heló la mirada de Catalina, pero no se rindió.

—No disponemos de tanto dinero. Le daremos todo lo que tenemos, pero además podemos trabajar en su barco haciendo lo que sea necesario. Puedo fregar, cocinar, coser... y Fernando y Eulogio son fuertes.

El capitán rio con tanto estrépito que la asustó, y Fernando y Eulogio acudieron a su lado preocupados.

—¿Qué sucede? —quiso saber el primero.

—Su joven amiga quiere pagar los pasajes cocinando o cosiendo... En fin, no creo que ella esté en condiciones de hacer nada, pero quizá vosotros podáis echar una mano. El pago del pasaje es por adelantado.

Catalina abrió su bolso y sacó el monedero entregándole todo el dinero del que disponían. El capitán lo cogió sin contarlo.

—A las seis quitaremos la pasarela —les dijo, dándose media vuelta sin darles tiempo a decir ni una palabra más.

Le vieron salir de la taberna con gesto adusto y malhumorado. Fernando y Eulogio no sabían qué decir ni qué pensar.

—Pero ¿qué le has dicho? —preguntó Eulogio.

—La verdad. Le he dicho la verdad. Nos llevará a Alejandría.

—Le has dado todo el dinero, no queda ni una peseta —dijo Fernando preocupado.

—Bueno, aún podemos empeñar algo más —respondió Catalina mientras mostraba un par de anillos.

—No nos darán mucho por eso —se lamentó Eulogio.

—También tengo una cruz... la llevo puesta. No pensaba desprenderme nunca de ella porque me la regaló mi abuela Agustina, la madre de mi padre. Me pidió que nunca me separara de ella, que esta cruz a ella la había protegido... Supongo que si la empeño es una manera de que me alcance su protección.

—¡Qué cosas dices! Vale lo de los anillos, pero no te dejaré que empeñes la cruz. —Fernando parecía enfadado.

—Es mía y por tanto la empeñaré. No podemos quedarnos sin dinero, por poco que sea.

—No hemos comido en todo el día —recordó Eulogio, que para ese momento no le parecía mala idea la decisión de Catalina.

—Volveremos a la casa de empeños y a ver qué nos dan —insistió ella.

La tarde se les había echado encima, pero aún les quedaba algún tiempo antes de embarcar. Fernando estaba preocupado por Catalina. Se notaba que estaba agotada y su rostro reflejaba dolor.

—¿Te encuentras mal? —insistía en preguntarle.

Ella negaba. Sabía que si les decía que creía tener contracciones se negarían a embarcar.

No sabían qué hacer hasta la hora de embarcar, ni dónde guarecerse del viento y la lluvia. Una vez empeñados los dos anillos y la cruz, decidieron que ese dinero debían guardarlo para cuando llegaran a Alejandría, donde sólo Dios sabía cuánto tardarían en encontrar a Marvin. Las pocas personas que andaban por la calle desafiando el tiempo inclemente los miraban con asombro y desconfianza.

Así que de vuelta al puerto enseñaron sus documentos en la aduana a un guarda que apenas les prestó atención. Llovía con tal intensidad que el hombre lo único que deseaba era permanecer a resguardo.

Buscaron un lugar donde también ellos pudieran resguardarse de la lluvia y,

tiritando de frío, esperaron a que pasaran las horas.

Catalina empezó a toser. Empapada, no paraba de temblar por más que Fernando le intentaba dar calor apretándola contra sí.

Las horas transcurrían con tal lentitud que se sintieron desesperados. Cuando aún era noche cerrada, Catalina insistió en dirigirse al buque.

—Les pediremos que nos dejen subir, al fin y al cabo somos pasajeros.

—¡Si con lo que le hemos dado al capitán no hemos pagado ni un pasaje! —respondió Eulogio, temeroso de que los rechazaran si intentaban embarcar antes de la hora acordada.

—Bueno, lo podemos intentar —admitió Fernando, muy inquieto por los temblores de Catalina.

La pasarela del *Esperanza del Mar* estaba puesta y subieron muy despacio. Un marinero les salió al paso.

—Hemos comprado pasajes para viajar a Alejandría y el capitán nos dijo que debíamos ser puntuales porque en cuanto amaneciera retirarían la pasarela —dijo Catalina con una seguridad que no sentía.

—Quédense aquí, nadie puede entrar en el barco sin permiso del capitán y ha dado orden de que no se permita subir a bordo a nadie hasta las cuatro. Consultaré con el contramaestre.

Dos marineros se colocaron frente a ellos dejando claro con su presencia que sin el pertinente permiso no podrían entrar.

—Son las tres y media... sólo falta media hora para las cuatro... —quiso justificar Catalina.

Fue inútil. Justo a las cuatro regresó el marinero que había ido en busca del permiso para dejarles embarcar.

—Sígueme, los llevaré a su camarote. Tendrán que compartirlo. Éste no es un barco de pasajeros, aunque de vez en cuando el capitán acepta alguno. En este viaje no llevamos a nadie. Porque no hay nadie que esté tan loco como para jugarse la vida sorteando a los submarinos alemanes.

No protestaron ante el anuncio de que tendrían que compartir camarote. Se

sentían agradecidos por estar bajo techo.

El camarote era pequeño. Dos camas atornilladas a la pared, una mesa, un par de sillas y un armario minúsculo era todo el mobiliario.

—Esa puerta de ahí da al lavabo —señaló el marinero.

—¿Y el capitán? —preguntó Catalina.

—Organizando la partida. Y de un humor de perros. Yo que ustedes no iría a verle hasta que no estemos en alta mar, le he oído decir al contramaestre que era un estúpido por haberse dejado engatusar y que lo mejor que podía hacer era mandarlos a casa. Les traeré un poco de café.

Decidieron que Catalina ocupara una de las camas y ellos se arreglarían con la otra haciendo turnos para dormir.

Catalina entró en el lavabo para cambiarse porque estaba empapada.

—Métete en la cama y duerme —le pidió Fernando.

—No sé si podré dormirme, pero al menos descansaré. Me duele todo el cuerpo y creo que me he resfriado.

—Y a mí me duelen el brazo y el tobillo. Con todo lo que hemos andado me he resentido del esguince —añadió Eulogio.

—Bueno, no nos quejemos; hemos tenido mucha suerte. Lo mejor es que nos quedemos aquí y no molestemos, no vaya a ser que el capitán se arrepienta y nos eche. Deberíamos intentar descansar —recomendó Fernando.

—Lo importante es que estamos juntos y que vamos a Alejandría. —Y por primera vez en todo el día Catalina sonrió.

Eulogio se quedó dormido apenas se tumbó sobre la cama. Catalina cerró los ojos, pero no lograba dormirse. Las contracciones eran cada vez más agudas. Empezó a temblar de miedo. Sabía que en cualquier momento se le podía adelantar el parto.

Fernando se había sentado en una de las sillas y también se había quedado dormido. Catalina le observó agradecida sabiéndole a su lado. Con él se sentía segura.

La luz empezó a filtrarse por el ojo de buey. La mañana gris y helada los

saludaba mientras el barco iniciaba la maniobra de desatraque.

Tardaron un buen rato en salir del puerto para encontrarse en las aguas oscuras del Atlántico que los recibía embravecido.

El buque se movía embestido por las olas que barrían la cubierta dejando un reguero de agua.

Un ruido despertó a Eulogio al tiempo que Catalina gritó. Fernando se había caído de la silla donde dormitaba, rendido por el cansancio.

—¿Te has hecho daño? —preguntó preocupada, incorporándose de la cama.

—No... no... me he dormido sin darme cuenta y me he caído...

—Creo que me estoy mareando... el barco no deja de moverse... —dijo Eulogio, intentando contener una náusea.

—Yo tampoco me encuentro muy bien... Nunca había subido a un barco y no imaginaba que se movía tanto —admitió Catalina.

—Lo mejor es que cerréis los ojos e intentéis dormir. Saldré a preguntar qué pasa —se ofreció Fernando.

Pero cuando salió a cubierta el viento le derribó y un marinero le ayudó a ponerse en pie gritándole que regresara de inmediato al camarote y se pusiera a cubierto. Fernando intentó buscar al Portugués, pero otro marinero le advirtió que el capitán estaba en el puente de mando y allí no se le podía molestar, y menos cuando el buque se enfrentaba a un temporal con olas de siete u ocho metros. Estaba regresando al camarote cuando se encontró al marinero que unas horas antes los había acompañado al camarote. Al verle sintió cierto alivio.

—Mis amigos están muy mareados por el oleaje —le comentó.

—Es normal, pero no se puede hacer nada salvo comer algo. Vaya al comedor, que está al final de este pasillo, y pida que le den algo para llevarles.

—No creo que puedan comer... tienen náuseas.

—Precisamente por eso deben *sentar* el estómago. Oiga, no puedo entretenerme, estamos en una situación de emergencia. —Y bajó la voz considerablemente—. Además del oleaje, parece que podríamos tener cerca un submarino alemán.

—¿Puede atacarnos? —preguntó Fernando alarmado.

—¡Pues claro! Su principal objetivo es hundir cuantos cargueros enemigos, mejor.

—Pero el capitán sabrá qué hacer...

—Bueno, el capitán Pereira es de los mejores... pero no es fácil esquivar los torpedos... Así que si sabe rezar, hágalo para que ese submarino tenga algo mejor que hacer que mandarnos con los peces. Y hágame caso, vaya al comedor.

Fernando caminaba por el estrecho pasillo intentando mantener el equilibrio. Las embestidas de las olas zarandeaban el buque de un lado para otro, lo que provocó que se cayera un par de veces. Llegó al comedor sintiéndose muy torpe y le costó empujar la puerta que se le antojó demasiado pesada.

Dos marineros estaban sentados bebiendo una taza de café. Vio que sobre una mesa había una bandeja con unas cuantas rebanadas de pan. Dio los «buenos días» y se acercó a donde estaban los hombres.

—Siéntese y beba un poco de café. Le sentará bien —propuso el de más edad; tenía un fuerte acento que Fernando no supo identificar.

—Mis amigos no se sienten bien... —explicó de nuevo.

—No se preocupe, se les pasará —respondió el marinero sin dar importancia a la inquietud del joven pasajero.

A Fernando le molestó su despreocupación y miró a aquel hombre con detenimiento, sorprendiéndose por las arrugas profundas que surcaban su rostro, pero sobre todo por una cicatriz que le recorría desde la frente hasta el mentón. Le calculó en la sesentena y le extrañó que alguien tan mayor estuviera en un buque como aquél. Claro que el capitán debía de tener más o menos sus mismos años.

—Viaja con usted una mujer embarazada. ¿Su esposa?

—Dicen que son tres los pasajeros —añadió el otro marinero.

—Sí, somos tres... y... no... no es mi esposa. Es... es un familiar. No se encuentra muy bien.

—¿De cuántos meses? —quiso saber el marinero de más edad, que parecía

tener cierta autoridad.

—Pues ahora en diciembre, de siete.

—No debería viajar. Es una temeridad —respondió el hombre con un tono severo.

—El capitán hace lo que cree conveniente y ni siquiera te consulta a ti, Doc —apostilló el marinero más joven.

—¿Es usted médico? —preguntó Fernando esperanzado.

El marinero soltó una carcajada mirando con sorna al que él mismo había llamado «Doc».

—Por si acaso, usted no se ponga malo. Si se rompe la pierna izquierda es posible que le escayole la derecha —añadió aderezando la broma.

Doc abrió las manos en un gesto de resignación, sonriendo a su vez. Estaba acostumbrado a su humor.

—¿Es usted médico? —insistió Fernando.

—Ése es un secreto que a ninguno nos ha sido desvelado. Así que confórmese con saber que Doc es más o menos médico —repuso el marinero.

Fernando bebió una taza de café mojando un trozo de pan. De inmediato sintió el agradecimiento de su estómago.

—Sus amigos deberían comer algo —aconsejó Doc.

—Sí, les llevaré un poco de pan —aceptó Fernando.

—Les vendrá bien un té además del pan —recomendó Doc.

—Y agua, que beban agua —añadió el marinero más joven, de nombre João, mientras le ayudaba a poner en una bandeja un plato con el pan, dos tazas, una tetera y una botella con agua—. Déjeme que le ayude —se ofreció—, usted no está acostumbrado a andar con este vaivén y lo más probable es que la bandeja termine en el suelo.

De camino al camarote el marinero le explicó que la guerra parecía complicarse.

—He oído decir a los oficiales que los japoneses han atacado a Estados Unidos.

—¡Pero eso no es posible! —respondió incrédulo Fernando.

—Sí, al parecer han bombardeado un puerto en el Pacífico. El capitán está preocupado.

Fernando no supo qué más decir. Aquella guerra que antes se le antojaba lejana, de repente se hacía presente en sus vidas. Pensó que bastante habían tenido los españoles con la suya, y si él estaba allí en aquel barco había sido por la maldita Guerra Civil.

En esos momentos, Eulogio estaba en el lavabo luchando contra las náuseas. Maldecía la hora en que se había subido a aquel barco. Catalina por su parte ahogaba los gritos de dolor mordiendo la sábana que la cubría. Los espasmos eran continuos, pero lo peor es que estaba empapada de un líquido que se escapaba de entre sus piernas. No sabía si estaba de parto o perdiendo a su hijo.

Al entrar en el camarote, el olor de la sangre y los vómitos los envolvió, tanto que el marinero buscó rápido dónde dejar la bandeja para irse.

—¡Qué te pasa!

—Me estoy muriendo... Creo que estoy sangrando... Me duele tanto. ¡Por Dios, ayúdame! —le suplicó.

Al sentarse a su lado para intentar incorporarla, Fernando sintió la humedad de la sábana.

—¡Estás sangrando! —gritó asustado.

—Sí... ha empezado de repente, pero no me puedo mover... no tengo fuerzas... —Catalina intentaba a duras penas reprimir las lágrimas.

—¡Vaya a buscar a Doc! —suplicó Fernando al marinero, que observaba curioso la escena.

—No creo que Doc sepa nada de partos —replicó João.

—¡Le pido por favor que vaya a buscarle! —gritó Fernando, empujándole.

Eulogio salió del lavabo sujetándose a la pared. No podía permanecer en pie. El camarote giraba a su alrededor.

—Ayúdame —le pidió a su amigo.

Por un momento Fernando no supo qué hacer. Eulogio necesitaba ayuda para

acostarse, pero no podía dejar de ocuparse de Catalina.

Por fin decidió priorizar lo más urgente: a Eulogio para la continuación centrarse en Catalina. La ayudó a incorporarse obligándola a beber un vaso de agua.

—No puedo... Por favor, no me hagas tomar nada —le pidió ella.

—Te sentará bien. No te preocupes, ahora vendrá Doc.

—¿Quién es Doc?

—Creo que es el médico o algo así.... Él sabrá qué hacer, ya verás.

—Me estoy muriendo —dijo ella, bajando la voz.

—¡No, de eso nada! Ni se te ocurra decir eso. Sólo que... bueno, puede que el niño se esté adelantando o simplemente que te está sentando fatal el vaivén del barco. No sabes cómo llueve y cómo sopla el viento. Parece un milagro que el barco se mantenga sobre las olas.

No quiso decirle que un submarino alemán los rondaba. Habría sido añadir angustia. Miró a Eulogio de reojo, preocupado por él aunque sabía que su amigo sólo sufría un mareo.

Fernando ayudó a Catalina a colocarse una toalla entre las piernas, pero enseguida estuvo manchada de sangre, así que tuvo que buscar otra, y luego hacerse con la sábana que cubría a Eulogio. No había manera de parar aquella hemorragia que fluía sin dar tregua. De repente Catalina pegó un grito que los asustó. Fue al tiempo que unos golpes firmes en la puerta anunciaron la llegada de Doc.

El hombre retiró la sábana que apenas cubría el cuerpo de Catalina y una mueca de preocupación se dibujó en su rostro.

—Yo no puedo hacer nada —dijo, dándose la vuelta.

Pero Fernando se puso de un salto en pie y le agarró del brazo, reteniéndole con toda la fuerza de la que fue capaz.

—No sé si usted es médico o qué es, pero si sabe algo de medicina tiene que ayudarla; si no hace algo se morirá.

—No sé nada de partos, ni siquiera he visto nunca uno. No sé lo que hay que

hacer. Esta mujer se está desangrando, eso sí lo sé.

—¡Haga algo! —gritó Fernando, apretándole tanto el brazo que Doc contrajo el gesto.

—No puedo hacer lo que no sé hacer.

Unos golpes secos sonaron en la puerta. Doc aprovechó para librarse de Fernando y la abrió. El capitán Pereira entró sin siquiera saludar seguido del marinero joven.

—Me han dicho que esta mujer se estaba muriendo.

El marinero había informado al capitán de lo que había visto en el camarote. Sabía que si sucedía algo y no había dado cuenta a Pereira de la situación no volvería a embarcarse con él.

—Yo no puedo hacer nada —le respondió Doc.

El capitán observó durante unos segundos y no movió un músculo a pesar de ver a Catalina desangrándose.

—Tendrás que hacerlo. Improvisa —le ordenó.

—¡Sabes que no puedo!

Pereira le miró con tanta fiereza que Doc bajó la vista rendido. Fernando no se atrevió a decir palabra.

El capitán se volvió hacia el marinero.

—Ve a buscar sábanas, toallas y agua caliente. Y que venga alguien a ayudar a limpiar esta pocilga, el olor es insoportable. Y tú, Doc, ve al botiquín y trae tijeras, bisturí, yodo o cualquier cosa que creas necesario. Yo te ayudaré.

Doc salió de inmediato, aliviado por poder abandonar el camarote, y el joven marinero corrió dispuesto a cumplir las órdenes recibidas.

—Quítele el camisón —pidió el capitán a Fernando.

—Pero...

—Oiga, está empapada en sangre, vamos a limpiarla.

—No tiene otro camisón —afirmó Fernando preocupado.

—Pues póngale una camisa, cualquier cosa, y mire si hay una palangana en el lavabo. Aunque sea con agua fría, tráigala.

Limpieron la sangre que cubría parte del cuerpo de Catalina y entre lágrimas ésta pareció recobrar el conocimiento. Cuando Doc llegó seguido por el marinero, el capitán se hizo a un lado.

—Hay que sacarle al niño. Ya. Puede que esté muerto.

El terror se reflejó en el rostro de Doc, que dio un paso atrás. Pero el capitán le empujó situándole ante el cuerpo de Catalina.

—La sujetaremos mientras intentas extraer a la criatura.

—¡No sé, te juro que no puedo hacerlo!

—Lo harás, Doc, o de lo contrario te echaré por la borda. ¡Maldita sea! Tendría que estar en el puente de mando intentando evitar que el buque se vaya a pique. Tenemos una jodida tormenta y un submarino alemán rondándonos, y no sé cuál de ellos es peor. De manera que no me hagas perder el tiempo.

—¡No debiste aceptar a estos tres como pasajeros! —respondió Doc con la voz alterada.

—¡Claro que no debí hacerlo! ¿Crees que no lo sé? Pero ya están aquí, de manera que tendremos que hacer lo posible para que no se conviertan en un problema mayor del que tenemos.

En aquel momento Eulogio volvió a tener un ataque de vómitos, pero nadie le prestó atención. Fernando sostenía a Catalina por los brazos mientras que el capitán intentaba limpiarle la sangre que le corría entre las piernas. La cama estaba empapada lo mismo que la camisa, que a duras penas le cubría el cuerpo.

Doc se acercó a ella con resignación y le abrió las piernas sin demasiado miramiento. Le temblaban las manos y alzó la vista hacia el capitán como si esperara que éste cambiara de opinión permitiéndole huir del camarote. Pero no pudo más que rendirse ante la furia de la mirada del Portugués.

Catalina seguía gritando. La mano de Doc parecía que le revolvió las entrañas. Y a un grito le siguió otro, y otro, hasta que Pereira gritó a su vez:

—¡Cállese ya!

Fernando se revolvió enfadado, encarándose con el capitán.

—¡No le grite! ¡Está sufriendo mucho!

Doc estaba cada vez más asustado. Sus manos seguían dentro del cuerpo de Catalina. El sudor le corría por el rostro. Y así estuvo un buen rato mientras el silencio se hacía por momentos más ominoso en el camarote. La chica no dejaba de gritar.

¿Cuánto tiempo pasó? Para Catalina aquellos minutos fueron una pesadilla y se le antojaron horas interminables.

Doc tiraba de un pequeño cuerpo cubierto de sangre que al final se le escapó de las manos, quedando entre las piernas de la madre. Ella seguía gritando mientras que Fernando intentaba calmarla.

—No sé si está muerto —susurró Doc mirando al capitán, mientras de nuevo hurgaba en el cuerpo de Catalina hasta sacar la placenta.

La criatura seguía unida a su madre por el cordón umbilical y mientras Doc retiraba la placenta, Pereira dejó de sujetar las piernas de Catalina para acercarse al bulto cubierto en sangre. Primero sacó una navaja de la chaqueta y con ella cortó el cordón umbilical, separando a aquella criatura de su madre; luego la cogió con una de sus enormes manos mientras con la otra le propinaba unos cachetes para reanimarla. Pero aquella masa de carne ensangrentada no daba señales de vida. Doc no se movía y miraba al capitán, que volvió a intentarlo.

Fernando de repente se sobresaltó. Hacía unos segundos que Catalina había dejado de gritar.

—¡Dios mío, se ha muerto! —exclamó asustado.

—Se ha desmayado —le respondió Doc.

Eulogio había logrado ponerse en pie y, aunque tambaleándose, se acercó a Fernando. Creía que el que moriría sería él, tal era el mareo que sentía, pero sabía que su amigo le necesitaba.

El capitán volvió a dar un azote en las nalgas del recién nacido y ante el asombro de todos éste soltó un gemido. Fue tan leve que primero creyeron no haber oído bien, de manera que insistió con otro cachete y, esta vez sí, el nuevo gemido lo escucharon claramente.

—Creo que es una niña —afirmó el capitán echando una mirada al cuerpecito

diminuto que tenía en la mano.

—Sí, eso parece —asintió Doc.

La niña volvió a gemir y pareció revolverse en la mano del capitán.

—Habría que limpiarla —dijo Pereira.

Doc cogió a la niña con cierta aprensión. Parecía no saber qué hacer con ella y fue Fernando quien le acercó una toalla.

—Sí, lo más urgente es que la limpiemos bien —admitió Doc.

Entre los dos intentaron retirar la sangre de aquel cuerpo diminuto. Doc se entretuvo en la nariz y los ojos. La niña parecía tener dificultades para respirar.

—No creo que sobreviva —afirmó Doc.

—Vivirá —respondió el capitán Pereira.

—¿Cómo lo sabe? —interpeló Eulogio con apenas un hilo de voz mientras intentaba mantenerse en pie.

—Lo haré, aunque lo que sea de esta niña y de todos ustedes no es mi problema. Procuren no molestar hasta que lleguemos a Alejandría.

Aun así, la rudeza de sus palabras se contradijo con el gesto imperceptible que tuvo a continuación, acercándose a la niña que seguía en brazos de Fernando mientras Doc la limpiaba. Le pasó un dedo por la frente y salió del camarote sin decir una palabra más.

Colocaron a la niña sobre la cama y Fernando revolvió en la bolsa que Catalina guardaba en el armario hasta encontrar un pañal y una toquilla. La pequeña apenas parecía tener fuerzas para respirar.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó mirando a Doc.

—No mucho. En todo caso yo no soy el más indicado para decirlo. Supongo que lo mejor es que se la dé a su madre. Dicen que el calor de la madre es importante para los recién nacidos.

La niña no dejaba de gimotear. Fernando la miró asustado; no sabía cómo ponerle el pañal, así que optó por envolverla en la toquilla.

—Al menos podrá intentar reanimar a Catalina —le pidió a Doc.

—Está mejor desmayada. El parto ha sido difícil. Ha perdido mucha sangre.

Está muy mal —diagnosticó sin emoción.

—¿Es que va a dejarla morir? —Fernando alzó la voz y a punto estuvo de soltar a la niña para obligar a Doc que atendiera a Catalina.

Éste se sobresaltó. El brillo de los ojos de aquel joven presagiaba una tormenta que no sabía si sería capaz de afrontar. Se acercó a Catalina pidiendo a Eulogio que llenara la palangana con agua limpia y trajera más toallas. A duras penas Eulogio pudo acertar. El marinero había dejado unas cuantas toallas sobre una silla, de manera que cogió una y se la entregó a Doc y luego entró al lavabo a por el agua.

Doc no hizo nada especial excepto limpiar la sangre que cubría la mitad del cuerpo de Catalina. Luego pidió a Eulogio que buscara sábanas y otra toalla.

Entre los dos la movieron hasta conseguir quitar las sábanas manchadas y poner otras nuevas. Luego la cubrieron y Doc empezó a darle ligeros cachetes en la cara intentando sacarla del desmayo. Empapó un algodón en un líquido que guardaba en un frasco y se lo pasó por la nariz a Catalina hasta que ésta pareció salir de las sombras donde se había refugiado. Mientras tanto, Fernando seguía meciendo a la niña entre sus brazos asustado por su fragilidad y porque de vez en cuando dejaba de gemir y entonces temía que la hubiera abandonado la vida.

—Coloque a la niña junto a su madre —le ordenó Doc a Fernando.

Catalina se sobresaltó al sentir aquel bulto diminuto a su lado, sonrió y apenas alcanzó a mover los labios para decir:

—Mi niño, ya estás aquí. —Luego volvió a cerrar los ojos.

—Es una niña... has tenido una niña —murmuró Fernando en su oído.

Catalina pareció no escucharle. Tardó en abrir los ojos y lo miró sobresaltada.

—¿Una niña? No puede ser... Yo iba a tener un niño, sentía que era un niño...

—Sí, siempre hablabas de tu hijo, pero es una niña —insistió Fernando.

—Es muy pequeñita, no tiene apenas fuerzas, no está muy bien —acertó a decir Eulogio, que intentaba de nuevo contener un vómito.

—La niña tiene que comer —sugirió Doc.

Pero ni Catalina, ni Fernando ni Eulogio parecían saber qué hacer.

—¿Y qué le damos? —preguntó Fernando.

—Bueno, su madre puede alimentarla. —Doc comenzó a caminar hacia la puerta. Se sentía asqueado por el olor a sangre y a vómito y lo único que ansiaba era salir de aquel camarote.

—Pero está muy débil —protestó Fernando.

—Ése no es mi problema —respondió sintiéndose aliviado al salir de allí.

Fernando ayudó a Eulogio a volver a echarse en su camastro. Tal como estaba y a pesar de sus esfuerzos, no le podía ser de ninguna ayuda. En cuanto a Catalina, parecía haber vuelto a desmayarse y por un momento incluso temió que hubiera muerto puesto que no notaba su respiración. La niña volvió a emitir un quejido mientras temblaba de frío.

Fernando colocó a la pequeña dentro de la cama y la tapó. Esperaba que el cuerpo de Catalina desprendiera el suficiente calor como para reanimar a la criatura. Pero se asustó al notar que su cuerpo estaba frío y que cada vez parecía más pálida.

—Eulogio, voy a por ayuda. Temo que las dos se estén muriendo. Al menos podrás estar atento a que la niña no se caiga.

—Cuenta conmigo —alcanzó a decir Eulogio.

Fernando salió del camarote decidido a ir hasta el puente de mando. El capitán tenía que hacer algo. Al menos obligar a que Doc no se desentendiera de Catalina y de su hija.

El viento seguía maltratando al *Esperanza del Mar*, moviéndolo sin tregua de un lado a otro. La cubierta estaba inundada por el agua y la lluvia se mostraba inmisericorde.

Los marineros iban de un lado a otro cumpliendo las órdenes de los oficiales. Ninguno pareció interesado en él.

Logró dar con el puente de mando y discutió con un marinero que hacía guardia en la puerta, y no fue hasta que el capitán se dio cuenta de su presencia que hizo una seña para que le permitieran entrar.

—¿Cómo están? —preguntó Pereira.

—Catalina se ha vuelto a desmayar y la niña... respira tan despacio...

—Ha nacido antes de tiempo y no parece muy fuerte. Lo normal en estos casos es que las criaturas no lo superen y mueran —admitió el capitán.

—Hay que hacer algo —rogó Fernando.

—Mire, no me pida más. No debí permitir que una mujer embarazada subiera a mi barco. Ahora váyase, ese maldito submarino nazi está decidido a enviarnos al fondo del mar. De manera que puede que ninguno sobrevivamos. Además, acabamos de saber que Estados Unidos ha declarado la guerra a Japón, lo que supone que va a entrar de lleno en este conflicto.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Fernando.

—¿Es que no está enterado de que los japoneses son aliados de los alemanes? La guerra se hará aún más grande de lo que es... —afirmó el capitán mientras con los prismáticos intentaba ver a través de la niebla y las olas.

—Tenemos una deuda eterna de gratitud con usted, por eso debo pedirle que haga otro esfuerzo; ordénele a Doc que nos ayude. —A Fernando en aquel momento le importaba más el estado de Catalina que el hecho de que los norteamericanos hubieran entrado en guerra.

—¿Doc? ¿Ayudarles? Bastante ha hecho hoy.

—Si no hace algo morirán —afirmó Fernando con angustia.

—¡No me culpe de lo que les pueda pasar! No sé quién le ha permitido a esa jovencita emprender este viaje, pero quien lo haya hecho está tan loco como ella. Y yo también estoy loco por haber accedido a su ruego para llevarla a Alejandría.

—Usted al menos parece tener experiencia... dirigió a Doc durante el parto.

—Tengo una hija y dos nietas —murmuró el capitán.

—Entonces dígame qué debemos hacer ahora... Estoy desesperado —admitió Fernando.

El capitán soltó una maldición mientras ordenaba una maniobra. Luego pidió a un marinero que buscara a Doc donde quiera que se encontrase.

—Le diré que vaya al camarote. ¡Y deje de molestarme, no me pida nada más!

—Gracias.

Fernando salió del puente de mando y se reunió con sus amigos. Catalina parecía estar recobrando el sentido. Le dio de beber un vaso de agua. La niña seguía emitiendo gemidos de manera intermitente.

—Tiene que comer algo —murmuró Eulogio.

—Pero ¿qué? —preguntó Fernando.

—Bueno, Catalina podría darle... ya sabes, las mujeres cuando dan a luz tienen leche.

—Tienes razón...

Catalina había vuelto a recuperar el conocimiento y los escuchaba. Fernando la ayudó a colocar a su hija en su pecho. Pero no parecía que la criatura encontrara allí alimento.

Volvió a salir del camarote y se tropezó con Doc, que llegaba acompañado por João.

—El capitán ha ordenado que traslademos a la madre y a la niña a la enfermería —anunció Doc malhumorado.

—La niña... necesita comer y su madre... no sé si podrá alimentarla —explicó Fernando.

—Que lo intente —dijo Doc.

—Es que... —terció Catalina—, me parece que no tengo leche.

—A veces se tarda un poco... Deje que la niña lo siga intentando —recomendó Doc.

—¿Y si no fuera posible...? —preguntó Catalina, angustiada por la situación.

Doc se quedó en silencio buscando una respuesta. En realidad no sabía qué podía hacerse en esa circunstancia.

—Le daremos agua con azúcar —afirmó sin mucha convicción—, pero poco a poco y con mucho cuidado.

Mandaron a João, que no tardó en regresar con un vaso de agua al que había añadido unas cuantas cucharadas de azúcar.

Fernando se sentó junto a Catalina, que sujetaba a la niña mientras él con una

cuchara intentaba que la pequeña tragara algunas gotas de agua.

—Mi niña... Dámela, Fernando... yo se lo daré —le pidió Catalina.

—Esta niña tiene frío —sentenció el joven João, que para ese momento hablaba como si fuera un experto.

No era de extrañar. Sólo tenía un pañal mal puesto y una toquilla sobre su cuerpo. Fernando volvió a buscar en el armario hasta encontrar una camisa y un jersey, además de un faldón bordado en azul. Catalina siempre hablaba de su hijo. En realidad todos daban por hecho que tendría un niño, lo que de repente le pareció absurdo.

Vistieron a la niña de prisa, asustados ante sus temblores.

Doc contemplaba la escena sin decir nada, hasta que la pequeña empezó a toser rechazando el agua.

—Si han terminado, las trasladaremos a la enfermería —dijo mirando a Catalina sin ninguna simpatía.

Entre Fernando y Doc la incorporaron, envolviéndola en la sábana que la cubría. Ella apenas tenía fuerzas para abrir los ojos.

—Agárrate a mi cuello —le indicó Fernando.

Pero Catalina no era capaz de levantar los brazos, así que Doc tuvo que acomodarla entre los de Fernando. João cogió a la pequeña en brazos.

Cuando salieron al pasillo se encontraron con la mirada curiosa de los marineros.

La enfermería no era demasiado grande. Colocaron a Catalina sobre una camilla y a la niña a su lado. Doc intentó conseguirles un poco de privacidad desplegando un biombo.

—Aquí vienen los hombres cuando les pasa algo —explicó para justificar el biombo.

Fernando sonrió. Catalina estaría mucho mejor, por lo menos en la enfermería no olía a vómito ni a sangre. Todo estaba limpio.

—Yo no puedo encargarme todo el día de ella —advirtió Doc.

—Yo la cuidaré —aseguró Fernando.

—Si me necesita, puedo echar una mano, si es que el capitán me lo permite — se ofreció João.

La sonrisa de Fernando se convirtió en una mueca de preocupación cuando al mirar a Catalina vio que estaba tan pálida que se asemejaba a una muerta.

—Ha perdido mucha sangre, pero yo no puedo hacer nada. Su vida y la de la niña corren peligro, sobre todo la de la niña si la madre no la puede alimentar — advirtió Doc.

—Pero algo podrá hacer —respondió desesperado Fernando.

—Le aseguro que yo no tengo conocimientos para salvarla.

Aun así, le tomó el pulso y luego pidió a João que trajera un caldo de la cocina. Fernando no se atrevió a preguntar, le dejaba hacer confiando en que no fuera cierta la ignorancia que alegaba aquel hombre tan extraño.

El cuerpo diminuto de la niña estaba sacudido por temblores y, por si fuera poco, empezó a vomitar el agua con azúcar que había tomado poco antes.

Fernando pensó en su madre. Ella habría sabido qué hacer y durante unos segundos se arrepintió de haberse marchado. Se sentía solo, desamparado, y no podía controlar el miedo que le atenazaba el alma al ver a Catalina y a su hija más cerca de la muerte que de la vida.

En aquel momento el capitán entró en la enfermería y se quedó plantado ante la camilla donde yacían madre e hija.

—Tienen mala pinta —afirmó preocupado.

—Sus vidas están en manos de Dios —aseguró João, quien nada más decirlo se arrepintió y miró al capitán.

—¡Tú a callar! Y vete inmediatamente a cumplir con tu trabajo —gruñó Pereira.

—Capitán, este marinero... Si usted pudiera permitirle que me ayude... por lo menos hasta que mi amigo Eulogio se recupere. Yo... no sé muy bien qué debo hacer y João tiene iniciativa... —le pidió Fernando.

El capitán murmuró sin que pudieran entender qué decía. Después se acercó a Catalina y le cogió una mano. Miró a la pequeña, que no dejaba de temblar.

—Esta criatura está helada. Aún no debía abandonar el cuerpo de su madre y está sufriendo un trauma. Pónganle una manta por encima, y colóquenla junto al cuerpo de su madre. Necesita su calor. ¿Qué puedes hacer por ellas? —le preguntó a Doc.

—Nada.

La respuesta contundente y seca enfadó al capitán, que soltó una maldición.

—¡A mí no me digas que no puedes hacer nada! —gritó.

—¡Es que no sé qué se puede hacer! Jamás he asistido un parto, ni he tratado a ningún recién nacido. Puedo arreglar piernas rotas, amputar brazos, bajar la fiebre, aliviar el dolor... pero no me pidas lo que no sé hacer.

—Doc, tienes que salvarlas —ordenó el capitán.

Pereira salió de la enfermería sin decir una palabra más. Le esperaban en el puente de mando. El mar se había embravecido aún más y la lluvia impedía ver ni un palmo más allá de los ojos. Aquella travesía se estaba convirtiendo en una pesadilla.

João siguió al capitán, aunque no tardó en regresar con una taza de caldo, anunciando que le había dado permiso para ayudar a Fernando en lo que fuera necesario.

—Hay que mantenerlas calientes, podemos ponerles más mantas e ir dando a la señorita pequeños sorbos de caldo —dijo el marinero.

Doc le hizo una seña a Fernando para hablar con él lejos de los oídos de João y de la propia madre.

—Puede que no vivan ni la madre ni la hija —le advirtió.

—Tienen que vivir —replicó Fernando, angustiado ante la evidencia de que Doc no exageraba sobre el estado de Catalina y de su hija.

—Las dos están muy débiles. Una niña que ha nacido a los siete meses es difícil que sobreviva, y en estas condiciones, menos.

—Pero algo se podrá hacer —insistió Fernando.

—El capitán me ha amenazado con tirarme por la borda si mueren... y es capaz de hacerlo —aseguró Doc.

Mientras tanto, el capitán Pereira no dejaba de dar órdenes a los oficiales del *Esperanza del Mar*. En su rostro afloraba la tensión del momento. Doc entró en la sala de mando y procuró no molestar. Se preguntaba por qué Pereira estaba tan preocupado por una chica y una niña a las que acababa de conocer. Quizá se estaba volviendo viejo y sentimental. Pero desechó aquel pensamiento. El Portugués no era de los que se conmovían fácilmente. Le había visto afrontar grandes temporales en los que el mar parecía empeñado en llevarse hasta el fondo de sus entrañas al *Esperanza del Mar*; también había sido testigo de su capacidad para luchar a vida o muerte con hombres más fuertes que él, o imponer disciplina entre los marineros con una sola mirada.

A pesar de que Pereira había llegado a la edad en la que otros capitanes decidían regresar a tierra firme, él ni siquiera se lo planteaba. Solía decir que moriría en su barco y que su tumba sería el mar. Así que Doc seguía sin encontrar respuesta a por qué su capitán se preocupaba tanto de aquella chica.

—Capitán, parece que el submarino se aleja —anunció el encargado de la radio.

—Volverán —sentenció Pereira.

Cuando vio a Doc le hizo una seña para que se acercara.

—¿Cómo están? —preguntó.

—Mal; ya te lo he dicho antes, morirán.

—Y yo te he dicho que si mueren te tiraré por la borda.

—¡Pues tendrás que hacerlo, porque van a morir! La enfermería del barco no dispone de lo necesario para atender a una parturienta y a una criatura prematura, pero aunque tuviera lo necesario tampoco vivirían.

—Te equivocas; vivirán porque quieren vivir.

Doc se encogió de hombros. Sabía que cuando al Portugués se le metía algo en la cabeza era difícil razonar con él. Aún recordaba el día en que se conocieron, treinta años atrás. A él estaban a punto de matarle en una pelea de borrachos en Hong Kong. Pereira pasaba cerca y se paró a observar. Cuando vio que tres marineros chinos acorralaban a Doc hasta tirarlo al suelo, se acercó y

lanzó unas cuantas patadas y puñetazos hasta lograr que los tres hombres se apartaran. Luchó con ellos dando tiempo a Doc a ponerse en pie. Tuvieron suerte, porque dos marineros del *Esperanza del Mar* se unieron a la pelea y los atacantes huyeron conscientes de que la fortuna había cambiado de bando.

Pereira no le preguntó a Doc el porqué de la pelea, pero él se sintió obligado a decírselo. El juego. El maldito juego. Tenía una deuda que no podía pagar y se la querían cobrar con su vida. Se despidieron sin pensar en volver a verse. Pero dos días después se reencontraron en el puerto. Un marinero del *Esperanza del Mar* había sufrido un mareo y estaba tendido en el muelle. Doc se acercó y le atendió. Sugirió que no le movieran hasta no saber qué le había sucedido, luego le examinó con cuidado y descubrió una herida en la cabeza fruto de la caída. El marinero estaba inconsciente y Doc recomendó que le trasladaran al barco para suturarle la herida. Y hasta allí los acompañó. Pereira le indicó que subiera y se encargara, si es que sabía, del marinero herido. Lo hizo. Luego, cuando se disponía a bajar del barco, el capitán le preguntó si era médico o enfermero. No respondió. Nunca respondía a esa pregunta. Cada hombre tiene un secreto. El Portugués le miró de arriba abajo y no insistió en la pregunta. Sólo dijo que al enfermero del *Esperanza del Mar* le habían tenido que desembarcar en Mogadiscio a causa de la malaria. Necesitaban a alguien que supiera atender a los hombres del barco y le preguntó si podría hacerlo. Doc se encogió de hombros sin prometer nada y desde aquel día el *Esperanza del Mar* se había convertido en su hogar.

—Deberías tomar un café, estás agotado —le dijo al capitán para desviar la conversación.

Pereira se limitó a ordenarle que regresara a la enfermería.

—No puedo estar todo el tiempo allí. Ya he hecho por ellas todo lo que podía hacer —protestó Doc.

—No te lo estoy pidiendo, Doc, te lo estoy ordenando.

En esos momentos, Catalina tenía a su hija en brazos, y aunque apenas tenía fuerzas para sujetarla, la había vuelto a colocar junto a su pecho.

—No sé si tendré suficiente leche para alimentar a mi niña. —Catalina hablaba en susurros, tal era su debilidad.

—En el barco quizá haya leche en polvo... le daremos leche —dijo Fernando.

—Los recién nacidos no pueden tomar la misma leche que nosotros —aseguró João ante el asombro de Fernando.

—Pues sí que sabe de niños —le respondió.

—Cómo no voy a saber, tengo ocho hermanos. He visto a mi madre cómo se manejaba con ellos. Ella siempre quiso una niña, pero se ha tenido que conformar con nueve varones. Yo le solía echar una mano con los más pequeños.

La noche los había sorprendido sin darse cuenta. Fernando empezaba a tranquilizarse al ver que Catalina, aunque débil y pálida, se había hecho cargo de su hija, a la que abrazaba para darle calor. João había traído otra taza de caldo y una porción de carne ahumada que, aunque Catalina rechazó, le obligaron a comer.

—Si no come no tendrá leche —afirmó João.

Ante esa amenaza, la joven hizo un esfuerzo por intentar retener en el estómago la carne que le habían traído.

Fernando se dio cuenta de que él llevaba sin comer desde el día anterior. Ni siquiera había tenido tiempo de sentir hambre y se había olvidado por completo de Eulogio.

—João, ¿cree que podría traerme algo a mí? Con un trozo de pan será suficiente.

El marinero le guiñó un ojo y cuando regresó traía algo más que un pedazo de pan. Otra taza de caldo igual que la de Catalina, además de un poco de queso, que recomfortaron el estómago de Fernando.

—Parece que mañana no habrá tanto temporal. Es lo que he oído decir —les informó el joven marinero.

—Dios le oiga.

Luego le pidió a João que vigilara a Catalina mientras él iba al camarote a

interesarse por Eulogio.

Le encontró tumbado con los ojos cerrados.

—¿Estás dormido? —preguntó en voz baja por si acaso.

—Ya me gustaría poder dormir. Si pudiera, me tiraría por la borda. Jamás pensé que podría marearme así. Creo que me quedaré para siempre en Alejandría. No puedo imaginar una travesía hasta América —respondió Eulogio, conteniendo las náuseas.

—Se te pasará —dijo Fernando por decir algo.

—Me he sentido morir, amigo; si no fuera porque tenías que ocuparte de Catalina, creo que te habría pedido que me ayudaras a morir.

—No digas tonterías. ¿Quieres que te traiga algo? Quizá si comieras un poco se te sentaría el estómago.

—Sólo de pensarlo me dan ganas de vomitar.

—Pero Doc dice que cuando uno está muy mareado tiene que comer.

—Pues yo no lo haré.

—Al menos bebe agua... Mira, te vendrá bien beber el vaso de agua con azúcar que João trajo para la niña.

Ante la insistencia de su amigo, Eulogio aceptó tomar algunos sorbos.

—Me quedaré toda la noche con Catalina —anunció Fernando.

—No te preocupes por mí. Pobrecilla, pensé que se moría. Y la niña... qué pena... me pregunto qué será de ella.

—Me tienen a mí.

—Pero tú no eres el padre de esa niña y ya sabes que Catalina no parará hasta encontrar a Marvin. Además, tú mismo tendrás que decidir qué vas a hacer en la vida. No dejes de preguntarme si no ha sido una estupidez embarcarnos hacia Alejandría.

—Oye, no es momento para cuestionar nada. Ya no hay marcha atrás. Cuando lleguemos a Alejandría ya veremos.

—Sí, pero admite que hemos actuado de manera irresponsable embarcándonos para ir a un lugar donde no tendremos ningún porvenir.

—Eso está por ver. Mira, vamos a conformarnos con resolver los problemas de cada día. Y ahora lo importante es que Catalina y la niña vivan y que tú te recuperes cuanto antes.

—Ya, pero...

—Vamos, Eulogio, no te vengas abajo. A lo hecho, pecho.

—Pienso en mi madre... Creo que... en fin, quizá no he sido justo con ella...

—No, no lo has sido. Pero eso tiene arreglo. En cuanto lleguemos a Alejandría le escribes y se lo dices. Eso la reconfortará y a ti también.

—Ya veremos —respondió Eulogio.

—Ahora vuelvo con Catalina, ¿necesitas algo?

—Bajarme del barco —bromeó Eulogio.

—Procura descansar, parece que mañana va a amainar el temporal.

—Dios te oiga.

—No sé si a ti y a mí Dios nos puede oír, así que confiemos en la previsión del capitán Pereira —respondió Fernando.

João se había sentado cerca de Catalina. Permanecía vigilante ahora que madre e hija parecían haberse sumido en el sueño. Hizo un gesto a Fernando para que no hablara, no fuera a despertarlas.

Fernando le relevó en la vigilia y sentado en una silla junto a la cama pasó el resto de la noche. Se debió de dormir en algún momento porque la voz tenue de Catalina le despertó. Le pidió un vaso de agua que él le llevó solícito; luego ella volvió a refugiarse en el sueño, abrazada el cuerpecito de su hija.

Más tarde fueron los gemidos de la niña los que le alertaron de nuevo. Catalina se dispuso a amamantarla y la pequeña se quedó tranquila. Así pasaron las horas de aquella noche.

Con la llegada de la mañana la lluvia les dio una tregua. El cielo estaba pintado de gris pero al menos no descargaba agua, lo que supuso un alivio para todos. En

cuanto al viento y las olas, seguían balanceando con fuerza el barco aunque menos que la noche anterior. Se estaba cumpliendo la previsión de Pereira, quien apareció en la enfermería seguido de João.

Fernando se puso en pie dejando que se colocara junto a la camilla de Catalina. El capitán miró a ambas durante un buen rato y su rostro se relajó.

—Saldrán adelante, lo sé —murmuró para sí.

Luego se plantó ante Fernando y le indicó que le siguiera, dejando a Catalina y a la niña al cuidado de João.

—Bien, tengo que dar cuenta del nacimiento de esa niña. Cuando llegemos a Alejandría precisarán un documento que acredite su nacimiento y las condiciones, de manera que necesito el nombre completo de la madre y del padre, además del que hayan decidido poner a la niña.

Fernando dudó. No sabía qué decir respecto al padre de la pequeña. Tampoco sabía qué opinaría Catalina de ese asunto. Y así se lo dijo al capitán. Éste frunció el ceño, pero aceptó esperar hasta que la joven se despertara.

—Yo ya lo he anotado en el cuaderno de bitácora, de manera que tenemos que seguir con todas las formalidades pertinentes, entre otras cosas para que la señorita pueda acreditar que la niña es su hija.

—Hablaré con ella en cuanto se despierte... Yo... bueno, quería darle las gracias. Le debemos mucho. No sé qué habría sido de nosotros sin su ayuda...

Pero el capitán le cortó con gesto agrio y voz de pocos amigos:

—Nunca debí permitirles subir a mi barco. Estoy deseando perderles de vista.
—Y se dio la vuelta.

Fernando no se amilanó por las palabras del Portugués. Intuía que aquel viejo lobo de mar era una buena persona.

Cuando más tarde le explicó a Catalina lo que pretendía Pereira, ella no pareció preocuparse y con un hilo de voz le respondió:

—Que expida un documento diciendo que es hija mía. Hasta que no encontremos a Marvin no podemos hacer otra cosa. Todo se arreglará en Alejandría, pero hasta entonces será sólo mi hija. En cuanto al nombre...

¿Sabes?, no pensaba que tendría una niña, había decidido que sería chico y se llamaría Marvin como su padre, pero ahora... no sé, quizá podría llamarla como mi abuela o como la madre de Marvin, creo que se llama Rose, ¿no? Podrías preguntárselo a Eulogio. ¿A ti qué te parece?

—Eres tú la que tienes que ponerle el nombre.

—¿Te acuerdas de mi abuela Adela? Era la madre de mi madre.

—Sí, vivió con vosotros durante la guerra —recordó Fernando.

—Adela es un nombre bonito. Ella me quería con locura. La echo mucho de menos, la casa se quedó muy vacía cuando murió. Claro que también quiero mucho a mi abuela Agustina, la madre de mi padre.

—Cualquiera de los dos nombres es bonito.

—Pero ¿a ti cuál te gusta más?

—No sé... no sabría decidirme por ninguno de los dos.

—Estoy tan cansada...

—Yo te veo mucho mejor, ayer... pensé que te iba a pasar algo.

—Tengo miedo por mi niña, es tan pequeñita y está tan débil.

—Doc ha dicho que tienes que mantenerla con calor. No te despegues de ella. Tu piel es lo mejor para ella.

—Ya ves que no come mucho...

—Ayer sí parecía que tenía hambre —recordó Fernando.

—Pero hoy apenas tiene... Mírala, abre los ojitos y los cierra enseguida.

La puerta de la enfermería se abrió y entró Doc seguido de Eulogio. Catalina sonrió complacida al ver a este último.

—¡Cómo me alegro de que ya estés bien! ¡Pobrecito! Ayer lo pasaste fatal —le dijo agradecida porque hubiera ido a verla.

—Peor lo pasaste tú. ¿Cómo te encuentras? ¿Y la niña?

—Yo estoy mejor y la pequeñita es muy buena. Ni siquiera llora, sólo gimotea.

Eulogio se acercó para ver a la niña y la contempló con asombro.

—¿Está dormida?

—Sí, casi todo el tiempo está dormida. Come muy poco y tiene mucho frío.

—Saldrá adelante, ya verás, y algún día presumirá de haber nacido en medio de una tormenta en el océano Atlántico.

Hablaron de naderías un buen rato, mientras Doc, al otro lado del biombo, atendía a un marinero que había resbalado y se había roto un brazo. Otro marinero aguardaba impaciente a que le diera algún medicamento con el que aliviar el resfriado, y dos más aparecieron contusionados por caídas en la cubierta resbaladiza durante el fragor de la tormenta.

A Doc se le escuchaba hablar a los hombres con sequedad. No parecían conmoverle sus quejas de dolor. Tampoco les dedicaba más tiempo del preciso.

Estaba muy entrada la mañana cuando el capitán Pereira regresó, encontrándose a Eulogio y a Fernando junto a Catalina, que había vuelto a adormilarse. Estaba muy débil y seguía sangrando. Y aunque no se quejaba, sentía que le quemaban las entrañas.

El Portugués la observó de soslayo y luego se dirigió a Eulogio:

—Así que ya está usted recuperado.

—No del todo, pero estoy mucho mejor que ayer. Esta mañana João fue a preguntarme si necesitaba algo y aunque le dije que no, me llevó una taza de té y un trozo de pan que me han ayudado a sentar el estómago.

Pereira no respondió y volvió a fijar su mirada en Catalina. No dejaba de preguntarse qué había en aquella chiquilla que tanto le conmovía. Quizá su inocencia. Sí, seguramente era eso. La inocencia no era algo con lo que hubiera tropezado en demasía a lo largo de su vida. En realidad la inocencia que emanaba de Catalina era la misma que demostraba su mujer cuando la conoció cuarenta años atrás. La misma que había heredado su hija, la misma que afloraba en los ojos de sus nietas.

Carraspeó al sentir la mirada de Catalina, que acababa de despertarse y le observaba mientras esbozaba una sonrisa.

—Señorita, tengo que redactar un documento dando cuenta a las autoridades del nacimiento de esta niña, lo cual ya consta en el cuaderno de bitácora.

Necesito su nombre completo, el del padre de la niña y el nombre con el que la bautizará.

Catalina se puso seria y también carraspeó mientras fijaba sus ojos en los del capitán.

—Mi nombre es Catalina Vilamar Blanco. Y el de mi hija, Adela Vilamar. No puedo decirle el apellido de su padre porque, como ya le conté, él ni siquiera sabe que ha tenido una hija. Espero encontrarme con él en Alejandría y en ese momento será cuando él se haga cargo de nosotras y reconozca a la niña. Hasta entonces mi hija llevará mi apellido.

—¿Y si no da con él? ¿Qué hará? Le aconsejo que busque un apellido cualquiera para su hija; yo lo pondré en el documento y así la niña tendrá un padre aunque sea ficticio. Será mejor para usted.

—No me avergüenzo de mi hija. Y aunque sé que no he hecho las cosas bien... en realidad aún me pregunto cómo es posible que... bueno, el caso es que no me arrepiento. Por tanto, no actuaré de manera vergonzante. Adela llevará el apellido Vilamar hasta que pueda tener el de su padre.

El capitán asintió en silencio. Le sorprendía la tozudez y dignidad de aquella chiquilla, a quien él veía a la deriva por su falta de experiencia en la vida. Aunque, muy a su pesar, se sentía preocupado por ella, no quería implicarse más de lo que había hecho hasta el momento.

—Muy bien, así redactaré el documento sobre el nacimiento de su hija. Lo firmarán dos testigos, además de Doc. Quizá quiera que lo firmen sus amigos.

—Sí, quiero que Fernando y Eulogio den fe del nacimiento de Adela.

Por la tarde, el mar empezó a calmarse aunque el viento aún zarandeaba las olas.

Los días siguientes, Eulogio y Fernando empezaron a disponer de un poco de tiempo para respirar el aire limpio en la cubierta. Seguían muy preocupados por el estado de Catalina. La habían visto muy cerca de la muerte y tal era su

debilidad que casi no podía dar un paso. En cuanto a la pequeña Adela, dudaban que sobreviviera; la pobrecita apenas se movía, ni siquiera lloraba. Catalina la mantenía pegada a su cuerpo, cubiertas las dos por cuatro mantas que las ayudaban a conservar el calor, y empezaba a amamantarla con menos dificultades. João les ayudaba en el cuidado de Catalina. El capitán le había liberado de sus obligaciones para que echara una mano a Doc en la enfermería.

Los días transcurrieron con más tranquilidad. El submarino alemán parecía haber desistido de enviarlos al fondo del mar.

El capitán no dejaba de visitar a Catalina y la niña para disgusto de Doc, que había comprendido que Pereira no era tan duro como pensaba.

Madrid

Don Antonio paseaba impaciente por el almacén. Aquella mañana se había peleado con su mujer, a la que había reñido por gastar más de lo debido en los preparativos de la boda de Antoñito. Para «la Mari» todo era poco tratándose de su hijo. Estaba empeñada en que su marido se hiciera con un piso en la calle Arenal, que era de una familia que tenía dificultades. Nada que don Antonio no hiciera habitualmente. Ya estaba encargando muebles al gusto de Antoñito y se había comprado un corte de tela de brocado para hacerse el vestido para la boda. Sería la madrina y, por tanto, tenía que lucirse. A sus hijas, Paquita y Mariví, les había comprado dos cortes de terciopelo, a una azul marino y a la otra verde botella.

No contenta con eso, ya había encargado los anillos de oro macizo para Catalina y Antoñito y había comprado un collar de perlas auténticas para la pedida. Se iban a enterar los Vilamar de lo que era emparentar con los Sánchez.

Por eso había insistido a su marido para que se comprara un chaqué. Él se había negado y ahí había empezado la pelea que, como bien sabía don Antonio, no terminaría hasta que ella se saliera con la suya. Por si fuera poco, don Ernesto le había llamado a primera hora para decirle que era urgente que se vieran. Justo el día en que le llegaba un cargamento que le vendría estupendo para la Navidad, cuando subirían todos los precios.

Don Ernesto llegó a las once en punto. El rostro serio y el gesto cansino del

hombre alertaron al tendero.

—¿Qué es eso tan urgente de lo que tenemos que hablar? —preguntó por todo saludo y con malos modos.

—¿Podemos hablar en privado? —contestó don Ernesto, al tiempo que echaba una mirada a los mozos que trasteaban por el almacén.

—Vaya... pues sí que debe de ser importante... Venga, aquí en el almacén no tengo mucho sitio, pero al fondo hay un cuarto con una mesa y un par de sillas; allí hablaremos.

Cuando estuvieron sentados el uno frente al otro, don Ernesto bajó la mirada intentando encontrar las palabras que tanto había ensayado.

—No tengo mucho tiempo para atenderle, así que dígame qué quiere. Si es dinero, no me lo pida, estoy harto de mantener a toda su familia. Y la boda de mi hijo con su hija ya me está costando un riñón.

»Por cierto, ¿cuándo regresa Catalina? Mi mujer dice que no es normal que esté tanto tiempo fuera.

—De eso venía a hablarle —respondió don Ernesto con la voz cargada de aprensión.

Don Antonio le miró con desconfianza; de repente pensó que le iban a dar alguna mala noticia y eso le enfadó aún más de lo que estaba habitualmente.

—Pues usted dirá.

—La boda entre mi hija y su hijo no se va a celebrar. Catalina no quiere casarse. No quiere a Antoñito y dice que sin quererle no se casará.

—¿Cómo dice?! ¡De eso nada! Habrá boda, claro que habrá boda, aunque tenga que arrastrar a su hija hasta el altar. ¡La muy zorra!

—¿Cómo se atreve a insultar a mi hija?! —Don Ernesto se puso en pie indignado por la ofensa a Catalina.

—¡La insulto a ella y le insulto a usted e insulto a toda su familia! ¡Son unos muertos de hambre que si no fuera por mí ya no tendrían ni un techo donde vivir! ¿Sabe usted lo que me debe? Sí, claro que lo sabe. Por eso a su hija más le vale ir al altar sin rechistar, de lo contrario le exigiré el pago inmediato de la

deuda, y si no paga irá a la cárcel.

Don Ernesto seguía de pie y notaba que la mandíbula le empezaba a temblar.

—No habrá boda. Catalina así lo ha decidido y así será. Siento los inconvenientes que les hemos causado, aunque creo que a su hijo tampoco le importará demasiado, nunca ha demostrado estar enamorado de Catalina. Es lo mejor para los dos.

Don Antonio dio un puñetazo en la mesa con tal violencia que volaron los papeles que estaban encima, y don Ernesto empezó a temer que la cosa fuera a mayores cuando el tendero se plantó ante él, le agarró por las solapas de la chaqueta y empezó a zarandearle.

—¡Muerto de hambre! ¡Sinvergüenza! ¡Malnacido! Dígale a su hija que o se casa o no me conformaré con meterle a usted en la cárcel sino que acabaré con ella. ¡Esa zorra no se casará con nadie si no se casa con mi Antoñito!, ¡eso como que me llamo Antonio Sánchez!

—No le consiento sus insultos. Me está ofendiendo a mí y a mi hija. Haga el favor de comportarse como un hombre cabal.

—¿Cabal? Si su hija no está aquí mañana mismo, aténgase a las consecuencias. Ejecutaré las deudas que tiene conmigo. Ya sabe lo que eso supone, tendrá que abandonar su casa, y su hermano tendrá que abandonar la finca. Se quedarán sin las tierras... Les meteré en la cárcel, le juro que si no hay boda usted y su hermano irán a la cárcel. Y su esposa y su cuñada se morirán de hambre en la calle. ¡Como que me llamo Antonio!

La indignación ante las amenazas e insultos estaba haciendo mella en don Ernesto, que a pesar del frío que hacía en el almacén sentía que el sudor le perlaba la frente.

—No voy a caer tan bajo devolviéndole sus imprecaciones. Recapacite y comprenda que no puedo obligar a mi hija a casarse si no quiere a Antoñito. Supongo que usted pretende lo mejor para su hijo y, por tanto, no querrá que se case con una mujer que no le quiere.

—Pues si no le quiere, ¡que se aguante! ¡Me han costado mucho dinero usted

y su familia para que me vengan con éstas!

—En la vida el dinero no lo es todo, don Antonio. Haga usted lo que crea conveniente. Yo he venido a decirle que no habrá boda. Buenos días.

Haciendo un esfuerzo por mantener la dignidad, don Ernesto caminó con paso firme hacia la salida del almacén intentando hacer caso omiso a los insultos del tendero.

Cuando llegó a la calle respiró, y a pesar de la lluvia, que apenas dejaba ver, sintió alivio de estar al aire libre. Llegaría empapado a su casa, pero no le importaba. Necesitaba pensar. Sabía que las amenazas de don Antonio no eran fanfarronadas. Lo que más temía es que le quitaran las fincas a su hermano Andrés. Le pediría a don Bernardo que interviniera. Sabía que el cura no permitiría que el tendero llevara adelante sus amenazas. En cuanto a Asunción, seguro que su mujer se pondría a rezar de inmediato, ella siempre encontraba consuelo en el rezo.

A mediodía don Antonio fue a su casa. Tenía que contarles a su mujer y a sus hijos la visita de don Ernesto y el anuncio de que no habría boda.

«La Mari» estaba probando los fideos de la sopa del cocido.

—Llegas a tiempo —le dijo malhumorada.

Se sentó a la mesa junto a Antoñito y sus hijas a la espera de que su esposa sirviera la sopa.

—Está caliente —se quejó su hija pequeña.

—Pues te aguantas, soplas y te la comes —respondió su madre.

—Tengo que decirles una cosa... —Y miró a su mujer temiendo su reacción.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es? —preguntó ella con un deje de curiosidad.

—Catalina Vilamar no quiere casarse. Don Ernesto ha venido a decírmelo. —
Observó a Antoñito esperando su reacción.

—No me importa —afirmó éste con indiferencia.

—¡Que no te importa! —gritó su madre—. Pero ¡cómo se atreve esa muerta de hambre a rechazarte! ¡No lo consiento, de ninguna manera! ¡Habrás visto la

muy zorra!

—No me gusta Catalina, es una estúpida remilgada. Si me caso con ella tendría que estar dándole una tanda de bofetadas todos los días. Prefiero no casarme con ella —insistió Antoñito.

—¡Tú eres un idiota, hijo! ¡Un cretino! —volvió a gritar su madre.

—¡Cállate ya! —gritó a su vez don Antonio.

—¿Y qué vamos a hacer con los cortes de terciopelo para los trajes de la boda? —preguntó Mariví.

Su madre le dio un pescozón que le sirvió para dejar escapar parte de la ira que en ese momento sentía.

Mariví chilló, acusando el manotazo.

—¡No seas bruta! ¡No pegues a la niña! —exclamó airado don Antonio.

—Lo que tenemos que hacer es decir que no me quiero casar con ella porque es un poco puta, que coquetea con todos y que yo no me caso con cualquiera. Y de paso quiero que sepáis que a mí quien me gusta es Lolita. —Antoñito soltó la parrafada sin importarle el enfado de sus padres.

—¿Quién es esa Lolita? —quiso saber su padre.

—¿No has visto esa sastrería que han abierto en la Gran Vía? Dicen que allí les hacen los trajes a medida a los ministros del Generalísimo —explicó Antoñito—, y Lolita es la hija del dueño.

—¿Y tú de qué la conoces? —preguntó su madre, asombrada de no saber nada de la tal Lolita.

—Me la presentó Pepe Ramírez. Resulta que Lolita es su prima.

—¿Tu amigo del colegio? —preguntó curiosa su hermana Paquita.

—Sí, Pepe, mi amigo Pepe. Me llevó un día a ver la sastrería de su tío por si en algún momento padre o yo pudiéramos necesitar algún traje a medida. Lolita trabaja allí como cajera. Es una chica guapa y decente y la he visto en algunas ocasiones, eso sí, siempre acompañada de alguien. Sus padres son muy estrictos.

—¡La hija de un sastre! —«La Mari» estaba a punto de llorar.

—La hija del dueño de una sastrería, que no es lo mismo —respondió

Antoñito de malhumor.

—Pero esa chica no es nadie —insistió su madre.

—Es lo que tiene que ser, una chica de una familia decente. Su padre es un patriota que cree que Franco es lo mejor que nos podía pasar. Él mismo luchó en la guerra. Lolita es recatada, obediente y sumisa, no como Catalina. Quiero casarme con ella y espero que no pongáis inconveniente. Insisto en que digamos a todo el mundo que soy yo quien no se ha querido casar con ella. —Antoñito miró a su padre pendiente de su respuesta.

Don Antonio estaba pensando en lo que decía su hijo. No era lo mismo casarle con la hija de un sastre que con una Vilamar, pero si la sastrería era la que él creía, una muy nueva que habían abierto en el centro, entonces el padre de la tal Lolita no era un muerto de hambre. Además, Pepe Ramírez era de una familia con posibles, tenían tres lecherías en Madrid.

—¡Te casarás con Catalina! Con todo lo que nos deben los Vilamar no tendrán otro remedio que obligar a que su hija se case contigo o, de lo contrario, les mandaremos a la cárcel. Antonio, díselo a tu hijo —exigió «la Mari».

Pero el tendero seguía rumiando sobre la situación. Desde luego que hundiría a los Vilamar y disfrutaría viendo a don Ernesto entrar en la cárcel por el impago de sus deudas, pero además, si decían que era Antoñito quien rompía el compromiso para casarse con la tal Lolita, al menos no habría humillación de por medio. No era lo que había pensado para su hijo, pero, dadas las circunstancias, podía ser una solución.

—Ernesto Vilamar me las pagará. En cuanto a esa Lolita... ya veremos... Iré a la sastrería para conocer a su padre. Pero, por ahora, nada de bodas.

Aleandría

La costa de Egipto se dibujaba entre los claroscuros del amanecer.

El capitán Pereira estaba en el puente de mando con una taza de café en la mano. Las gaviotas anunciaban la cercanía de la tierra mientras volaban a ras de las olas oteando algún resto de comida.

No faltaban muchas millas para llegar a Alejandría. La travesía había sido difícil, no tanto por el oleaje y el temporal como por aquel submarino que los acechó durante unas horas interminables, sabedores de que los alemanes no tenían ningún empacho en atacar a los buques mercantes.

Los marineros aguardaban expectantes las órdenes del capitán. Ansiaban llegar a puerto porque pocos había en el mar Mediterráneo que deparasen tantos placeres como el de Alejandría.

A esa hora temprana Catalina intentaba alimentar a Adela. Se sentía mejor a pesar de que los vaivenes del barco la habían tenido mareada casi toda la travesía, pero no se engañaba respecto a la niña, que a duras penas tenía fuerzas para luchar por su vida.

Catalina rezaba día y noche pidiéndole a Dios que no castigara con la muerte a aquella criatura que nada había hecho. Fueran sus oraciones o fuera que no había llegado su hora, Adela seguía viviendo aunque con dificultad. Tampoco ella se había recuperado del parto prematuro. Había perdido mucha sangre y apenas era capaz de sostenerse en pie. No había dejado de dolerle la cabeza y tenía una

punzada permanente en el vientre.

Doc estaba pendiente de las dos porque no se atrevía a contrariar al capitán. No es que Doc tuviera algo contra la madre y la hija, sino que creía que su presencia estaba fuera de lugar en aquel barco y en aquellas circunstancias.

Eulogio tampoco se había recuperado de los mareos y pasaba más tiempo tumbado en el camarote que en cubierta, aunque iba todos los días a la enfermería a ver a Catalina.

En cuanto a Fernando, había logrado vencer las muchas reticencias del capitán, ya fuera porque a ambos les gustaba jugar al ajedrez, ya fuera porque a Pereira no le gustaba hablar y a Fernando no le importaba permanecer en silencio durante las horas de las comidas a las que acudía para compartir con los oficiales del buque.

Si hacía alguna pregunta siempre era con relación al mar. Además, cuando no estaba con Catalina procuraba ayudar a los marineros en lo que éstos le requirieran. El capitán lo sabía, pero no decía nada.

Aquella mañana, cuando el sol se hizo presente, Fernando paseaba por cubierta y vio al Portugués.

—Hoy mismo atracaremos en Alejandría —anunció Pereira.

—Pensé que nunca íbamos a llegar —confesó Fernando, mirando la línea de tierra.

—¿Adónde irán?

—¿Adónde? Ojalá lo supiera. Ya conoce nuestra situación. Catalina quiere buscar al padre de su hijo, que no sabemos si seguirá en Alejandría. Si le encontramos, veremos qué sucede.

—¿Cree que querrá hacerse cargo de ella?

Fernando sopesó la respuesta. No quería hacer confidencias que no le correspondían, pero tampoco podía eludir dar una contestación sincera.

—Lo más seguro es que ya no esté en la ciudad. Él va de un sitio a otro. Sabemos que venía a Alejandría para entregar un título de propiedad que su editor le confió para su hija, que está casada y vive en esta ciudad. El editor de

Marvin es judío y en Francia las cosas se han puesto muy mal para los judíos. Creo que el buen hombre le vendió a Marvin la librería y la editorial como manera de salvarlas, pero con la condición de que buscara a su hija y le devolviera la propiedad. Una vez que haya visto a Sara Rosent y cumplido con el encargo, lo más seguro es que se haya marchado.

—¿Sara Rosent? ¿Es la hija del editor de ese amigo suyo?

—Bueno, Marvin en realidad no es mi amigo, lo es de Eulogio, se conocieron en el Frente, en la guerra de España. Tampoco sé nada de los Rosent salvo lo que Eulogio me ha contado, que a su vez le ha contado Marvin.

—Conozco a Sara Rosent —afirmó el capitán Pereira.

—¿La conoce? Vaya... —Fernando no sabía qué decir, tal era su asombro.

—En Alejandría todos conocen al señor Wilson y a su esposa, de soltera Sara Rosent. Ambos poseen una de las librerías más importantes de la ciudad, pero además editan libros de poesía, y en el local organizan veladas literarias todas las semanas. Allí se reúnen poetas y escritores de todo género para hablar de libros y de otros asuntos. La librería se llama Wilson&Wilson y está junto a la rue Chérif Pasha, cerca de la rue Rosette. No tendrán ninguna dificultad en encontrarla. Pero ¿dónde se alojarán si no encuentran a su amigo Marvin? Catalina y la niña necesitan un lugar donde descansar y recuperarse, y si ese hombre se ha ido de la ciudad...

—No dejo de pensar en lo que vamos a hacer cuando desembarquemos. Catalina y Eulogio son tan optimistas... Pero yo no estoy tan seguro de que las cosas vayan a ir como ellos creen.

—¿Les queda algo de dinero? —preguntó Pereira, evitando la mirada de Fernando.

—Lo que teníamos se lo entregamos para pagar los pasajes... Ya sé que usted ha sido generoso porque no daba ni para pagar un pasaje... No sabe cuánto se lo agradecemos, tenemos una deuda impagable con usted.

Pereira miró al frente esquivando la mirada de Fernando. No quería que le diera las gracias, ni que alabara su gesto.

—No se puede vivir sin dinero —sentenció el capitán.

—Trabajaré en cualquier cosa para conseguirlo. Sé inglés, mi padre me lo enseñó —afirmó Fernando.

—Ya... —Pereira parecía dudar.

—No soy un ingenuo. Sé que será difícil. Vamos a llegar a una ciudad de la que desconozco casi todo. Y lo más importante será proteger a Catalina y a Adela. La niña es tan pequeñita y está tan débil... Ni siquiera llora.

Se quedaron en silencio. El capitán sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Fernando. Fumaron en silencio mientras ordenaban sus pensamientos.

—Tu amigo Eulogio debería ser quien se hiciera cargo de vosotros, al menos tiene más años y si ha estado en la guerra allí se habrá hecho un hombre —le dijo Pereira, tuteándola por primera vez—. Nadie que haya estado en el Frente puede volver a ser un niño.

—Le hirieron en el Frente.

—Por eso lo digo. Quizá él pueda ayudaros.

—Ya ha hecho bastante por nosotros.

—Desde luego, pero aun así... ¡Maldita sea, no puedo dejaros a vuestra suerte una vez que desembarquéis! Dios sabe lo que podría pasaros.

—No debe preocuparse —dijo Fernando con una seguridad que no sentía.

—Tengo una buena amiga. La señora Kokkalis, Ylena Kokkalis. Es griega. Tiene una casa grande, con tres habitaciones que suele alquilar. Te daré una carta para ella; al menos tendréis un techo hasta que encontréis a ese Marvin o un trabajo que os permita pagar la habitación y supongo que un pasaje de vuelta a España.

—No, a España no vamos a volver. Quizá Catalina quiera hacerlo, pero Eulogio y yo no volveremos.

—¿Y por qué? ¿No te das cuenta de que no tenéis donde caer muertos? Alejandría no es una ciudad para niños. ¿No te has enterado de que hay una guerra? Los alemanes están muy cerca y los alejandrinos, lo mismo que el resto de los egipcios, están de su parte. No soportan a los ingleses. Cuanto antes os

vayáis, mejor.

—Eulogio quiere ir a América y yo puede que le acompañe, dependerá de Catalina. No la dejaré nunca, salvo si decide regresar a España. No pienso volver allí.

El capitán le observó con curiosidad. Intuía que la determinación de Fernando de no regresar a España estaba motivada por algo importante. No le sorprendía su lealtad para con Catalina porque era evidente que estaba enamorado de ella.

—¿Por qué no te casas con ella?

—Qué más quisiera yo, pero ella no me quiere. Bueno, sí, me quiere como a un hermano. Nos conocemos desde niños.

—Y tú has estado enamorado de ella siempre, ¿me equivoco?

—Así es. Quizá algún día ella cambie de opinión.

Pereira no le dijo que difícilmente se cambian los sentimientos fraternales por el amor. Ya lo descubriría con el paso del tiempo.

—Bien, no tardaremos mucho en acercarnos a Alejandría, a última hora de la tarde podréis desembarcar. Te aconsejo que vayáis directamente a casa de la señora Kokkalis y descanséis. Mañana podréis buscar a vuestro amigo.

Fernando se quedó en cubierta mientras el capitán regresaba al puente de mando. Ya entrada la mañana, el aire se había templado y el cielo se había pintado de azul aunque alguna nube solitaria lo ensombrecía a su paso.

El rostro de su madre le vino a la mente y sintió un dolor intenso en el pecho. Se decía que no se arrepentía de haber matado a aquellos hombres que habían participado en el asesinato de su padre, pero lo que le golpeaba la conciencia era haber abandonado a su madre. No había dormido bien desde que huyeron de Madrid porque sus noches estaban pobladas de la imagen de su madre llorando y del rostro de aquellos hombres. Roque y Saturnino Pérez le visitaban noche tras noche.

Si al final acababan yendo a América, le pediría a Eulogio que escribiera a Isabel diciéndole que estaba bien. Él no quería hacerlo antes por temor de que le estuvieran buscando. Y si así era, no sabía si desde España podrían obligarle a

regresar acusándole de ser un vulgar criminal. No le quedaba otra opción que dejar pasar el tiempo antes de dar noticias suyas a su madre.

Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no escuchó acercarse a Catalina, que caminaba con lentitud apoyada en Eulogio.

—¿En qué piensas? —preguntó ella mientras apretaba a Adela contra su cuerpo.

—No deberías sacar a la niña, hace fresco —le reprochó él.

—Doc me ha dicho que tenía que levantarme porque estamos llegando a Alejandría y que esta tarde desembarcaremos. Eulogio me ayuda a sostenerme —respondió Catalina, haciendo un mohín.

—A Adela no le pasará nada porque le dé un poco el aire. A Doc no le ha parecido mal que salgamos a cubierta —añadió Eulogio.

Fernando no estaba de acuerdo, pero no tenía ganas de discutir. Ya estaban allí, de manera que si a Adela le sentaba mal aquel aire fresco ya no había remedio.

—¿Estás preocupado? —preguntó Catalina, intuyendo que a su amigo le ocurría algo.

—Sí, claro que estoy preocupado. Han sucedido tantas cosas desde que salimos de Madrid que no hemos tenido tiempo de pensar —respondió Fernando.

—Bueno, lo importante es que nos vamos a bajar de este barco. Creo que preferiré ir a América nadando. —Eulogio parecía estar de buen humor.

—No tenemos dinero —le recordó Fernando.

—Pero Marvin nos ayudará —dijo Catalina con total convicción.

—Puede ser, pero primero tenemos que encontrarlo. No sabemos si está en Alejandría o se ha marchado. Y si no está...

—¡Pero tiene que estar! Díselo, Eulogio, dile que Marvin estará. —La voz de Catalina era una súplica.

Eulogio no supo qué responder. Fernando tenía razón, podía ser que Marvin ya no estuviera en Alejandría y entonces ¿qué harían ellos? No tenían dinero, no

conocían a nadie. Se dio cuenta de que habían actuado de manera precipitada e inconsciente. Catalina y Fernando no tenían experiencia, pero él ya era un hombre y debería haber calibrado lo que estaban haciendo.

—Fernando tiene razón. Hemos actuado con demasiada precipitación embarcándonos para Alejandría. En fin... ya veremos qué hacemos —dijo Eulogio, incómodo con la situación.

—El capitán Pereira me va a dar una carta de presentación para una amiga suya que alquila habitaciones. Esta noche nos instalaremos en casa de esa señora y mañana buscaremos a Marvin, pero aunque le encontremos, tendremos que buscar un trabajo que nos permita pagar la habitación y los pasajes para marcharnos de aquí. No creo que vayamos a tener tanta suerte como en Lisboa encontrando un capitán que nos lleve prácticamente gratis —explicó Fernando.

—Será difícil encontrar un trabajo, no hablamos árabe —señaló Eulogio preocupado.

—Los ingleses son los que mandan en Egipto aunque oficialmente tengan un rey. Los egipcios están bajo protección de los británicos desde 1882, de manera que, además de en árabe, supongo que no nos será difícil entendernos en inglés —dijo Fernando.

—Bueno, tú conoces el inglés porque tu padre traducía y editaba las obras de los grandes escritores ingleses al español, pero yo me defiende mejor en francés y Catalina no sé... —Eulogio estaba cada vez más preocupado.

—Yo también me defiende bien en francés —confesó Catalina—, aunque me esforzaré para aprender inglés.

—Alejandría es una ciudad internacional, con gente de todas partes, no nos costará entendernos. —Fernando no quería asustarlos.

—¿Y esa señora nos alquilará una habitación aun sabiendo que no tenemos dinero para pagarle? —quiso saber Catalina.

—Es amiga del capitán —concluyó Fernando al tiempo que cogía a Adela en brazos y se encaminaba hacia el interior del buque. La niña había empezado a toser y temía que se estuviera resfriando.

Catalina le dejó hacer. Sabía que su hija estaba segura en brazos de su amigo.

Las horas pasaban con demasiada lentitud. Cuando llegaron al puerto tuvieron que esperar hasta que las autoridades subieron a inspeccionar la carga del buque y hablar con el capitán.

Pereira les informó de la presencia de pasajeros y del nacimiento inesperado de una niña.

Los funcionarios hicieron unas cuantas preguntas a Catalina, Fernando y Eulogio, además de revisar sus documentos. Ella contó que iba en busca del padre de su hija, ellos que en España pertenecían al bando perdedor y huían del Régimen fascista de Franco.

Si no hubiera sido por el capitán, aquellos funcionarios ingleses de la aduana quizá no les hubieran permitido desembarcar. Pero Pereira estuvo un buen rato con ellos en su camarote y cuando salieron se conformaron con aconsejarles que no se metieran en problemas. Fernando no se atrevió a preguntar al capitán con qué argumentos había convencido a los ingleses para que decidieran no molestarlos. Fue Eulogio el que le susurró al oído una explicación: «El capitán hace favores a los británicos. Se lo oí decir a un marinero. A veces trae hombres que nadie sabe quiénes son. Otras veces descargan bultos que recogen camiones de la guarnición de Alejandría. Pereira está en contra de los nazis». Fuera por eso o por otra razón era evidente que el Portugués tenía predicamento entre los británicos.

Se despidieron de los marineros que habían tratado en aquellos días de navegación y de Doc, que parecía aliviado de perderlos de vista.

Catalina fue al encuentro del capitán Pereira y sin pensárselo dos veces le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—Gracias, capitán; nunca podré pagarle lo que ha hecho por mí, por mi hija, por todos nosotros. Es usted uno de los hombres más buenos que conozco y siempre, siempre tendrá en mí a una amiga leal. Espero algún día tener la oportunidad de responder a su generosidad. Y... bueno, en cuanto encuentre a Marvin bautizaremos a Adela y me gustaría que usted fuera el padrino. ¿Querrá?

Pereira no supo qué decir. Catalina le recordaba tanto a sus nietas que era incapaz de negarle nada, de manera que, aunque no muy convencido, asintió. Ella volvió a darle otro beso, encantada de que el capitán apadrinara a su hija.

El *Esperanza del Mar* estaría atracado al menos una semana en Alejandría, así que Catalina confiaba que en ese tiempo Marvin y ella pudieran casarse y además bautizar a su hija.

Salieron del puerto y caminaron un buen rato preguntando cómo debían llegar a la iglesia de San Saba, en el barrio griego, porque junto a esta iglesia era donde se encontraba la casa de la amiga del capitán.

Adela pasó de los brazos de Catalina a los de Eulogio y terminó en los de Fernando. Los tres amigos se turnaban para llevar a la niña, que permanecía dormida la mayor parte del tiempo.

La casa de Ylena Kokkalis estaba situada en un hermoso edificio. Les abrió la puerta una joven que los miró con curiosidad mientras Fernando le explicaba en un más que correcto inglés que los enviaba el capitán Pereira y que tenían una carta de él para la señora Kokkalis.

La joven los invitó a pasar indicándoles que esperaran en el amplio vestíbulo.

Ylena Kokkalis resultó ser una mujer de mediana estatura, de pelo castaño oscuro y piel aceitunada. Tanto Fernando como Eulogio la calificarían más tarde como «muy guapa», a pesar de que ya había entrado en la cincuentena.

Leyó atentamente la carta del capitán y, cuando terminó, la volvió a guardar en el sobre y los miró sonriendo.

—Bien... el capitán Pereira me pide que los aloje en mi casa aunque no disponen de dinero para pagar, pero me asegura que en caso de que ustedes no pudieran hacerlo tengo su garantía de que cobraré, de manera que no hay más que hablar. Pero lamentablemente sólo tengo una habitación libre, las otras dos están ocupadas. En la que tendrán que arreglarse los tres dispone de dos camas y como es grande puedo trasladar un sofá. Es todo lo que puedo ofrecerles.

Aceptaron de inmediato, sintiéndose agradecidos de haber encontrado un

techo protector. Le dieron las gracias en inglés y en francés y ella rio ante el alarde de idiomas.

—Parecen alejandrinos... Aquí todos hablamos varias lenguas.

—Pero seguro que nadie habla español —respondió Eulogio.

—¡Ah! Nunca se sabe, lo mismo se llevan una sorpresa. Aquí hay gente de todo el mundo y desde que comenzó la guerra tenemos aún más. Puede que se encuentren con algún español.

Los acompañó a la habitación, que resultó ser espaciosa y soleada. Unos minutos más tarde apareció la joven que les había abierto la puerta junto con otra mujer de más edad empujando el sofá del que les había hablado Ylena.

Fernando decidió que él dormiría en el sofá y Catalina y Eulogio ocuparían las camas. Eulogio se negó aduciendo que él era el de más edad y, por tanto, le correspondía el sofá. Pero Fernando se mantuvo en sus trece.

Adela empezó a gimotear como hacía cuando tenía hambre y en aquel momento Ylena llamó a la puerta de la habitación.

—Se me había olvidado decirles que pueden disponer del baño. Pero deben ayudar a mantenerlo siempre limpio porque es el que también usan los otros dos huéspedes de la casa. Mister Sanders lleva ya cinco años viviendo en esta casa y es muy exigente en cuanto a la limpieza, lo mismo que monsieur Baudin.

Ylena Kokkalis les encomendó que cualquier duda la solventaran con Dimitra e Ilora, las dos criadas de la casa.

Catalina decidió que necesitaba un buen baño, y Dimitra se encargó de proporcionarle una toalla además de información sobre los otros huéspedes. Así supieron que mister Sanders era un coronel retirado del Ejército británico además de arqueólogo. Había servido en el Regimiento de Alejandría y como estaba soltero y nadie le esperaba en Inglaterra, salvo una hermana felizmente casada y unos cuantos sobrinos, había decidido prolongar su estancia en Egipto, donde hasta el estallido de la guerra había disfrutado de su pasión por la arqueología. En cuanto a monsieur Baudin, se dedicaba al comercio de algodón y como había enviudado un año atrás, decidió que seguir viviendo en la casa que

compartió con su esposa le proporcionaba más problemas que satisfacciones, así que se había instalado en casa de la señora Kokkalis donde era bien atendido. Monsieur Baudin tenía un hijo casado que también vivía en Alejandría y que no logró convencer a su padre para que fuera a vivir con él y con su esposa. Baudin los visitaba con frecuencia puesto que le habían dado un nieto, que era su mayor motivo de alegría.

Dimitra también le contó a Catalina que la señora Kokkalis era muy estricta en cuanto a los horarios. Le molestaba sobremanera que sus huéspedes no acudieran puntuales al desayuno, que siempre se servía a las siete, o que no avisaran si no iban a almorzar o cenar en casa.

No obstante, Dimitra la alabó por su bondad. De Ylena Kokkalis lo único que se sabía era que había nacido en Alejandría aunque sus padres eran griegos. Nunca se había casado porque, cuando era muy joven y estaba a punto de hacerlo, su novio, que era marino, murió ahogado. Era sobrino del capitán Pereira y se habían conocido durante una de las escalas del *Esperanza del Mar* en Alejandría. Pero lo que prometía ser una historia feliz se frustró a cuenta de un temporal en el Atlántico precisamente camino de Egipto. No naufragaron, pero el barco quedó en muy mal estado y lo peor fue que algunos marineros fueron barridos por el agua y por el viento cayendo por la borda. El sobrino de Pereira fue uno de ellos. El capitán lo vio y no dudó en lanzarse al agua para salvarle. Casi mueren los dos. Pereira tuvo que luchar en medio de las olas por sus vidas y logró rescatarle, pero su sobrino ya estaba muerto cuando los subieron a bordo.

El Portugués insistió en conservar el cadáver para entregárselo a su novia. Ella se lo agradeció. Al menos habría una tumba donde ir a llorarle. A pesar de que tuvo otros pretendientes, nunca llegó a casarse. Se murmuraba que años después había iniciado una relación con un alejandrino muy rico, un hombre influyente en la corte del rey Faruk. Pero nadie lo sabía a ciencia cierta.

El capitán la visitaba cada vez que su buque atracaba en Alejandría. Siempre era bien recibido en su casa y el paso de los años había consolidado entre ellos

una profunda amistad.

Dimitra aseguraba que a Ylena se le iluminaba la mirada cuando aparecía Pereira.

Catalina les contó a Fernando y a Eulogio todos estos detalles y tuvo que esperar a que sus dos amigos también disfrutaran de un baño antes de acudir al comedor para cenar.

Estaban hambrientos y expectantes sobre cuál sería la cena.

Ylena les presentó a sus dos huéspedes sin dar ninguna explicación sobre quiénes eran. Y todos se sentaron a la mesa presidida por la griega.

Una serie de platos con verduras, un puré de garbanzos al que llamaban «hummus» y un pescado cuyo nombre desconocían les pareció la cena más exquisita que habían tomado nunca.

Monsieur Baudin se mostró más amigable y elogió a Adela, que permanecía dormida en brazos de Catalina. Mister Sanders los saludó con corrección, pero no demostró ningún interés en los nuevos huéspedes y mucho menos en la niña, a la que observó con desconfianza pensando que una criatura tan pequeña podría alterar la tranquilidad de aquella casa.

El francés comentó con mister Sanders las últimas noticias de la guerra. Le preocupaba que Alemania se hubiera envalentonado declarando la guerra a Estados Unidos.

—Pero ¿qué esperaba usted? Desde el momento en que los japoneses bombardearon Pearl Harbor era evidente que Norteamérica no podía quedarse de brazos cruzados. Y una vez que ha declarado la guerra a Japón, era cuestión de tiempo que Alemania recogiera el guante alineándose con sus aliados.

—Puede que ahora que los norteamericanos van a luchar las cosas vayan mejor —reflexionó monsieur Baudin.

Mister Sanders le miró con suficiencia, como si se sintiese ofendido porque el francés cuestionara que los británicos necesitaban ayuda.

Después de cenar todos se retiraron a sus habitaciones. Catalina y Eulogio tumbados cada uno en sus camas y Fernando en el sofá comentaron sobre la cena

y sobre todo el alivio de estar en tierra firme. Luego, antes de dormirse, cada uno se sumergió en sus propios pensamientos.

Adela fue la primera en despertarse. Catalina la alimentó y después de asearla la dejó sobre la cama para disfrutar de un nuevo baño.

Eran las cinco y media y en la casa no se oía ni un ruido. Aun así, sabía que no podía demorarse mucho porque Dimitra le había informado de que antes de las seis mister Sanders ocupaba el baño y a las seis y cuarto era monsieur Baudin el que entraba para sus abluciones.

En cuanto estuvo lista despertó a Fernando metiéndole prisa.

—Son casi las seis, tienes tiempo de asearte antes de mister Sanders.

Fernando saltó de la cama y, aunque procuró aligerar, se sobresaltó al oír dos golpes secos en la puerta del cuarto de baño anunciando la llegada del inglés.

Eulogio tuvo que esperar a que mister Sanders y monsieur Baudin utilizaran el baño y apenas le quedaron unos minutos para no llegar tarde al desayuno presidido por Ylena.

Después del desayuno cada cual se fue a sus quehaceres. Catalina estaba impaciente por empezar a buscar a Marvin. La noche anterior habían acordado que Eulogio y Fernando irían hasta la librería de los Wilson para preguntar a Sara Rosent por Marvin mientras que ella aguardaría en la casa a que regresaran. Catalina había protestado, pero no logró convencer a sus amigos para que le permitieran acompañarlos. Argumentaban que no tenían ni idea de dónde estaba la librería y que no debían exponer a Adela a ningún contratiempo, puesto que desconocían todo de aquella ciudad.

En realidad Eulogio no quería que Catalina viera a Marvin antes que ellos pudieran explicarle lo sucedido. Sentía que estaba traicionando al americano al llevar a Catalina hasta Alejandría. Tenían que hablar con él, darle la oportunidad de decidir respecto a Catalina. Y Fernando estaba de acuerdo en que fuera así.

Con las indicaciones que les dio Ylena Kokkalis no les costó mucho encontrar

la librería de los Wilson, que no estaba muy lejos. Un enorme cartel en el que rezaba WILSON&WILSON daba paso a una puerta de madera y cristal. Un escaparate primorosamente dispuesto mostraba unos cuantos libros de poesía.

Empujaron la puerta y se sorprendieron al encontrarse en un espacio más grande del que habían imaginado, repleto de estantes del suelo al techo; un mostrador que más parecía una mesa donde consultar los libros e incluso unos cómodos sillones al fondo de la estancia, y una puerta que permanecía entreabierta y a través de la cual se veía a tres hombres enfrascados en la lectura. El lugar olía a cera y a libros. A Fernando aquel olor le reconfortó.

Una mujer salió a recibirlos. Alta, delgada, en la cuarentena, con el cabello recogido en un moño del que se le escapaban unos cuantos cabellos rebeldes, sus ojos verdosos los escrutaban.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó con una leve sonrisa.

Se presentaron y, nerviosos, intentaron explicar que buscaban a Sara Rosent pero que en realidad a quien querían encontrar era a Marvin Brian. Eulogio hablaba en francés, Fernando en inglés, y ambos se interrumpían haciendo imposible que aquella mujer los entendiera.

—Por su acento deduzco que son españoles, ¿me equivoco? —les preguntó en un castellano más que aceptable.

—¿Habla usted español? —inquirió Eulogio sorprendido.

—Pues sí, ya ve usted. Así que si quieren podemos hablar en su lengua y así será más fácil para los tres. He creído entender que preguntan por Marvin Brian...

—Sí, somos amigos. Él me escribió para decirme que venía a Alejandría y me animaba a seguirle —dijo Eulogio.

La mujer los miró con curiosidad y a continuación los invitó a sentarse en los sillones de cuero verde que estaban situados en el fondo de la estancia. Además, les ofreció una taza de café que trajo en una bandeja de plata. Una vez que todos tuvieron su café, los animó a explicarse.

Eulogio, como amigo de Marvin, llevaba la voz cantante mientras que Fernando se conformaba con asentir.

—Bien, a mí ya me han encontrado, soy Sara Rosent. En cuanto a Marvin... lo cierto es que no me ha hablado de ninguno de ustedes y mucho menos de que les esperaba recibir aquí en Alejandría.

—Pero está aquí, ¿verdad? —preguntó Eulogio impaciente.

Sara Rosent no respondió con palabras sino que esbozó una nueva sonrisa. Ellos no quisieron mostrarse impertinentes instándole a que respondiera, así que aguardaron a que decidiera hablar mientras degustaban el café, un café fuerte y aromático que les puso todos los sentidos en alerta.

Para su sorpresa, Sara no les habló de Marvin sino que les preguntó dónde se alojaban. Se lo dijeron y ella dijo conocer a Ylena Kokkalis y les aseguró que tendrían noticias suyas muy pronto. Eulogio insistió en saber sobre Marvin, pero Sara repitió con firmeza que aquella misma tarde sabrían de ella.

Catalina se enfadó cuando los vio regresar sin noticias de Marvin y les anunció que iría ella misma a preguntar a Sara Rosent. No podría negarse a no darle información cuando viera a Adela. Eulogio le aconsejó que fuera paciente.

No habían pasado ni dos horas cuando un joven llegó a la casa y entregó a Dimitra un sobre para Eulogio. Sara Rosent le invitaba a regresar a la librería, pero sólo a él. Ni una palabra sobre Marvin.

Eulogio le mostró la carta a Fernando y éste se encogió de hombros. Le parecía extraña la actitud de Sara, pero no lo comentó con Catalina; no quería que se preocupase, ya que estaba enfadada insistiendo en ir ella personalmente a Wilson&Wilson. Al final la hicieron entrar en razón. Fernando le propuso salir a dar un paseo con Adela.

Cuando Eulogio empujó la puerta de Wilson&Wilson divisó en el fondo a Marvin sentado junto a Sara en uno de los sillones de cuero verde. El americano se levantó de un salto al verle entrar en la librería. Los dos amigos se abrazaron con afecto y alegría.

Sara, discretamente, los dejó solos. Sabía que los dos amigos necesitaban hablar en privado. Se dirigió al mostrador, donde un joven empleado estaba ordenando unos libros.

Los dos empezaron a hablar al mismo tiempo intentando contar al otro lo que había sido de sus vidas en los últimos meses, y rompieron a reír por el caos en que estaban sumiendo la conversación. Marvin, consciente de que la presencia de su amigo era un hecho extraordinario, le invitó a que fuera él quien primero se explicara.

Eulogio no ahorró detalle de todo lo sucedido: el descubrimiento de la relación de su madre con don Antonio, y cómo su orgullo le impedía perdonarla aun sabiendo que cuanto había hecho ella había sido por salvarle a él. Lo que no le dijo era que si Fernando estaba en Alejandría se debía a que había huido de España porque había matado a dos hombres. La explicación para justificar la presencia de Fernando fue que éste no había querido dejar desamparada a Catalina, empeñada en buscarle a él, a Marvin, para hacerle saber que estaba embarazada y pedirle que se hiciera cargo de la situación. Así que los tres habían huido. Eulogio se disculpó con el americano por haber sido el causante de que Catalina supiera dónde encontrarle.

Tampoco le ahorró detalles sobre los avatares de la travesía, la bondad manifiesta del capitán Pereira, el parto prematuro de Adela y el hecho de que carecían de dinero para afrontar su estancia en Alejandría.

El rostro de Marvin pasó del estupor a la preocupación.

—Vivo con una mujer, se llama Farida Rahman. Es filósofa. La quiero más que a mi vida precisamente porque me ha salvado la vida. Farida es todo mi mundo; mi presente y mi futuro son ella. Más tarde la conocerás. Ella sabe todo lo que me pasó en la guerra de España y cómo desde entonces he estado huyendo de mí mismo, incapaz de encontrar un momento de paz. Me está enseñando a derrotar los fantasmas que habitan en mí y me ha devuelto la esperanza.

—Pero ella... ella..., —balbuceó Eulogio.

—Es una mujer a la que no le importan las mismas cosas que al resto de las mujeres —prosiguió Marvin—. Su único deseo es comprender la esencia del ser humano, indagar en las almas que encuentra a su paso, llegar a conclusiones que luego refutar. La amo con todas mis fuerzas.

—¿Hablarás con Catalina? ¿Le dirás...?

—¡Jamás! Catalina no significa nada para mí... Apenas la conozco y mucho menos voy a hacerme responsable de sus problemas. Sé que es una buena chica, también un tanto atolondrada, y no le deseo ningún mal, pero nada puedo hacer por ella. ¿Cómo se te ha ocurrido traerla? —Marvin no pudo evitar el reproche.

—Fue una estupidez por mi parte decirle que estabas aquí. Lo siento. Quizá si hablaras con ella...

—Ni quiero ni tengo por qué dar explicaciones a Catalina. Me gustaría ayudarte a resolver el problema, pero no sé cómo.

—Pero algo tendremos que hacer con Catalina...

—Lo mejor es que no nos veamos. Sería peor para ella, puesto que se sentiría humillada si simplemente le digo que no me importa. Es mejor que poco a poco se le pase ese falso amor que cree sentir por mí. En cuanto a la niña... no sé qué decirte... Ya te expliqué lo que sucedió aquella noche en la Pradera de San Isidro. Lo siento por la pequeña, pero no estoy en disposición de aceptarla como hija.

—Tendré que pedirle ayuda a Fernando, porque yo no sé cómo manejar a Catalina.

Marvin se comprometió a ayudarlos. Les daría algo de dinero y les buscaría un trabajo si es que decidían permanecer en Egipto, dado que Europa estaba siendo arrasada por la guerra y por tanto no había un lugar seguro donde ir.

—Yo querría ir a América, pero ahora que ha entrado en la guerra... —titubeó Eulogio.

—¿Quieres ir a América? Bueno, eso tiene solución. Y no te preocupes por la guerra, América está muy lejos de Europa. Lo difícil será llegar... Yo me iré dentro de un mes a Nueva York. Naturalmente, me acompañará Farida. Quiero

que conozca a mis padres y a mi hermano. En realidad es ella quien quiere conocerlos porque asegura que lo necesita para intentar terminar el rompecabezas de mi vida. Le faltan esas piezas. Y tú puedes venir con nosotros. No tienes que preocuparte de nada. Le pediré a mi padre que te dé un trabajo en Nueva York. Tendrás que perfeccionar tu inglés, que es bastante malo.

»Así que aprovecha hasta que nos vayamos. Fernando lo habla bastante bien, dile que te enseñe todo lo que pueda.

—Pero será un viaje peligroso —argumentó Eulogio.

—Sí, y no será fácil encontrar un buque que nos lleve. Ahora es más difícil aventurarse por el Atlántico. Pero lo conseguiremos.

—¿Y qué haremos con Catalina y Fernando? —preguntó Eulogio preocupado.

—Lo siento, amigo mío, pero no me siento preocupado por lo que pueda sucederles. Estoy dispuesto a ayudarlos sin que lo sepan, pero nada más. Desde luego que no vendrán con nosotros a Nueva York.

En ese instante, una mujer de paso firme entró en la librería, y Eulogio dedujo que era Farida. Sara, que estaba atendiendo a unos clientes, sonrió al verla y le indicó con un gesto los sillones verdes donde Marvin y él seguían enfrascados en una animada charla.

En dos zancadas se plantó ante ellos y los miró alternativamente. Ambos se quedaron expectantes, como niños que esperan la aprobación de su maestra. Marvin se levantó y le tendió la mano invitándola a sentarse.

—Farida, éste es mi amigo Eulogio. Te he contado tanto sobre él...

—¡Por fin le conozco! Soy Farida Rahman —dijo regalándole su mejor sonrisa.

Eulogio se levantó a su vez y le estrechó la mano sin dejar de mirarla fascinado, no tanto por su belleza como por la fuerte personalidad que saltaba a la vista. Procuró ocultar su sorpresa por la edad de Farida. Era mucho mayor que Marvin. Calculó que ella había cumplido los cuarenta.

Sara se acercó con una bandeja y dispuso en la mesa otro servicio de café. Luego volvió a dejarlos solos.

Marvin le explicó a Farida el porqué de la presencia de Eulogio y la situación creada por Catalina. También se mostró firme al asegurar que no pensaba verla y mucho menos darle ninguna explicación, no sólo porque la sentía como una extraña, sino también porque sería mejor para ella ya que no entendería su actitud tan tajante y le dolería doblemente.

Farida escuchó en silencio asintiendo mientras servía el café en las tazas.

—Una mujer que ha venido hasta Alejandría a buscarte no parará hasta encontrarte, no importa dónde estés. Algún día dará contigo.

—Entonces ¿qué crees que debo hacer? —inquirió Marvin preocupado.

—Nada que no quieras hacer. Ella no significa nada para ti, de manera que no tienes por qué violentarte dejando al descubierto tu alma. Nada le debes y nada te debe ella a ti. Pero has de saber que te convertirás en una obsesión para ella.

Eulogio escuchaba fascinado el tono melodioso del francés en el que hablaba Farida.

Estuvieron conversando un buen rato, decidiendo la manera de apartar a Catalina de Marvin.

¿Cuántas horas estuvieron así? No se dieron cuenta de que la tarde se había ido difuminando hasta que Sara se acercó de nuevo a ellos.

—Es tarde, pero si os queréis quedar podéis hacerlo. Benjamin me espera y tengo que irme, pero Akim aún se quedará un rato —dijo mirando al joven empleado, que parecía ensimismado recolocando los libros de las estanterías.

—Será mejor que regrese a casa de la señora Kokkalis. Fernando y Catalina estarán preocupados —dijo Eulogio.

—¡Ah! Qué mujer tan extraordinaria es Ylena Kokkalis. Es una buen amiga y una lectora empedernida. Es capaz de recitar la *Ilíada* de memoria. Y sus opiniones sobre poesía siempre son certeras y originales —comentó Sara.

—¡Vaya! Es tan seria que no imaginaba que le pudiera gustar la poesía —se sorprendió Eulogio.

—Pues es una mujer erudita, casi tanto como nuestra querida Farida. No olvide, querido amigo, que una mujer sola debe imponer respeto —afirmó Sara.

Ya en la calle, Marvin deslizó unos cuantos billetes en la mano de Eulogio. Quedaron en que al día siguiente acudiría junto a Fernando a la velada literaria que todos los jueves se celebraba en Wilson&Wilson.

Eulogio prefirió regresar a pie en vez de que Farida lo acompañara hasta casa de Ylena. Necesitaba pensar cómo abordar la conversación con Catalina, además de encontrar el momento para hablar a solas con Fernando.

Las primeras sombras de la noche envolvían la ciudad cuando Eulogio llegó a casa de Ylena Kokkalis y encontró a Catalina amamantando a Adela mientras que Fernando leía tumbado en la cama.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Catalina impaciente.

—Nada especial, he venido en cuanto he podido, pero me he quedado sin tabaco y necesito fumar —respondió Eulogio, haciendo un gesto a Fernando que éste interpretó de inmediato.

—Podemos salir a fumar mientras Catalina termina de dar de comer a Adela —propuso aun sabiendo que eso alertaría a Catalina.

—¿Iros? Pero bueno, ¡es lo que faltaba! Dejaos de secretos, quiero saber qué pasa —exigió.

—Mira, necesito fumarme ese cigarrillo ahora; más tarde hablaremos lo que haga falta. —Eulogio no le dio tiempo a protestar más porque salió de la habitación esperando que Fernando le siguiera.

Ya en la calle, una lluvia fina comenzó a caer de repente, pero Eulogio caminaba tan deprisa que Fernando no tuvo más remedio que seguirle.

—No sé si es buena idea venir a hablar a la calle.

—Lo sé, pero no puedo contarte nada delante de Catalina.

De manera atropellada le explicó la situación. Fernando escuchaba con gesto preocupado, sorprendido también al saber de la existencia de Farida. Pero lo peor no era que Marvin no quisiera ver a Catalina, sino cómo harían ellos para evitar herirla. Llegaron a la conclusión de que no podían mentirle del todo. Catalina era inteligente y lo había dejado todo por encontrar a Marvin, de modo que no se conformaría con cualquier excusa. Así que decidieron decirle que

Marvin estaba enamorado de otra mujer.

A Eulogio le preocupaba ser capaz de mantenerse leal a Marvin, mientras que Fernando se preguntaba cómo podría evitar dañar a Catalina.

Cuando regresaron a la habitación, Adela dormía en brazos de su madre, que la miraba con gesto preocupado.

—Parece que le cuesta respirar —dijo sin dirigirse a ninguno de los dos.

—Vaya... pero si daba la impresión de que estaba mejor... —respondió Eulogio.

—La niña ha estado agitada toda la tarde —explicó Fernando.

Adela abrió los ojos mientras intensificaba su respiración. A la criatura parecía faltarle el aire.

—Tenemos que llamar a un médico. —Catalina abrazaba angustiada a su hija.

Eulogio salió a buscar a Dimitra, a quien encontró en el comedor recogiendo los restos de la cena. Le explicó lo que le sucedía a Adela y Dimitra, nerviosa, le pidió que aguardara mientras ella avisaba a la señora.

Ylena acudió con Dimitra a la habitación de sus nuevos huéspedes. No le hizo falta preguntar nada para darse cuenta de la situación.

—Ahora mismo la llevaremos a casa al doctor Naseef. Vamos, hay que darse prisa. Le pediremos a monsieur Baudin que nos lleve en su coche —dijo Ylena.

Monsieur Baudin abrió la puerta de su habitación envuelto en un batín y aceptó de inmediato la petición de Ylena.

La casa del doctor Naseef estaba cerca de la iglesia de San Marcos.

Adela temblaba y parecía estar a punto de ahogarse. Catalina murmuraba una plegaria mientras abrazaba a su hija.

—Dese prisa —le ordenó Ylena a monsieur Baudin mientras conducía.

Baudin enfiló el boulevard Ramleh y de allí buscó la rue Debbane para desembocar en la rue de L'Église Copte, donde se encontraba la catedral del Patriarcado Ortodoxo Copto. A pocos metros paró el coche y todos se bajaron siguiendo a Ylena, que caminaba deprisa buscando la casa del médico.

Una mujer entrada en años de piel morena y mirada curiosa les abrió la puerta.

Sonrió al ver a Ylena y les franqueó el paso mientras ésta le explicaba la urgencia.

El doctor Naseef acudió de inmediato y examinó a la niña con gesto grave. Adela temblaba y de sus pequeños labios escapaban gemidos.

—Tiene pulmonía —dictaminó el médico.

—¿Pulmonía? Pero ¿cómo es posible? —preguntó Fernando, angustiado por el diagnóstico.

—Hay que llevarla al hospital. Ahora mismo —respondió el doctor Naseef.

No tardaron en llegar porque el Hospital del Gobierno Egipcio se encontraba prácticamente al lado, una vez pasado el consulado británico.

Siguieron al doctor Naseef por un pasillo hasta llegar a una sala donde les pidió que esperaran todos salvo Catalina e Ylena.

Fernando y Eulogio ni siquiera se sentaron. Recorrían la sala de un lado a otro temerosos por lo que pudiera pasar. Monsieur Baudin sacó un paquete de cigarrillos y les ofreció para que calmaran los nervios.

No fue hasta una hora más tarde cuando Ylena entró en la sala con el gesto alterado.

—La niña está muy mal... los médicos no creen que viva. Es tan pequeña... y ser sietemesina no ayuda.

Ylena abrió el bolso y sacó su propio paquete de cigarrillos.

—¿Y Catalina? —preguntó Fernando.

—Se quedará con la niña, pero nosotros aquí ya no hacemos nada —dijo Ylena.

—Yo me quedo, no puedo dejarla sola —replicó Fernando.

—No creo que le permitan estar con ellas. El doctor Naseef ha dicho que sólo se puede quedar Catalina. Es comprensible, hay otros niños enfermos y sólo están con ellos sus madres. Monsieur Baudin nos llevará de vuelta, ¿no es así? Lo más sensato es esperar hasta mañana.

—Pero ¿y si... si le sucediera algo a Adela...? No, no podemos dejar sola a Catalina.

—Haga lo que quiera, por mí puede quedarse en esta sala el resto de la noche —respondió Ylena malhumorada.

—Eso es lo que haré.

—Entonces iré a decirle a Catalina que está usted aquí y luego los demás volveremos a casa.

—Yo me quedo también —intervino Eulogio.

Ylena se encogió de hombros. Comprendía que los dos españoles decidieran quedarse, pero monsieur Baudin y ella nada más podían hacer allí.

Fernando y Eulogio se sentaron en el banco de la sala de espera y allí permanecieron en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. No tenían palabras que gastar. Sólo les quedaba esperar. Al filo de la madrugada los venció el sueño.

Se despertaron sobresaltados cuando una mujer acompañada de un niño entró en la sala. Los saludó con una inclinación de cabeza. Apenas un minuto después entraron dos mujeres con tres chiquillos. Y así fueron llegando más hasta que la sala estuvo a rebosar.

—Deberíamos ir a preguntar —propuso Eulogio.

Buscaron una enfermera, a la que explicaron por qué estaban allí y su deseo de hablar con el doctor Naseef. La enfermera les indicó dónde podían encontrarle.

Al doctor Naseef se le notaban las huellas de la noche insomne. No se anduvo con sutilezas y les explicó que aunque Adela había sobrevivido a la noche no tenía demasiadas posibilidades de superar la pulmonía. Hizo un resumen de la situación de la pequeña reprochándoles que hubieran permitido a Catalina embarcarse embarazada en una travesía por el Atlántico en pleno invierno, lo que había provocado el adelanto del parto. Adela carecía de fortaleza para vivir y añadió que aunque Catalina se negaba a que la examinaran, tendrían que hacerlo ya que durante la noche había sufrido un desmayo.

Ambos le rogaron que les dejara ver a Catalina y a la niña, y aunque al principio el médico se negó, terminó cediendo.

Les impresionó ver a Adela con una aguja clavada en su bracito suministrándole el medicamento con el que intentaban salvarla. Catalina acariciaba el brazo de su hija y le pasaba los dedos por la cabeza mientras le hablaba en voz baja. Tardó en percatarse de la presencia de ellos.

—El doctor Naseef cree que Adela morirá —les anunció con el rostro desencajado por la angustia.

No supieron qué responder y se limitaron a mirarla en silencio.

—Pero se equivoca. Adela quiere vivir y vivirá. Las dos viviremos —afirmó.

Fernando y Eulogio se miraron preocupados al ver un destello de locura en los ojos de Catalina.

—Tenéis que decirle a Marvin que venga. Tiene que saber por lo que está pasando su hija. Ella le necesita. Estoy segura de que Adela se pondrá mejor en cuanto su padre esté también a su lado. Así que id a buscarle. —Y su tono conminativo no admitía réplica.

Salieron del hospital sin tener claro qué hacer. Ignoraban si Marvin estaría dispuesto a ir. Y si no lo hacía, no sabían cómo reaccionaría Catalina.

Caminaron sin saber hacia dónde dirigirse para regresar a casa de Ylena. Fernando preguntó a un hombre por la dirección y éste les recomendó que tomaran el tranvía. Lo hicieron gracias al dinero que Marvin le había dado a Eulogio.

Estaban tan abatidos que ni siquiera se les ocurrió informar a Ylena de en qué situación habían dejado a Catalina y a Adela. Fue Dimitra quien los buscó para decirles que la señora Kokkalis los esperaba en el comedor.

Ylena estaba hablando con sus otros dos huéspedes, que se interesaron de inmediato por las últimas noticias.

Después de compartir una taza de té, Ylena les recomendó que durmieran un rato. Ella iría al hospital para acompañar a Catalina. Monsieur Baudin se ofreció a llevarla puesto que, según dijo, era más o menos el mismo trayecto que hacía camino de su oficina.

Eulogio y Fernando decidieron aceptar la recomendación de Ylena. Se sentían

exhaustos y sobre todo tenían la mente embotada, de manera que no eran capaces de tomar una decisión.

Dimitra los despertó al cabo de un par de horas con unos golpes secos en la puerta, conminándolos a que se levantaran para poder limpiar la habitación. La obedecieron. Además, estaban hambrientos.

Ylena ya había regresado del hospital y no pudo decirles más que el estado de Adela seguía siendo crítico y que a Catalina la habían examinado y los médicos habían concluido que tenía anemia. Intentó animarlos asegurándoles que el doctor Naseef era un buen médico que sabía lo que se hacía, y que si alguien podía salvar a Adela era él.

Fernando se empeñó en regresar al hospital y Catalina volvió a insistir en que llevaran a Marvin; sus amigos bajaron la cabeza.

Comenzada la tarde, Eulogio recordó a Fernando que debían reunirse con Marvin en la librería del señor Wilson. Le comentarían lo sucedido y quizá al americano se le ocurriera alguna solución.

Cuando llegaron Sara estaba atendiendo a unos clientes. Marvin y el resto de los invitados a la velada literaria aún no habían llegado. Nervioso por la espera, Eulogio prefirió salir a dar un paseo y fumar un cigarrillo, mientras que Fernando se quedó curioseando los libros.

Se ensimismó ojeando antiguas ediciones que cogía con cuidado, como si temiera dañar aquellas páginas repletas de poesía e historia.

No se dio cuenta de que un hombre llevaba un buen rato observándole y se sobresaltó cuando se plantó junto a él.

—¿Le gusta la poesía? —preguntó el desconocido.

—Sí... me gustan los libros, todos los libros, no sólo los de poesía. Estos que están aquí son extraordinarios. Mi padre hubiera disfrutado tanto tan sólo de verlos...

—¿Su padre?

—Mi padre era editor... Además, traducía libros del inglés y se encargaba de las ediciones de los grandes de la literatura inglesa.

—Y usted ha heredado su amor por los libros —comentó el hombre.

—Sí. Crecí rodeado de libros.

—¿Escribe? —quiso saber su interlocutor.

—¡Oh, no! No tengo ningún talento para escribir, pero sí para saber si lo que escriben otros merece la pena. Lo aprendí de mi padre.

—¿Y a qué se dedica usted?

—Antes de la guerra estudiaba literatura, quería ser editor.

—¿Se refiere a esta guerra...?

—Me refiero a la guerra de España. Soy español.

—Ya... habla usted un inglés excelente.

—Fue mi padre quien me enseñó. Decía que, como a él, a mí también se me daban bien los idiomas.

—¿Habla otros además de inglés?

—Un poco de francés... y en el instituto tenía facilidad con el latín y el griego clásicos.

—¿Y ahora a qué se dedica?

Fernando se encogió de hombros al tiempo que clavaba su mirada en la de aquel desconocido con el que llevaba un rato hablando con demasiada confianza sin saber quién era. El hombre era alto, de cabello rubio oscuro salpicado de canas y unos profundos ojos grises, de porte elegante que emanaba seguridad.

—La guerra lo estropeó todo. Desde entonces no he hecho nada que merezca la pena. No pude seguir estudiando.

—Ya... cuánto lo siento... En fin... creo que no me he presentado. Soy Benjamin Wilson. —Y le tendió la mano, envolviendo la de Fernando en un apretón firme.

En aquel momento Sara se acercó a ellos intercambiando una sonrisa con su marido.

—Ya os habéis conocido... Fernando Garzo es amigo de nuestro querido Marvin, y Eulogio Jiménez también. Acaba de salir a dar un paseo mientras llegan los demás.

Sara les propuso tomar un café o un té mientras recibía a los invitados que comenzaban a llegar, y los dejó a solas.

—¿Y qué es lo que le ha traído a Alejandría? —preguntó el señor Wilson.

—Me marché de España porque... bueno, porque no tenía otra opción. Formo parte de los perdedores de la guerra. A mi padre le fusilaron. Y el hijo de un republicano difícilmente tiene porvenir. En cuanto a por qué hemos venido a Alejandría... es un lugar tan bueno o tan malo como otros. No hay ningún sitio en Europa al que ir desde que los alemanes empezaron esta guerra. Mi amigo Eulogio quiere ir a América y puede que Marvin nos ayude a llegar allí. Claro que América también ha entrado en guerra, así que no sé muy bien qué va a ser de nosotros. Además, viajamos con una buena amiga de la infancia y con su hija...

Fernando se pasó la mano por la cara como si intentara frenar la lengua y acomodar los pensamientos. ¿Por qué hablaba con tanta confianza con aquel desconocido? Apenas sabía nada del señor Wilson y allí estaba él, contándole su vida.

La puerta de la librería se abrió dando paso a Marvin y a Farida. Benjamin Wilson se dirigió a ellos, recibéndolos con afecto manifiesto.

A Fernando le asombraba la facilidad con la que el señor Wilson pasaba de un idioma a otro. Con él había hablado en inglés, con Sara en francés y ahora lo hacía en árabe con la mujer que acompañaba a Marvin, que no dudó que era Farida por la descripción de ella que le había hecho Eulogio.

Marvin le dio la mano y le presentó a su acompañante. En ese momento regresó Eulogio y se unió a la conversación. Comenzaron a llegar más invitados. Akim, el empleado de los Wilson, había ido disponiendo sillas y mesitas bajas.

Fernando y Eulogio le explicaron a Marvin lo sucedido la última noche y cómo Catalina no cejaba en su empeño de que le llevaran al hospital, convencida de que así su hija se salvaría.

—¡Por Dios, tiene que terminar esta pesadilla! Pensaba quedarme un mes más, pero si Farida está dispuesta, nos iremos en cuanto haya un barco que parta

para América —exclamó Marvin, molesto por lo que le contaban.

—Ya te dije que esa chica te seguirá donde quiera que vayas —le recordó Farida.

—¿Y si hablaras con ella? Si le dijeras... —Pero Eulogio se calló ante la mirada de Marvin.

—¡Precisamente tú vas a decirme que debo hablar con Catalina! No te comprendo, Eulogio. ¿Cómo puedes siquiera pensarlo? —le reprochó el americano.

—Lo siento, tienes razón. Es que... Catalina nos volverá locos y... bueno, algo tenemos que decirle.

—La verdad siempre es el camino más corto —sentenció Farida, sosteniendo la mirada de Marvin.

Él no pudo soportar la intensidad que desprendían los ojos de Farida. Se le descompuso el gesto en una mueca de dolor.

Se quedaron en silencio, expectantes todos. Fernando fue el primero en hablar:

—Tienes que comprender que no es fácil por lo que está pasando Catalina. Su hija se está muriendo.

—Me hacéis sentir como un miserable —les reprochó Marvin.

Farida le cogió la mano y la apretó entre las suyas. El americano sintió una oleada reconfortante de calor. Ella le hacía sentir que no estaba solo y que, hiciera lo que hiciera, contaba con su apoyo. Eso le tranquilizó.

—No quiero explicarme con Catalina. No tengo por qué hacerlo. No voy a asumir la paternidad de su hija. Ella toma sus propias decisiones y yo las mías. Así que resolved el problema como mejor podáis. —La voz de Marvin había recuperado entereza.

—Está ciega, pero algún día verá la luz —sentenció Farida.

Sara les hizo una seña para que se sentaran. A Fernando le maravilló escuchar las discusiones que fueron aflorando entre los asistentes, ya fuera sobre poesía, sobre historia o sobre la guerra que se estaba librando entre Alemania y los

británicos no sólo en suelo europeo sino también en la vecina Libia.

Un joven leyó unos poemas que fueron alabados por unos y criticados con ironía por otros. Y para sorpresa de Fernando, Farida acaparó buena parte de la velada debatiendo con otro invitado que defendía que el gnosticismo había sido muy querido por los alejandrinos de la Antigüedad.

—No estoy de acuerdo, era demasiado complicado para ser adoptado por la gente común. Además, a nadie le gusta admitir que la Humanidad es el resultado de un error. Y mucho menos que el soplo de la vida fue el resultado de la decisión del demiurgo. ¿Un dios menor podía crear la Humanidad?

De los gnósticos pasaron a debatir sobre la ortodoxia primitiva, Filón... Clemente, Orígenes...

—Seguimos debatiendo sobre la esencia de Dios como hace mil años. Farida es única. Ella es capaz de desmontar cualquier filosofía que no se base en la estricta racionalidad —susurró Sara a oídos de Fernando.

Había caído la noche y los amigos de los Wilson se habrían dejado sorprender por la madrugada si unos golpes secos no hubieran sonado con insistencia en la puerta. Fue Akim quien abrió. Un hombre entró con paso agitado en el local buscando con la mirada a alguien que resultó ser el señor Wilson.

Éste se levantó e hizo una seña a Sara mientras él se dirigía a una puerta situada al fondo de la librería seguido por el hombre que acababa de llegar.

La conversación se mantuvo viva durante unos minutos más hasta que fue Farida quien sugirió que era demasiado tarde para continuar.

Marvin insistió a Fernando y Eulogio en invitarlos a cenar para hablar con tranquilidad.

—Pero es demasiado tarde. Quiero ir al hospital a ver a Catalina, no sabemos lo que ha podido pasar —se excusó Fernando, que sentía remordimientos por haber disfrutado de la velada.

En cambio Eulogio se avino, esperanzado de que Marvin pudiera dar solución a sus problemas. No podía dejar de preguntarse qué sería de ellos en esa ciudad si quedaban abandonados a su suerte.

Aleandría era una sorpresa, un crisol de gentes diversas, una Babel moderna, que latía a un ritmo que no alcanzaba a comprender. Así que convenció a Fernando para ir a cenar con Marvin y Farida. Más tarde él mismo le acompañaría al hospital.

Farida conducía con mano segura. Las calles aparecían vacías a causa de la lluvia. Llegaron a un restaurante situado frente al mar. Se dieron una tregua mientras encargaban la cena.

Marvin les preguntó qué querían hacer, si permanecer en Alejandría o embarcarse para América.

Eulogio no tenía dudas, quería ir a América. Si estaba en Alejandría era para encontrarse con él, con Marvin. La ciudad se le antojaba un gran misterio.

En cuanto a Fernando, explicó que su suerte estaba unida a la de Catalina; no iba a abandonarla y menos con Adela tan enferma. Por tanto sería Catalina quien decidiera si se quedaban allí o iban a algún otro lugar. Él la acompañaría salvo que quisiera regresar a España.

Farida y Marvin los escucharon en silencio mientras sopesaban cada uno de los gestos y palabras de los dos amigos.

—Nosotros iremos a América, aunque aún nos quedaremos un tiempo en Alejandría. Estoy terminando de escribir un libro que me publicará Benjamin Wilson. Llevo dos años enzarzada con él —les contó Farida.

—Yo he podido volver a escribir. Creí que jamás sería capaz de volver a escribir un poema, pero gracias a Farida puedo hacerlo de nuevo. Sara ha leído el primer manuscrito y quiere publicarlo cuanto antes. Para mí ha supuesto un alivio superar su ojo crítico —añadió Marvin.

—Entonces ¿cuándo os iréis? —quiso saber Fernando.

—Si Catalina no estuviera aquí aún nos quedaríamos un tiempo, sobre todo hasta saber qué va a suceder con la entrada de Estados Unidos en la guerra. Pero Catalina empieza a convertirse en un problema. —A Marvin se le enturbió la mirada.

—Que podrías resolver si te enfrentaras a ella. Te guste o no, tienes una

responsabilidad con la niña —concluyó con acidez Fernando.

Marvin le miró desconcertado. Farida le acarició el brazo.

—Fernando, yo no cuestiono tus decisiones, ni siquiera por qué estás aquí, y te pido el mismo respeto por las mías. No tengo por qué enfrentarme a ella, nada le debo ni nada me debe —respondió el americano.

—Lo que pasó en la Pradera de San Isidro... —Fernando no pudo seguir hablando porque Marvin le cortó furioso.

—A mí no me concierne el que haya traído una hija al mundo. ¡Lo ha decidido ella! ¡Yo no asumiré las consecuencias! Olvidas que apenas la conozco... Catalina es vuestra amiga, no la mía; para mí sólo es una chiquilla caprichosa que no sabe lo que quiere y con la que hay que tener cuidado para que no te envuelva en las redes de sus fantasías.

—¡No hables así de ella! —Fernando se puso en pie, midiéndose con Marvin.

Fue Farida la que les devolvió la calma instándoles a reflexionar en vez de enfrascarse en una pelea que no conduciría a nada.

—Te honra el amor generoso que sientes por Catalina. Así es la vida... Tú, Fernando, has decidido unir tu suerte a la de una mujer que nunca podrá quererte porque persigue un sueño y los sueños son fruto de nuestra imaginación, con lo que podemos adornarlos tanto como deseemos, estirarlos hasta el infinito, perseguirlos eternamente. En cuanto a Marvin... tiene derecho a no dejarse envolver en los sueños de Catalina. Es su elección.

—Entonces ¿qué podemos hacer? —preguntó Eulogio, preocupado por la deriva de la conversación.

—Ya te lo dije, puedes venir a Nueva York con nosotros, estoy seguro de que mi padre te dará trabajo. Pero a pesar de Catalina, aún no nos iremos; sé que va a ser incómodo esquivarla y cuento para ello con vosotros. Yo os ayudaré, no consentiré que paséis penalidades. Farida ha hablado con Ylena Kokkalis para decirle que no debe preocuparse por los gastos de vuestra estancia en su casa. Es lo menos que puedo hacer en esta situación —afirmó Marvin.

—No tienes por qué hacerlo —le respondió airado Fernando.

—Te equivocas, claro que debo hacerlo. Nadie ha sido más generoso conmigo que Eulogio. Sobreviví en España gracias a él. Me sacó en sus brazos del Frente; estaba herido, pero aun así, arrastrándose, fue capaz de cargar conmigo para sacarme de la línea de fuego. Y después su madre y él me acogieron en su casa, ofreciéndome cuanto disponían.

—No me debes nada, amigo —susurró Eulogio.

—La vida. Y nunca podré hacer lo suficiente para pagar mi deuda.

Permanecieron en silencio como si no les quedara más que decir, pero de nuevo habló Marvin:

—Hoy estuve almorzando con los Wilson. Sara es extremadamente bondadosa, como lo es su padre, monsieur Rosent. En cuanto a Benjamin, siempre procura complacer a Sara. Les expliqué vuestra situación y les pedí consejo y ayuda.

—¿Y cómo pueden ayudarnos? —preguntó Eulogio impaciente.

—En realidad aún no lo sé... Le sugerí a Benjamin que Fernando podría ayudarle en la edición de los libros puesto que tiene cierta experiencia y además domina el inglés... En cuanto a ti, Eulogio, Farida conoce a un hombre que es arquitecto y tiene un negocio de construcción de casas y edificios. El amigo de Farida podría contratarte durante un tiempo —siguió diciendo Marvin.

—¿Como qué? No hablo una palabra de árabe. —La voz de Eulogio estaba cargada de amargura.

—Mi amigo es ya mayor y sufrió un accidente en una obra, y necesita que alguien le acompañe de un lado a otro, una especie de secretario. El que tenía está enfermo y hasta que se reponga precisa un sustituto —intervino Farida.

—No le sería útil, tendríamos que entendernos por señas —insistió Eulogio.

—Esto es Alejandría, no se te olvide, y tenemos un don, el don de lenguas —respondió Farida con una sonrisa—. Pero para tu tranquilidad te diré que Sudi es medio francés, su madre lo era. Él viajó por España en busca de las huellas de la arquitectura musulmana. Incluso vivió una larga temporada en Granada. De manera que os entenderéis en francés y en español. No tendrás problema. En

cuanto al árabe... tú decides si estudiarlo o no mientras estés aquí. —Farida le miró aguardando la respuesta.

—Me gustaría irme ya a América —afirmó Eulogio.

—Entonces buscaremos un barco que te lleve —respondió Marvin.

—Pero no puedo irme todavía... no mientras la hija de Catalina se está muriendo ni antes de que Fernando decida qué hacer. Así que aceptaré ese trabajo y ya veremos si soy capaz de hacerlo.

—¿Y tú, Fernando? ¿Te parece bien trabajar para los Wilson? —quiso saber Marvin.

—Espero serles de alguna utilidad... Ahora comprendo el porqué de tantas preguntas del señor Wilson... —les comentó Fernando.

—Benjamin siempre hace preguntas. Eso no te debe extrañar. Es el hombre mejor informado de Alejandría. Aquí no pasa nada de lo que él no tenga noticia inmediata —le aclaró Farida.

Eran cerca de las diez cuando terminaron de cenar. Farida había insistido en llevarlos al hospital, pero rechazaron su ofrecimiento. Fernando necesitaba caminar y pensar. Eulogio le secundó.

Durante un buen rato apenas intercambiaron una palabra.

Fue Eulogio quien rompió el silencio:

—¿Qué te parecen los trabajos que nos han buscado?

—Hay que agradecersele, no es fácil encontrar empleo para dos españoles que acaban de llegar sin ningún título que los avale. Además, necesitamos dinero, no podemos depender de ellos. Es verdad que Marvin te debe mucho, pero a Catalina y a mí no nos debe nada, y aun así ambos están siendo generosos con nosotros. Lo que no puedo entender es que Marvin se desentienda de lo que hizo...

—Catalina insistirá en verle —dijo Eulogio, que estaba preocupado.

—Sí, y ya la conoces, no acepta una negativa. Además, está Adela. Quiere un padre para su hija.

—Ya, pero... Bueno, Marvin no va a ser ese padre, ya le has oído, se niega

incluso a hablar con ella.

—No le juzgo, Eulogio. Cada cual tiene sus razones. Catalina no significa nada para él, pero la pobrecita niña... Además, Catalina no se rendirá e insistirá en verle —afirmó Fernando.

Tuvieron que preguntar un par de veces dónde se encontraba el hospital hasta dar con él.

Subieron las escaleras ansiosos por ver a Catalina y temiendo lo peor. Cuando llegaron a la habitación donde se encontraba con la niña les sorprendió escuchar una voz fuerte y rotunda que reconocieron de inmediato. Era el capitán Pereira.

Catalina estaba sentada en una silla con su hija en brazos. La estaba amamantando aunque la pequeña parecía dormida. Pereira miraba a las dos con preocupación. Se estrecharon la mano con afecto. Y ella les puso al tanto de la situación. Adela seguía resistiendo aunque cada vez estaba más débil, pero insistió en su convencimiento de que su hija sobreviviría. El Portugués asentía como si estuviera persuadido de que no podía ser de otra manera.

—¿Y Marvin? ¿Cuándo vendrá? —La voz de la muchacha dejaba entrever un destello de histeria.

—No vendrá. —Eulogio lo dijo con tal rotundidad que Catalina se sobresaltó.

—¿Que no vendrá? ¡Eso es imposible! ¿Le habéis dicho que ya ha nacido su hija?

—Está comprometido con otra mujer, no quiere saber nada de ti.

Catalina clavó su mirada en Eulogio, incrédula ante sus palabras. Parecía que le costaba entender lo que su amigo acababa de decir.

El capitán Pereira tosió incómodo.

—No te creo —afirmó Catalina.

—Pues es así —insistió Eulogio.

—Dímelo tú, Fernando —le pidió ella.

—Marvin no vendrá. Eulogio te ha dicho la verdad, vive con una mujer.

—¿Vive con una mujer? ¿Dónde? Iré a hablar con él. Ella no podrá impedir que conozca a Adela y luego decida qué hacer.

—Eso no es posible... No quiere verte y además no se van a quedar en Alejandría. Piensan marcharse en los próximos días. —Fernando hablaba en voz baja como si las palabras no quisieran salir para no herirla.

Se quedaron en silencio. La amargura se fue dibujando en el rostro de Catalina. Por un momento pareció vencida.

Adela comenzó a gemir y ella acarició su pequeño rostro.

—¿Sabéis que Ylena ha conseguido que el hospital nos dé esta habitación para nosotras solas? Aquí Adela está tranquila sin escuchar el llanto de otros niños ni las conversaciones de sus madres. —De pronto empezó a cantar y a acunar con demasiado vigor a la niña, como si de repente hubiera perdido la razón.

Los tres hombres se miraron preocupados. Fue Pereira el que salió de la habitación en busca de una enfermera.

Catalina puso una mueca de disgusto cuando vio entrar a la enfermera y abrazó con fuerza a su hija.

—Voy a examinar a la pequeña —dijo la enfermera mientras la cogía de los brazos de Catalina para colocarla en la cuna.

—Está mejor conmigo. —Catalina intentó cogerla de nuevo.

—En cuanto la examine... Tengo que comprobar que no le haya subido la fiebre... Sigue respirando con dificultad. Avisaré al doctor Naseef, hoy está de guardia.

La enfermera le puso el termómetro a Adela y buscó el pulso en su minúsculo brazo. Luego salió de la habitación.

Catalina continuó meciendo a su hija, preocupada por el calor intenso que desprendía su cuerpecito enfermo.

—Buscaré a Marvin, os juro que le encontraré. Sé que se hará cargo de Adela y de mí. No se negará cuando me vea —insistió.

No la contrariaron. El capitán tampoco. Se limitaron a mirarse.

El doctor Naseef entró en la habitación sin ocultar su enfado.

—No son horas de visita. Ustedes tienen que respetar las normas como el resto de la gente. De manera que márchense.

Después empezó a examinar a la niña mientras la preocupación se reflejaba en su rostro.

Fernando, Eulogio y el capitán aguardaban a que el doctor saliera de la habitación. No se irían hasta saber el estado de Adela.

El médico salió al pasillo y se paró en seco al verlos.

—Es un milagro que haya resistido tanto, pero creo que no pasará de esta noche. Le ha subido la fiebre y apenas puede respirar. La enfermera vendrá a ponerle una inyección... En realidad la niña está en manos de Dios.

—Usted es médico, no sacerdote, de manera que no deje en manos de Dios lo que le corresponde hacer a usted. —Las palabras de Fernando estaban envueltas en rabia.

El capitán Pereira apretó su brazo para que se contuviera. Comprendía su desesperación, pero no lograría nada enfrentándose al médico.

—Llevo muchos años combatiendo la enfermedad y desgraciadamente he perdido muchas batallas. Pero le aseguro que en alguna ocasión, en medio de una de esas batallas que se antojaban imposibles, de repente se producía el milagro. Usted no tiene por qué creerlo. Ojalá en este caso Dios quiera hacer un milagro con esta niña.

Se dio la vuelta dejando a los tres hombres meditando sobre sus palabras.

—Ylena dijo que el doctor Naseef es copto y muy religioso —comentó Eulogio.

—Dios es un asunto de cada uno —respondió Pereira—. Hay quien nota su presencia... pero a lo largo de mi vida yo sólo he notado su ausencia... En cualquier caso nada podemos reprochar al doctor Naseef. Le conozco, es un buen médico además de ser un buen hombre. Adela está en las mejores manos. Si él no la puede salvar, nadie podrá hacerlo.

Salieron del hospital. Fernando y Eulogio, agotados por la intensidad del día; Pereira, abrumado por la certeza de que la muerte rondaba a Adela.

Aquella noche no durmieron bien ninguno de los tres. El capitán no podía dejar de pensar en el día no tan lejano en que había ayudado a Doc en el parto de

Adela y la impresión que le produjo tenerla en sus brazos, inerte como si ya estuviera muerta.

Al día siguiente, Fernando se levantó temprano y regresó al hospital. Catalina se había quedado dormida junto a la cuna de la niña. Se acercó despacio y al mirarla se dio cuenta de lo mucho que había cambiado. El rostro de Catalina estaba tenso, con pequeñas líneas de sufrimiento en torno a los labios. Ella debió de notar su presencia porque abrió los ojos y, preocupada, se inclinó sobre su hija para comprobar si respiraba. Suspiró aliviada.

—Me he debido de quedar dormida —se excusó.

—No me extraña, tienes que estar agotada. Te propongo que esta noche me permitas acompañarte para cuidar de Adela y así tú descansas.

—¿Crees que podría dormir mientras mi hija lucha por su vida?

—No estaría sola, estaría yo con ella.

—Pero tú no eres su padre, una niña enferma debe estar con sus padres que son quienes saben mejor que nadie lo que necesita. Si Marvin viniera... pero ni siquiera con él la dejaría sola.

Fernando sintió un dolor intenso en el estómago al escuchar las palabras de Catalina. Pero se calló.

La enfermera entró con paso sigiloso y se extrañó de encontrar a Fernando a una hora tan temprana. Se acercó a la niña y le puso el termómetro. Luego la aseó pasándole una toalla templada por su cuerpecito enfermo.

—Tiene menos fiebre... es una buena señal.

—Sigue vomitando... no retiene la leche.

—El doctor le dijo que no hay que forzarla. Es mejor darle el agua con azúcar y el suero.

—Está tan débil...

—No desespere... Adela tiene tantas ganas de vivir... No he visto a ningún niño sietemesino capaz de sobrevivir a una pulmonía, y ya ve como ella no deja

de luchar —la consoló la enfermera.

—¿El doctor vendrá?

—Aún no ha llegado, pero no dude que vendrá a verla. Antes lo hará el médico de guardia.

Cuando se quedaron a solas, Catalina sonrió a Fernando y le cogió la mano apretándosela con afecto; luego se acercó a él y le abrazó. Se dejó envolver por los brazos de Fernando sintiendo su fuerza.

—No sé qué haría sin ti —le dijo, y le besó en la mejilla.

—No me necesitas, Catalina, eres muy fuerte, más de lo que imaginas.

—No lo soy, si supieras... Pero no puedo dejarme vencer porque está Adela. Dime, ¿hay alguna novedad? ¿Es verdad que Marvin se va a marchar como dijiste anoche?

—Marvin se va a ir con la mujer con la que vive. Ya te lo hemos dicho.

—¿Volverá?

—No lo sé.

—¿Dónde irán?

—Tampoco lo sé... Puede que a su país. Ya sabes que América ha entrado en guerra.

—¡Malditas guerras! Espero que no sea tan tonto como para enrolarse en el Ejército y combatir.

—Quién sabe...

—Y esa mujer, ¿quién es?

—¿Farida? Es una filósofa con mucho predicamento en Alejandría. Escribe libros.

—Vaya... así que es filósofa... ¿La quiere?

—Sí... pero yo no puedo responder a esa pregunta.

—¿Y a quién más puedo hacerla sino a ti? Fernando, ¿estás seguro de que se marcharán?

—Así nos lo han dicho.

—Entonces... ¿qué vamos a hacer?

—Por lo pronto, trabajar. Necesitamos dinero. Cuando tenga el suficiente, si quieres, te compraré un pasaje para que regreses a España; puede que tu padre se ablande cuando conozca a Adela.

—¿Y tú? ¿Piensas regresar?

—No puedo, Catalina, lo sabes. Maté a aquellos hombres. No sé si me están buscando... Yo no regresaré jamás.

—¿Vas a quedarte en Alejandría?

—No lo sé... Bueno, sólo sé que estaré a tu lado e iré contigo donde quieras menos a España. Pero por ahora no tenemos más remedio que quedarnos en Alejandría. Fue una temeridad venir, pero lo sería aún más marcharnos ahora que Adela está enferma. Además, la guerra se extiende a todas partes.

—Has dicho que vas a trabajar...

—Sí, el señor Wilson va a contratarme para su editorial... eso nos ayudará a mantenernos. Ylena es muy generosa, pero no podemos vivir en su casa eternamente sin pagar. Eulogio también ha encontrado un trabajo. Va a hacer de ayudante de un constructor, el hombre está enfermo y necesita quien le lleve de un lugar a otro.

—Así que Eulogio también se queda.

—Es un trabajo provisional, para no permanecer desocupado mientras llega el momento de marcharse. Ya sabes que si emprendió este viaje fue para ir a América, y Marvin le va a ayudar.

—Qué extraña es la vida, Fernando... Aquí estamos los tres en una ciudad que nos es ajena, a la que nada nos une y en la que tendremos que aprender a sobrevivir.

—Y lo haremos.

—Yo tampoco voy a regresar a España. En cuanto Adela esté mejor iré al encuentro de Marvin, y si entonces se ha ido de Alejandría, le buscaré donde quiera que esté. Habrá una manera de enterarse. Si tengo que ir a América, iré.

—Ahora no pienses en eso.

Sara estaba pasando un plumero por los libros cuando entró Fernando. Le indicó que fuera al despacho de su marido situado en la primera planta del edificio. Akim le acompañó. En la librería había una puerta que se abría a un pasillo donde, para sorpresa de Fernando, se encontraba la pequeña editorial. Dos hombres trabajaban en una mesa que compartían, otro más alejado parecía ensimismado corrigiendo un manuscrito, mientras que al fondo se distinguía una pared cuya parte superior era de cristal; tras ella estaba la imprenta. La máquina era moderna, no de las grandes pero sí de las mejores que se podían comprar.

Tres hombres trajinaban de un lado a otro. Una escalera situada en un rincón subía hasta el primer piso, donde Benjamin Wilson tenía su despacho.

En realidad era más que un despacho, porque disponía de una sala de espera y otra de reuniones, además de una pequeña cocina y un antedespacho donde una mujer de mediana edad, con el cabello castaño recogido en un moño, escribía a máquina.

La mujer les sonrió y se puso en pie. A Fernando le sorprendió su apretón de manos firme.

—Soy Leyda Zabat, la secretaria del señor Wilson. Le está esperando. Gracias, Akim, por acompañarle —dijo despidiendo al joven.

El despacho olía a cera de abeja además de a tabaco de pipa. Los muebles de caoba eran británicos, sin lugar a dudas, así como los cuadros con escenas de caza. Detrás de la mesa de escritorio un cuadro sobresalía sobre todos los demás. El retrato de un hombre de cierta edad y un parecido innegable con el señor Wilson. Fernando no pudo dejar de mirarlo mientras se estrechaban la mano.

—Mi abuelo —dijo Benjamin, mirando también el cuadro.

—Se parecen mucho...

—Sí, así es... lo que para mí es un motivo de orgullo.

Wilson le invitó a sentarse mientras le observaba y terminaba de hacerse un juicio sobre él. Pensó que Fernando poseía cualidades para lo que necesitaba, pero tenía en su contra su inexperiencia.

—¿Le explicó nuestro amigo Marvin en qué consistiría su trabajo en caso de que lleguemos a un acuerdo?

—Me dijo que sería ayudante de edición.

—¿Cree estar preparado para esa labor?

Fernando dudó antes de responder:

—Al menos puedo intentarlo. Como le expliqué ayer, mi padre era editor y pude ver cómo hacía su trabajo. Pero le mentiría si le dijera que antes de hoy he trabajado como editor. Cuando terminó la guerra encontré trabajo en una imprenta. El dueño era conocido de mi padre. Allí editaban algunos de los libros que él traducía. Conozco el oficio de imprenta y el de edición, pero no me atrevería a decirle que soy un editor.

A Wilson le gustó la sinceridad de Fernando, pero pensó que su excesiva integridad y sinceridad hacían de él un hombre vulnerable. Sin duda el padre del chico le había inculcado unos valores que habían prendido en su alma para siempre.

—Nuestro ayudante de edición se acaba de casar y va a establecerse en El Cairo, donde el padre de su esposa tiene un buen negocio. De manera que el puesto está vacante. Probaremos un mes, después decidiré si se queda. Eso sí, le aconsejo que si va a quedarse algún tiempo en esta ciudad empiece a estudiar árabe. Alejandría es una Babel, pero el árabe es imprescindible.

—Lo haré, señor Wilson.

El sueldo era aún mejor de lo que esperaba, así que Fernando aceptó sin dudar.

Benjamin Wilson le invitó a ponerse a trabajar de inmediato a las órdenes del jefe de edición. El hombre se llamaba Athanasios Vryzas y resultó ser casi un anciano, o eso le pareció a Fernando. Había ejercido como profesor de Literatura y amaba la poesía sobre todas las cosas. Llevaba muchos años editando los libros de Wilson & Wilson en Alejandría y tenía buen ojo para descubrir nuevos talentos. Contaba con la confianza de Benjamin Wilson, con el que viajaba en ocasiones a Londres.

Vryzas recibió a Fernando con afecto y enseguida le puso a revisar unos

manuscritos que aguardaban a que alguien los leyera. Eran tres poemarios.

—Los lees detenidamente y luego me haces un informe de cada uno. Un informe sincero, no temas decir lo que piensas. En esta casa somos muy estrictos con la calidad.

Al caer la tarde había leído los manuscritos y redactado los tres informes, que dejó sobre la mesa del señor Vryzas, quien se había marchado un poco antes. También se sorprendió de la cantidad de personas que visitaban el negocio, ya fuera para curiosear entre los libros, para convencer al editor de que leyera un texto original, pero sobre todo para visitar al señor Wilson, que había pasado el día entero en el despacho.

Cuando salió de Wilson&Wilson su ánimo había mejorado y, si no hubiera sido por la añoranza de su madre, casi se habría podido sentir feliz en aquella ciudad sorprendente.

Eulogio le aguardaba impaciente en casa de la señora Kokkalis. Dimitra les recordó que la señora era muy estricta con la puntualidad y ya estaba esperando en el comedor junto al coronel Sanders y a monsieur Baudin.

Allí se enteraron de que tanto Ylena como Baudin habían visitado a Catalina y les dieron noticia de que la pequeña Adela había experimentado una ligera aunque evidente mejoría. No es que el doctor Naseef creyera que había pasado el peligro, recalcaron para no inducirles a engaño, pero la niña seguía viva pese a que la noche anterior el buen doctor no creía que pudiera sobrevivir ni un día más.

Fernando y Eulogio cenaron con apetito. Los dos amigos ansiaban contarse las novedades del día, aun así en cuanto terminaron de cenar siguieron a mister Sanders y monsieur Baudin a la biblioteca, donde casi todas las noches fumaban un cigarro degustando un buen oporto y si tenían ánimo jugaban además una partida de ajedrez. Ylena solía charlar durante un rato con sus huéspedes. A ella también le gustaba fumar.

Mister Sanders estaba explicando el perfil del poderoso enemigo que los Aliados tenían en Erwin Rommel.

—Hay que reconocerle no sólo ingenio sino talento, se lo digo yo, que he dedicado mi vida al Ejército —afirmó el coronel mientras daba una calada al cigarro.

—¿Cree que Churchill ha acertado sustituyendo al general Archibald Wavell por el general Claude Auchinleck? —preguntó monsieur Baudin.

—Evidentemente, querido amigo. ¿Quién les ha parado en Tobruk? Detener a Rommel no ha sido fácil.

—El objetivo de Rommel es Egipto —afirmó Ylena.

—Esté tranquila, no le permitiremos llegar, Auchinleck sabe lo que se hace —replicó el coronel Sanders.

—Los alemanes tienen muchos amigos en la corte, incluso dicen que el rey Faruk simpatiza con Hitler —apuntó monsieur Baudin.

—A ningún país le gusta vivir tutelado por otra potencia, y los británicos llevan demasiado tiempo haciendo y deshaciendo a su antojo en Egipto —intervino de nuevo Ylena.

—¿Preferiría la tutela de Alemania en vez de la de Gran Bretaña? —preguntó Sanders.

—Yo soy alejandrina pero también soy griega. No olvide que los griegos llegaron aquí con Alejandro, que fue quien fundó Alejandría... Esta ciudad ha visto pasar a tantos ejércitos que se han querido hacer con ella... Pero respondiendo a su pregunta: de ninguna manera me gustaría que Alemania se hiciera con Egipto. Tiemblo cuando pongo la radio y escucho al Führer... Ese hombre está llevando la guerra a todos los rincones y abomino de sus ideas sobre la superioridad de la raza aria. Pero eso ya lo sabe usted, coronel, de lo contrario no se alojaría en mi casa.

Rieron mientras Ylena les llenaba de nuevo las copas de vino.

—Desde luego a los alemanes hay que temerlos más que a los italianos... —comentó monsieur Baudin.

—No hay enemigo pequeño, mi querido amigo —afirmó el coronel Sanders—. He sabido que ayer perdimos en la batalla del golfo de Sirte el crucero

Neptune. Pero esto aún no es oficial, de manera que les ruego discreción.

A Eulogio las cosas le estaban saliendo mejor de lo que preveía. Sudi Kamel, el constructor conocido de Farida, era un hombre entrado en años, demasiados según Eulogio para ir sin descanso de un lado a otro.

El constructor había tenido la desgracia de perder a su único hijo y heredero. Contaba con otras dos hijas que estaban casadas, con maridos bien situados; ambos eran funcionarios en la corte del rey Faruk, vivían en El Cairo y no mostraban ningún interés en abandonar la esfera del poder para hacerse cargo de un negocio que desconocían. Así que Sudi Kamel se sentía obligado a seguir trabajando hasta el fin de sus días, porque como le había explicado a Eulogio, muchas familias dependían de la bonanza de su negocio, pero además confiaba en que alguno de sus nietos, ya adolescentes, cuando llegara a la edad adulta pudiera sentir interés por el negocio familiar.

El cometido de Eulogio no era otro que acompañarle y ocuparse de ayudarle en cuanto necesitara. Un trabajo este que pudo hacer sin dificultad puesto que pese a su temor de no poder entenderse con su nuevo jefe, Sudi, además de dominar el francés, sabía español, tal y como le había dicho Farida.

Aquella noche hacía frío. Diciembre también se hacía notar en Alejandría. Fernando recordó que pronto sería Navidad y le asaltó la nostalgia. En realidad apenas habían tenido tiempo de pensar sobre sí mismos desde que huyeron de España. Sobrevivir se había convertido en su principal empeño y al hacerlo habían aparcado cualquier pensamiento que les recordara por qué estaban allí.

—Mañana me levantaré pronto para ver a Catalina antes de ir al trabajo — comentó Fernando.

—Te acompañaré. El señor Sudi me ha pedido que vaya a buscarle a las diez, así que tengo tiempo para pasar antes por el hospital.

—Catalina se alegrará de verte.

—Yo creo que al único al que le gustaría ver es a Marvin.

—Debería sincerarse con ella — se quejó Fernando.

—No podemos reprochárselo. Ahora Catalina no significa nada para él.

—Pero es el padre de su hija y merece una explicación, aunque sea que no la quiere y, por tanto, que no se va a hacer cargo de ella.

—Fernando, no seas injusto con Marvin. Él tiene sus razones, ha sufrido mucho. Menos mal que ahora tiene a Farida. Creo que ella es la única capaz de salvarle de él mismo y de sus fantasmas.

—Yo me siento un idiota delante de Farida. Sabe tanto... y cuando te mira parece que puede leer dentro de uno.

»Me pregunto por qué está con Marvin... es mucho mayor que él.

—Todos tenemos razones para hacer lo que hacemos aunque nos equivoquemos —dijo Eulogio, perdiendo la mirada en el humo del cigarrillo.

Aquella noche del 18 de diciembre de 1941, mientras los dos amigos hablaban, un grupo de marinos italianos pertenecientes a la Décima Flotilla MAS se preparaban para atacar a los británicos en el mismo puerto de Alejandría. Al mando del marqués Luigi Durand de la Penne, aquel grupo de hombres había llegado a bordo del submarino *Scirè* con la misión de volar los barcos de la flota británica atracados en el puerto de la ciudad. La misión de los marinos italianos a bordo de los tres *maiali* era colocar unas cargas explosivas en los acorazados británicos atracados, el *HMS Valiant* y el *HMS Queen Elizabeth*. Las seis de la mañana era la hora prevista de la explosión.

Pero de eso nada sabían los alejandrinos que se fueron a la cama convencidos de que el día siguiente sería como el anterior.

La explosión despertó a la ciudad. Catalina se asustó y Adela, que apenas tenía fuerzas para respirar, lloró.

Ylena se despertó sobresaltada y envolviéndose en una bata salió de su habitación tropezándose con mister Sanders, quien también se había despertado por la explosión.

Minutos después se unieron monsieur Baudin, Eulogio, Fernando y las dos criadas. Ilorá, que hacía las veces de cocinera, temblaba de miedo, y en cuanto a Dimitra, a pesar de lo temprano de la hora, se ofreció a salir a la calle para

intentar averiguar qué pasaba. Pero antes el coronel Sanders pidió a Dimitra lápiz y papel explicando al resto de los huéspedes que quería anotar la secuencia de las explosiones, asegurando que la primera se había producido a las 5.45 de la madrugada de aquel 19 de diciembre. Monsieur Baudin no dejaba de preguntar qué había podido pasar.

Y lo que había pasado no era otra cosa que horas atrás los tres *maiali*, cada uno con dos hombres, se movieron sigilosamente hasta llegar a la entrada del puerto; sin embargo, en un primer momento no pudieron franquearlo por culpa de las redes metálicas con las que los británicos protegían sus naves. Pero la suerte se había puesto de su parte porque inopinadamente la barrera se levantó para permitir la entrada de unos barcos. Una vez dentro, los «torpedos humanos» italianos empezaron a colocar sus cargas en los cascos del *Queen Elizabeth* y en el de un petrolero noruego, el *Sagona*. No obstante, como la suerte también es caprichosa, el pequeño torpedo en que se encontraba el jefe de la expedición, Luigi Durand de la Penne, se enganchó con los cables del acorazado *Valiant*. El marqués primero tuvo que sacar la carga del sumergible y después fijarla al casco. Cuando los hombres rana terminaron y salieron a la superficie fueron descubiertos por un centinela del *Valiant*.

Mientras la ciudad apenas comenzaba a despertarse, el almirante Andrew Cunningham escuchaba atónito las noticias de la presencia en el puerto de los dos italianos detenidos en el *Valiant*. Sus hombres le informaron de que los prisioneros se negaban a decir nada que no fuera su nombre y rango.

Pero no sería hasta horas más tarde, gracias a las relaciones de Ylena, además de los contactos que el propio coronel Sanders tenía entre los oficiales del almirante Cunningham, que supieron que el origen de la primera explosión se debía a que el petrolero *Sagona* había explotado, cuya detonación había afectado de lleno al destructor *Jervis*, anclado a su lado. Poco después, una segunda explosión hizo saltar al *Valiant* y unos minutos más tarde fue el *Queen Elizabeth* el que corrió la misma suerte.

Los británicos capturaron a los comandos italianos, pero el daño estaba hecho,

aunque gracias a que no era mucha la profundidad del puerto los buques pudieron ser reflatados.

Pero de este y otros detalles no se enteraron los alejandrinos hasta mucho después, ya que el principal empeño del almirante Cunningham era que ni italianos ni alemanes tuvieran certeza de la catástrofe que había supuesto la voladura de los buques y que la noticia tampoco llegara a Londres, donde sus gentes sufrían los rigores de los bombardeos de la Luftwaffe. Claro que una cosa era no enterarse de los detalles y otra ignorar lo ocurrido. Al fin y al cabo, la ciudad se había despertado con el ruido de las explosiones y quien más quien menos tenía algún conocido que aseguraba saber lo sucedido.

Fernando y Eulogio se apresuraron para llegar temprano al hospital. Encontraron a Catalina preocupada. Pero por más que ella preguntaba, ellos aún no tenían noticias ciertas de lo acaecido porque ni Ylena ni el coronel Sanders habían salido aún de casa para preguntar a sus conocidos.

El doctor Naseef entró en la habitación con el rostro contraído por la incertidumbre. Tampoco él pudo responder a las preguntas de Catalina. Había escuchado las explosiones, pero nada sabía de su procedencia.

Examinó a la criatura y en su mirada volvió a aflorar la preocupación.

Fernando le siguió cuando salió de la habitación. Quería saber si Adela se salvaría.

—Es un milagro que esté viva, lo que no sé es por cuánto tiempo más lo estará. No mejora, pero al menos tampoco empeora. ¿Sabe?, temo por Catalina, está muy débil, debió de perder mucha sangre durante el parto. Además, apenas come y pasa tantas horas a solas en la habitación... Las enfermeras están atentas, pero todo este sufrimiento le dejará huella. Si pudieran encontrar al padre de la niña... Ella le necesita.

Miró a Fernando esperando una respuesta que no llegó, así que se despidió con paso rápido.

Al entrar en la habitación encontró a Eulogio discutiendo con Catalina.

—¿Se puede saber por qué discutís?

Catalina le miró enfurecida, pero inmediatamente sus ojos pasaron de la furia a la desesperación.

—¡Me habéis engañado! ¡Me habéis traído a Alejandría diciéndome que aquí estaba Marvin! Y ahora os negáis a ayudarme para que le pueda ver. ¡Sólo os interesaba que os ayudara a escapar! Tú necesitabas la pistola para matar a esos hombres y los dos el dinero para poder huir.

—¡Cómo puedes decir esto! ¡Sabes que no es verdad! —Fernando sintió las palabras de Catalina como un puñal atravesándole las entrañas.

—¡Claro que es verdad! ¡No os importó lo que pudiera pasarme! Mira a mi hija... ha nacido antes de tiempo. Soy yo quien la puso en peligro creyendo que podíamos encontrarnos con su padre. ¡Me engañasteis! Tú sólo querías vengarte por lo de tu padre y tú escaparte por la vergüenza de tu madre... ¡Sois unos miserables! —Catalina rompió a llorar asustando a Adela, que comenzó a agitarse.

—Si eso es lo que crees... no te preocupes, te daremos hasta el último céntimo y te buscaremos un pasaje para que regreses a España. En cuanto a Marvin... ¿por qué no aceptas que él no quiere verte? —La voz de Fernando estaba cargada de rabia y dolor.

Eulogio miraba a uno y a otro sin saber qué decir ni qué hacer ante la desesperación de Catalina y la explosión de rabia de Fernando, que no esperaba la respuesta de ella.

—Lo que sucede es que no quieres que le encuentre. Mi madre decía que estás enamorado de mí... lo decía todo el barrio... Yo me hacía la tonta porque siempre te tuve como a un hermano, pero tenían razón. Te has aprovechado de mí y ahora me impides que encuentre a Marvin.

Era tanta la ira y el dolor acumulados que Fernando salió de la habitación dando un portazo. Ni quiso ni pudo reprimir el llanto. De repente sintió el peso de cuanto había sucedido desde la tarde en que había matado a aquellos dos hombres responsables de la muerte de su padre. Esos hombres que se le aparecían puntuales cada noche.

No había querido pensar que había cometido un asesinato. Cada vez que los rostros de aquellos dos hombres se colaban entre las brumas de sus pensamientos intentaba desecharlos de inmediato porque no disponía de tiempo para otra cosa que no fuera sobrevivir... La huida..., el tren..., el temporal en el barco..., el nacimiento de Adela..., llegar a una ciudad con la que no tenía ningún vínculo sin tener con qué pagar el techo bajo el que vivían..., la enfermedad de la niña... Pero de repente lo sucedido se abrió paso en su cabeza provocándole un dolor insoportable. Catalina le había enfrentado con el fantasma que habitaba en él, el fantasma del asesino.

Eulogio miró de arriba abajo a Catalina y ella pudo leer que aquella mirada estaba cargada de rencor.

—Tienes razón, gracias a tu dinero hemos podido llegar hasta aquí. Y gracias a tu pistola Fernando pudo matar a esos desgraciados. ¿Nos hemos servido de ti? Puede ser, pero tanto como tú nos has utilizado a nosotros. Querías escaparte de Antoñito para no tener que afrontar la vergüenza de confesar que estabas preñada. ¿Qué habría dicho él? ¿Y tus amistades? ¡Catalina Vilamar preñada! Has huido de la vergüenza y del escándalo. Y sí, también para encontrar a Marvin, pero sobre todo para que la gente no te señalara. Así que lo comido por lo servido, tú nos ayudaste y nosotros te hemos ayudado a ti. Tienes razón en una cosa, Fernando te quiere, pero no le mereces. Y ahora me voy. En cuanto a Marvin, ni te ha querido, ni te quiere ni te querrá. Es feliz con la mujer con la que vive, feliz como no lo ha sido nunca. Tú no significas nada para él. Pero te diré que si siento por alguien todo lo que está pasando es por Adela. Ella no se merece una madre tan estúpida como tú.

Salió de la habitación sin mirarla, sintiendo una rabia intensa. Se dijo que no la vería nunca más.

Por más que le buscó, Eulogio no encontró a Fernando. Sin duda se habría ido hacia el trabajo y él tenía que hacer lo mismo. Sintió una punzada de desesperación al preguntarse qué estaba haciendo en Alejandría. Cogió un tranvía para llegar a tiempo a casa de su nuevo jefe. Sudi Kamel parecía un buen

hombre, pero no era de los que permitían a sus empleados incumplir el horario.

Athanasios Vryzas saludó con un gesto a Fernando y volvió a hundir la mirada en el manuscrito que estaba leyendo. En el rostro de Fernando quedaban huellas de lágrimas y un tic en el labio superior evidenciaba la convulsión de su alma.

Los empleados de Wilson&Wilson murmuraban sobre la explosión acaecida aquella madrugada. Todos parecían saber la causa aunque en realidad lo que hacían era expandir conjeturas y rumores. Sara procuraba calmar los ánimos aconsejando esperar a lo que dijeran las autoridades, pero era difícil que las conversaciones dejaran de girar sobre aquel estruendo infernal que los había despertado y atemorizado.

Fernando escuchó cómo Akim, la mano derecha de Sara en la librería, comentaba que muchos en la ciudad habían pensado que Rommel había derrotado a los británicos, haciéndose con Alejandría.

Sara sonreía mientras escuchaba la sarta de rumores.

—Rommel no se hará con Alejandría —afirmó con rotundidad.

—Pero se ha hecho con la Cirenaica... —argumentó Akim.

—Esto no es la Cirenaica, que ya estaba en manos de los italianos. El Ejército británico no puede permitirse perder Egipto, ya lo verás —insistió ella.

—Usted sabe que... —Y Akim calló, temeroso de sus propias palabras.

—¡Ay, Akim! Sé lo que ibas a decir y no has dicho. Sí, sé que muchos egipcios están hartos de los británicos y que ven con simpatía a los alemanes pensando en que los ayudarán a recuperar su plena soberanía. Si Rommel ganara la guerra en Oriente pronto lo estaríais lamentando. Te aseguro que perderíais con el cambio.

—En realidad lo que queremos los egipcios es gobernarnos solos —exclamó Akim con cierto orgullo.

—Lo comprendo, te aseguro que lo comprendo. Pero el camino para lograrlo no es caer en brazos de los alemanes.

Fernando escuchaba esta y otras conversaciones sin que logaran importarle.

Sentía demasiado dolor. Con lo que no contaba era con que Benjamin Wilson aparecería para preguntar a Vryzas por un manuscrito que no encontraba.

El librero pudo ver el estado emocional de Fernando, que ocultaba la mirada entre los papeles y más allá de un saludo convencional no dijo ni una palabra de más. Aun así, se quedó preocupado por el estado del joven. De manera que dedicó buena parte de la mañana y aun de la tarde a averiguar qué se escondía detrás de aquel español que había desembarcado en Alejandría con la única credencial de conocer a Marvin Brian.

Precisamente lo primero que hizo fue pedir a Marvin que se reuniera con él en el hotel Cecil, el lugar favorito de los británicos, un establecimiento de lujo donde se servían los mejores dry martinis de toda Alejandría. En su salón de baile se celebraban las fiestas más exclusivas de la ciudad, y en su bar se daba cita lo más granado de los prohombres alejandrinos, comerciantes armenios, franceses, judíos, griegos, junto a espías de todas las potencias, damas aburridas y egipcios de buena cuna.

Marvin llegó puntual, preocupado por la insistencia de Benjamin Wilson en verse cuanto antes. Éste ya ocupaba un asiento en un rincón discreto del bar y cuando Marvin llegó le hizo una seña para que se sentara a su lado.

—Cuéntame todo lo que sepas de Fernando Garzo —pidió sin más preámbulo.

Marvin le contó todo lo que sabía y respondió a las preguntas concisas de Wilson durante un buen rato sin comprender por qué hasta los más nimios detalles eran de su interés. En realidad no era mucho lo que podía decir sobre Fernando salvo que le sabía una persona honrada, hijo de un republicano que había combatido en la guerra. Pero a Wilson no le pareció suficiente la información de Marvin y éste tuvo que admitir que no era él sino Eulogio quien podía desentrañar a Fernando puesto que ambos se conocían desde siempre. Sus padres habían sido amigos y trabajaban en la misma editorial.

Así pues, Wilson tuvo que esperar hasta media tarde, cuando su amigo el constructor Sudi Kamel ya no necesitó de los servicios del español, para pedirle que se reuniera con él en su casa.

A Eulogio le extrañó la invitación y acudió temeroso de que pasara algo grave. Pero Benjamin Wilson le recibió con cordialidad y durante un buen rato le preguntó por España. Sin casi darse cuenta Eulogio comenzó a contarle no sólo sobre la situación política del presente, con el General Franco convertido en un dictador, sino que desgranó los sinsabores de la guerra, le habló de su padre, de su madre, de su familia, de los vecinos y también, claro, de Fernando. Wilson escuchaba sin decir palabra, sólo de cuando en cuando hacía una pregunta animándole a continuar. Eulogio vació su alma. Le contó todo, menos que su madre se había metido en la cama de don Antonio y que Fernando había huido por haber matado a dos hombres. Pero no hizo falta que fuera tan explícito porque Benjamin Wilson supo intuir que en aquel relato había sombras que Eulogio no quería despejar y que sería él quien tuviera que buscar el resto de la verdad.

En cualquier caso, para cuando la noche ya se había instalado en Alejandría había recopilado una buena dosis de información y había hablado con amigos de amigos que podían averiguar en España más sobre quiénes eran Fernando Garzo y Eulogio Jiménez.

Mientras todo esto sucedía, Fernando estuvo trabajando hasta que Athanasios Vryzas le invitó a marcharse a casa.

—Llevas todo el día sin moverte del asiento, ni siquiera te has levantado para comer. ¿Me has preparado los dos informes que te he pedido?

—Aquí están. —Fernando le entregó unos cuantos folios bien ordenados.

—Estás trabajando bien, ayer los informes sobre los manuscritos de poesía, hoy otros dos... Faltan los informes del ensayo sobre el neoplatonismo y el de esa joven sobre los primitivos cristianos...

—Aún estoy leyéndolos. Espero terminarlos mañana.

—Y bien, de los poemarios, ¿cuál de ellos crees que debemos publicar...? Mañana nos reuniremos con el señor Wilson, que espera nuestro consejo.

—Me ha gustado especialmente el que está firmado por Omar Basir.

—Ya... tienes buen ojo. Basir escribe en inglés con la esperanza de que le

publicquemos sus poemas, pero en mi opinión pierden la musicalidad del árabe. Es uno de los jóvenes más prometedores. Bueno... por hoy es suficiente. Vete a descansar.

El aire frío de diciembre le recibió apenas traspasó la puerta. Sara hacía un buen rato que se había marchado y Akim se encargaba de cerrar.

Fernando no tenía ganas de volver a casa de Ylena. Lo único que deseaba era perderse en el último rincón del mundo.

Durante dos horas caminó sin prestar atención a por dónde iba, hasta que una lluvia intensa le devolvió a la realidad.

No tenía apetito y mucho menos ganas de conversación, así que se dirigió al cuarto que compartía con Eulogio y Catalina, pero la voz rotunda del capitán Pereira le hizo parar en seco.

—Ya era hora... Pensaba que te habías perdido. —A Pereira le bastó una mirada para darse cuenta de que Fernando sufría.

Ylena apareció detrás del capitán seguida a su vez por Dimitra.

—Se ha pasado la hora de la cena —advirtió con una voz más severa de lo que pretendía.

—No se preocupe, no tengo hambre. En realidad prefiero irme a descansar.

—¿Así sin más? —preguntó el capitán.

El Portugués le miraba de tal manera que Fernando temió que pudiera leer sus pensamientos.

—Tu amigo Eulogio tampoco ha vuelto muy contento. ¿Qué os pasa? —insistió el capitán.

—Eulogio al menos ha llegado a tiempo de cenar algo —intervino Ylena.

—Le he guardado un poco de estofado y un pedazo de pudin —añadió Dimitra sin importarle la mirada helada de Ylena.

—Les agradezco su interés, pero esta noche prefiero irme a descansar. —Fernando deseaba estar solo y empezaba a molestarle la atención de aquellas personas bienintencionadas.

Eulogio abrió la puerta de la habitación sorprendido por el ruido de la conversación.

—Ya estás aquí... Estaba preocupado —dijo al ver a Fernando.

—Me he quedado a trabajar hasta tarde y luego he andado un buen rato. Necesitaba tomar el aire —respondió con tono de excusa.

—Eulogio ya nos ha contado que Catalina está bien y que la pequeña Adela no va a peor —los interrumpió el capitán.

—He pensado hablar con el doctor Naseef por si fuera posible que las dos estuvieran aquí en Navidad. El capitán cenará con nosotros, lo que será un motivo de alegría. Hace mucho tiempo que no pasa aquí las fiestas. —Ylena parecía sinceramente contenta, aunque ella era ortodoxa, disfrutaba organizando las celebraciones del calendario cristiano para sus huéspedes.

—Bueno, no es lo que tenía previsto, pero mi barco se ha visto afectado por la explosión, de modo que he de quedarme hasta que podamos reparar las averías.

—Navidad... —murmuró Fernando.

—Sí, Navidad. Sólo hay dos maneras de pasarla cuando se está solo, o emborrachándose para no pensar o combatir la nostalgia con buenos amigos. Este año mi opción es la segunda y me parece que la vuestra también —señaló Pereira.

Ylena y el capitán no insistieron más para que Fernando se uniera a ellos a charlar un rato antes de irse a descansar. La crispación en su rostro resultaba tan evidente que intercambiaron una mirada que bastó para decidir que era mejor dejar a los dos amigos solos.

Una vez hubieron cerrado la puerta de la habitación, fue Eulogio quien preguntó a Fernando. Los dos amigos se sinceraron durante un buen rato.

—Qué extraño que el señor Wilson te invitara a su casa... —dijo Fernando.

—Sí, en realidad aún no sé qué quería. Parecía interesado en que le contara cosas sobre España. En cuanto a Catalina... sé que he sido un poco grosero con ella, pero no he podido soportar lo injusta que ha sido contigo. No te merece, Fernando.

—Nunca te ha caído bien.

—No es eso... Había empezado a tomarle afecto. Fue muy valiente durante el viaje hasta aquí. Pero acusarnos de habernos aprovechado de ella... por ahí sí que no paso. Y tú deberías sacártela de la cabeza. Tienes que aceptar que ella...

—Eulogio se calló para no ahondar en el dolor de su amigo.

—Que ella nunca me querrá. Dilo. No pasa nada. No me engaño.

—Crees que no, pero en el fondo tienes esperanza de que se olvide de Marvin.

—No sé si tengo esperanza... pero sí sé que la quiero, y la quiero tanto que pese al dolor que me causa no soy capaz de dejar de quererla. Ya ves lo idiota que soy.

—Ya has oído a Ylena, quiere que Catalina venga para Navidad... En realidad ha sido el capitán Pereira quien la ha animado a que hable con el doctor Naseef.

Fernando se encogió de hombros. Desde por la mañana no podía dejar de pensar en los dos hombres a los que había matado. Se preguntaba cómo era capaz de arrinconar de cuando en cuando en su cabeza aquel asesinato. Necesitaba pensarlo, ahondar en el recuerdo, saber si el despertar de la conciencia iba a añadirle dolor.

Se metió en la cama y cerró los ojos repasando una y otra vez el momento en que disparó a aquellos hombres quitándoles la vida en venganza por haber arrebatado la de su padre. No encontró el sueño hasta que clarearon las primeras luces del día. Eulogio le tuvo que despertar.

—Vas a llegar tarde. Date prisa. Dimitra ha llamado a la puerta varias veces y ni te has enterado. Está preocupada porque anoche no cenaste y no quiere que te vayas sin desayunar.

24 de diciembre de 1941. Catalina veía las nubes difuminarse entre las sombras de la noche. Sintió un escalofrío mientras abrazaba a Adela, que dormía en sus brazos.

El capitán Pereira había pasado con ella buena parte de la tarde e Ylena había

ido a verla por la mañana; la mujer se lamentó de que el doctor Naseef no le diera el alta a Adela para pasar en casa la Nochebuena. El médico era muy estricto y no quería que la niña saliera del hospital por más que, aunque lentamente, estuviera mejorando.

Catalina no se había atrevido a preguntar a Ylena ni al capitán por Fernando y Eulogio. Tampoco ellos habían hecho ningún comentario.

No habían vuelto al hospital a verla desde aquella mañana en que ella les reprochó su mala suerte. No lograba arrepentirse de sus palabras. Sentía el dolor que les había causado, pero estaba convencida de que buena parte de la razón estaba de su parte, aunque reconocía que si estaba allí era por su propia voluntad. Quizá Eulogio tuviera razón y si había escapado era para huir de la vergüenza de presentarse ante su familia y amigos con una hija sin padre. Pero aun así se decía que ella amaba a Marvin y que no cejaría en el empeño de encontrarle y ponerle ante la responsabilidad de asumir que tenía una hija.

Claro que no podía dejar de pensar en la insistencia de Eulogio al afirmar que Marvin no la quería y que estaba enamorado de otra mujer. No podía creerle. Estaba segura de que ella significaba mucho para Marvin, pero aunque no fuera así, él no tendría otra opción que asumir su responsabilidad para con Adela. La niña nada tenía que ver con sus sentimientos o los de Marvin y estaba en su derecho de tener un padre además de una madre. Sí, formarían una familia, y aunque Marvin no la quisiera como ella ansiaba lo terminaría haciendo por Adela. No sería ni el primer ni el último hombre que, aunque obligado por las circunstancias, acababa convirtiéndose en un buen padre y marido. Su padre tenía razón: un buen matrimonio no se basaba en los sentimientos, sino en la razón y en la conveniencia. Claro que su madre creía que el amor no estaba de más.

Nunca lo había pensado, pero de repente se dio cuenta de que quizá su madre había echado en falta el amor. Para ella no había sido suficiente la razón ni la conveniencia. Pero Catalina se dijo que, dadas las circunstancias, para ella sí lo serían. Lo único que ansiaba era regresar a casa con la pequeña Adela y del

brazo de Marvin como marido.

El capitán Pereira le había llevado un paquete con dulces. No tenía hambre, pero había terminado por comerse un pastel de almendras y miel que le resultó tan exquisito como empalagoso.

Pensó en sus padres. Los imaginó cenando en la casa familiar de Huesca junto a su tío Andrés y su esposa, la tía Amparito, y la abuela Agustina, madre de su padre. También estaría la tía Petra. Desde que se quedó viuda no había dejado de pasar con ellos la Navidad.

De repente sintió nostalgia de los días en que todos se reunían junto al fuego de la chimenea con sus dos abuelas, organizando la cena.

Apenas había podido tratar a sus abuelos porque murieron siendo niña, pero sus dos abuelas habían estado presentes en su vida. Sobre todo la abuela Adela, que había vivido con ellos tantos años y que murió apenas unos meses antes de que terminara la guerra.

Recordó la rivalidad entre las dos abuelas y cómo la mimaban intentando ganarla para su causa.

Si había llamado a su hija Adela era en homenaje a su abuela. De repente se dio cuenta de que la niña no estaba bautizada y se santiguó. Si Adela no sobrevivía iría al Limbo por culpa suya. ¿Cómo podía haber olvidado la urgencia del bautismo? Tenía que hablar con el doctor Naseef para que le permitiera llevar a la niña a una iglesia para bautizarla. O quizá que un sacerdote fuera al hospital a bendecirla con agua bendita.

Dimitra sirvió el pavo adornado con ciruelas. Antes habían elogiado unas berenjenas rellenas que pasaban por ser la especialidad de Ilora.

El capitán Pereira había llevado unas cuantas botellas de vino, de las que estaba dando buena cuenta junto a mister Sanders y monsieur Baudin. Eulogio hacía honor a la cena, pero Fernando parecía desganado. No podía dejar de pensar en Catalina sola en el hospital y se culpaba por no hacer nada para remediarlo. Sin embargo, Eulogio le había advertido que si iba seguramente le

despediría de malas maneras, tal era su obcecación.

También le vino a la mente su madre. La imaginó sola, pensando en él. Seguramente llorando. Se arrepentía de haberse despedido con una carta y no haberse sincerado con ella. Sabía que le habría hecho un daño infinito si le hubiera confesado el asesinato de los verdugos de su padre. Se habría asustado y se lo habría reprobado, pero sin que el asesinato cometido enturbiara la relación entre los dos. Su madre nunca le hubiera fallado. Si pudiera escribirle... pero sabía que no debía hacerlo. Ignoraba si le estaban buscando por la muerte del guardia y de su hijo soldado, pero si lo estaban haciendo una carta a su casa sería tanto como entregarse. Y eso sí que su madre no lo podría soportar. Verle en la cárcel y luego fusilado para ella sería insoportable.

Su madre quizá creía que se había fugado con Catalina. Porque era indudable que en el barrio correrían rumores sobre la ausencia de los tres.

—¿No le gusta el pavo? —preguntó Ylena, interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí... claro que sí... está muy bueno... Es que no tengo mucho apetito —se excusó Fernando.

—Entonces es que te pasa algo... Los jóvenes siempre tienen hambre —apostilló el capitán Pereira, mirándole fijamente.

—Cansancio, sólo eso... Han pasado tantas cosas... —respondió Fernando.

—Todo es nuevo para nosotros... No es fácil encontrarse de repente en una ciudad como ésta tan lejos de casa... Hemos tenido suerte, pero qué duda cabe que nos está costando adaptarnos —dijo Eulogio, intentando desviar la atención sobre su amigo.

—¿Piensan quedarse mucho tiempo en Alejandría? —preguntó mister Sanders.

—Mi intención es irme a América cuanto antes, lo que no sé si será posible ahora que Estados Unidos ha entrado en guerra. Estoy a la espera de lo que diga Marvin Brian, mientras tanto he de reconocer que Sudi Kamel es un jefe de lo más aceptable. Sorprende su energía dada la edad que tiene —comentó Eulogio.

—Por cierto, ¿qué se sabe de nuevo de la explosión en el puerto? —preguntó

Ylena, mirando a mister Sanders.

El inglés se movió incómodo en la silla y apuró un sorbo de vino antes de responder a su anfitriona.

—En realidad nada que usted no sepa ya. Si hay alguien bien informado en Alejandría es usted, mi querida señora.

Ylena sonrió. El coronel tenía razón, ella contaba con información precisa de lo sucedido. También sabía que Sanders no diría ni una palabra de más. Era extremadamente discreto.

—Hay secretos que no se pueden guardar —dijo Pereira—. Yo mismo fui testigo de la explosión puesto que estaba en mi barco. Y aunque las autoridades se empeñen en imponer censura sobre lo acontecido, lo cierto es que es un secreto a voces que unos cuantos hombres rana italianos se introdujeron en el puerto y que ahora están detenidos. Propongo un brindis por el fracaso de sus planes. —Y el capitán levantó la copa de vino.

—¿Y qué hay de Rommel? —se interesó monsieur Baudin.

—Sigue moviéndose por el desierto como si fuera su propia casa —afirmó Ylena con un deje de irritación.

—Dicen que Churchill está preocupado —apuntó monsieur Baudin mirando a mister Sanders.

—Nuestro *premier* es inteligente y sabe que no hay que menospreciar las cualidades del enemigo. Ignorar que Erwin Rommel es un buen militar sería una estupidez —respondió el coronel.

—Rommel será un buen militar, pero su jefe no parece serlo. Invadir la Unión Soviética puede que sea la peor idea que se le ha ocurrido nunca. También creo que el ataque de los japoneses a Pearl Harbor ha provocado que la intervención de Estados Unidos en la guerra pueda ser decisiva para que Hitler no se salga con la suya —opinó el capitán Pereira.

—Tiene razón, capitán, Hitler ha metido una mano en el avispero ruso y sus aliados japoneses han hecho lo mismo provocando a los norteamericanos —asintió mister Sanders.

La noche se fue alargando mientras hablaban de la guerra. Fernando y Eulogio escuchaban atentos a aquellos hombres que parecían tener todas las claves de cuanto pasaba. La guerra de España se les antojaba lejana en aquel momento cuando en el mundo se estaban librando tantas otras batallas.

Una semana más tarde, en vísperas del nuevo año, la secretaria del señor Wilson le pidió a Fernando que subiera al despacho del jefe.

—¿Sucede algo, Leyda? —le preguntó extrañado.

—Supongo que no... sólo sé que el señor Wilson quiere verte.

Hacía días que no veían a Wilson. Se rumoreaba que había viajado fuera de Egipto, lo que a nadie extrañaba porque eran frecuentes sus ausencias. Sara llevaba el negocio sin parecer necesitar de la presencia de su marido. Los empleados la respetaban por su buen juicio, pero sobre todo porque para ella los libros no guardaban ningún secreto que no fuera capaz de desentrañar.

Benjamin Wilson parecía ensimismado leyendo unos papeles cuando Leyda abrió la puerta del despacho indicando que Fernando Garzo aguardaba.

—Gracias, Leyda, dile que pase.

Fernando se estiró la camisa y entró con cierta preocupación. Hablaba con Sara a diario, pero a Wilson apenas le había tratado.

Se miraron; Fernando se dio cuenta de que le estaba calibrando y no supo por qué.

—Siéntese —le pidió Wilson.

No había terminado de hacerlo cuando Wilson le entregó una carpeta con unos papeles que le pidió que leyera.

Fernando abrió la carpeta y se sorprendió al ver el enunciado del primer folio.

RESULTADO DE LA INDAGACIÓN SOBRE FERNANDO GARZO, EULOGIO JIMÉNEZ Y CATALINA VILAMAR

Levantó el rostro mirando a Wilson con un deje de desafío.

—Lea —le insistió su jefe, sin inmutarse por la mirada de Fernando.

Lo que aquellos papeles contenían era una información precisa sobre Catalina, Eulogio y él: quiénes eran ellos, quiénes eran sus padres, el efecto de la Guerra Civil española en sus familias, señalando a Catalina como hija de los vencedores y a Eulogio y a Fernando como hijos de los perdedores; había también una copia de los certificados de defunción de su padre y del de Eulogio, uno fusilado en la cárcel y el otro fallecido en el Frente, así como la atribución al padre de Fernando de ser masón, además de los trabajos desarrollados antes de la guerra. Fernando se sobresaltó al leer también los pormenores de la relación de Piedad, la madre de Eulogio, con don Antonio Sánchez; el compromiso de Catalina con Antoñito... y la desaparición de los tres sin dejar rastro.

Fernando levantó el rostro airado. No comprendía por qué Benjamin Wilson se entrometía así en sus vidas.

—No entiendo el motivo de que nos haya investigado. No creo que tenga derecho a hacerlo.

—Siga leyendo. Hay algún periódico que le puede interesar.

Fernando se encontró con varias páginas de periódicos españoles con fechas distintas que iban desde finales de noviembre hasta los primeros días de diciembre; en todos ellos habían hecho un círculo sobre una noticia: «Conmoción en la capital por el asesinato de Roque Pérez, que combatió con valor en la batalla del Ebro, y de su hijo Saturnino, soldado destinado en el pelotón de fusilamiento de...»; «Asesinados dos hombres en Madrid»; «Roque Pérez, excombatiente y en la actualidad celador de la cárcel de las Comendadoras, y su hijo Saturnino Pérez fueron asesinados anoche a sangre fría en los alrededores de la cárcel de las Comendadoras. El hijo había acudido a buscar a su padre, como hacía todas las noches, cuando las balas asesinas les arrebataron la vida»; «La policía sospecha que el asesinato de estos dos mártires se debe a la acción de un hombre solo»; «Se investiga en el entorno de los presos de Comendadoras»; «Las autoridades han prometido a la viuda de Roque Pérez

que no descansarán hasta detener al asesino de su marido y de su hijo».

Leyó todas y cada una de las páginas de los periódicos guardadas en aquella carpeta sintiendo que la boca se le enturbiaba de acidez. Cuando terminó de leer, cerró la carpeta y se la devolvió a Benjamin Wilson, que le observaba con gesto indiferente.

—Usted me explicará todo esto —le pidió Fernando con una firmeza que no sentía.

—Hace unos días llegó descompuesto a trabajar. ¿Lo recuerda? Le costaba contener las lágrimas. Me sorprendió. Como sabe, si le he contratado ha sido por hacerle un favor a Marvin Brian, que me lo había pedido encarecidamente. Tengo derecho a saber quién trabaja para mí. No hace tanto que usted y sus amigos llegaron en un mercante en busca de Marvin. El hecho en sí ya era sorprendente. Tres jóvenes embarcan en Lisboa y se juegan la vida en el mar navegando en un buque que tiene que sortear los barcos alemanes hasta llegar a Alejandría... ¿Por qué? ¿Huyendo de Franco o huyendo de qué y por qué? Puede que usted matara a esos dos hombres.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo puede acusarme de algo así? En los periódicos no dicen el nombre de quién los mató.

—Mi hombre en Madrid es un buen investigador. Aunque no lo crea, si uno sabe leer los periódicos tiene la mitad del trabajo de investigación hecho. Se trata de saber atar cabos, analizar, encontrar pistas que están ahí pero que se nos presentan perdidas entre la hojarasca. Las fechas son claves, y las fechas coinciden con su huida. Además, su padre estuvo en aquella cárcel en donde Roque Pérez era celador. En cuanto al hijo, formó parte del pelotón que le fusiló. Pero tranquilo, la policía española no ha hecho la misma ecuación. Para empezar, ni su madre ni la de Eulogio Jiménez han dado parte de su desaparición. En cuanto a Catalina Vilamar, sus padres creen que ha huido con ustedes para escapar del matrimonio concertado con el hijo de ese tal Antonio Sánchez —Wilson miró un papel antes de continuar—, al que le deben dinero. Tanto sus padres como la madre de su amigo y la de usted creen que los motivos

de su huida no son otros que , en su caso, ayudar y proteger a Catalina, de la que está enamorado, y en el de Eulogio, vengarse de su madre y escapar de la venganza de don Antonio para el que su amigo trabajó.

—Pero usted nos acusa de asesinato.

—Yo no acuso a nadie —respondió Benjamin Wilson sin dudar.

—Sólo porque escapamos coincidiendo con la muerte de esos dos hombres... es un argumento absurdo —insistió Fernando.

—No lo es, y le aseguro que sobre este asunto no vamos a jugar al ratón y al gato.

—Bien, está en su derecho a pensar lo que quiera. Recogeré mis cosas y me marcharé ahora mismo —respondió Fernando sin reflejar ninguna emoción.

—No puede irse.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no puedo? No estoy obligado a trabajar aquí si no quiero.

—Desde luego que no. Simplemente va a cambiar de trabajo.

—¿Cómo? No le comprendo.

—Sí, seguirá haciendo de ayudante de editor, pero además realizará otras funciones que me serán más útiles.

—¿Y si no quiero?

—No creo que importe lo que quiera, sino lo que puede o no puede hacer.

—¿Me está chantajeando?

El tono de voz de Fernando se endurecía por momentos, mientras que Benjamin Wilson ni siquiera parecía preocupado.

—¿Chantaje? Es una palabra fea. Sólo le estoy proponiendo un cambio en las condiciones laborales en beneficio de ambos, si es que realmente es la clase de hombre que creo que es a pesar de su juventud.

—Cree que soy un asesino y sin embargo quiere que trabaje para usted... ¿Piensa encargarme algún asesinato? —preguntó Fernando con un deje de ironía.

—Pienso encargarle un trabajo del que estoy seguro saldrá airoso. Pero no, yo no encargo asesinatos. Aborrezco la violencia innecesaria. Soy editor y librero,

no lo olvide.

—Y algo más, ¿no?

—Básicamente eso, pero digamos que hay otra parte del negocio.

—Que es en la que ahora pretende que trabaje... No sé qué quiere, pero creo que lo voy a rechazar.

—No debe hacerlo, Fernando. No le conviene.

—De manera que sí que me intenta chantajear, porque da por bueno que yo tengo algo que ver con esos asesinatos.

—¡Basta! Ya le he dicho que no quiero jugar al ratón y al gato. Sencillamente, el gato ya ha cazado al ratón. Y ahora le diré unas cuantas cosas; luego decidirá qué hacer, aunque si es inteligente aceptará, porque lo que le voy a confiar supone ciertos riesgos para mí, y yo nunca corro riesgos gratuitos.

—¿Me está diciendo que si me niego se deshará de mí?

—¿Va a escucharme o no?

—No. Prefiero no escuchar nada que luego no me deje lugar para la elección.

—De acuerdo. Si lo prefiere así... Lo siento por usted y por sus amigos.

Fernando se levantó de la silla dispuesto a marcharse. Pero las palabras de Wilson parecían una velada advertencia de que hacerlo tendría consecuencias no sólo para él sino también para Catalina y Eulogio. Volvió a sentarse.

—Le escucho.

—Yo sé todo sobre usted pero sin duda le han contado también algo sobre mí. Este negocio es parte del que heredé de mi abuelo. Él me educó y con él estuve hasta el día de su muerte.

»Mi abuelo era un hombre extraordinario que heredó el negocio de su padre, mi bisabuelo. Pero además de librero y editor, viajó por Oriente Medio logrando hacerse en Londres un nombre escribiendo en los periódicos cuanto veía. Durante sus viajes conoció a gente muy diversa... El Foreign Office no tardó en pedirle que colaborara con ellos, lo que hizo en algunas ocasiones. Pero no sólo la diplomacia británica supo ver las cualidades de mi abuelo. Otras instituciones más discretas también requirieron de su experiencia y conocimientos. Mi abuelo

comprendió que el valor que tenía para los demás se basaba sobre todo en la información de la que disponía. Información fruto de su capacidad analítica, de la gente que confiaba en él, de las relaciones que iba tejiendo allá por donde quiera que fuera. Tenía talento para ver, oír y callar. Y sin pretenderlo, se convirtió en la última esperanza para personas que buscaban algún ser querido desaparecido.

»Nunca quiso trabajar para los servicios secretos, estimaba demasiado su libertad e independencia, pero su fama de hombre que conocía bien Oriente Medio y que estaba bien relacionado trascendió entre la buena sociedad británica. Así que banqueros que querían saber si sus intereses peligraban, hombres de negocios recelosos, inversores cautos, padres angustiados porque alguno de sus hijos había decidido emprender la aventura de Oriente y había desaparecido sin dejar rastro... todos acudían a mi abuelo en busca de consejo e información. Y esa información valía dinero.

»Yo heredé su negocio, todo su negocio, me convertí en una prolongación de él como editor y librero. Pero Wilson&Wilson era y es un negocio de compra-venta de libros además de información. Allá donde no pueden llegar ni siquiera los gobiernos, en ocasiones podemos llegar nosotros. Vienen a mí a preguntar por tal o cual cosa, y si no la sé, busco las respuestas a sus preguntas. Mi negocio se basa en la confianza y no trabajo para cualquiera. Tengo mi propio código ético. No hay dinero en el mundo por el que yo vendería una información a un alemán por nimia o banal que fuera.

Benjamin Wilson se quedó en silencio unos segundos intentando calibrar el efecto de sus palabras en Fernando. Pero éste permanecía inmóvil escuchando y en sus ojos no había ni sorpresa ni interés.

—Como supondrá, también heredé de mi abuelo la amistad y colaboración de mucha gente a lo largo y ancho de Oriente Medio. Pero yo he ampliado el negocio y tengo buenos colaboradores en otros lugares. Le aseguro que mis fuentes de España son de toda confianza.

—¿Y yo qué tengo que ver con todo lo que me está contando? —preguntó

Fernando en un intento por mantener la calma.

—Lleva pocos días aquí, pero creo que tiene ciertas cualidades.

—No quiero convertirme en un espía de nadie.

—¿Espía? No, mi negocio nada tiene que ver con el espionaje. Ya se lo he dicho. En cuanto a espías... Alejandría está llena de espías de todas las nacionalidades. Hombres de negocios que no lo son, mujeres aparentemente frívolas o inocentes... Aquí encontrará de todo.

—¿Qué quiere de mí?

—Algo relativamente fácil. Quiero que esta noche vaya al bar del hotel Cecil. Por cierto, es uno de los lugares favoritos de quienes buscan información. Irá acompañado de una joven que trabaja para mí. Sólo tiene que sentarse en el bar y escuchar.

—No le entiendo...

—Esta noche se reunirán allí dos hombres, uno es alemán y el otro español, de nombre Pedro López; aparentemente López es un hombre de negocios que simplemente simpatiza con los alemanes pero en realidad es un agente de Franco. No hace mucho que llegó a Alejandría, sólo un poco antes que usted y sus amigos. Sin duda trae buenas cartas de presentación. La excusa de su viaje es comprar algodón. Su contacto es Erick Brander, el alemán del que le he hablado; asentado hace muchos años en el país, está casado con una alejandrina de nombre Halima Altassan, hija de un influyente funcionario. Tienen dos hijos. Antes de llegar a Alejandría, Brander vivió en América del Sur. En realidad su madre es argentina; su padre se dedicaba al comercio de lana. El joven Brander pasó su infancia en Argentina hasta que su padre decidió trasladarse de nuevo a Alemania. La familia se instaló en Hannover. Más tarde Brander comenzó a viajar a Egipto para comprar algodón. Decidió dejar el negocio familiar y montar el suyo propio exportando esta y otras materias primas; para ello le fue muy útil el matrimonio con Halima. Su matrimonio es su escudo de protección, ni siquiera los británicos se atreven a molestarle.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Porque se preguntará quién es Brander.

—Me da igual —afirmó Fernando con demasiada rapidez.

—Claro que no, sin duda siente un atisbo de curiosidad por los dos hombres a los que tiene que escuchar esta noche.

—El interés es de usted, no mío.

—Tiene razón, llama mi atención que ese hombre parezca mantenerse ajeno a la guerra. Es tal su desinterés que resulta sospechoso.

—No iré a ese bar. No tengo por qué ni quiero saber nada de sus asuntos —afirmó Fernando con toda la contundencia de la que fue capaz.

—La joven que le acompañará se llama Zahra Nadouri. Es una mujer singular; además de inteligente, es la mejor bailarina de la danza del vientre. Suele actuar un par de veces a la semana en un cabaret al que acuden todos los hombres importantes de la ciudad. Es un cabaret respetable, los caballeros suelen ir acompañados de sus esposas, aunque no siempre, claro está.

—¿Y esa joven tan extraordinaria trabaja para usted? —El tono de voz de Fernando adquirió un deje despectivo.

—Sí. Ella tiene sus razones. En fin, lo que le pido es sencillo.

—No tengo ninguna razón para hacerlo —insistió Fernando.

—Claro que la tiene... no sólo porque yo conozca los motivos por los que ha huido... también porque su estancia en Alejandría podría ser más difícil... Marvin Brian se irá en cuanto pueda y su amigo Eulogio se marchará con él... En cuanto a usted y a Catalina... creo que se quedarán porque no tienen muchas opciones. Catalina quiere encontrar a Marvin, pero él no se dejará y además usted no desea que le encuentre. Por otra parte, sería una temeridad someter a Adela a un viaje por mar. Puede que no sobreviviera. Necesita trabajar y yo le he dado un trabajo al que le añado algunos extras... nada que no pueda hacer. Además, el sueldo es bueno.

Fernando sintió un malestar profundo en la boca del estómago. De repente aborrecía a aquel hombre. Se sentía engañado por él. Le había manipulado desde el principio y ahora le estaba chantajeando. Y lo hacía sin aparente esfuerzo.

—No tiene muchas opciones —le recordó Wilson.

—Siempre se puede decir «no» —respondió Fernando.

—Desde luego. Usted decide. —Y aguardó en silencio mientras su mirada se endurecía de tal manera que Fernando se sobresaltó.

—¿Por qué yo?

—Habla español. En Alejandría oírás hablar muchos idiomas, pero no el suyo. Curiosamente, Erick Brander conoce el español, que es como se comunica con Pedro López. Sólo tienen que sentarse cerca y escuchar. Usted habla con fluidez inglés y sabe algo de francés, de manera que no tendrá dificultad en entenderse con Zahra.

—¿Sólo tengo que escuchar?

—Sólo eso. Estar atento y escuchar, y sí, hay algo más... La información no sólo se extrae de las palabras, podemos saber mucho de alguien si analizamos bien sus gestos, sus miradas, su comodidad o incomodidad... Hay pequeños detalles que resultan tan reveladores como escuchar una conversación. En cuanto a sus amigos... comprenderá que no puede decirles nada de todo esto. Busque una excusa para justificar su salida de esta noche, quizá que yo le he pedido que acompañe a una joven amiga.

»Y ahora llamaré a Sara. Creo que tiene algo para usted. Espere aquí.

Sara no tardó en entrar en el despacho con un paquete.

Su sonrisa abierta y confiada desarmó el malhumor de Fernando.

—Benjamin me pidió que buscara algo para tu cita de esta noche. Creo que esto te servirá. —Y abrió el paquete sacando una chaqueta de corte elegante.

En el paquete también guardaba una camisa, un pantalón y un par de zapatos lustrados a la perfección.

—Sí, te estará bien... —dijo Sara mientras le ayudaba a ponerse la chaqueta.

—Mañana se lo devolveré —dijo Fernando por decir algo, abrumado como estaba por la situación.

—Desde luego que no. Quédatelo, quién sabe cuándo lo podrás necesitar. En Alejandría vestir bien nunca está de más, sobre todo si se es joven y se quiere

prosperar. No deseo ofenderte, pero me gustaría que vinieras a mi casa cuando dispongas de tiempo... Te daré, si me lo permites, algo de ropa. —Sara fijó su mirada en la de Fernando.

Él no se sintió ofendido porque era difícil que Sara ofendiera a nadie. Su franqueza y dulzura mezclada con resolución hacían de ella una mujer especial.

Salieron juntos del despacho; seguramente para Leyda sería evidente su confusión, pero la secretaria de Wilson se conformó con despedirlos con una sonrisa.

Eulogio estaba tumbado sobre la cama con un libro en la mano.

—Vaya, hoy has llegado pronto. A mí también Sudi Kamel me ha liberado antes. ¿Sabes?... me doy cuenta de que el trabajo que estoy realizando es ridículo. En realidad, Sudi Kamel está haciendo un favor a Farida, porque a él le sobra personal que le traiga y le lleve. Nos entendemos en francés, pero no soy de gran ayuda porque no conozco ni una palabra de árabe. Aquí me tienes con este libro, intentando aprender algo. Me lo ha dejado Farida.

—Ya... Creo que Marvin te conoce demasiado bien y sabe que eres orgulloso y por eso ha debido de pensar que más valía que hicieras algún tipo de trabajo mientras estés aquí.

—Yo... bueno, yo me iré con Marvin y Farida cuando se vayan a América. Ya lo sabes. Éste no es mi sitio y te confieso que aunque hablara árabe tampoco me gustaría vivir aquí... Todo me es ajeno.

—Pues fuiste tú el que tuvo la idea de que viniéramos a Alejandría —le reprochó Fernando.

—En realidad fue Catalina la que insistió cuando se enteró de que aquí estaba Marvin.

—Nos hemos metido en una ratonera de la que tú puedes escapar, pero yo no —dijo Fernando.

—Sabes que Marvin te pagaría gustoso el pasaje a América... A España no puedes regresar... —le recordó Eulogio.

—¿Y Catalina? ¿Pretendes que la deje aquí? No ignoras que depende de nosotros.

—La verdad es que depende de ti. No sé cómo la aguantas, es una chica muy obcecada.

—Le debemos haber podido escapar. Tú querías hacerlo por una razón y yo por otra, pero lo cierto es que ella nos ayudó.

—Para ayudarse a sí misma —apostilló Eulogio.

—Sí, nos necesitábamos todos. Pero ahora ella es la parte más débil. Tiene una hija enferma y vive para encontrar a Marvin. Está convencida de que cuando dé con él se arreglarán todos sus problemas.

—Marvin no quiere saber nada de ella. Lo sabes. En cuanto a Farida... bueno, ella no le da ninguna importancia a Catalina. Otra en su lugar estaría celosa o mosqueada, pero Farida no, es una mujer especial.

Eulogio miró con curiosidad el paquete que Fernando había depositado sobre su cama. Pero esperó a que su amigo le hablara de su contenido.

—Voy a salir esta noche. Sara me ha regalado una chaqueta y una camisa... Wilson me ha pedido que acompañe a una joven hija de unos buenos amigos de su familia.

—¿Y te lo ha pedido a ti? —preguntó Eulogio con extrañeza.

—En realidad me ha invitado a tomar una copa con él y con Sara en el Cecil y no he podido negarme. La joven vendrá a buscarme para llevarme allí.

—No imaginaba que los Wilson iban a actuar de casamenteros —respondió Eulogio riendo.

—Sara es muy maternal... No deja de preguntarme si como bien y si no me siento muy solo. Lo de esta noche huele a encerrona, pero no me puedo negar. —Fernando se sintió mal al estar mintiendo a Eulogio.

—Espero que la chica sea guapa y tú dejes bien alto el pabellón español —dijo Eulogio, siguiendo con la broma.

—No me hace ninguna gracia salir con ninguna chica...

—Vamos, Fernando, tienes que empezar a pensar en otra que no sea Catalina.

Ella nunca será para ti. Sé que te duele que te lo diga, pero soy tu amigo y no voy a decirte lo que no es.

Fernando se dio la vuelta. Las palabras de Eulogio le dolían, pero sabía que tenía razón. Dejó volver a su amigo al estudio del árabe mientras sacaba la ropa del paquete.

Eulogio le estaba ayudando a hacerse el nudo de la corbata cuando Dimitra llamó a la puerta anunciando con admiración que Zahra Nadouri le esperaba en el salón.

La criada y su amigo le siguieron expectantes, Dimitra porque no podía ni quería controlar su curiosidad y Eulogio porque estaba deseando conocer a la joven con la que al parecer los Wilson querían emparejar a Fernando.

Encontraron a Ylena Kokkalis hablando despreocupadamente con la joven. Por el tono de la conversación parecían conocerse. Fue la propia Ylena la que hizo las presentaciones.

—Fernando, ésta es la señorita Nadouri... Zahra, éstos son Fernando y Eulogio, a los que tengo el placer de alojar en mi casa. Dimitra, por favor, encárgate de que la cena se sirva a la hora de siempre.

Eulogio examinó a Zahra con más detenimiento del que marcaban las reglas de la buena educación. No encontró que la joven fuera especialmente agraciada. De estatura media, cabello castaño rojizo recogido en un moño, ni delgada ni gorda, y eso sí, unos sorprendentes ojos azul oscuro. Iba sin maquillar y su piel tenía la tonalidad de la canela.

Durante unos minutos hablaron de banalidades hasta que Ylena les recordó que debían marcharse. Fernando pensó en que quizá su anfitriona también trabajaba para Benjamin Wilson, pues no parecía sorprendida por la aparición de Zahra y era evidente que se conocían.

Un coche los esperaba en la puerta. Fernando se sintió incómodo. No sabía qué decir y fue Zahra la que tomó las riendas de la conversación preguntándole si le gustaba Alejandría y qué había visitado hasta el momento. Una

conversación tan formal como insustancial que les sirvió para no permanecer en silencio durante el trayecto al hotel Cecil.

Cuando entraron en el bar un camarero acudió presuroso para guiarlos hasta una mesa discreta. Zahra pidió dos copas de champán.

—Tranquilícese. No será difícil. Sólo tiene que escuchar —le recordó ella.

—¿A quién? La mesa de al lado está desocupada.

—Ya vendrán. Sólo tiene que estar tranquilo y hablar conmigo.

—¿Y si no vienen?

—Si Benjamin ha dicho que esos dos hombres vienen esta noche, entonces así será.

—¿Y usted por qué hace esto?

—Tengo mis razones.

—Sí, lo supongo...

—¿Usted no las tiene?

—¿Venir aquí para escuchar una conversación? No... no diría que estoy aquí por ninguna razón, sino más bien obligado por las circunstancias.

—Míreme y sonría, y luego coja mi mano. Su compatriota ya está aquí.

El camarero abrió paso a un hombre de cabello oscuro salpicado por unas cuantas canas, gesto adusto, no mal parecido y perfectamente trajeado. El hombre los miró despreocupadamente, aunque Fernando sintió que detrás de esa despreocupación los estaba evaluando. Pidió un martini al camarero y se sentó con dejadez. Sin denotar ninguna inquietud.

No había pasado un minuto cuando un hombre alto, de cabello cano y complexión fuerte, ya entrado en años, entró con paso ágil buscando con la mirada a alguien. No tardó en encontrar a quien buscaba, que no era otro que el español. Se sentó frente a él después de saludarse con un apretón de manos y echar un vistazo a los dos jóvenes de la mesa de al lado. Miró con detenimiento a la chica, pero su expresión no cambió.

Zahra tendió su mano a Fernando y él la cogió entre las suyas incómodo por la situación. Ella se acercó y le susurró algo en el oído que le obligó a sonreír.

—Tengo buenas noticias —comenzó a decir el alemán al español—, le recibirán en la corte. Yo mismo le acompañaré a El Cairo.

—Vaya, no imaginaba que iba a conseguirlo tan rápido.

—Como bien sabe, la mayoría de los egipcios no simpatizan con los británicos, están hartos de que los tutelen. Y en la corte son muchos los que aguardan impacientes el devenir de la guerra.

—¿Y qué me dice del mariscal Rommel? Corren rumores de sus desavenencias con el Alto Mando italiano —apuntó el español.

—Acaba de llegar y ya se ha dejado contagiar por los rumores... No haga caso, amigo mío; sin lugar a dudas Rommel ha cambiado el curso de la guerra en el norte de África. Sin la ayuda de Alemania los italianos habrían sido ya arrojados al mar —sentenció Erick Brander orgulloso.

—Ya, pero no es buena cosa que alemanes e italianos tengan diferencias... — Pedro López aguardó la respuesta de Brander.

—No olvide que Italia es aliada de Alemania y que el norte de África era su zona de influencia, de manera que formalmente Rommel tiene que reportar al mariscal Graziani. Pero convendrá conmigo que el talento de Rommel es superior al de cualquier general italiano —respondió con orgullo Brander.

—Pero por ahora los británicos parece que no retroceden —continuó insistiendo Pedro López.

—Precisamente ésa es una de las causas que enervan a Rommel. Verá, la guerra del desierto tiene sus propias reglas. Todo es arena y roca, pero hay ciertos lugares que son estratégicos como los pasos de Fuka, Halfaya y Sidi Rezegh. A Rommel le resulta incomprensible que hace un año por estas fechas, en diciembre de 1940, el general británico O'Connor con dos divisiones fuera capaz de destruir al décimo ejército italiano capturando a más de cien mil soldados italianos. Lo sorprendente es que los británicos no continuaran la ofensiva y decidieran replegarse aquí en Egipto. Por eso está aquí Rommel y el Afrika Korps, para impedir que los Aliados ganen la guerra en esta parte del mundo.

—De manera que Rommel y Graziani tienen sus más y sus menos —apostilló Pedro López.

—Digamos que el mariscal toma sus propias decisiones. Está aquí para ganar. Y la prueba es el éxito obtenido en El Agheila y luego en Marsa el Brega.

—Dicen que el general Philip Neame no tiene el genio militar de O'Connor...

—Bueno, los británicos son sorprendentes, O'Connor ahora se ocupa de Suez. Y no se equivoque respecto a Neame, porque no es precisamente un militar pusilánime. Pero al parecer hay diferencias entre los dos generales. En mi opinión, el comandante en jefe de las fuerzas británicas, el general Archibald Wavell, se equivocó mandando a O'Connor a Suez.

—Bueno, los enfrentamientos entre generales son comunes en todos los ejércitos. Si no me equivoco, el general Von Paulus envió un informe a Berlín poco halagüeño sobre la manera en que Rommel dirige el Afrika Korps, incidiendo en su fracaso para hacerse con Tobruk a pesar de los éxitos posteriores —recordó el español.

Erick Brander se removió incómodo en su asiento. Pedro López parecía disponer de una información precisa sobre lo que estaba pasando en el escenario africano. Con los españoles nunca se sabía...

—En estos momentos Rommel domina la Cirenaica. Le recuerdo que después de lo de Tobruk hizo frente a una ofensiva de Wavell y derrotó a los tanques británicos... ¿Sabe usted cuál es la gran ventaja de Rommel, además de su valor y de su genio militar? La información, sí, la información. Y las interceptaciones radiofónicas, por descontado. Por eso no pudieron cogerle desprevenido en el Frente de Capuzzo-Sollum.

—Lo que al general Wavell le ha costado un buen disgusto, porque el viejo Churchill no le ha perdonado esa derrota y al quitarle el mando ha hecho más grande a Rommel —sentenció el español.

—No tenga dudas, amigo mío, de que ganaremos la guerra también aquí. En cuanto a su visita a la corte... le recibirán dentro de una semana. Como le he dicho, le acompañaré a El Cairo. Naturalmente, la visita no tendrá carácter

oficial. Será discreta —afirmó Brander, observando con fijeza a su interlocutor.

—Desde luego, es lo más conveniente —convino López con gesto despreocupado.

—En cuanto al algodón que ha venido a comprar, ya tengo el precio negociado con un buen amigo. Antes de salir para El Cairo podrá dejar resuelta la operación. Y ahora le dejo para que descanse. ¡Ah!, se me olvidaba, mi esposa insiste en que nos acompañe mañana para recibir el nuevo año. Vendrán algunos amigos que seguro serán de su interés.

—Dígale a su esposa que acepto encantado.

—Bien, ya sabe dónde vivo; si le parece, le esperamos a las ocho.

Los dos hombres se pusieron en pie despidiéndose con otro apretón de manos. Erick Brander volvió a mirar de reojo a Zahra como si la reconociera. Pedro López también miró a la joven pareja con disimulo, pero no parecieron despertar su interés. Fernando tenía las dos manos de Zahra entre las suyas y ambos reían y se susurraban al oído como dos enamorados. Así estuvieron un buen rato, aunque el alemán y el español ya se habían ido. Fue Zahra la que con una sonrisa dio por terminada la actuación.

—Ahora saldremos cogidos del brazo. Debemos continuar dando la impresión de que somos una pareja de enamorados. El coche nos estará esperando a dos manzanas de donde estamos. Caminemos despacio, como si no tuviéramos ganas de separarnos.

Fernando siguió sin protestar las indicaciones de Zahra. Se sentía agotado. Había estado atento a la conversación entre López y Brander, además de fingir interés por Zahra, que le conminaba a mirarla y a sonreír.

Cuando llegó a casa de Ylena, encontró a Eulogio dormido de manera que para no despertarle se instaló en la biblioteca, intentando reproducir en el papel cuanto había escuchado.

Ylena le sorprendió escribiendo y, sin preguntarle, se sentó a su lado.

—¿Lo ha pasado bien?

—Sí... claro... Ha sido una velada muy agradable... —Se sintió incómodo

diciendo aquellas palabras para salir del paso.

—Usted no lo sabe, pero ha tenido el honor de estar con la mujer más deseada de Alejandría.

No supo qué responder. En realidad no había visto que nadie mirara a Zahra de manera especial, incluso diría que pasaba inadvertida. Zahra no era ninguna belleza. Ylena pareció intuir lo que pensaba.

—Mañana termina el año, cenaremos aquí. Vendrá el capitán Pereira y después iremos al cabaret donde actúa Zahra, entonces comprenderá lo que le digo.

—Yo... bueno, en realidad no deseo ir mañana a ninguna parte...

—Lo comprendo. Se siente solo en un país extraño con gente aún más extraña. Pero no rechace la amistad. La vida junta a las personas sin pedirles permiso. Hoy está aquí, y espero que el día que se marche guarde un buen recuerdo de mí y de esta casa.

—Siempre le estaré agradecido por lo que está haciendo por nosotros. Nos acogió sin saber quiénes éramos ni si podíamos pagar por la estancia — respondió con sinceridad.

—Nunca me niego a nada de lo que me pide el capitán Pereira. Es un amigo muy querido. Y espero que no le desaire negándose a ir a ver actuar a Zahra.

—Por nada del mundo querría desairarle, sólo que... comprenda que... en fin... es la primera vez que paso una Navidad fuera de mi casa. No tengo ganas de celebrar nada.

—Pues tiene mucho que celebrar, mi joven amigo. Debe celebrar que está vivo. Celebre también que ha llegado a puerto sano y salvo y que ha encontrado un lugar donde le han acogido sin preguntas, donde... creo que podrá ir cicatrizando todas esas heridas del alma que me atrevería a decir que le sangran sin cesar. Celebre también su juventud, los años que le quedan por delante para ser quien quiere ser, para moldear su propio destino. Sí, en realidad tiene mucho que celebrar, aunque créame que comprendo la nostalgia que siente por la ausencia de aquellos a quienes quiere.

Ylena le sonrió con tristeza como si de repente a ella también le hubiera asaltado el dolor de los ausentes.

Luego le puso la mano en el hombro y salió de la biblioteca dejándole solo.

El Portugués escuchaba con atención al doctor Naseef en aquella última mañana de 1941. Había acudido temprano porque quería pagar los gastos de la estancia de Catalina y Adela, pero sobre todo para saber del estado de la pequeña.

El médico nunca daba esperanzas sin fundamento, pero reconoció que el caso de Adela era extraordinario porque no conocía niños prematuros que además fueran capaces de sobrevivir a una pulmonía. Adela lo estaba haciendo. Lentamente, pero cada día que pasaba era un día que había ganado en la batalla por la vida. Incluso había decidido que en breve podrían abandonar el hospital, siempre y cuando Catalina siguiera sus instrucciones al pie de la letra.

—Adela vivirá, no tengo la menor duda. Una niña que nace en medio de una tempestad es capaz de salir adelante —aseguró Pereira.

Después de la conversación con el doctor Naseef fue a la habitación donde estaban madre e hija. Catalina le abrazó agradecida y le dio un sonoro beso en la mejilla. El capitán se había convertido para ella en lo más parecido a un padre, por más que él procuraba hacer el papel de marino endurecido.

Pereira cogió a Adela en brazos y la meció. La niña abrió los ojos y él creyó que le reconocía. Al fin y al cabo la había ayudado a llegar a este mundo.

—Está mejor —dijo Catalina.

—Sí, el doctor Naseef está pensando en dejaros volver a casa.

—¿A casa? —La nostalgia invadió a Catalina.

—A casa de Ylena. Ella sabrá cuidaros a las dos.

—Ylena es muy buena con nosotras.

—Catalina, ¿por qué no regresas a España? Es difícil sobre todo porque la guerra se complica cada día más, pero yo podría ayudarte.

—No puedo regresar a casa, capitán. Me he sincerado con usted y sabe que no

puedo regresar. Es imposible. No puedo hacer que mis padres pasen por la vergüenza de tener que asumir que he tenido una hija estando soltera. Ellos me ofrecieron una solución y yo la rechacé. Si no vuelvo con un marido, no hay nada que hacer.

—Hay un hombre que te quiere y que se casaría contigo ahora mismo.

—¿Fernando? Lo sé, pero yo no le quiero y nunca podría quererle como se debe querer a un marido. Sólo puedo casarme con Marvin. Adela es su hija; no importa que no me quiera, sino las obligaciones que tiene con la niña.

—No puedes obligarle —insistió Pereira.

—Si pudiera hacerlo, lo haría —respondió ella sin dudar.

—Seríais desgraciados los dos.

—Puede que al principio él me reprochara haber tenido que casarse conmigo, pero estoy segura de que yo sería capaz de lograr su amor. Y sobre todo tenemos a Adela; nos debemos a ella.

—Un hijo no es suficiente para que un hombre y una mujer estén juntos —aseveró el capitán con cierta dureza.

—Claro que lo es. Lo importante es el respeto, el sentido del deber y la consideración hacia el otro. Mi padre siempre decía que eso era más importante que el amor.

—Tú eres muy joven para creer eso. A tu edad uno necesita otras cosas, no sólo salvar las conveniencias.

—Capitán, yo creo que debo cumplir con mi obligación de que Adela tenga a su padre.

—Marvin Brian no te quiere, está enamorado de otra mujer. Sin embargo, Fernando sería un buen padre para Adela y un buen marido para ti —sentenció Pereira.

—No puedo ver a Fernando más que como a un hermano... no puedo...

—Entonces no insistiré. Me marchó en siete o a lo sumo en diez días. Afortunadamente, los daños sufridos por el *Esperanza del Mar* no han sido tan graves como parecía. Ya sabes que tuvo algunos desperfectos por el ataque de

los italianos en el puerto de Alejandría. En fin, no sé cuándo volveremos a vernos.

—Pero volverá, ¿verdad? Yo... bueno, yo le he cogido mucho cariño. Le voy a echar mucho de menos.

—Volveré, sí... pero tardaré meses en hacerlo, si es que la guerra no lo hace imposible.

—¡No me diga eso! Yo... yo no quiero que se vaya. —Unas lágrimas empezaron a brotar en la comisura de los párpados de Catalina.

El capitán la abrazó acariciándole el cabello como si fuera una niña. No sabía por qué, pero sentía un afecto sincero por Catalina, y volvió a pensar en sus hijas y sus nietas ausentes.

No quería imaginar que fueran ellas las que estuvieran en la situación de la joven española.

A la misma hora, Benjamin Wilson leía el informe de Fernando. En realidad no contenía nada que no supiera, pero el hecho de que el español hubiera sido capaz no sólo de resumir con precisión la conversación entre Erick Brander y Pedro López, sino también de hacer comentarios certeros sobre lo que había escuchado, le reafirmaban en su decisión de incorporar a Fernando a su negocio.

Sabía que el joven se resistiría, pero también que, una vez dado el primer paso, los siguientes serían más fáciles.

Sara entró en el despacho y a él se le alegró el corazón. Los lazos que los unían eran más fuertes que el amor. Tenían los mismos gustos, les emocionaban las mismas cosas, pero sobre todo no necesitaban llenar el silencio de palabras vanas. Podían pasar horas el uno junto al otro leyendo o perdidos en sus pensamientos sin sentirse incómodos.

A quienes los conocían les había extrañado que ya con cierta edad hubieran contraído matrimonio. Pero los últimos años habían sido los más felices de su vida. Por primera vez apreciaba lo que significa no estar solo.

—Vaya, parece que estás leyendo algo interesante... —le dijo Sara a su

marido al tiempo que le sonreía.

—No me he equivocado con ese chico —afirmó Wilson.

—¿Fernando? Tiene muchas cualidades, incluida la de editor. Es trabajador, metódico, y con instinto para la poesía. Athanasios está muy satisfecho con él —añadió Sara.

—No me refería a esas cualidades... El informe sobre el encuentro entre Erick Brander y Pedro López está lleno de pequeños detalles que indican que es un buen observador. Creo que podría hacer otros trabajos... Podría trabajar con Zahra.

—¿No será peligroso? Piensa que no tiene ninguna preparación...

—Bueno, es sólo una posibilidad. Ya veremos.

—Entonces estás satisfecho del trabajo de Fernando. Creo que su mejor valor es que aún no ha perdido del todo la inocencia y ojalá no la pierda nunca. Bueno, ahora me voy a casa. Quiero estar segura de que todo esté bien organizado para esta noche. Por cierto, Marvin y Farida vendrán. Me parece que están pensando en marcharse antes de lo previsto. Luego nos lo contarán.

—Farida continúa sorprendiéndome —comentó Wilson.

—Es una mujer extraordinaria. Inteligente, sensible, audaz y además bellísima. Pero es una belleza que emana del alma, eso es lo que la hace tan especial —afirmó Sara.

—Bien, le diré a Athanasios que se encargue de cerrar. Diles a los demás que se vayan antes, hoy es el último día del año.

—Para los cristianos —le recordó Sara.

—Sí, tienes razón, pero aun así la ciudad lo celebra. Alejandría es así.

—Sabes que no tengo reparos en celebrar el nuevo año cristiano. Además, las fiestas cristianas nunca me han sido ajenas, viví de acuerdo con ellas. Los judíos franceses vivíamos nuestras fiestas en el interior de las casas.

—Es una ocasión como otra cualquiera para reunirse con los amigos. No tardaré mucho.

Benjamin vio salir a Sara y suspiró. Luego se quedó quieto un buen rato dejando que sus pensamientos fluyeran para dar respuesta a cuanto le inquietaba. Al cabo de un buen rato llamó a su secretaria. Leyda Zabat era muy eficaz y de su absoluta confianza, y la discreción era su mayor virtud. Nunca la había sorprendido criticando a nadie ni haciendo comentarios de ningún tipo. Todos la respetaban, y además le tenían afecto porque de ella trascendía una bonhomía natural. Pensó en su buena suerte por contar con personas buenas como Leyda.

Antes de irse quería leer el informe que Athanasios le había pasado sobre un joven poeta, Omar Basir. Lo sorprendente de Basir era su dominio del inglés, idioma en el que escribía además del árabe. Claro que se comprendía, habida cuenta de que su padre era uno de los comerciantes más prósperos de la ciudad y había enviado a su primogénito a un exclusivo colegio londinense y más tarde a Oxford, donde se licenció en Historia. El editor jefe había escrito una nota donde decía que había sido Fernando el que había leído los poemas de Basir, recomendando su publicación. Decidió comprobar si, como aseguraba Sara, Fernando tenía talento para saber cuándo estaba ante un poeta de verdad. Después de leer varios poemas de Omar Basir decidió que efectivamente el joven español albergaba un don para descubrir la verdad de la poesía.

Pidió a Leyda que lo llamara. No quería dejar de decirle que apreciaba su trabajo.

Fernando entró con gesto serio. Se le notaba incómodo, no tanto con Wilson como consigo mismo.

—Le felicito. Tiene usted buen ojo —afirmó Wilson con media sonrisa.

—Primera y última vez —le advirtió Fernando con un tono de voz más duro

del que el sentido común establece que se puede emplear con un jefe.

Benjamin contuvo las ganas de reír. Volvía a jugar con Fernando al ratón y al gato.

—De manera que no quiere editar poesía... Ése sí que es un problema...

—¿Poesía? No... yo no he dicho eso... Creía que se estaba refiriendo a lo de anoche.

—No dé nunca nada por sentado o cometerá errores. Bien, coincido con usted, Omar Basir es un buen poeta. Editaremos su libro. Trabajaré usted en su edición bajo la supervisión de Athanasios Vryzas y prepararán un recital donde Basir pueda leer sus poemas.

—Perdón... yo creía que...

—Que me estaba refiriendo a su informe sobre el encuentro entre Erick Brander y Pedro López.

—Sí —admitió Fernando incómodo.

—Por eso le estoy aconsejando que antes de hablar evalúe lo que le están diciendo y, en caso de duda, guarde silencio. La lección es gratis.

Fernando le sostuvo la mirada a pesar de la incomodidad creciente y no respondió a las últimas palabras.

Wilson no le dio tregua y siguió hablando:

—Es evidente que Pedro López ha venido a algo más que a comprar algodón. La prueba es esa cita que mantendrá con alguien importante de la corte. Supongo que el general Franco quiere hacer amigos en cualquier parte y ese López es un agente. Puede que le envíe a usted a El Cairo.

—No iré, señor Wilson. Me he ido de España, no quiero hacerme visible ante ningún enviado de Franco. Bastante riesgo corrí anoche.

Wilson se quedó en silencio. Fernando tenía razón, pero aun así no desechaba la idea de sacar partido a la situación.

—Ya hablaremos de eso. Ahora váyase y descanse. Imagino que Ylena estará organizando una cena especial para esta noche.

»¡Ah!, tenga, se lo ha ganado. Es por el trabajo de anoche. —Y le entregó un

sobre cerrado.

31 de diciembre de 1941

El capitán Pereira se presentó en casa de Ylena vestido con su mejor uniforme. Se había recortado la barba y olía a colonia, tal y como comprobó Dimitra mientras le conducía a la biblioteca. Ylena lucía un traje largo de color azul noche mientras que el coronel Sanders se había puesto un esmoquin para la cena.

Eulogio y Fernando discutían sobre si debían unirse al grupo o, por el contrario, quedarse en su habitación a descansar.

—No podemos presentarnos vestidos de cualquier manera —insistió Eulogio.

—Pero sería descortés para con Ylena y el capitán no aceptar la invitación a cenar —argumentó Fernando.

Dimitra llamó a la puerta de la habitación para comunicarles que su señora estaba impaciente y que el asado se iba a estropear.

Le explicaron su dilema y la muchacha rio ante el apuro de ambos. Les pidió que aguardaran mientras intentaba solucionar lo de su vestimenta.

Unos minutos más tarde apareció con Ylena. La mujer los regañó cariñosamente.

—Estamos en familia, pueden vestir como quieran.

—Señora, usted debe comprender que nos marchamos de España de manera precipitada y que no pensamos en meter ni una camisa blanca en la maleta —se excusó Eulogio.

—Fernando puede utilizar la camisa y la chaqueta que le ha dado Sara Rosent; en cuanto a usted, Eulogio... creo que podremos resolverlo con un préstamo. Le pediré al coronel Sanders que le preste algo... sé que guarda en una maleta ropa que no termina de decidir si se desprende de ella o no.

No les dio tiempo a protestar, así que cuando regresó con un traje que olía a naftalina y había conocido tiempos mejores y una camisa blanca aún en buen

estado, Eulogio no tuvo otra opción que aceptar.

Cuando se presentaron en la biblioteca el capitán Pereira los recibió riendo.

—Caballeros, la espera ha merecido la pena.

Eulogio se acercó a Sanders para agradecerle la ropa prestada, pero el inglés no permitió que dijera una palabra.

—Amigo mío, lo importante es que por fin podamos degustar el asado que ha preparado Ilora, porque si nos continuamos retrasando dejará de estar en su punto.

La cena les calentó el estómago y también el alma. El Portugués y el coronel Sanders compitieron contando anécdotas e incluso brindaron por el ausente monsieur Baudin, que aquella noche cenaba en casa de su hijo Philippe.

Poco antes de medianoche, Pereira les recordó que había reservado mesa en «La Ciudad». No había sido fácil conseguirla para esa noche, pues Zahra Nadouri iba a bailar.

Sanders quiso excusar su asistencia alegando que nunca le habían gustado los cabarets, pero el capitán se mostró ofendido y el coronel accedió.

Una fila de coches se detenían delante del cabaret para que bajaran los distinguidos clientes. Dentro, hombres vestidos con esmoquin acompañados de mujeres hermosas y muy sofisticadas con trajes de corte parisino bailaban en la pista entre risas y copas de champán. El ambiente era festivo, como si a pocos kilómetros de allí no se estuviera librando una guerra. A Fernando le asaltó un pensamiento absurdo: ¿celebraría Rommel la llegada del nuevo año? ¿Lo haría el general Auchinleck? ¿O quizá ambos, junto con sus estados mayores, se dedicarían a preparar la siguiente batalla? La guerra se antojaba lejana aquella noche.

El capitán Pereira parecía especialmente animado e Ylena sonreía saludando a cuantos encontraban a su paso. Fernando se dio cuenta de que su patrona era una mujer bien relacionada.

La mesa reservada por el capitán no estaba lejos de la pista y el marino presumió de lo mucho que le había costado conseguirla.

Eulogio cuchicheó al oído de Fernando que seguramente Pereira exageraba, dada la familiaridad con la que le trataban los camareros del lugar y los gestos de complicidad de algunos miembros de la orquesta. «Se nota que nuestro capitán es un habitual de este cabaret», comentó Eulogio.

Apenas habían traspasado la medianoche cuando el maestro de ceremonias del cabaret anunció en medio de vítores y aplausos la actuación de la gran Zahra, momento en que las voces se convirtieron en murmullos.

Las luces se apagaron y el escenario quedó a oscuras mientras se podía escuchar la respiración agitada de quienes aguardaban el que sería el mejor momento de la noche.

La orquesta comenzó a tocar una música con notas cargadas de exotismo y sensualidad. De repente un haz de luz iluminó el centro de la pista mientras la música adquiría más ritmo.

Fue como una aparición. Una mujer descalza, vestida con unos pantalones de gasa transparente color fucsia y un sostén del mismo color con abalorios colgando, con el estómago y el vientre al descubierto, movía lentamente los brazos. Una larga melena de cabello castaño con reflejos rojizos le cubría la espalda. Y como si sus lentos movimientos tuvieran un efecto hipnótico, los murmullos se convirtieron en silencio.

Las manos y los pies de la mujer se movían al mismo ritmo y de pronto, lentamente, su cuerpo comenzó a balancearse de un lado a otro. Fernando no podía apartar los ojos de aquel vientre de color canela que cada segundo que pasaba parecía adquirir vida propia.

La danza duró más de una hora y cuando el haz de luz se alejó del escenario dejándolo a oscuras, hubo un estallido de aplausos y gritos de entusiasmo.

La bailarina había logrado crear un ambiente de éxtasis entre los asistentes. De repente las conversaciones giraban en torno a ella, a su baile elegante y sensual, a su increíble capacidad para dejar a todos los asistentes sin aliento. Algunos caballeros intentaban llegar hasta su camerino, pero unos hombres fornidos les impedían el paso.

—¡Es fabulosa! —exclamó Ylena sin dejar de aplaudir.

—Extraordinaria, cualquier hombre perdería la cabeza por ella —admitió el capitán Pereira.

—Sin embargo no se le conoce ningún pretendiente —comentó el coronel Sanders.

—Bueno, pretendientes tiene a docenas, otra cosa es que ella los rechace. En realidad no tiene novio ni nunca lo ha tenido —apostilló Ylena.

—Pues es evidente que si no lo tiene es porque no quiere —afirmó Sanders, conmovido aún por la danza de Zahra.

—¿Y tú qué piensas, Fernando? —le preguntó el Portugués.

Fernando no encontraba las palabras para describir el impacto que le había producido la danza de Zahra. Le costaba reconocer en la bailarina de aquella noche a la joven insulsa que le había acompañado al Cecil. La Zahra de la noche anterior no le pareció que destacara por nada. La Zahra de aquella noche era un sueño del que no quería despertar.

El capitán Pereira pidió más champán y brindaron por el futuro. Esa noche ninguno quería pensar en la realidad y mucho menos en la guerra.

Ylena les presentó a unos amigos acompañados de mujeres tan hermosas como atrevidas. Una de ellas no tuvo reparos en pedirle a Fernando que la sacara a bailar. Ylena le animó a que lo hiciera e incluso ella misma le pidió a otra de sus amigas que invitara a Eulogio a la pista, aunque él se resistió, acomplejado por su cojera.

No regresaron a casa hasta la madrugada. El capitán insistió en acompañarlos porque, les dijo, de lo contrario no se sentiría tranquilo.

Aquella noche el champán les ayudó a todos a dormir de un tirón. Aun así, Fernando se despertó temprano. No podía dejar de pensar en Zahra y en por qué la mujer más deseada de Alejandría trabajaba para Benjamin Wilson.

Se levantó sin hacer ruido para no despertar a Eulogio, que había bebido en

exceso. Una vez aseado y con un considerable dolor de cabeza debido al alcohol y al cansancio, fue al comedor con la esperanza de encontrar al menos una taza de café.

Casi se tropezó con Dimitra, que lucía unas enormes ojeras. También ella había saludado al nuevo año.

—La señora Kokkalis está descansando. Cuando se acuesta tarde no quiere que se la moleste. El coronel Sanders ha desayunado hace un buen rato y ha salido a dar un paseo. ¿Quiere una taza de té o café?

Fernando le pidió café con la idea de que le despejara los restos del alcohol que aún flotaban en su cabeza, pero rechazó el pudín que Dimitra se empeñaba en servirle insistiendo en que era mejor que llenara el estómago.

Una vez que hubo bebido un par de tazas de café, decidió ir hasta el hospital para ver a Catalina. A pesar de la discusión que habían tenido, no podía dejar de preocuparse y sentirse responsable de ella.

Encontró al capitán Pereira sentado junto a la cuna de Adela. Catalina, de pie a su lado, escuchaba al doctor Naseef.

A Fernando le sorprendió que Pereira hubiera ido al hospital tan temprano porque en su rostro también eran evidentes las huellas de la noche.

—Me alegro de que esté aquí, le estoy explicando a Catalina y al capitán que he tomado una decisión y es la de permitir que Adela vaya a casa. Ya se lo adelanté ayer al capitán. Aquí ya no podemos hacer mucho más por ella —dijo el doctor, mirando a Fernando.

—Pero... ¿cree que Adela está en condiciones de dejar el hospital? —le planteó Fernando, asustado por la decisión del médico.

—Es lo que acabo de decir, creo que con la medicación que le estamos suministrando y con los cuidados de su madre estará mejor en casa que en el hospital. Además, también me preocupa la madre... mírenla.

Los dos hombres clavaron la mirada en el rostro demacrado de la joven. De repente Fernando fue consciente de que, además de una extrema delgadez, su rostro se había transformado. Tenía arrugas en torno a los ojos que le

ensombrecían la mirada y también se le habían marcado las comisuras de los labios formando una mueca amarga. Costaba reconocer en ella a la joven romántica y despreocupada. Estaba agotada.

—Doctor, ¿me asegura que Adela no correrá ningún peligro? —La voz del capitán Pereira sonó más grave que de costumbre.

—¿No es usted el que no deja de repetir que Adela es una superviviente? Esperemos que así sea. Yo iré a visitarla todos los días y ante cualquier emergencia la traen al hospital. Sinceramente, creo que las dos necesitan la tranquilidad que no tienen aquí.

—Quiero bautizar a Adela —susurró Catalina.

—Bueno, eso puede esperar —respondió incómodo el doctor.

—No, no podemos esperar más. No duermo pensando en que si a Adela le pasa algo irá al Limbo en vez de al Cielo. Y será culpa mía. Tenía que haberla hecho bautizar nada más llegar a Alejandría —insistió.

—El Limbo... quién sabe si existe... En cualquier caso, no creo que Dios haga uso del Limbo —afirmó el doctor.

—¡Pues claro que existe! Y no pienso permitir que mi hija vaya allí si... si... si le sucediera algo. —El rostro de Catalina se crispó aún más.

—La bautizaremos, no te preocupes por eso. Si es preciso, buscaré un cura y lo llevaré a rastras a casa de Ylena. —La rotundidad de Pereira no dejaba lugar a dudas de que lo haría.

El médico salió de la habitación. En la sala comunal le esperaban otros niños con sus madres tan angustiadas y demacradas como lo estaba su paciente española.

El capitán se puso en pie y sonrió a Catalina, que parecía confusa sin saber qué hacer.

—Bien, querida niña, lo mejor es que recojas tus cosas y nos marchemos cuanto antes. Mi barco me necesita, de manera que te llevaré hasta casa de Ylena. ¿Y tú, Fernando, qué harás?

—El señor Wilson me dijo que podía tomarme el día libre.

—Es lo que tiene esta ciudad, que un día es fiesta para los musulmanes, otro para los cristianos y hasta los judíos celebran su sabbat. Bien, entonces los dos acompañaremos a Catalina. Iré a buscar un coche que nos lleve. Sería una temeridad llevar a Adela en tranvía.

Catalina y Fernando no intercambiaron palabra.

El bullicio de la mañana y el aire fresco del mar les despejó las brumas de la cabeza. Fernando temía el momento en que llegaran a la casa y el capitán los dejara a solas. Sentía a Catalina tan lejana como si fuera una extraña.

El capitán se despidió de ellos en la puerta de la casa sin esperar siquiera a que abriera Dimitra.

La muchacha recibió a Catalina con alegría e insistió en coger a Adela en brazos. Fernando se preguntaba si Eulogio ya se habría levantado o aún permanecería sumergido en las brumas del alcohol. Pero, para alivio suyo, su amigo ya había desayunado y se encontraba con mister Sanders y monsieur Baudin, que había regresado aquella misma mañana y estaba relatándoles su fiesta de fin de año en compañía de su hijo Philippe y de su nuera y sus nietos.

Precisamente fue el comerciante francés quien pareció más complacido por el regreso de Catalina. Mister Sanders se limitó a darle un apretón de manos asegurando que se alegraba de que Adela estuviera mejor, mientras que Eulogio se mostró esquivo y sólo prestó atención a la pequeña.

Ylena apareció al escuchar el alboroto en el comedor. Abrazó con afecto a Catalina y acarició el pálido rostro de Adela.

—Ahora que has regresado verás qué sorpresa que te tengo preparada. Ni se la he comentado a Eulogio ni a Fernando —anunció la mujer.

La sorpresa no era otra que había mandado preparar un pequeño cuarto trastero como habitación para Catalina y Adela. Hacía días que Dimitra lo había limpiado a fondo tirando todo lo inservible. Apenas cabía una cama pegada a la pared junto a una ventana. Un armario con un espejo, un poco destartado, completaba el escaso mobiliario. Ylena mandó a Dimitra a buscar lo que dijo que era un regalo para Adela.

Catalina se emocionó. Sintió un gran alivio al poder disfrutar de la intimidad de una habitación propia. Desde que había escapado de Madrid había compartido primero camarote y luego habitación con sus compañeros de fuga. Y no le pesaba haberse saltado todas las convenciones sociales, sino la falta de privacidad.

—Pensé en meter a Eulogio y a Fernando aquí, pero ya ves que esto es tan pequeño que apenas cabe una cama —se disculpó Ylena.

—¡Pero si es perfecto! ¡Cuánto se lo agradezco! —dijo Catalina, y era sincera.

Dimitra apareció empujando un cochecito de niños. Dentro del coche había un paquete con ropa de niña.

—El cochecito está usado, pero creo que servirá. Me lo ha dado una amiga, era de su nieta, lo mismo que la ropa... Espero que no te moleste.

Conmovida por el afecto que le demostraba Ylena, Catalina dejó escapar una lágrima.

—No sé cómo voy a poder agradecerle todo lo que hace por nosotras... —acertó a decir.

—Vamos, no tienes nada que agradecerme. Lo importante es que Adela se recupere.

Catalina se quedó en su nuevo cuarto junto a Ylena y Dimitra mientras Fernando y Eulogio decidían ir a dar un paseo. Ambos se sentían incómodos con Catalina y, por tanto, aliviados por no tener que seguir compartiendo habitación con ella.

—Ylena es una mujer extraordinaria —comentó Eulogio apenas salieron de la casa.

—Sí que lo es. Yo creo que Catalina despierta su instinto maternal. Como no se ha casado ni ha tenido hijos... —le respondió Fernando.

—Cierto. Qué historia más trágica la de Ylena y el sobrino del capitán. Ella debió de quererle mucho, porque haber permanecido soltera... —dijo Eulogio con admiración.

—Ya ves el afecto que le tiene el capitán. A veces pienso que se siente

culpable por no haber podido salvar a su sobrino.

—Debió de ser muy duro para él... ¿Cuántos años crees que tiene el capitán?
—preguntó Eulogio con curiosidad.

—Para mí que más de sesenta —afirmó Fernando.

—E Ylena debe de tener poco más de cincuenta... Aún es una mujer muy atractiva.

—Sí que lo es —admitió Fernando.

Caminaron sin rumbo pasando por el Museion, las murallas árabes y el Caesareum hasta llegar al borde del mar, donde la brisa les enrojeció el rostro y el olor a salitre los inundó de una sensación placentera.

—Voy a almorzar con Farida y Marvin. Han decidido marcharse ya. Marvin cree que como Estados Unidos ha entrado en guerra cada vez será más difícil la ruta del Atlántico. Los submarinos y los barcos alemanes están por todas partes. Anoche el capitán me dijo que navegar era como jugar a la ruleta rusa. No creo que Pereira se quede mucho tiempo más. Su barco está casi reparado y ya no tiene excusa para continuar aquí.

Fernando escuchaba a Eulogio sin prestarle demasiada atención. Se sentía cansado y sin ganas de pensar. Además, el regreso de Catalina le inquietaba.

—No me escuchas —le reprochó Eulogio.

—Sí, claro que te escucho.

—Estás pensando en Catalina. Oye, yo tampoco me siento cómodo con ella después de la bronca del otro día; menos mal que al menos no tendremos que compartir habitación.

—Es lo mejor para ella y para la niña.

—Y para nosotros.

—No sé qué querrá hacer—comentó Fernando preocupado.

—Sólo tiene una opción, regresar a España —sentenció Eulogio.

—Pero ella intentará ver a Marvin. Ya la conoces, estoy seguro de que dará con su dirección.

—No creo que lo consiga, nadie le dirá dónde vive. Ylena es amiga de Farida

y es la única que se lo podría decir, y no lo hará.

—Ya has visto de lo que es capaz Catalina —replicó Fernando.

—Admito que tiene agallas, pero no son agallas lo que necesita para llegar hasta Marvin. Tenemos que ayudarla a regresar a España. Será lo mejor para ella y para su hija —insistió Eulogio, que puso todo su empeño en que Fernando le acompañara hasta el restaurante donde le esperaban Farida y Marvin.

A Marvin le sorprendió la presencia de Fernando y fue Farida quien insistió en que compartiera con ellos el almuerzo.

Dedicaron buena parte del encuentro a comentar la fiesta de fin de año de los Wilson. Farida les contó que Zahra había ido hasta allí después de su actuación en «La Ciudad» y Eulogio comentó que la bailarina tenía algo especial. Pero por más que éste intentó que Farida desvelara algo sobre la vida de Zahra, ella se limitó a sonreír y a escuchar sin decir una palabra de más.

Cuando terminaron de almorzar, Farida sugirió tomar un café bien cargado puesto que todos arrastraban los efectos de haber trasnochado. Mientras el camarero servía el café, Marvin comentó que por la noche cenarían con Ylena y el capitán Pereira para intentar convencerle de que los aceptara como pasajeros.

—El *Esperanza del Mar* tiene como destino Brasil. Desde allí buscaremos el medio de llegar a Nueva York —explicó Marvin mirando a Eulogio.

—¿Y si el capitán Pereira se niega a llevaros? —quiso saber Fernando.

—Habrá otros barcos... aunque preferimos viajar en el *Esperanza del Mar*. El capitán Pereira es un marino experimentado y no va a ser fácil cruzar el Atlántico teniendo en cuenta el intenso bloqueo de la marina alemana, que no distingue entre naves civiles y buques de guerra. Ylena ha prometido hacer lo posible para persuadirle. Espero que acepte llevarnos —dijo Marvin.

—¿Vendrás con nosotros? —preguntó Farida, mirando fijamente a Eulogio.

—Sí... desde luego. Aquí no hago nada... Yo... bueno, te agradezco el trabajo que me has buscado, pero sé que se trata de un favor que te está haciendo el señor Kamel —respondió Eulogio, un poco avergonzado pero sin esquivar la

mirada de Farida.

—Sí, es un favor que me hace. Pero aprecia tu esfuerzo —respondió ella con sinceridad.

—Tiene muy buen carácter y habla un pésimo francés —dijo Eulogio riéndose.

—Suficiente para que os podáis entender —aseguró Farida, riendo también.

—Fernando, ¿y tú qué harás? —quiso saber Marvin.

—No puedo regresar a España. Soy un exiliado, me he quedado sin patria. Tanto me da quedarme aquí que ir a otra parte, dependerá de Catalina. Si ella regresa a España, quizá pueda unirme a vosotros, pero si decide quedarse... No, no voy a dejarla a su suerte. Quizá si tú hablaras con ella... si le dijeras que al menos vas a hacerte cargo de Adela...

Marvin se puso en pie cerrando los puños e intentando controlar la tensión que empezaba a sacudirle por la espalda y apoderarse de su ánimo.

—¡No tengo por qué! ¡No, no voy a participar de sus delirios! Catalina no es nadie para mí, no ha significado nada en el pasado. Su empeño es infantil. Ya es hora de que acepte la realidad.

—¡Pero tú tienes una responsabilidad que asumir! ¡No puedes darle la espalda! Un hombre tiene que hacer frente a lo que hace —insistió Fernando con dureza.

—¡No lo entiendes! ¡No quiero tener nada que ver con ella! Cada cual es responsable de sus actos. No tengo que dar ninguna explicación ni a ella ni a ti, ¿por qué habría de hacerlo? —El tono de voz de Marvin se había cargado de ira.

Farida se puso en pie y le cogió la mano tirando suavemente de él para que volviera a sentarse.

—Fernando, creo que no deberías insistir. Es una pena que hayas unido tu suerte a la de Catalina porque eso te hará muy desgraciado, pero es tu elección y la respetamos. —Farida hablaba con tanta dulzura como firmeza, y Marvin, sentado junto a ella, asentía.

—Te buscaré —le advirtió Fernando sin darse por vencido.

—¿Y quién le va a decir dónde puede encontrarme? Nadie lo hará. Pero te aseguro, Fernando, que si me topara con ella y se atreviera a abordarme, ni la saludaría. No puede imponerme ni su vida ni la de su hija.

Se quedaron en silencio. Farida acariciaba la mano de Marvin logrando que desapareciera la tensión de su rostro.

—Si decides quedarte en Alejandría, puedes confiar en Sara y en Benjamin. Con Benjamin Wilson estás en buenas manos. Aprenderás con él... Sabe sacar lo mejor de cada persona —le dijo Farida a Fernando, intentando desviar la conversación.

Fernando no les dijo que Wilson pretendía que trabajara de algo más que de editor porque intuyó que al menos Farida ya lo sabía.

—Además, es justo a la hora de pagar a quienes trabajan para él —comentó Marvin.

Fernando asintió. Realmente lo era. El dinero que contenía el sobre que le había dado para pagarle por haber ido con Zahra al Cecil era más de lo que hubiera podido imaginar. Le permitiría una cierta holgura hasta cobrar su sueldo como ayudante de edición.

—Mañana iremos a verle —anunció Farida—, Marvin le entregará su poemario. Ya está listo para editar —añadió.

—¿Y no prefieres publicarlo en Estados Unidos? —preguntó Eulogio.

—Tengo una deuda impagable con monsieur Rosent. Hasta ahora él ha sido mi primer y único editor; creyó en mí y me orientó animándome a escribir. Los Rosent siempre serán mis editores, esté donde esté y pase lo que pase —afirmó Marvin.

—Además, Wilson&Wilson es una editorial de prestigio en el Reino Unido. Los poemas de Marvin llegarán a Nueva York —apostilló Farida.

—Benjamin ha prometido hacer una edición en tres idiomas: inglés, francés y árabe. La edición francesa se editará en el sello Rosent. —Marvin lo dijo con satisfacción.

La tarde se oscureció. Eulogio y Fernando regresaron a casa de Ylena.

Eulogio no dejó de hablar sobre el viaje a América. Su sitio, dijo, no era Alejandría. Algún día, afirmó, se encontrarían en América, allí podrían labrarse un porvenir.

Dimitra les informó de que la señora Kokkalis había salido, lo que no sorprendió a los dos amigos puesto que Marvin les había dicho que cenarían con Ylena y el capitán.

—A Catalina le he llevado un plato de sopa y un trozo de tarta a la habitación. Está muy desmejorada y necesita descansar. Pero el coronel Sanders y monsieur Baudin ya se encuentran en el comedor dispuestos para cenar, de manera que no pierdan el tiempo.

No lo dijeron, pero ambos se alegraron de no tener que cenar con Catalina. Estaban demasiado cansados para verse obligados a fingir una normalidad que no sentían.

Durante la cena, monsieur Baudin les comentó los últimos rumores que corrían por la ciudad:

—Algunos de los consejeros del rey cada vez disimulan menos su simpatía por el Reich. Parecen admirar la firmeza de Hitler. En realidad, amigos míos, cada vez hay más egipcios que simpatizan con los alemanes, ven a los británicos como invasores.

—Monsieur Baudin, usted siempre dice lo mismo. No creo que se pueda afirmar que el pueblo egipcio es partidario del Eje —le cortó mister Sanders.

—Mi querido amigo, usted lo sabe mejor que yo. Los británicos suelen ser realistas y dudo mucho que el general Auchinleck o el almirante Cunningham se engañen respecto a los sentimientos de los egipcios. El ataque de los italianos al puerto de Alejandría ha despertado un sentimiento de admiración por los marinos italianos que lo llevaron a cabo. Hablan de Luigi Durand de la Penne, el jefe de la misión, como si fuera un héroe.

El coronel Sanders cerró los labios en un gesto de crispación. No quería reconocerle a monsieur Baudin que efectivamente tenía razón. Le fastidiaba que el francés recordara tan a menudo que para muchos egipcios los británicos eran

poco menos que invasores.

Fernando y Eulogio terminaron de cenar y se retiraron a su habitación dejando que Sanders y Baudin jugaran su habitual partida de ajedrez en la biblioteca.

Apenas había amanecido cuando los dos amigos encontraron a Catalina en el comedor, desayunando. Adela estaba despierta en el cochecito junto a su madre. Dimitra no dejaba de hacer carantoñas a la niña cada vez que entraba y salía de la estancia.

Catalina los saludó con formalidad, evitando cruzar su mirada con la de ellos. Fernando le preguntó por el estado de Adela y ella explicó que la niña había pasado buena noche. Después, cada uno de los tres se concentró en el café que había traído Dimitra. El coronel Sanders y monsieur Baudin se unieron al desayuno.

Cuando terminaron y cada cual iba a dedicarse a sus ocupaciones cotidianas, Catalina, un tanto azorada, pidió a Fernando y Eulogio que se quedaran para hablar un momento.

—Mentiría si dijera que siento lo que dije el otro día; puede que sea injusta con los dos, pero lo que dije es lo que pienso. Sé que eso nos ha separado y ahora será difícil que volvamos a recobrar la confianza, sobre todo vosotros en mí. Yo... bueno, no tengo a nadie a quien acudir. El capitán Pereira me ha asegurado que él correrá con mis gastos en casa de Ylena, pero naturalmente no puedo aceptar, de manera que tendré que trabajar, aunque será complicado porque Adela necesita que esté con ella.

Se hizo el silencio. Catalina parecía no saber cómo seguir y Fernando buscaba la manera de decirle que pese a todo siempre podría contar con él. Pero Eulogio se le adelantó:

—Yo tampoco me arrepiento de lo que te dije. En cualquier caso, quizá no fuera una buena idea haber venido. Pero todos teníamos nuestros motivos para irnos de España, así que como ya estamos aquí lo que tenemos que hacer es que

cada uno decida lo que más le conviene y actuar en consecuencia. Yo me voy, no pienso quedarme en esta ciudad en la que no tengo porvenir.

—Buscaré a Marvin. No puede esconderse de mí. Le encontraré. Tendrá que casarse conmigo. Ya no pretendo que lo haga por amor, sino por sentido del deber. Llévame a verle. —Catalina hablaba mirando indistintamente a Eulogio y a Fernando.

—No insistas, Catalina. Marvin no quiere saber nada de ti. Yo no voy a ayudarte a encontrarle. Es mi amigo y me ha dejado claro sus sentimientos hacia ti: ninguno. Además, ya te hemos dicho que vive con una mujer de la que está enamorado. No quiere saber nada de ti ni de la niña. Que sepas que me voy con ellos a América —sentenció Eulogio.

—¿Me estás diciendo que Marvin es un miserable? —Catalina intentaba contener la vergüenza y la ira que la invadían.

—No, Marvin no es ningún miserable. Él tiene sus razones y tú las tuyas. Yo respeto su decisión de no querer saber nada de ti y comprendo tu deseo de encontrarle, aunque... Bueno, creo que deberías reflexionar al respecto puesto que cada uno es responsable de sus actos —respondió.

—¿Reflexionar? ¿Crees que debo reflexionar sobre por qué quiero encontrar al padre de mi hija? ¿Te burlas de mí? —El tono de voz de Catalina comenzaba a adquirir un tinte histérico.

—Bien sabes que no me burlo. Lo siento, Catalina, yo desde luego no te voy a ayudar. Fernando y yo te hemos traído hasta aquí, quizá no debimos hacerlo. Pero lo hecho, hecho está. Mi consejo es que regreses a España. Tus padres te quieren y cuando vean a Adela te perdonarán. En cuanto a la boda con Antoñito, ya no será posible, pero eso que sales ganando. Es un cerdo, lo mismo que su padre. —Las palabras de Eulogio estaban cargadas de dolor.

—¿Y tú, Fernando? —preguntó Catalina—, ¿tampoco me vas a ayudar a encontrar a Marvin?

—Eulogio dice la verdad, Marvin no quiere ni oír hablar de ti —contestó Fernando, sintiendo que la estaba traicionando.

—Lo que te estoy pidiendo es que me lleves hasta Marvin, lo que pase después será asunto nuestro —sentenció Catalina.

—No puedo hacerlo.

—¡No quieres hacerlo! ¡Dilo! ¡Di que no quieres hacerlo porque no soportarías que pudiera irme con él! ¿Verdad que es eso? —Catalina intentaba herir a Fernando, habida cuenta de lo herida que ella se sentía.

—Puedes creerme o no, pero te juro que he intentado convencerle para que hable contigo. Y también puedo jurarte que desconozco su dirección. Créeme que si supiera dónde vive te llevaría ahora mismo. Le he dicho a él que debe hablar contigo, decirte lo que te tenga que decir. No comprendo su empecinamiento en no querer verte —afirmó Fernando con sinceridad.

—¡Es esa mujer! ¡Es ella la que se lo impide! Teme que Marvin la deje en cuanto nos vea a Adela y a mí, ¿creéis que no lo sé? Esa bruja no le permite verme —afirmó Catalina con convicción.

—Marvin está enamorado de ella —insistió Eulogio.

—¡No, no lo está! Ella le ha engatusado, Dios sabe cómo... Hay mujeres que utilizan brujería para retener a su lado a los hombres. Estoy segura de que es una bruja. Yo sé cómo es Marvin, sé de su dulzura, de su delicadeza, de su amor hacia mí. Por nada del mundo me haría daño. Pero ahora no piensa por sí mismo; es esa mujer quien le manipula.

Catalina hablaba con tal apasionamiento que era evidente que se creía lo que decía. Fernando no lo expresó, pero pensó que quizá Catalina tuviera razón y si Marvin se negaba en redondo a verla era porque Farida se lo impedía. En realidad, ¿qué sabían Eulogio y él de Farida? Sólo que Marvin tenía una gran dependencia de ella. Quizá la filósofa no era lo que parecía. Desde luego tenía que reconocer que a cualquier hombre le resultaba fascinante tanto por su personalidad como por su extraña belleza.

—No eches la culpa a Farida ni tampoco a Fernando. Es Marvin quien toma sus propias decisiones. Desde luego, yo no voy a decirle a Fernando dónde vive Marvin porque sé que él sería incapaz de negarte la dirección. No voy a

traicionar a Marvin por ti. —Eulogio no dejó lugar a dudas sobre su posición.

—En realidad nunca te he caído bien, ¿verdad? —Catalina le miraba fijamente.

—Te tengo por una niña a la que la vida no le ha negado nada —respondió Eulogio.

—¿De verdad lo crees? ¡Pues te equivocas! ¡No sabes nada de mí! La guerra me quitó a mi abuelo materno y mi abuela Adela murió de pena. La guerra volvió loca a mi tía Amparo, la esposa de tío Andrés, que tuvo que ver cómo los milicianos mataban a su hijo Andresito. La guerra me arrebató a mis tíos. La guerra hizo que mi tía Adoración del Niño Jesús no haya vuelto a ser la misma desde que unos milicianos entraron en el convento, y... bueno, ya sabes lo que les hacían a las monjas. La guerra hizo que mi padre tuviera que transigir con don Antonio e incluso concertar mi boda con Antoñito porque ya no tenemos ni para comer. ¿Crees que no sé lo que esto suponía para mi padre? La guerra le quitó su marido a mi tía Petra. Así que no me digas que la vida no me ha negado nada cuando he perdido a tantas personas queridas. ¿Crees que sólo tú has sufrido por la pérdida de tu padre? ¿O porque el sinvergüenza de don Antonio se aprovechara de tu madre y de ti y que os quitara la casa? ¿O porque te hirieron durante una batalla? —El dolor se había hecho hueco en las palabras de Catalina.

Durante un tiempo que se les antojó eterno los tres se quedaron callados.

—Tu familia ganó la guerra —acertó a decir Eulogio, impresionado a su pesar por las palabras de Catalina.

—¿Que ganaron la guerra? ¿Cómo puedes decir eso? La guerra la ganaría Franco, pero la perdimos todos. Tú me hablas con rencor porque crees que formo parte del bando vencedor, pero yo no formo parte de nada, no pude elegir. Crees que soy una estúpida y a lo mejor es verdad, pero no tanto como para no ver lo que está ocurriendo en España. ¿Cuánto tiempo tendrá que pasar para que nos perdonemos los unos a los otros?

Eulogio estaba sorprendido por la argumentación de Catalina. Siempre la había tenido por una boba, pero aun así se resistía a considerar que pudiera tener

una brizna de razón.

—Mira, niña, los de tu bando son los que provocaron la guerra alzándose contra el Gobierno legítimo de la República —replicó.

—Tienes razón, pero los muertos duelen por igual. A ti te duele la muerte de tu padre y a mí la de mis tíos y la de mi primo. Tu dolor no es mejor ni mayor que el mío. Tus muertos y los míos valen lo mismo.

A Fernando la vehemencia de Catalina le sobrecogió. De repente se dio cuenta de que detrás de su apariencia de niña anidaba una mujer que desconocía.

Sintió que tenía que recomponer su idea sobre Catalina e incluso sus sentimientos.

Ninguno de los tres parecía sentirse capaz de seguir hablando. Dimitra los interrumpió recordándoles que llegarían tarde a trabajar. Los dos se marcharon sin tiempo de decirle adiós.

Leyda, la secretaria de Wilson, le indicó a Fernando que Athanasios Vryzas le esperaba en el despacho de Benjamin Wilson. Y allí le encontró junto a Marvin, que por el rictus de su boca parecía contrariado.

Wilson le invitó a sentarse y en pocas palabras les explicó que el editor jefe había aconsejado que fuera el propio Fernando quien se hiciera cargo de la edición de los poemas de Marvin.

El libro tendría que estar listo en un par de meses como muy tarde. Vryzas recordó que también debía hacerse cargo de la edición inglesa de los poemas de Omar Basir.

—Tú hablas un inglés excelente y no tendrás dificultad para hacerlo. Yo me encargaré de las ediciones francesa y árabe —explicó el viejo editor.

Marvin no parecía muy satisfecho, pero no protestó. Fernando supuso que lo había hecho antes de que llegara él.

Benjamin Wilson dio por terminada la reunión y despidió a Vryzas y a Marvin, pero le indicó a Fernando que se quedara.

Cuando estuvieron a solas le observó durante un segundo como si intentara

calibrarle.

—En cuanto a la edición de los poemarios no hay nada más que hablar. Pero además quiero encargarle otro trabajo que me urge aún más. Necesito que se dirija hacia Marsa el Brega. Bueno, en realidad no creo que haya que llegar hasta allí...

—¿Marsa el Brega? No sé dónde está... ¿Y por qué debería ir a ese lugar? —preguntó Fernando con desconfianza.

—Libia, la Cirenaica... Allí se encuentra uno de los emplazamientos de Rommel.

—¡Vaya idea más absurda! A lo mejor quiere que salude a Rommel de su parte. —Fernando estaba perplejo.

—Escuche, no me lo ponga difícil... Estamos en guerra, usted es antifascista, tiene buenas razones para ello. Yo también. De manera que no hay motivo para que no colabore conmigo y haga algo para que ganemos esta maldita guerra.

—Yo ya perdí una guerra —afirmó Fernando con solemnidad.

—Puede que aún no la haya perdido del todo si logramos derrotar a Hitler. Si así fuera, Franco se encontraría en el lado perdedor y puede que los Aliados decidan no permitir a un fascista seguir gobernando un país europeo. Si ganamos la guerra, puede que los días de Franco estén contados.

—¿Sabe, señor Wilson?, quizá las cosas deberían ser así, pero dudo de que los británicos defiendan algo más que sus propios intereses. Nada garantiza que derroten a Hitler y mucho menos que, si lo hacen, después decidan acabar con Franco.

—Comprendo su escepticismo, ha visto usted mucho para ser tan joven. Pero créame que la derrota de Hitler es necesaria si queremos sobrevivir para seguir siendo lo que somos, países civilizados con valores humanistas. No podemos permanecer impasibles ante la conquista de Europa por parte del Ejército alemán con sus leyes racistas que están provocando que miles de personas sean conducidas a campos de concentración en función de su raza o incluso de su ideología. Usted ha perdido una guerra, ciertamente, pero le aseguro que perder

ésta será mucho peor. Pregúntese si su padre permanecería impasible ante Hitler o haría lo que estuviese en su mano para poner fin a su locura.

Benjamin Wilson se quedó en silencio dando tiempo a Fernando para contestarse a sí mismo a la pregunta que acababa de hacerle. Estaba seguro de la respuesta.

—¿Y qué es lo que tendría que hacer en ese lugar?

—Ya le dije que, además de editar libros, Wilson&Wilson ayuda a buscar personas.

—Sí, y también que compra y vende información —le interrumpió Fernando.

Los dos hombres se miraron con recelo. Pero enseguida Wilson cogió las riendas de la situación.

—Nunca he dicho tal cosa, le expliqué que en ocasiones también me requieren determinadas informaciones. Si puedo encontrarlas, lo hago, pero nada más. Temo decepcionarle, pero no juego a los espías.

Fernando se encogió de hombros. No podía evitar sentirse inquieto ante Benjamin Wilson porque desconfiaba de él. Sentía que para él sólo era un peón que intentaría mover a su antojo.

—Entre las tropas italianas que acompañan a Rommel hay alguien que en ocasiones ha colaborado con los británicos y... también conmigo. Se llama Domenico Lombardi y está destinado en Intendencia. Hace un mes recibí un mensaje para que le sacara de Marsa el Brega. Quería desertar. Mandé a uno de mis colaboradores. Sólo sé que él y Lombardi abandonaron Marsa el Brega. Ya tendrían que haber llegado a Alejandría, y sin embargo... El hombre que envié conoce bien el desierto, de manera que no sé qué les ha podido pasar. Tengo motivos para preocuparme. Necesito que salga a buscarlos.

—¡Está usted loco! Yo no sabría cómo atravesar el desierto. No tengo preparación para eso. Sabe que me envía al matadero.

—Tiene razón, es una locura y es más que probable que le detengan y que le maten. Pero necesito que alguien vaya allí. En realidad el trabajo lo hará Hafid. Es beduino y se conoce el desierto como la palma de la mano. Es él quien sabrá

encontrarlos en caso de que estén vivos. Pero confío en Hafid.

—No dejo de escuchar que los egipcios prefieren a los alemanes antes que a los ingleses —apostilló Fernando.

—Así es. Pero no todos. Además, Hafid es beduino, es un hijo del desierto, no es de ninguna parte.

—¿Y por qué trabaja para usted?

—En realidad le debe la vida a mi padre... hace años le salvó de morir. Mi padre era un oficial destinado en Egipto. En una ocasión, mientras patrullaba por el desierto junto a sus hombres se encontraron con un grupo de bandidos que habían atacado un campamento beduino. Habían matado a algunos hombres, incluso a algunas de las mujeres. Uno de los bandidos intentaba violar a la madre de Hafid. Mi padre le mató de un tiro. El padre de Hafid estaba malherido, lo mismo que Hafid, que entonces apenas era un adolescente. Gracias a mi padre se salvaron. Ese hombre tiene una deuda de sangre conmigo. —Wilson habló con tranquilidad, como si fuera incontestable lo que estaba relatando.

—¿Para qué necesita que vaya yo?

—Hafid no habla ni una palabra de italiano.

—Yo tampoco.

—Pero a usted no le costará entenderse con Lombardi; ambos hablan dos idiomas que provienen del latín, no les costará entenderse. En estos momentos no tengo a nadie que hable italiano. Por eso le estoy pidiendo que vaya, porque necesito a alguien capaz de entenderse con Lombardi, si es que aún está vivo. El hombre que le fue a buscar es un primo de Hafid, Basim, también beduino; comprenderá que los beduinos no se pierden en el desierto. Algo les ha tenido que pasar.

—A lo mejor ese beduino ha decidido traicionar a Lombardi y entregarle a los alemanes —respondió Fernando.

—No lo creo, ya le he dicho que es primo de Hafid. Si lo hubiera hecho, sabe que eso le costaría la vida, Hafid le mataría.

—¡Usted está loco! —insistió Fernando.

—En esta parte del mundo las cosas van así... Es preciso que hable con Lombardi, pero sobre todo sacarle de allí tal y como me ha pedido. Quienes trabajan para mí saben que nunca abandono a ninguno de los míos.

—¿Y por qué alguien que forma parte del Ejército italiano traiciona a los suyos trabajando para usted?

—Tiene sus razones.

—Necesito saber qué razones.

Benjamin Wilson cruzó su mirada con la de Fernando y supo que no lograría nada de él si no le decía toda la verdad.

—Domenico Lombardi es hijo de un juez. Su padre es socialista. Puede suponer cuánto le repugna el fascismo. Padre e hijo se enfrentaron a causa de la política y llevaban un par de años sin apenas hablarse. Hace unos meses encarcelaron a su padre y eso ha hecho que el joven Lombardi se revuelva. Domenico es un militar con un alto sentido del honor y del deber acostumbrado a obedecer, pero ante todo su principal lealtad es para con su familia, para con su padre, que es quien le ha inculcado los valores que son su guía. El encarcelamiento de su padre y la actitud de Rommel para con los italianos han sido demasiado para él. Su conciencia ha sido zarandeada, además, por el desdén que Rommel muestra por los militares italianos, y eso le ha llevado a no sentir tantos remordimientos a la hora de colaborar en alguna ocasión. Pero su principal motivación es el dolor por saber encarcelado a su padre, un hombre íntegro.

—¿Y si no le encontramos?

—Procure regresar.

—Usted mismo me ha dicho que lo más seguro es que me maten.

—Sí, eso podría pasar.

—¿Cuándo tendría que partir?

—Dentro de un par de días. El tiempo que Hafid necesita para organizarlo todo. Él le protegerá.

Wilson le entregó una carpeta con algunos detalles del viaje. Fernando echó

un vistazo y se sobresaltó al comprobar que entre Alejandría y Marsa el Brega mediaban mil kilómetros. Iba a protestar, pero decidió darse por vencido.

—¿Y qué le diré a Ylena Kokkalis? ¿Y a mis amigos?

—A sus amigos, que le he mandado a mi sucursal de El Cairo. En cuanto a Ylena... no hace falta que le diga nada. Ella comprenderá.

Fernando se quedó en silencio; se sentía noqueado intentando desbrozar el contenido de lo que acababan de hablar. Le parecía que cuanto estaba viviendo era irreal.

—No se preocupe por Catalina, Ylena cuidará de ella, le ha cogido mucho afecto.

—Mi amigo Eulogio se va con Marvin y Farida en el *Esperanza del Mar*. Catalina se quedará sola.

—Sí, se irán, pero no en el *Esperanza del Mar*. El capitán Pereira se niega a llevarlos con él a pesar de que se lo ha pedido Ylena. El Portugués sólo aceptará si Marvin habla con su amiga Catalina, pero, como sabe, él se niega. Además... bueno, puede que tengan otros planes.

—¿Otros planes? —Fernando no alcanzaba a comprender a qué se refería Wilson.

El editor endureció el gesto y cruzó las manos sobre el escritorio sin molestarse en responder a la pregunta de Fernando.

—Todos tenemos afectos a los que responder. La vida nos va enredando con acontecimientos inesperados... El capitán Pereira intenta proteger los intereses de Catalina y yo me siento en la obligación de preocuparme de otros asuntos.

Fernando salió del despacho de Wilson sin comprender las palabras de aquel hombre que, sin embargo, sentía que le manipulaba a su antojo. No quería ir a Marsa el Brega, pero había aceptado hacerlo. Y se maldijo por ello.

Athanasios Vryzas estaba ensimismado leyendo un manuscrito, pero cuando le vio aparecer dejó lo que estaba haciendo.

Hablaron durante un buen rato de cómo organizar el trabajo y sobre las fechas previstas para tener listas las ediciones de los libros.

—El señor Wilson me ha dicho que tienes que ir a nuestra sucursal de El Cairo durante unos cuantos días, pero estoy seguro de que te dará tiempo a cumplir con lo previsto.

—Al menos lo intentaré —respondió Fernando malhumorado, no queriendo comprometerse a lo que no estaba seguro de poder hacer.

—El señor Wilson es muy estricto en cuanto al cumplimiento de los plazos de edición —le advirtió Vryzas.

—Pero yo no me puedo multiplicar, de manera que haré lo que pueda y lo mejor que pueda —replicó Fernando; las exigencias del editor jefe le estaban sacando de quicio.

Athanasios Vryzas no insistió. Su joven ayudante parecía estar sufriendo una gran presión.

Trabajaron el resto del día y aunque Vryzas animó a Fernando para que saliera a comer algo, éste prefirió quedarse trabajando. No tenía hambre, pero sobre todo no disponía de tiempo.

A las seis Vryzas le invitó a marcharse. Esta vez no protestó.

Cuando Dimitra le abrió la puerta le dijo que la señora Kokkalis le esperaba en su saloncito. Fernando no tenía ganas de hablar con nadie, tampoco con Ylena, pero no podía negarse a hacerlo, al fin y al cabo era su anfitriona.

Ylena estaba sentada detrás de su escritorio con un libro de cuentas. Le sonrió indicándole que se sentara frente a ella.

Aquel saloncito era de lo más acogedor. Además del escritorio había un par de sillones de orejas y un sofá tapizados en cuero de color verde oscuro, dos mesitas bajas con jarrones de flores y varios cuadros pequeños con motivos marinos. El olor a cuero y a rosas le daba una calidez especial a la estancia, sobre todo en aquel momento en el que había empezado a llover.

—Supongo que ya sabe que el capitán Pereira no va a llevar a Marvin ni a Farida a América y, por tanto, tampoco a su amigo Eulogio. Su decisión ha supuesto un contratiempo para todos... pero el capitán es un hombre de una sola palabra, así que no cambiaré de opinión. Esta noche vendrá a despedirse porque

zarpa de madrugada.

Fernando no supo qué responder, tampoco sabía qué esperaba Ylena que dijera al respecto, así que optó por permanecer en silencio.

—Comprendo la decisión del capitán. Yo habría adoptado la misma actitud si no fuera porque... bueno, porque soy amiga de Farida y ahora también de Marvin. Es difícil ponerse de parte de todos a la vez. Pero aunque no conozco las razones de Marvin, respeto su decisión porque la avala Farida, aunque... bueno, creo que si por ella fuera Marvin hablaría con Catalina, pero como él se niega, ella le protege. Por otro lado, no puedo dejar de conmoverme por la tragedia de Catalina. Le he tomado afecto. Comprendo su desesperación. La pregunta que quiero formularle es: ¿qué cree que podemos hacer?

—¿Hacer? Usted sabe que no podemos hacer nada. Marvin se irá de todos modos.

—¿Y Catalina?, ¿aceptaría regresar a España? Sería lo más conveniente para ella y para su hija...

—Sí, yo también lo creo, pero tendrá que preguntárselo a ella. Yo no lo sé.

—¿Y usted, Fernando?, ¿ha pensado qué va a hacer?

—Me siento atrapado. —Fernando se arrepintió nada más decir estas palabras. Ella le miró con curiosidad y pudo ver en el rostro de su huésped un rictus de amargura.

—Siempre podemos elegir —afirmó Ylena.

—No, eso no es verdad —negó él con rotundidad.

—Puede que en ocasiones no seamos capaces de ver la puerta de salida, pero le aseguro que esa puerta siempre existe.

—No lo creo.

—Comprendo que ahora lo vea todo oscuro... Se ha marchado de su país, se han visto atrapados por acontecimientos que no esperaban... y luego esta ciudad, Alejandría, que a veces yo también siento su peso sobre mí. En realidad usted no tiene ninguna razón para quedarse aquí.

—Excepto Catalina.

—Pero una vez que Marvin se marche, ella no tendrá ningún motivo para quedarse. Todo en Alejandría les resulta extraño, el idioma, la gente, la manera de vivir, incluso la guerra, con Rommel dispuesto a hacerse con la ciudad. Deberían marcharse. —Ylena lo dijo con la convicción de que era lo mejor para ellos.

—No voy a dejar a Catalina. No mientras le pueda ser de alguna utilidad. Si ella decide quedarse, estaré junto a ella.

—El capitán Pereira me ha pedido que cuide de Catalina y así lo haré. Le tiene mucho aprecio.

—Yo cubriré todos sus gastos —afirmó Fernando.

—La cuestión es que tienen que decidir qué van a hacer. Su amigo Eulogio no tardará en marcharse con Marvin y Farida. El señor Wilson ya les ha encontrado acomodo en otro barco que zarpará en un par de días rumbo a Marsella. Después, si todo va bien, viajarán a Estados Unidos.

—¿A Francia? ¡Pero si Estados Unidos está en guerra con Alemania y Francia ha sido ocupada...!

—Creo que su amigo Marvin y Farida quieren ir a Vichy para encontrarse con monsieur Rosent, el padre de Sara y editor de Marvin. Al parecer, monsieur Rosent contó con la ayuda de unos amigos para salir de París y llegar hasta la Zona Libre. Sara lo supo anoche. Imagine su preocupación.

—¡Pero si Vichy es un régimen lacayo de Hitler!

—Sí, así es... pero ya le he dicho que en esta ciudad todo se entremezcla. Sara Rosent quería ir a Vichy, pero Benjamin cree que correría un peligro añadido por ser judía. Farida y Marvin se ofrecieron a buscar a monsieur Rosent. Marvin se siente en deuda con él.

—El señor Wilson no me ha dicho nada de esto —protestó Fernando.

—¿Y por qué habría de decírselo?

—Marvin y Farida correrán peligro, pero Eulogio mucho más. No, él no puede ir a Francia. Desde antes de que terminara nuestra guerra a los españoles que escapaban a Francia los encerraban en campos...

—Benjamin tiene muchos recursos. Supongo que habrá pensado en todo para que no corran ningún peligro.

—¡Están todos locos! —Fernando alzó la voz alterado por cuanto le estaba contando Ylena.

—Estamos en guerra, eso es todo. La guerra es la mayor de las locuras.

—Hablaré con Eulogio.

—Sí... hágalo. En cuanto a usted y a Catalina, tómense el tiempo que necesiten para decidir lo que van a hacer. ¡Ah!, y esta noche el capitán cenará con nosotros. También tengo una pequeña sorpresa.

Fernando encontró a Eulogio fumando tumbado sobre la cama con gesto serio. Parecía cansado.

—Acabo de hablar con Ylena —le dijo a modo de saludo.

—Y te ha explicado que nos vamos a Francia, creo que a Vichy.

—Eso me ha dicho. Supongo que no vas a secundar esa locura.

—¿Y qué puedo hacer? ¿Quedarme aquí ejerciendo de ayudante de un hombre que no me necesita y con el que me entiendo por gestos más que con palabras?

—Puedes ir a Brasil en el *Esperanza del Mar*. El capitán se niega a llevar a Marvin y a Farida, pero a ti te llevaría. Yo mismo se lo pediré. Podemos pagar parte del pasaje con lo que me ha dado Wilson.

—Sí, podría hacerlo...

—Pues hazlo. Es lo mejor. Una vez en Brasil decides lo que quieres hacer, pero desde allí te costará menos ir a cualquier otra parte.

—Marvin me contó lo que pensaba hacer y me pidió que los acompañara. Se ha ofrecido a buscar a monsieur Rosent, pero... no sé, creo que siente miedo.

—Natural, hay que estar loco para no sentirlo. A nadie se le ocurriría viajar a Francia en estas circunstancias. Ese Wilson es un manipulador, un tipo sin escrúpulos que logra que la gente haga lo que a él le conviene.

—También me dijo que temía por lo que pudiera suceder y, sobre todo, por la suerte que pudiera correr Farida, que se empeña en no dejarle ir solo. Creo que

yo le doy cierta seguridad. Me ha hecho prometer que sacaré a Farida de Francia en caso de que a él le ocurra algo. Fernando, comprende que yo no puedo fallar a Marvin —afirmó Eulogio con un deje de resignación.

—¿Fallarle? ¿Es que negarte al suicidio es fallarle? No sé qué riesgos pueden correr él y Farida, pero tú... Sabes que los franceses te arrestarán en cuanto pongas un pie en Francia y te mandarán a alguno de esos campos donde encierran a los españoles, si es que no te envían a España.

—Sé que me necesita. Marvin ha asumido hacer algo para lo que no está preparado. Y lo ha hecho por lealtad a los Rosent.

—Tú tampoco estás preparado para cruzarte media Francia hasta llegar a Vichy, ¿es que crees que será como ir de excursión al campo? Por favor, Eulogio, vuelve a la realidad. Esta maldita Alejandría nos está trastornando a todos.

—Ya me he dado cuenta de que estamos cambiando —admitió Eulogio.

—Pero para peor, y además estamos perdiendo el poco sentido común que nos quedaba —sentenció Fernando, mientras se sentaba tapándose el rostro con las manos.

Lo hacía para intentar reprimir un sollozo.

De tan viejo como se sentía pensó que los días transcurridos desde que se habían escapado se habían multiplicado por años.

Eulogio se sentó a su lado, pasándole un brazo por los hombros.

—No hay vuelta atrás, Fernando, para nosotros no existe la posibilidad de regresar a España. Y tú aún puedes menos que yo. La única que podría hacerlo es Catalina. Tienes razón en lo que se refiere a Wilson, ese hombre hace y deshace a su conveniencia... Marvin me ha contado algunas cosas... Bueno, lo mismo que tú me contaste: que además de editar libros, Wilson&Wilson también se dedica a buscar personas.

—¿Y a nosotros qué nos importa? No le debemos nada.

—Somos exiliados, no tenemos nada, no hay porvenir para nosotros —respondió Eulogio.

—Tú querías ir a América precisamente en busca de un porvenir —le recordó Fernando.

—En realidad yo quería huir de mí mismo, de la enorme vergüenza que sentía por lo de mi madre con don Antonio. De eso es de lo que quería huir, tanto como de la España de Franco —se sinceró Eulogio.

Los dos amigos se abrazaron intentando reprimir las lágrimas. Se sentían perdidos en la inmensidad de aquella ciudad milenaria que les resultaba tan ajena. Todavía no amaban a la vieja Alejandría.

Dimitra golpeó suavemente la puerta con los nudillos avisándolos de que en pocos minutos serviría la cena.

Catalina ya estaba sentada cuando llegaron al comedor; estaba hablando con el capitán Pereira. Como Fernando y Eulogio no tenían ganas de participar en ninguna conversación procuraron distraerse con el debate que mantenían monsieur Baudin y mister Sanders. Ambos competían para demostrar cuánto sabían sobre lo que estaba pasando en aquella guerra que se libraba en las arenas del desierto. Ylena hacía de árbitro intentando calmar los ánimos de ambos caballeros, que discrepaban sobre la estrategia que se debía seguir para frenar al Afrika Korps. El coronel gustaba de zaherir a monsieur Baudin recordándole que el mariscal Pétain marcaba el paso al son de los alemanes.

No es que monsieur Baudin estuviera de acuerdo con Pétain, pero le fastidiaba la superioridad de la que hacía gala el coronel Sanders recalcando que era Inglaterra la que intentaba parar los pies a Adolf Hitler. Por su parte, el capitán Pereira auguraba que la guerra aún sería larga y difícil de ganar, aunque confiaba en que la intervención de Estados Unidos en el conflicto pudiera cambiar el rumbo de la contienda.

—Y los rusos. No te olvides de los rusos —apostilló Ylena.

—Tienes razón, mi querida Ylena —dijo el capitán—, puede que Hitler cometa el error de menospreciarlos, pero los rusos son un pueblo sufrido y formidable que lucharán si es necesario hasta que no quede ni uno solo de ellos, pero pararán a Hitler, ya lo verán —asintió el capitán Pereira.

—¿Cómo es la vida en la Zona Libre? —preguntó de repente Eulogio, mirando a monsieur Baudin.

—Para ser sinceros, lo de la Zona Libre es sólo un eufemismo, ahí sí tengo que darle la razón al amigo Sanders. Como francés me avergüenzo de las decisiones de Pétain... Mis amistades de París me aseguran que los alemanes disfrutaban de la ciudad a su antojo. En cuanto a lo que sucede en la zona que gobierna el mariscal Pétain... las cosas no van bien... sobre todo para los extranjeros, salvo que sean alemanes o italianos.

Después de la cena y para sorpresa de Fernando y Eulogio, Ylena les anunció que al día siguiente a las siete de la mañana bautizarían a Adela. El capitán Pereira sería el padrino y ella la madrina. Así lo había decidido Catalina.

—Están ustedes invitados a la ceremonia en la catedral de Santa Catalina, y será breve.

—Y tan breve, en cuanto bauticemos a la niña zarpo hacia Brasil —apostilló Pereira.

—Es una casualidad que entre tantas iglesias de tan diferentes confesiones como las que hay en Alejandría precisamente la latina sea la de Santa Catalina —dijo monsieur Baudin con una sonrisa.

—Desde luego asistiré encantado —se comprometió el coronel Sanders, un tanto confundido porque lo que menos esperaba hacer era asistir a un bautizo.

Catalina les agradeció a todos su buena disposición y luego abrazó emocionada al capitán Pereira.

—¡Cuánto ha hecho por mí! Nunca podré pagárselo.

—¡Vamos, vamos! No podemos dejar a la pequeña sin bautizar y para mí es un honor ser su padrino. El mar me tuvo alejado del momento en que nacieron mi hija y también mis nietas, así que gracias a Adela he sabido cómo se llega a la vida.

—Usted la salvó —le recordó Catalina agradecida.

En cuanto el capitán se marchó, el inglés y el francés pidieron permiso a Ylena para disponer de la biblioteca y jugar su partida de ajedrez. En ese

momento, Fernando le hizo una seña a Catalina. Quería hablar con ella. No podían seguir retrasando la conversación sobre lo que iban a hacer.

Catalina, no sin fastidio, le propuso ir a su habitación. Prefería no tener que hablar delante de Eulogio.

Después de colocar a Adela sobre la cama, Catalina se sentó en una silla invitando a Fernando a que ocupara la otra.

—Qué tranquila duerme —comentó él, observando el sueño de la pequeña.

—Sí, es muy buena. La pobrecita apenas tiene fuerzas para nada.

—Pero ha salido adelante. Adela es más fuerte de lo que parece —la consoló Fernando.

—Bien, qué es lo que quieres decirme. —Catalina se había puesto tensa de repente.

—Eulogio se marcha en un par de días —le anunció Fernando.

Ella sintió la noticia como un golpe en el estómago. Aunque no acababa de congeniar con Eulogio, su presencia era un vínculo con la España que había dejado atrás.

—Con Marvin... claro.

—Sí, con Marvin y Farida.

—¿A América?

Fernando dudó en decirle la verdad, pero no sabía mentir y, además, no quería hacerlo.

—No, por ahora no irán a América. Creo que van a Francia. Parece que con Marvin las cosas nunca terminan de ser lo que está previsto —admitió él.

Catalina asintió dejando vagar la mirada hacia el techo. Parecía derrotada.

—¿Por qué se niega a verme? —le preguntó mirándole fijamente.

—No lo sé, pero tan sólo escuchar tu nombre le produce una enorme irritación. Lo mejor sería que hablarais y te dijera lo que crea conveniente. Pero se niega y yo no alcanzo a comprender su empecinamiento. Asegura que no debe ninguna explicación.

—Me ha dado a Adela, no puede ignorarlo —replicó ella.

Fernando guardó unos segundos silencio buscando las palabras que hacía tiempo reprimía. Pero no podía seguir sin hacerlo o el abismo entre ambos sería definitivo.

—Te juro, Catalina, que daría media vida por que Marvin y tú... Sí, no te diré que no me dolería, que sufriría, pero no soy tan egoísta para desear tu desgracia ni la de tu hija. Además, hace tiempo que he comprendido que nunca me podrás querer. Me resistía, lo confieso. Mi sueño secreto era que un día te despertaras y me dijeras que te habías dado cuenta de que me quieres a mí... pero los sueños son sólo eso, sueños. De manera que sé que entre tú y yo nunca podrá haber nada que no sea amistad. Pero lo que sí puedo hacer es seguir ofreciéndote una amistad desinteresada. Cuenta conmigo siempre, para lo que sea. Ya que yo no puedo ser feliz, haré lo imposible para que tú lo seas.

A Catalina le sorprendió la declaración de Fernando. No estaba preparada para semejantes palabras dichas con tanta sinceridad que la desarmaban. Sintió remordimientos por haberle herido días atrás.

Tragó saliva mientras intentaba buscar una respuesta a la confesión de Fernando.

—Te agradezco lo que me has dicho... Yo... lo siento, ojalá pudiera enamorarme de ti, pero... no puedo, Fernando, no puedo. Te quiero, eso sí, te quiero muchísimo, tanto como a mi familia, y no querría que me tuvieras en cuenta lo que dije hace unos días. No te lo merecías... Entiéndeme... estoy nerviosa... el parto en el mar, la enfermedad de Adela, llegar a esta ciudad extraña, el hospital, estar tan lejos de España y de mis padres... Yo... no sé qué habría hecho sin ti.

Catalina se levantó y se plantó delante de él tendiéndole las dos manos. Fernando se puso en pie y la abrazó. Se quedaron apenas unos segundos fundidos en un abrazo consolador. Luego ella se inclinó sobre Adela, era su manera de evitar el llanto.

—Regresa a España. Es lo mejor. Tus padres te acogerán sin reproches en cuanto vean a la niña. Antoñito ya no se querrá casar contigo, así que asunto

resuelto. No tienes que seguir huyendo —dijo Fernando.

—Es lo que me aconseja el capitán Pereira y también Ylena, pero... no, no voy a regresar. No regresaré hasta que no hable con Marvin, hasta que él conozca a su hija. Si en ese momento me dice que no quiere saber nada de nosotras, entonces... no, entonces tampoco podría hacerlo porque avergonzaría a mis padres. Pero tengo a Marvin por una persona honorable. Tú le conoces, sabes lo sensible que es. Creo que es esa mujer la que no le permite que me vea. Sé que cuando se libere de ella vendrá con nosotras. Por eso es importante que yo le vea.

Fernando no supo qué más decir. Se sentía abrumado ante el empecinamiento de Catalina. Se preguntó cómo podía estar tan ciega. Pero inmediatamente encontró la respuesta. Él mismo se había mantenido ciego y sordo a cualquier consideración que no fuera que ella le llegaría a querer algún día.

—Alejandría no es el mejor lugar para vivir. No sabes árabe y ni siquiera te puedes entender bien en inglés.

—Pero hay mucha gente que habla francés... Mira Ylena, incluso mister Sanders, y la propia Dimitra lo chapurrea. No te olvides que he pasado mucho tiempo en el hospital y he logrado entenderme con las enfermeras... los gestos son universales. Y... bueno, Ylena me ha prestado un manual de inglés y otro de árabe; me los estoy empapando, quizá consiga hacerme entender. Pero el problema es que tendré que trabajar, aunque... si Marvin se va a Francia yo también iré.

—¡Estás loca! Es el último lugar al que puedes ir. Además, no va a quedarse en Francia, es sólo la primera parte de su viaje.

La explicó el cometido de Marvin en Vichy, fruto de su lealtad al que fue su editor.

—Lo que me cuentas me reafirma en la bondad de Marvin. Un hombre que es capaz de jugarse la vida por lealtad a su viejo editor es un hombre bueno. Tengo razón, Fernando... es esa mujer la que le impide cumplir conmigo y hacerse cargo de Adela —repuso Catalina.

—Ya no sé qué pensar —admitió él.

Aún no había amanecido cuando todos los huéspedes se reunieron en torno a la mesa del desayuno. A las seis y media en punto debían encontrarse con el capitán Pereira en la puerta de la catedral.

Monsieur Baudin se empeñó en llevarlos en su coche. Ylena se sentó al lado del francés y en la parte de atrás, Catalina, Fernando y Eulogio iban apretados. Mister Sanders ya estaba camino de la catedral, se había negado a intentar compartir semejante apretura.

Durante el trayecto el francés fue contándoles la historia del lugar. Al parecer, santa Catalina había sufrido martirio allí y los ángeles, apiadándose de ella, la transportaron nada menos que hasta el monte Sinaí, en el desierto, donde, según les explicó, se encontraba un monasterio impresionante que también llevaba el nombre de la santa.

—Bueno, pero en realidad esta catedral se construyó gracias a Mehmet Alí —recordó Ylena—, fue él quien en 1832 les cedió un pedazo de tierra a los católicos para que levantaran la iglesia.

—¿Y quién fue Mehmet Alí? —preguntó Catalina curiosa mientras intentaba buscar un poco de espacio entre Fernando y Eulogio.

—El fundador de la actual dinastía reinante. Luchó contra los saudíes y conquistó el Alto Nilo, Sudán. También luchó contra los griegos y se hizo con los lugares santos del islam en Arabia y además invadió Siria y Palestina... En fin, fue un conquistador que hizo de Alejandría su capital. Pero las potencias pusieron coto a sus conquistas y a su ambición. Francia e Inglaterra le obligaron a conformarse con Egipto —explicó monsieur Baudin.

—Al coronel Sanders le gusta recordar que fue el almirante sir Charles Napier quien obligó a Mehmet Alí a conformarse con ser el señor de Egipto —añadió Ylena.

—¿Y el sultán turco no se opuso a las conquistas de Mehmet Alí? —preguntó

Eulogio con curiosidad.

—Al principio no tuvo más remedio que nombrarle gobernador. Mehmet Alí solía hacer política de hechos consumados —fue la respuesta de Ylena.

—En realidad él abrió las puertas de Alejandría y de Egipto entero a los extranjeros. Así fomentó el comercio. Hay que reconocer que también supo modernizar la ciudad. Alejandría es hoy como es gracias a él —admitió monsieur Baudin.

La catedral de Santa Catalina estaba situada en la plaza que lleva su nombre, y allí aguardaba ya mister Sanders junto al capitán Pereira, paseando impacientes de un lado a otro.

Se saludaron y entraron en el templo. Catalina no encontró especialmente bella la catedral de la santa que llevaba su nombre, pero no dijo nada. El olor de las velas y el incienso los envolvió.

Se dirigieron con paso rápido a la pila bautismal donde los esperaba un sacerdote. Ylena hizo las presentaciones.

—El padre Lucas bautizará a Adela. Lo hará en francés...

El sacerdote inclinó levemente la cabeza y pidió a los padrinos que se situaran junto a la pila. Ylena cogió entre sus brazos a Adela, que dormía plácidamente.

Apenas unos minutos después, Adela había recibido el agua bautismal y Catalina sonreía aliviada porque su hija ya era católica.

En la sacristía cumplieron los trámites de rigor y el padre Lucas, amable pero sin prodigarse en palabras, los despidió.

Ya en la puerta, Catalina abrazó al capitán Pereira y comenzó a llorar. Pereira se iba a hacer a la mar y ni él mismo sabía cuándo regresaría a la ciudad. A Catalina le resultaba dolorosa la separación de aquel hombre que se había comportado como un padre. Junto a él se sentía protegida, segura de que si estaba cerca nada le podía suceder.

—No llores, tienes que ser fuerte por Adela. Y hazme caso, regresa a España, esta ciudad no es para ti —le recomendó el capitán.

Ella se limitó a abrazarle con más fuerza. Sentía no seguir su consejo y así se lo había dicho, empecinada como estaba en que Marvin asumiera la responsabilidad de Adela.

Una vez que concluyeron las despedidas cada cual tomó su propio rumbo: el capitán hacia el puerto donde le aguardaban los marinos del *Esperanza del Mar*; monsieur Baudin se ofreció a llevar a casa a Ylena y a Catalina; Eulogio anunció que iba a despedirse de su efímero jefe Sudi Kamel, y mister Sanders no dio ninguna explicación salvo que tomaría el tranvía.

Fernando se quedó apartado sin que nadie pareciera preocuparse por él. Una vez que se fueron todos, volvió a entrar en la catedral y se sentó en el último banco. No sabía por qué lo estaba haciendo. Acaso porque aquel lugar le ofrecía la posibilidad de estar a solas consigo mismo, sin palabras a su alrededor.

Dejó que sus pensamientos vagaran a su antojo y sonrió al pensar que su madre se sorprendería mucho si le pudiera ver allí, sentado en el banco de una iglesia. En cuanto a su padre... seguramente no habría dicho nada. Sabía bien que su padre era ateo, jamás pisaba una iglesia, sin embargo siempre se mostró respetuoso con las creencias de su madre, a la que acompañaba hasta la puerta de la parroquia y, mientras fumaba un cigarrillo, esperaba a que terminara la misa. Tampoco se opuso en su momento en que a él le bautizaran ni en que hiciera la primera comunión. Pero él, Fernando, en la adolescencia había asumido como propio el ateísmo de su padre y nunca más había vuelto a pisar una iglesia... hasta aquel día. Eso sí, su padre jamás le consintió una palabra de desprecio hacia la religión y le instaba a respetar las creencias ajenas.

El olor del incienso era intenso, pero lejos de molestarle le producía bienestar. Las velas del altar mayor permanecían encendidas y daban un aspecto fantasmagórico y solemne al recinto.

Tan ensimismado estaba que no se fijó en que por el lateral caminaba silencioso el padre Lucas hasta llegar hasta él. Se sentó a su lado y de repente Fernando se sintió incómodo. Disfrutaba del silencio y temía que el sacerdote le devolviera a la realidad. Pero el padre Lucas se contentó con ir desgranando las

cuentas de su rosario. Permanecieron sin decir palabra hasta que el sacerdote se dirigió a él:

—Puede quedarse cuanto quiera, pero en unos minutos comenzará la misa de ocho.

—Ya me iba... —Fernando no sabía qué decir.

—También a mí me gusta estar aquí cuando no hay nadie. Es el momento que más disfruto del día. Se siente el silencio.

A Fernando le llamó la atención la expresión del sacerdote: sentir el silencio no era posible. El padre Lucas esbozó una sonrisa mientras le observaba.

—Sí, el silencio se puede sentir y sobre todo disfrutar, aunque hay ocasiones en que también puede resultar abrumador.

Volvieron a quedarse en silencio, Fernando intentando escuchar el silencio y el padre Lucas rezando.

—Ya me marchó. Muchas gracias, padre.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Bueno... el bautizo de Adela ha estado muy bien —respondió Fernando por decir algo.

—La pequeña Adela... Espero que Dios cuide de ella. En demasiadas ocasiones Nuestro Señor nos libra a nuestras propias fuerzas. Ylena Kokkalis me contó por lo que han pasado Catalina y usted y su amigo... ¿Eulogio?, ¿se llama así?

—Sí... Somos amigos desde siempre. Nacimos en el mismo barrio —respondió Fernando.

—Y han unido su suerte para llegar hasta aquí.

—Eulogio se marcha. Catalina y yo... la verdad es que aún no sé qué vamos a hacer.

—¿Usted qué quiere hacer? —preguntó el sacerdote.

—Pues... la verdad es que no lo sé... Mi vida tendría que haber sido de otra manera, pero... —Fernando se calló, preguntándose por qué estaba abriéndose con ese cura.

—Sí... la mayor parte de las veces nuestros sueños no logran acompañarse con la realidad —afirmó el padre Lucas.

—Usted es sacerdote y no creo que sepa mucho de la vida —fue la respuesta de Fernando, que ya se estaba reprochando la conversación con el padre Lucas.

—Nadie sabe mucho de la vida. Es un gran misterio que aún no nos ha sido desvelado. Buscamos explicaciones, unos mirando al cielo, otros dentro de sí mismos, algunos intentando desentrañar la luz en las viejas leyendas y tradiciones... Pero ¿quién sabe la verdad!

—Vaya... creía que los curas tenían las cosas claras —dijo Fernando.

—No puedo hablar por otros, sólo por mí mismo.

—Pero usted cree en Dios —insistió Fernando.

El padre Lucas se encogió de hombros mientras un grupo de mujeres entraba en la catedral buscando los bancos desde donde asistir a la misa.

—Salgamos, salvo que quiera oír la Santa Misa...

En Oriente el sol se hace presente apenas se estrena la mañana.

Alejandría estaba despierta y las campanas anunciaban la misa de ocho. Comenzaron a caminar el uno junto al otro.

—Antes aquí hubo una iglesia de los franciscanos —explicó el padre Lucas—. Ahora Santa Catalina es la sede de los católicos, justo detrás está el palacio arzobispal.

—¿Y eso de ahí?

—¡Ah!, ésa es la tumba de Sidi el Metwalli, un santo del islam. En España, al igual que en Francia, las catedrales son hermosas. Santa Catalina no puede competir con ellas.

—¿Y aquella otra iglesia? —señaló Fernando, mirando a su izquierda.

—La de la Anunciación. Es griega-ortodoxa. Ahí suele ir Ylena Kokkalis. Si quiere ver un lugar de culto muy hermoso, vaya a la mezquita de Attarine, está cerca de aquí. Antes que mezquita fue la iglesia de San Atanasio, pero en el siglo VII, cuando los árabes conquistaron la ciudad, la convirtieron en mezquita.

Recuerda a la de Ibn Tulun de El Cairo, ¿la conoce?

—No, no conozco El Cairo.

—Bueno. No son tiempos para hacer turismo, pero ya que está en Egipto sería imperdonable que no fuera a su capital. Por cierto, la leyenda atribuía que en esta mezquita estaba enterrado Alejandro Magno. Había un sarcófago que pesaba unas cuantas toneladas y se suponía que era el del macedonio.

—¿Y dónde está ese sarcófago ahora?

—Lo tienen los británicos, se lo llevaron. Los arqueólogos más reputados aseguran que ese sarcófago nunca contuvo los restos de Alejandro sino los del faraón Nekht Heru Hebt (Nectanebo II), que vivió en el siglo IV antes de Cristo.

—¿Y usted qué cree?

—No es una cuestión de fe sino de ciencia.

—Pero a Alejandro Magno le enterraron en Alejandría —insistió Fernando.

—Primero estuvo enterrado en Menfis, pero Ptolomeo II lo trasladó a Alejandría... Alejandría sufrió un terremoto terrible en el siglo IV en el que probablemente también quedó destruido el Soma, que así se llamaba al mausoleo del macedonio. Claro que puede que los restos de Alejandro fueran sacados antes del sarcófago, porque cuando Napoleón llegó a Egipto ordenó buscarlo y sus arqueólogos lo encontraron pero vacío... Luego los ingleses se lo llevaron.

—Pero entonces ¿cómo puede decir que el sarcófago perteneció a Alejandro y al mismo tiempo asegurar que fue de un faraón?

—La teoría es que Ptolomeo utilizó la tumba de ese faraón para enterrar a Alejandro. En fin... hay teorías para todo, incluso que el cuerpo de Alejandro fue trasladado por mercaderes venecianos hasta su ciudad y que se encuentra nada menos que en lo que se considera la tumba de san Marcos.

—¿Pero la tumba de san Marcos está en la basílica de Venecia!

—Así es.

—Gracias. —El agradecimiento de Fernando fue espontáneo.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por contarme esta historia. Mi padre solía narrarme historias de la Antigüedad. Él... bueno, se dedicaba a traducir a los grandes escritores británicos. Shakespeare no tenía secretos para él... Pero también traducía del griego antiguo.

—Así que su padre se ganaba la vida traduciendo. Eso está bien. Es un oficio hermoso.

—Dirigía una editorial, Editorial Clásica. Reeditaban las grandes obras... Mi padre, además, se ocupaba de la sección inglesa. También hablaba con fluidez francés, y se defendía en alemán. Y además conocía el latín y el griego antiguos.

—Y usted le admiraba más que a nadie en el mundo.

—Sí, no ha habido otro hombre como mi padre.

—Le felicito. No todos tenemos la suerte de tener motivos para admirar a nuestros padres.

A Fernando le desconcertó la afirmación del padre Lucas. De repente se dio cuenta de que estaban en la puerta de la mezquita Attarine y que el sacerdote entraba con paso decidido.

Le enseñó todos los rincones y se paró a conversar con el imán, que se encontraba sentado en el suelo leyendo el Corán.

Cuando salieron a la calle, Fernando, muy a su pesar, se despidió del padre Lucas.

—¡Dios mío, cómo se ha pasado el tiempo! Son más de las nueve. Tengo que ir a trabajar. Ya llego tarde —se excusó.

—Coja el tranvía. Y venga cuando quiera.

—¿Siempre está en la catedral?

—Siempre.

—Volveré. —Y Fernando se sorprendió haciendo esta afirmación.

Athanasios Vryzas le saludó distraído cuando Fernando entró en Wilson&Wilson. Sara estaba sentada a su lado y juntos repasaban un manuscrito. Apenas le prestaron atención, por lo que Fernando se concentró en su trabajo. Se

sentía en paz sin saber por qué. O sí, claro que lo sabía. La compañía del padre Lucas le había dejado esa sensación. Se dijo que aquel hombre no parecía un sacerdote. Su manera de hablar no era la de los curas que él había conocido, aunque en realidad tuvo que admitir que con el único cura que había tratado había sido con don Bernardo. Desde luego éste no se asemejaba nada al padre Lucas y eso que andaban por la misma edad, por lo menos los sesenta ya los habían cumplido.

Miró de reojo a Sara Rosent y a Vryzas. Era habitual verlos trabajar juntos sobre las ediciones pendientes.

Sara había heredado de su padre el gusto por la poesía y se le notaba cuánto disfrutaba descubriendo nuevos poetas.

No había pasado ni una hora cuando Leyda Zabat le fue a buscar pidiéndole que acudiera al despacho de Wilson.

Fernando simpatizaba con Leyda. La mujer era amable con todos y nunca se pavoneaba de su influencia como *mano derecha* del jefe.

Al entrar en el despacho, Fernando se sorprendió al ver junto a Wilson a un hombre alto y delgado, de tez oscura, con parte de la cabeza y el rostro cubiertos con el pañuelo beduino. Ambos estaban mirando un mapa y no repararon en él; hablaban en árabe, por lo que Fernando aguardó impaciente a que se dieran por enterados de su presencia. Cuando lo hicieron, sintió que el visitante le examinaba de arriba abajo sin disimulo mientras Wilson hacía las presentaciones.

—Éste es Hafid. Saldrán inmediatamente hacia Marsa el Brega, aunque no hará falta que lleguen hasta allí. Hafid ha oído rumores de que unos beduinos encontraron a dos hombres malheridos en el desierto. Uno es extranjero.

»Creemos que pueden ser su primo Basim y Domenico Lombardi. Hafid tiene todo preparado.

—¿Cuándo tenemos que irnos? —preguntó Fernando, desconcertado por la urgencia y el tono grave de Benjamin Wilson.

—Ya se lo he dicho: ahora mismo.

—¡Pero ahora no puede ser! Usted me dijo que en un par de días... No estoy preparado, no tengo ropa adecuada, tengo que despedirme de Eulogio, que como bien sabe usted pasado mañana se marcha con Marvin y Farida... No puedo desaparecer así sin más...

—Ya he mandado a por la ropa que necesita a casa de Ylena. Su amiga Catalina ayudó disponiéndola en una bolsa. Y su amigo Eulogio ha sido informado de que tiene que hacer un trabajo urgente para mí. En fin, no hay nada por lo que retrasar la salida.

Benjamin Wilson le entregó una cartera de piel donde, le explicó, había dinero suficiente para afrontar la empresa. Y a continuación le conminó a seguir las instrucciones de Hafid.

—Su único cometido es hablar con Lombardi, tranquilizarle y escuchar cuanto tenga que decir. Del resto ya se encargará Hafid.

—Ya le dije que no hablo italiano —le recordó Fernando.

—Tanto da, un español se puede entender con un italiano. Por eso le envío a usted. Pero esta conversación ya la hemos tenido, de manera que no perdamos el tiempo.

—¿Y cómo me entenderé con Hafid?

—En inglés —respondió con sequedad Benjamin Wilson.

—Tengo un automóvil aparcado muy cerca —intervino Hafid, mediando en la conversación mientras observaba de arriba abajo a Fernando—. Si nos vamos ahora no nos sorprenderá la noche antes de internarnos en el desierto.

Salieron a la calle y Fernando caminó detrás de Hafid, que había acelerado el paso. El beduino le señaló el vehículo aparcado invitándole a subir.

Les costó un buen rato dejar atrás Alejandría. Era mediodía y el tráfico impedía ir deprisa. Hafid conducía mirando concentrado cuanto tenía por delante. Su silencio empezó a pesarle a Fernando. Estuvo a punto de pedirle un par de veces que parara porque no quería iniciar aquel viaje, pero no lo hizo a pesar de que marcharse sin despedirse de Eulogio lo consideraba poco menos

que una traición. No sabía si volverían a verse y esa idea le causaba espanto, porque Eulogio, al igual que Catalina, era su único vínculo con lo que había sido y con la España que había dejado atrás. Se decía que no tenía ninguna obligación con Wilson y que lo más que podía ocurrir es que le despidiera. Si eso sucedía, buscaría otro trabajo; estaba seguro de que en los muelles siempre necesitarían un par de brazos.

Hafid cambió el gesto adusto por una sonrisa en cuanto comenzaron a circular por un secarral donde no parecía haber ni una brizna de vida a uno y otro lado de las vías del tren que se perdían a lo lejos.

—Estamos cerca de Abusir —dijo de repente el beduino.

—No sé qué es lo que hay en Abusir, pero aquí no hay nada, parece terreno baldío —respondió Fernando contrariado.

—En el desierto hay más de lo que se ve. Desde aquí nos internaremos en el desierto libio.

—¿Y todo es así?

—Si no es capaz de ver más, entonces sí. Abusir suele gustar mucho a los extranjeros.

Fernando le escuchaba con atención. No imaginaba que en aquel rincón inhóspito pudiera haber nada interesante. Y se le antojaba un milagro que alguien pudiera vivir en aquel pedazo de tierra árida.

—Dentro de unas horas espero que lleguemos a Wadi Natrum y encontrarnos con el campamento de mi tío Ismail. Allí nos guardarán el auto hasta que regresemos —explicó Hafid.

—¿Su tío? Y si dejamos el coche, ¿cómo iremos?

—En camello, claro está. No querrá que nos detengan los hombres de Rommel.

—Creía que estaban en Libia.

—En el desierto no hay fronteras. Además, los alemanes tienen ojos en todas partes, lo mismo que los británicos.

—Dígame cuál es el plan —inquirió Fernando.

—Mi tío nos invitará a cenar, dormiremos en su campamento. Por la mañana saldremos junto a unos cuantos miembros de su familia. Somos beduinos, así que comerciamos con todos.

—Muy conveniente ser amigos de los enemigos de los amigos.

Hafid rio mientras daba una palmada en la pierna de Fernando.

—¿Sabe montar en camello? Le gustará. Es la mejor manera de viajar por el desierto.

—¡Iremos en camello! ¡Qué locura! Así no llegaremos nunca.

—Así es posible que lleguemos a alguna parte, pero sobre todo que regresemos. Mi tío le prestará ropas adecuadas para el viaje. Su bolsa se quedará en su campamento, lo que lleva no le serviría de mucho.

—Pero...

—Vamos, no se preocupe, no pasará nada. Usted no conoce el desierto, confíe en mí. Ya le he dicho que aquí nada es lo que parece. Yo he nacido entre estas dunas.

—¿Cómo se puede nacer aquí? —preguntó Fernando con ingenuidad.

—¿Y dónde cree que nacemos los beduinos? No pasa nada. Nuestras madres tienen la sabiduría heredada de muchas generaciones. Traer hijos en estas arenas no supone ningún problema para nosotros. Yo no querría haber nacido en ningún otro lugar. Mi madre me contó que llegué al mundo durante la madrugada, cuando las últimas estrellas se despedían y los rayos del sol comenzaban a dejar un reguero de luz. No hay un lugar más hermoso para nacer ni para morir. Le pido a Alá que me permita terminar mis días de la misma manera en la que comencé la vida.

El sol empezaba a calentar más de lo que Fernando pensaba que sería posible, puesto ya que estaban en los primeros días de enero.

—¿Qué es aquello? —señaló a lo que parecía una torre.

—Ya se lo he dicho, Abusir. Una ciudad de los faraones —respondió Hafid con orgullo—. Debería visitarla.

—Puede que en otra ocasión —dijo Fernando sin demasiado entusiasmo.

—Muy cerca está San Menas. También debería ir. Es casi una ciudad, aún quedan restos de la iglesia y la fuente sagrada. Antes las caravanas pasaban por allí. Siempre ha sido un lugar de paso de caravanas. Allí había aguas que curaban, pero ahora ya no hay —afirmó Hafid.

—¿Aguas que curaban y ya no están? ¿Y cómo es eso? —preguntó Fernando con desgana.

—No lo sé. —Hafid se encogió de hombros mientras miraba de soslayo a su acompañante.

—Yo tampoco sé quién es san Menas —confesó Fernando.

Y rieron sintiéndose alegres. Hafid conducía deprisa sin intentar evitar los baches del camino. Estaba decidido, dijo, a llegar a Wadi Natrum antes de que se fuera del todo la luz.

—No es que la noche sea un problema, pero me gustaría comer un buen cordero en compañía de mi tío Ismail y de mis primos. Estarán cerca de Deir Abu Bishoi.

—¿Y eso qué es? —quiso saber Fernando.

—Un monasterio. Es muy antiguo. Allí hay monjes que no quieren saber nada del mundo. Rezan todo el día.

—Bueno, ellos sabrán por qué lo hacen. —Fue la respuesta cínica de Fernando.

—Rezar es bueno. Alivia el alma.

Fernando pensó que el beduino parecía un hombre simple, sencillo, sin recovecos, pero tampoco estaba seguro de su juicio. Si Wilson confiaba en él era porque Hafid tenía más valores de los que él era capaz de percibir. No, quizá no era tan simple como se figuraba.

El sol esparcía sus rayos con menos intensidad cuando llegaron a Deir Abu Bishoi. Sus muros se confundían con el color de la arena del desierto. A Fernando le llamó la atención porque era diferente a cuanto había visto hasta el momento, al menos no se asemejaba a los monasterios españoles.

Hafid paró el coche cerca del edificio y comenzó a mirar impaciente a su

alrededor.

—¿Qué miras? —quiso saber Fernando.

—Mi tío no está. Tendremos que esperarle. Puede que esté a punto de llegar o puede que no llegue hasta mañana. Si no viene le pediremos a los monjes que nos permitan resguardarnos dentro del monasterio.

Permanecieron esperando hasta que las sombras de la noche cubrieron la arena del desierto; entonces Hafid acercó el coche hasta la pared norte donde se encontraba una puerta y se bajó para llamar. Al poco les abrió un monje envuelto en un hábito negro lleno de lamparones.

Fernando pensó que tenía más aspecto de cadáver que de hombre, tal era su delgadez. Hafid habló con él en árabe y el monje los invitó a pasar.

—Dice que hasta mañana no podrás visitar la tumba del santo —le explicó a Fernando.

—¿El santo?, ¿qué santo? —Fernando estaba perplejo.

—Le he dicho que eres cristiano. Los cristianos que vienen hasta aquí lo hacen para rezar en la tumba de san Bishoy.

—Yo no tengo ningún interés en rezar en ninguna tumba. —Fue la respuesta sincera y brusca de Fernando.

—Si no tienes interés, entonces ellos no lo comprenderán. Nos permitirán pasar la noche porque eres cristiano y le he dicho que tienes necesidad de rezar.

—¡Qué mentiroso eres!

—¿Es que no quieres rezar a san Bishoy? Serías el primer cristiano que no quiere.

—Oye, Hafid, dejemos a los santos en paz y hagamos lo que tenemos que hacer. No sé qué hacemos en este monasterio, pero desde luego yo no he venido a rezar.

—Pero rezarás, no puedes desairar a estos hombres buenos. Me han prometido que apenas llegue el alba podrás hacerlo. Debes saber que el cuerpo del santo está igual que en vida.

Fernando estaba confundido por la actitud de Hafid. ¿De dónde había sacado

el beduino que él quisiera rezar? Además, ni siquiera sabía quién era ese san Bishoy. Lo ignoraba todo sobre él.

El monje se entretuvo hablando un buen rato con Hafid y luego los acompañó hasta un rincón del jardín donde las palmeras se alzaban orgullosas y allí, junto a otro edificio, les indicó una puerta que Hafid abrió.

Era una estancia pequeña. En una pared había un crucifijo y en otra un cuadro de un santo que Fernando dedujo sería el tal san Bishoy. Un catre era todo el mobiliario que había en la estancia.

Dejaron las bolsas y de nuevo siguieron al monje hasta el refectorio, donde les ofreció una hogaza de pan moreno con un poco de queso de cabra. Bebieron con ansia los vasos de agua que también les ofreció. Una vez concluido el refrigerio, regresaron al cuarto donde pasarían la noche.

Hafid sacó una pequeña alfombra de su bolsa y la extendió sobre el suelo empedrado.

—Podemos compartir el catre... Es estrecho, pero con buena voluntad cabemos los dos —dijo Fernando.

El beduino rio provocando el estupor de Fernando, que a punto estuvo de enfadarse. Pero Hafid le explicó que aquella alfombra no era para dormir sino para rezar, que era lo que se disponía a hacer en ese momento. Luego ya hablarían de cómo organizar el descanso.

En cuanto Hafid terminó sus rezos, decidieron que cada uno dormiría en un extremo del camastro. No fue necesario porque el monje apareció con una especie de colchón igual de sucio que su hábito pero que les serviría para pasar la noche.

Discutieron un buen rato porque ambos se ofrecían a dormir en el colchón, pero fue Hafid quien impuso su voluntad.

—Tú no estás acostumbrado al suelo, para mí es habitual dormir sobre la arena del desierto. Descansa porque no sabemos lo que nos vamos a encontrar cuando entremos en el verdadero desierto.

Y así lo hicieron.

No había amanecido cuando el monje golpeó con fuerza la puerta de la estancia instándolos a levantarse. Hizo señas a Fernando para que le siguiera mientras que Hafid se volvía de espaldas para continuar durmiendo un rato más.

El monje caminaba con paso rápido, y a Fernando, dormido como estaba, le costaba seguirle. Le llevó hasta una iglesia iluminada por algunas velas que parpadeaban. Fernando sintió un escalofrío. Le costó adaptarse a las sombras del lugar. La iglesia, según pudo vislumbrar, estaba compuesta por una amplia nave sujeta por arcos donde creyó ver una pila de mármol en el suelo. De allí se pasaba al coro, desde donde se accedía a lo que le pareció eran capillas. Luego, el monje se encaminó a la de la izquierda y, una vez dentro, le señaló un arca.

Fernando creyó escuchar que el monje decía «san Bishoy». De lo que dedujo que en esa arca estarían los restos del santo. No era momento de contradecirle, así que imitó sus gestos y se arrodilló frente al arca. El monje cerró los ojos y en silencio murmuró una plegaria. Fernando no podía dejar de observarle como se observa algo inexplicable. Así permanecieron un buen rato hasta que el hombre abrió los ojos y se sorprendió al encontrarse con la mirada de Fernando. Le tiró de la manga para que se acercara al arca y le empujó hacia ella. Fernando comprendió que le estaba invitando o bien a tocar el arca o incluso a besarla. Se inclinó de mala gana e hizo que depositaba un beso en aquel lugar donde se guardaba el cuerpo de aquel santo que le era tan indiferente como desconocido. Su gesto pareció complacer al monje, que le tiró de la manga instándole a marchar. Le guio hasta la pequeña estancia donde le aguardaba Hafid, que estaba recogiendo su alfombra después de su rezo matinal.

De nuevo el monje los condujo al refectorio, donde les ofreció otra hogaza de pan y un vaso de leche de cabra. Luego de hablar un buen rato con Hafid, los acompañó hasta la entrada. Allí estaba el coche y allí los despidió antes de abrir la puerta que daba acceso al exterior.

—¿Tu tío ya ha llegado? —preguntó Fernando.

—No, iremos a buscarle. En unas horas nos encontraremos con él.

—Vaya... ¿y cómo lo sabes?

—Me lo han dicho.

—¡Ah! ¿Y cuándo te lo han dicho?

—Anoche.

—¿Anoche?

—Sí, el monje me informó. Ellos saben todo lo que pasa en Wadi Natrum. Mi tío y su familia están a ocho o diez horas de aquí. Hay alguien enfermo.

—Ya... bueno... en realidad no entiendo nada —aceptó Fernando.

—Es fácil. En vez de encontrarnos con mi tío en San Bishoy, nos encontraremos en el desierto.

—¿Y cómo se puede uno encontrar en el desierto?

Hafid rio de nuevo con ganas. Las preguntas de Fernando le parecían de una simpleza propia de un niño.

—¿Tú te pierdes en tu casa? —preguntó el beduino.

—No, claro que no... —respondió Fernando, cada vez más desconcertado.

—Pues yo tampoco en la mía.

En cuanto el coche arrancó sintieron sobre el rostro una brisa cálida. Hafid le recomendó que se cubriera con el pañuelo beduino.

Durante un buen rato permanecieron en silencio. Fernando se sobresaltó al sentir que los recuerdos le asaltaban como fantasmas que hubieran estado al acecho. De repente vio el rostro de los dos hombres que había matado y sintió un retortijón en el estómago. Roque y Saturnino Pérez se hicieron presentes.

Cerró los ojos intentando desechar el recuerdo, pero los dos muertos se empeñaban en estar ahí, dentro de su mente, negándose a marcharse. Sintió una arcada y debió de hacer algún ruido porque Hafid le miró y paró en seco.

—¿Qué te ocurre?

—No sé... algo que me ha sentado mal... puede que la leche de cabra... no estoy acostumbrado.

—Baja e intenta vomitar, será lo mejor, mientras yo me fumaré un cigarro.

Fernando obedeció y se apartó unos cuantos pasos del coche. Sintió alivio en cuanto vomitó, pero los rostros de aquellos hombres le seguían acechando.

Hafid le acercó una cantimplora con agua.

—Bebe despacio y no mucho o te sentará mal.

—Ahora no...

El beduino se encogió de hombros y no insistió. Dio otra calada al cigarrillo y disfrutó aspirando el humo grisáceo. Luego lo tiró a la arena y lo aplastó. Fernando estaba mareado, pero sobre todo sentía una tenaza sobre el corazón ya que los dos hombres asesinados se negaban a marcharse.

Hafid le indicó que subiera al coche y arrancó. Siguieron en silencio, aunque el beduino le observaba de cuando en cuando. Al cabo de una hora Fernando le pidió que parara. Volvía a tener arcadas y estaba mareado.

Hacía calor. Sentía que el sudor le estaba empapando la camisa.

—Lo mejor será que aguantes un poco y llegemos cuanto antes al campamento de mi tío. Allí te darán algo para aliviarte.

—Quizá deberíamos regresar a Alejandría...

—Imposible. Tenemos que cumplir con el encargo del señor Wilson. En el campamento de mi tío podrás descansar.

—No necesito descansar... me siento mal...

Sin embargo, a Hafid no le conmovió el estado de Fernando. Su compromiso con Wilson era más fuerte que cualquier enfermedad que pudiera atormentar a aquel joven español al que tenía que acompañar.

Tuvieron que parar en cuatro ocasiones más para que Fernando vomitara mientras maldecía aquella leche de cabra que le había revuelto el estómago. El desierto se le antojaba un lugar monótono. Habían pasado ya unas cuantas horas y el sol se despedía por el horizonte, cuando Hafid paró en seco y sonrió.

—Ya estamos llegando —afirmó contento.

—¿Dónde? —preguntó Fernando desconcertado, puesto que frente a ellos no había más que unas cuantas rocas y arena oscura.

—El campamento de mi tío está muy cerca.

Tenía razón. Apenas avanzaron un par de kilómetros cuando de repente aparecieron ante ellos unas cuantas tiendas de color negro y un grupo de niños

que estaban jugando delante de una de ellas.

—¿Es el campamento de tu tío?

—Sí. Cenaremos bien.

Sólo la mención de la cena provocó en Fernando una nueva arcada que fue respondida con una carcajada por Hafid.

Aceleró el coche y en unos segundos paró junto a las tiendas. Habían aparecido como de la nada unos cuantos hombres que se acercaron a ellos.

Hafid saltó del vehículo y los saludó efusivo. Señaló a Fernando. Era evidente que Hafid hablaba de él, pero su desconocimiento del árabe le impedía saber qué estaba diciendo. A continuación, el beduino le dejó junto al coche mientras él entraba en una de las tiendas. Fernando oía su voz respondida por otras voces. Luego Hafid apareció en compañía de un hombre alto, de tez oscura y porte imponente. Se podía sentir su fuerza y su autoridad.

Hafid hizo las presentaciones entre Fernando y su tío Ismail.

—Así que está enfermo... Le daremos algo para que se recupere —dijo Ismail en un inglés más que correcto para alivio de Fernando, que se preguntaba cómo lograría entenderse con aquellos beduinos.

Le acompañaron a una de las tiendas y Hafid le señaló una alfombra indicándole que se sentara.

—La esposa de mi tío te traerá un té. Te sentará bien.

—No me gusta el té y, si lo tomo, me sentará mal. —Fernando notó que se le revolvían aún más las tripas.

—No es un té como el que toman los ingleses. Éste te gustará, pero sobre todo te curará. Hazme caso. Descansa y esta noche, si te encuentras mejor, quizá puedas cenar.

Se quedó sentado en la tienda mientras un par de críos jugaban ajenos a él. No tardó mucho en aparecer una figura cubierta por una vestimenta de color negro que no dejaba al descubierto ni un centímetro de piel. Sólo el rostro curtido por el sol permanecía sin cubrir. Los ojos de la mujer brillaban con intensidad y sus manos estaban igual de curtidas que el rostro. Calculó que por lo menos tenía

cincuenta años. Luego pensó que a él qué más le daban los años de aquella mujer y que además era difícil hacer el cálculo sólo por una mirada y unas manos.

La mujer le dio una taza descascarillada en cuyo interior un líquido hirviendo desprendía un reconfortante aroma a menta. Plantada frente a él esperaba a que se lo bebiera. Con disgusto, Fernando empezó a dar pequeños sorbos y le asombró el sabor agradable de aquel brebaje que en nada se parecía al té.

Mientras ella aguardaba paciente a que vaciara la taza y hasta que él no lo hizo no se movió. Cuando terminó la última gota la vio buscar en la profundidad de la tienda y se sorprendió cuando le entregó un cojín. Le hizo señas para que se recostara. Él obedeció. Luego ella dijo algo a los dos críos, que le miraron curiosos y salieron junto a la mujer dejándole solo.

Fernando cerró los ojos con fuerza temiendo que los fantasmas de los hombres que había matado volvieran a visitarle, pero aunque aparecieron sus rostros, esta vez lo hacían difuminados.

No recordó en qué momento se durmió, pero cuando se despertó ya era de noche y no se escuchaba ninguna voz en el campamento, tan sólo el crepitar de los rescoldos de las hogueras.

Se sentía mejor. Al menos las náuseas habían desaparecido, aunque el sudor le empapaba el cuerpo y al incorporarse sintió que se mareaba. Aun así, decidió levantarse.

A su lado había otro hombre. Era Hafid, que dormía plácidamente. Otros dos hombres también dormían junto a ellos. Uno abrió los ojos y le miró pero no dijo nada, se conformó con observarle.

Fernando intentó no pisar a ninguno de los que dormían en la tienda y salió al encuentro de la noche; el frío le reconfortó.

Procuró no hacer ningún ruido, puesto que en el campamento todos descansaban, y comenzó a caminar sin saber muy bien por qué; sólo sentía la necesidad de estirar las piernas.

Se sobresaltó y no pudo evitar soltar un grito cuando notó que una mano se cerraba sobre su hombro y otra le tapaba la boca.

—No grite o despertará a todos —escuchó que le decían en inglés.

Era Ismail quien estaba a su lado, y mientras Fernando se tranquilizaba se preguntó de dónde habría salido aquel hombre que de repente había aparecido.

—No le he visto —acertó a decir.

—Yo a usted, sí. No debe alejarse del campamento, no sabría volver.

—No era mi intención alejarme —se excusó Fernando.

—¿Se siente mejor?

—Sí, al menos las náuseas han desaparecido.

—Nafía sabe curar con hierbas. Es una de sus mejores cualidades como esposa.

—¡Ah! Pues... dele las gracias en mi nombre.

—Hafid me dijo que habían bebido leche de cabra recién ordeñada. Nafía asegura que ésa es la causa de su mal y que no debe hacerlo más, usted no está acostumbrado.

—Desde luego que no pienso volver a beber leche de cabra —aseguró Fernando con convicción.

—Vaya a descansar, aún faltan un par de horas para que amanezca —le recomendó Ismail.

Regresaron hacia el campamento; Ismail le señaló a Fernando la tienda y él se dirigió a otra cercana. A Fernando le sorprendió que en la entrada de la tienda apareciera una joven, no tendría más de dieciséis o diecisiete años. Llevaba el rostro al descubierto y el cabello corto y ensortijado. Su piel tan negra como la noche y un cuerpo esbelto.

Ismail se volvió antes de entrar en la tienda de la joven y su gesto se endureció, pero después pareció relajarse y sonrió, luego se perdió entre las sombras de la tienda.

Fernando se preguntaba quién era aquella joven, pero sobre todo qué hacía Ismail en su tienda. Estaba claro que no era su esposa. Sin darse cuenta tropezó con el cuerpo de uno de los hombres que dormían, que se incorporó con un gesto de fastidio. Pero en realidad fue Fernando quien se sobresaltó al ver un cuchillo

brillar en manos del hombre. Con gestos se disculpó y procurando no pisar a ninguno más se tumbó junto a Hafid. Creía que ya no podría dormir, pero se equivocó. Volvió a sumirse en un sueño profundo.

Le costó despertarse. Hafid le zarandeaba con cuidado intentando que regresara del viaje de los sueños. Cuando abrió los ojos le costó unos segundos recordar dónde estaba.

—Nafía te ha traído otro té. Dice que te sentará bien —dijo Hafid mientras le señalaba una taza dispuesta a su lado.

—Gracias... ¡Uf!, he dormido profundamente y eso que anoche me desperté...

—En cuanto estés dispuesto iremos a hablar con mi tío. Ayer me dio noticias de mi primo Basim y del italiano.

—Espero que buenas noticias —respondió Fernando.

Hafid se encogió de hombros y le dejó bebiendo el té.

Tras apurar la taza, Fernando se preguntó si quedaría en ridículo pidiendo agua para asearse aunque fuera someramente. Decidió que más le valía correr el riesgo porque se sentía sudoroso y maloliente con la ropa pegada al cuerpo.

Salió de la tienda y se encontró con que cerca parloteaban un grupo de muchachas. Se acercó a ellas y creyó reconocer a la joven de la noche anterior, de manera que fue a ella a quien le pidió agua. La chica le miró con aprensión mientras las otras reían alborotadas. Fue Nafía quien las devolvió a la realidad. No podía comprender lo que decía, pero estaba regañando a la joven. Luego hizo lo mismo con el resto antes de llamar a Hafid para preguntarle qué quería el extranjero. Fernando le explicó a Hafid que necesitaba un poco de agua para lavarse. Hafid se lo dijo a Nafía y ambos estuvieron hablando con cierta agitación. Luego Hafid, malhumorado, le dijo a Fernando que volviera a la tienda, que Nafía le llevaría el agua.

La mujer apareció con un recipiente no muy grande con agua y un trozo de tela basta de color grisáceo. Se lo entregó y salió de la tienda dejándole solo.

No habían sido generosos dándole agua, pensó, así que tuvo que arreglárselas

con la que le habían dado. Al menos le sirvió para lavarse la cara y refrescarse el cuerpo. Sacó de la bolsa ropa limpia y, ya más a gusto consigo mismo, salió de la tienda en busca de Hafid y de Ismail.

Nafía parecía estar esperándole y le hizo una seña para que la siguiera. Le llevó hasta la entrada de una tienda en cuyo interior varios hombres parecían discutir.

Ismail le hizo un gesto indicándole que se sentara junto a Hafid en el círculo que los hombres formaban a su alrededor.

—Mi tío dice que mañana debemos regresar a Alejandría —le informó Hafid.

—¿A Alejandría? ¿No teníamos que ir en busca del italiano y de ese otro primo tuyo que le hace de guía?

—Están muertos —anunció con frialdad Ismail.

—¿Muertos? —Fernando se sobresaltó y sintió un escalofrío.

—Les dispararon. Cuando en su guarnición se dieron cuenta de que el italiano había desaparecido, mandaron una patrulla en su búsqueda. Los encontraron, les dieron el alto e intentaron detenerlos. Cruzaron disparos y un soldado alemán mató al italiano; mi hijo Basim también resultó herido, pero le dieron por muerto y le abandonaron en el desierto.

»Mis hombres le encontraron hace un par de días malherido. Por eso no pudimos ir hasta San Bishoy. Murió antes de que mi sobrino Hafid y usted llegaran al campamento. El cuerpo de Basim ya ha sido devuelto a las entrañas de la tierra.

El relato de Ismail carecía de emoción. No parecía conmovido por la muerte de su hijo Basim. Aun así, Fernando sintió la necesidad de darle el pésame:

—Siento la muerte de su hijo...

Ismail hizo un gesto de asentimiento antes de hablar:

—La vida no nos pertenece, es un préstamo. Basim sabía que podía morir y lo aceptó. Mi familia tiene una deuda de sangre con Benjamin Wilson. Honraremos la memoria de Basim, pero nada más podemos hacer.

—Nafía dice que debes descansar un día más antes de que emprendamos el

viaje de regreso —intervino Hafid.

—Me encuentro mejor... por mí no hay problema —respondió Fernando.

—Yo que usted seguiría el consejo de mi esposa —añadió Ismail.

—Bueno... se lo agradezco, pero no lo creo necesario —insistió Fernando.

—Nos quedaremos. Es lo mejor —concluyó Hafid ante el desconcierto de su compañero.

Hafid y él salieron de la tienda. Ismail siguió hablando con sus hombres.

—Tu tío es un hombre muy duro... no parece conmovido por la muerte de su hijo. Y tu tía Nafía...

—Ella le ha llorado todo el día y toda la noche. Hizo lo imposible por salvarle. Puedes imaginar su dolor de madre.

—Pero... Es tan... tan... tan fría.

—¿Fría? No sé qué quieres decir con eso. Ella ha llorado junto a las otras mujeres, ha lavado y envuelto el cuerpo de Basim antes de entregárselo a la tierra. Y el dolor nunca desaparecerá de su corazón. Ninguna madre deja de llorar al hijo que pierde. Deberías saberlo. Y ahora te enseñaré el campamento, anoche no pudiste ver nada.

Fernando se sentía débil, pero no quiso contrariar a Hafid. Se preguntaba qué había que ver, salvo aquellas tiendas negras que se alzaban sobre la arena y el cercado con unos cuantos caballos y algunos camellos.

Caminaron entre las tiendas. Hafid saludó a varios ancianos que, sentados delante de sus tiendas, fumaban con aire indiferente.

—¿Ves aquellas rocas de allí? —Hafid señaló hacia su derecha donde unas cuantas rocas y unas palmeras peladas formaban una extraña aparición.

—Sí.

—Hay un pozo. No es que sea el mejor del desierto, pero al menos hay agua.

—¿Y por qué no tenéis el campamento allí?

—Mi tío prefiere cuidar los pozos, dice que si nos ponemos demasiado cerca terminaremos estropeándolos.

Vieron acercarse a tres jóvenes llevando cántaros. Fernando distinguió entre

ellas a la chica de piel negra que había visto la noche anterior.

—¿Quién es? —preguntó señalándola.

—Se llama Havira, es el nombre que le puso mi tío cuando la compró. Significa «La favorita».

—¿La compró? Pero... ¿cómo es posible? —preguntó Fernando escandalizado.

—Se la compró a unos mercaderes del sur de Sudán hace un par de años. Fue una buena compra. Havira es fuerte, le dará hijos y calentará los días de su vejez haciéndolos más gratos.

—Pero... ¡es horrible lo que estás diciendo! Significa que Havira es... es una esclava.

—Claro que es una esclava, ¿qué tiene de malo? Ni mi tío ni mi padre se han dedicado al comercio de esclavos aunque es muy lucrativo, pero eso no significa que no tengamos para nuestro propio uso.

Las explicaciones de Hafid escandalizaban a Fernando tanto que miraba con horror al beduino.

—Y tu tía... me refiero a Nafía, la esposa de tu tío Ismail... ¿es que no dice nada?

—¿Y qué va a decir? Las mujeres no opinan sobre los asuntos de los hombres. Nada funcionaría si lo hicieran. Por eso vosotros tenéis tantos problemas, permitís hablar demasiado a vuestras mujeres. Nafía es sabia, ha sido la única esposa de mi tío Ismail, y ha tratado bien a sus esclavas. Havira no es la primera que calienta el lecho de mi tío. Ha habido otras dos, que ya tienen casi la edad de Nafía. Mi tío podría tomar otras esposas, pero ha preferido que no haya otra mujer que trate de igual a igual a Nafía. Ella se siente orgullosa por esta distinción y acepta con agrado a las esclavas. A Havira la cuida como si fuera una hija.

—Tiene edad para ser su nieta —dijo Fernando con indignación.

Hafid miró al español sin comprender sus prejuicios. Claro que no era la primera vez que un europeo se escandalizaba porque el islam permitiera a los

hombres disponer de más de una mujer.

—Havira le es muy preciada a mi tío, más te vale que no la mires. Creo que te rebanaría el cuello si lo hicieras y el señor Wilson, por más que se disgustara, lo comprendería.

Se acercaron hasta las rocas peladas donde las tres jóvenes inclinadas sobre la arena recogían un agua que a Fernando le pareció demasiado oscura y espesa para que fuera potable.

Ni Hafid ni él les dijeron nada. Regresaron de nuevo al campamento.

Fernando volvía a sentirse invadido por el sudor, y el aire caliente mezclado con la arena le raspaba la garganta. No comprendía por qué no salían de inmediato hacia Alejandría. Ansiaba encontrarse en su habitación de la casa de Ylena y darse una ducha como es debido.

Pasearon un rato entre las tiendas. Hafid hablaba con unos y con otros, reía, daba palmadas, se paraba a fumar el cigarrillo que le ofrecían. Parecía disfrutar de aquellos momentos que a Fernando se le hacían interminables. Además, empezaba a sentir unos pinchazos en la boca del estómago que temió presagiaran nuevos vómitos. Hafid pareció darse cuenta de que no se sentía bien y le recomendó sentarse un rato en el interior de la tienda. Luego se fue en busca de Nafía.

La mujer le examinó con la mirada. Sus ojos recorrieron el rostro de Fernando, se detuvieron en el pecho y el vientre hasta llegar a los pies. Luego le dijo algo a Hafid y salió de la tienda dejándolos solos.

—Dice que te va a traer más té y que deberías resguardarte en la tienda y descansar, o mañana no podremos irnos. Aún no estás curado.

—¿Y cómo lo sabe?

—Nafía tiene un don como lo tenía su madre y la madre de su madre, y la madre de ésta... Saben de los males que padecemos con sólo mirarnos y conoce el poder de las hierbas. Yo que tú le haría caso. Anda, tumbate un rato y descansa.

A Fernando le hubiera gustado resistirse y no reconocer que efectivamente las

náuseas comenzaban a bailarle de nuevo dentro del estómago y que una sensación de mareo amenazaba con desequilibrarle la cabeza. Así que aceptó sin protestar la recomendación de Nafía y se tumbó sobre una de las alfombras malolientes que cubrían el suelo de la tienda. El olor era intenso y se preguntó cómo no se había dado cuenta de ello la noche anterior.

El té que le llevó Nafía le volvió a sumir en un sueño del que no regresó hasta que el sol comenzaba a difuminarse en el horizonte de aquel desierto interminable. De nuevo sintió el cuerpo empapado por el sudor y las punzadas de las náuseas. No quería añorar a su madre en un momento como aquél, pero lo cierto es que se habría sentido mejor si su madre le hubiera puesto sus manos siempre suaves y frescas sobre la frente, reconfortándole con palabras y gestos de cariño. La echaba tanto de menos que sintió un dolor agudo cerca del corazón.

Desde que había salido de España procuraba evitar pensar en su madre para no dejarse arrastrar por la melancolía que le conduciría a la desesperación.

La sabía preocupada, pendiente de que un día el cartero le entregara una carta suya.

A su madre no le quedaba nada más que él, y él había optado por la venganza sabiendo que eso implicaba la separación. Y aunque los rostros de aquellos dos hombres a los que había matado se le aparecían, no se arrepentía de haberles quitado la vida, o al menos eso creía porque no podía dejar de odiar a aquel guardia de la prisión y a su hijo, que había participado en el fusilamiento de su padre. Pudiera ser que los rostros de aquellos hombres, como eternos fantasmas, no le dieran tregua para el olvido, pero poco le importaba puesto que no se habría perdonado a sí mismo dejar impune el asesinato de su padre. Porque eso era lo que había decretado el tribunal militar que incluyó el nombre de su padre en la lista de quienes iban a ser fusilados.

Pensó en Nafía, que había perdido a Basim. Sus ojos negros y profundos estaban cargados de dolor. Pero Ismail... ¿sentiría lo mismo la pérdida del hijo? La noche anterior estaba con Havira...

Notaba la boca seca con minúsculos granos de arena entre los dientes. Necesitaba agua. Se levantó despacio y salió intentando no tambalearse.

Nadie reparó en él, pero le llamó la atención que un grupo de hombres y camellos que no había visto hasta el momento parecieran engrosar el campamento.

Hafid surgió de la nada dándole un par de palmadas en la espalda.

—Son familiares nuestros —dijo señalando al nuevo grupo de beduinos.

—Formáis familias muy numerosas —respondió por decir algo.

—Sí, Alá bendice a nuestras mujeres con muchos hijos.

—¿Cuándo nos podremos ir?

—Mañana. Estarás mejor. Es lo que dice Nafía. Quizá pasemos por Deir el Baramus; tú lo conocerás por San Baramus.

—¿San Baramus? ¿Y quién es ese santo? —preguntó Fernando, extrañado por tantos santos que desconocía.

—Yo no soy cristiano, eso se lo tendrás que preguntar a los monjes.

—¿Y por qué tenemos que ir allí?

—Bueno, quizá nos venga mejor parar en Deir es Suriani... ya veremos.

—¿Y qué es Deir es Suriani? —inquirió Fernando, cansado por las escuetas explicaciones de Hafid.

—Otro monasterio, como el de San Bishoy y el de San Baramus. Lo importante es que podremos descansar antes de llegar a Alejandría.

Nafía volvió a darle un cuenco con agua para lavarse y luego de hacerlo Fernando siguió a Hafid, que parecía contento de encontrarse con los hombres de la caravana.

Hafid le informó que venían de muy lejos, de las profundidades de Arabia, y traían mercancías con las que comerciar. Más tarde le invitaron a sentarse alrededor del fuego y compartir con aquellos hombres cordero especiado, pan ácimo, aceitunas y queso de cabra.

Las mujeres habían preparado los corderos asándolos con mimo, pero no se sentaron a compartir con los hombres la cena. Les servían con presteza y

siempre atentas.

Los hombres hablaban en alto y en ocasiones parecían discutir, pero un gesto o una palabra de Ismail era suficiente para que las voces se aplacaran. Él no entendía nada de cuanto decían, aunque, de cuando en cuando, Hafid le traducía sus palabras.

No estuvo mucho tiempo entre aquellos hombres. Nafía creía que no debía cenar más que un poco de pan con aquel brebaje que parecía té.

A pesar de que tenía hambre, su estómago estaba de acuerdo con Nafía. Si hubiera comido aquel cordero especiado seguramente le habrían asaltado otra vez las náuseas.

En cuanto bebió el té empezó a adormilarle. Se levantó procurando pasar inadvertido y se fue a la tienda que compartía con Hafid y algunos de los hijos de Ismail.

Durmió de un tirón hasta que su compañero le despertó zarandeándole.

—Levántate, se está haciendo tarde.

Cuando salieron de la tienda el cielo aún estaba teñido del color de la noche, pero Hafid le aseguró que pronto amanecería y era mejor ponerse en camino. El automóvil tardó en arrancar a pesar de que lo habían cubierto con una tela enorme para evitar que el desierto lo devorara. Cuando por fin el motor respondió empezaba a despuntar el alba.

A Fernando le fascinaba la seguridad con la que Hafid conducía. ¿Cómo era posible que en medio de aquel pedregal inmenso supiera por dónde ir? A él todo le parecía igual, pero Hafid no dudaba. El beduino no era muy dado a las confidencias a pesar de su amabilidad natural, y al principio se mostró algo reticente a responder las preguntas de Fernando, pero terminó por explayarse.

Hafid le contó que tenía mujer y cuatro hijos pero que su esposa no era beduina, sino alejandrina, y por eso no vivían en el desierto. Él añoraba la vida del campamento, el vagar de un lugar a otro, estremeciéndose por el frío de las noches y aceptando el calor del sol en cuanto despuntaba la mañana.

Se había casado con su esposa contando, a regañadientes, con el permiso de su

familia. Sus padres consintieron de mala gana que se casara con una mujer que no era beduina. Pero él se había enamorado de la mirada de miel de aquella alejandrina que se había convertido en la madre de sus cuatro hijos y que pronto le daría un quinto.

Ella, le explicó, era inteligente y sabía que a un hijo del desierto no se le puede negar que encuentre su fuerza entre las arenas doradas. Así que de cuando en cuando Hafid iba con los suyos llevándose con él a los dos hijos mayores, que disfrutaban de aquella libertad de vivir entre arena infinita.

Fernando se sentía mejor, pero el estómago le recordaba su existencia, así que rechazó el pan con queso que Hafid le ofreció. Tampoco tenía sed pero el beduino insistía en que bebiera agua a pequeños sorbos. En eso le obedeció.

Poco antes de que cayera la noche Hafid le anunció que estaban a punto de llegar a Deir es Suriani.

Un monje les franqueó la entrada y los llevó hasta el abad, al que Hafid entregó un paquete que el religioso recibió con satisfacción. Fernando se preguntó qué contendría el paquete que no se había dado cuenta de que lo llevaban en el coche; sin embargo en el desierto las personas y las cosas aparecen y desaparecen como si de magia se tratara.

El monje los invitó a seguirle hasta el refectorio. Dispuesta sobre una larga mesa de madera encontraron una jarra con agua de limón, un cuenco de aceitunas, queso de cabra y dátiles.

Hafid se sentó y sirvió dos vasos de agua y acercó uno a Fernando.

—Bebe, te sentará bien.

Fernando se lo bebió sin apenas respirar. Estaba tan sediento como cansado.

El monje preguntó algo a Hafid y durante unos minutos ambos estuvieron hablando y mirando a Fernando. Hablaban de él, claro está.

—Me ha dicho que te va a traer algo que te sentará bien al estómago.

Unos minutos más tarde el monje regresó con un plato en el que había una especie de papilla amarillenta. Fernando dudaba si probarla o no, pero el monje y Hafid aguardaban expectantes a que se decidiera.

No supo lo que estaba comiendo, tan pronto le parecía reconocer el sabor del trigo como el de los garbanzos. Pero se lo comió todo pensando que aquel puré sólo podía causarle más problemas estomacales.

De repente, y para sorpresa de Fernando, el monje comenzó a hablar en inglés. Un inglés gutural y rudimentario pero suficiente para que se entendieran.

Sameh Basir, que así dijo llamarse el monje, se ofreció a enseñarle el monasterio en cuanto amaneciera. Comentó que el convento había sido muy importante por los manuscritos que guardaba, auténticos tesoros que un siglo antes los británicos se habían llevado.

El abad explicó que los monjes le habían enseñado a un diplomático británico llamado Curzon, honorable Robert Curzon, los manuscritos que conservaban, y éste los convenció para que le permitieran llevárselos.

Aun sin sus tesoros, el monje aseguró que el monasterio merecía verse.

Así quedaron en que al alba despertaría a Fernando y le guiaría por todos los recovecos del cenobio. Le propuso asistir a los oficios religiosos que, según dijo, seguro le reconfortarían el alma.

Más tarde, mientras compartía una celda con Hafid, el beduino le explicó que en aquellos monasterios había muchos penitentes. Hombres pecadores que buscaban en el desierto el perdón de Dios y que habían hecho de estos conventos su lugar de retiro.

A Fernando le sacó de su sueño una mano que sacudía sus hombros con energía. El monje le sonreía mientras le instaba a ponerse de pie. Al igual que sucedió en San Bishoy, Fernando no se sintió capaz de declararse ateo ante aquel monje, así que le siguió sin ningún entusiasmo, maldiciéndole en silencio por haberle sacado del sueño profundo en que se encontraba flotando.

La iglesia de la Virgen le produjo un estremecimiento por la belleza del fresco de la Ascensión que se alzaba en una de las cúpulas.

Unas puertas se abrían al coro y el monje le señaló unos paneles de lo que parecía marfil con las figuras de Cristo, la Virgen y los apóstoles Pedro y

Marcos.

Luego le indicó que observara unos frescos donde se mostraba la muerte de la Virgen.

El monje se entusiasmó explicándole cuanto había a su alrededor, señalando otro panel de marfil donde puso nombre a una de sus figuras, Dióscoro, del que Fernando lo ignoraba todo.

En otra capilla le mostró una cruz de mármol negro. Luego le habló de san Efrén, santo igualmente desconocido para el español.

Por las explicaciones del monje, Fernando llegó a la conclusión de que aquel monasterio lo pusieron en pie unos monjes llegados de Siria, de ahí su nombre: Deir es Suriani.

No habían terminado de ver la iglesia cuando una fila de monjes que llevaban cirios en las manos fue entrando y, sin mirarlos, se sentaron.

Durante un buen rato, que a él se le hizo eterno, el abad protagonizó una ceremonia, lo más parecido a una misa. Cuando todo terminó el monje le hizo una seña y le condujo al refectorio, donde los esperaba Hafid dispuesto a desayunar.

Los monjes se mostraron amables y parlanchines, algunos conocían palabras sueltas de inglés. Pero era «su» monje, Sameh Basir, con el único que podía entenderse.

Por él supo que Wadi Natrum era un refugio de ascetas, y que aún había muchos viviendo en cuevas y agujeros; unos para purgar sus culpas, otros para no caer en la tentación de pecar y así estar más cerca de Dios, o eso al menos creyó entender Fernando.

El monje Sameh Basir le insistió para que de nuevo tomara la extraña papilla de la noche anterior, y como no le había sentado mal no se resistió.

Después del desayuno emprendieron el regreso a Alejandría.

Eulogio se había marchado. Fernando sintió su ausencia como una estocada. Y

todo por culpa de Benjamin Wilson. Se reprochó haber seguido sus instrucciones, puesto que hacerlo había supuesto que ni siquiera se hubiera podido despedir de su amigo.

Dimitra le anunció que le habían cambiado de habitación. La que compartía con Eulogio era más amplia y soleada que el cuartito donde Ylena había instalado a Catalina. Ahora que Eulogio ya no estaba, la anfitriona había decidido que eran madre e hija las que debían ocupar el cuarto grande y Fernando conformarse con el de Catalina. Al parecer ésta se había resistido, pero Ylena había puesto fin a sus objeciones diciendo que en su casa era ella quien decidía la distribución de las habitaciones entre sus huéspedes.

Fernando no sólo no protestó, sino que le aseguró a Dimitra que estaba totalmente de acuerdo con la decisión de Ylena.

Sus pocas pertenencias estaban perfectamente colocadas en el cuarto pequeño y sobre la mesa había un sobre cerrado con una carta de Eulogio.

Querido Fernando:

Siento que no hayamos podido despedirnos, pero a lo que me cuentan el señor Wilson te ha mandado un cometido que no podía retrasarse. Espero que lo hayas podido cumplir a satisfacción de tu peculiar jefe.

Marvin y Farida dicen que me agradecen que les acompañe, pero como bien sabes soy yo quien quiere marcharse de Alejandría, así que son mi oportunidad para dejar esta ciudad que me resulta extraña y en la que estoy seguro de no querer vivir. Lo único que siento es que tengamos que separarnos y tomar rumbos distintos. Bien que me gustaría que vinieras con nosotros o en todo caso que hubiéramos podido irnos tú y yo a América. Pero sé que jamás dejarás a Catalina abandonada a su propia suerte. No quiero amargarte, Fernando, pero creo que deberías aceptar de una vez por todas que Catalina no es para ti por más que el amor sea un misterio y nada tiene que ver con la razón. Ella no te querrá nunca como tú la quieres, sólo serás su escudero, el amigo leal con el que puede contar en cualquier circunstancia. Pero temo, Fernando, que renuncies a vivir tu vida para ayudarla en la suya sin que jamás vayas a recibir otra cosa que el cariño que se siente por un familiar o un amigo cercano.

A ninguno de los dos nos gusta que nos den consejos, pero permíteme que te insista en que debes convencerla para que regrese a España junto a sus padres. Sería lo mejor para ella y para la niña. Teniendo a Adela, Antoñito no querrá saber nada de Catalina, de manera que no tendrá que casarse con él aunque sí afrontar lo que supone ser madre soltera. No digo que sea fácil, pero al menos se ha librado de Antoñito, y aunque es difícil que ningún hombre, salvo tú, aceptara casarse con ella, quién

sabe las vueltas que da la vida.

En cuanto a ti, amigo, te encomiendo que te vayas a América cuanto antes. ¿Qué porvenir puedes tener en Alejandría? Ciertamente, Wilson te paga bien, pero ¿de verdad quieres pasar el resto de tus días en esta ciudad que nos resulta tan ajena?

En fin, sé que sabré de ti a través de Marvin puesto que Sara le tendrá al tanto de lo que decidas hacer.

En cuanto a nuestro viaje, Wilson lo ha organizado y nuestro destino, como ya sabes, es la llamada Francia Libre, que ya me dirás cómo se la puede denominar «Libre» si la gobierna el mariscal Pétain bajo la tutela de Alemania.

Las últimas noticias que Sara Rosent ha tenido de su padre es que se encuentra en Vichy, donde está el gobierno, pero los amigos que le ayudaron a salir de París quieren trasladarle a Lyon o quizá más al sur.

Marvin está deseando ver a su viejo editor porque insiste en que le debe el ser poeta. Así que poco le importan los riesgos a correr. En cuanto a mí... Como bien sabes, mi objetivo era ir a América, pero parece que no va a poder ser, al menos por ahora.

Sabes que no soy miedoso, pero no puedo dejar de preocuparme de lo que nos pueda pasar en Francia puesto que a los españoles republicanos los meten en campos de concentración.

Wilson nos ha provisto de documentos y también de la dirección de unas cuantas personas que, según él, pueden ayudarnos. Ya veremos si es así.

Amigo mío, cuídate y piensa un poco en ti antes que en los demás.

Un abrazo fuerte,

EULOGIO JIMÉNEZ

Fernando hizo un esfuerzo por retener las lágrimas que le empezaban a nublar la vista. Por primera vez desde que había abandonado España se sintió realmente solo. Sabía que ni siquiera Catalina podría cubrir el hueco que dejaba su amigo.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos. Y con los ojos del alma o de la imaginación vio dibujarse el rostro de Eulogio, luego fue su madre quien apareció. La vio tal cual era, digna y bondadosa, ganándose el respeto de cuantos la conocían.

También le visitó su padre. Apretó más los ojos temiendo ver en su mirada un reproche por haber huido dejando sola a su madre, pero sobre todo por haber matado a aquellos dos hombres.

Aun así, su padre nada le reprochó. Sólo podía ver de él al hombre sereno enfrascado en sus papeles o mostrándole orgulloso una nueva edición de algún

escritor inglés, ya fuera Shakespeare, Chesterton o Lewis Carroll, a los que solía traducir. Y aunque quiso evitarlo, no pudo. Allí estaban otra vez los rostros de dos de los asesinados, padre e hijo, Roque y Saturnino Pérez.

Fernando quiso tranquilizar su conciencia diciéndose que si bien él les había quitado la vida, eran vidas de asesinos, de manera que nada tenía que reprocharse. Pero a pesar de que intentaba salir airoso de su batalla contra la conciencia, no siempre lo conseguía porque no podía olvidar aquellas lecciones sencillas sobre el Bien y el Mal que le había inculcado su madre desde niño y que luego reforzó don Bernardo cuando le preparó junto a los otros chicos del barrio para la primera comunión.

Su padre no era creyente, pero dejó hacer a su madre y fue ella la que le creó la conciencia rígida que nada quiere saber sobre la maldad de los otros, sino la que golpeaba por las faltas propias ignorante de los agravios que uno hubiera podido recibir.

Se quedó dormido viendo el asombro en los ojos de Roque y Saturnino Pérez cuando les disparó.

Se despertó de repente y vio a Dimitra plantada junto a la cama.

—¡Uf, menos mal! Llevo un buen rato intentando que te despiertes y no parecías escucharme. He llegado a pensar que estabas muerto.

Fernando se sintió confundido ante aquellas palabras. Le parecía que acababa de cerrar los ojos y nada deseaba más que seguir durmiendo.

—Son las siete, el resto de los huéspedes ya está desayunando. Supongo que tendrás que ir a trabajar. El señor Wilson llamó a la señora Kokkalis para interesarse por ti. Sabía que habías regresado. La señora le dijo que el viaje debía de haber sido agotador puesto que ni siquiera a ella la habías saludado y que llevabas unas cuantas horas durmiendo. Incluso la señorita Catalina ha entrado un par de veces para ver si estabas bien.

—¿Cuánto he dormido? —acertó a preguntar.

—Pues llevas casi un día entero durmiendo. Bueno, un poco menos —respondió Dimitra—. Anda, aséate y ve a desayunar. Te sentará bien.

Cuando Fernando entró en el comedor sólo quedaba mister Sanders tomándose su segunda taza de té. El inglés estaba más pálido de lo habitual y los ojos le brillaban a causa de la fiebre.

El coronel le explicó que llevaba un par de días resfriado por haber estado expuesto a un chaparrón durante una visita a Abukir.

Fernando carraspeó incómodo. No sabía qué era Abukir. El inglés se dio cuenta de su ignorancia y se prestó a remediarla:

—Me sorprende que no haya tenido interés en conocer las joyas arqueológicas de Alejandría. Usted, como tantos otros, creerá que en Egipto no hay nada más valioso que las pirámides de El Cairo, pero el país entero es un gran yacimiento que está por descubrir.

Según explicó, Abukir no estaba muy lejos de la ciudad, y antaño contaba con un lago ahora ya desecado. El lugar estuvo habitado desde la más temprana Antigüedad.

—Sabrá usted quiénes eran Paris y Helena, ¿verdad? —le preguntó con poca esperanza de que Fernando lo supiera.

—Pues sí, ¿cómo no iba a saberlo? —respondió Fernando, molesto por la pregunta.

—Heródoto, ¿sabe quién era Heródoto? —volvió a preguntar el inglés.

—Desde luego. —Fernando tenía ganas de marcharse pero no quería renunciar al café con bizcocho del desayuno.

—Pues si alguna vez va a ese lugar, acérquese al fuerte Ramleh, allí mismo había un templo dedicado a Heracles. Según una leyenda, Paris y Helena llegaron hasta allí cuando huyeron de Esparta y pidieron protección a los sacerdotes.

—Ya... pues eso no lo sabía —admitió Fernando.

—Bueno, al parecer los sacerdotes no quisieron protegerlos por ser adúlteros, aunque supongo que la verdadera razón era que no deseaban enemistarse con el rey de Esparta.

Se quedaron en silencio, cada uno saboreando el contenido de su taza. Fue

Fernando el primero que habló:

—¿Y qué es lo que hace usted en ese lugar?

Al coronel Sanders la pregunta le pareció impertinente. En realidad pensaba que los españoles no tenían buenos modales.

—Soy arqueólogo, ¿no lo sabía usted?

—Creí que era coronel, coronel retirado del Ejército británico.

—Estudié Historia en Oxford y me especialicé en Arqueología. Naturalmente, asumí la obligación familiar de formar parte del Ejército.

—Bueno, pero ¿qué hace exactamente en ese lugar que ha dicho que se llama Abukir?

—Puede que alguna de las leyendas se correspondan con la realidad... En ese lugar también, exactamente donde está situado el fuerte Tewfikieh, estuvo Canope. No creo que sepa quién fue Canope.

—Pues no, no lo sé —aceptó Fernando el reproche.

—Pues Canope era el piloto de la nave de Menelao, el rey de Esparta, marido burlado por su esposa Helena. Precisamente cuando la guerra de Troya terminó y Menelao regresaba a casa, su nave atracó cerca de allí y el piloto de la nave, Canope, tuvo la desgracia de que le mordiera una serpiente.

—Menuda faena —dijo Fernando por decir algo.

—¿Cómo dice? —A Sanders le irritaba la poca importancia que el español daba a lo que le estaba contando.

—Pues que es una faena sobrevivir a una guerra y que te termine matando la picadura de una serpiente —concluyó Fernando.

—Pues gracias a esa mordedura se convirtió en dios.

—No me parece un consuelo. Es lo mismo que en el cristianismo sucede con los santos, la mayoría han sufrido martirio y sólo después se les ha declarado santos. A Canope le pasó igual, sólo que él se convirtió en dios.

—Dice usted unas cosas... En fin, creo que no entiende nada. —Mister Sanders no podía ocultar su enfado.

—Claro que lo entiendo... Por favor, no se moleste. Estoy cansado y he

estado enfermo... Comprenda que en este momento la historia de ese griego, de Canope, no me entusiasme.

Mister Sanders apretó los dientes cerrando con fuerza la boca mientras respiraba hondo. Después respondió:

—Ya le he dicho que era una leyenda, hay otra que asegura que Canope era un dios egipcio. El faraón Ptolomeo Sóter mandó construir un templo al que llegaban gentes de todos los rincones de Egipto para honrar a Serapis e Isis. Debería visitar la zona, se lo recomiendo. Yo mismo puedo acompañarle si lo desea. Es una bonita excursión. Y le recomiendo que se lea usted el libro de Edward Morgan Forster sobre Alejandría. Ahí está todo lo que le acabo de contar y cuanto debe saber sobre esta ciudad.

—Se lo agradezco.

—Si no le interesa el mundo antiguo, al menos le interesará saber que allí las tropas de Napoleón libraron dos batallas importantes. El almirante Nelson destruyó la flota francesa.

—¡Ah, los almirantes ingleses!

—Percibo ironía en su expresión...

—No era mi intención... En fin, mister Sanders, tengo que ir a trabajar. Ha sido un placer escucharle.

Cuando entró en Wilson&Wilson encontró a Sara envolviendo un libro a una señora, la saludó con una inclinación de cabeza y traspasó la puerta que le llevaba a la sala de edición, donde Athanasios Vryzas, su jefe, parecía muy interesado en la lectura de unos folios.

Se saludaron con formalidad y Vryzas instó a que subiera al piso superior a reunirse con el señor Wilson.

—Leyda ha preguntado por ti dejando recado de que el señor Wilson quiere verte sin tardanza.

A Fernando le tranquilizaba la sonrisa de Leyda Zabat. Era el contrapunto a la aparente rigidez en el trato de Benjamin Wilson, que le recibió de inmediato.

—Hafid vino a verme nada más dejarle a usted en casa de la señora Kokkalis.

—No me encontraba bien, en realidad enfermé en San Bishoy. Creo que fue por la leche de cabra.

—Así que no han podido traerme a Domenico Lombardi —se quejó Wilson.

—Ismail, el tío de Hafid, aseguró que estaba muerto, tan muerto como su hijo Basim.

—Ahora tengo que darle la mala noticia al padre de Domenico... En fin... estas cosas pasan, aunque Wilson&Wilson no suele dar malas noticias. Nuestro nivel de éxitos es importante, por eso tantos confían en nosotros.

—Usted sabía que era improbable que trajéramos a Lombardi con vida, e incluso que nosotros salváramos la nuestra.

—Es usted seco en su manera de expresarse y demasiado impulsivo... No le estoy reprochando nada. Había una posibilidad de éxito y yo siempre tiento a la suerte.

—Bien, pues hemos fracasado, aunque al menos estamos vivos.

—De lo cual me alegro.

—No lo creo. A usted tanto le da. Hafid y yo hemos sido un par de peones, si nos hubiese perdido no creo que lo hubiese lamentado demasiado.

Benjamin Wilson rio con ganas. Valoraba la arrogancia de Fernando. En realidad pensaba que se parecía demasiado a él, sólo que su abuelo le había enseñado a dominar sus emociones, de lo contrario no le habría dejado al frente del negocio.

—Tiene por delante dos libros que editar. Le prometí a Marvin que aceleraríamos todos los plazos. En marzo el libro debe estar en todas las librerías de Nueva York y espero que, a pesar de la guerra, también en las de Londres. En cuanto al poemario de Omar Basir, también corre prisa.

—Haré mi trabajo. Y ahora que menciona a Marvin... ¿sabe si han llegado a Francia?

—No se preocupe, su amigo Eulogio está bien.

Fernando trabajó todo el día y a pesar de que Athanasios Vryzas le recomendó salir a comer, prefirió no hacerlo. Los poemas de Marvin rebosaban dolor. Realmente eran muy buenos. No podía negar que era un gran poeta.

Mientras Vryzas y el resto de los empleados salían a almorzar, Fernando aprovechó para fumar tranquilo un cigarrillo y pensar en Marvin. Le parecía que la intensidad y la belleza de sus poemas no se correspondían con el hombre que él conocía. Luego se dijo que realmente sólo le conocía superficialmente, puesto que nunca habían intimado. Catalina les había impedido hacerlo. Si ella no se hubiera obcecado con el americano, quizá él se habría interesado por sus poesías. Pero Marvin era su rival más temido y, por tanto, había sido incapaz de apreciar nada bueno en él. Seguía sin sentir demasiada simpatía por el americano pero era demasiado honrado para negar la verdad, así que tenía que admitir que Marvin Brian era un gran poeta.

Cuando regresó a casa de Ylena, Dimitra le dijo que Catalina le había pedido que la avisara en cuanto él llegara. Por la mañana no había hecho siquiera ademán de verla, aunque la propia Dimitra le había asegurado que estaba en su habitación dando de comer a Adela.

No podía evitarla por más que no se sentía con ánimos para hablar con ella. Su relación con Catalina, construida por la desesperanza, le producía una tristeza infinita.

La encontró en su habitación acunando en sus brazos a la pequeña Adela.

Ella le invitó a entrar pidiéndole que se sentara a su lado.

—Dimitra me ha dicho que no te encontrabas bien.

—Me puse enfermo por tomar leche de cabra, pero ya me he recuperado.

—Me alegro... Bueno, ya sabes que Eulogio se ha marchado... Se negó a llevarme a ver a Marvin.

—Es Marvin quien no quiere saber de ti, no culpes a Eulogio —respondió él con cansancio.

—Si Marvin no quisiera verme me lo diría... No sé por qué, pero sois los demás quienes os habéis empeñado en separarnos... No entiendo la razón.

Tenemos una hija y no está bien que no nos permitáis al menos explicarnos.

No le respondió. Se sentía demasiado cansado para iniciar una de esas absurdas discusiones que mantenían a causa del americano. La actitud de Catalina era irracional, tanto como la del propio Marvin.

—Quiero que sepas que le seguiré hasta donde esté, que no me conformo con lo que me decís de que no quiere verme. ¡Por Dios, Fernando, dime dónde puedo encontrarle!

—Ya te lo dije, se han ido a Francia, creo que a Vichy, para encontrarse con monsieur Rosent, el padre de Sara. Los nazis se han hecho con los negocios de los judíos, pero Rosent fue previsor y para evitar el expolio le vendió simbólicamente el suyo a Marvin y él puso al frente de la pequeña editorial al que había sido su profesor de Literatura en la Sorbona. Marvin quiso devolver la propiedad a Sara, pero ella ha preferido que quede en sus manos mientras dure la guerra. Cuando Sara supo que su padre ha podido salir de París, le pidió a su marido que hiciera lo imposible por traerle a Alejandría. Pero estamos en guerra y no es fácil ir de un sitio a otro, y menos para los judíos. Ha sido Marvin quien ha decidido ir a buscar al señor Rosent y traerle aquí. Es todo lo que sé, no hay nada nuevo.

—O sea, que volverá.

—No sé si Marvin volverá o una vez que saque de Francia al señor Rosent se irá a otra parte. Te juro que no lo sé. Ni siquiera pude despedirme de Eulogio, de manera que desconozco cómo harán para sacar de Francia al padre de Sara.

—Entonces... ¿crees que debo esperar aquí a que vuelva Marvin?

—No sé si volverá... No lo sé, te lo juro.

Adela rompió a llorar y Catalina volvió a acunarla hasta lograr que la niña se callara.

—Está mejor. El doctor Naseef dice que ya no tenemos que temer por su vida. El capitán Pereira tenía razón, Adela es una superviviente.

—Y además ha heredado tu determinación —dijo Fernando con sinceridad.

—Bien, entonces nos quedaremos un tiempo... Pero si no regresa Marvin,

entonces iré a Francia a buscarle.

—¿Das por hecho que yo me voy a quedar? —respondió Fernando molesto.

—Bueno... no sé... sí... La verdad es que creía que...

—Que no te voy a dejar sola y que no importa que tú sigas a Marvin donde quiera que esté porque yo te seguiré a ti para protegerte.

—No... no quería decir eso... —Catalina se había sonrojado.

—Es lo que piensas y tienes razón. No, no voy a dejaros ni a ti ni a la niña.

Salió de la habitación sin dar tiempo a que Catalina respondiese. No volvieron a hablar hasta un rato después, durante la cena, donde la charla de mister Sanders y monsieur Baudin les levantó el ánimo. El inglés y el francés discutían amablemente por casi todo.

En cualquier vida, incluso en las más extraordinarias, la rutina se suele abrir paso en silencio. Y así habría sido si Benjamin Wilson no hubiera estado tan cerca de Fernando.

No hacía ni una semana que había regresado del desierto cuando de nuevo le llamó para hacerle otro encargo.

—¿Recuerda a Erick Brander? —le preguntó a bocajarro.

—Sí... el hombre que se reunió con un español... Pedro López...

—Efectivamente. Los dos están en El Cairo. Como usted mismo les escuchó decir, López iba a ser recibido por algunos personajes importantes de la corte de Faruk.

—Lo que me es indiferente.

—No debería decir eso. Cuanto suceda en esta guerra tendrá repercusión en España. Usted es antifascista. Le conviene que ganemos los británicos, y ahora que los norteamericanos se han implicado, hay más posibilidades de vencer al monstruo alemán. Hitler es un peligro para el mundo entero.

Wilson no perdió el tiempo en circunloquios y le pidió a Fernando que saliera hacia El Cairo, allí debía reunirse con Zahra Nadouri en el hotel Shepherd donde estaba alojado López y donde mantenía sus encuentros con Brander. Lo único que debía hacer era acompañar a Zahra. No le pedía más.

Fernando intentó resistirse pero sin demasiada convicción, y la única razón era Zahra. Aunque estaba enamorado de Catalina, no podía negarse a sí mismo que cuando vio a Zahra bailar le produjo tal impacto que alguna noche se sorprendía

soñando con ella. Incluso a Wilson le extrañó que no mostrara más resistencia.

Benjamin entregó a Fernando una maleta donde, dijo, había algo de ropa seleccionada por Sara.

—Necesita vestir adecuadamente.

—Gracias, pero no es necesario.

—Por favor, no haga de esto una cuestión de dignidad. Usted huyó de España con lo puesto y aquí ni siquiera ha tenido tiempo para comprarse ropa. Lo que hay en la maleta lo necesita para el trabajo que le he encomendado. Cuando regrese puede quedarse la ropa o tirarla, decídalo usted. Pero ahora la necesita. Vaya a su casa a por el resto de las cosas que le puedan hacer falta. Mi chófer le llevará y luego le trasladará a la estación. Esta noche dormirá en El Cairo.

Leyda Zabat llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, entró seguida de un hombre alto vestido como un beduino. El hombre miró a Wilson y éste hizo un gesto invitándole a hablar.

—Rommel se dirige hacia Bengasi —anunció el hombre con solemnidad.

Wilson se dirigió a Fernando:

—Váyase cuanto antes.

Fernando quedó deslumbrado por la suntuosidad del hotel Shepherd. Cada rincón era un monumento al lujo, y las mujeres y los hombres que estaban en el vestíbulo vestían con elegancia y tenían el aspecto despreocupado que suelen aparentar los verdaderamente ricos.

El recepcionista le recibió con amabilidad; le informó de que su habitación estaba lista y de inmediato le acompañarían, aunque también le dijo: «La señorita Nadouri le espera en el bar».

Zahra había elegido una mesa apartada y parecía ensimismada leyendo un periódico. Fernando se paró unos segundos para mirarla. No parecía la misma mujer que había visto bailar en «La Ciudad». Si la bailarina resultaba una explosión de sensualidad, la mujer que tenía enfrente no destacaba por nada. Vestía con elegancia pero con sencillez, apenas llevaba maquillaje y el cabello

recogido en un moño bajo. En realidad pasaba inadvertida junto a las otras mujeres que, sentadas con sus parejas, parecían sacadas de cualquier revista de moda parisina.

De repente ella levantó la mirada del periódico y la fijó en él. Fernando se acercó con paso rápido, avergonzado de que le hubiera sorprendido observándola.

—Llega a tiempo para cenar —dijo Zahra.

—Sí... claro... aún no he subido a la habitación. En recepción me dijeron que me estaba esperando.

Se quedaron en silencio como si no tuvieran nada más que decir. El día en que se conocieron, Fernando se había dado cuenta de que ella no gastaba una palabra de más.

—Suba a cambiarse. Aquí la gente se viste de manera formal para la cena. Ya sé que es un poco pronto, pero después daremos un paseo antes de ir al cabaret.

—¿Al cabaret? —preguntó él extrañado.

—Bailo esta noche. Es la coartada para que estemos aquí.

—Su coartada... La mía no sé cuál es.

—Es mi acompañante. El capricho de una bailarina famosa. Nada que llame la atención.

—¡Vaya!

—A nadie le puede extrañar que me encapriche de un guapo extranjero y le convierta en mi acompañante oficial.

A Fernando se le agrió el gesto, incómodo por el papel asignado. Wilson le había dicho que sólo se trataba de acompañar a Zahra.

—No se moleste... pero ¿de qué otro modo podemos justificar su presencia aquí?

—Me iré a cambiar. No tardaré mucho —respondió contrariado.

—Su habitación está junto a la mía, de hecho están comunicadas. Es lo más conveniente —le informó ella.

Unas horas después, Zahra parecía distraída mientras Fernando cenaba con

apetito. Ella apenas había probado el bistec que tenía en el plato.

—¿No tiene hambre? —preguntó él.

—Nunca ceno antes de una actuación. En realidad, si estamos aquí es a la espera de que aparezcan Brander y su compatriota Pedro López.

—No es mi compatriota —protestó Fernando.

—Es español como usted.

—Ya, pero es un fascista, y yo no tengo nada que ver con los fascistas, hayan nacido donde hayan nacido.

—Uno no puede dejar de ser quien es. Farida Rahman diría que uno es lo que es en función de los otros.

—Vaya, no sabía que le interesaba la filosofía.

—No sabe nada de lo que me interesa. En cuanto a la filosofía... en realidad me interesa la visión que tiene Farida sobre el ser humano.

—¿Son muy amigas?

—Nos conocemos bien.

En aquel momento entró en el comedor Erick Brander acompañado de Pedro López. El *maître* los acomodó en una mesa situada al lado de la de Fernando y Zahra.

Los dos hombres parecieron ignorar su presencia y enseguida se enfrascaron en una conversación en español.

—Como ya me había advertido, el ministro se ha mostrado muy diplomático pero crítico con la presencia de los británicos. Me ha dado a entender que preferirían una alianza con Alemania y parece seguro que Rommel ganará la batalla del desierto —le explicó López a Brander.

—El problema del rey Faruk es que no puede demostrar su simpatía por Alemania. Los británicos no dudarían en derrocarlo.

—Mi objetivo es que Egipto firme algunos tratados con España y, sobre todo, asegurar unas relaciones de buenos amigos. Cuestiones ambas que el ministro me ha asegurado. Está dispuesto a recibir a algunos amigos... hombres de lealtad absoluta al Caudillo para encauzar esos acuerdos comerciales.

—Y usted no se olvidará de mí, claro está.

—Desde luego que no. Los diplomáticos tienen unos cometidos, pero otros debemos hacer el trabajo real. Usted es un buen amigo de España y se lo sabremos agradecer. Ah, se lo he pedido al ministro pero creo que esto lo hará usted mejor, me gustaría tener alguna información sobre los exiliados españoles en Egipto.

—No creo que haya muchos —respondió Erick Brander.

—Pero alguno habrá, y es de vital importancia tenerlos controlados. La mayoría de los enemigos de España han emigrado a América, pero no descarto que alguno se haya perdido por aquí. Recibirá una compensación por cada español del que nos dé noticia.

Los dos hombres continuaron hablando de los negocios comunes mientras Zahra y Fernando escuchaban atentos. Zahra había tendido su mano a Fernando invitándole con la mirada a que se la cogiera. Ella sonreía por nada, como si lo que él le estaba diciendo la hiciera feliz.

A Fernando le costó un rato meterse en el papel que debía desempeñar y con el que tan incómodo se sentía.

—Sonría —susurró Zahra mientras le apretaba la mano—, no parece un joven enamorado sino más bien un marido contrariado.

Antes de que el alemán y el español terminaran de cenar, Zahra y Fernando dejaron el restaurante y subieron a sus habitaciones. Ella le dijo que debía descansar un rato antes de salir para su actuación.

El cabaret estaba situado en un edificio vetusto de aire señorial. Los coches se paraban ante sus puertas de madera y grupos de mujeres y hombres con vestimentas formales y elegantes entraban dispuestos a disfrutar del champán, la música y lo que pudiera brindarles la noche.

Zahra y Fernando entraron por la puerta de atrás, donde el dueño del local los estaba esperando. Zahra los presentó.

Era un tipo alto, de cabello oscuro y bien parecido aunque entrado en años. El hombre miró con suspicacia a Fernando, presentado por Zahra como *mon petit*

ami.

Se estrecharon la mano y Fernando alcanzó a oír su nombre, Tarek Fazeli.

Luego se dirigieron a su camerino, donde un gran biombo dividía la habitación en dos; allí una doncella esperaba a Zahra. Fernando se sentó en un sillón mientras ella comenzaba su transformación tras el biombo. Escuchaba la conversación de las dos mujeres pero no las entendía porque hablaban en árabe.

Era casi medianoche cuando unos golpes sonaron en la puerta del camerino que la doncella se apresuró a abrir. Había llegado el momento de la actuación de Zahra.

El dueño del local acompañó a Fernando hasta su mesa, cerca del escenario, donde un cubo con hielo enfriaba una botella de champán. Allí otro hombre de riguroso esmoquin aguardaba impaciente. El hombre apenas le prestó atención, pero Fernando sí se fijó en él: cabello rubio oscuro, ojos azules, porte elegante. Tampoco se le escapó que cerca de ellos se encontraban Erick Brander y Pedro López. Brander saludó al dueño del local y le presentó a López diciendo: «Tarek Fazeli es los ojos de Egipto. Todo lo ve, todo lo sabe». Pedro López miró con curiosidad a Fazeli y ambos se estrecharon las manos. Brander también le presentó al hombre que estaba sentado junto a Fazeli: «Arthur Collins, socio de Fazeli».

Fernando escrutó con interés a Collins. «Así que este hombre es inglés», pensó.

La luz se apagó y los músicos que estaban tras el escenario silenciaron sus instrumentos. Durante un minuto que pareció una eternidad, se escucharon susurros que se fueron apagando hasta que la sala quedó en silencio. Entonces un foco se posó sobre el escenario. Al principio no parecía verse nada, pero pronto el crujir de la seda y el tintineo de unas pulseras los puso en alerta. De repente entró en el haz de luz una mano, seguida de un pie; luego la sombra de un cuerpo femenino moviéndose lentamente y, por fin, la figura entera de una mujer que se movía como si estuviera en trance.

La bailarina, al principio con los ojos cerrados, se deslizaba por el escenario

provocando una tensión creciente en los espectadores. Durante hora y media bailó y bailó sin que se escuchara un murmullo, y cuando terminó la danza, los gritos y los aplausos eran tales que Fernando no pudo por menos que participar del entusiasmo del resto de los espectadores.

De nuevo el escenario se quedó en penumbras y cuando unas tenues luces volvieron a iluminar el local, Zahra había desaparecido.

Fernando hizo ademán de levantarse para ir en su busca, pero Arthur Collins se lo impidió.

—Quédese, ella vendrá.

—Esta noche hay mucha gente importante que quiere saludarla —añadió Tarek Fazeli.

Fernando aceptó sentarse de nuevo. Zahra no le había dicho qué debía hacer y él había pensado que nada más terminar la actuación regresarían al hotel, pero al parecer Fazeli y Collins la esperaban.

Cuando ella entró en la sala apenas la dejaban dar un paso. Hombres y mujeres salían a su encuentro ansiosos por verla de cerca y escucharla.

Tarek Fazeli se abrió paso y apartó a los curiosos conduciéndola hasta la mesa. Arthur Collins se levantó y le hizo una reverencia antes de besarle la mano. Ella ni le prestó atención.

—¡Magnífica, querida! ¡Inigualable! Deberías dejar de una vez por todas Alejandría y trasladarte a El Cairo —dijo Fazeli mientras le ofrecía una copa de champán.

Zahra se acercó a Fernando y le besó en los labios. Él se quedó paralizado, sin saber qué hacer ni qué decir. Ella le miró con el gesto contrariado.

—Vaya frialdad, amigo; la mujer más deseada de Egipto le besa y usted ni siquiera sonrío —dijo Tarek Fazeli, observándolos a ambos.

—Él es así —afirmó Zahra con desdén.

—Yo que usted no me mostraría tan displicente, aquí hay muchos hombres deseando ocupar su lugar, yo el primero —dijo Fazeli sonriente.

Fernando, que estaba muy incómodo, fue consciente de su error. En ese

momento muchos ojos estaban pendientes de ellos. Se había olvidado de que tenía un papel que desempeñar, el de *chevalier servant* de Zahra. La orquesta estaba ya tocando en el escenario y Fernando cogió la mano de Zahra y se la llevó a la pista de baile sin decir palabra.

Empezaron a bailar y Zahra intentó acomodar su cuerpo al de él.

—¿Qué clase de amante es usted? —preguntó ella.

—Yo... no sé qué quiere decir.

—Se supone que somos amantes y sin embargo me mantiene a distancia, como si fuera a pegarle el sarampión.

Fernando no pudo menos que reír y ella le respondió con otra carcajada.

—Verá, es que no me esperaba lo del beso. Me he quedado paralizado.

—Lo cual ha sorprendido a todos los que nos estaban mirando, incluidos el alemán y el español.

—Debería haberme avisado de lo que pensaba hacer, lo siento.

—Pues hágase a la idea de que en público nos tenemos que comportar como dos enamorados. No es tan complicado el papel. Espero no resultarle tan desagradable.

—No... no... todo lo contrario... Es que... bueno... yo... La verdad es que todo esto me coge de improviso...

—Pues métase en el papel. Acérquese a mí, estrécheme contra usted y béseme. Todos nos miran.

—¿Quiere que la bese? —preguntó asombrado.

—¡Por favor, no lo haga tan difícil! No es lo que yo quiero sino lo que se espera de nosotros. Besarnos es parte del papel que tenemos que interpretar.

—Tiene razón, perdone...

La besó con timidez temiendo haber enrojecido y ser el hazmerreír de cuantos los observaban. Pero Zahra se hizo cargo de la situación y no le permitió apartar sus labios de los suyos, y así le mantuvo durante unos segundos que a él le parecieron años.

Bailaron un buen rato sin dejar de besarse. Fernando creyó que se iba a

marear. Sintió alivio cuando ella le indicó que debían regresar a la mesa, pero advirtiéndole que no volviera a cometer errores.

—Compórtese como se espera de usted.

Tarek Fazeli los recibió con una amplia sonrisa. Para entonces alrededor de su mesa se habían instalado unas cuantas parejas. Los hombres estaban ansiosos por estar cerca de Zahra, las mujeres la miraban con admiración y envidia.

—Nos vamos. Estoy cansada —anunció Zahra, ignorando los esfuerzos de los invitados de Fazeli para que les prestara atención.

No hablaron hasta llegar al Shepherd. Allí el botones abrió la puerta del coche y les hizo una reverencia. La bailarina se lo agradeció con un gesto.

Fernando estaba en su habitación quitándose la pajarita del esmoquin cuando vio que se abría la puerta que comunicaba su cuarto con el de Zahra.

Ella se había puesto una bata de seda rosa y andaba descalza. Él la miró azorado.

—Llame a recepción y pida que nos suban una botella de champán y bombones.

Fernando obedeció mientras ella se sentaba en un sillón con aspecto cansado.

—En cuanto traigan el champán me iré a mi habitación. Pero el camarero tiene que verme aquí; se lo contará a todo el personal del hotel, de manera que mañana todo El Cairo creerá saber que dormimos juntos.

—La criticarán por esto.

—Es lo que se espera de una bailarina, que tenga amantes jóvenes y guapos. No creo que su reputación sufra porque crean que se acuesta conmigo —afirmó ella contrariada.

—¡Pero si lo que me preocupa es lo que puedan decir de usted! —protestó él.

—Lo que debe preocuparle es hacer bien su papel.

—No se enfade, por favor... Es que todo esto... En fin... no estoy preparado.

—Ya lo veo... creo que Benjamin tiene demasiada fe en usted.

—¿El señor Wilson? Sí... en realidad no sé por qué me ha metido en todo esto.

El camarero llamó al timbre y Zahra hizo un gesto a Fernando para que abriera al tiempo que ella se desabrochaba la bata dejando ver un camisón transparente.

Mientras el camarero depositaba la cubitera con el champán miraba de reojo a Zahra, que le ignoraba a la vez que se miraba las uñas aburrída a la espera de que el hombre se marchara.

Cuando lo hizo, ella se puso en pie y se abrochó la bata.

—Bueno, ahora puede tomarse el champán o tirarlo, tanto da. Eso sí, mañana sin falta revolveremos su habitación de manera que las camareras crean que hemos pasado una apasionada noche de amor.

—¿Y usted por qué hace esto? —le preguntó Fernando, aunque inmediatamente se arrepintió de haberse atrevido.

—¿Hacer el qué? —murmuró ella, dándole la espalda.

—Trabajar para Wilson... hacer estas cosas extrañas que ponen en entredicho su reputación...

—¿Y usted por qué huyó de España y vino a Egipto? Sé que ha abandonado a su familia, a su madre... Aquí no tiene amigos, no tiene a nadie y sin embargo ya ve... está aquí. Supongo que tiene una buena razón para ello. Yo también tengo una buena razón para hacer lo que hago.

—No quería molestarla ni ser indiscreto. Lo siento.

Zahra regresó a su cuarto cerrando la puerta que comunicaba las dos habitaciones. Fernando se quedó sentado un buen rato intentando entender todo lo que le estaba pasando. Pero no encontraba respuestas para sus pensamientos.

Se tumbó sobre la cama sin desvestirse y así amaneció a la mañana siguiente, cuando abrió los ojos y se encontró frente a él a Zahra.

—Bajaremos a tomar un café. Ya son más de las diez. No le he querido despertar antes porque estaba tan dormido... Avíseme cuando esté listo.

Quince minutos más tarde Fernando salió del baño y se la encontró revolviendo la cama.

—Le dije que vaciara la botella de champán... Ya veo que no se tomó ni una copa. Los pantalones del esmoquin los he dejado sobre el sofá. La pajarita está bien ahí al lado de los bombones. He puesto mi camisón y mi bata sobre su cama. Creerán que hemos pasado una noche muy intensa.

Salieron a la calle y caminaron un rato. Ella parecía saber dónde iban, pero no se lo dijo. El destino resultó ser un café en el que sólo parecía haber extranjeros. El camarero los acompañó a una mesa situada en el centro donde podían ver y ser vistos. Fernando se sintió agradecido al beber un café muy cargado que le ayudó a despejarse. Zahra también pidió café, pero lo bebió muy despacio. Ella le tendió la mano mientras murmuraba: «Recuerde que estamos enamorados».

Fernando apretó la mano de Zahra entre las suyas. Nada podía desear más que sentir la piel fresca de la bailarina. No podía negarse a sí mismo la atracción que sentía por ella. En su presencia se sentía torpe y empequeñecido. También se reprochaba estas emociones puesto que se decía que estaba enamorado de Catalina y nunca podría querer a otra mujer, pero entonces, se preguntaba, ¿qué era lo que sentía por Zahra?

—Míreme. Está ensimismado —le reprochó ella.

—Perdone... es que...

—Ya sé, todo esto es nuevo para usted. Pero tampoco es tan difícil que juntemos nuestras manos y sonriamos.

—Claro que no.

—Bien, ahora le diré lo que vamos a hacer. Tengo dos actuaciones más en El Cairo y el lunes regresaremos a Alejandría.

—¿Por qué es tan importante Pedro López? —preguntó él, aunque imaginaba la respuesta.

—¿El español? Pues porque ahora mismo las potencias quieren saberlo todo sobre los demás. Pedro López está aquí para abrir una vía de intercambio comercial con Egipto. España está arruinada y necesita amigos.

—Tiene a Alemania y a Italia. Franco, Hitler y Mussolini son aliados —afirmó Fernando.

—La España de Franco está con el Eje, de eso no hay duda, pero quién sabe lo que pasará en el futuro.

—Nada, no pasará nada. Lo más probable es que Alemania gane la guerra y entonces Franco se hará eterno. Y desgraciadamente parece que la va a ganar — se lamentó él.

—Aún no se ha librado la última batalla, en realidad quedan muchas por librar. Ni usted ni nadie puede dar por sentado lo que sucederá.

—Yo doy por perdido a mi país. Franco está matando a todos los que lucharon contra él.

—Yo no doy perdida ninguna batalla, y si la pierdo, vuelvo a intentarlo.

—Es muy fácil decir eso... No sabe lo que es perder una guerra; estar en el bando de los vencidos te convierte en menos que nada.

Zahra le miró fijamente y a Fernando le sorprendió la repentina dureza de su mirada y esperó a que hablara.

—Pues luche para que las cosas cambien y para que los vencedores hoy sean los perdedores mañana. No pierda el tiempo lamentándose. No sirve de nada.

—No creo que España le importe a nadie. No creo que los británicos, si es que llegan a ganar la guerra, vayan a ir a liberarnos de Franco. En todo caso, yo ya la he perdido, a mi padre le fusilaron porque luchó en el bando republicano. No sabe lo que supone eso. Mi madre y yo íbamos a la cárcel a verle... Si supiera cómo estaba... Los presos hacinados... Incluso un día se le cayeron las gafas y uno de los guardias las pisó rompiéndolas en pedazos. Mi padre no veía sin ellas y le condenaron a vivir entre nieblas. Y luego el temor a que se abriera la puerta de la celda y leyeran la lista de los que ejecutaban cada mañana. Pedimos el indulto pero lo denegaron.

De nuevo el silencio se instaló entre ellos, aunque seguían con las manos entrelazadas.

—Nadie va a devolverle a su padre. Es algo que tiene que aceptar. Sólo le queda luchar para impedir que otros hombres mueran. —El tono de voz de Zahra carecía de emoción.

Fernando soltó su mano y se enderezó en el asiento buscando con la mirada un camarero que le trajera otro café.

Zahra cambió de conversación y le propuso ir a ver las pirámides.

—Hoy no tengo que actuar. Así que disponemos del día para hacer lo que queramos.

—¿Y mientras tanto qué pasa con Erick Brander y Pedro López? —quiso saber él.

—Nada, no pasa nada.

—O sea que ya no tenemos nada que hacer aquí.

—Bueno, yo tengo dos actuaciones más. Ya se lo he dicho. Y usted tiene que quedarse conmigo, recuerde que es mi *chevalier servant*.

—Me refiero a Brander y a López.

—En mi opinión, no creo que esos dos deban preocuparnos demasiado.

—¿Ni siquiera Brander?

—Es un agente alemán al que tanto los británicos como Wilson tienen bien vigilado. Brander pasa información a los hombres del almirante Canaris, que es el jefe de la Abwehr, el servicio secreto alemán. No es que sea el mejor agente, pero sí tiene acceso a información del entorno de palacio. Su tarjeta de visita en la corte es su esposa, Halima.

—Entonces Erick Brander sí es importante —insistió Fernando.

—Lo es en la medida que a través de él podemos tener noticia de quienes desde la corte conspiran a favor de los alemanes.

—¿Y López?

—Ya se lo dije, ha venido a otear, a intentar abrir vías de comercio ahora que España está devastada. Su misión es importante para su país, pero no para nosotros. Y ahora, ¿le gustaría o no ver las pirámides? Quizá no tenga otra ocasión. Esta mañana le pedí a un amigo que nos viniera a buscar para llevarnos.

—¿Ya sabía que vendríamos aquí?

—Pues claro.

Por un momento Fernando estuvo tentado de enfadarse. Zahra parecía

manejarle a su antojo. Tenía razón; él sólo era un simple chico de compañía, un papel que despreciaba.

Salieron a la calle y Zahra aguardó expectante hasta que vio aparecer un vehículo gris que se paró delante del café. Ella no lo dudó y abrió la puerta delantera para sentarse junto al conductor. Fernando no tuvo otra opción que colocarse en el asiento de atrás.

Zahra hizo las presentaciones. El hombre que conducía se llamaba Musim Sadat y era arqueólogo. Al menos así lo certificaba su paso por Oxford, donde había tenido el privilegio de estudiar.

Fernando sintió una punzada de celos al observarle. Musim Sadat era sin duda un hombre atractivo. El cabello negro perfectamente cortado, bigote, ojos grandes y un aire de distinción propio de alguien a quien nunca le había faltado nada.

Musim hablaba un inglés impecable; tanto, que si no fuera por sus rasgos y su piel morena podría pasar por un caballero británico. En un momento le contó a Fernando que consideraba a Inglaterra como su segunda patria. Los años más felices de su vida habían transcurrido allí, aunque, según confesó, al principio le había costado adaptarse. Pero sus padres se habían empeñado en que tuviera la mejor educación que Gran Bretaña pudiera ofrecer. Por su parte, Zahra añadió que la familia de Musim se dedicaba al comercio, pero además eran miembros preeminentes de la corte.

Fernando escuchaba en silencio. No tenía ningún interés en intimar con ese egipcio amigo de Zahra.

No obstante, Musim era desde luego un hombre expansivo, así que llevó el peso de la conversación explicando detalladamente y con orgullo la historia de las pirámides.

—Son sus tumbas las que han hecho inmortales a Keops, Kefrén y Micerino. En la Antigüedad no eran tal y como las vas a ver, estaban recubiertas con caliza blanca. Las pirámides pertenecen a la IV Dinastía y ya verás, la de Keops tiene más de ciento cuarenta y seis metros de altura; luego le sigue la de Kefrén, con

más de ciento cuarenta y tres, y la pequeña, la de Micerino, sólo llega a los cien metros. —Y Musim rio como si lo último que hubiera dicho fuera gracioso.

—Los antiguos egipcios creían que había vida después de la muerte —añadió Zahra.

—Mejor para ellos, yo no creo que haya nada —afirmó con rotundidad Fernando.

—Peor para ti. Siempre es un consuelo vivir con esperanza —intervino Musim.

—O sea que eres partidario de engañar al pueblo con cuentos para niños. —Fernando estaba irritado.

—Mis antepasados disponían de una guía para llegar a la otra vida. Lo llamaban *Libro de los muertos*. —Musim parecía decidido a no discutir con Fernando.

—¡Qué organizados! ¡Nada menos que una guía para desenvolverse por la Eternidad! La religión es un arma de dominación de los poderosos. Lo fue en la Antigüedad y todavía lo sigue siendo hoy. Asustar a la gente diciéndoles que el alma vaga eternamente es sin duda malévolos —insistió Fernando.

—En realidad nuestras creencias no difieren de las vuestras. Los antiguos egipcios creían que cuando uno muere su espíritu se dividía en dos, Ba y Akh. Ba se quedaba con el difunto y Akh se tenía que presentar ante Osiris para juzgarle. Anubis, el dios con cabeza de chacal, tenía una balanza donde en una parte colocaba el alma del muerto y en la otra colocaba una pluma, símbolo de Ma'at, la diosa de la Justicia. Si la balanza no permanecía en equilibrio entonces el alma recibía un castigo, porque eso significaba que en vida esa persona no había sido buena. Algo así pasa en el cristianismo, ¿no? —Musim miraba a Fernando a través del espejo retrovisor esperando su respuesta.

—Sí, y es la mejor manera de aterrar a los vivos asustándolos con castigos en una supuesta vida eterna. Claro que las reglas para ser feliz en la Eternidad siempre las han marcado los poderosos —insistió Fernando.

—¿No crees en nada? —quiso saber Musim.

—No, ¿y tú?

—Mira a tu alrededor; mira la arena del desierto, mira hacia arriba, la inmensidad del cielo, mira el mar...

—O sea que el mar, el desierto y el cielo te llevan a creer que Dios existe. ¡Fantástico! Muy racional.

—Te haré una pregunta que suele hacer Farida. ¿Crees que Todo es Nada? — Y Musim aguardó la respuesta.

Las palabras del egipcio desconcertaron a Fernando, al tiempo que aumentaban su irritación. Zahra se dio cuenta de que la excursión podía terminar siendo un desastre, así que decidió interrumpirlos:

—Dejemos a Dios en paz y disfrutemos de la única de las Siete Maravillas de la Antigüedad que ha sobrevivido el paso del tiempo.

Y allí estaban, alzándose orgullosas sobre la arena reseca del desierto, las tres pirámides, provocando que cualquier ser humano se sintiera poco menos que un grano de arena ante su misteriosa inmensidad.

Musim Sadat aparcó el coche a cierta distancia y luego caminaron un buen rato hasta llegar a la de Keops.

Hasta aquel momento, Fernando no se había dado cuenta de que Zahra se había vestido para la ocasión. Llevaba una falda pantalón de tono claro y unas botas altas que le permitían pisar con seguridad la arena del desierto. Cuando Musim se bajó del coche le pareció que llevaba vestimenta de explorador; en realidad, el arqueólogo vestía de manera cómoda y adecuada para aquel terreno. Era él quien desentonaba con su traje claro y los zapatos que se le llenaban de arena a cada paso. Si Zahra tenía planeada aquella excursión debería haberle avisado.

El entusiasmo de Musim era tal que dedicaron el resto de la mañana y hasta bien entrada la tarde a ir de una pirámide a otra, contemplando la Esfinge y comentando los pormenores de aquellas extraordinarias construcciones.

Cuando regresaron a El Cairo Musim los invitó a cenar. Zahra no dudó en

aceptar por los dos.

El arqueólogo se comprometió a enviarles un coche para recogerlos a las siete y media en el hotel, hasta entonces tendrían tiempo para descansar.

Zahra y Fernando no dijeron ni una palabra hasta llegar a sus habitaciones. Esta vez fue él quien llamó a la puerta de ella.

—Supongo que no es obligatorio tener que cenar hoy con tu amigo.

—En realidad, sí. Iremos a su casa, allí siempre hay gente importante: ministros, hombres de confianza del rey Faruk... en ocasiones incluso el propio rey asiste a casa de los Sadat.

—Dijiste que nuestro trabajo había terminado —le recordó Fernando malhumorado.

—Nuestro trabajo, querido, no terminará hasta que no termine la guerra. E incluso puede que ni entonces. Te recuerdo que el negocio del señor Wilson es encontrar personas. Siempre habrá alguien a quien buscar.

—Pues en El Cairo no hemos venido a buscar a nadie.

Zahra se encogió de hombros. No parecía importarle el mal humor de Fernando.

—El señor Wilson, de manera excepcional, ayuda puntualmente a las autoridades británicas.

—Eso ya lo sé. Me lo dijo él mismo.

—Iremos a casa de Musim. Será interesante, ya verás.

Zahra le dio la espalda y Fernando regresó a su habitación.

Se tumbó sobre la cama y cerró los ojos cuando, sin previo aviso, le asaltaron los rostros de Roque y Saturnino Pérez. Durante unos segundos permaneció con los ojos cerrados intentando desembarazarse de los semblantes de sus víctimas, pero ambos le miraban desde la muerte; no había expresión en sus ojos, que le parecieron helados.

Se incorporó sintiendo que el sudor le empezaba a empapar. Aquellos dos hombres aparecían y desaparecían a su antojo. Le visitaban en los momentos más inesperados recordándole que les había arrebatado la vida.

—¡Hijos de puta, vosotros matasteis a mi padre! ¡Dejadme en paz! —dijo en alto con la voz alterada.

Pero no se fueron, sino que permanecieron allí impidiéndole descansar.

Fernando nunca había sido dado a beber, pero buscó entre las botellas y se decidió por un coñac. Se sirvió una copa que se bebió de un trago. El líquido le quemó la garganta y así siguió hasta llegar hasta el fondo de las entrañas.

Volvió a tumbarse en la cama evitando cerrar los ojos, como si así pudiera salvarse del acoso de los muertos.

No dejaba de preguntarse cómo podría esquivar en el futuro aquellos rostros fantasmagóricos.

Como no pudo descansar, pasó el resto de la tarde mirando el techo y añorando a su madre, su casa en Madrid, las pequeñas rutinas que habían conformado su vida hasta el día en que decidió vengar a su padre.

Se dijo que no podía dejar pasar más tiempo sin hacer llegar alguna noticia suya a su madre. Ya que Benjamin Wilson se jactaba sin reparo de tener colaboradores en España, quizá podría encargar a alguno de ellos que se acercara hasta su casa para decirle a su madre que su hijo se encontraba bien. Sí, se lo pediría a Wilson.

¿Cómo podía transformarse una mujer hasta el punto de resultar irreconocible? Por la mañana Zahra le había parecido una chiquilla casi insignificante, sólo su ropa cara evidenciaba que era alguien importante. Y ahora que la tenía ante él casi dudaba de que fuera la misma con la que había visitado las pirámides.

Zahra llevaba un vestido de fiesta de seda color esmeralda totalmente ceñido a su cuerpo. El cabello castaño rojizo suelto pero peinado con esmero, y unos ojos azules oscuros que le brillaban de manera especial, o eso le pareció a él.

En la mano sujetaba un chal de un color verde más intenso que el del vestido. Notó que ella no esperaba que elogiara su aspecto, pero tampoco Fernando hubiese sido capaz de encontrar las palabras para decirle lo bella que resultaba.

La casa de Musim Sadat estaba fuera de la ciudad, junto a la orilla del Nilo. Tenía su propio embarcadero y una falúa parecía descansar entre las aguas del río.

Fernando sintió las miradas curiosas de los invitados de Musim. La mayoría de ellos le envidiaban. Zahra Nadouri era la mejor bailarina no sólo de Egipto sino también de Oriente Medio, y a pesar de su juventud se estaba convirtiendo en una leyenda.

Musim Sadat los recibió con afecto mientras algunos de sus invitados se acercaban deseosos de ser presentados.

Zahra se comportaba como si fuese una reina, regalando escuetas sonrisas e intercambiando alguna palabra amable pero sin dar confianza a quienes parecían admirarla sin reservas.

Una vez más le dio la mano a Fernando para que la estrechara entre las suyas. Quería que todos supieran que aquel joven moreno y delgado, con el flequillo rebelde y una mirada franca, era el único hombre que le interesaba y que era inútil que otros intentaran reemplazarlo. Las reinas eligen a sus favoritos y también el día en que los desechan. Pero ese día aún no había llegado para aquel extranjero.

De pronto Fernando se sobresaltó. Allí estaba Erick Brander hablando con un grupo de hombres entre los que se encontraba Pedro López. Apretó la mano de Zahra y ella le sonrió.

—Es natural que estén aquí. No te preocupes —susurró ella.

—¿Sabías que estarían?

—Pues claro. Ya te he dicho que Erick Brander es un personaje con muchas amistades en la corte.

A Fernando le molestó que ella no le hubiera informado de la presencia del alemán.

—¿Y no crees que yo debería haberlo sabido?

Zahra no respondió, se limitó a sonreír a uno de los invitados que se dirigía hacia ella. El hombre le besó la mano de manera solemne y ella le presentó a

Fernando calificándole como «mi más querido amigo»; al rato, otros invitados se aproximaron ansiosos de contemplarla de cerca y después poder presumir de haber hablado con ella.

Para alivio de Fernando, aquellas personas hablaban en inglés y no parecían tener ningún problema en utilizar este idioma en vez del árabe.

Una mujer se abrió paso hacia ellos. Era alta, delgada, morena, con el cabello negro tan largo que casi le rozaba la cintura a pesar de que lo llevaba recogido en la nuca. Caminaba con paso firme, sin mirar a nadie, regia, vestida con elegancia. Sin duda el traje que llevaba debía de ser de alta costura.

—¡Zahra, qué alegría! Musim me dijo que vendrías, pero no terminaba de creerle, te prodigas tan poco...

La mujer tendió sus manos a Zahra y ésta las tomó entre las suyas, luego se abrazaron brevemente.

—Gracias, Kytzia. La fiesta es deslumbrante.

Kytzia sonrió satisfecha por el elogio antes de responder. Mientras tanto miraba de reojo a Fernando.

—Éste debe de ser el joven del que me ha hablado Musim, creo que han tenido una animada conversación esta mañana.

Fernando la besó la mano, tal y como había visto hacer al hombre que minutos antes había saludado a Zahra.

—Kytzia es la esposa de Musim Sadat —dijo Zahra con sequedad.

—Tenemos a otro español esta noche... Los presentaré, seguro que tendrán mucho de que hablar. Ha venido con nuestro querido amigo herr Brander.

En aquel momento Erick Brander y Pedro López se acercaron hasta donde estaban y Kytzia hizo las presentaciones.

—Señor López, este joven que tiene el privilegio de acompañar a la bailarina más importante de Egipto es español como usted. Y usted, Erick, debería haber traído a la querida Halima. Hace tiempo que no tenemos la suerte de tenerla entre nosotros.

Erick Brander dio una excusa para justificar la ausencia de su esposa y a

continuación miró con interés a Fernando.

—Así que es usted español... Supongo que usted y el señor López no se conocían de antes...

—No he tenido ese placer —respondió Pedro López, que no aparentaba demasiado interés ni por Zahra ni por Fernando.

—Bien, si no les importa, vamos a saludar a unos amigos —cortó Zahra para no dar lugar a ninguna charla.

—¿Se quedará mucho tiempo en Egipto? —preguntó López dirigiéndose a Fernando.

Pero fue Zahra la que respondió por Fernando mientras le cogía el brazo como si fuera de su propiedad:

—Espero que no se marche nunca. —El tono de Zahra era el de una mujer posesiva y enamorada.

Fernando se sentía confundido y no encontraba las palabras. En realidad no sabía lo que se esperaba de él. Así que improvisó sintiéndose torpe:

—Mi intención es permanecer en Egipto, confío en que para siempre.

—¡Qué romántico! Bueno, el romanticismo está bien para los jóvenes, ¿no creen, caballeros? —Kytzia hablaba con desdén intentando ridiculizar a Zahra y a Fernando.

—Si nos lo permiten... hay algunos amigos que nos están esperando —insistió la bailarina mientras tiraba del brazo de Fernando y dejaba a Kytzia con el español y el alemán.

Zahra se dirigió hacia un grupo de personas a las que parecía conocer y a los que presentó su acompañante, siguiendo la pantomima de que ambos tenían una aventura.

—Por lo que veo, no simpatiza con la bailarina —le dijo Pedro López a Kytzia.

—Desde luego que no. Es sólo una bailarina. Está fuera de lugar en esta casa —respondió Kytzia con un deje de ira.

—Es la mujer más deseada de Egipto y su compatriota tiene la suerte de ser su

elegido —dijo Erick Brander mirando a Pedro López.

—¡Suerte! ¡Erick, le tenía por un hombre más cabal! ¿Llama suerte a que un joven caiga en las manos de una bailarina? —protestó Kytzia con indignación.

—Anoche me dijeron en el cabaret que es su último capricho. —Erick Brander intentó rebajar su apreciación sobre Zahra.

—¿Y desde cuándo se ha convertido en ese capricho? —quiso saber López.

—Por lo que me contaron, hace tiempo que están juntos. Ella no suele exhibir a sus amantes, pero parece que este joven es especial. Quién sabe, lo mismo se ha enamorado.

—Es curioso que un español esté aquí y, además, haya conquistado a la bailarina más famosa de Egipto... —comentó López.

—Bueno, es bastante guapo —replicó Kytzia—; lo que no entiendo es por qué un joven con su atractivo y prestancia se ha dejado engatusar por una cualquiera —apostilló.

Pedro López y Erick Brander no respondieron. Podrían haberle dado cien razones a su anfitriona de por qué un hombre podía perder la cabeza por la bailarina. Pero sin duda habría sido una descortesía por su parte, así que optaron por el silencio.

Cuando Kytzia fue requerida por otros invitados, López aprovechó para pedirle al alemán que indagara sobre el joven español.

—Es extraño...

—¿Extraño que esté con Zahra? Yo diría que es un tipo con suerte.

—Desde luego... Me refería a que me intriga cómo llegó hasta aquí y por qué.

—No creo que me cueste mucho averiguarlo. No se preocupe.

—Por lo que veo, a nuestra anfitriona no le resulta simpática la bailarina —añadió Pedro López.

—Es natural. Todo el mundo sabe que su esposo está enamorado de Zahra y que si ella no le hubiese rechazado, Kytzia no sería hoy la dueña de esta casa.

—Vaya con Musim... le creía sólo interesado en las momias y en las antigüedades.

—Pues ya ve que Zahra Nadouri no es ni una cosa ni la otra.

Pedro López observó a la pareja con curiosidad. Pese a la opinión de Kytzia, la mayoría de los invitados parecían ávidos de hablar con la bailarina. Ella recibía los tributos de admiración con frialdad, aunque de cuando en cuando se entretenía más con alguna persona; pero, en general, se mostraba tan distante como cortés.

Fernando se aburría. Se sentía extraño en aquella casa y además le molestaban las miradas irónicas de aquellos hombres que, por otra parte, le envidiaban por ser él quien acompañaba a Zahra.

Algunas de las conversaciones de la bailarina transcurrían en árabe, lo que le hacía sentirse más aislado. Fernando se preguntaba de qué estaría ella hablando con aquellos hombres que se acercaban ansiosos de recibir su beneplácito.

Ocasionalmente, Zahra pedía a Fernando que le buscara una copa de champán e incluso le animaba a que saliera a la terraza a fumar; él, aunque molesto por el encargo, cumplía el cometido. Se daba cuenta de que lo que ella quería era alejarle de la conversación que mantenía con alguno de los invitados. Aun así, no dejaba de sorprenderle que ella tuviera tanta resistencia al champán.

Para cuando terminó la fiesta, Erick Brander había averiguado quién era el acompañante de Zahra. El propio Musim Sadat no tuvo empacho en informarle.

—Es editor de libros, trabaja para Benjamin Wilson —afirmó el arqueólogo.

—Ya... pero ¿desde cuándo?

—Eso no lo sé, pero sí que Wilson le tiene mucho aprecio y también Ylena Kokkalis, ya sabe usted quién es... una mujer no sólo respetable sino con amigos importantes cercanos al rey.

—Wilson... Ese hombre no me gusta —admitió el alemán.

—¿Por qué? Sólo es un editor de libros, y le aseguro que de los mejores. Es una suerte que una editorial británica tenga una sucursal en Alejandría —afirmó Musim sonriendo.

—¿Está seguro de que Benjamin Wilson sólo se dedica a la poesía? —quiso saber el alemán.

—Usted ya es casi un alejandrino más y sabe que Wilson & Wilson es una institución en nuestra ciudad. Editan y venden libros, además de ser un lugar de encuentro y debate entre los intelectuales. Si yo fuera usted no me preocuparía —le tranquilizó Musim.

—En cuanto a ese joven español, ¿no hay otro lugar en el mundo para trabajar de editor? —insistió Brander.

—En realidad es un protegido de Pereira, el capitán del *Esperanza del Mar*; habrá oído hablar de él.

—¿Del Portugués? Sí, ése no tiene miedo a nada ni a nadie. ¿Y qué tiene que ver el español con Pereira?

—Ya se lo he dicho, es su protegido, un pariente lejano o algo así. Le traje consigo en uno de sus viajes, conoció a Zahra ya no quiso marcharse, así que buscó trabajo en Alejandría para estar cerca de ella.

—Todo muy romántico, demasiado, ¿no le parece?

—Sólo sé que es un tipo con suerte. No me importaría estar en su piel. Ser capaz de enamorar a Zahra Nadouri es más que una hazaña. Ella no es una mujer asequible para cualquiera. —Las palabras de Musim Sadat se habían teñido de melancolía.

—¿Y qué ha visto en el español? —preguntó Erick Brander con curiosidad.

Musim rio con ganas. También a él le hubiera gustado tener una respuesta. Había pretendido a Zahra sin lograr más que su amistad. No era mujer a la que se pudiera conquistar con joyas o con dinero. Era ella quien elegía, y había elegido a aquel joven español. A quienes soñaban con ella, como era su caso, sólo les quedaba esperar a que se cansara del español y entonces volver a pujar para tener una oportunidad.

Erick Brander le explicó a Pedro López cuanto le había contado su anfitrión y al español parecieron bastarle las explicaciones. Llegó a la conclusión de que aquel joven compatriota en realidad no era nadie que le debiera preocupar.

De camino al hotel, Zahra guardó silencio y Fernando no lo alteró con ninguna palabra. No hablaron hasta llegar a la habitación.

—Espero que haya sido provechosa la noche —dijo él con cierto resentimiento.

—Lo ha sido, Fernando. Ahora sabemos qué es exactamente lo que ha negociado Pedro López con algunos de los ministros del rey Faruk.

—¡Vaya! Así que ya lo sabemos... Lo que es yo, no sé nada.

—Bueno, pero yo sí, y es lo mismo.

—No, no lo es; ya te he dicho, y se lo diré también al señor Wilson, que no pienso hacer el papel de un estúpido acompañante —replicó él enfadado.

Zahra se encogió de hombros antes de responder:

—Haz lo que creas conveniente. Buenas noches, Fernando, descansa.

Cuatro días más tarde, Zahra y Fernando regresaron a Alejandría junto a Musim Sadat. El arqueólogo se había ofrecido a llevarlos en su propio coche, ya que estaba invitado a una reunión con un grupo de arqueólogos que seguían trabajando en donde antaño estuvo el Faro, que era considerado como una de las Siete Maravillas del mundo antiguo.

Para Musim era la excusa que necesitaba para poder estar más tiempo cerca de Zahra, y sobre todo alejarse de Kytzia. Si su esposa no fuera hija de una familia poderosa la habría repudiado. Pero sabía que no podía ni pensarlo. La familia de Kytzia era más importante que la suya y sin duda los negocios de los Sadat se habrían visto afectados. Así que no tenía más opción que aceptar que estaría unido a su mujer por el resto de su vida, aunque él seguiría soñando con Zahra. Quizá algún día...

Zahra y Musim dejaron a Fernando en casa de Ylena. Ya era tarde, y los tres estaban cansados.

Dimitra aconsejó a Fernando ir directamente al comedor donde el resto de los huéspedes, con Ylena a la cabecera de la mesa, aún estaban cenando.

Antes de entrar Fernando oyó la risa de Catalina y se sorprendió. Hacía muchos meses que no la escuchaba reír.

Ylena le recibió con agrado invitándole a sentarse a la mesa mientras mister Sanders y monsieur Baudin le preguntaban por su visita a El Cairo. Antes de responder Fernando no pudo por menos que fijarse en el doctor Naseef. El médico estaba sentado junto a Catalina.

—Nuestro querido doctor ha pasado a ver a Adela y ha aceptado compartir nuestra cena.

Fernando saludó al médico y ambos se midieron con la mirada; el español se preguntó por qué.

Durante un buen rato la conversación giró en torno a los tesoros de Egipto y, entre ellos, las pirámides, que Fernando había tenido el privilegio de ver de cerca. El coronel Sanders, en su condición de arqueólogo, les dio una lección sobre las dinastías de los faraones amén de explicarles con minuciosidad cómo se habían construido aquellas maravillas que reinaban sobre el desierto.

Catalina expresó el deseo de ir algún día a conocerlas y el doctor Naseef se ofreció a acompañarla cuando llegara el momento.

¿Qué había pasado en su ausencia? ¿O había sido antes, quizá durante los muchos días en que Adela había permanecido en el hospital? Fernando percibía una complicidad entre Catalina y el médico de la que no se había percatado hasta entonces. ¿Acaso Catalina estaba abandonando su obsesión por Marvin? En cuanto tuviera la oportunidad se lo preguntaría. Al fin y al cabo tenía derecho a saberlo, puesto que si estaba allí era por ella.

A la mañana siguiente fue Catalina quien le despertó con unos golpes suaves en la puerta. Fernando la encontró sonriendo y con Adela en los brazos.

—Quería verte antes de que te fueras, como sueles salir temprano...

—Pasa.

Fernando se sentó en el borde de la cama y ella en una silla junto a él.

—¡Voy a trabajar! ¡Estoy tan contenta!

—¿A trabajar? Pero ¿de qué?

—Daré clases de piano... para enseñar a unas crías pequeñas no se necesita mucha ciencia. Ha sido el doctor Naseef quien me lo ha propuesto... Bueno, en

realidad yo le dije que necesitaba ganarme la vida y comenté que sabía tocar el piano. Ayer vino para decirme que unos amigos tienen dos niñas y les gustaría que aprendieran a tocar. Les habló de mí y hoy me llevará a conocerlos. Espero que me den el visto bueno, ¿crees que lo harán?

Catalina estaba nerviosa y hablaba sin parar. Fernando sintió alivio al saber que el motivo de su alegría y de sus risas de la noche anterior se debía a la posibilidad de poder trabajar. Se reprochó haber desconfiado del doctor, aunque no pudo por menos de recordar la mirada de éste, que le pareció diferente.

—Me alegro por ti, pero ¿qué harás con Adela?

—Ylena dice que Dimitra puede hacerse cargo de ella mientras estoy un par de horas fuera. Ya sabes que Adela es muy buena y no suele llorar. Fernando, tengo que hacer algo... no puedo depender de la caridad...

—¿Caridad? ¿Cómo puedes decir eso? —respondió él molesto.

—Te debo tanto... también a Eulogio y al capitán Pereira, a Ylena, al doctor... Tengo tantas deudas...

—¿Deudas? A mí no me debes nada, tenlo claro.

—Pero no puedes mantenerme el resto de mi vida. De algo me tienen que servir las clases de piano de mi tía Petra, y mira que me aburrían...

—Bien, darás clases a unas niñas, ¿crees que será suficiente para mantenerte?

—El tono de voz de Fernando había pasado del asombro a la dureza.

—No, seguramente no... Pero al menos podré contribuir en algo...

Catalina se sentó en el borde de la cama y aunque sujetaba a Adela contra su cuerpo fue capaz de inclinar el cuerpo para intentar abrazar a Fernando. Él sintió un escalofrío y desplegó sus brazos en torno a la madre y a la hija, reuniéndolas en un abrazo.

—Sólo te tengo a ti, Fernando. Ojalá me hubiese enamorado de ti —admitió apesadumbrada.

Fernando se incorporó a la rutina de la editorial sin que Benjamin Wilson

mostrara el mínimo interés en que le informara sobre lo sucedido en El Cairo.

Era evidente que Zahra le había contado cuanto deseaba saber. En realidad, él no hubiese podido darle ninguna explicación porque su papel se había ceñido al de simple acompañante y seguía molesto por ello.

Le sorprendía la discreción de Athanasios Vryzas, incapaz de hacer la menor referencia a sus ausencias. Eso sí, le presionó para tener preparada la edición del poemario de Marvin para marzo y la traducción de los poemas de Omar Basir casi al mismo tiempo.

Cuando llegaba por la mañana al trabajo la primera persona que se encontraba era a Sara Rosent, que siempre le saludaba con afecto y se interesaba por la suerte de Catalina y su hija. Él solía preguntarle por Marvin y Farida con la esperanza de saber de Eulogio, pero Sara entristecía la mirada y aunque aseguraba que debían de estar bien, añadía que aún no tenía noticias precisas. El término «preciso» era lo que desconcertaba a Fernando, que tampoco se atrevía a presionarla para obtener más información. Lo cierto era que estaba preocupado por la suerte que hubiera podido correr su amigo. Se reprochaba no haber sido capaz de convencerle de que no se le había perdido nada en Francia.

La rutina no conseguía acomodarle a la situación en la que vivía. Se sentía atrapado en aquella ciudad cosmopolita que parecía una Torre de Babel. La única satisfacción que tenía era que Catalina y él estaban recuperando la confianza el uno en el otro. Le sorprendía que Catalina aceptara con resignación vivir en Alejandría. Desde que había comenzado a dar clases de piano parecía incluso satisfecha. En pocos días el doctor Naseef le consiguió tres alumnas más. No era mucho el dinero que obtenía de las clases, pero ella se sentía reconfortada de aportar algo para su manutención y la de su hija.

A Ylena se le ocurrió mandar afinar el viejo piano que dormitaba en un rincón del salón, sugiriendo que Catalina podría dar allí sus clases de manera que no tuviera que salir de casa.

No es que Fernando no estuviera de acuerdo con la propuesta de Ylena, pero le desazonaba sentir que se estaban estrechando las puertas de salida para buscar

el porvenir en otro lugar que no fuera Alejandría.

Buscaba refugio en el trabajo y solía llevarse a casa los poemas de Omar Basir que le daban más quebraderos de cabeza de lo que había esperado. En cuanto a Zahra, no la había vuelto a ver y eso también le desazonaba. No podía negar la atracción que sentía por ella, por más que se decía que seguía enamorado de Catalina.

También le pareció que el doctor Naseef sentía cierta atracción por Catalina. El médico había comenzado a visitar la casa de Ylena con asiduidad con el pretexto de comprobar la salud de Adela, aunque lo cierto era que siempre encontraba la ocasión para quedarse un buen rato y hablar con la joven.

Catalina parecía contenta con estas visitas y Fernando comprobó que cuando el médico llegaba, ella acudía a su cuarto a peinarse.

Ylena confiaba en el doctor y sabía que tenía en él a un buen amigo en caso de necesidad. Cuando Naseef aparecía poco antes de la hora de cenar explicando que acababa de salir del hospital y había ido a ver cómo estaba su pequeña paciente antes de ir a casa, Ylena le invitaba a cenar y él no se resistía y aceptaba de inmediato.

Una noche, después de que el doctor Naseef se hubiera marchado, Fernando acompañó a Catalina a su habitación como solía hacer para charlar un rato. Adela dormía en la cama y ellos se sentaban el uno junto al otro y hablaban en voz baja para no despertarla.

—¿Te gusta el doctor Naseef? —le preguntó.

Catalina se sonrojó y se movió nerviosa en la silla mirándole fijamente.

—Pero ¡cómo puedes pensar algo así! Sabes que estoy enamorada de Marvin y que ni hay ni habrá otro hombre en mi vida. El doctor Naseef se ha portado muy bien con nosotras, sin él Adela no habría salido adelante. Lo menos que puedo ser es amable con él —respondió molesta.

—Le sonríes de una manera... Se nota que te pones contenta cuando viene, y en cuanto a él... es evidente que le gustas, lo que no me extraña porque cada día estás más guapa.

—¡Qué cosas dices! Mira, Fernando, no veas lo que no hay y piensa en mi situación. Soy una mujer con una hija con la obligación de darle un padre, el suyo de verdad.

—Pero yo lo que te he preguntado es si te gusta, no he dicho que quieras casarte con él.

—¿Que si me gusta? Qué pregunta tan tonta... Es un hombre amable y bueno, es atractivo... pero ya te he dicho que le estoy muy agradecida por lo que ha hecho por Adela, y... bueno, acepto que me alegra que venga a vernos... tiene mucho sentido del humor...

—O sea te gusta pero te niegas a admitirlo —respondió él contrariado.

—¡No! No he dicho que me guste. ¡Por Dios, no saques conclusiones absurdas! Fernando, no quiero que hagas bromas con estas cosas.

—Te digo lo que veo —insistió él.

—Pues estás equivocado. No me hagas sentirme mal. Nada más lejos de mí que interesarme por ningún hombre. Te lo vengo repitiendo: en mi vida sólo cabe el padre de mi hija.

—Lo que no quita para que pudieras enamorarte de otro.

—¡Oye, ya está bien de tonterías! Te lo diré más claro: no me interesa el doctor Naseef.

Pero Fernando no se quedó convencido de que aquella afirmación tan rotunda de Catalina se correspondiera con la realidad. Sin duda ella seguía empeñada en Marvin pero eso no quitaba que sintiera atracción por Naseef, de la misma manera que él estaba enamorado de ella pero se sentía atraído por Zahra.

Así de complicada es el alma humana.

Madrid

Los días transcurrían iguales. Demasiado, pensaba la madre de Fernando mientras caminaba hacia la iglesia.

Hiciera frío o calor, don Bernardo insistía en mantener los sábados el rezo del rosario a las cinco en punto. Fue Isabel la que vio a doña Asunción y caminó hasta ponerse a su paso.

—Me alegro de verte, ¿cómo está tu marido?

—Sigue en el hospital, le está costando recuperarse de esta crisis.

Isabel no dijo nada. Sabía que cualquier palabra de consuelo piadoso estaría de más, puesto que Asunción era consciente de la gravedad de su marido.

—¿Necesitas que te eche una mano? —se ofreció.

—Te lo agradezco. Han venido a verle su hermano Andrés y su esposa, Amparo, ya les conoces.

—Mejor así, seguro que Ernesto agradece tener cerca a su hermano.

—Sí, aunque Andrés tampoco está bien... Ya sabes lo que le pasó durante la guerra.

—Lo sé, lo sé... Todos sufrimos mucho, Asunción, todos.

—Pero lo de Andrés... En fin, ver matar a su padre ante sus propios ojos y a su hijo Andresito... No, no lo va a superar nunca.

—Es difícil superar la muerte de los que nos arrebatan de manera injusta.

—Perdona, Isabel... no creas que no me hago cargo de lo que ha supuesto

para ti el fusilamiento de Lorenzo. Tu marido siempre fue un hombre ejemplar. No merecía acabar así.

—Ni él ni tantos otros. Y siguen fusilando, Asunción; parece que a los que mandan no se les apaga la sed de venganza contra quienes defendieron a la República.

—A la República unos y otros al comunismo, Isabel... Acuérdate cómo estaba España...

—Harta, así estaba España, harta de tanta injusticia. Por eso tanta gente se hizo comunista y anarquista, para defenderse de los poderosos, Asunción. Pero no discutamos por lo que pasó, ninguna de las dos tenemos poder sobre el pasado, aunque podemos quejarnos del presente y yo no perdono a quienes habiendo ganado la guerra siguen empeñados en hacer desaparecer a cuantos se les opusieron. Esas ejecuciones no dejan de ser asesinatos.

—¡Qué cosas dices! Mira, ya sabes lo mucho que te aprecio, así que prefiero no oírte decir estas cosas. Tú defiendes a tus muertos y yo a los míos.

—Pero las dos deberíamos coincidir en que no tendría que haber más muertos.

Guardaron silencio. Un silencio teñido de incomodidad. Se apreciaban, sí, pero entre ellas se alzaba la frontera insalvable de la guerra.

Llegaron a la iglesia y se sentaron juntas para el rezo del rosario. Don Bernardo parecía tener prisa porque tardaron menos que en otras ocasiones. Como siempre hacían después de rezar el rosario, acudieron a la sacristía para despedirse del cura.

—Hoy no tengo mucho tiempo, voy a merendar a casa de don Fidel Nogués. Os supongo enteradas de que Antoñito se casa con Mari Paz, la hija mayor de don Fidel. Sabéis quiénes son los Nogués... viven aquí cerca, en la calle Bailén... Tanto don Fidel como don Antonio quieren que asista a la pedida de Mari Paz. Hay que empezar a pensar en una fecha para la boda —les informó muy ufano don Bernardo.

—¿Mari Paz? Sí, claro que la conozco, es la mayor de los Nogués. Catalina y ella eran amigas... fueron juntas a las Teresianas... Pero yo había oído decir que

Antoñito bebía los vientos por Lolita, la hija de ese sastre que tiene una tienda en la Gran Vía. ¡Quién lo iba a decir! —exclamó sorprendida doña Asunción.

—Pobrecilla —acertó a decir Isabel.

—¡Qué dices! Menuda boda va a hacer. Don Fidel es un hombre de bien, aunque ha tenido mala suerte, en la guerra salió malherido en los ojos. Don Antonio es un hombre con posibles y don Fidel un abogado ilustre aunque casi no ejerza —respondió don Bernardo enfadado.

—Pero sin posibles —le interrumpió Isabel.

—Precisamente por eso es una buena boda para ambas familias, como lo habría sido que Catalina se hubiera casado con Antoñito. En esta vida no hay lugar para romanticismos infantiles sino para actuar con sensatez y cordura respetando las leyes de Dios —dijo el cura, mirando con severidad a las dos mujeres.

Doña Asunción se sentía incómoda, pero don Bernardo no parecía darse cuenta. Ella, al igual que Isabel, compadecía a la hija de Nogués lo mismo que había compadecido en secreto a su propia hija cuando su marido dispuso casarla con Antoñito. Emparentar con el tendero no era la idea que ella tenía de una buena boda.

—¿Y desde cuándo son novios? —quiso saber Isabel.

—Llevan hablando desde poco después de que se fuera Catalina. Es verdad que a Antoñito le gustaba Lolita, pero quien manda, manda, y don Antonio ha decidido que sea Mari Paz. Está como unas castañuelas y como es hombre generoso correrá con la mayor parte de los gastos de la boda —respondió ufano don Bernardo.

—¿Tan mal les va a los Nogués como para casar a su hija con Antoñito? —insistió Isabel.

—Pasan sus apuros, como todos. Ten en cuenta que don Fidel no puede trabajar tanto como quisiera. —Don Bernardo parecía encantado de la boda que se estaba fraguando.

—Me alegro por ellos, sólo queda desearles que sean felices —dijo doña

Asunción por decir algo.

—Qué oportunidad perdió tu Catalina... En fin... ¿y cuándo va a regresar a Madrid? ¿Continúa con tu hermana Petra? —quiso saber el cura.

—Sí... están en el campo... —A doña Asunción se le daba mal mentir.

—Pues debería regresar teniendo a su padre tan enfermo. Su primera obligación es para con el padre.

—Sí, claro... pero Ernesto prefiere que se quede allí... Ya sabe, padre, que no fue fácil romper el compromiso con Antoñito. Don Antonio no nos lo ha perdonado. Catalina no estaría cómoda encontrándose a Antoñito todos los días como quien dice.

—Catalina merece un buen correctivo. No será fácil que Dios la perdone por lo que hizo —respondió don Bernardo.

—¿Cree que Dios la va a castigar por haber roto su compromiso con Antoñito? Pues yo no lo creo. Dios tiene cosas más importantes de las que ocuparse que de una chica que no se quiera casar —replicó Isabel, que miraba de reojo cómo doña Asunción había enrojecido.

—¡Vas a decir tú de lo que se ocupa Dios! —replicó enfadado don Bernardo.

—Es que... bueno, yo creo que mi hija no se portó bien, pero no por eso Dios la va a condenar al Infierno —acertó a decir doña Asunción.

—¡Será posible lo que tengo que oír! Ahora me voy porque llego tarde, pero ya os veré en el confesionario...

Don Bernardo se fue, muy malhumorado. ¡Cómo se atrevían aquellas dos mujeres a cuestionar lo que pensaba Dios! ¡Si lo sabría él!

Doña Asunción se había puesto nerviosa. No estaba acostumbrada a discutirle nada a don Bernardo, y se reprochaba haberlo hecho pero le dolía que juzgara con tanta dureza a Catalina.

Isabel, por su parte, estaba irritada con el cura. Ella creía en Dios sin ninguna fisura, pero a veces, que Él la perdonara, se preguntaba si don Bernardo era un buen intérprete de los designios divinos.

—Me alegro de que Antoñito se case. Así don Antonio dejará de fastidiarnos

—comentó doña Asunción en voz baja.

—Don Antonio es un mal hombre, Asunción, y debes dar gracias a Dios de que Catalina no se haya casado con su hijo, que es tan retorcido como su padre —afirmó Isabel.

—A mí nunca me gustó esa boda... pero Ernesto consideró que era lo mejor para todos. Sabes que tenemos deudas con don Antonio...

—¿Y quién no? Todo el barrio le debe dinero, y él bien que se aprovecha.

—Pero a nosotros nos iba a perdonar lo que debíamos una vez que nuestros hijos se hubieran casado.

—Pues he de decirte que... —Isabel se calló. No quería herir a doña Asunción.

—Lo sé... sé que crees que hicimos mal comprometiendo a nuestra hija, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer?

—Don Antonio quiere comprar respetabilidad. Es lo que pretende ahora casando a Antoñito con Mari Paz Nogués —respondió Isabel con desprecio.

—El pobre Nogués se quedó viudo al poco de nacer Mari Paz, pero hay que reconocer que la educó bien. Nunca han dado que hablar —siguió comentando doña Asunción.

—Ahora sí que van a dar que hablar con esa boda. Ojalá tu hija se enterara de que Antoñito se casa. Seguro que se sentiría aliviada —afirmó Isabel.

—¿Y Piedad? ¿Cómo le va en el taller? —preguntó Asunción para cambiar de conversación.

—Trabaja muchas horas, pero al menos gana lo suficiente para comer.

—Nuestros hijos... no deberían haberse marchado, Isabel... Yo no hay día que no rece por Catalina y le pida a Dios que me la devuelva.

Isabel acompañó a doña Asunción un buen rato hasta llegar casi a las puertas del hospital y allí se despidieron. Se quedó unos segundos viendo cómo la mujer entraba cabizbaja mientras la envolvían las palabras de los que salían y llegaban. ¡Cuánto dolor!, se dijo. Cuánto dolor en los cuerpos y en las almas de los que habían sobrevivido a la guerra. No pudo dejar de sentir el suyo propio, aquel

dolor que le atenazaba la garganta hasta hacerla llorar de desesperación. La soledad se había convertido para ella en un peso insoportable. Nunca se lo reprocharía a su hijo, pero su ausencia la había vaciado por dentro y se preguntaba qué sentido tenía ya su vida.

El piso era pequeño pero suficiente para no sentirse agobiados. Una habitación con una cama de tamaño mediano, otra con dos camas individuales, un despacho con una mesa y un sofá, además del cuarto de baño y otra pieza que servía de cocina y comedor.

Monsieur Rosent estaba enfermo. Farida temía por su vida por más que Marvin le decía que el viejo editor resistiría. Eulogio opinaba lo mismo que Farida, pero no quería añadir angustia a su amigo. Bastante tenían con sobrevivir. Vichy no era un lugar seguro. Debían marcharse cuanto antes.

Jean Bonner acababa de examinar al anciano Rosent insistiendo en que debía beber un poco del caldo que había preparado Farida.

Bonner, médico de profesión, ya había entrado en la edad madura. Era un tipo bien parecido, un poco entrado en carnes, pero que conservaba el cabello negro sin apenas canas. Había estado enamorado de Sara pero nunca se había atrevido a decírselo. La esposa de Bonner había sido amiga íntima de Sara desde que ambas se conocieron en la escuela y habían permanecido unidas hasta el día en que Claudine murió. Él no podía dejar de acordarse de aquel día en el que en la habitación del hospital Sara tuvo una mano de Claudine entre las suyas hasta su último aliento.

Claudine le había pedido a Sara que cuidara de él, y ella puso todo su empeño en ayudarlo a salir de la negrura en que le había sumido la muerte de su esposa.

Al no haber tenido hijos, la soledad se le había antojado tan insoportable que sólo anhelaba morir. Pero Sara, con paciencia y dedicación, le ayudó a volver a saborear la vida hasta que un día él no pudo negar que se sentía atraído por ella. Aun así, no se atrevió a manifestar sus sentimientos a Sara. Podría haberse negado a que se siguieran viendo. La lealtad de Sara para con Claudine iba más allá de la muerte.

Y esa lealtad, esa amistad sincera que Sara le había regalado era lo que le había llevado a correr el riesgo de sacar de París a monsieur Rosent para llevarle hasta la Zona Libre.

Cuando los alemanes desfilaban en los Campos Elíseos, él huyó como tantos otros. Tenía una hermana casada con un médico, que trabajaba en el hospital de Vichy. Ella le animó a que se instalara con ellos. Ganaba menos dinero que en París, pero al menos mantenía la esperanza de que lo que quedaba de Francia no cayera en manos de los alemanes. Esperanza vana, porque no podía llevarse a engaños: el Gobierno de la Zona Libre era una marioneta en manos de Hitler.

Aun así, no había regresado a la capital. Alquiló un piso en la rue de Nîmes y al menos, se decía, no se sentía tan solo puesto que allí estaban su hermana y sus cuatro hijos.

—Estoy preocupado. Esta mañana me ha preguntado la señora del primer piso si tenía invitados. Le he respondido que sí, que ha venido a visitarme una vieja amiga. En realidad su curiosidad se debe a que ha visto entrar y salir a Farida con las bolsas de la compra. También le he dicho que tengo un par de amigos de París que están de paso.

—¿Y a qué se debe tanta curiosidad por parte de tu vecina? —quiso saber Farida.

—Supongo que porque hasta ahora no había visto a ninguna mujer entrar y salir de mi casa. Yo... espero que me disculpes, pero le he dado a entender que eras una amiga íntima... No se me ha ocurrido otra cosa para intentar aplacar su curiosidad.

—Has hecho bien —afirmó Farida sonriendo.

—Debemos irnos cuanto antes, pero monsieur Rosent no está en condiciones de viajar —intervino Marvin.

—Desde luego que no. Sería una locura. Pero debemos ser discretos o terminaremos en un campo de trabajo. Sobre todo temo lo que podría pasarle a monsieur Rosent; le enviarían a Alemania, que es donde deportan a los judíos. En cuanto a nosotros, ya os he hablado de la Organización Todt. Ese hombre, ese ingeniero nazi, Fritz Todt, necesita mano de obra para que en Alemania funcionen las fábricas. Los jóvenes alemanes están en el Frente, así que se llevan por las buenas o por las malas a cuantos hombres encuentran. Algunos de mis pacientes han sido llevados a la fuerza a Alemania —les explicó Jean Bonner.

—Procuraremos no hacernos demasiado visibles —respondió Marvin con una nota de angustia en la voz.

—Espero que con los medicamentos que he traído mejore la pulmonía, pero aunque así fuera, tardará en recuperarse, tiene muchos años —se lamentó el médico.

Ya era mediodía cuando Bonner salió. Era domingo y no tenía que ir al hospital. Esa tarde pensaba reunirse con un amigo en el que confiaba. En realidad era su amigo el que se había puesto en contacto con él. Armand Martín padecía de asma y él le trataba. Habían fraguado una buena amistad.

A Armand Martín le llamaban «el Español». Aunque era un hombre más bien discreto que no daba que hablar, se decía que era de origen español, aunque había crecido en Vichy. Bonner desconocía sus simpatías políticas. Nunca habían hablado de política, en aquellos días en Francia todos lo evitaban. Sólo compartían confidencias con quienes uno estaba seguro de que no le traicionarían. Se rumoreaba que Armand Martín había ayudado a muchos republicanos que habían escapado de España al término de la Guerra Civil. También que había pagado sus pasajes con destino a América. Pero más allá de los rumores, de lo que no había dudas era de que Armand Martín poseía una considerable fortuna, no sólo porque tenía una empresa de transportes, sino también porque se sabía que era coleccionista de obras de arte. Pero Bonner no

pensaba en la fortuna de Armand Martín, lo que le preocupaba era que algún vecino fuera a la prefectura para denunciar que tenía en su casa a varios forasteros. Las delaciones eran habituales. No temía tanto por él sino sobre todo por monsieur Rosent. Sara confiaba en que él sería capaz de cuidar y proteger a su padre. No hacerlo supondría fallarle y aunque la sabía casada y que era difícil que se volvieran a encontrar, no dejaba de soñar con ella.

—¿No creéis excesiva la preocupación de Bonner? —preguntó Marvin, deseoso de que le tranquilizaran.

—No se le puede reprochar nada. Bastante ha hecho sacando de París al padre de Sara —le respondió Eulogio.

—Es muy valiente —admitió Farida.

—Creo que ha sido una locura venir aquí. Si nos pillan los de la Organización Todt son capaces de enviarnos a trabajar a Alemania —se lamentó Eulogio.

—¡No seas agorero! —le reprochó Marvin.

—Sabes que tengo razón. Bonner se la está jugando y nosotros también. Benjamin Wilson sabía que nos enviaba a la boca del lobo. Ese hombre juega al ajedrez moviendo y sacrificando peones sin que le importe perderlos —afirmó Eulogio.

Marvin se encaró con él. Sabía que Farida apreciaba a Wilson y que estaría dolida por el comentario de Eulogio.

—Benjamin Wilson no nos obligó a venir aquí. Fui yo quien decidí venir y te agradezco que nos acompañases; te pedí que lo hicieras, pero en cualquier caso Farida y yo habríamos venido. Yo no sería poeta sin el señor Rosent. Lo menos que le debo es intentar ayudarlo. Él me ayudó en otros tiempos. Lo mismo que tú.

Eulogio vio la decepción reflejada en el rostro del americano. No quería defraudar a Marvin, pero tampoco cometer la deslealtad de no decirle de frente lo que estaba pensando.

—Marvin, comprendo que quieras ayudar al señor Rosent, pero ¿seremos capaces de hacerlo? Ninguno de los tres conocemos suficientemente bien el país

como para ir de un lado a otro. Quizá el señor Wilson podría haber encontrado a alguien más avezado que nosotros en estos asuntos. Y menos mal que Jean Bonner es un buen hombre y parece que sabe lo que hace.

—Si Benjamin nos permitió venir fue porque no tenía a nadie que lo pudiera hacer mejor. No pienses que es un desaprensivo, Eulogio, te aseguro que es un hombre íntegro —intervino Farida.

—No dudo de su integridad pero sí de su buen juicio al aceptar que viniéramos. Tampoco quiero que vosotros dudéis de mi compromiso en hacer todo lo posible para que salgamos bien de esta situación. No me importa jugarme la vida —aseguró Eulogio.

—¡Pues claro que te importa! ¿Cómo no te va a importar? De lo contrario serías tonto. A mí sí me importa, pero hay ocasiones en las que uno no tiene más opción que enfrentarse a la muerte. Marvin tiene una deuda de gratitud con el señor Rosent y para estar bien consigo mismo tiene que ayudarlo —le respondió Farida.

—No quiero que os enfadéis —les pidió Eulogio, preocupado porque sus amigos juzgaran sus temores como una falta de lealtad.

Jean Bonner llamó a la puerta del hermoso chalet, cercano al parque Napoleón, en que vivía Armand Martín. Una mujer de mediana edad, vestida de negro, le abrió la puerta. Era el ama de llaves. Madame Florit le sonrió con afabilidad invitándole a pasar.

—Monsieur Martín le espera en su despacho. Hoy parece estar un poco mejor —dijo, y le acompañó hasta una pequeña estancia situada en la planta baja cuyos ventanales daban a un jardín bien cuidado.

Armand Martín estaba trabajando detrás de una enorme mesa de caoba cuya superficie estaba oculta por varias carpetas y papeles.

Los dos amigos se estrecharon la mano y monsieur Martín le pidió al ama de llaves que les llevara café. Mientras regresaba madame Florit, Armand Martín sirvió un par de copas de coñac.

—Ni el mismísimo Napoleón degustó un coñac como éste —le dijo a Bonner, tendiéndole la copa.

Luego de paladear un buen sorbo, Armand Martín fue directamente al motivo del encuentro:

—No te he pedido que vengas por mi asma. Ya ves que no estoy peor. Tampoco te haré perder el tiempo dándole vueltas a lo que tengo que decirte. Sé que tienes unos invitados especiales en tu piso y que debes trasladarlos cuanto antes. En Vichy no están seguros.

Las palabras de Armand Martín sorprendieron y turbaron a Bonner. No supo qué responder.

—Comprendo tu estupor, Jean, pero no hay tiempo que perder.

—No sé de qué me hablas... —acertó a decir Bonner.

—Claro que lo sabes. Escondes en tu casa a un judío francés, monsieur Rosent, a un norteamericano llamado Marvin Brian, a un español de nombre Eulogio Jiménez y a una ciudadana egipcia llamada Farida Rahman. Tu esposa Claudine era amiga de Sara, la hija de monsieur Rosent. Y, una vez fallecida, tú continuaste la amistad con Sara Rosent. Ahora ella se ha convertido en Sara Wilson puesto que está casada con un británico asentado en Alejandría. ¿Hace falta que te diga más?

Bonner se puso tenso. No sabía si negar cuanto estaba escuchando o admitirlo. Se sentía atrapado.

En aquel momento entró madame Florit con una bandeja en la que traía una cafetera y dos tazas.

Fue diligente sirviendo el café y salió de inmediato dejando a los dos hombres solos.

—Siento haberme manifestado con tanta brusquedad, pero si te he hecho venir esta tarde es por la urgencia de la situación. Tengo amigos, Jean, amigos en muchas partes. Amigos que me deben favores, amigos a los que se los debo yo. Y a través de uno de ellos he sabido de tus huéspedes y de la necesidad de sacarlos de Vichy. Ese amigo mío es a su vez amigo del señor Wilson, el esposo

de tu amiga Sara. Te ayudaré, Jean. Te ayudaré. Tú solo no puedes abordar el problema. ¿Cómo pensabas sacarlos de Vichy?

Jean Bonner decidió que no tenía otra opción que admitir la verdad.

—Sara Rosent era la mejor amiga de Claudine. Tengo una deuda de gratitud con ella. Cuidó de mi esposa hasta el final; de hecho, murió con una de sus manos entre las mías y la otra en las de Sara.

—Ser agradecido te honra. Pero creo que Wilson debería haber sido paciente y esperar a encontrar a alguien más avezado para rescatar al padre de su mujer. Tú solo no puedes. Wilson recurrió a ti con cierta precipitación por la urgencia de salvar a su suegro, pero es consciente de que esto es demasiado para ti por más buena voluntad que pongas.

—No comprendo el alcance de esta conversación —admitió Bonner, tan incómodo como preocupado.

—El señor Wilson conoce gente a la que yo también conozco. Cuando ha podido ponerse en contacto con ellos les ha encargado que te sustituyan en la operación destinada a sacar a su suegro de Francia. Esos conocidos del señor Wilson se han puesto en contacto conmigo; ésa es la razón de que te haya pedido que vinieras a visitarme.

Jean Bonnard no supo qué decir. Clavó su mirada en la de Armand Martín y de repente vio a un hombre diferente al que creía conocer. Su paciente asmático con el que había trabado amistad de pronto le parecía una persona distinta. Su mandíbula reflejaba la determinación de un hombre de los que nunca dan un paso atrás. El brillo de sus ojos le pareció de la textura del hielo, denotando que podía ser peligroso enfrentarse a él. Reparó en sus manos; sí, nunca se había fijado con detenimiento en aquellas manos fuertes y rotundas, las manos de un luchador, de alguien acostumbrado a usar la fuerza.

—Comprendo tu desconcierto e incluso que desconfíes de mí. En estos tiempos nadie sabe quién es quién, y menos en una ciudad como Vichy. En fin, dadas las circunstancias tengo que ser franco contigo. Voy a ayudarte. Me haré cargo del señor Rosent y de esos amigos tuyos. Le sacaremos de Vichy en uno

de mis camiones. Una posibilidad sería llevarle directamente a Niza y de allí pasar la frontera con Italia. Es una frontera más porosa. Pero no hay tiempo, de manera que mañana mismo trasladaremos a tus amigos hasta Lyon y desde allí hasta Suiza. La frontera está cerca. El viaje a Lyon no será cómodo, irán en un camión cargado de muebles, pero el trayecto no es demasiado largo, tres horas y media o cuatro, de manera que no serán muchos los inconvenientes.

—¿Y allí qué van a hacer? No conocen a nadie; además, el señor Rosent está muy enfermo. Pulmonía. No creo que tenga fuerzas para afrontar un viaje aunque sea corto. Como médico no lo puedo permitir.

—Pues tendrás que hacerlo. El dilema es que se muera por el camino o que le deporten a Alemania. ¿Crees que monsieur Rosent podría sobrevivir en un campo de trabajo? Estamos en guerra, mi querido Jean, y las alternativas son pocas. En la mayoría de las ocasiones se trata de dónde y cómo morir más que de cómo sobrevivir.

—No puedo abandonarlos a su suerte en Lyon.

—Y no los abandonarás. Tendrás que confiar en mí. Se alojarán durante unos días en la casa de personas de mi confianza. Luego los trasladarán a la frontera.

—¿Quiénes son esas personas que los acogerán en Lyon? —quiso saber Bonner.

—Eso no te lo diré. Cuanto menos sepas, más seguro estarás.

—¡No se trata de mi seguridad, sino de la de monsieur Rosent! —protestó Bonner.

—La seguridad de monsieur Rosent depende de la tuya. Es judío, no se te olvide. Y para los alemanes ser judío es lo peor que se puede ser hoy en día.

—Y, al parecer, también para los franceses —respondió Bonner con acritud.

—Sí, también para una inmensa mayoría de los franceses, para qué negarlo.

Pero lo que Jean Bonner no comprendía era por qué Armand Martín se iba a arriesgar por unas personas a las que no conocía. Dudaba en preguntárselo, y si lo hizo fue porque quería estar seguro de que el padre de Sara estaría en buenas manos.

—¿Por qué haces esto, Armand?

Armand Martín se volvió a llenar la copa de coñac. No deseaba seguir bebiendo, pero el gesto le permitía adecuar la respuesta a la inquietud de su amigo.

—No te voy a engañar haciéndome pasar por un buen hombre. No creo ser peor que otros, pero tampoco un santo. Benjamin Wilson se dedica a buscar personas, en ocasiones hemos colaborado con resultados satisfactorios para ambos. Él tiene su negocio y yo el mío.

—Estás equivocado, Wilson es editor y además tiene dos prestigiosas librerías, una en Londres y otra en Alejandría —afirmó Bonner con convicción.

—Desde luego que lo es, pero no sólo eso. Ya te he dicho que busca personas, también información. Pero no acepta encargos de cualquiera, tiene su propio código ético. En cuanto a mí... soy lo que ves, quien crees que conoces, un hombre de negocios que se dedica al transporte. Pero al igual que el marido de tu querida Sara, hago otras cosas... Yo también tengo mi propio código.

—¿Y en qué consiste tu código, Armand? —se atrevió a preguntar Bonner.

—En que yo decido contestando tres preguntas: con quién, por qué y para qué. Se quedaron en silencio: Jean Bonner desconcertado y Armand Martín indiferente al desconcierto de su médico y amigo.

—Tengo que hablar con Sara —concluyó Bonner.

—Yo que tú no la llamarías. Lo único que conseguirás es angustiarla. Ella confía en su esposo y en ti. Está convencida de que su padre está a salvo, no hay por qué preocuparla con detalles.

—Pero necesito saber si... —Bonner se calló de repente.

—Necesitas saber si te puedes fiar de mí. —Armand había expresado en voz alta la duda del médico.

—No... no es eso.

—Claro que lo es, y te comprendo. Pero estamos en guerra y el juego es todo o nada. No puedo obligarte a confiar en mí. Tú decides, pero debes hacerlo antes de irte. Tengo todo preparado para el traslado de monsieur Rosent y tus amigos.

O aceptas ahora o no habrá segunda oportunidad.

Jean Bonner sintió que un sudor frío le recorría la espalda. No se había sentido más indefenso desde el día en que murió su esposa. Miró fijamente a los ojos del Español y sintió vértigo.

—No parece que tenga otra opción —acertó a musitar Bonner.

Armand Martín se encogió de hombros. Comprendía la incertidumbre de su médico, pero no podía permitirse dedicar más tiempo a vencer sus reticencias.

—Bien... ¿cuál es el plan? —preguntó Bonner.

—A las ocho de la mañana se parará un camión en la puerta de tu casa. Subirán dos hombres a tu piso. Monsieur Rosent deberá estirarse sobre la alfombra de tu salón que enrollarán sobre su cuerpo para bajarle hasta el camión.

—¡Estás loco! —gritó Bonner.

—No, no lo estoy. Sé que llevaste a monsieur Rosent a tu casa una noche y que te aseguraste de que nadie le viera entrar en el portal. De manera que nadie sabe que tienes a un judío en tu casa. Bueno, aunque eso no es exacto; lo sé yo y puede que alguien más. Reconozco que has actuado con inteligencia dejando que tus vecinos vieran a Farida Rahman, así creen que tienes una amante. En cuanto al americano y al español... lo mejor es que se vayan de tu casa esta misma noche. Irán a uno de mis garajes, allí se encontrarán con uno de mis hombres. Esperarán a que por la mañana regrese el camión con la alfombra...

—¿Y Farida?

—Farida saldrá poco después de que se lleven a monsieur Rosent. Que camine despacio. Alguien se acercará a ella y la llevará hasta el garaje. Desde allí viajarán hasta Lyon. ¿Tienes alguna duda?

—Perdona, Armand, pero todo esto me parece un disparate... Sacar de mi casa a un anciano envuelto en una alfombra... Está muy enfermo... —protestó Bonner.

—Sí, lo sé, es muy anciano, está muy enfermo y es judío.

El plan de Armand Martín habría resultado de no ser porque monsieur Rosent empeoró.

El camión los dejó en la rue Des 3 Maries en el *Vieux Lyon*, cerca de la catedral de Saint-Jean.

Nadie pareció prestarles atención cuando Marvin y Eulogio bajaron del camión seguidos por los dos transportistas que llevaban a monsieur Rosent enrollado en la alfombra. Farida había bajado unos metros antes y los esperaba en el portal.

Subieron las escaleras hasta llegar al primer piso y de repente se abrió una puerta dejando entrever la figura de un hombre.

—Pasen... pasen... no se entretengan —dijo una voz templada.

Farida entró la primera seguida por los dos hombres de Armand Martín, que depositaron su carga sobre el sofá del salón. La casa parecía una gran biblioteca. No había una sola pared sin estantes rebosantes de libros, también había libros amontonados en el suelo de lo que parecía ser el salón.

—Tengo preparada una habitación para monsieur Rosent. Espero que esté cómodo. En cuanto a ustedes... nos arreglaremos. En la habitación de invitados pueden dormir la señora y... ¿el señor Brian? En cuanto a usted... si no le importa, hay un sofá en la habitación que está junto a la cocina... Mis amigos dicen que no es demasiado incómodo...

—Le agradecemos su hospitalidad —respondió Farida, tendiéndole la mano.

—¡Ah!, no me he presentado. Discúlpenme. Soy Anatole Lombard.

A Marvin le gustó el apretón firme de la mano de aquel hombre. Farida observó a Eulogio; un aire de inquietud cubría su rostro.

En realidad Jean Bonner no les había explicado quién era el hombre que los iba a acoger ni por cuánto tiempo. Sólo les dijo que Benjamin Wilson había dispuesto que fueran a Lyon porque desde allí sería más fácil trasladarlos a la frontera con Suiza. A pesar del mal estado en que se encontraba monsieur Rosent, ni Marvin ni Farida discutieron la decisión. Confiaban por completo en Wilson.

La casa estaba en penumbra. Tenía las ventanas cerradas y unas gruesas cortinas apenas filtraban la luz.

Anatole Lombard les dio tiempo para acomodarse mientras él preparaba café. Debía de tener unos cuarenta años. Vestía con elegancia informal. Delgado, de tez blanca, cabello trigueño y unas manos delicadas, casi femeninas; la mirada clara y ademanes tranquilos. Farida les dijo a Marvin y a Eulogio que Anatole era «demasiado guapo».

Monsieur Rosent parecía haber perdido el conocimiento a causa de la fiebre. Temblaba. Farida preparó una inyección. Jean Bonner los había surtido de medicamentos. Colocó un paño con agua tibia en la frente del anciano y se sentó a su lado.

—¿Está muy mal? —preguntó Anatole Lombard.

—Sí, tiene pulmonía y considerando su avanzada edad, está muy débil.

—Tengo un amigo que trabaja en el hospital, le pediré que venga en cuanto pueda.

Se quedaron un buen rato expectantes hasta que el anciano empezó a respirar con más calma.

Dejaron la puerta del cuarto abierta y se volvieron al salón. Marvin y Eulogio aguardaban preocupados.

—Creo que el viaje le ha empeorado —afirmó Farida.

—Pero ¿vivirá? Tiene que hacerlo —dijo Marvin con un tono de desesperación en la voz.

—No lo sé, le cuesta respirar... Le he puesto la inyección que me dijo Bonner.

—Siento por lo que están pasando —los interrumpió Anatole Lombard—; no es consuelo, pero las guerras dejan un reguero de víctimas más allá del Frente. Yo tengo que marcharme. Les habrán informado de que soy profesor, doy clases en un liceo. Mis alumnos me esperan, regresaré a media tarde. No puedo hacerlo antes. En la cocina hay comida y... bueno, dispongan de mi casa como crean conveniente. Pero debemos ser prudentes. Es mejor que no se asomen a las ventanas y que procuren pasar inadvertidos. Ya me he encargado de decir a algún

vecino que esperaba la visita de unos amigos. Pero en estos tiempos uno no se puede fiar de nadie.

»En fin, creo que les vendrá bien descansar. Y como decía, esta tarde traeré a un médico para que eche un vistazo a monsieur Rosent. Y ahora, si me disculpan...

Eulogio se ofreció a cuidar al anciano Rosent mientras Farida y Marvin descansaban un rato. Luego fue ella quien le relevó.

No se atrevieron siquiera a coger alguna de las manzanas bien apiladas sobre un frutero. Anatole les había dicho que comieran, pero Farida consideró que debían esperar el regreso de su anfitrión y que fuera él quien dispusiera. Siguiendo su recomendación, tampoco salieron a la calle. Era mejor esperar a que Anatole les explicara cómo estaba la situación en Lyon.

Pasadas las siete, Anatole regresó acompañado de un hombre al que presentó como doctor Girard.

El médico leyó con detenimiento el informe del doctor Bonner que le entregó Farida y luego entró en la habitación para examinar meticulosamente a monsieur Rosent, que respiraba con dificultad.

Cuando terminó de examinarle, salió de la habitación seguido de Farida y les anunció que no creía que el anciano pudiera sobrevivir.

—Tiene mucha fiebre y el aire no le llega a los pulmones. La medicación que le están dando es la correcta, pero deberían llevarle al hospital. Aun así, siento decirles que no creo que pueda aguantar mucho tiempo.

—¡Pero tiene que vivir! —exclamó Marvin angustiado.

El doctor Girard se encogió de hombros. Farida tomó las manos de Marvin entre las suyas. Girard se dio cuenta de que el joven americano se calmaba con el solo contacto de aquella mujer hermosa.

—¿Crees que sería peligroso llevarle al hospital? —preguntó Anatole al médico.

—Evidentemente... Ya sabes lo que viene sucediendo con los judíos... y, según me has dicho, monsieur Rosent ha huido de París... Sin duda es un

riesgo... pero también lo es que no reciba la atención médica que necesita. Yo puedo venir a verle todos los días, y traer otras medicinas que complementen las que está tomando, pero no será suficiente —respondió el doctor Girard.

—¿Está diciendo que, hagamos lo que hagamos, monsieur Rosent morirá? —preguntó Eulogio.

El doctor Girard volvió a encogerse de hombros mientras miraba con curiosidad al español, que hasta entonces había quedado fuera de su foco de atención.

—En mi opinión, ya no se puede hacer mucho salvo aliviar su sufrimiento, aunque insisto en que en un hospital podría recibir mejor atención y quién sabe si podría mejorar... Como médico he visto de todo, a personas que creemos que van a morir y sobreviven y a otras que estamos seguros de que vivirán y sin embargo mueren. La vida está en manos de Dios, y nosotros sólo somos hombres.

Las palabras del doctor Girard sorprendieron a Eulogio.

—Dios no tiene nada que ver con la pulmonía —dijo con cierto enfado.

—Desde luego que no —respondió el médico con voz tranquila.

—Entonces...

Pero Girard no le permitió continuar. No estaba allí para discutir con aquel hombre sino para tratar de ayudar al anciano.

—En fin, ustedes deciden si corren el riesgo de llevarle al hospital o si se queda aquí. En cualquier caso, me tienen a su disposición. Les aseguro que haré cuanto esté en mi mano para ayudarle.

—¿Cree que está en condiciones de viajar? —preguntó Marvin.

—¿Viajar? No, claro que no. Ya ha sido una temeridad que le hayan traído desde Vichy. Viajar ¿adónde? —quiso saber el doctor Girard.

Eulogio y Marvin se miraron preguntándose si debían dar una respuesta al médico. Fue Anatole el que decidió por ellos, y con su voz templada respondió:

—A Suiza, la idea es llevarle a Suiza. Hay un paso que hemos utilizado con éxito un par de veces. No es seguro, pero hoy por hoy ninguno lo es.

—Creo que ahora no está en condiciones de moverle. Al menos deberían esperar unos días. Es evidente que si logran llevarle a Suiza, allí podrá recibir un tratamiento adecuado, pero dudo que ahora soporte el traslado. No puede andar y la fiebre le hace delirar. No, de ninguna de las maneras, levantarlo de la cama sería condenarlo a morir —afirmó el doctor.

—Tampoco podemos quedarnos mucho tiempo. Pondríamos en peligro a Anatole —intervino Farida.

—¡Oh, no se preocupe! Yo me considero un combatiente aunque no pelee en el Frente. Ayudar a monsieur Rosent es mi manera de combatir. Pueden quedarse el tiempo que sea necesario —aseguró Anatole.

—Bien, entonces no hay mucho más que decir. Volveré mañana antes de ir al hospital. Si empeora... Anatole, no dudes en llamarme. Vendré enseguida.

Cuando el doctor Girard se hubo ido, el profesor les dijo que iba a hacer la cena. Eulogio se ofreció a ayudarlo aunque confesó que jamás había cocinado.

Farida y Marvin se ocuparon de monsieur Rosent. El anciano estaba bañado en sudor a causa de la fiebre y Farida le desnudó para asearlo pasándole una esponja humedecida en agua tibia. A continuación, cambió las sábanas mientras Marvin le sostenía en brazos, lo que no le suponía gran esfuerzo porque monsieur Rosent se había ido encogiendo como si volviera a la niñez y su delgadez era extrema.

Eulogio entró en la habitación con una taza de caldo. Tanto Bonner antes como el doctor Girard después habían insistido en que debían darle a beber muchos líquidos, y aunque monsieur Rosent se resistía, Farida no se rendía en el empeño. Así que le hizo ir bebiendo a pequeños sorbos el caldo enriquecido con una yema de huevo.

Los tranquilizó comprobar que al poco tiempo la respiración del anciano parecía relajarse y se iba sumiendo en un sueño menos agitado.

Mientras tanto, Eulogio ya había puesto la mesa siguiendo las indicaciones de Anatole, que además del caldo había cocinado huevos revueltos y una ensalada.

Cenaron con apetito. Llevaban muchas horas sin comer y estaban cansados.

Anatole procuró distraerlos hablándoles de Lyon y de su trabajo en el liceo. Daba clases de literatura francesa y se le notaba que le apasionaba tanto la enseñanza como la asignatura. Eulogio le escuchaba con atención, parecía más interesado que Marvin y Farida en todo lo que contaba el profesor. Pero en cuanto terminaron de cenar acabó la tregua. Marvin fue a la habitación donde descansaba monsieur Rosent, mientras Eulogio y Farida ayudaban a Anatole a llevar los platos a la cocina.

A Marvin le tranquilizó comprobar que Rosent dormía; su respiración era lenta, pero al menos parecía descansar.

Anatole les sugirió tomar una taza de café. Tenían que decidir qué querían hacer.

—Creo que estáis demasiado cansados para adoptar ninguna decisión. Os vendrá bien dormir esta noche —les aconsejó.

—Jean Bonner nos dijo que nos informaría sobre la ruta de escape —dijo Marvin.

—En realidad no soy yo quien sabe los detalles. De eso se encarga un amigo. Él será quien os lleve a la frontera. Allí os esperarán y os intentarán pasar a Suiza. La frontera no está lejos. En poco más de un hora podríais llegar. Lo difícil es pasarla.

—¿Tú no vendrás? —preguntó Eulogio.

—No, ésa no es mi función —respondió Anatole.

—¿Formas parte de un grupo? —Eulogio le sorprendió con su pregunta.

—Podría decirse así... —Pero el profesor no fue más explícito.

—¿Y el doctor Girard? —insistió el español.

—El doctor Girard es católico.

—Eso no es una respuesta.

—Pues sí... aquí en Lyon, sí. En realidad, en Francia te encontrarás con dos tipos de gente: los que prefieren ignorar lo que sucede, que son la mayoría, y unos pocos que preferimos intentar hacer algo. Unos por convicciones morales, otros por ideología, otros... En fin... cada cual tiene sus razones. Las razones

del doctor Girard son de índole religiosa —concluyó Anatole.

—¿Y cuáles son las tuyas? —preguntó Eulogio con cierta brusquedad.

—Tenía un amigo... un amigo muy especial para mí... Crecimos juntos. Es judío. Le deportaron a Alemania, no sé a qué campo, ni siquiera sé si todavía vive. Ésa es una razón de por qué combato a los alemanes. La razón más personal. Tengo otras, claro está.

—¿Qué crees que debemos hacer? —preguntó Marvin.

—Descansar unos días. Monsieur Rosent no está en condiciones de ir a ninguna parte. Me pondré en contacto con la persona que os tiene que llevar a la frontera. Supongo que podrá retrasar unas jornadas vuestro traslado. Si dice que no es posible, entonces... bueno, tendréis que ir. No es fácil pasar gente de un lado a otro, y los que lo hacen se juegan la vida. En realidad no son muchas las ocasiones en que se consigue pasar a Suiza. Supongo que eso lo sabéis.

—Desde luego —asintió Farida.

—Entonces os propongo que descanséis esta noche. Mañana me veré con el contacto y en cuanto sepa algo os lo diré. Mientras tanto, lo mejor es que no salgáis de aquí. Puede resultar claustrofóbico, pero es mejor no llamar la atención.

Farida y Marvin se fueron a dormir. Eulogio iba a hacerlo, pero vio que Anatole se quedaba en la cocina fregando los platos de la cena y se ofreció a ayudarlo. Estuvieron un buen rato dejando en orden la cocina y el salón. No necesitaron palabras para sentirse cómodos el uno con el otro.

De madrugada monsieur Rosent comenzó a toser. Farida corrió a su habitación. El anciano se había despertado y se movía muy agitado, como si se ahogase. Preparó otra inyección mientras Marvin intentaba que el enfermo bebiera unos sorbos de agua.

Eulogio también se despertó y acudió preocupado. Acompañaron un buen rato a monsieur Rosent hasta que empezó a adormilarse.

Marvin insistió a Farida y a Eulogio para que se fueran a dormir. Aún era temprano, las cinco de la madrugada, pero Farida prefirió quedarse.

Después, Eulogio ya no pudo conciliar el sueño y le asaltó el recuerdo de su madre. Se preguntó si ella también pensaría en él. Sabía la respuesta. Su madre le querría siempre, hiciera lo que hiciera, a pesar del dolor que le había infligido. Sintió que la añoraba. Incluso añoraba el pequeño espacio del que disponía en la buhardilla donde malvivían por culpa de don Antonio. Sólo de pensar en aquel miserable sintió odio. El tendero se había aprovechado de su madre y él no había sabido defenderla.

Tendría que haberle matado lo mismo que Fernando había matado a los asesinos de su padre. Pero él había huido porque carecía del valor para afrontar la vergüenza de saber que su madre se había puesto en manos de aquel canalla para protegerle a él, para paliar la venganza implacable de los vencedores.

Cerró con fuerza los párpados a ver si ahuyentaba la imagen de su madre, pero ella parecía empeñada en no marcharse. Le miraba con tristeza, pero no derrotada. Ésa era la diferencia entre su madre y él. Piedad se había sacrificado dejándose vejar por don Antonio, pero no la habían derrotado porque su honor estaba más allá de su carne.

Intentó dejar de pensar en su madre pensando en Fernando y en Catalina. No podía dejar de sentir lástima por el amor empecinado que su amigo profesaba a aquella muchacha. Ella no lo merecía. Le dolía que Fernando estuviera atrapado en una pasión inútil.

Pero también decidió desechar aquel pensamiento que tanto le incomodaba. No habían sido pocas las ocasiones en que Fernando le reprochó que si no le entendía era porque nunca se había enamorado. También los amigos del barrio le agriaban el humor cada vez que le preguntaban por qué no se echaba una novia. Sí, ¿por qué nunca se había interesado por ninguna mujer? Sintió que el dolor y la rabia le encogían el estómago y decidió levantarse. El insomnio arrastra fantasmas indeseados. Se levantó y se fue al salón. De uno de los estantes cogió un libro sin mirarlo. Cuando lo abrió, sonrió. Su padre había traducido al español aquel libro, *Cartas filosóficas*, y él era un adolescente cuando se lo dio a leer. En realidad su padre nunca le había prohibido la lectura de ningún libro.

Gracias a su padre había logrado dominar el francés para leer todos aquellos tesoros de la literatura gala que traducía. Se quedó adormilado releyendo aquellas *Cartas filosóficas* de Voltaire. Y así le encontró Anatole cuando entró en el salón al poco de despertarse.

—¿No puedes dormir? —le preguntó.

—Monsieur Rosent ha pasado una mala noche. No hemos podido dormir mucho. Yo me desvelé.

Anatole miró con curiosidad el libro que Eulogio tenía en las manos y sonrió.

—¿Te interesa Voltaire? ¿Lo puedes leer sin problemas en francés?

—Sí... mi padre era traductor. Trabajaba en una editorial. Traducía las obras de los grandes autores de la literatura francesa. Me ayudó a mejorar el francés que me enseñaban en el instituto... Creo que no lo hablo mal del todo... tú dirás...

—Desde luego que hablas mi idioma con corrección y buen acento. Pero una cosa es hablar y otra leer, sobre todo cuando se trata de obras tan densas como las de Voltaire. Te confieso que me ha sorprendido que vosotros tres habléis con tanta soltura el francés. Marvin tiene un ligero acento, Farida menos y tú casi podrías pasar por uno de aquí.

—Marvin es poeta, ha vivido en París, y Farida... bueno, Farida es políglota, como casi todos los alejandrinos.

—Bien... no me cuentes más, cuanto menos sepa de vosotros mejor para todos.

—¿Por qué?

—Porque si me detienen no tendré nada que decir.

—Ayer no quisiste revelarnos por qué haces esto...

—En realidad sí os lo dije. Detuvieron a mi mejor amigo, crecimos juntos.

—¿Es profesor como tú? —quiso saber Eulogio.

—No... A él no le gustaba demasiado estudiar, pero tiene una gran habilidad manual... se dedicó a la mecánica.

—¿Dónde se lo han llevado?

—A los judíos los deportan a campos de trabajo a Alemania... o eso dicen. No he vuelto a saber nada de él. Lo he intentado a través de la Cruz Roja, pero no he tenido noticias.

—¿Y es lo que harán si nos detienen, mandarnos a un campo de trabajo?

—A monsieur Rosent sin dudarlo. Es judío como Saúl.

—¿Saúl?

—Mi amigo...

—Ya... ¿Y a nosotros?

—Pues nos detendrían y nos torturarían para saber quiénes forman parte del grupo con el que colaboro.

—Nosotros no sabemos nada —replicó Eulogio.

—Me conocéis a mí, al doctor Girard.

—No diríamos nada.

Anatole sonrió con desgana. Veía una cierta inocencia en los ojos de Eulogio.

—¿Alguna vez te han torturado? —le preguntó.

—No...

—Entonces ¿cómo puedes afirmar que no dirías nada? Ninguno de nosotros somos capaces de saber cómo reaccionaríamos a la tortura. Y no se puede culpar a nadie si habla. Pero ya está bien de charla. Se está haciendo tarde. Voy a preparar café. No suelo desayunar nada más, pero hay pan y galletas.

—Tomaré un café.

Desayunaron en silencio. Al terminar, Anatole se marchó diciendo que no regresaría hasta media tarde.

Marvin, Farida y Eulogio pasaron el resto del día preocupados por el estado de monsieur Rosent. No se separaron de su lado y hubo momentos en que su respiración era tan débil que temieron que hubiera fallecido.

Farida preparó algo de comer intentando que el anciano bebiera un poco del caldo que había sobrado del día anterior. Pero monsieur Rosent apenas podía abrir los labios y mucho menos tragar. Así que se tuvieron que conformar con mojarle los labios con agua.

Eran más de las seis cuando Anatole Lombard regresó junto al doctor Girard, quien se mostró aún más preocupado que el día anterior.

—O le llevamos al hospital, o muere aquí, ustedes deciden.

—Sabes que si hacemos eso le detendrán —le recordó Anatole.

—Lo sé, pero así no puede seguir, necesita atención continuada.

—Tendrás que arreglártelas para ayudarlo en mi casa. Si le llevamos al hospital, lo trasladarán a uno de esos trenes en que deportan a los judíos hasta Alemania y a nosotros nos detendrán.

—De manera que se trata de decidir si monsieur Rosent se muere en esta casa o en un vagón de tren, si es que sobrevive a su paso por el hospital. —Las palabras de Eulogio sonaron especialmente ásperas y a todos les sobresaltó.

Marvin se lo recriminó. Apreciaba sinceramente a Eulogio, pero en ocasiones le irritaba la dureza que mostraba. Sin embargo, fue Farida quien tomó las riendas de la situación.

—Doctor, ¿nos acompañaría hasta la frontera? Anatole dice que no tardaríamos más de dos horas. Creo que podemos correr ese riesgo si usted nos acompaña y cuida de monsieur Rosent durante el trayecto. En Suiza podrá recibir los cuidados adecuados. No podemos pensar en ir al hospital de Lyon ni tampoco permanecer mucho más tiempo en casa de Anatole.

El médico se quedó en silencio mientras sopesaba la petición de Farida. Acompañarlos suponía correr más riesgos de los que nunca había corrido, pero se sentía incapaz de negarse. Lo haría. Los acompañaría hasta la frontera. No es que pudiera hacer mucho más de lo que estaba haciendo por el anciano editor, pero comprendía que a aquella mujer y a los dos jóvenes les tranquilizaba contar con la presencia de un médico.

—No tengo inconveniente, siempre y cuando no sea por la mañana ni en las primeras horas de la tarde. Me resultaría muy difícil explicar mi ausencia del hospital.

—Anatole, ¿cuándo puedes disponer nuestra marcha? —preguntó Farida.

—Mañana por la noche. Es lo que está previsto. Las personas que se encargan

de los pasos dicen que los sábados por la noche hay más posibilidades de escapar. Tiene que ser mañana —respondió Anatole.

—Pues nos iremos mañana —concluyó Farida.

Anatole asintió con un gesto mientras Marvin se retorció las manos preocupado.

Una vez se hubo marchado el doctor Girard, Marvin insistió en ser él quien velara aquella noche a monsieur Rosent y le pidió a Farida que se fuera a descansar. Ella le dejó hacer, segura de que ante cualquier contratiempo Marvin no dudaría en avisarla.

Eulogio y Anatole se quedaron en el salón compartiendo una copa de vino. Hasta la habitación de Farida llegaban los murmullos de la conversación, que no se apagó hasta el amanecer.

Al día siguiente las horas transcurrieron deprisa, o eso pensaba Eulogio mientras ayudaba a Farida a asear a monsieur Rosent. Marvin miraba impaciente por la ventana. Las últimas veinticuatro horas se había sentido especialmente nervioso. Tenía el estómago revuelto y por más que Farida le había insistido apenas había podido tomar nada salvo un par de tazas de café. Ella estaba tranquila, como siempre. Marvin admiraba su fortaleza interior, su capacidad para encajar cuanto les tocaba vivir. No se quejaba, simplemente analizaba cómo abordar cada situación. Anteponía la razón a las emociones sin que eso hiciera de ella una persona fría o calculadora. Simplemente necesitaba diseccionar cuanto vivía.

Mientras tanto, Marvin se preguntaba con temor si lograrían pasar la frontera. Recordó lo que les había dicho Anatole, que había tantas posibilidades de que la pudieran cruzar sin problemas como de que terminaran detenidos. Además, había insistido en que en aquellos días nadie se podía fiar del todo de nadie.

De repente pensó en Fernando. ¿Qué habría sido de él? Benjamin Wilson era un buen hombre, pero estaba comprometido en la guerra contra los alemanes. Farida se lo había dicho. Y en ese combate poco le importaban las piezas que

tuviera que sacrificar. Marvin se preguntó si Fernando sería una de esas piezas y lo sintió por él, porque a pesar de que no se pudiera decir que eran amigos, siempre había simpatizado con aquel español.

La tos de monsieur Rosent le sobresaltó. No cabía engañarse. Tanto Jean Bonner como el doctor Girard habían dado pocas esperanzas de que el anciano editor lograra sobrevivir. Estaba muy débil. Los meses en que había tenido que vivir escondido en el sótano húmedo de unos amigos en el sur de París se habían cobrado su tributo mermando su salud. Aun así, había logrado sobrevivir hasta que Bonner le rescató y le llevó a Vichy, donde le había cuidado como si de su propio padre se tratara. Pero esos cuidados no habían servido para devolverle la salud. Había empeorado y parecía que la vida se le estaba escapando.

Sintió una mano sobre su hombro. Antes de volverse supo que era la mano de Farida.

—No creo que viva —le dijo en voz baja.

Él se volvió para mirarla a los ojos y vio una gran tristeza en ellos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

—Voy a ponerle una de las inyecciones que dejó el doctor Girard, son más fuertes que las que nos dio Jean Bonner. Pero se está muriendo. Lo único que queda es procurar que se vaya tranquilo. Nada más.

—No puedo aceptar que éste sea su final —replicó Marvin.

—La muerte es una condena que no merecemos pero que todos sabemos inevitable, por tanto es una batalla que nunca vamos a ganar. Podemos salir airoso de alguna escaramuza, pero el resultado de la contienda está escrito de antemano —afirmó Farida con voz neutra.

—Es una crueldad. No importa cuánto luches por mantener la vida si el resultado está escrito de antemano. ¿Qué Dios es capaz de tamaña venganza?

—Somos materia, Marvin, y esa materia se tiene que transformar en polvo para fundirse con la tierra.

—¿Dónde queda Dios en ese proceso?

—No tenemos explicación de por qué somos, de por qué estamos, de por qué

morimos. No la hay, Marvin. Tenemos que vivir con eso, salvo que nos dejemos acunar como los niños con cuentos que calman nuestro espíritu. Y te aseguro que no es mala opción. A veces necesitamos de los sueños para poder vivir la realidad.

A las seis en punto llegó Anatole. Les dijo que a las ocho se les uniría el doctor Girard.

—A las once Farida y Marvin saldrán de casa y caminarán por la rue Saint-Jean procurando no hacer ruido. Un coche los recogerá. A esa misma hora otro coche se parará durante unos segundos delante del portal. El doctor Girard, Eulogio y yo bajaremos a monsieur Rosent y le acomodaremos lo mejor que podamos. Nos encontraremos con Marvin y Farida en un punto de la frontera. Bueno, en realidad tendremos que andar un buen trecho para llegar al paso donde nos esperan para cruzar a Suiza. No estaba previsto que yo os acompañara, pero dado que habéis insistido en que vaya con vosotros el doctor Girard, yo no puedo desentenderme de él por si sucediera cualquier contratiempo. Así que os acompañaré.

Farida había preparado una cena ligera, ensalada de pasta. Anatole había dicho que debían cenar algo antes de salir hacia la frontera.

El doctor Girard llegó a la hora prevista y durante un buen rato examinó a monsieur Rosent. Luego aguardaron a que la luz del día se fuera desvaneciendo y comenzara a expandirse el fresco de la noche.

Anatole no dejaba de mirar el reloj. Tenían que cumplir un horario estricto. Eulogio hizo café y aguardaron sentados a que las manecillas del reloj avanzaran inexorablemente hasta alcanzar las once. Faltaban tres minutos cuando Farida y Marvin salieron de la casa. Bajaron las escaleras con los zapatos en la mano para evitar el ruido. Caminaron despacio por la calle muy pegados a la pared, agradecidos de que la luna estuviera escondida y ni una sola estrella hubiera aparecido a su cita con la noche. De repente escucharon el ruido de un coche que se paró junto a ellos. Una mujer les pidió que se subieran deprisa. La obedecieron.

En aquel momento Anatole bajaba las escaleras llevando en brazos a monsieur Rosent. El peso del anciano era tan liviano como el de un niño. Eulogio y el doctor Girard abrían el paso. El segundo coche los aguardaba junto al portal. El hombre que conducía les instó a darse prisa. Apenas tardaron dos minutos en acomodarse dentro. Las siguientes dos horas les resultarían eternas.

Llegaron a las afueras de un pueblo cerca de la frontera. Marvin y Farida los aguardaban junto a una mujer. Sería ella quien los guiaría hasta el paso y la que conduciría a Anatole y al doctor Girard de regreso a Lyon. Marvin se apresuró a coger en brazos a su anciano editor y comenzaron a caminar entre los árboles mientras escuchaban el motor del coche perderse en el silencio de la noche.

Caminaron un buen rato. La mujer parecía conocer bien la ruta, aunque de vez en cuando levantaba la mano para indicar que debían pararse. Permanecían quietos, en silencio, mientras ella intentaba desentrañar los ruidos de la noche.

Era joven, no debía de tener más de treinta años. Cabello castaño, estatura media y el aspecto recio de quien está acostumbrado a enfrentarse a la naturaleza.

El doctor Girard tropezó un par de veces y Eulogio y Anatole le tuvieron que ayudar a ponerse de pie. Farida no parecía tener problema en caminar a oscuras por aquel bosque.

De repente la mujer se paró en seco alzando la mano para que se detuvieran. Durante unos segundos contuvieron la respiración, luego la vieron sonreír y un minuto después se encontraron frente a dos hombres que la saludaron sin casi decir palabra.

—Podemos cruzar sin problemas —musitó uno de ellos—, llevamos varias horas vigilando la zona. Pero no hagan ruido ni hablen entre ustedes.

—¡Ayúdenme! —exclamó Marvin en voz baja mientras se agachaba para depositar en el suelo a monsieur Rosent.

El doctor Girard se apresuró a inclinarse sobre el anciano. Todos los demás le rodearon expectantes.

—Le pasa algo... Ha respirado muy fuerte... ha llamado a su hija y luego...

parecía... parecía... —Marvin estaba conmocionado.

—Está muerto —afirmó el doctor Girard, cerrando los ojos de monsieur Rosent.

—¡No! ¡No puede ser! —La voz de Marvin se abrió paso en el silencio de la noche sobresaltando a los dos hombres que habían acudido a buscarlos.

—¡Cállese! —le ordenó uno de ellos en voz baja pero muy tajante.

Farida abrazó a Marvin. Le sintió estremecerse.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó la mujer que los había conducido hasta allí.

—Lo que estaba previsto —respondió Anatole—. Les ayudaréis a cruzar la frontera.

—¿Y con el muerto? —quiso saber uno de los hombres.

—Le enterraremos —afirmó Anatole.

—Pero no aquí. Habrá que llevarle a otro lugar. Por aquí patrullan habitualmente —dijo el otro hombre.

—Le llevaremos a Lyon y le enterraremos dignamente. —Fue la respuesta del doctor Girard.

—Eso no es posible —intervino Anatole.

—De acuerdo, le llevaremos a mi huerto —dijo la mujer—. Allí le enterraremos. Pero hay que hacerlo esta misma noche.

—Debemos dejar pasar unas horas. Su cuerpo aún está caliente —protestó Marvin.

—Mire, estamos en guerra, no hay tiempo para entretenernos con ceremonias. Usted tiene que cruzar la frontera y nosotros nos haremos cargo del cadáver de este anciano, pero no nos pida que nos juguemos la vida por un cadáver. —El tono de voz de la mujer no dejaba lugar a réplica.

—Vámonos. Gracias, doctor Girard. Gracias, Anatole...

Farida estrechó primero la mano del doctor y luego la de Anatole. Después apretó la mano de Marvin.

Los guías asintieron aliviados. No estaban dispuestos a perder un minuto más.

Comenzaron a andar deprisa pero tuvieron que parar al escuchar murmullos a su espalda.

Eulogio se había quedado quieto, parecía incapaz de moverse.

—Yo me quedo —anunció.

—¡Pero no puedes quedarte aquí! —exclamó Marvin, poniéndose a su lado.

—Pues es lo que voy a hacer. Al menos no estaré lejos de España y quién sabe si algún día puedo volver —fue la respuesta de Eulogio.

—¡No puedes quedarte! —insistió Marvin.

—¡Claro que puedo!

—No tengo inconveniente en que se quede en mi casa el tiempo que necesite —dijo Anatole.

—Gracias —murmuró Eulogio.

—Estará bien —afirmó Farida dirigiéndose a Marvin, que se resistía a dejar allí a su amigo.

»¿Cuidarás de él? —le preguntó Farida a Anatole.

—Sabes que lo haré —respondió éste.

Durante unos segundos Farida y Anatole se miraron en silencio. Farida soltó la mano de Marvin y se acercó a Anatole dándole un abrazo mientras murmuraba en su oído:

—Eulogio ha sufrido mucho por no aceptarse como es... Tú puedes ayudarle.

Anatole la abrazó con afecto, devolviéndole el susurro:

—Al menos lo intentaré.

Después ninguno volvió la vista atrás. Farida y Marvin se fueron perdiendo en la oscuridad mientras Anatole, el doctor Girard y Eulogio seguían a la mujer hasta el coche.

Ella condujo un buen rato hasta llegar a una casa de piedra a las afueras de un pueblo. La mujer les indicó que la siguieran.

Anatole llevaba el cuerpo de monsieur Rosent y Eulogio caminaba a su lado.

En silencio cavaron una tumba en un rincón del huerto de la mujer y le enterraron. Después ella los invitó a entrar en la casa a tomar un café.

—Necesito algo caliente en el estómago antes de llevarlos de regreso.
Y así lo hicieron.

Aleandría

Al concluir la jornada de trabajo, cuando estaba a punto de salir de la editorial, Athanasios Vryzas se acercó a Fernando.

—Es imperdonable que viviendo en Alejandría un editor y traductor de poesía no conozca el café «Al Togariya».

A Fernando le sorprendieron las palabras de Vryzas y no supo qué decir.

—A Cavafis le gustaba escribir allí. No creo que el talento sea contagioso, pero muchos escritores suelen acudir a Al Togariya —afirmó Vryzas, provocando el estupor de Fernando.

—Ya... bueno, la verdad es que no he tenido la oportunidad de ir a ese café. Pero intentaré ir en algún momento.

—¿Conoces los poemas de Cavafis? —le preguntó Vryzas, mirándole con sorna.

—Si no los conociera, los habría conocido al llegar aquí. La señora Rosent me regaló uno de sus libros insistiendo en que lo leyera —respondió Fernando.

—«Si vas a emprender el viaje hacia Ítaca, / pide que tu camino sea largo, / rico en experiencias, en conocimientos. / A Lestrigones y a Cíclopes / o al airado Poseidón nunca temas, / no hallarás tales seres en tu ruta / si alto es tu pensamiento y limpia / la emoción de tu espíritu y tu cuerpo. / A Lestrigones ni a Cíclopes, / ni al fiero Poseidón hallarás nunca, / si no los llevas dentro de tu alma...»

Athanasios Vryzas, que murmuraba el poema con emoción, de repente se quedó en silencio.

—Es un poema bellísimo —comentó Fernando.

—Es más que un poema... es... En realidad la vida es un largo viaje en busca de Ítaca, pero pocos logran llegar a puerto. —Vryzas habló con la mirada perdida.

—Ítaca... Mi padre me hizo leer la *Odisea*... —confesó Fernando.

—Procura no perderte en el camino, Fernando. Procura que las sirenas no te engañen. Procura no enredarte entre los dedos suaves de Circe. Procura llegar a puerto. No te quedes aquí —respondió en voz baja el editor.

A Fernando le impactaron las palabras tan sentidas de Vryzas, aunque no terminaba de comprender qué le quería decir. Sólo acertó a responder lo que consideró una banalidad:

—Me gustaría mucho conocer el café «Al Togariya».

—Estaré encantado de servirte de guía e invitarte a un buen café.

Caminaron hasta la Corniche. A pesar de su edad, Athanasios Vryzas andaba con paso rápido y seguro.

Al Togariya resultó ser un café acogedor, decorado estilo *art déco*, donde algunos alejandrinos se entretenían jugando al backgammon y se veía a algunos extranjeros intentando cerrar un negocio.

Un camarero reconoció a Vryzas y le abrió paso entre la gente conduciéndole a una mesa que estaba a punto de ser ocupada. Sin embargo, el camarero no dejó lugar a dudas de que aquella mesa era para su viejo amigo y su joven acompañante. Tampoco preguntó qué iban a tomar, sino que pocos minutos después apareció con una bandeja en la que llevaba un par de cafés negros y espesos como la noche junto a dos vasos de agua.

El editor jefe y su pupilo tardaron unos minutos en hablar. Ambos parecían preferir el silencio del otro.

Fue el primero quien inició la conversación:

—No debes quedarte en Alejandría. Éste no es tu lugar. Ve en busca de tu

destino, intenta llegar a Ítaca.

—¿Ítaca? ¿Y dónde cree que está mi Ítaca?

—No lo sé. No soy yo quien te lo puede decir, pero sí sé que no está aquí.

—¿Y cómo lo sabe? —insistió Fernando.

—No sé mucho sobre ti, sólo lo que he oído o me han contado los Wilson. Pero puede que sea lo suficiente para atreverme a aconsejarte que no desperdicies tu vida. Te veo como a un náufrago que arribó a Alejandría y, una vez aquí, se ha visto atrapado como el pez en las redes del pescador. Tú no querías venir a Alejandría, simplemente te encuentras aquí. Márchate antes de que el paso del tiempo convierta tu estancia en definitiva.

—¿Por qué me dice esto?

Vryzas meditó unos segundos la respuesta antes de volver a hablar:

—Por piedad.

—No quiero que se compadezca de mí. No tiene por qué —respondió Fernando molesto.

—¿Por qué te ofende la piedad? No me respondas... En realidad los hombres rechazamos la piedad porque creemos que nos empequeñece. El orgullo, la soberbia, nos impide aceptar la piedad de nuestros semejantes.

—No necesito su piedad.

—Te equivocas, amigo mío; todos necesitamos que se apiaden de nosotros. Sólo somos hombres. ¿Recuerdas lo que Poseidón le dijo a Ulises cuando estaba a punto de naufragar?

Fernando no lo recordaba. Se sentía demasiado confundido para rebuscar en la memoria cualquier pasaje que hubiera leído de la *Odisea*. Miró a Vryzas expectante, esperando a que se lo dijera.

—«Poseidón, ¡qué quieres de mí!», gritó Ulises. «Que recuerdes que los hombres sin los dioses no son nada» —recitó el viejo editor, clavando su mirada en los ojos de Fernando.

—No entiendo qué es lo que me quiere decir, sería mejor que lo hiciera sin tanta complicación. —Fernando se sentía tan irritado como interesado.

—Mi hijo pequeño murió hace unos años. Cáncer. Era un hijo tardío. Ni mi esposa ni yo podíamos imaginar que a cierta edad ella pudiera volver a quedarse embarazada. El caso es que después de cinco hijos llegó Andreas. Dios nos bendijo con ese milagro. Puedes imaginar que se convirtió en lo más preciado para nosotros. Su madre y yo y sus hermanos sólo vivíamos para él. Hasta que la enfermedad se instaló en sus entrañas y en pocos meses murió. Aún no había cumplido los veinte años. Y no sé por qué, pero cuando te miro veo a mi Andreas. La misma ansia por vivir y el mismo desconcierto ante la vida. Él recitaba de memoria «Ítaca», el poema de Cavafis, y me decía que su mayor empeño era salir a su encuentro. Mi esposa y yo temblábamos al pensar que un día decidiera emprender su propio camino, que dejara Alejandría en busca de su propia Ítaca. Desgraciadamente, no pudo cumplir su sueño.

—Lo siento, comprendo su dolor. —Fernando estaba impresionado por lo que acababa de escuchar. Podía sentir la profundidad de la pena que anidaba en el alma de Vryzas.

—Le debo mucho a Benjamin Wilson. Cuando supo que mi Andreas estaba enfermo no dudó en enviarle a Inglaterra para que le trataran los mejores médicos. Su generosidad fue tanta que no sólo cubrió los gastos de Andreas, sino también los de mi esposa y los míos, ya que insistió en que nuestro hijo nos necesitara en Londres. Se portó como sólo un alma buena puede hacerlo. Nuestro sufrimiento le inspiró piedad y nosotros aceptamos su compasión.

Fernando escuchaba con atención pero seguía sin comprender el alcance de cuanto le decía. Cada minuto que pasaba se sentía más confundido.

—Estoy seguro de que el señor Wilson es un buen hombre —dijo Fernando por no quedarse callado.

—Sí, es un hombre bueno y justo. Pero tú debes buscar tu propio camino. Si te quedas aquí, estarás renunciando a encontrar tu Ítaca.

—¿Y qué tiene que ver el señor Wilson con lo que yo pueda hacer?

—El señor Wilson tiene un negocio próspero. No sólo se dedica a la edición y la venta de libros, como bien sabes. Pero esas otras actividades en las que te has

comprometido no por ser loables dejarán de apartarte de tu propio camino.

»Quiero que sepas que el señor Wilson está al tanto de que íbamos a mantener esta conversación.

—Vaya... —El desconcierto de Fernando aumentaba con cada palabra que escuchaba.

—Nunca le sería desleal, nunca. Le dije que tú me recordabas a mi Andreas y que como padre no me habría gustado que mi hijo se hubiera visto enredado en una existencia que no era la que él ansiaba. Y eso es precisamente lo que te está pasando a ti. Comprendió mi preocupación y fue él quien me animó a que te invitara a un café aquí, en el «Al Togariya». Pero también me pidió que, una vez que tuviéramos esta conversación, no insistiera y dejara que tú decidieras qué querías hacer.

Se quedaron en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Fernando, confundido, intentaba comprender el alcance de cuanto le acababa de decir Athanasios Vryzas, y éste no podía dejar de evocar al hijo que le había arrebatado la muerte.

Ninguno de los dos parecía capaz de encontrar las palabras adecuadas para retomar la conversación, así que durante un buen rato permanecieron ensimismados ante las tazas de café.

Fue Fernando quien se atrevió a romper el silencio que se había instalado entre ellos.

—Siento que Alejandría me absorbe de tal manera que no sé cómo escapar de ella —confesó en voz baja.

—Marchándote. Busca un pasaje en el primer barco que salga del puerto y vete.

—No sé muy bien adónde ir. Me gustaría volver a casa pero... bueno, eso está descartado. No puedo regresar a España.

—¿Quieres contarme por qué? —le preguntó Vryzas sin que en su voz hubiera un asomo de curiosidad sino simplemente de preocupación sincera.

Fernando vaciló. ¿Debía contarle que había matado a dos hombres para

vengar la muerte de su padre? No dudaba de su buena fe, pero aun así... No, no lo haría, sólo Eulogio y Catalina sabían que había cometido aquel asesinato y sentía que nadie más debía saberlo.

Buscó las palabras para que la respuesta fuera sincera pero no le delatara.

—Sabrá de la contienda civil en España. Los que se alzaron contra la República ganaron la guerra, pero el triunfo no les parece suficiente. Los perdedores, aquellos que se mantuvieron leales a la ley, además de perseguidos y encarcelados son asesinados en nombre del nuevo Régimen. ¿Ha oído hablar del general Franco?

—Desde luego. Es el nuevo hombre fuerte de España, el militar que derrotó a tu República, ¿no es así?

—Sí, así es. Su ansia de venganza es criminal. Todos los días los tribunales militares firman sentencias de muerte contra quienes lucharon en el bando perdedor. A mi padre le fusilaron. Era editor, como usted, y también traductor. Su falta fue mantenerse fiel a la legalidad de la República y luchar contra los traidores. Las familias de los perdedores estamos estigmatizados. Franco y los suyos desconfían de nosotros. En España no hay ningún porvenir para gente como yo.

—¿No tienes familia?

—Tengo a mi madre.

—¿Y ella sigue en España?

—Sí.

—¿Por qué no la has traído contigo?

Fernando también se había hecho esa pregunta, pero la desechara de inmediato. ¿Por qué había dejado a su madre en Madrid? No tenía otra respuesta que la verdad y eso suponía tener que confesar que había matado a dos hombres. Su madre habría sufrido al saberlo. Pero además había otra razón que le hacía sentirse aún más miserable, y era Catalina. Había llegado a creer que al huir con ella, al tenerla bajo su amparo, podía haber dado lugar a que ella le mirara con otros ojos y descubriera que le podía querer, y eso se le antojaba imposible si su

madre hubiera estado de por medio. Y aquella razón le pesaba en el alma como la peor de las cargas, aún peor que la del asesinato de aquellos dos hombres.

Vryzas no insistió. Le bastaba ver cómo el dolor afloraba en el rostro del joven para saber que la respuesta le atormentaba.

El camarero se acercó preguntándoles si deseaban otro café. Vryzas asintió y Fernando se lo agradeció. Deseaba seguir allí, en el Al Togariya, abriéndose paso en una conversación que le provocaba alivio y pánico.

—¿Crees en Dios? —se atrevió a preguntar Vryzas.

—¿En Dios? No, claro que no. ¿Por qué habría de creer? Mi madre sí, ella va a misa, reza. Todos los días le pedía a Dios que le devolviera con vida a mi padre. Si Dios existiera lo habría hecho. Mi padre era un hombre recto y bondadoso.

—Así que estás enfadado con Dios...

—Bueno, no es que haya dejado de creer en Dios, es que nunca me ha interesado. Mi padre tampoco creía, pero eso no le hacía peor que otros hombres que se santiguan a diario. Él me enseñó que la bondad, la honradez, la rectitud, el hacer el bien, nada de eso tiene que ver con la religión.

—Sin embargo, te haría bien buscar consuelo. Quizá si hablaras con algún sacerdote sabrías cómo aliviar la pesadez de la carga que llevas dentro.

—¿Carga? No creo llevar ninguna carga —se defendió Fernando.

—Yo diría que sí... que no estás satisfecho contigo mismo, que hay asuntos que te golpean la conciencia... A todos nos sucede.

—¡La conciencia! ¡Maldita sea!

—¿Lo ves?

—La religión manipula nuestra conciencia para convertirnos en rehenes de sus normas —respondió Fernando, elevando la voz.

—¿De verdad lo crees?

—Sí, claro que lo creo. ¿Usted no?

—Nos guste o no, con religión o sin ella, todos nacemos con conciencia. Cada hombre se las arregla con ella como puede.

Volvieron al silencio mientras el camarero disponía sobre la mesa otros dos cafés. A través de los cristales vieron que comenzaba a caer una lluvia tan intensa como inesperada. Aunque estaban en febrero el día había sido claro y nada indicaba que el cielo pudiera albergar una tormenta.

A pesar de la hora y de la lluvia había gente andando por la Corniche. El lugar parecía ejercer de imán sobre los alejandrinos.

—¿Usted es católico? —preguntó Fernando con curiosidad.

—Ortodoxo. Soy griego.

—Ya... Me sorprende que haya tantas confesiones religiosas en Alejandría.

Vryzas se encogió de hombros y por primera vez en la tarde sonrió.

—Es parte de la esencia de la ciudad. Al contrario que en El Cairo, Alejandría siempre estuvo abierta a gente de todo el mundo que se fueron asentando aquí. Diría que las distintas confesiones han logrado un *statu quo*, pero es un equilibrio muy tenue. Como sabes, no siempre fue así. Se ha derramado demasiada sangre en nombre de las creencias de unos y de otros. Es escandaloso matar en nombre de Dios. El peor de los pecados —afirmó Vryzas, de nuevo con el rostro serio.

Fernando no se sentía cómodo con el giro de la conversación y decidió regresar a la casilla de salida preguntando por Cavafis.

—¿Sabe?, no sé mucho de Cavafis salvo que en esta ciudad le tienen entre los más grandes poetas. Además de «Ítaca», me gusta especialmente otro de sus poemas, «El dios abandona a Antonio».

—Tú posees sensibilidad, así que no te costará sumergirte en los poemas de Cavafis.

Hacía un buen rato que Fernando dudaba si debía preguntar a Vryzas por Zahra. Necesitaba saber de ella, pero no se atrevía a preguntarle a Ylena y aunque Dimitra solía ser una buena fuente de información, lo que quería saber no estaba seguro de que estuviera al alcance de la criada.

Vio que Vryzas miraba el reloj y se dio cuenta de que seguramente no tendría otra oportunidad como ésa, así que tragó saliva y preguntó:

—¿Y Zahra? ¿Qué papel juega Zahra en la organización del señor Wilson? No acabo de comprender qué necesidad tiene una mujer como ella de mezclarse en los negocios de Wilson.

Athanasios Vryzas fijó su mirada en la de Fernando. Éste se sintió incómodo porque temió que el viejo editor pudiera estar leyendo en su alma.

—Zahra tiene muchas razones para colaborar con el señor Wilson. Pero no trabaja para él, no recibe ni una sola libra.

—Entonces... bueno, es que no se me ocurre por qué hace lo que hace...

Vryzas meditó unos instantes. Fernando notó que el cariz de la conversación incomodaba al editor.

—¿Te has enamorado de Zahra? —le preguntó directamente.

—No... no... es que... —Fernando balbuceó y se sintió ridículo al hacerlo, pero mentir nunca había sido su fuerte.

—No hace falta que me lo digas. Sientes fascinación por ella como la mayoría de los hombres que la conocen. De Zahra emana algo especial, algo muy sutil, que despierta admiración y ansias de poseerla en cuantos se le acercan. Tú no ibas a ser diferente. Además, siendo tan joven es aún más comprensible.

—No quisiera que me malinterpretara. —Fernando se intentó defender de lo que para Vryzas era evidente.

—No te preocupes, entiendo lo que te pasa. No me gusta dar consejos y hoy ya te he dado uno diciéndote que te marches en busca de tu propia Ítaca. Ahora te daré otro: no te enamores de Zahra. Ella nunca será de nadie. No puede serlo. Es la última mujer de la que debes enamorarte. Y no porque no le falten cualidades, es tan buena como inteligente, pero está enferma, irremediablemente enferma, su enfermedad es mortal.

A Fernando le sobresaltó saber que Zahra estuviera enferma. Le parecía imposible. Su aspecto denotaba todo lo contrario. No quería parecer curioso, pero no pudo dejar de preguntar por el mal que la aquejaba.

—El mal está en su alma —respondió Vryzas con sequedad mientras perdía la mirada en la taza vacía de café, y puesto que estaba vacía se concentró en el vaso

de agua apurándola de un trago. Se preguntaba si debía sincerarse más con el joven español, si no estaría quebrantando la intimidad de otros si se decidía a hablar. Pero la mirada anhelante de Fernando le volvió a recordar la de su hijo. Sintió que Andreas le miraba desde el pasado o acaso desde la Eternidad—. Voy a hacer algo que no debería... —Y se calló como si se arrepintiera de lo que iba a hacer.

—Por favor... —El tono de voz de Fernando era una súplica.

Athanasios Vryzas rehuyó la mirada de su pupilo y volvió a preguntarse si tenía derecho a contar lo que el joven tanto ansiaba saber. Se consoló pensando que si le explicaba la verdad sería la única manera de que Fernando dejara Alejandría en busca de su propia Ítaca.

—Yasmin y su hija Heba fueron las mejores bailarinas de Alejandría. Bailaban ante la corte y contaban con el aprecio y la protección del rey. Para ningún alejandrino es un secreto que el difunto rey Fuad era un gran admirador de Heba. Dicen que el rey se enfureció cuando supo que se había marchado a Alemania...

Vryzas hizo una pausa y miró a través de los cristales. La lluvia parecía estar amainando. Fernando no se atrevía a preguntar.

—Como habrás comprobado, ésta es una ciudad cosmopolita, de manera que era cuestión de tiempo que alguien le ofreciera a Heba un buen contrato para bailar fuera de Egipto. Quien lo hizo fue Jan Dinter, dueño de unos cuantos cabarets en Alemania, sobre todo uno muy famoso en Berlín, el «Amanecer Rosa». Dinter le ofreció un contrato suculento y la promesa de convertirla en una artista internacional.

»Imagínate la primera década del siglo en Berlín, la ciudad era un sueño para los artistas. Así que Heba aceptó sin dudar la oferta de aquel hombre y se mostró insensible a las súplicas de su madre, la gran Yasmin, que la alertaba sobre la personalidad del alemán. Pero Heba se había enamorado de Dinter. Era un tipo alto, rubio, de ojos azul oscuro... Quienes le conocieron podrían pensar que tan azules y tan oscuros como los de Zahra... Los alejandrinos sentimos la marcha de Heba, sobre todo al saber que su madre se oponía y estaba a punto de

retirarse. Heba era poco más que una adolescente, pero una adolescente muy hermosa que enloquecía a cuantos la contemplaban bailar.

»Yasmin no pudo retenerla y la pena la llevó a retirarse a vivir en su casa al borde del mar. Está situada en una zona conocida por Bulkeley, muy cerca del casino de San Stefano y de la mansión de los Wilson. En esa casa Yasmin sigue viviendo ahora acompañada por Zahra.

Fernando estaba atento al relato. Intentaba no perder detalle para poder encajar todas las piezas.

Vryzas hizo una seña al camarero, que acudió de inmediato. Preguntó si querían más café, pero los dos lo rechazaron. Vryzas pidió que les llevara agua, una jarra grande para ayudarle a refrescarse la boca, seca en ese momento por tantas palabras dichas.

—A Jan Dinter, la juventud de Heba no le impidió convertirla en su amante y en utilizarla para su propio capricho. Sin duda era un hombre sin escrúpulos acostumbrado a hacer su voluntad sin importarle las consecuencias. En parte cumplió su promesa de convertir a Heba en una gran artista. Todas las noches llenaba el «Amanecer Rosa», adonde los berlineses acudían entusiasmados a verla bailar la danza del vientre. Heba les resultaba tan exótica... su piel del color de la canela, los ojos negros brillantes y un cuerpo que cuando empezaba a bailar cortaba la respiración. Lo que Heba vivió en Berlín no lo sé y lo poco de lo que tengo noticia no soy quién para desvelártelo, pero te diré que Heba nunca regresó a Alejandría.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Zahra? ¿No puede contarme nada más?

—Te he contado lo suficiente para que saques tus propias conclusiones y, si te atreves, pregunta a Zahra. En realidad, lo que te he contado es lo que la gente sabe o cree saber.

—Pero usted conoce el resto de la historia —se atrevió a decir Fernando.

Vryzas se encogió de hombros y apretó los labios.

Fernando supo que no diría una palabra más al respecto. Le había abierto la puerta de Zahra, pero si quería saber qué había detrás tendría que preguntárselo a

ella.

Se separaron con un apretón de manos. Vryzas le sonrió con tristeza y le volvió a aconsejar que partiera en busca de Ítaca.

Dimitra estaba convencida de que Adela la reconocía cuando la cogía en brazos.

El doctor Naseef aseguraba que la pequeña aún estaba por debajo del peso que debía tener, lo que preocupaba no sólo a su madre sino al resto de la casa.

Mientras Catalina daba las clases de piano en el salón era Dimitra quien se ocupaba de Adela. Ylena había consentido, dado que la niña no lloraba y permanecía muy quieta en el cochecito. A veces a Dimitra le ponía nerviosa tanta pasividad y por eso la cogía en brazos y la agitaba en busca de una sonrisa o incluso del llanto, cualquier cosa que mostrara que estaba en este mundo.

La alumna de Catalina se esforzaba siguiendo sus instrucciones para hacer reconocibles las notas de la partitura. Pero Dimitra sospechaba que aquella jovencita, como las otras niñas que acudían a las clases de Catalina, lo hacía obligada por sus padres.

Tocar el piano era un signo de distinción y la mayoría de las hijas de las familias británicas que aún quedaban en Alejandría sabían defenderse con las teclas negras y blancas.

Catalina se mostraba como una maestra paciente y cariñosa que además gustaba de charlar con sus alumnas, lo que hacía que éstas, aunque poco amantes de la música, aceptaran de buen grado ir a recibir clases de piano.

Lo que Catalina debería hacer, pensaba Dimitra, era casarse con el doctor Naseef. Resultaba patente que el médico la miraba con ojos de enamorado y Catalina le sonreía de una manera que ponía en evidencia que no le era indiferente.

Pero como ella misma había comprobado, la española era tozuda y había convertido en obsesión casarse con el padre de su hija.

Dimitra le había aconsejado que se olvidara de Marvin y que eligiera un buen

hombre capaz de solucionar sus problemas. Pensaba que Catalina tenía donde elegir entre el doctor Naseef y Fernando.

Cuando Catalina fue en busca de Adela la encontró en brazos de la criada, que le estaba haciendo muecas para conseguir alguna reacción de la niña.

—Gracias por cuidarla. ¿Se ha portado bien? —preguntó Catalina.

—Se porta tan bien que me aburre —respondió Dimitra con sinceridad.

—Mejor así. Mi niña parece darse cuenta de que tiene que portarse bien para que yo pueda trabajar. Bueno, por hoy ya he terminado. Voy a salir un rato con ella. Mira qué sol... y no parece que vaya a llover.

—No te fíes, que aún estamos en marzo —le recomendó Dimitra.

Ya en la calle y con Adela en el cochecito, Catalina se dirigió hacia la catedral. Quería ver al padre Lucas. Aunque se había confesado en ocasiones con él, aquella tarde lo que necesitaba era el consejo de un amigo más que el del sacerdote.

En realidad el padre Lucas no se parecía en nada a don Bernardo, el cura de la parroquia de su barrio de Madrid. Con éste jamás hubiera podido hablar con tanta franqueza, ni siquiera se habría atrevido a confesarle todos sus pecados, pecados que el comprensivo padre Lucas rechazaba como tales y la invitaba a reflexionar sobre la verdadera naturaleza del mal y no perder el tiempo en tonterías.

Sentir un cosquilleo cuando veía al doctor Naseef no era pecado, le insistía el padre Lucas, sino una reacción normal en una joven, y lo único que denotaba era que el médico le gustaba.

Soñar con que el doctor Naseef le acariciaba el rostro tampoco era pecado, en opinión del sacerdote. Como tampoco lo era olvidarse de rezar sus oraciones alguna que otra noche.

En su última confesión, el padre Lucas le había dicho a Catalina que dejara de ir al confesionario para contarle esas niñerías. «Mira, si lo que necesitas es poner en orden tus sentimientos, ven a verme y hablaremos como dos buenos amigos. Pero no en el confesionario. Al confesionario se viene a pedir el perdón del

Señor para curar el alma. Y lo que tú me cuentas no necesita en absoluto de ningún perdón.»

Así que había decidido seguir la recomendación del padre Lucas e iba a charlar un rato con él. Suponía que a esa hora le encontraría leyendo.

Un joven sacristán le indicó que fuera al jardín trasero, efectivamente, allí estaba el sacerdote.

El padre Lucas no estaba leyendo sino que permanecía quieto, ensimismado y en el rostro dibujada una mueca de sufrimiento.

De eso sí que se había dado cuenta Catalina. El padre Lucas parecía atormentado, incluso cuando sonreía.

—Siento molestarle... —se excusó ella, temiendo resultar indiscreta.

—Ah, eres tú... No te preocupes, estaba pensando. ¿No querrás confesarte otra vez? Te confesaste el domingo y estamos a jueves —dijo receloso.

—No... En realidad he venido a hablar con usted, ya que cree que lo que le cuento no es pecado —se excusó ella.

—Pues claro que no son pecados las cosas que me cuentas. ¿Te apetece andar? A mí sí... Podríamos pasear un rato —propuso él.

No le dio tiempo a responder porque comenzó a caminar con paso rápido y Catalina tuvo que hacer un esfuerzo para seguirle mientras empujaba el cochecito.

Llegaron a la rue Rosette dejando a la derecha la estación.

—Y bien, ¿de qué quieres que hablemos? —preguntó el sacerdote.

—No sé lo que debo hacer. Estoy bien aquí, pero temo que no tiene sentido seguir en Alejandría. Nadie me dice si Marvin regresará... Yo supongo que algún día lo hará puesto que Farida es alejandrina, pero ¿y si no lo hace?

—Regresa a España, ya te lo he dicho en otras ocasiones. Tus padres te quieren y no dudarán en ayudarte.

—Mi madre me ayudaría y puede que mi tía Petra también, aunque debe de estar muy enfadada porque me escapé de su casa, pero mi padre... No, no puedo hacerle pasar por la vergüenza de regresar con Adela puesto que estoy soltera.

Usted no imagina lo que dirían de mí si regresara sin estar casada. Así por lo menos nadie mirará a mis padres con desprecio.

—Tienes miedo, Catalina. Y no puedes vivir con miedo a lo que la gente piense de ti. Tener un hijo no es motivo de vergüenza.

—¡Pero no me he casado!

—Bueno, eso es un contratiempo, pero no significa que debas avergonzarte de tu hija.

—Y no me avergüenzo, pero he cometido un pecado —recalcó ella.

—Un pecado del que insistes en confesarte todas las semanas por más que te digo que Dios ya te lo ha perdonado.

—¿Cree que Nuestro Señor no me lo tiene en cuenta?

—Estoy seguro de que no. Sin duda habría preferido, lo mismo que tus padres, que encontraras a un hombre de bien con el que formar una familia, pero Dios no te va a mandar al Infierno por haber tenido a Adela.

Catalina no estaba segura de lo que le decía el padre Lucas; no es que no quisiera creerle, es que sabía que don Bernardo le habría dicho todo lo contrario y le habría puesto penitencia para el resto de su vida y sin darle demasiadas esperanzas de que Nuestro Señor la perdonara por su falta.

—Entonces ¿qué debo hacer?

—Pues como has decidido no hacerme caso y no quieres volver a España, realmente me lo pones muy difícil. Europa está en guerra, y aquí cerca, en la Cirenaica, los alemanes acechan para hacerse con Egipto. Quizá podrías irte a América.

Catalina guardó silencio. En realidad, si había ido a ver al padre Lucas era porque quería pedirle algo.

—¿Por qué no me ayuda a encontrar a Marvin? A usted le dirán dónde está. Yo sólo pretendo que vea a Adela y que me mire a los ojos y me diga si de verdad no quiere saber nada de nosotras. Estoy segura de que esa mujer, Farida, le impide que nos vea. Pero Marvin tiene un gran corazón y sé que sería incapaz de no asumir su responsabilidad con nosotras.

—Tú sabes que Marvin está en Francia —le recordó el sacerdote.

—Pero no me dicen dónde. Estoy preocupada porque ahora que América ha entrado en guerra, Francia no es un lugar seguro para él. Lo que quiero saber es si está en París... él tenía un piso en París. Pensaba llevarme allí.

Al padre Lucas le conmovía la ingenuidad de Catalina, pero al mismo tiempo le irritaba su tozudez. La joven se negaba a aceptar la realidad, que no era otra que el americano no quería saber nada de ella. No era el primero que después de mantener relaciones con una chica se desentendía de las consecuencias. Pero Catalina no reconocía los hechos consumados, y había convertido a Farida en la culpable de su situación.

A Marvin no le conocía, pero a Farida sí, aunque no mucho, en realidad; la había visto en un par de ocasiones y apenas habían hablado, pero no le pareció una mujer malvada ni tampoco una frívola seductora.

—Asume de una vez que Marvin no te quiere en su vida y que, por tanto, tienes que organizar la tuya sin él. Puedo comprender que te resulte difícil volver con tus padres, pero no que te niegues a tener tu propia vida, incluso a enamorarte y casarte con otro hombre. En realidad estás un poco enamorada del doctor Naseef y mucho me equivoco si él no está interesado en ti. Sería un buen esposo y un buen padre para tu hija.

—¡Qué cosas dice! Una cosa es que... bueno, que a veces sueñe con él y que...

—¡Vamos, Catalina, deja de engañarte! Naseef te gusta y es normal que sea así. Yo diría que es guapo, además de un buen hombre. Es normal que te guste y que tú le gustes a él.

Catalina estuvo a punto de ponerse a llorar de rabia. Había ido a buscar consuelo y ayuda en el padre Lucas y el sacerdote se negaba a comprenderla.

—Me casaré con Marvin o no me casaré. No habrá otro hombre en mi vida.

—Te estás condenando a ti misma negándote a aceptar que ya hay un hombre por el que te sientes atraída —respondió el padre Lucas, mirándola fijamente.

—Sí, y ése es otro pecado que debo añadir a mi lista.

—¡Eso no es pecado! Pero ¡qué idea tienes de Dios!

—Es lo que me diría don Bernardo.

—Ese don Bernardo te ha llenado la cabeza de miedos infundados. Te aseguro que a Dios no le importa lo más mínimo que te guste el doctor Naseef, y desde luego no te va a condenar por haber dado vida a Adela. Te lo puedo asegurar.

El sacerdote a punto estuvo de soltar un impropio contra aquel dichoso padre Bernardo. Pero Catalina le tenía ley, la había bautizado y recibido de sus manos la primera comunión. Y también había sido su confesor. De nada serviría que le dijera que, en su opinión, aquel cura español conocía muy poco a Dios. Pero no dijo una palabra y su propio pensamiento le llevó a preguntarse si tal vez no estaba pecando de soberbia al dar por hecho que el Dios que él imaginaba era el verdadero frente al Dios del padre Bernardo.

La acompañó hasta casa de Ylena. Para el sacerdote no fue una sorpresa que Dimitra le hiciera un guiño cómplice a Catalina al decir que el doctor Naseef se encontraba en el salón esperando ver a Adela.

El tiempo se escapaba de sus vidas casi sin darse cuenta. 1942 estaba a punto de despedirse, pero cada mes se parecía al anterior salvo por la climatología.

Fernando de vez en cuando veía a Zahra. Así lo había dispuesto Wilson, que insistía en que ambos debían seguir manteniendo la ficción de que eran amantes.

Solía acompañarla al cabaret donde actuaba, otras veces paseaban por la Corniche o se dejaban ver en alguna fiesta a las que acudían todos aquellos que eran alguien en Alejandría. Apenas hablaban de nada que no fuera banalidades, ya que Zahra evitaba las conversaciones que tuvieran un cariz personal. Él se había propuesto en varias ocasiones decirle a Wilson que se negaba a seguir haciendo el papel de *chevalier servant* que tanto le humillaba, pero eso habría significado dejar de ver a Zahra. Tuvo que elegir entre su orgullo y la necesidad que tenía de sentirla tan engañosamente cerca.

No entendía por qué Wilson se empeñaba en que mantuvieran la farsa, aunque

estaba seguro de que tarde o temprano encontraría la respuesta.

Mientras, continuaba con su labor de editor y tuvo la satisfacción de saber que el libro de Marvin había sido un éxito en Estados Unidos e incluso, a pesar de la guerra, había vendido unos cientos de ejemplares en Inglaterra. No había librería neoyorquina que no se preciara de tener aquel poemario entre sus libros más destacados. La crítica había ensalzado la magia de Marvin Brian para sacudir el alma de cuantos leían sus poemas.

Los periódicos se preguntaban dónde estaba el joven poeta y cuándo tendrían la oportunidad de entrevistarle. Nadie sabía dónde se encontraba y su familia mantenía un discreto silencio.

Cuando Fernando entró en la librería aquella cálida mañana de finales de noviembre nada le hacía pensar que aquél fuera a ser un día diferente a los ya vividos.

Se había instalado en una rutina que sabía le estaba adormeciendo, pero no se había sentido capaz de seguir el consejo del viejo Athanasios Vryzas y lanzarse a la mar en busca de su propia Ítaca.

De inmediato se dio cuenta de que algo pasaba porque encontró a Sara Rosent esperándole impaciente.

La esposa de Wilson se acercó a él apenas le vio traspasar la puerta. Brevemente le explicó que debían subir al despacho de Wilson.

Fernando se sobresaltó. ¿Acaso los británicos habían sufrido alguna derrota en las arenas del desierto y los alemanes se acercaban? Descartó de inmediato que eso pudiera pasar ya que aquel verano, a más de cien kilómetros de la ciudad, los británicos se habían apuntado un buen tanto bajo el mando del general Auchinleck deteniendo a los alemanes en El Alamein. La derrota había supuesto un duro revés para Rommel. Y pocos meses después, en octubre, el general Montgomery había afianzado definitivamente el sitio de El Alamein.

Pero el rictus de dolor en el rostro de Sara le produjo una intensa inquietud.

Aún más le sorprendió encontrar a Zahra en el despacho de Benjamin Wilson. Apenas intercambiaron un saludo. Wilson explicó el motivo de la reunión:

—Hemos tenido noticias de Marvin y Farida. Desgraciadamente, monsieur Rosent ha muerto.

—Lo siento —acertó a decir Fernando mirando a Sara.

Ella bajó la cabeza evitando que la vieran llorar.

—¿Cuándo regresarán? —preguntó Fernando sin disimular su ansiedad.

—¿Regresar? No es tan fácil. Marvin y Farida se han ido a América. En cuanto a su amigo Eulogio... bien, al parecer ha decidido quedarse en Francia.

—¡Pero eso es una locura! ¿Por qué no se ha ido con Marvin? Eulogio quería ir a América. Dígame la verdad...

—No le puedo decir más que su amigo decidió quedarse en Lyon.

—¿En Lyon? Pero ¿no habían ido a Vichy?

—Sí, y de Vichy a Lyon. Y de allí tenían que escapar por la frontera de Suiza. Monsieur Rosent murió cuando estaban a punto de cruzarla. Marvin y Farida lo consiguieron, pero Eulogio no quiso acompañarlos. Desconozco el porqué.

—Iré a buscarle —afirmó Fernando decidido a hacerlo.

—Eso no es posible. Al menos no ahora —afirmó Benjamin Wilson.

—Si pudo llevar a Eulogio, a Marvin y a Farida a Francia, podrá llevarme a mí —insistió Fernando.

—Lo siento, ahora no puedo hacerlo.

Zahra permanecía quieta, en silencio, como si estuviera esperando que Wilson dijera algo más.

Benjamin Wilson carraspeó antes de volver a hablar. Y Fernando temió que después de las buenas noticias vinieran las malas.

—No es sólo por eso por lo que quería hablar con usted. Necesito que acompañe a Zahra a Praga.

El librero hablaba con un tono de voz que procuraba fuera neutro, como si ir a Praga fuera tan sencillo como quedar a cenar en el Cecil.

—¿A Praga? —acertó a decir Fernando mientras intentaba asumir las palabras de Wilson.

—¿Ha oído hablar de Reinhard Heydrich? —preguntó Wilson.

—Sí... claro... es... bueno, creo que le mataron hace unos meses.

—El día 27 sufrió un atentado, pero murió el 4 de junio. Sí, lo mataron un grupo de soldados checos.

—Heydrich era uno de los hombres de total confianza de Heinrich Himmler y también del propio Hitler. Un asesino implacable —afirmó Zahra con el mismo tono de voz neutro que había utilizado Wilson.

—Pero ya está muerto —acertó a decir Fernando.

—Y los valientes que lo hicieron también lo están. Fueron enviados por el Gobierno checo al exilio y alguien los traicionó. Después del atentado se escondieron en la iglesia de San Cirilo y San Metodio. Pero como le he dicho, alguien los delató y murieron todos. Ya ve...

—Si Heydrich está muerto —insistió Fernando—, por lo menos ya no podrá seguir haciendo el mal.

—Su muerte añadió otras doscientas víctimas a su larga lista de asesinatos en Checoslovaquia. Hitler ordenó arrasar un pueblo cercano a Praga, Lídice. A los hombres y a todos los niños mayores de quince años los fusilaron, y a las mujeres, ciento noventa y cinco, las han enviado al campo de Ravensbrück —continuó diciendo Zahra.

Fernando se sentía confundido. No entendía por qué la bailarina debía ir a Praga y mucho menos por qué de nuevo Wilson le implicaba a él en su extraña actividad de buscar personas.

—Heydrich ha sido uno de los jefes más sangrientos del nazismo. Como sabrá fue su esposa, Lina von Osten, quien le introdujo en el Partido Nazi y quien le presentó a Himmler —añadió Wilson.

—No comprendo qué es lo que quieren —le interrumpió Fernando.

—Sí, claro que lo comprende. Debe acompañar a Zahra a Praga. Tengo un encargo... Un viejo amigo quiere sacar a su hija de allí... si es que aún vive.

Se hizo el silencio. Wilson y Zahra aguardaban la reacción de Fernando sin mostrar ninguna emoción mientras que el rictus en los labios de Sara evidenciaba su preocupación.

—Es una locura. No se puede ir a Praga. ¿Cómo podríamos hacerlo? Que yo sepa, estamos en guerra —dijo Fernando, intentando mostrarse irónico.

—La joven a la que tienen que encontrar se llama Jana Brossler. Hace unos meses se incorporó a un grupo de estudiantes que intentaba ponerse en contacto con la Resistencia; en realidad el grupo estaba siendo observado por los jefes de la Resistencia de Praga, y aún no los habían aceptado entre ellos. No es momento de fiarse de nadie. De manera que este grupo de jóvenes nada tuvo que ver ni nada supo del atentado a Heydrich. Rudolf Brossler, el padre de Jana, es un reputado profesor de Física que ahora vive en Estados Unidos. Su esposa murió cuando Jana era una niña y él la consintió demasiado. Jana se negó a acompañarle al exilio. En realidad engañó a su padre. Poco antes de que los alemanes se hicieran con Checoslovaquia, cuando estaban en el aeropuerto para coger un avión con destino a París, ella se dio la vuelta atrás. Es una joven con mucho carácter.

—De modo que pretende que vayamos a Praga y convenzamos a una jovencita de mucho carácter para que nos acompañe. Ella, naturalmente, no se opondrá y los tres regresaremos a Alejandría como si de una excursión se tratara sin que los alemanes pongan el más mínimo impedimento. ¿Es eso? —Fernando siguió mostrándose irónico.

—Guárdese sus ironías. Acompañará a Zahra a Praga, donde hemos conseguido que actúe. Los mandos en Berlín suelen tener la manga ancha a la hora de permitir que sus oficiales disfruten de los placeres tanto de la vida como de la guerra. Zahra irá a bailar a Praga. Usted es el hombre del que ella está enamorada y del que no se separa. Sólo tiene que hacer eso, acompañarla. Tiene la documentación en regla para no levantar las sospechas de los alemanes. Sus espías en Alejandría ya habrán enviado todo tipo de informes sobre Zahra y usted. De manera que no debe preocuparse.

—Ya... así que no debo preocuparme... —Fernando a duras penas contenía la irritación que le provocaban las palabras de Wilson.

—En cuanto a su cobertura no, naturalmente la misión es complicada, no voy

a negarlo. Pero lo único que deben hacer es encontrar a Jana, de la que desde hace tres meses su padre no tiene ninguna noticia. Era alumna en la escuela de una famosa bailarina, Lenka Zmek. Cuando se encuentren con Lenka, deberán decirle esta contraseña: «Me gustaría descansar en el balneario». Una vez que sepan que está bien, intentarán traerla y su misión habrá terminado —afirmó Wilson.

—Así de fácil.

—Saldrán para Praga dentro de tres días. Primero irán a Suiza y desde allí irán a Checoslovaquia —respondió Benjamin sin hacer caso de la nueva ironía de Fernando.

—Lo haré si después me ayuda a llegar a Francia para buscar a Eulogio.

—Cuando regrese, veremos lo que se puede hacer —dijo Wilson sin comprometerse a más.

Durante los días previos al viaje Fernando estuvo tentado de plantarse en el despacho de Benjamin Wilson para decirle que no pensaba ir a Praga, que se negaba a seguir siendo una marioneta en sus manos aunque eso implicara tener que dejar su trabajo en la editorial.

En su ánimo pesaba además la preocupación de Catalina, que se había asustado cuando le explicó que Eulogio había decidido quedarse en Francia y que él debía marcharse a Checoslovaquia. No fue capaz de mentirle. Si ella le sabía guardar su más temido secreto, el asesinato de los verdugos de su padre, cómo no iba a confiarle su cometido en Praga.

Catalina no tenía dobleces, era incapaz de cualquier hipocresía, de manera que no dudó en decirle que temía tanto por él como por ella.

—Si te pasa algo... ¿qué haremos Adela y yo? Sin ti no sabría qué hacer. Al igual que tú, empiezo a sentir que esta ciudad es como una trampa en la que nos hemos metido y de la que en algún momento deberíamos salir. Pero cuando busco la respuesta de adónde podríamos ir no se me ocurre nada sensato. A

Madrid no podemos volver ninguno de los dos. Cuando regreses de Praga nos iremos a Francia contigo. Y luego... bueno, en cuanto pueda yo me iré con Adela a América a buscar a Marvin.

—Lo decidiremos en cuanto regrese. No te preocupes. Volveré. Seguiré cuidando de Adela y de ti. Confía en mí.

No podía dejar de pensar en su mirada asustada, tan distinta a la mirada de Zahra.

Se alojaban en un lujoso pero discreto hotel de Zurich, su primera escala camino de Praga. Sus habitaciones estaban comunicadas para seguir dando pábulo a que no eran más que dos amantes enamorados.

Habían llegado la noche anterior al Baur au Lac, pero no había sido hasta que despertó por la mañana cuando había podido disfrutar de las vistas sobre el lago. Después de desayunar, Zahra le había propuesto dar un paseo. Ni el frío ni la lluvia la arredraban.

El conserje del hotel les facilitó un paraguas y bajo su protección salieron a la calle.

—Te voy a enseñar dos iglesias —le propuso Zahra.

—¿Dos iglesias? No sabía que te interesaran las iglesias —respondió él sorprendido.

—¿Y por qué no me iban a interesar?

—Bueno... la verdad es que... No sé, no te sabía religiosa y mucho menos católica.

—No soy católica. Soy musulmana. Pero me eduqué en Alemania. Las iglesias que te voy a enseñar son luteranas. Merece la pena verlas, son el símbolo de Zurich.

—Así que no es la primera vez que vienes a esta ciudad.

—No, no es la primera vez. Cuando era niña... estuve con mi madre aquí, en este mismo hotel. Salíamos a pasear y a ella le gustaba sentarse en los bancos de

las iglesias. Decía que rodeada de silencio y de espiritualidad podía pensar mejor.

—Ella era también musulmana, ¿no?

—Sí, pero encontraba esa dimensión espiritual en cualquier lugar donde la gente va a rezar, sea una mezquita, una iglesia católica o luterana o una sinagoga. Como supondrás, en Zurich no hay mezquitas, de manera que a ella le servían las iglesias protestantes lo mismo que en Berlín.

La Grossmünster no estaba muy lejos del hotel, apenas unos minutos caminando. Zahra le explicó que era una iglesia de origen románico que había tenido un papel importante durante la Reforma. A Fernando le sorprendió su relato minucioso del cisma entre los cristianos. Luego caminaron hasta la Fraumünster, la otra iglesia con su torre verdosa que era también una enseña de la ciudad.

Zahra era presa de la melancolía, aunque se la veía disfrutar del paseo por la ciudad.

Él se dejó guiar a pesar de que el frío y la lluvia habrían aconsejado refugiarse en un lugar cerrado. Pero ella parecía inmune al mal tiempo y caminaba con paso ligero cogida de su brazo mientras le iba señalando los lugares que recordaba; era como si añorase el verano que pasó allí junto a su madre.

—Esta ciudad parece que es especial para ti —comentó mientras apretaba el paso porque la lluvia arreciaba.

—Sí que lo es. Disfruté mucho con mi madre, fue una de las pocas ocasiones en las que estuvimos solas, la una con la otra. Mi madre fue feliz aquí, no le costó recuperarse de...

Se quedó callada. Fernando la miró de reojo. Vio que el rostro de Zahra se había contraído en un gesto de tristeza. Se dio cuenta de que si quería saber algo de ella no encontraría otro momento en el que pareciera tan vulnerable.

—¿Cuántos años tenías entonces?

—Creo que cinco o seis.

—¿Y puedes acordarte? Eras muy pequeña.

—Sí, me acuerdo perfectamente porque aquí fuimos felices.

—¿Y tu madre? ¿Murió?

La tensión en la mandíbula de Zahra era tan evidente como la sombra de ira que cruzó por su mirada. Fernando no insistió. Se quedaron en silencio y Zahra no habló durante unos minutos.

—Sí, mi madre murió. Desde entonces sé lo que es la soledad.

—A una madre nadie la puede sustituir, pero habrá otras personas que te quieran, tu abuela, otros familiares, tus amigos...

—No lo entiendes, Fernando... ¿Tu madre vive?

—Sí... ella sí, pero a mi padre le fusilaron.

—Ya... Supongo que te dolerá el alma por su pérdida. Para mí no hay nada peor que la ausencia de mi madre. Es como si me hubieran arrancado el suelo y ya no tuviera techo... No creo que me puedas entender...

Fernando dudaba en atreverse a preguntarle de qué había muerto su madre. Al fin y al cabo, él le había confiado las circunstancias de la muerte de su padre. Fusilado por los vencedores de la Guerra Civil que había assolado España.

—¿Sabes por qué nos alojamos en el Baur au Lac? —le preguntó ella.

—¿Era donde estuviste con tu madre?

—Sí, y mi habitación es la misma que ocupé entonces. Se lo pedí a Benjamin Wilson y él lo ha conseguido.

—¿Qué hicisteis aquel verano?

—Salíamos temprano a pasear. Hicimos un par de excursiones a los Alpes... Como has podido ver desde la ventana, están muy cerca. También subimos a un barco que nos llevó por el lago. Solíamos ir a un café, el «Schober», a comer tarta de chocolate. Pensaba llevarte... Pero lo mejor era que tenía a mi madre para mí sola. Aunque... bueno... me fastidió que encontrara a unos amigos de Berlín y le insistieran en invitarla a cenar para que conociera el cabaret «Voltaire».

»¿Tienes idea de lo que es el dadaísmo?

—No —admitió Fernando.

—Es un movimiento artístico que nació precisamente en esta ciudad. Quién lo diría... aquí la gente es tan seria... sólo parece importarles el dinero... Bueno, en realidad, uno de los padres del dadaísmo fue un poeta rumano, Tristan Tzara.

—O sea que es un movimiento literario —respondió Fernando con interés.

—No sólo eso, en el cabaret «Voltaire» se reunían artistas de todo tipo: escritores, pintores, músicos, bailarines... Defendían un arte libre, sin corsés, sin escuelas que marcaran cánones. Mi madre volvió entusiasmada. Y aunque yo era pequeña, me contó que nunca antes se había sentido tan libre bailando, dejándose llevar por la música, sin preocuparse de tener que agradar al público, simplemente bailaba y bailaba... No fue más que dos o tres noches, pero lo recordaba siempre, aunque, claro, no podíamos hablar de ello en presencia de los demás. Me pidió que no se lo contara a nadie.

—¿Tampoco a tu padre? —Fernando sabía que estaba intentando inmiscuirse más allá de lo que seguramente ella le permitiría.

Zahra dudó antes de responder y lo hizo sin referirse a su padre.

—Yo sabía guardar secretos. Nuestros secretos.

La sintió temblar. El paraguas no bastaba para impedir que la lluvia los calara. También él tenía frío, aunque no se atrevía a proponerle que se refugiaran en alguna parte porque eso supondría interrumpir la conversación. Zahra no era dada a las confidencias. Fue ella quien propuso terminar el paseo.

—Quizá deberíamos buscar un lugar donde tomar un buen café. Nos estamos empapando.

Almorzaron en un pequeño restaurante en la Paradeplatz, cerca de la iglesia de Fraumünster. Por la tarde cesó la lluvia y pudieron continuar el paseo sin rumbo. Apenas eran las cinco cuando la tarde se convirtió en noche y Zahra insistió en ir a tomar una taza de chocolate al café «Schober». Fernando estaba cansado y con ganas de regresar al hotel, pero no la contrarió.

Aquel día había estado más cerca de ella de lo que lo había estado hasta ese momento.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, encontró un papel doblado debajo

de su puerta. Zahra le avisaba de que pasaría la mañana fuera y no regresaría hasta después del almuerzo.

Le fastidió que no se lo hubiera dicho el día anterior. La lluvia continuaba anegando la ciudad, de manera que decidió quedarse en el hotel. Buscó un rincón en uno de los salones y se enfrascó en la lectura de Cavafis hasta olvidarse de su propia soledad.

Cuando Zahra regresó, no le dio ninguna explicación salvo que se había reunido con un amigo de Wilson que había organizado el resto del viaje. Al día siguiente saldrían hacia Praga. Tenían todos los permisos firmados para adentrarse en el corazón del Tercer Reich. Primero irían a Austria, hasta Viena, y desde allí en tren hasta Praga, pero antes debía actuar aquella misma noche en una fiesta privada. Era lo que justificaba su estancia en Zurich.

Fernando la acompañaría. Era su papel. Ella descansó el resto de la tarde. Un coche los recogería a las siete para llevarles a una mansión situada sobre el lago.

Zahra ya le había explicado a Fernando que, aunque se negaba a actuar en fiestas privadas, había tenido que hacer una excepción y esa noche bailarían en la fiesta de cumpleaños de un comerciante libanés, un hombre muy rico dedicado al negocio de las piedras preciosas que estaba casado con un bellísima suiza.

Benjamin Wilson no había encontrado otra manera de justificar su estancia y la de Fernando en Suiza para después viajar hasta Checoslovaquia.

A las siete en punto los aguardaba en el vestíbulo del hotel un hombre alto, de cabello gris, complexión fuerte y ropas caras. Se dirigió a Zahra con una sonrisa y la estrechó entre sus brazos.

—¡Querida, qué honor tenerla aquí! Soy Kaspar Meier. Y usted es... — preguntó mirando a Fernando.

—Fernando Garzo —respondió sin dudar.

—Ya, ya... En fin... me habían dicho que la gran Zahra venía acompañada por un caballero español.

Zahra agarró con fuerza el brazo de Fernando sabiéndole incómodo por el comentario.

—Ni yo mismo podía crearme que pudiera ofrecer a la distinguida familia Jabib una actuación suya en su fiesta. Pero los milagros existen y cuando su representante, el señor Chamoun, me llamó para decirme que estaba dispuesta a viajar a Europa, di gracias a Dios.

Zahra le miró con indiferencia mientras se subía el cuello del abrigo. Llovía y hacía frío. Un coche negro aguardaba en la puerta del hotel y Kaspar Meier se apresuró a abrir la puerta.

Camino de la mansión de los Jabib, Meier volvió a retomar la conversación:

—Por cierto, querida, ¿cómo está mi buen amigo Zaid Chamoun? Le debo algunos de los mejores espectáculos que he ofrecido en mis cabarets. Espectáculos de calidad, claro está. Chamoun sabe que mis clientes son personas destacadas que rechazan la vulgaridad. Permítame que le diga que no son muchas las bailarinas capaces de imprimir tanta elegancia, además de sensualidad, a la danza del vientre. Hace años tuve el inmenso placer de ver bailar en El Cairo a la gran Yasmin. Ya era una mujer entrada en años y sin embargo... aún tiemblo al recordarla.

Fernando permanecía en silencio escuchando a aquel hombre. Por él acababa de saber que Zahra tenía un representante, el tal Zaid Chamoun. Ella no le había hablado de él, tampoco lo había hecho Benjamin Wilson. Y eso hizo que de nuevo se sintiera una marioneta en manos de los dos.

Kaspar Meier de repente fijó la mirada en él y Fernando esbozó una sonrisa. Aún no sabía si aquel tipo era un sinvergüenza o sólo un hombre de negocios.

No regresaron al hotel hasta pasada la medianoche. Kaspar Meier les recordó que a primera hora debían continuar viaje hasta Viena donde Zahra actuaría dos noches.

Fernando estaba en su cuarto fumándose un cigarrillo mientras miraba la negritud del lago cuando Zahra empujó la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

Se había envuelto en una bata y lucía el rostro limpio y brillante después de haberse quitado el maquillaje.

—¿Estás preocupado por algo? Esta noche te he notado extraño.

—¿Preocupado? ¿Debería preocuparme?

—¿Qué pasa, Fernando? ¿Qué es lo que te molesta?

La miró con rabia. Si estaba allí era por ella, sólo por ella, y sin embargo Zahra no le consideraba. Su presencia era sólo parte de la tapadera.

—Te diré lo que me molesta. Tu falta de confianza. No me quejaré de la falta de confianza de Benjamin Wilson, pero tú... ¿En tan poca consideración me tienes?

—No te comprendo...

—Ni siquiera sabía que tenías un representante, ese tal Zaid Chamoun al que ha hecho alusión el señor Meier. Creía que era Wilson quien había organizado toda esta farsa para que lleguemos a Praga.

Ella se sentó en el borde de la cama. En su rostro se dibujó un rictus amargo.

—Quien ha organizado todo esto es Benjamin Wilson. ¿Para quién crees que trabaja mi representante? Todo lo que hago tiene que ser lógico, tiene que parecer que sólo soy lo que aparento ser, una bailarina egipcia. Por eso tengo un representante y por eso cuando Wilson decidió mandarnos a Praga le pidió a Zaid Chamoun que organizara todo lo necesario para que nadie pueda pensar que nuestro cometido no es otro que el de una famosa bailarina.

—Acabas de decir que tienes que aparentar ser una bailarina egipcia. Zahra, ¿qué eres tú realmente?

—Soy una bailarina egipcia que ayuda a Benjamin Wilson a buscar personas. También le ayudo a recoger información en determinados ambientes.

—Una espía, ¿es eso lo que eres? —preguntó Fernando con un deje de desprecio.

—No, no soy una espía. Ayudar a la gente a escapar de esta guerra y escuchar conversaciones que pueden ser útiles a quienes combaten a los nazis no me convierte en una espía.

—Entonces ¿por qué haces todo esto?

—Porque tengo mis razones. Razones que no tengo por qué compartir

contigo, Fernando. Sólo te diré que creo que es mi deber ayudar a salvar vidas.

—¿Sólo eso?

—No, hay más. Hay una razón que sólo me pertenece a mí.

—Wilson tiene sus razones, tú tienes las tuyas... Ambos sois iguales... utilizáis a la gente en vuestro propio beneficio.

—¿En nuestro beneficio? ¡Cómo puedes decir eso! ¡Yo no cobro ni una sola libra por lo que hago! ¡Ni una! En cuanto a Wilson... pregúntale a él. Pero no es difícil de comprender que lo que hace es poner su grano de arena para ayudar en esta maldita guerra.

—Buscar personas le reporta beneficios.

—¿Eso crees? —Zahra le miró con desdén.

—Sí, eso creo.

—Ahora su negocio es algo más que buscar personas. Antes de la guerra las personas perdidas solían ser jóvenes que se embarcaban hacia Oriente en busca de aventuras y Dios sabe qué más. Algunos se metían en líos, otros terminaban siendo objeto de algún chantaje... Pero no sólo eran jóvenes los que desaparecían voluntaria o involuntariamente... en fin... Y los Wilson los buscaban, los encontraban y en la mayoría de las ocasiones los devolvían a Inglaterra. Pero la guerra ha cambiado todo, también su negocio. Benjamin tiene una red de agentes que trabajaba para él y esa red es de gran ayuda en estos momentos. Pero no es una red de espías, no te equivoques. Además, como bien sabes, es británico, pero también judío, porque su madre es una judía alejandrina de origen griego. Él se educó en Inglaterra junto a su abuelo y siente una lealtad sin fisuras por su país. Ayudará cuanto pueda en esta guerra. Si le piden que haga algo, lo hace, sin reclamar nada a cambio.

—Pues a mí me parece que él y su red actúan como si fueran espías —insistió Fernando.

—No entiendes nada... Hitler es un monstruo, ¿no te habías dado cuenta? Todos tenemos la obligación de combatir en esta guerra. Unos lo hacen en el Frente con las armas, exponiendo sus vidas. Pero hay otras maneras de combatir.

Yo lo hago bailando.

—¡Tú lo haces escuchando y espiando a los que van a verte bailar! —respondió Fernando airado.

—No comprendes nada... y lo siento... sí, lo siento por ti, por mí... lo siento.

—El tono de voz de Zahra era apesadumbrado.

—¿Y por qué tienes que sentirlo? —Las últimas palabras de Zahra le habían desconcertado.

No respondió. Le miró fijamente mientras se ponía en pie.

—Si quieres regresar a Alejandría, puedes hacerlo. Tienes derecho. Benjamin Wilson no te puede obligar a nada, y aunque pudiera, no lo haría. Me doy cuenta de que aún no sabes qué clase de hombre es. Buenas noches.

Fernando no pudo dormir. Intentaba comprender y hacer suyas las explicaciones de Zahra, pero no lo lograba. Se sentía engañado.

Pensó que lo mejor sería regresar a Alejandría y convencer a Catalina para que, o bien volviera a España con sus padres, o bien los dos intentaran llegar a América e iniciar una nueva vida. Pero no se sentía capaz de hacerlo porque eso supondría abandonar a Zahra a su suerte, y no podía dejar de reconocer que ella se estaba convirtiendo en una obsesión tan grande y profunda como lo era Catalina.

A la mañana siguiente la encontró tomando café junto a Kaspar Meier. El vienes llenaba los silencios con su charla. Por un momento Fernando agradeció su presencia.

Viena le deslumbró. Pensó que era la ciudad más bella que existía. Claro que salvo un viaje a Londres junto a sus padres cuando era adolescente, no había vuelto a salir de España hasta el día en que, junto a Catalina y Eulogio, huyó a Lisboa y de allí a Alejandría.

Zahra y Fernando se evitaban cuanto podían y aunque Meier les había reservado en el hotel Wien habitaciones comunicadas, la puerta permaneció

cerrada.

Fernando encontró en su habitación una cubitera con una botella de champán obsequio de Kaspar Meier, que daba por hecho la relación entre él y Zahra. La noche de su llegada Fernando no dudó en beberse la botella entera, lo que le provocó un persistente dolor de cabeza.

Las dos actuaciones de Zahra estaban programadas en la Volksoper, un hermoso teatro inaugurado en 1898 donde los vieneses gustaban de ir a escuchar operetas. La sorpresa fue que Zahra no conquistó Viena. La ciudad se comportaba como una gran señora que contemplaba con distancia y desdén todo lo que le resultaba ajeno.

Kaspar Meier achacó la evidente falta de entusiasmo del público a la preocupación por la guerra. Él mismo decía no comprender que los vieneses se mostraran tan distantes ante el arte de Zahra. Aunque como era un hombre entusiasta y expansivo, aseguró que en Praga todo sería distinto.

Los periódicos destacaron la actuación de Zahra pero sin darle el relieve que Meier esperaba.

A ella parecía resultarle indiferente tanto la frialdad del público como la preocupación de Meier. En cuanto a Fernando, seguía ensimismado en su propio laberinto.

La última noche que pasaron en Viena, Meier los llevó a un concierto de vals. Zahra escuchaba con los ojos cerrados y una sonrisa que ablandaba sus rasgos tan a menudo tensos. Fernando tampoco permaneció inmune a la música de Strauss que invadía los sentidos.

Cuando salieron a la calle la nieve se había adueñado de la ciudad. Kaspar Meier rio con ganas mientras hacía una pelota de nieve y se la lanzaba a Fernando, que consiguió esquivarla. Zahra imitó a Meier y arrojó otra bola de nieve a Fernando, pero ésta sí le dio de lleno. Fernando dudó, pero la sonrisa de Zahra fue una invitación para contraatacar. Durante unos minutos los tres estuvieron enzarzados en una batalla de copos blancos hasta que, empapados, tuvieron que regresar al hotel.

Esa noche Zahra tampoco abrió la puerta que la separaba de la habitación de Fernando, pero al menos le dio las buenas noches con una sonrisa.

—¿A qué hora sale el tren para Praga? —preguntó Fernando impaciente, mirando el reloj de la estación.

Era la tercera vez que le hacía la misma pregunta a Meier. Pero el vienes parecía disponer de una paciencia ilimitada y no le molestaba la insistencia de Fernando.

—En una hora. Tomaremos un café mientras esperamos y les pondré al corriente del programa en Praga. Estoy seguro de que allí Zahra obtendrá un gran triunfo. La ciudad aún anda de luto por el asesinato del Protector de Bohemia y Moravia, creo que incluso el propio Hitler le había recomendado evitar los coches descapotables. Pero Reinhard Heydrich no era un hombre que temiera el peligro, creía que eran los demás quienes debían temerle a él, así que no renunció a su costumbre de moverse por la ciudad en un coche descubierto.

—Espero disponer de algún tiempo para conocer la ciudad —respondió Zahra con indiferencia.

—Desde luego, querida. Su representante, mi buen amigo el señor Chamoun, me indicó en su carta lo que debo hacer para que su estancia resulte agradable —respondió Kaspar Meier.

—Tengo mucho interés en conocer la escuela de baile de Lenka Zmek. La tengo por una de las mejores bailarinas de Europa —comentó Zahra mientras buscaba la mirada de Fernando.

—Sí, es una gran bailarina. Debería haberla visto interpretar *El lago de los cisnes* en la ópera de Viena. El público aplaudió puesto en pie durante casi una hora. Pero eso fue antes de que comenzara la guerra. En realidad Lenka Zmek estudió ballet en Viena, su padre es checo pero su madre es austríaca. Nosotros los vieneses la consideramos nuestra, aunque... bueno, hace unos años se enamoró de un checo y decidió irse a Praga. Fue una decisión desafortunada...

Viena había puesto el mundo a sus pies. Desgraciadamente, su matrimonio no duró mucho, su esposo murió en un accidente de coche. Y ahora se niega a salir de Praga, rechaza todos los contratos que le ofrecen sin importarles lo mucho que podría ganar. En Praga vive volcada en su escuela de danza. Es lo único que parece importarles. Incluso ha rechazado una invitación para bailar en Berlín, contrariando al mismísimo Goebbels. En fin, las grandes artistas como usted y Lenka se pueden permitir casi todo...

Meier no paraba de hablar, pero Zahra parecía no escucharle. Apenas respondía con monosílabos. Aun así, Kaspar Meier no se desanimaba y convirtió a Fernando en su interlocutor. Durante el trayecto a Praga dio cuenta de sus actividades como agente artístico presumiendo de haber logrado que grandes artistas de otras latitudes actuaran en las ciudades más importantes del corazón de Europa, un corazón que se estaba desangrando a causa de la guerra.

A Fernando le hubiera gustado hablar con el vienés sobre la marcha de la guerra y, especialmente, sobre Hitler, al fin y al cabo era austríaco como el propio Meier. Pero sabía que debía evitar toda pregunta o conversación que tuviera que ver con la política. Era una instrucción precisa que le había dado Wilson. Claro que no hacía falta ser muy listo para saber que Kaspar Meier se sentía como pez en el agua con los nazis, aunque él no fuera o al menos no pareciera especialmente fanático.

Lo primero que vieron al descender del tren fueron soldados alemanes y patrullas de las SS controlando cada metro de la estación de Praga. Pedían la documentación a todos los que entraban y salían. La tensión y el miedo eran patentes.

Sin embargo, Kaspar Meier no parecía preocupado. Se abrazó a un hombre aún más alto y voluminoso que él al que presentó como Petr Mezlik, su socio en Praga.

El hombre les estrechó la mano con fuerza y mientras salían de la estación Fernando observó que Mezlik apretaba los dientes en un gesto de contrariedad viendo la prepotencia y la brutalidad con que dos miembros de las SS detenían a

un joven que había intentado escapar.

—¡Ah, los rebeldes! —exclamó Meier como si la escena que estaban viendo no tuviera importancia.

Petr Mezlik no respondió y siguió caminando con paso rápido.

El hotel París se encontraba en el centro de la ciudad. Al igual que el hotel Baur au Lac de Zurich o el Wien de la capital vienesa, atravesar sus puertas era entrar en una isla donde el lujo y la belleza hacían del lugar un mundo aparte.

Zahra dijo estar cansada y se retiró de inmediato a su habitación. Fernando no pudo seguirla porque Kaspar Meier insistió en que compartiera con él y con su socio, Petr Mezlik, una copa. Aceptó de buen grado porque sentía curiosidad por Petr Mezlik. Su mirada denotaba una permanente tensión, un malestar de fondo.

Mezlik pidió Becherovka, un aguardiente que el camarero sirvió en vasos pequeños. Meier propuso un brindis por el éxito de Zahra.

Fernando a punto estuvo de atragantarse cuando el licor amarillento le recorrió la garganta. Estaba muy frío y tenía un lejano sabor a medicina agridulce. Kaspar Meier rio al ver la reacción del español.

—¿No le gusta? Si es así no lo diga, es la bebida nacional.

—Pero ¿de qué diablos está hecha? —quiso saber Fernando, que a duras penas podía dejar de toser.

—De hierbas. Al emperador le gustaba especialmente... —aseguró Meier.

Petr Mezlik carraspeó antes de hablar:

—Dicen que este licor se lo inventó un médico inglés, pero en realidad fue un farmacéutico de Karlovy Vary el que supo hacer buen uso de la receta. ¿Sabe dónde está Karlovy Vary?

—La verdad es que no —admitió Fernando.

—Es un balneario de la Bohemia, uno de los más importantes de Europa. Personajes de la realeza de todas las cortes iban a tomar las aguas, también políticos y personas relevantes. Es un trozo de tierra privilegiado bañado por los ríos Teplá y Ohře. Fue en el siglo XIX cuando Jan Becher, el farmacéutico de

Karlovy Vary, empezó a elaborar un aguardiente para los dolores y afecciones del estómago. Es fuerte pero le sentará bien.

Para entonces Fernando sentía que las tripas se le habían caldeado.

—Se acostumbrará y le terminará gustando —aseguró Kaspar Meier.

Los tres hombres volvieron a brindar. A Fernando le sorprendió que tanto Meier como Mezlik apuraran de un trago el licor ambarino pero, sobre todo, que no pareciera afectarles.

Después Petr Mezlik detalló el programa que había preparado para Zahra. Fernando ya lo conocía porque en Viena Meier se lo había especificado a la propia Zahra, pero Mezlik debió de pensar que tenía que explicárselo a aquel joven que viajaba con la bailarina y que a todas luces era más que un simple acompañante.

—Hoy descansarán. Ya está anocheciendo y va a continuar nevando con fuerza. Mañana a primera hora visitaremos la escuela de danza de Lenka Zmek. No ha sido fácil convencerla para que reciba a Zahra. Después tienen tiempo libre para conocer la ciudad. Yo mismo los acompañaré. Espero que no nieve demasiado y podamos caminar. Por la tarde Zahra podrá descansar hasta la hora de su actuación. Será en el teatro Vinohrady, ya están todas las entradas vendidas.

—Será un gran honor para ella actuar en el Vinohrady. Es un teatro novísimo, lo inauguraron en 1907 —añadió Meier.

Lenka Zmek era una mujer que no dejaba indiferente. La intensidad de su mirada era devastadora. Parecía que pudiera leer hasta en los rincones más recónditos del alma.

De estatura mediana, cabello rubio oscuro y los ojos verdes, parecía flotar cuando andaba. Todo en ella era armonía y elegancia, pero también fuerza.

Los recibió con desgana. Petr Mezlik hizo las presentaciones. Lenka estrechó la mano a Zahra y durante un segundo las dos se midieron con la mirada. Luego

la bailarina indicó dónde podía situarse el grupo que constituían Zahra, Fernando, Kaspar Meier y el propio Mezlik, dejando claro que deberían guardar silencio.

Los alumnos de Lenka estaban formados por una treintena de chicas y diez chicos. Todos esperaban en silencio a que su maestra diera comienzo a la clase, aunque no podían dejar de mirar de reojo con curiosidad a aquellos inesperados visitantes.

Durante dos horas Lenka dirigió la clase, insistiendo en que sus alumnos repitieran hasta la extenuación los pasos de baile hasta alcanzar la perfección. Ella era el espejo en el que se miraban. La maestra ejecutaba un paso y ellos lo repetían hasta que asentía satisfecha.

Su voz era armónica pero firme y el respeto que le mostraban sus alumnos era reverencial, conscientes de estar ante una leyenda del ballet.

Zahra estaba sobrecogida ante la elegancia de los movimientos de Lenka. Parecía irreal. No había visto jamás a nadie como ella.

Dos horas más tarde Lenka levantó la mano indicando a sus alumnos que disponían de quince minutos para descansar.

Los rostros de aquel grupo de jóvenes mostraban una gran tensión y era evidente que necesitaban un receso.

Lenka ofreció un café a sus visitantes en su despacho, aunque recordando que en pocos minutos reanudaría la clase y que daría por terminada su visita.

Zahra se preguntaba cómo podría hablar a solas con Lenka. Era del todo imposible hacerlo ante la presencia de Kaspar Meier y de Petr Mezlik.

Bebieron aprisa el café y Zahra le preguntó a Lenka si podía regresar en algún otro momento a la escuela de baile.

—Es tanto lo que he aprendido hoy que me atrevo a abusar de su amabilidad para que me permita asistir a otra de sus clases.

Lenka Zmek puso un gesto de contrariedad y con palabras poco amables dijo haber accedido a la presencia de Zahra porque Petr Mezlik y ella eran viejos amigos. Zahra insistió, y ella casi se mostró grosera diciendo que no entendía su

interés puesto que tan diferentes eran el ballet y las danzas orientales.

Pero Zahra no era de las que se rendían y le dijo que quizá podría ir a verla al teatro aquella noche. Lenka desechó la invitación admitiendo su falta de interés por la danza oriental, sobre todo por un espectáculo que tendría como público a soldados cuyo único objetivo era entretenerse. Todo el mundo sabía que aquella noche irían a ver a Zahra buena parte de los oficiales nazis del ejército que ocupaba Checoslovaquia.

Kaspar Meier asintió, añadiendo que aunque los nazis aún lloraban a Heydrich, el Alto Mando había decretado que no cabían más duelos en Praga, y que sería un privilegio para ellos ver a Zahra.

—¿Cuándo puedo volver? —insistió Zahra.

—Querida, no creo que disponga de demasiado tiempo. Esta noche usted actúa y mañana también —le recordó Kaspar Meier, intentando que la egipcia aflojara un poco.

—Actuaré por la noche, el día tiene muchas horas —respondió Zahra.

Durante un minuto aguardaron a que fuera Lenka quien señalara el momento en que Zahra podría volver.

—Bien, mañana doy una clase a mis alumnos más aventajados; no son muchos, sólo diez. Quizá podría venir a verlos bailar. Comenzamos a las nueve en punto.

—Se lo agradezco. Aquí estaré.

Cuando salieron del estudio de Lenka el frío los envolvió.

—Si no le molesta andar, podemos aprovechar que no nieva para enseñarle esta parte de la ciudad —propuso Petr Mezlik.

—Todo esto me parece encantador —afirmó Zahra.

—Éste es el barrio de Malá Strana. Está situado a los pies del castillo. Es una ciudad dentro de la ciudad.

Estuvieron andando un buen rato. Kaspar Meier, dando por sentado que Fernando, como español, sería un devoto católico, se empeñó en entrar en todas las iglesias que encontraban a su paso. Fernando no quiso contrariarle y tampoco

evidenciar su falta de creencias religiosas.

Meier parecía entusiasmado al anunciarle que la siguiente iglesia en la que iban a entrar era la de Nuestra Señora de la Victoria.

—No imagina lo que va a ver. Esta iglesia tiene mucho que ver con España.

No por no ser creyente Fernando dejaba de admirar el valor artístico de cuanto veía. Su padre le había enseñado no sólo a respetar las creencias ajenas, sino también a disfrutar del arte, fuera arte religioso o de otro signo. Fernando no podía dejar de recordar que su padre solía decirle que no se podía entender la civilización occidental sin la enorme influencia de la Iglesia de Roma. Se preguntó si su padre disfrutaría de la visita de aquellas iglesias de Praga.

—Pues como le iba diciendo, aquí se guarda la estatua del Niño Jesús de Praga —la voz de Kaspar Meier devolvió a Fernando al tiempo presente—, pero mejor que le cuente la historia nuestro amigo Petr.

Petr Mezlik continuó la explicación iniciada por su socio.

—Mire, esa pequeña figura del Niño Jesús es del siglo XVI y llegó a Praga con la duquesa María Manrique de Lara. Esta aristócrata estaba casada con Vratislav von Pernstein. En fin, quién le iba a decir a tan ilustre señora que la imagen que trajo consigo iba a terminar siendo venerada con tanta devoción en Praga.

El resto de la mañana lo dedicaron a visitar aquella orilla de la ciudad y Mezlik les descubrió una joya bien guardada: la biblioteca de la basílica de Nanebevzeti.

—Era una sorpresa que le tenía preparada. Kaspar me dijo que entre sus aficiones estaba la lectura y que coleccionaba libros antiguos. De esta biblioteca no podrá llevarse ninguno, pero sí admirarlos.

Petr Mezlik se sentía especialmente satisfecho de haber conseguido que les abrieran las puertas que tan celosamente guardaban un tesoro de libros único.

—Como verá, querida, hemos tenido en cuenta todos sus gustos; su representante, el señor Chamoun, me indicó su interés por las bibliotecas. En Viena no tuvimos demasiado tiempo, pero el señor Mezlik ha tenido la bondad

de prepararle esta agradable sorpresa.

Zahra se mostró agradecida y Fernando la vio entusiasmada durante la visita a la biblioteca sin dejar de sentirse molesto por haber descubierto esa otra afición de Zahra. En realidad no sabía nada sobre ella, admitió con cierta amargura.

Más tarde pasaron delante de un palacio por el que Zahra preguntó.

—Es el palacio Petschek —comentó Petr Mezlik con gesto sombrío.

—Pertenebió a un importante banquero —añadió Meier.

—Dice bien, perteneció a un importante banquero, pero ahora es la sede de la Gestapo —apostilló Mezlik, y en su tono de voz se reflejaba una ira difícilmente contenida.

Poco antes del almuerzo, Petr Mezlik los invitó a visitar su oficina, donde Zahra tenía que firmar algunos papeles.

La oficina de Mezlik estaba en la calle Celetná, cerca de la Torre Astronómica y a pocos pasos del hotel París, donde se alojaban Zahra y Fernando.

Después del almuerzo, Zahra dijo que deseaba retirarse a descansar. Tenía que prepararse para la actuación de la noche. La nieve había vuelto a adueñarse de la ciudad y el frío les había calado la ropa de abrigo.

Zahra empujó la puerta que la separaba de la habitación de Fernando y le encontró mirando por la ventana. Parecía fascinado por la nieve.

—Tenemos que convencer a Lenka Zmek para que nos guíe hasta Jana Brossler.

A Fernando casi se le había olvidado el verdadero motivo que los había llevado a Praga; Jana Brossler se había desdibujado en su mente.

—Wilson nos dijo que Jana era una de las alumnas de Lenka. Es la única pista que tenemos. También dijo que alguien le alertaría de que su padre iba a enviar a alguien a por ella —insistió Zahra.

—No será fácil que esa mujer te diga algo. Creo que estaba más que molesta por nuestra presencia. Y no sé si te has dado cuenta del gesto de contrariedad cuando insistías en que querías volver.

—Sí, y lo entiendo. Ella sólo siente desprecio por mí.

—¿Desprecio?

—Es una gran bailarina.

—Y tú también.

—Pero seguramente piensa que mis danzas nada tienen que ver con el arte. En fin, no me importa. Nuestro objetivo es encontrar a Jana y, a ser posible, sacarla de aquí.

—¿Sacarla? No creo que sea factible. Hay soldados alemanes por todas partes. Los nazis son los dueños de Checoslovaquia. Difícilmente podemos llevar con nosotros a esa chica.

—Ya veremos. Ahora lo importante es conseguir que Lenka confíe en nosotros. He pensado que podrías acercarte a su estudio y revelarle por qué estamos aquí.

—Supongo que nos estarán vigilando. ¿Cómo explico que voy al estudio de Lenka Zmek?

—Pues porque yo quiero invitarla a mi actuación de esta noche y te he insistido en que vayas.

—Un argumento endeble. Ya lo has hecho esta mañana.

—Es la única excusa que puede resultar creíble.

—Creo que es mejor esperar a mañana. Supongo que nos acompañarán Meier y Mezlik, procuraré convencerlos de que es mejor dejarte sola viendo la clase de Lenka mientras nosotros tomamos un café.

—Tienes razón... es que estoy impaciente. Esta ciudad es hermosa, pero se siente el peso de la opresión. Los soldados y esos tipos de las SS...

—Esos tipos de las SS irán esta noche a verte bailar. Así que ve haciéndote a la idea de que tendrás que saludar a los jefes y mostrarte encantadora.

—Seré yo misma. Y ya sabes que nunca tengo trato con quienes me van a ver. No tengo por qué.

—Ya veremos lo que sucede esta noche. Ah, y no sabía que coleccionabas libros antiguos. —Su voz era un reproche.

—No tenías por qué saberlo. Yo no te lo he dicho —afirmó ella sosteniéndole la mirada.

—Entre tú y Wilson lográis que me sienta poco menos que nada.

—Ése es tu problema, Fernando. Yo ignoro todo sobre ti y eso no me hace sentirme ofendida.

A Fernando le hirió la respuesta. Zahra le había marcado los límites de su relación. No podía esperar nada más de ella.

—No creo que vuelva a acompañarte en ningún otro viaje. No me siento cómodo con el papel que Wilson me ha asignado.

—Sí, eso ya me lo has dicho, y tendrás que decírselo a él. Yo no decido ni dónde voy ni con quién voy. Sólo hago lo que debo hacer —respondió Zahra con frialdad.

Ella pasó el resto de la tarde en su habitación y él, a pesar de que seguía nevando, decidió salir a pasear. No soportaba la soledad de la habitación.

Aquella noche Zahra enardecía al público con sus danzas. Los aplausos le impedían abandonar el escenario. Los asistentes, en su mayoría soldados, aplaudían con admiración.

En la puerta de su camerino se agolparon varios oficiales reclamando verla y sin atender a las razones que tanto Kaspar Meier como Petr Mezlik les daban para que se fueran.

—Señores, mañana habrá una recepción a la que asistirá la señorita Nadouri, allí podrán hablar con ella. Pero esta noche debe descansar —explicó Mezlik, intentando hacerse oír entre las quejas de aquellos oficiales.

Zahra le había insistido a Kaspar Meier que no era necesario que la acompañara al estudio de Lenka Zmek, pero el austríaco no pensaba dejarla sola por Praga aunque fuera escoltada por Fernando. Petr Mezlik tampoco veía conveniente que ella se arriesgara por las calles de la ciudad, así que ambos la acompañarían, aunque Zahra les había hecho prometer que no se quedarían con ella y le permitirían disfrutar de la sesión de ballet de Lenka.

—Si ustedes se quedan, ella se sentirá incómoda... No se puede dar una clase

con un público no deseado. Yo me quedaré en un rincón y se olvidarán de mí, pero si estamos los cuatro, querrá que nos marchemos cuanto antes.

Aceptaron. Fernando los convenció sugiriendo que quizá mientras Zahra disfrutaba de la clase de ballet ellos podían ir a tomar un café a alguna parte.

La propia Lenka abrió la puerta a Zahra y con un gesto la invitó a pasar.

—Ha madrugado mucho. Hasta dentro de unos minutos no llegarán mis alumnos. ¿Le apetece un café?

—Sólo deseaba hablar con usted a solas, si me lo permite. En realidad estoy en Praga por eso.

Lenka la miró extrañada y su cuerpo se tensó sorprendida por las palabras de la egipcia.

—¿Qué es lo que quiere?

—Encontrar a Jana Brossler. Estoy segura de que le dijeron que alguien se pondría en contacto con usted.

El rostro de Lenka adquirió la tonalidad del hielo y en sus ojos brilló la preocupación.

—¿Jana Brossler? No sé a quién se refiere, ¿quizá a una antigua alumna?

—Por lo que sé, Jana Brossler es una de sus alumnas favoritas. Una joven valiente pero algo temeraria que bajo ningún concepto acepta la ocupación alemana y eso le llevó a intentar formar parte de la Resistencia. —Zahra había bajado la voz, hablaba casi entre susurros.

—No sé de qué me habla. —La voz de Lenka sonó fría y rotunda.

—Disponemos de poco tiempo, señora Zmek. Me dijeron que debía confiar en usted. Y es lo que estoy haciendo. El padre de Jana acudió a un buen amigo para que le ayude a encontrar a su hija. El señor Brossler quiere sacarla de aquí. Y es lo que me dispongo a hacer si usted me dice dónde encontrarla.

—Aunque fuera verdad lo que dice, ¿por qué debería yo fiarme de usted? Sólo sé que usted es una bailarina de danzas orientales. También sé que los alemanes

tienen muchos amigos entre los egipcios.

—¿Amigos? Sí, supongo que desgraciadamente tienen amigos en todas partes. Pero yo no me encuentro entre ellos. Me dijeron que debía utilizar una frase para que usted confiara en mí. Ayer no encontré la manera de decírsela, pero ahora lo haré: «Me gustaría descansar en el balneario».

Los labios de Lenka Zmek dejaron entrever una ligera sonrisa.

—De acuerdo. Ésa es la contraseña.

—Tiene que confiar en mí. Yo no tengo otra opción que confiar en usted.

—Es difícil confiar en nadie en estos tiempos —dijo Lenka suspirando.

—Lo sé, pero no tenemos más remedio que hacerlo. ¿No le dijeron que vendría?

—Me avisaron, sí, pero no me dijeron quién.

—No sé... pero tengo la impresión de que Petr Mezlik... —Zahra no terminó la frase.

—Señorita Nadouri, el señor Mezlik es un patriota checo.

—No lo dudo... aunque cuesta creerlo sabiendo que es socio del señor Meier.

—¡Ah, las apariencias! Usted misma ha sido contratada por el señor Meier, ¿por eso debería desconfiar de usted? Sí, es una buena razón, pero no suficiente. Hay muchas maneras de esconderse.

—Entonces ¿el señor Mezlik forma parte de la Resistencia?

Lenka clavó su mirada verde en la de Zahra. Encontraba que la pregunta estaba fuera de lugar.

—Ignoro los nombres de los que forman parte de la Resistencia, si es que queda alguno vivo. Estar en contra de los nazis no significa ser parte de la Resistencia. En fin... ¿cómo piensa llevarse a Jana?

—He traído documentación falsa. Espero que sirva.

—No sabemos si los nazis la buscan. En realidad, ella nunca ha formado parte de la Resistencia aunque conocía a gente que... En fin, los nazis se han vuelto locos con la muerte de Heydrich. Mataron al grupo que atentó contra él. Sólo se libró el traidor, Karel Čurda. Que Dios le castigue en el Infierno. Luego Himmler

se vengó ordenando asesinar a todos los hombres de Lídice.

—Lo sé, todo eso lo sé.

—Pero lo que no sabe es que no será fácil sacar a Jana.

—¿Dónde está?

—En Karlovy Vary. Es un balneario, un hermoso balneario, no muy lejos de Praga.

—¿Por qué está allí?

—Porque aquí corría peligro. Alguien podía delatarla, ir con el cuento de que había intentado unirse a la Resistencia. De hecho, uno de sus amigos conocía a uno de los jóvenes que atentaron contra Heydrich. Jana es mi mejor alumna. Si esta guerra termina alguna vez, será la mejor bailarina de este maldito siglo. Conseguí llevarla a Karlovy Vary a casa de mi tía Aneta, allí se hace pasar por su señorita de compañía.

—Pero Jana está muy expuesta.

—A veces es más fácil ocultar lo que se ve. Mi tía Aneta es una mujer muy especial. Es hermana de mi madre. Tiene mucho genio y todo el mundo la teme un poco. Es muy conocida y respetada en Karlovy Vary. Sus veladas musicales son famosas. Se ha casado cuatro veces y ha sobrevivido a sus cuatro esposos. No tiene hijos y yo soy su única sobrina. Tenemos algo en común y es que ambas queremos ver a los alemanes fuera de nuestro país, pero además odiamos a estos malditos nazis.

—Hitler es un loco. Sólo hay que escucharle para darse cuenta —afirmó Zahra.

—No, no está loco. No sea benevolente con él.

—Tiene razón, y ahora dígame de qué manera podemos traer a Jana hasta Praga.

Lenka se quedó pensativa. Buscaba una solución y pareció que la había encontrado.

—Se me ocurre que venga conmigo a Karlovy Vary. La invitaré a visitar el balneario. También invitaré a Meier y a Mezlik. Iremos a casa de mi tía. Y allí ya

se nos ocurrirá algo. Pero puede que Jana no desee abandonar el país. Debe saber que no quiso acompañar a su padre cuando se marchó —explicó Lenka.

—Lo sé, pero ahora su vida corre peligro —le recordó Zahra.

—Sí... En realidad sé que están buscando a todos aquellos que han tenido relación con lo que quedaba de la Resistencia. Han detenido y torturado a mucha gente para sacar confesiones inútiles, porque la mayoría no tenía ninguna relación con la Resistencia.

—Le propongo que vaya a verme esta noche al teatro. Tenemos que dar la impresión de que hemos simpatizado. Sé que esta noche me han organizado una recepción a la que debo ir. Usted podría acompañarme. De ese modo a nadie le extrañará que yo vaya con usted a Karlovy Vary.

—¡Ir a una recepción con los nazis! ¡De ninguna manera! —exclamó Lenka.

—Tiene que ayudarme a sacar a Jana. Tenemos que convencer a todos de que hemos simpatizado.

—Iré a verla bailar, pero no asistiré a esa recepción. Mi estómago tiene un límite, señorita Nadouri.

—El mío también, señora Zmek, salvo cuando se trata de salvar una vida. Primero procuro salvarla, después vomito. Siempre por este orden.

—La veré esta noche en el teatro. Dígale a Petr Mezlik que me mande un par de entradas.

—Por cierto, ¿qué opinión le merece Mezlik?

—Confío en él. Nos conocemos desde hace muchos años. Fue él quien unos días atrás me dijo que alguien vendría a verme y me dio la contraseña que usted me acaba de decir.

—¡Así que está al tanto de que he venido!

—No, en absoluto. Las cosas no funcionan de forma tan simple. A él alguien le dijo que me dijera una frase que en algún momento alguien me repetiría. Pero desconocía quién, lo mismo que yo tampoco sabía quién vendría ni por qué.

—¿Por eso se mostró tan contrariada por mi presencia?

—¿Y qué quería? Yo no sabía que la persona que iba a darme la contraseña

era usted. Mezlik tampoco lo sabía entonces, ni debe saberlo ahora.

—Ya... Pero usted confía en Petr Mezlik...

—Ya le he dicho que es un patriota checo aunque sea socio de Kaspar Meier. Incluso eso nos es muy conveniente.

—¿Quién le dijo a él que iba a venir alguien para ponerse en contacto con usted?

—No lo sé, hay preguntas que es mejor no hacer. Cuanto menos sepamos los unos de los otros, menos peligro correremos. Hay muchas maneras de formar parte de la Resistencia, la nuestra es una de esas maneras. Procuramos ayudar a los que están en primera línea jugándose la vida.

—Como Jana.

—Sí, como pretendía Jana.

El grupo de alumnos escogidos de Lenka era realmente excepcional. Auténticos virtuosos del ballet. Lenka Zmek se olvidó de la presencia de Zahra y ni siquiera se despidió de ella cuando se marchó. Ya se habían dicho todo lo que tenían que decirse.

Aquella noche en el teatro se elevaron los murmullos cuando el público se dio cuenta de la presencia de Lenka Zmek. La bailarina, vestida con un traje negro de terciopelo hasta los pies y peinada con un moño, hizo su entrada del brazo de un hombre de cierta edad que se apoyaba en un bastón.

Ambos eran elegantes y tenían un gesto aristocrático y distante. Caminaban ignorando a cuantos estaban a su alrededor.

Los comentarios arreciaron. ¿Por qué Lenka Zmek se había dignado a acudir al teatro Vinohrady a ver el espectáculo de una bailarina oriental? Todos sabían que Lenka, más que arrogante, era soberbia y que no había bailarina en el mundo a la que considerara su igual. Pero allí estaba, espléndida y orgullosa del brazo de Pavel Ostry, otra gloria nacional, el mejor director de orquesta de Checoslovaquia, un mito en el resto de Europa.

Pero el público aún se extrañaría más al ver a Lenka y Pavel aplaudir a la

bailarina egipcia.

En el intermedio, unos camareros ofrecían champán a los asistentes al espectáculo. Petr Mezlik se acercó a Lenka y a Pavel Ostry insistiéndoles en que acudieran a la recepción que había organizado en honor de Zahra. La bailarina se negó en redondo a asistir, pero no escatimó elogios hacia la egipcia. Lo hizo con la voz fría y firme que la caracterizaba. Muchos de los asistentes pudieron escucharle decir que Zahra Nadouri era una gran bailarina.

Cuando terminó la función, Zahra acudió a saludar a Lenka. El público comentó el gesto deferente de la egipcia para con Lenka Zmek.

—Tenga cuidado, está aquí Ernst Gerke, y a lo que parece asistirá también a la recepción que le ha organizado Meier esta noche —susurró Lenka.

—¿Quién es ese Ernst Gerke? —quiso saber Zahra.

—El jefe de la Gestapo en Praga.

Ambas interpretaron con precisión el papel que ellas mismas habían elegido. Lenka no acudió a la recepción en honor de Zahra, pero al día siguiente en Praga se sabría que la gran Lenka Zmek se había mostrado amable con Zahra Nadouri e incluso la había elogiado. La noticia sería más agradable de comentar que los avatares de la guerra.

La recepción resultó un éxito. Zahra tuvo que hacer un esfuerzo al aceptar los halagos de aquellos oficiales alemanes ansiosos por cortejarla y a los que no parecía importarles la presencia de Fernando.

Ni a él ni a Zahra se les pasó por alto el entusiasmo que Kaspar Meier demostró ante la llegada de un hombre ante el que todos los presentes acudían a saludar.

—Es el Obersturmbannführer Ernst Gerke, jefe de la Gestapo de Praga, el hombre más poderoso y temido de la ciudad —dijo Petr Mezlik.

—¿Es amigo de Meier? —preguntó Fernando.

—Al menos se conocen y parecen simpatizar. Sin duda Meier se lo presentará. Podría decirse que hace un gran honor a Zahra al haber ido a verla bailar al teatro, y también ahora viniendo a la recepción. Esta noche, querida, están los

oficiales más importantes del Ejército alemán, además de los de las SS y, por supuesto, de la Gestapo.

El tono de voz de Mezlik intentaba ser neutral, pero Fernando creyó detectar un poco de miedo y de asco.

Petr Mezlik consiguió prorrogar las actuaciones de Zahra tres días más de los previstos, tal era el éxito obtenido. Los periódicos publicaron que Zahra había sido invitada por Lenka Zmek a dar una clase magistral en su escuela de ballet.

—De manera que nos quedaremos unos días más —comentó Zahra con Fernando.

—En España diríamos que toda la operación para sacar a Jana está cogida con alfileres. ¿Creéis que los nazis son unos ingenuos? Nos estarán vigilando.

—Puede que sí o puede que no le den importancia a que dos bailarinas hayan simpatizado. Tenemos que correr el riesgo. El próximo fin de semana iremos a Karlovy Vary. Kaspar Meier parece entusiasmado con la idea. También nos acompañará.

—Es obvio que Meier está a favor de los nazis. ¿Es que no escuchas las cosas que dice? Que si Hitler les ha devuelto el orgullo a Austria y a Alemania, que si Europa se convertirá en el faro del mundo cuando Hitler la gobierne de norte a sur...

—Precisamente por eso debe acompañarnos. Naturalmente, él cree que Lenka me ha invitado a conocer el balneario y a su tía, que es todo un personaje. Meier me ha explicado que el último marido de la tía de Lenka era un conde y, por tanto, eso la convirtió en condesa. Y para Meier ser recibido en casa de una condesa le hace sentirse especial.

—¿Crees que Meier es tonto? Pues no, no lo es. No ha conseguido hacer fortuna por ser tonto. Es ambicioso y carece de refinamiento, pero detrás de su aparente simpleza hay un hombre hecho a sí mismo que sabe lo que quiere —replicó Fernando.

—En cualquier caso, él ha decidido venir y no encuentro razón para negarme. Iremos todos a Karlovy Vary —sentenció ella.

Zahra sentía fascinación por la nieve; tanta como por la arena interminable del desierto o por el mar infinito. Aunque temblaba de frío. Petr Mezlik y Kaspar Meier habían ido a buscarlos al hotel al amanecer. Mezlik iba al volante de un coche negro salpicado por la nieve.

El vienes no había dejado de hablar desde que salieron de Praga. Fernando intentaba seguirle su cháchara, pero Zahra apenas los escuchaba. Hasta que llegaron a Karlovy Vary no le prestó atención. Los árboles se abrían paso hacia el cielo y las laderas de los montes estaban salpicadas de mansiones de cuyas chimeneas se escapaba un humo que parecía desperezarse.

Con el rostro pegado al cristal de las ventanillas del coche Zahra escuchó las explicaciones de Kaspar Meier cuando, tras señalar el río Teplá que discurre frente al Balneario Imperial, se apresuró a decir que había sido construido bajo la dirección de dos arquitectos vieneses en 1895, apenas cincuenta años atrás, que habían sido pródigos en convulsiones en Europa con la Gran Guerra y la Revolución rusa.

—Los personajes más importantes de Europa han pasado por este balneario. Imagínese... Beethoven, Chopin, Liszt, Tolstói, Goethe, Freud...Ah, y el zar Pedro I, quien solía venir algunas temporadas seguido de los miembros más preeminentes de su corte. Pero no sólo él gustaba de tomar las aguas aquí, el mismísimo Karl Marx visitó el balneario. ¿Imagina, querida? Usted debe beber esta agua prodigiosa. Estoy seguro de que nuestra admirada Lenka lo habrá arreglado para que pueda disfrutar de la experiencia.

De vez en cuando Petr Mezlik cruzaba su mirada con la de Zahra a través del espejo retrovisor. Había permanecido en silencio durante el viaje dejando que fuera Meier quien los distrajera.

Un mayordomo los aguardaba en la puerta. La mansión estaba rodeada de

árboles centenarios, tantos y tan frondosos que desde el camino quedaba oculta.

Dos doncellas acudieron a hacerse cargo del equipaje.

Apenas entraron en la casa se encontraron con Lenka y su tía Aneta.

—Bienvenidas —dijo ésta.

—¿Han tenido buen viaje? —se interesó Lenka.

Tía Aneta los invitó a seguirla hasta la biblioteca, donde unos cuantos troncos se iban consumiendo en el fuego de la chimenea.

Si Lenka Zmek era una mujer de una belleza singular, su tía lo era mucho más. Resultaba difícil calcular qué edad tenía. Más alta que Lenka, muy erguida y delgada, con el cabello rubio plateado por alguna cana recogido en un moño y unos ojos aún más verdes que los de su sobrina. Todo en ella irradiaba inteligencia, elegancia y autoridad. Su presencia llenaba la estancia.

El mayordomo acudió seguido de una doncella con una bandeja y un servicio de café. Hablaron de banalidades mientras se iban midiendo los unos a los otros hasta que la condesa Aneta se levantó y los invitó a instalarse en las habitaciones que les había preparado.

—Descansen. Los veré a la hora del almuerzo. —Y salió de la estancia dejándolos con su sobrina.

—Bien —dijo Lenka—, una vez que se hayan instalado si quieren podemos dar un paseo por la ciudad. Quizá Petr y el señor Meier prefieran quedarse a descansar... Al fin y al cabo, ustedes ya conocen Karlovy Vary y esta mañana hace mucho frío, pero la señorita Nadouri y el señor Garzo puede que prefieran dar un paseo.

—Desde luego —afirmó Zahra sin preocuparse siquiera en preguntar a Fernando.

—Entonces suban a su habitación un momento para indicar a las doncellas cómo quieren que dispongan su equipaje y yo los esperaré aquí —respondió Lenka.

—Yo prefiero descansar. No es fácil conducir en medio de una tormenta de nieve —se excusó Petr Mezlik.

—Pues yo no estoy cansado y no me importa acompañarlos —dijo Kaspar Meier.

Lenka no podía negarle que los acompañara, pero frunció el ceño. Le hubiera gustado hablar con Zahra y Fernando sin un testigo tan comprometedor como Meier.

—Si no la incomoda, puede llamarme por mi nombre en vez de «señorita Nadouri» —intervino Zahra.

—Yo también preferiría que me llamase por mi nombre —añadió Fernando.

—Si lo prefieren así... —Lenka no parecía muy convencida de que debieran tratarse con informalidad, pero aceptó para no desairarles. Ella siempre se había protegido de los demás marcando todas las distancias que facilita la buena educación.

La mansión no estaba lejos del centro de la ciudad. Andar bajo una nevada no era fácil, así que Zahra se cogió del brazo de Fernando. No olvidaba que tenían que interpretar el papel de dos jóvenes amantes.

Lenka les mostró la Columnata del Mercado y la del Molino, construidas a finales del siglo XIX... En ambas había fuentes donde fluía el agua milagrosa. Les sorprendió sacando de su bolso unas pequeñas jarras de porcelana para que las llenaran con el agua caliente que, según dijo, curaba casi todo.

Fernando y Zahra se animaron a beber en una de las fuentes.

El gesto de asombro de ambos hizo sonreír a Lenka.

—¿No les gusta? Son aguas sulfurosas, quizá tienen un cierto gusto a metal...

—¿Y cómo saben que son buenas para la salud? —preguntó Zahra.

—A Carlos IV, emperador del Sacro Imperio Germánico, le gustaba cazar por estos bosques y descubrió las aguas calientes que brotaban por la zona. De manera que desde el siglo XIV se convirtió en un lugar para venir a tomar las aguas. Pero fue en el siglo XVIII cuando un médico, David Becher, convirtió Karlovy Vary en un auténtico balneario. En fin, este lugar es muy especial, apreciado por muchos personajes destacados. Se podría decir que es el mejor

balneario de Europa —explicó Lenka con orgullo mientras señalaba los edificios barrocos y de estilo *Belle Époque* que se apiñaban junto a otros neoclásicos haciendo del conjunto una auténtica joya.

Tuvieron que regresar a la mansión de la condesa porque la nieve les dificultaba andar y les estaba empapando las ropas.

El almuerzo se sirvió en un comedor cuyos amplios ventanales permitían sumergir la mirada en el bosque cubierto de blanco.

La condesa Aneta les presentó a una joven de aspecto delicado.

—Jana no es sólo mi señorita de compañía, también cuida de mi salud. Sin ella no sé qué sería de mí.

Kaspar Meier observó con atención a aquella jovencita de modales elegantes que de tan tímida apenas levantaba la mirada.

—Así que esta señorita es su enfermera —concluyó Meier.

Aneta no respondió, se limitó a sonreír mientras hacía un gesto a Fernando para que se sentara a su derecha en la mesa. A Petr Mezlik le colocó a su izquierda.

Hablaron de todo y de nada, pero principalmente de teatro y de arte. Kaspar Meier no dejaba de meter baza explicando los numerosos conciertos, ballets y compañías teatrales que en Viena pugnaban por conseguir el favor del público. La condesa se interesó por el baile de Zahra y escuchó atentamente sus explicaciones.

—Me gustaría verla bailar. Nunca he asistido a un espectáculo de baile oriental. Pero hasta aquí ha llegado el eco de su éxito en Praga.

—Siento haber dejado parte de mi equipaje en la ciudad; al igual que el ballet, mis danzas necesitan de un vestuario especial.

La condesa Aneta anunció que, a pesar del mal tiempo, esa tarde irían al teatro.

—Lo bueno de Karlovy Vary es que hay gente que viene todo el año a tomar las aguas. Lo malo es que no siempre la que nos visita es la mejor gente. La ventaja es que nuestro teatro está abierto incluso en esta época del año.

Cuando terminaron de almorzar la condesa les propuso entretenerse jugando al ajedrez o leyendo o escuchando música.

Petr Mezlik propuso a Kaspar Meier y a Fernando tomar una copa de coñac y jugar una partida de cartas; el vienés aceptó de inmediato y Fernando no se pudo negar. Las señoras prefirieron retirarse y prepararse para la hora de ir al teatro.

Sin embargo, ninguna se refugió en sus habitaciones sino que fueron todas a la de Aneta. Allí, una vez cerrada la puerta, Zahra pudo hablar con Jana y explicarle por qué estaba allí.

Jana Brossler la escuchó atenta y emocionada. Hacía meses que había dejado de comunicarse con su padre y soportaba mal la angustia que provocaba esa incertidumbre.

Zahra le explicó que estaba allí para llevársela a Suiza, donde su padre la estaba esperando. Después los dos viajarían a Estados Unidos, si es que los avatares de la guerra se lo permitían.

—Pero no puedo marcharme. Estoy segura de que me buscan. Detuvieron a varios de mis amigos sólo por conocer a alguno de los miembros de la Resistencia.

—Nadie ha dado tu nombre, o de lo contrario no estarías aquí —argumentó Zahra.

—Eso no lo sabemos. Cuando comenzaron las redadas los nazis acudieron a las casas de muchos de los amigos de Jana —afirmó Lenka.

—¿Han detenido a todos sus amigos? —insistió Zahra.

—Por lo que sabemos, algunos sólo fueron interrogados, pero de otros no hemos vuelto a saber nada —volvió a intervenir Lenka.

—¿Estabas muy comprometida con la Resistencia? ¿Sabía mucha gente de ti? —preguntó Zahra.

—En realidad, yo... bueno, conocía a un joven que a su vez conocía a algunos integrantes de la Resistencia, pero yo nunca estuve con ninguno de ellos. Tenían miedo de que los delataran y no se fiaban de nadie. Ni siquiera sabía sus nombres —explicó Jana.

—Entonces no creo que te busquen —afirmó Zahra.

—Eso no lo sabemos —terció Lenka.

—La cuestión es que deberías irte con tu padre, es lo más sensato, Jana, eso si logramos que puedas marcharte —concluyó la condesa Aneta.

—Pero yo no puedo irme... Éste es mi país... No podemos huir y permitir que los nazis se hagan con todo.

—Aquí no haces nada, Jana. Ya no puedes hacer nada. No hay Resistencia, han acabado con ella después de lo de Heydrich —afirmó Zahra.

—Pues habrá que empezar de nuevo —respondió la joven.

—Sí, supongo que alguien lo volverá a intentar. Pero ahora mismo tu participación es imposible, puesto que pondría en peligro a los que intenten volver a formar un grupo de resistentes. Sólo por conocer a alguien que a su vez conozca a alguno de los detenidos es suficiente para ponerte en peligro —recordó Lenka.

—Permítame preguntarle cómo piensa sacar a Jana del país. Supongo que tiene usted un plan —quiso saber la condesa, que ya consideraba irreversible que Jana acabaría marchándose.

—Puesto que usted ha presentado a Jana como su señorita de compañía, además de enfermera... si yo me pongo enferma, podría sugerir que cuidase de mí —explicó Zahra.

—¿Qué quiere decir?

—Nos quedaremos un par de días aquí y la noche antes de nuestro regreso a Praga yo caeré enferma. Usted ofrecerá que Jana me acompañe hasta Suiza para cuidarme, dando por hecho que luego hará el camino de vuelta. Estoy segura de que Kaspar Meier sabrá cómo arreglarlo. Es lo único que se me ocurre que podemos hacer —afirmó Zahra sin demasiada convicción.

—Pero ese hombre simpatiza con los nazis —terció Lenka con preocupación.

—Lo sé, pero es un tipo simple —arguyó Zahra.

—Yo no estoy de acuerdo con que Meier sea un simple, creo que se lo hace. No le menosprecie —le recomendó la condesa.

—Llegamos a Praga en tren y en tren debemos salir. Jana será mi enfermera. Tengo un pasaporte para ella con un apellido falso, aunque, eso sí, el nombre es el mismo, Jana. El pasaporte es suizo. También tengo un título de enfermera expedido en Suiza a nombre de Jana.

—Jana no es un nombre suizo —replicó la tía Aneta.

—No, no lo es. Su nueva identidad es la de una chica de padres suizos aunque su madre es de origen checo. Digamos que Jana es el nombre de una abuela. Ésa es la explicación.

—Pero yo no me quiero ir —insistió Jana.

—Querida, tu presencia aquí ya es del todo inútil. Regresa con tu padre, es lo mejor para todos —sentenció la condesa.

—Sí, hemos tentado demasiado a la suerte —aceptó Lenka.

El rostro de Jana se llenó de lágrimas. No le dejaban otra opción salvo regresar a Praga y enfrentarse a su suerte, y eso podría suponer acabar detenida y Dios sabía qué más.

—¿Sabe, Zahra?, me sorprendió cuando me explicó en Praga que había traído un pasaporte falso. Usted no sabía lo que se iba a encontrar —dijo Lenka, mirando a Zahra con curiosidad.

—Ya le expliqué cuál era mi cometido. Quien me mandó aquí sabía que usted había cobijado a Jana. Por eso me ordenaron ponerme en contacto con usted. No sé si esa persona sabía que Jana estaba con su tía, eso lo ignoro, no me lo dijo, pero puede que también lo supiera. Las personas con las que colaboro tienen muchos ojos en todas partes, de manera que me explicaron que la única manera de sacarla era que yo me pusiera enferma y la hiciera pasar por mi enfermera.

—Pero usted desconocía que Jana estaba aquí con mi tía —insistió Lenka.

—Usted misma me lo dijo, es mejor no saber más que lo justo, de manera que yo sabía lo estrictamente necesario: que debía ponerme en contacto con usted y traer conmigo un pasaporte y un título de enfermera para Jana.

—¿Y qué es lo que sabe Fernando Garzo? —La pregunta de Lenka desconcertó a Zahra.

—¿Saber? ¿A qué se refiere?

—¿Sabe a qué ha venido usted a Praga? —Una pregunta tan directa no daba lugar a otra respuesta que no fuera igual de directa.

—Desde luego, está al tanto de todo. Fernando es... es... es mi prometido. A él le confío mi vida. Cuida de mí y cuidará de Jana.

—¿Sabe, querida?, no dudo de que usted pueda confiarle su vida, pero deberían disimular mejor, se muestran demasiado distantes y fríos el uno con el otro como para ser amantes. Le aconsejo que pongan un poco más de pasión. — Las palabras de Aneta sonrojaron a Zahra.

La primera sorpresa que les aguardaba en el teatro era la bóveda pintada por Gustav Klimt; la segunda, el impresionante telón igualmente pintado por Klimt; la tercera, que la función que iban a ver era nada menos que *Las Bodas de Fígaro* de Mozart, la misma obra con que se inauguró el teatro de Karlovy Vary en 1886.

Disfrutaron de la velada, y cuando regresaron a la mansión lo hicieron con mejor ánimo.

Al día siguiente, Lenka les anunció que su tía los acompañaría a recorrer la ciudad. Del mal tiempo sólo quedaba el frío, pero aquella mañana el sol regalaba algunos rayos que se filtraban entre las nubes reflejándose en las copas de los árboles.

La condesa los llevó a ver la Columnata del Castillo, donde unos años antes se había erigido una estatua dedicada al Espíritu de los Manantiales. También visitaron la iglesia de María Magdalena. Lo que no esperaban era que al entrar en los Baños Imperiales dos de las doncellas de Aneta los aguardaran con todo lo necesario para acceder a las instalaciones.

Así se les fue el día, aunque al regresar a la casa, Aneta le pidió a su sobrina que llevara a sus invitados a visitar la iglesia de los rusos dedicada a san Pedro y san Pablo.

—Antes de que estallara esta guerra venían muchos nobles rusos a tomar las aguas. Les gustará.

Kaspar Meier aprovechó para maldecir al Ejército Rojo y auguró que tarde o temprano Hitler les daría su merecido. Pero no recibió respuesta a sus comentarios. El día era demasiado hermoso como para dejar que Meier lo estropeará.

Tuvieron que esperar otro día para poner en marcha el plan previsto para engañar a Meier y sacar a Jana de Checoslovaquia.

Fernando bajó a desayunar con gesto preocupado y le comento a la condesa, delante de Meier y de Mezlik, que Zahra se encontraba indispuesta.

Aneta le preguntó si creía necesario la presencia de un médico, a lo que Fernando respondió que habría que esperar a que Zahra se despertara puesto que había estado en vela durante toda la noche aquejada de fuertes dolores de estómago.

Petr Mezlik se mostró preocupado y sugirió que regresaran de inmediato a Praga, donde podría ser atendida por un médico. Meier secundó la propuesta de su socio. Pero Fernando les pidió calma hasta que la bailarina despertara.

Él prometió informarles y regresó a la habitación de Zahra.

A media mañana le pidió a Aneta que llamara a un médico puesto que Zahra decía sentirse incapaz de levantarse al sufrir un ataque de vértigo. Había sido ella quien había elegido la enfermedad que la aquejaría. No es que en su vida hubiera sufrido vértigo, pero su madre sí y recordaba los síntomas y todo lo que ese mal acarreaba.

Kaspar Meier se ofreció a acompañar a Petr Mezlik a buscar al doctor para llevarle a casa de Aneta.

Aquél era uno de los momentos más expuestos del plan, puesto que el médico que la iba a visitar no estaba en el secreto de la operación de rescate de Jana. De manera que Zahra tendría que fingir, y de su actuación dependería lo que pudiera pasar en la segunda parte de la misión.

El doctor Novák examinó minuciosamente a Zahra acompañado de Jana, que

estrenaba su papel como enfermera. La egipcia estaba pálida, con los ojos cerrados, y suplicaba que no la movieran porque toda la habitación giraba a su alrededor.

Jana también estuvo a la altura de lo que se esperaba de ella y antes de que el médico diagnosticara el vértigo, fue ella quien sugirió que acaso ése era el mal que aquejaba a la bailarina, a lo que el doctor Novák asintió sin dudar.

Fernando tenía una mano de Zahra entre las suyas y su gesto de preocupación era conmovedor.

Aneta y Lenka aguardaban en la puerta de la habitación y tras ellas estaban Mezlik y Meier. El sagaz vienés intentaba no perder palabra de cuanto se decía dentro, ya que el inglés que hablaba el doctor Novák era un tanto rudimentario.

Zahra hizo ademán de vomitar y Jana acercó diligente una jofaina pequeña mientras le sujetaba la cabeza. Después de varios esfuerzos, la cabeza de Zahra se escapó de entre las manos de Jana y volvió a reposar en la almohada.

—Doctor, yo creo que hay demasiada gente en la habitación. No es bueno para la enferma; además, en el estado en el que se encuentra no creo que le guste que la contemplen. —La voz de Jana sonó con convicción.

—Tiene razón, enfermera. Aquí hay demasiada gente y entre todos le quitamos el aire. Lo mejor es que se quede usted con ella. Le recetaré unas pastillas que le cortarán los vómitos, pero en cuanto al vértigo... me temo que no hay mucho que hacer. Puede durarle varios días.

—¡Pero podrá hacer algo! No se tiene en pie. No puede caminar sola —dijo Fernando con un punto de angustia en la voz.

—Me temo que no tenemos ningún remedio eficaz para el vértigo, aunque probaremos con algún fármaco. Lo mejor es que la mantengan en cama pero con la cabeza levantada, eso la ayudara a estar mejor.

Fernando siguió al doctor Novák fuera de la habitación y cerró la puerta dejando dentro a Jana.

Se reunieron en el salón donde el doctor les dio las últimas indicaciones, entre ellas que permitieran descansar a la paciente unos cuantos días.

—Doctor, no podemos quedarnos aquí. La señorita Nadouri tiene compromisos artísticos ineludibles. Y en todo caso ella me ha insistido en que quiere regresar a casa —afirmó Fernando.

—Imposible, ¿cómo pretende que viaje así hasta Egipto? De ninguna de las maneras. Aunque sea su voluntad, no podrá ponerse en pie. Al menos tendrán que esperar unos días. Y aunque mejore, tal como está, viajar no es lo más conveniente.

Cuando el doctor Novák se marchó Aneta les preguntó qué les parecía la situación. Fernando insistía en que debían regresar cuanto antes a Alejandría, mientras que Mezlik defendía que había que trasladarla a un hospital en Praga. Kaspar Meier, que temía tener que quedarse velando a la enferma, sugería que lo mejor sería llevarla a Viena donde los más eminentes doctores la podrían tratar.

El doctor Novák visitó a Zahra al día siguiente, certificando que su estado continuaba siendo delicado. Jana y Fernando no se separaban de su lado.

Tres días después, Kaspar Meier no podía ocultar su nerviosismo. Su negocio le reclamaba en Viena. Representaba a otros artistas, promovía espectáculos, no podía alargar su estancia en Karlovy Vary, de manera que solicitó a su anfitriona que entre todos tomaran una decisión sobre qué hacer con Zahra.

Hábilmente, Aneta sugirió que lo mejor era llevarla a Viena tal y como defendía el propio Meier.

—¿Podrá viajar? —inquirió él preocupado.

—Le preguntaremos al doctor Novák. Está a punto de llegar. Que él tome la decisión —determinó la condesa.

Cuando el doctor Novák llegó, la doncella le indicó que la siguiera hasta el gabinete privado de la señora de la casa.

La condesa estaba sentada tras su escritorio escribiendo una carta. Se levantó para estrechar la mano del médico.

—Mi querido doctor, tenemos un problema. El estado de la señorita Nadouri es delicado, pero por otra parte ni ella ni sus acompañantes pueden prolongar durante más tiempo su estancia aquí. Es comprensible, el señor Meier tiene que

regresar a Viena y el señor Mezlik tiene igualmente asuntos que tratar en Praga. Mi sobrina Lenka tampoco puede ausentarse por más tiempo de su escuela de ballet. ¿Qué cree que debemos hacer?

—Señora condesa, es difícil tomar una decisión dado el estado de la señorita Nadouri.

—Sí, tiene razón, pero el otro día usted le encargó a mi enfermera que no se separara de la cabecera de la enferma. ¿Cree que si mi enfermera la acompañara, el viaje podría ser menos gravoso para la señorita Nadouri? —preguntó Aneta con una voz engañosamente almibarada.

El doctor Novák dudó unos segundos. Que una enferma de vértigo partiera de viaje era una temeridad, pero comprendía que la condesa debía de estar harta de que se alargara la estancia de sus huéspedes, tanto como para estar dispuesta a renunciar a los cuidados que le prestaba su señorita de compañía, que había descubierto que también era enfermera a raíz del problema de salud de la bailarina egipcia. La condesa Aneta era una mujer importante y con una excelente salud, y no comprendía por qué se había empeñado en disponer de una enfermera a su servicio; claro que teniendo en cuenta que sus cuatro maridos habían caído enfermos dejándola viuda, quizá la mujer tuviera aprensión. En cualquier caso, él se sentía dispuesto a complacerla.

Primero visitó a Zahra. Jana le informó de que seguía sin poder ponerse en pie aunque los vómitos parecían estar remitiendo. El doctor la examinó y miró sonriendo a la condesa.

—Creo que con la asistencia de la enfermera, la señorita Nadouri podrá emprender viaje.

Cuando la condesa Aneta y el doctor Novák entraron en la biblioteca, Meier y Mezlik hablaban acaloradamente y Fernando los observaba mientras fumaba.

—Señores, el doctor Novák acaba de ver a la señorita Nadouri y... mejor dígaselo usted, doctor —le pidió Aneta.

—La señorita Nadouri empieza a recuperarse aunque el vértigo no es algo que desaparezca de un día para otro. Entiendo que ella quiere regresar a Egipto y

podrá hacerlo siempre que viaje acompañada por alguien cualificado. Una enfermera. La condesa, con la generosidad que la caracteriza, está dispuesta a prescindir durante un tiempo de la señorita Jana.

—¡Qué gran noticia! —exclamó Kaspar Meier sonriendo.

—Dígame, ¿hasta dónde acompañará la enfermera a la señorita Nadouri? —preguntó Petr Mezlik, sorprendido por el anuncio del doctor Novák.

—Hasta donde sea necesario. Si la señorita Nadouri se siente con fuerzas, mañana mismo podrán marcharse a Praga. Entiendo que desde Praga irán a Viena y de allí no sé de qué manera a Egipto —dictaminó la condesa.

—¡Cuánto se lo agradezco! Sé que Jana no es sólo su enfermera sino también su señorita de compañía... Cuánta generosidad por su parte. —Fernando había cogido la mano de Aneta y se la besaba agradecido.

—Es una magnífica solución. La enfermera podrá cuidar de la señorita Nadouri y así estaremos todos tranquilos. Habría sido una temeridad que viajara sin cuidados médicos. Yo mismo me encargaré junto a mi amigo Mezlik de tramitar el papeleo para que la enfermera no encuentre ningún obstáculo para acompañar a nuestra querida Zahra —afirmó Meier.

Aquella noche durante la cena todos se mostraron animados.

—Querida, ¿podrá arreglárselas sin su enfermera? —quiso saber Meier.

—Tendré que hacerlo. Como bien sabe, Jana no es sólo enfermera, también me acompaña en mi soledad después del fallecimiento de mi cuarto esposo. Me siento tan sola en esta casa... Mi querida sobrina Lenka no viene a verme tanto como desearía.

—Tía, ya sabes que no puedo dejar por mucho tiempo la escuela de ballet —se disculpó Lenka.

—Lo sé... lo sé... no es un reproche. Claro que ahora que voy a quedarme sola, quizá podrías decirle a tu madre que viniese a hacerme compañía...

El doctor Novák había recomendado que Zahra viajara en tren y no en el coche

de Petr Mezlik. La condesa Aneta había puesto a su disposición la silla de ruedas que utilizaba su último marido. Así llevaron al tren a Zahra y entre Fernando y Kaspar Meier la instalaron en un vagón de primera bajo la mirada vigilante de Jana, imbuida en su papel de enfermera.

En Praga volvieron a sus habitaciones del hotel París para descansar hasta el día siguiente en que saldrían hacia Viena y de allí a Zurich.

Kaspar Meier se comprometió a tramitar un permiso de viaje para la enfermera. Meier contaba con buenos amigos entre los oficiales de las Oficinas del Protectorado, además de conocer a Ernst Gerke, el jefe de la Gestapo, de manera que esperaba que le facilitaran de inmediato los papeles para Jana. Meier insistió a Petr Mezlik para que le acompañara y éste no pudo negarse, aunque su desagrado era evidente por tener que entrar en aquel edificio desde donde los alemanes gobernaban Checoslovaquia.

El pasaporte de Jana estaba a nombre de Jana Flugzentrale, un apellido común en Suiza. En él constaba que era hija de padres suizos.

El pasaporte parecía estar en orden; sin embargo, el funcionario que los atendió les dijo que aguardaran porque tenía que enseñárselo a su superior. Tardó un buen rato en regresar, tiempo en que Meier empezó a irritarse mientras que en la mirada de Mezlik se había instalado una sombra de preocupación. Por fin el funcionario les indicó que pasaran a un despacho donde los recibiría su superior.

En realidad los recibieron dos hombres, uno checo, que debía de ser el superior del funcionario, y otro que ni siquiera los saludó pero que no se perdió palabra de la conversación.

—¿Dónde está la joven a la que pertenece este pasaporte? —preguntó el funcionario.

Meier dio todo tipo de explicaciones sobre la dueña del pasaporte y la necesidad de que acompañara a Zahra Nadouri, enferma de un vértigo que la tenía postrada. Mezlik también respondió a las preguntas de aquel hombre que sólo hacía que mirar el pasaporte de Jana. Finalmente se lo entregó a Meier, y los despidió sin más explicaciones.

—Qué extraño, ¿no le parece? —le dijo Kaspar Meier a su socio Petr Mezlik en cuanto estuvieron en la calle.

—¿Extraño? No veo por qué. Los alemanes desconfían de todo aquel que pretende marcharse.

—Pero la enfermera... En fin, esa chica no es checa, es suiza, su pasaporte es suizo y además no es nadie como para que les importe —adujo Meier.

—Amigo mío, usted no conoce hasta dónde llega la desconfianza alemana. Aquí todos somos sospechosos por si acaso —replicó Mezlik malhumorado.

—¡Pero ustedes deben sentirse tranquilos! ¡Checoslovaquia cuenta con la protección del Führer! —exclamó Meier.

Petr Mezlik no respondió, pero su boca se contrajo en un gesto que sorprendió a su socio vienés, que hasta aquel momento había dado por hecho que era un simpatizante de la causa nazi como lo era él mismo.

Fernando había insistido a Meier en que el viaje de regreso a Egipto tendrían que hacerlo por etapas dado el estado de Zahra. Meier hubiera preferido no tener que seguir prestándoles su apoyo, puesto que en Viena le esperaba trabajo pendiente. Pero no podía negarles el que fueran hasta Viena y de allí a Zurich, tal y como había decidido Fernando.

El tren a Viena estaba repleto y no encontraron un compartimento donde poder ir todos juntos. Meier iría en uno cercano mientras que Zahra, Fernando y Jana compartirían viaje con un hombre al que habían asignado el mismo vagón y el mismo compartimento.

Fernando sugirió que quizá aquel hombre podía cambiar su asiento con el de Meier, pero el pasajero se negó por más que el propio Meier intentó convencerle. El hombre, de cabello rubio, espaldas anchas y manos gruesas y poco cuidadas, parecía fuera de lugar en aquel elegante compartimento. No les habló ni tampoco ellos se dirigieron a él el resto del viaje.

Cuando llegaron a Viena, Meier los acompañó al hotel donde dormirían aquella noche. Zahra seguía fingiendo, parecía no poder mantenerse en pie y Jana afirmó que debía descansar.

A la mañana siguiente, Kaspar Meier acudió a visitarlos al hotel para anunciarles que no podrían viajar en el tren de mediodía a Zurich sino en el de la noche. Les entregó los billetes diciéndoles que estaba a su disposición si necesitaban algo durante el día, no obstante iría a buscarlos a las ocho para llevarlos a la estación.

No tuvieron otra opción que pasar el resto del día en sus habitaciones del hotel. Zahra y Jana no se dejaron ver, pero Fernando aprovechó para dar un largo paseo por Viena. La ciudad le parecía tan hermosa como fascinante.

A las ocho en punto Meier los aguardaba en el vestíbulo. Jana empujaba la silla de ruedas donde Zahra, con la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos cerrados, parecía ignorar cuanto sucedía a su alrededor.

«Nos estamos acostumbrando a mentir. A no ser nosotros mismos. Interpretamos con naturalidad el papel que nos han asignado sin que parezca costarnos adquirir una naturaleza distinta. ¿Qué será de nosotros si nos habituamos a vivir en el engaño?», pensó para sí Fernando.

Kaspar Meier le ayudó a subir la silla de ruedas hasta el vagón y el revisor los acompañó al compartimento asignado situado al final del pasillo, frente a la puerta. Un hombre estaba sentado leyendo el periódico. Fernando se sobresaltó al ver que era el mismo hombre que habían encontrado en el trayecto de Praga a Viena. El tipo no hizo ningún ademán de que los reconociera. Tampoco Meier. Jana miró a Fernando y Zahra no movió un músculo aunque también había reconocido a aquel sujeto rubicundo de espaldas anchas, con un traje aún de peor calidad que el que llevaba en Praga. Sobre su asiento tenía cuidadosamente doblado un abrigo negro y un sombrero.

Meier se despidió de ellos sin entretenerse. Parecía ansioso por dejarlos.

Jana y Zahra se sentaron juntas mientras que Fernando lo hizo al lado de aquel hombre. Estaba convencido de que su presencia allí no se debía a la casualidad. Intercambió una mirada fugaz con Zahra en la que pudo leer que estaba igualmente preocupada. A Jana los ojos le brillaban de miedo.

El hombre aparentó enfrascarse en la lectura del periódico, pero Fernando se

había dado cuenta de que su compañero de asiento no había pasado ninguna página y que de reojo no perdía de vista a Jana.

Hacía un buen rato que el tren había dejado atrás la estación de Viena cuando el revisor entró en el compartimento. Comprobó los pasaportes y los billetes, diciendo uno por uno los nombres de todos ellos al devolvérselos.

—A ver... este pasaporte es del señor Garzo; éste de la señorita Nadouri, este otro de la señorita Flugzentrale y éste del señor Berger —dijo entregando el pasaporte al hombretón—. Bien, dentro de una hora haremos la primera parada. Quince minutos, por si alguien quiere estirar las piernas.

Al salir, el revisor intercambió una mirada con el tal señor Berger.

Cuando el tren hizo su primera parada Berger salió al pasillo y bajó al andén. Parecía esperar a alguien, pero tuvo que subirse de nuevo al vagón.

En la segunda parada Berger volvió a abandonar el compartimento.

—Voy a salir fuera un rato —dijo Fernando, decidido a seguir al hombre.

—Ten cuidado. Es evidente que nos está siguiendo —murmuró Zahra.

Jana se puso tensa. Ella también pensaba lo mismo, pero se decía que igual era fruto de su imaginación.

—Es el hombre del tren de Praga —señaló Jana.

—Sí. Y yo no creo en las casualidades —dijo Fernando mientras salía del compartimento cerrando la puerta.

Herr Berger se había bajado del tren y hablaba con un hombre en el andén, un hombre de un aspecto parecido al suyo que le mostraba un papel. Fernando los observó mientras encendía un cigarrillo y se hacía el distraído mirando por la ventanilla. Aquellos dos hombres tenían un aspecto sombrío y de repente pensó que eran policías, seguramente de la Gestapo. Recordó que Petr Mezlik había comentado de pasada que no había sido tan sencillo como Meier esperaba conseguir los papeles para Jana. Regresó al compartimento. No quería preocupar a las dos mujeres, pero pensó que mejor sería que estuvieran alerta.

—El tal Berger está hablando con otro hombre. Me temo que ambos puedan ser de la Gestapo —les dijo sin más preámbulo.

—Sin duda lo son —admitió Zahra—. Estaremos atentas. El tren volverá a parar dentro de una hora.

—¡Dios mío! ¡Y qué podemos hacer! —exclamó Jana asustada.

—Supongo que intentarán detenernos antes de salir de Austria —concluyó Fernando.

—Puede ser —convino Zahra.

—¿Y por qué no lo han hecho antes?

—Seguramente no han recibido confirmación hasta ahora de tu verdadera identidad. Puede que la confirmación se la haya dado a Berger el hombre que dice Fernando que hablaba con él en el andén.

Zahra pidió a Jana que le alcanzara un pequeño maletín de mano. Para sorpresa de Jana y de Fernando, el maletín tenía un doble fondo del que Zahra sacó dos pistolas.

—Nos servirán si las necesitamos —dijo mientras le entregaba una a Fernando.

—No pretenderás que disparemos a un tipo de la Gestapo —replicó él.

—Guarda la pistola, pero tenla a mano. Quizá no tengamos que usarla o quizá sí. En cualquier caso, no vamos a permitir que se lleven a Jana. Además, no se conformarían sólo con ella. Puedes imaginar que a nosotros también nos interrogarían.

Fue en la tercera parada cuando Berger se encontró con otro hombre en el andén que, después de intercambiar unas palabras, subió al tren. Fernando encendió un cigarro mientras miraba por la ventanilla como si estuviera abstraído. El revisor indicó al hombre que le acompañara a un compartimento situado cerca del que ocupaba Berger.

En cada parada los dos hombres bajaban al andén y paseaban impacientes como si aguardaran a alguien que nunca llegaba.

La noche avanzaba y ni Fernando, ni Zahra ni Jana eran capaces de dormir. Estaban alerta, pendientes de cada gesto y movimiento de los que hacía Berger. Éste seguía fingiendo leer el periódico, aunque de cuando en cuando cerraba los

ojos y parecía dormir.

Fernando salió de madrugada a respirar un poco de aire al pasillo y allí encontró al revisor, quien le anunció que ya no faltaba mucho para llegar. «En cuatro horas estaremos en Suiza», dijo.

Fue después de la penúltima parada cuando Berger entró en ese momento en el compartimento y miró a Jana de arriba abajo.

—Tendrá que acompañarme —le dijo sujetándola del brazo.

—¿Qué dice? ¿Por qué debe acompañarle la señorita? —preguntó Fernando, levantándose del asiento e interponiéndose entre Jana y Berger.

—Apártese —le ordenó Berger, y empujó a Fernando.

Zahra se puso en pie y se plantó delante del hombre al que sonrió causando su desconcierto.

—¡Quítese de en medio! —espetó.

Pero Zahra se acercó aún más hasta pegar su cuerpo al del hombre. A Berger no le dio tiempo a apartarla porque un rictus de dolor y de asombro se dibujó en su rostro mientras intentaba llevarse las manos al pecho.

El ruido del disparo lo había amortiguado la cercanía del cuerpo de Berger y el traqueteo del tren. Porque eso era lo que había sucedido: Zahra le había disparado y ahora agonizaba en los brazos de Fernando, sobre el que había caído.

Zahra cerró con pestillo la puerta del compartimento mientras Fernando y Jana la miraban sin saber qué decir y mucho menos qué hacer. Pero ella no se amilanó y se sentó junto al cadáver vaciándole los bolsillos hasta encontrar su documentación.

—Es de la Gestapo —dijo enseñándoles una placa.

—¡Dios mío! —exclamó Jana, que apenas se sostenía en pie.

—Vamos a tirarle por la ventanilla —anunció Zahra.

—¡Pero no podemos hacer eso! ¡Encontrarán su cuerpo! —protestó Fernando.

—Sí, claro que lo encontrarán. Pero tardarán unas horas. Es de noche y, con un poco de suerte, cuando lo descubran estaremos ya en Suiza. Vamos a

desnudarle; quizá incluso deberíamos golpearle el rostro para hacer más difícil la identificación.

Fernando no era capaz de hablar. Le estremecía la frialdad con que Zahra había matado al hombre de la Gestapo, pero mucho más la manera en que se estaba comportando al proponer desfigurar el rostro del cadáver.

—¿No te parece suficiente con haberle matado? —Fernando miraba a Zahra con una mezcla de rechazo y estupor.

—No, desgraciadamente no es suficiente si lo que queremos es salir vivos. Son ellos o nosotros, Fernando, no hay elección —respondió con calma.

—No voy a hacerlo —aseguró él.

Ella se encogió de hombros. Parecía resultarle indiferente tener que ser ella quien desfigurara el rostro del cadáver.

—No hará falta hacer nada más. Si le tiramos de frente seguro que se aplastará la cara —alcanzó a decir Fernando con una mueca de asco.

—Tienes razón —aceptó Zahra—. Ahora, ayúdame a desnudarle. Tú también, Jana.

La joven bailarina no era capaz de hablar ni de moverse. En su rostro había anidado el terror. Pero Zahra la zarandeó obligándola a ayudar a desnudar a Berger.

—¿Qué haremos con la ropa? —preguntó Fernando.

—Nos desharemos de ella, naturalmente. Pero primero debemos arrojar el cadáver por la ventanilla, después haremos lo mismo con la ropa —ordenó Zahra.

—¡Pero alguien podría vernos! —contestó Jana.

—Nadie nos verá. Es noche cerrada. Le tiraremos en cuanto entremos en un túnel. Así la oscuridad será más completa.

—Pero ¿y si cuando llegamos a la siguiente parada hay otros hombres de la Gestapo esperando? —preguntó Fernando.

—Te diré lo que creo que ha pasado. Berger nos sigue desde Praga. Recuerda que Petr Mezlik nos contó que había habido problemas a la hora de arreglar el

permiso de salida de Jana. La Gestapo decidió que uno de sus hombres nos investigara y no nos dejara ni un momento. Los nazis siguen buscando a cualquiera que tuviera relación con los chicos que mataron a Heydrich. Berger esperaba la confirmación de la verdadera identidad de Jana, pero sólo queda una parada antes de llegar a Suiza, de manera que no le quedaba otra opción que detenerla. Supongo que había decidido bajarla del tren en la próxima estación — concluyó Zahra.

—En la próxima estación el tren parará ocho minutos. Me lo ha dicho el revisor —informó Fernando.

—Vayamos por partes. Lo primero que debemos hacer es desprendernos del cadáver —insistió Zahra.

Unos golpes en la puerta les hizo guardar silencio. El cuerpo inerte de Berger estaba sobre el asiento. Fernando tumbó el cadáver y lo cubrió con el abrigo para dar apariencia de que estaba durmiendo. Con un gesto indicó a las dos mujeres que se sentaran. Los golpes en la puerta se hicieron más intensos y Fernando abrió.

La figura del hombre que se había subido al poco de salir de Viena, y que sin duda era un colega de Berger, ocupaba toda la puerta de entrada.

—¿Qué desea? —preguntó Fernando con más decisión de la que sentía.

Pero el hombretón le apartó y entró en el compartimento mirando a Berger sentado con la cabeza ladeada y los ojos abiertos contemplando el rostro de la muerte. Se dio la vuelta mientras sacaba una pistola, pero no le dio tiempo siquiera a amenazarlos. Fernando le disparó tres veces.

—Gracias —dijo Zahra mientras miraba cómo a Fernando le temblaba la mandíbula.

Le puso la mano en el hombro apretándoselo como si con ese gesto pudiera devolverle a la realidad. Fernando no había dudado en disparar y matar a aquel hombre, pero hacerlo le había provocado una conmoción.

Jana rompió a llorar y Zahra la regañó. No era momento de lágrimas, ni tampoco de permitir que las emociones afloraran. Tenían dos cadáveres en el

compartimento, y sangre en el suelo. En cualquier instante el revisor podía llamar a la puerta. Quizá el ruido de los disparos se había alzado sobre el traqueteo del tren.

—Tenemos que tirarlos ya. Dentro de poco amanecerá —recordó Zahra.

Entre Fernando y ella desnudaron a los dos hombres. Fernando se sentía abrumado por lo que estaba haciendo. Los cuerpos aún estaban calientes y por un segundo temió que pudieran ponerse en pie.

Mientras tanto, Jana doblaba la ropa de ambos, tal y como le había ordenado Zahra.

Luego entre los tres lograron alzar el cadáver de Berger y aprovecharon la negrura de un túnel para arrojarlo por la ventanilla. Lo tiraron boca abajo con la esperanza de que el golpe lo convirtiera en un amasijo difícil de reconocer.

Se quedaron unos segundos en silencio, recuperando fuerzas.

—Vamos a esperar un poco antes de lanzar al otro —sugirió Fernando.

—No podemos, podría venir el revisor o cualquier otra persona —respondió Zahra.

De manera que se dispusieron a levantar el cuerpo del hombretón. Era aún más alto y más pesado que Berger, pero entre los tres empujaron el cadáver por la ventanilla aprovechando de nuevo la negrura de otro túnel.

A continuación, Jana se puso a limpiar el suelo mientras Zahra hacía lo mismo con los asientos. No podían permitirse que ni una sola gota de sangre los delatara. Luego tiraron las ropas de los dos hombres.

Cuando el compartimento estuvo limpio, Zahra y Fernando encendieron un cigarrillo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jana con voz temblorosa. Estaba asustada y los ojos nublados por las lágrimas.

—Esperar. Puede que la Gestapo nos esté esperando en la última parada antes de dejar Austria, porque ya les haya llegado la confirmación de tu identidad o simplemente porque sea su última oportunidad para detenerte. No lo sabremos hasta que llegue ese momento —respondió Zahra.

—Pero los hombres de la Gestapo buscarán a herr Berger y al otro hombre — dijo Jana con su voz que parecía un gemido.

—Sí... puede ser. El revisor les informará de que Berger está en este vagón y que el otro hombre en el de un poco más allá. Nosotros debemos decir que a Berger no le hemos vuelto a ver desde la última parada. Comentaremos que a lo mejor ese pueblo era su destino, que no lo sabemos porque herr Berger no hablaba —siguió diciendo Zahra.

—No nos creerán —respondió Jana, cada vez más desconsolada.

—No adelantemos lo que puede pasar. Lo importante es que no haya contradicciones entre nosotros y que si nos interrogan mantengamos hasta el final la versión que hemos acordado —afirmó Fernando.

—Si nos detienen nos torturarán —dijo Jana, dejando que de nuevo se le escaparan las lágrimas.

—Vamos, no te rindas antes de tiempo. Es posible que no suceda nada.

Unos golpes secos en la puerta los puso en alerta. Fernando abrió la puerta mientras sentía la pistola que llevaba metida en el bolsillo de la chaqueta.

—La próxima parada es la última y a continuación entraremos en Suiza — anunció el revisor—. En realidad, sólo nos separarán cien metros de la frontera. Vengo a entregarles la silla de ruedas. Yo les ayudaré a bajar a la señora — añadió mirando a Zahra, que había cerrado los ojos para interpretar su papel de enferma.

El revisor no pudo obviar la ausencia de Berger y preguntó por él. De nuevo Fernando fue quien habló, en tono indiferente:

—Salió durante la última parada y desde entonces no ha regresado al compartimento.

—Ya... Qué raro... No le he visto en el vagón restaurante... —El revisor los miró desconcertado.

Fernando se encogió de hombros dando a entender que Berger no era su problema y que aquel hombre les traía sin cuidado.

—Le agradeceremos mucho su ayuda cuando llegemos a Zurich. No es fácil

manejar esta silla —dijo Fernando.

—Sí... claro... desde luego... En fin, iré a ver.

El tren se detuvo en la frontera, antes de entrar en Suiza. Había dos hombres en el andén. Su aspecto siniestro y su gesto de matones arrogantes los delataba. No podían ser más que de la Gestapo. Hablaron con el revisor y subieron al tren. Zahra interpretaba el papel de enferma con arcadas y poniendo los ojos en blanco, mientras Jana le colocaba un pañuelo empapado en colonia sobre las sienes. A Fernando le pidieron que saliera del compartimento y si tropezaba con el supervisor, que le pidiera ayuda diciendo que necesitaban urgentemente un médico para Zahra. Él no quería dejarlas solas, pero la bailarina se mostró impaciente.

—Si esos dos hombres suben aquí, no nos pueden encontrar sentados esperándolos.

—¿Y qué lograremos haciéndote la enferma? ¿Crees que les importará? — Fernando se resistía a marcharse.

—Por favor, busca a un médico, tiene que haber alguno en el tren —casi le suplicó Zahra.

Salió del compartimento y, nervioso, empezó a llamar a las puertas de los otros. Cuando abrían, preguntaba si había algún médico. No fue hasta el siguiente vagón cuando un hombrecito de aspecto tímido se levantó asegurando que era doctor. Fernando le explicó que viajaba con una mujer enferma y necesitaba con urgencia asistencia médica.

Fernando acompañó al hombre hasta el compartimento que ocupaban. El médico examinó a Zahra mientras Jana le explicaba que la señorita Nadouri sufría desde hacía días un ataque agudo de vértigo, y que aquella mañana había amanecido peor.

—Este compartimento huele... discúlpenme, pero huele a sangre.

—Bueno, es que yo... lo siento, doctor... pero es que se me han adelantado esos días especiales... Supongo que es por la tensión del viaje, pero sobre todo por la preocupación por la enfermedad de la señorita Nadouri. Mire cómo está...

—justificó Jana.

—Quizá deberían airear este lugar o, si me apuran, colocarla en la silla y sacarla un rato al pasillo para que le dé el aire. ¿Cuánto hace que no toma alimentos?

—Un día largo... Se niega. Incluso rechaza el agua.

—¡Ah!, pues eso sí que no. La llevaremos al vagón restaurante para que le preparen una infusión. Allí se aireará durante un rato.

Zahra protestó fingiendo que no se encontraba en condiciones, pero el médico insistió en que debía abrir los ojos, mirar al frente y colocarse lo más recta posible para paliar el vértigo. Con la ayuda de Fernando y Jana la colocaron en la silla y se dirigieron al vagón restaurante. Fernando se quedó atrás al escuchar voces. El revisor y dos hombres más corrían en dirección a su compartimento; sin duda eran de la Gestapo. Miró su reloj. Apenas quedaban dos minutos antes de que el tren arrancara. Corrió hacia el vagón restaurante mientras un pitido anunciaba que el tren iba a reanudar la marcha.

En el vagón restaurante el médico había pedido a un camarero una infusión para Zahra, insistiendo en que mientras tanto bebiera un poco de agua.

La voz del revisor sonó cercana junto a las de los hombres, que gritaban apartando a la gente a su paso. El tren comenzó a arrancar y los dos policías saltaron a tiempo al andén. El revisor entró en el vagón restaurante y miró a Zahra, a Fernando y a Jana sintiéndose burlado. Los habían buscado por los compartimentos de primera convencidos de que se habían ocultado, pero no se le había ocurrido que pudieran exponerse ante el resto de los pasajeros. Se asomó a la ventanilla agitando los brazos para indicar a los de la Gestapo que había encontrado a sus presas, pero la mano de Fernando se cerró sobre su brazo.

—La señorita no se encuentra bien —le indicó mirándole fijamente.

—Ya... ustedes... ustedes... los están buscando. Son delincuentes —acertó a decir el revisor.

—¡Cómo se atreve a insultarnos! ¡Debe de estar confundido! ¿Buscarnos? ¿A nosotros? ¿Sabe quién es esta señora? —Y Fernando señaló a Zahra.

—Yo no sé nada... La policía los busca —insistió.

—¿La policía? Pero no a nosotros. Le diré quién es esta señora. Nada menos que Zahra Nadouri, la gran bailarina.

Fernando se sacó un recorte de periódico de un bolsillo de la cartera; era de un diario de Praga donde aparecía una foto ocupando media portada. En ella, Ernst Gerke, el jefe de la Gestapo en Praga, se inclinaba ante Zahra besándole la mano.

El revisor miró el recorte y se quedó desconcertado. Debía de haber un error en alguna parte. Era imposible que el jefe de la Gestapo de Praga se inclinara ante aquella mujer rindiéndole pleitesía si ella no fuera de su más absoluta confianza.

—No lo entiendo... —alcanzó a decir.

—Presentaremos una queja formal por su atrevimiento por señalarnos como delincuentes —le advirtió Fernando.

—Les debo una disculpa, señor... No era mi intención. Buscaban a dos mujeres acompañadas de un caballero... y a dos de sus colegas que también viajaban en el tren. Herr Berger ocupaba el mismo compartimento de ustedes...

Jana hizo una seña a Fernando para que mirara a través de la ventanilla. Un cartel indicaba que acababan de entrar en Suiza. La joven no pudo evitar que se le escaparan las lágrimas.

Más tarde, cuando se bajaron del tren y mientras Fernando buscaba un mozo para que los ayudara con el equipaje, Zahra aprovechó para advertir a Jana.

—Lo que ha sucedido en el tren, nunca, nunca podrás contárselo a nadie. Ni siquiera a tu padre. Tendrás que vivir con el secreto.

—Ha sido horrible... Esos dos hombres... —Jana no sabía qué responder.

—Escucha, Fernando y yo hemos matado a esos dos hombres para salvarte a ti. Tarde o temprano la Gestapo te habría detenido, de manera que nos hemos jugado la vida por sacarte de Checoslovaquia. Nos lo debes, Jana, nos debes tu silencio. —La voz de Zahra tenía un tono de dureza inusitada.

—Yo... no sé qué decir... Agradezco que me hayan salvado pero lo de esos

hombres... —Jana no pudo evitar el reproche.

—¿Hubieras preferido que te detuvieran y te torturaran? —preguntó Zahra con tanta ironía como amargura.

—No... no es eso...

—Si te remuerde la conciencia, estás a tiempo de coger el próximo tren para Praga. Ve directa al palacio Petschek y pregunta por Ernst Gerke, estoy segura de que el jefe de la Gestapo estará encantado de verte. Eso sí, cuando confieses no se te olvide decir que nos ayudaste, que eres nuestra cómplice. —Zahra habló con tanta dureza como tranquilidad.

—Por favor... por favor... no diga esas cosas.

—Sólo tienes dos opciones, Jana: regresar o aprender a dominar tu conciencia. Aprenderás, no te preocupes. Es sólo cuestión de tiempo. Pero si hablas, que sea ante Gerke, y si no, cierra la boca para siempre.

Rudolf Brossler paseaba muy inquieto por el vestíbulo del hotel Baur au Lac. Hacía un par de días que aguardaba impaciente la llegada de su hija, pero hasta la tarde anterior no le habían avisado de que llegaría aquella misma mañana. Le indicaron que debía esperar en el hotel y allí estaba, ansioso por volver a ver a su hija.

De repente vio entrar a una mujer con aspecto cansado y gesto resuelto. Junto a ella estaba Jana y dos pasos detrás un hombre joven de rostro circunspecto. Jana corrió hacia su padre y al sentir su abrazo comenzó a llorar con desconsuelo. Zahra y Fernando aguardaron en silencio a que padre e hija se calmaran.

Brossler tendió la mano primero a Zahra y luego a Fernando.

—Gracias, muchas gracias... Estaré en deuda con ustedes el resto de mi vida. Mi amigo Benjamin Wilson me aseguró que ustedes me la devolverían. Yo... no sé qué puedo decirles ni hacer para demostrar cuán agradecido les estoy...

—Nada, señor Brossler, no tiene que decir ni hacer nada. Es una satisfacción

haber ganado una partida a la Gestapo. Como ve, Jana está bien. Creo que lo mejor será que se la lleve cuanto antes con usted a América. En Europa no hay más futuro que la guerra —afirmó Zahra.

—A veces me siento egoísta por no estar combatiendo —dijo Brossler, bajando la mirada.

—Hay muchas maneras de combatir, señor Brossler. Quizá usted pueda hacer mucho bien sin necesidad de estar en el Frente.

Se quedaron una sola noche en el hotel. Zahra deseaba regresar a Alejandría tanto como Fernando. Se despidieron de Jana con afecto y en la mirada de Zahra la joven bailarina leyó una advertencia o quizá una amenaza. Pero ya había decidido que aprendería a domeñar su conciencia. Había sobrevivido.

Aleandría

En enero de 1943, los líderes de las potencias aliadas se reunieron en Casablanca. A finales de ese mismo mes, el 8.º Ejército británico se hizo con Trípoli, lo que supuso un golpe inesperado para el mariscal Rommel.

En febrero, los soviéticos vencieron definitivamente en la batalla de Stalingrado. La victoria les había costado un millón de muertos.

La guerra seguía su curso mientras Adela daba sus primeros pasos. La pequeña balbuceaba en varios idiomas: español, inglés y árabe, además de griego, porque Dimitra se había empeñado en hablarle en este idioma.

A finales de abril el aire traía aromas de primavera, sin que tuviera mayor efecto en el ánimo de Catalina y de Fernando.

Catalina contaba con más alumnos de los que podía atender. Su vida se mecía impaciente entre las clases de piano, los paseos con el doctor Naseef y las confesiones con el padre Lucas. Mientras Fernando, tras dos meses de inactividad, había vuelto a instalarse en la rutina de la editorial bajo la mirada apenada de Athanasios Vryzas.

En la editorial supieron que había discutido con el señor Wilson, pero no alcanzaron a saber por qué. Leyda Zabat era extremadamente discreta y fiel, de manera que no dijo ni una palabra de más. Nadie se atrevió a preguntar por qué Fernando había abandonado el trabajo ni tampoco lo hicieron cuando regresó.

Athanasios Vryzas no había vuelto a recomendarle que se marchara de

Alejandría, ni tampoco a invitarle a una taza de café.

A Vryzas no se le escapó que Fernando había regresado de su viaje, donde quiera que hubiera ido, con alguna muesca más en el alma.

Para Fernando no había sido fácil volver a la normalidad. Había matado por segunda vez y si la primera fue para vengar a su padre, en la segunda lo había hecho por su propia supervivencia, consciente de que aquellos agentes de la Gestapo no se habrían contentado con detener a Jana, sino que también los habrían detenido a Zahra y a él. Pero aun siendo esto cierto, no lograba acallar su conciencia porque los hombres a los que había matado habitaban en sus pesadillas.

También le atormentaba haberse dejado convencer por Wilson para embarcarse en una acción desde todo punto de vista descabellada y que podía haberles costado la vida a Zahra y a él. Le asustaba lo que había descubierto de la bailarina egipcia. Su dureza de ánimo, su entereza para enfrentarse a lo que fuera necesario, incluso matar.

Aún se encendía cuando recordaba cómo Benjamin Wilson le había felicitado por el éxito del rescate de Jana. Pero Fernando no había aceptado la felicitación, sino que le había anunciado su renuncia a continuar en la editorial.

—No voy a seguir trabajando aquí y mucho menos implicarme en sus actividades.

—Comprendo que hayan pasado por momentos complicados. Zahra Nadouri ya me ha explicado que tuvieron que deshacerse de dos tipos de la Gestapo. Pero lo resolvieron bien, Fernando. Descanse unos días y luego vuelva al trabajo. Vryzas tiene un par de libros para que los edite —le respondió Wilson.

—Creo que no lo entiende. No quiero saber nada de usted, ni de su editorial, ni de sus otros negocios. Me sorprende que no le importe haber puesto en peligro la vida de Zahra, además de la mía.

Benjamin Wilson fijó su mirada en la de Fernando. Era una mirada inexpresiva.

—Su vida la puso usted mismo en peligro el día en que decidió matar a los

que habían participado en la muerte de su padre. Se convirtió en un paria, por eso está aquí —afirmó con frialdad Wilson.

Fernando se sobresaltó al escuchar las palabras de Benjamin Wilson. Palabras pronunciadas con un tono neutro de voz que le habían herido más que si hubieran sido un reproche.

—¡Usted no sabe nada de mí! ¡Cómo se atreve a acusarme de un asesinato! — La voz de Fernando estuvo a punto de quebrarse.

—No le acuso de nada. Ya le dije en su día que había indagado sobre usted y que no creo en las casualidades. Resulta curioso que saliera de Madrid junto a sus amigos en esos días en que alguien asesinó a un guardia y a un soldado que tuvieron relación con su padre. Mi hombre en Madrid ató cabos averiguando sobre ustedes y buscando lo que los periódicos habían publicado los días previos y posteriores a su marcha.

—¡Y se atreve a acusarme porque uno de sus lacayos ha atado no se sabe qué cabos! —gritó Fernando.

Benjamin Wilson le miró con frialdad sin inmutarse. La rabia y el dolor de Fernando no alteraron el tono de voz en su respuesta:

—Usted sabrá qué ha hecho y por qué. Pero si trabaja para mí es porque sé que tiene conciencia. No se equivoque, Fernando.

—El que se equivoca es usted. Y no vuelva a mencionar a mi padre — respondió Fernando, conteniendo a duras penas la rabia que sentía.

—No, yo nunca me equivoco al elegir a la gente en la que deposito mi confianza.

—¿Confianza? ¿Confianza para qué? —preguntó Fernando, elevando otra vez la voz.

—Para ayudar a ganar esta guerra y procurar que Hitler no se convierta en el amo del mundo. Para eso.

—Ni usted ni yo somos soldados.

—Hay muchos frentes de batalla no sólo en las trincheras de Europa o en las arenas del desierto. También una fiesta en El Cairo en la mansión de Musim

Sadat es otro frente de batalla. ¿Recuerda que acompañó a Zahra?

—Sí, Musim el arqueólogo... Aquel viaje absurdo...

—Fue fructífero. Zahra hizo un buen trabajo.

—¡Qué tontería! Esa preocupación que usted tenía por Pedro López... Ese hombre lo único que quería era garantizarse la compra de algodón a buen precio. Y creo que usted lo sabía.

Wilson se encogió de hombros e hizo un gesto con las manos como desechando lo que decía Fernando.

—No voy a tratarle como si fuera simple porque no lo es. Le elegí para que acompañara a Zahra porque no tenía a nadie que en ese momento pudiera hacerlo, pero también porque pensé que quizá podía ser útil y necesitaba saber si servía para realizar determinados trabajos. Precisaba a alguien a quien nadie conociera y que pudiera pasar por un capricho de ella. Aquí en Alejandría nos conocemos todos y me hubiera resultado difícil encontrar quien hiciera el papel de acompañante. Zahra requiere de un apoyo para las misiones que realiza. Para una mujer es más fácil moverse con un hombre al lado.

—Un guardaespaldas. Pues búsquese a otro, no me gusta ese papel, y tampoco el de parecer que soy el capricho de una bailarina.

—Es una buena tapadera para usted y para ella.

—No creo que le cueste mucho convencer a otro para que haga ese papel — replicó Fernando poniéndose en pie y disponiéndose a salir del despacho.

—Ahora hay una segunda razón y es que Zahra quiere trabajar con usted. — Benjamin Wilson había bajado la voz.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? — Fernando seguía en pie, pero las últimas palabras de Wilson le hicieron detenerse.

—Porque dice que es inteligente, prudente y que tiene escrúpulos. Son las mismas cualidades que yo he visto en usted. Aunque yo añado una más igualmente importante. Le diré cuál es.

—No me interesa lo que usted piense de mí.

—De todas maneras se la diré. Si uno no es un asesino o un psicópata, matar

no es fácil, lo más difícil es la primera vez. Pero si lo ha hecho una vez, será más sencillo que pueda volver a hacerlo, eso sí, siempre con una causa o en unas circunstancias determinadas. Yo no contrato a asesinos, a tipos a los que les guste apretar el gatillo. No me fiaría. Prefiero a aquellos a los que sé que cada muerto retumbará en su conciencia hasta impedirle dormir. Ésa es la mayor virtud que he visto en usted, Fernando.

—Me repugnan todas sus palabras. Me despido, señor Wilson.

Salió del despacho más apesadumbrado de lo que había entrado.

Durante dos meses Fernando no acudió a la editorial. Catalina insistía en que le contara qué era lo que le amargaba tanto. Le dolía su dolor, ver las profundas ojeras que evidenciaban sus pesadillas nocturnas. Pero Fernando se instaló en el silencio. No quería apesadumbrarla. Tampoco Adela era capaz de sacarle de su ensimismamiento. La pequeña le buscaba para jugar y se encaramaba en sus brazos mientras le sonreía y reclamaba su cariño.

Aunque era extremadamente discreta, Ylena Kokkalis también le observaba con preocupación. Acaso porque sabía la verdadera naturaleza de los negocios de Wilson y pensaba que Fernando había tenido algún contratiempo o simplemente porque Alejandría era una ciudad de secretos superpuestos en la que cada habitante tenía los suyos.

Mister Sanders y monsieur Baudin también se dieron cuenta de que algo le había sumido en la incertidumbre y acaso en la tristeza.

Las noches se le hacían eternas. Fumaba compulsivamente asomado a la ventana. Los rostros de Roque y Saturnino Pérez continuaban apareciendo apenas cerraba los ojos. Y a ellos se unía el hombre de la Gestapo, sólo que el rostro de este último aparecía difuminado; sin embargo, sentía su olor, sí, en sueños sentía el olor acre del hombre y también el olor de su sangre.

Algunas noches, después de la cena, mientras mister Sanders y monsieur Baudin jugaban su partida de ajedrez, Fernando se sentaba a fumar en el salón y

Catalina lo hacía a su lado. Le leía en voz alta convencida del poder de los libros para calmar las enfermedades del alma. Sólo en una ocasión se atrevió a preguntarle cuándo se irían a Francia en busca de Eulogio. Pero él no supo qué responderle. Y no porque no pensara en su amigo, no dejaba de hacerlo, pero se sentía muerto por dentro, tan muerto como los hombres a los que había matado, y eso le impedía tomar ninguna decisión salvo la de respirar.

Fue Zahra quien logró devolverle a la realidad.

Una mañana se presentó en casa de Ylena. Dimitra la hizo pasar y se sorprendió cuando ella le pidió que avisara a Fernando.

Hacía un buen rato que éste se había despertado y en aquel momento cuidaba de Adela mientras Catalina daba la primera clase de piano del día.

Con Adela en brazos acudió a la biblioteca, donde Dimitra había llevado a Zahra.

—¿De qué te estás escondiendo? —le preguntó sin siquiera saludarle.

A Fernando le molestó el tono imperativo de la pregunta, pero al verla tuvo que aceptar que sentía algo por Zahra que era más profundo que la sola atracción física.

—La prueba de que no me escondo es que estoy aquí —respondió de mala gana.

—¿Por qué has dejado la editorial?

—Porque no me gusta tu amigo Benjamin Wilson, porque no quiero hacer determinados trabajos que nada tienen que ver con la edición de libros.

—Te pesa haber matado a aquel tipo de la Gestapo. Lo comprendo. Matar no es fácil, aunque sea a alguien tan odioso como aquel hombre.

—¿Me comprendes? No estoy seguro, Zahra. Tú y yo no somos iguales.

—No me conoces, Fernando. No sabes nada de mí, por tanto no me juzgues ligeramente.

—No te vi dudar cuando mataste a Berger.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? Era de la Gestapo y estaba allí, al igual que su colega al que tú mataste; nos habrían detenido si no lo hubiéramos hecho.

Eran ellos o nosotros. No podíamos elegir otra opción que la de defender nuestras vidas.

—Sí, teníamos otra opción: no haber aceptado lo que nos pidió Wilson. No debíamos haber ido a Praga.

—¿Te arrepientes de haber sacado de allí a Jana? —Zahra se había puesto de pie y le miraba con estupor.

—Tienes una manera tramposa de plantear las cosas. Me alegro de que Jana esté a salvo junto a su padre, pero hay cientos, miles de Janas, de mujeres y de hombres cuyas vidas corren peligro. Estamos en guerra, no lo olvido.

—Una guerra en la que no quieres participar, pero ¿sabes, Fernando?, uno no puede permanecer de brazos cruzados cuando lo que está en juego es la libertad no sólo de Europa sino del resto del mundo. Hitler es insaciable y no parará hasta convertirnos a todos en marionetas de Alemania.

—Yo ya participé en una guerra y la perdí. —La voz de Fernando se iba cargando de irritación.

—Y como la perdiste has decidido desentenderte de lo que pueda suceder. Te importa que Franco se haya hecho con tu país, pero te sientes ajeno a que Hitler, por cierto, aliado de Franco, se haga con el resto del mundo.

—Si has venido a echarme un discurso, ya lo has hecho. —Fernando no quería seguir aquella conversación con Zahra.

—Te tengo afecto, Fernando. Por eso es por lo que estoy aquí. Sí, eres parte del bando perdedor de la Guerra Civil española, eso no te lo voy a negar, pero deja de lamerte las heridas. No se puede olvidar lo que uno ha vivido o lo que uno ha hecho, pero hay que aprender a vivir con ello. Tienes que aprender a vivir con tus muertos, Fernando, y con aquellos a los que les has quitado la vida. La cuestión es por qué lo hiciste.

—¿Qué te ha contado Wilson? —le preguntó alterado.

—Mataste a un guardia de una prisión y a su hijo, un soldado que formaba parte del pelotón que ejecutaba a presos políticos. Lo hiciste por vengar a tu padre. No te juzgo por ello. Lo comprendo. Yo habría hecho lo mismo.

—¡Es inaudito que Wilson se atreva a hacer esa acusación! ¡Y tú, además, le crees!

La afirmación de Zahra le había sorprendido. Sentía la sinceridad de sus palabras. Sí, ella habría hecho lo mismo, se dijo.

De repente Adela, que hasta ese momento había estado muy quieta en sus brazos, empezó a balbucear que quería jugar. La dejó en el suelo. La niña se acercó a la puerta intentando salir. Fernando se lo permitió. Dimitra andaba cerca, de manera que se hizo cargo de la niña.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo? —le propuso Zahra.

Fernando aceptó. Le hubiera gustado pedirle que se fuera, que no quería volver a verla, pero temía que si lo decía sus palabras se hicieran realidad.

Salieron a la calle y durante un buen rato caminaron el uno junto al otro en silencio, sin rozarse. Llegaron al café «Pastroudis». Se sentaron cerca de un ventanal y pidieron dos cafés.

—Pienso irme de aquí. No tengo nada que hacer en esta ciudad —afirmó Fernando apenas el camarero depositó la bandeja con los cafés y dos vasos de agua.

—Lo comprendo.

—Eso que Wilson te ha contado...

—Tú sabes que su negocio es saber. En realidad, él ya te había dicho lo que sabía sobre ti. Quizá no claramente, pero te lo había dicho. Al principio no tenía la certeza de que...

—¿De qué? —le preguntó temiendo su respuesta y dispuesto a marcharse.

—De las razones que te obligaron a abandonar España, además de acompañar a esa chica, Catalina. En todo caso, jamás te hubiera contratado sin antes averiguar quién eras realmente.

—No me interesa el tipo de trabajo que pretende que haga.

—También lo comprendo. En realidad la culpable soy yo.

A Fernando le desconcertó la afirmación de Zahra. La miró, esperando una explicación.

—Benjamin Wilson te pidió que me acompañaras aquella primera vez al hotel Cecil para observar al español que acababa de llegar y que hacía negocios con Erick Brander. Los británicos no dejan de vigilarle aunque con discreción, puesto que está casado con una mujer que pertenece a una familia cercana a la corte. En realidad yo no hago esa clase de trabajos, pero alguien le pidió a Wilson que vigilara a ese tal Pedro López. Improvisó. No tenía a quien enviar aquella noche, así que me lo pidió a mí y le pareció buena idea que me acompañaras puesto que eres español. Yo desconozco ese idioma, así que la idea no era descabellada.

—Ese López no es nadie, me refiero a que sólo es un enviado del Régimen de Franco. En mi país no hay de nada, la guerra...

—Lo sé. Traía cartas para algunos ministros. Y el encargo de establecer contactos más personales que los que se pueden dar por vía diplomática. Aquí las delegaciones diplomáticas se espían las unas a las otras.

—Todo eso ya lo he ido aprendiendo.

—¿Recuerdas la fiesta en casa de Musim Sadat?

—Sí... claro...

—Era importante que yo estuviera allí. No por López, aunque eso es lo que te dijo Wilson, sino porque esa noche asistirían miembros de la familia real para encontrarse con ciertos agentes alemanes. Bastaba que yo le dijera a Musim que me invitara, pero eso le habría causado problemas con su mujer. Kytzia es muy celosa y desconfía de mí.

—Bueno, no me extraña, es bastante evidente que su marido está enamorado de ti.

—Por eso Wilson creyó conveniente justificar mi presencia en El Cairo con una actuación en el cabaret de Fazeli. Hacía tiempo que insistían a mi representante para que actuara en la capital.

—¿Y qué necesidad teníais de mí?

Zahra bebió un sorbo de café mientras parecía buscar las palabras adecuadas.

—La única manera de que Musim pudiera convencer a Kytzia para invitarme

era decirle que había un hombre en mi vida y que iría con él a la fiesta. Benjamin y yo habíamos hablado en alguna ocasión de buscar a alguien que se hiciera pasar por mi... bueno, por mi amante. Sólo que es difícil encontrar a un hombre capaz de aceptar ese papel fingido, o por lo menos los nombres que barajamos me ofrecían más dudas que seguridad. Pero la noche del Cecil me di cuenta de que contigo estaría segura, que no saldría de ti intentar sacar rédito de la situación. Se lo dije a Benjamin y le pedí que fueras tú quien hiciera ese papel y me acompañaras a El Cairo.

—¡Os habéis burlado de mí! ¡Me habéis manipulado! —Fernando se estaba poniendo en pie dispuesto a marcharse y dejar allí a Zahra, pero ella le cogió del brazo y tiró de él para que se volviera a sentar.

—¡Por favor, no des un escándalo! No sé por qué, pero confié en ti desde el primer momento.

—Yo tenía derecho a saber —respondió airado.

—Sí... sí... no te voy a decir lo contrario. Pero estamos en guerra, Fernando, y antes de poner todas las cartas boca arriba hay que actuar con prudencia. Eso fue lo que hicimos. Luego, cuando el señor Brossler, el padre de Jana, le pidió a Benjamin que sacara a su hija de Praga, él no dudó en que yo tenía que ir y yo no dudé en que quería que fueras tú quien viniera conmigo. Ahora ya sabes toda la verdad.

Fernando guardó silencio. Quería marcharse, dejarla allí y no volver a verla más, pero por otra parte le retenía que le hubiera confesado que había sido ella la que le requirió a su lado.

—Siento el malestar que te he causado —dijo ella.

Fernando no respondió. Necesitaba pensar. Pero Zahra aguardaba expectante su veredicto. Así que decidió que ya que le había manipulado en su propio beneficio, él tenía derecho a saber quién era ella en realidad.

—Habéis jugado sucio conmigo.

—Me duele que lo creas así. No era nuestra intención.

—No se puede manipular a los demás aunque sea por una buena causa. No, no

me puedo fiar ni de Wilson ni de ti. Sois capaces de todo. Creéis que el fin justifica los medios.

—No hablaré por Wilson, pero sí por mí, y sí, yo lo creo. Hay que derrotar a Hitler. Tienes razón en que Jana era una más de las personas que tienen que afrontar el horror de la guerra, pero a mí me satisface haberla arrancado de las garras de la Gestapo.

—Aunque para eso hayas matado a un hombre... —Fernando la miró con resentimiento.

—Sí. Aunque para eso tuviera que matar al tal Berger. No me arrepiento.

—Supongo que duermes bien por la noche.

Durante unos segundos Zahra pareció dudar. Miró la taza vacía mientras buscaba una respuesta.

—No siempre he dormido bien por la noche —musitó.

—¿A quién más has matado, Zahra?

El tono de voz de Fernando era frío e imperioso. Ella le miró con algo parecido a la indignación. Pero se conformó con morderse la comisura del labio.

—Maté a mi padre. —Y mientras lo decía, la mirada se le nubló por los recuerdos.

Fernando no supo qué responder. La afirmación de Zahra le había conmocionado.

Se quedaron en silencio. Cada uno perdido en sí mismo, buscando la manera de poner palabras a aquel momento.

—Supongo que te habrán llegado rumores... En Alejandría todo el mundo murmura de lo que sabe y de lo que cree saber.

—No... Bueno, sólo sé que tu abuela fue bailarina.

—Bailar es una tradición en las mujeres de mi familia. Mi madre también lo era, y muy joven, cuando conoció a un empresario, Jan Dinter. Quedó fascinada por él. Alto, guapo, rubio, con ojos de un azul intenso, seductor. Durante su estancia en Alejandría, Jan Dinter recibió la admiración y los halagos de unas cuantas mujeres. Al parecer era difícil permanecer impasible ante él.

»Mi madre comenzaba a tener cierta fama como bailarina. Mi abuela la había formado bien. Dinter fue a verla bailar y le propuso llevarla a Suiza prometiéndole fama y dinero. Pero no fue eso lo que indujo a mi madre a aceptar marcharse con él, simplemente se enamoró.

»Mi abuela no se fiaba de él. Supo ver que detrás de Dinter no había más que egoísmo y que mi madre no era ni sería nunca nada para ese hombre. Pero mi madre no quiso escuchar a mi abuela y se dejó seducir por él. Así que sin decirle nada se escapó con Dinter a Suiza convencida de que, una vez allí, contraerían matrimonio. Se había imaginado un futuro al lado de aquel hombre con aspecto de semidiós.

»La instaló en un pequeño hotel de Zurich. En aquellos momentos la Gran Guerra aún no había comenzado. Aunque Suiza, ya sabes, siempre se mantiene neutral, un reducto para los que nunca pierden las guerras.

»El padre de Dinter era alemán de Büsingen y su madre, suiza de Baden, una localidad pegada a Zurich. Así que él podía optar por lo mejor de los dos mundos. La familia de la madre de Dinter se dedicaba al negocio inmobiliario mientras que su padre comerciaba a ambos lados de la frontera. Büsingen es un pequeño y hermoso pueblo alemán situado en Suiza. Fue fundado por un caudillo germano llamado Buosingue, de ahí su nombre; perteneció al cantón suizo de Schaffhausen, luego pasó a formar parte del Imperio austríaco. Ya te contaré la historia, lo cierto es que por su situación geográfica las gentes de Büsingen dicen sentirse tanto alemanas como suizas; en realidad en cada momento se sienten lo que más les conviene.

»Jan Dinter, a pesar de presumir de patriota, no luchó en la Gran Guerra: en aquellos años hizo prevalecer su condición de suizo. Pensaba que eran otros los que debían combatir por Alemania mientras él seguía con su vida. Se había asociado con un pariente lejano, Ludger Wimmer, que había heredado una casa a los pies de los Alpes. Se le ocurrió convertirla en un refugio al que llamaron “La Casa del Bosque” donde la gente pudiera ir a cenar, beber y disfrutar de distintos espectáculos. Dinter se encargaba de contratar a los artistas...

orquestas, magos, pero sobre todo bailarinas...

»En fin, te cuento esto para que sepas por qué llevó a mi madre a Suiza.

»Ella, ingenua, aguardaba impaciente a que él le propusiera matrimonio. En realidad la había envuelto con palabrería insinuándole que una vez dejaran atrás Alejandría estarían juntos. Pero los días pasaban y lo que ella había tomado por promesa no se concretaba.

»Para mi madre también fue una decepción actuar en aquella casa convertida en un singular y discreto cabaret. Allí los hombres no iban a verla bailar, sino que se divertían con chicas cuyo cometido era entretenerlos, chicas que trabajaban para Dinter. Mi madre no era la única atracción. Había otros números de baile y las chicas... bueno, a las chicas Dinter las conminaba a ser amables con los clientes.

»Al principio a mi madre la quiso sólo para él, lo que a ella, pese a la decepción que empezaba a sentir, la consolaba al pensar que él estaba enamorado.

»Pero una noche, una de las chicas le comentó a mi madre que Jan Dinter estaba casado y que unos meses antes había sido padre de un niño. Su esposa se llamaba Anke Ziegler y era muy hermosa. Los padres de Anke eran alemanes, de Munich, amigos de los padres de Dinter. Las dos familias estrecharon aún más la relación cuando comenzó la guerra y los padres de Anke decidieron refugiarse en Zurich. Ya sabes cómo son algunos "patriotas". Pero el caso es que disponían de una situación desahogada a pesar de la crisis profunda que sufría Alemania. Creo que el padre de Anke era un importante financiero.

»Cuando mi madre le preguntó si era verdad que estaba casado, él no lo negó, lo admitió con naturalidad. Mi madre se puso a llorar y le pidió que la devolviera a Alejandría, pero él se rio de ella diciéndole que tenía que ganarse el pasaje de vuelta y los gastos derivados de su estancia en Suiza. Como ya imaginarás, para entonces Jan Dinter ya la había convertido en su amante. Ella nunca me lo dijo, pero creo que ésa fue la primera vez que le pegó.

»A los pocos días la obligó a trasladarse a una casa cerca del cabaret. Era una

casa muy pequeña, con una sola habitación, pero mi madre se sintió afortunada en comparación con las otras chicas que trabajaban en “La Casa del Bosque”.

»Por lo menos disfrutaba de una cierta intimidad. Sin embargo, ser la amante de Jan Dinter no le supuso ningún privilegio más salvo que él estaba encaprichado con ella o quizá, como era un tipo fatuo, gozaba al notar la envidia de otros hombres que le ofrecían cantidades importantes por poder pasar una noche con ella. Incluso su socio, Ludger Wimmer, le insistía en que la compartiera con él. Pero a Dinter le gustaba decir que de momento era de su uso exclusivo.

Zahra buscó con la mirada al camarero. Su vaso de agua estaba vacío y sentía la boca seca. O quizá necesitaba hacer un receso en el relato. A Fernando le pareció verla envejecer mientras hablaba. Su mirada había perdido brillo, los labios contraídos, el gesto amargo y unas arrugas habían cruzado repentinamente su frente.

No le hizo ninguna pregunta. Estaba conmovido por lo que escuchaba y temía que si decía una sola palabra ella pudiera retraerse y no seguir desvelando aquellas intimidades que tanto le dolían.

Una vez que el camarero les sirvió otro par de cafés y llenó los vasos de agua, Zahra continuó hablando sin mirarle. Parecía como si sus palabras estuvieran dirigidas a ella misma.

—Cuando terminó la Gran Guerra, Dinter decidió instalarse en Berlín convencido de que la gente necesitaría ciertas diversiones después de tantos sufrimientos. Mi madre le siguió. Para ese momento yo ya había nacido, a pesar de que Dinter hizo lo imposible para evitarlo ya que consideraba que mi madre se había quedado embarazada para atarle a ella: un día le dio una paliza que la tuvo postrada durante semanas en la cama y a punto estuvo de perderme. Mi madre suplicaba que le permitiera volver a Alejandría, pero él se resistía, no porque la quisiera sino porque estaba encaprichado de ella y, sobre todo, el público, aquellos hombres que acudían a «La Casa del Bosque» la deseaban. Cuando nací, mi madre me inscribió con el nombre de Mandisa Rahim.

—Entonces... —Fernando estaba cada vez más desconcertado—, entonces te llamas Mandisa...

—Ya no. Pero ése fue el nombre con el que mi madre me inscribió en el registro de Zurich. ¿Sabes qué significa Mandisa? Dulce.

—¿Y el apellido?

—El padre de mi madre se llamaba Abir Rahim, de manera que al ser madre soltera me inscribió con su propio apellido. Dinter estaba casado, pero además nunca me habría reconocido. Yo sólo era un estorbo, un inconveniente del que se quería deshacer.

»Si en la puritana Zurich mi madre había triunfado, estaba seguro de que cuando la guerra acabara, en Berlín sería un buen reclamo. Así que cuando la guerra terminó, Dinter se instaló con su familia en una hermosa casa en la Unter den Linden y junto a Ludger Wimmer abrieron un nuevo negocio; “Amanecer Rosa” se llamaba el cabaret, y aún existe. Pronto se convirtió en uno de los cabarets favoritos de los berlineses.

»Para entonces Jan Dinter había tenido otro hijo con su esposa legítima.

»En Berlín vivíamos en un piso muy luminoso situado en Sophienstrasse, muy cerca de un lugar llamado Bäckerei Balzer donde se venden los mejores pasteles y la mejor tarta... Y el pan... Aún recuerdo el olor a pan recién hecho... Sí, primero Dinter intentó que mi madre abortara; después, una vez instalados en Berlín, insistió en entregarme a la beneficencia. No quería asumir ninguna responsabilidad para conmigo. Él tenía sus propios hijos y yo sólo era una bastarda que se entrometía en su vida.

»Dinter la amenazó con arrancarme de su lado si faltaba un solo día al trabajo.

»Mi madre se desesperó. No conocía a nadie en Berlín, de manera que no tenía a quien encomendarme mientras trabajaba. Pero si Dios existe, se apiadó de ella, porque frente a nuestro piso vivía un matrimonio ya entrado en años que se preocupó por mi madre. Los Levinson eran judíos. Gedeon había sido profesor y su esposa Betania violinista. Pero además de por su edad, los estragos de la guerra los habían empobrecido, de manera que subsistían malamente. La señora

Levinson llegó a un acuerdo con mi madre para cuidarme las tardes y noches hasta que ella regresaba del cabaret. Parte del dinero que Dinter le daba a mi madre ella lo utilizaba para pagar a frau Betania.

»Mi madre trabajaba sin descanso. Era la atracción principal del cabaret. Los berlineses la aplaudían entusiasmados. Ella era diferente no sólo por su aspecto físico sino también porque las danzas orientales constituían el culmen del exotismo. Cuando mi madre salía a escena y bailaba la danza del vientre, los espectadores se volvían locos. Muchos hombres le ofrecieron a Dinter cuantiosas cantidades de dinero por permitirles pasar una noche con ella. Pero cuanto más la deseaban los otros, más se aferraba Dinter a que fuera para él solo.

»Pasó algún tiempo antes de que a Jan se le avivara el interés por la política. Entre sus clientes había hombres que se lamentaban de las condiciones impuestas a Alemania después de la guerra. El Tratado de Versalles lo consideraban una afrenta. Comenzó a ir a reuniones políticas y a asumir como suya la furia de tantos hombres que sentían humillada a Alemania. No le importaba lo bien que fuera el cabaret: “Amanecer Rosa” estaba a rebosar noche tras noche.

»Yo fui creciendo ante la indiferencia de Dinter. Cuando visitaba a mi madre me enviaban a la casa de los Levinson. De allí no me podía mover hasta que mi madre no me reclamaba.

»He de decirte que no me importaba demasiado. Pasaba tanto tiempo con frau Betania y con su esposo herr Gedeon que había llegado a sentirlos como a mis abuelos. Siempre fueron cariñosos y pacientes conmigo. Herr Gedeon me enseñó a leer y a escribir. Decía que aunque la guerra los había empobrecido, él se sentía rico porque había podido conservar sus libros.

»Tardé en saber que Jan Dinter era mi padre. En realidad no es que me importara tener un padre, no hasta que empecé a ir a la escuela. Allí me di cuenta de que todas las niñas tenían padre y madre, y un día me atreví a preguntarle a mi madre dónde estaba mi padre.

»Ella me sentó en sus rodillas y se puso a llorar. Me contó que Jan era mi

padre, pero que a él no le gustaban mucho los niños, que era mejor no molestarle y, sobre todo, no se lo podía decir a nadie. Pero entonces mi curiosidad era enorme, pues mi apellido era otro distinto.

»Mi madre no supo darme ninguna respuesta satisfactoria e insistía en que me conformara con el que tenía, que no era otro que Rahim, el apellido de su padre, mi abuelo.

»Así que yo era Mandisa Rahim, lo que provocaba no pocas burlas entre los otros niños, que no dejaban de decirme que yo no era alemana porque tenía un nombre y un apellido raros. Además, nadie llevaba el mismo apellido de su madre como era mi caso.

»Herr Gedeon me consolaba diciendo que debía sentirme orgullosa de mi apellido puesto que era único entre los alemanes. Pero he de confesarte que aquello sólo me provocaba confusión. Mi padre me ignoraba y me apartaba de un manotazo en cuanto me veía, y por si fuera poco, en vez de tener su apellido, compartía el mismo de mi madre.

»Creo que tenía nueve o diez años la primera vez que vi cómo Dinter pegaba a mi madre. Ella se sentía indispuesta y cuando él fue a buscarla para llevarla al cabaret le rogó que la dejara descansar al menos aquella noche. Él se mostró inflexible y le reprochó estar manteniéndola sin recibir ningún beneficio. Mentía, claro está; era mi madre quien llenaba cada noche el “Amanecer Rosa” con sus danzas.

»La levantó de la cama y la arrastró por la habitación ordenándole que se vistiera. Mi madre le suplicaba y él comenzó a golpearla. Yo me asusté y empecé a gritarle: “Deja a mi mamá, déjala, está malita, eres un hombre malo”. Me empujó tirándome al suelo y perdí el conocimiento. No sé qué sucedió después. Cuando volví en mí, Betania me llevaba en brazos y Gedeon me prometió contarme todos los cuentos que quisiera si dejaba de llorar. Pero yo gritaba que quería ir con mi madre. Aquella noche fue la primera en la que odié a mi padre. No vi a mi madre hasta la tarde siguiente. Betania y Gedeon se habían ocupado de mí.

»Mi madre había llegado al amanecer y se había acostado rendida. Cuando la vi me asusté al descubrir los cardenales en brazos y piernas. Más tarde supe que cuando Dinter la golpeaba, además de extender una capa de maquillaje allí donde la había dejado marcada, lo disimulaba envolviéndose en grandes tiras de seda.

»Los Levinson solían hablar de Dinter. Gedeon no ocultaba su antipatía por él y se decía que quizá debería intervenir cuando escuchaba los gritos de mi madre cada vez que Jan le pegaba. Pero su esposa le aconsejaba ser discreto, diciéndole que era demasiado mayor para enfrentarse a un hombre más joven y además, si intervenían, sería peor para todos, ya que Jan se había convertido en un destacado simpatizante del Partido Nacionalsocialista. Herr Gedeon era socialdemócrata y le preocupaba tanto como le repugnaba que el Partido Nazi fuera capaz de *envenenar* con su retórica a tanta y tanta gente. También sentía temor porque era consciente de que se estaba cuajando el antisemitismo que predicaba su líder Adolf Hitler.

»Los diarios berlineses se hacían eco de los discursos pronunciados por Hitler. Los judíos y los marxistas eran las obsesiones de aquel austríaco que encandilaba a sus seguidores.

»Jan Dinter nunca mostró el menor interés por mí. Jamás me dio un beso, ni tuvo ningún gesto cariñoso. Cuando llegaba a nuestro piso, me ordenaba desaparecer y yo salía de inmediato. Me preguntaba por qué mi padre era tan diferente de los padres de las otras niñas. No es que recibiera muchas invitaciones para visitar las casas de mis compañeras de clase, pero cuando asistía a alguna fiesta de cumpleaños envidiaba el ambiente festivo y cálido que reinaba en ellas.

»A mediados de los años veinte, en Alemania comenzaba a ser un problema serio ser *diferente*. No fueron pocas las ocasiones en que alguna niña me preguntaba si era *gitana*. El color de mi piel delataba que yo no era una verdadera alemana. Ya ves, aunque tengo sangre alemana, la sangre maldita de Dinter, apenas heredé nada de él.

—Tus ojos son azul oscuro —se atrevió a decir Fernando, arrepintiéndose al momento de sus palabras y de haber interrumpido el relato.

Zahra le miró con desconcierto y luego sonrió.

—Sí, depende de la luz mis ojos son azul oscuro... pero mi piel es oscura y mi cabello también.

—Castaño... tienes el cabello castaño —dijo él.

—¿Te parece que puedo pasar por alemana?

Fernando dudó. No sabía qué responder. Zahra le parecía hermosísima, pero no se había parado a pensar en que su belleza fuera cuestión de raza.

—Hablas alemán a la perfección.

—Sí, y eso los desconcierta. Pero, como ves, no soy el ideal ario; aunque, todo hay que decirlo, los nazis no tienen nada en contra de los árabes ni tampoco de los egipcios. Nos consideran razas aceptables.

—¿Entonces...?

—Entonces yo no me parecía a las niñas de mi escuela. Así de simple. Pero he de reconocer que las familias de mis amigas suspiraban aliviadas al saber que yo no era ni gitana ni judía. Que mi madre fuera egipcia les resultaba llevadero. Aun así, en cuanto se enteraban de que mi madre era bailarina, las puertas se cerraban. Una bailarina oriental que se dejaba ver medio desnuda en un cabaret. Imagina lo escandaloso que les resultaba. Yo no era una buena compañía para aquellas niñas. Así que no eran muchas las ocasiones en que jugaba con mis compañeras fuera del colegio. Pero esas pocas ocasiones las envidiaba por tener unos padres cariñosos.

»Mi madre intentaba que yo no sufriera y me decía que mi padre era un hombre ocupado, con muchas preocupaciones, y no tenía tiempo para dedicarme. Así que me acostumbré. Sí, me acostumbré a que aquel padre fuera poco más que un extraño.

»De vez en cuando él acudía a nuestro piso en compañía de otros hombres y de algunas de las chicas del cabaret. Le gustaba organizar lo que él decía eran sus *fiestecitas* por más que mi madre le recriminaba que llevara gente a nuestra

casa puesto que yo estaba allí. Pero él se reía y le decía que me mandara a casa de los Levinson pues, al fin y al cabo, ya pagaba a Betania por cuidarme.

»En una ocasión en que yo estaba en mi cuarto y él llegó para ver a mi madre, me quedé muy quieta, callada, para no tener que irme a casa de los Levinson. Me gustaba pintar y estaba haciendo un cuadro para regalarle a mi madre. Los oí discutir y me asusté cuando escuché el llanto de mi madre. Jan la estaba insultando mientras la golpeaba. Entré en la habitación y los encontré desnudos: ella estaba tirada en el suelo tapándose la cabeza mientras él, enfurecido, le tiraba del pelo y le daba patadas. “¡Deja a mi madre!”, grité mientras me acercaba a ella. Dinter me empujó y me caí al suelo. Iba a darme una patada, pero mi madre sacó fuerzas para cubrirme con su cuerpo. Él se enfureció más y la pateó hasta que perdió el conocimiento. Yo estaba quieta, casi sin respirar debajo del cuerpo de mi madre. Él se vistió y se marchó.

»La cubrí con una sábana y fui a buscar a Betania Levinson. Mi madre estuvo enferma durante dos semanas. Dinter no apareció, pero mandó a una de las chicas del cabaret para saber cuándo iba a regresar mi madre al trabajo. Era lo único que le importaba.

»No ha pasado ni un solo día desde entonces en que no le haya maldecido y le pida a Dios que le tenga en el Infierno para siempre jamás.

Era tanto el sufrimiento y la ira que habían cubierto el rostro de Zahra que Fernando se asustó. Aquella pátina de frialdad, de seguridad y entereza ocultaban más odio del que había visto jamás. Se preguntó si él odiaba con la misma intensidad a los asesinos de su padre. Y por un momento intentó llenar su cerebro con los rostros cada vez más difuminados de Roque y Saturnino Pérez.

—No creas que todo fue malo en aquellos años. Mi madre hacía todo lo posible para que yo fuera feliz. A veces me llevaba a merendar al «Romanisches Café» de la Kurfürstendamm o al café «Buchwald» a comprar su especialidad, una tarta hecha con mermelada de albaricoques cubierta de chocolate.

»En esos momentos yo era feliz. No necesitaba a nadie más que a mi madre. Cuando nos sentábamos en los cafés yo le contaba mis preocupaciones, le decía

que las niñas de mi clase se sentían orgullosas de ser alemanas, pero que yo no sabía qué tenía que hacer para sentirme orgullosa de serlo. Ella se reía y me decía que sólo había que mirarme para saber que yo era más egipcia que alemana y entonces me contaba la historia de los faraones, me hablaba de los secretos del desierto, de los bazares, de la alegría de Alejandría... Fue sembrando en mí la añoranza de lo desconocido, que era su añoranza del mundo perdido.

»Me hablaba de mi abuela Yasmin y la describía con una mujer bondadosa, además de ser la mejor bailarina de Egipto. Y se le escapaba alguna lágrima al recordar a su padre, al que perdió demasiado pronto, siendo ella una niña.

»Mi madre era una mujer muy bella. No imaginas cuánto. Aún la recuerdo una noche en que mi padre decidió llevarla al teatro Nelson donde actuaba una cantante norteamericana, Joséphine Baker. Imagínate, en ese momento era la atracción de Berlín. Fue ella quien introdujo la moda del charlestón.

»No es que mi padre se prodigara en público junto a mi madre, pero aquella noche su esposa estaba de viaje fuera de Berlín y él había decidido acudir con ella. Le había regalado un vestido de seda del color de los rubíes con un escote bajo, y tan pegado al cuerpo que parecía una sirena. Mi madre parecía feliz. La señora Levinson me enseñó dos días más tarde una foto en un periódico en el que aparecía mi madre rodeada de unos cuantos hombres. Yo me sentí muy orgullosa de ella.

»Precisamente esa foto provocó que la esposa de Dinter le diera un ultimátum. Sin duda sabía de las relaciones de su marido con las chicas del cabaret, pero no le daba importancia, su papel era más importante como la perfecta ama de casa alemana, que le proporcionaba hijos sanos y fuertes. Las chicas del cabaret no constituían un peligro, eran sólo trozos de carne para el esparcimiento de su marido y de otros hombres. Pero cuando vio la foto de mi madre... eso fue demasiado para ella y le exigió una reparación.

»Sin embargo, Jan Dinter no quería renunciar a mi madre, ni mucho menos a su esposa. El padre de Anke se había convertido en uno de los financiadores del Partido Nazi y se codeaba con el mismísimo Hitler. Así que Dinter decidió que

mi madre se fuera de Berlín durante una temporada. Además, estaba delicada de salud. El clima helado de Berlín le estaba dejando secuelas en los pulmones y ya había padecido dos neumonías. Por eso nos envió de regreso a Zurich. Allí fuimos felices. Yo tenía a mi madre sola para mí, pero sobre todo no nos acechaba la presencia malévola de Dinter.

»Pero al parecer, los clientes del “Amanecer Rosa” no dejaban de preguntar por mi madre, así que Dinter nos hizo regresar. La misma noche que llegamos a Berlín, él le dio una paliza y los Levinson tuvieron que llevarla al hospital.

»Estábamos cansadas del viaje y ella decidió no ir al cabaret hasta el día siguiente, pero él se presentó eufórico en nuestra casa y durante un buen rato no habló de otra cosa más que de la suerte de Alemania por contar con un hombre como Adolf Hitler. Luego ordenó a mi madre que se vistiera para ir al “Amanecer Rosa”. Ella le dijo que acabábamos de llegar y que no estaba en condiciones de bailar aquella noche. Pero Dinter no se atenía a razones. Le había dado una orden y no estaba dispuesto a rectificar, así que hizo lo que en otras ocasiones, la agarró del pelo y la comenzó a golpear. Mi madre rompió a llorar y entonces él le pegó con más saña. Yo escuchaba los gritos y durante unos segundos me tapé los oídos; luego salí de mi cuarto y entré en el de mi madre. Él nada más verme me empujó, tirándome al suelo. Mi madre se había golpeado la cabeza con el pico de la mesilla de noche y había perdido el conocimiento. Dinter no la socorrió, salió de la habitación no sin antes darme una patada. Cuando oí que se cerraba la puerta me levanté tambaleándome y fui en busca de los Levinson. La llevaron al hospital. El médico que atendió a mi madre quiso saber qué había sucedido, pero ella se negó a denunciar a Dinter; tampoco habría servido de nada.

»Yo temblaba cada vez que él venía a nuestra casa. Mi madre me mandaba a donde los Levinson, pero yo prefería encerrarme en mi cuarto porque temía que le pegara. Rezaba para que él se fuera pronto. Me comía las uñas y me arrancaba el cabello hasta que le escuchaba marcharse.

»Le temía, sí, pero también temía a Ludger Wimmer. Ya te he dicho que a

veces venían los dos acompañados de otros hombres y algunas de las chicas del cabaret. Mi madre protestaba diciéndole que ya que no tenía respeto por ella, al menos que lo tuviera por mí, que también era su hija. Pero Dinter se reía y respondía: “En cuanto esa pequeña zorra crezca un poco me la llevaré a trabajar al ‘Amanecer Rosa’, de manera que empieza a enseñarle a bailar”.

»Pero lo peor no era su amenaza sino que permitía que su socio me hablara de manera soez, y no fueron pocas las ocasiones en las que intentó manosearme ante la indiferencia de Dinter. Mi madre inmediatamente intervenía, pero mi padre se reía diciendo que yo era una arisca y que Ludger sólo pretendía ser amable conmigo.

»Una de esas noches en que Dinter había organizado una de sus juergas en casa, Ludger entró en mi habitación. Yo estaba metida en la cama, con la cabeza tapada para no oír las risas y las conversaciones soeces. Ludger se sentó en la cama y... de repente sentí sus manos levantándome el camisón y su respiración acelerándose. Grité con todas mis fuerzas. Mi madre entró en la habitación y se tiró sobre él golpeándole. Pero Ludger la apartó de un manotazo y la tiró al suelo. Dinter entró a continuación y comenzó a reírse. Mi madre gritaba que no iba a consentir que me hicieran nada y mi padre se reía diciendo que alguien tenía que desflorar a la “pequeña zorra” y quién mejor que un hombre de verdad como era Ludger.

»Dos de las chicas del cabaret entraron después y se hicieron cargo de mí y de mi madre. La ayudaron a ponerse en pie y a mí me cubrieron con una bata mientras insultaban a los dos hombres. A pesar de que ya era de madrugada, mi madre me envió a casa de los Levinson. Cuando Gedeon abrió la puerta no dijo nada, me hizo pasar y llamó a Betania.

—¿Nunca... nunca tuvo un gesto de cariño hacia ti? Al fin y al cabo eras su hija —preguntó Fernando, abrumado por cuanto estaba escuchando.

—Nunca me consideró su hija. Yo no era nada para él, nada salvo un objeto con el que chantajear a mi madre. Cuando le amenazaba con regresar a Egipto, él se reía diciendo que no podría hacerlo porque él haría que me retuvieran en

Alemania. Se iría, sí, pero sin mí. Decía que aunque no me hubiera reconocido yo había nacido en Zurich y, por tanto, era suiza, pero gracias a él tenía la residencia en Alemania y las autoridades no me permitirían salir. Me llevarían a una institución hasta que fuera mayor de edad. Por eso mi madre no escapó. Tenía miedo de que cumpliera su palabra y me separaran de ella.

El relato de Zahra había provocado en Fernando un malestar profundo que estaba culminando en un fuerte dolor de estómago, tal era la tensión que sentía. Pensaba en el cariño incondicional de sus padres y le costaba entender la falta de afecto de Dinter hacia su hija.

—No imaginas el ambiente en Berlín durante aquellos años... Yo era una niña, pero era consciente de cómo había ido prendiendo el odio hacia los judíos, a quienes los nazis acusaban de ser los causantes de los problemas de Alemania. Los señalaban diciendo que el poder económico estaba en sus manos y que eran los que explotaban a los trabajadores alemanes. Lo más terrible fue que los alemanes asumieron con entusiasmo el desprecio a los judíos, persiguiéndolos, señalándolos y haciéndoles culpables de todas las desgracias. Gedeon Levinson se lamentaba de que Betania y él fueran demasiado viejos y carecían de medios para marcharse.

»Gedeon hablaba de los pogromos y decía que se estaba organizando el peor de todos los que habían vivido los judíos. Betania le regañaba recordándole que eran alemanes, buenos alemanes, tan alemanes como el que más, y que no habían hecho nada malo para tener que huir. Pero Gedeon se sabía de memoria la historia de las persecuciones sufridas por su pueblo y se las enumeraba una por una, hasta dejarla a ella y a mí sumidas en la intranquilidad y el desaliento.

»Yo no quería que se fueran. Además de mi madre, los Levinson eran cuanto tenía. No podía imaginar mi vida sin ellos. Así que me abrazaba a Gedeon llorando y pidiéndole que no se fueran y que si lo hacían, nos llevaran también a nosotras.

»Por las noches, antes de dormir, imaginaba cómo sería vivir en un lugar donde no tuviéramos que ver a Jan Dinter. Se me antojaba que la vida sin él sería

poco menos que estar en el Paraíso.

»Dinter estaba convencido, al igual que los Ziegler, los padres de su esposa, de que sólo Adolf Hitler lograría que Alemania volviera a ser una potencia respetada por el resto del mundo.

»Se había convertido en un devoto militante del Partido Nazi y el “Amanecer Rosa” pasó a ser uno de los cabarets preferidos de los jefes del partido y, desde luego, de muchos de sus financiadores. En el “Amanecer Rosa” siempre eran bien recibidos y Dinter se mostraba generoso con ellos.

»Un día sucedió algo terrible...

Zahra contrajo el gesto. Con la mirada ausente y las manos crispadas sobre el regazo, ofrecía un aspecto que a Fernando le sobresaltó. Tardó unos segundos en recomponerse por dentro.

—Una noche en el cabaret, un oficial de las SA se encaprichó de mi madre, exigiéndole a Dinter que le facilitara una cita inmediata. Hasta entonces Dinter se había reservado a mi madre para su exclusivo disfrute, pero ya fuera porque estaba cansado de ella, o porque no se atrevió a contrariar a un alto mando de las SA, el caso es que ordenó a mi madre que subiera a uno de los reservados con aquel hombre. Ella se negó, y Dinter, como era habitual, le pegó, aunque se contuvo más que otras veces puesto que si la lastimaba demasiado no podría enviarla con el tipo de las SA.

»Mi madre tomó una decisión. Le dijo que subiría con aquel hombre pero que antes debía retocarse el maquillaje para cubrir la rojez de los golpes que le había propinado. Dinter aceptó. Entonces mi madre aprovechó para escaparse por la puerta de atrás. Corrió hasta encontrar un taxi que la llevó hasta casa.

»Yo estaba estudiando. Cuando la oí llegar, salí y le pregunté por qué regresaba tan pronto. Vi la huella de la mano de Jan Dinter en el rostro de mi madre, y sus brazos señalados por moratones fruto de los golpes recibidos. “¡Otra vez te ha pegado! ¡Es un malvado! Le odio tanto”, le dije a mi madre. Ella siempre intentaba quitarle importancia a las palizas de Dinter, en algunas ocasiones incluso intentaba tranquilizarme diciéndome que los moratones eran

consecuencia de que se había caído. Pero yo ya no era una niña a la que se podía engañar. Tenía catorce años y mi madre era todo mi mundo.

»La ayudé a curarse las heridas y luego insistí en que descansara. Me pidió que le llevara una jarra con agua, tenía mucha sed. Estaba en la cocina preparándole un vaso de leche cuando escuché un portazo y, a continuación, a Jan Dinter gritando. Me quedé quieta, temblando. Le tenía miedo. “¡Zorra! ¡Cómo te has atrevido a desobedecerme! ¡Vas a volver al cabaret y yo mismo te meteré en la cama de ese hombre! ¡No sirves para nada! Suerte tienes que aún alguien se fije en ti. ¡Te has convertido en un desecho! Ya no sirves para nada...” Gritaba tanto que me puse a temblar, mientras, como en otras ocasiones, me tapaba los oídos intentando no escuchar las cosas horribles que le decía a mi madre. De repente oí un grito desgarrado, como el de un animal al que estuvieran sacrificando. Era mi madre. No sé cómo me atreví... Busqué un cuchillo afilado; luego me dirigí a la habitación y allí estaba él, con su cinto en la mano. No había trozo de piel donde no la hubiera golpeado. El rostro de mi madre era un amasijo de sangre. Estaba en el suelo y además de con el cinto, la estaba pateando. Parecía que hubiera pasado un huracán por la habitación. Entré y le pedí que dejara a mi madre. Creo que se lo pedí porque ni yo misma era capaz de escuchar mi voz. Cuando él me vio, se volvió hacia mí y me dio con el cinto con tanta saña que me caí al suelo. Mi madre gemía pidiendo que me dejara. Entonces él empezó a reírse y dijo que ya que ella no le servía para nada, yo ocuparía su lugar, que a buen seguro al oficial de las SA tanto le daría meter en la cama a la hija en vez de a la madre.

»Yo me arrastré junto a mi madre. Ella apenas respiraba. Él le dio una patada y oí cómo la quebraba por dentro. Entonces... entonces, no sé cómo, pero me incorporé y le clavé el cuchillo a la altura del corazón. Aún no me lo explico, pero le clavé aquel cuchillo con todas mis fuerzas. Él me miró desconcertado. La sangre le empezó a brotar en abundancia. Me apartó de un manotazo... pero el cuchillo lo tenía tan clavado que empezó a tambalearse. Se lo extraje. Aún tuvo aliento para insultarme, después cayó de rodillas... Le vi tendido en el suelo, con

la mirada perdida. Yo me incliné sobre el cuerpo de mi madre. Estaba inmóvil, con la mirada perdida. Intenté incorporarla para subirla a la cama, pero me faltaban las fuerzas.

»Dinter se desangraba y yo sólo deseaba que lo hiciera cuanto antes. Tardó en morir. No me preguntes cuánto, no lo sé.

»Permanecí junto a mi madre, cubriendo su cuerpo con el mío, diciéndole que Dinter ya nunca más la maltrataría. Le acariciaba la cara y empecé a asustarme al ver que sus ojos no se movían. Tenía que buscar ayuda. Salté por encima del cuerpo de Dinter. Estaba muerto, o eso me parecía, y sentí la necesidad de golpearle; le di una patada en la cabeza con toda la fuerza de la que fui capaz aun sabiendo que seguramente él ya no sentía nada. Y le escupí. ¡Cuánto le odiaba!

»Fui a casa de los Levinson. Betania gritó asustada cuando me vio. Mi rostro, mis manos, mis piernas, mi vestido, todo estaba empapado por la sangre. Gedeon se acercó diciéndome que estuviera tranquila, que le contara qué había pasado. A mí no me salían las palabras. Me di media vuelta para regresar a mi casa y Betania y él me siguieron. Se quedaron inmóviles cuando entraron en la habitación de mi madre y la vieron tirada, rodeada de sangre y cerca el cuerpo de Dinter. Betania me abrazó mientras Gedeon se dirigía al teléfono para llamar a una ambulancia.

»Luego... no lo recuerdo muy bien. Sé que Betania me obligó a quitarme la ropa manchada de sangre y que me ayudó a lavarme y a vestirme. Llegó una ambulancia y la policía...

»Empezaron a hacerme preguntas pero las palabras habían huido de mí. Me había quedado muda. No es que no quisiera hablar, es que no podía. Intenté agarrar la mano de mi madre, que no me separaran de ella. Escuché al médico explicar a un policía que no habían podido hacer nada porque los dos cuerpos ya eran cadáveres. Sonreí. Dinter estaba muerto. Y la sonrisa se convirtió en una carcajada. Pero inmediatamente me sobresalté, ¿había escuchado que había dos cadáveres? ¿Acaso mi madre se hallaba muerta? Me acerqué de prisa al cuerpo

de mi madre, que aún estaba en el suelo, ahora tapado con una sábana. Una mujer policía me impidió levantar la sábana; entonces me volví hacia ella y la mordí para que me soltara. Me incliné y descubrí el cuerpo de mi madre y comencé a acariciar su rostro. Le habían cerrado los ojos y me dije que estaría durmiendo. Dos policías me levantaron a la fuerza. No recuerdo muy bien lo que pasó a continuación... Me llevaron a un lugar para interrogarme, pero como te he dicho yo había perdido el habla. Me visitó un médico, y luego un psiquiatra. Ellos hablaban y hablaban pero yo no los oía. Los veía gesticular, mover los labios, pero era como si me hablaran desde muy lejos.

»Recuerdo que Ludger Wimmer, el socio de mi padre, estaba en aquel lugar y que hablaba sobre mí. Decía que mi madre y yo éramos dos vulgares ramera que intentábamos extorsionar a un ciudadano ejemplar como Jan Dinter. Que él mismo había tenido que rechazar mis intentos de engatusarle, que lo mismo hacía con Dinter e incluso que me había escuchado amenazarle si no aceptaba darnos dineros a mi madre y a mí. Quise gritar que mentía, pero las palabras se quedaron en mi garganta. Él me miraba de reojo y en sus ojos podía sentir cuánto me despreciaba.

»Me internaron en un psiquiátrico a la espera de juicio. Allí conocí el Infierno. Pero no te lo describiré. ¿Para qué? Me daban unas medicinas que me producían unos dolores de cabeza insoportables, me movía como si fuera un espectro. Y... no, no te diré lo que pasaba allí... Una noche se abrió la puerta de la celda donde me tenían atada... y le vi; sí, era él, estoy segura, Ludger Wimmer. Se acercó a mi lecho riendo... El celador le pidió que no hiciera ruido; me puso una inyección y se marchó, dejándome sola con él. No sé cuánto tiempo estuvo allí... no recuerdo bien lo que pasó... A veces tengo pesadillas y creo revivir lo que sucedió... pero no sé si es verdad... Me veo quieta, sin poder moverme, mientras Ludger me sube el camisón... Siento un dolor agudo y miedo, un miedo profundo. No puedo hablar, ni gritar, no me puedo mover, pero veo que sus manos se van acercando a mí... Unos meses después hubo un juicio. El día en que me llevaron al tribunal me sentaron al lado de un hombre que luego supe

que era mi abogado. Al hombre le vi sólo en aquella ocasión. Ni siquiera me había visitado para conocer el psiquiátrico donde me habían encerrado.

»Vi a Betania y a Gedeon sentados entre el público. Betania lloraba y Gedeon intentaba consolarla. Me miraban con ternura sufriendo por mi sufrimiento.

»El abogado de la familia de Jan Dinter los llamó como testigos. Los habían amenazado si no declaraban en mi contra. Por más que los presionaron para que me acusaran de haber asesinado a Jan Dinter, no lo consiguieron. Repetían una y otra vez que me presenté en su casa y que estaba conmocionada e intentaron explicar que Dinter maltrataba a mi madre, pero ni el abogado de la familia ni mi propio abogado se lo permitieron. Decían que ésa no era la cuestión, que se trataba de confirmar que yo era la asesina.

»Ludger Wimmer fue el testigo principal. Subió al estrado a repetir sus mentiras, aunque apenas recuerdo sus palabras ya que los medicamentos que me suministraban me habían convertido en un ser sin alma.

»Se reafirmó en el juicio en lo que había manifestado antes a la policía. Dijo que mi madre extorsionaba a mi padre, que era una prostituta y que yo, a pesar de mi corta edad, también lo era, que me gustaba provocar a los hombres y que en alguna ocasión me había abalanzado sobre él ofreciéndome sin ningún pudor. Me acusó de matar a Jan Dinter. Describió una escena que nunca existió: mi madre reclamándole dinero y yo amenazándole. Dijo que Dinter se intentó defender y forcejeó con mi madre y que ella se dio un golpe perdiendo la vida. Entonces yo me abalancé y le apuñalé. De nada sirvió que los Levinson dijeran lo contrario, que explicaran cómo mi madre había sido golpeada con brutalidad y que no era la primera vez que sucedía. Mi abogado no pidió que fueran a declarar los médicos que acudieron al lugar, ni los funcionarios que levantaron el cadáver.

»Todo era una farsa. Yo ya estaba condenada de antemano. A nadie le importaba por qué maté a Dinter. Durante los tres días que duró el juicio no dejé de sentir la mirada de una mujer. Anke Ziegler, la esposa de Jan Dinter, se había sentado en primera fila y no apartaba sus ojos de mí. En su mirada había

repugnancia y odio. Yo pensé que ella sentía lo mismo que yo había sentido por su marido.

»La llamaron a declarar, y Anke Ziegler no tuvo el menor reparo en asegurar que Jan Dinter era un marido ejemplar que había sufrido el acoso de mi madre y que él, como hombre de bien y amante de su familia, se había resistido a las vergonzosas insinuaciones de “esa” bailarina egipcia que actuaba en el “Amanecer Rosa”. No le preguntaron qué hacía en mi casa aquella noche, ni por qué había maltratado a mi madre hasta causarle la muerte.

»Lo único que importaba era la muerte de Dinter. El juez concluyó que yo era culpable y que debía pasar el resto de mi vida en un psiquiátrico.

»Vi el gesto de desolación que se dibujaba en los rostros de Betania y de Gedeon. Pero yo ya no era un ser humano. Era sólo un cascarón con forma de persona porque mi cabeza me había dejado de pertenecer a causa de los fármacos que me suministraban en el psiquiátrico.

»Me llevaron de regreso a aquella celda diminuta donde todas las noches me ataban al camastro donde dormía. La celadora me empujó, quejándose de tener allí a una asesina.

»Ludger Wimmer volvió en otra ocasión. La celadora me había atado las manos y no podía defenderme, de manera que él pudo abusar de mí a su antojo.

»Al cabo de unos meses, una noche, poco antes de que amaneciera, una celadora entró en mi celda seguida por tres personas. Dos hombres y una mujer vestida de enfermera. La mujer me sonrió y luego me inyectó algo en el brazo. Cuando desperté no sabía dónde estaba. En realidad todo lo veía a través de una bruma. Escuchaba hablar en susurros y sentí una mano que me acariciaba el rostro. Me reconfortó el olor a flores que desprendía la persona que me estaba acariciando. Su mano era suave y le oía a lo lejos susurrar palabras que no entendía pero que me tranquilizaban. Creo que tardé varias horas en recuperar la conciencia. Y cuando por fin lo hice, ni siquiera me di cuenta de que estaba en el vagón de un tren. Sólo alcancé a comprender que había varias personas a mi alrededor. Dos hombres y dos mujeres, además de Gedeon y Betania. La

presencia de los Levinson me alivió. ¡Temía tanto a los desconocidos!

»Betania se inclinó sobre mí sonriendo mientras me decía: “Ya eres libre, Mandisa, ya eres libre. Ya nadie te podrá hacer nada”. Gedeon estaba a su lado y parecía feliz. “Pequeña, el doctor te va a examinar, pronto estarás bien.” Un hombre alto y con una sonrisa bondadosa se acercó y con mucho cuidado comenzó a tomarme el pulso. Yo me dejaba hacer. Las medicinas me tenían en estado semivegetal, de modo que no oponía resistencia a nada.

»Sentía que el lugar en el que estaba se movía y tardé meses en enterarme de que había viajado en tren desde Coblenza hasta La Haya. Apenas tengo recuerdos de lo que sucedió en aquellos días, pero sí de la voz de Betania.

»“¿Te acuerdas, Mandisa, de las historias hermosas que te contaba tu madre? Ya verás como te gustará Alejandría. Allí te recuperarás”, me decía, aunque yo no comprendía sus palabras. Cuando el tren se paró, un hombre me cogió en sus brazos y yo con las pocas fuerzas que tenía intenté zafarme. El miedo me había vuelto a invadir.

»Yo no quería separarme de Betania y de Gedeon, eran mis únicas certezas, de manera que cuando Betania se acercó a tranquilizarme, me agarré con fuerza a su cuello. El hombre alto y amable también me hablaba mientras el otro hombre me llevaba en brazos. Luego supe que el hombre amable era médico y que fue el quien decidió que los Levinson deberían acompañarme, que ellos eran parte del tratamiento que necesitaba para recuperarme.

»En La Haya me subieron a un barco, a un barco que tú conoces bien. El *Esperanza del Mar*, el barco del capitán Pereira, el Portugués. Pero yo en ese momento tampoco era consciente de que me estaban trasladando a un barco. La niebla seguía instalada en mi mirada. Te explicaré para que lo comprendas.

»Fue Gedeon quien escribió a mi abuela para informarle de lo sucedido. Una carta en la que no le ahorró detalle. Confiaba en que ella respondiera, y mi abuela hizo algo más, decidió ir a buscarme a Berlín para traerme con ella a Alejandría. Lo consiguió gracias a Benjamin Wilson. Sí, mi abuela habló con Wilson y le pidió que le ayudara a sacarme de Berlín. No era fácil. Los Levinson

no sabían a qué psiquiátrico me habían trasladado después del juicio, así que lo primero era encontrarme. Tres semanas, sí, tres semanas fue el tiempo que Benjamin Wilson tardó en saber dónde me hallaba. Como te he dicho, yo estaba condenada a morir. Durante unos meses los médicos me administraron todo tipo de fármacos que me anularon la voluntad; en realidad me secaron el alma hasta convertirme en un cuerpo sin pensamientos, palabras ni voluntad.

»Wilson es el mejor buscador de personas, como lo fue su abuelo. Hace todo lo necesario para lograrlo. Así que cuando logró averiguar dónde me encontraba, organizó la operación para sacarme de allí y le dijo a mi abuela que eligiera un nuevo nombre para los documentos que me dotarían de una nueva identidad. Mi abuela eligió el nombre de Zahra, que significa flor, florecer, brillante... y su propio apellido, Nadouri. Así es como me llamo hoy, ésa es quien soy.

»El hombre de Wilson en Alemania, junto a un médico y una enfermera de su confianza, organizó mi “secuestro” del hospital. En realidad lo que hicieron fue comprarme. Sí, los que trabajaban en el psiquiátrico no tenían ningún sentimiento para con los enfermos, éramos carne, sólo carne con la que experimentar. Así nos trataban los médicos, de manera que puedes imaginar que para los celadores y guardianes éramos menos que nada. Sobornaron a algunos de los que trabajaban allí, por eso pudieron entrar una noche y sacarme de aquel lugar que era la antesala del Infierno.

»Mi abuela y los Levinson me esperaban en la estación desde donde nos trasladamos a La Haya y de allí en el *Esperanza del Mar* hasta Alejandría.

»Le debo mi vida a mi abuela, a Benjamin y, desde luego, a los Levinson.

»Ya te he dicho que el médico había aconsejado que ellos estuvieran cerca de mí; eran mi única referencia de cuando yo aún habitaba en el mundo de los vivos. Mi abuela estuvo de acuerdo y les propuso que fueran sus invitados en Alejandría.

»Betania me quería mucho, pero al principio se resistía a dejar su hogar, pero Gedeon no lo dudó. Era consciente de que en Alemania ya no había lugar para los judíos, de manera que viajaron con nosotras. El resto puedes imaginarlo.

Tardé meses en volver a hablar, en desintoxicarme de todos los fármacos que me habían anulado la voluntad y, sobre todo, en comprender cuanto había sucedido. Mi abuela no escatimó medios para lograrlo. Y los Levinson fueron parte importante de mi curación.

»Ellos me ayudaron a reconstruir el rompecabezas de lo ocurrido aquella noche en la que maté a Dinter y de los hechos de los días posteriores. Les debo tanto... Mi abuela, Betania y Gedeon, Benjamin y los médicos volvieron a darme la vida.

»Por eso estoy aquí, Fernando, por eso hago lo que hago. Le debo mucho a Benjamin Wilson. Pero no te engañes, no creas que me pesa haberle quitado la vida a mi padre. Tampoco temblaré cuando algún día regrese a Berlín para matar a Ludger Wimmer. Tendré que esperar a que acabe la guerra, pero le mataré. Me lo debo a mí misma.

Sobrecogido por cuanto había escuchado, Fernando no se sentía capaz de decir nada porque cualquier palabra hubiera estado de más. Permanecieron en silencio, cada uno recomponiéndose por dentro. Luego Zahra tendió su mano a Fernando y se marcharon del café. Él la siguió como un lazarillo. Ella le llevó hasta su casa. Una hermosa mansión situada frente al mar. Zahra le guio hasta su habitación y allí permitieron que fueran sus cuerpos los que hablaran. Las horas pasaron sin necesidad de palabras. Piel con piel, mirada con mirada.

Ya había entrado la noche cuando Zahra se levantó y le dijo que esperara. Se puso una bata y al cabo de un rato regresó con una bandeja en la que había dispuesto dátiles, queso, hummus, pita y frutas. Se sentaron en la terraza y comieron dejando que sus miradas vagaran sobre la superficie de las olas, temiendo hablar por si las palabras pudieran separarlos.

Fernando se refugiaba en el silencio preguntándose si en aquella casa no habría nadie más, pues sabía que Zahra vivía con su abuela.

Volvieron a buscar refugio entre las sábanas. Amanecía cuando Fernando se despertó. Zahra no estaba. Se levantó sobresaltado y se vistió. Cuando salió de la habitación encontró a una joven que le indicó que le aguardaba un coche para

llevarle de vuelta. La casa seguía en silencio. No se atrevió a preguntar por Zahra. No era necesario. Ahora ya sabía por qué era una mujer diferente y sobre todo por qué no había amanecido con él. Alguien que había viajado a la profundidad del Infierno y que había logrado escapar. Alguien que había derrotado a los demonios que la habitaban. Alguien que después de tanto sufrimiento ya no sería de nadie.

De manera que se dejó conducir hasta la entrada. Allí le aguardaba un chófer con la puerta del coche abierta. No hizo falta que le dijera adónde iba. El hombre ya lo sabía.

Cuando llegó a la casa de Ylena, la encontró en el comedor repasando unos papeles mientras tomaba una taza de café. Le invitó a acompañarla y Fernando aceptó. Ella le miró intrigada, pero no hizo preguntas.

Fernando la observó. Si estaba allí, en casa de aquella griega generosa, era gracias al capitán Pereira. El destino había cruzado a Pereira en su vida y en la de Zahra.

Aquella mañana se presentó en Wilson&Wilson. Al entrar en la librería encontró a Sara Rosent pasando un plumero por las estanterías repletas de libros. Le sonrió y se acercó a recibirle.

—Benjamin no vendrá esta mañana, pero se alegrará de saber que vuelves al trabajo. Nuestro querido Vryzas está desbordado. Nos eres tan necesario, Fernando...

Sara le cogió de las dos manos y no necesitaron palabras. Fernando no podía dejar de sentir un afecto sincero por aquella mujer. En realidad lo había sentido desde la primera vez que la vio. En Sara todo era equilibrio, serenidad y, sobre todo, pasión por los libros. Nada la complacía más. Siempre se había mostrado afectuosa con él. No dudaba que si Wilson le había contratado había sido, además de por la recomendación de Farida, por indicación de Sara.

Ella le acompañó hasta la sala donde Vryzas y los otros editores ya estaban con la mirada atenta en los textos que tenían entre manos.

Cuando Vryzas le vio no fue capaz de disimular la decepción que le producía

que hubiera vuelto. El viejo editor había llegado a creer que Fernando había seguido su consejo y estaba en busca de su propia Ítaca.

Aquel mes de junio de 1943, los egipcios se asombraron por la rendición de las fuerzas del Eje en el norte de África.

En los cafés de Alejandría aún se discutía sobre las discrepancias en el Alto Mando alemán, entre Rommel y el general Von Arnim, quien a principios del año combatía en la zona oeste mientras que Rommel se había replegado en el este con lo que quedaba del Afrika Korps. Ambos militares habían disentido sobre la manera de actuar, y Rommel libró su última batalla en marzo para después regresar a Berlín. Su estado de salud dejaba mucho que desear.

El 12 de mayo, las fuerzas alemanas fueron definitivamente derrotadas y el general Von Arnim se rindió al general británico Alexander.

Para algunos el triunfo de los Aliados supuso un alivio; para otros, una contrariedad. Cada alejandrino había hecho su apuesta particular.

Fernando se preguntaba cuándo volvería a encontrarse con Zahra. No se habían vuelto a ver desde la noche que pasaron juntos. En realidad no se atrevía a buscarla, convencido de que hacerlo la podría contrariar. Sabía cuánto le había costado desnudar su cuerpo y su alma. Sólo cabía esperar y, mientras tanto, sumergirse en el quehacer de cada día.

El reencuentro con Benjamin Wilson había sido peculiar. Pero lo cierto es que aquel hombre lo era. Cuando le vio sentado a su mesa enfrascado en un manuscrito que le había dado Vryzas, Wilson se acercó a él y le dio una palmada en la espalda. Nada más. Ni una palabra, ni un gesto.

Ambos dejaron pasar los meses. Benjamin Wilson no le volvió a encargar ningún trabajo especial, dejando que se dedicara a la edición bajo la supervisión del viejo Vryzas.

Catalina peinaba a Adela mientras pensaba en cómo derrumbar el muro que Fernando había interpuesto entre él y los demás. Hacía meses que no hablaban con sinceridad. Ambos se habían instalado en una cotidianidad que les permitía sobrevivir pero poco más. No habían vuelto a plantear el marcharse, y no es que ella fuera infeliz, incluso la avergonzaba no serlo, pero era consciente de que tenía que tomar una decisión que afectaría al resto de su vida, aunque sólo fuera por su hija.

Faltaban pocos días para que terminara el año, el año 1943 cristiano, porque, se dijo, desde que vivía en Alejandría se había acostumbrado a hacer suyas las fechas significativas del islam. El viernes había pasado a ser un día de fiesta puesto que era el día sagrado de los musulmanes. También celebraba el Eid al-Adha, la fiesta del sacrificio que tiene lugar el décimo día del duodécimo mes del calendario lunar islámico. O el Mawlid al-Nabi, el cumpleaños del Profeta, incluso el Muhárram, el comienzo del año musulmán.

Era imposible vivir en Alejandría sin hacerlo. Por otra parte, la ciudad se mostraba indiferente a las fiestas de otras religiones. Y ahora tocaba despedir el año cristiano.

Ylena había advertido a sus huéspedes de que invitaría a algunos amigos a unirse a la celebración. Llevaba días hablando con Dimitra sobre el menú de la última noche del año. Ilorá, la cocinera, no les hacía demasiado caso; sabía que la última palabra se la dejarían a ella.

El doctor Naseef había aceptado la invitación, incluso el padre Lucas.

Catalina despejó de sus pensamientos la celebración del fin de año para volver a Fernando. No soportaba la melancolía en la que se había instalado. Ni siquiera Adela era capaz de arrancarlo de su ensimismamiento.

La relación de su hija con Fernando era ciertamente especial. La niña le trataba como si fuera su padre. Le quería de manera espontánea y cuando le escuchaba llegar a la casa salía corriendo tendiéndole los brazos.

Fernando correspondía a la niña. En realidad, ella era la única persona a quien prestaba atención. Había convertido en costumbre sentarse todas las noches junto a su cama y leerle un cuento hasta que la pequeña se sumergía en el sueño. Si Fernando se retrasaba. Adela se negaba a dormir. Permanecía atenta hasta oírle llegar.

Los días de fiesta, si no hacía frío, Fernando se la llevaba a pasear a la orilla del mar. No eran pocas las ocasiones en que lo que iba a ser sólo un paseo se convertía en una jornada completa de asueto. Al principio Catalina se preocupaba porque no regresaban a la hora acordada, pero se fue acostumbrando a que Fernando se olvidara de mirar el reloj cuando paseaba con la niña.

Escucharon la puerta de la calle y Adela salió corriendo descalza, dejando a su madre con el cepillo en la mano.

Fernando la aupó en brazos, regañándola por ir descalza. Aun así, ella le dio un beso.

Catalina le salió al paso.

—Parece que intuye cuándo vas a llegar. Estaba impaciente y no se quería meter en la cama —le dijo sonriendo.

Cumplieron con el ritual de cada noche. Él le leyó un cuento y Adela fue cerrando los ojos hasta quedarse dormida. Luego Fernando fue al comedor para cenar junto a los demás huéspedes.

Apenas escuchó la charla entre mister Sanders y monsieur Baudin. Comentaban sobre las dificultades de los Aliados en Italia.

Cuando terminaron de cenar, Catalina le preguntó a Fernando si podían hablar. Él aceptó con desgana, pero la invitó a su habitación. Sabía que cuando Catalina

planteaba una conversación con tanta formalidad era porque no quería que nadie los escuchara.

Fernando dejó entreabierta la puerta de su habitación, pero Catalina la cerró.

—Vaya, creía que querías estar atenta por si se despierta Adela.

—No creo que lo haga. Duerme como un tronco. Y si se despierta, no tiene problema para bajarse de la cama y salir del cuarto. Además, ya sabes cómo grita cuando quiere algo.

—Bien, ¿qué es lo que pasa? —le preguntó.

—No sé cómo plantearlo... pero no dejo de darle vueltas a lo mucho que has cambiado... Estás tan triste... tan ausente... No sé lo que te pasó en ese viaje que hiciste a Praga, pero no has vuelto a ser el mismo... Pensé que según fuera pasando el tiempo te recuperarías, pero no ha sido así... Tampoco alcanzo a comprender tu relación con... bueno, con esa bailarina. Lo único que sé es que no estás bien. ¿Es que ya no confías en mí? ¿No me crees capaz de ayudarte?

—¡Qué cosas dices! No me pasa nada especial —respondió él con poca convicción.

—¡Por favor, Fernando, no me menosprecies!—exclamó ella enfadada.

Fernando la miró y volvió a ver en ella a la amiga de la infancia, a la chiquilla impaciente y caprichosa, pero a la vez cómplice, generosa de sus avatares infantiles y siempre dispuesta a dar la cara por él.

—No sería capaz de hacerlo —respondió con sinceridad.

—Entonces dime la verdad, confía en mí.

—¿La verdad? Ya no sé cuál es la verdad. Me siento atrapado, Catalina. Atrapado en esta ciudad. Pero lo peor no es que me sienta atrapado, lo peor es que no encuentro la fuerza para salir de aquí. Me conformo con dejar pasar los días y eso me desespera aún más.

—¡Vámonos, Fernando! ¡Tenemos que irnos de aquí! Yo estoy bien, me cuesta admitirlo; en los momentos en que no pienso en mis padres y en España hasta me siento feliz. Hay días en los que incluso no pienso... no pienso en Marvin... Pero me pregunto si nuestro sitio está aquí. Dijiste que querías ir a

Francia a reunirse con Eulogio, o por lo menos para saber cómo está. Pues vayamos. Allí estaremos más cerca de España.

—Imposible, ¿te olvidas de la guerra? Francia está en manos de los alemanes, la Zona Libre ya no existe, ni siquiera es una caricatura de lo que fue. Podrían detenernos, mandarnos a un campo de trabajo. ¿Y qué sería de Adela? No creas que no pienso en Eulogio. Suelo preguntarle a Sara si tiene noticias, pero en realidad no las tiene. En cuanto a Marvin... ya te conté que después de intentar salvar a monsieur Rosent se quedó en Suiza un tiempo y luego viajó a Nueva York junto a Farida, aunque ignoro si sigue allí.

—Entonces vayamos a Nueva York. El señor Wilson puede ayudarnos.

—Yo no quiero ir a Nueva York, en realidad no sé si quiero ir a ninguna parte.

—¿Porque estás enamorado de Zahra? —quiso saber ella.

—Zahra... No te negaré que Zahra es importante para mí, pero ni siquiera sé cuánto; tampoco sabría decirte si quedarme aquí tiene que ver con ella... No lo sé... No soy capaz de poner en orden mis sentimientos. Me dejo llevar por el día a día intentando no pensar.

—Así no puedes seguir. No tienes por qué ser infeliz. No es justo, Fernando.

Catalina se acercó a él y le abrazó con toda la fuerza de la que fue capaz. Él se dejó envolver en el abrazo cálido de la mujer por la que ya no sabía qué sentía en realidad.

Permanecieron abrazados un buen rato, en silencio, escuchando la respiración el uno del otro. Cuando más tarde deshicieron el abrazo, ambos se sentían mejor. Era como si al juntar el calor de sus cuerpos hubieran regresado a la infancia que habían dejado atrás.

—Sí, tenemos que hacer algo —insistió Catalina mientras encendía un cigarrillo que pasó a Fernando para, a continuación, encender otro para ella.

—A Francia no podemos ir y a Nueva York no quiero ir —insistió él.

—¿Cuándo terminará esta guerra? —preguntó ella, sabiendo que no había respuesta.

—Nunca. No lo sé, en realidad no lo sé. Ya has escuchado al coronel Sanders

y a monsieur Baudin hablar sobre el avance de los Aliados. Pero quién sabe lo que puede pasar.

—Al menos los ingleses han derrotado a los alemanes aquí. Rommel y su Afrika Korps parecían invencibles y ya ves lo que les ha pasado.

—¿Por qué no regresas a España? —insistió él, sabiendo de antemano lo que contestaría.

—Me gustaría, créeme. Y lo haría si no tuviera a Adela. Pero sabes que no puedo ir a España; allí Adela no sería bien mirada: la hija de una mujer soltera, una niña sin padre... La menospreciarían y la harían sufrir. No regreso por ella, Fernando, por ella y por mis padres. No les puedo hacer pasar por esa vergüenza. Quiero a mi hija más que a nadie en el mundo y no podría consentir que la miraran mal, que la humillaran. En España no hay lugar para nosotras, al menos ahora. Sólo puedo regresar casada con Marvin.

—O con otro hombre. Podrías casarte con el doctor Naseef. Él se casaría contigo sin dudarlo. Sabes que está enamorado de ti.

—No lo sé... o no quiero saberlo. Yo no estoy enamorada de él. No puedo engañarte, de manera que te reconoceré que es un hombre atractivo con el que me siento bien. Me halaga su enamoramiento, pero no me casaría con él.

—Tampoco quieres casarte conmigo.

Catalina se quedó en silencio. Fernando observó cómo ella se mordía el labio mientras buscaba otro cigarrillo y lo encendía.

—Esta noche no quiero que quede nada por decir. Debemos ser sinceros. Los dos hemos tenido tiempo de mirarnos por dentro. Llevo meses pensando en ti, Fernando, en lo que siento por ti. Te quiero mucho y lo sabes, pero no estoy enamorada de ti. ¿Podría estarlo? Quizá... Ya sabes cómo me han educado... cuántas veces hemos escuchado decir a nuestros mayores que el amor es algo que surge con el tiempo, que lo importante es el respeto, el afecto, el compartir unos principios... Tú y yo nos tenemos respeto y mucho más que afecto, nos queremos, y compartimos principios, nos han educado en la bondad. Pero ¿es suficiente? Creo que no lo es para ninguno de los dos. Ambos tenemos hambre

de más. Podríamos ser felices y acomodarnos a una relación sin sobresaltos sustentada en un cariño sólido y sincero. Para mí sería la salvación, pero tú no te lo mereces.

—Te he querido desde que éramos niños —le recordó él.

—Sí, eso es verdad, pero ¿me sigues queriendo igual? Creo que no, Fernando, creo que no. De la misma manera que Marvin se cruzó en mi vida, Zahra Nadouri se ha cruzado en la tuya. Puede que no quieras aceptarlo, pero yo estoy segura de que esa mujer te ha tocado el alma igual que Marvin me la tocó a mí. Entre tú y yo hay dos personas, Marvin y Zahra. ¿Podríamos ser felices ignorándolos?

—Entonces ¿cuál es la solución? —preguntó Fernando.

—No me engaño, no quiero engañarme. Por eso, por lo mucho que nos queremos, porque nos tenemos el uno al otro, debemos tomar una decisión.

—Si no hubiera guerra podríamos hacerlo, pero ¿adónde podemos ir en estas circunstancias? Tú no quieres regresar a España y yo no tengo adónde ir.

—Si los Aliados ganan la guerra, no permitirán un dictador como Franco en España.

—No estoy seguro, Catalina... no lo estoy... Las potencias tienen sus propios intereses. Veremos quién gana y, sobre todo, qué queda de Europa cuando la guerra termine. Hasta entonces quizá no podamos hacer otra cosa que esperar.

—¡Yo no quiero esperar! ¡Nos volveremos viejos esperando!

—¿Y qué propones que hagamos?

—Irnos, Fernando, irnos a otro lugar. Si descartas que vayamos a Francia, al menos vámonos a América. ¿Qué más te da un lugar que otro? Sabes que tengo que encontrar a Marvin y resolver de una vez por todas mi situación con él. Quiero que conozca a su hija y ver si es capaz de negarla. Mi vida depende de esa conversación con Marvin. Ayúdame.

—¿Y qué haríamos en Nueva York? ¿De qué viviríamos?

—Si hemos conseguido sobrevivir aquí, no veo que no podamos hacerlo en Nueva York. Tú hablas un inglés excelente, podrías seguir trabajando como

editor. Wilson puede recomendarte. En cuanto a mí... ya no sé ni en qué idioma hablo; he aprendido a defenderme en árabe y en inglés, incluso sé un poco de griego porque Dimitra de vez en cuando me enseña frases... Haré cualquier cosa. No me importa fregar, limpiar las casas de la gente. Supongo que en todas partes necesitan personas de servicio.

—¡Por Dios, Catalina! ¡Jamás consentiría que tuvieras que fregar!

—¿Y por qué no? Es un trabajo tan digno como otros. En realidad no sé hacer nada salvo tocar un poco el piano. No terminé mis estudios.

—Tienes una buena educación.

Catalina rio y volvió a abrazarle, aunque esta vez el abrazo fue apenas un ligero contacto.

—Sí, sé cuándo una mesa está bien puesta, distingo para qué sirven los cubiertos y nunca se me ocurriría meterme el dedo en la nariz. Me siento con las piernas juntas y sé vestir adecuadamente en cada ocasión. Puedo ser una buena anfitriona, llevar una conversación y hacer que los invitados se sientan cómodos. Incluso puedo hablar con aplomo de cosas que desconozco. Ah, se me olvidaba, también sé coser. ¿Te parece que todo esto es una buena educación? Pues a mí no, Fernando.

—Acabas de hacer una caricatura. Tú sabes que una buena educación son otras cosas.

—¿Ah, sí? Dime cuáles...

—Mira, tú vales más que todo lo que acabas de decir.

—Te agradezco que me valores. Eres la única persona cuya opinión me importa. ¿Sabes?, no sé qué habría sido de mí sin ti. No sé si hubiese podido sobrevivir. Cuando pienso en cómo llegamos hasta aquí... lo que pasamos en el barco del capitán Pereira... y luego en esta ciudad. Por momentos creí que iba a volverme loca. No comprendía nada, me resultaba todo tan diferente... Pero sobre todo no me gustaba nada de cuanto veía. Y ya ves... ahora he llegado a apreciar Alejandría. No te diré que he descubierto el alma de la ciudad, pero al menos ya no me siento tan extraña en ella.

El amanecer los sorprendió hablando. Fernando descargó su conciencia en los oídos de Catalina. Le contó cómo le había manipulado Benjamin Wilson y por qué había acompañado a Zahra a El Cairo y luego a Praga. No ocultó tampoco que había vuelto a matar y cómo los muertos le visitaban cuando cerraba los ojos.

Ella no se escandalizó, ni mucho menos le juzgó. Le escuchaba atenta y cuando Fernando terminó de contarle cuanto había vivido en aquellos meses en que se habían distanciado, Catalina le aseguró que le comprendía, que había hecho lo que debía. No hubo ni una sombra de reproche en su mirada y mucho menos en sus palabras. Y saberla de su parte le reconfortó.

—A veces no hay más remedio que elegir entre nuestra vida y la de otros. No tuviste otra opción que matar a ese nazi. Yo hubiera hecho lo mismo —afirmó Catalina.

Fernando supo que no eran palabras de consuelo, sino que decía la verdad.

Aquella mañana, cuando Fernando llegó a trabajar, tanto Sara como el viejo editor Athanasios Vryzas notaron que en él se había producido un cambio. No hubieran podido decir en qué había cambiado; acaso fuera que el rictus de sus labios se había suavizado y que su mirada parecía en calma. Sara y Vryzas pensaron que ese cambio sutil se debía a una mujer; quizá Zahra, sí, acaso había pasado la noche en brazos de la bailarina.

Fernando le pidió a Leyda Zabat que le avisara cuando el señor Wilson llegara, pero la secretaria le dijo que el librero no vendría. Le hacía en El Cairo y no regresaría hasta el último día del año. Tendría que esperar para verle.

Más tarde Sara le hizo una seña para hablar con él. Le invitó a la fiesta de fin de año que iba a celebrar en su casa y a la que, según dejó caer, asistiría Zahra. Pero Fernando se disculpó, ya se había comprometido para cenar en casa de Ylena con el resto de los huéspedes, aunque le agradeció a Sara la invitación.

Ella no insistió.

Catalina y Fernando parecían felices aquella última noche de 1943. O eso les

pareció a cuantos participaron de la cena.

A Ylena le extrañó que Catalina apenas prestara atención al doctor Naseef por más que éste no dejaba de estar atento a ella. No se le escaparon las miradas que cruzaban Catalina y Fernando y se preguntó si por fin aquellos dos habían decidido lo que sería lo mejor para ellos y, desde luego, lo más sensato: unirse como pareja.

El padre Lucas también los observaba preguntándose qué había cambiado entre ellos, y le dio pena la mirada entristecida del doctor Naseef. El médico empezaba a sentirse fuera de lugar.

Una vez hubieron brindado por la llegada de 1944, los invitados comenzaron a marcharse. Habían dejado la medianoche atrás y al día siguiente todo seguiría igual en Alejandría.

Catalina fue a ver si Adela dormía y luego acudió a la habitación de Fernando. Ylena la vio entrar. Lo que no imaginaba era que en aquella intimidad lo único que había entre Catalina y Fernando eran palabras. Esa noche Fernando volvió a hablarle de Zahra, de lo que creía sentir por ella, de su confusión. No se ocultaron nada. Se habían reencontrado y apuraban las horas conscientes de que aunque llevaban dos años viviendo bajo el mismo techo, habían estado muy lejos el uno del otro.

Tomaron una decisión: no iban a dejar pasar más tiempo sin escribir a sus familias en Madrid. Ambos sabían que tanto Isabel como doña Asunción estarían sufriendo por ellos.

Durante una temporada Fernando no volvió a ver a Zahra. Ni él la buscó ni ella hizo nada por encontrarse con él.

No se vieron hasta bien mediado el mes de marzo de 1944, cuando asistió a una velada literaria en la librería. Sara seguía haciendo de Wilson&Wilson un lugar de debate sobre poesía y filosofía. Fernando disfrutaba de aquellas veladas. Había logrado hablar con alguna fluidez el árabe, de manera que no se sentía

ajeno a las conversaciones que se mantenían en aquel idioma, aunque el inglés y el francés solían ser las lenguas predominantes entre los que concurrían a los encuentros organizados por Sara.

En realidad no sabía que ella acudiría aquella tarde de marzo en la que llegó a Alejandría la mala noticia de que la Wehrmacht había ocupado Hungría.

Sara recibió a Zahra con alegría, recriminándole con cariño que hubiera faltado a las anteriores veladas. Ella se disculpó recordándole que su abuela no se encontraba bien de salud y que, excepto para trabajar, apenas salía.

Fernando no sabía qué hacer, si esperar a que ella hiciera un gesto indicándole que se acercara o adelantarse él. Optó por lo último, de manera que se plantó ante Zahra mientras sentía las miradas de los asistentes fijas en ellos dos. En Alejandría eran muchos los que creían que habían sido amantes pero que en los últimos tiempos la relación se había enfriado, así que verlos juntos de nuevo serviría para amenizar otro tipo de veladas.

Zahra le sonrió y a él le tranquilizó su sonrisa. Sara se apartó dejándolos solos.

—Me alegro de verte —dijo ella con sinceridad.

—No he querido molestarte —se excusó él.

—Y has hecho bien. Necesitaba pensar. Después de lo que hemos vivido necesitaba recomponerme por dentro. No ha sido fácil. Además, mi abuela ha estado muy enferma.

—Lo siento.

—Ya está mejor, pero he temido por su vida. No sé qué habría hecho si ella... si hubiera muerto.

—Si me hubieras avisado no habría dudado en intentar ayudarte en lo que pudieras necesitar o, al menos, en acompañarte.

—No me he sentido sola. Sara y Benjamin han estado conmigo.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido—, podrían habérmelo dicho...

—No, no podían porque yo no he querido que te dijeran nada. Prefería no verte, Fernando.

Él no supo cómo interpretar sus palabras. Pero le dolieron.

Athanasios Vryzas se acercó para indicarles que se sentaran. El joven poeta invitado estaba preparado para leer un poemario que aquel mismo día había visto la luz.

Se sentaron el uno junto al otro y aunque parecían atentos a los versos, en realidad no escuchaban. Intentaban intuir qué pensaba y sentía el otro.

Cuando terminó el recital de poesía Sara abrió un turno de debate y sus invitados, como siempre hacían, participaron con entusiasmo. Fernando solía ser de los primeros en hablar, pero en aquella ocasión permaneció en silencio.

Ya había caído la tarde cuando Sara despedía a sus últimos invitados. Zahra se ofreció a llevarla en coche puesto que Benjamin no había asistido a la velada. Ella aceptó, lo que era un contratiempo para Fernando, que ansiaba poder estar con Zahra a solas.

Aquella noche no durmió bien. Fue Zahra quien habitó su sueño, y se despertó de madrugada envuelto en sudor. Abrió la ventana para dejar entrar el aire fresco de la primavera.

No podía engañarse: Zahra le evitaba. Le había parecido que se alegraba de verle e incluso la sintió cerca cuando, sentados el uno junto al otro, habían asistido la tarde anterior a la velada poética. Pero después se había marchado despidiéndose con indiferencia.

No, no podía engañarse. Debía conformarse con seguir siendo un perdedor.

Al día siguiente se presentó en el trabajo antes de que llegara Vryzas y el resto de los editores. Leyda Zabat seguía siendo la llave para llegar a Benjamin Wilson, así que fue a ella a quien preguntó si podía recibirle. Leyda le hizo pasar de inmediato.

Wilson parecía preocupado, pero desplegó ante Fernando sus habituales dotes de amabilidad. Hablaron un buen rato del trabajo en la editorial y de los últimos rumores sobre la marcha de la guerra. Cuando la conversación comenzó a decaer, Fernando sacó dos sobres y se los entregó.

Benjamin Wilson miró a quién iban dirigidos y aguardó a que Fernando se explicara.

—Quería pedirle que los hiciera llegar a Madrid. Tanto la familia de Catalina Vilamar como la mía hace demasiado tiempo que no saben nada de nosotros. No queremos que sepan dónde estamos, por eso acudo a usted.

—Intentaré que lleguen cuanto antes.

No se dijeron más.

Madrid

Hacía calor. Mucho. Casi tanto como en Sevilla. El hombre se sacó el pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se lo pasó por el rostro para retirar el sudor. Llevaba tiempo viviendo en Madrid, pero no dejaba de pensar en su tierra. Sevilla era su casa porque allí era donde sus padres vivían. Pero la guerra había trastocado su vida como la del resto de los españoles, de manera que se había adaptado a la capital, donde tenía trabajo. Miró el reloj con gesto de fastidio. Llevaba desde por la mañana caminando de un lado a otro para que nadie se fijara en él. La calle de la Encarnación estaba vacía y silenciosa. Sólo las campanas del Monasterio de la Encarnación rompían la monotonía. Caminó hacia la plaza de la Encarnación y se sentó delante de la puerta principal del monasterio. Desde allí podía observar la casa de los Vilamar. Abrió el periódico *ABC* y comenzó a hojearlo con desgana. Le llamó la atención la foto de un cuadro de la Virgen bajo el que rezaba un titular: «La Santísima Virgen del Carmen, Patrona de la Gloriosa Marina Española». Siguió pasando páginas y se detuvo en una noticia que no es que le importara demasiado pero que le mantuvo con los ojos fijos mientras pasaban a su lado un matrimonio y sus dos hijos, que le miraron con curiosidad. «Ayer el Secretario General del Movimiento clausuró con un interesante discurso el Segundo Consejo Nacional de Ordenamiento Social. (...) El capitalismo —dijo el señor Arrese— no es un sistema basado en el respeto al capital sino la creencia de que lo único que produce es el capital.»

«Menudo idiota este Arrese», pensó el hombre, volviéndose a secar el sudor con el pañuelo. Siguió pasando páginas con desgana hasta llegar a la sección de Internacional: «Prosigue la fortísima lucha en Normandía. Batalla enérgica alrededor de Lessay y Saint-Lô. Nuevos bombardeos aéreos».

Se enfrascó en la lectura de la noticia sin prestar atención al cura que salía de la iglesia y que también le miró con curiosidad.

Siguió pasando páginas y se paró en una que le llamó aún más la atención: «Ya están preparadas para su circulación las nuevas monedas metálicas de 1 peseta». Luego se fijó en un anuncio de una película proyectada en uno de los cines de la Gran Vía: «*Margarita Gautier*. Por Greta Garbo y Robert Taylor».

Continuó repasando el periódico al mismo tiempo que intentaba mantenerse atento a cualquier movimiento en la calle. Al final se dio por vencido. Puesto que la señora Vilamar no había salido de casa en toda la mañana para ir a misa tal y como tenía por costumbre, se acercaría unos metros más allá hasta el edificio donde vivía doña Isabel, viuda de Garzo.

Se aproximó con lentitud al portal y sintió el alivio de la penumbra. Se dirigió a la escalera y subió con paso rápido. Llevaba varios días merodeando por aquella calle y sabía cuándo entraba y salía la portera. A las dos llegaba el marido y poco después ella cerraba el chiscón durante un par de horas para comer. Pero aquel día el chiscón permanecía cerrado porque era domingo.

Una vez en el primer piso, llamó al timbre y esperó impaciente. Estaba teniendo suerte porque no se había tropezado con ningún vecino.

La puerta la abrió una mujer que le miró perpleja.

—¿Doña Isabel? —preguntó él.

—Sí... soy yo, ¿qué desea?

—Entregarle esta carta. Nada más. Buenas tardes, señora.

Isabel se quedó tan desconcertada con la carta en la mano que tardó unos segundos en reaccionar. No supo si llamar al hombre para preguntarle quién le mandaba con la carta o simplemente cerrar la puerta, que fue lo que terminó haciendo.

Fue derecha al salón y allí, al mirar la letra en que habían escrito su nombre, rompió a llorar. Era la letra de su hijo, de su Fernando. Estaba segura. Abrió el sobre con nerviosismo y se encontró varias páginas escritas con letra redonda y clara.

Querida madre:

Perdóname por no haberte escrito antes. Si supieras por todo lo que he pasado... Pero no quiero preocuparte. Estoy bien. Pero una cosa es que el cuerpo esté sano y otra el dolor del corazón por tenerte tan lejos. No hay un solo día en el que no piense en ti y me pregunte cómo estarás, si cuentas con buena salud y sobre todo si me habrás perdonado por haberme marchado sin decir adiós.

Algún día, madre, nos volveremos a encontrar y cuando te cuente, entonces lo comprenderás.

No puedo decirte dónde estoy porque así no te pongo en ningún compromiso. Sólo que estoy lejos, muy lejos, demasiado lejos de España, y que no sabes cuánto deseo regresar. Pero habré de esperar a que termine la guerra en Europa y luego ver qué pasa en nuestro país. Hay quienes quieren creer que si ganan los Aliados las cosas cambiarán en España. Yo no me hago ilusiones, madre, pero ojalá acierten quienes así lo creen.

Trabajo, madre, tengo un buen trabajo y creo que padre se sentiría orgulloso de mí, puesto que me gano la vida honradamente.

Y tú, madre, ¿cómo estás? ¿Sigues trabajando para la familia de doña Hortensia y don Luis? Espero que hayas podido encontrar otro trabajo. No es que servir sea ningún desdoro, pero me duele el corazón al pensar que tengas que hacerlo.

Aquí donde estoy no llegan muchas noticias de España, de manera que desconozco si las cosas han mejorado.

Te pido que te cuides, que me perdones y que tengas confianza en mí. Te aseguro que tan pronto que pueda haré lo imposible para que volvamos a estar juntos.

Dile a Piedad que Eulogio está bien. Él no puede escribirle pero estoy seguro de que cuando pueda lo hará. Tampoco puedo darte más detalles, por más que sé que Piedad querrá saber qué es de su hijo. Sí te diré que al igual que a ti, a doña Asunción le llegará carta de Catalina. Ella está bien y su hija Adela es una niña preciosa y muy cariñosa. Desgraciadamente, madre, Marvin no quiere saber nada de Catalina ni de su hija. Se niega a verlas. Y yo, madre, no puedo dejarlas abandonadas a su suerte. No creas que no he insistido a Catalina para que regrese a España, pero ella se niega porque no quiere que sus padres tengan que avergonzarse al verla convertida en madre soltera. Ya sabemos cómo es España en todo lo que tiene que ver con la moral.

Madre, perdóname por haberte dejado sola.

Tu hijo que te quiere más que a nadie en el mundo,

FERNANDO

Isabel no pudo ni quiso contener las lágrimas. Fernando estaba bien, se acordaba de ella. Confiaba en él y no dudaba de que tenía una razón poderosa para no haber regresado.

Subiría a decirle a Piedad que Eulogio estaba bien. A su amiga le dolería profundamente no haber recibido también una carta, pero sabía que no se lamentaría. Piedad había demostrado una gran dignidad al afrontar las murmuraciones del barrio. Precisamente don Bernardo la había recriminado a ella, Isabel, que mantuviera amistad con la madre de Eulogio, a la que consideraba una pecadora irredenta. Piedad seguía sin ir a la iglesia y mucho menos estaba dispuesta a confesarse con don Bernardo. Incluso Isabel le había recomendado que acudiera a la parroquia aunque sólo fuera para aplacar las maledicencias de los demás. Pero Piedad se había negado.

La encontró remendando una falda.

—Pasa, pasa. Estoy cambiándole la cinturilla, se ha desgastado tanto que casi se ha vuelto transparente. Tengo un poco de malta, ¿quieres que te prepare una taza?

—No, gracias, no quiero molestarte. Yo también estoy haciendo cosas en casa. Hoy me he dedicado a limpiar las ventanas. ¿Qué tal te va en el taller? —preguntó Isabel.

—Imagínate... cosiendo catorce horas al día. Pero es mejor que otras cosas, de manera que no me voy a quejar. ¿Y a ti qué tal te va en la farmacia?

—Le doy gracias a Dios por el trabajo. Don Luis es una buena persona, tampoco me puedo quejar.

—No ha sido Dios quien te ha colocado en la farmacia, sino esa gente para la que trabajas.

Isabel se rio. Además de estar reñida con don Bernardo, Piedad lo estaba definitivamente con Dios. Pero no sería ella quien se lo iba a recriminar. Bastantes problemas tenía con mantener su fe intacta después del fusilamiento de su marido.

—Sí, doña Hortensia y don Luis se han portado muy bien conmigo. Fue ella quien insistió a su marido para que le echara una mano en la farmacia, y eso que para ella suponía dejar de tener ayuda en casa.

—Bueno, si algo sobra hoy en día son sirvientas para los nuevos amos. Tú eres una señora, Isabel, y supongo que a esa doña Hortensia le debía de incomodar tenerte en su casa planchando las camisas de su marido.

—No digas eso, Piedad, doña Hortensia es una buena persona. Intentaron ayudarme con el indulto de Lorenzo y ahora me han dado este trabajo. Sería una desagradecida si les criticara.

—Tú es que tienes madera de santa, Isabel... No sé cómo puedes decir que doña Hortensia y don Luis son buenas personas... Son dos franquistas redomados. Ellos también son culpables del fusilamiento de tu Lorenzo.

—No seas tan radical, mujer.

—No pueden ser buenos los que se alzaron contra la República y no mueven un dedo ante tanta injusticia como se está cometiendo. Siguen asesinando a los que no son de su bando, que no se te olvide, Isabel.

El tono de voz de Piedad se había agriado. No era la primera vez que discutían sobre lo mismo. A Piedad le irritaba que Isabel pudiera encontrar un ápice de bondad en gente que había secundado a Franco en la guerra y que por su causa ellas, como tantos otros, se habían convertido en parias en su propio país. Lo habían perdido todo. Sus maridos, sus hijos, sus ilusiones, su futuro. Piedad nunca les perdonaría ni sería capaz de encontrar nada bueno en la gente que había dado la espalda a la República.

Isabel comprendía el odio que había anidado en su amiga; era el mismo odio que ella sintió cuando fusilaron a su marido, y no dejaba de reprocharse que a pesar de ese odio pudiera sentir agradecimiento a doña Hortensia y a don Luis por haberla ayudado. Tenía que vivir en esa contradicción. Sabía que su hijo Fernando tampoco la comprendería.

—Don Luis me está enseñando mucho. Incluso algunos ratos me deja sola al frente de la farmacia. Pero en fin, Piedad, yo he venido a decirte algo...

Piedad se puso tensa y se pinchó en un dedo al pasar la aguja por la tela.

—Pues tú dirás.

—He recibido una carta de Fernando. Está bien... y me pide que te diga que Eulogio también lo está... Al parecer, no puede escribirte, pero en cuanto pueda lo hará. Me habla de la niña de Catalina, Adela dice que se llama, y asegura que están muy lejos, pero que añoran España.

—¿Nada más? —preguntó Piedad, intentando contener el temblor que sentía.

—Nada más. Es una carta escueta, sólo para tranquilizarme. ¡Ah!, y que Catalina también ha escrito a su madre. Pero no da una sola indicación de dónde se encuentran. Lo importante es que los tres están bien.

—Ya, pero ¿por qué no puede escribirme Eulogio?

—No lo sé, Piedad... no lo sé... Sus razones tendrá... Debemos confiar en ellos.

A Piedad se le empezó a nublar la mirada. Sólo se sentía derrotada cuando pensaba en Eulogio. El hijo por el que había sacrificado su dignidad para que pudiera sobrevivir. El hijo que precisamente por eso no la perdonaba.

—Nuestros hijos nos quieren aunque se hayan ido y no comprendamos por qué —afirmó Isabel para consolarla.

—Fernando te quiere, Isabel, de eso no me cabe ninguna duda. Y Eulogio me quería hasta que... bueno, hasta que supo lo de Antonio. Maldito el día en que acepté entregarme a ese hombre. Hubiera sido preferible habernos muerto de hambre. Tú no te vendiste a nadie y has salido adelante.

—Yo haría cualquier cosa por mi Fernando. Y si hubiera tenido que pagar con mi cuerpo la vida de mi Lorenzo, te aseguro que no habría dudado.

—No te creo, Isabel, no te creo. Tú eres creyente y eso te impide hacer determinadas cosas porque crees que si las haces irás al Infierno. En realidad yo ya he pagado con el Infierno, pero aquí, en la Tierra. Y ahora dime, ¿cómo te ha llegado la carta?

—La ha traído un hombre y ni siquiera he podido fijarme en él. Me la ha dado y se ha marchado sin decir nada. Y ya ves que el sobre no tiene matasellos.

—Entonces... a lo mejor no es de Fernando...

—Sí que lo es. Conozco la letra de mi hijo. No sé dónde está ni cómo me ha hecho llegar la carta, pero sí sé que es suya. Estoy segura.

Pasaron el resto de la tarde hablando, Isabel intentando consolar a Piedad y ésta intentando encontrar consuelo en las palabras de Isabel.

Doña Asunción andaba deprisa. Llegaba tarde a misa de siete. Don Bernardo se habría extrañado de que no hubiera ido al oficio de la mañana. Los domingos siempre iba a la de doce acompañada por su marido, pero desde que él había recaído en su enfermedad ya no tenía horario fijo.

Ernesto le había pedido que no dejara de ir asegurándole que podía quedarse un rato solo. Ella no estaba convencida, pero si el domingo no iba a misa cometía pecado mortal y eso le pesaba en el alma.

En la calle había poca gente. No era de extrañar. En verano, a las siete de la tarde los adoquines en Madrid quemaban, así que no eran muchas las personas que se animaban a acudir por la tarde a la misa de siete.

Caminaba ensimismada y seguramente por eso tropezó con aquel hombre que la hizo tambalear. Se le cayó el bolso y él se agachó para recogerlo. Se disculparon los dos por el tropiezo y luego cada uno siguió su camino.

No fue hasta la noche cuando doña Asunción se dio cuenta de que tenía un sobre en el bolso.

Después de misa había regresado a su casa. Ernesto estaba dormido, en su rostro se reflejaba el abatimiento que le provocaba la enfermedad. La hepatitis que le aquejaba le había vuelto a llevar al hospital, del que apenas hacía unos días que había salido. Miró la hora y se apresuró a preparar una inyección; se la puso tal y como el médico, su buen amigo Juan Segovia, le había indicado que hiciera. Había aprendido a poner inyecciones. ¡Qué remedio estando su marido enfermo!

Dudó en si debía despertarle para cenar. Prepararía una tortilla a la francesa y

un poco de arroz cocido, no estaban los tiempos para tirar nada, así que si Ernesto no se despertaba le tocaría cenar por partida doble.

No dejaba de preguntarse de quién sería esa carta. Antes de abrirla se quedó un buen rato mirando el sobre. Se fijó en que iba dirigido a ella, «Doña Asunción de Vilamar», y se asustó. ¿Cómo había llegado aquel sobre a su bolso? Se acordó del tropiezo con el desconocido... ¿Acaso no había sido casual y él había aprovechado para deslizar la carta dentro? Se fue a la cocina para abrirlo y se sorprendió aún más al encontrar junto a dos páginas una foto de una niña sonriente.

Mi querida madre:

¡Cuánto te echo de menos! No hay un solo día en que no piense en ti y en papá. Le supongo aún enfadado conmigo y le comprendo, pero me gustaría que le dijeras que a pesar de nuestras diferencias le quiero y que sé que todo lo que ha hecho a lo largo de su vida es lo que él creía que era lo mejor para mí.

Te mando una foto de Adela. Mi hija, vuestra nieta. Ya tiene algo más de dos años y es muy lista y muy buena. Papá estaría muy satisfecho de ella porque Adela es muy obediente y tiene buen conformar, lo contrario que yo.

No puedo decirte dónde estoy, salvo que Adela y yo estamos bien. Sólo que estamos lejos, demasiado, pero que algún día espero que podamos volver. Yo con un marido y mi hija. Porque sin marido no volveré. Jamás afrentaría a papá con una nieta nacida fuera del matrimonio.

¡Ay, mamá! Las cosas no están saliendo como creía. Marvin parece huirme. Yo creo que es a causa de malas influencias, pero el caso es que no he logrado hablar con él y mucho menos que acceda a conocer a Adela. Puedes imaginar mi pena. Pero a pesar de esto no dejo de confiar en que el día en que conozca a la niña y me escuche las cosas se arreglarán. Marvin es un hombre de bien.

Fernando me acompaña y me cuida. Sin él no sé qué habría sido de mí. Le debo mucho, tanto que aunque viviera mil vidas no le podría pagar su cariño y su generosidad para con Adela y conmigo. La niña le quiere como si fuera su padre porque es muy pequeña y aún no sabe distinguir.

Yo trabajo. Sí, madre, trabajo. Dile a la tía Petra que sus clases de piano son las que me ayudan a ganarme la vida, ¡con todo lo que protesté! No sé si la tía Petra ya me habrá perdonado. Espero que la puedas convencer de que yo la quiero mucho y que me reprocho lo mal que lo habrá pasado por mi causa.

No sé cuándo podré volver a escribirte. Pero tienes que saber, madre, que no me olvido de vosotros y que sé que algún día volveremos a estar juntos. Pero ese día tiene que ser sin sombras, sin que papá tenga motivo de avergonzarse por mí.

Os quiero mucho,

Doña Asunción leyó la carta de nuevo y, a continuación, una vez más. Sentía los latidos del corazón convirtiéndose en ahogo y luego en lágrimas. Miró la foto de Adela, su nieta, a la que quizá nunca conocería. Tenía que enseñársela a su marido, quizá así se ablandaría y le pediría que escribiera a Catalina para decirle que la perdonaba y, por tanto, que regresara a casa. Luego se dio cuenta de que aunque Ernesto perdonara a Catalina, no tendrían la manera de hacérselo saber. Miró el sobre para comprobar que no llevaba sellos ni matasellos y eso la desconcertó. Volvió a leer la carta, sobre todo se fijó detenidamente en la letra, y no tuvo dudas de que era de Catalina.

Ernesto Vilamar dormitaba cuando doña Asunción entró en la habitación para preguntarle si quería cenar. Se acercó a él sin hacer ruido, pero algo debió de hacer porque el enfermo abrió los ojos.

—¿Ya has vuelto?

—Hace rato, pero no te he querido molestar porque estabas dormido.

—¿Has comulgado?

—Sí, cómo no iba a hacerlo. Don Bernardo me ha preguntado por ti. Dice que mañana vendrá a verte, que a lo mejor quieres confesarte...

—Si no hablara tanto... pero en fin, que venga. Siempre es mejor tener un cura que te ponga las cosas en orden con Dios. Me confesaré. Espero que no se pase con la penitencia. No estoy para novenas.

—¡Por Dios, Ernesto!

—Vamos, Asunción, sabes que tengo razón. Claro que quiero confesarme por si acaso Dios decide llevarme un día de éstos. Sé que no me queda mucho y tú también lo sabes.

Doña Asunción se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano llevándosela a los labios.

—Estás exagerando, pero si te sientes mal llamo a Juan Segovia y de nuevo te

llevamos al hospital. Pero no quiero oírte decir cosas malas. Vas a curarte, Ernesto, yo sé que te curarás.

—No quiero ir al hospital, Asunción, ¿a qué? ¿Crees que no sé por qué me han mandado a casa? Pues porque allí ya no me pueden hacer nada. Les conviene más que me muera aquí, y yo se lo agradezco. Prefiero morirme en mi casa, en mi cama y sin estar rodeado de extraños.

—¡Ernesto, no me gusta que digas estas cosas! Confía en Dios. Yo no dejo de rezar para que te cures.

—Y yo te lo agradezco, pero creo que el Señor ha decidido que ya no tengo nada que hacer aquí. Anda, tráeme un vaso de agua. Tengo la boca seca.

—¿Te apetece comer algo? Una tortilla y un poco de arroz cocido, o si no puedo traerte una taza de malta con galletas...

—No, no tengo ganas de comer nada. Sólo tráeme el agua.

—Ernesto...

—¿Qué?

—No te alteres, pero... mira, hemos recibido una carta de Catalina. Nos manda una foto de su hija, de nuestra nieta... Se llama Adela...

Ernesto Vilamar cerró los ojos apretándolos con toda la fuerza de la que era capaz. No quería oír el nombre de su hija. No quería pensar en ella y mucho menos saber nada de aquella nieta motivo de vergüenza.

—Ernesto, por favor... es nuestra hija y nos quiere, y nosotros la queremos... Yo sé que tú la quieres... —La voz de doña Asunción era una súplica.

—Tráeme el agua, por favor, y no me vuelvas a hablar de esa perdida. Dios me pedirá cuentas también por ella —respondió sin abrir los ojos.

Doña Asunción salió de la habitación, pero dejó la carta y la foto en la mesilla.

Él no abrió los ojos hasta que no la sintió salir. Al darse la vuelta vio el sobre en la mesilla. A punto estuvo de tirarlo al suelo, pero encima del sobre había una foto desde la que una niña sonreía. Sintió que le sonreía a él y ya no pudo contener las lágrimas.

Cuando doña Asunción regresó con el vaso de agua encontró a su marido con la cabeza medio oculta por las sábanas.

—¡Ernesto, Ernesto! ¿Qué tienes? Llamo al médico ahora mismo...

—¡Déjame, Asunción, déjame! No llames a nadie. Sólo déjame.

—Pero, Ernesto...

Él no respondió. Sabía que si intentaba hablar, en vez de palabras se le escaparían las lágrimas y nunca se habría perdonado llorar delante de su esposa.

Tuvo que pasar una semana para que Isabel se encontrara con Asunción al salir de misa en la iglesia de la Encarnación. Se saludaron con afecto.

—Me alegro de verte, ¿cómo está Ernesto?

—Tiene días... —respondió doña Asunción con gesto cansado—. Y a ti, ¿cómo te va en la farmacia?

—No me quejo, además don Luis cada día me da más responsabilidad, y yo se lo agradezco. Por cierto... sé que has recibido carta de Catalina, yo también de Fernando.

—Sí... a lo que parece continúan juntos. Mi hija me dice que tu Fernando cuida de ellas, lo que me tranquiliza. Sé que es un chico cabal que siempre ha querido a mi hija y siento que ella no haya sabido corresponderle de la misma manera. Nos habríamos ahorrado mucho sufrimiento.

—No lo creo, Asunción; Ernesto tampoco habría estado conforme con que Catalina fuera novia de mi hijo. Tu marido estaba empeñado en casarla con Antoñito.

—Tienes razón... pero Ernesto siempre os ha valorado y habría entrado en razón. A quien no perdonaré es a ese americano por haber seducido a mi hija. Y ahora... bueno, ya lo sabrás por tu hijo, no quiere saber nada de ella.

—Fernando me lo ha dicho en su carta. No sabes cómo lo siento. Me revuelve que las mujeres tengamos que pagar por lo que no pagan los hombres. Nadie juzgará a Marvin por tener un hijo soltero, pero sí a Catalina.

—Ernesto... Ernesto no quiere saber nada de ella. Temo que se muera sin perdonarla.

—Tu marido es muy tozudo, Asunción, pero Catalina es su hija y que no dé su brazo a torcer no significa que no la quiera.

—Pero está muy enfermo y... don Juan dice que me haga a la idea de que no le queda mucho.

—Tienes que tener fe...

—Fe... sí, claro... la tengo... Pero veo que a Ernesto apenas le quedan fuerzas. Yo le insisto al médico para que le llevemos al hospital, pero me asegura que ya no hay nada que hacer y que es mejor dejarle morir en casa. Si Catalina supiera lo enfermo que está su padre... ¿Sabes dónde escribir a Fernando?

—No, no me manda dirección alguna, me llevaron a casa la carta.

—¿Dónde crees que están?

—No lo sé, Asunción... Si lo supiera iría con mi hijo. Mi vida no tiene ningún sentido sin él.

—Tengo una nieta. Mira, te voy a enseñar la foto. —Doña Asunción abrió el bolso y sacó de un billetero la foto de Adela.

—Es preciosa y parece contenta...

—Guapa sí es, aunque no se parece a Catalina...

—Aún es pequeña para sacarle parecidos.

—Ya tiene dos años... ¡Cuánto daría por tenerlas conmigo!

Isabel iba a responder, pero guardó silencio al ver acercarse a «la Mari», la esposa de don Antonio. A la mujer la acompañaban sus dos hijas Paquita y Mariví.

—Vaya... vaya... hacía tiempo que no las veía... no se dejan ver mucho por el barrio —dijo «la Mari», mirándolas de arriba abajo.

—El trabajo se lleva todo mi tiempo —respondió con sequedad Isabel.

—Pues no trabaje tanto, que no va a heredar usted la farmacia de los Ramírez —respondió «la Mari», acompañando sus palabras con una risotada secundada por sus hijas.

Isabel se mordió el labio. No estaba en su naturaleza ser grosera con nadie, aunque con «la Mari» le costaba no serlo.

Doña Asunción seguía en silencio, incómoda ante la mujer del tendero. Y se sonrojó cuando «la Mari» se dirigió a ella:

—Qué suerte que mi hijo se casara con Mari Paz Nogués, ésa sí que es una señorita como Dios manda. Ha sido una bendición que su hija se fuera y no haya regresado, porque mi Antoñito no quería casarse con ella, la encontraba descarada, poco de fiar... pero claro mi marido se había empeñado. No sé cómo pudo dejarse engatusar por gente como ustedes. Bueno, supongo que creía que si casaba a nuestro hijo al menos cobraría algún día la deuda que tienen con nosotros. Menos mal que ya no les fía...

—¿Por qué es tan desagradable? —Isabel apenas contenía su indignación.

—¿Desagradable? Pero ¡cómo se atreve a llamarme desagradable! Usted tiene mucho que callar y dar gracias a Dios que se le haya perdonado haber estado casada con un rojo —exclamó «la Mari», poniendo los brazos en jarras y mirando desafiante a Isabel.

—Por favor, Isabel, déjalo... No merece la pena discutir.

Doña Asunción tiraba del brazo de su amiga, aterrada por el cariz que tomaba la conversación.

Pero Isabel no estaba dispuesta a consentir que aquella mujer mentara a su marido. Su mirada cargada de desprecio se clavó en los ojos bovinos de «la Mari».

—Mi esposo era un hombre de bien y un caballero, pero usted desconoce que un hombre tenga esas cualidades. En cuanto a lo de rojo... ¿sabe?, me siento orgullosa de cuanto hizo mi marido en su vida. Nunca tuvo que avergonzarse de nada, absolutamente de nada.

—¡Mírala, qué modales! ¡Se cree que es alguien! —intervino Mariví.

—Se lo voy a contar a mi marido para que tome nota y le diga a quien le tenga que decir que usted presume de que su marido era rojo —casi gritó «la Mari».

—Presumo de haber estado casada con un hombre de bien, cabal y honrado,

que siempre estuvo contra la injusticia y que dio su vida por sus ideales. Sí, presumo de mi marido. Denúncieme si quiere, no me importa.

—¡Por Dios, dejemos esto! Isabel, vámonos —suplicó doña Asunción.

—Somos nosotras quienes nos vamos, no quiero que mis hijas se contaminen con gente como ustedes. ¡Menudas dos muertas de hambre!

«La Mari» y sus hijas les dieron la espalda dejándolas plantadas. Una mujer se acercó donde estaban, era una vecina del barrio que había sido testigo de la escena.

—No deberías discutir con ésa... es una mala persona, y como su marido está haciendo tanto dinero y conoce a gente importante... No, es mejor no tenerla como enemiga —dijo la mujer.

—Es una malvada —estalló Isabel.

La mujer se encogió de hombros. En el barrio nadie se atrevía a criticar en público a «la Mari». El que más o el que menos tenía una deuda en la tienda de ultramarinos y nadie quería que le cortaran el crédito.

—Está muy crecida por la boda de su hijo. Casar a Antoñito con Mari Paz Nogués les ha dado relumbrón. Aunque Fidel Nogués no tenga los medios de antaño, es un hombre importante. En fin, no pudiendo casar al hijo con tu Catalina, tampoco han salido perdiendo casándolo con Mari Paz. Por cierto, ¿cuándo va a volver Catalina? Va para dos años que se marchó y teniendo a su padre tan enfermo... —Las palabras de la mujer traslucían un deje de malicia.

—Pobre Mari Paz... es una buena chica. Lo siento por ella, casarse con Antoñito no es lo que yo entiendo por una buena boda —respondió Isabel desviando la conversación.

—Ya, ya... pero Antoñito está forrado, así que por más aires que se pueda dar Mari Paz o que se diera Catalina, el que tiene el dinero es don Antonio, y ya se sabe, poderoso caballero es Don Dinero...

Alejandría

Athanasios Vryzas parecía contento, o esa impresión le dio a Fernando. El viejo editor no era dado a hablar y mucho menos a sonreír, pero aquella mañana estaba rompiendo las dos costumbres. No dejaba de comentar con satisfacción las noticias del periódico que tenía desplegado en su mesa.

Decía estar convencido de que la guerra pronto llegaría a su fin y que previsiblemente la ganarían los Aliados.

«Desde el desembarco en Normandía las cosas han cambiado. Media Francia ha sido liberada. París vuelve a ser París... y también han liberado Bruselas y Amberes, los soviéticos se han hecho con Estonia, y Atenas también ha sido liberada... Ya veréis», aseguraba ufano.

Fernando deseaba que Vryzas acertara. Sentía que Alejandría se había convertido en una prisión de la que no podía escapar, y eso le había agriado el carácter. Ansiaba marcharse a cualquier otro lugar puesto que a España estaba descartado regresar. Temía que, de hacerlo, le detuvieran por el asesinato de Roque y Saturnino Pérez, de los que seguía sin poder desprenderse en su mente.

Sólo Catalina sabía de su angustia e insistía en que Roque y Saturnino bien muertos estaban. No sentía ningún remordimiento por haber sido ella quien le dio el arma con la que les quitó la vida y le aconsejaba que los olvidara diciendo que había librado al mundo de dos malas personas.

Intentó concentrarse en el poemario que tenía que editar y abstraerse de la

cháchara de Vryzas, pero Sara se había plantado ante su mesa pidiéndole que subiera con ella al despacho de Benjamin Wilson. El rostro de Sara denotaba preocupación; el de su marido, nada. Aquel hombre no se permitía manifestar ninguna emoción, y fue escueto en su explicación:

—Han detenido a su amigo Eulogio. Se lo han llevado a Alemania.

Fernando se quedó paralizado, sin saber qué decir. Le costó dar sonido a las palabras que se le formaban en el cerebro.

—Pero ¿cuándo?, ¿cómo ha sido?

—Hace meses... Lo siento, a mí no me lo han comunicado hasta hace unos días. De haberlo sabido antes se lo habría dicho.

Sara le cogió la mano y se la apretó intentando devolverle a la realidad.

—Tengo que ir a buscarle —murmuró Fernando.

—¿Adónde? No sabemos dónde está.

—¡Pero usted puede averiguarlo!

—Lo estoy intentando. Desde que supe la noticia he tratado de obtener más información, lo que no es fácil en estos momentos.

—Ayúdeme a llegar a Alemania —le pidió Fernando.

—¿A qué lugar? ¿Berlín? ¿Munich? ¿Frankfurt? Ya le he dicho que desconozco adónde se lo han llevado. Además, la guerra no ha terminado.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Por Zahra. Acaba de regresar de una misión.

—¿Zahra? ¿Y por qué no me lo ha dicho a mí? —replicó dolido.

—Como bien sabe, su seguridad depende de la discreción.

—Pero... a mí puede decírmelo —protestó Fernando.

—Si le estoy informando sobre la situación de Eulogio es precisamente porque ella ha insistido en que debe saberlo. También me advirtió de su reacción y está dispuesta a ayudarlo si es que logramos saber dónde está su amigo. Pero aunque lo supiéramos, en estos momentos no pueden ir a Alemania ninguno de los dos, los nazis están perdiendo la guerra aunque ellos no lo admitan. Y pelearán, claro; ese fanático de Hitler sacrificará hasta el último hombre.

—Hablaré con ella —afirmó Fernando con un deje de rabia.

—No creo que tarde en llegar —anunció Sara, consultando el reloj.

Sara tenía razón, apenas habían pasado unos minutos cuando Leyda Zabat anunció la presencia de Zahra. La bailarina entró en el despacho y besó a Sara antes de mirar a Benjamin y a Fernando.

Wilson le pidió que explicara al español cuanto supiera sobre la mala suerte corrida por Eulogio. Zahra comenzó a hablar:

—Hace unos días tuve que reunirme con una persona de la Resistencia de Lyon. No hace falta que dé detalles, pero Lyon ha sido uno de los pocos lugares de Francia donde, a pesar de todo, ha habido más grupos de resistentes. Entre ellos el de Anatole Lombard, el amigo de Eulogio.

—¿Anatole Lombard? No sé quién es... Eulogio nunca me habló de él. — Fernando estaba sorprendido por las palabras de Zahra.

—En realidad no podía; se conocieron cuando Marvin y Farida intentaron salvar al padre de Sara con ayuda de Eulogio. Sabes que monsieur Rosent desgraciadamente murió antes de poder pasar la frontera a Suiza; Marvin y Farida sí pudieron escapar, pero Eulogio decidió quedarse en Francia.

—Sí... lo sé... aunque fue una temeridad por su parte —admitió Fernando.

—El amor hace que los riesgos no importen —aseveró Zahra, clavando su mirada en la de Fernando.

Las palabras de la bailarina aumentaron aún más su confusión. ¿De qué estaba hablando?

—No sabía que Eulogio se hubiera enamorado —comentó Fernando.

—Sí, se enamoró de Anatole Lombard y éste le correspondió, aunque quizá no del todo —afirmó Zahra sin dejar de mirarle.

Fernando se puso rojo, primero por la sorpresa y después de indignación.

—Pero ¡qué dices! —exclamó, poniéndose en pie y mirando a Zahra enfadado.

—¿Qué digo? Supongo que para ti no será una sorpresa saber que Eulogio es... bueno, su tendencia por los hombres.

—¡Cómo te atreves a decir algo así! Tú no le conoces, le has visto dos o tres veces y apenas has intercambiado palabra con él y te atreves a acusarle de ser... de ser...

Sara se levantó y cogió del brazo a Fernando pidiéndole que se sentara.

—Creíamos que lo sabías... —se excusó Sara.

—¿Saber qué? Están difamando a mi amigo. ¡Cómo se atreven!

—¿Sabes, Fernando?, el problema no es de quién se ha enamorado Eulogio, el problema es que tú crees que eso es un problema. Seguramente tu amigo no ha sido nunca tan feliz como en estos meses que ha vivido en Lyon junto a Anatole. Ha sido libre, sí, libre a pesar de estar en la Francia ocupada y sintiendo el aliento de los nazis —dijo Sara, esbozando una sonrisa comprensiva.

Fernando se sentía desolado. Le ofendían las palabras de Sara tanto como las de Zahra. Sintió una oleada de ira hacia las dos mujeres. ¿Cómo podían hablar así de Eulogio?

No le conocían, no sabían nada de él. Las odió por su maledicencia al asegurar que Eulogio se había enamorado de un hombre, de ese Anatole que formaba parte de la Resistencia.

Sabía que eso era imposible, él conocía bien a Eulogio, habían nacido en el mismo barrio, en la misma calle, en el mismo edificio. Sus padres habían sido buenos amigos. No, no consentiría que le difamaran.

—Comprenderán que no me quede ni un minuto más aquí después de los comentarios malignos sobre mi amigo. Me voy, no volveré, señor Wilson. Espero que todos ustedes tengan la decencia de dejar de propagar infamias sobre mi amigo Eulogio.

Se iba a poner en pie cuando de nuevo sintió la mano de Sara, esta vez presionándole el hombro como si de esa manera pudiera retenerle.

—Por favor, Fernando... No sabes cuánto siento el disgusto que te estás llevando... Creíamos... bueno, creíamos que al menos sospechabas que Eulogio bien podía enamorarse de un hombre. Es verdad que en él algo así no era tan obvio, pero ni a Benjamin ni a mí nos extrañó cuando Farida, una vez que

llegaron Marvin y ella a Suiza, nos explicó en una carta por qué se había quedado Eulogio. Para ella fue muy evidente que era por amor. Y como te puede contar ahora Zahra, en el círculo de la Resistencia todos sabían de la relación de Anatole Lombard con el joven Saúl Blanc, al que los nazis deportaron a Alemania, y cómo Eulogio ocupó su lugar en el afecto de Lombard.

Sara hablaba despacio, mirando fijamente a Fernando mientras le cogía una mano. Zahra, por su parte, se había sumergido en el silencio.

Fernando pensó que le iba a estallar la cabeza. Y los odió, sí, los odió profundamente a todos. A la dulce Sara, al enigmático Benjamin, incluso a Zahra. No sólo los odiaba a ellos, odiaba también aquella ciudad que tan ajena le resultaba y en la que no dejaba de sentirse como lo único que era: un exiliado.

Athanasios Vryzas tenía razón: no debería haberse quedado allí y, en cambio, debía encontrar el valor para lanzarse al mar a la manera de Ulises. Es lo que haría. No se quedaría más tiempo. Se llevaría a Catalina y a Adela. No importaba adónde fueran, pero debían irse. Tomar esa decisión le tranquilizó. Sintió que el aire volvía a regarle los pulmones y que los latidos del corazón volvían a ser regulares.

—El amor no tiene sexo, ni edad, ni raza, ni lugar, ni presente ni futuro; el amor es sólo amor —murmuró Zahra, mirándole fijamente.

Él no respondió. No hubiera sabido cómo hacerlo. Sólo sentía un deseo irrefrenable de marcharse. La mano de Sara seguía sobre su hombro y, aunque apenas la sentía, eso le impidió levantarse de nuevo.

Las palabras de Zahra habían encontrado hueco dentro de él, pero no era capaz de desmenuzarlas y aceptarlas sin más.

Fue Benjamin Wilson quien, después de carraspear, ganó tiempo ofreciendo un cigarrillo primero a Zahra y luego a él. Cuando ya habían dado las primeras caladas, Benjamin los devolvió a la realidad:

—Bien, ahora se trata de preguntarnos qué se puede hacer. En mi opinión, no hay muchas opciones puesto que los Aliados están luchando sin dar tregua a los alemanes, que retroceden pese a que Hitler sigue creyendo que sus ejércitos son

invencibles.

—La guerra aún no está ganada —recordó Sara, puntualizando las excesivas esperanzas de su marido.

—Pero ya no está perdida. Y yo diría que después del desembarco de Normandía y de la liberación de París, cada día que pasa es un día que nos acerca a la victoria final —concluyó su marido.

Fernando los escuchó hablar durante un buen rato sin decir palabra. Benjamin Wilson parecía esperanzado con el rumbo de la guerra, mientras Sara se mostraba cauta y Zahra la secundaba. Parecían haberse olvidado de él hasta que la bailarina devolvió a Eulogio a la conversación.

—Te explicaré por qué se han llevado a Eulogio a Alemania. Ya sabes que el Gobierno de Vichy puso en marcha una ley que obliga a los jóvenes a presentarse voluntarios para ir a trabajar a las fábricas alemanas. Como puedes imaginar, esa ley no despertó excesivo entusiasmo y los franceses han intentado esquivarla como han podido. La cuestión es que Alemania tiene necesidad de mano de obra puesto que sus hombres están en el Frente. Así que las autoridades francesas, cuando Berlín las apretaba, entregaban a sus hombres por las buenas o por las malas realizando redadas.

»Una mujer de la Resistencia me contó que Anatole había encontrado un trabajo para Eulogio. Enseñaba dibujo en una escuela infantil, además de formar parte del grupo de la Resistencia de Anatole. Los papeles falsos que le suministraron debían de estar muy bien hechos porque al parecer nadie había sospechado de él. Se hacía pasar por vasco-francés. En marzo de este año detuvieron a Eulogio en una de esas redadas, pero logró escapar. Se escondió, pero le encontraron. Lo peor es que el día en que le detuvieron llevaba encima una mochila repleta de octavillas que pensaba arrojar en una de las plazas más concurridas de Lyon. Tuvo suerte de que no le fusilaran. Seguramente fue por la escasez de hombres en las fábricas alemanas. Le mandaron a Alemania como prisionero y ya no se ha vuelto a saber nada de él.

—Tiene que haber alguna manera de averiguar dónde se lo llevaron —

murmuró Fernando más para sí mismo que por responder a Zahra.

—Es una tarea casi imposible —replicó Sara—. Debes saber que los alemanes tienen fábricas ocultas... Se sabe que existen pero no dónde están. Allí suelen llevar a los prisioneros para que trabajen...

—Si Benjamin logra enterarse de dónde está tu amigo Eulogio, te acompañaré. No será fácil que logremos salir de Alemania con él, seguramente perderemos la vida los tres —afirmó Zahra sin ninguna emoción en sus palabras.

—No quiero que me acompañes. No tienes por qué —respondió Fernando.

—No, no tengo por qué hacerlo, pero lo haré. —El tono de voz de Zahra no dio lugar a réplica.

Sin embargo, Benjamin Wilson ni prometió ni se comprometió a nada. En su negocio, la principal condición era eludir las emociones. No estaba dispuesto a enviar a Zahra a una misión de la que no tuviera ninguna posibilidad de regresar. En cuanto a Fernando, daba por cumplida su lealtad hacia él habiéndole informado de la suerte que había corrido Eulogio. Pero no haría nada más, al menos por el momento.

El sol y la lluvia se daban cita en aquellas primeras horas de la tarde alejandrina. Fernando ansiaba regresar a casa de Ylena para hablar con Catalina. Fruto de la angustia, tenía el estómago revuelto. Temía por la suerte de Eulogio y estaba dispuesto a marcharse a Francia tanto con ayuda como sin ayuda de Benjamin Wilson.

Vryzas observaba a Fernando. Le inquietaba el dolor que reflejaba su mirada perdida. No le había preguntado qué había sucedido en la reunión con Wilson y con Zahra, pero era evidente que lo que hubieran hablado le había perturbado.

—Estás distraído, mejor que termines de traducir esos poemas en casa. Allí estarás más tranquilo.

Fernando asintió agradecido. Había llegado a sentir no sólo un respeto absoluto por Vryzas sino también un afecto callado y una admiración por aquel hombre que había perdido a su hijo mientras buscaba Ítaca.

Una vez en casa, Dimitra le informó de que Catalina había ido a ver al padre Lucas y se había llevado a Adela.

La joven había convertido en hábito sus charlas con el sacerdote, y éste parecía complacido con ella y con la niña. Si hacía buen tiempo, se sentaban en el jardín o paseaban por las calles cercanas a Santa Catalina.

Fernando decidió ir a buscarla. Necesitaba compartir con ella la desgracia de Eulogio.

El padre Lucas reía mientras escuchaba a Catalina. Ambos parecían en armonía. Adela estaba sentada a su lado jugando con una muñeca sin prestarles atención. Fernando apretó el paso hasta llegar a donde estaban. Ni siquiera los saludó y comenzó a hablar atropelladamente explicando la desaparición de Eulogio. Catalina se puso en tensión.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó cuando Fernando terminó el relato.

—Ir a buscarle. Yo iré a buscarle. No puedo quedarme aquí sin hacer nada.

—¿Y cómo piensas llegar a Alemania? —quiso saber el padre Lucas.

—No lo sé... pero tiene que haber alguna manera. Volveré a hablar con el señor Wilson y si no me ayuda, entonces ya buscaré cómo hacerlo.

—Piensa, Fernando, piensa... Comprendo tu preocupación. Eulogio es tu amigo y no soportas cruzarte de brazos sin saber qué sufrimientos puede estar afrontando. Pero para ayudarlo tienes que hacerlo con cabeza. No puedes ir a Alemania. ¿Cómo vas a lograrlo? La guerra está en un momento crucial. Las noticias son buenas pues parece que los Aliados están ganando el terreno conquistado por la Wehrmacht, pero aún no han ganado la guerra. Incluso para un hombre como Benjamin Wilson será difícil enterarse de dónde se llevaron a Eulogio. Lo único que te han dicho es que lo habían detenido para enviarle a un campo de prisioneros en Alemania, pero ¿a cuál?

—Lo averiguaré —afirmó Fernando.

—Puedo acompañarte... —dijo Catalina.

—Pero ¡qué cosas dices, niña! —exclamó el padre Lucas—. ¿Cómo vas a ir a Alemania? ¿Y Adela? ¿La dejarás aquí? ¿Qué será de ella si te pasa algo?

Vosotros dos sois demasiado impulsivos... Lo comprendo... yo... bueno, a mí me ha costado mucho dominar mis impulsos... pero hay que hacerlo. No os dejéis llevar por el corazón. Si queréis ayudar a Eulogio, utilizad la cabeza.

Al padre Lucas le costó un buen rato serenarlos. Fernando y Catalina esbozaron distintos planes a cual más descabellado. El sacerdote fue desbaratando cada una de sus ocurrencias. Apreciaba a aquellos jóvenes perdidos en una ciudad que nunca habrían elegido para pasar sus días. Eran prisioneros de las circunstancias al igual que él, sólo que él sí que había elegido aquella cárcel. Primero las cuevas de Wadi Natrum y ahora aquel convento en el que seguía penando sus faltas.

—Seguro que al señor Wilson ya se le ha ocurrido... pero quizá sus contactos en Suiza puedan hablar con la Cruz Roja e indagar si Eulogio está registrado en una de esas fábricas de armamento o en un campo de trabajo. Ése sería el primer paso a dar, y una vez que se tenga certeza de dónde está, entonces será el momento de sopesar qué se puede hacer.

La propuesta del padre Lucas pareció aliviar tanto a Catalina como a Fernando.

Cuando regresaron a casa se disculparon con Ylena por no acudir al comedor para cenar. Le explicaron lo sucedido a Eulogio y cómo por eso se sentían incapaces de probar bocado.

Ylena refunfuñó y les aconsejó que no se comportaran como niños. Quedarse sin cenar de nada le serviría a Eulogio, les dijo, y la mejor manera de ayudarle era mantener la cabeza fría y el estómago lleno. Convinieron en que tenía razón, pero aun así aquella noche prefirieron refugiarse en la habitación de Catalina para hablar de lo sucedido. Al poco, Dimitra se presentó con una bandeja.

—La señora Ylena insiste en que comáis algo.

Fueron unas horas dedicadas a la nostalgia, añorando su niñez en España y recordando cuánto admiraban a Eulogio porque era mayor que ellos y siempre parecía saber qué hacer. Fernando dudó en contarle a Catalina lo que Zahra había insinuado sobre la relación de su amigo con aquel tal Anatole Lombard, pero

decidió que debía ser totalmente sincero.

Catalina le escuchó con atención sin mostrar ni escándalo ni sorpresa.

—No soporto más a Benjamin Wilson, y en cuanto a Zahra... pensaba que era incapaz de expandir maledicencias —concluyó Fernando.

—Puede que lo que te ha dicho sea verdad.

—¡Qué dices! Parece mentira que puedas creer que Eulogio... Tú le conoces tan bien como yo.

—¿Estás seguro de que de verdad le conocemos? Es tu amigo, sí, y lo ha demostrado siempre como tú se lo has demostrado a él, pero eso no significa que le conozcas realmente. Eulogio es el único chico del barrio que nunca ha tenido novia... En realidad, siempre se ha mostrado brusco y antipático con nosotras. Le incomodábamos. Tú dices estar enamorado de mí desde que éramos críos, pero te recuerdo que has tonteado con unas cuantas y que todo el mundo sabía que te tomabas muchas libertades con Carolina, la hija del director del instituto... Claro que esa chica era una fresca...

—¡Por Dios, Catalina! —Fernando se había sonrojado.

—Bueno, yo misma te vi con ella muy acaramelado cuando el cumpleaños de Antoñito en la Pradera.

—Qué cosas dices... Carolina es una buena chica y yo...

—Ya, ya... eres demasiado caballeroso para decirlo... Pero te repito que de los chicos del barrio el único que nunca mostró interés por ninguna chica es Eulogio. Él sólo tenía amigos.

—Eso no significa nada —la cortó Fernando.

—Bueno... puede que no, pero reconoce que resulta extraño. Y... —Catalina se mordió el labio antes de continuar—, yo no te lo he dicho nunca, pero había quien murmuraba sobre Eulogio precisamente por esto.

—¡Mira que es mala la gente!

—Vamos a ver, Fernando, los dos sabemos que hay hombres a los que no les gustan las mujeres. Y Eulogio puede ser uno de ellos. Eso no le hace ni bueno ni malo. Pobre, seguro que si es así lo pasará muy mal. Ese Anatole debe de ser

muy especial para que Eulogio renunciara a irse a América con Marvin.

Las palabras de Catalina confundían aún más a Fernando. Si no supiera que no era ni chismosa ni maledicente, se habría enfadado con ella.

—Te diré más, Fernando... creo que Eulogio me tenía un poco de manía porque él sentía algo por Marvin... No digo que estuviera enamorado, pero le trataba como si fuera de su exclusividad y... bueno, también le molestaba que tú me quisieras.

Fernando se negaba a admitir que a lo mejor Catalina pudiera tener razón.

—Iré a Francia a hablar con Anatole Lombard y luego a Alemania. Mañana mismo le pediré al señor Wilson que haga gestiones con la Cruz Roja para tratar de averiguar si Eulogio está en un campo de trabajo.

Lo que no le dijo a Catalina es que pensaba ir a ver a Zahra.

Quería hablar a solas con la bailarina, volver a escuchar cuanto le había contado de la relación de Eulogio con el profesor. Pero no sólo quería verla por eso. En realidad no podía negarse a sí mismo cuánto le importaba Zahra. Tanto como Catalina, aunque se decía que no podía estar enamorado de las dos y que por tanto lo de Zahra tenía más que ver con el deseo que con el amor.

Aguardó al fin de semana para ir a verla al cabaret. La guerra continuaba librándose en Europa, pero en aquella noche de finales del mes de octubre de 1944 Alejandría se encontraba aún más lejana del Viejo Continente. Mientras los soldados mataban y morían en cada rincón de los campos y las calles de los países europeos, los hombres y las mujeres de la ciudad de Alejandro se preparaban para olvidarse del presente. Los rótulos de neón parecían saludar a los que se acercaban a «La Ciudad», el cabaret donde actuaba Zahra.

Fernando se instaló en la barra y notó algunas miradas curiosas. En los meses pasados eran muchos los que habían creído que él era el *chevalier servant* de Zahra y ahora le compadecían, puesto que la bailarina había dejado de prodigarse en su compañía.

El barman le saludó con curiosidad y le preguntó si la señorita Zahra le esperaba. Él sonrió sin responder a la pregunta y le pidió un cóctel, el que quisiera prepararle.

Tuvo que pasar un buen rato antes de que se apagaran las luces, que era el prelude a la aparición de Zahra.

Se estremeció cuando el halo de luz la iluminó entre las penumbras del escenario. Ella bailó y bailó como si estuviera poseída. Un baile distinto a cuantos le había visto antes. Parecía recrearse en cada movimiento. Los aplausos acaso fueron más rotundos que en otras ocasiones. Algunos hombres se levantaron de su asiento para acudir al camerino, ansiosos de que ella se dignara a recibirlos. Fernando dudaba si debía sumarse a aquella procesión improvisada. ¿Y si ella se negaba a recibirle? ¿Y si le humillaba? No había despejado la duda cuando un camarero se acercó para decirle que la señorita le aguardaba.

Se abrió paso entre la gente y cuando llegó cerca del camerino tuvo que hacer valer su condición de invitado de Zahra para que le permitieran pasar. Golpeó con los nudillos y la puerta se entreabrió, dejando ver el rostro de la criada de Zahra, que alargó su brazo para agarrar el de Fernando e introducirle con rapidez en el camerino. Se escucharon voces de protesta, hombres que querían hacer valer su posición, las flores enviadas, las joyas que querían entregarle. Pero la puerta no se abrió.

Zahra estaba sentada quitándose los restos del maquillaje. La diosa daba paso a la mujer. Se miraron a través del espejo sin decir palabra y ella hizo un gesto a la criada para que los dejara solos. La criada bajó la cabeza y se retiró al fondo del camerino para ordenar la ropa de la bailarina.

—Me alegro de que estés aquí —dijo ella con franqueza.

—Quería hablar contigo... no sabía dónde llamarte.

—Ya sabes dónde vivo.

—Sí... pero jamás se me ocurriría presentarme en tu casa.

—¿Por miedo a que no te invite a pasar? —preguntó ella en tono burlón.

—Por respeto a ti y también a tu abuela —respondió con sinceridad.

—¿Y dónde pretendes que vayamos a hablar? —inquirió ella con ironía.

—No sé... no lo he pensado, la verdad... Quizá podríamos dar un paseo...

—¿A estas horas? ¿Crees que sería seguro que a medianoche paseáramos por Alejandría? Sabes que no, Fernando. De manera que lo más cómodo será que me acompañes a casa.

La casa estaba tenuemente iluminada. El silencio permitía escuchar el ruido de las olas al chocar contra la escollera. El mayordomo abrió la puerta inclinando ligeramente la cabeza ante Zahra.

Ella le despidió asegurando que no necesitaban nada. Luego cogió de la mano a Fernando y le guio hasta su habitación.

Él recordaba la estancia. Espaciosa y elegante. El lecho situado en el fondo y un diván bajo con dos sillones junto a unas puertas que daban a una terraza que se asomaba al mar. Una bandeja con fruta, dátiles, queso y pan de pita estaba dispuesta sobre una mesa baja.

La habitación olía al perfume de Zahra. No supo cómo pasó, pero una vez a solas se miraron y el mundo se paró. Sin palabras se encontraron. Y volvieron a amanecer juntos mientras contemplaban cómo las olas furiosas envolvían los ruidos de la ciudad que despertaba.

Ella no le acompañó. Le despidió en el umbral de la habitación. Él sabía que el chófer le estaría esperando. Cuando llegó a casa de Ylena se encontró a Catalina aguardándole impaciente. Tenía ojeras y parecía nerviosa.

—Pero ¿dónde has estado? Estaba preocupada por ti... Mira, no soy quién para decirte nada, pero, por favor, no me tengas en vilo desapareciendo toda la noche sin avisar...

De repente se le quedó mirando y comprendió. No hacía falta que dijera nada. El cuerpo de Fernando desprendía un olor especial. Su sudor mezclado con perfume de una mujer. Zahra. No tuvo duda de que ése era el olor de Zahra. No pudo evitar reírse, pero al instante se dio cuenta de que Fernando estaba sufriendo. Supo que no debía preguntar, al menos en aquel momento. Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Luego le sugirió que se diera una ducha antes de

ir al comedor, donde Ylena presidiría la mesa como todas las mañanas. Mister Sanders solía ser el primero en llegar; luego lo hacía monsieur Baudin. Fernando y Catalina se solían retrasar y eso impacientaba a Ylena, pero nunca les recriminó su impuntualidad.

Tuvieron que pasar unos cuantos días antes de que Fernando contara a Catalina su encuentro con Zahra. Fue una noche, al volver del trabajo antes de la cena. Sentados el uno frente al otro en la biblioteca, ella le escuchaba atenta y sorprendida por una relación en la que apenas mediaban palabras.

—¡Qué enamorado estás! —exclamó Catalina cuando Fernando terminó de hablar.

—No... no digas eso... En realidad, no sé muy bien lo que siento por ella.

—Ya te lo he dicho yo: estás enamorado, aunque te niegas a admitirlo. Mira, yo creo que lo mejor es que se lo digas.

—Pero ¡qué voy a decirle! No, es mejor dejar las cosas como están. Ahora lo único que me preocupa es averiguar dónde se han llevado a Eulogio. Esta mañana el señor Wilson me ha dicho que ha pedido a la Cruz Roja que haga lo posible por averiguar en qué campo puede estar... pero no me ha dado muchas esperanzas. Yo le he pedido que me ayude a llegar a Francia. Iré a París y desde allí a Lyon para encontrarme con Anatole Lombard. Me ha dicho que es muy complicado y que ya me responderá.

—Si tú vas, iré contigo.

—Tú no puedes venir. No, no quiero que te suceda nada.

Catalina se puso en pie enfadada, plantándose delante de él.

—¡No quieres que me suceda nada! Vaya, te di la pistola con la que mataste a los asesinos de tu padre convirtiéndome en tu cómplice, nos escapamos de España, estuvimos a punto de naufragar en el Atlántico, di a luz en medio de un temporal... Llegamos a esta ciudad sin saber ni una palabra de árabe, sin trabajo, sin un techo, sin amigos... Y hemos sobrevivido, Fernando. Lo hemos hecho. ¿Y

ahora quieres tratarme como si fuera de porcelana? ¡De eso nada! ¡No te lo voy a permitir! Los Aliados han liberado París, monsieur Baudin ha contado que los españoles ayudaron en su liberación... ¡Quiero ir a París! Puede que Marvin haya regresado allí. En cualquier caso, no me quedaré en esta ciudad.

—Pero ¿y Adela?, no puedes someter a la niña a un viaje así...

—Adela es una superviviente, no te olvides de eso. Vendrá con nosotros. No nos pasará nada. Si el señor Wilson nos ayuda, podremos llegar a París. Francia está pegadita a España, Fernando, y yo... bueno, cada día echo más de menos a mis padres, mi casa...

Discutieron un buen rato sin convencerse el uno al otro, pero los dos determinados a marcharse de Alejandría.

Fernando apenas durmió aquella noche. Quería acabar de traducir un poemario de un joven egipcio del que Sara era su descubridora. No se iría sin dejar el trabajo terminado, pero tampoco quería esperar más tiempo.

Por la mañana se reunió con Sara y con Athanasios Vryzas para entregarles la traducción. El viejo editor echó un vistazo y pareció complacido. Sara, por su parte, le dijo que una autora amiga suya acababa de entregarle un nuevo poemario y que podía empezar a trabajar en la traducción. Fernando apretó la mandíbula y se disculpó diciendo que estaba preparando un viaje y que no sabía si tendría tiempo. Quería volver a hablar con el señor Wilson, dijo. No hubo en el rostro de Sara ni un atisbo de sorpresa. Incluso se ofreció a acompañarle en ese mismo momento al despacho de su esposo.

Vryzas tampoco dijo nada, pero dedujo que por fin Fernando iba a emprender su viaje a Ítaca.

A Benjamin Wilson le incomodó que Fernando insistiera en hablar de nuevo con él. Ya le había dicho cuanto debía y no tenía nueva información. No creía que pudiera llegar a saber dónde estaba Eulogio, pero tampoco quería angustiar a Fernando.

Fue Sara quien anunció a su marido que Fernando estaba decidido a viajar. Tanta determinación le molestó porque tenía otras preocupaciones y los asuntos

de Fernando no estaban entre ellas. Aun así, Wilson no era un hombre que se permitiera mostrar sus estados de ánimo, de manera que escuchó paciente. Sara en cambio tenía sus propios intereses, de modo que inesperadamente se convirtió en la valedora de su viaje.

—Sería una temeridad que Fernando intentara llegar a Alemania, pero quizá no lo sea tanto que vaya a Francia. Debemos ayudarle. Me gustaría que fuera a mi casa, a la librería de mi padre. Marvin la dejó a cargo de Alain Fortier, su profesor de Literatura. Quisiera saber qué ha pasado. No hay nada que desee más que la librería Rosent vuelva a ser lo que fue.

Si Benjamin Wilson se sorprendió tampoco lo manifestó; Fernando sí.

—Pero si voy a París es para poder trasladarme más fácilmente a Lyon... Quiero encontrar a Anatole Lombard... —protestó.

—Puedes hacer las dos cosas... En realidad tú no quieres estar aquí. No has arraigado en Alejandría... Bueno, eso no importa. Comprendo que además de querer saber qué ha sido de tu amigo Eulogio, para ti ir a Francia significa acercarte a España, a tu casa... —afirmó Sara.

—Bueno... no se trata de eso. Ahora lo único que me preocupa es Eulogio —respondió molesto.

Pero Sara, la dulce Sara, iba a mostrar una parte de su personalidad que su marido conocía bien pero no Fernando.

—Mientras no puedas volver a España, donde tienes asuntos pendientes que aún no ha llegado el momento de resolver, bien puedes instalarte en París. Me gustaría que te hicieras cargo de la librería Rosent, que hagas de ella lo que fue... un lugar al que acudían los poetas con sus manuscritos y aguardaban impacientes la opinión de mi padre. Cuando la guerra termine, yo misma iré a París. Pero hasta entonces me harías un gran servicio si te ocuparas de la librería.

Fernando no sabía qué responder. Benjamin Wilson tampoco decía palabra. Los dos rumiaban lo que acababan de escuchar de labios de Sara.

—Catalina vendrá conmigo —acertó a decir Fernando.

Sara asintió. Tanto le daba. Apenas conocía a la española, y además estaba

segura de que no correrían ningún peligro en Francia. De Gaulle había regresado, había formado gobierno. Y estaban los americanos. Era el momento de empezar a reconstruir las vidas que habían quedado en suspenso.

—La guerra no ha terminado —intervino Benjamin Wilson con tono severo.

—Pero los Aliados cada vez controlan más territorios —respondió Sara.

—Ha habido avances importantes, pero la Wehrmacht todavía no ha sido derrotada —insistió Wilson.

—Aun así, iré. —Fernando no estaba dispuesto a dejarse convencer.

—No será fácil. —Wilson parecía inmune a los deseos de Sara y Fernando.

—Bien, entonces parece que estamos todos de acuerdo —dijo Sara con tono impaciente.

—No, no estamos todos de acuerdo. Yo no lo estoy. Ir a Francia requiere unos preparativos harto complicados, además del riesgo que supone. No creo que sea el momento adecuado. —Benjamin miraba fijamente a su mujer.

—Me gustaría irme de inmediato. En una semana a más tardar —los interrumpió Fernando—. Quizá, mientras, usted haya podido averiguar algo sobre Eulogio.

Wilson no respondió. Quería terminar la charla y quedarse a solas con Sara. Le sorprendía que no le hubiese contado nada de sus planes para con la librería Rosent.

Una semana después, Fernando continuaba en Alejandría.

Benjamin Wilson le aseguró que en ese momento no encontraba la manera de llevarles a Francia sin que corrieran peligro.

El transcurrir de los días se le hacía eterno. Ansiaba dejar la ciudad antes de que terminara el año y estaban a punto de comenzar noviembre.

Catalina, por su parte, fue comunicando a los padres de sus alumnos que pronto se iría y, por tanto, no podría continuar dando las clases de piano. Quería marcharse de Egipto, aunque no podía dejar de preocuparse por la suerte que

correrían si es que lograban llegar a París. No le preocupaba tanto su vida como la de Adela. Fernando le comentaba las reticencias de Wilson y aunque ella las rechazaba, sabía que tenía razón, que era una temeridad emprender viaje al continente en guerra, pero aun así prefería marcharse.

Dimitra rompió a llorar al enterarse de que Fernando y Catalina se irían junto a la pequeña Adela, y la reacción de Ylena no se quedó atrás. Se había acostumbrado a la presencia de los dos españoles que habían llenado de sonidos la quietud de su casa. Si los aceptó fue por la amistad que la unía con el capitán Pereira, pero poco a poco les había tomado afecto y ahora no se imaginaba la casa sin ellos. Mister Sanders y monsieur Baudin también se sintieron contrariados cuando Catalina y Fernando les anunciaron que estaban a punto de dejar Alejandría. El francés opinó que era una temeridad, que aún había demasiados alemanes cercando Francia, y el coronel les aconsejó con gesto grave que deberían esperar un tiempo más puesto que Hitler aún no estaba derrotado. Pero ni Fernando ni Catalina estaban dispuestos a dar marcha atrás en la decisión que habían tomado.

Cuanto más le insistía Fernando a Wilson, más se incomodaba éste. En realidad no estaba poniendo demasiado empeño en ayudarlo a trasladarse a Francia. Incluso había discutido con Sara. Su esposa estaba empeñada en que Fernando se hiciera cargo de la librería Rosent. Le había expuesto su plan dejando claro que era definitivo. Ella seguiría en Alejandría o donde quisiera Benjamin que tuvieran su residencia, pero la editorial-librería Rosent debía volver a su actividad. Era un homenaje a la memoria de su padre, pero también lo hacía por ella; no podía admitir la derrota total ante Hitler. Los alemanes se habían cobrado la vida de su padre y la única manera que tenía de paliar su victoria era haciendo que la librería Rosent volviera a ser lo que fue.

El padre Lucas también sintió una punzada de soledad cuando supo que Catalina quería marcharse. La española había pasado a formar parte de su cotidianidad. Al principio le irritaban sus confesiones absurdas, pero a través de ellas la conoció en profundidad y había acabado apreciándola. Catalina le hacía

reír, era alegre y discutidora, siempre dispuesta a pelear con tal de no dar su brazo a torcer. Sabía que ella se sentía profundamente atraída por el doctor Naseef, pero había decidido ignorar aquella atracción por más que él le decía que se estaba negando la posibilidad de ser feliz con un hombre que la quería. Porque si de algo estaba seguro el padre Lucas era del amor profundo e incondicional del médico por Catalina. Pero aquel Marvin, por lejos que estuviera, seguía siendo una presencia ominosa en su vida.

El sacerdote averiguó cuanto pudo sobre Marvin y su amor con Farida. A nadie le extrañaba que el americano hubiera perdido la cabeza por la filósofa alejandrina.

Pero Catalina rechazaba cualquier virtud en Farida. Le había adjudicado el papel de seductora malvada que impedía que Marvin cumpliera con su deber para con ella y su hija. Por más que el padre Lucas había intentado convencerla de que se olvidara del americano, Catalina se negaba con tozudez. Estaba decidida a encontrarle y a obligarle a casarse con ella. Ni siquiera admitía la posibilidad de que Marvin pudiera casarse con Farida.

El doctor Naseef pensaba que su dolor debía de ser tan fuerte como el que sentía Catalina por la ausencia de Marvin Brian. Cuando ella le dijo que iría a Francia con Fernando supo que la despedida sería para siempre. Se compadeció de sí mismo y la compadeció a ella también. Ambos estaban condenados a la infelicidad.

Sara, por su parte, no daba tregua a su marido. No había día en que no le preguntara por los preparativos para trasladar a Fernando y a Catalina a París. Al final, Benjamin terminó rindiéndose ante la insistencia de su esposa.

El día de partida se fijó para el 20 de diciembre, pero el 16 se despertaron con la noticia de que la Wehrmacht había desencadenado una contraofensiva en la región de las Ardenas, en la frontera norte de Francia. Un ataque de tal magnitud que las fuerzas aliadas se vieron obligadas a replegarse. Los panzers avanzaban imparables. El Führer había tomado la decisión de este ataque con la pretensión de aislar a las tropas norteamericanas. Cuarenta y cinco divisiones que se

encontraban tras la Línea Sigfrido irrumpieron en territorio francés.

Adolf Hitler había encomendado el mando de la operación al mariscal Gerd von Rundstedt, quien, al igual que otros generales, no había mostrado gran entusiasmo por el ataque sorpresa contra Francia. Pero desde las primeras horas la operación fue un éxito.

Las noticias que llegaban a Alejandría eran confusas salvo en una cuestión: la superioridad de la Wehrmacht respecto a las tropas aliadas.

Un mensajero se había presentado en casa de los Wilson cuando estaba amaneciendo. A esa hora Benjamin se encontraba bebiendo su primera taza de café. Leyó de prisa la carta que le entregaron y de inmediato se marchó sin tiempo de explicar nada a Sara. No supieron nada de él hasta media tarde, cuando Leyda avisó de que Wilson acababa de llegar y los requería tanto a Sara como a Fernando en su despacho.

Fernando sintió una secreta admiración por el gesto impasible de Wilson. Nada en su rostro, salvo una ligera sombra de cansancio, indicaba que aquél no fuera un día como cualquier otro.

—No puede ir a París. Lo siento. Habrá que esperar el resultado de la ofensiva de la Wehrmacht. Cuando esté seguro de que puede llegar con cierta seguridad, se lo haré saber.

No dio más detalles. Para Wilson no había discusión posible y tanto Sara como Fernando así lo entendieron.

El doctor Naseef se reprochaba el alivio que había sentido al saber que Catalina aún permanecería en Alejandría. No obstante, no se engañaba: nada haría cambiar a Catalina de opinión. Quería irse. Nada la retenía en Alejandría.

El año 1944 se despedía mientras en las Ardenas se luchaba denodadamente entre las tropas aliadas y las alemanas. Unos días después Ylena invitó al doctor Naseef a cenar.

Durante la velada el coronel Sanders se mostró convencido de que los Aliados

se harían con la victoria.

—No voy a negar que las fuerzas alemanas del mariscal Gerd von Rundstedt sorprendieron a los nuestros y les han dado una buena paliza, pero después de la matanza de Malmedy las cosas han cambiado. Los norteamericanos no van a perdonar lo ocurrido.

El inglés hizo una pausa larga como si esperara que los presentes le insistieran en que siguiera hablando. Fue Catalina quien le pidió que lo hiciera.

—Querida, ha sido terrible lo sucedido en ese pueblecito. Hace unos días, tres unidades americanas circulaban entre Baugnez y Malmedy y tuvieron la desgracia de toparse nada menos que con la División Peiper de las SS.

De nuevo mister Sanders hizo otra pausa que aprovechó para dar un sorbo a su copa de vino sabiendo que había concitado la atención de todos los asistentes a la cena. Fernando aguardaba impaciente a que el coronel continuara su relato, lo mismo que Ylena, e incluso monsieur Baudin, que aquella noche no se encontraba demasiado animado porque padecía un fuerte resfriado.

—Como todos sabrán, la División Peiper es una unidad muy experimentada que ha combatido con éxito en el Frente Oriental y que parece que ahora está adscrita a la 1.^a División de Panzers de las Waffen-SS del general Sepp Dietrich —continuó Sanders.

En realidad, ni Fernando, ni Catalina, tampoco Ylena ni Baudin, sabían quién era aquel general Dietrich, ni mucho menos tenían idea de la existencia del «Grupo Peiper». Pero todos callaron ansiosos sabiendo que al coronel le gustaba sorprenderlos con sus exhaustivos conocimientos de cuanto sucedía en los distintos frentes.

—Bueno, pues como les decía, tres unidades americanas se toparon con el grupo de Peiper y ya saben cómo se las gastan los de las SS. Hicieron prisioneros a los norteamericanos y los fusilaron; algunos que lograron escapar se refugiaron en un café de Malmedy pero corrieron aun peor suerte porque quemaron el local con ellos dentro.

»El general Eisenhower ha prometido venganza y no me cabe duda de que

cumplirá. De hecho, desde que sucedió lo de Malmedy los norteamericanos están peleando con más ahínco. Quieren vengar a sus compañeros.

La sopa se estaba quedando fría e Ylena los instó a seguir cenando, pidiéndoles que no hablaran más de la guerra. Pero salvo el doctor Naseef, ninguno de los presentes hizo caso a su anfitriona, De manera que la conversación siguió girando sobre el mismo tema, y fue monsieur Baudin quien, dirigiéndose a Fernando, quiso saber si habían descartado marcharse a París.

—Nos iremos en cuanto sea posible. Si los alemanes no hubieran invadido las Ardenas ya estaríamos allí. Me alegra saber que los yanquis les están dando una buena paliza a los nazis —respondió Fernando.

Terminada la cena, el doctor Naseef buscó el momento de hablar con Catalina. Fernando estaba jugando al ajedrez con Sanders e Ylena y Baudin charlaban sobre sus conocidos.

—¿Sigues decidida a marcharte? —le preguntó el doctor.

—Sí, aquí estoy demasiado lejos de mi casa. Seguramente en alguna ocasión Marvin vendrá, puesto que Farida es alejandrina, pero conociéndole no dudo de que en cuanto pueda regresará a París. Allí tenía su propia casa y París es el mejor lugar para escribir.

—Bueno, yo no estoy de acuerdo con eso... En mi opinión, uno escribe en cualquier lugar si es que tiene algo que decir.

—¡Ah, no! Desde luego que no. Hay ciudades y momentos más inspiradores que otros. Y Marvin empezó a escribir poemas en París —protestó Catalina.

—Sigues empeñada en encontrarle...

Ella le miró muy seria y le cogió la mano. El doctor se sonrojó.

—Sé... sé que entre tú y yo hay algo... bueno, podría haber algo. Pero no puede ser. Aunque yo quisiera, no puede ser. Tengo una hija.

—A la que quiero como si fuera mía —respondió él.

—Sí, has tratado a Adela con mucho cariño y ella te quiere, pero no eres su padre. Mi hija está en su derecho de tener su propio padre y no voy a rendirme

sin intentarlo. La guerra me ha impedido seguir a Marvin, pero si puedo ir a París me estaré acercando a él. Tiene que conocer a Adela, no puede negarla.

—Yo puedo reconocerla como mía —se atrevió a decir el doctor.

Ella le apretó la mano con afecto. Le conmovía la lealtad de Naseef, su amor incondicional.

—Lo sé, pero sería egoísta por mi parte porque supondría decidir en mi beneficio pero no en el de mi hija. Hace unos días Fernando me dijo que creía que yo... bueno, que yo tengo un sentimiento profundo hacia ti. Yo misma no puedo negarlo, pero te aseguro que combato ese sentimiento. Podría quererte, sí, podría, pero no me lo voy a permitir. Por eso me voy de aquí; encontraré a Marvin y, si él se casa conmigo, regresaré a mi casa. No hay un solo día en que no piense en mis padres.

—Y si encuentras a Marvin y él se niega a reconocer a Adela, entonces ¿qué harás?

—Eso no va a suceder. Estoy segura de que cuando conozca a su hija tomará la decisión adecuada.

—Pero...

Catalina no le dejó proseguir. Aquel hombre la atraía como nunca le había atraído ningún otro, ni siquiera Marvin, pero estaba convencida de que su deber era luchar para que Adela tuviera a su verdadero padre, porque sólo entonces podría regresar a España con la cabeza alta.

Mientras en los primeros días de enero las tropas alemanas habían comenzado a perder posiciones en las Ardenas, el 17 las tropas soviéticas entraron en Varsovia y el 27 liberaron Auschwitz, dándose de bruces con el Infierno.

Para ese momento, Fernando y Catalina emprendían el viaje hacia Francia meticulosamente preparado por Benjamin Wilson.

Las despedidas habían sido más costosas de lo que ambos suponían. Llevaban tres años viviendo en Alejandría y habían tejido unos afectos difíciles de obviar.

Dimitra no podía retener las lágrimas. Ylena era incapaz de ocultar su preocupación por lo que les pudiera pasar. El padre Lucas parecía compungido. Sólo los Wilson estaban tranquilos.

La noche antes de su partida, Zahra se presentó en casa de Ylena sin avisar. Fernando estaba metiendo su ropa en la maleta cuando Dimitra le anunció que la bailarina le aguardaba en un coche frente a la puerta de entrada.

Zahra le pidió que la acompañara a dar un paseo y él aceptó de inmediato. Ella no le dijo adónde iban y no hablaron durante el trayecto. Pero a él no le sorprendió que el destino fuera su casa.

La noche transcurrió sin palabras. No las necesitaban.

Como en las dos ocasiones anteriores, Zahra se levantó de madrugada. El sol aún no se había puesto sobre Alejandría cuando ella abrió de par en par la puerta de la terraza que se inclinaba sobre el mar. Él la siguió y se encontró con una mirada endurecida.

—¿Me ayudarás cuando llegue el momento? —le preguntó.

Él sabía a qué se refería, de manera que se limitó a asentir con la cabeza.

Regresó a la habitación sin despedirse y se vistió sabiendo que el sueño había llegado al final, impactado por la petición de Zahra. Se daba cuenta de lo poco que la conocía. Para ella la venganza era la savia que la mantenía con vida y no descansaría hasta vengarse del socio de su padre, de aquel hombre cuyo testimonio la había condenado a un psiquiátrico. Ludger Wimmer seguía habitando en Zahra lo mismo que Roque y Saturnino Pérez habitaban en él. Sólo que él había matado a los asesinos de su padre. Por eso no juzgó la decisión de Zahra.



París, enero de 1945

Habían viajado en barco hasta Marsella y desde allí, primero en tren y después en coche, se dirigieron a París.

Catalina se emocionó cuando el hombre que conducía les dijo que ya estaban en la capital francesa. Adela dormía plácidamente en sus brazos y Fernando, aunque cansado, estaba alerta, como lo había estado durante todo el largo viaje.

Benjamin Wilson había sido diligente en su preparación y no se toparon con inconvenientes que no se pudieran resolver, aunque el viaje no había estado exento de peligro. Las personas de la organización de Wilson que se habían hecho cargo de ellos parecían seguras de cada paso que daban, de manera que pudieron llegar sanos y salvos.

París ya estaba despierta a aquella hora de la mañana y Catalina pegó la nariz al cristal de la ventanilla, ansiosa por conocer la ciudad. No parecía que hubiera sufrido los embates de la guerra. La gente caminaba enfundada en sus abrigos resguardándose de la lluvia fina que formaba una capa que dificultaba la visión.

Su chófer los llevó hasta un edificio situado en la rue de Sèvres, cerca del boulevard Saint-Germain. Iban a ocupar un apartamento abuhardillado propiedad de un matrimonio conocido de Sara y en el que, les aseguró, se podía confiar. Benjamin Wilson había asentido a la afirmación recomendándoles que se pusieran en manos de los Dufort.

Madame y monsieur Dufort vivían en la primera planta y eran propietarios del

apartamento en el que se iban a alojar.

Los Dufort los recibieron sin mucho entusiasmo. Se mostraron educados pero distantes. Formaban un matrimonio de cierta edad. Lo poco que Fernando sabía sobre ellos era lo que le había contado Sara: Philippe Dufort había sido el abogado de su padre y Doriane Dufort se dedicaba a las labores de su casa, aunque antaño había sido la secretaria de su marido.

El matrimonio los acompañó hasta el apartamento, que a Catalina le entusiasmó. Era luminoso, puesto que no sólo contaba con claraboyas en el techo sino que además tenía ventanas que daban a la calle. Constaba de dos habitaciones, una pequeña cocina rectangular que se extendía como salón y un baño diminuto. El apartamento estaba limpio y los muebles, aunque se les notaba el paso del tiempo, habían sido encerados. En una habitación había dos camas individuales y decidieron que sería la que utilizarían Catalina y Adela.

Madame Dufort les recomendó que se instalaran y descansaran. En la cocina encontrarían una barra de pan, una jarra de leche, huevos, mantequilla y galletas. Suficiente para saciar el hambre del viaje. Al día siguiente los pondrían al corriente de cómo llevar a cabo las gestiones encomendadas por Sara, que no eran otras que recuperar la librería familiar.

Sara había firmado ante el cónsul francés de Alejandría los permisos pertinentes para que Fernando pudiera reclamar en su nombre la propiedad. También había delegado en él la recuperación de su casa situada en la primera planta del edificio donde se encontraba la librería, comunicadas ambas por una escalera interior.

Adela estaba cansada, y mientras su madre y Fernando deshacían el equipaje se quedó dormida en un sillón.

—Parece que te gusta este lugar —dijo Fernando, viendo la sonrisa que se había dibujado en el rostro de Catalina.

—Sí, claro que me gusta, y sobre todo tendremos cierta intimidad. No quiero parecer desagradecida, porque Ylena ha sido más que una buena amiga con nosotros, pero aquella no dejaba de ser su casa, mientras que estas paredes son

sólo nuestras.

—Bueno, no son nuestras. Los Wilson han alquilado este lugar, hasta que nos organicemos; luego ya veremos qué hacemos.

—Pues a mí no me importaría que nos quedáramos aquí. Cuando nos dijeron que viviríamos en un apartamento abuhardillado me había imaginado un lugar oscuro y destartalado, y sin embargo éste es un sitio encantador. ¿Sabes?, mañana mismo iré a casa de Marvin. Puede que él y Farida hayan regresado a París.

—No te precipites, espera a que monsieur Dufort nos explique cómo debemos reclamar la librería de Sara.

—Pero podemos hacer las dos cosas... no creo que les lleve mucho tiempo decirnos lo que tenemos que hacer y cómo.

No era momento de discutir, de manera que prefirió no contrariarla.

Aún no había amanecido cuando Catalina se despertó al sentir la mano de Adela en su cara. La niña se había levantado y temblaba de frío. La abrazó y la metió con ella en su cama, pidiéndole que durmiera un rato más. Adela no protestó y reconfortada por el calor que emanaba de su madre, volvió a quedarse dormida. Pero Catalina, aunque se sentía cansada, ya no fue capaz de conciliar el sueño. Acarició el cabello de su hija y se dijo que había tenido mucha suerte de que la pequeña fuera tan dócil. Adela nunca protestaba y obedecía sin rechistar. Si sus padres la conocieran se sentirían orgullosos de ella. Por un instante se sintió feliz. París no estaba tan lejos de España y tal vez, cuando terminara la guerra, sus padres podrían ir a visitarla. Pero inmediatamente se reprochó la idea. Si estaba allí era para encontrarse con Marvin, para exigirle que asumiera su responsabilidad y se casara con ella, sólo así podría regresar a España. No, no se rendiría.

Escuchó los pasos de Fernando dirigiéndose al baño y el ruido de la ducha. No más de tres minutos debían estar bajo la ducha, les había advertido madame Dufort alegando que no se podía malgastar el agua. Observó su reloj para ver si Fernando se atenía a esa norma de los Dufort y sonrió cuando pasaron cinco

minutos sin que él hubiera salido.

No quería criticar a los Dufort puesto que eran amigos de Sara Rosent, pero le habían parecido demasiado estrictos.

A las diez en punto, monsieur Dufort llamó a la puerta.

Se sentaron alrededor de la mesa que separaba la cocina del resto de la estancia. Monsieur Dufort tosió antes de comenzar a hablar. No fue pródigo en palabras. Examinó los documentos firmados por Sara Rosent y les aseguró que él mismo los acompañaría a la librería situada en Le Marais para ver en qué situación se encontraba y, una vez que lo hubieran hecho, procederían a llevar a cabo lo que fuera conveniente.

—Tengo entendido que el señor Brian encargó a un amigo, el profesor Fortier, que se hiciera cargo de la librería. Veremos si ha cumplido... Durante la ocupación, muchos negocios fueron expropiados a sus legítimos dueños y ahora pertenecen a otras personas; si fuera así, para recuperar los bienes expropiados habrá que litigar.

Monsieur Dufort parecía molesto porque monsieur Rosent, el padre de Sara, hubiera *vendido* simbólicamente su librería a Marvin Brian, aunque él mismo se hubiera encargado de aquel trámite.

—Esto complica las cosas. Ya le dije a monsieur Rosent que no era necesario... pero él se empeñó; creía que los alemanes no se atreverían a expropiar el local de un judío si éste había pasado a pertenecer a un norteamericano... En fin... por lo que veo, el señor Brian le vendió de nuevo a Sara Rosent la librería, tal y como había acordado con su padre.

—¿Y usted en este tiempo ha ido a comprobar en qué condiciones se encuentra?

—Desde luego que no. Ya no era de mi incumbencia —respondió molesto.

Fernando se preguntó cómo era posible que Sara confiara en un hombre tan estirado.

Se trasladaron hasta Le Marais en el coche de monsieur Dufort. De camino, Catalina no dejaba de sorprenderse por la vivacidad que notaba en la ciudad. No

parecía que quedaran huellas de la ocupación.

El abogado carraspeó para explicarle que los alemanes habían *respetado* París.

Catalina estaba tan entusiasmada con lo que veía que afirmó: «París es la ciudad más bonita del mundo», a lo que Dufort asintió con satisfacción.

Tras aparcar el coche, caminaron por la rue des Rosiers hasta la librería Rosent. Fernando estaba inquieto por lo que se pudieran encontrar.

Philippe Dufort se detuvo delante de un local que tenía el cierre levantado aunque no parecía que dentro hubiera ninguna actividad. Con decisión empujó la puerta sin mostrar sorpresa cuando le salió al paso un hombre de mediana edad y aspecto desaliñado.

—Está cerrado —les dijo, intentando impedirles el paso.

Pero no lo consiguió. Adela se había soltado de la mano de su madre mirando aquel lugar que le resultaba extraño, repleto de cajas de cartón, libros cubriendo todas las paredes, incluso en el suelo. El lugar parecía un tanto descuidado.

Si el hombre pensaba que podía amedrentar a monsieur Dufort, se equivocaba. Sin más preámbulos se presentó como el abogado de la familia Rosent, en cuyo nombre actuaba para devolver aquel local a sus legítimos dueños.

—Está usted en un error... Este lugar pertenece a un norteamericano, el señor Marvin Brian, un buen amigo mío. Él me pidió que me hiciera cargo de la librería Rosent.

—Pero, por lo que veo, no ha sido usted diligente con el encargo —respondió Dufort mientras miraba con aprensión tanto polvo y suciedad acumulados.

—Le recuerdo, monsieur, que estamos en guerra, y aunque París ha sido liberado, la guerra aún no ha terminado. En cuanto a mi labor aquí, he hecho cuanto ha estado en mi mano, que no era mucho. Durante la ocupación, leer poesía no ha sido la prioridad de los parisinos, aunque he de reconocer que algún que otro libro he vendido. Pero yo me he tenido que ocupar de mis propios asuntos y no he podido prestar la atención que requiere este negocio. Pero al menos lo he mantenido.

Dufort contuvo la respuesta. En su opinión, el profesor Fortier no había

prestado la atención debida a la librería de monsieur Rosent, que él recordaba como un lugar pulcro y ordenado. Decidió no perder el tiempo y mostró el documento de propiedad extendido a nombre de Sara Rosent como consecuencia de la venta hecha a la misma por Marvin Brian.

El hombre leyó los documentos con parsimonia, como si buscara alguna palabra fuera de lugar.

—No puedo entregarle la librería así sin más. Tendré que ponerme en contacto con el señor Brian... lo que, dadas las circunstancias, no será fácil. En realidad desconozco dónde se encuentra en este momento.

—Verá, monsieur Fortier, como abogado de la familia Rosent le comunico que debe entregarme las llaves del local y un inventario detallado de cuanto hay en él. Si usted se opusiera, no tendría más remedio que proceder contra usted en los tribunales, donde quedará demostrado que esta librería es de la familia Rosent.

—No es mi intención crear ningún problema, sólo asegurarme de que, efectivamente, mi amigo Marvin Brian está de acuerdo con lo que dicen esos papeles.

—Usted sabe que es así. Monsieur Rosent arregló la venta para que la librería no pudiera ser confiscada por ser de un judío. Pero como usted bien sabe, su amigo, el señor Brian, es un hombre de honor y en cuanto pudo devolvió la propiedad a sus legítimos dueños a los que represento.

Alain Fortier no supo qué contestar. En realidad la librería para él no había dejado de ser un inconveniente, pero aun así no sabía si debería despreocuparse hasta el límite de ponerla en manos de aquellas personas que le eran desconocidas.

—Deberían darme tiempo para poder ponerme en contacto con Marvin Brian —insistió.

—¿Está en Nueva York? —preguntó Catalina.

—Como ya les he dicho, no lo sé, pero imagino que más pronto que tarde regresará a París. Tengo las llaves de su casa. Supongo que las querrá recuperar. Aunque, por lo que sé, sus poemarios han tenido un gran éxito en Nueva York.

Por fin ha logrado el reconocimiento que merece y eso quizá le retenga allí. Naturalmente, le escribiré de inmediato.

—Puede usted hacer lo que crea más conveniente, monsieur Fortier, pero desde hoy mismo nos haremos cargo de la librería. Este señor aquí presente, monsieur Garzo, se encargará de su gestión, como consta en los documentos que le he mostrado.

—Si no le importa, propongo una reunión con mi abogado. Una vez que él haya visto estos documentos, si considera que debo entregarles las llaves, lo haré. Pero comprendan que no puedo desentenderme sin saber si estoy actuando correctamente.

Monsieur Dufort aceptó la propuesta de Alain Fortier. Intercambiaron los números de teléfono para concertar sin demora una cita. Fernando preguntó si podía ver la librería y también el piso superior, que había servido de vivienda, pero el profesor se disculpó alegando que no lo podía permitir hasta que no estuviese todo aclarado.

Los siguientes días los dedicaron a descubrir París. El entusiasmo de Catalina iba en aumento y Fernando tuvo que admitir que la ciudad era más impresionante de lo que había imaginado. Ella se empeñó en acudir a la dirección de la casa de Marvin, y aunque Fernando se resistió, terminó por ceder.

La rue de la Boucherie estaba cerca de Notre-Dame. Era una calle elegante y silenciosa y el edificio donde se emplazaba la casa de Marvin tenía un aspecto señorial. Catalina se empeñó en preguntar al portero, pero éste se mostró remiso a darle ninguna información salvo la de que el señor Brian no se encontraba en París.

Catalina no se lo dijo a Fernando, pero decidió que puesto que ya sabía dónde podía encontrar a Marvin, procuraría ir a menudo a preguntar al portero.

A Fernando, por su parte, le preocupaba organizar su nueva vida en París. No olvidaba que, además de rescatar la librería de los Rosent, su verdadera intención era desplazarse a Lyon para hablar con Anatole Lombard e intentar obtener alguna información sobre el destino de Eulogio.

Tal y como le había aconsejado Sara, envió una carta a Anatole explicándole quién era y su deseo de visitarle para saber de Eulogio.

Mientras pasaban los días Catalina hizo una nueva amiga. Era una joven que vivía en la buhardilla frente a la que ellos habían ocupado.

Cécile Blanchett era tan alegre como guapa. Había sido ella quien había entablado conversación con Catalina cuando se encontraron en la escalera. Congeniaron tan pronto como intercambiaron las primeras palabras y Cécile los invitó a tomar el té en su buhardilla. Fernando se resistía alegando que no la conocían de nada y que debían ser prudentes, pero Catalina insistió. ¿Qué mal podía hacerles esa chica?

Así que se convirtió en un hábito que las dos jóvenes cada día encontrarán un momento para charlar. Cécile era una fuente de información valiosa para Catalina. Incluso se ofreció a ayudarla a arreglar algunos de sus vestidos porque los encontraba anticuados. Así que una tarde Fernando se encontró a las dos riendo mientras se dedicaban a meter y sacar costuras.

Fue madame Dufort la que un día se atrevió a parar a Fernando para decirle que, aunque no era de su incumbencia, deberían mostrarse más cautos en sus relaciones con mademoiselle Blanchett. «Tenía demasiados amigos alemanes... y con algunos esa amistad era... bueno, demasiado íntima... Además, todos nos preguntamos de qué vive realmente... ya me entiende...», le explicó.

Sí, Fernando la entendió, y así se lo dijo a Catalina.

—¡Vaya cotilla la señora Dufort! ¿Qué es lo que sugiere con que Cécile ha tenido amigos alemanes? Por lo que hemos ido sabiendo, los parisinos, salvo excepciones, no se han distinguido especialmente por luchar contra los alemanes. Cécile me ha contado que en París casi no se notaba que había una guerra y que la mayoría de la gente lo que hizo fue trampear con la situación. ¿Qué podían hacer? Cécile me dice que los Dufort son los típicos burgueses que huyen de los problemas.

—No sé nada de los Dufort salvo que Sara y Benjamin Wilson dijeron que podíamos confiar en ellos y que nos ayudarían a resolver cualquier problema.

Quizá tu amiga no los conozca en profundidad. No tiene por qué. Por cierto, ¿en qué trabaja Cécile? —preguntó, provocando el desconcierto de Catalina.

Ella le miró con enfado y le respondió airada:

—En lo mismo que tu amiga Zahra. Es bailarina. Trabaja en un cabaret de Pigalle.

A Fernando le molestó la comparación. Zahra era una bailarina prestigiosa y en Oriente Medio se la respetaba como tal. Pero si Cécile trabajaba en Pigalle... No es que supiera mucho de la vida parisina, pero ya había oído lo suficiente para saber que Pigalle no era un lugar donde trabajaban las damas. Aun así, no se lo dijo. Conocía bien a Catalina y sabía que defendería a su nueva amiga.

Llevaban ya una semana en París cuando por fin monsieur Dufort le anunció que por la tarde se reunirían con el abogado de Alain Fortier para aclarar el asunto de la librería.

Fue una tarde fructífera. Una vez examinados los documentos, el abogado de Alain Fortier afirmó que no había objeciones que hacer, de manera que la librería tenía que ser devuelta a sus propietarios. Además, el profesor anunció que había podido ponerse en contacto con Marvin Brian y que éste viajaría pronto a París. Al parecer se encontraba en Nueva York, pero su intención era regresar en cuanto le fuera posible a Europa. Asimismo, entregó a Fernando un inventario de cuanto había en la librería junto con las llaves y se ofreció a acompañarle hasta la rue des Rosiers para explicarle cuanto necesitara saber.

Dufort y Fernando comprobaron que, pese a la falta de limpieza, el local se hallaba en buen estado, así como la vivienda de la planta superior. Alain Fortier se había comportado como un hombre honrado. Y cuando Fernando dijo de pasada que él era el nuevo editor de Marvin, Fortier le entregó su tarjeta, «por si le puedo ser de alguna utilidad». En la tarjeta rezaba que Alain Fortier era profesor de Literatura en la Sorbona.

Aquella misma noche Fernando escribió una carta a Sara para darle la buena noticia de que la librería volvía a pertenecer a la familia Rosent. Monsieur Dufort le había asegurado que le haría llegar la carta.

Cumplido el encargo de Sara, la mayor preocupación de Fernando era ponerse en contacto con Anatole Lombard, por lo que preguntó también a Dufort por la mejor forma de viajar a Lyon.

El abogado le dijo que no era momento de ir de un lado para otro porque la guerra aún no había terminado, pero se comprometió a facilitarle la manera de desplazarse, aunque le recordó que antes debería abrir y poner en funcionamiento la librería Rosent.

Catalina no dudó en ayudar a Fernando. Se levantaban al amanecer y con Adela en brazos iban en metro hasta Le Marais. Limpiaron el local y entre los dos lograron poner en orden los libros. La vivienda del piso superior se hallaba en peor estado, pero Catalina consiguió que tuviera un aspecto aceptable.

Una semana más tarde, Fernando dio por terminada la puesta en marcha del negocio y le pidió a Dufort que le posibilitara los medios para llegar a Lyon.

Catalina insistió en acompañarle, pero él la convenció de que le ayudaba más quedándose en París.

—Te quedas al frente de la librería, no creo que te cueste mucho atender a quienes se acerquen a comprar algún libro, si es que eso sucede.

—¡Pero yo no sé nada de libros! —protestó ella.

—Los hemos ordenado por los nombres de cada autor. No te será difícil. Si estamos en París es gracias a los Wilson, en realidad al empeño de Sara, de manera que no podemos abandonar la librería.

Ella terminó aceptando, por más insegura que se sintiese. Y así, dos días más tarde, tal y como le había anunciado monsieur Dufort, un hombre recogió a Fernando delante de la librería Rosent para trasladarle a Lyon.

El hombre dijo llamarse René Marchant, un tipo amable pero parco en palabras, pues apenas habló durante el trayecto. De lo poco que llegó a decir Fernando sacó la conclusión de que Marchant había formado parte de algún grupo de la Resistencia y, por tanto, dedujo que seguramente monsieur Dufort tampoco había sido ajeno a esa labor, puesto que era él quien le había puesto en contacto con Marchant.

Hacía frío. La lluvia ensombrecía el paisaje, pero aun así Fernando se terminó de enamorar de la Francia que estaba conociendo y no le decepcionó la primera impresión de Lyon.

René Marchant aparcó el coche no lejos de donde vivía Anatole Lombard y acompañó a Fernando hasta la casa.

El propio Lombard les abrió la puerta y dio un abrazo a Marchant luego de tenderle a él la mano. Los acompañó hasta el salón y les ofreció una taza de café que tanto Marchant como Fernando aceptaron complacidos para ver si así entraban en calor.

—Siento no poder darle noticias de Eulogio. Le expliqué a monsieur Dufort que no he vuelto a saber nada de él. Aun así, sé que usted ha insistido en venir a conocerme... lo comprendo... Sé lo amigos que han sido Eulogio y usted y que por tanto no iba a conformarse con tan poco.

—Espero que entienda mi angustia. Si al menos pudiéramos saber a qué campo de trabajo le llevaron...

—Le aseguro que he hecho lo imposible por saberlo. Esta guerra, además de a muchos camaradas, me ha quitado a dos personas muy queridas... Saúl y Eulogio. He hecho lo imposible por saber de ambos, pero hasta el momento no lo he logrado.

—Pero tendrá alguna idea de adónde se llevaban los alemanes a las personas que detenían en esta región —insistió Fernando.

—Pueden estar en cualquier campo de Alemania. Cuando detuvieron a Eulogio llevaba octavillas en contra de los alemanes... Le supongo enterado de lo que los soviéticos encontraron cuando llegaron a un lugar llamado Auschwitz... en Polonia. Allí... bueno, más que un campo de trabajo, era un campo de la muerte. Saúl es judío, puede que le llevaran allí. Eulogio no es judío y quizá haya tenido más suerte.

—¿Y no puede hacer nada más que preguntar? —planteó Fernando irritado ante la actitud derrotista del francés.

—¿Acaso no sabe lo que está pasando? La guerra no ha terminado. No puedo

coger un tren para ir a Alemania a buscarlos. Hasta hace poco teníamos a los alemanes aquí mismo.

—Pero los Aliados están derrotando a la Wehrmacht —le interrumpió Fernando.

—Vamos, hombre, cálmese —intervino René Marchant—, ¿cree que no hacemos lo necesario para saber de los nuestros?

—Sí, tiene razón en que los Aliados avanzan, pero Hitler aún resiste en Berlín —insistió Anatole, sintiendo compasión por Fernando—. Tendremos que esperar un poco más.

—En estos momentos hay mucha confusión. No es fácil saber lo que pasa. Se van liberando campos, pero aún no hay listas oficiales de supervivientes, y en realidad los soldados que liberan estos campos tampoco saben muy bien qué hacer con los despojos humanos que encuentran allí. La Cruz Roja se hace cargo —volvió a intervenir Marchant.

—¿Han hablado con la Cruz Roja? —preguntó Fernando.

—Claro, acudo a diario en busca de información. Lo mismo que mis amigos hacen en París, pero aún no hay listas de supervivientes. Ya se lo he dicho. —La respuesta de Anatole sumió a Fernando en la desesperanza.

—No es usted el único que no sabe dónde están sus amigos —recalcó Marchant.

Pero a Fernando en aquel momento sólo le importaba Eulogio. No es que no le preocupara lo que pudieran estar sufriendo otras personas, pero el dolor que sentía era por su viejo amigo, sólo por él.

No había mucho más que añadir y René se despidió diciendo que le recogería a primera hora de la mañana.

—Usted dormirá aquí. No se preocupe, estará bien —le aseguró Marchant.

Se hizo un silencio incómodo cuando Anatole y él se quedaron solos. Eran dos desconocidos y a ninguno le importaba el otro. Pero fue el francés quien intentó esforzarse por que la noche no se les hiciera demasiado insoportable a ambos.

Le llevó a la habitación de invitados y le sugirió que descansara mientras él

preparaba algo para cenar. Fernando aceptó. Necesitaba estar solo. Pensar.

Una hora más tarde, Anatole llamó a la puerta de la habitación. La cena estaba lista.

Hasta ese momento Fernando había mantenido a raya a su estómago, que protestaba de hambre. El olor de la sopa de verduras le reconfortó.

Anatole le llenó el plato hasta el borde, mientras que él apenas se sirvió un cazo.

—¿No tiene hambre? —preguntó Fernando para romper el silencio.

—En realidad no. Desde que se llevaron a Eulogio apenas como y casi no duermo. Sufro de ansiedad. No me encuentro bien. Pero lo que me pasa a mí es insignificante con lo que sufren otros.

—Usted y Eulogio... parece que se hicieron muy amigos...

—Yo quería a Eulogio. Le sigo queriendo, porque espero que esté vivo. Llegó a mi vida en un momento en que me sentía muerto por la ausencia de Saúl. A Eulogio le he querido mucho, pero a Saúl... Con Saúl descubrí el amor. Lo descubrimos juntos. El nuestro era un amor total, sin vergüenza, sin condiciones. Cuando se lo llevaron decidí que no podía quedarme sin hacer nada, sólo esperando, de manera que me impliqué más con un grupo de personas que luchaban a su manera contra los nazis. A veces incluso deseaba que me detuvieran con la vana esperanza de que me llevaran al mismo lugar donde estaba Saúl. Ya ve cuán delirante puede ser el amor. Luego llegó Eulogio. Le mentiría si le dijera que no me sentí atraído por él en el mismo momento en que le conocí. Y eso me hizo sentir mal conmigo mismo. ¿Cómo podía interesarme por otro hombre estando Saúl prisionero?

Fernando estaba tan conmovido por el relato de Anatole que no encontraba palabras para responder. No sabía cómo encajar el amor de Anatole por Saúl ni tampoco su atracción por Eulogio. Era un amor de un hombre hacia otros hombres. Los sentimientos de Anatole por Saúl y Eulogio no eran muy diferentes a los suyos por Catalina y Zahra. ¿Cómo podía ser?

—¿Hay algo que le moleste? —preguntó Anatole al observar el desconcierto

de su invitado.

—No... no... claro que no... Es que... bueno, yo... En realidad nunca he escuchado a un hombre hablar así...

—Suponía que sabía que Eulogio...

—No, de hecho no sabía nada... Me sorprende que...

—¿Que Eulogio sea homosexual como lo soy yo?

Fernando sintió un repentino malestar. Aquella conversación le incomodaba.

—No sabe cuánto ha sufrido Eulogio por tener que disimular lo que de verdad es. Me contó su vida en Madrid, en su barrio, las bromas sobre los homosexuales, tener que mantenerse en silencio por miedo a decir en voz alta que él lo era. Toda su vida fue una impostura hasta que nos encontramos. Fue muy valiente puesto que fue él quien dio el paso, quien decidió quedarse conmigo aun sabiendo que hay una parte de mí que siempre será de Saúl y que si Saúl regresara...

—Pero ¿usted le quiere?—Fernando no soportaba que Anatole no quisiera con todas sus fuerzas a Eulogio, que aún reservara una parte para ese tal Saúl.

Anatole se quedó en silencio; luego se puso en pie y retiró los dos platos, los llevó a la cocina y regresó con una fuente con un par de salchichas en salsa. Sirvió una para cada uno y se volvió a sentar ya con una respuesta que dar a Fernando.

—No hemos pasado mucho tiempo juntos. Pero lo nuestro fue una atracción inmediata. Bueno, eso es lo que yo sentí, pero sé que para Eulogio fue algo más porque le hizo asumir lo que era.

Ninguno de los dos tenía muchas ganas de continuar aquella conversación. Anatole se daba cuenta de que su sinceridad había perturbado a Fernando sumiéndole en una incomodidad demasiado obvia como para seguir hablando, así que terminaron de cenar en silencio. Fernando no durmió aquella noche. Le costaba admitir que Eulogio fuera homosexual. Quería comprenderle, pero no podía.

René Marchant dejó a Fernando delante de la librería Rosent justo en el

momento en que Catalina estaba echando el cierre. Se abrazaron aliviados de volver a estar el uno junto al otro.

—Sólo has estado un día fuera pero se me ha hecho eterno —le aseguró ella.

Cogieron el metro y esperaron a llegar al apartamento donde él le contó su conversación con Anatole, la naturalidad con que aquél hablaba de su amor por los hombres, su desasosiego al escucharle y su resistencia a aceptar el amor de Eulogio por el francés.

—Es tu amigo, Fernando, tu mejor amigo, no tienes derecho a juzgarle —afirmó Catalina.

—Pero... ¿es que te parece bien que dos hombres...? Bueno, ya sabes...

Catalina se encogió de hombros. Luego puso el abrigo a Adela y se agarró del brazo de Fernando. Salieron al frío de la tarde de París.

—¿Quiénes somos nosotros para decidir sobre los sentimientos de los demás?

—¡No te comprendo, Catalina! A ti no te han educado así...

—¿Qué quieres decir con «así»? Claro que mis padres nunca me han hablado de que a un hombre le pueda gustar otro hombre. ¿Acaso tu padre te habló de eso?

—No, desde luego que no.

—Por eso das por supuesto que las cosas tienen que ser de una determinada manera y habitualmente lo son, pero a veces no. Mira, no tenemos más remedio que aceptar a las personas que queremos como son, no como nos gustaría que fueran. Además, ¿qué te importa a quién pueda querer Eulogio?

No le respondió porque no quería decirle que sí le importaba, que se había llevado una decepción y le disgustaba profundamente saber que su amigo era homosexual. No, no podía aceptarlo como algo natural. En lo único que no dudaba era en su afecto profundo hacia Eulogio. Eso no había cambiado.

Se fueron acomodando a vivir en París. Catalina cada vez hablaba menos de Alejandría, aunque un día la encontró mirando una fotografía en la que estaba junto a Adela y el doctor Naseef.

—¿Le echas de menos? —le preguntó.

—Podría haberme enamorado de él.

—¿Por qué no te olvidas de Marvin? —replicó malhumorado.

—Porque es el padre de Adela. Y porque es el hombre al que me entregué. Tiene que reparar lo que hicimos.

—¿Reparar?

—Sí, reparar. Tiene que casarse conmigo y devolverme la respetabilidad.

—¡Vaya! Resulta que te preocupa *tu* respetabilidad pero no te preocupa nada la de los demás.

—Yo no juzgo a nadie, Fernando, que cada cual viva como quiera. Lo que me exijo a mí misma no se lo exijo a los demás. Le debo a mis padres volver casada a España.

—Marvin no te quiere, Catalina, tienes que asumirlo ya.

—No te voy a decir que me da lo mismo que no me quiera, pero en cualquier caso tiene que casarse conmigo. Está Adela.

Le sorprendían tanto como le irritaban las contradicciones de Catalina. Tenía manga ancha para con los demás, ni siquiera se había escandalizado al saber que Eulogio se había enamorado de aquel tal Anatole Lombard, y sin embargo mostraba toda suerte de remilgos en lo que a ella concernía.

Al día siguiente, sábado, Fernando salió de la casa muy temprano. Catalina no le acompañó. Se quedó con Adela alegando que ese día tenía que hacer algunas cosas, sin explicarle cuáles eran.

Cuando Fernando regresó hacia media tarde, ella le recibió sonriente y le anunció que tenían que hablar. Él esperó impaciente porque tenía que decirle que aquella misma mañana monsieur Dufort le había entregado un sobre grueso que contenía un cuaderno repleto de poemas escritos a mano. Nada más ver la letra supo que eran de Marvin. En el sobre había una carta de Sara diciéndole que editara los poemas. Harían un libro trilingüe, en inglés, francés y árabe. Sara esperaba que la edición estuviera lista para el verano.

El anterior poemario de Marvin había tenido un éxito inesperado en Estados Unidos. Bien es verdad que Sara le había dicho que en Estados Unidos el éxito se había circunscrito a los círculos académicos, pero era tanto como poner una pica en Flandes. Y Fernando no podía dejar de sentir cierto orgullo por haber sido él quien hubiera editado el poemario, aunque al mismo tiempo seguía sintiendo escasa simpatía personal por el americano. Con todo, había llegado a disociar el hombre del poeta.

Fernando le enseñó la carta y el cuaderno de poemas de Marvin y Catalina leyó en silencio ensimismada. Fernando la observaba preocupado. Cuando terminó de leer le entregó el cuaderno.

—Son muy dramáticos pero hermosos.

—Así es la poesía de Marvin —afirmó Fernando.

—¿Cuándo crees que llegará a París?

—No lo sé; Sara sólo me pide que publique el poemario, pero como has podido leer en su carta no dice nada sobre dónde está Marvin ni cuándo piensa venir, si es que piensa hacerlo.

—Ya... pero vendrá. Sé que vendrá. No hay otro lugar en el mundo que ame más que París. Lo sé.

Luego se mordió el labio y Fernando supo que estaba a punto de decirle algo que le podía disgustar. Y lo hizo al anunciarle que había encontrado un trabajo.

—¿Un trabajo? ¿Dónde? ¿Quién te lo ha proporcionado? —preguntó preocupado.

—Cécile me preguntó qué sabía hacer y le dije que tocar el piano. Ella no creía que eso me fuera a servir de mucho en París, pero al parecer el dueño del local donde trabaja necesita un pianista. El que tenían hasta ahora se ha despedido. Así que esta misma noche comienzo a trabajar. Es una suerte que nuestros horarios sean compatibles. Yo no tengo que ir hasta las ocho y tú a esa hora ya estás aquí y podrás ayudarme a cuidar de Adela.

—Pero ¡estás loca! ¡Cómo se te ocurre aceptar trabajar en un antro de Pigalle!

—Tú dices que es un antro... yo no lo sé. Aún no hemos ido a ese barrio.

Cécile dice que me pagarán bien. Tengo que ganarme la vida hasta que venga Marvin y se arregle mi situación. No quiero depender de ti. En Alejandría fui capaz de trabajar y poder pagarme la estancia en casa de Ylena —respondió con orgullo.

—¡No es lo mismo! En Alejandría dabas clases de piano a niñas de familias respetables.

—Y aquí tocaré el piano en un local, sólo eso.

—¡No te lo permitiré! —exclamó Fernando enfadado.

Catalina le miró fijamente. Fernando pudo ver que se le habían formado pequeñas arrugas en la comisura de los labios.

—Voy a aceptar ese trabajo. Esta noche empiezo. Cécile ya me está esperando. Hazme el favor de cuidar de Adela, al menos esta noche. Mañana buscaré a alguien que se pueda ocupar de ella.

—Cécile no es quien tú crees —protestó él.

—¿Y quién eres tú para juzgarla? Cécile lo único que hace es trabajar para sobrevivir. Es bailarina, Fernando, sólo eso.

Supo que no iba a convencerla y se lamentó de no poder protegerla porque estaba seguro de que algo malo iba a suceder.

—Cuidaré de Adela. No hace falta que busques a nadie. Pero yo creía que trabajarías conmigo en la librería. Sabes que yo solo no puedo llevarla. Sara me dijo que en cuanto la pusiera en marcha podía contratar a alguien. Yo había pensado en ti.

Ella se mordió el labio como solía hacer cuando dudaba, pero enseguida clavó su mirada en la de Fernando. En un segundo había despejado la duda.

—Te lo agradezco, pero como te dije en Alejandría, tengo que ser capaz de ganarme la vida. Además, no sería justo convertirme en una carga para ti. Siempre podremos contar el uno con el otro, pero eso no quita para que intente salir adelante por mis propios medios. Y ahora me voy.

Fernando se quedó con Adela leyéndole un cuento hasta que la niña se durmió. Luego se puso a leer detenidamente el manuscrito de Marvin. Catalina

tenía razón, aquellos poemas rebosaban dramatismo y belleza.

Cécile no había dejado de hablar desde que salieron de su buhardilla. Ni siquiera se calló durante el trayecto en metro hasta Pigalle. Caminaron un par de manzanas y Catalina se sintió incómoda al ver a algunas mujeres en las puertas de los locales invitando a los transeúntes a entrar. Pero aún más le sorprendió que Cécile saludara a algunas de esas mujeres.

—Conoces a mucha gente...

—Sí... las chicas de Pigalle nos conocemos... Ya verás, te caerán bien, aunque una no se puede fiar de todo el mundo.

—No parece un barrio como en el que vivimos.

—¡Claro que no! Esto es Pigalle, los hombres vienen a divertirse. Y para eso estamos nosotras, para procurarles esa diversión.

Catalina se puso tensa preguntándose qué quería decir exactamente Cécile.

Un hombre se acercó a Cécile y la abrazó sin que ésta rechistara.

—Llegas tarde, preciosa. Ya sabes que a Jean Pierre no le gusta que sus chicas se retrasen —dijo el hombre mientras dirigía su mirada a Catalina.

—Mi amiga tiene una niña y no podía dejarla sola.

—¿Es la nueva? —preguntó el hombre.

—Sí; Catalina, éste es Benoît. Es un bocazas.

Benoît intentó besar a Catalina, pero ella le apartó de un empujón. Él soltó una risotada y volvió a intentarlo, pero Catalina le rechazó de nuevo, esta vez con una patada en la espinilla.

—Pero ¡qué se ha creído ésta! Cécile, dile a tu amiga que sea amable conmigo por las buenas...

—¡Es que eres un bruto! ¡Es su primer día! Espera a que aprenda cómo van las cosas aquí —respondió Cécile riendo.

Catalina se preguntaba cómo de repente Cécile podía comportarse de manera tan vulgar. Parecía otra. Distinta a la chica alegre que tenía por vecina.

Benoît agarró a cada una de un brazo y apretó tanto el de Catalina que por más

que intentó zafarse no lo consiguió. El hombre se paró unos metros más adelante. Unas luces de neón indicaban que aquel lugar se llamaba «La Petite Poupée».

Entraron en el local. Había varias chicas con vestidos que dejaban al descubierto buena parte de sus cuerpos. Algunos hombres las manoseaban despreocupadamente. Benoît aflojó la presión y Cécile aprovechó para coger de la mano a Catalina y llevársela detrás de un pequeño escenario. Una mujer entrada en años las saludó. Por los rasgos de su rostro Catalina dedujo que la tal Mamma Rose no era francesa, más bien parecía provenir del norte de África.

—¿Es la nueva?

—Sí, Mamma Rose, ésta es Catalina —la presentó Cécile.

—Pues que se cambie rápido. Jean Pierre está enfadado. Os habéis retrasado mucho.

Mamma Rose observó de arriba abajo a Catalina y luego le dio unas medias negras de rejilla junto a un corpiño rojo y una falda de tul negra que apenas le cubriría las piernas.

—No pienso ponerme esto. Yo vengo a tocar el piano. Nada más.

La mujer se plantó delante de ella y le pellizcó con fuerza un brazo.

—Te pondrás lo que yo te diga. Naturalmente que tocarás el piano, pero tocarás mucho más. ¿Qué crees que es este lugar?

—No la asuste, Mamma Rose —le pidió Cécile, que ya se había quitado su vestido y se estaba enfundando un traje tan ajustado que casi no le permitiría moverse. El escote era tan pronunciado que prácticamente le dejaba los senos al aire.

—Me voy —dijo Catalina—. No pienso trabajar aquí.

—Tú no te vas a ninguna parte.

Las tres mujeres se volvieron. En el umbral de la puerta del camerino se encontraba un hombre alto, entrado en carnes, mal encarado, de cabello negro y ojos más negros aún.

—Jean Pierre, ésta es Catalina. —Cécile hizo un mohín intentando

presentarlos.

—Tienes cinco segundos para vestirte y salir. Tocarás el piano acompañando a nuestra cantante. Élise está de peor humor que yo. Hace dos horas que debíais estar aquí. Esto es un negocio y los clientes quieren música, pero sobre todo quieren escuchar cantar a Élise. Así que más te vale no retrasarnos más. ¡Ah!, y por si no te habías dado cuenta: aquí las chicas son extremadamente amables con los clientes.

El hombre llamado Jean Pierre cerró de un portazo.

—Es mejor que te cambies rápido. Jean Pierre no tiene mucha paciencia —le advirtió Mamma Rose.

—No voy a quedarme aquí, ha habido un error —alegó Catalina mientras cogía su bolso.

—¡Por favor, no te vayas! Esto no es tan malo como parece. Sólo tienes que tocar el piano... —casi le suplicó Cécile.

—He cometido un error... pensé que este lugar era otra cosa... pero no es culpa tuya, Cécile, sino mía. Siento si te causo un problema, pero no puedo quedarme.

Mamma Rose y Cécile se miraron preocupadas. Temían la reacción de Jean Pierre. Su amiga intentó retenerla, pero Catalina se zafó de su mano y salió del camerino. Atravesó el salón y cuando estaba a punto de llegar a la puerta se encontró con que Jean Pierre le cerraba el paso.

—¿Adónde vas?

—A mi casa —respondió ella sosteniéndole la mirada.

—Te equivocas. Tú tocarás el piano y cuando yo te diga que pares, pararás. Después ya veremos si te vas o no a tu casa.

—¿Me va a secuestrar? Yo que usted no lo intentaría o mañana mismo mis abogados le pondrán una demanda —afirmó ella con una seguridad que no sentía.

—¡La pequeña puta española presume de tener abogados! —se burló él.

—Haga el favor de apartarse y no se le ocurra volver a insultarme.

—Tocarás el piano esta noche. —Mientras lo decía, Jean Pierre le retorció el brazo.

Cécile se había acercado y observaba asustada. Estaba arrepentida de haber querido quedar bien con Jean Pierre ofreciéndole una chica que, además de guapa, pudiera sacar sonido a las teclas de un piano.

—Por favor... —susurró mirando a Catalina.

—No. Y dile a este amigo tuyo que nuestro casero, el abogado Dufort, presentará una demanda en mi nombre si no me deja marcharme ahora mismo.

—Monsieur Dufort es abogado, sí, y se encarga de los asuntos de personas importantes... —se atrevió a decir Cécile bajando la mirada.

—Tu estupidez me va a dejar esta noche sin pianista —respondió Jean Pierre, empujando a Cécile mientras se alejaba.

Catalina no se despidió de Cécile, sino que abrió la puerta y salió a la noche. Comenzó a andar sin saber muy bien adónde dirigirse. No conocía la ciudad y menos el barrio de Pigalle. De repente una mano la agarró y se encontró con que él que la sujetaba era el tal Benoît.

—Vaya, a la señorita no le ha gustado «La Petite Poupée».

—Suélteme —dijo ella, intentando sobreponerse al temor que sentía.

—¿Por qué? Éste es mi barrio. Aquí mando yo. Las chicas me obedecéis. Cuando Benoît dice que hagáis una cosa, la hacéis. ¿Crees que vales más que el resto de mis chicas?

—¡Le he dicho que me suelte! Yo no soy una de sus chicas ni tampoco voy a trabajar en «La Petite Poupée». Le he advertido a su jefe o lo que sea que si me impiden irme se las tendrán que ver con mi abogado, monsieur Dufort.

—¡Con que tienes abogado y todo! —Benoît rio con ganas, pero dudaba si soltarla o no.

—Señor Benoît, si yo me voy, aquí no habrá pasado nada, ustedes seguirán con sus negocios y yo me olvidaré de que les he conocido. Si me retienen, no dude de que mi abogado se hará cargo de que lo paguen.

—¿Desde cuándo las putas tienen abogado? —respondió Benoît esta vez con

tono bronco.

—¡No se le ocurra insultarme! ¡Suélteme!

Benoît decidió dejarla marchar y ella apretó el paso. Caminó sin rumbo sintiéndose observada por otras mujeres que se escondían en los portales y por hombres que acudían a aquel barrio en busca de compañía femenina. Algunos le preguntaron con descaro por su tarifa para pasar un buen rato, y un par de chulos quisieron saber para quién trabajaba.

Por fin llegó a una calle que, aunque vacía, le pareció más parecida a las que estaba acostumbrada. Apretó el paso. Llevaba ya más de dos horas andando perdida cuando vio que un hombre estaba echando el cierre a un bar. Se acercó con cautela y le preguntó por el boulevard Saint-Germain.

El hombre la miró extrañado. No parecía el tipo de chica que pudiera andar sola a esas horas.

—Está lejos de aquí. ¿A qué número va del boulevard Saint-Germain?

—No voy exactamente al boulevard sino a una calle cercana, la rue de Sèvres...

—Tiene un buen paseo por delante... En fin, le indicaré cómo llegar, pero yo que usted tendría cuidado, no son horas de andar sola por la calle.

Ella asintió avergonzada y escuchó atenta las indicaciones del hombre.

Cuando llegó a la rue de Sèvres corrió hacia el portal. No se sintió a salvo hasta que no cerró la puerta del apartamento. Fernando y Adela dormían tranquilos. Ella no pudo cerrar los ojos el resto de la noche.

Por la mañana Fernando la encontró preparando café.

—Te has levantado muy pronto... hoy es domingo —dijo ella.

—No creas que he dormido bien... No pude conciliar el sueño hasta que llegaste.

—¡Pero si estabas dormido!

—Eran las dos de la madrugada. Y no, no dormía. ¿Qué tal tu trabajo?

Catalina bajó los ojos avergonzada. Él se preocupó. No era propio de ella mostrarse tan abatida. Furiosa y tozuda, sí, pero no humillada, y ésa era la

impresión que le daba en esos momentos.

—No voy a trabajar allí. No es lo que esperaba.

—Ya.

—Ese lugar... Bueno, creo que era uno de esos lugares donde van los hombres a... a...

—A comprar un rato con una chica.

—Sí, algo así. En el local se baila, beben... Quisieron que me pusiera un vestido que me dejaba medio desnuda. El dueño, Jean Pierre, es argelino o eso me pareció... y Mamma Rose también. Lo mismo que Benoît, que es quien se encarga de las chicas.

—Pues sí que has hecho buenas amistades —respondió Fernando con gesto serio.

—Los tuve que amenazar con que monsieur Dufort los demandaría si no me dejaban marchar. Fue... no imaginas lo mal que lo pasé. Luego me perdí, caminé por unas calles en cuesta, no sabía dónde estaba... Lo he pasado muy mal, Fernando.

—No quisiste escucharme.

—No, no quise escucharte porque pretendo ser dueña de mí misma, porque no quiero depender de ti, porque tengo que ser capaz de organizar mi vida. Tú no dependes de mí, Fernando, ¿por qué he de depender yo de ti?

—Pues porque eres una mujer y necesitas que alguien te proteja. Por eso, Catalina.

—¡Qué mundo es éste en el que las mujeres necesitan que unos hombres las protejan de otros hombres! Más os valía cambiar vosotros en vez de meternos en jaulas para que otros no puedan dañarnos.

—Las cosas son como son.

—Pues habrá que cambiarlas —respondió ella tozuda.

—Sí, ahora mismo —replicó él enfadado.

—Si os comportarais como debierais, no necesitaríamos ninguna protección extra.

Él sintió la rabia de ella. Sabía que tenía razón, pero que la tuviera no cambiaba la realidad. No dudaba de que las mujeres debían tener los mismos derechos que los hombres; su padre se lo había inculcado, pero también le había explicado que a veces los ideales de la razón van por detrás de la realidad, de manera que había que luchar para cambiar la realidad.

—¿Y Cécile? —preguntó.

—Cécile se ha equivocado respecto a mí. O acaso he sido yo quien le ha dado una impresión errónea.

—Aún la defiendes... Madame Dufort me explicó que si Cécile vive aquí es porque sus padres fueron los porteros de esta casa. Y que cuando murieron, los vecinos le permitieron seguir viviendo en la buhardilla. Pero desearían que se fuera. Durante la ocupación la visitaron algunos soldados alemanes.

—¡Madame Dufort es una cotilla!

—Puede ser, pero si me advirtió es porque su marido es el abogado de los Rosent, ahora de Sara. Nos han alquilado este apartamento y se han ocupado de que podamos iniciar una nueva vida. Yo le agradezco que nos haya alertado sobre Cécile.

—Si trabaja en «La Petite Poupée» es porque no habrá tenido otra opción.

—Desconozco sus motivos, pero no ha sido leal contigo. No debería haberte instigado para que trabajaras en un antro.

—No me ha instigado. Yo acepté creyendo que... bueno, que no era un antro.

—¿Y no sospechaste cuando te dijo cómo se llamaba el local? «La Petite Poupée», ¡menudo nombre!

Adela entró en la cocina. La niña iba descalza y Fernando la cogió en brazos. Miró a Catalina y ese simple gesto bastó para que ambos decidieran darse una tregua. Era domingo y quizá aún podrían disfrutar del día.

La primavera aún no había aparecido en París. Los periódicos continuaban dedicando grandes espacios en sus páginas por el fallecimiento del presidente

Roosevelt. Harry Truman había ocupado la presidencia de Estados Unidos, y algunos analistas intentaban dilucidar si el cambio en la Casa Blanca influiría en las relaciones entre las potencias aliadas en un momento en que la guerra parecía llegar a su fin, pues aquella mañana los titulares los ocupaba la noticia de la cercanía de las tropas soviéticas a Berlín.

Catalina+ estaba ordenando la que había sido la casa de Sara. En la librería, Fernando aguardaba a que la puerta se abriera y entrara algún cliente. Pero no eran muchos los que en aquellos días tenían hambre de poesía, aunque algunos clientes antiguos habían acudido al ver que la librería había vuelto a abrir sus puertas. Fernando se había ocupado de que un enorme letrero en el que rezaba LIBRERÍA ROSENT estuviera en un lugar destacado para que ningún viandante pudiera dejar de verlo.

El sonido de las campanillas de la puerta anunciaba que alguien estaba a punto de entrar. Fernando se sorprendió al ver a Alain Fortier, el profesor amigo de Marvin que se había encargado de proteger la librería durante los años de la ocupación.

Los dos hombres se dieron un apretón de manos e inmediatamente Fortier comentó el motivo de su visita:

—Debería haber venido antes, pero ya sabe que a veces uno no encuentra el momento de hacer lo que debe. Me alegro de ver que la librería vuelve a ser lo que fue.

—Sí, al menos lo estamos intentando —afirmó Fernando.

—Bien... Como usted sabe, monsieur Rosent no sólo era librero, sino también editor de poesía. Se podría decir que los libros editados por él tenían una indiscutida calidad poética. Además, descubrió a algunos jóvenes poetas, entre ellos a Marvin. Si monsieur Rosent no creía que un poeta era excelente no le desanimaba, incluso le recomendaba a otras editoriales, pero él no le editaba.

Fernando asintió. No quería interrumpir a Fortier por más que no le resultaba desconocido lo que le contaba.

—Cuando Marvin me pidió que me hiciera cargo de la librería, acepté sin imaginar el problema que entrañaba. Imagínese cuando los alemanes empezaron a perseguir a los judíos... confiscándoles sus negocios, sus casas... Yo no sabía qué hacer... En fin, lo hice lo mejor que pude. Quité el rótulo de Rosent de la fachada y... bueno, me llevé todas las fichas de monsieur Rosent.

—¿Las fichas? —Fernando ignoraba a qué se refería Fortier.

—Sí, las fichas con los nombres, direcciones y teléfonos de los poetas de monsieur Rosent, además de las de amigos y clientes. Si esas fichas hubieran caído en manos de los alemanes, algunas personas lo habrían pasado mal. Bien, pues aquí están las fichas. Supongo que las necesitará para ponerse en contacto con estas personas.

Fortier abrió su cartera y sacó un grueso paquete que colocó encima del mostrador. Fernando se lo agradeció y luego dedicaron unos minutos a hablar del transcurso de la guerra, que, según Fortier, estaba prácticamente ganada por los Aliados por más que Hitler aún resistiera en la Cancillería.

—Pero los rusos le sacarán de allí, ya verá. Alemania está derrotada, hasta un fanático como él no tendrá más opción que aceptarlo.

Fernando estuvo de acuerdo. Ansiaba que se acabara la guerra para buscar a Eulogio. Había intercambiado algunas cartas con Anatole Lombard sin que le diera ninguna noticia. Sólo cabía esperar a que oficialmente se diera por terminada la contienda.

Alain Fortier aguardaba en silencio y Fernando comprendió que había algo más que quería decirle.

—Ya le dije que soy profesor de Literatura. Marvin fue alumno mío en la Sorbona y... bueno, entre mis alumnos hay una chica realmente brillante, Brigitte Durand. Creo que sus poemas tienen una gran calidad. Si monsieur Rosent aún viviera, yo no dudaría en pedirle que leyera los poemas, pero no sé si usted... En fin, como me dijo que ahora era el editor de Marvin...

—No tengo inconveniente en leer los poemas de su alumna. El encargo que tengo de Sara Rosent es que este lugar vuelva a ser lo que fue y eso pasa por

seguir editando poemarios.

—Se lo agradezco, monsieur Garzo. Me he permitido traer el poemario de Brigitte.

Los dos hombres se despidieron con un fuerte apretón de manos; las reticencias del primer encuentro ya eran cosa del pasado.

Catalina y Cécile no se habían vuelto a ver. Ambas se habían evitado por más que sabían que era inevitable que en algún momento se encontraran. Y eso fue lo que sucedió una mañana en la que Fernando se había marchado muy temprano a la librería y Catalina se había quedado en casa porque Adela tenía fiebre, le dolía la garganta y apenas había podido dormir durante la noche.

A mediodía la niña seguía teniendo fiebre y Catalina decidió preguntar a madame Dufort a qué centro sanitario podía llevarla. Nada más abrir la puerta se encontró con Cécile, que por su aspecto —cabello despeinado, maquillaje descompuesto, profundas ojeras y la ropa descuidada— era evidente que había pasado la noche fuera de su casa.

—Vaya, qué sorpresa, hacía mucho que no te veía —dijo Cécile con desgana.

—Perdona, pero tengo prisa —le respondió Catalina.

—Tú y yo tendríamos que hablar. En menudo lío me metiste. Jean Pierre ha estado muy enfadado conmigo. Hiciste un numerito... ¿Sabes?, no te va el papel de mojigata. Eres madre soltera y resulta que te lo montas de señorita.

Catalina tragó saliva y en ese momento se arrepintió de haberse sincerado con Cécile cuando le explicó su situación. ¿Cómo podía haber sido tan tonta?

—No voy a discutir contigo. Me da lo mismo lo que pienses de mí, pero es obvio que te has equivocado conmigo. Y ahora, si no te importa, tengo que irme.

—Pero yo quiero hablar contigo —insistió Cécile.

Era evidente que había bebido de más y que los efectos del alcohol no se le habían disipado con la luz del día.

—En otro momento.

Catalina bajó con paso rápido las escaleras hasta llegar a la primera planta. Tuvo suerte de encontrar a madame Dufort, que le recomendó un médico que

tenía consulta no lejos de allí. Incluso se ofreció a acompañarla. Catalina aceptó aliviada.

Cuando subió a buscar a Adela, Cécile continuaba en el descansillo de la escalera. La estaba esperando.

—Oye, tú y yo tenemos que hablar —dijo intentando retenerla.

Lo que Cécile no esperaba era que Catalina la fuera a empujar. Se quedó ante la puerta sorprendida y luego entró en su casa y dio un portazo mientras en voz alta decía: «¡Qué se habrá creído esta española de mierda!».

Afortunadamente, Adela no tenía nada grave. El médico le diagnosticó una infección de garganta, que era lo que le provocaba la fiebre alta. Le extendió una receta y le aconsejó que al menos durante un par de días Adela no saliera a la calle.

Fue al día siguiente por la mañana cuando se llevaron a Cécile.

Fernando se acababa de vestir cuando escuchó los gritos de la joven. Catalina también los oyó.

Voces de hombres ordenándole que los acompañara.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Catalina, quien, descalza y envuelta en una bata, apareció restregándose los ojos.

—No sé... parece que tiene que ver con Cécile —respondió Fernando.

Catalina no se lo pensó y abrió la puerta.

—¡Métase en casa, señora! —le ordenó uno de los hombres que rodeaban a Cécile.

—Pero ¿qué sucede? ¿Por qué se la llevan? —preguntó Catalina alarmada.

—Es una colaboracionista —afirmó el hombre.

—¡Ayúdame! —gritó Cécile, intentando soltarse.

—Métanse en casa si no quieren tener problemas —insistió otro de los hombres.

—Vamos, Catalina, entra en casa —le pidió Fernando.

—¡Pero no podemos dejar que se la lleven!

Nada hicieron porque nada podían hacer. Uno de los hombres les advirtió con

brusquedad que no se entrometieran salvo que quisieran correr la misma suerte que aquella «mujerzuela».

Fernando cogió del brazo a Catalina obligándola a meterse en el piso. Ella protestó, pero él le impidió volver a salir al descansillo. Además, las voces se estaban apagando.

Por más que Catalina estaba enfadada con Cécile, no podía dejar de preocuparse por ella. En cuanto estuvo vestida fue a llamar a casa de los Dufort.

Fue Doriane Dufort la que le informó sobre lo sucedido.

—Lo raro es que no hayan venido antes a por ella. No es la primera colaboracionista a la que se llevan los de las FFI.

—¿Las FFI? ¿Y éstos quiénes son? —quiso saber Catalina.

—Fuerzas Francesas del Interior, hombres que han formado parte de la Resistencia —explicó madame Dufort, que sin embargo no supo decir adónde se la habían llevado ni lo que le sucedería. Tampoco parecía interesarle. Su desprecio por Cécile era manifiesto.

Por más que Catalina intentó convencer a Fernando de que debían buscar a Cécile, él se mantuvo firme.

—Hace unos días llorabas por la encerrona que te montó llevándote a ese local de Pigalle, y ahora quieres salvarla de no se sabe qué. Ya te dije que nuestros caseros no tenían buena opinión de ella. Se dejaba ver con soldados alemanes y no tenía ningún empacho en traerles aquí. Tu amiga Cécile no es precisamente popular en esta casa.

—Sí, a mí me la jugó, pero aun así no le deseo ningún mal... Es una pobre chica —se lamentó Catalina.

—Es una puta —intervino madame Dufort.

La afirmación de la esposa del abogado los sorprendió tanto que ambos se quedaron sin saber qué decir.

—Bueno, el problema no es que sea una puta, allá cada cual, sino su relación con los alemanes. Es una colaboracionista —siguió diciendo madame Dufort.

—¿Me va a decir que todos los parisinos formaban parte de la Resistencia? —

preguntó Catalina con voz airada.

—Desde luego que no, querida, pero algunos tuvieron el buen gusto de la discreción. No combatieron a un enemigo demasiado fuerte que se había apropiado de nuestra ciudad, pero tampoco confraternizaron.

—Eso es casi imposible, *madame*, esta ciudad colaboró; fueron muy pocos los que se atrevieron a plantarles cara a los alemanes. Ellos... ellos se sentían aquí como en casa. —Ésa fue la respuesta de Catalina.

—Usted es muy joven y además no sabe lo que ha pasado aquí —la reprendió madame Dufort.

Dos días más tarde, Cécile llamó a la puerta de Fernando y Catalina. Fue él quien abrió y al verla no fue capaz de decir ninguna palabra.

El hermoso cabello rojizo de Cécile había desaparecido, dejando al descubierto un cráneo pálido repleto de fisuras. Cécile se echó a llorar y él le permitió pasar. Catalina la abrazó. Luego la escucharon sobrecogidos. Cécile había pagado por su relación con los alemanes. Ella que pensaba que se había salvado de la delación, al final había sido señalada.

Si bien Catalina no fue capaz de reiniciar la amistad que la unía con la joven francesa, tampoco fue capaz de dejarla abandonada del todo a su suerte. Cécile no se atrevía ni a salir a comprar el pan, así que Catalina se encargaba de hacerle las pequeñas compras que necesitaba para vivir. Eso sí, lo que no hacía era quedarse a escuchar las angustiosas quejas de Cécile relativas a que si no trabajaba pronto, no tendría de qué vivir, y para colmo, su cabello aún tardaría meses en crecer.

A partir de aquel día todo sucedió con tal rapidez que apenas fueron capaces de asimilarlo. Las noticias que se asomaban a las primeras páginas de los periódicos eran una puerta abierta a la esperanza.

Los soviéticos ya eran los dueños de Berlín. Los partisanos habían ejecutado a Mussolini. Adolf Hitler se había suicidado en la Cancillería del Reich. El Ejército alemán se iba rindiendo allí donde hasta unos días antes combatía: Italia, Holanda, Dinamarca...

El 7 de mayo, monsieur Dufort salió al paso de Fernando y Catalina y, con voz entrecortada, les informó que acababa de escuchar por la radio que Alemania se había rendido.

Catalina rompió a llorar asustando a Adela, que no comprendía el llanto de su madre.

«Hemos ganado», alcanzó a decir Catalina mientras intentaba secarse las lágrimas con el dorso de la mano.

Monsieur Dufort los invitó a que acudieran a su casa a celebrar el fin de la guerra junto a un grupo de amigos.

—Tengo guardadas unas cuantas botellas de burdeos de una cosecha excelente que heredé de mi padre. Pero estos años no hubo ocasión de celebrar nada. Mañana nos las beberemos —afirmó emocionado el abogado.

Los días comenzaron a pasar deprisa, o eso les pareció a Catalina y a Fernando, que había concluido la edición del nuevo poemario de Marvin y se sentía especialmente satisfecho del resultado. Le había pedido a Alain Fortier que se hiciera eco del poemario, ya que el profesor escribía en algunos medios sobre novedades literarias.

Fue en los primeros días de julio cuando Fernando recibió la llamada de Sara Rosent anunciándole que había llegado a París junto a su marido, que se habían instalado en el Ritz, pero que ansiaba visitar cuanto antes la librería y, sobre todo, su casa. Se verían a primera hora de la tarde en la rue des Rosiers.

Catalina se empeñó en comprar flores para Sara. Estaba nerviosa, lo mismo que Fernando; ambos aguardaban impacientes el juicio favorable de Sara a cuanto habían hecho.

El taxi se paró a las tres en punto delante de la puerta de la librería. Sara Rosent se bajó impaciente sin esperar a su marido. Entró en la que fue la librería de su padre y que ahora era suya y tuvo que reprimir las lágrimas. Todo estaba como la última vez que había estado allí. Acaso el olor a cera era más intenso.

Fernando se acercó a ella y Catalina, detrás de él, intentaba ocultar su nerviosismo mientras que Adela, muy quieta, estaba sentada en una silla detrás del mostrador. Catalina la había aleccionado para que no se moviera y la niña, obediente, parecía entender la solemnidad del momento.

Sara apenas abrazó a Fernando y a Catalina y a continuación no pudo resistir acercarse a los libros que se apiñaban en los estantes sin una mota de polvo. Cogió algunos, pasó unas páginas, respiró su olor, los acarició con afecto, la caricia que uno dedica a alguien a quien no ha visto en mucho tiempo. No era capaz de articular palabra, tanta era su emoción.

Benjamin Wilson se mantenía en silencio, lo mismo que Fernando y Catalina, conscientes todos de que debían dejar que Sara se reencontrara con ella misma. La vieron apartar una lágrima rebelde que corría por su mejilla y hasta que Adela habló Sara no volvió a prestar atención a los otros.

—Mamá, ¿me puedo mover ya? —preguntó la niña.

Entonces empezaron a brotar las palabras, las preguntas, porque Sara ansiaba conocer hasta el último detalle; luego subieron al piso superior, donde ya no supo o no quiso contenerse y dejó libre el llanto. Cerró los ojos y por un momento dejó que su imaginación dibujara a su padre pensando que cuando los abriera allí estaría él.

Sonrió al ver el jarrón con flores encima de la mesa del comedor y pasó la mano por la superficie de los muebles, como si al tocarlos pudiera viajar al pasado, a los años vividos con sus padres.

Benjamin Wilson se acercó a su mujer y le cogió una de sus manos. Ella sonrió agradecida y luego los invitó a sentarse alrededor de la mesa del comedor.

—¿Está todo bien? —preguntó Catalina preocupada.

Fernando relató detalladamente cuanto habían hecho y le entregó todos los documentos preparados por monsieur Dufort, además de un inventario de cuanto habían encontrado en la librería y en la casa. También les mostró la edición francesa del poemario de Marvin y se atrevió a solicitar permiso para editar los poemas de Brigitte Durand, la poetisa recomendada por el profesor Alain Fortier.

Pasaron el resto de la tarde hablando, poniéndose al día de las novedades de París, pero también de Alejandría. Ylena los echaba en falta, y el doctor Naseef les había dado un regalo para Adela. La principal novedad era que el capitán Pereira había llegado a puerto con el *Esperanza del Mar*.

Cuando Ylena le reprochó su larga ausencia, el capitán explicó que a punto había estado de naufragar en el Atlántico a causa de una galerna. Se había refugiado en un puerto africano donde estuvo varado unos cuantos meses hasta que el viejo *Esperanza del Mar* estuvo de nuevo listo para afrontar el misterio del mar. Pero ésa no había sido sólo su principal aventura. Una vez que logró llegar a Brasil, el barco tuvo una avería que por poco no dio con él en el fondo del mar.

A Catalina le emocionó saber que Pereira había preguntado por ella y por su hija, lamentando no encontrarlas en Alejandría.

Ya había caído la tarde cuando Benjamin Wilson propuso que los acompañaran a cenar al Ritz, allí los esperaban monsieur Dufort y su esposa. Catalina se disculpó alegando que no estaba vestida de manera apropiada y que tenía que cuidar de Adela, pero Sara insistió en que debían cenar todos juntos y que la niña no sería ninguna molestia. En realidad, Adela había pasado la tarde entretenida coloreando un cuaderno.

Formaban un extraño grupo en el elegante comedor del Ritz. Sara vestía un traje de seda color burdeos; Benjamin Wilson, un traje azul marino tan oscuro que parecía negro. Doriane Dufort iba sobriamente vestida con un sencillo traje negro. Su esposo, Philippe Dufort, se había enfundado un traje oscuro con una corbata discreta. Catalina sabía que tanto ella como Fernando desentonaban, puesto que vestían con ropa de trabajo, ella una falda de tweed y una blusa con una rebeca y Fernando un jersey y pantalones de pana. Adela tampoco iba vestida de manera apropiada. Pero nadie parecía fijarse en ellos.

Benjamin Wilson y Philippe Dufort dedicaron buena parte de la velada a hablar de la conferencia de presidentes que se estaba celebrando en Potsdam y de la ausencia de Churchill, que había perdido las elecciones.

«Ningún hombre es imprescindible», afirmó monsieur Dufort, lo que Wilson le rebatió diciendo que «sin Churchill no se habría ganado la guerra. Él fue el único que nunca dudó de que había que hacer frente a Hitler. A nuestros amigos norteamericanos les costó decidirse, aunque he de reconocer que sin ellos habría sido más difícil la victoria». Dufort replicó señalando que si bien la ayuda norteamericana había sido importante, «no hay que olvidar los millones de muertos que han puesto los rusos».

Catalina los escuchaba en silencio y Fernando apenas intervenía. Sara parecía distraída y en cuanto a la pequeña Adela, ni siquiera se hizo notar. Su madre le había advertido que no debía molestar.

A Dufort le preocupaba lo que Truman, Stalin y el nuevo *premier* británico, el laborista Clement Attlee, pudieran acordar en Potsdam. Benjamin Wilson no tenía dudas de que las decisiones que acordaran los tres presidentes marcarían el futuro de Europa. Comentó que Sara se quedaría en París, pero que él pensaba viajar a Berlín en los próximos días.

Después de cenar y cuando se estaban despidiendo en la puerta del hotel, Sara abrió el bolso y sacó dos sobres.

—Guardaba esta sorpresa para vosotros —dijo entregando un sobre a Fernando y otro a Catalina.

Catalina estuvo a punto de gritar cuando reconoció la letra redonda y apretada de su madre en la dirección del sobre. Fernando no dijo nada.

Ambos ansiaban estar a solas para leer las cartas. Apenas hablaron durante el trayecto del Ritz a la rue de Sèvres. Los Dufort tampoco hicieron nada por avivar la conversación.

Querida hija:

Siento tanta emoción como nervios al pensar que esta carta llegará a tus manos. Mientras escribo no puedo dejar de mirar la foto de tu hija, de mi nieta, a la que has puesto de nombre de Adela, igual que se llamaba mi madre.

No termino de comprender por qué no escribes a casa directamente, por qué no podemos saber

dónde estás y las únicas noticias que hemos tenido nos han llegado de manera misteriosa. Un hombre se acercó a Isabel, la madre de Fernando, para decirle que si queríamos mandaros alguna carta, él la recogería un par de días después. Isabel me avisó de inmediato. Yo no comprendo por qué debe ser así, pero ella parece aceptar que no puede ser de otra manera.

Perdona, no quiero que mis primeras palabras puedan parecerte un reproche, nada más lejos de mi intención, porque si algo deseo con ansia es volver a tenerte cerca y poder abrazarte y cuidaros a ti y a Adela.

Y ahora la mala noticia que tanto me cuesta anunciarte. Hija, ya sabes de la mala salud de tu padre. Desde que te marchaste fue empeorando día a día, parecía que había perdido el gusto por vivir y las ganas de luchar. Supongo que no habrás olvidado a Juan Segovia, nuestro médico y amigo que ha sido de gran ayuda en estos años en que se iba agravando la enfermedad de tu padre. Gracias a él pudo estar bien atendido en las cuatro ocasiones en que le ingresaron en el hospital, la última hace menos de un mes. Desgraciadamente, tu padre ha sufrido una embolia y se ha quedado sin habla y paralizado de medio cuerpo. Con todo lo que ha sufrido por su hígado enfermo, ahora esto.

Catalina, hija, te pido que, si puedes, regreses a España. Tu padre te quiere y ha sufrido y sufre tanto como yo tu ausencia, por más severo que se haya mostrado contigo. Siempre ha pretendido lo mejor para ti y para la familia y pensaba que la manera de protegerte en esta nueva España es que hicieras un buen matrimonio con alguien afecto y bien relacionado con el Régimen. Se equivocó, sí, y nunca se lo ha perdonado. Quiero que sepas que incluso se atrevió a enfrentarse con don Antonio cuando éste expresó un juicio negativo sobre ti.

Con esto sólo quiero decirte que no debes juzgar a tu padre porque, aunque equivocado, siempre ha actuado pensando en lo que él creía sería tu beneficio.

Antes de darle la embolia estuvo unos días entre esta vida y la otra, parecía agonizar y me dolía el alma al escuchar cómo te llamaba angustiado. Pero Dios ha querido que viva, aunque los efectos de la embolia le tienen postrado y apenas se le entiende cuando habla.

Tu padre, lo mismo que yo, fuimos educados para una existencia apacible, y ya ves, tuvimos que sobrevivir a una guerra para ver cómo nuestras familias sufrían el odio de personas que ni siquiera conocíamos.

Hija, me atrevo a pedirte que regreses, que vuelvas con nosotros a tu casa. Sé que para tu padre será un alivio tenerte cerca y que conocer a su nieta le proporcionará tanta alegría como a mí.

En cuanto a las habladurías... ¡qué le vamos a hacer! Claro que nos criticarán, pero no podemos parar nuestras vidas por los comentarios de los demás. Alzaremos la cabeza con orgullo y no permitiremos que nadie menosprecie a Adela por no tener un padre que la haya reconocido. Porque eso es lo que sucede, ¿me equivoco? Si ese americano se hubiera comportado como un hombre de bien se habría casado contigo y habrías regresado, de manera que deduzco que tu ausencia sigue siendo consecuencia de la falta de comportamiento honorable de Marvin Brian.

Tu tía Petra te ha perdonado y me insiste en que te lo haga saber. Le causaste una gran disgustos cuando te escapaste, puesto que estabas a su cuidado, y no podía dejar de reprocharse no haber sido capaz de impedírtelo. La pobre lloró durante meses y cada vez que venía a casa no dejaba de pedirnos perdón, además de tener que encajar los reproches de tu padre. Tanto sufrió que se puso enferma,

estuvo una temporada que no podía comer, adelgazó mucho. Ahora ya está más tranquila y desea tanto como yo conocer a Adela. Dice que si algún día regresas con ella a Madrid se encargará de que le den una plaza en el colegio de las Teresianas, donde continúa dando clases de piano. Ya sabes que es un buen colegio y además está cerca de casa, en la Corredera.

Para tu tranquilidad debes saber que Antoñito está felizmente casado. Mari Paz Nogués, la hija de don Fidel el abogado, parece haber conseguido que siente la cabeza.

Mari Paz siempre fue una buena chica, dulce y religiosa. Ya han tenido dos niños, y está embarazada del tercero. No imaginas cómo presumen don Antonio y su esposa de nietos, y Antoñito se comporta como si no hubiera otros niños en el mundo que los suyos. No te diré que se ha refinado porque eso es imposible, pero al menos está más apaciguado.

Prudencio, el hermano de don Antonio, ha sido ascendido a capitán y ocupa un puesto relevante en Intendencia. En cuanto a Paquita y Mariví, las hermanas de Antoñito, siguen solteras, lo que no es de extrañar.

Lo único que me entretiene es ir a misa. Sigo yendo a San Ginés, que tanto te gustaba, a la Encarnación, donde suelo encontrarme con Isabel, aunque ella como yo no podemos dejar de ir a escuchar misa a la parroquia de Santiago.

Don Bernardo continúa preguntando por ti. Me ha recriminado que no le diga dónde estás y por qué te fuiste; incluso llegó a amenazarme en el confesionario con no darme el perdón si no le decía la verdad. Pero me mantuve en mis trece y me atreví a responderle que si no quería confesarme y darme el perdón de Dios por mis faltas, iría a otra iglesia y buscaría otro confesor. No soy tan simple como para creer que puedo ofender a Dios por no decirle a don Bernardo dónde estás, lo cual, por otra parte, no sé.

A Piedad, la madre de Eulogio, la suelo encontrar por el barrio y siempre nos saludamos con afecto, incluso ha venido en alguna ocasión a merendar a casa junto con Isabel. Admiro su entereza de no bajar la cabeza ante los que tanto la han criticado por esa amistad que tenía con don Antonio. Aunque continúa siendo una mujer guapa, el sufrimiento le ha dejado huella. No saber de su hijo es el peor tormento, aunque en la carta que Fernando escribió a su madre aseguraba que Eulogio estaba bien.

Me pregunto quiénes somos para juzgar a los otros. Todos tenemos nuestros pecados y debilidades.

Don Bernardo me suele echar en cara que muestre tanta simpatía por Piedad, pero he de decirte, hija, y que Dios me perdone, que últimamente me complace fastidiar a don Bernardo, así que me permito pequeñas transgresiones que estoy segura a Dios no le importan, como ser amable con Piedad, e incluso haberla invitado a tomar café en nuestra casa. Creo que Dios no me va a castigar por eso. Es más, te diré que no creo que Nuestro Señor, que se sacrificó por nosotros en la Cruz y es todo bondad y misericordia, vaya a mandarme al Infierno, y ni siquiera al Purgatorio, por mostrar mi simpatía a Piedad. Si voy al Infierno, que Dios no lo quiera, será por otras faltas.

En cuanto a Isabel, continúa siendo una mujer tan digna como siempre. Tiene esa autoridad natural que hace que todos la respeten. Es una buena mujer que sufre la ausencia de Fernando, al igual que yo sufro la tuya y Piedad la de Eulogio.

El hombre que recogió nuestras cartas le aseguré a Isabel que pronto las tendríais en vuestras manos. Ojalá sea así, pero, sobre todo, ojalá regreses con nosotros.

Adela se había quedado dormida vestida sobre la cama sin que Catalina se diera cuenta, tal era su impaciencia por leer la carta de su madre. Se acercó a su hija y la abrazó mientras lloraba. La nostalgia que sentía era tan fuerte que lo único que deseaba era hacer la maleta y regresar inmediatamente a Madrid. Pero sabía que no podía dejarse llevar por la nostalgia, que pese a la bondad de su madre y al perdón de su padre, la vida no sería fácil para ellos si se presentaba soltera y con una hija. Conocía demasiado a sus vecinos y a sus antiguas amigas del colegio, algunas no dudarían en criticarla con crueldad por ser madre soltera.

No, no podía regresar por el daño que infligiría a sus padres, pero también a Adela. Sería condenar a su hija a sufrir el estigma de hija de madre soltera.

Se quedó un buen rato llorando mientras abrazaba a Adela. La niña dormía ajena a sus lágrimas. El suyo era el sueño de la inocencia.

Catalina escuchó los pasos nerviosos de Fernando. También él se había refugiado en la soledad de su cuarto para leer la carta de su madre. Sin duda Isabel le pediría a su hijo que regresara, lo mismo que su madre le pedía a ella. Pero ninguno podía hacerlo. Ella por proteger a Adela y también por ser cómplice de Fernando al proporcionarle el arma para que matara a aquellos dos hombres. A veces se preguntaba si Fernando se había arrepentido de haberlos matado. Tenía que admitir que ella no se arrepentía de haberle entregado aquella pistola que su tía Petra guardaba celosamente porque había pertenecido a su marido durante la guerra. Sí, era cómplice de las muertes de aquellos hombres y algún día debería confesarse porque hasta entonces no lo había hecho, por más que en Alejandría estuvo tentada de hacerlo con el padre Lucas. Si no lo hizo fue porque aquel secreto no le pertenecía sólo a ella, y tampoco traicionaría a Fernando aunque eso le supusiera la condenación eterna. El pensamiento la sobresaltó y decidió que lo confesaría en su lecho de muerte cuando ya fuera muy anciana y nadie pudiera hacer nada contra ellos.

Mi querido Fernando:

Qué alegría siento al saber que pronto tendrás esta carta en tus manos.

Hace unos días que el hombre de siempre se me acercó cuando salía de la farmacia de don Luis Ramírez, que es donde ahora trabajo. Me dijo que si quería podía escribirte y él te haría llegar la carta. También me indicó que si la madre de Catalina quería escribir una carta a su hija, también se la haría llegar. La primera vez que le vi me sobresaltó, pero ahora rezo para que aparezca porque sé que voy a tener noticias tuyas, así que no puedo dejar de sonreír en cuanto le veo.

Hijo, no dejo de rezar por ti, de pedirle a Dios que te proteja y te guíe. Sé que eres un hombre de bien y que siempre tendrás presente los principios que te inculcó tu padre.

Sueño con el día en que, en vez de ese hombre, seas tú el que se acerque para poder abrazarte. Hasta que llegue ese día me conformo sabiendo que estás bien, según me asegura ese extraño mensajero cuando intenté sonsacarle. Es un hombre parco en palabras, pero afirma saber que te encuentras en perfecto estado y que las cosas te van bien aunque se niega a decirme dónde estás.

Hijo mío, sigo sin comprender por qué no puedes decirme dónde te encuentras, pero respeto tu decisión porque estoy segura de que tienes una razón poderosa para no contarlo.

Lo único que el hombre se atreve a decir es que Catalina está contigo, y eso me tranquiliza tanto por ella como por ti. Sé que os cuidaréis el uno al otro.

Me pregunto si Catalina y tú habéis decidido unir vuestras vidas, casaros y tener hijos, o si, por el contrario, sólo seguís siendo amigos, como lo sois desde niños. También me pregunto qué es de Eulogio, y por qué no escribe a su madre. Piedad sufre en silencio. ¿Continúa Eulogio con Catalina y contigo? Házmelo saber para poder tranquilizarla. También se interesa por el americano, por Marvin Brian; está convencida de que si puede os echará una mano. En cuanto a España... te supongo enterado de lo que sucede porque, por lejos que estés, leerás algún periódico en que den noticias de aquí.

Hay miedo, Fernando, miedo porque continúan los fusilamientos; siguen firmando sentencias de muerte. Hay muchos hombres y mujeres en las cárceles sin que sus familias sepan qué será de ellos. Muchos de nuestros amigos han sido fusilados, otros siguen a la espera de sentencia. En nuestro barrio hay muchos hombres que tampoco han vuelto.

Nadie se atreve a decir en voz alta lo que piensa salvo, claro está, los afectos al nuevo Régimen. Ellos sí pueden expresarse con libertad, una libertad de la que carecemos los demás y a la que renunciamos no sólo porque perdimos la guerra, sino para no seguir perdiendo. Los vencidos nos hemos convertido en supervivientes, en nada más. Por eso, hijo, aunque siento un dolor profundo por no tenerte cerca, al mismo tiempo deseo que estés en un lugar donde seas un hombre libre, donde no tengas que morderte la lengua para evitar decir lo que piensas, donde puedas caminar tranquilo sin miedo a ser detenido porque alguien te señale como desafecto al Régimen.

Espero que algún día me pidas que vaya a verte. No dudes que acudiría de inmediato, sin importar lo lejos que puedas estar.

Sólo me queda imaginar cómo será tu vida mientras la mía transcurre sin más novedad que la de

seguir trabajando en la farmacia de don Luis. Le estoy muy agradecida, tanto a él como a su esposa, doña Hortensia, por confiar en mí. Sé que torcerás el gesto y que si estuvieras aquí me dirías que cómo puedo estar agradecida a este matrimonio, a los vencedores de la guerra y yo misma me lo reprocho. Ellos creen que lo mejor para España es que hayan ganado los suyos, los nacionales; nosotros creemos que ha sido una tragedia porque han acabado con la esperanza de seguir construyendo un país libre y democrático. El nuevo régimen lo único que ha sembrado es muerte, persecución y desesperanza. En cualquier caso, los Ramírez tienen la delicadeza de no hacer jamás comentarios que puedan ofenderme. Al contrario que otra gente, jamás hacen alarde de estar en el bando de los que ganaron. Doña Hortensia suele comentar que debemos pensar en el futuro en vez de darle vueltas al pasado. A ella le mataron a un hermano, y los muertos, Fernando, nos duelen a todos por igual.

En el barrio todo sigue más o menos igual salvo que don Ernesto está muy enfermo, sufrió una embolia que le tiene paralizado medio cuerpo. Asunción le cuida noche y día y procura tranquilizarle. Ya sabes que tenían muchas deudas. El hermano de don Ernesto se sigue haciendo cargo de las tierras, pero éstas no dan para mucho, así que viven con modestia sin que Asunción se queje. Es una mujer buena que, aun con lo poco que tiene, procura hacer el bien. Como ves, Fernando, Asunción es otro ejemplo de que las buenas personas lo son aunque sus ideas no sean las mismas que las nuestras. No quiero con esto que creas que pienso que todas las ideas son buenas, no, no lo son. Hay ideas monstruosas que sólo provocan muerte y desolación, que no respetan a los demás, pero no es el caso de Asunción y Ernesto, que son muy de derechas y monárquicos, pero no por eso son mala gente.

De don Antonio poco hay que decir, salvo que parece un pavo presumiendo de consuegro. Por cierto, Antoñito se casó con Mari Paz, la hija de don Fidel Nogués. No sabes lo satisfecho que se ve a don Antonio y su esposa. Incluso Antoñito parece contento. En cuanto a Mari Paz, siempre ha sido una chica modosa y parece aceptar sin rechistar al marido y a su parentela. Ya son padres de dos niños y está otra vez embarazada.

Quiero pedirte, Fernando, que intentes convencer a Eulogio para que escriba a su madre. Piedad no se merece tanto sufrimiento. Los hijos no deberían juzgar a sus padres y menos que nadie Eulogio, porque su madre hizo el mayor de los sacrificios para intentar protegerle. Cuando hables con él intenta que lo comprenda. Los domingos solemos ir a pasear. Viene a buscarme cuando salgo de misa a las doce y si hace buen tiempo, caminamos por la Gran Vía e incluso nos tomamos un café en «Viena Capellanes». Alguna tarde de domingo Asunción nos invita a merendar. Ernesto está quieto en su sillón con la mirada perdida, pero creo que agradece que le hagamos compañía a su esposa.

Fernando, querido hijo, ¿cuándo podré verte? Debes saber que no tengo otra ansia que abrazarte y que sólo eso me da fuerzas para vivir.

Te quiere siempre,

TU MADRE

Benjamin Wilson no tardó en viajar a Berlín. Parecía impaciente por estar cerca de Potsdam, el lugar donde, insistía, Stalin, Truman y Attlee estaban decidiendo

el futuro del mundo. Sara no quiso acompañarle. Estaba empeñada en volver a hacer del que había sido el hogar de su infancia y juventud la casa de su madurez por más que, como le confesó a Fernando, sabía que su marido nunca querría trasladarse de manera definitiva a París, pero al menos no ponía inconveniente en que tuvieran una casa en la que pasar largas temporadas. Ella necesitaba París tanto como su esposo Alejandría y Londres.

«Aunque es medio inglés, le corre por las venas el veneno de la fascinación por Oriente», explicaba Sara.

Era más que evidente que los Wilson disponían de una fortuna considerable porque, de lo contrario, no habría sido posible que compraran un piso contiguo al suyo de la primera planta del viejo edificio de la rue des Rosiers, donde estaba la librería. Benjamin estaba dispuesto a complacer en todo a su esposa, siempre que no le obligara a vivir en un lugar en el que no dispusiera de espacio suficiente. Las ventanas y terrazas de su casa en Alejandría tenían como horizonte el mar y necesitaba no sentirse comprimido entre las vetustas paredes de la casa que Sara había heredado de sus padres.

Así que ella se dedicó con entusiasmo a las obras que harían de aquella primera planta no sólo su hogar en París, sino también un espacio independiente para que su marido tuviera un despacho desde el que pudiera dirigir sus negocios.

Fernando le había pedido a Wilson que en su viaje a Alemania hiciera lo imposible por averiguar el paradero de Eulogio. Seguía sin saber nada de él.

Los meses pasaban deprisa. Catalina y él se instalaron en la rutina, salvo que ahora tenían que contar con la opinión de Sara, que no sólo estaba atenta a la remodelación de la casa sino también al catálogo de publicaciones que Fernando tenía preparado. La librería Rosent volvía a ser punto de referencia en la venta de los libros de la mejor poesía; asimismo, volvía a editar a nuevos talentos literarios, de ahí que aguardaran impacientes las opiniones sobre el poemario de

Brigitte Durand, la recomendada por el profesor Fortier. A Sara le habían entusiasmado tanto los poemas como la autora, una joven de apariencia poco agraciada pero con una sensibilidad y talento extraordinarios.

Sara apreció que Fernando se dejara aconsejar por Alain Fortier. No sólo porque fuera un reputado profesor de Literatura, sino porque sin su dirección habría estado perdido en el París literario, por más que hubiera llamado a todos los poetas que en el pasado fueron publicados por monsieur Rosent. Sin embargo, unos habían sido deportados a los campos de exterminio alemanes de los que nunca regresarían, y en otros la huella de la guerra había secado su imaginación poética, y su única preocupación parecía ser la de reencontrarse consigo mismos y sobrevivir. Aun en medio de la confusión, Fortier fue capaz de recomendar a algunos de sus alumnos de los que estaba seguro tenían un gran talento como poetas.

Adela comenzó a ir a la escuela el día en que Japón firmaba su rendición. La guerra se había prolongado un poco más en Oriente, hasta que los norteamericanos decidieron poner punto final con el lanzamiento de una bomba atómica en Hiroshima y posteriormente otra en Nagasaki. Pero Europa era también un gran solar repleto de muertos, por lo que sus habitantes no se conmovieron en exceso por los efectos terribles de aquellas bombas destructoras.

Catalina y Fernando habían decidido seguir viviendo en el apartamento abuhardillado de los Dufort, e incluso habían insistido a Sara para que les permitiera pagar ellos el alquiler.

Sara no había puesto ninguna objeción a que Catalina trabajara en la librería atendiendo a los clientes para que Fernando se dedicara con más ahínco a la edición con la ayuda de Alain Fortier. Ni a Catalina ni a Fernando se les ocurrió pedir que les pagaran un sueldo, pero fue Benjamin Wilson el que estableció el salario que debían cobrar ambos y se mostró generoso en la cantidad. Precisamente por eso, tanto Catalina como Fernando decidieron que no podían

seguir viviendo de nada que no fuera su trabajo.

Para la pequeña Adela habían encontrado plaza en un liceo cerca de la rue des Rosiers. Por las mañanas iban los tres en metro hasta allí.

A Catalina le preocupaba cómo se adaptaría su hija en el liceo, puesto que sólo chapurreaba el francés, pero Adela se hacía entender. Había desarrollado un lenguaje propio en el que mezclaba el español, el árabe y el inglés, algo de griego y ahora había incorporado el francés.

La vida podría haber sido casi agradable si no fuera por el vacío que provoca el exilio, teniendo que reprimir el deseo de abrazar a los seres queridos.

En diciembre, Benjamin Wilson regresó a París acompañado de Marvin y Farida. En cuanto a Eulogio, para desesperación de Fernando, Wilson le aseguró que sus hombres le estaban buscando por toda Europa, pero que parecía que se había esfumado. Fernando insistió en que debían seguir buscando y Wilson, quizá para no desanimarle, se comprometió a hacerlo.

En cuanto a Marvin, pasaría unos días en París. Sara y Benjamin pidieron a Fernando que organizara un recital poético al que invitarían a personas muy destacadas. Su último poemario, *Cuaderno alemán*, había sido alabado por los críticos más exigentes de los diarios norteamericanos y europeos, como antes lo había sido *Cuaderno de la Guerra Civil Española* o *Cuaderno de Alejandría*. Marvin ya formaba parte del Olimpo de los elegidos.

Sara quiso que Alain Fortier se encargara de las invitaciones; él sabía mejor que nadie a quién debían invitar.

Fernando no ocultó que le preocupaba la reacción de Catalina cuando supiera que Marvin se encontraba en París.

Wilson carraspeó y le miró fijamente.

—Usted verá cómo se lo dice a Catalina. Nosotros no queremos inmiscuirnos en los asuntos privados ni de ella ni de Marvin, pero él ha puesto como condición para venir a París que le libremos de la presencia de su amiga. Teme que ella se empeñe en querer verle. Tengo especial aprecio por Farida, somos amigos desde que éramos jóvenes, y a ella le preocupa que a Marvin le pueda

afectar cualquier escena que pudiera hacer Catalina —le explicó a Fernando.

—Yo no puedo evitar que Catalina quiera ver a Marvin. Él está en su derecho de negarse, pero también ella tiene derecho a intentarlo.

Benjamin Wilson no era hombre que aceptara que le contrariaran, así que apretó los labios mientras desviaba unos segundos la mirada, para responder a continuación:

—Lo siento, Fernando, pero mi prioridad es Marvin Brian. No sólo porque somos sus editores y nos debemos a él, también porque fue Sara quien le tuteló en sus primeros pasos como poeta convenciendo a su padre para que le prestara atención. Sara tampoco puede olvidar el valor de Marvin y Farida al venir a Francia en plena guerra para intentar salvar a su padre, por más que desgraciadamente, como bien sabe, falleciera cuando estaban a punto de cruzar la frontera.

—También Eulogio ayudó a monsieur Rosent —respondió Fernando.

—Sí, así es. —El tono de voz de Benjamin Wilson se había endurecido.

Los dos hombres se miraron a sabiendas de las dificultades de la situación. Pero ninguno podía dar un paso atrás. Ambos tenían compromisos irrenunciables y contrapuestos, aunque Fernando era consciente de que si rompía con los Wilson, París dejaría de ser el refugio seguro que se había convertido para él y para Catalina. No era fácil sobrevivir en la ciudad como refugiados.

Pasó el resto del día distraído y le sorprendió que Sara no le hiciera ningún comentario sobre Marvin, aunque tampoco tuvieron ocasión de estar a solas porque estuvieron con Alain Fortier repasando los libros pendientes de edición. Luego, a la hora del almuerzo, ella se marchó, despidiéndose hasta el día siguiente. Fernando no dudaba de que iba a encontrarse con Marvin y Farida.

Esperó hasta la noche para hablar con Catalina. Adela estaba dormida y se sentaron a comentar las incidencias del día, como hacían todas las noches después de cenar.

—Marvin está en París —le dijo sin miramientos.

Catalina se sobresaltó. Sintió una incomodidad profunda. Tenía claro que

debía conseguir que Marvin reconociera a Adela y no sólo eso, también que se casara con ella para darles a ambas respetabilidad. Pero no se engañaba, hacía tiempo que sus sueños de amor con él se habían ido diluyendo. A veces se preguntaba si en realidad había estado enamorada.

El silencio se había instalado entre los dos. Fernando esperaba que Catalina hablara, pero ella necesitaba ordenar sus emociones antes de hacerlo.

—Mañana mismo iré a verle. Supongo que estará en su apartamento de la rue de la Boucherie.

—No lo sé. Wilson sólo me ha dicho que él y Farida están en París. Quiere que organice un recital poético. Fortier se encargará de elegir el lugar y los invitados.

—¿Qué más te ha pedido Wilson? —Catalina le miraba fijamente. Conocía demasiado bien a Fernando y por eso sabía que se guardaba algo.

—Los Wilson no quieren que te acerques a Marvin. Él ha puesto como condición para venir a París que te impidan importunarle. Farida cree que eso le afectaría.

El rostro de Catalina se contrajo en un gesto de rabia.

—Pero ¡cómo se atreven! ¡Nadie puede impedirme que intente hablar con Marvin! ¡Nadie! Me fui de España para encontrarle. He pasado por... tú sabes todo por lo que hemos pasado, y ahora pretenden que me cruce de brazos. ¡No lo haré!

—No grites, vas a despertar a Adela.

—Hablaré con Marvin, tiene que escucharme. Veremos si tiene el valor de mirarme a la cara y decirme que se desentiende de su hija. Si lo hace, es que es... es... es un miserable.

—Cálmate. Debemos pensar en lo que hay que hacer.

—¿Debemos? ¿Quiénes? —preguntó ella con suspicacia sabiendo la respuesta.

—Debemos pensar en lo que es mejor para ti y para Adela.

—¿Y para ti también? —Dijo estas palabras con rencor, como si Fernando

fuera un extraño.

—Hemos hecho un largo viaje juntos, Catalina; unimos nuestra suerte, y juntos hemos llegado hasta aquí. Todo lo que tiene que ver contigo me afecta y tiene una repercusión en mi vida.

—Si vas a pedirme que renuncie a ver a Marvin...

—No, no te lo voy a pedir. Le he dicho a Benjamin Wilson que ésa es una decisión tuya. Naturalmente, lo que decidas tendrá consecuencias.

—¿Nos van a echar? —preguntó ella airada pero con cierto temor.

—Me ha dejado claro que los Wilson-Rosent son sus editores y tienen deberes para con Marvin, pero que además los lazos de amistad son muy fuertes tanto con él como con Farida. Supongo que prefiere evitar el conflicto. Sinceramente, no sé qué decisión tomarían si Marvin... bueno, si Marvin se sintiese presionado por ti.

—Iré a verle, Fernando. Lo haré. Es mi deber para con mi hija, pero también para con mis padres.

—Puedo intentar hablar con él...

—Ya lo hiciste en Alejandría y sabemos el resultado.

—Ha pasado mucho tiempo, quizá ahora me escuche.

—Pero ¿qué clase de hombre es Marvin que teme hablar conmigo!

—En realidad no le conozco lo suficiente, nunca simpaticé demasiado con él, ya lo sabes.

—Eres su editor.

—Sí, soy su editor y como tal reconozco que es uno de los mejores poetas que haya leído nunca. Valoro y aprecio al poeta, pero eso no lo extiendo al hombre. Se puede ser un genio y un miserable.

—Iré a verle, Fernando.

—Antes déjame intentarlo, por favor.

—¡No! Hay cosas que tiene que hacer una misma. Sé que siempre te has desvivido para protegerme, pero en este asunto rechazo tu protección. Compréndeme.

No hablaron más. Fernando sabía que no tenía otra opción que dejarla hacer.

Llovía y el viento apenas le permitía avanzar. Se había levantado muy temprano. Le había dejado una nota a Fernando diciéndole que llegaría tarde a la librería.

Adela caminaba cogida de su mano. Habían tomado el metro hasta Notre-Dame y le hubiera gustado rezar un padrenuestro pero la catedral estaba cerrada. La lluvia le había empapado el abrigo. Le subió el cuello del abrigo a Adela y apretó su mano.

El portero estaba barriendo el portal y, desconfiado, se plantó delante bloqueándole el paso cuando quisieron entrar.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días, señor.

—¿Qué desea? —preguntó el portero, observándola de arriba abajo para luego desviar la mirada a la pequeña, que permanecía en silencio.

—Voy a casa del señor Brian —respondió ella con una falsa seguridad.

—El señor Brian... pues tendrá usted que esperar a que sea yo quien pregunte a los señores si la pueden recibir. Tengo órdenes de impedir que nadie los moleste —respondió ufano de la responsabilidad que le habían encomendado.

—Soy una amiga del señor Brian. Dígale que está aquí Catalina Vilamar.

El portero dudó un segundo. Temía que aquella joven no se conformara con esperar en el portal e intentara seguirle al apartamento del americano. Iba a coger el ascensor, pero pensó que entonces ella vería el piso al que iba y decidió subir andando los dos pisos aunque su artrosis se resentiría.

Llamó al timbre repetidamente. Parecía que no hubiese nadie en el apartamento, aunque él sabía que no era así porque no había visto salir ni a Brian ni a la elegante señora con la que había llegado y que se comportaba como si fuera su esposa.

La puerta se entreabrió. La señora estaba envuelta en una bata de seda. El portero se disculpó y le anunció la presencia de una señorita con una niña que

aguardaban en el portal. Farida no pareció sorprenderse cuando escuchó de labios del portero el nombre de Catalina Vilamar.

—Dígale a esa señorita que el señor Brian no la recibirá. Y que por favor no insista en visitarle. No la recibirá ni hoy ni en ninguna otra ocasión.

Al portero le sorprendió la rotundidad de la respuesta y apenas le dio tiempo a decir palabra porque Farida había cerrado suavemente la puerta.

Catalina esperaba impaciente paseando por el portal.

—¿Puedo subir? —preguntó ansiosa.

—Lo siento, señorita, pero la señora dice que el señor Brian no la puede recibir.

—¿Le ha dicho cuándo...?

El hombre se sintió incómodo y dudó antes de susurrar:

—La señora dice que el señor Brian no la verá tampoco otro día. Lo siento.

Ella se quedó quieta, como si no pudiera despegar los pies del suelo. Había temido aquella respuesta. En realidad no se engañaba, casi se la esperaba.

Entonces sacó un sobre del bolsillo y se lo dio al portero.

—Por favor, le agradecería que se lo entregara al señor Brian. Pero a él personalmente.

El portero cogió el sobre asegurándole que así lo haría, y no tuvo más remedio que cumplir porque Catalina se quedó aguardando a verle desaparecer en el ascensor. No se iría hasta saber que su carta estaba en manos de Marvin. La había escrito la noche anterior previendo que él se negara a verla.

Sentía náuseas y deseos de llorar, pero se mantuvo serena mientras esperaba a que el portero regresara.

—Se la he entregado a la señora. Ella me ha asegurado que se la dará.

Farida acababa de cerrar la puerta cuando, al volverse, se encontró a Marvin de pie en la puerta del salón, aguardando impaciente.

Ella le tendió la carta que él estuvo a punto de rechazar.

—No nos dejará en paz —afirmó Marvin con un punto de angustia en la voz.

—No, no lo hará —asintió Farida.

—Entonces nos iremos. Volvamos a Nueva York —propuso él.

—No debes hacerlo. Es importante que los críticos franceses te apoyen; por lo que Sara nos ha dicho, están deseando verte, entrevistarte, acudir a tu recital. Eres un poeta, Marvin, y tienes obligaciones para quienes te leen porque son ellos los que hacen que seas lo que eres.

—Esa chica está loca. Cómo se le ocurre venir aquí con la niña.

Farida no respondió mientras se acercaba a él, luego le cogió de la mano.

—Voy a hacer un poco de café. Vuelve a la cama, te llevaré el desayuno.

—No, ya no podría volver a dormir. La insistencia de Catalina me saca de mis casillas.

—Sólo hay tres opciones: o hablas con ella o huyes o, simplemente, la evitas con firmeza como hasta ahora.

—¡Pero es que no se rinde! —protestó él.

—Tampoco te rindas tú —le aconsejó ella.

—Pero ¿cómo vamos a evitarla? Es capaz de presentarse en el recital y organizar un escándalo.

—No, no lo creo. No le conviene montar un alboroto. No ganaría nada y quedaría en evidencia.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Lo que tenemos previsto: que Francia se rinda a tu nuevo libro de poemas. Le pediremos a Benjamin que se haga cargo de la señorita Vilamar.

—Lo ridículo de esta situación es que Fernando Garzo es mi editor y él es su principal protector.

—Tú mismo me has contado repetidamente que Garzo está enamorado de ella.

—La verdad es que no sentimos demasiada simpatía el uno por el otro... No entiendo por qué Sara decidió encargarle mi poemario en Alejandría... Vryzas podría haberlo hecho mejor.

—Sara es muy maternal... Vio algo en ese chico que la conmovió y decidió ayudarle. Monsieur Rosent era editor, y saber que el padre de Fernando también lo era y había muerto fusilado... supongo que pensó que debía ayudarle. En todo

caso, debes reconocer que es un buen editor y que ha cuidado hasta el más pequeño detalle de tu poemario.

—Aun así, creo que le pediré a Sara que me cambie de editor. Me incomoda la sola idea de volver a ver a Fernando, sobre todo ahora que no está Eulogio.

Farida se quedó en silencio y él supo que ella en aquel momento no estaba allí sino navegando en las aguas grises de sus pensamientos. Intentando buscar sentido a un destino que había tejido una relación imposible entre Fernando, Catalina y ellos.

—Lee la carta mientras preparo el café —le dijo ella tras abrir la puerta de la cocina y cerrarla con suavidad.

Marvin abrió la carta y lo primero que vio fue una fotografía de una niña que parecía sonreírle. La metió en el sobre sin prestarle atención y se dispuso a leer la misiva.

Querido Marvin:

Si estás leyendo estas líneas es porque una vez más has rechazado hablar conmigo.

Sinceramente, no comprendo tu obstinación en esa negativa. ¿Qué mal te puede hacer que hablemos, que nos sinceremos el uno con el otro?

Después del tiempo transcurrido desde que nos conocimos en Madrid y que pasó lo que pasó, puedo entender, por más que me duela, que no estés enamorado de mí, que ni siquiera aquella noche yo fuera más que una chica que perdió el decoro dejándose seducir. Quizá me engañé creyendo que tú sentías el mismo enamoramiento que yo por ti. De manera que ya ves que acepto tu falta de amor, pero tenemos una hija, te he adjuntado una fotografía, y con ella tenemos obligaciones tanto tú como yo.

Ella no tiene la culpa de nuestros errores y merece que ambos nos sacrifiquemos para que pueda ir por la vida con la cabeza alta y no tener que sufrir la indignidad de que en su documentación figure que es hija de padre desconocido.

No te pido que te cases conmigo, ya no, por más que eso es lo que en conciencia deberías haber hecho, pero al menos reconoce a Adela, dale tus apellidos y ocúpate de ella cuanto puedas, que crezca sabiendo quién es su padre.

Nuestra hija ya va al colegio, y no hace mucho me dijo que todas sus amigas tenían un «papá» y me preguntó si podía llamar «papá» a Fernando, dando por hecho que es su padre. Le tuve que decir la verdad, que Fernando no es su padre, que su padre viaja mucho pero que pronto le conocerá. No te oculto que para ella supuso una decepción que Fernando no fuera su padre, pero no quiero que crezca con mentiras porque tarde o temprano tendrá que conocer la verdad.

Ni siquiera te pido que me ayudes a mantenerla. Soy capaz de hacerlo yo sola. Lo que te estoy pidiendo es que no hagas pagar a Adela nuestro error.

También te pido que no hagas recaer sobre Fernando nuestros problemas. Si te quejas a los Wilson puede que éstos nos despidan a los dos, lo que en mi caso estaría justificado, pero en el de Fernando sería una injusticia. En lo que a ti se refiere es el mejor editor que puedes tener, pero no sólo eso, es que es una persona honrada, un hombre cabal que nos ha ayudado lo que no imaginas tanto a Adela como a mí. Sin él estaríamos muertas.

Espero que tu conciencia te haga recapacitar y, por tanto, asumir cuanto antes que tienes una hija y obligaciones para con ella.

Quedo a la espera de tu respuesta.

Tuya afectísima,

CATALINA VILAMAR

Marvin empezó a arrugar con rabia la carta y la hubiese roto si Farida no hubiera entrado en aquel momento en el salón portando una bandeja con el café.

—Pero ¡qué estás haciendo! Vamos, no te comportes como un chiquillo —dijo mientras colocaba la bandeja en una mesita y recogía los folios del suelo.

Le sirvió una taza de café y se dispuso a leer la carta de Catalina. Cuando terminó, apuró su propio café.

—¿Qué te parece? —le preguntó Marvin.

—Sigo pensando que tienes tres opciones... —respondió Farida con naturalidad.

—Esa niña me es indiferente. No la considero un problema mío —replicó airado.

—Me temo que aunque no quieras, lo es, al menos hasta que Catalina Vilamar se convenza de que nunca, nunca, asumirás esa carga.

—Llamaré ahora mismo a Benjamin y a Sara. Me prometieron que Catalina no me molestaría —respondió Marvin.

—Una promesa imposible de cumplir. Ya lo sabíamos.

—Sí... En realidad no deberíamos haber venido —se quejó él.

—No vuelvas a decir esa tontería. Tienes que asumir que esa chica te seguirá a donde quiera que vayas e insistirá para que reconozcas a la niña. El reto es conseguir que no te afecte su insistencia.

—No puedo soportar su tozudez pretendiendo que asuma una responsabilidad que es sólo suya.

—En una cosa tiene razón... si te quejas a Benjamin, despedirá a Fernando... y sería injusto. Ese chico es buena persona y si Benjamin le despide, su vida aquí será harto complicada. Además, es un buen editor. Reconoce que el mejor libro que te han editado es tu último poemario, *Cuaderno Alemán*, tanto en la versión inglesa como en la francesa.

—Nunca congeniamos y, sin embargo, tú simpatizaste con él de inmediato.

—Sí, suelo simpatizar con todos aquellos que tienen que bregar con los fantasmas que les habitan. Y por Eulogio sabemos que hay dos fantasmas que le están acechando. En fin... te recomiendo que no cambies de editor.

—No sé... Y ya que hablas de Eulogio, me angustia que Benjamin no haya sido capaz de encontrar su rastro. No quiero pensar que haya muerto en uno de esos campos.

Cuando Catalina llegó a la librería Rosent, encontró la puerta de la trastienda abierta y a Fernando junto a Sara y Alain Fortier. Se acercó a saludarlos y sintió la rigidez del gesto de Sara.

Se puso a ordenar algunos estantes intentando recobrar la serenidad. Si trabajaba en la librería era gracias a la bondad de los Wilson. Si la despedían, volvería a depender enteramente de Fernando, y le resultaba insoportable ser una carga permanente para él por más que se había acostumbrado a su apoyo y a su presencia.

Llevaban casi cuatro años viviendo juntos y sólo tenía motivos de agradecimiento hacia él. Nunca había intentado sacar provecho de la situación de indefensión en que ella se encontraba y le había demostrado un afecto generoso e incondicional.

Sabía que si Marvin se quejaba a los Wilson de su insistencia para que reconociera a Adela, ellos, además de despedirla, podían prescindir de Fernando. Benjamin Wilson y Farida eran viejos amigos y no dudaría en complacerla.

Estaba preocupada con estos pensamientos cuando la voz de Alain Fortier la devolvió a la realidad. El profesor se estaba despidiendo. Le sonrió y en cuanto hubo cerrado la puerta se dirigió a la trastienda, donde Sara seguía sentada pero Fernando ya se había puesto en pie.

—Siento interrumpir, pero quería hablar con usted, señora Wilson.

Sara la miró con gesto serio pero la invitó a hablar.

—Como usted sabe, y si no lo sabe no tardará en saber, esta mañana me he dirigido con mi hija al domicilio de Marvin Brian. No ha querido recibirme, pero le he entregado al portero una carta para él. Sé que para usted y el señor Wilson esto supone una contrariedad. No quieren que nada moleste a Marvin ni a Farida. Lo comprendo, son sus amigos.

»Si mi presencia aquí les supone un inconveniente, entenderé que prefieran prescindir de mí. Pero le pido que mis asuntos personales, que me atañen sólo a mí, y por tanto soy yo la que decide lo que hago o no hago, no tengan repercusión en Fernando. Él no es responsable ni tampoco participa de mis decisiones.

»Le diré la verdad, señora Wilson: volveré a intentar hablar con Marvin, y si no lo consigo en París, ahora que la guerra ha terminado, le seguiré a donde quiera que vaya. De manera que asumo las consecuencias de mis actos. Y si usted y su esposo piensan que mi decisión inquebrantable de hablar con Marvin Brian les causa una gran contrariedad y un problema con el propio Marvin, comprenderé que me despidan de inmediato. Pero le suplico una vez más que Fernando no pague las consecuencias de mis decisiones, que le aseguro le son completamente ajenas.

Catalina había hablado de corrido, sin dar ocasión a Sara de que la interrumpiera. Fernando la miraba con desconcierto y a Sara se le notaba que estaba intentando sopesar las palabras que iba a pronunciar a continuación.

—Sí, nos has colocado en una situación incómoda —dijo—. Marvin ha telefoneado hace un rato a mi marido y le ha contado lo de tu presencia en su casa y la carta que le has escrito. Como tú misma reconoces, esto le ha supuesto

una gran contrariedad. Si está en París es por lo mucho que he insistido en que viniera. Desde que publicamos su último poemario se ha consolidado como el gran poeta que es, me parecía imprescindible que regresara a París. «El Poeta del Dolor»... así le denomina la crítica en Estados Unidos y en Inglaterra. Y para él es importante recibir también el parabién de la crítica francesa, porque eso es tanto como tener garantizado el éxito en el resto de nuestra pobre Europa.

»Ahora que la guerra ha terminado, necesitaremos la poesía para volver a sentirnos humanos. —Sara habló con tristeza.

Fernando miraba a ambas mujeres sin saber qué decir. Catalina los había puesto en evidencia a los dos. Y aunque necesitaban el trabajo, no lo quería si eso implicaba una humillación.

Sara volvió a tomar la palabra:

—Tenemos un deber de lealtad para con nuestros autores, pero además, en el caso de Marvin se da una doble circunstancia: le descubrí yo. Aún recuerdo el día en que entró en esta librería y, nervioso, preguntó por mi padre. Le dije que no estaba y él me entregó una carpeta pidiéndome que se la entregara a mi padre. Me comprometí a hacerlo y de repente cuando se iba se dio la vuelta y, mirándome fijamente, dijo sonriente: «Quizá usted pueda leer mis poemas y si le gustan, recomendarme al señor Rosent». Y así lo hice, porque nada más comenzar a leer quedé cautivada por aquella sinfonía de palabras. Mi padre era el único que decidía qué merecía la pena publicar. Nunca hasta entonces me había ocupado de decidir qué autores editaba nuestro sello. Eso correspondía a mi padre. En él confiaban los poetas y, sobre todo, los críticos. Si mi padre editaba a alguien era porque su calidad poética era innegable. Yo estaba segura de que aquellos poemas del joven americano eran extraordinarios, pero aun así estaba inquieta por lo que mi padre pudiera opinar. Si cierro los ojos puedo verle diciéndome: «Hija, ahora sé que la editorial Rosent me sobrevivirá. Ese joven que me has recomendado tiene un talento poético extraordinario. Es tu autor. Encárgate de él». Hasta ese momento yo me ocupaba de la librería, pero a partir de entonces comencé a ayudar a mi padre en la edición. Marvin es «mi» autor y

me siento especialmente orgullosa de él y de mí. He editado a otros poetas con enorme talento, pero ninguno significará para mí lo que significa Marvin.

Sara volvió a guardar silencio mientras Fernando cruzaba las manos incómodo y Catalina escuchaba atenta cada una de sus palabras.

—En cuanto a Farida —continuó Sara—, como bien sabes es una amiga muy querida para Benjamin, no sólo porque es una gran filósofa, una mujer cultivada y sensible, también porque crecieron juntos y se conocen bien. No hay nada que Benjamin pueda negarle a Farida, al igual que ella nada le negaría a él.

—Entonces no hay más que decir. Comprendo que tengan que prescindir de mí. Lo lamento porque nunca me había sentido tan útil como aquí. Los libros... nunca pensé que llegarían a ser tan importantes para mí. Recogeré mis cosas. No puedo más que darle las gracias por todo cuanto ha hecho por mí.

Catalina se dio media vuelta y Fernando la siguió. Sara no intentó retener a ninguno de los dos.

—Catalina, espera... —le pidió él.

—Lo siento, Fernando. Siento haberte colocado en esta situación. Tú mereces cualquier sacrificio mío, pero tengo una obligación superior con mi hija. Por favor, quédate, espero que los Wilson no te hagan pagar por mis problemas con Marvin.

Fernando se sentía abrumado por la situación, aunque si de algo no dudaba era de que su primera lealtad era para con Catalina. Así que regresó a la trastienda.

—Siento lo que ha pasado y quiero agradecerle cuanto han hecho por mí, por nosotros. Nunca podré pagar su generosidad. Espero que comprenda que...

—Tranquilízate, ¿acaso alguien te ha dicho que debas irte? No creo que debas hacerlo. Eres un buen editor y confío en ti. Has demostrado que tienes sensatez para llevar el negocio y sobre todo buen ojo para descubrir quién posee talento. No, no me gustaría prescindir de ti. Sé que Catalina es una buena chica y que ha cumplido bien con su trabajo en estos meses en que entre los dos habéis vuelto a abrir las puertas de esta casa. Aprecio la labor que ha hecho y tampoco me gustaría prescindir de ella, pero con su actitud hace muy difícil su permanencia

aquí. Yo me debo a Marvin, Fernando. Eso tienes que comprenderlo. Ya has editado a unos cuantos poetas y por tanto sabes que te debes a ellos, que no puedes permanecer ajeno a sus circunstancias.

—No sé qué debo hacer —le confesó Fernando.

—Dile a Catalina que no se precipite. Que termine su jornada de trabajo. Yo voy a almorzar con Benjamin y con Marvin y Farida. Por la tarde volveré. Para entonces tendré una decisión definitiva respecto a Catalina. Pero en cuanto a ti, Fernando, nada ha cambiado; tu sitio aquí no está en cuestión.

Catalina se estaba poniendo el abrigo cuando Fernando la retuvo. Hablaron entre murmullos, pero no pudo convencerla para que se quedara. Los dos sabían que ella no cejaría en su empeño de seguir a Marvin hasta lograr que reconociera a Adela y que los Wilson no podían consentir que alguien que trabajara para ellos constituyera una pesadilla para su querido poeta.

—Pero no lo estropeemos todo. Tú debes quedarte. ¿Qué ganaríamos si nos despidieran a los dos? —razonó Catalina.

Fernando asintió incómodo consigo mismo. No quería dejar la librería, pero su conciencia le empujaba a ser solidario con Catalina. Y así se lo dijo. Ella insistió, incluso apeló a que debían ser prácticos. Si él dejaba a los Wilson, ¿de qué comerían? No sería fácil encontrar un buen empleo en París y mucho menos un lugar donde vivir tan agradable como era el apartamento que les habían alquilado los Dufort a un precio asumible para ellos.

El resto del día Fernando lo pasó inquieto, a disgusto, preguntándose qué debía hacer y odiando íntimamente a Marvin Brian, al que hacía causante de todos los problemas que arrastraban. En ningún momento se le ocurrió reprochar a Catalina su empeñamiento. En realidad tenía a Marvin por un miserable, un hombre cobarde que se escondía de una mujer de la que se había aprovechado. Él mismo había sido testigo cuando los encontró sobre la hierba, ella bajo los efectos del vino peleón con el que Antoñito había celebrado su cumpleaños y Marvin abusando de la situación. Ella era entonces poco menos que una chiquilla que se había enamorado del americano por lo diferente que resultaba

en relación con los chicos que había a su alrededor. Catalina había construido un sueño romántico en torno a Marvin. No era de extrañar después de los negros años de guerra en los que no cabía la más mínima ilusión.

Estaba a punto de echar el cierre cuando el coche de los Wilson paró delante de la librería. Quizá querían subir a descansar a la vivienda del primer piso, pero pronto vio que algo ocurría.

Benjamin Wilson parecía contrariado y Sara fruncía el ceño, signo de su preocupación. Fernando cerró la librería y se acomodaron en la trastienda, en la sala de edición.

—Bien, dejemos las cosas claras —dijo Benjamin Wilson sin ningún otro preámbulo.

—Desde luego —respondió Fernando, sintiendo la tensión en todos los músculos de su cuerpo.

—Hemos estado con Farida y Marvin hablando de la situación —intervino Sara.

—Marvin no está dispuesto a reunirse con Catalina ni con la niña. Lo ha dejado bien claro, no quiere saber nada de ninguna de las dos. Somos sus editores y respetamos su decisión. Y usted también debe respetarla. —Wilson dijo esto fijando su mirada azul en la de Fernando.

—Tienes que comprenderlo —dijo Sara, cruzando las manos sobre su regazo.

Fernando se sentía desazonado sabiendo que no le iban a dejar más opción que aceptar los deseos de Marvin o, por el contrario, tendría que despedirse. Tampoco podía dejar de tener un sentimiento de agradecimiento a Sara por haber sido ella quien le convirtiera en editor. Había confiado en él sin conocerle, ayudándole a hacer realidad su sueño: ser editor como su padre. Y se sentía agradecido y obligado con ella. No así con Benjamin Wilson, por quien no sentía ninguna simpatía y al que tenía por un manipulador.

—¿Podría dejar de ser el editor de Marvin? —preguntó deseando que se lo permitieran.

—Ahora mismo Marvin Brian es nuestro autor más querido. No sólo porque

es un gran poeta, sino también porque es un amigo. Como bien sabes, su poemario ha tenido mucho éxito en Estados Unidos. Los críticos literarios lo han alabado diciendo que está llamado a ser el más importante de los poetas norteamericanos de su generación. Y en Londres la crítica le ha sido favorable, lo mismo que en París —respondió Sara.

—Seamos sinceros, Fernando; la nuestra es una editorial pequeña dedicada a publicar poesía. Nuestro prestigio se basa en que no publicamos a cualquiera; no basta con ser un buen poeta, tiene que ser excelente para que se le publique en Rosent o en Wilson&Wilson. Ya vio que en Alejandría sólo había otras dos personas encargadas de la edición. En Londres tengo cuatro personas y en París, hasta que el negocio vuelva a funcionar como antes de la guerra, está usted y el profesor Fortier como colaborador. Pero Fortier no es editor y no sé si querría hacer esa labor por más que sea amigo de Marvin. Pero, además, los poemarios de Marvin los editamos en inglés y Fortier no domina el inglés. En fin... usted decide qué quiere hacer.

—Si me voy o me quedo —concluyó Fernando.

—Exactamente —dijo Wilson.

—No cometas un error... El asunto entre Catalina y Marvin no tiene solución. Marvin no cederá. La aborrece. ¿Tienes que sacrificar tu presente y quizá tu futuro por algo que no tiene solución? —preguntó Sara.

—No comprendo por qué Marvin no quiere hablar con ella... Que le diga a la cara lo que tenga que decirle... Si lo hace, estoy seguro de que Catalina no insistirá... Pero no puede dejar de intentar hablar con él, tiene una hija a la que defender —protestó Fernando.

—Yo no juzgo las decisiones de mis autores y mucho menos las de mis amigos. Los acompaño en ellas sin más —respondió Wilson con un tono de voz teñido de impaciencia.

—Yo no puedo acompañar a Marvin en esa decisión, de manera que no soy la persona adecuada para ser su editor —afirmó Fernando.

Benjamin Wilson se encogió de hombros. No podía decidir por Fernando.

—Editar es tu trabajo, Fernando, y ser el editor de Marvin es parte de ese trabajo. Catalina seguirá intentando hablar con Marvin y él la evitará; es un pulso entre dos voluntades, y quienes estamos a su alrededor no tenemos posibilidad de influir en ninguna dirección. De manera que dejemos que continúen con su pulso y sigamos cada uno con lo nuestro —le pidió Sara.

—No puedo ser leales a los dos —admitió Fernando.

—Marvin necesita un buen editor y Catalina el amigo incondicional. Puedes ser las dos cosas —insistió Sara.

—Yo creo que no —los interrumpió Benjamin.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Wilson —convino Fernando.

Se quedaron en silencio. Tres voluntades enfrentadas. Fernando se levantó dispuesto a marcharse sintiendo por adelantado la nostalgia del trabajo perdido. Sara le había dado la oportunidad de hacer realidad su deseo de convertirse en editor, de intentar parecerse a su padre, y en cuanto saliera de la librería Rosent pondría punto final a ser quien quería ser. No se engañaba. Nadie iba a contratar como editor a un refugiado español.

—Deberías intentarlo... —En la voz de Sara se reflejaba la obstinación de quien no se rendía fueran cuales fuesen las circunstancias.

Benjamin observó a su mujer. Desde el día en que Marvin le contó que el padre de Fernando había sido editor y le habían fusilado, había decidido ayudarle, y cuando le conoció se reafirmó en su decisión. Veía en Fernando valores que a él se le escapaban. Le había prohijado dirigiéndole en la edición, allanando sus dificultades, enseñándole y dándole una responsabilidad mayor de la que realmente debía darle. No había dejado de preguntarse por la actitud de Sara y la única respuesta que encontraba era que quizá Fernando era el hijo que nunca habían tenido. Él la quería por encima de sus propias convicciones y por más que sabía que era un dislate que Fernando fuera el editor de Marvin, optó por ceder ante ella.

—Piénselo. Hable con Catalina —sugirió Benjamin con un deje de hartazgo.

—Mañana bajaré a abrir la librería... Si no estás, será que has decidido

dejarnos —dijo Sara.

Fernando le relató a Catalina hasta la última palabra que había intercambiado con los Wilson. Ella le escuchó en silencio. Sabía que Fernando no haría nada que pudiera contrariarla y mucho menos que le dejara el sabor de la traición. Necesitaba que ella le absolviera para seguir haciendo lo que tanto ansiaba. Y ella ya le había absuelto. No tenía derecho a pedirle que llevara su lealtad hasta destruirse a sí mismo. Había sido más que generoso con ella. No habría sobrevivido sin él. Si Fernando no hubiera estado a su lado podría haberse perdido para siempre. Le necesitaba, pero no era por egoísmo por lo que iba a decirle que debía continuar en la librería Rosent, sino porque nunca se perdonaría a sí misma lo contrario.

Cuando terminó de hablar, ella se levantó y le abrazó. Fernando se sintió desconcertado, casi incómodo ante aquel gesto inesperado, tanto que no se atrevió a envolverla en su propio abrazo.

Entonces ella le pidió, casi en tono de súplica, que no dejara la librería ni su trabajo como editor. Si lo hacía, ella no se lo perdonaría ni a él ni a sí misma.

—No me ofende que seas el editor de Marvin, ¿por qué debería ofenderme? Lo que hay entre tú y yo es demasiado fuerte y profundo como para que pueda alterarse porque seas su editor. Nunca seréis amigos. Eso lo sé. No podéis serlo, pero eso no quita para que puedas editar sus poemas. Es sólo un trabajo, nada más, por más que me digas que tiene que haber comunicación entre el autor y el editor. Yo no lo creo. No siempre puede ser así. Habrá ocasiones en que sientas esa comunión, pero sería ridículo pensar que sólo puedes editar la poesía que te gusta o a poetas con los que compartas sensibilidad. No, no renuncies al trabajo que tienes. Ni yo te lo pido ni Marvin se merece que te sacrifiques a cuenta de él. Los Wilson nos han ayudado, sin ellos todo habría sido más difícil. Si me he despedido es porque sé de su lealtad a la amistad con Marvin y Farida. Pero que yo deje de trabajar en la librería no tiene importancia. Tú debes continuar adelante. Estamos bien, Fernando. A ti te gusta lo que haces, te has convertido en

un buen editor como lo era tu padre. Y a mí... a mí me gusta este apartamento. Adela parece feliz, aunque le ha costado hacerse con el francés... en realidad continúa mezclando varios idiomas... Y además, estamos más cerca de casa. Ni tú ni yo podemos regresar por ahora... pero ¿quién sabe?, quizá nuestras madres puedan venir a vernos. Buscaré un trabajo, Fernando, y te prometo que no volveré a meter la pata como con Cécile.

Fernando cerró sus brazos en torno a los hombros de Catalina y permanecieron un buen rato con sus cuerpos pegados.

La sala era pequeña pero estaba a rebosar. El profesor Alain Fortier había reunido a los críticos más respetados de los periódicos parisinos. Sara Rosent había decidido que era mejor celebrar un acto íntimo con unos cuantos elegidos. No se lo dijo a Fernando, pero su marido había contratado a unos hombres para impedir que nadie pudiera molestar a Marvin.

De la convocatoria habían dado noticia los periódicos, de manera que Catalina sabía la hora y el día en que se iba a celebrar.

—Prométeme que no darás un escándalo —casi le rogó Fernando cuando le dijo que al día siguiente se celebraría la velada literaria.

—No voy a ir. ¿Crees que voy a poner en peligro tu trabajo? No, no iré a esa velada, pero sí a casa de Marvin. Me quedaré delante del portal hasta que logre hablar con él.

El portero tenía instrucciones de Farida de avisarlos si se presentaba de nuevo la joven española. De manera que desde hacía tres días que en cuanto la veía aparecer llevando de la mano a la niña, él se metía en el ascensor y acudía presto a informar a Farida.

Ella le escuchaba tranquila, instruyéndole para que impidiera que aquella joven pudiera llegar hasta su piso, lo que le agradecía con una buena propina. El hombre contaba con la ayuda de su esposa, que también se apostaba en el portal impidiendo el paso a cualquiera que no viviera en el edificio.

Marvin empezó a sufrir ataques de ansiedad ante el acoso de Catalina, y Farida decidió que en cuanto se celebrara aquella velada organizada por los Wilson dejarían París.

Benjamin Wilson había dispuesto que su coche y su chófer estuvieran al servicio de Marvin y también había contratado a un par de hombres para garantizar que Catalina no se le pudiera acercar. El primer día en que ella intentó entrar en el portal uno de esos hombres le cortó el paso amenazándola con llamar a la policía. A partir de entonces, con Adela de la mano, se conformaba con esperar frente al portal y cuando veía salir a Marvin y a Farida para introducirse con rapidez en el coche, intentaba acercarse, pero era retenida por otro hombre. De nada le valía forcejar ni mucho menos gritar. Marvin ni siquiera la miraba, aunque en alguna ocasión Catalina sí cruzó sus ojos con los de Farida.

Un día vio cómo el chófer salía del portal con un par de maletas y gritó con más fuerza aún.

—¡Marvin! ¡Por Dios, escúchame! ¡Marvin! ¡Ésta es Adela, tu hija, mírala!

Pero él se perdió de inmediato en la profundidad del vehículo, avergonzado por la escena. Algunos vecinos habían comentado lo desagradable que era que cada mañana aquella joven gritara bajo sus ventanas.

Catalina no tardó en saber dónde iba Marvin. El *Herald Tribune* anunciaba su regreso a Londres y ella decidió que le seguiría hasta allí.

Fernando no se opuso. Al contrario. Juntó el dinero que habían ido ahorrando y se lo dio.

—No creo que te vaya mejor que aquí, pero si quieres ir, debes hacerlo.

Adela vomitó durante la travesía. Las olas del Canal parecía que se iban a tragar el barco. Catalina también se sentía mareada pero sabía que no podía permitirse flaquear porque Adela la necesitaba.

El viaje hasta Londres fue más tranquilo aunque Adela, cansada, le había preguntado: «¿Y por qué no podemos quedarnos con papá Fernando?». La niña

llamaba así a Fernando, por más que ella le recordaba que su padre se llamaba Marvin. Pero a Adela tanto le daba. Quería tener un padre al igual que sus compañeras de colegio, y Fernando estaba allí.

En la estación le habían recomendado un pequeño hotel cerca de Oxford Street. Le aseguraron que no cobraban demasiado y las sábanas solían estar limpias.

Catalina no hubiera sabido por dónde empezar a buscar a Marvin, pero Fernando le había indicado que fuera a la librería Wilson&Wilson. Le había aconsejado que fuera cauta, al fin y al cabo aquélla era la principal librería y editorial entre los negocios de Benjamin Wilson.

El hotel era modesto, pero no se hubiera podido permitir gastar una libra más, de manera que se acomodaron de inmediato. El encargado le indicó dónde estaba Wilson&Wilson, asegurándole que era una de las mejores librerías de Londres, además de una reputada editorial de poesía que estaba situada en Bloomsbury junto al Museo Británico. Catalina escuchó paciente las explicaciones del hombre y luego, con Adela agarrada de la mano, se fue en busca de aquel lugar donde quizá podría encontrar una pista para llegar hasta Marvin.

Wilson&Wilson estaba en una hermosa casa de cuatro pisos. El bajo y el primero estaban dedicados a la venta de libros y en las dos últimas plantas estaba situada la editorial y la vivienda de los Wilson, según le explicó una joven alta y delgada, que debía de tener más o menos su misma edad y que le salió al paso nada más verla entrar.

Catalina le dijo que buscaba algún poemario de Marvin Brian y la mujer sonrió.

—Debe saber que no sólo vendemos los libros de Marvin Brian sino que ésta es su casa editorial —le explicó orgullosa.

—Sí... lo sé... conozco al señor Brian.

—¡Vaya, le conoce!

—Nos conocimos en Madrid. Como sabrá por uno de sus poemarios, él pasó parte de nuestra Guerra Civil en Madrid.

—Desde luego... ¿Y qué libro busca exactamente?

—Es para un regalo... No sé... aconséjeme.

—Puesto que usted es española, a lo mejor quiere el *Cuaderno de la Guerra Civil Española*... Claro que también es muy interesante el *Cuaderno Alemán*... ése lo escribió después de la guerra en Europa. Sabrá que se recorrió Alemania visitando alguno de esos campos donde los nazis hacían cosas horribles a los prisioneros. No sé si lo sabe, pero se comenta que él perdió a un amigo en alguno de esos campos alemanes... En mi opinión, es mejor que el poemario español... pero juzgue usted misma.

Catalina había leído *Cuaderno Alemán* y de su lectura se desprendía que había viajado a Alemania después de la guerra, y de repente se dio cuenta de que en realidad había ido en busca de Eulogio. No le cabía duda de que había sido así. La amistad entre ambos siempre le había sorprendido por su solidez e intensidad. No le extrañaba que Marvin hubiera intentado encontrar a Eulogio aunque hubiera fracasado.

Sara le había asegurado a Fernando que su marido no cejaba en ese empeño, pero no le dijo que el propio Marvin estaba implicado en la misma tarea.

La mujer le señaló una estantería donde, en un lugar destacado, estaban los poemarios de Marvin. Luego dejó a Catalina para que curioseara a sus anchas.

Catalina abrió *Cuaderno Alemán* y a continuación echó un vistazo al resto de las obras. Adela, quieta y callada, aguardaba junto a su madre.

Al cabo de un rato se acercó a la vendedora entregándole *Cuaderno Alemán*.

—Tiene usted razón, es extraordinario. Me lo llevó. ¿Podría envolvermelo para regalo?

—Desde luego. Ha hecho una buena elección.

Mientras la joven envolvía con primor el libro de poemas, Catalina esbozó su mejor sonrisa.

—Me gustaría tanto poder saludar a Marvin... ¡Menuda sorpresa le daría!

—Bueno, él tiene una casa a sólo dos manzanas de nuestra librería y, por lo que sé, en estos momentos está aquí. Precisamente el *Times* publicó ayer un

artículo sobre él. Puede que lo conserve... se lo daré.

Dos manzanas. Catalina intentó evitar el temblor de las manos. Marvin se encontraba tan sólo a dos manzanas de aquel lugar.

—Quizá me pase y le deje una tarjeta para saber si podemos encontrarnos — dejó caer con naturalidad.

—Tiene un ama de llaves muy eficiente, estoy segura de que le dará la tarjeta de inmediato.

—¿Y dónde está exactamente la casa, a la derecha o a la izquierda? — preguntó con tono inocente.

—Pues según sale de aquí tuerza a la izquierda, sólo tiene que andar dos manzanas. La casa es de dos plantas y de aspecto señorial.

Cuando salieron a la calle, Catalina tuvo ganas de echarse a reír. Aquella joven tan amable la había ayudado más de lo que se hubiera imaginado.

—¿Te gusta Londres? —le preguntó a Adela.

La niña se encogió de hombros y apenas dejó escapar un leve y resignado «sí».

Siguiendo las indicaciones de la joven de la librería, Catalina no tardó en llegar al edificio en el que suponía estaba el domicilio londinense de Marvin, una casa victoriana de ladrillo rojo a la que se accedía por unas escaleras.

Nerviosa, apretó el timbre. Una mujer gruesa y pulcramente vestida, con un traje negro abotonado hasta el cuello, abrió la puerta. Catalina le dijo que era una amiga del señor Brian y esperaba que la pudiera recibir. La mujer la observó de arriba abajo con disimulo y lo mismo hizo con Adela.

—El señor Brian no está en casa, si quiere usted dejar su tarjeta...

En aquel instante se abrió una puerta tras la cual se veía una inmensa librería y apareció Farida. Catalina no se arredró cuando vio a la egipcia acercarse hacia ella. Al mirarla no pudo más que admitir que Farida era una mujer que caminaba como una reina y que era de una belleza singular que a nadie podía dejar indiferente.

—Mery, yo atenderé a la señorita.

La mujer llamada Mery inclinó la cabeza murmurando un «sí, señora» y con paso rápido salió del vestíbulo.

—Usted es Farida Rahman —aseguró Catalina mientras apretaba la mano de Adela.

Farida asintió sin palabras y con el gesto serio.

—Quisiera ver a Marvin. He venido a Londres para hablar con él.

—Lo siento, pero no se encuentra en casa. Además, como bien sabe, Marvin no desea hablar con usted.

—Ésta es su hija —dijo colocando a la niña delante de ella—. Lo único que quiero es que la reconozca. Sólo eso. No le pido nada para mí; lo que hicimos, hecho está, pero Adela no puede pagar las consecuencias.

Farida la miró sin que su rostro reflejara sus pensamientos. Luego colocó una mano sobre la cabeza de la pequeña a modo de caricia.

—Marvin no hablará con usted. No insista, por favor, y sobre todo no le obligue a adoptar medidas que pudieran ser desagradables... Piense en su hija.

—Si no pensara en ella no me habría presentado aquí. Insisto en que no pretendo nada para mí, sólo quiero que Adela tenga un apellido.

—Señorita Vilamar, le tengo que pedir que se vaya y que no vuelva. En esta casa no es bien recibida. Sería muy desagradable tener que denunciarla. No creo que ni a usted ni a su hija les convenga un escándalo. Marvin ha sido muy paciente con usted, pero su comportamiento escandaloso en París ha agotado su paciencia y ahora... atreverse a seguirle hasta aquí... Por favor, acepte la decisión de Marvin.

—Sólo quiero que me escuche —dijo Catalina con terquedad.

—Por favor, váyase. No me obligue a pedir que la echen de aquí. Y no vuelva, señorita Vilamar, no lo haga. Es inútil que insista en hablar con Marvin.

—No me iré, señora Rahman.

—Entonces no nos deja otra opción que denunciarla.

Catalina dio un paso atrás intentando asumir las palabras que acababa de escuchar. Farida aprovechó para empujarla suavemente y cerrar la puerta.

—Mamá..., mamá, ¿por qué lloras? —Adela se estaba asustando al ver las lágrimas de su madre.

—No llores... no te preocupes.

—Sí que lloras, te estoy viendo —afirmó la niña.

Caminaron un buen rato sin hablar. Cuando llegaron al hotel, Catalina había tomado la decisión de no rendirse.

Volvería a aquella casa de Bloomsbury al día siguiente y cuantos días fueran necesarios.

A la mañana siguiente acudió con Adela ante la puerta de Marvin. Y allí estuvieron hasta que a media mañana él salió con Farida. Un coche los esperaba. Cuando iban a entrar en él Catalina empezó a gritar:

—¡Marvin! ¡Marvin, por Dios, habla conmigo, escúchame!

Algunos transeúntes la miraban perplejos mientras que él, nervioso, entraba en el coche. Farida cerró de golpe la puerta del auto y éste arrancó.

Pero Catalina no se rindió y a pesar del cansancio de Adela, se quedó allí el resto del día.

Ya era tarde cuando el coche volvió a pararse delante de la casa. Al mismo tiempo se detuvo otro vehículo del que se bajaron un par de hombres que flanquearon a Marvin. Catalina comenzó a gritar su nombre para llamar su atención mientras intentaba situarse a su lado; sin embargo, uno de los hombres que acompañaban a Marvin se plantó delante de ella impidiéndole que se acercara.

—¿Señorita Vilamar?

—Sí...

—Soy el detective Morris. He de pedirle que deje de acosar al señor Brian o de lo contrario tendremos que llevarla detenida.

—¿Detenerme? Yo no he hecho nada.

—Desde luego que sí, señorita. Está usted acosando a un ciudadano.

—Él... él me conoce... Esta niña es mi hija, y también es suya.

—Señorita Vilamar, no me interesan sus problemas personales. Si usted tiene

alguna reclamación que hacer al señor Brian, acuda a los tribunales, pero no puede seguirle hasta la puerta de su domicilio y menos provocar un escándalo público. Hay vecinos que se han quejado. Al parecer lleva usted todo el día delante de la casa y eso provoca inquietud. Si persiste en su actitud, me veré obligado a hacer efectiva la denuncia. Eso implicaría que estaría usted detenida hasta la espera de juicio y su hija tendría que ser puesta a disposición de los servicios sociales.

—¿Me está amenazando, señor Morris?

—Desde luego que no. Le estoy informando de que hay una denuncia contra usted, el señor Brian teme por su integridad. Dada su actitud, no sabe si puede usted mostrarse violenta o peligrosa. Usted decide, señorita; vuelvo a insistirle en que cualquier reclamación que tenga que hacer al señor Brian la puede efectuar ante un juez.

—¡Cómo se atreve Marvin a hacer esto a su hija! —exclamó Catalina indignada.

El detective Morris no respondió. Tanto le daban los asuntos sentimentales de aquel poeta y aquella joven. Su superior le había ordenado que los acompañara hasta su casa, habida cuenta de la denuncia que habían interpuesto contra una señorita española que al parecer le perseguía por motivos de los que no le informó. Debía aconsejar a la española que cesara en su empeño de perseguir al poeta o de lo contrario se vería ante el juez. Y eso fue lo que hizo. Esperaba que aquella joven no le obligara a detenerla.

Airada, Catalina le dijo que se iría. Temía que su insistencia pudiera ocasionar que se llevaran a Adela. Y odió a Marvin con tanta intensidad que le produjo una arcada tan profunda que a duras penas pudo controlar.

No dejó de llorar en toda la noche, y al día siguiente, apenas había amanecido, se dispuso a regresar a París, pero con una decisión tomada: no se rendiría.

En París se reencontró con la rutina traducida en la protección que Fernando le ofrecía. Pero su determinación seguía intacta. Volvería a intentar enfrentar a Marvin a la realidad de que tenía una hija ante la que responder. No podía volver

a Londres porque él había presentado una denuncia contra ella, pero Marvin no se quedaría allí para siempre y ella le seguiría a donde quiera que fuera.

La espera se convirtió en tres largos años. Mientras tanto, por mediación de madame Dufort, Catalina encontró trabajo en una academia de música. El dueño, monsieur Girardot, la contrató para que se ocupara de los alumnos más pequeños. El sueldo era magro porque, como le dijo, «querida, usted no posee ningún título».

No fue hasta el mes de junio de 1949 cuando tuvieron noticias de Eulogio.

Fernando nunca olvidaría que eran poco más de las ocho de la tarde y acababa de llegar a casa cuando encontró a Catalina haciendo la maleta. Al día siguiente viajaba a Boston. Marvin y Farida vivían allí. Al menos eso había leído en el *Herald Tribune*; allí informaban de que Marvin Brian iba a dar un curso de poesía en Harvard y que la universidad se había visto desbordada por los estudiantes que querían asistir. Catalina no había dudado en que aquélla era una oportunidad y Fernando no se había sentido con fuerzas para contrariarla.

Adela ayudaba a su madre a doblar la ropa que iban metiendo con cuidado en la maleta. La niña no dejaba de preguntar cómo era América y por qué su padre vivía allí.

Catalina le respondía con monosílabos mientras pensaba en qué sucedería si Marvin la volvía a esquivar y tenía que regresar a París. Acaso no la admitieran otra vez en la escuela de música. Pero sabía que, pasara lo que pasara, Fernando la ayudaría. Era él quien sufragaba el viaje a Boston, a pesar de que habían discutido porque no estaba de acuerdo en que se llevara a Adela. Razonaba que si las cosas iban mal, la niña sufriría. En unos meses Adela cumpliría ocho años

y ya tenía juicio para entender lo que pasaba; además, viajar a Boston interrumpiría el curso escolar. Pero Catalina obviaba estos argumentos. Si el *Herald Tribune* decía que Marvin estaba en Boston, Adela y ella irían a Boston.

Ya estaba a punto de cerrar la maleta cuando el sonido del teléfono los sobresaltó. Fernando se apresuró a responder.

Mientras escuchaba a su interlocutor al otro lado de la línea telefónica su rostro fue reflejando primero alegría, luego preocupación y, por último, angustia. Cuando colgó el teléfono se sentó, en un intento de recomponerse por dentro.

—Pero ¡qué te pasa! ¿Quién era? ¿Qué es lo que te han dicho? —preguntó Catalina preocupada.

—Era Benjamin Wilson... Han encontrado a Eulogio.

—¡Qué alegría! —exclamó ella entusiasmada.

—No... no... Al parecer no está bien...

—¿Está enfermo? —preguntó temiendo la respuesta.

—Ha perdido la cabeza. Eso es lo que le han contado a Wilson, por eso han tardado tanto en dar con él.

Catalina se quedó quieta. No sabía qué pensar ni qué decir.

Adela también se quedó callada, consciente de que algo grave estaba sucediendo.

—No sabía que los Wilson estaban de nuevo en París, creía que seguían en Alejandría —dijo ella.

—Yo tampoco. Acaban de llegar. Wilson me ha citado mañana a las siete. No podré acompañarte al aeropuerto.

—Desde luego que no... En realidad no sé si debo marcharme... Quizá sea mejor que me quede y te acompañe a buscar a Eulogio.

—No... debes ir a Boston. Yo me ocuparé de este asunto.

—Es más importante Eulogio, Marvin puede esperar —respondió sincera.

—Te llamaré, te diré cuanto vaya sucediendo. Pero debes ir a Boston. No te perdonarás no hacerlo. Es una oportunidad.

—Sí, hemos gastado todos nuestros ahorros en los billetes y puede que no

sirva de nada —admitió Catalina.

—Servirá. Me ha costado aceptarlo, pero entiendo que quieras que Marvin al menos reconozca a Adela.

A las seis y media de la mañana del 10 de junio de 1949, Fernando se despidió de Catalina y de Adela. La noche anterior había pedido a monsieur Dufort que tuviera la amabilidad de llevarlas al aeropuerto o al menos buscar un transporte de su confianza.

Cuando llegó a la rue des Rosiers ya eran las siete, y la portera se encontraba limpiando el portal. No se extrañó de verle, ya que en muchas ocasiones Fernando llegaba temprano a la librería antes de abrirla para los clientes. Le gustaba trabajar en el silencio de la trastienda, donde tenía la sala editorial. Pero aquel día no entró en la librería Rosent sino que se dirigió a la primera planta.

Sara le abrió la puerta. Ya estaba vestida y maquillada, y le invitó a pasar al salón. Benjamin estaba sentado leyendo el periódico y se levantó para estrecharle la mano.

Una doncella apareció con una bandeja donde había un servicio de café. Fernando estaba nervioso, ansiaba saber.

—Zahra ha encontrado a su amigo Eulogio. No ha resultado fácil. Estuvo prisionero, trabajando en la fábrica de su campo y allí... bueno, parece ser que se hizo amigo de un hombre que era... —Benjamin no encontró la palabra adecuada.

—Homosexual como él —dijo Sara con naturalidad.

—No eran los únicos. En aquella fábrica había otros hombres como ellos. Naturalmente, ocultaban su condición. Ser homosexual en Alemania era casi tan peligroso como ser judío. Ese hombre del que Eulogio se hizo amigo era francés, René Roche, ingeniero y comunista. Trabajaban en una fábrica cerca de Weimar. Las condiciones de trabajo en aquella fábrica eran poco menos que de semiesclavitud. Eulogio desconocía todo sobre René Roche, pero a éste no se le

había escapado la condición homosexual de Eulogio, así que procuraba ayudarle cuanto podía. En una ocasión en la que Eulogio cayó desmayado por el agotamiento, Roche asumió su carga de trabajo. No sabemos bien lo que pasó... pero parece ser que en la fábrica alguien los señaló como homosexuales y eso los condenó a un castigo mayor: fueron conducidos a Buchenwald. Allí pasaron a trabajar para Gustloff, una fábrica de municiones. Fueron muchas las fábricas alemanas que se surtieron de la mano de obra de los prisioneros. Y las fábricas que dependieron de Buchenwald estaban entre las más importantes. Así que en aquel lugar, cerca de Weimar, de la casa de Goethe, las SS se constituyeron en dueños y señores de miles de seres humanos. Buchenwald no era un solo campo, de él dependían otros.

Benjamin se quedó en silencio mientras bebía un sorbo de su taza de café, dando tiempo a que Fernando fuera encajando cuanto le estaba diciendo.

—En Buchenwald, cuando consideraban que un trabajador les resultaba inservible se deshacían de él en las cámaras de gas, lo mismo que hacían con los judíos. Miles murieron en las cámaras de Bernburg y Sonnenstein. Su amigo Eulogio había enfermado de los pulmones, pero René Roche le aconsejó que lo ocultara cuanto pudiera porque de lo contrario terminaría desapareciendo. Pero lo peor no fue tener que trabajar enfermo, sin apenas comer ni poder descansar. Los médicos de Buchenwald se dedicaban a experimentar. Inoculaban virus a los prisioneros. A muchos les inocularon el tifus. Pero tampoco fue esto lo peor. No se olvide de este nombre: Carl Vaernet.

De pronto se abrió la puerta del salón y la doncella dio paso a una mujer. Fernando sintió una opresión en la boca del estómago. Se puso en pie y se dirigió hacia ella.

—Zahra... —acertó a decir.

Ella le miró sin que su rostro reflejara ninguna emoción especial. Sara la observaba expectante y Benjamin hizo un gesto cediéndole la palabra.

—No, Fernando, no te olvides de este nombre, Carl Vaernet, aunque en realidad su verdadero nombre es Carl Peder Jensen. Danés, hijo de un

comerciante de caballos, estudió Medicina y se especializó en endocrinología; se hizo amigo de Knud Sand, un endocrino que defendía la castración de los homosexuales. Carl Vaernet se dedicó con ahínco a la experimentación para, según él, curar la homosexualidad. Era uno de los científicos favoritos de Hitler y como tal disfrutó de todos los privilegios. Durante un tiempo vivió en Praga, donde se hacía llevar prisioneros que eran homosexuales para sus experimentos. Luego se trasladó a Buchenwald. Le habían nombrado mayor de las SS y allí trabajó en sus experimentos bajo los auspicios del comandante del campo. No te olvides tampoco de este otro nombre: Karl Otto Koch. Un monstruo. Un demonio en forma de humano.

»En la enfermería de Buchenwald se hicieron experimentos que acabaron con la vida de cientos de prisioneros. Los médicos experimentaban y el comandante del campo, Koch, se beneficiaba de esos experimentos. Le apasionaban los objetos hechos con piel humana, su preferido era una lámpara. A su esposa, la terrible Ilse Köhler, le gustaba lucir un bolso, hecho con piel humana, regalo de su marido. Erich Wagner, tampoco te olvides de este nombre, era el médico especialista en arrancar la piel de los prisioneros. Ah, el comandante tenía debilidad por los tatuajes, así que solía revisar a los prisioneros y señalar a los que llevaban tatuajes que le gustaban. El doctor Wagner les inyectaba fenol y luego les rebanaba la piel para que el tatuaje acabara formando parte de la colección de Koch. Pero me estoy desviando de lo que a ti te importa...

Zahra buscó un cigarrillo y lo encendió. Para ese momento Fernando tenía ganas de vomitar y a duras penas soportaba seguir escuchando el relato. No podía concebir que cuanto contaba Zahra fuera verdad. Ningún ser humano podía ser capaz de tamañas monstruosidades. Sintió que estaba temblando y aceptó el cigarrillo que Sara le colocó entre los labios.

—Carl Vaernet experimentaba con los homosexuales que tenía a su disposición en Buchenwald sometiéndolos a auténticas torturas. A algunos los castraba, a otros los esterilizaba, a los más desgraciados les inyectaba hormonas en las ingles o les trasplantaba testículos de chimpancé. A muchos les

implantaba una glándula cargada de testosterona. La mayoría de estos hombres sometidos a esas prácticas brutales no pudieron sobrevivir, y los que lo hicieron... Eulogio fue uno de los últimos con los que Carl Vaernet pudo experimentar... No perdió la vida, pero su mente no logró soportarlo.

Fernando apretó los puños. Sentía una oleada de repulsión e ira.

—¿Dónde está? —preguntó, y su voz denotaba incredulidad, dolor y rabia.

—En un hospital de París. Llegamos a última hora de la tarde de ayer. No fue fácil dar con él... Llevo meses detrás de su rastro... Pero es casi imposible encontrar a un hombre sin identidad, a un hombre que no sabe quién es...

—Así que has sido tú quien le ha encontrado... —murmuró Fernando.

—Sí, llevo meses viviendo en Alemania, yendo de un lado a otro, visitando campos, repasando los ficheros elaborados por los jefes de cada uno de ellos... hablando con los supervivientes...

Zahra se apartó un mechón del rostro como si necesitara colocar su mano sobre la mirada para borrar cuanto había visto. Fernando pudo apreciar que había cambiado; la vida le había dejado un reguero de pequeñas arrugas en su frente y la comisura de sus labios había adquirido un rictus de amargura. Y pensó que ella nunca se repondría de cuanto había visto en aquel peregrinar por la Alemania superviviente.

—Iremos a verle. Pero tienes que hacerte a la idea de que no te reconocerá, que apenas emite sonidos... Quién sabe dónde está su mente... —dijo Sara, apretando la mano de Fernando.

—¿Y Anatole? ¿Él sabe...?

—Le he llamado y le he explicado lo sucedido. Llegará esta tarde desde Lyon. Pero debemos ser realistas. No sería justo pedirle a Anatole Lombard que se haga cargo de Eulogio. Es un hombre joven y aunque tuvieron una relación, no sé si fue lo suficientemente importante como para decirle ahora que debe llevarse a Eulogio. —Benjamin se expresó con frialdad, la misma que a Fernando tanto le irritaba.

—Eulogio me tiene a mí... No se me ocurriría pedirle a nadie que se hiciera

cargo de él. Pero... bueno, quizá le haga bien ver a Anatole... ha sido muy importante para él...

—Creo, Fernando, que lo más adecuado sería que su madre asumiera esa responsabilidad. Nadie mejor que ella para cuidarle. —Sara habló con voz tranquila, intentando que Fernando asimilara cuanto estaba escuchando.

—¿Piedad? ¿Y cómo va a hacerlo? —preguntó desconcertado.

—Queríamos consultártelo antes de hacer nada. Creemos que lo más sensato sería hacerla venir a París y que ella se lo llevara a España. Naturalmente, la ayudaríamos... No puede viajar sola con Eulogio tal y como está... Buscaríamos una enfermera, alguien que los acompañe en el tren hasta Madrid... —Sara miraba fijamente a Fernando.

—Piedad... ¡pobrecilla! ¡No se merece tanto sufrimiento! —dijo él hablando consigo mismo.

El coche de Benjamin los estaba esperando en la puerta. Esa mañana la librería Rosent no abriría sus puertas.

Cuando llegaron al hospital de la Pitié-Salpêtrière, los Wilson y Zahra se encaminaron con paso decidido hacia las escaleras. Parecían seguros de adónde iban.

Llegaron a una sala donde una enfermera les salió al paso. Benjamin no le dio opción: venían a visitar a un enfermo español, Eulogio Jiménez. Le habían ingresado la noche anterior y tenían permiso del doctor Courtois para visitarle en cualquier momento. Podía comprobarlo.

La enfermera consultó con otra compañera, una mujer mayor que parecía ser la encargada de aquella sala. Después los dejó pasar.

Eulogio estaba en la cama y Fernando protestó airado al ver que lo tenían atado. Unas cinchas de cuero le mantenían inmóvil.

—Pero ¡qué es eso! ¡Que le quiten eso inmediatamente! —No esperó a que nadie lo hiciera, sino que él mismo intentó liberar a su amigo.

—¡Estese quieto! —La enfermera hizo ademán de sujetarle.

—Mi amigo no es un animal... No consentiré que le traten así. Me lo llevo ahora mismo... ¡Dios mío, qué horror!

La enfermera no logró detener a Fernando, pero una de sus compañeras había ido en busca del doctor Courtois, quien nada más llegar se dirigió a él enfadado:

—¡Cómo se atreve! Ahora mismo se marchará usted de aquí y daré la orden de que no le dejen entrar.

Pero Benjamin Wilson puso la mano sobre el brazo del médico y le habló con voz firme:

—Disculpe, doctor, pero ha de comprender nuestra sorpresa al ver atado a nuestro amigo. Usted mismo, cuando le examinó ayer, aseguró que no constituía ningún peligro... Y la señorita Nadouri —y señaló a Zahra— viajó con él y una enfermera desde Alemania sin que les causara el menor problema. De manera que va a permitir que nos lo llevemos. Supongo que ya tendrá un diagnóstico y nos dirá qué debemos hacer.

Las palabras del librero no habían sido dichas para convencer al médico, sino para dejarle claro que harían lo que habían venido a hacer.

El doctor Courtois se midió con la mirada de Benjamin Wilson, luego pareció encogerse de hombros y ordenó a la enfermera que prepararan a Eulogio. Después les pidió que le acompañaran a su despacho, donde sin más preámbulo le tendió el informe médico a Benjamin. Éste leyó por encima y levantó la vista.

—Sí, lo que está leyendo es definitivo. Jamás recuperará la cordura. Su mente se ha refugiado en no sé qué profundidades para poder resistir. No sabemos si reconoce, tampoco si escucha... Por ahora es incapaz de articular palabra.

—¿Y en el futuro? —preguntó Fernando, sintiendo un dolor insoportable en el pecho.

—La realidad es que aún sabemos muy poco de la mente humana. Pero en mi opinión... bueno, es lo que dice el informe, no creo que monsieur Jiménez vuelva a ser el que conocieron. ¿Puede experimentar alguna mejoría? No me atrevo a predecir ese extremo. Quizá en un ambiente tranquilo, rodeado de personas que le quieren... Pero es una posibilidad remota —respondió el

médico.

—Pero a mí me ha reconocido —aseguró Fernando.

Tanto los Wilson como el doctor Courtois le miraron con tanta incredulidad como benevolencia, pero no le respondieron.

—Sé que me ha reconocido —insistió Fernando.

Una hora más tarde, acompañados por una enfermera, de nombre Paulette Bisset, que empujaba la silla de ruedas, Eulogio salió del hospital. Fernando había colocado su mano sobre el hombro de Eulogio y caminaba acompasando su paso al de la silla de ruedas. Los Wilson y Zahra los seguían en silencio. No fue fácil introducirle en el coche y mucho menos acomodarse todos, de manera que Benjamin volvió a hacerse cargo de la situación ofreciendo coger un taxi junto a Sara.

—No hemos hablado de adónde vamos a llevarle...

—Le llevaré a mi apartamento. Catalina no está... Se ha marchado de viaje y estará unos días fuera.

—Si no recuerdo mal, tiene dos habitaciones... —preguntó más que afirmó Sara.

—Así es —admitió Fernando.

—Entonces la enfermera Bisset podrá instalarse con vosotros hasta que la madre de Eulogio llegue a París —intervino Zahra.

—Lo mejor es que hablemos de todo esto en el apartamento —terció Fernando.

Catalina había dejado la casa recogida y con un ramo de flores silvestres en un jarrón colocado sobre la mesa del salón y una nota para Fernando. Él se la guardó en el bolsillo para leerla cuando estuviera solo.

Eulogio se dejaba hacer. De sus labios no salía ni una palabra, pero se le veía tranquilo. Sus ojos parecían perdidos.

—¿Le acostamos o puede estar sentado? —le preguntó Fernando a la enfermera.

—Bueno, yo creo que puede estar levantado salvo que él haga ademán de querer acostarse. Quizá podríamos sentarle junto a aquella ventana.

Y así lo hicieron. Fernando le indicó a la enfermera que podía dormir en la habitación de Catalina. Trasladarían la cama de Adela a la suya y él dormiría con su amigo.

Sara y Benjamin no tardaron en llegar. Debían decidir qué hacer con Eulogio. Sara fue la primera en hablar:

—Lo más sensato es que su madre se haga cargo de él. Es lo que ella querrá; tú no puedes darle los cuidados que necesita. En cuanto a ese amigo suyo de Lyon, Anatole Lombard, no debemos pedirle que asuma la responsabilidad de ocuparse de Eulogio aunque se ofrezca a ello. Tiene que ser su madre quien tome la decisión que crea más conveniente.

—En cuanto llegue al despacho llamaré a Madrid para que contacten con su madre y le expliquen lo sucedido, ofreciéndole un billete de tren para venir a París —anunció Benjamin.

—No... no, no deben decirle cómo está Eulogio. Que le digan que está enfermo y la necesita, pero que no le den detalles. Imagínese la angustia hasta que pueda verle. Yo... Prefiero ser yo quien hable con ella antes de que le vea. Usted podría hacerle llegar con rapidez una carta. —Fernando sabía que para Piedad encontrar a su hijo en aquel estado sería un golpe difícil de encajar.

—Entonces, si estamos de acuerdo, haré las gestiones hoy mismo para traer a doña Piedad cuanto antes —resumió Benjamin Wilson.

—Y no te preocupes por la librería, quédate con Eulogio hasta que llegue su madre. Yo me haré cargo de todo. Será como regresar a los días de mi juventud —le dijo Sara, esbozando una sonrisa.

Zahra había permanecido en silencio. Escuchaba atenta sabiendo que no era ella a quien le correspondía siquiera opinar sobre el futuro de Eulogio. Pero cuando los Wilson se marcharon, se quedó en el apartamento.

—Te echaré una mano —le dijo, excusándose por su decisión.

—Gracias, pero creo que con la señorita Bisset me las arreglaré.

—Desde luego... —Zahra pareció dudar antes de seguir hablando.

Fue la enfermera la que los interrumpió recordándoles que había pasado la hora del almuerzo y el enfermo necesitaba comer. Zahra se ofreció a cocinar algo y Fernando no puso objeción. En la nevera había una olla con puré de verduras y algo de carne.

Al principio Eulogio se resistió a comer. Se negaba a abrir la boca, pero Fernando se sentó a su lado y con paciencia logró que poco a poco tomara unas cuantas cucharadas de puré. No fue mucho, pero al menos tendría algo en el estómago.

Eulogio tenía la mirada fija en la pared y movía la cabeza compulsivamente sin emitir sonido alguno. La enfermera le hablaba con suavidad y cuando escuchaba su voz parecía tranquilizarse.

Zahra ayudó a Fernando a preparar las habitaciones y aprovechó esos pocos minutos en que estuvieron a solas.

—Sé que no es el momento, pero ¿recuerdas que te dije que algún día te pediría que me ayudaras a acabar con Ludger Wimmer?

Fernando tuvo que rebuscar en la memoria aquel nombre... Ludger Wimmer. Y recordó que era el socio del padre de Zahra, el hombre que la acusó de asesinato y que hizo que la encerraran en un psiquiátrico, donde la violó.

Había borrado aquel recuerdo de su mente de tanta inquietud como le provocaba. Bastante tenía con vérselas con los fantasmas de Roque y Saturnino Pérez, los asesinos de su padre, para dar cobijo a otros desalmados.

Pero allí estaba Zahra, recordándole su compromiso de ayudarla a matar a aquel hombre.

Ella había buscado a Eulogio por toda Alemania hasta encontrarle y le había devuelto a su amigo, vivo de cuerpo pero muerto de mente. Ahora le tocaba a él hacer su parte.

—Sí, lo recuerdo —admitió Fernando.

—Durante el tiempo que he pasado en Alemania no he dado con él. Sólo he logrado saber que desapareció nada más terminar la guerra. Quizá incluso se

marchó antes de que cayera Berlín. Era lo bastante listo para saber que había dejado demasiados testigos de su connivencia con los jefes nazis y que el «Amanecer Rosa» era un nido de depravación de las SA primero y de las SS después. Tenía demasiados amigos entre los asesinos. Le debían y debía favores. Cualquiera podía señalarle. Sin embargo, aunque se haya esfumado, le encontraré.

—Puede haber muerto —dijo Fernando.

—No. Está vivo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó molesto por una afirmación que no dejaba lugar a que fuera cuestionada.

—Sé que está vivo.

—¿Y dónde crees que se oculta?

—Tengo una pista... Cuando me marche de París la seguiré. También tengo que encontrar a otra persona. Un encargo de nuestro amigo Benjamin. Hay mucha gente desaparecida.

—Sí, supongo que el negocio de Wilson irá viento en popa —respondió Fernando con un deje de rencor.

—Benjamin no te cae bien... no le perdonas que te metiera en sus asuntos... Pero no debes juzgarle. Es una buena persona y lo que hace es ayudar a los demás.

—Y cobrar por esa ayuda.

—Sí, claro, pero no siempre. Hay personas que han acudido a él desesperadas y sin tener con qué pagarle y él no les ha cerrado la puerta; ha asumido los gastos y ha hecho cuanto ha podido.

—Si tú lo dices...

—Sí, yo lo digo. ¿Quién crees que ha pagado todos los gastos para que yo diera con Eulogio? ¿No te lo has preguntado? Pues ha sido él. Y lo ha hecho por ti, sin esperar nada a cambio. ¿Qué podía importarle a él Eulogio? Apenas le conocía. Pero Sara le transmitió tu preocupación, y ya ves... He estado un año buscando a tu amigo. No te engañaré, además he buscado a otras personas, pero

cada vez que creía tener una pista sobre Eulogio, por disparatada que fuera y por mucho que costara, la seguí porque Benjamin me respaldaba. Sí, Fernando, buscamos gente, pero no es sólo un negocio, no lo has terminado de entender.

Fernando se sintió incómodo. No quería reprochar nada a Zahra, pero tampoco podía dejar de desconfiar en Benjamin. Aquel hombre le había manipulado utilizándole a su conveniencia, y eso no se lo perdona. Había vuelto a empuñar un arma y a disparar a causa de él. No, no podía olvidar el viaje a Praga, cuando se jugaron la vida por aquella chica... ¿Cómo se llamaba? Jana, sí, Jana Brossler. Se jugaron la vida por salvar la de ella.

—No quiero discutir contigo —repuso Fernando.

—¿Y por qué habrías de hacerlo? Claro que la verdad en ocasiones nos molesta. Y te diré que deberías estar agradecido a Benjamin.

Fernando se puso tenso y fijó su mirada en la de Zahra, que se la sostuvo desafiante.

—¿Y qué es lo que tengo que agradecerle? ¿Que se aprovechara de mí? ¿Que me mandara a una misión absurda en el desierto poniendo en peligro mi vida? ¿O que hiciera creer a vuestros amigos que yo era tu *chevalier servant*? ¿Le agradezco también que nos enviara a Praga a por aquella chica? Dime, ¿todo eso se lo tengo que agradecer...?

La mirada de Zahra estaba cargada de decepción y a él le dolió.

—Marvin Brian les contó a Sara y a Benjamin la historia de tu padre y les pidió que te contrataran. Bueno, en realidad se lo pidió Farida. A Sara le conmovió saber que eras hijo de un editor, de un hombre de letras fusilado por los franquistas, y no dudó en ayudarte, naturalmente, porque su marido también lo quiso. Los Wilson os tutelaron durante vuestra estancia en Alejandría, ¿o es que crees que allí sólo Catalina podía enseñar piano a las niñas de la buena sociedad?

»Los Wilson te convirtieron en lo que eres, en editor, en lo que tu padre habría querido que te convirtieras. Incluso cuando te plantaste ante Benjamin y le dijiste que nunca más contara contigo para *buscar gente*, él no prescindió de ti.

Cuando quisiste dejar Alejandría y venir a París, te ayudaron a hacerlo recomendándote a los Dufort, que se convirtieron en tus caseros y te ayudaron a dar los primeros pasos. Los Wilson también pusieron en tus manos la librería Rosent, confiándote, además, la edición de su colección de poesía. Les debes mucho, Fernando. Todo lo que ahora eres.

No discutió con ella. En realidad, no le importaba lo que decía. Le dolía demasiado el estado de Eulogio para albergar cualquier otro sentimiento. Y aunque no podía evitar seguir estremeciéndose cuando la sentía cerca, habría preferido que fuera Catalina quien compartiera con él ese momento. Ella le habría comprendido.

Junio llegaba a su fin. El sol no había aparecido aquella mañana. El cielo de color plomizo presagiaba lluvia y la brisa producía escalofríos.

Fernando había llegado temprano a la estación y, nervioso, no había dejado de ir de un lado a otro del andén.

El tren entró lentamente mientras su locomotora exhalaba un humo grisáceo. Se quedó muy quieto aguardando a que se abrieran las puertas. Los viajeros, con gesto cansado y los ojos enrojecidos por el sueño, comenzaron a arrastrar sus maletas por el andén buscando ávidos a los amigos y familiares que pudieran estar esperándolos. Él permanecía atento, desviando la mirada de uno a otro pasajero, y empezó a inquietarse. De repente la vio. Estaba junto al tren, nerviosa e impaciente, buscando con la mirada hasta que el alivio se reflejó en sus ojos cuando sus miradas se encontraron. Caminó deprisa hacia ella.

—¡Piedad! —la llamó levantando la mano.

La abrazó con fuerza y ella se dejó mecer en el abrazo como si fuera un anticipo del que esperaba de su hijo.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal el viaje? —le preguntó.

—Qué alegría verte, Fernando... ¿Y mi hijo? —quiso saber ella.

—Te llevo con él ahora mismo —respondió Fernando, esquivando la

respuesta.

—No comprendo nada... Un hombre se presentó en casa y...

Pero Fernando no la dejó proseguir. Cogió su maleta con una mano y con la otra la agarró del brazo guiándola para salir de la estación.

—Vamos... vamos... Mira, tenemos que hablar. Sé que estarás muy cansada y deseando ver a Eulogio, pero antes tenemos que hablar.

Ella asintió sin poder evitar que aumentara la opresión que sentía en el corazón.

Salieron de la estación y se dirigieron a un café cercano. Fernando pidió dos cafés y cruasanes.

—Tendrás hambre.

—Estoy cansada, pero sobre todo angustiada. ¿Por qué no me llevas con Eulogio? ¿Qué es lo que le pasa?

—¿Qué te explicaron en Madrid? —quiso saber él.

—Ya te he dicho que un hombre se presentó en mi casa. Me dijo que venía de parte de amigos y que me ayudaría a obtener el pasaporte para venir a París a reunirme con mi hijo. Puedes imaginar que me quedé conmocionada. No sabía quién era ese hombre. Si no me hubiera dado tu carta creo que le habría echado. Pero tú me decías que me fiara de él y que siguiera sus instrucciones. Fue lo que hice. Me entregó un billete de tren y... Debe de ser una persona importante, porque apenas tardaron cinco días en darme el pasaporte. Tú me decías en la carta que Eulogio me necesitaba y que era imprescindible mi presencia en París.

»Se lo conté a tu madre y ella... bueno, ella quiso acompañarme. Insistió en hacerlo pensando que te encontraría aquí. También se lo conté a Asunción. Ella no podía plantearse venir puesto que tiene que cuidar de Ernesto, pero me dio una carta para Catalina. ¿Está aquí contigo?

—No, en realidad no... Pero eso no es ahora importante. Verás, quiero contarte cómo está tu hijo antes de que le veas.

No le ahorró detalles sobre el estado de Eulogio, aunque obvió relatarle la fuga y el viaje a Alejandría. Centró su relato en la estancia de Eulogio en

Francia, en su pertenencia a la Resistencia, en cómo había sido enviado a Alemania y lo que había sufrido en los campos.

Piedad escuchaba en silencio sin poder contener las lágrimas. Sentía en su propia carne el dolor por el que había pasado su hijo.

—Gracias a unos amigos le hemos podido encontrar. En los campos, los médicos nazis experimentaban con algunos prisioneros. Podían hacer con ellos lo que quisieran. Su vida no valía nada.

—¿Experimentar? —Piedad se sobresaltó—. Pero me has dicho que lo llevaron a un campo de trabajo, a una fábrica de municiones...

—Sí... y allí... Bueno, había otros presos, hombres que...

—Qué...

—No sé cómo decírtelo... Eulogio... Eulogio...

—¡Por Dios, Fernando, dímelo ya!

—Eulogio se enamoró durante su estancia en Lyon. Fue un amor intenso, generoso, total. Él... bueno, él se sintió libre de dar rienda suelta a sus emociones, a sus gustos, a su verdad.

—¿Por qué no me dices claramente lo que ocurre?

—Se enamoró de un hombre. Lo siento —dijo Fernando, y bajó la cabeza avergonzado.

Piedad se pasó la mano por el rostro y suspiró antes de hablar.

—Así que por fin lo aceptó —dijo con un hilo de voz.

—¿Qué dices? —preguntó Fernando desconcertado.

—¿Crees que yo no sabía lo que le angustiaba a mi hijo? ¿De verdad piensas que a una madre se la puede engañar? Eulogio luchaba contra sí mismo y... nunca me perdonó que cuando era un adolescente yo le dijera que tenía que ser sincero respecto a lo que sentía, que no debía vivir avergonzado. Pero él... bueno, me negó lo que yo veía y a partir de aquel momento nunca más se sintió cómodo conmigo porque yo sabía... Era su secreto más íntimo y no quería compartir con nadie, tampoco conmigo, lo que le torturaba. Mi marido se negaba a aceptarlo, me decía que eran imaginaciones mías y se enfadaba cuando le

insistía sobre el sufrimiento de nuestro hijo. Como sabes, Eulogio quería sobre todas las cosas a su padre y sabía que para él habría supuesto una decepción su homosexualidad. De manera que me fue imposible ayudarle. ¿Sabes por qué nunca se llevó bien con Catalina, por qué le tenía manía?

—Tenían caracteres diferentes —respondió por decir algo.

—No, no era una cuestión de carácter. Eulogio estaba enamorado de ti, y Catalina era su rival. Él sabía que tú no tenías sus mismas pulsiones y que si te enterabas seguramente romperías vuestra amistad. Pero aun sabiéndote imposible, no podía dejar de aborrecer a Catalina. Ya ves, tú te fugaste con ella y él se fugó contigo a pesar de ella.

Fernando sintió que el calor se apoderaba de su rostro. No podía encajar lo que acababa de oír. Sus sentimientos se mezclaron entre la piedad y el rechazo. De repente su amistad con Eulogio adquiría una dimensión desconocida. Piedad se dio cuenta de su incomodidad y temió que aquella revelación llevara a Fernando a rechazar su amistad con Eulogio.

—¿Quién es el hombre del que se enamoró? ¿Le quiso él también?

Fernando no era capaz de encontrar las palabras para responder a Piedad. Ella lo había sabido siempre y lo único que parecía preocuparle era el sufrimiento que eso le había ocasionado desde adolescente.

Pero no se lo reprochaba. No la juzgaba.

—Es francés... se llama Anatole Lombard y, como te he dicho, vive en Lyon, aunque cuando le llamé para decirle que Eulogio había aparecido no ha dudado en venir a verle. Ahora le conocerás. Es por eso por lo que quería prepararte...

—Dime cómo está Eulogio —le reclamó ella.

—En el campo de Buchenwald había un médico llamado Carl Vaernet que experimentaba para curar la homosexualidad. Los prisioneros homosexuales pasaban a depender de su voluntad. A unos les implantaba testículos de chimpancé, a otros hormonas, o los castraba y esterilizaba...

—¡Calla! —gritó ella, intentando despejar las lágrimas.

—Lo siento... yo... Eulogio fue víctima de sus experimentos. Sobrevivió,

otros no lo hicieron... Su cuerpo está aquí, pero su mente está perdida... No habla, el médico dice que no reconoce, tiene la mirada ausente... y... llora, de vez en cuando llora en silencio. Aprieta los labios y los nudillos de la mano y llora entre convulsiones.

—Llévame con él, por favor —casi le suplicó.

Cuando llegaron al apartamento, la enfermera les abrió la puerta. Anatole estaba sentado junto a Eulogio con un libro entre las manos y leyendo en voz alta. Piedad se quedó quieta observando a su hijo inmóvil mientras ella reconocía en la voz de Anatole la «Canción de Otoño» de Verlaine.

El corazón me hieren

Con languidez

Monótona

Los infinitos suspiros

De los violines

Del otoño.

Cuando llega

Esa hora, febril

Me siento, y angustiado

Recuerdo

Mis días pasados

Y lloro.

Me arrastran

Malos vientos

De un lado

A otro empujándome

Como una hoja

Muerta.

Anatole Lombard levantó la mirada para encontrarse con la de Piedad. A Fernando le pareció que ambos hablaban a través del silencio.

—Piedad, éste es Anatole...

Él cerró el libro y se levantó tendiendo la mano a la mujer. Se la estrecharon con rapidez. Después se apartó para que se acercara a su hijo.

Ella abrazó el cuerpo inerte de Eulogio. Le acarició el cabello, le besó suavemente y susurró palabras que ni Fernando ni Anatole alcanzaban a escuchar. Eulogio se dejaba hacer sin que su rostro delatara emoción. Su mente habitaba en otros confines.

La enfermera se acercó presentándose.

—*Madame*, soy Paulette Bisset, cuido de su hijo.

Piedad asintió sin dejar de acariciar el rostro de su hijo. Las lágrimas le corrían por el rostro sin que intentara retenerlas. De repente Eulogio fijó su mirada perdida en la de ella, pero no hizo ningún gesto, ningún movimiento que indicara que la había reconocido. La mirada seguía vacía.

Fernando salió del salón porque no se sentía capaz de aplacar el llanto. El dolor silencioso de Piedad le resultaba insoportable. Tardó unos segundos en recomponerse y regresar.

—Deberías descansar un rato, o al menos querrás asearte —dijo dirigiéndose a Piedad.

—Lo único que deseo es abrazar a mi hijo, pero tienes razón, llevo un día entero viajando y necesito asearme. Descansar no, ya habrá tiempo.

Cedió su lugar a Anatole y se dejó guiar por Fernando hasta la habitación que ahora ocupaba con Eulogio.

—Dormirás aquí con Eulogio, yo lo haré en el sofá del salón.

Ella no protestó. Lo que más ansiaba era estar cerca de su hijo. Fernando había colocado la maleta sobre la cama y ella la abrió para sacar algunas prendas.

No tardó más de media hora en regresar al salón. La enfermera estaba sentada

junto a Eulogio mientras que Anatole y Fernando hablaban en voz baja.

—Pareces otra, pero deberías secarte mejor el pelo —dijo Fernando por decir algo.

El cabello de Piedad aún estaba mojado y ella esbozó una sonrisa. Poco le importaba no haberlo secado adecuadamente. Se sentía ligera después de la ducha.

—¿Podemos hablar? —le pidió Anatole.

Asintió y se sentó junto a Fernando. Cruzó las manos sobre el regazo y aguardó.

—Como ya le han explicado, soy un buen amigo de Eulogio. No le diré que mi sufrimiento es como el suyo, pero créame que siento profundamente verle en este estado. Yo... yo le he querido, le quiero, y siento no tener en mis manos el poder para hacer que vuelva a ser el que fue. Supongo que se lo llevará a España y, si usted me lo permite, me gustaría visitarle en alguna ocasión... Soy profesor, así que tendría que ser en período de vacaciones... Naturalmente, le escribiría previamente.

Piedad escuchaba con atención. Le hubiera gustado sentir simpatía por aquel hombre atractivo del que su hijo se había enamorado, pero en realidad le culpaba de la mala suerte de Eulogio. ¿Por qué se habían llevado a su hijo en vez de a él? Era un reproche irracional, lo sabía, pero no pudo evitarlo.

—Sí, escíbame... Supongo que no habrá inconveniente en que pueda visitarle —respondió sin comprometerse demasiado.

—He esperado a que usted llegara para conocerla. Hoy mismo regreso a Lyon. Llevo varios días en París. Cuando me llamaron para decirme que habían encontrado a Eulogio me vine inmediatamente, y aquí he estado junto a él, aunque ni siquiera sé si sabe que estoy aquí.

—Los médicos dicen que, como defensa frente al sufrimiento ilimitado al que fue sometido, su mente procuró separarse de su cuerpo hasta perderse quién sabe dónde —intentó explicar Fernando.

—Ya... ya me lo has dicho... —asintió Piedad.

—Quizá algún día vuelva entre nosotros —se atrevió a decir Anatole.

Ella clavó sus ojos en los suyos y su mirada era la de una loba a punto de atacar. ¿Cómo se atrevía aquel hombre a intentar consolarla con una esperanza vana?

—Los milagros existen —insistió Anatole.

—Tiene usted suerte de creer en ellos —respondió Piedad con desdén.

—Bien... Mi tren sale a primera ahora de la tarde y antes quisiera pasar a visitar a un amigo... me despido ya...

Anatole se había puesto en pie y Fernando se apresuró a hacer lo mismo. Piedad se levantó lentamente y, sin tenderle la mano, se limitó a decirle: «Espero que tenga un buen viaje, señor Lombard», luego se dio media vuelta para sentarse junto a su hijo. Cogió las manos de Eulogio entre las suyas y eso pareció reconfortarla. Anatole se acercó a Eulogio y le besó en la frente. Después se marchó sin decir una palabra más.

Piedad había insistido en conocer a Zahra. Quería ver el rostro de la mujer que le había devuelto a su hijo. Fernando le había hablado de ella sin darle demasiados detalles sobre quién era ni a qué se dedicaba. Pero a Piedad todo eso le sobraba. Sólo quería conocerla.

Zahra los visitó dos días después de la llegada de Piedad. Aquella tarde de junio la lluvia envolvía París.

Las dos mujeres simpatizaron de inmediato. Piedad abrazó espontáneamente a Zahra y ella se dejó fundir en aquel abrazo cargado de agradecimiento. Luego hablaron con sinceridad. Zahra le explicó detalles desconocidos de los crímenes cometidos por los nazis y de la vergüenza que le inspiraban los vencedores, que parecían ansiosos por enterrar cuanto antes lo sucedido. Zahra se lamentaba de que en Núremberg no se hubieran sentado todos los asesinos de aquel infierno dirigido por Hitler. «El juicio sirvió como catarsis, pero millones de culpables seguirán con sus vidas sin que la justicia siquiera los roce», aseguró Zahra con

rabia. «El mismísimo torturador de Eulogio, Carl Vaernet, ha desaparecido», contó Zahra a Piedad, añadiendo que «en realidad le han permitido desaparecer». Y relató con la voz cargada de ira que «a Vaernet primero le llevaron a un campo en Dinamarca, pero logró escapar, o mejor dicho, le ayudaron a escapar». En un tono de voz más bajo y como hablando para sí misma, continuó diciendo: «Una de las mayores vergüenzas es que muchos de los experimentos de los científicos y médicos que trabajaron para Hitler han despertado el interés de... bueno, de los vencedores. Muchos de ellos están siendo protegidos y dotados de una nueva identidad. Quizá Vaernet sea uno de ellos».

Fernando escuchaba atónito las palabras de Zahra. Pensó que estaba ofuscada. ¿Cómo podrían quienes habían vencido a Hitler salvar a algunos de los monstruos que habían trabajado para él? No, pensó que no podía ser cierto y que seguramente Zahra especulaba demasiado porque en su alma anidaba el odio.

Zahra seguía hablando, explicando a Piedad lo difícil que había sido encontrar a Eulogio y cómo había dado con él en una institución para dementes.

Él asistía a la conversación entre las dos mujeres sin atreverse a interrumpir. Había una comunicación entre ellas de la que no podía participar.

Ya había caído la noche cuando Zahra se despidió de Piedad. Él insistió en acompañarla y ella aceptó.

Caminaron un buen rato sin apenas decir palabra. Ella se había agarrado a su brazo y ambos podían sentir el calor del cuerpo del otro.

—Es una mujer valiente —afirmó Zahra.

—¿Piedad? Sí, sí que lo es. Ha sufrido mucho.

—¿Cuándo se marchan?

—Pasado mañana. Paulette los acompañará hasta Madrid y se quedará unos días. En realidad Piedad no quiere que los acompañe la enfermera, pero yo le he insistido. Es mejor que no vaya sola en el tren, son muchas horas de viaje y quién sabe cómo podría reaccionar Eulogio.

—Ojalá reaccionara de alguna manera... Yo le traje desde Alemania, y he de decirte que no causó el menor problema. No está aquí, Fernando, él no está aquí.

Es un cuerpo inerte que se deja hacer.

—Pero el médico dijo que con las enfermedades de la mente nunca se sabe. Yo no estaría tranquilo si Piedad no contara con algún apoyo durante el viaje.

—¿Y tu madre?

—Piedad me ha traído una carta. Está deseando verme. Me pregunta si puede venir a París...

—¿Vendrá?

—Aunque no hay nada que desee más en el mundo que ver a mi madre, prefiero que no venga.

—Tienes miedo.

—¿Miedo? ¡Qué cosas dices! ¡Cómo voy a tener miedo de mi madre!

—Tienes miedo de tener que explicarle la verdad de por qué te fuiste.

Zahra tenía razón y Fernando no se lo discutió. No, no se sentía capaz de mirarla a los ojos y confesarle que había matado a aquellos hombres. Los fantasmas de Roque y Saturnino Pérez no dejaban de visitarle. El paso del tiempo no había disipado su presencia, sino que padre e hijo desde el más allá se complacían en atormentarle.

Quería a su madre sobre todas las cosas y sabía que si la tenía enfrente no sería capaz de mentirle, pero también sabía el dolor y la decepción enormes que le provocaría saber que su hijo se había convertido en un asesino. ¿Cómo iba a vivir ella con esa carga? Su madre creía en Dios y si bien había dejado de creer en la justicia de los hombres, sí creía en la justicia divina, de manera que estaba convencida de que Roque y Saturnino serían castigados por el Altísimo. Pero saberle responsable de sus muertes... No, eso la destrozaría. Así que prefería no verla porque, si lo hiciera, no podría engañarla.

—No hay nada que tu madre no pueda comprender —insistió ella.

Fernando apretó los labios y no respondió.

Caminaron un buen rato aparentemente sin rumbo, pero de repente Zahra se detuvo delante de un pequeño hotel en Montparnasse. Ella no se soltó de su brazo y él la siguió. La habitación era amplia y cómoda. Sobre la cama la maleta

estaba abierta, aunque con la ropa de ella doblada. Él la cerró y la colocó en el suelo.

—Yo también me voy —susurró Zahra.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Volverás?

—Te llamaré cuando encuentre a Ludger Wimmer.

Fernando se despertó sobresaltado. La luz empezaba a filtrarse a través de la ventana. Deslizó la mano por la cama y sintió el vacío. Se levantó de un salto notando la ausencia de Zahra. La maleta había desaparecido y también la ropa que vestía el día anterior y que había ido cayendo por el suelo de la habitación. Se enfadó consigo mismo por no haberse dado cuenta de que ella se había ido. ¿Cómo era posible? Se le hizo un nudo en el estómago mientras se vestía a toda prisa.

El recepcionista le informó de que la *señorita* se había ido hacía poco más de una hora y de que la habitación estaba pagada.

Cuando llegó al apartamento, Piedad estaba peinando a Eulogio. Él se dejaba hacer, sentado muy quieto, mientras la enfermera Bisset preparaba café.

Se sentaron a desayunar hablando de generalidades. Después Piedad le dijo que iba a hacer el equipaje puesto que se irían al día siguiente.

—¿Qué quieres que le diga a tu madre? —le preguntó.

—Que estoy bien y que no hay un solo minuto de mi vida en que no piense en ella.

—Me preguntará si vas a volver...

Él se quedó en silencio. Le costaba mentir a Piedad, pero no tenía otra opción.

—Me marcho a Estados Unidos, Catalina me espera. Si estoy en París es porque me avisaron de que Eulogio había aparecido —se disculpó él.

—Ya... así que este apartamento...

—Es de unos amigos.

—¿Ésa es la hija de Catalina? —dijo ella señalando un marco con una foto en la que se veía a Fernando y a Catalina con Adela.

Se quedó callado, ¿acaso Piedad sabía que Catalina había tenido una hija? Ella se dio cuenta de sus dudas y sonrió.

—Sí, sé que Catalina estaba embarazada y que por eso se marchó y tú con ella y mi hijo contigo.

—Eulogio te lo dijo...

—No hacía falta que me lo dijera... Él se marchó sin despedirse, lo mismo que hicisteis tú y Catalina. Pero yo había escuchado a Eulogio y a Marvin hablar sobre ella... y también a Eulogio y a ti que andabais con secretos... Luego, cuando Asunción nos dijo que mandaba a su hija a casa de unos familiares... Han pasado muchas cosas en estos años, Fernando. Las tres madres nos hemos unido. Isabel, Asunción y yo teníamos en común a tres hijos desaparecidos. No podíamos hablar con nadie que no fuera entre nosotras. Así que hemos pasado muchos días preguntándonos dónde estabais. Tu madre es muy discreta pero cuando Asunción recibió la primera foto de su nieta nos la enseñó orgullosa... Catalina debería regresar. A su madre tanto le da lo que puedan decir los demás. Hemos cambiado, Fernando, ya no somos las mujeres que conociste. El sufrimiento y la incertidumbre por vuestra huida nos han hecho fuertes. Te sorprenderías ahora escuchar cómo habla Asunción. Ya no es aquella señora un tanto mojigata, sino una mujer capaz de enfrentarse a quien diga una palabra de más sobre su hija.

—Catalina no volverá hasta que Marvin no se case con ella o al menos reconozca a Adela —le explicó Fernando.

—¡Ah, Marvin! Ese chico no es para Catalina. Ella es demasiado vital para él, además... —Piedad retuvo las palabras que iba a decir.

—Sea como sea, es el padre de Adela.

—¿Y todos estos años ha intentado que Marvin reconozca a la niña?

—Sí, pero él se niega incluso a hablar con ella.

—¿Y tú qué opinas?

—¿Yo? Bueno, yo he procurado hablar con Marvin, pero en cuanto le menciono a Catalina se descompone. De manera que no puedo hacer nada salvo protegerla.

—¿Sigues enamorado?

Guardó silencio. No tenía respuesta. En ocasiones pensaba que la única mujer a la que realmente podría querer era a Catalina, pero cuando veía a Zahra entonces todas sus certezas se tambaleaban.

—Nunca la dejaré. —Fue la respuesta más sincera de la que fue capaz.

—Ya... ¿Y Zahra? No quiero molestarte con mis opiniones, pero... es evidente que entre tú y ella... En fin, yo diría que no te es indiferente.

Fernando encendió un cigarrillo. La conversación con Piedad le ponía nervioso. Le hubiera gustado decirle que dejara de entrometerse con sus preguntas, pero no se atrevió. Piedad le conocía desde niño, su marido y su padre habían sido amigos, y ahora su madre y ella estaban especialmente unidas.

—Zahra es... es una persona importante para mí. Pero Catalina lo es mucho más.

—Sé que te incomoda esta conversación, pero me siento en la obligación de preguntarte, porque cuando regrese tu madre me preguntará, querrá saber cómo estás, qué ha sido de vuestras vidas.

—Dile la verdad, que estoy bien y que la echo de menos. Espero que todos estos años haya recibido las cartas que le he enviado...

—¡Ah, sí!, esas cartas que aparecen misteriosamente en los buzones. Sin membrete, sin sellos... como si bajaran del cielo. Y eso aumenta la incertidumbre de tu madre y también la de Asunción, que no deja de preguntarse dónde están Catalina y su nieta.

—Ahora que has estado en París puedes tranquilizarlas.

—¿No piensas volver?

—No...

—¿Sólo por Catalina?

—Verás, han pasado muchas cosas en estos años... No quiero regresar a

España, no podría vivir asfixiado por el Régimen de Franco. Siempre seré el hijo de un rojo, de un fusilado. Allí no tengo porvenir.

—¿Y tu madre?

—Espero que nos podamos ver en algún momento, pero no en España —dijo aun sabiendo que mentía.

—París no está tan lejos...

—No vivimos en París, ya te he dicho que Catalina está en Estados Unidos y yo me reuniré con ella en cuanto Eulogio y tú regreséis a Madrid.

—Al menos me darás una carta para tu madre, ¿no?

—Ya la tengo escrita, pero sobre todo repítele que la quiero, que no hay un solo minuto que no la tenga presente.

Pero Piedad sabía que él mentía. Que en realidad aquel apartamento no era sólo un lugar prestado por un amigo. Las fotos, la ropa en los armarios, los papeles sobre el escritorio... No, aquellas paredes no eran un sitio de paso sino el lugar donde Catalina y Fernando compartían sus vidas.

Al día siguiente él los acompañó a la estación. Estaba nervioso y no dejó de dar instrucciones a la enfermera. Piedad no lo sabía, porque ni siquiera conocía su existencia, pero los Wilson habían hecho una vez más alarde de su generosidad. No sólo habían sufragado los gastos hasta encontrar a Eulogio, sino que ahora eran quienes pagaban los honorarios de la enfermera Bisset y también los billetes de tren en primera.

Piedad había insistido en que no era necesaria la presencia de la enfermera, pero Fernando la había convencido de lo contrario.

Paulette llevaba cogido a Eulogio del brazo. Él caminaba despacio, con la mirada ausente, dejándose llevar.

Los viajeros comenzaban a acomodarse en sus vagones y Fernando los ayudó a encontrar el suyo y a instalarse. La enfermera se quedó junto a Eulogio mientras Piedad bajaba al andén para despedirse de Fernando.

—¿Cómo te las vas a arreglar cuando lleguéis a Madrid? Me has dicho que trabajas en un taller, pero ya ves que Eulogio no puede estar solo.

—Coseré en casa, es la única solución. Sé lo suficiente de costura para ganarme la vida. Quizá en el taller me den trabajo para hacer en casa. No le dejaré ni un momento solo. He recuperado a mi hijo y mi vida no tiene más sentido que cuidar de él.

—¿Qué será de Eulogio más adelante? Tú... bueno, todos vamos cumpliendo años... y él... él no puede estar solo.

—Sé lo que te preocupa... qué será de Eulogio cuando yo me muera.

—No... no quería decir eso...

—Sí, sí lo querías decir. Eres un buen amigo de mi hijo y aunque no me has contado demasiado sé que habéis pasado mucho juntos. Te diré la verdad, Fernando, el día en que esté a punto de morirme me lo llevaré conmigo.

Piedad le miró con un cierto desafío, pero Fernando le sostuvo la mirada. No había más palabras que decir y él no la juzgaría por lo que acababa de confesarle.

Sonó el pitido del tren y la voz del revisor instando a que los viajeros subieran a sus vagones. Piedad subió y no se volvió a mirarle. Fernando se acercó a la ventanilla para despedirse de Eulogio. Su amigo había pegado la frente al cristal y Fernando quiso creer que acaso deseaba despedirse de él, pero su mirada seguía vacía.

No le resultó fácil regresar a la normalidad. Aquellos días junto a Eulogio le habían instalado en una tristeza que no era capaz de sacudirse. Había buscado desesperadamente cualquier signo de vida en los ojos de su amigo, pero el vacío de su mirada parecía infinito.

Intentó que la rutina de la librería y el trabajo editorial le salvaran. Pero no lo logró. Si le había costado aceptar que Eulogio fuera homosexual, más le costaba encajar las palabras de Piedad asegurándole que su hijo había estado enamorado de él.

Se preguntaba cómo había sido incapaz de darse cuenta, pero concluyó que precisamente porque Eulogio le quería jamás se permitió incomodarle. Era su mejor amigo, nunca tendría otro como él.

Sara le sorprendió entregándole un nuevo poemario de Marvin.

—Es muy breve, tan sólo quince poemas, pero a pesar de eso lo editaremos. El Poeta del Dolor, así lo llaman. Marvin se siente identificado con esta definición.

No lo discutió. Marvin era el autor principal de la editorial Rosent. Y Sara publicaría lo que fuera que el americano escribiera. De manera que le preguntó cuándo quería que estuviese lista la edición y acordaron que diciembre sería una buena fecha. Sara también le sorprendió preguntándole por Catalina.

—Está bien —respondió él con sequedad.

—Sí, eso parece, ya que se ha permitido asistir a una conferencia de Marvin en Harvard. La entrada era libre —comentó ella con severidad.

De manera que sabía que estaba en Boston. Fernando no se lo había comunicado a los Wilson, pero no lo consideraba ninguna deslealtad. A su modo de ver, Catalina tenía derecho a hacer lo que creyera conveniente aunque eso supusiera importunar a Marvin. Él no lograba empatizar con el americano y se lo reprochaba íntimamente puesto que era su editor. Vivía en un equilibrio imposible entre su compromiso de protección a Catalina y sus deberes como editor. Pero no había engañado ni a Sara ni tampoco a Benjamin: si ese equilibrio se rompía, sería siempre a favor de Catalina.

—Tuvieron que echarla de la sala. Cuando Marvin terminó su intervención y el ilustre profesor que le acompañaba animó al público a preguntar, ella levantó la mano, se puso en pie y, señalando a su hija, dijo: «Hola, Marvin, ésta es Adela. Hemos venido a verte. ¿Cuándo hablarás conmigo?».

»Afortunadamente, el profesor de la jornada literaria creyó que aquella chica y Marvin eran amigos y ella le estaba dando una sorpresa. La interrumpió diciendo: “Señorita, seguro que el señor Brian está encantado de verla, pero esta tarde estamos aquí para hablar de poesía. Para nuestra universidad es un gran honor contar entre nosotros con el Poeta del Dolor. Más tarde podrá hablar con él”. Catalina intentó tomar de nuevo la palabra, pero el profesor se lo impidió. El acto no duró mucho. Marvin empezó a sentirse mal, de manera que respondió a cinco o seis preguntas y luego salió de la sala. Catalina intentó seguirle, pero cuando quiso darse cuenta él ya se había ido.

—Ya lo hemos discutido, Sara, ya sabe mi opinión: Catalina tiene una hija a la que defender. Lo menos que él podría hacer es escucharla. Ella no se rendirá, le seguirá a donde quiera que vaya. Es muy fácil terminar con esta situación: que hable con ella, que le diga lo que le tenga que decir, pero ese empeño ridículo de esquivarla no conduce a ninguna parte.

—Es Catalina la que incurre en el ridículo poniéndose en evidencia.

—Siempre la apoyaré, ya lo sabe —respondió cansado.

—Sí, imagino que has sido tú quien se ha hecho cargo de los gastos de su viaje a Boston. ¿La harás volver?

—Yo no decido por ella, me conformo con que sepa que siempre puede contar conmigo.

Sara apretó los labios. A ella también le incomodaba la conversación, pero Benjamin le había insistido en que hablara con Fernando.

—Tenemos que encontrar una solución...

—La única solución es que yo deje de ser el editor de Marvin... En realidad no tiene mucho sentido que lo sea. Nos relacionamos por carta o a través de usted. Tampoco entiendo por qué editamos aquí las ediciones en inglés. Resultaría más rentable hacerlo en Nueva York.

—La editorial Rosent es francesa y Marvin es nuestro autor. De aquí saldrán editados sus poemas en todos los idiomas necesarios. Sobre eso no hay discusión. Creía que te gustaba tu trabajo...

—No hay nada que haya querido más que ser editor, era mi sueño desde niño, parecerme a mi padre y hacer lo mismo que él. Sé que se lo debo todo, Sara, y que sin usted habría caído en el vacío, pero no me pida que abandone a Catalina porque eso nunca lo haré aunque me suponga tener que dejar esta casa. Nunca le he engañado, mi primera lealtad es con Catalina.

Ella cambió sutilmente la conversación. Ya se las arreglaría con su marido. Benjamin le decía que había «adoptado» a Fernando y que le trataba como a un hijo díscolo al que le consentía demasiado. Quizá tuviera razón, y se recordó a sí misma aquella frase de Pascal de que el corazón tiene razones que la razón no entiende.

Boston, junio de 1949

Paseaban junto a la orilla del mar. Parecía tranquilo. Había comprado el *Boston Herald* y estaba deseando sentarse para leerlo. Pero tendría que esperar a llegar al hotel.

Tenía el dinero justo para pagar la pensión una semana más. Adela le había dicho que quería volver a casa con Fernando. Le echaba de menos. Por más que ella intentaba explicarle que si habían ido a Boston era para que conociera a su *papá*, a su hija le resultaba indiferente. Le había reclamado un padre con la esperanza de que fuera Fernando, y no comprendía por qué lo era aquel hombre que su madre le había señalado como su padre.

Catalina decidió buscar un trabajo. Algo podría hacer. Quizá dar clases de piano, como había hecho en Alejandría y en París. Otra cosa no sabía hacer, aunque estaba dispuesta a trabajar de lo que fuera, pues no pensaba regresar a París. Le había prometido a Fernando que si Marvin se negaba a hablar con ella, volvería, pero no iba a cumplir su promesa.

En unos meses Adela cumpliría ocho años y pronto se daría cuenta de lo que significaba ser hija de madre soltera.

Racionaba el dinero que le quedaba, así que compró comida para Adela y ella se conformó con un sándwich diciéndose que en realidad no tenía apetito. Sintió un estremecimiento por el frío húmedo que llegaba desde el mar.

Cuando abrió las páginas del periódico se encontró con una foto de Farida y

Marvin. Ella sonreía, él parecía asustado. La nota era breve: «Terminada su estancia en la Universidad de Harvard, Marvin Brian, el Poeta del Dolor, permanecerá en Massachusetts, en la propiedad familiar de Cape Cod, dedicado a terminar un nuevo poemario».

¿Dónde estaba Cape Cod?, se preguntó Catalina, sintiendo una oleada de irritación. Ahora se vería obligada a ir a aquel lugar y no sabía cuán lejos pudiera estar aunque estuviera en Massachusetts. Aquello era América y las distancias parecían infinitas.

En cuanto llegó a la pensión le pidió a la camarera que le explicara cómo llegar a Cape Cod y ella amablemente le indicó que podía ir desde Boston hasta Provincetown en barco, aunque también podía hacerlo por carretera. No le ahorró detalles sobre el lugar. «Debe usted saber que fue en Provincetown donde llegó el *Mayflower* en 1620. Le gustará conocerlo. Es un lugar histórico muy importante para los americanos», resumió orgullosa.

Catalina le planteó si podía recomendarle algún lugar barato donde instalarse. La camarera dudó y luego, bajando la voz, le dijo que tenía una prima que vivía en Provincetown; quizá ella pudiera alquilarle una habitación, aunque no estaba segura porque al esposo de su prima no le gustaban los huéspedes a pesar de que andaban justos de dinero. Dijo también que le escribiría una carta que ella podría entregarle personalmente.

Cuando Catalina le preguntó si sería fácil encontrar un trabajo en aquel lugar, la mujer se rio. «Desde luego que no. Allí sólo hay playas vírgenes y bosques. La gente que acude a Cape Cod lo hace para disfrutar de la soledad. Hay muchos escritores, pintores, profesores de universidad. Excéntricos que huyen de los lugares civilizados.»

Aquella noche, en cuanto Adela se durmió, escribió una carta a Fernando. Ansiaba saber cómo había sido su reencuentro con Eulogio; además, tenía que decirle que había cambiado de planes y que se quedaba en Estados Unidos.

Sabía que él se disgustaría e incluso se arrepentiría de haberla ayudado a llegar a Boston, pero la conocía y sabía que no abandonaría hasta conseguir que

Marvin reconociera a Adela. No fue capaz de terminar la carta y decidió hacerlo una vez instalada en Cape Cod, aquel lugar que le resultaba del todo ajeno.

Llovía cuando el barco atracó en el muelle de Provincetown. Adela se había mareado durante el trayecto. Ella tampoco se encontraba demasiado bien, pero había logrado contener los vómitos.

Preguntaron a un hombre dónde se encontraba Snow Street y caminaron junto a la playa hasta dar con el lugar. La casa era de construcción sencilla y Catalina rezó en silencio para que le alquilaran una habitación.

Le abrió la puerta una mujer entrada en carnes y rostro agradable que se presentó como la señora Jones. Catalina hizo lo propio y le entregó la carta de su prima de Boston. La mujer vaciló un momento antes de invitarla a entrar.

—Pase... aunque a mi marido no le gusta que entren desconocidos cuando él no está... claro que usted y esta niña no parecen gente peligrosa.

La señora Jones rasgó el sobre y sacó la carta escrita con letra puntiaguda que inmediatamente reconoció. La leyó con atención, sin prisa, levantando la mirada y sin dejar de observar a Catalina.

—Mi prima Stephanie la recomienda. Dice de usted que es una mujer de bien que ha venido a América con su hija en busca de trabajo.

—Sí, así es —respondió Catalina.

—Pero, querida, éste no es el lugar apropiado, ¿por qué no se ha quedado en Boston? Allí es posible que hubiera encontrado algo, pero en Cape Cod sólo vivimos los que hemos nacido aquí o los que vienen en busca de soledad. Aquí no hay trabajo. Debería regresar a Boston, incluso yo le aconsejaría que probara en Nueva York.

Pero Catalina insistió diciendo que buscaba un lugar tranquilo donde criar a su hija. La señora Jones la miró con desconfianza. No la creía. Nadie iba a buscar un futuro a Cape Cod.

—No puedo tomar ninguna decisión hasta que no regrese mi esposo. Trabaja

en la oficina de correos. Vuelva más tarde... claro que si quiere dejar su maleta aquí...

Adela estaba cansada, pero no protestó cuando Catalina le propuso jugar un rato en la playa. El viento era frío y en el horizonte se volvía a presagiar la lluvia. Aun así, corrieron por la playa, se sentaron en la arena y, abrazadas las dos, dejaron transcurrir el tiempo.

Ya estaba cayendo la tarde cuando se decidieron a regresar a casa de la señora Jones. Estaban hambrientas, pero sobre todo agotadas.

El señor Jones ya había llegado y estaba sentado dando buena cuenta de un plato de cordero guisado. Por sus preguntas era evidente que desconfiaba de ella. ¿Acaso era una escritora? ¿Pintora tal vez? Porque de otra manera no entendía a qué venía a Cape Cod. Si lo que buscaba era trabajo, mejor que probara en Martha's Vineyard, donde la gente adinerada tenía grandes mansiones, pero lo que era en Cape Cod sólo encontraría bohemios.

Catalina le explicó pacientemente que le gustaría quedarse un tiempo, aunque sólo fueran unos días. A lo mejor, dijo, se había equivocado al elegir el lugar, pero le gustaban las localidades pequeñas donde todos se conocían y su hija pudiera crecer sin peligro. En cuanto a cómo ganarse la vida... eso aún no lo sabía.

Lo más que logró del señor Jones fue que le alquilaran una habitación para una semana. Luego ya verían. Le pidió el dinero del alquiler por adelantado y cerraron el acuerdo incluyendo que al menos disfrutarían cada día del desayuno y una comida de la señora Jones.

Cuando por fin pudieron cerrar la puerta de la habitación, madre e hija se tumbaron vestidas sobre la cama y se quedaron dormidas. Ni siquiera escucharon el viento que se fundía con la arena de la playa.

La señora Jones llamó a la puerta de la habitación de manera insistente. Catalina se sobresaltó. Abrió los ojos y durante un momento dudó de dónde se encontraba. La luz iluminaba el cuarto y le pareció escuchar un sonido que se asemejaba a un rugido. Se puso en pie y se sacudió la falda antes de abrir.

—Son ya las nueve —le reprochó la señora Jones.

—Perdone... Estábamos cansadas y nos quedamos dormidas... Menos mal que usted nos ha despertado.

—Mamá..., mamá... —La voz de Adela ablandó el semblante serio de la señora Jones.

—Tendrán que desayunar.

—Sí, deme unos minutos, enseguida estamos con usted.

El agua de la ducha no estaba demasiado caliente y eso la despejó con más rapidez. Una vez vestida, le tocó el turno a Adela. La niña temblaba, pero no protestó. En realidad, Adela nunca se quejaba.

La señora Jones había dispuesto sobre la mesa de la cocina dos tazones con leche y un paquete de cereales, además de un revuelto de huevos con tocino.

Adela hizo un mohín de rechazo, pero la mirada de Catalina fue suficiente para que la niña comiera con desgana aquel revuelto de huevos. Tampoco le gustaron los cereales, pero hizo un esfuerzo por no contrariar a su madre y mucho menos a aquella mujer severa que parecía vigilar para que diera cuenta del desayuno.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora Jones? Quizá quiera que le haga algún recado... o que limpie alguna estancia... Puedo planchar... —se ofreció Catalina.

—No hace falta, querida; con que mantenga limpia su habitación y el cuarto de baño será suficiente.

—Entonces... bueno, he recordado que tengo un amigo que tiene una casa en Cape Cod... Hace tiempo que no nos vemos... y él ni siquiera puede imaginar que yo esté aquí. Pero me habló tanto de este lugar... Quizá usted pueda decirme dónde se encuentra su casa.

La curiosidad se reflejó en el rostro de la señora Jones. Le resultaba insólito que aquella extranjera pudiera tener amigos en Cape Cod.

—Dígame el nombre de su amigo... Si yo no le conozco, quizá mi marido sepa cómo encontrarle, ya le dije que trabaja en la oficina de correos.

—Marvin Brian. Supongo que habrá escuchado sobre él... es un gran poeta...

—¡Desde luego! ¡El Poeta del Dolor! ¿Y usted le conoce? —preguntó la señora Jones incrédula.

—Sí, nos conocemos. Sé que está aquí. En realidad ha pasado el curso en Harvard, pero creo que ha venido a Cape Cod para descansar y escribir tranquilo... Me dijeron que su familia tiene aquí una propiedad.

—Bueno, como debe de saber, Marvin Brian pertenece a una de las familias adineradas de Massachusetts. Hace unos años los Brian compraron una propiedad aquí, pero apenas se les ha visto. Rose Brian es una mujer de mundo y prefiere su mansión de Martha's Vineyard. En cuanto a su esposo Paul, bueno, él no suele tener demasiado tiempo para disfrutar de vacaciones. Siempre se ha rumoreado que la casa de Cape Cod fue una adquisición para Marvin porque a él le gusta la soledad, y aunque en Martha's Vineyard podría estar tranquilo, allí hay más vida social. Durante su estancia en Harvard han sido numerosas las ocasiones en que Marvin ha venido aquí. He oído que llegó hace un par de días con esa mujer... Dicen que es su esposa... yo no lo sé... Parece mucho mayor que él... pero ya sabe cómo son los poetas. No les gusta recibir visitas aunque de cuando en cuando viene a verlos el hermano de Marvin.

—Ya... ¿Y podría indicarme dónde está la casa?

—Claro que sí. En Cape Cod nos sentimos muy orgullosos de tener como vecino al Poeta del Dolor. Yo no he leído ninguno de sus libros, pero sé que son maravillosos.

La señora Jones le explicó detalladamente cómo encontrar la casa. Debía andar cinco kilómetros y la hallaría medio escondida entre los árboles, pero no lejos de la playa.

Aunque aquella mañana el viento levantaba la arena, a Catalina no le importó y con Adela de la mano, una vez bien abrigadas, se despidió de la señora Jones diciéndole que harían una pequeña excursión hasta la propiedad de los Brian.

Adela corría por la orilla del mar. La niña parecía feliz, pensó Catalina, aunque tuvo que reconocer que su hija jamás se quejaba de nada. No hacía

preguntas y aceptaba de buen grado cualquier situación por extraña que le resultara.

Habían caminado un largo trecho y sólo se habían cruzado con una pareja que andaba a buen ritmo. La señora Jones le había indicado que la mayoría de las propiedades quedaban ocultas a los ojos de los curiosos. Si no estuviera allí para encontrar a Marvin, acaso habría disfrutado del paisaje y de la soledad. Habían caminado más de una hora y Adela había dejado de correr. De repente le pareció ver a lo lejos a un hombre junto a un perro que saltaba a su alrededor. Aceleró el paso decidida a preguntar a aquel hombre por la propiedad de los Brian. Estaban cerca del hombre cuando éste levantó la vista y se fijó en ellas. Pareció sobresaltarse y comenzó a caminar con paso rápido. Catalina corrió hacia él.

—Señor..., señor..., por favor...

Pero de repente le reconoció y se paró en seco. Adela la miró expectante.

—¡Es tu padre! ¡Es él! Corre, hija, corre hacia él...

Adela no supo qué hacer, pero su madre la empujó y ella comenzó a correr hacia aquel hombre que ahora apretaba más el paso mientras su perro seguía dando brincos.

Catalina también corrió.

—¡Marvin! ¡Marvin! ¡Por Dios, espera! ¡Marvin!

Él echó a correr seguido por ellas. Gritaba. El viento impedía que Catalina pudiera escuchar sus palabras. De repente una mujer y un hombre aparecieron de entre los árboles y corrieron hacia él. La mujer le tendió la mano y él se agarró a ella como si fuera un náufrago. El hombre se quedó plantado en la playa aguardando a que llegaran Catalina y la pequeña. Cuando lo hicieron, Marvin se había perdido entre la arboleda.

—¿Qué quiere usted? —le preguntó con gesto enfadado, cortando el paso a Catalina.

—Le busco a él —dijo Catalina, señalando a la arboleda.

—¿A quién? —insistió él.

—A Marvin Brian. Somos amigos... tengo que hablar con él. Ésta es mi

hija... y la suya —dijo desafiante.

Él la miró con desprecio. Era joven, alto y atlético. Parecía muy seguro de sí mismo y, sobre todo, dispuesto a impedirle que corriera tras Marvin.

—Señora, ¿por qué no deja de perseguir a mi hermano? Se pone en evidencia. Él no quiere saber nada de usted. Creo que se lo ha dejado claro.

Ella se quedó quieta. Así que aquel joven era el hermano de Marvin. Sí, Marvin le había hablado de él. Era el hermano perfecto, el que se haría cargo de los negocios de la familia, el que le decía que no desperdiciara su talento y le instaba a dedicarse a la poesía.

—¿Usted es Tommy, el hermano de Marvin? —preguntó aun sabiéndolo.

—Sí, soy su hermano —respondió él desafiante.

—Adela, hija, éste es tu tío.

El hombre miró a la niña y sostuvo su mirada curiosa. La pequeña no dijo ni una palabra, pero tampoco parecía asustada.

—No debería utilizar a esta niña...

—¿Utilizarla? Desde luego que no. Sólo pretendo que conozca a su padre y que él le dé sus apellidos. Antes quería que Marvin se casara conmigo, ahora sólo que asuma que tiene una hija. Ella no tiene la culpa de lo que hicimos.

Se quedaron unos segundos en silencio. Catalina intentó esquivarle para caminar hacia la arboleda, pero él la sujetó del brazo obligándola a pararse.

—Lo siento. Ya le he dicho que mi hermano no quiere saber nada de usted. Acéptelo y márchese.

—No me iré sin hablar con él. Le seguí hasta Alejandría, París, y ahora aquí... ¡Al menos que tenga la gallardía de hablar conmigo!

—Señora, no se trata de gallardía... Usted... debería aceptar las cosas como son. Mi hermano no hablará con usted. Jamás, ¿entiende? De manera que deje de humillarse.

—¿Cree que me siento humillada? En absoluto. Cuanto hago es por mi hija.

—No debería someterla a esta situación...

—Usted no podrá impedirme que hable con Marvin.

—Me parece que sí. Seguramente en estos momentos mi hermano ya está en el coche dejando atrás Cape Cod.

—¿Se ha marchado? —exclamó ella.

—Es lo que le he dicho que hiciera. Con usted merodeando por aquí ya no puede quedarse. Y le aseguro que es una contrariedad porque este lugar le gusta mucho; Farida y él son muy felices aquí.

—Farida... ya... claro, la mujer que corría junto a usted era ella.

—Desde luego. Y al verla a usted no ha dudado en que debían marcharse de inmediato.

Catalina se sentó sobre la arena. Adela le rodeó el cuello con sus brazos como si de esa manera pudiera impedir que la pena se adueñara de su madre.

Tommy Brian no parecía conmovido, más bien parecía molestarle la tozudez de aquella española.

—Entonces...

—Ya se lo he dicho. Se han ido. Por su culpa es probable que Marvin jamás regrese a este lugar.

—Mamá... mamá... —Adela parecía asustada y se agarraba con más fuerza a su madre.

—Su hija no merece lo que usted le está haciendo. Acepte de una vez que jamás, jamás, conseguirá nada de mi hermano.

—Pues dígame a su hermano que yo, Catalina Vilamar, jamás, jamás, me rendiré. Dígaselo, porque aunque se oculte en el Infierno le encontraré.

Se puso de pie y agarró con fuerza la mano de Adela. Dio media vuelta y caminó de regreso a casa de los Jones.

Los siguientes días los pasó perdida en sus pensamientos. Se levantaba pronto y junto a Adela pasaba el día caminando sin rumbo. Regresaban al caer la tarde, agotadas de tantas horas al aire libre. Procuraban cenar antes de que llegara el señor Jones y luego se iban a su habitación.

Pasada una semana, la señora Jones le recordó que si quería quedarse debía pagar por adelantado el alquiler del cuarto.

—Creo que si piensa quedarse, debería buscar trabajo... Es una pena que no pudiera hablar con su amigo el señor Brian. Y no creo que pueda hacerlo en mucho tiempo. En el periódico de hoy cuentan que el señor Brian se ha marchado a Asia.

—Nos iremos mañana, señora Jones. Su esposo tenía razón... aquí será difícil encontrar un trabajo. Probaré suerte en Boston.

Si a la señora Jones le sorprendió la decisión de Catalina, no se lo dijo. Se limitó a decirle qué horario le podría convenir para regresar en barco a Boston.

Apenas le quedaba dinero, aunque había gastado con moderación los pocos dólares de los que disponía. Aun así, le quedaba lo suficiente para pagar dos días de pensión en Boston y, o bien encontraba un trabajo, o bien tendría que regresar a París. Lo más sensato, se dijo, era regresar junto a Fernando. Él sabría dónde se encontraba Marvin y estaba segura de que la volvería a ayudar para que fuera a su encuentro. Le mandaría un telegrama anunciándole su regreso. Y mientras adoptaba esta decisión sintió el alivio de quien sabe que vuelve a casa.

Fernando no le reprochó a Catalina su fracaso, por más que cuando ella decidió ir a Boston él le advirtió de las escasas posibilidades que tenía de éxito. Catalina había regresado casi vencida. Casi. Porque ella no se rendiría nunca.

Los Wilson habían dejado París después de manifestarle su disgusto por la presencia de Catalina en Boston y en Cape Cod. No le hacían culpable de los desatinos de ella, pero de alguna manera esperaban que él fuera capaz de hacerle ver que perseguir a Marvin era un gran error. No obstante, evitaban hablar directamente del asunto. En realidad, Sara no le confiaba nada que tuviera que ver con Marvin y Farida, salvo lo más preciado, sus poemas. Ya tenía ultimada la edición en francés de los quince poemas que Sara le había entregado y tenía por delante preparar la edición inglesa. En cuanto a la edición en árabe, sería su viejo maestro Athanasios Vryzas quien se encargaría en Alejandría de hacer la traducción y la edición.

Antes de que los Wilson se marcharan, Fernando había intentado que Sara permitiera que Catalina volviera a trabajar en la librería. El argumento era sincero, necesitaba a alguien que atendiera a los clientes porque la labor de edición le restaba casi todo el tiempo. Sara no accedió a su ruego. Catalina los había puesto en una situación imposible cuando se presentó en la casa de Marvin en la rue de la Boucherie, y más tarde en Londres, luego en Boston y en Cape Cod. La obsesión de Catalina empezaba a hacer mella en Marvin y él no

entendería que la ampararan. A Fernando le contrarió la respuesta, pero no podía reprocharle nada a Sara. Marvin era «su» autor y ella le protegería.

Tuvieron que pasar dos años para que Catalina volviera a pedirle que la ayudara. El *Herald Tribune* publicaba un artículo fechado en Tokio en el que informaba de que Marvin Brian, después de haber vivido durante dos años en Japón, concluía su estancia en Hiroshima. El Poeta del Dolor hacía honor al título que le habían dado los periódicos y los críticos, de manera que se había sumergido en el drama de la ciudad devastada por la bomba atómica.

Parecía que sus poemas sólo podían aflorar allí donde la huella del sufrimiento estaba presente.

—Quiero ir a Hiroshima —le anunció Catalina mientras le enseñaba el periódico.

—No —respondió tajante Fernando.

Ella se sorprendió. Él nunca le respondía con la severidad que había impreso en aquel «no» rotundo a su demanda.

—Marvin está allí; quiero ir antes de que se marche.

—Sí, yo también lo he leído en los periódicos. Te diré por qué no puedes ir. En primer lugar, porque no tenemos dinero para que puedas emprender otro viaje y, en segundo lugar, porque no puedes seguir así. Estás desperdiciando tu vida y vas a perjudicar a tu hija.

—Adela necesita un padre —respondió ella con voz cansina.

—Ya tiene un padre. Yo soy su padre. He hecho de padre desde el día en que nació. Soy yo quien cuida de ella, quien está a su lado cuando está enferma, quien la ayuda a hacer los deberes, quien la acompaña a la escuela, quién le ha enseñado a montar en bicicleta... Ella no tiene otro padre más que a mí y yo no tengo otra hija que no sea ella.

Catalina no supo qué responder. No quería ofenderle, pero tampoco aceptar su razonamiento. Sí, Fernando se había portado como un padre con Adela, pero no lo era. Además, ella necesitaba arreglar su situación para poder volver a España junto a sus padres. Pero no podría volver si no era con un marido y la cabeza

bien alta.

—Te agradezco todo lo que haces por nosotras. Es verdad que te portas como un padre con Adela, pero... no lo eres, Fernando, no lo eres. Ella tiene derecho a que su padre se haga cargo de ella. Marvin no es el mejor de los hombres, de eso ya me he dado cuenta, pero es el padre de Adela y aunque no me quiera tiene que reconocerla.

—¡Basta, Catalina! Deja de engañarte. Marvin jamás reconocerá a Adela y tampoco se casará contigo. Tienes que aceptar la realidad. Además, ¿te das cuenta de lo que le estás haciendo a tu hija? Ya no es tan pequeña.

Sintió la ira a duras penas contenida de Fernando. O acaso sólo era hastío. Llevaban más de diez años viviendo juntos, compartiendo penalidades y pocas alegrías. Habían aprendido a sobrevivir el uno junto al otro al tiempo que renunciaban a tener sus propias vidas. Sabía que los fantasmas de Fernando no habían desaparecido; algunas noches le oía gritar y luego escuchaba sus pasos inquietos por la habitación mientras el insomnio se apoderaba del resto de la noche. Él no podía regresar a España porque le podían detener y fusilar. Vivía el exilio consciente de que había sido su opción y no se quejaba. Si ella no dependiera de él, quizá se habría decidido a amar a Zahra. Ella estaba segura de que, para Fernando, la egipcia era más importante de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Lo siento, Fernando, pero te equivocas si crees que lo mío es obstinación; yo sólo busco justicia.

—¿Justicia? ¿Y desde cuándo existe la justicia? Tenemos que aceptar las cosas como son. Marvin no te quiere, abomina de ti y jamás reconocerá a la niña. No lo hará porque para él no hay más mujer que Farida; ella es su pasado, su presente y su futuro, y fuera de ella la vida no existe. Y tú debes afrontar la vida sin engañarte con la ilusión de que acaso él cambie de opinión.

—Yo tampoco cambiaré la mía. Iré a donde sepa que está e intentaré que me escuche cuantas veces sean necesarias.

—Pues en esta ocasión no podrás hacerlo. No tenemos dinero para que viajes

a Japón —respondió él, endureciendo el tono de voz.

—Quizá pueda pedir a monsieur Girardot que me adelante el sueldo de un año...

—Ya, así de fácil. Tu jefe tiene un negocio y no creo que te vaya a adelantar un año de sueldo. Además, ¿crees que le conviene que le vuelvas a dejar plantado en pleno curso? Tendría que contratar a otra persona para las clases de solfeo.

—No pierdo nada por pedírselo.

Monsieur Girardot se negó a adelantar un año de sueldo a Catalina, y además le recordó que cuando viajó a Boston le prometió que estaría sólo una semana fuera, pero ella alargó las vacaciones más de lo acordado.

Catalina lloró de rabia. Desde que había regresado de Boston su principal empeño fue averiguar dónde podía estar Marvin. Ni siquiera Fernando fue capaz de enterarse puesto que Sara Rosent evitaba darle información sobre los pasos de Marvin. Había pasado casi dos años intentando saber dónde estaba Marvin y, ahora que lo sabía, no tenía los medios para ir a buscarle. Volvió a intentar que Fernando la ayudara. Él la escuchó atentamente y cuando ella terminó de hablar, le hizo una propuesta:

—Cásate conmigo. Es la mejor opción para ti y para Adela, que tendrá un padre reconocido y un apellido. Esto te permitirá volver a España. Allí todos saben que nos escapamos juntos, de manera que no se sorprenderán de que regreses con una hija que lleva mi apellido. Podrás quedarte con tus padres y no tendrás que sentir vergüenza ante nadie. En cuanto a mí... puedes decir que nuestro matrimonio no ha ido bien y que tú has decidido regresar. Tus padres aceptarán lo que les digas y en cuanto a los demás... esta versión, además de plausible, es parte de la verdad.

Ella se mordió el labio hasta sentir que la sangre se le mezclaba con la saliva. No quería ofenderle con su negativa. Fernando siempre se había mostrado

generoso y paciente con ella y le quería, sí, le quería con una profundidad con la que jamás querría a nadie. Pero no tenía derecho a atarle a ella de por vida, sobre todo porque Zahra existía, pero también porque existía Marvin.

Le abrazó y él le devolvió el abrazo, y durante esos segundos los dos se preguntaron sin palabras qué estaban haciendo con sus vidas.

—No voy a casarme contigo porque no te mereces que me aproveche de ti.

—No te quieres casar conmigo porque no me quieres —la corrigió él.

—Te quiero más que a nadie en el mundo, tanto como a mi hija y a mis padres. Nunca te he engañado y sabes que no he estado ni estoy enamorada de ti. Sería miserable por mi parte arreglar mi situación a costa tuya. ¿Sabes, Fernando?, pienso que por mi culpa no tienes vida. Todos los que nos rodean creen que somos una pareja, aquí nadie nos critica, Francia es así. Pero tú y yo sabemos la verdad. Creo que debes deshacerte de mí e ir en busca de Zahra. Con ella tendrías la vida que mereces vivir.

Fernando soltó una carcajada y ella pudo notar que en su risa había un eco nervioso. Había dado en la diana al referirse a su amor por la bailarina.

—Tú no eres ninguna carga. Dices que me quieres... pues imagina lo que yo te quiero a ti. He estado enamorado de ti desde que éramos niños.

—Dices que yo me he empecinado con Marvin y... puede que tengas razón, pero tú, Fernando, te has empecinado conmigo. Al menos que uno de los dos sea feliz.

—Yo soy feliz sabiéndote a mi lado. No le pido más a la vida, Catalina, aunque te quiero tanto que si un día se hiciera el milagro de que Marvin viniera a por ti, yo me apartaría.

Volvieron a abrazarse y esta vez sus lágrimas se mezclaron.

—Mamá... papá Fernando, ¿por qué lloráis? —preguntó Adela asustada.

Catalina se fue conformando con la escasa información que de cuando en cuando Fernando reunía sobre Marvin. Y eso sólo sucedía durante los viajes de Sara y Benjamin a París. El paso del tiempo se le antojaba insoportablemente lento. Cada mañana, cuando acudía al quiosco a comprar los periódicos, rezaba

para encontrar alguna noticia sobre Marvin, y procuraba callar su angustia porque le parecía que Fernando era menos desgraciado en París de lo que lo había sido en Alejandría.

Aleandría

Mediaban los años cincuenta del siglo xx y los Wilson vivían la mayor parte del año en Londres, pero sus viajes a París eran continuos. Para Sara, mantener la librería-editorial Rosent se había convertido en la misión de su vida.

Sara apenas viajaba a Alejandría porque le preocupaba la deriva de Egipto después de que un grupo de oficiales se hicieran con el poder. La monarquía del rey Faruk dio sus últimos estertores en julio de 1953 con la marcha del monarca al exilio. Al principio el nuevo jefe de Gobierno, el general Muhammad Naguib, parecía inclinado a entenderse con Occidente, pero en realidad el hombre fuerte de la situación era otro militar que sabía lo que quería y que no claudicó hasta llevar adelante sus planes. Benjamin Wilson desconfiaba de aquel hombre, llamado Gamal Abdel Nasser.

Los extranjeros empezaron a notar los cambios incluso en la cosmopolita Alejandría. Por las venas de Egipto en aquellos momentos corría el nacionalismo. De manera que Benjamin arregló sus asuntos y puso al frente de su negocio editorial al viejo y leal Athanasios Vryzas mientras él se trasladaba a Londres. Desde allí continuaría dirigiendo su negocio más rentable, que era el de buscar personas.

La Segunda Guerra Mundial había dejado un reguero de desaparecidos y los supervivientes querían saber si aún seguían en el mundo de los vivos.

Benjamin quiso que Zahra se trasladara a vivir a Londres, pero ella se negó.

Su abuela Yasmin había muerto y nada le quedaba en Alejandría, pero agradecía a aquella ciudad que fuera su salvación cuando se creía perdida. Así que siguió viviendo en la hermosa casa de su abuela, despertando cada mañana con el saludo de las olas rompiendo en la playa. Aunque no abandonó Alejandría, en realidad cada vez pasaba más tiempo fuera de su ciudad.

Llevaba una foto de Ludger Wimmer en su cartera y no había un solo día que no mirara el rostro y la figura del hombre al que odiaba y a quien llevaba diez años buscando.

Esa misma mañana había recibido un telegrama de Benjamin Wilson citándola en Londres. Tuvo el presentimiento de que esta vez no era para encargarle ningún trabajo.

Terminó de maquillarse. Sentía la soledad de aquella casa en la que pacientemente su abuela la había ayudado a sanar las heridas del alma. La echaba de menos. En realidad, no se tenía más que a ella misma. Incluso el público empezaba a olvidarla porque cada vez se prodigaba menos en los cabarets. Ya no era capaz de ensimismarse al sentir la música que la invitaba a mover su cuerpo.

Aquella noche tenía previsto cenar con Farida y con Marvin. Habían regresado a Egipto porque Marvin estaba empeñado en ver el país que estaban construyendo los militares nacionalistas. Intuía que debajo de la espuma habría pérdidas y sufrimiento. Quería ver cómo el Egipto que había conocido se transformaba a sí mismo. Pero, sobre todo, porque sus poemas se nutrían del dolor propio y también del ajeno.

Por la ciudad corrían rumores que situaban a Nasser como el nuevo hombre fuerte del país. Se decía que los militares le preferían a él como jefe.

Farida la recibió con un abrazo cálido. La lluvia golpeaba los cristales empañándolos e impidiendo contemplar la Corniche.

Marvin parecía tranquilo y puso todo su empeño en cumplir como anfitrión.

Zahra no juzgaba a Farida, no se hubiera atrevido a hacerlo; sin embargo, no podía dejar de admitir que de aquella pareja Farida no sólo era la que más ponía,

sino también la que más valía. Era una filósofa reputada cuando conoció a Marvin y se preguntaba qué la enamoró de él. Sin duda era un hombre atractivo, pero no más que otros, aunque lo que le diferenciaba de los demás era el tormento que reflejaban sus ojos. Aquella noche, en cambio, parecían brillar con serenidad.

Zahra felicitó a Marvin por su *Cuaderno de Hiroshima* y se interesó por su próximo trabajo. Él explicó que, además de aquel cuaderno, había publicado otro poemario que él consideraba «menor». Ahora no escribía, puntualizó, sino que se dejaba llenar los sentidos por cuanto sucedía a su alrededor.

—Está naciendo un nuevo Egipto. Y quiero ver lo que resulta de ese alumbramiento. Acaso un monstruo y su perdición o acaso la esperanza de un tiempo mejor —reflexionó Marvin—. Sea lo que sea, quiero vivirlo, sentirlo, escribirlo —añadió a continuación.

Pero Farida se mostraba preocupada ante lo que pudiera suceder.

—No estoy segura de que suponga un avance. El odio que Nasser siente por los extranjeros terminará teniendo consecuencias para el país.

—No podrá cerrar las puertas de Egipto —discrepó Marvin.

—Ya lo está haciendo —afirmó Zahra.

Hablaron del futuro. Zahra anunció que en un par de días viajaría a Londres. Ellos se quedarían un tiempo en Alejandría. Elogiaron a los Wilson, a quienes los tres querían por motivos diferentes.

—A Sara le debo cuanto soy. Ha sido ella quien con su empeño me ha abierto las puertas del sanedrín de la poesía —admitió Marvin.

—Y acertó haciendo de Fernando tu editor —le recordó Farida.

—Sí, a pesar de que no simpatizamos demasiado a causa de Catalina. Esa mujer se ha convertido en una pesadilla. En cuanto averigua dónde estoy, allí se presenta y organiza un escándalo sin ningún pudor. Lo siento por la niña, pero ella... ella me provoca náuseas.

Zahra no respondió, pero cruzó su mirada con la de Farida.

—¿Estarás mucho tiempo en Londres? —le preguntó su amiga.

—No lo sé...

—Benjamin está haciendo una buena labor, además de que el negocio es rentable. Encontrar a personas a quienes sus familiares creían perdidas es algo de agradecer. Tú misma pudiste dar con Eulogio. Ya sabes que Marvin recorrió Alemania buscándole sin éxito, pero tú lo lograste.

—Era difícil encontrarle. Había perdido su identidad, no hablaba, no sabía quién era. Le habían llevado de un lugar a otro. Tuve suerte.

—¿Suerte? No, no fue suerte. Eres la mejor en el negocio de encontrar gente.

—¿Sabes, Farida?, no sólo es necesario hacer las cosas bien, hace falta suerte.

Madrid

Eulogio estaba sentado en la sala de estar junto a la ventana. Piedad se preguntaba si en la mente de su hijo habitaban pensamientos o sólo anidaba la nada.

Ella le hablaba sin parar mientras cosía, aun sabiendo que no obtendría respuesta, pero acaso sus palabras tuvieran algún eco en su cerebro.

Empezaba a oscurecer y miró el reloj. Isabel estaría a punto de llegar del trabajo y subiría a verlos, como solía hacer cada día. Cada una encontraba consuelo en la compañía de la otra y ese consuelo se ensanchaba cuando se les unía Asunción.

En los últimos días Ernesto había empeorado y de nuevo le habían ingresado en el hospital. Ella no había podido acudir a visitarle puesto que no tenía a quien confiar a Eulogio salvo a Isabel, pero a diario hablaban por teléfono y estaban al tanto de cuanto les sucedía.

El timbre de la puerta sonó y Piedad se puso en pie.

—Es Isabel, que viene a verte —le dijo a Eulogio mientras acudía a abrir la puerta.

Isabel entró con paso rápido y gesto fatigado.

—¿Cómo está Eulogio? —preguntó a modo de saludo.

—Igual... ya sabes... pero tranquilo.

—Le he pedido a don Luis que me permitiera salir un poco antes por si tienes

que entregar alguna prenda. Yo puedo quedarme un rato con él —se ofreció Isabel.

—Pues mira, eso me vendrá bien. Si no fuera por ti no podría salir de casa. Precisamente hoy tengo que entregar un abrigo y un par de faldas. Son para la señora de Prado, la que vive en Arenal y tiene dos hijas solteras.

—Ya, ya sé quién es. Pues vete a llevárselo, que yo cuido de Eulogio.

—¿Quieres que te prepare un poco de malta?

—No... no hace falta. Anda, ve a llevar el encargo.

Piedad no tardó mucho en ir y volver, satisfecha, además, porque la señora de Prado le había pagado sin dejar nada a cuenta e incluso le había dado un abrigo de una de sus hijas para que le diera la vuelta.

Ganaba lo justo para mantenerse ella y a Eulogio, pero se sentía más feliz de lo que había estado en muchos años. Tener a su hijo con ella era lo único que podía colmar su existencia.

Cuando regresó, encontró a Isabel leyendo un periódico a su hijo.

—¿Ya estás de vuelta? No has tardado nada. Bueno, pues me marcho a casa.

—No sabes cómo te agradezco que me ayudes con Eulogio. Me lo llevo a todas partes, pero la verdad es que me preocupa que cuando salimos a la calle se ponga nervioso.

—No me agradezcas nada. Si no nos ayudamos entre nosotras... Y... bueno, estoy preocupada por Asunción... No creo que Ernesto aguante mucho más... cada día está más débil.

—¡Pobrecita! Cómo me gustaría poder ir a verla.

—Si quieres, el domingo me quedo un rato con Eulogio y te acercas al hospital.

—Pues sí, te lo agradeceré.

—Tiene que haber una manera de avisar a Catalina. Aquella casa en la que estuviste en París... ¿tienes la dirección?, ¿no podríamos escribirle allí? Desde que regresaste de París yo he recibido algunas cartas de Fernando, y Asunción y Ernesto de Catalina, pero... bueno, ya sabes la misteriosa manera en que las

recibimos... ¿Por qué no querrán que sepamos dónde están? No lo comprendo. Sin embargo, yo creo que están en París.

—Puede ser... Ya te dije que tuve la impresión de que aquel apartamento no era un lugar de paso... pero tu hijo se mostró tan rotundo al decirme que se iba a Estados Unidos con Catalina...

—¡Pero tiene que haber una manera de ponernos en contacto con ellos! Mira que yo he sido paciente y no he querido juzgar el comportamiento de mi hijo, pero no puedo comprender que no quieran decirnos dónde están ni tampoco facilitarnos el ponernos en contacto con ellos.

—Tendrán sus razones, Isabel, razones que se nos escapan. Ya te dije que Fernando me dejó claro que jamás dejará a Catalina.

—Sí, pero también te dijo que ella sigue empeñada en que Marvin se case con ella. Mi hijo está perdiendo la vida por nada.

—Mira, no te angusties; si quieres mandaremos una carta a aquella dirección y veremos qué pasa. Si llevaron a Eulogio allí es porque hay alguien que les conoce... No sé, por intentarlo nada se pierde.

—Por cierto, Mari Paz, la mujer de Antoñito, vuelve a estar embarazada, me lo ha dicho don Bernardo, aunque luego he oído comentarios en la farmacia de que el embarazo viene mal.

—Pobrecita, perdió el anterior. Ya tiene dos hijos, niño y niña, pero aun así...
—respondió Piedad.

—El otro día me encontré con don Antonio y su mujer, me preguntaron por Fernando. Ya no sé qué decir...

—Mujer, después de tantos años todo el barrio cree saber que se fugó con Catalina. Tu hijo siempre ha estado muy enamorado de ella, por eso a nadie le extrañó que desaparecieran juntos.

—Sí, lo sé. Pero aun así me pongo nerviosa cuando me preguntan por él. Don Antonio me dijo algo así como que Fernando no era un buen hijo cuando ni siquiera había vuelto de visita. Tuve que morderme la lengua para no tenerla con él.

—Son mala gente, «la Mari» y él. Dios los cría y ellos se juntan, por eso les funciona el matrimonio.

—Y la pobre Mari Paz... No sé cómo puede aguantar a esa familia. Ella siempre es muy amable cuando viene a la farmacia, pero Antoñito... algunas veces la acompaña y no sabes con qué arrogancia me trata.

—Escribe a tu hijo y mañana le mandamos la carta a París y ya veremos... Aunque ha pasado tanto tiempo desde que yo estuve allí...

Londres

La niebla parecía haber encerrado la ciudad. Zahra se bajó del taxi delante de la editorial Wilson&Wilson y sintió cómo la humedad se abría paso desde el abrigo hasta sus huesos.

Benjamin la recibió con gesto serio y apenas se saludaron le entregó una carpeta. Ella había ido directamente del aeropuerto al despacho de Wilson. Ni siquiera se había entretenido, como en otras ocasiones, recorriendo las plantas inferiores donde estaba la librería.

Aquel edificio situado en el corazón de Bloomsbury siempre le había gustado. Se asemejaba a una sinfonía interminable de palabras guardadas en los libros que cubrían las paredes de los dos primeros pisos. Pero allí donde estaban situados la vivienda y el despacho de Benjamin la atmósfera era diferente. Los libros también cubrían las paredes, pero dejaban espacio a enormes cuadros y se notaba la presencia de Sara por los bouquets de flores situados en mesas bajas.

Mientras Benjamin se servía un oporto, Zahra abrió la carpeta y miró fijamente las fotos que contenía antes de sumirse en la lectura de los papeles que guardaba.

Cuando terminó, buscó la mirada de Benjamin.

—¿Estás seguro?

—Tanto como se puede estar en estos casos. Mi hombre buscaba a un oficial de las SS desaparecido días antes de que Alemania se rindiera. Alguien quiere

saldar cuentas con ese individuo. Alguien que perdió a su madre y a su padre en Auschwitz. Su único empeño es llevarlo ante la justicia. He estado cinco años buscándole y creo haberle encontrado pero como has podido ver en la foto, uno de los hombres que aparece junto a él se parece extraordinariamente a Ludger Wimmer, el socio de tu padre.

—Sí, podría ser él. ¿Quién es tu hombre?

—Un buen investigador. Judío. Su padre era juez, un hombre que había consagrado su vida al derecho. Fue él quien decidió que su mujer y su hijo se marcharan de Alemania al poco de hacerse Hitler con la Cancillería. Él tenía diez años y no quería irse. Se sentía alemán y no comprendía por qué de repente le trataban como si hubiera dejado de serlo. Pero marcharse le salvó la vida porque su padre y sus abuelos paternos, junto a sus tíos y primos, murieron en Auschwitz.

—¿Cómo se llama?

—Johan Silverstein. Es periodista, de modo que puede husmear sin despertar demasiadas reticencias.

—¿Y por qué la familia Silverstein decidió refugiarse en Chile?

—Eso se lo tendrás que preguntar a él. Sólo te puedo decir que su madre tiene una hermana casada con un diplomático chileno, de manera que era la opción más conveniente. Johan ha crecido en Santiago de Chile, donde ha culminado sus estudios y ejerce como periodista.

»En Chile hay una importante colonia alemana, es un buen sitio para husmear la pista de antiguos nazis. Johan ya ha encontrado a otro hombre que me habían encargado que buscara.

—¿Y qué ha sido de ese hombre? —preguntó Zahra.

—No lo sé. Le di la información a las personas que le buscaban. El encargo era tan sólo encontrarle.

—De acuerdo, iré a Chile.

—Y le matarás —afirmó Benjamin.

—Sí.

—¿Quieres que te acompañe alguno de mis hombres?

—Se lo pediré a Fernando.

—¿A Fernando? Ya sabes que no quiere saber nada de este negocio y mucho menos si se trata de matar a nadie. Fue capaz de matar por motivos personales y sólo lo volverá a hacer si es por la misma causa.

—Vendrá conmigo. Él no tiene que matar a nadie; eso lo haré yo. Esta vez será la única ocasión en que apretaré el gatillo por placer.

Benjamin comprendió que Zahra no necesitaba a Fernando para que la ayudara en la misión sino para que después la ayudara a salvarse de sí misma, de manera que asintió.

—Le diré a Sara que debe prescindir de Fernando por unos días.

—Sí, supongo que será un inconveniente.

—Bueno, los Dufort siempre son una fuente de solución a los problemas. Seguro que encontrarán a alguien.

—¿Y por qué no Catalina?

—Es una mujer capaz de llevar la librería en ausencia de Fernando, pero Marvin no lo comprendería. Está trastornada y le persigue por todas partes. Nos debemos a él.

—Ya, pero sería la mejor solución mientras Fernando me acompaña.

Benjamin se encogió de hombros en un gesto de resignación.

—¿Vendrás a cenar esta noche con nosotros?

—Gracias, pero prefiero emprender viaje a París a buscar a Fernando. Eso sí... necesitaré que en Santiago alguien me proporcione un arma.

—Sí, ya lo sé. Te daré una dirección. Pero no mezcles a Johan, él se limita a buscar gente.

—No lo haré.

—Suerte.

Zahra sonrió; luego salió del despacho y no se sorprendió cuando horas más tarde se encontró con Sara en el tren camino de París. Había decidido ser ella quien se hiciera cargo de mantener abiertas las puertas de la editorial-librería

Rosent.

Fernando estaba en la trastienda hablando con Alain Fortier sobre una edición de poemas de otra joven promesa apadrinada por el profesor. Tenía la puerta abierta que comunicaba la parte trasera con la tienda por si entraba algún posible comprador, aunque la mañana había transcurrido tranquila y la tarde no parecía que fuera a ser distinta. No obstante, la puerta de la entrada a la librería se abrió y, para su sorpresa, allí estaba Zahra. Se puso de pie, disculpándose con el profesor Fortier, y salió al encuentro de la bailarina.

Cuando la miró supo lo que quería.

—Ludger Wimmer está en Chile —dijo ella en un susurro.

—¿Estás segura?

—Sí, esta vez la pista es concluyente. —Y abriendo el bolso, le enseñó una foto donde se veía a varios hombres charlando despreocupadamente. El rostro de uno de ellos estaba encerrado en un círculo.

—Y entonces...

—Te comprometiste a acompañarme —le recordó ella.

—¿Cuándo?

—Mañana. Esta tarde, cuando cierres la librería, te vendré a buscar. Podemos cenar juntos y te cuento todos los detalles del viaje.

—De acuerdo —respondió él, evitando que su tono de voz trasluciera resignación.

Dos horas más tarde Zahra regresó. El profesor Fortier se estaba despidiendo de Fernando y no pudo evitar mirar de reojo a aquella mujer a la que había visto en alguna ocasión en compañía de los Wilson. Se saludaron con un seco apretón de manos.

Fernando ya sabía de la llegada de Sara. Ella misma se había presentado en la librería exhortándole a tomarse todo el tiempo que necesitara para acompañar a Zahra. Ninguno de los dos se refirió a lo que se disponía a hacer.

Mientras Zahra le conducía a un pequeño restaurante situado en el Barrio Latino, en la rue de l’Ancienne-Comédie, Fernando pensaba en la personalidad sorprendente de Sara.

Se sintió un tanto cohibido cuando entraron porque inmediatamente pensó en que acaso no llevara dinero suficiente para pagarlo. La recargada decoración transportaba a tiempos pasados.

—¿No conocías este lugar? —le preguntó Zahra, que se dio cuenta de la incomodidad de Fernando.

—No, en realidad nunca vamos a restaurantes. Lo más que nos permitimos es ir a algún café.

—Dicen que Le Procope es el restaurante más antiguo de París... Aquí han comido Rousseau, Voltaire, Diderot... y han conspirado Danton, Marat, Robespierre... Y además, me gusta su sopa de cebolla —afirmó ella con una sonrisa.

Aunque Fernando apenas probó bocado, Zahra sí tenía apetito, así que la cena se alargó. Ella le dio los detalles previstos para el viaje que iban a emprender al día siguiente. Benjamin lo había arreglado todo para que actuara en el cabaret en el que, según la información de la que disponía, había sido visto Ludger Wimmer. El alemán tenía buena relación con el dueño del local, incluso se sospechaba que pudiera ser su socio.

—¿Te preocupa Catalina? —le preguntó Zahra de repente.

—No... Bueno, no sé qué explicación le voy a dar.

—Dile la verdad, que estoy buscando a alguien y te he pedido que me

acompañes. Ya sabe que trabajo para Benjamin y que él se dedica a buscar gente. No sería la primera vez que me acompañas por un asunto así. Y no necesita saber más.

—Ya.

—No deberías preocuparte tanto por Catalina. No es una niña indefensa. Aunque te cueste admitirlo, no te necesita tanto como tú crees.

—¡Qué sabrás tú! —protestó él.

—Bueno, lo que sé es que os habéis enredado como una madeja, pero en realidad podríais vivir el uno sin el otro; incluso creo que eso os haría un gran bien porque mientras no os desenredéis, no tendréis vida propia.

Le molestó la sinceridad de Zahra. Se negaba a compartir con nadie, ni siquiera con ella, cuanto tenía relación con Catalina. En realidad, Catalina era lo que le recordaba quién era, de dónde venía y el porqué de la deriva que había tomado su vida.

Zahra observaba la tensión en el rostro de Fernando. Era evidente que luchaba consigo mismo.

—Sabes a lo que voy... y aunque te comprometiste a acompañarme, puedo comprender que te eches atrás.

—Eres tú la que debería echarse atrás.

—No. Sabes que eso no es posible.

—Me sorprende tu actitud respecto a la muerte... Es como si no te pesara quitar la vida.

—Y no me pesa, Fernando, no me pesa haber matado a hombres que merecían ese castigo. ¿Aún te atormenta haber matado a los que asesinaron a tu padre o a aquel agente de la Gestapo que nos persiguió desde Praga?

—Dejémoslo. Iré contigo.

—Tú no tendrás que matar, Fernando, sólo acompañarme.

—Sí, eso es lo que se suponía que tenía que hacer en aquel viaje a Praga, sólo acompañarte, pero terminé matando a un hombre.

—A un asesino, a un asesino de la Gestapo.

—Un hombre, en cualquier caso.

Cuando el camarero les llevó la cuenta de la cena, Zahra no le permitió pagar y Fernando se contrarió. No estaba dispuesto a depender de ella, y tampoco a dejarse invitar a una cena.

—Mira, sé práctico. Vamos a emprender un viaje en el que habrá que gastar mucho dinero. Y no sería justo que tú tuvieras que sacrificarte. Yo correré con todos los gastos. Asume que el viaje ha comenzado esta misma noche, así que permíteme pagar la cuenta del restaurante.

Pero él se negó. No podría pagar los gastos del viaje, pero al menos sí aquella cena en el restaurante más antiguo de París.

Más tarde, cuando le contó a Catalina que al día siguiente viajaría a Chile con Zahra, se dio cuenta de que ella contenía las preguntas. Siempre se había mostrado cauta respecto a Zahra, temiendo decir una palabra de más.

Ella se ofreció a ayudarle a hacer la maleta y él aceptó sólo por el hecho de disponer de más tiempo para hablar.

Fue Adela quien no pudo ocultar la contrariedad que le producía que Fernando se marchara de viaje.

Adela parecía temer que se pudiera quebrar su cotidianidad; ésta se componía de su madre y Fernando, que para ella eran sus padres, y eso le bastaba para ser feliz. De manera que primero le pidió a Fernando que no se marchara de viaje, luego preguntó si no podrían acompañarle ella y su madre, y más tarde le hizo prometer que no tardaría en regresar.

Santiago de Chile

Johan Silverstein los aguardaba en la terminal del aeropuerto de Santiago. Era un hombre joven, de cabello castaño y ojos claros, complexión fuerte, aunque no demasiado alto. Nada en él llamaba especialmente la atención salvo la bonhomía que se reflejaba en una sonrisa contenida.

—Tienen reservada una habitación en el hotel Carrera. Les gustará, es el mejor y además no está muy lejos del cabaret donde la señora tiene que actuar.

Silverstein tenía razón. El Carrera era un hotel moderno, inaugurado en los años cuarenta, de estilo *art déco*, donde las columnas de mármol y los sillones de cuero lograban crear una atmósfera cosmopolita.

Se sentaron en un rincón del bar para que Johan les pusiera al tanto de la situación.

—El dueño del cabaret se llama Jorge Prat; es un fascista. Entre sus amistades están los hombres más abyectos del país, todos aquellos que frenan la democracia, que creen que los obreros sólo tienen un derecho: trabajar. Prefiere un militar en el Gobierno antes que un político y pide mano dura contra los estudiantes y contra todo aquel que se atreva a cuestionar los abusos del poder. A finales de los años treinta parece que estuvo una temporada en Berlín y allí se casó con una alemana, Matilda Schmidt. Y por lo que he podido averiguar, hizo negocios con los dueños de un famoso cabaret berlinés, «Amanecer Rosa», uno de los cabarets preferidos por los oficiales de las SA y de las SS.

Zahra sintió un escalofrío, aunque ni Fernando ni Johan se dieron cuenta de su malestar.

—Cuando regresó de Berlín —continuó diciendo Johan— Prat abrió un cabaret cerca de la avenida de la Alameda, «La Nuit», donde se reúnen los hombres más influyentes de Santiago. Empresarios que financian a militares descontentos, políticos ávidos de enriquecerse a costa del país... y en los últimos años también lo frecuentan extranjeros, alemanes entre ellos. Sé que el señor Benjamin Wilson les ha explicado que mi padre y parte de mi familia murió en las cámaras de gas de Auschwitz. Y yo, como tantos otros, no me conformo con que unos cuantos de los jefes nazis fueran condenados en Núremberg mientras que miles de los responsables de todo lo que sucedió estén en libertad sin que nadie los moleste. Algunos han cambiado de identidad, otros han huido, muchos están tranquilos en sus casas, en sus pueblos, o en otros países, como el propio Wimmer, como si no hubieran hecho nada. Pero en lo que a mí se refiere, haré lo imposible por desenmascararlos y que sean llevados ante la justicia.

—Un empeño casi imposible —se lamentó Fernando.

Johan asintió al tiempo que les ofrecía un cigarrillo antes de encender el suyo.

—Hay otras personas que piensan como yo. ¿Han oído hablar de Fritz Bauer? ¿O de Simon Wiesenthal? ¿O de Jan Sehn o Tuvia Friedman? —les preguntó Johan.

—No —afirmó Fernando.

Y entonces Zahra tomó la palabra:

—Fritz Bauer, judío, un hombre de leyes, se salvó de ser una víctima del nazismo porque pasó aquellos años en Dinamarca y en Suecia. Pero está empeñado en que los responsables de los crímenes cometidos en Auschwitz y en otros lugares no queden impunes.

»Simon Wiesenthal sobrevivió en Mauthausen... Cuando el campo fue liberado se quedó a vivir en Linz, donde ha fundado un Centro Histórico de Documentación... Creo que su libro *KZ. Mauthausen* fue publicado en 1946, un año después de que terminara la guerra. Al siguiente publicó un segundo libro

sobre el muftí Haj Amin Al-Husseini que no ha sido traducido del alemán. Ni siquiera Benjamin Wilson ha considerado su traducción al inglés. En cuanto a Tuviah Friedman... es el homólogo de Wiesenthal y, al igual que él, ha intentado llevar ante los tribunales a aquellos que colaboraron con el régimen nazi. Ahora vive en Israel, harto de comprobar cómo Austria quiere olvidar su pasado nazi. Todos sus archivos se guardan ahora en Jerusalén, en el Yad Vashem, un centro de memoria del Holocausto.

Fernando escuchaba sorprendido a Zahra preguntándose por qué no había compartido esa información con él. Pero él mismo se dio la respuesta: en realidad, Zahra era igual que aquellos hombres cuyo objetivo era desenmascarar a los criminales, sólo que ella se conformaba con que la justicia recayera sobre un solo hombre: el socio de su padre, Ludger Wimmer.

—Ha hecho los deberes —dijo Johan Silverstein, mirando a Zahra.

—En cuanto a Jan Sehn... a él le debemos conocer los más terribles detalles de cuanto sucedió en Auschwitz, sobre todo en lo que se refiere a los experimentos médicos que se realizaron con los presos —continuó explicando Zahra.

—¿A qué se dedica ese Jan Sehn? —quiso saber Fernando.

—Fue el juez instructor del caso de Rudolf Höss —apostilló Johan.

—Y Alto Comisionado para investigar los crímenes cometidos por los nazis en Polonia. También ha formado parte de la Comisión Militar Polaca de Investigación de Crímenes de Guerra —añadió Zahra.

—Creo que deberían descansar. Vendré a buscarlos más tarde —le interrumpió Johan, mirando su reloj.

Las habitaciones de Zahra y Fernando estaban comunicadas a través de un pequeño salón donde encima de una mesa baja había un ramo de flores con una tarjeta que ella leyó con indiferencia.

—¿Un admirador? —preguntó Fernando.

—Las ha enviado Jorge Prat, el propietario del cabaret.

—¿Sabes?, no estoy seguro de que sea buena idea que bailes en ese lugar.

Puede que eso alerte a Ludger Wimmer. Él conoció a tu madre y te conoce a ti.

—Jorge Prat también debió de conocer a mi madre. Por eso me ha contratado, porque recuerda su éxito en el «Amanecer Rosa». Quiere ofrecer a sus clientes lo mismo que mi padre y Wimmer ofrecían a los suyos en Berlín. Pero no te preocupes, Prat ignora quién soy. Para él sólo soy una bailarina egipcia.

—Pero Ludger Wimmer te reconocerá. Además, tu nombre... tu apellido...

—Soy el cebo para que Wimmer se deje ver. Sentiré curiosidad por ver el espectáculo de una bailarina egipcia cuyo nombre no le dirá nada. Ahora soy Zahra Nadouri, pero cuando sucedió aquello... yo era una niña y entonces mi nombre era Mandisa Rahim, ya te conté que llevaba el apellido de mi madre. Wimmer no me relacionará con Mandisa.

—No estoy seguro de que no lo haga —insistió Fernando.

El timbre del teléfono los devolvió a la realidad. Se habían quedado dormidos y mientras Zahra descolgaba el auricular vio que a través de la ventana sólo habitaba la oscuridad.

Fernando se incorporó mientras la escuchaba responder con monosílabos.

—Jorge Prat vendrá a buscarnos en una hora para acompañarnos a cenar.

—Pero Johan dijo que vendría... Tenemos que avisarle.

—Llámale tú mientras yo me preparo —dijo ella, poniéndose en pie.

Jorge Prat era un hombre con el cabello cano, de estatura elevada, corpulento tendiendo a grueso y una sonrisa que a Zahra le inquietó.

—¡Mi querida señorita Nadouri! ¡Qué gran honor tenerla entre nosotros! Espero que haya podido descansar. —Prat sólo tenía ojos para Zahra, ignorando a Fernando.

Ella le tendió la mano con indiferencia y, mirando a Fernando, se agarró de su brazo.

—Señor Prat, le presento al señor Garzo. Es un buen amigo con el que estoy muy unida desde hace muchos años.

Prat y Fernando se midieron con gesto serio mientras se estrechaban las

manos.

—Sí... ya me habían avisado de que viajaría usted acompañada por el caballero... En fin, espero que disfruten de su estancia en Santiago y que me disculpe por mi insistencia de verla esta noche, pero ansiaba conocerla. Sé que usted es una leyenda en Alejandría.

Zahra no se molestó en responderle. Fue Fernando quien lo hizo.

—Sin duda la señorita Nadouri es la bailarina más prestigiosa de Oriente Medio.

—Bien... si les parece, cenaremos en el hotel. Y si me permite, le hablaré de «La Nuit», donde desde hace semanas tengo todas las mesas reservadas para verla a usted.

Durante la cena, Zahra se comportó con indiferencia manifiesta ante todo lo que Jorge Prat contaba. Fue Fernando quien llevó el peso de la conversación dirigiendo preguntas al empresario, lo cual venía facilitado al compartir ambos el mismo idioma. Así le escucharon decir que años atrás había visitado en varias ocasiones Berlín y hecho negocios con algunos empresarios, y que precisamente en uno de sus viajes tuvo la ocasión de ver bailar a una bailarina egipcia.

—Heba, creo recordar que se llamaba... si Heba Rahim, ¿ha oído hablar de ella? —preguntó mirando fijamente a Zahra.

Ella se encogió de hombros con indiferencia mientras apuraba su copa de champán.

—Egipto tiene una larga tradición de bailarinas de Raqs Sharqi.

—Bueno, eso fue hace tiempo; cuando Heba bailaba en Berlín usted sería una niña. Fue una época hermosa... Berlín era la capital de Europa y... podría haber sido la capital del mundo... Fue una pena que Alemania perdiera la guerra, ¿no le parece?

Fernando a punto estuvo de responder, pero Zahra se anticipó:

—A mí tanto me da, señor Prat. Egipto tiene bastante con sus problemas para preocuparnos por los de los demás. No me interesa la política, es cosa de hombres, y los hombres nunca cuentan con las mujeres ni para hacer la guerra ni

para la paz.

—Un pensamiento interesante —respondió Prat, observando con desdén a Zahra, a la que ya había catalogado como una mujer carente de interés; incluso temió que no fuera tan buena bailarina como le habían prometido—. ¿Y usted, señor Garzo? ¿Qué opina? —insistió el empresario en buscar la respuesta de Fernando.

—¿Respecto a qué?

—Pues al resultado de la guerra.

—Eso ya es historia, ¿qué más da? Lo importante es el futuro, ¿no le parece?

—Desde luego, desde luego...

Jorge Prat miró el reloj, aburrido por la conversación intrascendente de la pareja formada por la bailarina y el español. Observó de reojo a Zahra y no pudo dejar de compararla con aquella bailarina que años atrás encandilaba a los hombres en el «Amanecer Rosa» de Berlín. No sólo recordaba su nombre, también su sensualidad y belleza. Jan Dinter, el socio de Ludger Wimmer, propietario del «Amanecer Rosa», disfrutaba de ella, aunque de cuando en cuando la compartía con alguno de los jefes nazis.

Precisamente al comentarle a Wimmer que un representante de artistas le ofrecía un espectáculo de una bailarina experta en la danza del vientre, éste le aconsejó que no tuviera dudas porque el éxito estaba garantizado. Y él confiaba en el buen *ojo* de Wimmer para los negocios. En realidad admiraba a aquel hombre desde que le conoció en Berlín, donde había sido copropietario de uno de los cabarets más exclusivos de la capital alemana. Por ese motivo no dudó en ofrecerle una participación en «La Nuit» cuando poco antes de que terminara la guerra Wimmer llegó a Chile. Fue franco con él al decirle que no quería retar a la suerte. Había podido escapar de Berlín antes de que llegaran los rusos y, como hombre previsor, había tenido el buen tino de separar los negocios del corazón. Era un nazi convencido, pero su fe en Adolf Hitler no le empañó la razón, de manera que había ido sacando su dinero de Alemania para luego depositarlo en un banco suizo. Cuando se presentó en Santiago no lo hizo pidiéndole amparo,

sino que llegó con capital suficiente para invertir. Pero ahora los intereses de Wimmer iban más allá de los cabarets, aunque parecía disfrutar de formar parte de «La Nuit», donde acudía en contadas ocasiones.

—Está usted muy pensativo. —La voz de Zahra sacó a Jorge Prat de su ensimismamiento.

—Perdone, qué descortesía la mía... Pensaba en que ustedes están cansados, puesto que han hecho un largo viaje, y que yo les he importunado con mi insistencia para acompañarlos a cenar.

—Desde luego que no. Le agradecemos su gentileza —dijo Zahra con gesto aburrido.

—Entonces, si les parece, nos vemos mañana. Como le he explicado, tengo prevista su actuación para las once de la noche. Enviaré un coche a buscarla a las nueve, ¿le parece bien? Tendrá una doncella a su disposición para lo que necesite.

—Muy amable por su parte, señor Prat, y tiene usted razón, estamos cansados —concluyó Zahra al tiempo que se ponía en pie.

No había pasado ni media hora desde que se habían despedido de Jorge Prat cuando el timbre de la habitación los sobresaltó. Fernando acudió a abrir.

—¿Cómo ha ido la cena? —preguntó Johan Silverstein en la puerta.

—Vaya... ya no le esperábamos —comentó Fernando.

—Aunque me dijo que no viniera precisamente porque cenarían con Jorge Prat, no he podido resistir el venir a verlos —admitió Johan.

Zahra apareció en el salón descalza y envuelta en una bata de seda.

—Tenía usted razón, es un tipo peligroso —le dijo a Johan.

—Sí... sus ademanes amables esconden a un alacrán. Hay que tener cuidado con él —respondió el periodista.

Fernando colocó en una bandeja tres vasos con whisky y le ofreció uno a Johan.

—¿Cree que Ludger Wimmer irá mañana a «La Nuit»?

—No se lo puedo asegurar, pero yo diría que lo hará. Como les he contado, se

rumorea que Wimmer tiene una participación en el negocio. No se suele dejar ver por el cabaret porque en Santiago pasa por ser un hombre dedicado al comercio textil. Es socio de una fábrica de confección, además de tener un par de sastrerías de caballeros. Pero es discreto. No participa de la vida social de la ciudad aunque en alguna ocasión se le ha visto en «La Nuit».

—¿Y si no va? —Zahra estaba preocupada.

—Le buscaremos... Que viva con discreción no significa que esté oculto.

—Johan, no quiero mezclarle en lo que he venido a hacer —afirmó Zahra.

—No sé qué quiere decir...

—Mañana actuaré en «La Nuit», pero lo que necesito son detalles sobre la vida de Ludger Wimmer en Santiago. Su dirección, sus costumbres... sólo eso. En cuanto me dé esa información, aléjese de mí.

El joven periodista la miró intentando desbrozar qué había detrás de los ojos de aquella mujer. Su tono de voz no dejaba traslucir ninguna emoción y en cambio sus palabras y su actitud le resultaban inquietantes.

—Mi objetivo es llevar ante los tribunales al mayor número de nazis. Ludger Wimmer no aparece en ninguna lista de prófugos de la justicia. Llegó a Chile legalmente y las autoridades no tienen nada en contra de él. Sin embargo, usted le busca porque sabe que es un nazi peligroso. Bien, al menos podemos desenmascararle. Yo haré que aparezca su nombre y su foto en los periódicos, conseguir que su vida aquí deje de ser fácil. Puede que usted logre que algún tribunal alemán le reclame... ¿No le parece suficiente? —preguntó Johan, intentando escrutar el impasible rostro de Zahra.

—No —respondió ella con sinceridad.

—Entonces...

—Ayúdeme dándome la información que le he pedido y luego manténgase apartado de mí —insistió ella.

—Benjamin Wilson me pidió que la ayudara. Llevo tiempo colaborando con él y con otras personas que buscan criminales nazis, pero mi único empeño es llevarlos ante los tribunales. ¿Qué es lo que pretende usted?

—¿Qué haría si encontrara a quienes asesinaron a sus abuelos y a sus familiares en Auschwitz? —replicó Zahra.

—¿Hacer? Ya se lo he dicho, intentar que se haga justicia.

—Si se los encontrara de frente, ¿no querría hacer justicia usted mismo?

—¡No! ¡Desde luego que no! No hay justicia fuera de la ley —respondió Johan, alarmado por la deriva de la conversación.

—¿Qué ley? ¿Las leyes de la Alemania de Hitler? Allí también había leyes y tribunales —afirmó Zahra.

—Usted sabe a qué me refiero. Soy alemán y sin embargo me da náuseas sólo de pensar en lo que sucedió en mi país. Sé que no sólo fueron los nazis los responsables del genocidio, sino también la gente corriente, nuestros vecinos, algunos de nuestros amigos, personas que creíamos conocer pero que prefirieron mirar hacia otro lado; ellos también son responsables de lo sucedido. Por eso no volveré a Alemania, porque temo no ser capaz de ver más que rostros de asesinos, asesinos por acción o por omisión. Pero algo sí tengo claro: jamás, ¿me entiende?, jamás haría algo que me pudiera igualar a esa gente.

—Usted se instala en la superioridad moral —intervino Fernando, usando un tono cercano al reproche.

—Desde luego que no quiero ser como ellos, y aunque sé que la justicia no es siempre justa y que muchos de esos monstruos jamás serán llevados ante un tribunal, o si alguien los lleva las penas serán irrisorias teniendo en cuenta sus crímenes, también sé que la venganza me denigraría.

Se quedaron en silencio mientras encendían casi al unísono un cigarrillo.

—Es usted un buen hombre —murmuró Zahra.

—Recuerdo el día en que mi madre y yo dejamos Berlín. Mi padre nos dijo que en cuanto pudiera se reuniría con nosotros. No pudo hacerlo. Se lo llevaron a Auschwitz junto con mis abuelos, mis tíos y mis primos. De nuestra familia sólo hemos sobrevivido mi madre y yo. Y ¿sabe qué?, no hay un solo día en el que no recuerde las últimas palabras que oí de labios de mi padre en la estación cuando el tren estaba a punto de partir: «Johan, pase lo que pase, no permitas que nada

ni nadie te convierta en alguien que no se puede mirar al espejo sin sentir vergüenza».

—Entonces ha decidido conformarse —sentenció Fernando, sintiendo un dolor agudo por las palabras que acababa de escuchar.

—¿Conformarme? No, desde luego que no, pero nunca he dejado de tener presente las palabras de mi padre. Y le confieso una cosa: no se imagina el alivio que siento al poder mirarme al espejo sin tener que avergonzarme.

Fernando recibió las palabras de Johan como si se trataran de una puñalada. El paso del tiempo no había atemperado las apariciones de Roque y Saturnino Pérez en sus sueños recordándole que les había quitado la vida, y aunque él les gritaba reprochándoles que le hubieran arrebatado a su padre, ellos le seguían señalando como un asesino. También se le aparecía el rostro de aquel hombre de la Gestapo... un rostro enmarcado entre sombras. Pero no eran solo las voces ni los rostros de esos tres hombres lo que le hacía sufrir, sino el rostro de su padre y sus palabras: «No matarás, Fernando, tú no matarás». Sabía que él no habría aprobado que su hijo se hubiera convertido en un asesino. Él había incumplido el mandato de su padre, en cambio aquel joven que tenía enfrente había seguido al pie de la letra las recomendaciones del suyo.

Zahra y Johan le observaban en silencio. Lo que afloraba en los ojos de Fernando era el comienzo del extravío.

—Cada uno resuelve la vida como puede —acertó a decir Johan—, yo no juzgo a nadie.

—A veces uno tiene que hacer justicia personalmente —susurró Zahra.

Johan volvió a mirarla con preocupación. Empezaba a vislumbrar las intenciones de aquella mujer.

—Usted ya ha hecho todo lo que podía hacer y se lo agradezco —añadió Zahra.

—Mañana iré a «La Nuit». Le ayudaré en todo aquello que crea que se debe hacer —insistió el periodista.

—Averigüe dónde vive Ludger Wimmer. Necesito esa información. —Fue la

respuesta de Zahra.

Era sábado y en las calles de Santiago se respiraba el preludio del domingo.

Zahra se estaba vistiendo con la ayuda de una joven que no dejaba de hablar. En realidad no la escuchaba.

Jorge Prat había insistido a Fernando para que se sentara a la mesa que tenía reservada para su uso personal y el de sus clientes especiales. Apenas había probado un sorbo del whisky que le habían servido y prestaba poca atención a la pareja que Prat le había presentado y con la que compartía mesa.

La mujer, teñida de rubio y vestida con un traje rojo, parecía aburrida, mientras que su acompañante, un hombre entrado en años, de cabello blanco y mirada afilada, hablaba con Jorge Prat sobre la necesidad de *dar un giro* al Gobierno.

Unas cuantas mesas más allá, Johan Silverstein parecía entretenido hablando con un par de jóvenes como él. Fernando se preguntó quiénes serían.

Un hombre con paso decidido se acercó a la mesa. Jorge Prat se levantó y le abrazó con afecto.

—¡Mi querido amigo, cuánto me alegra de que nos acompañes esta noche! Espero que la bailarina esté a la altura de las expectativas que tenemos respecto a ella. No se podrá comparar con aquella hermosura de tu cabaret de Berlín, pero estoy seguro de que no nos defraudará. ¿Verdad que no lo hará? —dijo Jorge Prat dirigiéndose a Fernando.

—La señorita Nadouri es una de las mejores bailarinas de Raqs Sharqi —afirmó Fernando.

—¿Raqs Sharqi? ¿Y eso qué es? —preguntó la mujer rubia.

—Danza oriental, en este caso, la danza del vientre, una especialidad de las bailarinas egipcias —dijo el hombre que acababa de llegar.

—Los voy a presentar. El señor Garzo es el acompañante de nuestra bailarina y éste es mi querido amigo Ludger Wimmer. Usted, general —dijo mirando al

hombre del cabello blanco—, ya le conoce.

Ludger Wimmer hizo una inclinación al general, besó la mano de la mujer rubia y tendió la mano a Fernando, escudriñándole con atención.

—De modo que su amiga es egipcia... y usted es español, ¿me equivoco?

—Así es —asintió Fernando.

Las luces de la sala comenzaron a oscurecer y Jorge Prat, nervioso, les pidió silencio.

—Está a punto de empezar —susurró.

Los músicos comenzaron a tocar sus instrumentos y la luz se terminó de apagar. Un foco iluminaba el centro de la sala. Los murmullos se fueron acallando y sólo el tintineo de las copas daba fe de que aquel lugar estaba habitado. De repente la música comenzó a elevarse hasta alcanzar un clímax, momento en que Zahra apareció en medio del círculo iluminado por el foco.

Comenzó a moverse lentamente, como si el tiempo no existiera, y todos los presentes fueron conscientes de cada movimiento de su cuerpo.

Fernando no dejaba de mirar de reojo a Ludger Wimmer. Se sorprendió por la sensación de asco que se había apoderado desde su estómago hasta la boca. Aquél era el hombre que había encerrado a Zahra en un psiquiátrico, el que la había violado y había puesto todo su empeño en destruirla.

Ludger Wimmer miraba a Zahra. No apartaba sus ojos de ella y Fernando temió que la hubiera reconocido. Y bastó un segundo para que las miradas de Ludger y Zahra se encontraran. Un segundo, apenas una ráfaga. En los ojos de ella un odio infinito, y en los de él se iban abriendo los recuerdos.

Los aplausos envolvieron a Zahra y Jorge Prat disfrutó del éxito viendo a tantos hombres en pie aplaudiendo con entusiasmo.

—¡Nunca había visto tanto fervor! Mi bailarina es tan buena como la tuya de Berlín —afirmó riendo mientras daba una palmada en la espalda de Ludger Wimmer.

Sin embargo, Wimmer no respondió. Había apretado los labios en una línea y su mirada estaba cargada de algo parecido al odio y al estupor.

—¿Vendrá a tomar una copa con nosotros? —preguntó a su amigo Prat.

—Bueno... no creo... En el contrato se especifica que ella no participará de ningún encuentro con clientes —respondió pesaroso el chileno.

—Pero aquí está el caballero que la acompaña, ¿nos negará usted la presencia de la dama? —insistió Wimmer.

—Como le ha dicho el señor Prat, la señorita Nadouri nunca tiene contacto con los clientes de los locales en los que actúa. Es una norma que nunca se ha saltado y que, naturalmente, comparto.

—Esto es un cabaret... Las bailarinas saben lo que eso significa. Es inconcebible que puedan poner ese tipo de condiciones cuando trabajan en un local como éste. —La voz de Ludger Wimmer indicó la furia que a duras penas contenía.

—El contrato de la señorita está meridianamente claro, y firmado por el señor Prat; si no hubiera aceptado estas condiciones no estaríamos aquí. —La voz de Fernando también delataba tensión.

—Vamos... vamos... no nos enfademos —terció el general—. Usted, joven amigo, debe comprender que hombres como nosotros queremos manifestar nuestra admiración a una mujer tan extraordinaria... No debería ponerse celoso.

—No tengo motivos para ponerme celoso, general. Y ahora, si me disculpan, voy a reunirme con la señorita Nadouri. Estará cansada y deseando regresar al hotel.

Mucho más tarde, cuando ya no quedaba ni un cliente en «La Nuit», que Ludger Wimmer preguntó a su amigo y socio Jorge Prat por Zahra.

—¿No te recuerda a nuestra bailarina de Berlín?

—Desde luego que no, mi querido amigo. La vuestra era sin duda una mujer bellísima y buena bailarina, pero ésta... ésta tiene algo especial.

—No sé...

—¿No creerás que es la misma? —preguntó el chileno con una mirada irónica.

—Desde luego que no. No podrían serlo, pero... no sé... Hay algo en ella que no me resulta desconocido.

—Vamos, Ludger, lo que te resulta familiar es que es una bailarina oriental. Al final, mejores o peores, todas se parecen.

—Es posible...

Ludger Wimmer no durmió bien aquella noche. Los ojos de aquella bailarina le recordaban otra mirada... la mirada de una chiquilla a la que él personalmente se había encargado de destruir. Sabía que estaba muerta. Es lo que le dijeron en el sanatorio cuando regresó con la intención de volver a violarla.

«Se la han llevado», le informó la enfermera encargada de su sección. Y luego en voz baja le confió que no era la primera vez que las autoridades decidían deshacerse de gente como ella, «parásitos inservibles». «¿A quién le importa que vivan o mueran?» Pero él había insistido en saber su destino y la enfermera había accedido a enseñarle el libro de registro. La habían trasladado a un hospital de paso... sí, de paso de la vida a la muerte. Un hospital para dementes sin remedio.

De manera que Mandisa Rahim estaba muerta. No le cabía ninguna duda. Tan muerta como lo estaba su madre, Heba Rahim. Sin embargo, aquellos ojos... Habían cruzado la mirada sólo un segundo, pero no le cabía duda de que la de ella estaba repleta de odio.

No se quedó dormido hasta poco antes del amanecer y se despertó a causa de un grito, su propio grito al escuchar a Mandisa Rahim decirle que había venido a arrancarle la vida.

Zahra tampoco durmió aquella noche. Después de la actuación, Johan Silverstein le había dado un papel con la dirección escrita de Ludger Wimmer. Ella se lo agradeció.

—¿Podrá vivir consigo misma? —le preguntó Johan, mirándola fijamente.

Ella asintió. Se estrecharon la mano. Johan dudó unos instantes antes de despedirse. No había necesitado más palabras para que él supiera lo que ella se disponía a hacer.

—Yo... no diré nada, pase lo que pase, haga lo que haga, pero eso me supondrá una dura carga.

—Usted no sabe nada, Johan, nada. No se deje llevar por la imaginación.

Pero él se sentía culpable y cuando dejó el hotel se preguntaba si podría mirarse al espejo sin sentir vergüenza.

Zahra y Fernando salieron del hotel bien entrada la mañana. Caminaron un buen trecho antes de encontrar un taxi. Fernando le indicó la dirección en el sector de Chuchunco, cerca de la estación.

Enseguida dieron con la modesta casa donde habitaba el hombre al que Benjamin les había recomendado para adquirir un arma.

Llamaron a la puerta y cuando se abrió sólo pudieron ver un rostro cruzado de cicatrices con un ojo medio cerrado.

—¿Alfredo Zúñiga? —preguntó Fernando.

—Qué quieren —respondió el otro secamente.

—Nos envía un amigo. Creo que está avisado de que vendríamos a hacer una compra... —dijo Fernando, que se preguntaba si aquel hombre era de fiar como había asegurado Benjamin.

—¿De parte de quién vienen?

—Nos dijeron que preguntáramos por Alfredo Zúñiga de parte de su buen amigo Tomás.

La puerta se abrió y el hombre con un gesto los invitó a pasar. La estancia estaba casi en penumbras, y olía a rancio.

Una vez dentro los invitó a sentarse. Permaneció de pie aguardando a que fueran ellos los que dijeran lo que querían.

—Usted vende armas, ¿no es así? —preguntó Fernando.

—¿Qué arma necesitan?

—Pequeña pero potente —intervino Zahra.

El hombre la miró de arriba abajo, pero ella ignoró su mirada. Fue Fernando

quien se sintió incómodo al ver cómo los ojos de Zúñiga recorrían el cuerpo de la egipcia.

—¿Para usted?

—Un arma pequeña pero potente, fácil de manejar. Que no se encasquille, y con silenciador —completó Zahra la respuesta.

—Veré qué tengo.

Zúñiga abrió una puerta y desapareció después de cerrarla. Fernando iba a hablar, pero Zahra se llevó un dedo a los labios; mejor no decir nada. Unos minutos más tarde el hombre regresó a la sala.

—Tenga... está le irá bien —dijo entregándosela a Zahra.

Fernando alargó la mano y la cogió. Durante unos segundos se concentró en averiguar cómo funcionaba. Le pareció que podía servir aunque en realidad sabía poco de armas.

—¿Cuánto? —preguntó Fernando.

—Una ganga, porque no les cobro el silenciador.

Y les dio un precio que era más elevado del que habían previsto, pero Zahra no protestó y con su mirada le dijo a Fernando que pagara. Habían acordado que ella dejaría que fuera él quien tratara con aquel hombre, que no hubiera comprendido lo contrario.

—No les conozco y no me conocen —les advirtió Zúñiga.

—Desde luego que no le conocemos —afirmó Fernando.

Abandonaron deprisa aquel lugar. Fernando sentía el peso del arma en el bolsillo de su chaqueta. Deseaba llegar al hotel cuanto antes, pero Zahra había previsto ir a la dirección donde al parecer tenía su residencia Ludger Wimmer.

Caminaron en silencio, sintiéndose solos con sus pensamientos y hasta que no se alejaron bastante no volvieron a parar un taxi, al que le dieron unas señas cercanas a las del domicilio de Wimmer.

—No sabemos si está en casa —murmuró Fernando.

—Lo importante es saber dónde vive. Luego ya veremos.

—Debemos tener cuidado, no sea que nos lo encontremos —comentó

Fernando.

—Anoche yo estaba medio desnuda y maquillada.

—Pero yo iba vestido, de manera que a mí me reconocería —respondió Fernando con un deje de ironía.

La casa de dos pisos era discreta y parecía indicar que era la vivienda de alguien acomodado pero al que no le gustaba llamar la atención. Alcanzaron a ver a una mujer que salía, pero estaban demasiado lejos para ver los detalles de su rostro.

Fernando no se tranquilizó hasta que regresaron al hotel. Zahra permanecía ajena a su nerviosismo.

—No deberías hacerlo —le insistió él.

Ella no respondió. Se mantenía inmune a toda recomendación. Así que cogió el arma y la examinó sin ocultar un gesto de contrariedad.

—¿No te gusta? —preguntó él con ironía.

—No, no es el tipo de arma que me gusta, no tiene demasiada precisión, pero servirá.

Preferían estar solos, de manera que cada uno se dirigió a su habitación. Zahra necesitaba planear cuándo y cómo mataría a Ludger Wimmer, mientras que Fernando quería olvidarse de lo que ella haría.

El recepcionista les avisó de que el coche del señor Prat les aguardaba en la puerta. Zahra se había maquillado meticulosamente, transformándose en una mujer llamativa.

Aquella noche volvió a bailar en «La Nuit» y mientras lo hacía sintió una mirada sobre ella que, aun sin corresponderla, supo de quién era. Ludger Wimmer estaba allí.

Jorge Prat había insistido a Fernando para que compartiera su mesa, y poco después se unió a ellos Ludger Wimmer.

El alemán miraba a Zahra como si la estuviera diseccionando y temió que acaso la reconociera.

Wimmer apretaba los labios y fruncía el ceño mientras seguía hipnotizado los

movimientos de Zahra, pero no se unió a los aplausos entusiastas de los asistentes.

—¡Esta mujer es increíble! Le felicito, señor Garzo, es usted un hombre afortunado al tenerla —dijo Jorge Prat mientras acercaba la llama de su mechero de oro al cigarrillo de Fernando.

—Es una gran artista —respondió el español.

—Más que eso... Mire... mire a su alrededor... Hasta las mujeres se han rendido a ella... Nadie puede permanecer indiferente ante la belleza de su baile. ¿No piensas lo mismo, Ludger, querido amigo?

Wimmer asintió con un gesto. Parecía incómodo, conmovido.

—Desde luego —admitió sin demasiado entusiasmo.

—¿Cree que podríamos prorrogar unos días más la estancia de la señorita Nadouri entre nosotros? Me gustaría que bailara en Viña del Mar... He abierto un local no hace mucho... ¡Sería un éxito seguro! —Jorge Prat estaba sinceramente impresionado con Zahra.

—No creo que sea posible. La señorita Nadouri tiene comprometidas otras actuaciones en Europa.

—Estoy dispuesto a compensarla por la cancelación de esos compromisos... Unos días más... sólo con que se quede unos días más... Si llego a saber que era tan extraordinaria no me habría conformado con firmar un contrato por una semana. Tengo reservado todo el local para los días que ella va a actuar, y hay lista de espera. No imagina la cantidad de gente importante que me llama para pedirme que les reserve una mesa después de que el *maître* les asegurara que no había ni una disponible. Sí, hablaré con ella, le pediré que se quede al menos una semana más.

—La señorita Nadouri nunca incumple sus compromisos, de manera que me temo que no podrá complacerle alargando su estancia. Pero estoy seguro de que no tendrá inconveniente en regresar en otro momento. —Fernando hablaba con firmeza intentando resultar convincente.

—¿Desde cuándo la conoce? —le preguntó de repente Ludger Wimmer.

—Hace muchos años que nos une una buena amistad.

—¿Dónde se conocieron? —quiso saber el alemán.

—En El Cairo. Una ciudad única, ¿ha estado alguna vez?

—¿Y siempre ha vivido allí? —Wimmer no estaba dispuesto a que Fernando le esquivara con sus respuestas.

—La señorita Nadouri viaja por todo el mundo. Es una artista reconocida. Su lugar de residencia es Egipto, aunque, como le digo, viajamos de un lado a otro.

—¿Dónde aprendió a bailar? —El tono de voz de Wimmer era cada vez más conminativo.

—¡Mi querido amigo, cuánto te ha impresionado la señorita Nadouri! —exclamó Jorge Prat.

—Ya sabe que la danza del vientre es originaria de Egipto, son muchas las mujeres que la aprenden aun sin dedicarse a bailar.

—Pero alguien le enseñaría —insistió con tozudez el alemán.

—Nadie nace sabiendo, pero debería usted saber, señor Wimmer, que en Egipto lo difícil para una mujer es no aprender a bailar la danza del vientre. Y si me lo permite... en fin... me resulta sorprendente su curiosidad. —La voz de Fernando había adquirido un tono helado.

—Disculpe... no quería resultar impertinente. Es que... bueno, me recuerda a alguien que conocí hace mucho tiempo.

—Hace años, mi amigo Ludger tenía intereses en uno de los mejores cabarets de Berlín —dijo Prat—. Entre sus espectáculos, el más destacado era el de una bailarina del vientre. ¡Era extraordinaria! Aunque no tanto como la señorita Nadouri. Lo que no comprendo es en qué le recuerda esta bailarina a la otra... No se parecen. La suya tenía formas más contundentes, era más sensual; sin duda enloquecía a los hombres, pero carecía de la elegancia de la señorita Nadouri. Yo diría que su bailarina era más terrenal, mientras que Zahra parece emerger del aire.

—¿La señorita Nadouri ha bailado en Alemania? —preguntó Wimmer.

—No. Le recuerdo que Alemania aún está superando los estragos de la guerra.

Ese Berlín que ustedes añoran me parece que ya no existe, no creo que haya cabarets que ofrezcan danzas orientales... pero a lo mejor me equivoco. En cualquier caso, no hemos viajado a Alemania.

De repente Jorge Prat se puso en pie. Aplausos cerrados y vítores retumbaban en la sala. Zahra caminaba con la cabeza alta hacia ellos. Fernando sintió un sudor frío que se adueñaba de su cuerpo.

—Te he estado esperando. Estoy cansada —le dijo Zahra, ignorando a Prat y a Wimmer.

—Lo siento... me he entretenido. Si nos disculpan...

Ludger Wimmer comenzó a hablar en alemán dirigiéndose a Zahra. Ella le miró sin responder.

—Pero, Ludger, ¿qué cosas tienes! Cómo se te ocurre hablar a la señorita en alemán. Disculpe a mi amigo...

—Sí, discúlpeme, pero uno no puede evitar hablar en su lengua materna cuando tiene algo importante que expresar —afirmó Wimmer, midiéndola con la mirada.

—Le comprendo, a mí también me pasa. En las ocasiones importantes me cuesta no manifestarme en árabe, que es mi lengua materna. Siento no haberle entendido; si quiere traducirlo al inglés podré responderle —dijo Zahra con frialdad.

—Sólo era una manifestación de admiración a su talento. No se preocupe...

—¿Es usted alemán?

—Sí, ¿conoce mi país?

—No, nunca he bailado allí, pero puede que algún día se presente la ocasión... Aunque le diré que cada vez me cuesta más salir de Egipto.

Wimmer volvió a dirigirse a ella en alemán y Zahra, con gesto cansado, le cortó.

—Señor... no sé cómo se llama... no nos han presentado... En todo caso, siento no entender lo que me dice, no conozco su idioma —le respondió.

—Desde luego... no sé por qué me empeño... —dijo Ludger Wimmer a modo

de disculpa.

Ella se encogió de hombros y tendió su mano a Fernando.

No hablaron hasta que llegaron al hotel. Cuando él cerró la puerta ella le abrazó. Mantuvieron sus cuerpos unidos recuperando la calma a través de ese abrazo.

—Te ha reconocido —le aseguró Fernando—, tenemos que irnos de aquí.

—No, no me ha reconocido. No puede reconocerme. Yo era una niña cuando... No, no sabe quién soy.

—Lo sabe, y si no lo sabe, lo intuye. ¿A qué vino hablarte en alemán? Quería observar si le entendías.

—Pero no hice ningún gesto.

—A mí me sometió a un auténtico interrogatorio. Quería saber si conocías Alemania, si habías bailado allí... dónde habías aprendido...

—Y le dijiste lo que acordamos por si eso sucedía, ¿no?

—Sí, pero ese hombre no es idiota, Zahra, y aunque no pueda afirmar que eres tú, le recuerdas a aquella niña que fuiste.

—Cierto, una niña que según los documentos que mandó preparar Benjamin Wilson fue llevada a un sanatorio donde se deshacían de las personas con problemas mentales. Mandisa Rahim no existe, Fernando.

—Pero no sería difícil encontrar el rastro. En Alejandría todo el mundo sabe quién era tu abuela y quién era tu madre...

—Tranquilízate, Fernando. Dentro de cuatro días Ludger Wimmer habrá dejado de existir.

—No, no puedo tranquilizarme, tú sabes que ese hombre sospecha sobre tu identidad.

—¿Crees que en cuatro días será capaz de averiguarlo? No, no podrá.

—Vámonos, Zahra. Olvídate de él.

—¡Y me lo dices tú! ¡Tú que mataste a los asesinos de tu padre y por eso mismo te has convertido en un paria!

—¡Cállate! No vuelvas a hablarme de... No vuelvas a mencionar a mi padre.

Se quedaron en silencio mirándose con tristeza. Fernando sentía que la sangre le ardía en la cabeza. Fue ella quien le tendió la mano y tiró de él hasta caer en el sofá.

—No podemos perder la calma. Es lo que ha intentado, ponernos nerviosos, abrir una grieta. Pero no nos lo podemos permitir. Voy a matarle. No hay un solo día en que no haya pensado en este momento. Pero comprendo tu preocupación. He sido egoísta arrastrándote hasta aquí. No debería haberte comprometido a que lo hicieras. Tú aceptaste porque no esperabas que pudiera encontrar a Wimmer.

—Te equivocas. Sabía que si estaba vivo, Benjamin Wilson lo encontraría para ti.

—Vete, Fernando, márchate mañana. Regresa a París.

—Es lo que quisiera, irme, pero contigo.

—Sabes que voy a matarle —dijo ella con voz cansada.

—Entonces recemos para que no descubra quién eres. Tiene cuatro días para hacerlo.

—¿Rezar? —Zahra sonrió—. Sí, puedo imaginarte rezando. Me contaste que tu madre te enseñó a rezar cuando eras niño, aunque tu padre no rezaba nunca porque no creía en Dios.

—Ni yo tampoco —respondió airado.

—¿Tú? Acaso creas sin saberlo... Es difícil despojarnos de lo que nos enseñaron cuando éramos niños. Está ahí... oculto... sin que lo sepamos... Pero lo que sembraron permanece, Fernando.

Aquella noche cada uno durmió en su habitación. No cabían más palabras entre los dos.

Apenas había despuntado el día cuando Zahra despertó a Fernando. Le anunció que iría hasta el domicilio de Ludger Wimmer. Quería comprobar a qué hora salía y en qué dirección.

—Eso ya lo hicimos ayer —respondió él desde las brumas del sueño.

—Iré hoy y mañana también. Le mataré dentro de tres días.

—Lo que pretendes es una locura —protestó Fernando, sabiendo que ella no le escucharía.

Quiso acompañarla, pero ella no se lo permitió.

—No quiero perder más tiempo y tú aún tienes que levantarte. No tardaré.

Tardó cuatro horas en regresar. Fernando aguardaba impaciente en el bar del hotel mientras sostenía en las manos la que era su tercera taza de café.

Zahra le explicó que Wimmer había salido a la misma hora del día anterior y se había montado en un coche oscuro.

—Ya sé cómo voy a matarle.

Él se quedó callado. Se había rendido.

—Me dijiste que cuando terminé de actuar, Wimmer se quedó con Jorge Prat.

—Sí, así ha sido en las dos ocasiones.

—Bien, la última noche, cuando acabe mi actuación, tú me estarás esperando en el camerino y nos iremos inmediatamente. Podemos ir andando. La casa de Wimmer no está demasiado lejos de «La Nuit».

—Hay un buen trecho —afirmó Fernando.

—Pero llegaremos antes que él. Puede que tengamos que esperar toda la noche. Estaremos atentos y cuando le veamos llegar en su coche, yo me iré acercando antes de que le dé tiempo a bajarse. En ese momento le dispararé.

Discutieron un buen rato, pero luego hicieron una tregua hastiados por la discusión.

Esa noche Ludger Wimmer volvió a aparecer en «La Nuit» y, como las noches anteriores, se sentó a la mesa de Jorge Prat, donde también había otros hombres ansiosos por contemplar a la egipcia danzar. El éxito de Zahra fue aún mayor que en las noches anteriores. Prat estaba entusiasmado.

Apenas terminó la actuación, Fernando se despidió de sus compañeros de mesa.

—¡Pero deben quedarse a tomar una copa de champán! Todo el mundo quiere conocer a la señorita Nadouri. Hágame el favor de traerla —le pidió Jorge Prat a

Fernando.

—Lo siento, pero ya le he dicho que la señorita Nadouri tiene por costumbre marcharse en cuanto termina su actuación, y jamás bebe con sus admiradores. Así consta en su contrato.

—¡Tiene usted que convencerla! Mire, estos caballeros que hoy nos acompañan son algunos de los empresarios más importantes de Chile y están deseando tenerla cerca —replicó Prat.

—Pues tendrá que excusarla. Y ahora, si me lo permite...

Fernando se despidió con una inclinación de cabeza y aun entre el ruido pudo escuchar unas palabras sueltas de Ludger Wimmer: «No me gusta ese español».

Las siguientes dos noches transcurrieron de la misma manera. Cuando Fernando iba hasta la mesa de Prat, Ludger Wimmer ya se encontraba allí, siempre con una copa de champán. Pero aquella noche sería distinta. Era la última actuación de Zahra.

Mientras ella se terminaba de maquillar, Fernando paseaba de un lado a otro de la habitación. Sentía la tensión y el miedo en cada músculo de su cuerpo. Había gastado todas las palabras intentando convencerla para que desistiera, pero Zahra se limitó a escucharle mientras acababa de cerrar el equipaje y luego le pidió que la dejara maquillarse tranquila.

Al día siguiente su avión salía a primera hora de la mañana. La primera escala sería en Buenos Aires. Jorge Prat se había comprometido a enviarles su coche para que los llevara al aeropuerto y ella había aceptado.

Cuando llegaron a «La Nuit», Zahra se fue directa a su camerino, donde la esperaba la doncella que la ayudaba a vestirse. En el fondo del bolso descansaba la pistola que le había dado Zúñiga.

Fernando ocupó el lugar habitual en la mesa de Prat. El empresario se deshizo en elogios hacia Zahra intentando persuadirle, una vez más, para que influyera en ella y regresara cuanto antes a Santiago.

En aquel momento llegó Wimmer y se unió a la mesa. Jorge Prat prosiguió:

—Mi querido señor Garzo, no soy egoísta, de manera que he hablado con algunos amigos que tienen locales de prestigio y que después de lo que les he contado de Zahra están ansiosos por contratarla. ¿Podríamos tenerla de nuevo en tres o cuatro meses?

—No soy el representante de la señorita Nadouri y, por tanto, ignoro sus compromisos profesionales —respondió con sequedad Fernando.

—Entonces ¿qué es usted exactamente?

La pregunta de Ludger Wimmer desconcertó a Fernando durante unos segundos. Miró al alemán con tanta ira que Jorge Prat se sintió obligado a intervenir:

—¡Qué pregunta tan absurda, querido Ludger! Vamos... brindemos todos por el éxito de la señorita Nadouri y porque ésta no sea la última noche que baila en «La Nuit». —Jorge Prat no estaba dispuesto a que la animadversión manifiesta de Ludger Wimmer hacia Zahra y Fernando le estropeará el negocio.

Ya habían discutido sobre ello. Wimmer no había sido capaz de darle una explicación racional sobre su desconfianza hacia la bailarina. Su socio alemán parecía odiarla y temerla. Por la edad de Zahra era evidente que no había conocido a la joven en el pasado, así que tenía que descartar que fuera algo personal. Aunque pudiera ser, pensó Prat, que años atrás hubiera tenido algún revés con una bailarina oriental.

Apenas se habían encendido las luces cuando Zahra terminó su actuación y Fernando se puso en pie para despedirse de los invitados de Jorge Prat, que le miraban con envidia por ser el acompañante de Zahra.

Fernando evitó estrechar la mano de Ludger Wimmer, del que se despidió con una inclinación de cabeza.

Jorge Prat le recordó que al día siguiente los iría a buscar al hotel para acompañarlos al aeropuerto. «Es lo menos que puedo hacer por nuestra gran artista», afirmó solemne, mirando a sus amigos.

Zahra ya estaba vestida con ropa de calle cuando Fernando entró en el

camerino. La doncella estaba terminando de guardar en una bolsa de mano la ropa que ella había utilizado aquella última noche para bailar.

Se despidieron de la joven y Zahra deslizó un billete en sus manos.

—¡No es necesario, señora! —protestó la doncella mientras depositaba el billete en el bolsillo de su delantal.

—Lo sé, pero así te comprarás algo y te acordarás de mí.

Ni Zahra ni Fernando tenían ganas de hablar, así que caminaron ausentes el uno del otro mientras ella le guiaba segura hacia la casa de Ludger Wimmer. Tardaron cerca de una hora y no encontraron a nadie por el camino. Hacía frío y al filo de la madrugada no eran muchos los que se aventuraban a caminar por las calles de Santiago.

—Esperaremos aquí —le dijo Zahra mientras ponía su mano en el brazo de Fernando para que se detuviera.

Había decidido apostarse detrás de unos árboles que a su vez se escondían detrás de varios vehículos aparcados.

—Él suele dejar su coche en esta acera, en el primer hueco que encuentra. Su casa está allí. Tú no tienes que hacer nada. Me acercaré, le dispararé y luego nos iremos. Espero que funcione bien el silenciador.

Fernando no se sentía con ánimo de decir nada, de manera que se quedó parado donde ella le indicó. Iba a encender un cigarrillo pero Zahra se lo impidió.

—Aquí no nos ve nadie, pero si alguien se asomara por el motivo que fuera a una ventana, podría ver el brillo del cigarrillo. Tengo tantas ganas de fumar como tú, pero tendremos que aguantarnos.

Tuvieron suerte. La calle permaneció vacía. Ni coches ni transeúntes. Aguardaban tensos e impacientes, y no fue hasta cerca de las tres de la madrugada cuando oyeron el motor de un coche ronroneando según entraba en la calle.

—Es él —susurró Zahra mientras sacaba la pistola del bolso; procedió a montarla y retiró el seguro.

—No sabes si es él —repuso Fernando.

—Lo sé. Por favor, haz lo que te he dicho.

El hombre que conducía estaba aparcando el coche. Seguramente no le dio tiempo a darse cuenta de que una figura emergía entre las sombras abriendo la puerta contraria a la del conductor.

—Buenas noches, señor Wimmer.

—¡Tú! Pero ¡qué haces aquí! ¿Quién eres? —La voz de Wimmer reflejaba desconcierto.

—Soy Mandisa Rahim y he venido a matarte. Míreme bien.

Él se abalanzó sobre ella y Zahra aprovechó esa reacción, que ya esperaba, para dispararle entre el vientre y el corazón. Su rostro se contrajo incrédulo y mientras se llevaba la mano a la herida con la otra intentó agarrar a la mujer. No lo consiguió. Iba a gritar, pero ella le tapó la boca.

Fernando se había acercado y, al verlos forcejear, se introdujo en el coche y le apretó el cuello con todas sus fuerzas.

Zahra aprovechó el instante para volverle a disparar. Lo hizo dos veces más, con rabia al ver que aún le quedaba vida.

Fernando sintió cómo a pesar de la furia que expresaban sus ojos a Wimmer no le quedaban fuerzas.

—Vete al Infierno con tu amigo Jan Dinter —susurró ella.

—Tú eres... tú eres... tu padre... Jan era tu padre... —Fueron sus últimas palabras.

—Vámonos —le pidió Fernando.

—No, hasta que esté muerto. —Y volvió a disparar. El rostro de Wimmer quedó convertido en un amasijo de sangre.

—¡Está muerto! —insistió Fernando, intentando quitarle el arma.

Pero Zahra volvió a disparar allí donde antes había ojos, nariz, boca. Fernando la agarró de la muñeca con fuerza y le arrebató el arma.

—¡Ya lo has hecho! ¡Vámonos!

Fernando empujó el cadáver al suelo del coche. Le descubrirían de todas

maneras, pero quizá así tardaran un poco más. Luego cogió a Zahra del brazo y la obligó a seguirle.

Tiraron la pistola en una alcantarilla después de limpiarla, aunque Zahra llevaba guantes para no dejar huellas. Fernando sintió alivio al darse cuenta de que por el frío de la noche él también llevaba los guantes puestos. Al menos no encontrarían las huellas de sus dedos sobre la garganta de Wimmer. Miró el reloj. Eran las cuatro y media de la madrugada. Pronto se haría de día. Caminaron deprisa. Cuando estaban llegando al hotel, Johan Silverstein les salió al paso.

—Llevo esperándolos toda la noche. No deberían entrar por la puerta principal. Hay una puerta trasera con un vigilante que por lo que he podido ver está adormilado. Puedo distraerle...

Zahra asintió y le dio un beso en la mejilla.

—¿Por qué me ayuda? No sabe de dónde venimos...

—No quiero saberlo. No me diga nada. Sólo voy a ayudarlos a que lleguen a su habitación.

Entraron en el hotel por la puerta de servicio. Nadie los vio.

Cuando llegaron a la habitación se dieron cuenta de que sus ropas estaban manchadas con la sangre de Wimmer.

—Quítate todo lo que llevas, lo lavaré —dijo ella.

—Lavaremos todo entre los dos, pero a las siete nos viene a buscar Jorge Prat.

Se afanaron en limpiar las manchas de sangre y guardaron la ropa en la maleta. Fernando pensaba en lo que sucedería si los obligaban a abrirlas.

Una vez duchados y vestidos con ropa limpia, se sentaron a descansar. Faltaban pocos minutos para que los avisaran desde la recepción de que Jorge Prat los esperaba, y si no era así supondría que habrían encontrado el cadáver de Ludger Wimmer.

Pero Prat apareció a las siete en punto y su sonrisa denotaba satisfacción a pesar de que el cansancio se reflejaba en su rostro.

—Fue una pena que se marchara tan pronto, mis clientes estaban tan

entusiasmados con su actuación que consumieron más champán que nunca. Prácticamente los he tenido que echar para poder llegar a tiempo a buscarlos.

Llegaron al aeropuerto. En la primera página de los periódicos aparecían fotos de Zahra bailando en «La Nuit». La calificaban de una gran artista que había revolucionado Santiago de Chile.

Hasta que las ruedas del Douglas DC-4 no se deslizaron por la pista hasta tomar velocidad para emprender el vuelo y esconderse entre las nubes, no se sintieron tranquilos.

Zahra se quedó dormida; estaba agotada pero Fernando no podía descansar. Aunque había sido ella quien había quitado la vida a Ludger Wimmer, él había apretado su cuello hasta acelerar su muerte y eso suponía que un espectro más se uniría al hombre de la Gestapo y a los de Roque y Saturnino Pérez. Y volvió a recordar a su padre el día en que partía hacia el Frente diciéndole: «Fernando, no quiero que vayas al Frente, no quiero que tengas que vivir atormentado por el recuerdo de los hombres a los que tendrías que matar». Y se veía a él respondiéndole: «Matar fascistas está justificado. Son ellos los que han comenzado esta guerra. Tú te vas al Frente y tendrás que matar. Padre, déjame acompañarte, no me obligues a renunciar a luchar», a lo que su padre contestó: «Puedes ayudar haciendo otras cosas que no sea matar. La República se defiende también en la retaguardia. No, Fernando, tú no matarás. Yo tendré que vivir con esa carga, pero tú no, hijo, tú no matarás».

Este recuerdo le resultaba insoportable; se tapaba los oídos porque las palabras de su padre le perseguían despierto: «Tú no matarás... Tú no matarás».

Cuando el avión aterrizó en París muchas horas después, los dos estaban tensos. Apenas habían hablado durante el viaje y habían evitado referirse a lo sucedido. Ya habrían descubierto el cuerpo de Ludger Wimmer y podía suceder que alguien los hubiera visto o sospechara de ellos.

Mientras aguardaban a que les entregaran las maletas, vieron acercarse a

Benjamin Wilson. Zahra hubiera querido correr a abrazarle para sentirse segura, pero se contuvo.

—Tengo el coche en la puerta. Vendrás a casa. Sara ha insistido en que no te deje sola en el hotel.

—Gracias, Benjamin.

—¿Tiene alguna noticia sobre...? —comenzó a preguntar Fernando.

—Capítulo cerrado —respondió Benjamin mientras dejaban la terminal del aeropuerto.

—¿Estás seguro? —preguntó a su vez Zahra.

—Absolutamente. Has pasado página. Ahora tienes que vivir.

Zahra ni siquiera miró a Fernando cuando se bajó del coche. Sabía que se habían perdido el uno al otro para siempre.

Adela había cambiado, o eso le pareció a Fernando. No habían pasado muchos días desde que viajó a Chile y, sin embargo, de repente le parecía que la adolescente se estaba convirtiendo en una mujer. En cuanto a Catalina, le abrazó con fuerza, diciéndole lo mucho que le había echado de menos.

—No me acostumbro a estar sin ti —le confesó.

—Ni yo tampoco —afirmó Adela—, y ya que estás aquí, tengo que decirte que he decidido marcharme. Mamá está de acuerdo.

—¿Marcharte? ¿Por qué? —Fernando no se sentía capaz de afrontar más emociones.

—A Estados Unidos. En cuanto termine mis estudios en el liceo me gustaría pedir una beca para estudiar en Boston; espero que me la den —explicó Adela.

—Pero... ¿cuándo has tomado esta decisión? No me habías dicho nada.

—No podíamos porque estabas en Chile —dijo Catalina.

—Pero si sólo he estado diez días fuera...

—Y en esos diez días mamá y yo también hemos viajado otra vez en busca de ese hombre, de mi padre...

Si no hubiese estado tan agitado física y mentalmente, quizá Fernando se habría enfadado, pero se conformó con escuchar a las dos mujeres que de manera atropellada intentaban explicarle lo sucedido.

—Mamá leyó en el periódico que Marvin Brian estaba en Italia, en Sorrento,

donde pensaba permanecer una temporada para descansar. Puedes imaginar lo que se le ocurrió...

Y Adela no ahorró detalle en el relato mientras Catalina la observaba en silencio.

Habían viajado en avión hasta Nápoles y desde allí en un tren hasta Sorrento, donde buscaron una pensión. Marvin estaba alojado en el Gran Hotel Excelsior.

—Un paraíso en la tierra —aseguró Adela—. Los jardines son de ensueño; no es de extrañar, puesto que allí estuvo situado un palacio de Augusto... aún se conservan algunas ruinas... y puedes imaginar cómo son los huéspedes del hotel... Fue como entrar en otro universo.

Durante un par de días pasaron varias horas delante de la puerta que daba a los jardines del hotel, pero no vieron ni a Marvin ni a Farida. Al tercer día, Catalina decidió que entrarían a preguntar por él. Aprovecharon un despiste del guarda de la verja para pasar al jardín que conducía hasta la entrada del hotel.

Caminaron por el jardín bordeado de naranjos y limoneros, aspirando el olor a flores. El hotel era un pequeño palacio en el que, según les había contado el recepcionista de la pensión, se alojaba nada menos que el Gran Caruso. Era un lugar donde aristócratas y gente de dinero se refugiaban para no ser molestados.

Un botones muy amable les salió al paso antes de llegar a la puerta del hotel y cuando Catalina, muy segura, le dijo que las estaba esperando el señor Brian, les indicó que podían encontrarle en la terraza. Marvin y Farida parecían felices contemplando el espectáculo de la bahía de Nápoles. El hotel estaba encaramado sobre unas rocas y sus vistas eran espectaculares.

Conversaban tranquilamente, reían, se cogían de la mano. Había otros huéspedes, vestidos de manera elegante, y todos parecían disfrutar del lugar y de la calma que produce la belleza.

Adela se sintió una intrusa y le pidió a Catalina regresar a París. No se sentía capaz de afrontar otra escena. Sin embargo, su madre avanzó decidida y se plantó delante de Farida y de Marvin.

—Buenos días, siento interrumpir, pero espero que en esta ocasión no me

esquives. Estoy aquí con Adela.

Marvin se puso en pie y corrió hacia el interior del hotel seguido por Farida. Catalina fue tras él, pero el conserje salió al paso sujetándole por el brazo.

Adela sintió vergüenza al escuchar a Marvin gritar «¡Echen a esta loca!». Y fue lo que hicieron con las dos, echarlas. Dos hombres las obligaron a marcharse impidiendo a Catalina seguir a Marvin, que desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra.

Catalina protestó, asegurando que no se iría sin hablar con Marvin, pero los dos hombres prácticamente la sacaron a rastras advirtiéndoles que llamarían a los carabineros.

Ya en la pensión discutieron. «¡Nunca más, ¿me oyes?, nunca más volveré a pasar esta vergüenza! ¡Ese hombre no quiere saber nada de ti, tampoco de mí, y no nos humillaremos más, al menos yo no lo haré! ¡No le necesito! ¡No quiero que sea mi padre!»

Catalina le aseguró que no se rendiría, que iría tras él hasta que la reconociera como su hija. Pero Adela había tomado la primera decisión de su vida: «Puedes hacer lo que quieras, pero no cuentes conmigo. No volveré a acompañarte a ningún lugar donde esté él. Y te prohíbo que le exijas que me reconozca. Soy yo la que no quiere reconocerle como padre», dijo con rabia.

Por eso había decidido marcharse. No quería que su vida continuara girando en torno a la esperanza de que su padre la reconociera, porque eso le estaba impidiendo ser ella misma, igual que había impedido a su madre tener otra vida.

—Me niego a que ese poeta condicione mi vida —afirmó Adela.

Y Fernando supo que la habían perdido.

Volver a la rutina no le resultó fácil y apenas tuvo tiempo de hablar con Sara porque dos días más tarde de su llegada Benjamin y ella se marcharon a Alejandría. No querían que Zahra viajara sola, sabían que los necesitaba.

Pero Sara no se resistió a comentarle el último incidente entre Catalina y

Marvin.

—Sé que no puedes hacer nada, pero...

—No, no puedo hacer nada. Tampoco sé si quiero hacerlo —respondió Fernando sincero.

—A veces me pregunto si no soy demasiado egoísta al encargarte que seas el editor de Marvin.

—La decisión no es sólo suya, yo también podría negarme.

—Sí, así es. Pero creo que, a pesar de todo, para ti es una suerte ser su editor. Piensa en lo que ha llegado a ser... cuenta con el reconocimiento de todo el mundo. No hay ni un solo crítico que no le alabe.

—Soy un editor que se relaciona con su escritor a través de otra persona, de usted. Estoy seguro de que él cambiaría gustoso de editor, pero usted se ha empeñado en que yo lo sea y no termino de comprender por qué.

—Porque el día en que te conocí hubo algo en ti que me conmovió y...

—Y decidió protegerme bajo sus alas, lo mismo que hace con Zahra, con Marvin y con todo aquel que cree que lo necesita.

—No... no tanto que lo necesita, sino que merece que le den la mano. Marvin es el Poeta del Dolor, su alma enferma le hace ser sublime. Zahra... no hace falta que te diga cómo se ha tenido que reconstruir ella misma pieza a pieza. Y tú... creo que sigues escapando de ti mismo. Te atormenta el peso de la conciencia, lo que hiciste... aunque tuvieras una razón para hacerlo. A Marvin y a ti os une el dolor. Un dolor perenne y, por tanto, intenso e insoportable que os impide ser felices. Él ha encontrado algo parecido a la paz al lado de Farida, pero tú...

Fernando no quería dejar que continuara navegando por su alma.

—Cada uno resolvemos nuestro dolor como mejor sabemos. Bien, ¿tendremos nuevo poemario de Marvin?

—Aún es pronto... pero está escribiendo. Precisamente se había refugiado en Sorrento para hacerlo.

Dos días más tarde, al regresar a casa se encontró en el portal a madame Dufort, que le entregó una carta.

—Ha llegado esta tarde. Le escriben desde España —dijo señalando el matasellos.

Catalina aún no había llegado y Adela estaba en su cuarto estudiando, de manera que se dispuso a leer la carta en soledad. En el dorso estaba escrito el nombre de su madre.

Querido hijo:

Te escribo esta carta con la esperanza de que llegue a tus manos. Aunque le dijiste a Piedad que viajabas a América y que la dirección de París era ocasional, ella cree que aquélla no era una casa de paso sino el lugar donde Catalina y tú vivís en París. Ojalá no se equivoque, porque eso supone tenerte cerca. Aun así, la carta la hemos remitido a nombre de monsieur Dufort, que según dice Piedad es el casero del edificio. Ojalá pueda entregártela.

Lo primero que he de decirte es que en la familia de Catalina ha habido una desgracia, su padre ha muerto. Estaba muy enfermo y no ha podido resistir un ataque al corazón.

Ernesto ha muerto con la pena de no despedirse de Catalina y de no conocer a su nieta.

No quiero que leas en estas líneas ningún reproche, pero ¿por qué no regresáis? ¿Qué os impide volver? Te aseguro que a Ernesto y a Asunción poco les importaba lo que pudieran decir los demás sobre la hija de Catalina. Al principio a Ernesto sí le importaba, a qué negarlo, pero a pesar de ser como era, quería a su hija. Llegó a enfrentarse con don Antonio y con el propio Antoñito por defenderla.

En el barrio nadie sabe que Catalina tiene una hija, pero te aseguro que para Ernesto y Asunción esa niña habría sido una alegría.

Asunción me ha pedido que te comunique la muerte de su marido para que tú se lo digas a Catalina. Ella no se siente con ánimo de escribirle. Está destrozada y sólo hace que rezar para que regrese su hija. Si pudieras convencerla...

Puedes imaginar cómo se encuentra. Han sido años de cuidar a Ernesto, de no separarse de su lado, sufriendo en silencio viendo cómo su marido se deterioraba. Asunción dice que sólo le mantenía vivo la esperanza de volver a ver a su hija.

Ahora Asunción no sabe qué hacer, pero si algo necesita es a su hija y a su nieta. Por favor, Fernando, haz lo posible para que al menos vengan a verla o le permitan ir ella a París a visitarlas.

En cuanto a Eulogio, debes estar tranquilo. Se encuentra bien. Puedes imaginar cómo le cuida Piedad. No le deja a solas ni un momento. Ella se dedica a su hijo en cuerpo y alma. Dejó el trabajo en el taller y ahora se gana la vida cosiendo para algunas señoras. No te diré que es feliz, pero haber recobrado a su hijo le ha devuelto la serenidad.

Ya te conté que Antoñito está casado con Mari Paz Nogués. Tienen dos hijos, niña y niño; bueno, ya

son adolescentes. Mari Paz tuvo otros embarazos que no llegaron a buen término. Parece que no puede tener más hijos.

A veces me pregunto, y Dios me perdona, cómo han podido tener dos hijos tan buenos. Mari Paz les ha educado bien. Don Antonio tiene planes para sus nietos, a los que ve heredando sus negocios ya que Antoñito, como bien sabes, es corto de luces y no sirve más que para ser la sombra de su padre.

De nuestros vecinos, los Gómez continúan tan estirados como siempre. Su hijo Pablo también se casó y tiene una niña. Suele venir con frecuencia a ver a sus padres. En cuanto a tus amigos de siempre, ya están todos casados y con hijos, pero la mayoría ya no viven en el barrio.

En fin, éstas son las novedades, y ahora, hijo, te pregunto a ti: ¿por qué no regresas? Sé lo insoportable que te puede resultar vivir aquí... Esto es... bueno, ya sabes... Pero si no quieres quedarte, al menos ¿por qué no vienes a verme?

No hay nada que te impida venir a Madrid; si es por dinero, yo he venido ahorrando mi sueldo. No es mucho pero, como apenas lo gasto, lo he guardado para ti, para el futuro o cualquier necesidad que pudieras tener.

Si estás en París, acaso yo podría ir a verte. No está tan lejos y el viaje no sería gravoso.

Soy mayor, Fernando, y rezo a Dios pidiéndole que no me suceda lo que a Ernesto. No quiero irme de este mundo sin volver a abrazarte y saber que te va bien, que eres feliz.

Te quiere siempre,

TU MADRE

Fernando dejó que las lágrimas le barrieran el rostro. Se sentía un miserable por hacer sufrir a su madre, pero no podía decirle la verdad; no podía confesarle que si no regresaba era porque había matado a dos de los asesinos de su padre; no podía decirle que a veces en la vida uno toma decisiones que no le permiten volver atrás. Y él no sabía si era un caso cerrado la muerte de Roque y Saturnino Pérez o, por el contrario, las investigaciones aún permanecían abiertas.

Además, se le hacía cuesta arriba volver a la España de Franco después de llevar tantos años viviendo en libertad. No, ya no podría acostumbrarse a callar, a disimular, a bajar la cabeza.

Escuchó la voz de Catalina saludando. Adela respondió a su madre y le dijo que Fernando también estaba en casa. Ella llamó a la puerta de la habitación.

—¿Fernando? Ya estoy aquí... Hoy me ha entretenido la madre de un alumno... ¿Estás bien?

Él abrió la puerta y ella se fijó en sus lágrimas y sin preguntarle nada le

abrazó. Permanecieron así unos segundos, luego él la apartó con suavidad.

—Vamos a la sala y dile a Adela que venga.

Catalina y Adela se sentaron aguardando que él hablara. Le costó unos segundos más recobrar la serenidad.

—He recibido carta de mi madre —les anunció.

—¿Cómo? ¿Dónde te la ha mandado? —quiso saber Catalina.

—Aquí. Cuando Piedad vino a buscar a Eulogio estuvo aquí, ya lo sabes, y al volver le dijo a mi madre que estaba segura de que vivíamos aquí.

—Bueno, es obvio que ésta no es una casa de paso —le interrumpió Adela—, cualquiera se hubiera dado cuenta.

—¿Qué dice tu madre, Fernando...? ¿Qué es lo que pasa? —Catalina se había puesto nerviosa intuyendo que ocurría algo.

—Lo siento... lo siento... Tu padre, Catalina...

—¿¿Qué le ha pasado?! —preguntó ella sintiendo que se le atascaban las palabras.

—Ha muerto. Tu padre ha muerto.

Catalina se cubrió la cara con las manos. Se sentía devastada. Sabía de la mala salud de su padre, pero ella le sentía eterno, ¿cómo iba a morir? En realidad, la muerte estaba ausente de sus pensamientos.

Adela se acercó a su madre y la cubrió con sus brazos. Era la primera vez que la veía llorar. Catalina siempre se había mostrado segura ante su hija, jamás había dejado que se percatara del menor signo de debilidad.

Fernando y Adela la dejaron llorar. Ninguno de los dos encontraba palabras para consolarla. Para Adela, aquel abuelo que había muerto era alguien que carecía de rostro y de voz. Catalina nunca se había explayado hablándole de sus abuelos, ni de su vida en España. Era como si se hubiera despojado del pasado y nunca hubiera vuelto a mirar atrás.

Pero Fernando era parte de aquel pasado y él sí sabía por qué se sentía devastada. Había convertido a Marvin en una obsesión y lo había hecho por sus padres, para que no tuvieran que avergonzarse a causa de ella, para que nadie

murmurara a sus espaldas ni los compadecieran. Acaso incluso había dejado de quererle aunque no lo confesara.

No interrumpió su llanto. Simplemente, la acompañó.

Ambos habían acordado que seguirían sin admitir ante sus familias que vivían en París.

En respuesta a la carta de su madre, Fernando escribió:

Aunque ha llegado a mis manos la carta que enviaste a París, te ruego que no me pidas que te diga dónde me encuentro. No obstante, puedes continuar escribiéndome a la dirección de monsieur Dufort. Él sabrá cómo hacerme llegar tus cartas.

Lo siento, madre, sé que no comprendes mi actitud, pero al menos créeme si te digo que no hay un solo día en que no piense en ti y en que no añore tus abrazos. Sólo espero que algún día me perdones por el sufrimiento que te estoy causando. Catalina está destrozada, incapaz de encajar la noticia del fallecimiento de su padre. Además, Adela pronto se irá de nuestro lado; ha decidido emprender su propia vida. Apenas ayer era una niña y sin que nos diéramos cuenta se ha convertido en una mujer. Su ausencia vendrá a aumentar la desazón que sentimos. Yo intento convencer a Catalina para que regrese con su madre. Creo que su sitio no está conmigo y mucho menos tan lejos de España. Pero ella continúa empeñada en que sólo regresará cuando Marvin reconozca a Adela, lo que me temo nunca sucederá.

Madre, no dejo de preguntarme qué hemos hecho, qué estamos haciendo Catalina y yo con nuestras vidas, y la respuesta no es otra que las estamos malgastando. Pero ambos tenemos nuestras razones que nos impiden regresar, y me temo que esas razones no desaparecerán jamás.

En la carta que Catalina escribió a su madre no supo contener su desesperación. Se sentía perdida. La muerte de su padre y el inminente viaje de Adela a Boston eran dos heridas difíciles de cicatrizar.

Monsieur Dufort aceptó hacer de intermediario y metió los dos sobres con las cartas en otro sobre grande que remitió a la dirección de la madre de Fernando en Madrid.

Isabel se encargó de entregar a Asunción la carta de Catalina. Por más que hablaban sobre la decisión de sus hijos, ninguna de las dos comprendía sus razones para no regresar a Madrid y para negarse a que ellas fueran a visitarlos. Piedad tampoco era capaz de ayudarlas en la búsqueda de respuestas. Isabel le pidió que volviera a contarle cómo estaba Fernando y ella, mientras apretaba la

mano de Eulogio, sólo pudo repetirle: «Ha cambiado, ya no es un chiquillo y sobre todo no me pareció que se sintiera feliz».

Pero ¿quién podía ser feliz después de que la guerra les hubiera arrebatado las vidas con las que habían soñado?

Lo que Piedad no se atrevía a confesar ni a Isabel ni a Asunción es que ella casi se sentía feliz. Tenía a Eulogio a su lado y eso era más de lo que había esperado que le deparara la vida a esas alturas.

Los años pasaron, la vida no. Sus vidas se pararon. La ausencia de Adela al principio les resultó insoportable. Pero no se lo confesaron el uno al otro. Habían aprendido a no quejarse, a encajar lo que los días les iban deparando.

Adela le había suplicado a su madre que dejara de perseguir a Marvin y de nuevo le confesó la vergüenza que había sentido todos aquellos años cuando viajaban detrás de él y él se negaba siquiera a mirarla a la cara. Pero Catalina se había resistido a prometer nada y eso abrió una brecha entre ambas que, a pesar del dolor que les provocaba, no se sentían capaces de resolver. Así que lo que iban a ser unos años en Boston para estudiar periodismo terminó convirtiéndose en otra realidad. Cuando terminó sus estudios, Adela decidió no regresar a París y buscar trabajo en Nueva York. No soportaba volver para participar en la obsesión de su madre de obligar a su padre a que la reconociera.

Cuando era niña poco le importaba aquel hombre al que su madre señalaba como su padre. No sentía siquiera curiosidad por conocerle. Pero cuando se convirtió en una mujer no pudo dejar de preguntarse por qué Marvin Brian la rechazaba. El hombre al que los críticos calificaban como «Poeta del Dolor» no tenía reparos en repudiar a su hija. ¿Acaso no era consciente del dolor que su desprecio podía provocarle?

En una de sus escasas y breves visitas a París le preguntó a Fernando por qué Marvin huía de su madre y de ella, pero él no supo darle una respuesta, así que sólo le quedaba una opción: procurar no pensar en aquel padre que se negaba a serlo.

Fernando seguía compaginando la gestión de la librería con su trabajo de editor. Catalina continuaba en la escuela de música enseñando solfeo a niños cuyas madres suspiraban por convertirlos en grandes artistas.

No tenían amigos, aunque en alguna ocasión aceptaban la invitación de sus caseros, Philippe y Doriane Dufort. Ellos estaban convencidos de que Fernando y Catalina eran una pareja moderna como tantas otras que preferían vivir juntas sin necesidad del matrimonio. Sin embargo, madame Dufort sospechaba que Catalina había estado casada anteriormente y como en España no existía el divorcio, había decidido poner tierra de por medio con su amante, Fernando, y con la hija de su esposo.

También Alain Fortier, el profesor de la Sorbona y amigo de Marvin que le ayudaba en las tareas de edición, pensaba que Catalina y Fernando eran pareja.

Pero fuera del ámbito laboral no eran muchas las personas a las que trataban. Evitaban a los españoles que vivían en París aunque muchos de ellos fueran republicanos, socialistas o comunistas exiliados.

Fernando prefería no tener que inventar una historia para explicar por qué vivía en París y Catalina tampoco deseaba que alguien pudiera conocer a algún miembro de su familia y contarles sobre ella.

De manera que se habían mantenido al margen del exilio español. Tampoco mostraron especial interés por la *revolución* de los estudiantes en aquel mayo de 1968 en el que parecían decididos a parar el mundo para cambiarlo. Tanto Fernando como Catalina pensaron que aquella revolución nada tenía que ver con ellos, ni con sus esperanzas ni con sus intereses. No es que se mostraran indiferentes, simplemente contemplaron lo que sucedía a su alrededor con curiosidad pero sin sentirse concernidos. Catalina contaba a Fernando que algunos de los alumnos de la escuela de música vivían con emoción aquellos acontecimientos seguros de que el mundo iba a cambiar, aunque ninguno de los dos creía que eso pudiera ocurrir en realidad.

Así que siguieron viendo pasar los años sin esperar nada, porque ¿quién podía ser feliz después de que la guerra les hubiera arrebatado lo que habían soñado

que serían sus vidas?

Catalina se sorprendió una mañana en que descubrió en su cabello unas cuantas canas y no pudo resistirse de llamar a Fernando, que estaba a punto de salir camino de la librería.

—¡Ven! ¡Mira! —exclamó.

Él acudió al cuarto de baño preocupado por la urgencia de su llamada.

—¿Qué te pasa?

—Creerás que soy tonta, pero no me había fijado que tenía tantas canas. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Bueno, yo ya tengo unas cuantas, y tampoco me has dicho nada. Y tú... pensaba que te habías dado cuenta, pero tienes más de una... Es lo normal.

—Entonces... ¡nos estamos haciendo mayores!

—¿Y ahora caes del guindo? Vamos, Catalina, ya no somos niños. Nos fuimos de España a finales de 1941 y estamos en diciembre del 73, cuenta los años que han pasado.

—Pero... no puede ser...

—Pues es; parece que fue ayer cuando nos escapamos, pero ya ves que se nos está pasando la vida.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó ella, que por su expresión parecía perdida.

—¿Hacer? No sé a qué te refieres, Catalina... No podemos hacer nada... Bueno, al menos yo. No tengo otra opción que seguir aquí, pero tú... tú podrías volver a España, te lo he dicho en muchas ocasiones. Te has impuesto un exilio que no tiene sentido. Sabes que Marvin es una causa perdida y que mientras no lo admitas no recuperarás a Adela —sentenció Fernando, mirándola con severidad.

—Adela no comprende que todo lo que he hecho y hago es por ella, porque no quiero que carezca de un padre al que tiene derecho.

—Te lo dije bien claro: no quiere a Marvin como padre. Déjala en paz. Te he pedido que te cases conmigo y darle mi apellido, incluso te he ofrecido

reconocerla aunque no te cases conmigo —replicó él.

—Adela siempre quiso que fueras su padre —admitió Catalina.

—Has sido tú quien le ha negado esa posibilidad —le reprochó él.

—No discutamos, Fernando, no voy a rendirme; seguiré intentando que Marvin reconozca a Adela.

—Tu madre es muy mayor y te necesita —le recordó él.

—Y la tuya también lo es y también te necesita —respondió ella airada.

—¡Pero hay una diferencia: yo no puedo volver!

—¡Podrías dejar que venga a visitarte!

—¿Y tú por qué no se lo permites a la tuya? Mira, dejemos esta discusión. Me voy a trabajar. Y en cuanto a tus canas... echa cuentas... ya has cumplido los cincuenta.

—¡Dios mío, se me ha ido la vida!

Fernando escuchó las últimas palabras de Catalina y pensó que ella tenía razón, habían vivido sin darse cuenta de que vivían. Apresuró el paso. Tenía que abrir la librería y quería reunirse con Sara y Benjamin, que habían llegado el día anterior a París.

Los Wilson no solían avisarle y no habían sido pocas las ocasiones en las que al llegar a la librería se había encontrado con las puertas abiertas y a Sara examinando las estanterías.

Pero aquel día de diciembre parecía que la pareja estaba malhumorada.

Sara estaba nerviosa. Fernando comenzó a detallar las ventas del último poemario de Marvin.

Cuaderno de Vietnam le había consagrado aún más en su denominación de «Poeta del Dolor». En Estados Unidos había vendido unos cuantos miles de aquel poemario, pero también en Europa esta obra se convirtió en un referente, en un grito contra aquella guerra que se libraba en la selva de la antigua Indochina. Desde que publicó *Cuaderno de Vietnam* Marvin no había vuelto a escribir otro poemario, lo que por otra parte a Fernando le resultaba indiferente a pesar de ser el único poeta con verdadero éxito de cuantos editaba.

Benjamin Wilson escuchaba distraído. Parecían preocuparle otras cosas. Habían pasado ya cinco años desde que los estudiantes parisinos se habían echado a las calles y él aseguraba que el mundo había cambiado y todas las certezas del pasado habían dejado de serlo. No hacía falta ser demasiado perspicaz para darse cuenta. En París se había encendido aquella espita para dar lugar a los cambios.

Marvin y Farida pasaban la mayor parte del tiempo viajando, por más que hubieran fijado su domicilio en Nueva York. Él encontraba su inspiración en el dolor y crecía como poeta en cada libro nuevo.

Fernando y Marvin no habían vuelto a verse. Sus manuscritos le llegaban a través de Sara y ambos planificaban las ediciones. Sara había renunciado a intentar un acercamiento entre Marvin y Fernando, y ellos habían aceptado dejar que los hilos de sus vidas los agitara aquella mujer menuda que ahora lucía el cabello corto salpicado de blanco.

Fue Sara quien le anunció que Benjamin y ella acompañarían a Marvin a Israel.

—En realidad ha sido Farida quien nos ha pedido que los acompañemos. Para ella este viaje no será fácil —explicó.

—¿Farida puede ir a Israel? Yo creía que siendo egipcia no podría entrar... Al fin y al cabo, el régimen de Nasser es enemigo de los judíos —comentó Fernando extrañado.

—Tiene pasaporte británico. Recuerde que los británicos fueron la potencia dominante en Egipto —replicó Benjamin a modo de explicación.

—Ya... —aceptó Fernando.

—No será un viaje grato ni para Farida ni para mí. Ya ve, soy judío, pero un judío egipcio, lo que me ha obligado a trasladar mi residencia y mis negocios a Londres, lo que no quita para que me incomode que los israelíes y los egipcios se maten entre sí —admitió Benjamin.

—No debería ser así... pero ¿de quién es la culpa? No comprendo la obstinación de los líderes árabes en negarse a aceptar la resolución de Naciones

Unidas reconociendo el derecho de los judíos a tener su propio país. Eso es lo que está provocando las guerras —intervino Sara.

Fernando se dio cuenta de que los Wilson mantenían diferencias sobre aquel asunto que a él no le interesaba demasiado.

—Soy alejandrino, Sara, y me duele que muchos de mis amigos hayan perdido la vida luchando contra Israel. No puedo dejar de sentirme parte de Egipto —se lamentó Benjamin.

—Pues yo era francesa. No me sentía otra cosa que parisina, pero un día muchos de los que eran nuestros amigos se convirtieron en enemigos. Aquí, sí, aquí, en esta maravillosa y civilizada ciudad muchos de sus habitantes no tuvieron reparo en dar la espalda a los judíos, de señalarnos, de callar cuando expoliaban nuestras casas y negocios, de mirar hacia otro lado cuando nos deportaban a los campos de exterminio nazis. Si alguien me hubiera dicho que eso podía pasar en París no le habría creído.

—Y Egipto te acogió como a una hija —le interrumpió Benjamin.

—¿Egipto? No, no fue Egipto, fuiste tú quien me acogió como tu esposa. Y no negaré que fui feliz en Alejandría y que siento el sufrimiento de nuestros amigos, pero no más que el de los judíos que luchan por impedir que los echen al mar. Te recuerdo que han sido los sirios y los egipcios los que hace unos meses atacaron de nuevo a Israel y lo hicieron aprovechando el Yom Kippur. —Sara miraba fijamente a su marido.

—Te has vuelto sionista —le recriminó él.

—¿Sionista? Sí, claro que sí. ¿Qué otra cosa se puede ser si uno es judío? ¿Nos han dejado otra opción? Israel es una necesidad para los judíos. No te engañes, Benjamin, los judíos somos una molestia para todo el mundo, nos toleran pero poco más. De manera que ya es hora de que dejemos de ser unos invitados no siempre bien recibidos en los países donde nos asentamos. Israel es el pedazo de tierra que nos garantiza nuestro derecho a existir.

»Lo siento, Benjamin, y comprendo que sufras porque tus amigos pierdan la vida luchando, pero es una guerra que libran contra Israel. Los líderes árabes no

dejan de repetir que no pararán hasta arrojar a los judíos al mar. Pues bien, en esta ocasión no vamos a permanecer cruzados de brazos dejando que nos vuelvan a tratar como a seres infrahumanos.

»Si nos hacen la guerra, nos defenderemos. Está en juego nuestra propia existencia —sentenció Sara con un deje de acritud.

—No aburramos a Fernando con nuestras diferencias —la interrumpió Benjamin—. Lo dicho, acompañaremos a Marvin y a Farida a Israel.

—Marvin quiere hacer un doble poemario, uno dedicado al dolor de los judíos y otro al dolor de los palestinos —explicó Sara.

—¿Él con quién está? —quiso saber Fernando.

—¿Estar? Bueno, Marvin no está con nadie excepto consigo mismo y con Farida. El sufrimiento es la cerilla que enciende su sensibilidad, lo que alimenta su talento. El Poeta del Dolor... Sí, Marvin ha hecho del dolor el motor de su vida. —Las palabras de Sara le sonaron a Fernando como el crepitar del hielo cuando se fractura.

—¿Es seguro viajar allí? La guerra del Yom Kippur es muy reciente, apenas han pasado dos meses. El ataque fue el 6 de octubre, ¿no?

—El día de la Expiación... —recordó Sara.

—Bueno, la situación parece controlada, de lo contrario no iríamos. —Fue la respuesta de Benjamin.

—¿Quieres acompañarnos? —le preguntó Sara a Fernando.

—No... desde luego que no... Mi presencia allí no serviría de nada —respondió el español incómodo.

—¿Qué ocurrencia, Sara! Además, ¿quién se encargaría de la librería?

—Tienes razón, ha sido una ocurrencia sin sentido. ¡Ah!, y te rogaría que hicieras lo imposible para que Catalina no viaje hasta Israel. Ya estará enterada, porque a Marvin le han hecho algunas entrevistas en las que ha hablado del viaje —dijo Sara, mirando fijamente a Fernando

—Lo siento, Sara, pero nunca le negaré a Catalina su derecho a ir a donde quiera, y mucho menos intervendré en su conflicto con Marvin —afirmó

Fernando molesto.

—Es una pena que ella... En fin, cada cual hace con su vida lo que quiere, pero Sara tiene razón, sería muy incómodo encontrarla allí —opinó Benjamin.

—Si se entera, hará lo que crea conveniente —replicó Fernando, dando por terminada la conversación.

Una lluvia fina envolvía la ciudad. Había salido a pasear junto a la orilla del mar. Necesitaba pensar, y andar la ayudaba por más que no podía dominar la tos que le venía acompañando en los últimos días. Tenía fiebre, lo sabía aun sin ponerse el termómetro. Sentía un sudor pegajoso recorriéndole el cuerpo y le dolía la cabeza.

Había llegado el día anterior y temía que el viaje hubiera sido en vano.

Desde que leyó en el *Herald Tribune* que Marvin viajaría a Israel, Catalina no había dudado en seguirle hasta allí. Fernando apenas había intentado disuadirla.

Adela había ido a París a pasar la Navidad, pero en cuanto se enteró de que su madre estaba decidida a ir a Israel se marchó. Ni siquiera se quedó a cenar en Nochebuena. Tuvieron una discusión que Fernando no fue capaz de aplacar.

«¡Acéptalo: ese hombre te odia! ¡No te humilles más y no me humilles a mí pidiéndole que me reconozca!», había gritado Adela. Pero Catalina se plantó delante de ella diciéndole que si no lo hacía sería tanto como admitir que había desperdiciado su vida. Su hija la miró con rabia mientras le decía: «Pues admítelo. Es evidente que tu vida ha sido una inutilidad. Pero esto no es lo más grave, lo grave es que no tienes dignidad. Y yo no quiero formar parte de tu locura». Se puso en pie y se dirigió a la habitación.

Unos minutos después salía del apartamento con la maleta. Fernando intentó retenerla, pero ella se limitó a darle un beso mientras le decía: «Cuánto siento lo

que mi madre te ha hecho».

Después de aquella noche no había vuelto a hablar con ella. No respondía ni a sus llamadas ni a las de Fernando, pero por más que eso le doliera, Catalina no estaba dispuesta a renunciar. Por eso estaba en Tel Aviv en aquellos días de finales de febrero de 1974.

Marvin y Farida permanecían en Israel mientras que Sara y Benjamin ya habían regresado a Londres, eso lo sabía por Fernando. En cuanto a Marvin, no sabía dónde dar con él, aunque esperaba que estuviera en Tel Aviv.

Había encontrado alojamiento en un pequeño hotel cerca de la playa. No era muy caro y la habitación era sencilla, pero estaba limpia. Cuando la dueña del hotel vio el pasaporte de Catalina le sonrió diciéndole: «Yo también soy española». En realidad, la buena mujer resultó ser una judía de origen sefardí que dijo llamarse Verónica Baraen.

No le resultó difícil entenderse con ella, por más que algunas de las palabras que utilizaba le resultaran extrañas.

Adela ocupó sus pensamientos y se dijo que la única manera de recuperar a su hija era demostrarle que había merecido la pena su esfuerzo por que su padre la reconociera.

El mundo había cambiado, le decía Adela, e intentaba que comprendiera que había dejado de ser trascendente no tener los apellidos paternos. Pero ella no lo creía y en cualquier caso no iba a tirar por la borda todo el sacrificio que había hecho dejando a sus padres y convirtiéndose en una paria, aunque tuvo que reconocer que no sólo había huido de España en busca de Marvin, sino también para no casarse con Antoñito. Sólo evocarle le producía náuseas.

Tuvo que pararse porque se ahogaba con la tos. Al dolor de cabeza se le habían unido unos pinchazos constantes en el pecho y decidió regresar al hotel.

Creyó que podría dormir en cuanto se metiera en la cama, pero el dolor torácico aumentaba y el analgésico que tomó apenas le hizo efecto.

A la mañana siguiente hizo un esfuerzo por levantarse. La señora Baraen estaba atendiendo a unos huéspedes y aguardó paciente a que terminara.

—Dígame, ¿cómo podría enterarme de si sigue aquí Marvin Brian, el Poeta del Dolor? —le preguntó Catalina.

Pero Verónica no sólo ignoraba si aquel escritor se encontraba en Israel, sino que ni siquiera había oído nunca hablar de él; aun así, le dijo que llamaría al Centro Sefardí por si alguien sabía algo del poeta.

Catalina aguardó pacientemente a que Verónica hiciera la llamada e intentó aventurar el resultado de la conversación por sus gestos.

—Pues al parecer tiene usted razón y ese poeta es muy importante. Le hicieron varias entrevistas cuando llegó hace más de un mes, aunque en el Centro Sefardí no saben dónde puede estar; pero por lo que dijo en esas entrevistas, estaba dispuesto a recorrer el país y hablar con la gente, también quería reunirse con palestinos...

Esa información no le desvelaba nada que no supiera. Marvin alimentaba su talento del dolor ajeno, de manera que para inspirarse rebuscaría entre las dos comunidades, la israelí y la palestina. La cuestión era dónde encontrarle. Sin embargo, Verónica aún no había terminado de darle cuenta de su conversación con la persona del Centro Sefardí con la que había hablado.

—El que ha cogido el teléfono es un buen amigo y me ha dicho que llame dentro de un rato, que preguntará a un periodista que conoce; tal vez él sepa dar razón de ese poeta. Pero dígame, ¿por qué le busca?

—En realidad no le busco... Es un viejo amigo y me dijeron que estaba aquí... Si fuera posible me gustaría verle... Se llevaría una sorpresa.

Salió a pasear para hacer tiempo. Aunque se encontraba mal y la fiebre le nublabla la visión, prefería estar en movimiento antes que sentarse a esperar a que el amigo de Verónica llamara.

Miraba el reloj cada poco lamentándose de que los minutos pasaran con demasiada lentitud.

Cuando regresó al hotel, Verónica la saludó con una enorme sonrisa.

—¡Venga, venga, tengo buenas noticias!

Marvin Brian llevaba un mes en Jerusalén. Se alojaba en el American Colony,

lo que a juicio de Verónica evidenciaba que «debe de ser muy rico» porque además, añadió, «antes estuvo alojado en el King David», adonde llegó con unos amigos, pero cuando éstos se fueron, él se trasladó.

Catalina le dio las gracias y le preguntó cómo podía ir a Jerusalén y dónde se podría alojar si decidía quedarse unos días. Verónica le explicó que había un autobús que la podía llevar hasta Jerusalén y que allí podía alojarse en alguno de los albergues de órdenes religiosas cristianas, o quizá... «Bueno, tengo una amiga que igual podría alquilarle una habitación por unos días, a veces lo hace, aunque no por más de cinco o seis, no quiere huéspedes permanentes. Es viuda y tiene dos hijos, y de vez en cuando necesita un extra... Es difícil sacar a dos hijos adelante cuando una está sola».

Catalina pasó el resto del día en su habitación. Se sentía agotada. La tos parecía haberse cronificado y cada vez le dolía más el pecho al respirar. Verónica le había dado una pastilla asegurándole que le aliviaría «esa gripe tan molesta», e incluso le subió a la habitación un caldo que insistió debía tomarse.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, ya estaba en el autobús camino de Jerusalén. Ya fuera por el traqueteo del autobús o por la fiebre, llegó agotada.

Lea, la amiga de Verónica, resultó ser una mujer de no más de treinta años, madre de dos niños gemelos de diez.

La recibió sin demasiado entusiasmo, dejándole claro que en una semana debía irse.

—Mi casa no es un hotel ni una casa de huéspedes. De vez en cuando acepto alguna persona que me envía Verónica. El desayuno es a las siete en la cocina, pero las comidas las tendrá que hacer fuera. En cuanto a los horarios... tengo dos hijos, de modo que por la noche tendrá que llegar a una hora razonable. No le daré llave; por tanto, si llega más tarde de las nueve se encontrará la puerta cerrada hasta el día siguiente.

Aunque Lea se mostraba adusta y seca, Catalina no pudo dejar de simpatizar con ella. Sabía lo que suponía para una mujer sola enfrentarse a la vida para sacar a unos hijos adelante. En el caso de Lea, esa responsabilidad era doble.

La casa donde se alojaba estaba situada en la Ciudad Vieja, en dirección a la Puerta de Sion. Tenía tres habitaciones y un patio interior. El baño debía compartirlo con Lea y sus hijos. Pero todo estaba muy limpio y su habitación era amplia, de manera que se sintió a gusto.

Lea le explicó dónde se encontraba el American Colony.

—Es un lugar muy especial —dijo—. Fue el palacio de un pachá, luego lo compró una comunidad cristiana y transformó el edificio para dedicarlo a la beneficencia hasta que a principios de siglo, creo que fue en 1902, lo convirtieron en un hotel. Es muy lujoso y vienen muchas personalidades de todo el mundo. La persona que busca debe de ser importante, pero tenga cuidado, el hotel está en zona palestina... En fin... no se meta en líos.

Catalina asintió. Verónica le había explicado que el marido de Lea había sido herido en 1967 cuando los israelíes se hicieron con la ciudad. Heridas que le dejaron secuelas que no pudo superar y falleció dos años después.

A pesar de las explicaciones de Lea le costó llegar hasta el hotel. Había una buena caminata o eso le pareció. Le costaba caminar porque sentía que el aire no le entraba en los pulmones y la fiebre la hacía sudar.

Cuando llegó al hotel no pudo dejar de admirarlo. Los muros de piedra se abrían a un edificio elegante con jardines bien cuidados... Preguntó al recepcionista por Marvin, y éste respondió: «No, el señor Brian no se encuentra en el hotel en estos momentos... Ha salido a primera hora acompañado por la señora Brian... No, desconozco dónde han ido ni a qué hora regresarán... No, no me molesta que le espere, pero teniendo en cuenta que no puedo decirle a qué hora regresará... Quizá sería mejor que dejara una tarjeta y que él se ponga en contacto con usted».

Catalina decidió quedarse al menos un rato, pero dos horas después el dolor que le atravesaba el pecho era tan intenso que le impedía respirar. Además, la tarde estaba cayendo y temía andar a oscuras por el laberinto de calles.

Regresó a casa de Lea y cuando ésta la vio entrar se alarmó.

—¿Qué le sucede?

—Nada... sólo estoy un poco resfriada. Me duele la cabeza, pero mañana estaré bien.

Lea pareció ablandarse y le sugirió que se metiera en la cama, para después ofrecerse a llevarle un vaso de leche con miel.

A la mañana siguiente amaneció con fiebre alta y los sentidos embotados. Le costaba moverse, pensar, abrir los ojos. Después de mucho esfuerzo se puso en pie. El agua de la ducha la habría ayudado a despejarse si no fuera porque no estaba demasiado caliente y eso le provocó que tiritara aún más. Lea y los niños ya se habían marchado, pero encontró sobre la mesa de la cocina una jarra de leche, galletas y un tarro de miel; aun así, no se sintió capaz de beber ni un sorbo.

Caminó despacio en dirección al American Colony. Hacía frío, pero ella sentía que el sudor le corría por la espalda. Cuando llegó el recepcionista la miró con conmiseración.

—El señor Brian se ha ido a primera hora —le informó.

Catalina se llevó la mano a la frente.

—¿Se ha ido? Pero no es posible... Sé que va a estar un tiempo en Jerusalén —dijo con toda la convicción de que fue capaz.

—No he dicho que haya dejado el hotel, sino que ha salido y pasará el resto del día fuera —respondió el recepcionista.

Catalina dejó la recepción y buscó un lugar donde sentarse. Necesitaba tomar café para despejarse y obtener fuerzas y así poder regresar a casa de Lea.

El camarero se mostró más locuaz que el recepcionista y cuando le preguntó que si se alojaba en el hotel y ella respondió que sólo había ido a visitar a un amigo, «al señor Marvin Brian», el hombre sonrió complacido.

—¡Ah, el señor Brian! Él y la señora Brian son muy amables. Precisamente esta mañana durante el desayuno estuvimos hablando de Jericó. Mi madre es de allí, aunque yo nací en Jerusalén.

—¿Jericó?

—Sí, la ciudad más antigua del mundo. Más de diez mil años —afirmó el

camarero orgulloso.

—Ya... qué interesante. ¿Y está muy lejos de Jerusalén?

—Precisamente eso me preguntó el señor Brian. Pensaban ir allí esta mañana. Y no, no está lejos, a menos de una hora de Jerusalén. El señor Brian parecía muy interesado en ver las antiguas ruinas de Jericó, pero yo le he dicho que hay otras cosas que merece la pena visitar. La señora Brian estaba empeñada en subir al Monasterio de la Tentación.

—¿El Monasterio de la Tentación?

—¿Es usted cristiana? —preguntó a su vez el camarero.

—Desde luego que sí, soy católica.

—Entonces sabrá que Jesús pasó cuarenta días en una cueva del desierto y allí el Diablo le tentó.

—Sí... —Catalina recordaba ese capítulo de la Historia Sagrada que estudió cuando era una niña.

—Yo también soy católico —afirmó el hombre sonriendo.

Ella no pudo evitar que en su rostro se reflejara el asombro.

—El señor Brian también se extrañó cuando se lo dije. No todos los palestinos somos musulmanes, aunque la mayoría lo sean; también entre nosotros hay cristianos como yo.

—Entonces el señor Brian hoy ha viajado a Jericó —insistió Catalina.

—Sí. Y estoy seguro de que subirá al Monasterio de la Tentación, también conocido como Monasterio de San Jorge. Es un monasterio ortodoxo, pero allí se encuentra la Cueva de la Tentación. ¡Ah! También les he recomendado que visiten las ruinas del Palacio de Verano que allí se mandó construir Herodes y el Palacio de Hisham construido por los omeyas... Si decide ir usted, también debería visitar estos lugares.

—¿Y cómo puedo llegar a Jericó?

—Pues en coche... Si usted quiere, mi cuñado podría llevarla. Es taxista y suele parar cerca de la entrada del hotel por si acaso hay algún turista.

En aquel momento apareció uno de los recepcionistas, que estaba enseñando

el hotel a unos turistas curiosos. Al ver al camarero de charla con Catalina se dirigió a él en árabe reconviniéndole. El camarero se estaba excusando cuando Catalina los interrumpió y les habló en árabe:

—Por favor... ha sido culpa mía... Le he preguntado la manera de hacer algunas excursiones...

El recepcionista y el camarero la miraron con asombro. Lo que menos esperaban era que aquella mujer extraña hablara su idioma, después de haber usado el inglés con ellos.

—Desde luego, señora, no hay problema —aceptó el recepcionista.

—¿Cree que su cuñado podría llevarme ahora a Jericó? —preguntó Catalina en cuanto el recepcionista los dejó para continuar con los turistas.

—No creo que haya inconveniente. Deje que vaya a ver mientras se termina su café. Y... bueno, usted habla muy bien el árabe.

—He vivido mucho tiempo en Egipto —le explicó.

El líquido negro y espeso la había despejado. Aquel café parecía haber obrado un milagro en su ánimo, o acaso fuera la posibilidad de encontrar a Marvin.

El taxista cuñado del camarero no puso ninguna objeción a trasladar a aquella mujer de aspecto cansado y frágil hasta Jericó, y le aseguró que la esperaría hasta que ella terminara las visitas que estimara convenientes, incluso se ofreció a hacerle de guía. Pactaron el precio.

Llegar a Jericó fue toparse con la primavera y con varios controles israelíes. Los soldados los pararon en varias ocasiones. Se mostraron amables pero desconfiados, aunque parecieron aceptar la explicación de Catalina de que, como buena católica, ansiaba visitar el Monte de la Tentación.

La primera parada debía ser las ruinas de la antigua Jericó, le sugirió el taxista. La ayudó a encaramarse hasta el montículo explicándole orgulloso que aquella ciudad sólo había podido ser vencida por la intermediación de Dios.

—¿Usted también es cristiano? —quiso saber ella.

—Desde luego. Somos una antigua familia de cristianos. ¿Sabe cómo me llamo? Boulus. O sea, Pablo. Y como le digo, Jericó fue conquistada por Josué,

quien siguiendo las indicaciones del mismo Dios, la rodeó y al octavo día hizo que sonaran las trompetas, lo que provocó que sus murallas cayeran destruidas —le contó orgulloso.

Que Catalina hablara árabe con cierta fluidez facilitaba la confianza entre ambos. Pero a pesar del entusiasmo del taxista ella no lograba sentir ninguna emoción ante aquellas ruinas.

Mientras las visitaban llegó un pequeño grupo de franceses que al igual que ella intentaban forzar la imaginación para ver allí la gran ciudad que hubo diez mil años atrás.

Catalina se atrevió a pensar que las trompetas de las huestes de Josué debieron de sonar como cañones para no haber dejado piedra sobre piedra.

Después de ver la antigua Jericó, Boulus quiso llevarla hasta las ruinas del Palacio de Herodes.

—Mandó construir aquí su palacio por el clima. Imagínese lo que suponía poder disfrutar de un clima primaveral. En Jerusalén hace mucho frío en invierno y un calor insoportable en verano, pero aquí... ya lo ve.

Pero Catalina no se sentía ni con ánimo ni con fuerzas de seguir viendo ruinas y sugirió subir al Monte de la Tentación.

—Podemos subir a caballo. Tengo un primo que nos llevará —le ofreció Boulus.

—¿No podemos subir en coche? —preguntó preocupada.

—No, señora, mi taxi no resistiría la subida, es un camino de piedras.

Ella aceptó por más que se sentía mareada; también se avino a ir hasta la casa de aquel primo de Boulus, donde su esposa la recibió con afabilidad. Viendo su estado febril, se empeñó en prepararle unas hierbas.

Catalina intentó resistirse. El olor del brebaje le producía náuseas, pero la mujer insistió en que debía tomárselo y se sentó junto a ella hasta que bebió la última gota.

Luego la acomodaron en una mula guiados por el primo de Boulus, que también era cristiano y dijo llamarse Boutrus.

—¿Sabe qué significa Boutrus? —preguntó ufano.

—No... —admitió ella.

—¡Pedro! Llevo el nombre de Pedro.

El camino hacia el monasterio le resultó un tormento y no por culpa de la mula, que dio muestras de ser tranquila, sino por lo accidentado del terreno. Boulus y Boutrus parecían acostumbrados a subir por aquellos riscos que llevaban al monte sagrado y hablaban sin parar poniéndose al día sobre la familia.

Catalina confiaba en encontrar allí a Marvin y a Farida. Su intuición le decía que Marvin buscaría inspiración para sus poemas en el Monte de la Tentación.

Para su sorpresa, poco a poco las hierbas que le había hecho beber la esposa de Boutrus le estaban aliviando el malestar. No es que se sintiera bien, pero al menos parecía que respiraba mejor y la cabeza le dolía con menos intensidad.

La vista del monasterio era impresionante. Boulus le explicó con orgullo que era del siglo v y que se encontraban a más de trescientos cincuenta metros por encima de Jericó. Muchos eremitas habían trepado hasta allí ocupando las cuevas del lugar. Por su parte, Boutrus le recomendaba que mirara hacia el horizonte, donde se alcanzaba a ver el río Jordán. Pero lo que realmente la impresionó fue la construcción que parecía surgir de las propias rocas.

—Hubo una primera construcción en el siglo iv, pero la destruyeron los persas en el siglo vi; más tarde, en el siglo xii, se volvió a restaurar, aunque terminó siendo abandonado —le contaba Boutrus mientras tiraba de las riendas de las dos mulas. Catalina no se encontraba en condiciones de subir andando los cientos de escalones que los separaban del Monasterio de San Jorge.

La puerta del monasterio estaba entreabierta y cuando Boulus la empujó un monje les salió al paso. Ella preguntó si por casualidad no se encontraba allí una pareja de norteamericanos.

—Esta mañana hemos tenido un grupo... pero ya se han marchado.

Catalina insistió, describiendo a Marvin y a Farida.

—Ella habla árabe, es egipcia —apuntó Catalina.

El pope se rascó la barba y sonrió.

—¡Ya sé! Sí, un hombre y una mujer muy amables... Ésos vinieron solos... no sé si se habrán marchado ya... estaban en la Cueva de la Tentación... Vayan allí... o puede que estén en las otras cuevas...

—Pero ¿cuántas hay? —preguntó ella agotada.

—Unas cuarenta... En una de ellas es donde Jesús se refugió durante cuarenta días y cuarenta noches venciendo las tentaciones del Diablo. Ahora hay una pequeña capilla. Le recomiendo que rece allí.

—¿Y las otras cuevas...? —insistió Catalina.

—Están diseminadas por el monte, sirvieron de refugio a monjes y eremitas.

De repente, se acordó del padre Lucas. Él había vivido como un eremita en las cuevas de Wadi Natrum.

La cueva donde Jesús fue tentado era pequeña y albergaba una capilla. Catalina se arrodilló y rezó durante un buen rato suplicando a Jesucristo que la ayudara en su empeño de que Marvin reconociera a Adela.

Rezó con devoción intentando superar las náuseas y el mareo que sentía. Luego, guiada por el pope y por los dos primos, visitó el resto del monasterio extasiada por la singularidad de aquel lugar.

El pope explicó que, además de Jesús, en aquel monte también había estado el profeta Elías.

Catalina le escuchaba con interés. No podía sustraerse a la espiritualidad que emanaba de aquel lugar sagrado, por más que sintiera no haber encontrado a Marvin. Había llegado demasiado tarde.

Mientras regresaban a Jericó tuvo que agarrarse con fuerza a las riendas porque la mula parecía nerviosa. Después, ya en el taxi, cerró los ojos agotada.

Caía la tarde cuando, de vuelta en Jerusalén, Boulus la dejó junto a la Puerta de Jaffa.

Encontró a Lea preparando la cena. Le preguntó cómo había pasado el día y Catalina le contó su excursión a Jericó.

—Vaya... con todo lo que hay que ver en Jerusalén y se ha ido hasta Jericó.
—El comentario de Lea parecía un reproche.

—Quería rezar en el Monte de la Tentación —se excusó ella.

—Quizá debería empezar por rezar en el Santo Sepulcro, como hacen todos los cristianos que vienen aquí. Y si me apura, ir al Cenáculo, está a pocos metros de esta casa.

—¿El Cenáculo?

—El lugar donde se celebró la Última Cena. ¡Pero usted debería saberlo!

—Sí... claro... pero no sabía que ese lugar aún existía...

—Pues está a pocos metros de aquí. Le explicaré cómo llegar.

—Tiene razón... Mañana me levantaré pronto y será lo primero que haga.

A pesar de mostrarse adusta, Lea era fácil de conmover y no podía dejar de preocuparse por aquella mujer frágil y enfermiza, de modo que le ofreció que se sentara a cenar con ella y con sus hijos.

—No, de ninguna manera... No quiero molestar... Si no le importa, me daré una ducha y me acostaré.

—Tiene que comer algo. Esta usted congestionada por el resfriado, tiene muy mala cara... Al menos tome un poco de sopa, le sentará bien.

Aunque no tenía hambre, no quiso contrariar a Lea, visto que mostraba tan buena disposición. Cuando terminaron de cenar no tuvo fuerzas para meterse en la ducha y buscó el calor de la cama, donde se quedó dormida. Pero el sueño no fue tranquilo. Cuando despertó tuvo la impresión de haber regresado de una batalla.

Lea y los niños estaban a punto de marcharse cuando ella entró en la cocina.

—El café aún está caliente y le he dejado un poco de pan y miel.

Ella se lo agradeció. Apenas tomó unos sorbos de café y se dispuso a salir de nuevo en busca de Marvin, pero antes decidió cumplir con lo que le había dicho a Lea la noche anterior. Visitaría el Cenáculo y a continuación el Santo Sepulcro.

No le resultó difícil encontrarlo porque, tal como Lea le había indicado, estaba a pocos metros de donde vivía. Era un edificio de piedra de dos pisos. El lugar

estaba casi vacío y le sorprendió. No parecía que aquélla hubiera sido la casa donde Jesús celebró su última cena con los apóstoles, al menos no se parecía en nada a los cuadros que había visto sobre la Última Cena. Se quedó pensativa intentando adecuar la iconografía que le era tan querida con aquel lugar. Unas voces la sacaron de su ensimismamiento. Un franciscano explicaba a un grupo de peregrinos la historia del lugar. Hablaban español. De inmediato se dio cuenta de que por el acento eran mexicanos. Se acercó con disimulo para poder escuchar las explicaciones del franciscano: «Y entonces Jesús les dijo a sus discípulos que vinieran a la ciudad, que encontrarían a un hombre con un cántaro de agua y que le siguieran, y que le dijeran al dueño de la casa que el Maestro quiere saber dónde puede cenar con sus discípulos... Y éste es el lugar. Fue una sinagoga, luego mezquita... pero en 1347 los franciscanos nos hicimos con el Cenáculo. Y no os lo he dicho, pero en el piso de abajo está la tumba del rey David...».

Catalina escuchaba fascinada e incrédula. Le parecía increíble que estuviera en aquellos lugares de los que hablaba la Biblia y los Evangelios. Se santiguó.

Cuando el grupo abandonó el lugar, ella los siguió sin disimulo. Les había oído decir que iban al Santo Sepulcro.

A la entrada varios hombres se encontraban arrodillados sobre lo que le pareció una enorme piedra. Enseguida supo lo que era aquella piedra porque el franciscano se lo explicaba en voz baja a su grupo de peregrinos mexicanos: «Ésta es la piedra de la Unción». Catalina bajó la cabeza y se quedó quieta escuchando atenta. Luego los siguió por unas escaleras hasta una capilla que el franciscano dijo era el Gólgota, el lugar donde había estado clavada la cruz. Se arrodillaron y rezaron durante unos minutos y ella hizo lo mismo. Se sentía sobrecogida por la espiritualidad que se respiraba en la basílica. Rezó durante un buen rato abstraída en las oraciones que repetía sin pensar cuando era niña y no se dio cuenta de que el grupo de mexicanos ya no estaba en la capilla del Gólgota. Volvió a bajar las escaleras y vio otra vez al mismo grupo aguardando delante de lo que parecía la entrada a otra capilla.

No había demasiada gente en la basílica. Una vez pasada la Navidad, y hasta la llegada de la Semana Santa, disminuía el flujo de peregrinos. Así que siguiendo a los mexicanos pudo entrar en el receptáculo donde estuvo el sepulcro de Jesús y arrodillarse durante unos minutos para suplicarle que no la abandonara.

Luego buscó un rincón donde seguir rezando. Hacía años que no se sentía tan en paz consigo misma y con Dios, tanto que se olvidó de la fiebre que la hacía estremecer.

Perdió la noción del tiempo y cuando se decidió a salir de la basílica ya era mediodía. No se sentía con fuerzas para ir andando hasta el American Colony, así que se convenció a sí misma de que, dada la hora, no encontraría a Marvin y que era mejor esperar a que cayera la tarde.

Decidió caminar por la ciudad y se perdió. Las calles estrechas y el olor a especias le embotaban la cabeza. Se sentía muy débil y pensó que era porque tenía el estómago vacío. Se paró delante de un puesto y compró un pastel relleno de nueces. No sintió miedo porque no le eran ajenas las voces que escuchaba. Eran los mismos sonidos, las mismas palabras que había escuchado años atrás en Alejandría.

Preguntó a un anciano cómo llegar desde allí hasta el American Colony. El hombre le indicó que siguiera la calle recta hasta dar con la Puerta de Damasco y luego le explicó qué calles debía tomar hasta el hotel.

Se sentía muy cansada y no era capaz de contener la tos. Así que caminó con paso lento hasta llegar al hotel.

El recepcionista la miró con gesto de hastío.

—No, el señor Brian no está, salió muy pronto esta mañana y no ha reservado mesa para la cena... Deje su tarjeta, señora, y se la daremos. Ya le hemos informado de que han preguntado por él. Desde luego, no la recibirá si no dice quién es.

Ella se limitó a sonreír y a decir que ya pasaría en otro momento, pero que no dejaría ninguna tarjeta porque quería dar una sorpresa al señor Brian. Su

respuesta fue recibida con reticencia por el recepcionista.

El dolor en el pecho apenas le permitía respirar y la cabeza le dolía de tal manera que le molestaba cualquier sonido por leve que fuera.

En la entrada del hotel se encontró a Boulus, el taxista que la había llevado el día anterior a Jericó. El hombre fumaba un cigarro junto a otros taxistas y se acercó en cuanto la vio.

—Señora..., señora..., ¿quiere que la lleve? No parece estar usted muy bien.

Catalina intentó sonreír, pero ya no tenía fuerzas para mantenerse en pie. El taxista la agarró del brazo para impedir que cayera al suelo.

—La llevaré a donde me diga... Usted no está bien...

Cuando llegó a casa de Lea la encontró ayudando a sus hijos a terminar las tareas de la escuela.

—Ya hemos cenado, pero le he dejado un poco de sopa.

—Muchas gracias... Es usted muy amable...

—¿Está enferma? Ayer me lo pareció y ahora... En realidad no tiene buena cara, tampoco la tenía el día que llegó. Mire, si está enferma será mejor que llame al médico.

—No, no es necesario. Es el resfriado, que no termino de curar. ¡Ah! Hoy he estado en el Cenáculo y en el Santo Sepulcro.

Lea la miró con preocupación e insistió en llamar a un médico, pero Catalina se negó. Comió deprisa la sopa y se fue a la cama. Quería madrugar para llegar al hotel antes de que Marvin se hubiera marchado.

A la mañana siguiente apenas podía respirar. Se perdió. Estaba confusa y le costaba que sus sentidos le respondieran. Se le nublaba la vista y las piernas no la sostenían. Tuvo que pararse en varias ocasiones y apoyarse en los muros de las paredes para no caerse.

Cuando llegó al American Colony un joven botones le cortó el paso. Ella, balbuceando, preguntó por Marvin Brian, y el joven debió de apiadarse de ella porque le informó de que «el señor y la señora Brian han salido hace un buen rato. Pidieron un taxi para ir a la Ciudad Vieja». Catalina le dio las gracias y tuvo

que agarrarse al joven porque se sentía tan mareada que apenas podía mantenerse en pie. Él le aconsejó que fuera a sentarse en el jardín y esperara a que le llevara un vaso de agua.

Apenas podía tragar el agua, pero lo hizo porque no quería resultar descortés con aquel joven. El botones se empeñó en pedir un taxi, «porque no está usted bien», y ella aceptó.

El taxi la dejó en la Puerta de Jaffa, que era el lugar que mejor reconocía, para desde allí internarse en la ciudad. Decidió caminar hasta el Muro de las Lamentaciones, pegándose a las paredes para no caerse.

Lea le había dicho que el Muro se construyó sobre las ruinas del Templo de Salomón. Y fue allí donde le vio. Marvin estaba delante del Muro junto a Farida y un hombre con el que conversaban animadamente.

No pudo por menos que admirar la figura elegante de Farida, envuelta en un abrigo de piel y con un sombrero que ocultaba su cabello.

Caminó hacia él y cuando estuvo a dos pasos colocó su mano sobre su hombro. Él se volvió y sus ojos revelaron primero estupor y luego sobresalto.

—Marvin..., ¡tienes que escucharme! ¡Por favor!

—¡Estás loca! ¡Cómo te atreves a seguirme hasta aquí! ¡Vete, déjame en paz!
—gritó él.

—No, no me iré... Tienes que reconocer a Adela. No pido nada para mí. Pero ella es tu hija, tienes una obligación con ella. ¡Por favor!

Sintió que se tambaleaba, que una nube le impedía ver. Se agarró a él porque sintió que se le habían acabado las fuerzas, pero Marvin la empujó con ímpetu dejándola caer.

—¡Vámonos! ¡Está loca! —gritó, cogiendo del brazo a Farida ante el estupor del hombre que los acompañaba.

—Pero esa señora... parece enferma... —dijo el desconocido.

—¡Está loca! ¡Me persigue por todo el mundo! Vámonos, dese prisa —dijo Marvin nervioso.

Catalina había dejado de oír y de ver. Cuando volvió a abrir los ojos se asustó.

No sabía dónde estaba. Aquella habitación de paredes blancas sin ningún adorno... y su brazo... su brazo inmóvil con una aguja clavada...

Gritó o como mínimo lo intentó, pero ningún sonido salía de su boca. Tampoco podía moverse. Al menos pudo escuchar unos murmullos. Cerró los ojos y volvió a encontrarse con la nada.

La siguiente ocasión en que volvió en sí alcanzó a mirar a una mujer que, vestida de blanco, parecía hablarle.

—¿Cómo se encuentra? Tranquilícese, llamaré al médico.

La enfermera salió de la habitación y regresó con un hombre que dijo ser el doctor Haddas, aunque Catalina no estaba segura de escuchar bien lo que le decían.

—Está muy enferma, tiene pulmonía. Debe decirnos cómo ponernos en contacto con su familia. Estarán asustados por no saber de usted. Lleva aquí una semana...

Le costó recordar el número de teléfono del apartamento de París, pero el doctor Haddas no parecía tener prisa y le decía que no se preocupara. Luego volvió al sueño que la alejaba del dolor.

Fernando escuchaba con atención al doctor Haddas. Hacía tan sólo unas horas que había aterrizado en Tel Aviv y no había perdido ni un minuto en buscar un taxi para que le llevara hasta Jerusalén. Cuando llegó al hospital, el médico le recibió de inmediato. Le dijo que lo único que sabía era que la policía la había recogido desmayada junto al Muro de las Lamentaciones, donde al parecer había atacado a un hombre y éste, al defenderse, la había empujado. Pero la causa de su estado no era la caída, sino la pulmonía. Estaba muy enferma, debía de llevar muchos días con fiebre e infección en los pulmones. Creía que ya se hallaba fuera de peligro, pero desde luego no se la podía mover. Estaba muy débil y, aunque controlada, aún no había superado la pulmonía.

Cuando le condujeron a la habitación donde se encontraba Catalina, Fernando

pensó que el médico se había equivocado. Aquella mujer que yacía en la cama en nada se le parecía. Las canas se habían multiplicado y las arrugas cubrían su rostro, un rostro poseído por el dolor. El cuerpo encogido semejaba el de una niña o una anciana.

Se acercó a la cama y le cogió la mano. Ella abrió los ojos e intentó sonreír.

—Has venido... —murmuró.

—Estoy contigo, no te preocupes, no te pasará nada. No hables, no te canses, yo me ocuparé de todo.

—Marvin...

—¡Olvídate de él!

Fernando le pasó el dorso de la mano por el rostro para borrarle las lágrimas.

Durante un mes Fernando permaneció a su lado. Aunque el doctor Haddas aseguraba que lo peor había pasado, no le daba el alta.

Todo aquel tiempo intentó que Adela acudiera junto a su madre, pero ella se negó. Cuando Fernando la telefoneó para explicarle que Catalina estaba ingresada en un hospital en Jerusalén, Adela empezó a gritar.

—¡No me extraña! ¿Sabes que ha salido en los periódicos? Sí, hasta el *New York Times* ha publicado que el Poeta del Dolor fue asaltado por una mujer en Jerusalén, y que esa mujer le persigue a donde quiera que va. ¡Imagínate!

—Es tu madre y está muy enferma —le recriminó Fernando.

—Sí, claro que está enferma, pero lo grave no es la pulmonía que dices que tiene, sino su cabeza, eso es lo que de verdad está mal.

—¡No digas eso! ¡No te atrevas a juzgarla! ¡No entiendes nada!

—En eso tienes razón, no entiendo nada. Para mí sois un misterio. Jamás comprenderé por qué vivís juntos sin... bueno, sin tener una relación sentimental. No entiendo por qué la secundas en su locura. No entiendo por qué has renunciado a tener una vida. No entiendo cómo ha podido enloquecer empeñándose en perseguir a un hombre que la desprecia.

»No, Fernando, no voy a ir. No voy a participar en su delirio. Por eso me fui de París, y le advertí que si volvía a ir detrás de Marvin Brian me perdería para

siempre. Y ella ha elegido.

—Adela, no tienes ni idea de lo que supuso para tu madre traerte al mundo. Tú no conoces España. Allí habrías sido muy desgraciada, os habrían señalado... Serías la hija de una mujer soltera y te aseguro que eso te habría marcado.

—No, no conozco España, no tengo nada que ver con vuestro país por más que allí parece que aún tengo una abuela, una tía y quién sabe qué otra familia. Mi madre quería regresar triunfante con un marido en un brazo y conmigo en el otro y ya ves, se ha quedado sin los dos. Yo ya he elegido, Fernando, me he construido mi propia identidad. Ahora soy norteamericana. Pensaba decíroslo la última vez que os vi... pero ya sabes lo que pasó.

—¿Norteamericana? Pero ¿por qué?

—Porque tengo que ser de alguna parte. ¿De dónde es alguien que ha nacido en medio del Atlántico, que ha crecido en Alejandría y se ha hecho mujer en París?

—Eso no importa ahora... Tienes que venir. Tu madre te necesita.

—No, no me necesita. No necesita a nadie, acaso sólo te necesite a ti.

Fernando recordaba aquella conversación mientras velaba el sueño de Catalina. Había pasado un mes desde que había hablado con Adela. Un mes en que apenas se había movido del lado de Catalina, sujetando su mano entre las suyas, limpiando el sudor de su frente, procurando que poco a poco tomara algún alimento. Un mes en que todo lo demás había dejado de tener importancia para él.

Cuando llamó a Sara para decirle que se iba a Jerusalén, ella ya estaba al tanto de que Catalina había ido en pos de Marvin aunque no sabía que se encontraba enferma.

Fernando no la engañó, le dijo que estaría con Catalina hasta que se recuperara y que eso no lo sabría hasta que no llegara a Jerusalén. Imaginó a Sara apretando los labios como hacía cuando algo la contrariaba, pero ella se limitó a decirle que se haría cargo de la librería y de la editorial hasta que regresara, y él se lo agradeció.

Como todas las noches, había dormido en un sillón junto a la cama de Catalina. Había perdido peso y las ojeras se habían petrificado en su cara, pues, como cada noche, sus muertos le visitaban: Roque, Saturnino y el tipo de la Gestapo acudían puntuales a la cita con él. Y Ludger Wimmer también le solía visitar.

A las siete en punto entró la enfermera.

—El doctor ha avisado que vendrá en media hora. Puede que hoy le dé el alta.

El médico llegó más tarde de lo previsto. Catalina estaba impaciente porque le permitieran marcharse. Ansiaba regresar a París. Sabía que en algún momento Fernando y ella tendrían que hablar de lo sucedido porque durante aquel mes él no le había hecho ninguna pregunta ni le había reprochado nada. Pero merecía una explicación. Una vez más, le había demostrado lo mucho que la quería.

Cuando el doctor Haddas les anunció que ya estaba lista para irse, ella no pudo contenerse y, en vez de darle la mano, le abrazó.

—Gracias, doctor. Tengo tantas ganas de salir de aquí... —le dijo.

A lo que él respondió que esperaba que volviera en alguna ocasión a visitarlos, pero no como paciente.

París

El mes de mayo los recibió en París. Madame y monsieur Dufort los esperaban en el aeropuerto y a Catalina ese gesto la emocionó.

Doriane Dufort, que solía ser reservada, parecía contenta de verla y le aseguró que había cuidado del apartamento en su ausencia «y cuando Fernando nos llamó para decirnos que llegaban hoy, me he permitido hacerles algunas compras para que tuvieran algo de comer en el frigorífico. Espero que no les moleste».

Madame Dufort también había colocado un jarrón con flores sobre la mesa del salón y un sobre marrón, igual al que cada cierto tiempo llegaba con dos cartas en su interior, una de Asunción para Catalina y otra de Isabel para Fernando.

En cuanto se quedaron solos se abrazaron.

—Te debo tanto... —le dijo ella.

Pero Fernando no le permitió hablar. Estaban en casa, juntos, y no necesitaban más. O al menos eso querían creer.

Luego, ya en la soledad de sus cuartos, abrieron sendas cartas.

Mi querido Fernando:

Estoy inquieta por no saber nada de ti. Siento tener que escribirte para darte tan malas noticias. Hace unos días que Piedad y Eulogio murieron. Me gustaría poder estar a tu lado en estos momentos para abrazarte y darte mi consuelo. Sé lo unido que te sentías a Eulogio por una amistad que se cimentó cuando aún erais niños. De la misma manera que sabes de la entrañable amistad que a tu padre y a mí nos unía a Piedad y a su marido, el bueno de Jesús.

Tanto Asunción como yo estamos conmocionadas. No podíamos imaginar que sucedería lo que ha sucedido.

Piedad temía lo que podía ser de Eulogio si ella faltaba algún día y nos había repetido que si en algún momento a ella la aquejaba alguna enfermedad, terminaría con su vida y con la de su hijo. Nosotras le decíamos que si eso ocurría, alguna institución se haría cargo de Eulogio, pero ella no aceptaba esa solución. No quería imaginar a su hijo mal atendido en un asilo.

Hace un par de meses la notamos preocupada. Decía que era por el trabajo, pero la verdad es que se le veía mala cara, tenía ojeras y cada vez estaba más delgada. Me inquietaba verla trabajar a destajo.

No quiso confiarse ni a Asunción ni a mí, sabiendo que intentaríamos disuadirla de lo que finalmente ha hecho.

Los domingos, Asunción y yo solemos ir a misa juntas y después habíamos hecho costumbre de ir a buscar a Piedad y a Eulogio para dar un paseo. Hace unos días, antes de que yo saliera de casa camino de la iglesia, Piedad llamó a la puerta. Estaba muy pálida y le pregunté si se encontraba mal. Me aseguró que estaba como siempre sólo que aquel domingo no saldría a pasear con nosotras. Le insistí en si necesitaba algo y me dijo que no, que simplemente quería pasar el día tranquila con Eulogio y me pidió que no subiera a verla después de la misa. «Quiero descansar», me dijo.

Aunque me dejó preocupada, respeté su petición, como no podía ser menos. El lunes me fui a trabajar temprano y cuando regresé por la tarde subí a su casa, pero no me respondió nadie. Una vecina salió al descansillo y, según ella, de casa de Piedad salía un olor raro. Insistí llamando al timbre. Pensé que a lo mejor estaba entregando alguna prenda, pero no pude dejar de pensar que la vecina tenía razón y olía raro. Un poco más tarde fue la portera la que llamó a casa. Me dijo que olía a gas, que el olor salía de casa de Piedad y que iba a llamar a los bomberos puesto que no abría la puerta.

Llegaron los bomberos y nos ordenaron que no nos acercáramos mientras abrían la puerta, que en realidad tiraron abajo. Los bomberos entraron y abrieron las ventanas y buscaron la causa de la avería. La llave del gas estaba abierta.

Encontraron a Piedad y a Eulogio sentados en el sofá. Parecían dormidos. Eulogio descansaba la cabeza en el hombro de su madre y ella tenía sus brazos echados por los hombros de su hijo. Sé cómo estaban porque entré apenas el aire fresco empezó a limpiar la atmósfera cargada de gas. Los bomberos me gritaron que me fuera, pero no les hice caso, aunque he de decirte que me mareé y tuvieron que asistirme.

Encima de la mesita del salón había una carta remitida a Asunción y otra a mí. No pudimos abrirlas hasta que llegó la policía. En realidad no pudimos leerlas hasta el día siguiente, en que nos convocaron en comisaría.

No había dudas. Piedad se había suicidado y se había llevado a su hijo con ella, tal y como en tantas ocasiones nos había asegurado.

La causa no era otra que le habían detectado un cáncer en el páncreas y el médico le había dicho la verdad: no tenía cura posible y le daba pocos meses de vida.

Ella decidió que antes de que la enfermedad la dejara impedida y, por tanto, que se llevaran a su hijo, debía poner fin a la vida de ambos. Y fue lo que hizo.

No la juzgo, Fernando; sabes que soy católica hasta el tuétano y sé que el suicidio es pecado mortal,

pero no la juzgo ni mucho menos la condeno porque sé que el Señor la ha acogido en su seno. El pecado de Piedad no ha sido otro que el de amar a su hijo, el deseo de protegerle, de no dejarle desamparado. Estoy segura de que Dios la ha perdonado y que ahora tiene a Piedad y a Eulogio a su lado.

Sé el dolor que te estará produciendo esta carta y daría cualquier cosa por servirte de consuelo, aunque te confieso que desde ese día apenas puedo dormir por la noche.

Aunque Eulogio y Catalina nunca se llevaron bien, ella es una buena persona y lo sentirá también.

Como os tenéis el uno al otro, ayudaos en estos momentos tan tristes.

Hijo, no me atrevo a hacerte ningún reproche, pero ¿no sería posible acabar con esta farsa? Piedad estaba segura de que Catalina y tú vivís en ese domicilio de París adonde os enviamos las cartas. Por favor, Fernando, para mí sería un motivo de tranquilidad saber dónde estás aunque no quieras que vaya a visitarte.

Hijo, te mando todo mi cariño.

Sueña con abrazarte,

TU MADRE

Fernando lloraba con amargura cuando a través de las lágrimas alcanzó a ver a Catalina dibujada en el umbral de la puerta de su habitación.

No la había oído llamar ni tampoco entrar. Ella se sentó a su lado y le abrazó. No era capaz de escuchar sus palabras de consuelo, pero al menos no se sintió solo. Se quedaron abrazados el uno junto al otro.

Aquella noche no fueron ni Roque ni Saturnino Pérez quienes se adueñaron de las pesadillas de Fernando, sino el rostro de Eulogio, que se hizo presente.

Lo vio con la mirada perdida, inerte, pero de repente parecía moverse, mirarle de frente y sonreír. Gritó. Gritó con todas sus fuerzas mientras Catalina intentaba que regresara del sueño.

—¿Le has visto? —le preguntó.

—Sí... le he visto, estaba ahí... Primero parecía muerto, pero luego... luego me ha sonreído.

—Era tu amigo, Fernando, no debes temerle.

—No le temo...

—Todos tememos a los muertos. Pero Eulogio no te hará ningún mal sino que... estoy segura que, lo mismo que tu padre, te protegerá desde el cielo.

Fernando no pudo dejar de sorprenderse ante la candidez que conservaba Catalina. A pesar de las hebras blancas que clareaban su cabello no había perdido la ingenuidad de cuando era una niña. No había dejado de creer.

Una vez más la rutina volvió a instalarse en sus vidas. Se comprendían sin necesidad de palabras. Pero le atormentaba saber que Marvin había empujado a Catalina y la había dejado tirada en el suelo, desamparada. A sus ojos, eso le convertía en un canalla. Además, le costaba superar la muerte de Eulogio. A veces no podía evitar reprochar a Piedad que hubiese acabado con su vida, pero era Catalina la que le calmaba preguntándole qué otra opción tenía. Él se revolvió diciéndole que sus convicciones católicas dejaban mucho que desear. Pero ella no se ofendía.

Lo que sí sentía era que estaban más unidos que nunca, sobre todo porque desde la muerte de Eulogio habían tomado conciencia de la fragilidad de la vida.

Por su parte, Sara seguía confiando en Fernando, tanto que no se decidía a contratar poemarios sin conocer su opinión. Durante su ausencia, el profesor Fortier había recomendado a otra de sus alumnas que consideraba un prodigio de talento. Pero Sara le había dicho que aguardarían al regreso de Fernando. También tenía pendiente responder a un periodista que, a través de un conocido, les había enviado un poemario.

Pero para sorpresa de Fernando, unos meses después de su regreso Sara le llamó para confiarle que la salud de Benjamin se había resentido.

—Está muy enfermo. Me había ocultado que padece cáncer de hígado. El médico es pesimista, de manera que...

—Lo siento —acertó a decir.

—Sé que nunca has simpatizado demasiado con mi marido —respondió Sara, mirándole fijamente.

Fernando no dijo nada porque no quería mentirle. Era inútil intentarlo. Aún no entendía por qué Sara siempre le había protegido y confiado en él, y por eso

tenía una deuda de gratitud, pero Benjamin... El paso de los años no le había hecho cambiar de opinión y le tenía por un manipulador, un hombre sin demasiados escrúpulos al que no le importaba la suerte de los demás mientras él pudiera salvaguardar sus intereses.

—No le has comprendido... No, no has sido capaz de comprender lo que él hacía, y su empeño ha salvado muchas vidas —afirmó ella.

—Y para salvar esas vidas ha sacrificado otras —se atrevió a murmurar Fernando.

—Vidas despreciables. —El tono de voz de Sara se había endurecido.

—¿Y quién decide qué vida merece ser vivida y cuál no? —Fernando sentía una agitación interior que le provocaba taquicardia.

—Convendrías que si alguien hubiera matado a Hitler se habrían evitado muchas muertes de inocentes, de manera que yo creo que su vida, la de Hitler, era una vida que merecía ser arrancada de cuajo. Mi marido nunca contribuyó a que un justo perdiera la vida, sino que procuró salvar aquellas vidas que merecían ser vividas. Además... bueno, tú mismo decidiste cuando eras muy joven arrebatar la vida a dos hombres que te habían robado lo que para ti era máspreciado: la vida de tu padre. Decidiste que aquellos hombres no merecían vivir. ¿Crees que eres mejor que Benjamin?

Los rostros de Roque y Saturnino se hicieron presentes y se frotó los ojos intentando que se esfumaran. Sara esperaba en silencio su respuesta.

—No voy a discutir con usted. Comprendo el dolor que siente por la enfermedad de Benjamin y créame que yo no le deseo ningún mal.

—No, no debes deseárselo porque él siempre te ha protegido y se ha portado bien contigo. ¿Crees que si se hubiera opuesto yo te habría dado la responsabilidad de la Casa Rosent? No, no lo habría hecho. Conté siempre con su aprobación. Confiaba en mi decisión pero también en tus cualidades. En fin... me marcho mañana a primera hora a Londres. No sé cuánto tiempo vivirá Benjamin, pero no quiero perderme ni un segundo de lo que le quede de vida.

—Lo comprendo.

—¡Ah!, Zahra está en Londres.

Fernando no respondió. Sintió que se le revolvía el alma, si eso era posible.

—Sois dos estúpidos. Habéis renunciado el uno al otro por nada —afirmó irritada.

Pero él se había instalado en el silencio. No hablaría de Zahra ni siquiera con Sara.

En realidad, el silencio se convirtió en su compañero de vida. Catalina y él también habían renunciado a hablar sobre la ausencia de Adela. Tampoco dejaban aflorar la agitación que sentían cuando monsieur Dufort les entregaba aquellos sobres de color marrón en los que siempre encontraban cartas de sus madres. Incluso Catalina había dejado de preguntarle por Marvin y él tampoco se refería a Zahra.

La vida no era otra cosa que levantarse por la mañana y comentar las noticias que escuchaban en la radio mientras tomaban de prisa una taza de café.

La vida no era otra cosa que las clases de música que Catalina continuaba dando en aquella escuela de barrio y los poemarios que él editaba sin que le produjeran ninguna emoción.

La vida no era otra cosa que aquellas conversaciones forzadas con algún cliente erudito que iba a la librería Rosent no sólo a comprar libros sino a distraerse charlando con el librero.

La vida no era otra cosa que levantarse un poco más tarde los domingos, pasear por la ciudad e ir al cine por la tarde.

En realidad parecían haber renunciado a vivir salvo cuando, en ocasiones puntuales, algún acontecimiento les obligaba a mirar de frente a la vida.

La muerte de Benjamin fue uno de esos acontecimientos. Murió el 1 de diciembre de 1974. Sara le llamó para decírselo. Catalina le aconsejó que fuera a Londres para el entierro, pero Fernando no lo consideró necesario. Sabía que estaría Zahra, y si de algo estaba seguro era de que no quería verla.

Sara no se lo reprochó. En realidad no esperaba que fuera. Pero la muerte de su esposo supuso que decidiera que su sitio estaba en París. No tenían hijos y por

tanto ella se seguiría ocupando de Wilson&Wilson, aunque buscó quien se encargara del día a día, acordando que ella viajaría todos los meses a Londres para que le rindieran cuentas y hacer un seguimiento de la marcha del negocio. También había tenido que cerrar la sucursal de Alejandría porque no había sido capaz de encontrar una persona de confianza tras el fallecimiento de Athanasios Vryzas.

Fernando se había acostumbrado a no depender de ningún jefe y temió que la presencia continua de Sara pusiera en peligro la que hasta aquel momento había resultado una relación laboral satisfactoria para ambos.

Pero Sara apenas hacía nada para que se notara que era ella quien tenía la última palabra. Lo único que acordaron fue que Fernando dejaría de ser el editor de Marvin. Él no le preguntó si la decisión la había tomado ella a petición de Marvin y ella no se lo dijo. Para Fernando fue un alivio; para Sara, un motivo de orgullo.

En marzo de 1975, Marvin envió a Sara su nuevo manuscrito: *Cuaderno de Tierra Santa*.

—Será otro éxito —auguró ella.

—Todos sus poemarios lo son —admitió él.

—Quiero tenerlo editado cuanto antes, quizá para después del verano. Tanto la versión francesa como la inglesa. Haremos una presentación en Nueva York y otra en Boston, también en París, y... espero que no te moleste lo que te voy a decir, pero quiero que hagas lo imposible por que Catalina no se entrometa. Te lo pedí en otras ocasiones y siempre respondiste que no querías inmiscuirte... pero en esta ocasión... Farida está enferma y no me gustaría que tuviera que soportar una de esas escenas de Catalina.

—No sabía que Farida estaba enferma...

—No tenías por qué saberlo. Es un poco mayor que yo, ¿sabes cuántos años tengo?

Él la miró y fue como si la viera por primera vez. Cuando la conoció en Alejandría, Sara debía de rondar los cuarenta años; en cuanto a Farida, siempre

le había parecido una mujer sin edad.

—Ya he sobrepasado los setenta, Fernando, y Farida tiene algunos más. No nos queda mucho por delante.

—No parece que tenga setenta años...

—¡Claro que lo parece! Tendrías que estar ciego para no ver cuántas arrugas tengo o que mis movimientos son mucho más lentos. Así que imagínate Farida. Y tiene cáncer, lo mismo que Benjamin. Ella en el pecho. La han operado y los médicos son optimistas, pero el cáncer... uno nunca se puede fiar. Pero no es sólo Farida quien me preocupa. Marvin está peor que ella.

—¿Marvin?

—Sí, tiene párkinson. Le tiemblan las manos y además hace un mes tuvo un infarto. No ha sido el primero, hace unos años sufrió otro... ¿Recuerdas cuando Catalina le encontró en Sorrento? No sólo estaba allí para escribir su cuaderno sobre la mafia... necesitaba recuperarse de un ataque al corazón.

—No sabía nada...

—No, claro, es algo que Farida y él han mantenido en absoluto secreto, sólo lo compartieron con Benjamin, con Zahra y conmigo. En cuanto a Zahra... Bueno, ella tampoco está bien de salud.

Le afectó. Sí, le afectó saber que Marvin y Farida estaban enfermos. De repente las personas de su alrededor enfermaban y se morían. Durante la Guerra Civil había dado por descontado que la gente tenía que morir; sin embargo, cuando mataron a su padre se rebeló. Después Benjamin Wilson y Zahra le colocaron en situaciones donde él mismo tuvo que matar. Los muertos le seguían visitando, pero sintió que había una diferencia entre quienes morían por enfermedad y quienes perdían la vida por un acto de violencia.

Primero había sido don Ernesto, el padre de Catalina, luego Piedad y Eulogio, más tarde Benjamin Wilson, y ahora Sara le anunciaba que Marvin y Farida luchaban por sus vidas contra la enfermedad. Y Zahra. Sara acababa de decir que Zahra estaba enferma.

—¿No me vas a preguntar qué le sucede a Zahra?

—Sí... claro... iba a hacerlo.

—El corazón. Ha sufrido dos anginas de pecho.

—¿Dónde está? —preguntó bajando la voz.

—En Alejandría.

—Pero allí... Bueno, allí está sola, su abuela murió.

—Sí, está sola. La he intentado convencer de que se instale en París, pero se niega. Nunca dejará su ciudad. Es lo único que la hace sentir que tiene identidad.

—No voy a ocultar a Catalina que Marvin vendrá a París; aunque quisiera hacerlo, ella se enteraría. Los periódicos se harán eco.

—No te he pedido que se lo ocultes, sólo que... también por su bien debería aceptar que siempre tuvo perdida la batalla de Marvin.

—Catalina nunca se rendirá —aseguro él—, pero intentaré convencerla para que no se haga más daño a sí misma. Lo sucedido en Israel fue terrible para ella.

Sara pareció conformarse con la respuesta y de esa manera pudieron seguir trabajando como si no pudiera suceder nada que alterara la aparente armonía que imperaba en la editorial Rosent.

«Franco ha muerto.» A Catalina se le cayó la taza de café. Fernando estaba en la ducha, pero salió envuelto en una toalla al escuchar su grito.

—Pero ¡qué te pasa! ¡Me has asustado!

—Se ha muerto... ¡Se ha muerto, Dios mío!

«Francisco Franco ha muerto a primera hora de la mañana. Las calles de Madrid a esta hora están tranquilas...»

La voz del locutor continuaba informando de lo sucedido. Fernando se quedó quieto intentando asimilar lo que estaban escuchando. Catalina se retorció las manos nerviosa y él empezó a oír los latidos de su propio corazón. Durante unos segundos pensó que no era posible lo que estaban diciendo por la radio. Desde hacía días informaban de la enfermedad de Franco, pero aun así no esperaba el anuncio de su muerte.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Catalina alterada.

—Nada, ¿qué podríamos hacer?

—¡Pero está muerto, Fernando! Ahora podrás regresar a España.

—Que haya muerto no significa que el Régimen vaya a desaparecer. Además... Catalina, yo ya no tengo vida en España. Renuncié a ella el día en que...

—El día en que disparaste a Roque y a Saturnino Pérez... pero de eso hace casi treinta y cinco años... y nadie te ha buscado, nadie te ha culpado de esas muertes... y ahora, Fernando, ¡Franco ha muerto! Todo va a cambiar, ya lo verás. Volverá a ser como antes de la guerra.

El timbre del teléfono los sobresaltó. Fernando seguía con la toalla en torno a la cintura, pero se apresuró a cogerlo. La voz de Adela sonaba nerviosa.

La escuchó durante un rato y luego le pasó el auricular a Catalina.

—Es Adela.

Catalina sintió que le temblaba el alma. Hacía más de un año que no hablaba con su hija, y la última conversación había sido escueta, una llamada de rutina.

—Pero... ¡qué dices! ¿Por qué no nos lo habías dicho? No, yo tampoco quiero discutir... Creía que sólo escribías de cultura... ¿Mi madre? Es que... No es que no quiera decírtelo, es que... De acuerdo, toma nota: calle de la Encarnación, número seis, tercero izquierda. Ten cuidado, ella... ya es muy mayor... Sí... sí, claro... Por favor, llámanos y dinos si las has visto...

Colgó el teléfono. Parecía noqueada. Fernando se acercó a ella y le cogió la mano.

—Sabes lo que va a hacer... —murmuró Catalina.

—Me lo acaba de decir. Lleva dos días en Madrid. Su periódico la envió allí como refuerzo por la enfermedad de Franco. Es la primera vez que pisa España, así que es lógico que se sienta desbordada.

—Pero quiere ir a casa de mi madre y también conocer a la tuya. Me ha dicho que son sus abuelas, y que necesita conocerlas.

—Y tiene razón. Necesita respuestas. Las que nosotros le hemos dado durante

estos años para ella son insuficientes.

—Mi madre... No sé cómo va a reaccionar cuando la vea...

—Yo sí lo sé, Catalina.

Madrid

La calle parecía tranquila. Era una calle no demasiado larga que sobre todo resultaba armónica. A un lado casas y enfrente los muros de un convento de monjas de clausura.

Adela sintió un escalofrío. En esa calle habían nacido su madre y Fernando. Allí habían jugado de niños. Allí habían crecido. Allí aún vivían sus madres. Aquél había sido el mundo del que habían escapado. En el caso de su madre, sabía por qué; en el de Fernando, intuía que había algo más que el amor incondicional que siempre había sentido por Catalina.

Adela buscó el número 6 y entró en el portal. Era una casa señorial. El portero le salió al paso.

—¿Adónde va?

—Voy a casa de la señora Vilamar —dijo con una voz menos segura de lo que le hubiera gustado.

—Tercero izquierda. ¿La espera?

—Sí, lleva mucho esperándome.

Subió en el ascensor y se paró durante unos segundos delante de la puerta sin atreverse a apretar el timbre. Dudó si volverse atrás, pero dio un paso para no arrepentirse. Escuchó el sonido del timbre y luego unos pasos lentos dirigiéndose a la puerta, que se abrió y ante ella apareció una mujer entrada en años, rostro bondadoso y el cabello blanco primorosamente recogido en un moño, vestida

con una falda y un jersey de color gris.

—Buenos días, ¿qué desea? —preguntó la anciana, mirándola con cierta sorpresa.

—¿Asunción Vilamar?

—Sí, soy yo.

—Abuela...

—¡Dios mío!

Se abrazaron espontáneamente y a su contacto Adela sintió la fragilidad de la anciana.

—No puede ser... no puede ser —exclamó doña Asunción.

—Sí, abuela, soy yo... ¡Tenía tantas ganas de conocerte!

Lloraron abrazadas. Ninguna de las dos intentó reprimir las lágrimas. Adela sintió el temblor del cuerpo de su abuela y temió que la sorpresa pudiera perjudicarla. Permanecieron así un buen rato. Asunción Vilamar temía que si aflojaba el abrazo Adela se evaporara como si de un sueño se tratara.

Luego, cuando las dos se hubieron repuesto, doña Asunción la invitó a pasar.

El salón daba a la calle. Dos balcones que miraban hacia los muros del convento. Todo estaba muy limpio, aunque se notaba en los sillones el desgaste del paso de los años.

Doña Asunción insistió en traerle algo para comer, pero Adela no quiso.

—Por favor... sólo quiero verte, estar contigo, conocerte...

—Pero es temprano. Al menos un café...

Y hablaron. Se escucharon la una a la otra. Tenían que ponerse al día de lo sucedido en los últimos treinta y cuatro años, los años que había cumplido Adela.

Y le contó todo. Que había nacido en un mercante en el Atlántico mientras un submarino alemán intentaba mandarlos al fondo del mar. Su infancia feliz en Alejandría. Su adolescencia en París. Su juventud en Boston. También le hizo las mismas preguntas que Catalina había respondido pero que nunca la habían dejado satisfecha. ¿Había sido tan terrible aquella España para que por estar

embarazada su madre hubiera tenido que escapar? Llevaba dos días en Madrid y no le parecía que la gente fuera como Fernando y su madre se la habían descrito. No había visto esa España triste y opresiva; todo lo contrario, lo único que había notado en la gente era un deseo infinito de libertad.

Doña Asunción le explicó con detalle cómo había sido la España que resultó de la Guerra Civil. Le reconoció que aunque su marido y ella, además de católicos, eran monárquicos, habían recibido con alivio el triunfo de Franco «porque la anarquía dominaba el país», pero que luego, con el transcurrir de los años, también se había cuestionado que Franco hubiera sido la mejor solución.

—Cuando tanta gente ha tenido que aprender a vivir callada, a disimular, te das cuenta de que eso no es normal. Si la gente tiene miedo es que las cosas no son como deberían ser. Ahora veremos qué pasa con Franco muerto... Yo confío en que todo salga bien. Los jóvenes no tienen por qué heredar lo que nosotros hicimos mal. Tienen derecho a buscar su propio camino, para ellos y para España. Es su tiempo y debemos dejarles que decidan. La España de hoy no es la de mi juventud, donde una mujer estaba señalada para siempre si se quedaba embarazada fuera del matrimonio. ¿Sabes?, aunque he sufrido mucho por su ausencia, creo que Catalina hizo bien no resignándose a casarse con Antoñito y mucho menos a dejar que la menospreciaran por tenerte a ti. Sólo se equivocó en una cosa.

—¿En qué, abuela?

—En la elección de tu padre. El Poeta del Dolor... He leído algunos de los poemarios de Marvin. Reconozco que es un gran poeta, pero es un mal hombre. Debería haber asumido su paternidad. Pero así son muchos hombres, se aprovechan de un momento de debilidad de una mujer y luego se desentienden. Ojalá Catalina hubiera tenido ese momento de debilidad con Fernando.

—Para mí ha sido un padre. No imagino otro que no sea él.

—Pero ¿por qué no se han casado? Todos estos años viviendo juntos...

—Juntos pero separados. No son pareja, abuela; me costó aceptarlo, pero es así. Claro que Fernando se casaría con mi madre, aun ahora, pero ella no quiere.

Está obsesionada con Marvin, pero también dice que no es justo que Fernando renuncie a vivir por ella, y sin embargo es lo que ha consentido que hiciera. Hubo una mujer... Zahra...

—Sí, Piedad nos habló de ella, la vio cuando fue a París a buscar a Eulogio.

—Una mujer especial. Más que guapa, de ella trasciende una fuerza extraordinaria. Creo que Fernando ha estado enamorado de ella, pero es tan tozudo como mi madre. Ella se ha empeñado en casarse con Marvin y él en casarse con mi madre. Si no cumplen sus empeños darán por fracasadas sus vidas, pero son empeños que van en paralelo, y nunca podrán confluir.

Doña Asunción le habló de su marido, don Ernesto, de su pena por la huida de Catalina, de cómo sacó valor para enfrentarse a don Antonio, de su dolorosa enfermedad, de su muerte llamando a su hija.

Le habló de Isabel y de Piedad. De sus vidas reducidas a la condición de viudas, de su renuncia a todo lo que no fuera esperar el regreso de los hijos.

Pasado el mediodía Adela se despidió de su abuela prometiendo que regresaría a la hora de cenar. Doña Asunción se comprometió a invitar a Isabel, que, al igual que ella, esperaba no morir sin haber abrazado por última vez a su hijo.

También insistió a Adela para que se quedara a dormir en su casa, pero ella desechó la idea. Formaba parte de un equipo enviado por el periódico y estaba en Madrid para trabajar, pero prometió que se verían todos los días. No quiso decirle que había un periodista de la CBS, que también estaba en Madrid para cubrir la muerte de Franco, con el que vivía desde hacía unos meses. Quizá eran demasiadas sorpresas para su abuela.

Aquella noche, cuando Adela regresó a casa de su abuela conoció a Isabel. La madre de Fernando reprimió una exclamación al verla y miró a Asunción como si quisiera decirle algo sin necesidad de palabras. Pero Asunción esquivó la mirada.

Al igual que por la mañana, Adela habló y habló intentando dar respuesta a todas las preguntas de Isabel. No les mintió. Les dijo que la casa donde

mandaban las cartas era en la que habían vivido desde que dejaron Alejandría y que por más que había insistido a su madre y a Fernando para que al menos fueran a Madrid, ellos se habían negado; en el caso de su madre, por su obstinación de regresar casada con Marvin, y en el de Fernando... hubo de reconocer que, además de por estar con su madre, intuía que había algún otro motivo que sólo él y Catalina conocían. Isabel aseguró que no alcanzaba a saber cuál podía ser ese motivo, pero estaba de acuerdo en que tenía que haberlo.

En París, Catalina y Fernando aguardaban expectantes las llamadas de Adela. Desde que estaba en Madrid los había llamado con asiduidad. La notaban contenta, aunque Adela hizo algún que otro reproche a su madre por no haberle permitido conocer a su abuela todos aquellos años. Habían perdido mucho tiempo. Adela no podía dejar de pensar cómo habría sido crecer con una abuela como Asunción, incluso añoraba a su abuelo Ernesto, que de tanto escuchar hablar de él a su abuela ya le daba por conocido. Además, la casa de la calle de la Encarnación estaba a rebosar de fotos de la familia.

Cuando hablaba con Fernando, éste le pedía siempre que le explicara lo que estaba sucediendo en España. No es que no supiera lo que pasaba, puesto que escuchaba las noticias en la radio y veía la televisión, pero parecía como si lo que le contaba Adela tuviera más valor.

Ella insistía en que veía a los españoles decididos a coger las riendas de su futuro. Había imaginado siempre España como un país siniestro y de repente se había encontrado con una sociedad dinámica que ansiaba homologarse políticamente al resto del mundo.

—Te digo que el Régimen no sobrevivirá. No te preocupes —le aseguró a Fernando por teléfono.

—¡Pero si Arias Navarro es presidente! Tú no tienes ni idea de quién es —le replicó Fernando.

—No durará mucho, no se entiende con el rey.

—¡Pero si al rey le ha puesto Franco! —gritó Fernando, convencido de que Adela ni sabía ni entendía nada.

—Mira, la que está aquí soy yo y hablo con gente y te aseguro que Juan Carlos no tiene intención de perpetuar el Régimen de Franco, pero tiene que ser cauto.

—¡No queremos un rey! ¡Viva la República!

—Pues vais a tener un rey, más vale que te hagas a la idea. Además, tener un rey no es ni bueno ni malo, depende de si España se convierte o no en un país democrático, y si alguien puede hacerlo es él, salvo que los españoles queráis volver a liaros a tiros los unos contra los otros.

—¡No sabes lo que dices!

—Digo que Juan Carlos es el jefe de Estado y el jefe de los Ejércitos y que los militares a regañadientes le obedecen y, por tanto, sólo con mano izquierda y paciencia podrá ir desmontando el Régimen que ha durado cuarenta años. Claro que me doy cuenta de que los españoles sois *de blanco o de negro*, estáis poco dotados para los matices.

—Tú también tienes una parte de española aunque Marvin sea norteamericano —le recordó él.

—No, yo soy ciudadana de la Atlántida, el continente perdido —bromeó ella.

—Será una catástrofe —auguró Fernando.

—No, no lo será, salvo que los viejos obstinados como tú os empeñéis en lo contrario.

—Digas lo que digas, a los franquistas habría que juzgarles y fusilarles, no hay perdón para lo que han hecho.

—Pues si los que perdisteis la guerra decidís hacer ahora lo mismo que hicieron con vosotros los que la ganaron, entonces el país no tendrá remedio. ¿Qué quieres, que los próximos cuarenta años sean otros los represaliados, los que tengan que huir? Creo que la gente no piensa como tú, o al menos la mayoría. Aquí se tiene ganas de pasar página y empezar un capítulo nuevo. Además, te recuerdo que es precisamente el PCE quien lleva, desde el año 56, apostando por la reconciliación nacional.

—No hablo de represalias, sino de justicia... ¡Qué sabrás tú de lo que

hicieron! A mi padre le fusilaron y era un buen hombre cuyo delito fue luchar a favor del orden constitucional.

Pero si en lo que a política se refería no eran capaces de ponerse de acuerdo, menos aún eran capaces de hacerlo en lo que se refería a Asunción e Isabel, «sus abuelas», como las denominaba Adela.

—Ya es hora de que te dejes de tonterías y vengas a ver a tu madre. ¿Sabes cuántos años tiene?

—¡Cómo no lo voy a saber! ¡Es mi madre!

—Pues ha cumplido ochenta años, los mismos que mi abuela.

Pero por más que Adela intentaba comprometerle para que volviera, Fernando esquivaba hablar del tema.

Adela tampoco tenía mejor suerte con su madre. Cuando le insistía en que debía regresar, Catalina no respondía por más que ella le aseguraba que España no era la misma que la de su juventud, que a nadie le importaba si los otros estaban casados o solteros, que el ansia de libertad era demasiado grande. Pero Catalina se limitaba a apretar los labios.

No quería decirle a su hija que si no regresaba no era sólo por ella sino también por Fernando. No podía dejarle. Estaba cansada y ansiaba volver a ver a su madre, pero el precio era dejar a quien había sido su compañero más leal, al hombre que la había querido y brindado una generosa protección sin pedirle nada a cambio.

Fernando no regresaría a España, de eso estaba segura. Sabía que temía lo que pudiera suceder. Había matado a dos hombres y podían hacerle pagar por sus muertes. Pero eso no podía decírselo a Adela. Sólo Eulogio y ella habían sabido lo que Fernando había hecho aquel día cerca de la cárcel de las Comendadoras. Además, a ella la podían considerar cómplice puesto que le había dado a Fernando el arma con el que había segado las vidas de Roque y Saturnino Pérez.

Adela no comprendía a su madre ni tampoco a Fernando. Se habían estancado en el pasado y guardaban en la retina la imagen de una España que ya no existía. Sin duda aquella España había sido tan terrible como ellos la recordaban. Nadie

puede sobrevivir íntimamente y sin quebrantos a una guerra civil. Pero un país no es una foto fija.

Por otra parte, estaba disfrutando de su estancia en Madrid. No sólo porque había conocido a su abuela y de alguna manera se había reencontrado con una parte de sí misma que se mantenía en suspenso, sino porque estaba viviendo una relación que la hacía feliz. Peter Brown era un colega de la CBS con el que había comenzado una relación antes de viajar a España. Ninguno de los dos imaginaba que los iban a enviar a Madrid, de manera que estaban viviendo aquellos días con una doble pasión, la que sentían en el uno por el otro y la de estar asistiendo a un momento histórico.

Apenas se veían durante el día, pero las noches eran suyas. Adela le propuso llevarle a casa de su abuela y Peter aceptó sin reservas.

Doña Asunción invitó a Isabel la tarde en la que su nieta y su pareja la visitaron. A Peter le impresionó la dignidad de las dos ancianas. Se notaba que en cada una de sus arrugas había un episodio de sufrimiento al que en ningún caso se refirieron; no obstante, él no pudo dejar de preguntarles su opinión sobre lo que podía pasar en España.

Doña Asunción se lo resumió:

—Yo gané la guerra e Isabel la perdió. Pero en realidad la perdimos las dos. ¿Crees que fue fácil vivir en un país que estaba sembrado de muertos? No, todos teníamos nuestros muertos, cuentas pendientes con el contrario.

Isabel asentía hasta que se decidió a intervenir:

—Era difícil dominar el odio, sabiendo que la persona con la que te cruzabas por la calle podía ser la que había disparado en el Frente a tu marido, a tu hermano, a tu hijo, o el que más tarde les había delatado o el que le fusiló... No todos los vencedores son como Asunción, no todos se comportaron como ella lo hizo. Algunos se mostraban arrogantes y dieron rienda suelta a su rencor, mientras que los que habíamos perdido teníamos que sellar los labios, apretar los dientes y encajar todos los golpes. Aprendimos a vivir en silencio, temiendo que una palabra de más pudiera enviarnos al Infierno. Luego... luego te vas

acostumbrando y al final crees que vives en una cierta normalidad. Pero es una sensación engañosa porque no hay normalidad en ninguna vida si no es con libertad. Te engañaría si dijera que no te resignas y que un día dejas de esperar.

—¿Y ahora? —preguntó Peter, mirando con respeto a las dos ancianas.

—Ahora los jóvenes tienen que ganarse el futuro. Pueden hacerlo. Esto no durará mucho. Arias Navarro no podrá aguantar. Nuestro país constituye una anomalía dentro de Europa —afirmó Isabel.

—Así que no cree que el Régimen intente sobrevivir —insistió Peter.

—Aunque lo pretenda, no podrá. No se puede ir en contra de la Historia. Además, la sociedad española de hoy nada tiene que ver con la de la guerra —se reafirmó Isabel.

—¿Habrà un ajuste de cuentas? —quiso saber Adela.

—¿Ajuste de cuentas? —Isabel parecía no comprender la pregunta de Adela.

—Sí, imagínate que Arias Navarro cae y que pudiera haber un Gobierno democrático, ¿pedirían cuentas a los franquistas?

—Deberíamos de pedírselas, pero no creo que la gente quiera hacerlo. O al menos no creo que la mayoría quiera. Otro enfrentamiento... No, ya tuvimos demasiado. Todos estos años hemos vivido junto a nuestros enemigos y ellos han vivido junto a nosotros, que su vez éramos sus enemigos aunque nos hubieran vencido. Los jóvenes tienen la oportunidad de construir un país diferente.

—¿No le gusta el rey? —preguntó Peter.

—No soy monárquica, no me gusta la monarquía. Y este rey... está por ver qué va a hacer. Pero creo que, salvo Asunción y unos pocos en España, no hay muchos monárquicos, ni siquiera los franquistas lo son.

Adela y Peter escuchaban a las dos ancianas con interés, maravillados de que fueran amigas a pesar de sus profundas diferencias políticas y biográficas. Pero entendieron que había algo que las unía, el sufrimiento, y que ninguna de las dos quería que se diera marcha atrás.

Peter ayudó a Adela a entrevistarse con algunos miembros de la oposición al franquismo. Todos permanecían expectantes ante el futuro.

Catalina y Fernando tuvieron que aceptar que Adela desvelara a sus abuelas que ellos vivían en París. Ni siquiera se atrevieron a protestar cuando ella se lo dijo. Hacía tiempo que habían perdido la capacidad de influir en Adela y habría sido inútil reprochárselo. Actuaba según creía conveniente y había decidido decirles a aquellas ancianas toda la verdad, o al menos la verdad que conocía.

Isabel y Asunción insistieron a Catalina y Fernando en que les permitieran ir a París; Adela y Peter las acompañarían. Pero ellos se negaron. No se sentían capaces de reencontrarse con sus madres porque, si lo hacían, se derrumbarían y no podrían seguir manteniendo la ficción en que habían convertido sus vidas.

Adela se enfadó. Incluso los amenazó con no volverlos a ver, pero tanto Catalina como Fernando se mantuvieron impermeables a sus amenazas y le pidieron que respetara su decisión. Aun así, ella no podía aceptar esta decisión ahora que había conocido a aquellas dos ancianas que si todavía tenían ganas de vivir era con la sola esperanza de abrazar a sus hijos.

El tiempo a veces se empeña en correr más deprisa de lo que uno quiere. Sin darse cuenta, 1976 se había instalado en sus vidas, de manera que para Adela supuso un revés que su periódico le ordenara regresar a Nueva York. Arias Navarro había dimitido como presidente a instancias del rey, que había preferido a su lado a un hombre joven, Adolfo Suárez, capaz de dar la puntilla al Régimen que debía desaparecer.

Peter aún se quedaría en Madrid, lo que aumentaba el malhumor de Adela. Pero no tenía otra opción. Si algo tenía claro era que no quería vivir en otro lugar que no fuera Nueva York. En ningún caso quería hacerlo en París, por más que su madre y Fernando estuvieran allí. Tampoco se habría quedado en Madrid. No es que la ciudad no le gustara, es que le había costado hacerse con una vida, la suya. Ya no era un apéndice de su madre. Sin embargo, el precio era estar lejos y una cierta soledad que se había mitigado desde que conoció a Peter.

Aun así, se sentía en paz por haber conocido a su abuela, lo que la había ayudado a recolocar algunas piezas de su identidad.

Sara entregó a Fernando un ejemplar de *Cuaderno de Tierra Santa*.

—Es lo mejor que Marvin ha escrito —aseguró orgullosa.

—Y el que más ha corregido.

—Pero ha merecido la pena. Lo presentaremos primero en Nueva York, después en Londres, en otoño en París...

—¿Irás a Nueva York?

—Sí y... Zahra también irá.

Zahra. Sara había dejado de referirse a ella y poco a poco se había ido convirtiendo en uno de los fantasmas que le impedían conciliar el sueño.

No hablaba de Zahra ni siquiera con Catalina. De hecho, le dolía recordarla. Se preguntaba si de verdad la había querido, y se respondía que en realidad sólo había querido a Catalina. Por Zahra había sentido una pasión que aún le hacía temblar. Había matado por ella, sin embargo nunca pensó en renunciar a Catalina.

Si no hubiese sido por la tos de Sara, no se habría dado cuenta de que se había sumido en el silencio.

—¿Quieres acompañarme a Nueva York? —le preguntó.

—No, desde luego que no.

Se miraron. Ella esbozó una sonrisa y le cogió de la mano.

—Bien... quería decirte algo... No hace falta que te recuerde que soy muy

mayor... demasiado. He decidido vender Wilson& Wilson. Tengo una buena oferta de una cadena de librerías de Londres.

—Pero... a Benjamin no le habría gustado...

—Desde luego que no. Pero lo habíamos hablado. No tuvimos hijos, él tampoco ha dejado familia directa, ni hermanos, sobrinos...

—Lo comprendo —respondió sin comprenderlo.

—En cuanto a la librería Rosent, tengo algo que proponerte.

Fernando se puso tenso temiendo que también le anunciara su cierre.

—La heredé de mi padre y él del suyo y mi abuelo a su vez del suyo... No quiero que desaparezca, pero al igual que con Wilson&Wilson, no tengo a quién legársela. He pensado que... bueno, quizá quieras comprármela.

—¿Comprarla? Yo... no creo que pueda pagar lo que vale... Nada me gustaría más pero... —La propuesta de Sara le había sorprendido tanto que no sabía en realidad ni lo que sentía ni qué responderle.

—Sé que no tienes dinero para comprar la tienda, pero no intento hacer un negocio contigo. En realidad pensaba legártela, pero he consultado a un abogado y te haría una faena si lo hiciera; tendrías que pagar tantos impuestos que luego no podrías salir adelante. No, es mejor que hagamos un contrato de compraventa por una cantidad simbólica y con una adenda: la venta se hará efectiva el día en que yo me muera. Hasta ese momento seguiré siendo la propietaria. No me acostumbraría a pasar delante de la tienda sin sentirla mía.

Sara le dijo la cantidad y él negó con la mano. Era una suma tan nimia que le daba vergüenza.

—Ya te he dicho que sería una cantidad simbólica. Para ti la librería Rosent es importante, una parte importante de tu vida, tanto que no sabrías qué hacer fuera de aquí. Tú también has ido cumpliendo años, y aunque regresaras a España dudo de que pudieras adaptarte a vivir allí.

—Yo tampoco tengo hijos, ¿qué será de la librería cuando yo me muera?

—¡Ah, ése será tu problema! Yo no lo sabré porque estaré muerta. Puedes dejársela en herencia a Adela, puedes venderla o, quién sabe, a lo mejor aún

decides tener una vida propia y te casas con una mujer joven y tienes un hijo. En todo caso, mereces que la librería Rosent sea tuya.

»Si aceptas mi oferta, se lo diremos a monsieur Dufort. Le pedí que tuviera los papeles preparados, sólo tenemos que firmarlos.

Fernando no encontraba las palabras para agradecerle su generosidad. En realidad le había elegido como el hijo que no tuvo.

—Gracias. Siento que no merezco su generosidad. Desde el día en que nos conocimos me ha protegido.

—Sí, tienes razón, el día en que entraste en Wilson&Wilson en Alejandría no supe por qué pero te «adopté», quizá tu mirada melancólica, tu determinación, tu sensibilidad. Benjamin me hacía bromas. Cuando se refería a ti lo hacía diciendo: «Qué tal tu hijo adoptivo» o «Qué novedades tenemos de tu hijo adoptivo». Él te apreciaba, Fernando, aunque nunca te lo manifestara. Siempre supe que la librería Rosent sería para ti y jamás me intentó disuadir de que no fuera así.

Fernando la abrazó y ella sintió la calidez del abrazo. Siempre le vería como un joven perdido.

—Tiene razón, Sara, nunca regresaré a España.

—Sí, claro que lo harás, pero no te quedarás allí. Ya es demasiado tarde. Pero tendrás que ir, porque tienes que mirar de frente el pasado. No puedes cambiarlo pero sí reconciliarte con lo que dejaste atrás. Dicen que puede haber una amnistía. Si es así podrás regresar sin temor, aunque estoy segura de que nadie te relaciona con la muerte de aquellos dos hombres. Benjamin lo sabía, pero es que él siempre sabía relacionar hechos aparentemente contradictorios. Aunque en realidad fuiste tú con tu ingenuidad quien le confirmaste lo sucedido. Cuando él te habló de dos hombres que habían aparecido muertos cerca de la cárcel donde había estado tu padre, no tenía ninguna seguridad de que tú tuvieras algo que ver con aquellas muertes.

—¡Me engañó!

—No, no te engañó, simplemente él era más inteligente que tú y que todos

nosotros. Te diré algo más, siempre estuvo decidido a protegerte. Si alguien te hubiera señalado en España, él... bueno, él lo habría arreglado.

—Usted se lo habría pedido. —Fernando sonrió.

—No habría hecho falta. Él estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mi hijo adoptivo. ¿Sabes?, creo que me hubiera gustado conocer a tu madre, pero ahora es demasiado tarde.

—A ella le habría gustado saber que yo tenía un ángel de la guarda.

Rieron mientras se apretaban las manos. Nunca se habían sentido tan cerca como en aquel momento.

Lo que ni Fernando ni Catalina esperaban era que Adela se presentara en París. Hacía años que no iba a verlos y tampoco había consentido que ellos se desplazaran a Nueva York.

Sólo estuvo un día, tiempo suficiente para discutir con su madre y para recriminar a Fernando por su tozudez.

Les habló de Isabel y de Asunción, de su soledad, pero sobre todo del dolor que sentían al no comprender por qué sus hijos se negaban a verlas.

—Yo tampoco lo entiendo y creo que las tres merecemos una explicación — les retó a ambos.

Estaban cenando en La Coupole. Era el restaurante favorito de Adela, allí habían celebrado sus cumpleaños cuando era adolescente. Le gustaba aquella sala siempre repleta de gente, el ruido de las conversaciones, el que los camareros la trataran como a una adulta cuando en realidad apenas estaba dejando de ser una niña.

La Coupole formaba parte de sus mejores recuerdos de París y había querido que fuera allí donde transcurriera la conversación con Fernando y con su madre, como si aquel lugar tuviera el poder de devolverles la armonía. Pero no fue así.

—No tenemos que darte ninguna explicación. Es nuestra decisión. Te aseguro que es mejor para todos, también para nuestras madres —afirmó molesta

Catalina.

A Adela se le agrió el gesto y dejó sobre la mesa la copa de champán que estaba a punto de llevarse a los labios.

—De manera que crees que no merecemos saber por qué... No tenéis... no tenéis corazón. Vuestras madres son muy mayores, han vivido con la única esperanza de volver a veros. No os estoy pidiendo que vayáis a España, ni siquiera voy a intentar entender por qué no lo hacéis ahora que Franco ha muerto, pero negaros a que ellas vengan a París... Yo puedo acompañarlas...

—No —dijo Fernando con voz desabrida.

—¿Acaso os han hecho algo imperdonable para que las castigáis así? —La ira hacía que a Adela le temblara la voz.

—Son las mejores madres que uno pueda querer tener —aseguró Catalina sin alterarse.

—Entonces ¿por qué las castigáis? —gritó Adela.

—¡Basta ya! No es asunto tuyo. Por favor, no insistas —le pidió Fernando.

Adela se levantó y se marchó sin despedirse. Catalina pensó que quizá esta vez sí había perdido a su hija para siempre.

No volvieron a saber de Adela. No respondió a sus llamadas ni tampoco los llamó ella. Era su manera de castigarlos. Pero sí continuaron recibiendo cartas de Isabel y Asunción.

Mi querido hijo:

Adela ha regresado muy triste del viaje a París. Nos ha contado su empeño en que vengáis a vernos. Se lo agradecemos porque es lo único que nos mantiene vivas. Si no fuera porque espero volver a verte creo que no me importaría morir.

Asunción al menos ha tenido el consuelo de conocer a su nieta. He de decirte que Adela le ha dado años de vida. Incluso está dispuesta a ir a verla a Nueva York. Puede que vaya a su boda. Sé que Adela no os lo ha dicho, pero se va a casar. Peter es un hombre que parece quererla mucho. Es periodista como ella, trabaja en la CBS, y por lo que hemos podido ver se llevan bien y para Adela es un gran apoyo.

A mí también me gustaría verla casar, pero no me siento con fuerzas para ir a Nueva York ni creo que sea mi lugar, claro que Asunción insiste en que la acompañe. No es que tenga mucho dinero, pero

con lo que he ido ahorrando y con lo que recibo como jubilada a lo mejor podría ir.

Hace unos días estaba hablando con Asunción en el portal y entró Pablo Gómez, que iba a ver a sus padres. El muy desvergonzado se dirigió a nosotras de esta manera: «¿Qué tal les va a la feliz pareja? Supongo que ya les habrá dado tiempo de tener unos cuantos hijos». Se refería, claro, a Catalina y a ti. Asunción se puso pálida. Ni le contestamos.

Fernando, no quiero reprocharte nada, pero sí recordarte que tengo muchos años y que no viviré demasiado. No sé si es inútil que te repita que mi único anhelo es verte, pero es así. Iría al fin del mundo para encontrarme contigo.

No te voy a pedir que vengas a Madrid. No comprendo la razón para que te niegues a volver, pero mucho menos comprendo que te niegues a que vaya yo a París.

Hijo, ¿qué te he hecho para que no quieras verme? No dejes de preguntarme por qué.

¿Sabes, Fernando?, te sorprendería lo que está cambiando España. Puede que haya elecciones. Sí, elecciones libres. Ya sabes que no soy monárquica, pero parece que este rey está dispuesto a ayudar a que las cosas cambien y quizá no se ha equivocado con la elección de Adolfo Suárez.

No te diré que todo está ganado, pero creo que ya no habrá marcha atrás. Eso sí, todos tenemos miedo, miedo a que sea un sueño, a que algo se tuerza. Creo que te gustaría ver lo que está pasando.

Hijo, yo respeto tu decisión de no verme por más que no la entienda, pero te quiero pedir que no me dejes morir sin decirme por qué.

Escríbeme en cuanto puedas.

Te quiere siempre,

TU MADRE

Fernando temió la reacción de Catalina al enterarse de que Adela iba a casarse, pero lo encajó con resignación.

—No hay razón para que no regreses a España —le insistió él.

Ella le miró fijamente y sin apenas levantar la voz le respondió:

—Sí, hay una razón: tú.

—¡Por Dios, Catalina! No quiero oírte decir eso. Si es por mi causa, ya puedes ir haciendo la maleta. Te aseguro que podré sobrevivir sin ti —dijo riéndose.

—Desde luego que podrías, pero aun así me quedo. Fernando, nos fuimos juntos y regresaremos juntos o no regresaremos. Sólo si...

—¿Si qué?

—Sólo si hubiera una mujer... si hubieras decidido tener una vida con Zahra o cualquier otra entonces yo me iría.

—Me niego a que te sacrifiques por mí —dijo él enfadado.

—No me sacrifico, Fernando, es que no me imagino la vida sin ti. He sido incapaz de amarte, pero te quiero como no puedo querer a nadie. No sé si puedes comprender esto, pero es así.

—Yo no pienso ir a España, Catalina, ya tengo mi vida aquí. Además, sabes de la generosidad de Sara, la librería será mía. Si regresara a España, ¿de qué iba a vivir?

—Adela está en lo cierto: ya no tiene sentido que no veamos a nuestras madres. Podrían venir aquí.

—No, la mía no. Tendría que explicarle el porqué de mi ausencia estos años, tendría que confesar que maté a dos hombres, y ella no lo podría resistir. Sé que le he hecho mucho daño, pero ese dolor aumentaría si supiera que su hijo es un asesino. Ya te he contado que mi padre se enfadó cuando, en los primeros días de la guerra, me uní a los milicianos. Cuando regresé, no dejaba de repetirme: «Fernando, tú no matarás. Porque un hombre que arrebató la vida de otro hombre, por lícita que sea la causa, no volverá a ser el mismo. No matarás. Tú no matarás». Sabes que antes de que él se fuera al Frente le hizo prometer a mi madre que me impediría alistarme, para que nunca tuviera que matar. Mi madre cumplió su promesa. No me permitió luchar.

—Deja de atormentarte por lo que sucedió. Esos hombres... Roque y Saturnino eran dos malvados. No merecen que sufras por lo que hiciste.

—No he dejado de pensar en ellos ni un solo día desde que los maté. Ni uno solo. Y por las noches...

—Lo sé... llevo años escuchando tus gritos cuando duermes.

—Ni una sola noche han dejado de visitarme. También están los otros dos, el tipo de la Gestapo y el socio del padre de Zahra... pero éstos no me provocan tanto malestar. Los otros en cambio... es como si mi padre me lo reprochara.

—Pues no lo hace, Fernando, no lo hace. Deberías dejar de atormentarte porque te aseguro que el mundo no ha perdido nada por la ausencia de esos cuatro hombres a los que quitaste la vida.

—¿Sabes?, nunca he comprendido que no te importe.

—No me importa, Fernando. No me quita el sueño que acabaras con esos indeseables.

—En todo caso, deberías regresar a Madrid.

—No puedo, Fernando, no podría mirar a tu madre a los ojos si me preguntara la verdad. Sólo si tú estás conmigo podría callarme. Por eso te pido que reflexiones. No pasaría nada porque vinieran a vernos. Piénsalo.

Catalina recibió una carta de Asunción a finales de año. Una carta que le produjo un gran desgarró; sin embargo, no se permitió llorar. En realidad no se había permitido hacerlo desde que huyó treinta y cinco años atrás.

Mi querida hija:

Como te anuncié en mi carta anterior, he ido a Nueva York a la boda de Adela. No ha sido como esperaba, pero al menos la he visto casar.

La ceremonia fue rápida, en el ayuntamiento. No fueron demasiadas personas, sólo sus amigos más íntimos y la madre de Peter. Su padre no asistió porque vive en California. Bueno, no es que me parezca una buena razón, pero parece que en Estados Unidos en cuanto los hijos se van de casa dejan de ser de los padres. Luego organizaron una cena en un restaurante del Soho. En realidad era una especie de almacén, con las paredes de ladrillo visto, cañerías pintadas de colores y mesas bajas con velas. Dijeron que era de lo más «in», aunque no sé muy bien qué significa eso. Para mí fue toda una experiencia y una gran satisfacción ver a mi nieta feliz.

Nueva York me ha gustado mucho. No imaginaba que podía existir una ciudad así, pero sobre todo he disfrutado con Adela. Se empeñó en que me quedara en su apartamento, que tiene unas vistas estupendas al río Hudson. Es pequeño, demasiado, por eso vivirán en casa de Peter, que es un poco más grande aunque tampoco te creas que mucho. Si tienen hijos deberán cambiarse.

Isabel no se decidió a acompañarme, pero aun así yo estaba resuelta a ir. Puedes imaginar que he sido la comidilla del barrio. Eso de ir a Nueva York a todos les parecía que es cosa de jóvenes, pero ya que no te tengo a ti, quiero disfrutar de mi nieta el tiempo que me quede de vida. Bueno, te diré que el médico dice que he rejuvenecido desde que conocí a Adela.

No te lo he contado hasta ahora, pero la aparición de mi nieta supuso que todo el barrio quisiera saber quién era su padre y cuándo volverías tú. Yo me he negado a contestar a esas preguntas. También Isabel, porque casi todos piensan que Adela es hija de Fernando.

Fíjate que nos encontramos un día con don Antonio y su mujer. Los muy sinvergüenzas no tuvieron

reparos en pararnos.

«Vaya, doña Asunción, preséntenos a su nieta», me dijo «la Mari» mirándome desafiante. Y se la presenté, lo hice con orgullo, porque no podría querer otra nieta que no fuera Adela. Ella estuvo encantadora, le dio un beso a «la Mari», sonrió a don Antonio y se comportó como si les conociera de toda la vida.

Ya sabes de la zafiedad de los Sánchez, así que no se privaron de preguntar: «Bueno, pues sí que es una sorpresa verte aquí. De tu madre hace años que no sabemos nada, pero ¿y tu padre? Porque al parecer es un misterio lo de tu padre...».

Yo me quedé blanca, pero Adela se puso a reír y les respondió como se merecían: «¿Misterio? Será para ustedes. Yo sé quién es mi padre, quizá en su familia tengan ese problema, que a lo mejor no saben quiénes son sus padres, pero en la mía les aseguro que todos lo sabemos».

Así es Adela. No pude más que sentirme orgullosa de ella. Ahora te puedes imaginar cómo la han criticado sacándole parecidos con Fernando.

Otro día nos encontramos a Pablo con su mujer y sus hijos, venían de ver a sus padres, que como te conté en otra carta continúan viviendo en nuestra misma calle. Hizo ademán de pararse, pero yo hice como que íbamos con prisa. A ese chico siempre le tuviste manía. Bueno, ya no es un chico, está calvo y sobrado de kilos.

Adela ha prometido visitarme a Madrid en cuanto pueda, pero si no pudiera por su trabajo, yo estoy dispuesta a volver a Nueva York. No te negaré que el viaje es cansado y que el cambio horario afecta, pero merece la pena cualquier inconveniente con tal de estar con mi nieta. Nunca te agradeceré bastante que hayas tenido a Adela, sólo siento no haber podido conocerla antes.

Hija, siempre te pido lo mismo, pero ¿no podrías venir a verme? No creo que nadie se atreva a preguntarte quién es el padre de Adela, pero si lo hicieran, puedes copiar la respuesta de tu hija.

También quiero decirte que me preocupa la salud de Isabel. Está cada día más apagada. Yo ahora tengo a Adela, pero ella no tiene nada. Deberías convencer a Fernando para que vea a su madre. Se arrepentirá si no lo hace cuanto antes porque Isabel es muy mayor, al igual que lo soy yo, y tenemos muchos achaques. En fin, hija, no os comprendo, pero en realidad eso no es una novedad, hace años que ni siquiera lo intento.

Te quiere,

TU MADRE

Sara tenía razón, la crítica calificó *Cuaderno de Tierra Santa* como el mejor libro de poemas de Marvin Brian. De Nueva York a Londres, de París a Jerusalén, de Amsterdam a Berlín, de Estocolmo a Roma... no hubo un solo lugar donde no se convirtiera de inmediato en un libro de culto. Marvin había alcanzado la gloria.

Aquél había sido su gran año; tanto que le dieron el Premio Nobel.

En esta ocasión Catalina encajó la noticia casi con indiferencia.

—¿Es tan bueno como dicen? —le preguntó a Fernando.

—Ya sabes que sí. Contigo se ha portado como un miserable, pero como poeta es extraordinario.

—¿Vendrá a París?

—Sí. Sara está organizando un gran recibimiento.

—¿Y Farida?

—Le acompañará. Nunca se separa de él. Marvin no va a ningún lugar si no es con ella. Han retrasado venir a París porque a ella la han vuelto a operar. Ya sabes que está muy enferma.

—Cáncer...

—Y él... Sara dice que tiene mal el corazón; además, el párkinson es cada vez más intenso.

—Eso le dificultará escribir.

—No lo sé. Procuero no preguntar a Sara y ella procura no hablarme más que lo imprescindible de Marvin. ¿Qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres?

—Si piensas intentar verle.

—No lo sé... tengo que pensarlo. Tú te llevarías un disgusto si yo... bueno, si yo volviera a plantarme delante de él.

—Sí, claro me darías un disgusto, pero no porque puedas molestar a Marvin, ni siquiera a Sara, sino porque creo que no merece que te humilles ante él. Adela tenía razón en eso.

—Entonces, Fernando, además de acompañarte a ti, ¿qué sentido ha tenido mi vida? He renunciado a todo: a enamorarme otra vez y a tener una familia. No pude estar con mi padre cuando murió porque no quise que tuviera que avergonzarse de mí. Sabes que si no volví a España en su momento fue porque no quería que a mi hija la señalaran como hija de madre soltera. Y tú me pides que borre todo esto. Si lo hiciera, mi vida no tendría ningún sentido.

—No querrá verte y ya es sólo un hombre enfermo.

—Lo sé, no querrá verme. En realidad yo tampoco tengo ganas de verle a él, pero no puedo volverme atrás, Fernando, no puedo hacerlo porque entonces sentiría que todo lo vivido ha sido inútil.

—Será difícil que puedas acercarte a él. Es un premio Nobel, tendrá seguridad a su alrededor.

—Sí, imagino que será así. No te preocupes. Procuraré hacer las cosas lo más discretamente posible.

Marvin llegó a París el 15 de junio de 1977, el mismo día que en España se celebraban las primeras elecciones democráticas. Sara estaba nerviosa, preocupada porque todo saliera bien. Ya no era «su» poeta, era un premio Nobel y eso le convertía en el poeta del mundo entero.

Catalina y Fernando también estaban nerviosos. Llevaban desde primera hora de la mañana pendientes de la radio y la televisión.

La jornada electoral estaba transcurriendo pacíficamente y eso era lo que más les importaba. Más tarde, cuando supieron que había ganado UCD, se llevaron una decepción. Fernando había creído que ganaría el Partido Comunista, ¿quién si no? Catalina no estaba tan convencida porque había seguido atentamente las crónicas que publicaban los periódicos franceses, y en realidad tampoco lo deseaba. Fernando la había conminado en muchas ocasiones a que se definiera políticamente y ella solía responder que lo único que tenía del todo claro era que no era franquista pero que recordaba con mucho miedo las actuaciones del Frente Popular, así que prefería cualquier opción que no tuviera nada que ver con lo que habían vivido.

Días después, cuando una noche sentados delante de la televisión vieron imágenes de Pasionaria, de Santiago Carrillo, y de otros dirigentes comunistas, Fernando no pudo por menos que emocionarse.

—Sin la generosidad de la izquierda no habría democracia. Quién iba a

imaginar que los dirigentes del Partido Comunista que acaban de salir de la cárcel o regresan del exilio iban a ocupar escaño en el Congreso. Pero me parece injusto que no hayan ganado. ¿Sabes?, me cuesta verles hablando con algunos de los que fueron parte del Régimen... Mira... mira esas imágenes... —la alertó Fernando, señalando la pantalla.

—Pues mira, me parece un acierto porque es la única manera de acabar con las dos Españas. Si los unos y los otros no son capaces de hablar, entonces ¿qué? Y tú mismo me has contado que el PCE viene, desde hace décadas, defendiendo la reconciliación nacional. Y es lo que están llevando a la práctica —respondió ella.

—Ya, pero debe de ser muy duro para ellos —replicó Fernando.

—Pero son precisamente los dos extremos los que tienen que hacer la paz. Vamos, no pongas esa cara. ¿Qué esperabas?

—Hubiese preferido que se hiciera justicia.

—¿Justicia? Ya sabes que Dios escribe con renglones torcidos.

—Dios no tiene nada que ver con las elecciones, Catalina.

—Mira, Fernando, o se hace borrón y cuenta nueva o todo volverá a ser como cuando estalló la guerra. Y no sé tú, pero yo no querría que eso pasara en España. Bastante han tenido con cuarenta años de franquismo. Es mejor que intenten buscar espacios de entendimiento. Lo que pasó ya no tiene remedio.

—Pero es injusto que la izquierda no haya ganado las elecciones. La gente es olvidadiza.

—No sabemos cómo es hoy España, Fernando; sabemos cómo fue. Respetemos a los que han votado de esta manera. Y mira, he de decirte que a mí no me cae mal Adolfo Suárez. Puede que incluso de haber estado en España, le hubiese votado.

—Pues ya sabes de dónde viene...

—Borrón y cuenta nueva, Fernando. Lo que sé es que ha convocado unas elecciones democráticas y que por eso han concurrido el PSOE y el PCE. Mira qué jóvenes son los socialistas. Bueno, a lo mejor habría votado a Felipe

González, también me gusta.

—No tienes las ideas claras, Catalina.

—Eso te crees tú.

—Como si no hubiera diferencias entre Adolfo Suárez y Felipe González.

—Sí, pero aunque no sé muy bien por qué, sería capaz de fiarme de los dos.

—No puedes decir una cosa y la contraria, y eso es lo que son Suárez y González —le reprochó él.

—Oye, yo no te digo lo que tienes que pensar tú, de manera que déjame que yo piense como me dé la gana.

—Pero es que eres contradictoria, y en política hay que tener las cosas claras.

—Pues yo las tengo clarísimas: no quiero que los españoles nos volvamos a pelear; tenemos que soportarnos los unos a los otros. Me parece bien que en el Congreso estén Carrillo y Fraga, porque eso significa que está representada la verdadera España.

Unos minutos más tarde el rostro de Catalina se alteró. La imagen de Marvin ocupaba la pantalla. «El Poeta del Dolor acompañado de su fiel compañera, la filósofa Farida Rahman, han llegado esta tarde a París. Marvin Brian será recibido por el presidente de Francia, y acudirá a la Academia, donde en un acto solemne se le podrá escuchar leyendo poemas de su último libro, *Cuaderno de Tierra Santa...*»

—Así que ya está aquí... —dijo ella más para sí misma que para Fernando.

—Sólo estará tres días. Sara dice que ha estado a punto de suspender el viaje porque sufre de arritmias. Ya sabes que, además de párkinson, tuvo dos infartos. Le acompaña un médico por si acaso, pero al parecer su cardiólogo es partidario de volver a cambiarle dos de las válvulas que le pusieron hace unos años y debe regresar cuanto antes a Nueva York.

—Espero que no se agite demasiado cuando me vea —dijo ella sin un ápice de emoción.

—Deberías pensarte lo que vas a hacer. Ya no eres una niña. Marvin es un premio Nobel y si te acercas a él habrá un gran escándalo.

—¿Crees que me echarán de la escuela de música? Me pagan una miseria y estoy a punto de jubilarme. Si me despiden ya encontraré otro trabajo, siempre se necesitan dos manos para limpiar pisos.

—¡No digas tonterías! Además, no creo que si montas un espectáculo nadie te quiera contratar siquiera para limpiar pisos.

—Estoy segura de que habrá algo con lo que pueda ganarme la vida. Pero vamos a dejar de pensar en Marvin. Anda, cambia de canal, puede que den más información de las elecciones en España.

Nueva York

El *New York Times*, el *New Yorker*, el *Washington Post*, El *Boston Globe*... en todos estos periódicos y en otros muchos se informaba del «ataque» sufrido en París por el premio Nobel de Literatura Marvin Brian.

Adela leía el resumen de prensa sintiendo tanta ira como vergüenza.

Marvin Brian, premio Nobel de Literatura, fue objeto de un intento de agresión en París. Brian estaba saliendo de la Academia Francesa, donde había ofrecido una lección magistral, cuando una mujer de origen español se le acercó y le increpó para que hablara con ella. La mujer, que logró romper el cerco de seguridad, cogió al señor Brian por un brazo zarandeándole para que le prestara atención. Inmediatamente los separaron.

Al parecer, la atacante sufre trastorno de personalidad.

La policía la retuvo durante unas horas, pero la dejó en libertad al no apreciar ningún signo de peligrosidad, aunque sí una obsesión enfermiza con el premio Nobel.

Fuentes de la investigación señalaron que es la misma mujer que en ocasiones anteriores había intentado llegar hasta el señor Brian.

«Lo ha hecho otra vez», pensó Adela. Sí, su madre había vuelto a plantarse delante de Marvin para reclamarle que la reconociera como hija. Pero ella no quería que lo hiciera. Aunque Marvin estuviera dispuesto a hacerlo, ella lo rechazaría. No le necesitaba como padre y, además, no sentía nada por él, sólo la indiferencia más absoluta.

Estuvo tentada de llamar a su madre, pero se contuvo. Si lo hacía sería para

romper con ella para siempre. No soportaba más que se pusiera en ridículo y, sobre todo, que lo hiciera en nombre de ella.

Se preguntó cómo era posible que su madre no comprendiera que el único bien que le podía hacer era no insistir en darle un padre al que no quería.

También se preguntaba por qué Fernando no impedía a su madre ponerse en evidencia. Nunca lo había hecho.

El timbre del teléfono la sobresaltó. La voz de Peter la devolvió a la realidad.

—¿Lo has leído? —le preguntó su marido.

—Sí —respondió ella con sequedad.

—Lo siento, sé lo que esto te afecta. Pero al menos nadie te relaciona con ella.

El comentario la molestó, aunque sabía que Peter no lo había dicho con mala intención.

—Eso me daría lo mismo —respondió.

—¿Vas a llamarla? —quiso saber él.

—No, no voy a hacerlo; discutiríamos y sería peor. Además, mi madre es inmune a lo que yo le pueda decir sobre este asunto.

—Pues habla con tu abuela, a lo mejor ella es capaz de hacerla entrar en razón.

—No pienso hacerlo, mi abuela es demasiado mayor para darle un disgusto. Y no serviría de nada, ya te lo he dicho. Bueno, te dejo, tengo trabajo.

Apuró el café e intentó tranquilizarse. Tenía que escribir una entrevista que había hecho el día anterior a un reputado autor teatral. El tipo le había parecido un pedante, pero estaba de moda y su jefe la había mandado entrevistarle. Sabía que de un momento a otro aparecería por su mesa reclamándole el reportaje.

Más tarde recibió la llamada de Fernando. Estuvo a punto de colgarle, pero le quería demasiado para hacerle ese desplante por más que de alguna manera le culpaba por no ser capaz de controlar a Catalina.

—Ya te habrás enterado —dijo Fernando a modo de saludo.

—Sí, ha salido en los periódicos más importantes de Estados Unidos y me imagino que en Europa habrá pasado lo mismo —admitió Adela.

—Sí, así ha sido.

—¿No podías haberlo evitado?

—No, ni se me habría ocurrido. Tu madre tiene todo el derecho a hacer lo que hace. —Fue la respuesta seca de Fernando.

—¿Y yo? ¿Le importa cómo me puede afectar esto?

—Todo lo que ha hecho en su vida ha tenido un único fin: tú.

—Voy a cumplir treinta y seis años y debería poder decidir si quiero que mi madre haga por mí lo que está haciendo.

—Ella cree que es de justicia que Marvin te reconozca.

—No le quiero como padre, nunca he querido que lo fuera.

—Pero lo es, Adela; los padres no son algo que nosotros podamos elegir.

—Mi abuela se siente orgullosa de mí, no le importa que mi madre me trajera al mundo estando soltera. No sé cómo fueron las cosas cuando os marchasteis de España, pero ahora a nadie le importa lo que haga el vecino, y si le importa, da lo mismo.

—Seguramente es como tú dices, pero eso no va a cambiar que tu madre quiera que Marvin repare lo que hizo.

—¿Y qué fue lo que hizo?

—Era una niña que se enamoró y él abusó de su inocencia. Aunque te cueste creerlo, crecimos en una sociedad en la que entonces las jovencitas eran bastante inocentes, y desde luego tu madre lo era.

—Si tú lo dices...

—Sí, desde luego que yo lo digo. Te he llamado porque imaginé que la noticia te habría alterado y además... Bueno, quizá es hora de que intervengas.

—¿Yo? Sabes que mi madre no me escuchará.

—Pero puede que Marvin sí lo haga.

—¿Marvin? ¡Estás loco! Te recuerdo que en cada ocasión que me veía con mi madre salía corriendo. A lo largo de los años ha dejado claro que no quiere saber nada de mí, pero es que yo tampoco quiero saber nada de él.

—Era sólo una idea... A lo mejor no es una buena idea, pero no se me ocurre

otra cosa que pueda poner fin a esta situación.

—Pues a mí sí se me ocurre algo: que mi madre deje de hacer el ridículo. Es la mejor opción. Díselo de mi parte.

Apenas había colgado cuando al levantar la vista se encontró a su jefe delante de su mesa.

—¿Has escrito la entrevista?

—Estoy en ello.

—Bien, en la reunión de la mañana hemos pensado que habría que entrevistar a Marvin Brian y también averiguar algo sobre esa mujer que lleva años persiguiéndole por donde quiera que va. Te encargarás de hacerlo.

—Sabes que Marvin Brian no concede entrevistas, y en cuanto a ese incidente de París, no creo que tenga importancia.

Le empezó a doler el estómago. Intentaba mantener la mirada de su jefe, que parecía escudriñarla. Sintió que se sonrojaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, mirándola con desconfianza.

—Nada, ¿por qué?

—Parece que te ha afectado que te encargue esa entrevista. Mira, no tiene que ser para mañana; por lo que sé, Marvin Brian llega hoy a Nueva York e irá directamente al Mount Sinai. Tiene muy deteriorado el corazón. Quizá le operen en cuanto llegue, quién sabe. Lo que quiero es que te pegues a él, que te enteres de lo que hace, adónde va, qué va a hacer, y que encuentres el mejor momento para entrevistarle. En cuanto a esa loca que le persigue, vete averiguando lo que puedas. Le he pedido a nuestro corresponsal en París que nos envíe todo lo que pueda recabar sobre ella. Será una historia estupenda.

Notó que se mareaba. Se sentía como una mosca atrapada en un tarro de miel. ¿Acaso debía explicarle a su jefe que ella sabía muy bien quién era esa mujer y por qué perseguía al Poeta del Dolor? Pero si lo hacía, él no dudaría en obligarla a escribir la historia, y no sólo eso, la obligaría a dejarse fotografiar. Ya veía el titular: «La hija de la demente de París explica que su madre asegura que es hija de Marvin Brian». Se convertiría en el hazmerreír de la profesión, incluso Peter

se avergonzaría de ella. Empezó a temblar y salió corriendo en dirección al lavabo, el café que se acababa de beber pugnaba por abandonar su estómago.

Cuando más tarde llamó a Peter para contarle lo sucedido notó su contrariedad.

—Oye, tienes que arreglar este asunto o terminarás saliendo en los periódicos, empezando por el tuyo. Y no quiero ni pensar lo que me pedirán mis jefes... encontrarán de lo más sugerente que entrevistaste a mi propia esposa, que, según una loca, es hija de un premio Nobel.

—¡No se te ocurra volver a decir que mi madre está loca!

—¡Claro que lo está!

—Sabes perfectamente que Marvin Brian vivió en Madrid y que mi madre tuvo un *affaire* con él, y el resultado fui yo, pero él nunca ha querido saber nada de mí.

—Eso es lo que dice tu madre, vete a saber...

—¡Cómo te atreves!

—Mira, yo lo único que sé es que las locuras de tu madre nos van a terminar perjudicando, a ti pero también a mí. Es mi suegra. ¡Tengo una suegra demente! Marvin Brian, además de premio Nobel, es uno de los mejores poetas en lengua inglesa, reconocido en todo el mundo, con una vida impecable junto a su compañera de siempre, Farida Rahman, una mujer respetada en el campo de la Filosofía. Eso es lo único que sé. Y... bueno, te diré algo que no te he dicho nunca pero quizá sea mejor que no me lo calle: no te pareces en nada a él.

Las palabras de Peter las recibió como patadas. Él no lo sabía, pero acababa de poner punto final a su matrimonio. Ya no confiaba en él, nunca más podría hacerlo. La menospreciaba tanto como menospreciaba a su madre.

Decirle que no se parecía a su padre... que su madre estaba loca... que los iba a perjudicar. De repente se sintió más sola de lo que se había sentido nunca.

Salió de la redacción. No había terminado de escribir la entrevista del autor teatral, pero le daba lo mismo que su jefe se enfadara o incluso que la despidiera. Necesitaba poner en orden la cabeza. Procesar lo que le había dicho Peter.

Se fue a Central Park. El calor era pegajoso, como sucedía en Nueva York todos los veranos. Se sentó en un banco y se permitió llorar.

Cuando regresó a la redacción, ya había tomado algunas decisiones, todas difíciles y controvertidas, pero al menos creía saber qué debía hacer.

Su jefe se acercó a su mesa gritando:

—¿Dónde crees que trabajas! ¡Esto es un periódico! Te has largado sin entregar la entrevista.

—La tendrás en cinco minutos y no esperes gran cosa, ese autor teatral es un verdadero idiota. ¡Ah!, en cuanto a lo que me has pedido de Marvin Brian, no te preocupes, lo haré. No será fácil, pero lo haré; eso sí, me tienes que dar tiempo y dejar que me organice como quiera y, sobre todo, no me hagas preguntas. Tendrás tu historia, te lo aseguro.

La operación de Marvin fue un éxito, o eso dijo el portavoz del hospital. Le habían cambiado dos válvulas y la recomendación de su cardiólogo fue que descansara una buena temporada.

Su editora, Sara Rosent, emitió un comunicado explicando que Marvin Brian suspendía todos sus compromisos hasta que estuviera plenamente recuperado. El comunicado era breve y Sara se negó a dar más explicaciones a la prensa.

Adela había asistido a la convocatoria de la editorial. Sus miradas se encontraron. Supo que Sara la había reconocido. Mientras el resto de sus colegas empezaban a marcharse, ella se acercó a Sara.

—Soy...

Pero Sara levantó la mano con un gesto impositivo que la invitaba a callar.

—Sé quién eres. También sé que te dedicas al periodismo. Fernando me ha tenido al tanto de todo lo que se refiere a ti. Te quiere como a una hija. Yo te recuerdo de cuando eras una cría. Solías acompañar a tu madre a la librería.

—Necesito hablar con usted. Por favor.

El tono de desolación de Adela hizo dudar a Sara. Pero Adela insistió.

—Se lo ruego, le aseguro que no le quitaré mucho tiempo.

—De acuerdo... Ve a verme esta tarde a las cinco en el hotel Pierre. Búscame en el bar. Te estaré esperando.

—Gracias.

Se despidieron sin más palabras.

A las cinco en punto Adela entraba en el bar del hotel. Echó un vistazo rápido para hacerse una idea del lugar y de la gente que estaba allí. Alguna pareja entrada en años tomando un cóctel, hombres de negocios, un grupo de señoras de mediana edad y, en un rincón, Sara Rosent.

Adela siempre había admirado a Sara, por su elegancia, por sus ademanes tranquilos, por su rostro del que afloraba empatía hacia el prójimo.

—Gracias por aceptar hablar conmigo.

—Siéntate, ¿qué querrás beber?

—En realidad nada, un poco de agua mineral...

—Yo también estoy bebiendo agua. Se la pediré al camarero.

Mientras el camarero le servía una copa de agua con la misma parsimonia que si se tratara de champán, Adela terminó de ordenar cuanto quería decirle a Sara.

—Lamento que mi madre importune a Marvin Brian, no porque sienta ninguna simpatía por él, sino por el daño que eso le hace a mi madre.

—Has decidido ser directa sin importarte que yo quiero a Marvin —dijo Sara molesta.

—Señora Rosent, perdón, señora Wilson...

—Puedes llamarme Sara, Rosent es mi apellido, Wilson era el de mi marido, pero nos entenderemos mejor si nos llamamos por nuestros nombres.

—Estoy desesperada. Durante años he intentado que mi madre abandonara su obsesión por Marvin, tanto me da que sea mi padre y que no quiera saber nada de mí. No tengo otro padre que Fernando, es a quien quiero y quien me ha hecho de padre. De manera que debe quedar claro que no quiero nada de Marvin Brian y que aunque él se decidiera a reconocermé, yo lo rechazaría.

Sara la miró con curiosidad mientras calibraba cuánto había de emoción y

cuánto de verdad en las palabras de Adela.

—Entonces ¿qué deseas?

—Creo que si Marvin hablara con mi madre una sola vez y le dijera lo que cree que debe decirle, quizá ella acepte que es inútil seguir empeñada en que me reconozca. Pero todos estos años él ha huido de ella, la ha... bueno, en mi opinión la ha maltratado y humillado, cuando habría sido más fácil resolver sus diferencias con una conversación. No es el primer hombre ni será el último que se niega a reconocer su paternidad.

—Tú sabes que la salud de Marvin Brian es delicada —dijo Sara, mirándola directamente a los ojos.

—Lo sé y que por tanto éste no sería el momento más indicado, pero acaso usted pueda convencerle de que cuando esté bien reciba a mi madre y solventen esta situación para siempre.

»Verá, en mi periódico no saben quién soy... Yo... siempre he utilizado el segundo apellido de mi madre, Blanco, aquí White, aunque ahora utilizo Brown, el de mi marido.

»Mi jefe me ha encargado que cuando sea posible entreviste a Marvin. Pero no sólo eso, quiere que indague por qué una mujer española lleva años persiguiéndole. Puede imaginar cómo me siento.

Adela movía las manos nerviosa y la tensión se reflejaba en cada músculo de su rostro.

—¿Y qué vas a hacer?

—En lo que se refiere a la historia de mi madre, dar largas; en cuanto a la entrevista de Marvin, pedirle a usted que me la facilite. Incluso se me había ocurrido que podría decir a mi jefe que Marvin Brian me daba la entrevista pero con la condición de que no escribiera nada de la española que le persigue, porque eso sería darle publicidad. Pero si al menos consigo una parte del encargo puede que mi jefe se conforme.

—Me estás pidiendo que Marvin te conceda una entrevista y que además se sienta a hablar con tu madre. ¡Vaya, no eres modesta a la hora de pedir!

—Sé que le estoy pidiendo mucho, pero es que no tengo otra opción. No quiero convertirme en historia de periódico, no quiero que mis colegas persigan a mi madre intentando que cuente que hace treinta y seis años tuvo una aventura de una noche con un chico norteamericano, no quiero que Marvin marque mi vida y la destroce como ha hecho con la de mi madre. Ella tiene un concepto decimonónico respecto a algunas cosas aunque es muy moderna para otras. Usted no se imagina cómo era la España de los años cuarenta. Una mujer soltera embarazada quedaba señalada, ya nadie se casaba con ella, la consideraban una mujer fácil y su familia también sufría las consecuencias. Mi madre huyó para evitar a sus padres y evitarse ella esa vergüenza. También creía querer a Marvin, aunque ahora... bueno, no creo que sienta nada por él. En realidad creo que ni ella misma lo sabe, pero a quien quiere es a Fernando. Es un amor que ha ido construyendo sin darse cuenta. Él... bueno, creo que sigue enamorado de mi madre aunque Zahra fue muy importante para él. Pero a mi madre y a Fernando los une algo más fuerte, algo que nunca se romperá.

—Sí, se quieren de una manera absoluta, aunque tu madre esté empecinada con Marvin.

—¿Me ayudará?

Sara no respondió. Bebió un sorbo de agua y durante unos segundos ladeó la mirada para evitar la de Adela. Estaba intentando tomar una decisión.

—En caso de que Marvin te conceda la entrevista, ¿le preguntarás por tu madre?

—No, no lo haré. Le doy mi palabra. Sólo le preguntaré por sus poemas, por su carrera literaria, por el dolor como fuente de inspiración. Pero no le molestaré hablándole de mi madre.

—No puedo comprometerme a nada. Lo pensaré. Si decido ayudarte tampoco dependerá de mí, será una decisión que tomen Marvin y Farida. Él no decide nada sin que Farida esté de acuerdo. Quizá hable primero con ella.

—¿Cuándo podrá decirme algo?

—Te llamaré. Dame tu número. Pero no sé cuándo.

—¡Por favor!

—Comprendo tu angustia. Te llamaré y ahora, si me perdonas, tengo que subir a cambiarme. Voy a cenar con Marvin y Farida. Cuando te llame, por quién debo preguntar, ¿por Adela Blanco, por Adela White o por Adela Brown?

—Pregunte por Adela, será suficiente; pero si le piden un apellido, utilice el de Brown.

Adela no pudo dormir aquella noche. Su mano se deslizó hacia el lado de la cama que estaba desocupado. Peter y ella habían decidido darse un respiro. Ella se sentía incomprendida por él y él admitía que no la comprendía.

Peter le había reprochado que se sintiera ofendida cuando cuestionaba el comportamiento de Catalina teniendo en cuenta que estaba harto de escucharle improperios contra ella. «Tú te permites criticar con dureza a tu madre pero te ofende que lo hagan otros. Eso es irracional y me temo que ésa es parte de tu herencia española. Si hay algo que me llama la atención de los españoles es su capacidad para la irracionalidad.»

Fue ella quien decidió dejar el apartamento que compartían y alquilar un estudio en el Soho. El espacio era reducido, pero no le importaba.

No tuvo noticias de Sara hasta finales de septiembre. Le había contado a Fernando su conversación y él le había asegurado que tarde o temprano Sara la llamaría. Mientras tanto, el verano había servido de tregua para que su jefe aflojara la presión sobre ella. El verano y también el divorcio, porque la mujer de su jefe le había dejado llevándose a los tres hijos que tenían, lo que a él le provocó ataques de ansiedad que terminaron culminando en un infarto. No es que Adela se alegrara de la desgracia de aquel hombre, pero no podía dejar de admitir que para ella había sido providencial.

Acababa de llegar a su estudio e iba a prepararse un sándwich para sentarse a escribir un artículo sobre arte constructivista que debía entregar por la mañana, cuando sonó el teléfono. Descolgó al primer timbrado.

—Soy Sara Rosent, puedes ir mañana a las dos a casa de Marvin Brian. Farida te recibirá. Hablarás con ella primero. Buena suerte.

—Señora Wilson... Sara... gracias. Muchas gracias.

—Ahora todo depende de ti.

Sara cortó la comunicación sin darle tiempo a decir nada más. A continuación, Adela llamó a Fernando.

—Acaba de llamarme Sara.

—Lo sé. Me ha dicho que te llamaría. Debes saber que le ha costado mucho conseguir que te reciban y que su amistad con Marvin y Farida ha estado a punto de resquebrajarse —le explicó, y luego añadió—: Juega bien tus cartas, Adela, se lo debes a Sara.

—Lo haré. ¿Y mi madre?

—Triste. No ha encontrado trabajo desde que la despidieron de la escuela de música. Ella no lo sabe, pero esta mañana he hablado con monsieur Dufort.

—Nuestro querido casero.

—Sí, Philippe Dufort es un buen hombre, lo mismo que Doriane. Les he pedido que me ayuden a buscar algún trabajo para tu madre, aunque es difícil porque ya estamos en edad de jubilación. Además... bueno, puede que vayamos a Madrid.

—¡A Madrid!

—Sí, aún no es seguro. Parece que el Gobierno se está tomando las cosas en serio.

—Eso sería estupendo. ¡Cuánto se alegrarían las abuelas! ¿Sabes, Fernando?, nunca he logrado entender por qué habéis hecho tanto daño a vuestras madres, no se lo merecen.

—No, no lo comprendes porque no puedes comprenderlo.

—Porque tú nunca has querido explicármelo.

—Tienes razón, no he querido y sigo sin querer hacerlo. Pero si algunas cosas cambian, puede que vayamos.

—Me gustaría acompañaros.

—Céntrate en la entrevista con Marvin.

—Sí, eso haré, y tú por una vez guárdame el secreto y no le digas nada de la

entrevista a mi madre. Sería capaz de presentarse en Nueva York.

—¿No piensas hablar con ella?

—No... aún no estoy preparada para hacerlo. Discutiríamos. Necesito tiempo.

Marvin Brian vivía en un lujoso apartamento frente a Central Park. Adela estaba temblando cuando una doncella le abrió la puerta y la invitó a seguirla.

—La señora la espera.

Farida tenía la majestuosidad de quien había sido una belleza, pero más que eso era su personalidad la que abrumaba.

Estaba escribiendo sentada detrás de un escritorio de palo de rosa. Levantó la cabeza y se puso en pie dirigiéndose hacia ella.

—Bienvenida.

—Muchas gracias... Yo... les estoy muy agradecida por haberme recibido.

—Es difícil negarle nada a Sara. Debió de ser usted muy convincente para que ella se haya enfrentado a Marvin hasta conseguir que la reciba.

—Yo... bueno... siento que hayan discutido por mi causa. Espero que comprenda que para mí esta situación tampoco es fácil.

—No, no lo es. La recuerdo de niña cogida de la mano de su madre, con los ojos muy abiertos llenos de miedo y vergüenza. Siempre me apenó su situación.

»Bien, en unos minutos vendrá nuestro abogado. Tiene que firmar un documento en el que se compromete a que todo lo que se hable aquí esta tarde será confidencial. No lo podrá utilizar nunca, en ninguna circunstancia, de lo contrario tendrá que atracar un banco para poder indemnizarnos por incumplir su compromiso. Nuestro abogado es muy minucioso y ha preparado un documento en el que no deja ni un resquicio a la interpretación de lo que allí se dice.

—Le aseguro que no tengo intención de perjudicar a nadie.

—Pero para nuestra tranquilidad es mejor que se comprometa por escrito.

La doncella tocó suavemente la puerta antes de abrir. Un hombre alto, de aspecto agradable y con una cartera en la mano entró con paso firme.

—Querida...

—Jim, ésta es la señora Brown. Aunque espero que hayas puesto todos los apellidos que utiliza en el documento.

—No te preocupes, está todo tal y como lo hablamos. Señora Brown, lea despacio a cuanto se compromete antes de firmar.

Adela no se atrevió a contrariarlos. No esperaba que sucediera algo así, pero estaba dispuesta a firmar lo que fuera necesario con tal de desatar el nudo que estrangulaba su vida y la de su madre.

Una vez que hubo terminado de leer, sacó un bolígrafo del bolso y estampó su firma.

—De manera que acepta todos los términos. Se ha comprometido a mucho, señora Brown —comentó el abogado.

Ella asintió con una leve sonrisa. Luego el abogado dio un beso a Farida y salió de la estancia.

—Usted quiere conocer qué pieza no encaja en su vida. Siéntese y escuche; cuando haya terminado de hablar, conocerá a Marvin. Con él no estará más que unos minutos, no se encuentra en condiciones de responder a ninguna pregunta. Pero estoy segura de que será capaz de improvisar unas cuantas y dejármelas por escrito. Yo le haré llegar las respuestas.

—De acuerdo —aceptó Adela.

—¿Fuma?

—No... nunca he fumado... Bueno, cuando era jovencita en París fumaba a escondidas.

—No se esconda cuando algo le produzca placer. Si no le importa, yo fumaré. Es uno de los placeres a los que no pienso renunciar a pesar de que el médico me lo ha prohibido. Cáncer de pecho. Me han operado dos veces y ahora se ha vuelto a reproducir. Si me expreso con tanta tranquilidad es porque usted no puede decir una palabra de cuanto hablemos.

—Sí, soy consciente de lo que acabo de firmar.

—Entonces sepa que ni a mí ni a Marvin nos queda mucho tiempo por

delante. Yo soy mayor que él. En fin, le contaré todo lo que quiere saber. En primer lugar, sepa que Marvin no es su padre.

Adela no pudo evitar fruncir el ceño sorprendida por la rotundidad de la afirmación de Farida.

—Le explicaré por qué. Marvin era un joven poeta que llegó a España poco antes de que comenzara la Guerra Civil. No fue porque le importara lo que estaba sucediendo, sino por su amor a la literatura, a Cervantes, a Quevedo, a Lope de Vega... Pero estalló la guerra y decidió quedarse. Un amigo le pidió que sirviera de intérprete a algunos periodistas norteamericanos. Aceptó. Ansiaba experiencias nuevas y una guerra era una experiencia que sabía dejaría una huella que le haría mejor poeta. No voy a aburrirle con detalles que no sean trascendentes. Sólo que un día en el que tuvo que acompañar a un periodista al Frente fue herido a pesar de que un joven soldado, Eulogio Jiménez, intentó salvarle la vida, recibiendo a su vez una herida que le dejó cojo. Pero a Marvin la metralla le afectó a sus genitales. Tuvieron que operarle de urgencia y... bueno, perdió parte de los genitales y quedó impedido para tener cualquier relación sexual el resto de su vida.

—¿Puede darme un cigarrillo? —casi le suplicó Adela conmovida.

Farida le tendió el paquete de tabaco.

—Perdone, pero no termino de comprender...

—Lo ha comprendido perfectamente: Marvin no puede mantener relaciones sexuales.

—Y Eulogio... ¿Él lo sabía?

—Desde luego. Fue quien le salvó la vida, quien le arrastró para sacarle de la primera línea. Eulogio estaba enamorado de Marvin, aunque su gran amor era Fernando. Pero Marvin resultaba exótico, un norteamericano rubio, de ojos azules, guapo y poeta. Tenía todo para que un hombre con la sensibilidad de Eulogio se enamorara de él.

—Pero... él... nunca se lo dijo a Fernando, me refiero a lo de Marvin, ni tampoco a mi madre. —Adela intentaba controlar su desolación.

—No, no lo hizo. Marvin le hizo jurar que no se lo diría a nadie. Eulogio fue leal a su palabra.

—¿Quién más sabía que Marvin...?

—El médico que le operó allí en el Frente, nadie más, y éste no se lo pudo decir a nadie porque al día siguiente le alcanzó a él mismo una granada de mortero cuando estaba cosiendo las tripas de un oficial herido.

—Pero no puedo creer lo que me está diciendo... Fernando encontró a mi madre tirada en el suelo en brazos de Marvin. Fernando no miente.

—Tiene razón, Fernando encontró a su madre en brazos de Marvin. Ella estaba medio inconsciente. Había sufrido una agresión. La acababan de violar.

—¡Dios mío!

—Pero no fue Marvin, no habría podido aunque hubiese querido.

—Entonces...

—Marvin la oyó gritar. Él había bebido demasiado, en esa época lo hacía. No era fácil ser joven y estar con jóvenes sabiendo que estaba mutilado para siempre, que nunca podría tener a una mujer. Aquella noche estaba vomitando cuando oyó unos gritos. Se acercó tambaleándose. Un joven estaba encima de su madre. Le había desgarrado las medias y la falda... con las bragas bajadas... Imagínese la escena. El joven que violaba a su madre ni se dio cuenta de que había llegado Marvin, pero cuando le oyó decir «Pero ¿qué estás haciendo?», le vio levantarse y correr. Él se acercó a su madre e intentó ayudarla, fue entonces cuando apareció Fernando.

—¡No puede ser!

—Pero así fue.

—Y el otro... el otro... ¿quién era el que violó a mi madre?

—La respuesta la tendrá que buscar en Madrid.

—¿En Madrid? Pero ¿por qué?

—Marvin cree saber quién fue, pero estaba oscuro, había caído la noche y nunca dijo nada por temor a acusar a un inocente. Mire, hay dos hipótesis; la primera es que su madre coqueteara con ese joven y le dejara hacer, y cuando él

se empezó a propasar, ella se asustara y se negara a que siguiera adelante; la otra hipótesis es que ese joven decidiera aprovecharse de su madre y no le diera opción a rechazarle porque desde el primer momento la agredió. Eso es lo que creemos que pasó.

—Pero mi madre está segura de que...

—Durante mucho tiempo Marvin creyó que su madre le acusaba falsamente. No sabe usted en cuántas ocasiones hemos hablado de lo que ocurrió aquella noche. Y con el tiempo llegamos a la conclusión de que probablemente su madre no había superado lo sucedido. Incluso lo consultamos con un buen amigo que es psiquiatra y nos explicó que después de un suceso traumático muchas personas se niegan a reconocer lo que pasó.

—Mi madre no es una mentirosa —afirmó Adela, conteniendo la ira.

—No he dicho que lo sea, estoy diciendo que sufrió un shock. Perdió el sentido. Su cerebro se niega a reconocer al violador. Cualquier psiquiatra le puede explicar que cuando alguien sufre un trauma, la manera de sobrevivir es borrar lo sucedido. Ella sólo recuerda que se encontraba en brazos de Marvin, y eso la tranquilizó. Cuando más tarde descubrió que estaba embarazada, no dudó de que aquello que había pasado y que había guardado en lo más recóndito de su cerebro sólo podía haber pasado con Marvin.

—Pero ¿por qué Marvin no se lo ha dicho?, ¿por qué no le ha explicado a mi madre lo que sucedió aquella noche?

—Porque habría tenido que confesar que él estaba incapacitado para tener relaciones sexuales. Que le habían mutilado los genitales. Y eso no estaba dispuesto a compartirlo con nadie. Después de que le hirieran en el Frente sus padres hicieron lo imposible por traerle a Estados Unidos. Aquí le operaron de nuevo, pero no pudieron devolverle la virilidad perdida. A consecuencia de las heridas ha tenido que vivir con dolores y con ciertas dificultades. Es su secreto y no quiere compartirlo con nadie. Está en su derecho.

—¿Eulogio sabía lo que pasó aquella noche?

—Sí, le contó lo sucedido y quién creía que había violado a su madre.

—Pero Eulogio tampoco se lo dijo ni a Fernando ni a mi madre.

—Eulogio le era absolutamente leal a Marvin, ya lo sabe.

—Pero podría habérselo dicho a Fernando... Habrían encontrado al violador de mi madre y le podrían haber obligado a confesar.

—Sí, es lo que deberían haber hecho, pero no lo hicieron.

—Pero ¿por qué ha permitido que mi madre le persiguiera? ¿Por qué no le dijo lo que sabía? —insistió Adela.

—Ya se lo he dicho, porque tendría que haberle confesado que le mutilaron los genitales y nadie tiene derecho a conocer algo tan íntimo que le ha provocado un enorme sufrimiento. Para Marvin no ha sido fácil vivir sabiéndose mutilado.

—Estoy confundida... no sé qué pensar... No puedo creer lo que me dice.

—Es la verdad —respondió Farida sin alterarse.

—Mi madre...

—Su madre sabe quién la violó.

—¡Pero usted misma acaba de decir que sufrió un shock!

—Lo sabe sin saberlo, lo tiene oculto en lo más recóndito del cerebro. Tendría que ponerse en manos de un buen psiquiatra.

—¿Puede darme otro cigarrillo?

Farida volvió a pasarle la cajetilla. Adela encendió el cigarro permitiendo que el humo le llegara a los pulmones.

—El violador es uno de los jóvenes que formaban parte del grupo que había ido a la Pradera de San Isidro. Usted sabe quién es, Marvin se lo ha dicho —afirmó Adela, mirándola fijamente.

—Marvin me ha dicho quién cree que fue. Está casi seguro.

—Por favor, dígamelo.

—Si quiere saber la verdad, tendrá que ir a Madrid.

—Por favor... dígamelo...

Y Farida pronunció un nombre que provocó que las lágrimas se deslizaran por el rostro de Adela.

—No tiene otra opción que ir a Madrid y buscar la confirmación. Pero nunca

podrá utilizar el nombre de Marvin, ni siquiera le puede contar a su madre ni a Fernando cuanto ha escuchado esta tarde.

—Lo sé. —Su tono de voz tenía un deje de desesperación.

—Y ahora la llevaré a que vea a Marvin. Sólo unos minutos y procure no decir nada que pueda alterarle. Pero antes escíbame las preguntas de la entrevista. Le haré llegar las respuestas mañana mismo.

Marvin Brian estaba sentado en un sillón de piel verde oscuro con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos entornados. Los abrió y miró primero a Farida y luego a Adela. Farida hizo un gesto bajando la barbilla y él asintió.

—Adela Vilamar —dijo mirándola fijamente.

—Sí.

—¿Ya tiene la respuesta que buscaba?

—Sí.

—Espero que sepa obrar con discreción.

—Lo haré, no debe preocuparse. Lo haré no sólo porque he firmado el papel que ha preparado su abogado, sino también porque quiero evitar que mi madre sufra aún más.

—No podrá evitarle el dolor. Catalina no tendrá otra opción que afrontar la realidad.

Estuvo a punto de decirle que él era culpable de al menos una parte del sufrimiento de su madre, que por su culpa ella no había rehecho su vida persiguiéndole a él, que también había determinado la suya provocando que estuviera en trámites de divorcio con Peter, que había dejado en suspenso la del propio Fernando. Su silencio le había salvado a él, pero había condenado a otros. Pero no lo dijo.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted? —le preguntó con indiferencia.

—Nada más, señor Brian. Gracias por la entrevista.

—No soy su enemigo, Adela, sólo que no soy su padre.

—Yo tampoco soy su enemiga, señor Brian, y le aseguro que nunca quise

tenerle como padre.

—Buenas tardes, Adela.

—Buenas tardes, señor Brian.

Farida la acompañó a la puerta.

—Penúltimo trayecto antes de conocer toda la verdad —dijo Farida.

—Le agradezco que haya facilitado esta entrevista.

—Agradézcaselo a Sara Rosent. Marvin le debe todo lo que es a los Rosent y esto es lo único que Sara le ha pedido en su vida. Para Marvin ha supuesto un desgarrar aceptar que usted supiera lo sucedido y, sobre todo, las consecuencias de las heridas recibidas en el Frente durante la guerra española.

—Lo comprendo. Sólo soy una extraña.

—Que tenga suerte, Adela.

Se estrecharon la mano. A pesar de cuanto las separaba, no podían dejar de sentir simpatía la una por la otra.

Cuando al día siguiente llegó a la redacción, encontró un sobre de tamaño folio encima de su mesa. Sabía que eran las respuestas de Marvin. Estaban escritas a máquina y eran extensas.

Su jefe no tuvo más remedio que admitir que había merecido la pena. También le confesó que la tarde anterior había recibido una llamada de los propietarios del periódico indicándole que al señor Brian le incomodaría mucho que se publicara nada en relación con aquella mujer que en algunas ocasiones se había presentado en sus actos públicos. Ya que había tenido la deferencia de recibir a una de sus periodistas, esperaba que el periódico no hiciera ningún reportaje escandaloso que tuviera por protagonista a esa mujer y a él mismo.

—Así que por ahora no publicaremos nada de esa española... He intentado convencer a los que mandan de que estoy seguro de que detrás de esa mujer hay una buena historia. Pero el que manda, manda. Así que olvídate de ella, al menos por ahora...

Llamó a Sara para darle las gracias, pero ésta apenas le permitió hablar. «Espero que haya merecido la pena», fue todo lo que le dijo.

La entrevista fue un éxito. Hacía años que Marvin Brian no concedía entrevistas, ni siquiera lo había hecho cuando le concedieron el Nobel. No sólo por su enfermedad sino porque parecía que el paso de los años le había llevado a militar en la misantropía.

Peter la llamó para felicitarla e intentó convencerla para que lo celebraran juntos, pero Adela no se sentía capaz de pensar en nada que no fuera lo que tenía que hacer, y en eso no entraba Peter.

Una colega de la redacción le dio el teléfono de un psiquiatra asegurándole que «es de lo mejorcito de Manhattan. Te encantará».

El psiquiatra estaba muy solicitado, con la consulta siempre repleta de ejecutivos estresados. A pesar de la recomendación no le dio cita hasta diez días después. Diez días que a Adela se le hicieron eternos. Pero no quería ir a Madrid hasta haber hablado antes con un experto en el alma humana, que al fin y al cabo, pensó, es lo que son los psiquiatras.

El doctor Ward resultó ser un hombre joven, no tendría más de cuarenta años y era un tipo atractivo, lo que explicaba el entusiasmo de su colega. La cuestión era si, además de guapo, era competente en lo suyo.

Adela le dijo que quería exponerle un caso hipotético para que le diera un juicio clínico. Él no pareció muy convencido, pero terminó aceptando.

Ella le preguntó cuáles eran las reacciones de las mujeres que habían sufrido una violación. El doctor Ward la miró con preocupación.

—Los traumas son difíciles de gestionar. Cuando una persona sufre una experiencia traumática puede poner en marcha un mecanismo de defensa para bloquearla. Cualquier tipo de situaciones traumáticas puede provocar una alteración en el pensamiento y en el comportamiento, además de generar daños en el inconsciente. Es perfectamente posible que la persona que ha sufrido una violación tenga lagunas y bloquee la realidad. En estos casos, la terapia consiste en ayudar a esa persona a regresar al momento del trauma para que pueda

enfrentarse a lo sucedido y a partir de ahí ayudarla a superarlo.

—¿Se puede dar el caso de que la persona que sufre un trauma no reconozca la realidad?

—Es lo que le acabo de decir, se puede producir una desconexión entre el sujeto y el hecho traumático. Pero no todas las personas reaccionan igual ante un suceso traumático. A veces experimentan reacciones retardadas.

El psiquiatra intentó que Adela le dijera si había sido ella objeto de una violación, «porque si es así, usted necesita ayuda. No debe cargar con eso sola. Muchas mujeres se culpan de lo sucedido. En muchas ocasiones no vuelven a querer tener relaciones con ningún hombre».

Adela asintió. El doctor Ward tenía razón. Su madre no había tenido relaciones con ningún hombre. Vivía con Fernando como si fueran hermanos. Le había costado comprenderlo porque cuando era pequeña creía que Fernando era su padre, pero no había tenido más remedio que aceptarlo. En la vida de su madre no había hombres.

El doctor Ward también le explicó que hasta el momento la ciencia no había encontrado la manera de confirmar una paternidad, que las pruebas que se hacían no eran concluyentes.

«Se hace a través de un análisis de sangre, se le llama el sistema RH, pero sólo sirve para descartar la paternidad, no para confirmarla.»

—**P**odemos ir a Madrid, ya no hay nada que temer —dijo Catalina mirando fijamente a Fernando a la espera de su reacción.

Era domingo y habían ido a desayunar cerca del Louvre para después entrar en el museo y ver una exposición. Fernando llevaba unos días alterado. Le conocía bien. Sabía que algo le sucedía pero que por el momento no lo quería compartir con ella. Imaginaba que tenía que ver con Sara, quizá estaba enferma. Decidió insistir en la idea de ir a Madrid.

—¿No me dices nada?

Él la miró expectante. Llevaban días hablando de lo mismo.

—Todavía no, tenemos que esperar a ver si es verdad que aprueban la Ley de Amnistía, pero ya lo has oído en la radio, están negociando.

—La aprobarán.

—Veremos.

—Deberíamos avisar a nuestras madres de que pensamos ir. No podemos presentarnos sin decírselo.

—¿Por qué no vas tú primero? Si aprueban la ley, yo iré a continuación.

—Eso ya lo hemos hablado y sabes que no me moveré de París si no es contigo. Sigues teniendo miedo.

—Sí, claro. No me gustaría que me detuvieran en la frontera. Imagínate el sarcasmo de verme en la cárcel mientras los que dieron el golpe de Estado y han

tenido en un puño a España todos estos años ahora se están convirtiendo en personas honorables.

—Nadie te va a meter en la cárcel, Fernando. En todos estos años no te han buscado, ni te han reclamado. En Alejandría fuimos al consulado a renovar nuestros pasaportes y no nos preguntaron nada. También los hemos renovado en París. Si hubiera habido algo, te habrían retenido, y de paso a mí también, al fin y al cabo soy tu cómplice, yo te di el arma de mi tío. Tienes que olvidarte de lo que hiciste.

—¿Olvidarme? Sabes que no puedo, que no he dejado de pensar en aquellos dos hombres.

—¿Te arrepientes? —preguntó Catalina, bajando la mirada para permitirle responder con tranquilidad.

—No, no me arrepiento, y eso es lo peor.

—Pues si no te arrepientes, no le des más vueltas. Yo tampoco me arrepiento de haberte dado la pistola.

—Pero tú no disparaste.

—¿Y qué? Tanto da. Yo te di un arma para que mataras, por tanto estaba de acuerdo contigo. Soy tu cómplice —insistió Catalina.

—Me gustaría no estar preocupado, pero lo estoy.

—Tenemos que arriesgarnos, Fernando, tenemos que volver. Nuestras madres son demasiado mayores y si se mueren sin que les hayamos dado un beso, de eso sí que nos arrepentiríamos el resto de nuestras vidas.

—Adela está en Madrid.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo te lo ha dicho?

—Hace unos días. No le van bien las cosas con Peter.

—Y se ha ido a refugiar con su abuela.

—Tu madre y tu hija han hecho buenas migas.

—Dime, Fernando, ¿qué te pasa? Y no me contestes que no te pasa nada. Estás triste. Sé que te pasa algo...

Fernando se limitó a besarle el dorso de la mano.

—Termina el cruasán y entremos en el Louvre —se limitó a responder.

Madrid

Adela se había levantado temprano y después de preparar el desayuno lo colocó en una bandeja a la que añadió una flor y la llevó hasta la habitación de su abuela.

Doña Asunción estaba resfriada y Adela le había insistido para que se quedara un poco más en la cama, pero encontró a su abuela levantada terminándose de colocar las horquillas en el moño.

—¡Te quería dar una sorpresa! —protestó su nieta.

Llevaba unos días en Madrid. Y no le había resultado fácil hablar con su abuela. Había sido todo lo sincera que había podido. Tenía que encontrar al violador de su madre, pero sin decirle a su abuela lo que realmente sabía, y mucho menos que Marvin Brian no era su padre.

Pero doña Asunción era demasiado sensible como para no darse cuenta de que su nieta necesitaba ayuda, así que había respondido a todas sus preguntas pero sin hacerle ella ninguna.

—Hoy nos lo dedicaremos a nosotras. He reservado en la Taberna del Alabardero, ese restaurante que a ti y a Isabel os hace tanta ilusión conocer. Pero primero daremos un paseo, ¿te parece bien?

—Se te ha olvidado lo principal. La misa. Es domingo. Isabel y yo siempre vamos a misa de doce.

—Ya... bueno, os acompañaré. ¿A cuál de vuestras tres iglesias vais a ir? ¿A

San Ginés, Santiago o Encarnación? Yo os recogeré a la salida. Vamos a comer y venimos a casa. Por la tarde comienza a hacer frío.

—Sólo tengo un resfriado sin importancia, y además no hace frío, estamos en octubre, pero me encanta que me cuides.

Doña Asunción tendió la mano a su nieta y ella se inclinó para abrazarla. Le sorprendía lo mucho que quería a su abuela, a la que hacía tan poco había conocido. Se preguntaba por qué su madre se parecía tan poco a ella. Su abuela le había contado que Catalina tenía el mismo carácter que su marido.

«Ernesto era muy bueno pero muy tozudo. Era imposible hacerle cambiar de opinión», recordaba doña Asunción, refiriéndose a su marido.

A las once y media se presentó Isabel. Caminaron despacio hasta San Ginés y ya fuera porque empezaba a lloviznar o porque su abuela se había agarrado con fuerza a su brazo, entró con ella en la iglesia y se quedó a oír misa. En realidad no escuchó nada de cuanto dijo el sacerdote, pero sí encontró alivio en la monotonía de los rezos que los fieles murmuraban.

Al salir de misa había dejado de llover, lo que les permitió dar un pequeño paseo por la plaza de Oriente antes de entrar a comer en la Taberna del Alabardero.

—Este restaurante es de un cura un poco especial. Se llama Luis Lezama y, según cuentan, ha estado como cura en un barrio obrero y ayuda a muchos jóvenes a salir de la droga y de la delincuencia, se ha convertido en protector de *maletillas*, y ha montado este restaurante para ayudar a sus *chicos* —explicó Isabel.

—Pero tiene fama de socialista, de ser un poco rojo a pesar de que fue ayudante del cardenal Tarancón... Claro que ése también es un cardenal peculiar... Pero bueno, el cura Lezama yo lo que creo que hace es tomarse en serio el Evangelio —añadió doña Asunción.

Adela las escuchaba con atención. Parecían entusiasmadas de estar en aquel restaurante, tan cerca de sus casas, en el que el dueño era nada menos que un cura. Ella misma tuvo que reconocer que el que un cura tuviera un restaurante no

era algo habitual. Comieron mientras charlaban de todo y de nada y tuvieron la oportunidad de conocer a aquel cura tan singular.

De mediana estatura, paso decidido y ojo avizor, entró el sacerdote en su restaurante acompañado de unos señores que doña Asunción pareció reconocer.

—¡Uy!, pero si todos éstos son escritores y además importantes.

Don Luis la oyó y se acercó a la mesa para saludarlas.

Fueron unos segundos, pero las dos ancianas se quedaron prendadas con la bonhomía que desplegaba el cura.

Doña Asunción dijo no querer postre e Isabel la secundó, pero un camarero colocó en la mesa una bandeja con varios dulces y no supieron resistirse.

Cuando terminaron de comer y Adela pidió la cuenta, se llevaron la sorpresa de que las habían invitado al postre.

El cura nunca lo sabría, pero a partir de ese momento doña Asunción se volvió incondicional suya, dispuesta a sacar las uñas si alguien criticaba al cura al que algunos tenían por rojo.

El resto de la tarde lo pasaron charlando y viendo la televisión. Isabel se quedó un rato con ellas, pero luego prefirió irse a su casa.

—Está muy sola —comentó doña Asunción.

—Sí, y lo siento, le he cogido mucho cariño.

—Es muy buena y... perdona, hija, pero me cuesta entender a Fernando. Claro que si tampoco entiendo a Catalina...

—Abuela, yo tampoco les comprendo.

El lunes Adela se levantó temprano y tardó un buen rato en arreglarse. Estaba nerviosa. Lo que iba a hacer podía resultar una catástrofe. Pero se lo debía a su madre y a ella misma. Era hora de cerrar el círculo. Se empeñó en ser ella quien ordenara el piso mientras su abuela, aprovechando el sol de aquel otoño, salía a comprar el pan y el café que dijo se había acabado. Luego, cuando la anciana regresó, Adela se dispuso a marcharse.

Su abuela no le preguntó adónde iba. No quería ponerla en un aprieto.

Caminó un rato mientras ordenaba el torrente de palabras que sabía tendría que decir. Por un momento dudó, luego paró a un taxi y le dio la dirección donde esperaba encontrar la respuesta a lo que le sucedió a su madre treinta y seis años atrás.

El sanatorio estaba situado en una zona céntrica. Entró en el vestíbulo y buscó a quien preguntar. Se dirigió a una enfermera de aspecto enérgico.

—Gire a la derecha y vaya por el pasillo, suba en el ascensor hasta la tercera planta, allí la encontrará.

Adela no lo dudó. Cuando salió del ascensor buscó a otra enfermera para que la ayudara a encontrar a la Hermana Dolores.

—Creo que está en el control de enfermería, al fondo de la planta.

Caminó con paso rápido hasta el control y allí se quedó unos segundos observando a un grupo de enfermeras que parecían recibir indicaciones de una monja.

La monja debía de tener más o menos su edad. Frente ancha, nariz prominente, ojos marrones, delgada. No destacaba por nada excepto por la sonrisa. Cada vez que se dirigía a cualquiera de las mujeres lo hacía sonriendo. También porque parecía tranquila.

Quizá fuera la mirada insistente de Adela lo que hizo que la Hermana Dolores volviera sus ojos hacia ella.

—¿En qué puedo ayudarle? —le preguntó.

—Bueno... yo... —balbuceó sorprendida Adela.

—¿Busca a alguien? —insistió la monja.

—En realidad lo que quiero es hablar con usted. Pero veo que está muy ocupada.

La Hermana Dolores miró con Adela con curiosidad y le pidió que la acompañara. La llevó hasta una salita donde había un cuadro con la imagen de un santo, un sofá y varias sillas dispuestas alrededor de una mesa baja. Todo lucía gastado pero limpio.

—¿Qué es lo que quiere? —le preguntó sonriendo.

—Sé que lo que le voy a decir le sorprenderá... puede que no quiera escucharme...

—Bueno, aunque me sorprenda, la escucharé.

—No va a ser fácil decirle lo que le tengo que decir.

—Está usted angustiada y asustada... ¿Por qué? ¿Tiene algún familiar enfermo? —La Hermana Dolores no podía ocultar su curiosidad.

—Porque puede que usted no quiera escuchar lo que voy a decir y me eche de aquí.

—Diga lo que diga, no la echaré. ¿Eso la tranquiliza? Yo estoy para ayudar a quien lo necesite, y creo que usted necesita que la ayuden aunque no sé en qué.

—Usted es monja y... bueno... es muy duro lo que voy a decir.

—No, no soy exactamente monja, las Hijas de la Caridad tenemos votos que renovamos cada cierto tiempo. Pero monja o no monja, le aseguro que no creo que me vaya a asustar por lo que me tenga que decir.

Adela suspiró y, mirando a los ojos a la Hermana Dolores, comenzó a hablar:

—Hace treinta y seis años un joven violó a mi madre. Fruto de esa violación nací yo.

—¡Dios mío, pobrecita!

—El violador fue su padre.

—Pero ¡qué está diciendo!

—Mi madre sufrió un shock y bloqueó en su mente lo que le había ocurrido. La encontró otro joven que pudo ver quién era el violador.

—Lo que está diciendo... ¿Por qué acusa a mi padre?

—Porque ese joven que la encontró asegura que fue su padre, le vio.

—Acaso lo dice para justificarse... No es el primero que echa la culpa a otro de lo que ha hecho... Mi padre no pudo ser, mi padre es un hombre recto, un hombre de bien. Se lo aseguro.

—Comprendo que no pueda creérselo. No se lo reprocho.

—Ese hombre que acusa a mi padre... ¿por qué lo hace?

—Durante treinta y seis años mi madre ha creído que era él quien había abusado de ella, pero este hombre se negaba a aceptar algo que no había hecho.

—¡Puede estar mintiendo!

—No, no lo hace.

—Pues será otro... pudo confundirse...

—Sólo hay una manera de saberlo. Por eso estoy aquí.

La Hermana Dolores había endurecido el gesto y ahora en su rostro se reflejaba tanta angustia como estupor.

—No puedo permitir que calumnien a mi padre, que le quieran hacer culpable de un acto tan horroroso. Usted no le conoce, es el mejor padre del mundo.

—No, no le conozco. Tampoco quiero conocerle.

—Entonces ¿qué quiere?

—Saber la verdad para que mi madre pueda afrontarla, y sólo hay una manera de hacerlo: que usted se avenga a ayudarme. Se trataría de hacer un análisis de sangre. Si su padre es inocente, el análisis lo descartará. Desgraciadamente, no hay ninguna técnica lo suficientemente precisa para determinar una paternidad, pero sí para descartarla. Si su padre no fue quien violó a mi madre lo sabremos a través de ese análisis.

—Pero si el análisis no lo descarta, entonces...

—Entonces su padre pudo ser quien violó a mi madre. Necesito que traiga aquí a su padre y le haga ese análisis de sangre que enviaremos a un laboratorio especializado en estos casos.

—¡Cómo pretende que yo haga eso! Se presenta aquí y me dice que mi padre violó a su madre y que usted es fruto de esa violación. Según cuenta otro hombre, que es el que su madre cree que la violó, echa la culpa de lo sucedido al mío. Por si fuera poco, pretende que traiga aquí a mi padre para hacerle un análisis de sangre. ¡Todo esto es obra del demonio! No, de ninguna manera... Además, no sé quién es usted...

—Tiene razón, no le he dicho quién soy. Me llamo Adela Vilamar. Mi madre es Catalina Vilamar. Estoy segura de que ha oído hablar de mi madre y que

conocerá a mi abuela Asunción.

La Hermana Dolores se llevó la mano a la frente. Se sentía mareada e incapaz de aceptar cuanto estaba escuchando de aquella desconocida.

—Sí... he oído hablar de Catalina Vilamar... Yo no había nacido cuando ella se marchó, pero durante años en el barrio se murmuró de ella.

—Se marchó porque como consecuencia de la violación se quedó embarazada. Yo no conozco muy bien España, pero usted sí, y sabe que en los años cuarenta una mujer soltera embarazada era considerada lo peor de lo peor. Mi madre quiso evitar esa vergüenza a sus padres, además de empeñarse en que me reconociera quien ella creía mi padre.

—Catalina Vilamar... Perdone, pero su madre puede haber inventado lo de la violación, puede que se entregara a un hombre y luego...

—Mi madre no se inventó nada, Hermana Dolores. Mi madre fue violada y se quedó embarazada, pero una violación es un trauma y su mente se defendió. Claro que tiene lagunas sobre lo sucedido, por eso cuando abrió los ojos y vio a aquel chico que le gustaba intentando ayudarla decidió que lo que había sucedido había sido con él, fue su manera de poder afrontarlo. Pero ese chico no había sido el violador.

—Perdone que me cueste creer todo esto...

—No me extraña. A mí también me cuesta creer que usted y yo podamos tener el mismo padre. Le aseguro que ni mi madre ni yo queremos nada. Estoy dispuesta a firmar un documento en que se deje claro que no haré ni en el presente ni en el futuro reclamación alguna. Por no querer, no querría ni conocerle. Tampoco quiero que su padre me reconozca como su hija. No quiero nada, sólo saber la verdad.

—Tengo que hablar con mi padre... Él sabrá qué hay que hacer.

—Le suplico que no lo haga. Al menos hasta que no tengamos el resultado del análisis.

—¿Cree que puede presentarse aquí y sentarse frente a mí diciéndome que mi padre es un violador? ¡Es una acusación terrible! Le convierte en poco menos

que un criminal. Podrían llevarle a la cárcel. ¿Y mi madre? ¿Ha pensado en mi madre? ¡Tendría que aceptar que su marido es un violador! ¿Y mi hermano? ¿Debo llamarle para decirle que nuestro querido padre es un monstruo?

—Lo siento. Siento hacerla pasar por esto. Me he dirigido a usted en vez de a su hermano porque me han dicho que trabaja para una ONG en Ruanda.

—Sí, ya ve, resulta que mi padre, al que usted describe como un monstruo, nos inculcó tan buenos valores que tanto mi hermano como yo nos dedicamos a ayudar a los demás.

—Yo no vengo a pedir que juzguen a su padre. Le juro que mi único interés es saber si fue el hombre que violó a mi madre. Si es así, tal y como yo creo, sé que mi madre sufrirá otro shock, pero también sé que podrá afrontar lo que le quede de vida con serenidad. Le aseguro que por nada del mundo mi madre querría saber nada de su padre, ni reclamarle, ni verle. Se lo juro.

—No la creo. No sé quién es usted... no sé qué pretende... Mi padre es una buena persona, un hombre recto.

—No he venido a cuestionar cómo ha sido su padre con su familia. Eso lo sabrán ustedes. Pero usted, aunque religiosa, también es una mujer, seguro que puede ponerse en la piel de una joven de la que abusan y dejan embarazada. Si me da la espalda, si no me ayuda a buscar la verdad, ¿qué clase de religiosa sería? ¿Prefiere la injusticia antes que le remuevan su comfortable mundo?

—¡Comfortable! No tiene usted ni idea de a qué nos dedicamos las Hijas de la Caridad.

—Tiene razón, no tengo ni idea, no sé nada de monjas. Pero sí sé que Dios no le perdonará que se niegue a ayudarme. Pero si decide hacerlo... entonces me veré obligada a presentar una demanda contra él para probar su paternidad. Tendrán que afrontar el escándalo.

—¡Dios mío! ¡No puede hacer eso!

—Claro que puedo, Hermana Dolores. He consultado con un abogado y a su padre le obligarán a hacer la prueba de paternidad; en caso de que se niegue, los tribunales pueden optar por declarar válida esa paternidad.

—Mi madre tiene la salud delicada... ¡Usted no puede hacer eso! ¡Me está chantajeando!

—Le estoy pidiendo que resolvamos este asunto por las buenas. Usted consigue que su padre se haga un análisis de sangre, yo me haré otro y cuando el laboratorio nos dé el resultado, si es negativo, podrá olvidarse de mí. No me volverá a ver. Se lo juro.

La Hermana Dolores la miró asustada mientras se retorció las manos. Adela Vilamar tenía razón, aceptar que su padre podía ser un violador suponía ver destruidas todas sus certezas.

—¿Y si no es negativo?

—Entonces hablaré con él. Su madre no tiene por qué enterarse.

—Déjeme pensarlo. Venga mañana. Necesito rezar.

—Rece, hermana, rece cuanto necesite. Volveré mañana.

Cuando regresó a casa de su abuela no se sentía con ánimo de hablar, así que se sentó con ella a ver la televisión haciendo que le interesaba cuanto salía por la pantalla, aunque en realidad ni veía ni oía nada. Dijo que le dolía la cabeza y se fue pronto a la cama.

Doña Asunción la observaba con preocupación, pero no le preguntó nada. Decidió esperar a que fuera Adela la que se confiara.

Al día siguiente se presentó en el sanatorio a primera hora.

Cuando llegó le dijeron que fuera a la salita donde habían conversado el día anterior. Esperó unos minutos impaciente.

La Hermana Dolores entró en la sala con gesto cansado. Los ojos enrojecidos y las ojeras revelaban una noche de sufrimiento e insomnio.

—Buenos días —acertó a decir Adela.

—De acuerdo, haré que mi padre se haga el análisis —dijo la monja sin preámbulos.

—¿Y cómo le convencerá?

—Padece de insuficiencia renal y cada cierto tiempo viene al hospital a pasar un control. Le diré que en esta ocasión se lo vamos a adelantar. Sólo le pido que

sea cual sea el resultado me garantice que mi madre no se enterará de nada. No le haré firmar ningún papel, confiaré en su palabra.

—No tengo ninguna intención en perjudicar a su madre, sólo quiero saber la verdad.

—Pero si resulta que somos hermanas...

—Ninguna de las dos podremos sentirnos hermanas. Nada nos une. Yo no necesito ninguna hermana y usted tampoco. ¿Por qué deberíamos comportarnos como si lo fuéramos aunque lo seamos?

La Hermana Dolores se comprometió a llevar a su padre al sanatorio en un par de días. Por su parte, Adela ya había localizado al laboratorio donde podían hacer con total garantía y confidencialidad el análisis de paternidad.

Dos días después se encontraron en la puerta del laboratorio. La Hermana Dolores estaba nerviosa.

—Ayer fui a casa de mis padres. Le dije a mi padre que no estaría de más que adelantáramos la analítica. Él dijo que se sentía bien y que no veía la razón de hacerse un análisis. Pero mi madre le aconsejó que me hiciera caso. Y esta mañana ha venido. Aquí tengo uno de los tubos para analizar.

Adela lo cogió con cuidado y se marchó. La esperaban en el laboratorio; allí lo único que podrían determinar era si aquel hombre no era su padre.

El tren llegó a la hora prevista, las ocho de la mañana. Habían viajado durante toda la noche. Hacía una semana que se había aprobado la Ley de Amnistía y Fernando había decidido que podía arriesgarse a regresar. Catalina se lo agradeció. Estaba cansada del largo exilio y sobre todo temía perder para siempre a Adela.

Los dos estaban nerviosos temiendo el momento de reunirse con sus madres. Las imaginaban igual que el día en que se marcharon, pero sabían que se encontrarían a dos ancianas.

Fernando temió cuando el revisor les pidió los pasaportes. Pero el hombre los

miró con indiferencia.

Adela los esperaba en el andén. No había querido que ni Isabel ni doña Asunción fueran a la estación, pero de repente, cuando el tren ya estaba parado, las vio caminar con paso decidido hacia donde ella estaba. Frunció el ceño, pero luego sonrió. Las comprendía, ¿cómo iban a permanecer esperando en casa? Llevaban treinta y seis años aguardando aquel momento.

Fernando bajó el primero para ayudar a Catalina. Vio avanzar a Adela junto a dos ancianas.

—Son ellas —susurró Catalina.

Y entonces echaron a correr. Catalina, llorando, abrazó a su madre y extendió el abrazo a su hija. Durante unos segundos, Fernando miró a Isabel y le limpió las lágrimas que le surcaban el rostro antes de envolverla en un abrazo.

Permanecieron abrazados llorando un buen rato sin encontrar las palabras que tanto habían ensayado que dirían en aquel momento.

Cuando una hora después Fernando entró en su casa, creyó retroceder en el tiempo. Todo estaba como lo recordaba. Incluso el viejo abrigo de su padre seguía en el perchero de la entrada. En el armario de su propia habitación continuaba colgada su ropa, y encima de la mesa, sus lápices afilados, sus cuadernos y el libro que estaba leyendo cuando se marchó, *Macbeth* de William Shakespeare. En un rincón debajo de la mesa, su pelota de fútbol, aquella que le había regalado su padre siendo niño.

Volvió a abrazar a su madre y pasaron buena parte de la mañana fundiéndose en abrazos intentando recuperar todos los que el tiempo les había arrebatado.

Catalina lloró al entrar en su casa. Al igual que Isabel, doña Asunción había detenido el tiempo entre aquellas paredes. La habitación de Catalina pulcramente ordenada, su cama cubierta con la colcha hecha de ganchillo por su madre. Sus muñecas, apiladas en un estante. Sus vestidos, limpios y planchados.

Suspiró pensando en que hacía treinta y seis años que llevaba sintiéndose de ninguna parte y que de repente su mundo, el que comprendía y quería, estaba allí.

Durante los días siguientes Fernando se sobresaltaba si sonaba el timbre de la casa, ya fuera porque la portera subía una carta o porque el de la tienda de ultramarinos llevaba un pedido. No podía dejar de temer que un día se presentara la policía acusándole de haber matado a dos hombres treinta y seis años atrás. Intentaba tranquilizarse diciéndose que si la Ley de Amnistía había servido para borrar las cuentas de los franquistas, también le serviría a él.

Su madre no le había pedido ninguna explicación del porqué de su ausencia durante más de tres décadas. Aguardaba a que fuera él quien escogiera el momento. Y Fernando sabía que tendría que afrontar ese momento por más que le costara. Pero ganaba tiempo. Necesitaba reencontrarse no sólo con su madre, también con los amigos de antaño, incluso con la ciudad.

Madrid había cambiado, se había convertido en una gran capital, pero sobre todo tenía que asimilar el paso del tiempo. Le sorprendía que la gente hablara tanto de futuro y tan poco de pasado. Parecían ansiosos por pasar página, por olvidarse de los cuarenta años de dictadura franquista.

Leía los periódicos con avidez y todas las noches su madre y él se sentaban a ver el telediario. Pensaba que de haber votado lo habría hecho por Santiago Carrillo, aunque ella parecía convencida de que el país necesitaba una izquierda renovada y eso era lo que representaban los jóvenes socialistas dirigidos por Felipe González.

—Yo he votado a Felipe —le dijo su madre—, creo que tu padre también le habría votado. Ya sabes que él se inclinaba por Indalecio Prieto.

Almorzaban muchos días con doña Asunción, Catalina y Adela, y también con doña Petra. Asunción mostraba su entusiasmo por Adolfo Suarez mientras que su hermana Petra se lamentaba de los malos resultados de Fraga Iribarne.

Catalina había pedido perdón a su tía por haber huido de su casa. Doña Petra estaba cerca de los noventa años y parecía temer los cambios que se habían producido en España. Pero más allá de las discusiones políticas que tenían durante las comidas, tanto Catalina como Fernando temían que la anciana preguntara por la desaparición de la pistola de su marido.

Una tarde después de la merienda, doña Petra pidió a Fernando y a Catalina que la acompañaran a casa con la excusa de que le dolía una rodilla y lo mismo se caía. Ni Isabel ni doña Asunción se extrañaron.

Cuando salieron del portal, Fernando dijo que esperaran mientras buscaba un taxi, pero doña Petra no se lo permitió.

—Iremos dando un paseo, no llueve y no hace frío.

—Pero, tía Petra, si te duele la rodilla, lo mejor es que vayamos en taxi.

—En realidad no me duele, o mejor dicho, no me duele más de lo que me dolía ayer. Quería hablar con vosotros dos a solas. No quiero que se asusten ni vuestras madres ni tampoco tu hija Adela.

—¿Asustarse? ¿De qué? —preguntó Catalina con preocupación.

—Pues de lo que hicisteis con la pistola de tu tío. Desapareciste y la pistola también. ¿Por qué?

Catalina miró a Fernando y antes de que él hablara lo hizo ella:

—La verdad es que no sabíamos lo que podía pasarnos. No teníamos dinero, tendríamos que dormir en la calle y estaríamos expuestos a cualquier cosa. Yo estaba decidida a marcharme pero tenía miedo, así que no le dije nada a Fernando y me guardé la pistola por si acaso. Y mira tú por dónde, Fernando se acaba de enterar de lo que hice.

—Pero ¿no se lo dijiste?

—No, claro que no, si lo hubiera hecho no me habría dejado, bastante discusiones tuvimos esos días. Me guardé la pistola y no me decidí a desprenderme de ella hasta que no estuvimos en un tren camino de Lisboa, en el que subimos de polizones, como ya te conté. Tiré la pistola por la ventanilla porque me di cuenta de que en realidad no la íbamos a necesitar.

Petra miró a su sobrina con desconfianza. Fernando estaba callado sin saber qué decir.

—Así que tú te acabas de enterar de que mi sobrina me quitó la pistola de mi marido, que Dios tenga en su gloria.

—Desde luego que Fernando no sabía nada, tía, me habría regañado.

Fernando asintió mientras notaba que el sudor le empezaba a empapar la nuca.
—¡Eres de lo que no hay, Catalina! Mira, Fernando se ha puesto pálido.
—Es que me ha impresionado lo que acabo de escuchar —acertó a decir él.
—Bueno, pues con las cosas aclaradas, ahora sí que me vais a llevar en taxi.

Habían quedado a las nueve en punto en la puerta del laboratorio. La Hermana Dolores había llegado media hora antes y paseaba nerviosa a lo largo de la calle. Adela llegó cinco minutos antes de la hora fijada.

Se saludaron brevemente y entraron en el laboratorio. Unos minutos más tarde las recibió uno de los técnicos que habían hecho la prueba.

—Siéntense, por favor... Bien, aquí tienen el informe. Debo decirles que la prueba no ha sido negativa, de manera que efectivamente ustedes pueden ser hermanas del mismo padre. Espero que esta confirmación sea un motivo de alegría para ustedes.

—Desde luego —afirmó Adela con rapidez viendo que la Hermana Dolores intentaba retener las lágrimas.

—Hermana, comprendo su emoción y me alegra saber que es la noticia que estaban esperando. No imaginan los problemas que hay en las familias cuando se demuestra que el progenitor ha tenido alguna aventura con consecuencias... como puede ser este caso. En fin, no se puede descartar que tengan el mismo progenitor.

Adela abonó la factura de las pruebas y salieron a la calle. Tuvo que agarrar del brazo a la Hermana Dolores porque estaba tan anonadada que no dejaba de tropezar.

—No puede ser... no puede ser... —murmuró.

—Ahora queda saber la verdad, y eso sólo lo sabe su padre.

—Mi padre es la mejor persona que conozco y él... no, él no sería capaz de violar a una mujer... Nunca ha tenido ojos para ninguna mujer que no fuera mi madre...

—Su padre se casó con su madre después de violar a la mía, así que puede ser que una vez casado no mirara a ninguna otra. Pero a mí me da lo mismo, lo único que quería era confirmar que mi madre sufrió un trauma y como consecuencia de ese trauma sufrió una desconexión que la ha llevado a creer que fue otro hombre el que la violó aquella noche.

Tuvieron que entrar en un café para que la Hermana Dolores bebiera un vaso de agua y pudiera reponerse. Adela pidió además dos cafés.

—He rezado toda la noche pidiendo a Nuestro Señor que hiciera prevalecer la verdad —dijo la religiosa, enjugándose una lágrima.

—Pues le ha hecho caso, porque eso es exactamente lo que ha pasado.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó la religiosa, mirando asustada a Catalina.

—Nada. Por lo que a usted respecta, olvídense de lo sucedido. No volverá a saber nada de mí.

—Pero... pero es que a lo mejor somos hermanas... medio hermanas... si mi padre es su padre...

—Mire, Hermana Dolores, el hecho de que hace treinta y seis años su padre violara a mi madre no hace que dejemos de ser dos extrañas. Yo no quiero volver a saber nada de usted. Aprenda a vivir con este secreto. Es lo mejor que puede hacer por usted y por ellos.

—Usted... usted le odia...

—¿Odiarle? Ni siquiera sé qué es lo que siento. No me preocupa él, me preocupa mi madre, es por ella por lo que estoy haciendo esto.

—Él... no sé lo que pasó... cometió un error... puede que no la violara, que ella... bueno, que ella le consintiera...

—¡Ni se le ocurra decir eso! Si se atreve a insultar a mi madre, a poner en entredicho que su padre es un violador que abusó de ella, entonces le juro que haré lo imposible por destruirle.

—¡No me amenace!

—¡Claro que la amenazo! ¡No dude de que la estoy amenazando!

La Hermana Dolores terminó prometiendo que guardaría aquel secreto que para ella ya se había convertido en una carga.

—Pues ofrézcale a Dios su sufrimiento —dijo Adela con ira.

—Usted y yo... bueno, somos hermanas, quizá podamos volver a vernos... — sugirió la religiosa.

—¡Nunca! ¡Nunca más nos veremos! Yo no quiero tener nada que ver ni con usted ni con su familia.

—Yo... yo no soy culpable de lo que pasó entre mi padre y su madre... Deberíamos intentar comprendernos.

—No.

Adela dio media vuelta y paró un taxi dejando a la religiosa sola en medio de la acera. Ni siquiera tuvo la tentación de mirar por la ventanilla.

Dio al taxista la dirección de un psiquiatra que le había recomendado el doctor Ward. El médico neoyorquino le dijo que había conocido al doctor Fuentes en un congreso y que le había causado muy buena impresión. Le había dado la dirección de su consulta en Madrid, que era adonde se dirigía ya que había pedido cita para esa misma mañana.

El doctor Fuentes le resultó parecido al doctor Ward aunque con unos años más. Todo en él era pulcritud. La escuchó sin hacerle preguntas hasta que ella terminó.

Adela le había contado lo imprescindible, en ningún caso había revelado que su madre durante más de tres décadas había hecho responsable de lo sucedido a Marvin Brian, el Poeta del Dolor.

—Lo más sorprendente de esta historia es que mi madre nunca ha dicho ni sugerido que la violaron. Parece creer que se entregó voluntariamente a... a ese hombre que era amigo suyo y del que estaba enamorada, y que fue quien la encontró tirada en el suelo...

—Es habitual que una persona que ha sufrido un shock traumático active un mecanismo de disociación para evitar el sufrimiento —explicó el psiquiatra—. Las vivencias traumáticas pueden provocar un cortocircuito emocional. Hay

personas que tienen una gran fortaleza interior o que poseen mecanismos psicológicos que les ayudan a plantar cara a un trauma; sin embargo, otras personas no, y lo que suelen hacer sin pretenderlo es desconectar la parte racional. Cuando el trauma es muy grande, la desconexión lo es también, pudiendo llegar a borrar el recuerdo traumático de la memoria consciente. Pero hasta que no hable con su madre no puedo hacer un diagnóstico preciso.

Acordaron que atendería a Catalina, porque si de algo estaba segura Adela era de que su madre sufriría un shock agudo cuando se enfrentara con la verdad.

Caminó hasta la plaza de la Encarnación y se sentó delante de la verja. Desde allí podía ver los primeros números de la calle Arrieta. Tenía que llevar adelante la segunda parte del plan.

Llevaba días observando al hombre que podía ser su padre. En realidad estaba segura de que lo era, no dudaba que Marvin lo había identificado.

El hombre salía a caminar a media tarde siempre apoyado en un bastón.

Cuando le vio salir del portal, le siguió durante un rato antes de abordarle.

—Buenas tardes —le dijo colocándose a su lado.

Él la miró sorprendido y un destello de inquietud afloró en su mirada.

—Buenas tardes —respondió él, intentando mostrarse indiferente.

—Quiero hablar con usted.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué?

—De lo que sucedió hace treinta y seis años en la Pradera de San Isidro.

Él se separó y la miró de arriba abajo. Una mirada repleta de desprecio.

—Hace treinta y seis años usted violó a Catalina Vilamar.

—No sea estúpida. ¿De dónde se ha sacado semejante mentira?

—Hubo un testigo.

—¿Testigo? ¿Testigo de qué?

—¿Va a negarme lo que hizo aquella noche?

—No tengo nada que negarle ni nada que hablar con usted. Márchese.

—Quiero escucharle decir la verdad. Si lo hace, le dejaré en paz para siempre; pero si se niega, le pondré una demanda y organizaré un escándalo. Usted sabrá

qué le conviene más.

—¿Una demanda? ¿Y por qué? —El hombre rio mirándola con desprecio.

—Una demanda de paternidad. Usted es mi padre. Un padre que me produce náuseas y cuyo apellido por nada del mundo querría llevar. Pero le exijo la verdad.

—¡Está usted loca!

—No, no estoy loca. Estoy dispuesta a destrozarme lo que le quede de vida, que, a juzgar por su aspecto, no creo que sea mucha. Usted elige. Si me dice la verdad, nunca más le molestaré; de lo contrario, nos veremos en los tribunales.

Se midieron el uno al otro. Sólo pudieron leer ira y odio en sus miradas.

—Hace unos días usted se hizo un análisis de sangre. Un amigo me facilitó una muestra para realizar una prueba de paternidad. Un laboratorio ha determinado que es mi padre.

Adela sostuvo la mirada del hombre. Había mentido pero estaba segura de que él era demasiado mayor para saber si efectivamente con un análisis de sangre se podía concluir la paternidad.

—¿Un análisis? Pero ¿qué dice?

El hombre ya no supo ocultar su inquietud. Se preguntó si acaso su hija le había traicionado, pero desechó el pensamiento. Era monja y era su hija. Pero ¿cómo sabía aquella mujer que se había hecho un análisis de sangre?

—¿Ya ha decidido? O la verdad o los tribunales. Tengo la prueba de que es mi padre, pero quiero escucharle contar qué pasó aquella noche.

—Su madre era... le gustaba provocar. Sabía que todos los chicos bebían los vientos por ella. Pero a ella le gustaba un americano que no le hacía ningún caso. Aquella noche bebió más de la cuenta. Coqueteaba con unos y con otros, así que un amigo y yo apostamos quién sería capaz de llegar a mayores con ella.

»Y fui yo. No dudó en venir conmigo al resguardo de los árboles. En realidad lo que Catalina pretendía era poner celoso al americano. A mí me daba lo mismo la razón de que me siguiera a lo oscuro. Estaba tan borracha que ni se daba cuenta de que la estaba desnudando. Soy un hombre, siempre lo he sido, así que

llegamos a un punto en el que, aunque ella empezó a resistirse y a gritar, yo no paré. ¿Por qué habría de hacerlo? Ninguna chica decente habría bebido como lo hizo ella y mucho menos coquetear con todos. Así que se mereció lo que pasó. Lloraba, pero estoy seguro de que disfrutó con lo que le hice.

—Lo que hizo fue violarla —afirmó Adela, haciendo un esfuerzo para no alterar el tono de voz.

—Lo que hice es lo que hacen los hombres cuando una chica no es decente y no sabe defender su virtud. Una mujer borracha sabe a lo que se expone.

—Así que admite que la violó.

—Lo único que admito es que me la llevé detrás de los árboles y que hice lo que tenía que hacer.

—Usted mismo ha dicho que ella gritó y se resistió —le recordó Adela.

—Cualquier chica sabe a lo que se expone si se va con un hombre a un sitio oscuro. De manera que ¿por qué tenía yo que parar?

—La violación tuvo consecuencias. Yo.

—Eso lo dirá usted. Ella se marchó, desapareció con un americano que vivía en casa de un chico del barrio. Lo que hiciera con él a mí no me importa. No voy a asumir que usted es mi hija. Si usted y su madre pretenden que les dé dinero, ya puede irse por donde ha venido. No les daré ni un duro.

—¿Dinero? ¿De verdad cree usted que buscamos su dinero? —replicó Adela—. No ha entendido nada. Bien, dejemos las cosas claras. Usted me ha confirmado que violó a mi madre, es lo único que quería saber.

—Yo no la violé... ella vino conmigo voluntariamente... que luego se arrepintiera y empezara a gritar... ¡Menuda puta hipócrita!

Durante un segundo el hombre no pudo moverse. Aquella mujer le había cruzado el rostro con el dorso de la mano. El golpe le había desconcertado.

—Si vuelve a insultar a mi madre lo pagará caro.

Adela se abrió la chaqueta y el hombre pudo ver que llevaba un magnetofón pequeño pegado al cuerpo.

La miró alarmado.

—¿Me ha grabado? —preguntó con el rostro lívido.

—Desde luego. Y no creo que a su esposa le guste escuchar esta grabación. Sin embargo, puede que al juez le resulte interesante.

—¿Qué quiere? Dígame cuánto quiere...

—No vuelva a cruzarse en nuestras vida. Nunca, ¿me oye? Nunca.

Se dio la vuelta y dejó al hombre tambaleándose mientras se llevaba la mano al corazón. Escuchó un ruido. Pero no se volvió. Alguien gritó que un hombre estaba en el suelo.

Una vez en casa de su abuela, Adela telefoneó al doctor Fuentes y le pidió que estuviera dispuesto a acudir allí en cualquier momento. A continuación llamó a su tía Petra para que también estuviera presente, además de a Isabel y Fernando. Todos habían aceptado creyendo que Adela lo único que pretendía era organizar una tarde de charla y merienda.

Doña Asunción estaba sirviendo café cuando Adela decidió que había llegado el momento.

—Si he querido que estemos todos es porque tengo que decir algo muy importante y muy doloroso. Mamá..., lo siento... lo siento mucho...

Catalina sintió un escalofrío. El tono de voz de Adela la asustaba.

—Pero... ¿qué sucede? ¿Te pasa algo, hija? —preguntó mientras le comenzaba a temblar el labio inferior.

—Hace un mes fui a ver a Marvin Brian.

—¡A Marvin! No comprendo... —Catalina parecía confundida.

—Sara Wilson me consiguió una entrevista. Fui a verla en Nueva York. Después de que te plantaras en la Academia Francesa, Marvin regresó a Nueva York. Tenía programada una operación de corazón. Sara acompañaba a Farida, pero logré hablar con ella.

—¿Que has estado con Sara, dices? No es posible...

—Hablamos y no sé por qué al final decidió ayudarme. Me dijo que no me prometía nada, pero que intentaría conseguir una entrevista con Marvin.

»Verás, mamá, mi periódico me había encargado que le entrevistara, pero no sólo eso, querían que escribiera una historia sobre la mujer desconocida que le perseguía por todo el mundo. Tú. Puedes imaginar lo mal que me sentí. Tomé una decisión, teníamos que acabar con esta situación, por ti, por mí, por todos. Nunca has aceptado que Marvin me resultara indiferente y que no tuviera ningún interés en que reconociera que era mi padre.

»Al cabo de unos días Sara me llamó y me dijo que Farida y Marvin me recibirían. Fui a su apartamento de Nueva York. Me recibió Farida y tuvimos una conversación que... bueno, fue esclarecedora. Aun así, firmé un documento de confidencialidad. Si trascendía o hacía uso de lo que me contara, tendría que indemnizarles con diez millones de dólares. Además, sus abogados harían lo imposible por meterme en la cárcel.

»Firmé. De manera que si alguno de vosotros dice una palabra me estaréis enviando a la cárcel, porque es evidente que no dispongo de diez millones de dólares...

—Pero ¡qué estás diciendo! No comprendo nada... —A Catalina le temblaban las manos, además del labio.

—A Marvin Brian le hirieron aquí cuando le llevaron al Frente para hacer de traductor de unos periodistas norteamericanos.

—Eso ya lo sabemos —la interrumpió Fernando.

—Pero lo que no sabéis es que las heridas le castraron.

—¿Qué estás diciendo?

—Que fue herido en los genitales y que a resultas de la operación perdió parte de ellos. Que no puede tener hijos porque, aunque quisiera, no podría tener siquiera una erección. Lo que estoy diciendo es que Marvin Brian no es mi padre porque no puede ser padre ni mío ni de nadie.

Catalina se puso en pie delante de su hija. Parecía como si fuera a pegarle.

—¡Me estás acusando de mentir! ¿Crees que me he inventado que Marvin es tu padre? ¡Cómo te atreves a insultarme de esta manera!

—No, no te has inventado nada, al menos no lo has hecho conscientemente.

Según me han explicado dos psiquiatras, uno en Nueva York y otro en Madrid, cuando una persona sufre una agresión sexual puede llegar a disociar lo que ha vivido como un mecanismo de autoprotección, de defensa. Es la manera que se tiene para poder hacer frente al trauma, para poder seguir viviendo. Lo consigue aislando los recuerdos.

—¡Y todo eso te lo han dicho dos psiquiatras! —Catalina estaba cada vez más alterada.

—Sí, mamá, eso es lo que me han contado dos reconocidos psiquiatras. Eso es exactamente lo que te ha sucedido a ti. Te violaron y tu reacción fue negar la existencia de esa violación provocando una desconexión.

—¡Marvin miente! ¡Te ha engañado! —gritó Catalina.

—No, no lo ha hecho. Te lo aseguro. De verdad que lo siento...

—¿Has dicho que a tu madre la violaron? —preguntó Fernando muy serio, con el gesto descompuesto.

—Sí, así fue. Marvin cree saber quién lo hizo. Estabais en la Pradera de San Isidro y él fue a refugiarse entre los árboles porque tenía ganas de vomitar. Observó a una pareja tumbada en el suelo. Ella gritaba. Él se acercó y entonces vio a un chico encima de mi madre, ella pedía ayuda... El que la estaba violando, al oír acercarse a alguien, se puso en pie y abrochándose los pantalones echó a correr. Marvin encontró a mi madre con la falda desabrochada, las medias rotas, las bragas medio bajadas. Lloraba y estaba en estado de shock. La intentó ayudar a levantarse, pero ella no podía moverse. Como él tampoco se sentía demasiado bien se quedó unos minutos intentando que se calmara. Entonces llegaste tú, Fernando, y les viste. Creíste que mi madre se había dejado seducir por Marvin, que había sido una relación consentida, porque les viste sentados en el suelo, ella con la ropa desgarrada, atontada, y él con ella en brazos.

Fernando cogió de la mano a Catalina, que estaba temblando. Doña Asunción, Isabel y doña Petra estaban calladas, no se atrevían a moverse por el impacto de la narración de Adela.

—¿Quién fue? ¿Quién lo hizo? —preguntó Fernando, temiendo la respuesta.

Adela sacó el magnetofón y lo encendió. Durante unos segundos guardaron silencio escuchando la voz de aquel hombre que confesaba su delito. Los temblores de Catalina se hicieron más intensos.

—Antoñito Sánchez, el hijo de don Antonio. Él violó a mi madre.

—¡¡¡NO... NO... NO!!! —Los gritos de Catalina retumbaron.

Se había puesto de pie, pero de repente cayó desmayada al suelo. Fernando fue el primero en ayudarla. Catalina tardó unos segundos en abrir los ojos y se encogió en postura fetal mientras lloraba lanzando pequeños gritos de angustia.

Adela se dirigió al teléfono. Llamó al doctor Fuentes y le pidió que fuera de inmediato, tal y como habían acordado.

Fernando logró levantar a Catalina, que se negaba a moverse. La tumbó en el sofá mientras doña Petra insistía en que bebiera agua. Doña Asunción estaba conmocionada y, agarrada a la mano de su hija, lloraba. En cuanto a Isabel, miraba preocupada no sólo a Catalina sino a Fernando, que también parecía estar sufriendo una conmoción.

La única que hacía alarde de una serenidad que en realidad no sentía era Adela. Pero sabía que no tenía otra opción. El doctor Fuentes le había advertido de la reacción que podía tener su madre.

Cuando el psiquiatra llegó, Catalina sufría convulsiones, seguía llorando y murmuraba palabras ininteligibles.

El doctor le puso una inyección que al cabo de un rato la calmó y la dejó adormilada.

—Tenemos que llevarla al hospital —afirmó.

—Pero ¿por qué? —preguntó doña Asunción angustiada.

—¿Es usted su madre? —quiso saber el doctor Fuentes, mirando con pena a aquella mujer entrada en años.

—Sí...

—Su hija necesita tratamiento para poder afrontar lo que Adela les ha contado. Durante años ella se defendió del trauma sufrido alcanzando un estado

de disociación. Presenta un cuadro de amnesia disociativa, lo que le ha impedido recordar lo que le sucedió la noche en que la violaron. Tiene que curarse y para ello debe aceptar la verdad, pasar del dolor a la aceptación para poder superarlo. No será fácil, pero la ayudaremos a que lo consiga.

—¿Dónde la va a llevar? —insistió doña Asunción, temiendo por su hija.

—A un hospital, al menos durante unos días. Después volverá a casa y podrá seguir el tratamiento que la ayude a seguir afrontando la realidad. Pero ahora tenemos que llevarla al hospital. Llamaré a una ambulancia.

—No... por favor... permítame que la lleve yo... ¿Tiene coche? —preguntó Fernando.

—Sí... —respondió el doctor Fuentes.

—Le ruego que la lleve en su coche. Yo la bajaré e iré con ella. Una ambulancia... sería peor... de eso estoy seguro.

Habían pasado varios días desde que ingresaron a Catalina. Días en los que Fernando sentía el vacío de su ausencia. Días en los que había más silencios que palabras.

Aquella tarde de domingo Fernando estaba leyendo mientras Isabel hacía que leía, pero en realidad le observaba. No le costaba reconocer en aquel hombre con el cabello salpicado por las canas y las arrugas en la comisura de los labios al niño que fue. Sabía que su hijo sufría. El día anterior le había llamado Sara, la dueña de la librería. Al parecer estaba en Alejandría. No sabía qué le había dicho, sólo que a Fernando se le había endurecido el rostro hasta formar una máscara.

Cuando le preguntó si acaso Sara le había dado alguna mala noticia, él evitó la respuesta y sin decirle nada se puso el abrigo y se marchó. Tardó un par de horas en regresar. No dijo adónde había ido y ella supo que no debía preguntar porque el sufrimiento que se había adueñado del rostro de su hijo no necesitaba de palabras. Desde entonces apenas hablaba y decía no tener apetito.

Temía que él regresara a París, pero sobre todo que lo hiciera sin explicarle por qué se fue treinta y seis años atrás.

Llevaba días resuelta a preguntarle, pero las palabras se le enmudecían en la garganta. Decidió que no podía seguir esquivando la conversación por más que le preocupara el estado de ánimo de su hijo.

—Dime la verdad, Fernando, ¿te fuiste sólo por ayudar a Catalina para que sus padres no tuvieran que avergonzarse de su embarazo? Si me vas a mentir, no respondas. No te diré que me debes la verdad, pero me gustaría que no quedara ninguna sombra entre nosotros y, sobre todo, poder comprenderte. Ha sido tan dura e incomprensible tu ausencia... el que no me permitieras saber dónde estabas, dónde vivías...

Él la miró fijamente a los ojos y le tendió la mano para que se sentara a su lado.

—Te diré la verdad. Me cuesta hacerlo, madre, me cuesta porque temo hacerte daño y que no me comprendas. Pero lo haré y te pido que me perdones por lo que hice y por mi ausencia.

Isabel le apretó la mano e intentó esbozar una sonrisa animándole a que hablara.

—Me fui porque maté a dos hombres, a dos de los asesinos de mi padre. ¿Recuerdas a Roque Pérez, aquel guardia malencarado de la prisión? Fue el que pisó las gafas de padre cuando se le cayeron, el que no le daba nuestras cartas, el que se burlaba de los presos. Su hijo el militar, Saturnino, formaba parte de los batallones de fusilamiento. Yo... sentía un odio que no podía controlar. Habían asesinado a padre, le habían asesinado por ser leal a la República. Cada día que pasaba les odiaba más y más. No sólo no se contentaban con haberse alzado contra la República, sino que, una vez ganada la guerra, se dedicaron a vengarse de los perdedores con una crueldad inusitada. Si habían ganado, ¿para qué necesitaban que corriera más sangre? Eso me enfurecía y necesitaba vengar la muerte de padre.

La mirada de su madre le revolvió el alma. Le puso los dedos en los labios

para que no le interrumpiera, no hasta que acabara.

—Si te hubiera dicho que iba a vengarme no me lo habrías permitido. Habrías intentado convencerme de que no lo hiciera y yo te habría obedecido. Por eso no te lo dije, madre.

»Catalina y Eulogio sabían lo que iba a hacer y fue ella quien me dio la pistola de su tío, pero me exigió a cambio que la llevara conmigo. Me resistí, pero ella no daba su brazo a torcer y al final accedí. Ya te he contado cómo nos subimos al tren de Lisboa, cómo llegamos a Alejandría, los años en París... Ahora ya sabes por qué me marché y por qué no te escribía ni quería que supieras dónde estaba... Tenía miedo de que me relacionaran con la muerte de Roque y Saturnino Pérez... de que me mandaran detener... que volvieras a sufrir otra pérdida, primero el marido, después el hijo. Pero no sólo he matado a esos dos hombres... He matado a dos más. A un miembro de la Gestapo y a un criminal nazi. Las circunstancias en que me encontré me obligaron a ello. Perdóname, madre, perdóname.

Isabel se había quedado inmóvil como si los movimientos y los sonidos se hubieran congelado en su cuerpo. Tardó unos segundos en reaccionar.

—«Tú no matarás, Fernando, tú no matarás.» ¿Lo recuerdas? Tu padre te dijo que ningún hombre vuelve a ser el mismo después de haber matado a otro hombre, aunque sea por una causa justa. Tu padre no quería que tuvieras que vivir con eso... con el peso de las vidas arrebatadas a otros. «Tú no matarás», te decía cuando regresaba del Frente. ¡Dios mío, cuánto hubiera sufrido de haber sabido lo que hiciste!

Rompieron a llorar el uno junto al otro, sin abrazarse, sin saber cómo consolarse. Después Isabel se limpió las lágrimas con un pañuelo y acarició el rostro de su hijo.

—Madre, no ha habido ni una sola noche en que no se me hayan aparecido los rostros de Roque y Saturnino Pérez. Desde aquel día no he tenido paz.

—Lo comprendo. Te pesa lo que hiciste.

—No... no... No me arrepiento...

Pero ella negó con la cabeza. Sabía que la conciencia existe aunque no queramos saber nada de ella.

—Te perdono, hijo. Yo te perdono. Pero te pido que algún día le pidas perdón a Dios.

—No soy creyente, madre; padre tampoco lo era.

Ella asintió.

—Aun así... algún día hazlo, Fernando.

Se levantó y le dejó solo en la habitación. Ambos necesitaban un momento de soledad.

Fernando quería quitarse de la cabeza las palabras que su padre pronunció y que ahora le recordaba su madre: «Tú no matarás, Fernando, tú no matarás».

Roque y Saturnino le volvieron a visitar durante la noche, agitando su sueño. Al amanecer se despertó bruscamente sintiendo una opresión en el pecho. Pero permaneció quieto.

Al cabo de un rato se levantó a beber agua y escuchó un murmullo que salía de la habitación de su madre.

—¿Madre? ¿Te encuentras bien?

Abrió la puerta y la encontró tirada en el suelo con los ojos abiertos. Gritó, luego se agachó y la cogió en brazos para tumbarla sobre la cama. Se tranquilizó cuando la escuchó hablar:

—No me encuentro bien... tengo mucho dolor de estómago, ganas de vomitar... Quería ir a la cocina, pero me he caído y no me podía levantar.

—No te preocupes, te prepararé una manzanilla que te sentará el estómago. Quédate quieta, ahora vengo.

Fue a la cocina y puso a hervir un poco de agua. Luego buscó en el cajón donde su madre guardaba las infusiones. Preparó la taza con un poco de azúcar.

Cuando regresó a la habitación su madre seguía en la misma postura en que la había dejado, inmóvil, con los ojos abiertos mirando a la nada. Fernando dejó caer la taza al suelo y se acercó a la cama. Se sentó junto a ella y le cerró los ojos; luego colocó la cabeza en su regazo y permaneció así sintiendo cómo se iba

desvaneciendo el calor del cuerpo de su madre.

Lloró mientras le hablaba. Mientras le pedía perdón.

No le hizo falta que más tarde el médico le dijera que el corazón de su madre se había quebrado. Él había sido el causante. Había sido él quien la había matado al confesarle sus crímenes del pasado. Ahora tenía que añadir a su lista una nueva víctima.

Por un instante deseó creer en Dios porque de esa manera su madre estaría reuniéndose con su padre. Pero la razón le impidió aliviar el dolor.

La enterraron al día siguiente. No se lo dijeron a Catalina porque no habría podido soportarlo y mucho menos ver llorar a Fernando.

Él se encerró en casa, incapaz de hablar, de dejarse consolar.

No se atrevía a cerrar los ojos porque veía la muerte en el rostro de su madre y luego retumbaban las palabras de su padre: «No matarás, tú no matarás».

Tuvo que ser Adela quien le obligara a regresar a la realidad. Se presentaba en su casa todos los días y se quedaba junto a él en silencio hasta que poco a poco logró arrancarle palabras. Y una mañana, cuando ella fue a buscarle para dar un paseo, él se lo dijo:

—Regreso a París.

Adela le pidió que esperara a que Catalina saliera del hospital y que en caso de que su madre quisiera irse con él a París, la convenciera de que su sitio estaba en Madrid.

—Necesita que la cuiden, mi abuela y mi tía lo harán, y yo también. He decidido quedarme en Madrid. Escribiré sobre España para el periódico. Ya he llegado a un acuerdo.

Fernando aceptó y aguardó paciente hasta el día en que Adela le anunció que el doctor Fuentes iba a dar el alta a Catalina.

Fernando fue a buscarla al hospital. Catalina había pedido que fuera solo. Quería hablar con él sin nadie delante.

La encontró vestida y hablando con el doctor Fuentes.

—Ya hemos quedado en que nos veremos dos días a la semana en la consulta. Pero está muy bien, por eso puedo darle el alta.

Ella sonrió con desgana, pero asintió. Había adelgazado y por efecto de la medicación parecía que se le perdía la mirada.

Se agarró del brazo de Fernando. Caminaron hasta el ascensor y no sonrió hasta que no dejaron atrás las puertas del hospital.

—De nuevo juntos... —dijo ella.

—No puede ser de otra manera —respondió él.

—Quería decirte una cosa... no sé si te enfadarás...

—¡Claro que no! Puedes decirme lo que quieras.

—Es que... he pensado mucho... no sólo en lo que ha sucedido sino que con el doctor he repasado toda mi vida y... bueno, he tomado una decisión...

—Quieres quedarte en Madrid. No regresarás a París conmigo, ¿es eso?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco tan bien como tú me conoces a mí. Y lo comprendo. Haces bien. Aquí está tu madre, tu tía... Ellas te cuidarán. Necesitas que te cuiden, necesitas una familia. Adela es feliz porque por fin tiene una familia, adora a su abuela y a su tía abuela. Ha hecho muy buenas migas con Petra.

—Pero ¿y tú? No quiero que te vayas, Fernando.

—Tengo que irme, Catalina, no me queda nada aquí. Tengo ya muchos años, no encontraría trabajo. ¿De qué viviría?

—Quédate, Fernando... Yo... yo no sé si sabré vivir sin ti.

—Tendremos que aprender los dos a vivir el uno sin el otro. Dentro de unos meses ya no me echarás de menos. Tienes a tu madre, a tu tía, a tu hija...

Media hora después, doña Asunción abrió la puerta de casa y abrazó a Catalina. Las dos hicieron un esfuerzo por contener la emoción. Adela también la abrazó y doña Petra pugnaba por hacer lo mismo.

Adela se había encargado de cocinar «un plato francés».

Rieron y disfrutaron de la comida, pero sobre todo se sentían aliviados al ver

que Catalina había regresado desde las sombras del trauma que había padecido durante tantos años.

Después del almuerzo Fernando hizo ademán de despedirse.

—Tengo que cerrar la maleta, el tren sale a las siete. Menos mal que la estación está cerca —dijo.

Catalina se acercó y le abrazó con desesperación.

—No te vayas... Por favor, quédate aquí, no lo podré soportar...

A doña Asunción se le escapó una lágrima y doña Petra hizo un esfuerzo para no llorar.

—No puedo... sabes que no puedo... Allí tengo la librería... Algún día será mía, sabes que llegué a un acuerdo con Sara...

—¡Por favor, te lo pido! —Catalina se había agarrado a él con tanta fuerza que Fernando no era capaz de despegarla de su cuerpo.

—Vendré a verte y tú irás a verme a París... Podríais venir todas... Eso es... venid todas...

—¡Fernando, no te vayas!

—¡Por favor, mamá! ¡No se lo hagas difícil! —le rogó Adela a Catalina.

—Tengo que decirte algo... yo... no te lo he dicho esta mañana, pero te lo digo ahora... Podemos casarnos. Quédate. Nos casaremos y seguiremos juntos. Es lo que siempre has querido, y yo no lo sabía, pero sólo te he querido a ti... — Catalina aguardó expectante esbozando una sonrisa.

Fernando se quedó inmóvil. No se sentía capaz de pensar, de hablar, casi ni de sentir. Llevaba toda su vida esperando que Catalina le dijera que le quería. Pero aquellas palabras ya no suponían nada para él. Habría dado media vida por haberlas escuchado años atrás, pero ahora cuando la miraba sólo sentía una profunda ternura por ella. La quería con toda su alma, pero era un amor en el que ya sólo habitaba la ternura.

—Nos veremos pronto, te lo prometo. —Fue todo lo que se sintió capaz de decir.

—Entonces... ¿has terminado conmigo? —musitó Catalina.

—No, eso nunca, no puedo terminar contigo porque sería tanto como terminar conmigo mismo. Ahora debo regresar a París, te prometo que nos veremos pronto. Te llamaré todos los días por teléfono.

Salió del comedor mientras escuchaba el llanto desesperado de Catalina.

—¡Dios mío, qué he hecho todos estos años! ¡Cómo he podido hacer lo que le he hecho a Fernando!

—Mamá, cálmate... Deja que se vaya a París... Fernando te quiere, no ha querido a nadie en su vida más que a ti... Pero él también necesita recomponerse por dentro como lo has hecho tú, como lo he hecho yo. Lo que ha pasado es difícil para todos, ¿cómo crees que me siento yo? Durante años he creído que Marvin era mi padre mientras quería que mi padre fuera Fernando, y mi padre ha resultado ser alguien por el que sólo siento desprecio. Hoy estoy perdiendo al padre que siempre quise tener.

Adela se dio la vuelta para que su madre no la viera llorar. Sabía que ambas habían perdido a Fernando para siempre.

Fernando estaba cerrando la maleta cuando Adela llamó al timbre.

—Te acompañaré a la estación —le dijo sin darle opción a protestar.

—¿Y tu madre?

—Mi abuela y mi tía intentan tranquilizarla.

—Deberías haberte quedado con ella.

—Necesitaba estar contigo, despedirme de ti... Tengo miedo, Fernando, miedo de que te vayas para siempre. Dime la verdad, ¿por qué vuelves a París?

—Porque aquí no me queda nada y en París me aguardan unos cuantos poetas por descubrir. En Madrid no tendría de qué vivir; en París tengo la librería Rosent, que algún día será mía. Pero aunque no fuera así, lo mismo da, allí puedo seguir editando poesía. Sara me necesita, es muy anciana.

—La quieres mucho.

—Sí, me ha cuidado como una madre, pero lo ha hecho sin imponerse, sin que me diera cuenta. Siempre me ha protegido. Desde que se murió Benjamin no

tiene a nadie, sólo le quedo yo.

—¿Sabes?, puede que te moleste lo que te voy a decir, pero he estado pensando que quizá hayas decidido irte por Zahra... Sé que es muy importante para ti.

Fernando acarició el rostro de Adela antes de responder.

—Zahra ha muerto... hace unos días. Sara me llamó desde Alejandría para decírmelo. Un ataque al corazón.

—Yo... no sabía que estuviera enferma...

—Padecía del corazón. Prohibió a Sara que me dijera nada. Así que ya ves que no dejo a tu madre por ninguna mujer, si es eso lo que te preocupa.

—Lo siento. —Adela bajó la mirada.

—No te excuses, no tienes por qué —dijo él.

—Mi madre te quiere, Fernando, siempre te ha querido, pero estaba enferma, todos estos años ha estado enferma sin que ella lo supiera, sin que nosotros nos hubiéramos dado cuenta. Nunca les perdonaré a Marvin y a Farida que permitieran que mi madre destruyera su vida, la tuya y casi la mía.

Pero él no respondió. Se limitó a cerrar la maleta.

El tren esperaba en el andén mientras los pasajeros terminaban de subir buscando sus compartimentos. Adela le ayudó a colocar la maleta, luego se agarró de su brazo.

Cuando escucharon el primer pitido anunciando la salida se abrazaron y Adela rompió a llorar.

La ayudó a bajar al andén, luego subió y se colocó junto a la ventanilla para decirle adiós. Se cogieron de las manos. El tren se puso en marcha y Adela intentó retener unos segundos más la mano de Fernando.

—Dime la verdad, no me mientas, ¿algún día volverás?

—No... no volveré... Moriré en París.

Glosario de hechos históricos

Abwehr: organización de la inteligencia militar alemana que operó desde 1921 hasta 1944.

Afrika Korps: fuerzas militares alemanas desplegadas en África durante la Segunda Guerra Mundial comandadas por Erwin Rommel hasta febrero de 1943, cuando fue reemplazado por Hans-Jürgen von Arnim.

Ataque a Alejandría: asalto de la Marina italiana con dos torpedos tripulados a dos naves de la Marina Real británica atracados en el puerto de Alejandría, que tuvo lugar el 19 de diciembre de 1941.

Ataque a Pearl Harbor: golpe militar de la Armada Imperial japonesa contra la base naval estadounidense de Pearl Harbor (Hawái) llevado a cabo el 7 de diciembre de 1941, que supuso la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

Batalla de El Alamein: enfrentamiento militar que tuvo lugar entre el 23 de octubre y el 4 de noviembre de 1942, que supuso el inicio de la retirada de las tropas alemanas del norte de África.

Batalla de las Ardenas: ofensiva alemana llevada a cabo entre diciembre de 1944 y enero de 1945 en la región belga de las Ardenas, que terminó con la victoria de las fuerzas aliadas.

Batalla de Stalingrado: enfrentamiento bélico entre el Ejército Rojo de la Unión Soviética y las fuerzas armadas de la Alemania nazi por el control de la ciudad de Stalingrado, conocida en la actualidad como Volgogrado. Se llevó a cabo entre agosto de 1942 y febrero de 1943, y finalizó con la derrota del

Ejército alemán.

Brigada Lincoln: organización de voluntarios estadounidenses que lucharon a favor de la Segunda República Española durante la Guerra Civil.

Bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki: ataques nucleares a estas ciudades japonesas efectuados el 6 y el 9 de agosto de 1945 y ordenados por el presidente Truman, que motivaron la rendición de Japón en la Segunda Guerra Mundial.

Buchenwald: campo de concentración situado cerca de la ciudad alemana de Weimar que estuvo en funcionamiento desde julio de 1937 hasta abril de 1945.

Checa: centros instalados en la zona republicana durante la Guerra Civil utilizados para interrogar, torturar y ejecutar a sospechosos de colaborar con el bando franquista.

Cirenaica: región de África que comprende una meseta de alrededor de ciento treinta kilómetros de ancho y que transcurre por la costa nordeste de Libia.

Conferencia de Potsdam: reunión que tuvo lugar en esta ciudad alemana en 1945, donde se dieron cita los jefes de Gobierno de la Unión Soviética (Iósif Stalin), el Reino Unido (Winston Churchill, a quien sucedió Clement Attlee) y Estados Unidos (Harry S. Truman) para decidir cómo se administraría Alemania tras su rendición.

Conquista de Trípoli: liberación en enero de 1943 de la ciudad de Trípoli (Libia) de la dominación italiana y posterior ocupación por parte de las fuerzas británicas.

FFI (Fuerzas Francesas del Interior): organizaciones clandestinas de carácter militar integradas por miembros de la Resistencia, que apoyaban a las fuerzas aliadas en Francia.

Gestapo: policía secreta oficial de la Alemania nazi.

Instauración de la República en Egipto: golpe de Estado que forzó la abdicación del rey Faruk I en 1952 y situó en la presidencia del país al coronel Gamal Abdel Nasser.

«Kyrie Eleison»: una de las oraciones más antiguas de la liturgia cristiana, también denominada «Señor, ten piedad».

Ley de Amnistía: legislación que entró en vigor en España en octubre de 1977, que concedió la amnistía a los presos políticos encarcelados por el franquismo.

Liberación de París: entrada de las fuerzas aliadas en París en agosto de 1944 y posterior liberación del dominio nazi.

Línea Sigfrido: línea defensiva alemana de alrededor de seiscientos treinta kilómetros de longitud, que discurría entre la ciudad alemana de Cléveris, en la frontera con los Países Bajos, y finalizaba en Weil am Rhein, en la frontera suiza.

Masacre de Lídice: asesinato de 340 habitantes de esta localidad de la República Checa como represalia por el atentado contra el dirigente nazi Reinhard Heydrich.

Mayo del 68: revuelta llevada a cabo en París por parte de grupos estudiantiles de izquierdas, que fue secundada por gran parte de la clase trabajadora.

Ocupación de Francia: ocupación del país por parte del Ejército alemán tras la derrota de los ejércitos aliados en Francia que se extendió desde junio de 1940 hasta diciembre de 1944 y dividió el país en dos zonas. El norte y el oeste fueron tomados por las fuerzas de Hitler, recibiendo la denominación de Zona Ocupada, mientras que el sur quedó sometido a un gobierno colaboracionista, con sede en Vichy, conocido habitualmente como Zona Libre.

Organización Todt: grupo de ingeniería civil y militar del Tercer Reich, fundada por Fritz Todt, un alto cargo nazi, fundamentada en el uso del trabajo forzado.

Panzer: tanque alemán empleado en la Segunda Guerra Mundial.

Pogromo: exterminio de un grupo étnico, religioso o de cualquier otra índole, que incluye el expolio de todos sus bienes. Este término se ha empleado sobre todo para referirse a los actos de violencia contra las comunidades judías.

Primeras elecciones democráticas españolas: primeros comicios libres que se

celebraron en España desde la Segunda República y después de la dictadura de Francisco Franco. Fueron convocadas por el presidente Adolfo Suárez y celebradas el 15 de junio de 1977.

Protectorado británico de Egipto: ocupación del país por parte del Imperio británico desde 1882 hasta 1953.

Raqs Sharqi: modalidad de danza del vientre que se desarrolló en Egipto durante la primera mitad del siglo xx.

SA (Sturmabteilung): organización del Partido Nacionalsocialista alemán que jugó un importante papel en la ascensión de Adolf Hitler al poder.

Servicio de Trabajo Obligatorio (STO): organización que reclutaba de forma obligatoria a trabajadores en la Francia ocupada para trasladarlos a Alemania, donde eran explotados y hacinados en campos de trabajo.

SS (Schutzstaffel): principal agencia de investigación y de seguridad de la Alemania nazi, que operaba también en la Europa ocupada hasta el término de la Segunda Guerra Mundial. De ella surgieron los principales cerebros del Holocausto.

Tratado de París: acuerdo internacional firmado en 1947 por representantes de los países vencedores de la Segunda Guerra Mundial y de los antiguos aliados del Eje (sin incluir Alemania), con el objetivo de resolver los conflictos territoriales que existían en Europa tras el conflicto.

Tratado de Versalles: tratado de paz ratificado en 1919 que marcó el fin oficial de la Primera Guerra Mundial.

Wehrmacht: nombre que recibían las fuerzas armadas unificadas de la Alemania nazi.

Yom Kippur: festividad judía que se celebra durante diez días para conmemorar el día de la Expiación.

Glosario de personajes históricos

Alexander, general Harold: comandante en jefe de las tropas aliadas en el norte de África y Oriente Medio durante la Segunda Guerra Mundial.

Alí, Mehmet: gobernador de Egipto entre 1805 y 1848.

Auchinleck, Claude: comandante del Ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial destinado al norte de África entre julio de 1941 y agosto de 1942.

Bauer, Fritz: fiscal general de la República Federal de Alemania que impulsó los procesos de Auschwitz.

Dannecker, capitán Theodor: capitán de las SS responsable del Informe Dannecker, que señalaba a los judíos que residían en la Francia ocupada.

Forster, Edward Morgan: escritor inglés nacido en 1879, que residió en Alejandría durante la Primera Guerra Mundial adonde llegó como voluntario de la Cruz Roja. En 1922 publicó *Alejandría*, una obra fascinante sobre la historia de la ciudad y, al mismo tiempo, la mejor guía posible para descubrirla.

Friedman, Tuviah: director del Instituto para la Documentación de los Crímenes de Guerra Nazi en Haifa (Israel) tras la Segunda Guerra Mundial. Su aportación fue clave en la captura del dirigente nazi Adolf Eichmann.

Gerke, Ernst: jefe de la Gestapo en Praga y alto cargo de las SS durante la Segunda Guerra Mundial.

Goebbels, Joseph: ministro del Tercer Reich entre 1933 y 1945, y uno de los colaboradores más cercanos de Adolf Hitler.

Graziani, mariscal Rodolfo: militar italiano del régimen fascista de Mussolini que ejerció como gobernador colonial del África Oriental Italiana y Libia, conocido por las masacres que ordenó en estos territorios.

Heydrich, Reinhard: oficial nazi de alto rango y uno de los principales responsables del Holocausto, que fue asesinado por un comando checoslovaco en Praga en mayo de 1942.

Himmler, Heinrich: alto cargo del Ejército nazi, encargado de la construcción y supervisión de los campos de exterminio.

Koch, Karl Otto: oficial de las SS que comandó cuatro de los principales campos de concentración de la Alemania nazi.

Montgomery, Bernard Law: mariscal de campo británico, conocido también como el «General Espartano», que combatió durante la Segunda Guerra Mundial en Francia hasta que en 1942 fue destinado al norte de África, donde lideró las tropas aliadas en la batalla de El Alamein y derrotó al Ejército alemán, comandado por el general Erwin Rommel.

O'Connor, general Richard: oficial que comandó las fuerzas del Ejército británico durante la campaña de África del Norte y que frenó el avance de las tropas del Eje.

Paulus, Friedrich: general del Ejército alemán que dirigió la frustrada invasión a la ciudad de Stalingrado.

Pétain, mariscal Philippe: general colaboracionista francés que ejerció como jefe de Estado del régimen de Vichy en la Francia ocupada.

Rey Faruk I: rey de Egipto entre 1936 y 1952, que fue obligado a abdicar por el golpe de Estado del Movimiento de Oficiales Libres que lideraba Gamal Abdel Nasser.

Rommel, Erwin: mariscal del Ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial, que recibió el apodo de «Zorro del Desierto» por su habilidad a la hora de comandar las fuerzas del Afrika Korps durante la campaña del norte de África.

Sehn, Jan: abogado polaco que fue miembro de la Comisión para la

Investigación de los Crímenes de Guerra Nazis y que lideró las investigaciones en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau.

Vaernet, Carl: médico que experimentó con crueles métodos para erradicar la homosexualidad con los prisioneros del campo de concentración de Buchenwald.

Von Arnim, general Hans-Jürgen: militar del Ejército nazi que lideró el Afrika Korps desde diciembre de 1942 hasta su captura en mayo de 1943 por parte del Ejército británico.

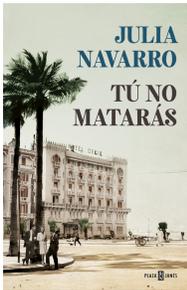
Von Rundstedt, mariscal Gerd: mariscal de campo de las tropas nazis en la Segunda Guerra Mundial.

Wavell, Archibald: Alto Mando de las tropas británicas en la campaña del norte de África, que fue derrocado por el Ejército nazi al mando de Erwin Rommel.

Wiesenthal, Simon: expreso del campo de concentración de Mauthausen que dedicó la mayor parte de su vida a identificar y localizar a criminales de guerra nazis huidos para llevarlos ante la justicia.

«No matarás, hijo, tú no matarás. Porque ningún hombre vuelve a ser el mismo después de haber quitado la vida a otro hombre.»

La nueva novela de Julia Navarro.



Fernando, joven editor hijo de un republicano represaliado, decide huir de una España abatida por la Guerra Civil junto a sus amigos Catalina y Eulogio. Los tres son esclavos de sus silencios, de los secretos que los acompañan y que los empujan sin remedio a vivir en tierra extraña, lejos de los suyos.

Una historia absorbente que nos habla sobre la culpa, la venganza, el peso de la conciencia y los fantasmas que nos persiguen y condicionan nuestras decisiones.

Julia Navarro ha cautivado a millones de lectores con los seis títulos que ha publicado hasta la fecha, todos ellos auténticos *long sellers*: *La hermandad de la Sábana Santa*, *La Biblia de barro*, *La sangre de los inocentes*, *Dime quién soy*, *Dispara, yo ya estoy muerto* e *Historia de un canalla*. Sus libros se han publicado en más de treinta países en todo el mundo y actualmente se está preparando la adaptación audiovisual de *Dime quién soy*.

www.julianavarro.es

Facebook: [Julia.Navarro/Oficial](https://www.facebook.com/Julia.Navarro/Oficial)

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Julia Navarro

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© José María Álvarez, por la traducción de «Ítaca» de Constantino Cavafis, incluida en *El resplandor del deseo*, Renacimiento, 2011

© Jacinto Luis Guereña, por la traducción de «Canción de otoño» de Paul Verlaine, incluida en *Poesía*, Visor, 2018

© Herederos de Antonio Machado, 1940

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Imágenes de portada: Hotel Cecil, Alejandría (Alamy Stock Photo, Getty Images) y Estación del norte, Madrid (archivo histórico ferroviario del Museo del ferrocarril de Madrid – Fundación de los ferrocarriles españoles, Getty Images)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02117-6

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Tú no matarás

Agradecimientos

Libro I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Libro II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Libro III

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Glosario de hechos históricos](#)

[Glosario de personajes históricos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Julia Navarro](#)

[Créditos](#)